

ISIS SIN VELO

CLAVE

DE

LOS MISTERIOS ANTIGUOS Y MODERNOS

CIENCIA Y TEOLOGIA

POR

H. P. BLAVATSKY

FUNDADORA DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Traducción del inglés por un miembro de la Sociedad Teosófica

CON UN PRÓLOGO

DE

D. FRANCISCO DE MONTOLIU

«Cecy est un livre de bonne Foy».—MONTAIGNE



Tomo I. — CIENCIA

BARCELONA

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE JOSÉ CASAMAJÓ

Bajada de San Miguel, 2 y 2 bis

1901

Á HELENA PETROVNA BLAVATSKY

Y

A SU MEMORIA

Dedica la versión española de su ISIS UNVEILED, con el cariño y agradecimiento profundo del discípulo al MAESTRO

El Traductor.

HELENA PETROVNA BLAVATSKY

Concluida está tu obra por ahora, oh Lanu, (discípulo). De nuevo nos encontraremos. Pasa: recoge tu premio.

H. S. OLCOTT. (*Theosophist*, vol. XII. p. 580).

H. P. Blavatsky nació en el año 1831, en Ekaterinoslow, mediodía de Rusia; hija del coronel Peter Hahn, perteneciente á una noble familia alemana establecida en Rusia, y de Helena Fadeef; sus abuelos maternos fueron el consejero privado Andrew Fadeef y la princesa Helena Dolgorouky; y tuvo por abuelo paterno al general Alexis Hahn von Rottenstern. El apellido Blavatsky lo llevó á consecuencia de su enlace con el consejero de Estado Nicéforo Blavatsky, vice-gobernador de la provincia de Eriván (Cáucaso).

Su carácter, aptitudes y genialidades demostraron, desde luego, que se trataba de un sér excepcional. Su matrimonio lo fué tan sólo de nombre, y no podía menos de ser así el de una persona que tenía una gran misión que cumplir y que, si bien en un instante de aturdimiento se impuso el yugo matrimonial, tuvo la fuerza necesaria para quebrantarlo, en cuanto vió que no había nacido para una familia determinada, sino para el bien de la humanidad colectiva.

Tenía unos diez y siete años cuando, en el de 1848, casó con el general Blavatsky, cuya edad oscilaba entre los sesenta y los setenta. No llegó nunca á ser su mujer, y por fin, se decidió que iría á reunirse con su padre en Odessa, pero durante el viaje escapóse á Constantinopla, viajando luego durante algún tiempo por Egipto, Grecia y otros países de la Europa Oriental.

Un Copto, á la sazón residente en el Cairo, hombre de gran posición, reputación é influencia, fué su primer maestro en el Ocultismo. Pasó rápidamente después por París y Londres, y en el año 1851 se embarcó para el Canadá, viajó entre los Pielos Rojas, yendo después á Méjico y á las Américas Central y Meridional, durante cuyos viajes se vió expuesta á los mayores peligros. Resolvió entonces ir á la India, y en compañía de un inglés, á quien animaban los mismos

motivos que á ella, y de un *chela* (1) que encontró en Copán (América Central), se embarcó para Bombay, á donde llegó á fines del año 1852. Trató de penetrar en el Tibet por Nepal, pero no pudo lograrlo; volvió á la India Meridional, embarcándose para Java y Singapore, desde donde regresó á Inglaterra.

Corría el año 1853, y los preparativos que se hacían en Inglaterra para la campaña de Crimea herían el patriotismo de H. P. Blavatsky; así es que volvió á los Estados Unidos, pasando de Nueva York á Chicago y á S. Francisco de California. Su estancia en América se prolongó, en esta ocasión, unos dos años, después de los cuales se embarcó otra vez para la India, vía Japón, llegando á Calcuta en 1855. Durante estos viajes, además de proporcionarle su padre los fondos que podía, recibió 80.000 rublos, que una tía suya le dejó en herencia.

Durante su estancia en la India, en 1856, encontró en Lahore á un amigo de su padre, y en unión de dos amigos más, trató por segunda vez de penetrar en el Tibet, saliendo de la empresa poco más ó menos como la primera vez. Y en 1857, poco antes de comenzar la sublevación en la India, se embarcó en Madrás para Java, y de allí volvió á Europa, en el año 1858. Pasó algún tiempo en Francia y Alemania, y sorprendió á su familia mientras ésta celebraba la boda de su hermana, llegando sin previo aviso á Pskoff (Rusia).

En el año 1860, marchó con su hermana Mme. Yelihowsky á Tiflis, en donde residió unos dos años, y no más de tres en el Cáucaso; y su vida de aventuras, viajes y estudios incesantes continuó con más ardor que nunca al través de la Imericia, Georgia y Mingrelia, á lo largo de las costas del Mar Negro, y por todas las regiones Transcaucásicas.

Sufrió, al final de este período, una enfermedad gravísima, que fué á manera de crisis oculta, de la cual salió felizmente; y dice ella misma en una de sus cartas: «Los últimos vestigios de mi debilidad psico-física han desaparecido para no volver más. . . Soy libre, gracias á AQUELLOS á quienes bendigo ahora y en cada una de las horas de mi vida».

Es probable que, si pudiera escribirse la historia de los años 1867 á 1870 de la vida de Helena Blavatsky, serían los más interesantes de su existencia accidentada.

En 1870, volvió de Oriente por el Canal de Suez, recientemente abierto, y después de detenerse algún tiempo en el Píreo, embarcóse para Spezzia, á bordo de un buque griego, cuyo cargamento de pólvora y fuegos artificiales hizo explosión, salvándose milagrosamente Helena. Marchó luego á Alejandría, y de allí al Cairo. Hasta el año 1870, su vida se había consagrado á buscar apasionadamente los

(1) *Chela* se llama en Oriente al discípulo ya aceptado para el estudio del Ocultismo.

conocimientos ocultos; en 1870, ya los poseía, pero no habían llegado todavía los tiempos para que viesan la luz las revelaciones parciales del gran sistema de Iniciación oculta, tal como en Oriente se practica. En 1871, permanecía todavía en el Cairo, viviendo en Boulak, cerca del Museo; reanudó de nuevo sus relaciones con su antiguo amigo el Copto, marchando luego á Palestina, en donde visitó Palmira y otras ruinas; volvió, á fines de 1872, á Rusia, encontrando á su familia en Odessa.

A principios del año 1873, Mme. Blavatsky marchó á París, y el 7 de Julio del mismo año á Nueva York, en donde permaneció unos seis años.

En Octubre de 1875, fundóse en Nueva York la Sociedad Teosófica, con el coronel Olcott como Presidente vitalicio, no queriendo admitir Helena Blavatsky más que el cargo de Secretario correspondiente. A principios del año 1879, llegaron ambos á Bombay, en donde quedó establecido el Centro General de la Sociedad Teosófica; y en 1882, se trasladó á Adyar (Madrás), en donde continúa actualmente, teniendo edificio propio y una gran biblioteca, notable especialmente por el gran número de antiguos manuscritos orientales que contiene.

En 1882, llegó á Europa, permaneciendo algún tiempo en París, Londres y Alemania, y en 1884, volvió á Madrás, en donde sufrió una grave enfermedad, á consecuencia de la cual su estado de salud le obligó á abandonar definitivamente la India, llegando en 1885 á Europa, y fijando ya su residencia definitiva en Londres, en cuya ciudad ha concluido su vida de martirios y glorias, el 3 de Mayo de 1891 (1).

*
* * *

No entro en la cuestión fenomenal, ni en la de los poderes que H. P. Blavatsky poseía; al que le interese conocer las pruebas que existen en pro de los mismos, con facilidad las encontrará. Tampoco pienso detenerme en examinar la realidad de su misión, pues aquellos que quieran averiguarlo, recorran sus obras y la literatura teosófica existente, antes de decidirse, ya sea en pro, ya sea en contra.

A la masa inteligente europea, que, ó no cree, ó no le interesa, ó *le da miedo* el Ocultismo; y que, ó no cree en la existencia de iniciados, ó los considera como ilusos, ó los *abhorrece* á causa de las ortodoxias reinantes, así científicas como religiosas; el probar ó no probar lo que digo en el párrafo anterior, la tiene sin cuidado. Pero esta misma masa de personas ilustradas é inteligentes no podrá nunca negar tres cosas:

(1) Para más detalles, véase la obra de Mr. Sinnett: *Incidents in the Life of Mme. Blavatsky*.

1.^a Que Helena Blavatsky ha sido una escritora de una erudición asombrosa, y que es completamente incomprensible el que una persona que nada había escrito en su vida, y que durante ésta ha estado viajando constantemente, haya empezado á hacerlo á los 45 años, en medio de enfermedades, luchas, viajes, etc., y podido dejar una herencia literaria tan sorprendente como la que nos ha dejado.

2.^a Que á ella y á la Sociedad Teosófica, por ella fundada, se debe el verdadero Renacimiento Oriental, pues ha demostrado á muchos orientalistas europeos cosas que les han hecho bien poca gracia, y ha reunido en la Biblioteca de Adyar una colección numerosísima de obras orientales desconocidas en Europa, y que la Sociedad Teosófica va traduciendo y publicando poco á poco.

3.^a Que una persona que abandona su patria, posición y reputación; que concluye su vida viviendo materialmente de limosna; que lo sacrifica todo á un idea tan noble como la expresada en los tres Objetos de la Sociedad Teosófica, y que se mantiene fiel hasta su muerte á la bandera que empuñó un día; no es un sér vulgar, y mucho menos merece la manera como la tratan muchos que deben á ella lo poco que saben.

* * *

La obra que á continuación sigue es la producción primera de Helena Blavatsky, ó mejor dicho, una verdadera explosión de conocimientos acumulados durante largos años de viajes continuos, de prolongadas estancias en Oriente y de residencias en todos aquellos puntos en los que los restos majestuosos de una antigüedad tan grande como mal comprendida y *falsificada* por los fariseismos modernos se levantan todavía orgullosos con los símbolos imperecederos de un lenguaje universal que el estudiante de la Sabiduría-Religión, del Místico Saber de épocas arcaicas, lee y comprende.

Los que levantaron el Karnak, los que construyeron los muros gigantescos de la ciudadela de Cuzco, los que sembraron de maravillas la península de Yucatán, los potentes arquitectos de Palenque, los constructores del edificio más asombroso del mundo, el Nagkón-Wat de Cambodge, los autores de las pagodas y templos Brahmánicos y Búddhicos, tallados en la roca, y de las maravillas de Ellora y de Elephanta, no eran, en manera alguna, pigmeos en inteligencia ni salvajes miserables, como poco á poco se va convenciendo de ello nuestra civilización orgullosa.

El que en Europa el hombre se encontrase entonces en la edad de piedra y viviese en las cavernas, no es obstáculo para que en otros puntos del globo resplandeciera una civilización perfecta, pues hoy

nos encontramos con las mismas diferencias entre las razas de nuestro planeta.

Dice H. P. Blavatsky, en las primeras páginas de *Isis*, que se pretende hoy que la luz del Cristianismo, hace unos 2.000 años, y la luz de la Ciencia, unos dos siglos y medio, han disipado las tinieblas de una antigüedad bárbara y salvaje.

A probar precisamente lo contrario se encamina la obra, pues, sin dejar de reconocer la pura doctrina de Jesús y los adelantos de la ciencia moderna, en el único campo propio de la misma, ó sea el *físico*, y ninguno más, demuestra que, en cuanto á la primera, es universal, pues la Verdad no es patrimonio exclusivo de ningún sistema eclesiástico ingertado en la figura de uno cualquiera de los *Redentores*; y en cuanto á la segunda, que si quiere atravesar el abismo infranqueable ante el cual retrocede aterrorizada, la tiende la mano el Esoterismo arcaico, que en toda su pureza se conserva en las soledades del Oriente.

ISIS SIN VELO, á causa de la acumulación de materiales que en ella figuran, resulta confusa. El imperfecto conocimiento del inglés que poseía su autora en 1875, cuando en Nueva York la escribió, fué sin duda también un obstáculo serio (1); pero, sea como fuere, es una obra espléndida y se la aprecia cuando después de haber leído concienzudamente su última obra, *La Doctrina Secreta*, mucho más perfecta y *mucho más importante* que ISIS SIN VELO, se vuelven á recorrer las páginas de *ISIS*. Hablo por experiencia propia, y debo decir que hoy no me resulta ya este libro tan confuso como me pareció en un principio, todo lo contrario.

El que lea la obra, conociendo ya la literatura teosófica española ó francesa, no debe chocarle el no encontrar en ella enseñanzas que en forma más completa han aparecido después; fué la primera exposición sintética de la Sabiduría Arcaica, hay que mirarla en conjunto, á vista de pájaro, por decirlo así; los detalles que han ido viniendo después en obras de volumen más reducido, en artículos diversos y sobre todo en *La Doctrina Secreta*, no podían figurar en el primer libro de quien hizo sonar en este siglo la nota fundamental de la Religión de la Sabiduría, conocida hoy con el nombre de TEOSOFÍA.

*
* *

A muchos de aquellos que se titulan materialistas, que se llaman ateos, y sin embargo son almas sedientas de verdad, y están llenos, á pesar suyo, de aspiraciones espirituales, pues sus inteligencias que descuellan por encima de la masa no pueden aceptar ni acep-

(1) Véase el folleto *My Books* (mis libros) escrito por la autora.

tarán jamás el espiritualismo grosero de las Iglesias actuales, ni sus dogmas que hay que creer al pie de la letra, ni tampoco el ideal de existencia *post mortem* del Espiritismo vulgar de las masas; á todos aquellos que con la conciencia plena de su propia energía y poder para rasgar en épocas más ó menos lejanas el velo que cuelga tras de las CINCO columnas del Santuario, ó para levantar con su propia mano la pesada aldaba de la Puerta de Oro, á todos ellos en especial conviene esta obra y las que á continuación seguirán.

Todos ellos piensan ó dicen poco más ó menos lo siguiente:

«No es á causa de que tenga yo un concepto menos elevado que vosotros en lo referente al Pasado, al presente ó al Futuro, por lo que desprecio la miserable charla de vuestro eclesiasticismo. Miro las cosas desde un punto de vista mucho más elevado que vosotros, y por lo tanto, desprecio vuestras ceremonias pueriles que han hecho de la ignorancia una enfermedad crónica y de la profesión una impostura. Tras del silencio profundo de la muerte y del frío de la tumba, oigo yo el embate y la resaca del Océano del Eterno. Sus abismos profundamente enterrados yacen en las Cavernas de Dís, las crestas de sus olas empañan el brillo refulgente de los astros, y su flujo y reflujo hacen temblar á los mundos. Estremécese mi alma ante la trista llegada de la galera que hacia el archipiélago de lo Desconocido se hace á la vela, y ¡para mi viaje me ofrecéis vosotros un buque de papel fabricado con una hoja de la Biblia! En presencia de solemnidades semejantes, marchaos; ¡afuera con vuestras burlas! Si levanta la Muerte la cortina que oculta al Día Sempiterno, ó la deja caer sobre la Noche interminable, yo no lo sé; ni vosotros tampoco. Dejadme solo!» (1).

Y el que la traducción española de ISIS SIN VELO pueda continuar sirviendo para el objeto con que fué escrito su original, es el deseo único de

F. DE MONTOLIÚ.

(1) Saladin: «*God and his Book*», pp. 113, 114.

LA AUTORA
DEDICA ESTA OBRA
Á LA
SOCIEDAD TEOSÓFICA
FUNDADA EN NUEVA YORK, EL AÑO 1875,
para estudiar las materias de que trata

PREFACIO

La obra que actualmente sometemos al juicio del público, es el fruto de íntimas relaciones con los Adeptos orientales y del estudio de su ciencia. La dedicamos á todos aquellos que están prontos á aceptar la Verdad, donde quiera que se la encuentre, y á defenderla sin temor, desafiando, si fuere preciso, las preocupaciones del vulgo. Su objeto es ayudar al estudiante á descubrir los principios vitales que yacen ocultos en los antiguos sistemas filosóficos.

Este libro ha sido escrito con toda sinceridad. Se ha procurado en él hacer siempre justicia, y al propio tiempo exponer la verdad sin mala intención ni idea preconcebida. Muéstrase inexorable enfrente del error entronizado, y no guarda la menor consideración á la autoridad usurpada. Reclama para el pasado el mérito de sus adelantos, mérito de que ha sido despojado y del cual debía gozar desde hace mucho tiempo. Exige la restitución de trajes ajenos, y vindica varias reputaciones tan calumniadas como gloriosas. Ante ninguna forma de culto, ante ningún credo religioso, ante ninguna hipótesis científica, no se ha inspirado su crítica en otro espíritu que éste. Los hombres y los partidos, las sectas y las escuelas no son más que efímeras de un día; únicamente la VERDAD, encumbrada en su solio de diamantina roca, es eterna y suprema.

No creemos en Magia alguna que exceda al alcance y á la capacidad de la inteligencia humana, ni en «milagro» alguno, ya sea divino ó diabólico, si tal cosa implica una transgresión de las leyes naturales instituidas desde toda la eternidad. No obstante, admitimos la opinión del sabio autor del *Festus*, el cual dice que el corazón humano todavía no se ha revelado completamente á sí mismo, y que jamás hemos alcanzado ni siquiera comprendido toda la extensión de sus poderes. ¿Será exagerado creer que el hombre puede desplegar nuevas facultades sensitivas y adquirir una relación mucho más íntima con la naturaleza? La lógica de la evolución se encargará de decirnoslo si la llevamos hasta sus legítimas conclusiones. Si, recorriendo la línea de ascensión desde el vegetal ó la ascidia hasta el

hombre más perfecto, el alma ha evolucionado llegando á adquirir las elevadas facultades intelectuales, en manera alguna será desacertado inferir y creer que en el hombre se está desenvolviendo igualmente una facultad de percepción que le permite indagar hechos y verdades aun más allá de los límites de nuestra visión ordinaria. Con todo, no vacilamos en admitir la afirmación de Biffé, según quien «lo esencial es siempre lo mismo: ora procedamos hacia dentro cercenando el mármol para descubrir la estatua encerrada en su masa, ora procedamos hacia fuera amontonando piedra sobre piedra hasta hallarse terminado el templo, nuestro NUEVO resultado no es más que una *antigua idea*. La última de todas las eternidades encontrará en la primera su alma gemela».

Hace años, la primera vez que viajamos por Oriente visitando sus desiertos santuarios, nos preocupaban dos cuestiones que sin cesar oprimían nuestra mente: *¿Dónde está, QUIÉN, QUÉ es DIOS? ¿Quién ha visto jamás el ESPÍRITU inmortal del hombre, para poder asegurarse de la inmortalidad humana?*

Precisamente cuando con más ansia pretendíamos resolver estos embarazosos problemas, trabamos conocimiento con ciertos hombres dotados de poderes tan misteriosos y de una ciencia tan profunda, que, sin disputa alguna, podemos denominarlos los Sabios del Oriente. Viva atención prestamos á sus enseñanzas. Ellos nos manifestaron que, combinando la ciencia con la religión, pueden demostrarse la existencia de Dios y la inmortalidad del espíritu del hombre, con la misma facilidad que un problema de Euclides. Por vez primera adquirimos la seguridad de que la filosofía oriental no tiene cabida para ninguna otra fe que una fe absoluta é inquebrantable en la Omnipotencia del yo inmortal del hombre. Aprendimos que esta Omnipotencia procede de la conexión del espíritu del hombre con el Alma Universal-Dios. Este, dicen ellos, sólo puede ser demostrado por el primero. El Espíritu del hombre prueba el Espíritu de Dios, como una gota de agua prueba la fuente de donde procede. Si á un hombre que nunca haya visto agua le decís que existe el Océano, deberá creerlo por la fe, ó rechazarlo por completo. Pero dejad que caiga una gota de agua en su mano, y ya tiene un hecho del cual puede inferir lo restante, y podrá luego, por grados, comprender la existencia de un Océano ilimitado é insondable. La fe ciega dejaría de ser una necesidad para él, puesto que la habría sustituido con el CONOCIMIENTO. Cuando uno ve un hombre mortal desplegando facultades inmensas, dominando las fuerzas de la naturaleza, y dirigiendo la vista al mundo del espíritu, la inteligencia reflexiva es abrumada por la convicción de que si el Yo espiritual de un hombre puede tanto, las facultades del ESPÍRITU PADRE deben ser relativamente tan inmensas, como lo es el Océano con respecto á una simple

gota de agua, en volumen y poder. *Ex nihilo nihil fit*. ¡Mostrad el alma humana bajo sus maravillosos aspectos, y demostrareis á Dios!

En nuestros estudios, aprendimos que los misterios no son misterios. Nombres y lugares que, para las inteligencias occidentales, son fábulas orientales, nos cercioramos de que eran realidades. Devotamente nos dirigíamos en espíritu al interior del templo de Isis, en Sais, á levantar la punta del velo de «aquella que era y será»; á mirar al través de un desgarrón de la cortina del *Sancta Sanctorum* en Jerusalem; y también á interrogar, en el interior de las criptas que existían debajo del sagrado edificio, á la misteriosa Bath-Kol. La *Filia-Vocis*, la hija de la voz divina, contestaba desde el propiciatorio, detrás del velo, (1) y la ciencia, la teología y todas las hipótesis humanas nacidas de conocimientos imperfectos, perdían para siempre ante nuestros ojos su carácter autoritario. El Dios viviente había hablado por medio de su único oráculo, el hombre, y estábamos satisfechos. Un saber semejante es inapreciable; y ha permanecido oculto sólo para aquellos que lo desdeñaban, lo ridiculizaban ó lo negaban.

A tales hombres debemos la crítica, la censura, y quizás la hostilidad; á pesar de que ninguno de los obstáculos que en nuestro camino hemos encontrado, se funda ni en la validez de las pruebas, ni en la autenticidad de hechos históricos, ni en la falta de sentido común de aquellos á quienes nos hemos dirigido. El impulso del pensamiento moderno va al liberalismo, así en religión como en ciencia. El día en que los reaccionarios deberán abdicar la autoridad que durante tanto tiempo han ejercido y gozado sobre la conciencia pública se acerca. Que el Papa llegue al extremo de fulminar anatemas contra todos los que sostienen la libertad de la prensa y de la palabra; contra los que, en el conflicto entre las leyes civiles y las eclesiásticas, dan la preferencia á las primeras, ó que sostienen que la instrucción debe ser sólo laica; (2) y Mr. Tyndall, como el porta voz de la ciencia del siglo diez y nueve, dirá: «...la inaccesible posición de la ciencia puede ser definida en pocas palabras. Nosotros reclamamos, y arrancaremos de manos de la teología, el completo dominio de las teorías cosmológicas», (3) con lo que el final no es difícil de prever cuál será.

Siglos de esclavitud no han bastado para congelar la sangre-vital del hombre en cristales, alrededor del núcleo de la fe ciega; y el siglo

(1) Lightfoot asegura que esta voz, que antiguamente se empleaba como un testimonio de los cielos, «se debía al arte mágico» (vol. II, pág. 128). Este último término se usa como una expresión supersticiosa, justamente porque ha sido y es todavía mal comprendido. El objeto de esta obra es corregir las opiniones erróneas en lo que se refiere al Arte Mágico.

(2) Encíclica de 1864.

(3) «Fragmentos de Ciencia.»

diez y nueve es testigo de los esfuerzos del gigante para librarse de las cuerdas de los liliputienses, y levantarse sobre sus pies. Igualmente, las comuniones Protestantes de Inglaterra y América, ocupadas ahora en la revisión del texto de sus oráculos, se verán obligadas á mostrar el origen y méritos del mismo texto. El día en que los dogmas dominaban al hombre ha llegado á su crepúsculo.

Nuestra obra tiene por objeto el que se reconozca que la Filosofía Hermética y la antigua y universal Sabiduría-Religión son la única clave posible para lo Absoluto, ya en ciencia, ya en teología. Para demostrar que no nos ocultamos la gravedad de nuestra empresa, ya decimos desde luego que no será extraño que los que tienen que aprender se coloquen en contra nuestra:

Los cristianos verán que dudamos de la pureza de su fé.

Los sabios, porque se encontrarán con que medimos sus pretensiones con el mismo rasero que las de la Iglesia Católica-Romana, en lo que á la infalibilidad se refiere, y en ciertos asuntos, porque colocamos á los sabios y filósofos del antiguo mundo por encima de ellos.

Los pseudo-sabios, desde luego, nos atacarán furiosamente.

Los eclesiásticos y los libre-pensadores verán que no aceptamos nada de lo que ellos pretenden, sino que pedimos que la Verdad completa sea reconocida.

Los literatos y varias *autoridades* que ocultan sus creencias reales, en consideración á las más vulgares preocupaciones.

Los mercenarios y parásitos de la Prensa, que prostituyen su poder más que real, y deshonoran tan noble profesión, fácilmente se burlarán de cosas demasiado maravillosas para ser por ellos comprendidas; tiene para ellos más valor un párrafo que la sinceridad. Alguna crítica honrada podrá venir de alguno de ellos; de los más, sólo hipocresía. Pero nosotros dirigimos nuestra vista al porvenir.

La lucha entre el partido de la conciencia pública y el de la reacción ha desarrollado ya una elevada forma de pensamiento. Es difícilísimo que no concluya con la destrucción del Error y el triunfo de la Verdad. Lo repetimos otra vez: trabajamos para el mañana resplandeciente.

Y desde el momento en que consideramos la violenta oposición que sobre nuestra cabeza hemos desencadenado, creemos que el mejor lema que podemos adoptar para nuestro broquel, al entrar en la arena, es el saludo del gladiador romano á César: MORITURUS TE SALUTAT.

Nueva-York, Septiembre 1877.

ANTE EL VELO

Juan.—Avancen y tremolen nuestros colores en las murallas. *Rey Enrique VI. Act. IV.*

«Mi vida ha sido consagrada al estudio del hombre, de su destino y de su felicidad.» J. R. Buchanan, M. D., *Bosquejos de discursos sobre Antropología.*

HACE diez y nueve siglos, según se nos dice, que las tinieblas del gentilismo y del paganismo fueron dispersadas por la divina luz del Cristianismo; y dos siglos y medio que la resplandeciente lámpara de la Ciencia Moderna empezó á brillar entre la oscura ignorancia de los tiempos. Necesitamos creer que, dentro de estas épocas respectivas, ha tenido lugar el verdadero progreso moral é intelectual de la raza. Los antiguos filósofos, lo eran lo suficiente para sus generaciones, pero eran poco instruídos, comparándolos con nuestros modernos hombres de ciencia. La Moral del Paganismo era lo suficiente para las necesidades del inculto pueblo de la antigüedad, pero ya no lo fué, desde que la luminosa «Estrella de Bethlehem» mostró el camino para la perfección moral, y allanó el de la salvación. En la antigüedad, el embrutecimiento era lo común; la virtud y el espiritualismo, la excepción. Ahora, el más empedernido puede leer la voluntad de Dios en su palabra revelada; todos los hombres desean ser buenos, y constantemente se vuelven mejores.

Esta es la proposición; ¿qué nos dicen los hechos? Por una parte, un clero material, dogmático y con demasiada frecuencia corrompido; un ejército de sectas y tres grandes religiones en guerra; discordia en lugar de unión, dogmas sin pruebas, predicadores buscando el efecto; sed de placeres y riquezas, en feligreses solapados é hipócritas, por las exigencias de la respetabilidad: esta es la regla del día; la sinceridad y la verdadera piedad son la excepción. Por otra parte, hipótesis científicas edificadas sobre arena; ni en una sola cuestión acuerdo; rencorosas querellas y envidias; un impulso general hacia el

materialismo. Una lucha á muerte entre la Ciencia y la Teología por la infalibilidad: «Un conflicto de épocas.»

En Roma, que á sí propia se llama el centro de la Cristiandad, el putativo sucesor á la silla de Pedro está minando el orden social con su invisible, pero omnipresente red de astutos agentes, y les incita á revolucionar la Europa, por su supremacía espiritual y temporal. Vemos nosotros al que se llama á sí mismo *Vicario de Cristo*, fraternizando con los anti-cristianos Musulmanes (1), en contra de otra nación cristiana, invocando públicamente las bendiciones de Dios sobre las armas de aquellos que han resistido por espacio de siglos, con el fuego y la espada, á las pretensiones de su Cristo á la Divinidad. En Berlín, en una de las grandes sesiones de eminentes profesores de las modernas ciencias *exactas*, éstos han vuelto sus espaldas á los tan encomiados resultados del progreso en el periodo posterior á Galileo, y han soplado tranquilamente la luz del gran florentino; tratando, en resumen, de probar que el sistema heliocéntrico, é igualmente la rotación de la tierra, son sólo los sueños de sabios visionarios; que Newton era lo anterior; y todos los astrónomos pasados y presentes, sólo hábiles calculadores de fenómenos no verificables. (2)

Entre estos dos Titanes combatiendo, Ciencia y Teología, existe un público descarriado, que pierde rápidamente la creencia en la inmortalidad del hombre, en la divinidad, sea la que fuere, y que rápidamente desciende al nivel de la existencia animal. ¡Tal es el cuadro de la actualidad, iluminado por el brillante sol de mediodía, de esta era cristiana y científica!

¿Sería estrictamente justo condenar á crítica lapidación al más humilde y modesto de los autores, por despreciar enteramente la autoridad de ambos combatientes? ¿No deberíamos más bien tomar como el verdadero aforismo de este siglo, la declaración de Horacio Greeley: «Yo no acepto sin reserva las opiniones de ningun hombre, vivo ó muerto?» (3) Suceda lo que suceda, esta será nuestra divisa, y demostraremos que este principio es nuestro lema y nuestro guía constante en toda la presente obra.

Entre los muchos frutos fenomenales de nuestro siglo, la creencia de los llamados Espiritistas ha brotado de entre las vacilantes ruínas de las religiones que á sí mismas se llaman reveladas, y de las filosofías materialistas; y despues de todo, ella sola ofrece un

(1) Fué cuando la pasada guerra Turco-Busa. (N. del T.)

(2) Véase el último capítulo de este volumen.

(3) «Recuerdos de una vida ocupada», p. 147.

último y posible refugio, á manera de compromiso entre las dos. El que la acogida que nuestro siglo, soberbio y positivo, ha dado á los inesperados espectros de la época anterior al Cristianismo no haya sido cordial, no debe sorprendernos. Los tiempos han cambiado extrañamente; y no hace mucho que un muy conocido predicador de Brooklyn, con acierto decía en un sermón que si Jesus venía otra vez y se conducía por las calles de New-York, como hacía en las de Jerusalem, se encontraría encerrado en la cárcel de las Tumbas. (1) ¿Porqué el Espiritismo tiene que esperar buena acogida? Ciertamente es, á la verdad, que lo misterioso y extraño no atrae ni seduce á primera vista. Informe, como un niño criado por siete amas, llegará á su adolescencia lisiado y mutilado. Sus enemigos son una legión, sus amigos un puñado. ¿Porqué todo esto? ¿No era una verdad aceptada *a priori*? Porque los campeones del Espiritismo, en su fanatismo, exageraron sus cualidades, y permanecieron ciegos ante sus imperfecciones, las cuales no autorizaban á dudar de su realidad. Una falsificación es imposible, cuando nosotros no tenemos ningún modelo para falsificar. El fanatismo de los Espiritistas es la prueba de la ingenuidad y posibilidad de sus fenómenos. Ellos nos dan hechos que debemos investigar, y no afirmaciones que debemos creer sin pruebas. Millones de hombres y mujeres razonables no pueden tan fácilmente sucumbir á tales alucinaciones colectivas. Y así, mientras el clero sigue sus propias interpretaciones de la *Biblia*, y la ciencia, *Códigos* por ella promulgados acerca de las posibilidades en la naturaleza, rehusando una justa atención, la ciencia *real* y la religión *verdadera* callan, y gravemente caminan á su desarrollo futuro.

La completa solución de los fenómenos está en la comprensión correcta de las antiguas filosofías. ¿Á dónde debemos dirigirnos en nuestra perplejidad sino hacia los antiguos sabios, desde el momento en que, bajo pretexto de superstición, los modernos nos niegan una explicación de los mismos? Preguntémosles qué es lo que conocen de la verdadera ciencia y religión; no en lo que á meros detalles se refiere, sino en las inmensas concepciones de estas dos hermanas gemelas, tan fuertes cuando unidas, como débiles cuando separadas. Además, será para nosotros muy provechosa la comparación de la tan ensalzada ciencia moderna con la antigua ignorancia; y de la Teología perfeccionada, con la «Doctrina Secreta» de la antigua religión universal. Quizás podremos así encontrar un terreno neutral para utilizarlo en provecho de ambas.

La filosofía platónica es el compendio más perfecto de los abstrac-

(1) Henry Ward Beecher, *Logia Independiente de Teósofos*

tos sistemas de la antigua India, que sólo puede ofrecernos el terreno neutral. Aunque desde la muerte de Platón han pasado veinte y dos siglos y un cuarto, las grandes inteligencias del mundo se ocupan todavía de sus escritos. Él era, en el más completo significado de la palabra, el intérprete del mundo. Y el filósofo más grande de la era pre-cristiana, reflejaba fielmente en sus obras el espiritualismo y las expresiones metafísicas de los filósofos Védicos, que vivieron millares de años antes que él: Vyasa, Djeminy, Kapila, Vrihaspati, Sumati, se verá que han transmitido su huella indeleble al través de los siglos sobre Platón y su escuela. Así quedará probado que la misma sabiduría fué revelada á Platón y á los sabios de la India. Esta vitalidad, á pesar de las injurias del tiempo, ¿no prueba que esta sabiduría es divina y eterna?

Platón enseña que la justicia permanece en el alma de su poseedor, y que es su mayor bien. «Los hombres, en proporción de su inteligencia, han aceptado sus derechos trascendentes.» Y sin embargo, sus comentadores, casi por parecer unánime, no hacen caso de los párrafos que indican que su metafísica tiene sólidos cimientos, y que no se funda en conceptos ideales.

Platón no podía aceptar una filosofía destituida de aspiraciones espirituales; las dos cosas se armonizan en él. Para el antiguo sabio griego, no existía más que un solo objeto que lograr: el CONOCIMIENTO REAL. Él consideraba sólo como filósofos sinceros, ó estudiantes de la verdad, á aquellos que poseían la ciencia de lo que en realidad existía, en oposición á lo que sólo se veía; de lo que *siempre existe*, y no de lo transitorio; y de aquello que es *permanente*, en oposición á todo lo que crece, mengua, y es desarrollado y destruido alternativamente. «Más allá de todas las existencias finitas, causas secundarias, leyes, ideas, y principios, hay una INTELIGENCIA ó MENTE (νοῦς, nous, el espíritu), el principio primero de todos los principios. La Idea Suprema en la que se apoyan todas las demás ideas; el Monarca ó Legislador del Universo; la sentencia final de la que todas las cosas proceden y á la que deben su existencia; la Causa primera y eficiente de todo orden, armonía, belleza, excelencia, bondad, que penetra el universo, la cual es llamada, por vía de preeminencia y excelencia, el Supremo Bien, Dios (ὁ θεός), el Dios sobre todo (ὁ ἐπὶ πάντων θεός).» (1) No es ni la verdad, ni la inteligencia, sino «el padre de las dos.» Aunque esta eterna esencia de todas las cosas no puede ser percibida por nuestros sentidos materiales, puede

(1) Cocker: «Cristianismo y Filosofía Griega», XI, p. 377.

ser comprendida por la mente de todos aquellos que no son completamente obtusos y que quieren comprenderla. «A vosotros,» dice Jesús á sus discípulos, «se os ha concedido el conocer los misterios del Reino de Dios, pero á ellos (los πολλαοι) no se les permite;.... por esto les hablo por medio de Parábolas (ó alegorías); porque ellos ven y no ven, oyen y no oyen, ninguno hace por comprender.» (1)

Nos asegura Porfirio, de la Escuela Neo-platónica, que la filosofía de Platón era enseñada é ilustrada en los MISTERIOS. Muchos han puesto á estos en tela de juicio y hasta los han negado; y Lobeck, en su *Aglaphomus*, ha ido hasta el extremo de decir que estas sagradas ceremonias no eran más que solemnidades sin fundamento para cautivar la imaginación. ¿Porqué Atenas y Grecia, durante veinte siglos y más, no dejaron de acudir cada cinco años á Eleusis, para asistir á una solemne farsa religiosa? Agustín, el obispo-papa de Hippona, ha resuelto tales aserciones. Declara que las doctrinas de los Platonistas-Alejandrinos son las esotéricas y originales doctrinas de los que primero siguieron á Platón, y habla de Plotino como de un Platón resucitado. También explica los motivos del gran filósofo para ocultar el sentido interno de sus enseñanzas. (*)

Respecto de los *Mitos*, declara Platón en el *Gorgias* y en el *Phædon* que son los vehículos de grandes verdades bien dignas de ser buscadas. Pero los comentadores conocen tan poco al gran filósofo que se encuentran obligados á confesar que ignoran en dónde «termina lo doctrinal, y empieza lo mítico.» Platón desvanecía la popular superstición concerniente á magia y demonios, y desarrollaba las ideas exageradas de su tiempo en teorías racionales y en concepciones metafísicas; quizás estas no serán en alto grado satisfactorias, ni

(1) Evangelio según Mateo, XIII 11, 13.

(2) «Las acusaciones de ateísmo, de introducir divinidades extranjeras y de corromper á la juventud ateniense, que fueron lanzadas sobre Sócrates, justifican plenamente á Platón, por ocultar el verdadero sentido de sus enseñanzas. La peculiar dicción ó jergonza de los Alquimistas tenía indudablemente el mismo objeto. El calabozo, el tormento, la hoguera, eran empleados por los cristianos de todos los matices, especialmente por los Católico-Romanos, contra todos aquellos que enseñaban la ciencia natural en contradicción con las teorías admitidas por la Iglesia. El Papa Gregorio el Grande prohibió el uso gramatical del latín, como pagano. El crimen de Sócrates consistía en descubrir á sus discípulos la doctrina secreta en lo que á los dioses se refiere, la cual era enseñada en los Misterios, y era un crimen capital. También era acusado por Aristófanes, por introducir el nuevo dios, Dinos, en la república como el Demiurgos ó Artífice y Señor del Universo Solar. El sistema heliocéntrico era también una doctrina de los Misterios; y por esto cuando Aristarco el Pitagórico lo enseñó públicamente, Cleanto declaró que los Griegos debían haberle llamado á juicio y condenado por blasfemar contra los dioses». (Plutarco.) Pero Sócrates jamás había sido iniciado, y por lo tanto, nada descubrió que se le hubiese dicho.

estarán en armonía con el método de raciocinio inductivo establecido por Aristóteles; pero lo son en gran manera para todos aquellos que llegan á saber la existencia de una elevada facultad en el hombre, la *Intuición*, que es á la que se debe el criterio para conocer La Verdad.

Fundando sus doctrinas en la presencia de la Mente Suprema, Platon enseña que el *nous*, espíritu, ó alma racional del hombre, fué «generado por el Padre Divino», y es de una naturaleza parecida y, en verdad, homogénea con la Divinidad, y que es capaz de contemplar las eternas realidades. Esta facultad de contemplar la realidad directa é inmediatamente pertenece á Dios sólo; la aspiración á esta facultad es la Filosofía propiamente dicha, ó sea el amor á la Sabiduría. El amor á la verdad es inherente al amor al bien, y predominando sobre todo deseo del alma, purificándola por su asimilación con lo divino, dirigiendo todas las acciones del hombre, eleva á éste á una participación y comunión con la Divinidad, y le ensalza á semejanza de Dios. «Esta ascensión», dice Platon en el *Theætetus*, «consiste en llegar á parecerse á Dios, y esta asimilación tiene lugar cuando, por medio de la sabiduría, el hombre logra ser justo y santo».

La base de esta asimilación es siempre la preexistencia del espíritu ó *nous*. En la alegoría del carro con caballos alados del *Phædrus*, presenta á la naturaleza psíquica como compuesta y doble: el *Thumos* ó parte *epithumética*, formada de sustancias pertenecientes al mundo de los fenómenos; y el *θυμοειδής*, *thumoeides*, la esencia de lo que está enlazado con el mundo eterno. La actual vida terrena es una caída y un castigo. El alma habita en «la sepultura que llamamos *cuerpo*» en este estado de incorporación, y antes de sufrir la disciplina de la educación, el elemento espiritual ó noético está «dormido». La vida es más bien un sueño que una realidad. Como los cautivos del subterráneo calabozo descrito en *La República*, con la espalda vuelta á la luz, percibimos nosotros únicamente las sombras de los objetos, y pensamos que son realidades actuales. ¿Acaso no es esta la idea de *Maya*, ó sea la ilusión de los sentidos durante la vida física, lo que es un rasgo característico de la filosofía Budhista? Si no damos en la vida material una importancia absoluta á los sentidos, estas ilusiones despiertan en nosotros la reminiscencia del mundo superior en el que ya hemos vivido. «El espíritu interno conserva un vago y obscuro recuerdo del anterior estado de bienaventuranza de que ha gozado, y late instintivamente con la esperanza de volver á él». Es de la incumbencia de la Filosofía el libertarle de la esclavitud de los sentidos, por medio de la disciplina, y elevarle al empuero del puro

pensamiento, á la visión de la verdad eterna, de la bondad y de la belleza. Dice Platón en el *Theætetus*: «el alma no puede descender á una forma humana si no ha contemplado nunca la verdad. Esta es el conjunto de todo cuanto el alma veía cuando antiguamente permanecía con la Divinidad, despreciando todas las cosas que decimos que son, y elevando sus ojos á aquello que REALMENTE ES. Por lo que, el nous, ó espíritu, del filósofo (ó estudiante de la Suprema Verdad) es únicamente adornado con alas, porque él, con lo superior de sus facultades, guarda todo esto en su mente, la contemplación de lo cual diviniza, por decirlo así, á la Divinidad misma. Haciendo un uso conveniente de todo lo que es una reminiscencia de la vida primera, y perfeccionándose, por medio de misterios perfectos, puede el hombre llegar á la perfección absoluta, y es entonces un iniciado en la sabiduría divina.»

Por esto, podremos comprender porqué las más sublimes escenas de los Misterios tenían lugar de noche siempre. La vida del espíritu interno es la muerte de la naturaleza externa; y la noche del mundo físico denota el día en el espiritual. Dionysus, el sol de noche, es por esto adorado con preferencia á Helios, el sol de día. En los Misterios, se simbolizaba la condición preexistente del espíritu y del alma, la caída de ésta en la vida terrena y Hades, las miserias de esta vida, la purificación del alma y su restitución á la divina bienaventuranza ó reunión con el espíritu. Theon de Smyrna con razón compara la disciplina filosófica con los ritos místicos: «Filosofía», dice él, «puede ser llamada la iniciación en los verdaderos arcanos, y la instrucción en los Misterios genuinos. La iniciación consta de cinco períodos: I. la purificación previa; II. la admisión á la participación en los ritos secretos; III. la revelación epóptica; IV. la investidura ó entronización; V. el quinto, que es la consecuencia de todos los demás, es la amistad y comunión interior con Dios, y el goce de la felicidad que resulta de la íntima comunicación con las esencias divinas.... Platón denomina *epopteia*, ó visión personal, á la contemplación perfecta de las cosas que por intuición aprendemos; verdades é ideas absolutas. También él considera el ceñir la cabeza, y la coronación, como simbolizando la autoridad que uno recibe de sus instructores, para conducir á otros á la misma contemplación. El quinto grado es la felicidad más completa que puede encontrarse en la tierra, y de acuerdo con Platón, una asimilación á la Divinidad, llevada al mayor grado de perfección posible en la humana existencia.» (1).

(1) Véase Thomas Taylor: «Misterios de Eleusis y Baquicos», p. 47. New-York. J. W. Bouton, 1875.

Tal es el Platonismo. Dice Ralph Waldo Emerson: «de Platón procede todo cuanto los hombres pensadores escriben y discuten». En él estaba resumida toda la ciencia de sus tiempos, la de Grecia, de Philolaus á Sócrates; la de Pitágoras en Italia; y lo que había podido atesorar del Egipto y del Oriente. Era una inteligencia tan vasta, que toda la filosofía europea y asiática está comprendida en sus doctrinas, y á su cultura y fuerza de abstracción, unía la naturaleza y cualidades de un poeta.

Los sucesores de Platón, en general, se adhirieron á sus teorías psicológicas. Algunos, como Xenócrates, aventuraron atrevidas especulaciones. Speusippus, el sobrino y sucesor de este gran filósofo, fué el autor del *Análisis numérico*, un tratado sobre los números Pitagóricos. Algunas de sus especulaciones no se encuentran en los *Diálogos* escritos; pero como era un oyente de las conferencias de Platón, no escritas, tiene mucha razón Enfield en decir que sus opiniones no debían diferenciarse de las de su maestro. Él es, sin duda, aunque no lo nombra, el antagonista que Aristóteles critica; cuando enseñando, citaba el argumento de Platón contra la doctrina de Pitágoras, de que todas las cosas eran en sí mismas números, ó mejor dicho, inseparables de la idea de número. Él procuraba en especial demostrar que la doctrina Platónica de las ideas difería esencialmente de la Pitagórica, en la que los supuestos números y magnitudes existen aparte de las cosas. También aseguraba que Platón enseñaba que no puede existir conocimiento *real*, si el objeto de este conocimiento no era llevado más allá, ó á una región superior á la de lo sensible.

Pero Aristóteles no es ningún testigo digno de fé. Él ha falsificado á Platón, y ha caricaturizado casi las ideas de Pitágoras. Hay una regla de interpretación que deberá guiarnos en el examen de cada opinión filosófica: «La inteligencia humana, bajo la operación necesaria de sus propias leyes, ha sido impulsada á mantener las mismas ideas fundamentales, y el corazón del hombre á demostrar los mismos sentimientos en todas edades.» Cierto es que Pitágoras despertó la más profunda simpatía intelectual de su época, y que sus doctrinas ejercieron una gran influencia sobre Platón. Su idea fundamental es que existe un principio permanente de unidad bajo las formas, cambios y demás fenómenos del Universo. Aristóteles asegura que él pensaba y enseñaba que «los números son los principios primeros de todas las entidades.» Ritter ha opinado que la fórmula de Pitágoras debe ser tomada simbólicamente, lo cual sin duda es correcto. Aristóteles trata de asociar estos números con las «formas» é «ideas» de Platón. Declara igualmente que Platón dice: «las formas

son números,» y que «las ideas son existencias substanciales, entidades reales.» Platón no enseñaba esto. Declaraba que la causa final era la Bondad Suprema, το ἰγνώον. «Las ideas son objeto de pura concepción para la razón humana, y son atributos de la Razón Divina» (1). No decía que «las formas fueran números,» lo que dice se encuentra en el *Timæus*: «Dios formó las cosas, cuando por primera vez aparecieron, según formas y números.»

La ciencia moderna reconoce que las más elevadas leyes de la naturaleza asumen la forma de una representación cuantitativa. Esto es quizás una más completa elaboración, ó afirmación más explícita, de la doctrina Pitagórica. Los números se consideran como la mejor representación de las leyes de la armonía, que llena y penetra el cosmos. Demasiado vemos que, en la química, la teoría atómica y las leyes de combinación son, en la actualidad, como eran antes, arbitrariamente definidas por números. Mr. W. Archer Butler ha expresado esto, diciendo: «El mundo es, en todas sus partes, una aritmética viviente en su desarrollo, y una geometría realizada en su reposo.»

La clave para los dogmas Pitagóricos es la fórmula general de unidad en la multiplicidad, la unidad evolucionando á la multiplicidad, y penetrándola por completo. Esta es, en pocas palabras, la antigua doctrina de la emanación. Del mismo modo, Pablo el apóstol la aceptaba como verdadera. «Εξ αὐτοῦ, καὶ δι' αὐτοῦ, καὶ εἰς αὐτὸν τὰ πάντα.»

De aquel, por medio de aquel, y en aquel son todas las cosas. Esto, como veremos por lo que sigue, es puramente Indio y Brahmánico.

«Cuando la disolución, Pralaya, ha llegado á su término, el Sér inmenso, Para-Atma, ó Para-Purusha, el Señor existente por sí mismo, y del cual y por medio del cual todas las cosas eran, son y serán..... resolvió emanar, de su propia substancia, la variedad de las criaturas.» (*Manava-Dharma-Sastra*, libro 1, slokas 6 y 7).

La Decada mística $1 + 2 + 3 + 4 = 10$ es un medio de expresar esta idea. El Uno es Dios, el dos materia, el tres la combinación de la Monada y la Duada, participando de la naturaleza de las dos, en el mundo fenomenal: la tetrada, ó forma de perfección, expresa el vacío de todo; y la Decada, ó suma de todas las cosas, comprende el Cosmos en su totalidad. El universo es la combinación de un millar de elementos, y sin embargo, la expresión de un solo espíritu, un caos para los sentidos, un cosmos para la razón.

Todo, en esta combinación y progresión de los números en la idea de la creación, es Indio. El Sér existente por sí mismo, Swayambhu ó Swayambhuva, como le llaman algunos, es uno. Él emana de sí

(1) Cousin: «Historia de la Filosofía», I, ix.

mismo la *facultad creadora*, Brahâmâ ó Purusha (el varón divino), y el uno se convierte en *Dos*; de esta Duada, unión del purísimo principio intelectual con el principio de la materia, procede un tercero que es Viradj, el mundo fenomenal. De esta invisible é incomprensible trinidad, la Trimurti Brahmánica, procede la segunda triada, la que representa las tres facultades, la creadora, la conservadora y la transformadora. Estas están representadas por Brahâmâ, Vishnu y Siva, pero están y estarán siempre reunidas en uno. *Unidad*, Brahâmâ, ó, como se le llama en los *Vedas*, Tridandi, es el dios triple y manifestado, el cual dá origen al simbólico *Aum*, ó la Trimurti abreviada. Por medio de esta trinidad, siempre activa y tangible para nuestros sentidos, la invisible y desconocida Monada puede por sí misma manifestarse en el mundo de los mortales. Cuando se convierte en *Sarira*, ó sea el que asume una forma visible, simboliza todos los principios de la materia, todos los gérmenes de vida; él es Purusha, el dios de las tres caras, ó del triple poder, la esencia de la triada Védica. «Conozcan los Brahmas la sagrada sílaba (*Aum*), las tres palabras del Savitri, y lean los *Vedas* diariamente.» (*Manú*, libro IV, sloka 125).

«Después de haber creado el universo, Aquel, cuyo poder es incomprensible, se desvaneció absorbido en el Alma Suprema..... Retirada en su primitiva oscuridad la grande Alma, permanece en lo desconocido, y carece de toda forma.....

»Cuando habiendo reunido otra vez los sutiles principios elementarios se introduce en algún germen animal ó vegetal, asume en cada uno una nueva forma.

»Así es que por una alternativa de reposo y actividad, el Sér Inmutable hace que eternamente revivan y mueran todas las criaturas existentes, activas é inertes.» (*Manú*, libro I, sloka 50 y otras).

El que haya estudiado á Pitágoras y sus especulaciones respecto de la Monada, la que después de haber emanado la Duada se retira al silencio y á la oscuridad, y crea la Triada, puede ver de dónde viene la filosofía del gran Sabio de Samos, y después, la de Sócrates y la de Platón.

Speusippus parece haber enseñado que el alma física ó thumética era inmortal, lo mismo que el espíritu ó alma racional, y más lejos exponremos sus razones. Él también, como Philolaus y Aristóteles en sus disquisiciones sobre el alma, hace del éter un elemento; así es que hay cinco elementos principales, que corresponden á las cinco figuras regulares en Geometría. También es esta una doctrina de la

escuela Alejandrina. (1) A la verdad, hay muchas cosas en las doctrinas de los *Filaleteos* que no aparecen en las obras de los más antiguos Platónicos, que eran sin duda alguna enseñadas en substancia por el mismo filósofo, el cual, con su acostumbrada reticencia, las consideraba como arcanos que no debían exponerse en sus escritos, para no entregarlos al público. Speusippus y Xenócrates, después de él, sostenían como su gran maestro que el *anima-mundi*, ó el alma del mundo, no era la Divinidad, sino la manifestación de la misma. Todos estos filósofos jamás concibieron al *Uno* como á una *naturaleza animada*. (2) El *Uno* original no *existe*, en el sentido que nosotros damos á la palabra. Ni hasta que se unió con los muchos (existencias emanadas, la monada y la duada), fué una existencia producida. El *τίμιον* honrado y algunas veces manifestado habita lo mismo en el centro que en la circunferencia, pero es sólo la reflexion de la Divinidad, el *Alma del Mundo*. (3) En esta doctrina encontramos el espíritu del Buddhismo esotérico.

La idea de Dios que el hombre tiene es la luz deslumbradora que él vé reflejada en el cóncavo espejo de su propia alma, y en verdad esta imagen no es en realidad la de Dios, es sólo su reflejo. Su gloria está allí, pero lo que el hombre vé es la luz de su propio espíritu, y es todo lo más que él puede ver. *Cuanto más límpido sea el espejo, más resplandeciente será la imagen divina*. Pero el mundo exterior no puede permanecer presente en el mismo momento. Para el extático Yogui, para el Profeta iluminado, el espíritu brilla como el sol del mediodía; para la viciada víctima de la atracción terrena, el resplandor ha desaparecido, porque el espejo está empañado por el aliento grosero de la materia. Tales hombres reniegan de su Dios, y quisieran de un golpe privar á la humanidad del alma.

Ni DIOS, ni ALMA. ¡Horrible y aniquilador pensamiento! Espantosa pesadilla de un lunático Ateo, viendo ante sus ojos calenturientos una horrible é incesante serie de chispas de materia cósmica por *nadie* creadas, apareciendo, existiendo y desarrollándose por sí mismas; este Yo-Mismo es *ningun* Mismo, porque no es ni *nada* ni *nadie*; flotando á la vista acá y acullá, ninguna Causa le impele, porque no existe ninguna, y se lanza ante nosotros en todo tiempo y lugar. Y esto sucede en un círculo de eternidad ciego, inerte y SIN CAUSA. ¡Qué es, en comparación, la errónea concepción del Nirvâna Búddhico! El Nirvâna es precedido de innumerables y espirituales transformaciones, y

(1) «Theol. Arithme.», p. 62: «Sobre los Números Pitagóricos.»

(2) Platón: «Parménides.», 141 E.

(3) Ver Stobæus, «Ecl.» 1, 862.

metempsícosis, durante las cuales la entidad no pierde, ni por un segundo, el sentimiento de su individualidad propia, lo cual durará millones de épocas, antes que la Final Ninguna Cosa sea alcanzada.

Aunque muchos han considerado á Speusippus como inferior á Aristóteles, el mundo, sin embargo, debe estarle agradecido por haber definido y expuesto muchas cosas que, en sus doctrinas de lo Sensible y de lo Ideal, Platón dejó oscuras. Su máxima era: « Lo Inmaterial es conocido por medio del pensamiento científico; lo Material por la científica percepción. » (1)

Xenócrates expone muchas de las teorías y pensamientos que su maestro no escribió. Experimenta la más alta estimación por la doctrina Pitagórica, y por su sistema de números y matemáticas. Reconociendo tres grados de Ciencia, *Pensamiento*, *Percepción* y *Aprensión* (ó conocimiento por *Intuición*), dice que el primer grado, Pensamiento, consiste en ocuparse de lo que hay *más allá* de los cielos; la Percepción, de las cosas de los cielos; y la Intuición, el estar en comunicación íntima con los cielos mismos.

Encontramos estas teorías, y casi el mismo lenguaje, en el *Manava-Dharma-Sastra*, cuando se ocupa de la creación del hombre: « Él (el Supremo) exhaló, de su propia esencia, el soplo inmortal, el cual *no perece en la existencia*, y á esta alma de la vida, él le dió el Ahan-kâra (conciencia del *Ego*), el guía soberano. Entonces dió á aquella alma de la existencia (hombre), la inteligencia formada *por tres cualidades*, y los cinco órganos de la percepción externa.»

Estas tres cualidades son: Inteligencia, Conciencia y Voluntad; correspondiendo al Pensamiento, Percepción y Aprensión ó Intuición de Xenócrates. La relación de los números á las Ideas, ha sido desarrollada por él más que por Speusippus, y sobrepujó á Platón en su doctrina de las *Magnitudes Invisibles*. Reduciéndolas á sus primitivos é ideales elementos, demuestra que cada forma y figura procede de la línea más pequeña é indivisible. Que Xenócrates mantiene las mismas teorías de Platón, en lo que se refiere al alma humana (suponiendo ser un número) es evidente, aunque Aristóteles le contradiga, como en cada enseñanza de este filósofo. (*) Esto nos demuestra, evidentemente, que muchas de las doctrinas de Platón fueron expuestas oralmente, y del mismo modo vemos que Xenócrates, y no Platón, fué el primero que dió origen á la teoría de las magnitudes indivisibles. Él deriva el alma de la primera Duada, y la llama un número semoviente. (2)

(1) Sextus: « Math. », VII, 145.

(2) « Metaph. », 407, a 3.

(3) Apéndice á « Timæus ».

Teofrasto dice que él ha penetrado y aclarado, más que ningún Platonista, esta teoría del alma. Edifica sobre ella su teoría ó doctrina cosmológica, y prueba la necesaria existencia, en cada punto del espacio universal, de una serie progresiva de esencias espirituales animadas é inteligentes. (1) El alma humana es, para él, un compuesto de las más espirituales dotes de la Monada y de la Duada, en posesión de los principios más elevados de ambas. Si, como Platón y Prodicus, hace referencia á los elementos considerándolos Poderes Divinos, y les llama dioses, ni él ni otros enlazan, con estas palabras, idea alguna antropomórfica. Krische repara que él llama dioses á estos poderes elementales, únicamente para que no sean confundidos con los demonios del mundo inferior (2) (los espíritus elementarios). Como el Alma del Mundo penetra todo el Cosmos, también los animales deben tener algo divino. (3) También es esta la doctrina de los Buddhistas y la de los Herméticos, y Manú concede también una alma á las plantas y á la mas humilde hoja de césped.

Los demonios, de acuerdo con esta teoría, son los séres intermedios entre la perfección divina, y la maldad humana (4); los divide en clases y éstas, á su vez, en otras. Pero afirma que el alma individual ó personal de cada hombre es su demonio director y defensor, y que ningún demonio tiene más poder sobre nosotros que el que tenemos nosotros mismos. Así el *Daimonion* de Sócrates es el Dios ó Entidad Divina que le inspiró durante toda su vida. Del hombre depende únicamente el abrir ó cerrar su percepción á la voz Divina. A semejanza de Speusippus, concede inmortalidad al $\psi\chi\kappa\iota$, cuerpo psíquico, ó alma irracional. Pero algunos filósofos herméticos han enseñado que el alma tiene únicamente una existencia separada y continua, cuando, en su paso al través de las esferas, algunas partículas terrenas y materiales se le incorporan; y cuando, ya purificada en absoluto, estas últimas son *anihiladas*, y sólo la quinta esencia del alma se confunde con su espíritu *divino* (el *Racional*), y los dos desde entonces no constituyen más que uno.

Zeller asegura que Xenócrates prohibía el comer carne de animales, no porque en ellos viese algo parecido al hombre, por concederles una opaca é imperfecta conciencia de Dios, sino «por otra razón, pues la irracionalidad del alma animal podía de este modo tener cierta influencia sobre nosotros.» (5) Pero nosotros creemos que más bien era

(1) Stob: «Ecl.», 1, 62.

(2) Krische: «Forsch.», p. 322.

(3) Clem: «Alex. Stro.», v, 590.

(4) Plutarco: «De Isid», cap. 25, p. 360.

(5) «Plato und die Alt. Akademie».

porque, como Pitágoras, había tenido á los sabios Indos por maestros y modelos. Cicerón pinta á Xenócrates como despreciando en absoluto todo excepto la virtud más elevada; (*) y describe la immaculada y severa austeridad de su carácter. (2) «Librarnos de la esclavitud de la existencia material, conquistar los elementos Titánicos de nuestra naturaleza terrena por medio de lo Divino, es nuestro problema.» Zeller cita estas palabras suyas: (3) «La Pureza, siempre en el íntimo anhelo de nuestro corazón, es el más grande de todos los deberes, y únicamente la Filosofía y la iniciación en los Misterios son los medios para lograr este objeto.»

Crantor, otro filósofo de los primeros días de la Academia de Platón concebía el alma humana como formada de la substancia primera de todas las cosas, la Monada ó *Uno*, y la Duada ó el *Dos*. Plutarco se ocupa extensamente de este filósofo, quien, como su maestro, creía que las almas estaban distribuidas en los cuerpos por vía de destierro y castigo.

Herakleides, aunque algunos críticos creen que no se sujetó completamente á la primera filosofía de Platón, (4) enseñaba la misma ética. Zeller nos lo presenta como compartiendo con Hicetas y Ecphantus la doctrina Pitagórica de la rotación diurna de la tierra y la inmovilidad de las estrellas fijas, pero añade que ignoraba la revolución anual de la tierra al rededor del sol y el sistema heliocéntrico. (5) Pero poseemos nosotros evidencias serias de que este sistema era enseñado en los Misterios, y que Sócrates murió por su *ateísmo*, ó sea por divulgar este sagrado conocimiento. Herakleides adoptaba enteramente las opiniones de Pitágoras y Platón, en lo que al alma humana se refiere, respecto á sus facultades y capacidades. La describe como una esencia luminosa y en alto grado etérea. Afirma que el alma habita en la Vía-Lactea antes de descender á la generación ó existencia sublunar. Sus demonios ó espíritus son cuerpos vaporosos y aéreos.

En el *Epinomis*, la doctrina de los números de Pitágoras en relación con las cosas creadas está plenamente establecida. Como buen Platonista, este autor afirma que sólo puede obtenerse la sabiduría por una completa investigación de la naturaleza oculta de la creación; esto sólo nos asegura una feliz existencia despues de la

(1) «Tusc.», v 18, 51.

(2) *Idem.* cf. p. 559.

(3) «Plato und die Alt. Akademie».

(4) Ed. Zeller: «Philos. der Griech.»

(5) «Plato und die Alt. Akademie.»

muerte. Se ocupa con gran extensión, en este tratado, de la inmortalidad del alma; y añade su autor que únicamente podemos alcanzar á comprenderla por medio de la perfecta comprensión de los números; el hombre incapaz de distinguir una línea recta de una curva jamás tendrá la inteligencia necesaria para lograr una demostración matemática de lo *invisible*, ó sea que debemos asegurarnos, por nosotros mismos, de la existencia objetiva de nuestra alma (cuerpo astral) antes de cerciorarnos de que poseemos un espíritu divino é inmortal. Jámblico dice lo mismo, añadiendo además que es un secreto perteneciente á la más elevada iniciación. Al Poder-Divino, dice, le indignan todos aquellos «que descubren la composición del *icostagonus*», ó sea los que revelan el método de inscribir un dodecaedro (1) en una esfera.

La idea de que los números poseen la virtud más elevada produce siempre el bien y nunca el mal, en lo que se refiere á la justicia, á la serenidad de carácter y á todo lo que es armonioso. Cuando el autor habla de cada estrella como de una alma individual, únicamente dice lo que los iniciados Indos y los Herméticos enseñaban antes y después de él; ó sea, que cada astro es un planeta independiente que, á semejanza de nuestra tierra, tiene una alma propia; cada átomo de materia está impregnado con el divino influjo del alma del mundo. Respira y vive, siente y sufre, lo mismo que goza de la vida á su manera. ¿Qué naturalista está preparado para contradecirlo, en buena lid? Además debemos considerar los cuerpos celestes como imágenes de dioses; como participando de los poderes divinos en su substancia; y aunque ellos no son inmortales, en su alma-entidad, su influencia en la economía del universo les dá derecho á honores divinos, tales como los que tributamos á los dioses menores.

La idea es clara, y de mala fé procedería el que la expusiese equivocada. Si el autor de *Epinomis* coloca á estos ígneos dioses muy por encima de los animales, plantas é igualmente sobre el género humano, los cuales, como criaturas terrenas, tienen señalado el más bajo lugar, ¿quién le probará que está equivocado? Necesita uno sumergirse, realmente, en las profundidades y en la abstracta metafísica de la antigüedad, para comprender las varias formas que sus concepciones revisten, las cuales, despues de todo, se fundan en la idéntica comprensión de la *Causa Primera*, de sus atributos y método.

Además, cuando el autor de *Epinomis* coloca entre los dioses más elevados y los más bajos (almas encarnadas) tres clases de demonios,

(1) Uno de los cinco cuerpos sólidos en Geometría.

y puebla el universo de seres invisibles, es más racional que nuestros modernos sabios, los cuales colocan entre los dos extremos un vacío vasto sin seres existentes, un lugar en donde las fuerzas ciegas solamente operan. De estas tres clases, los primeros y segundos son invisibles; sus cuerpos están formados de puro éter y fuego (*espíritus planetarios*), los pertenecientes á la tercera clase son generalmente invisibles, pero algunas veces, concentrándose en sí mismos, son visibles durante pocos segundos. Estos son los espíritus terrenos, ó nuestras almas astrales.

Son estas doctrinas las que, estudiadas analógicamente y por los principios de correspondencia, conducían á los antiguos, como conducen á los modernos Filaleteos, paso á paso, á la solución de los más grandes misterios. Al borde del negro abismo que separa el mundo espiritual del material, permanece la ciencia moderna, con los ojos cerrados y la cabeza vuelta, declarando el abismo infranqueable y sin fondo, aunque tiene en la mano una antorcha que basta sólo la baje á sus profundidades para convencerse de que se equivoca. Pero al través del abismo, el tenaz estudiante de la filosofía hermética ha construido un puente.

En sus *Fragmentos de Ciencia*, Tyndall hace la triste confesión que sigue: «Si me preguntan si la ciencia ha resuelto, ó si es probable que en nuestros días resuelva el problema de este universo, debo mover, dudando, mi cabeza.» Si impulsado por un pensamiento posterior, se corrige después, y asegura al público que la evidencia experimental le ha conducido á descubrir, en la vilmente calumniada materia, la promesa y la potencia de cada una de las cualidades de la vida, se chancea únicamente. Sería tan difícil para el profesor Tyndall el dar una prueba perfecta é irrefutable de lo que asegura, como lo hubiera sido para Job el clavar un anzuelo en las narices del Leviatán.

Para evitar al lector la confusión, que con facilidad puede nacer del uso frecuente de ciertos términos, en sentido diferente de aquel al cual está acostumbrado, pocas palabras bastarán. Deseamos no dar lugar á ningun error ni falsedad. La Magia puede tener para unos lectores una significación, y para otros, otra. Nosotros le daremos la significación que tiene para los sabios y prácticos Orientales. Y lo mismo haremos respecto de las palabras *Ciencia Hermética*, *Ocultismo*, *Hierofante*, *Adepto*, *Brujo*, etc.; por lo demás, poco basta para comprenderlas. Aunque las diferencias entre los términos son con mucha frecuencia insignificantes, meramente étnicos, será, para los lectores en general, útil saber cuál es su significado. Vamos á dar unos cuantos por orden alfabético.

ÆTHROBACYA.—Es un nombre griego que significa pasear ó levantar al aire; *levitación* es el nombre que los espiritistas modernos le dan. Puede ser consciente, ó inconsciente; en el primer caso, es magia; en el segundo, es un desequilibrio ó enfermedad, ó un poder que requiere unas pocas palabras para elucidarlo.

Una explicación simbólica de *Æthrobacya* se lee en un manuscrito siriaco, traducido en el siglo XV por Malchus, alquimista. Relacionado con el caso de Simón Mago, un párrafo dice así:

«Simón, aplicando su cara á la tierra, murmuró á su oído: ¡Oh madre Tierra, concédeme, te lo ruego, algo de tu aliento, y yo te daré el mío! ¡*Suéllame*, oh madre, y llevaré tus palabras á las estrellas, y fielmente volveré á tí al cabo de algún tiempo!» Y la tierra, reforzando su condición sin que sufriera detrimento, envió á su genio á infundir algo de su aliento en Simón, mientras él *infundia el suyo á ella*; y los astros se regocijaron con la vista del poderoso.»

Para comprender lo anterior, hay que recordar el principio, electro-químico, de que cuerpos electrizados del mismo modo se repelen, y dotados con electricidades contrarias, se atraen mutuamente. «El conocimiento más elemental de la química,» dice el profesor Crooke, «nos dice y enseña que mientras radicales de la más opuesta naturaleza se combinan enérgicamente, dos metales ó dos materiales de propiedades análogas muestran pequeña afinidad uno por otro.»

La tierra es un cuerpo magnético; de hecho, como algunos sabios han dicho, es un vasto iman. Paracelso, hace unos 300 años, lo afirmaba. Está impregnada ó cargada de una clase de electricidad que llamaremos positiva, que desarrolla continúa y espontáneamente en su interior ó centro de movimiento. Los cuerpos humanos, á la par que las demás formas de la materia, están cargados de la forma opuesta de electricidad, la negativa. Lo cual equivale á decir que los cuerpos orgánicos é inorgánicos, constante é involuntariamente se cargan por sí mismos y desarrollan la forma de electricidad opuesta á la de la misma tierra. Ahora bien, ¿qué es el peso? Sencillamente la atracción de la tierra. «Sin la atracción de la tierra no pesarían Vdes. nada,» dice el profesor Stewart (1), «y si Vdes. pesasen el doble, doble atracción experimentarían.» ¿Cómo podemos librarnos de esta atracción? En armonía con la ley antes enunciada, existe una atracción entre nuestro planeta y los organismos que en él permanecen, que retiene á estos en la superficie de la tierra. Pero la ley de gravi-

(1) «El sol y la tierra.»

tación ha sido controvertida, en muchas ocasiones, por levitaciones de personas y de objetos inanimados; ¿qué deducimos de ello? La condición de nuestro sistema físico, dicen los filósofos teúrgicos, es en gran parte dependiente de la acción de nuestra voluntad. Si ésta está bien manejada, puede producir «milagros,» entre otros el cambio de su polaridad eléctrica, de negativa á positiva; entonces las relaciones del hombre sobre el iman-tierra serían repulsivas, y la gravedad cesaría de existir. Sería entonces tan natural, para él, lanzarse al espacio, hasta que la fuerza repulsiva hubiese perdido su eficacia, como lo era antes el permanecer sobre la tierra. La elevación de su vuelo sería la medida de su habilidad mayor ó menor en cargar su cuerpo de electricidad positiva. Obtenido este dominio sobre las fuerzas físicas, la alteración de su levitación ó gravedad es cosa tan sencilla como el respirar.

El estudio de las enfermedades nerviosas ha demostrado que, tanto en el sonambulismo ordinario, como en los sonámbulos mesmerizados, el peso del cuerpo parece disminuir. El profesor Perty cita un sonámbulo, Kochler, el cual, estando en el agua, no podía hundirse, flotaba. La iluminada de Prevorst se elevaba á la superficie del baño, y no podía permanecer sentada en él. Habla además de Ana Fleiser, quien sufría ataques epilépticos, y era vista con frecuencia por el superintendente flotando en el aire, lo cual tuvo lugar una vez en presencia de dos testigos fidedignos (dos eclesiásticos); y otros que se levantaban de sus camas en posición horizontal, hasta la altura de dos yardas y media. El caso parecido de Margarita Rule lo cita Upham en su *Historia de los sortilegios de Salem*. «En los sujetos extáticos,» dice el profesor Perty, «el levantarse en el aire ocurre con mucha más frecuencia que con los sonámbulos.» Estamos acostumbrados á considerar la gravitación como una ley absoluta é inalterable, y la idea de una completa ó parcial ascensión que choque con la misma nos parece inadmisible; sin embargo, son fenómenos estos en los que, por medio de fuerzas materiales, la gravitación es anulada. En muchas enfermedades, como por ejemplo en las calenturas nerviosas, el peso del cuerpo humano parece aumentar, pero en la condición extática, al contrario, disminuye. Por lo tanto, pueden existir fuerzas materiales que contrarresten el poder de la gravitación.

El Criterio Espiritista, Revista de Madrid, en un número reciente, cita el caso de una joven labradora de cerca de Santiago, caso que tiene mucho interés, por lo que se relaciona con nuestro asunto. «Dos barras de hierro magnetizadas, colocadas sobre ella horizontalmente á una distancia de medio metro, eran suficientes para suspender su cuerpo en el aire.»

Si nuestros médicos experimentasen con estos individuos levitados, encontrarían que están fuertemente cargados de una forma similar de electricidad á la del suelo, el cual, según la ley de gravitación, debería atraerlos, ó al menos evitar su levitación. Y si algun desequilibrio físico-nervioso, ó un extravío espiritual, produce inconscientemente en el sujeto los mismos efectos, nos prueba que la naturaleza de esta fuerza puede ser estudiada y regulada á voluntad.

ALQUIMISTAS.—De *Al* y *Chemi*, fuego, ó el dios y patriarca *Kham*, también el nombre del Egipto. Los Rosacruces de la Edad Media, tales como Robertus de Fluctibus (Robert Fludd), Paracelso, Thomas Vaughan (Eugenius Philalethes), Van-Helmont y otros, fueron todos alquimistas, los cuales buscaban el *espíritu oculto* en toda materia inorgánica. Muchos, mejor dicho, la inmensa mayoría han acusado á los Alquimistas de charlatanería y de falsa arrogancia. A la verdad, hombres tales como Rogerio Bacon, Agrippa, Henry Kunrath y el árabe Geber (el primero que introdujo en Europa algunos secretos químicos), pueden difícilmente ser tratados como impostores, y mucho menos como locos. Los sabios de la actualidad están reformando las ciencias físicas, tomando como base la teoría atómica de Demócrito, que, restablecida por John Dalton, ha tenido por conveniente olvidar que Demócrito de Abdera era un alquimista, y que la inteligencia que tan profundamente había penetrado en los secretos de la naturaleza debía tener muy buenas razones para estudiar y llegar á ser un filósofo hermético. Olaus Borrichias dice que el origen de la Alquimia debe buscarse en los tiempos más remotos.

LUZ ASTRAL.—Es lo mismo que la *luz sideral* de Paracelso y de otros filósofos herméticos. Físicamente es el Eter de la ciencia moderna; metafísicamente, y en su espiritual y oculto sentido, es el Eter bastante más de lo que con frecuencia se imagina. En la Física y la Alquimia ocultas, se demuestra que encierra, en medio de sus ondulaciones sin límite, no sólo «la promesa y potencia de cada cualidad de la vida» de Mr. Tyndall, sí que también *la realización* de la potencia de cada una de las cualidades del espíritu. Los Alquimistas y los Herméticos creen que su éter astral ó sideral, junto con las propiedades del azufre, y la magnesia blanca y roja ó *magnes*, es el *anima mundi*, el taller de la Naturaleza y de todo el Cosmos, tanto espiritual como materialmente. El «gran magisterium» se manifiesta por sí mismo en los fenómenos del mesmerismo, en la «levitación» del hombre y de objetos inertes; y puede llamarse el éter bajo su aspecto espiritual.

La denominación *Astral* es antigua, y la usaban algunos de los

Neo-Platónicos. Porfirio describe el cuerpo celestial que siempre está unido al alma como «inmortal, luminoso, y parecido á una estrella.» La raíz de esta palabra puede encontrarse quizás en el escítico *aist-aer*, que significa estrella, ó en el asirio *istar*, que de acuerdo con Burnouf tiene el mismo sentido. Como los Rosacruces consideraban lo real como directamente opuesto á lo aparente, y enseñaban que lo que á la *materia* le parece luz, es obscuridad para el *espíritu*, buscaban á éste en el océano astral de fuego invisible que rodea al mundo; y pretendían haber seguido la pista al invisible espíritu divino, que se oculta en cada hombre y es equivocadamente llamado *alma*, hasta el verdadero trono del Dios Invisible y Desconocido. Como la gran causa debe siempre permanecer invisible é imponderable, podían ellos únicamente probar sus afirmaciones por la demostración de sus efectos en este mundo de materia, evocándolos de las regiones desconocidas al universo conocido de los fenómenos. Que esta luz astral penetra la totalidad del Cosmos, escondiéndose en su estado latente, hasta en la más ínfima partícula de roca, lo demuestran ellos por el hecho de la chispa procedente del pedernal, así como de otras varias piedras, cuyo espíritu, cuando es perturbado, brota á la vista como una chispa, é inmediatamente desaparece en las regiones de lo desconocido.

Paracelso la llamaba *luz sideral*, tomando la espresión del Latín. Consideraba la multitud de los astros (incluyendo nuestra tierra), como las porciones *condensadas* de la luz astral, «caídas en la generación y en la materia», pero cuyas emanaciones magnéticas ó espirituales conservaban una incesante comunicación entre ellas y el origen-padre de toda la luz astral. «Los astros nos atraen hacia ellos; y nosotros los atraemos hacia nosotros», dice él. «El cuerpo es madera y la vida es fuego, la cual viene, como la luz, desde las estrellas y desde los cielos. La Magia es la filosofía de la Alquimia,» dice además (1). «Todo cuanto pertenezca al mundo espiritual debe venir á nosotros al través de las estrellas, y si estamos en buena amistad con ellas, llegaremos á obtener efectos *mágicos* inmensos.»

«Así como el fuego pasa al través de una estufa, del mismo modo los astros penetran al hombre, y le comunican sus propiedades, del mismo modo que la lluvia, al penetrar en la tierra, hace que esta dé frutos. Observamos que los astros *rodean* á la tierra, como la *cáscara rodea al huevo*; al través de la cáscara viene el aire y penetra hasta el centro del mundo.» El cuerpo humano está sujeto, lo mismo que la

(1) «De Ente Spirituali», lib. iv; «de Ente Astrorum», lib. i; y *opera omnia*, vol. 1, pp. 634 y 699.

tierra, los planetas y las estrellas, á una doble ley: atracción y repulsión, y está saturado con un doble magnetismo, el influjo de la luz astral. Todo es doble en la naturaleza: el magnetismo es positivo y negativo, activo y pasivo, macho y hembra. La noche restaura á la humanidad de la actividad del día, y restablece el equilibrio, tanto de la naturaleza humana como de la cósmica. Cuando el mesmerizador habrá aprendido el secreto de polarizar la acción, y de dotar á su fluido con una fuerza bisexual, será el más grande de los magos vivientes. Así pues, la luz astral es andrógina, el equilibrio es el resultado de dos fuerzas, actuando eternamente la una sobre la otra.

El resultado es la VIDA. *Cuando las dos fuerzas se despliegan y permanecen largo tiempo inactivas, equilibrándose una con otra y alcanzando un reposo completo, la condición es la MUERTE.* Un sér humano puede exhalar un soplo caliente ó frío, y puede respirar aire frío ó caliente. No hay niño que no conozca como regular la temperatura de su pecho; pero la manera de protegerse uno mismo del aire frío ó caliente ningún Fisiólogo la ha dicho de un modo satisfactorio. La luz astral, como el principal agente de la magia, puede únicamente descubrirnos todos los secretos de la naturaleza. La luz astral es idéntica al *Akâsa* Indo, palabra que ahora explicaremos.

AKASA.—Literalmente en Sánscrito la palabra significa *cielo*, pero en su místico sentido significa el cielo invisible; ó como la palabra de los Brahmanes en el Sacrificio-Soma (*el Gyotishtoma Agnisthoma*), el dios Akâsa, ó el dios Cielo. Los Vedas nos demuestran que los Indos de cincuenta siglos atrás le daban las mismas propiedades que los Lamas Tibetanos de hoy le atribuyen; le consideran como la fuente de la vida, como el depósito de toda energía y como el propulsor de todo cambio en la materia. En su estado latente, se ajusta perfectamente á nuestra idea del éter universal; en su estado de actividad, es Akâsa, el Dios omnipotente y director de todo. En los sacrificios y misterios brahmánicos, desempeña el papel de Sadasya, ó de gobernador de todos los efectos mágicos, de las ceremonias religiosas; y tiene su sacerdote (Hotar) señalado, quien toma su nombre. En los tiempos antiguos, en la India y en otros países, los sacerdotes eran los representantes, en la tierra, de distintos Dioses, tomando cada uno de ellos el nombre de la divinidad en cuyo nombre obraba.

El Akâsa es el agente indispensable de cada Kritiyâ (operación mágica), sea religiosa, sea profana. La expresión brahmánica «despertar el Brahâmâ», *Brahmâ jinvati*, significa despertar el poder que latente yace en el fondo de tales operaciones mágicas, pues los sacrificios Védicos son sólo magia ceremonial. Este poder es el Akâsa, ó la elec-

tricidad *oculta*, el alkahest de los alquimistas en un sentido, ó el disolvente universal, la misma *anima mundi* como la luz astral. En el momento del sacrificio, está imbuida con el espíritu de Brahmâ, y mientras aquel se lleva á cabo, es el mismo Brahmâ. Este es el origen evidente del dogma Cristiano de la transubstanciación. En lo que se refiere á los efectos más generales del Akâsa, el autor de una de las obras más modernas de filosofía oculta, *Arte Mágico*, dá por vez primera al mundo una muy inteligible é interesante explicación del Akâsa, en conexión con los fenómenos atribuidos á su influencia por los fakires y los lamas.

ANTROPOLOGÍA.—La ciencia del hombre, abrazando entre otras cosas:

Fisiología, ó sea la rama de las ciencias naturales que descubre los misterios de los órganos, y su funcionamiento en el hombre, en los animales, y en las plantas; y también, y especialmente,

Psicología, ó la gran ciencia, tan descuidada en nuestros días, la ciencia del alma, considerándola como una entidad distinta del espíritu, y en sus relaciones con el espíritu y con el cuerpo. En la ciencia moderna, generalmente ó casi únicamente se la relaciona con las condiciones del sistema nervioso, y es casi en absoluto ignorada su psíquica esencia y naturaleza. Los médicos llaman á la *psicología* ciencia de la locura, y en las escuelas de medicina, dan este nombre á la cátedra correspondiente.

CALDEOS, ó Kasdim. Al principio una tribu, después una casta de sabios Kabalistas. Eran los sabios, los magos de Babilonia, astrólogos y adivinos. El famoso Hillel, el precursor de Jesús en filosofía y en ética, era un Caldeo. Franck, en su *Kabbala*, hace notar la estrecha semejanza de la «doctrina secreta» que se encuentra en el *Avesta*, y la metafísica religiosa de los Caldeos.

DACTYLOS (*daktulos*, dedo). Nombre dado á los sacerdotes consagrados al culto de *Kybelê* (Cibeles). Algunos arqueólogos derivan el nombre de δακτυλος, dedo, porque eran diez, que es el número de los dedos de la mano, pero no consideramos como correcta esta hipótesis.

DEMONIOS.—Nombre dado en los pueblos antiguos, y especialmente por los filósofos de la escuela Alejandrina, á todas las clases de espíritus, buenos y malos, humanos ó de otra naturaleza. Con frecuencia este nombre es sinónimo de Dioses ó ángeles; pero algunos filósofos procuran, con razón, establecer distinciones entre las diversas clases.

DEMÍURGOS ó Demiurgo. Artífice, el Poder Supremo que ha construido el universo. Los Francmasones derivan de esta palabra su frase

de «Gran Arquitecto.» El magistrado principal de algunas ciudades griegas lleva este título.

DERVISHES, ó «encantadores que giran», como se les llama. Aparte de la austeridad de vida, oración y meditación, los devotos Mahometanos se parecen muy poco al fakir indo. Este puede llegar á ser un sannyasi, ó un santo y puro mendigo; el primero jamás pasará más allá de una fase secundaria de manifestaciones ocultas. El dervish puede ser también un poderoso mesmerizador, pero jamás voluntariamente se someterá á las abominables y casi increíbles mortificaciones que el fakir inventa para sí mismo con creciente avidez, hasta que la naturaleza sucumbe, y muere en medio de lentos y crueles tormentos. Las más horribles operaciones, como el desollarse vivo, cortarse los dedos de los pies y de las manos, y las piernas; arrancarse los ojos; mandarse enterrar vivo hasta la barba, y pasar así muchos meses, son juegos de niños para ellos. Uno de los tormentos más comunes es el conocido por Tshiddy-Parvâday (').

Consiste en suspender al fakir en uno de los brazos móviles de una especie de horca, que suele verse en las cercanías de los templos. Al final de cada uno de estos brazos, está fija una polea por la cual pasa una cuerda con un garfio de hierro en su extremo. Este garfio se clava en la espalda desnuda del fakir, el que, inundando el suelo con su sangre, es levantado en alto y se le hace girar al rededor de la horca. Desde el primer momento de tan cruel operación, hasta que por su propio peso el cuerpo rasgado por el garfio cede, y el fakir es arrojado sobre las cabezas de la multitud, ni un solo músculo de su cara se altera. Queda tan tranquilo, grave, y tan reposado como si saliese de un baño refrigerante. El fakir gozará despreciando los mayores tormentos, pues está convencido de que cuanto más mortifique su cuerpo material, más brillante y santo será su cuerpo interno ó espiritual. El dervish, ni en la India, ni en los demás países mahometanos, nunca se someterá á tales operaciones.

DRUÍDAS.—Una casta sacerdotal que floreció en las Galias y en Bretaña.

ESPIRITUS ELEMENTALES.—Las criaturas que se desenvuelven en los cuatro reinos, de la tierra, aire, fuego y agua, y que son llamadas por los Kabalistas gnomos, sílfides, salamandras y ondinas. Pueden ser llamados fuerzas de la naturaleza, y cada uno de ellos podrá ser usado como agente servil de las leyes generales, ó empleado por espíritus desencarnados, sean puros ó impuros; y por adeptos

(1) O más comunmente, chârkh pûjá.

vivientes, ya magos, ya brujos, para producir los fenómenos que se desean. Tales seres nunca pueden llegar á ser hombres. (1)

Bajo la denominación general de hadas y duendes, estos espíritus de los elementos aparecen en los mitos, fábulas, tradiciones y poesías de todas las naciones antiguas y modernas. Sus nombres son una legión: peris, devs, djins, silvanos, sátiros, faunos, elfos, dwarfs, trolls, norrs, nisses, kobolds, brownies, duendes, necks, stromkarls, ondinas, nixies, salamandras, goblins, ponkes, banshees, kelpies, pixies, habitantes del musgo, buena gente, buenos vecinos, mujeres silvestres, hombres de paz, damas blancas, y otros muchos. Han sido vistos, temidos, bendecidos, excomulgados é invocados en todo el mundo, y en todas épocas. ¿Diremos que todos cuantos se han encontrado con ellos estaban alucinados?

Estos elementales son los principales agentes de los desencarnados, pero jamás visibles espíritus, en las sesiones, y la causa de todos los fenómenos, excepto de los subjetivos.

ESPÍRITUS ELEMENTARIOS.—Propiamente hablando, son las almas desencarnadas de los individuos depravados; estas almas han perdido poco antes de la muerte su espíritu divino, y ya no pueden aspirar á la inmortalidad. Eliphaz Levi y otros kabalistas apenas hacen diferencia entre los espíritus elementarios que han sido hombres, y todos los demás seres que pueblan los elementos, y son fuerzas ciegas de la naturaleza. Una vez separadas de sus cuerpos, estas almas (tambien llamadas cuerpos astrales) de personas puramente materiales son irresistiblemente atraídas á la tierra, donde experimentan una vida temporal y finita en medio de los elementos que más armonizan con su naturaleza inferior; como durante su vida no han cultivado su espiritualidad, sino que la han subordinado á lo material y grosero, son inhábiles para emprender el elevado camino del sér puro y desencarnado, para el cual la atmósfera de la tierra es sofocante y mefítica y cuyas aspiraciones todas se apartan de ella. Después de un período de tiempo más ó menos largo, estas almas empiezan á desintegrarse,

(1) Para las personas que creen en el poder de la doble-vista, pero que niegan, ó están dispuestos á hacerlo, la existencia de espíritus en la naturaleza, como no sean espíritus humanos desencarnados, les interesarán las observaciones de una que tenía este poder, las que han sido publicadas en el *Espiritista de Londres* de junio 29, 1877. Aproximándose una tempestad, la vidente vió «un espíritu luminoso salir de una negra nube, pasar rápido y deslumbrante al través del cielo, y pocos minutos después, una línea diagonal de espíritus oscuros en las nubes.» Estos son los *Maruts* de los «Vedas» (Véase «Rig-Veda Sanhita» de Max Muller).

La bien conocida profesora, autora, y vidente, Mrs. Emma Hardinge Britten, ha publicado relaciones de sus frecuentes experiencias con estos espíritus elementales.

y por fin, á semejanza de una columna de niebla, se disuelven, átomo por átomo, entre los elementos que las rodean.

ESENIOS.—De *Asa*, uno que sana. Una sœta de Judios que Plinio dice vivieron cerca del Mar Muerto « *per millia sæculorum*, » durante miles de siglos. Han supuesto algunos si serian Fariseos extremados, y otros, lo que quizás sea la opinión verdadera, los descendientes de los *Benim-nabim* de la *Biblia*, y creen que eran « Kenitas » y « *Nasaritas*. » Tenian muchas ideas y prácticas buddhistas; y es notable que los sacerdotes de la *Gran Madre* en Efeso, Diana-Bhavani con varios pechos, eran tambien conocidos por este nombre; Eusebio, y después, de Quincey, declaran que eran lo mismo que los cristianos primitivos, lo cual es más que probable. El título « *Hermano* » usado en la Iglesia primitiva es Esenio; constituian una fraternidad, ó un *koinobión* ó comunidad parecida á los primeros conventos. Hay que advertir que sólo los Sadduceos, ó Zadokitas, la casta de los sacerdotes, y sus partidarios eran los que perseguían á los cristianos; los Fariseos eran generalmente escolásticos é indulgentes, y con frecuencia estaban del lado de aquellos. Jaime el Justo fué un fariseo hasta su muerte; pero Pablo ó *Aher* era reputado como cismático.

EVOLUCIÓN.—Ó sea el desarrollo de los órdenes más elevados de animales, procedentes de los más inferiores. La ciencia moderna, llamada *exacta*, sólo se ocupa de la evolución física, evitando prudentemente é ignorando la más elevada, ó sea la espiritual, lo cual obligaría á nuestros contemporáneos á confesar su inferioridad con respecto á los antiguos filósofos y psicólogos. Los antiguos sabios, remontándose al INCOGNOSCIBLE, tomaban su punto de partida desde la primera manifestación del invisible, del inevitable, y por un razonamiento estrictamente lógico, desde el Sér creador necesario en absoluto, el Demiurgos del Universo. La evolución empieza con ellos en el espíritu puro, el cual, descendiendo más y más, asume, por fin, una forma visible y comprensible, y llega á convertirse en materia. Llegados á este punto, especulan segun la teoría de Darwin, pero partiendo de una base más ancha é inteligible.

En el *Rig-Veda-Sanhita*, el libro más antiguo del mundo, (1) al cual nuestros más prudentes Indilogistas y Sanscritistas asignan una antigüedad de unos dos ó tres mil años antes de nuestra era, en el libro primero, « Himno á los Maruts, » vemos lo siguiente:

« El No sér y el sér, existen en los más altos cielos, en el lugar de nacimiento de Daksha; en el regazo de Aditi ». (Mandala, I, Sûkta 166).

(1) Traducido por Max-Muller, Profesor de Filología comparada en la Universidad de Oxford, Inglaterra.

« En la primera edad de los dioses, el Sér (la Divinidad comprensible) había nacido del No-sér (á quien ninguna inteligencia puede comprender); después nacieron las Regiones (lo invisible), y de ellas, Uttánapada ».

« De Uttánapada la Tierra nació, las Regiones (estas que son visibles) nacieron de la Tierra. Daksha ha nacido de Aditi, y Aditi de Daksha » (Idem).

Aditi es el infinito, y Daksha es *daksha-pitarah*, significando el padre de los dioses, pero Max-Muller y Roth dicen que significa los padres de la fuerza, « preservando, poseyendo, concediendo facultades ». De todos modos, es fácil ver que « Daksha, nacido de Aditi, y Aditi de Daksha, » significa lo que los modernos comprenden por « correlación de fuerzas; » además lo veremos en este párrafo (traducido por el profesor Müller):

« Yo considero á Agni como el origen de todas las existencias, el padre de la fuerza » (III, 27, 2); una idea tan clara y evidente prevalecía en las doctrinas de los Zoroastrianos, de los Magos, y de los Filósofos del fuego de la Edad Media. Agni es el dios del fuego, del Eter Espiritual, la verdadera substancia de la esencia divina del Dios Invisible presente en cada átomo de Su creación, y llamado por los Rosacruces el « Fuego Celestial ». Si cuidadosamente comparamos los versos de este Mandala, uno de los cuales dice así: « El Cielo es su padre, la Tierra su madre, Soma su hermano, Aditi su hermana » (I, 191, 6) (1) con la *Tabla de Esmeralda* de Hermes, encontraremos el mismo substratum metafísico y filosófico, una doctrina idéntica.

« Como todas las cosas han sido producidas por medio de un Sér, así todas las cosas han sido producidas de esta sola por adaptación; ' Su padre es el sol; su madre la luna ' ... & Separa la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero... Lo que yo he dicho sobre la operación del sol es completo. » (*Tabla de Esmeralda*). (2)

El Profesor Max-Müller ve en este *Mandala*, « al fin, algo parecido á una teogonía, aunque llena de contradicciones ». (3) Los alquimistas, kabalistas y los estudiantes de filosofía mística encontrarán en ello una perfecta definición del sistema de Evolución en la Cosmogonía de un pueblo que vivía una porción de millares de años antes de nuestra era. Encontrarán además una identidad perfecta de pen-

(1) « Dyarih vah pitá, prithivi mâtá sômah bhrâtâ ádithi svásá ».

(2) Como la identidad perfecta de las doctrinas religiosas y filosóficas de la antigüedad será estudiada por completo en los capítulos siguientes, limitamos nuestras explicaciones por ahora.

(3) « Ríg-Veda-Shanhita », p. 234.

samiento y doctrina con la filosofía Hermética y las doctrinas de Pitágoras y Platón.

En la Evolución, como ahora empieza á ser comprendida, se supone que existe en toda materia un impulso para tomar una forma más elevada; suposición manifestada claramente por Manú y otros filósofos Indos de la más remota antigüedad. Es un ejemplo el árbol de los filósofos en el caso de la disolución de zinc. La controversia entre los partidarios de esta escuela y los que sostienen la doctrina de las Emanaciones puede brevemente ser establecida así: El Evolucionista detiene toda investigación en las fronteras del « *Incognoscible* »; el Emanacionista cree que nada puede evolucionar, ó como la palabra significa, ser parido ó nacer, si no ha sido antes involucionado, indicando así que la vida, por su potencia espiritual, está por encima de todo.

FAKIRES.—Devotos religiosos en la India Oriental. Están generalmente agregados á las pagodas brahmánicas, y siguen las leyes de Manú. Un fakir estrictamente religioso irá completamente desnudo, llevando sólo una pequeña pieza de lino llamada *dhoti*, en torno de su cintura. Llevan el pelo muy largo, y se sirven de él como si fuera un bolsillo, pues en él guardan varios objetos, tales como una pipa, una pequeña flauta llamada *vagudah*, cuyos sonidos causan en las serpientes un entorpecimiento cataléptico, y algunas veces su vara de bambú (de un pie de largo), *con los siete nudos místicos* en ella. Este palo mágico, ó más bien varilla, lo recibe el fakir de su gurú el día de la iniciación, junto con los tres *mantrams*, los que le son comunicados « al oído ». No se verá jamás á ningún fakir sin esta poderosa compañera de sus facultades. Es, como ellos aseguran, la varilla divina, la causa de todos los fenómenos ocultos que llevan á cabo. (1) El fakir brahmánico es completamente distinto de los mendigos musulmanes de la India, también llamados fakires en algunos puntos del territorio Británico.

HERMÉTICO.—De Hermes, el dios de la Sabiduría, conocido en Egipto, Siria, Fenicia como Thoth, Tat, Adad, Seth y Satán (este último *no debe ser tomado* en el sentido que los Cristianos y Musulmanes le dan), y en Grecia como Kadmon. Los kabalistas lo identifican con Adam *Kadmon*, la primera manifestación del Poder Divino, y con Enoch. Han sido dos los Hermes; el primero era el *Trismegis-*

(1) Filostrato nos asegura que en su tiempo los Brahmanes eran capaces de llevar á cabo las curaciones más maravillosas, sólo pronunciando ciertas palabras mágicas. « Los Brahmanes Indos llevan una varilla y un anillo por medio de los que pueden hacer muchas cosas. » Orígenes asegura lo mismo (« *Contra Celsum* »). Pero sin un poderoso fluido marmérico proyectado por el ojo, aunque no haya ninguna clase de contacto, todas las palabras mágicas serán completamente inútiles sin el auxilio del primero.

tus, y el segundo una emanación ó « permutación » de sí mismo; el amigo é instructor de Isis y Osiris. Hermes es el dios de la sabiduría religiosa, al igual que Mazeus.

HIEROFANTE.—Poseedor de conocimientos sagrados. El Hombre Anciano, el Jefe de los Adeptos en las iniciaciones, que explicaba los arcanos conocimientos á los neófitos, llevaba este título. En Hebreo y en Caldeo, la palabra era *Pedro*, ó el que abre, descubridor; de aquí, el Papa, como sucesor del hierofante de los antiguos misterios, se sienta en la silla pagana de « S. Pedro ». El odio de la Iglesia Católica hacia los alquimistas y hacia las ciencias ocultas y astrológicas se explica porque tales conocimientos eran antes la prerogativa del hierofante ó representante de Pedro, quien guardaba los misterios de la vida y de la muerte. Hombres como Bruno, Galileo y Kepler, por esto mismo, y también Cagliostro, quebrantaron las pretensiones de la Iglesia, y fueron por consiguiente algunos de ellos asesinados.

Cada nación ha tenido sus Misterios y sus hierofantes. Los Judíos tenían su Pedro, Tanaim ó Rabino, como Hillel, Akiba (1) y otros cabalistas famosos, quienes sólo podían comunicar los terribles conocimientos contenidos en la *Merkaba*. En la India, en los antiguos tiempos, como ahora, hay muchos hierofantes diseminados por todo el país, pertenecientes á las pagodas principales, los cuales son conocidos como los Brahma-átmas. En el Tibet el principal hierofante es el Dalay, ó Taley-Lama de Lha-ssa. (2). Entre las naciones cristianas sólo los Católicos han conservado esta costumbre « gentil », en la persona de su Papa, aunque han desfigurado tristemente la magestad y la dignidad de tan sagrado cargo.

INICIADOS.—Todos aquellos que en la antigüedad lo eran en los secretos conocimientos enseñados por los hierofantes en los Misterios; y en nuestros días, todos aquellos que han sido iniciados por adeptos en la mística doctrina, en las ciencias del misterio, las cuales, á pesar de los siglos transcurridos, tienen todavía unos pocos, pero verdaderos apasionados en el mundo.

KABALISTA.—De קבלה, KABALA, una tradición oral ó no escrita. El kabalista es un estudiante de la « ciencia secreta », uno que interpreta el oculto sentido de las Escrituras, con ayuda de la simbólica *Kábala*, y explica el verdadero, por medio de esta. Los Tanaim eran

(1) Akiba era un amigo de Aher, el cual dicen si fué el Apostol Pablo de la relación Cristiana. De ambos se dice que visitaron el Paraíso. Aher cogió ramas del árbol de la ciencia, y por esto se separó de la verdadera religión (Judía). Akiba continuó su camino ó misión en paz. Véase 2.ª Epístola á los Corintios, cap. XII.

(2) Taley significa océano ó mar.

los primeros kabalistas entre los Judíos; aparecieron en Jerusalem, al principio del siglo tercero antes de la era Cristiana. Los libros de *Ezequiel*, *Daniel*, *Henoch*, y la *Revelación* de S. Juan son puramente kabalísticos. Esta doctrina secreta es idéntica á la de los Caldeos, y comprende mucha de la sabiduría de los Persas, ó sea « magia ».

LAMAS. -- Monjes buddhistas, pertenecientes á la religión Lamai-ca del Tibet, como los frailes y monjes pertenecientes al Papado ó á la religión Católico-Romana. Cada Lama está sujeto al gran Taley-Lama, el Papa Buddhista del Tibet, quien tiene su residencia en Lhasa, y es una reencarnación de Buddha.

MAGO.—*Magiano*: de *Mag* ó *Maha*. Esta palabra es la raíz de Mágico. El Maha-átma (la grande alma ó espíritu), en la India, tenía un sacerdote en los tiempos pre-Védicos.

Los magos eran los sacerdotes del dios-fuego; les encontramos entre los Asirios y los Babilonios, lo mismo que entre los Persas adoradores del fuego. Los tres magos, también llamados reyes, de los que se dice que ofrecieron al niño Jesús dones consistentes en oro, incienso y mirra, eran adoradores del fuego, como los demás, y también astrólogos, pues vieron su estrella. Al gran sacerdote de los Parsis en Surat se le llama *Mobed*, algunos derivan esta palabra de *Megh*; *Meh-ab* significando algo noble y grande. Los discípulos de Zoroastro eran llamados *Meghestom*, según Kleuker.

MÁGICO.—Esta palabra, antes título honorífico y de distinción, tiene hoy día un significado de todo punto contrario al verdadero. Antiguamente, era sinónimo de todo cuanto era honroso y respetable, de uno que poseía grandes conocimientos y sabiduría; hoy ha venido á ser un epíteto degradante, para designar á alguno que sea un embustero, saltimbanquis ó charlatán, y en resumen, uno que ha « vendido su alma al diablo », que hace un mal uso de sus facultades, y emplea sus conocimientos para los usos más perversos, todo esto de acuerdo con las enseñanzas del clero, y según una masa de estúpidos supersticiosos, quienes creen que el mágico es un brujo y un encantador. Pero los Cristianos, por lo visto, olvidan que Moisés era un mágico; y Daniel, « *Maestro* de los mágicos astrólogos, Caldeos y adivinos » (Daniel, v 11).

La palabra mágico, hablando científicamente, se deriva de *Magh*, *Mah*, Indo, ó Sanscrito *Maha*-grande; un hombre bien versado en la ciencia secreta ó esotérica; propiamente hablando, un sacerdote.

MANTICISMO, ó frenesí mántico. Durante este estado es desarrollado el don de profecía. Las dos palabras son casi sinónimas. Tan honorífica es la una como la otra. Pitágoras y Platón lo tenían en gran

estima, y Sócrates aconsejaba á sus discípulos que estudiasen el manticismo. Los Padres de la Iglesia, que condenaban tan severamente el *frenesí mántico* en los sacerdotes Paganos y en las Pitonisas, no se desdeñaban de aplicarlo para su uso particular. Los Montanistas, que tomaban su nombre de Montanus, obispo de Frigia, quien era considerado como poseedor de inspiración divina, rivalizaban con los μάντις (manteis) ó profetas. «Tertuliano, Agustín y los mártires de Cartago estaban en este número», dice el autor de *Profecías antiguas y modernas*. «Los Montanistas, á lo que parece, tenían cierta semejanza con las Bacantes, por el entusiasmo salvaje que caracterizaba sus orgías,» añade el mismo. Hay gran diversidad de opiniones respecto al origen de la palabra *Manticismo*. Existe el famoso Mantis el Profeta, en los días de Malampus, Rey de Argos; y también Manto, la hija del profeta de Thebas, profetisa ella misma; Cicerón describe la profecía y el frenesí mántico diciendo que «en lo más recóndito de la mente está la profecía divina encerrada y escondida; un impulso divino, que cuando estalla violentamente se le llama furor» (frenesí, locura).

Pero existe otra etimología para la palabra *mantis*, y dudamos que los filósofos la hayan tenido en consideración. El frenesí mántico tiene quizás un origen mucho más antiguo. Las dos copas para el sacrificio, en el misterio Soma, y usadas durante los ritos religiosos, á las que en general se las llama *grahâs*; sus nombres respectivos son *Sukra* y *Manti*. (1)

Se dice que en esta copa *manti* ó *manthi* es donde «Brahmâ es despertado». Mientras el iniciado bebe (aunque rara vez) este sagrado zumo del soma, el Brahmâ, ó mejor dicho, su «espíritu» personificado por el dios Soma, entra en el hombre y toma *posesión* de él. De aquí la visión extática, doble vista y el don de la profecía. A dos clases de adivinación da origen el Soma: la natural y la artificial. La copa *Sukra* despierta en el hombre todo aquello que por naturaleza posee. Une el alma con el espíritu, y como su naturaleza y esencia propia son divinas, tiene conocimiento de las cosas futuras, como se lo probarán los sueños, visiones inesperadas y presentimientos. El contenido de la otra copa, la *manti*, el cual «despierta á Brahmâ», pone el alma en comunicación, no únicamente con los dioses menores, espíritus bien informados, pero no omniscientes, sino con la misma y más elevada esencia divina. El alma recibe una iluminación directa por la presencia de «dios»; pero como no se permite conservar el recuerdo

(1) Véase «Aytareya Brahmanan» 3, 1.

de ciertas cosas, bien sabidas únicamente en los cielos, el iniciado es en general poseído de una especie de frenesí sagrado, y al volver en sí sólo recuerda lo que le es permitido recordar. Respecto á la otra clase de profetas ó adivinos, ó sea, todos los que de ello hacen una profesión y con ello viven, se sostiene que están poseídos por un *gandharva*, deidad que en ninguna parte está tan poco considerada como en la India.

MANTRA.—Palabra sanscrita que expresa la misma idea que « Nombre Inefable ». Algunos mantras, pronunciados según la fórmula enseñada por el *Atharva-Veda*, producen un efecto instantáneo y maravilloso. En general, aunque un mantra es una plegaria á los dioses y poderes celestiales, enseñada por los libros Brahmánicos, y en especial por Manú, es también una fórmula mágica. En su sentido esotérico, la « palabra » del mantra, ó frase mística, es llamada por los Brahmanes *Vâch*. Existe en el mantra, que literalmente significa todos aquellos fragmentos de los libros sagrados que se consideran como *Sruti*, ó revelación directa y divina.

MARABUT.—Peregrino mahometano que ha estado en la Meca; un santo cuyo cuerpo es colocado, después de su muerte, en un sepulcro abierto, construido como los demás edificios, pero en medio de las calles y plazas de las ciudades populosas. Colocado dentro del único y pequeño aposento de la tumba (y muchos de estos sepulcros públicos de ladrillo y mortero, se ven hoy día en las calles y plazas del Cairo), la devoción de los transeuntes mantiene una lámpara encendida sobre su cabeza. Las tumbas de muchos de estos marabuts tienen gran fama por los milagros que en ellas tienen lugar.

MATERIALIZACIÓN.—Palabra usada por los espiritistas para indicar el fenómeno de « un espíritu revistiéndose con una forma material. » El término medio menos discutible « manifestación de forma », ha sido recientemente propuesto por Mr. Stainton-Moses, de Londres. Cuando sea mejor comprendida la naturaleza real de estas apariciones, será adoptado indudablemente un nombre más propio. No puede admitirse que se las llame espíritus materializados, porque no son espíritus, sino estatuas ó retratos animados.

MAZDEISTAS, de (Ahura) Mazda. (Véase *Yasna* de Spiegel, XL.) Eran los antiguos y nobles Persas que adoraban á Ormazd, y despreciando las imágenes, inspiraron á los Judíos el mismo horror á toda representación concreta de la Divinidad. « Parece ser que en tiempo de Herodoto fueron sustituidos por los Magos y sus fieles. Los Parsis y Ghebers (גְּבֵרִים *geberim*, hombres poderosos, del *Génesis* VI, y X, 8) parecen ser de la religión de los Magos... Por una curiosa confusión

de ideas, Zoro-Aster (*zero*, un círculo, un hijo ó sacerdote, Aster, Istar, ó Astarté; en el dialecto ario, una estrella), el título del jefe de los Magos y adoradores del fuego, ó Surya-ishtara, la adoración del Sol, es hoy día con frecuencia confundido con Zara-tustra, el famoso apóstol Mazdeista (Zoroastro).

METEMPSÍCOSIS.—El progreso del alma de un grado de existencia á otro, significando, segun la creencia vulgar, el renacimiento en cuerpos de animales. Término mal entendido en general por todas las clases sociales de Europa y de América, incluyendo muchos sabios. El axioma kabalístico «una piedra se convierte en una planta, una planta en un animal, un animal en un hombre, un hombre en un espíritu, y un espíritu en un dios», recibe una interpretación en *Manava-Dharma-Sastra* de Manú, y en otros libros brahmánicos.

MISTERIOS.—En griego *teletai*, ó perfección, y análogo á *teleuteia* ó muerte. Eran reglas generalmente guardadas en secreto para los profanos y no iniciados, y en dichos misterios se enseñaba, por medio de representaciones dramáticas y por otros procedimientos, el origen de las cosas, la naturaleza del espíritu humano, sus relaciones con el cuerpo, y la manera de purificarse y regenerarse para la vida más elevada. Las ciencias físicas, la medicina, las leyes de la música, la adivinación, todo era enseñado por el mismo sistema. El juramento Hipocrático era sólo una obligación mística. Hipócrates era un sacerdote de Asklepios, algunos de cuyos escritos por casualidad se han hecho públicos. Pero los Asklepiades eran iniciados en el culto-serpiente de Esculapio, como las Bacantes en el de Dionisio; y los dos ritos fueron incorporados eventualmente á los de *Eleusis*. En los siguientes capítulos nos ocuparemos con extensión de los misterios.

MÍSTICOS.—Todos los iniciados. Pero en la Edad Media y después, este término ha sido aplicado á hombres como Bœhmen el Teosofista, Molinos el Quietista, Nicolás de Basle y á otros, que creían en una directa é interior comunión con Dios, análoga á la inspiración de los profetas.

NABIA.—Profecía-Adivinación. El más antiguo y el más respetado de todos los fenómenos místicos; es el nombre que en la *Biblia* se da á la profecía, é indudablemente puede ser incluido entre los poderes espirituales, tales como la adivinación, visiones, éxtasis y oráculos. Pero mientras los encantadores, adivinos y hasta los astrólogos están estrictamente condenados en los libros de Moisés, la profecía, la visión sobrenatural y nabia aparecen como dones especiales del cielo. En los tiempos primitivos eran todos llamados *Epoptai*, nombre griego que significa profeta, vidente; y después fueron designados por

Nebim, «el plural de Nebo, el dios de la sabiduría en Babilonia.» El kabalista distingue entre el vidente y el *Mago*: aquel es pasivo, este es activo; *Nebirah* es uno que mira en lo futuro como un vidente; *Nebi-poel*, el que posee poderes mágicos. Sabemos que Elijah y Apolonio empleaban los mismos medios para aislarse del mundo exterior, de las influencias que podían estorbarles, envolviendo sus cabezas con un manto de lana; debemos suponer que hacían esto por ser la lana un mal conductor de la electricidad.

OCULTISTA.—El que estudia las diversas ramas de la ciencia oculta. Este término lo emplean los kabalistas franceses (véanse las obras de Eliphas-Levi). El ocultismo comprende todos los fenómenos psicológicos, fisiológicos, cósmicos, físicos y espirituales. Se deriva de la palabra *oculto*, escondido ó secreto; aplicándose también al estudio de la *kábala*, astrología, alquimia y á todas las ciencias secretas.

DIOSES PAGANOS.—Esta palabra, dioses, cree equivocadamente el público que significa ídolos. La idea que á ellos va unida, nada tiene de objetiva ni de antropomórfica. Excepto cuando la palabra dioses se refiere á entidades divinas y planetarias ó á espíritus desencarnados de hombres puros, el término sólo significa para el místico, ya sea Hotar indo, Mago mazdeista, Hierofante egipcio, ó discípulo de los filósofos griegos, la idea de una visible ó cognoscible manifestación de un poder invisible de la naturaleza. Estos poderes ocultos eran invocados bajo el nombre de varios dioses, quienes, por las necesidades de la época, personificaban estos poderes. De modo que cada una de las innumerables divinidades de los Panteones indio, griego, y egipcio, son simples potencias del Universo Invisible. Cuando el Brahmán, oficiando, invoca á Aditya, quien, cósmicamente considerada, es la diosa-sol, él sencillamente manda á la potencia (personificada en algún dios), la cual, como él asegura, «reside en el Mantra, como la sagrada Vâch.» Estos dioses-poderes son alegóricamente considerados como los divinos *Hotars* del Supremo; mientras que el sacerdote (Brahmán) es el Hotar humano que oficia en la tierra, y representando un poder especial, viene á ser una especie de embajador de la potencia que representa.

PITRIS.—Generalmente se cree que la palabra India *Pitris* significa los espíritus de nuestros ascendientes directos, ó los desencarnados. De aquí el argumento de algunos espiritistas, que los faquires y otros Orientales que obran maravillas son *mediums*; porque ellos mismos confiesan que son incapaces de llevarlas á cabo sin el auxilio de los *Pitris*, de quienes son los obedientes instrumentos. Esto es erróneo en más de un sentido. Los *Pitris* no son los antecesores de

los hombres que actualmente viven, sino de los pertenecientes al género humano, ó raza Adámica; los espíritus de las razas humanas que tanto física como espiritualmente eran muy superiores á nuestros pigmeos modernos. En el *Manava-Dharma-Sastra*, son llamados los antecesores *Lunares*.

PITHIA ó Pitonisa. Webster descarta muy fácilmente la palabra, diciendo que es el nombre de una que pronunciaba oráculos en el Templo de Delphos, y «cualquiera mujer que suponga tener el espíritu de adivinación en ella, *una bruja*»; lo cual ni es culto, ni exacto, ni justo. Una Pythia, según Plutarco, Jámblico, Lamprias y otros, es una nerviosa sensitiva; era escogida entre las clases más pobres, joven y pura. Agregada al templo, dentro de cuyo recinto tenía una habitación aislada de todas las demás, y en la cual nadie podía entrar, como no fuese el sacerdote ó vidente, no comunicaba con el mundo exterior, y su vida era más rigurosa y ascética que la de una monja católica. Sentada en un trípode de bronce colocado encima de una grieta del suelo, al través de la cual se exhalaban asfixiantes vapores, estas emanaciones subterráneas penetraban todo su sér y producían la manía profética. En este estado anormal, pronunciaba oráculos. Era llamada algunas veces *ventriloquia vates* (1), la profetisa ventriloca.

Los antiguos colocaban el alma astral del hombre, $\nu\psi\chi\eta$, ó su conciencia propia, en la boca del estómago. Los Brahmanes comparten esta creencia con Platón y otros filósofos. Así, encontramos en el cuarto verso del segundo *Himno Nábhanedishtha* lo que sigue: «Oid, ó hijos de los dioses (espíritus), á uno que habla al través de su ombligo (nábhà), porque os saluda en vuestras viviendas.»

Muchos de los eruditos Sanscritistas conceden que esta creencia es una de las más antiguas entre los Indos. Los fakires modernos, lo mismo que los antiguos gimnosofistas, se unen con su Atman y con la Divinidad, permaneciendo inmóviles en contemplación, y concentrando todo su pensamiento en el ombligo. En los modernos fenómenos de sonambulismo, el ombligo es considerado como «el círculo del sol, el asiento de la luz interna y divina.» (2) El hecho de que muchos de los sonámbulos modernos sean capaces de leer cartas, oír, oler y ver, por medio de esta parte de su cuerpo, ¿será otra vez considerado como una simple «coincidencia,» ó deberemos por fin admitir que los sabios antiguos sabían más, respecto á los misterios de la psicología

(1) Véase Pantheon: «Mytos», p. 31, también Aristofanes en «Væstas» I, reg. 28.

(2) El oráculo de Apolo estaba en Delphos, la ciudad del $\delta\epsilon\lambda\phi\upsilon\varsigma$, útero ó abdomen; el sitio del templo era llamado el omphalos ú ombligo. Los símbolos eran femeninos y lunares; recordándonos que los Arcadios eran llamados Proseleni, pre-Helénicos, ó anteriores al período en que el culto lunar Jónico y Olímpico fué introducido.

y de la fisiología, que nuestros Académicos modernos? En la Persia moderna, cuando un «mago» (frecuentemente un simple mesmerizador) es consultado con motivo de robos y asuntos embrollados, hace sus manipulaciones sobre la boca de su estómago, y por sí mismo llega á un estado de clarevidencia. Entre los Parsis modernos, observa un traductor del *Rig-Veda*, existe hoy día la creencia de que sus adeptos tienen una llama en su ombligo, que disipa para ellos toda obscuridad, les muestra el mundo espiritual, lo mismo que todas las cosas invisibles ó distantes. Le dan el nombre de la lámpara del *Deshtur*, ó gran sacerdote, la luz del Dikshita (el iniciado), y además se la designa por otros nombres.

SAMOTRACIOS.—Significan los dioses adorados en Samotracia en los Misterios. Se les consideraba idénticos á los kabires, dioskuros y koribantes. Sus nombres eran místicos, significando Plutón, Ceres ó Proserpina, Baco y Esculapio ó Hermes.

SHAMANOS ó Samaneanos. Una sociedad de Buddhistas entre los Tártaros, y especialmente entre los de la Siberia. Es posible que sean los mismos ó los descendientes de los filósofos conocidos antiguamente por el nombre de *Brachmanes*, confundidos muchas veces con los Brahmanes (1). Eran todos ellos *mágicos*, ó más bien mediums desarrollados artificialmente. Hoy día, todos los que desempeñan el sacerdocio entre los Tártaros son muy ignorantes, y están muy por debajo de los fakires en ciencia y en educación. Tanto los hombres como las mujeres pueden ser Shamanos.

SOMA.—Esta bebida sagrada corresponde, en la India, al néctar ó ambrosía de los dioses en el Olimpo. Una copa de kykeon era también apurada por el mysta, cuando la iniciación en Eleusis. El que lo bebe, fácilmente alcanza *Bradhna*, la región del esplendor (Cielos). La bebida Soma conocida por los Europeos no es la verdadera, es sólo lo que la sustituye; el Soma verdadero sólo pueden beberlo los sacerdotes iniciados; y hasta los mismos reyes y rajás, cuando sacrifican, reciben la sustitución. Haug confiesa, en su *Aytareya Brahmanan*, que no era el Soma lo que él gustó y encontró desagradable, sino el zumo de las raíces de Nyagradha, una planta ó arbusto que crece en las colinas de Poona. Sabemos positivamente que la mayoría de los sacerdotes sacrificadores del Dekkan han perdido el secreto del verdadero

(1) Según las relaciones de Estrabón y Megasteno, que visitaron á Palibothras, parece ser que las personas por él llamadas Samaneanos, ó sacerdotes Brachmanes, eran sencillamente Buddhistas. «La singular sutileza de las contestaciones de los filósofos Samaneanos ó Brachmánicos, en su entrevista con el conquistador, parecen dar á entender que en ella existe el espíritu de la doctrina Buddhista,» hace observar Upham. (Véase la «Historia y Doctrina del Buddhismo»..... y la «Cronología de Hale,» vol. III, p. 238).

Soma. Ni puede encontrarse en los libros rituales, ni por medio de información oral. Los verdaderos fieles de la primitiva religión védica son en la actualidad muy pocos; estos son los pretendidos descendientes de los *Rishis*, los legítimos Agnihôtris, los iniciados de los grandes Misterios. También en el Panteón Indio se cita la bebida Soma, y se le llama el Rey-Soma. El que la bebe, participa del rey celestial, porque queda impregnado del mismo; del mismo modo que á los apóstoles cristianos, y á los que convertían, el Espíritu Santo les penetraba, y quedaban purificados de sus pecados. El Soma convierte al iniciado en un hombre nuevo; nace otra vez, y se transforma; su naturaleza espiritual vence á la física; concede el poder divino de la inspiración, y desarrolla la facultad de la clarevidencia, al grado superlativo. De acuerdo con la explicación exotérica, el Soma es una planta, pero al mismo tiempo es un ángel. Une fuertemente al espíritu *interno* y más elevado del hombre, cuyo espíritu es un ángel, parecido al místico Soma, con su alma irracional, ó cuerpo astral, y así unidos por el poder de la mágica bebida, se ciernen juntos por encima de la naturaleza física, y participan durante su vida de la beatitud y de la gloria inefable de los Cielos.

Así el Soma Indio es místicamente, y bajo todos aspectos, lo mismo que la Cena Eucarística de los Cristianos. La idea es la misma. Por medio de las plegarias en el sacrificio, los mantras, se supone que este licor se transforma en la copa, en el Soma real, ó el ángel, é igualmente en el mismo Brahmâ. Muchos misioneros se han manifestado muy indignados respecto de esta ceremonia, tanto más, porque generalmente hablando, los Brahmanes usan *cierto licor espirituoso en sustitución*. Pero ¿dejan los Cristianos de creer con menos fervor en la transustanciación del vino de comunión en la sangre de Cristo, porque este vino sea más ó menos espirituoso? ¿La idea simbólica no es la misma? Sin embargo, los misioneros dicen que la hora de beber el Soma es la hora de oro de Satanás, quien se oculta en el fondo de la copa del sacrificio Indio. (1)

ESPÍRITU.—La falta de acuerdo entre los escritores, respecto al uso de esta palabra, ha producido una gran confusión. En general, se la considera como sinónima de *alma*; y los lexicógrafos consienten su uso. Esto es la consecuencia natural de nuestra ignorancia, en lo

(1) A su vez los gentiles pueden preguntar muy bien á los misioneros qué especie de espíritu se esconde en el fondo de la botella de cerveza del sacrificio. El evangélico diario de New-York, el « Independiente », dice: « Un antiguo viajero inglés encontró una iglesia de una misión Bautista, sencillamente instalada, en la que se usaba para el servicio de la Comunión, y sin duda con la bendición de Dios, cerveza de Bass, en lugar de vino. » Las circunstancias, parece, alteran las costumbres.

que se refiere á la otra palabra, y de haber despreciado la clasificación adoptada por los antiguos. Más lejos, trataremos de distinguir claramente estas dos palabras: « espíritu » y « alma ». No hay párrafos más importantes en esta obra. Por ahora únicamente diremos que « espíritu » es el $\psi\upsilon\chi\eta$; de Platón, el inmortal, el inmaterial, el purísimo y divino principio en el hombre; la corona de la humana *Triada*; y por el contrario,

ALMA—Es el $\psi\upsilon\chi\eta$, ó el *nephesh* de la *Biblia*; el principio vital, el soplo de vida, que cada animal, hasta los infusorios, comparte con el hombre. En la *Biblia* traducida, significa indiferentemente: vida, sangre y alma. « No matemos su *nephesh* », dice el texto original; No le matemos á él, traducen los Cristianos (Génesis XXXVII 21), y así en lo demás.

TEOSOFISTAS.—Era en la Edad Media, el nombre por el cual los discípulos de Paracelso, en el siglo diez y seis, eran conocidos. También se llamaban filósofos del fuego, ó *Philosophi per ignem*. Lo mismo que los Platónicos, consideraban el alma ($\psi\upsilon\chi\eta$) y el espíritu divino, *nous* ($\nu\omicron\upsilon\varsigma$), como una partícula del gran Archos, como un fuego arrebatador del eterno océano de luz.

La Sociedad Teosófica, á la cual la autora dedica estos volúmenes, como prueba de cariñosa consideración, se organizó en New-York, en 1875. El objeto de sus fundadores fué experimentar prácticamente los poderes ocultos de la naturaleza, y recurrir y diseminar, entre los Cristianos, informes y conocimientos acerca de las filosofías religiosas del Oriente. Después decidióse á esparcir, entre los « pobres gentiles sin civilización, » la evidencia respecto de los resultados prácticos de la Cristiandad, y á dar los dos aspectos de la historia, á las comunidades en las que los misioneros trabajan. Con este objeto, ha entablado relaciones con sociedades é individuos en todo el Oriente, á quienes transmite relaciones auténticas de la mala conducta de los eclesiásticos, de los cismas, crímenes y herejías, controversias y disputas, diferencias de doctrina, críticas y revisiones de la *Biblia*, que da constantemente á conocer la prensa de Europa y de América. La Cristiandad ha sido larga y minuciosamente informada acerca de la degradación y embrutecimiento en que el Buddhismo, Brahmanismo y Confucianismo han sumido á sus engañados secuaces, y muchos millones han sido consignados á las misiones extranjeras bajo la creencia de tan falsas relaciones. La Sociedad Teosófica, viendo diariamente este estado de cosas como una consecuencia de las enseñanzas cristianas y de los ejemplos de los Cristianos especialmente, piensa obrar con simple justicia, procurando que sean conocidos los hechos

en Palestina, India, Ceilán, Cachemira, Tartaria, Tibet, China y Japón y en todos los países en los que tiene correspondientes influentes. Con el tiempo, también habrá mucho que decir, respecto de la conducta de los misioneros, á todos los que contribuyen á su sostenimiento.

TEURGISTA.—De Θεός, dios y εργον, obra. La primera escuela de teurgia práctica en el periodo Cristiano la fundó *Jámblico* entre los Platónicos de Alejandría; pero los sacerdotes pertenecientes á los templos de Egipto, Asiria y Babilonia, quienes tomaban parte activa en las evocaciones de los dioses durante los Sagrados Misterios, eran conocidos por este nombre desde los tiempos más remotos. Su objeto es hacer visibles los espíritus á los ojos de los mortales. Un *teurgista* ó *teurgo*, era uno que conocía todas las ciencias secretas y esotéricas, que se aprendían en los Santuarios de las naciones importantes. Los Neo-Platónicos de la escuela de Jamblico eran llamados teurgos, porque practicaban la llamada « magia-ceremonial », y evocaban los espíritus de los pasados héroes, « dioses », y Daimonia (δαίμονια, entidades espirituales, divinas). En las raras ocasiones en que se requiere la presencia de un espíritu *visible* y *tangible*, el teurgista tiene que dar lugar á la aparición, con parte de su propia carne y sangre; tiene que llevar á cabo la *theopœa*, ó sea « creación de dioses », por un procedimiento misterioso bien conocido de los fakires modernos y Brahmanes iniciados de la India. Esto es lo que dice el *Libro de Evocaciones* de las pagodas; lo que nos demuestra la perfecta identidad de ritos y ceremonias entre la más antigua teurgia brahmánica, y la de los Platónicos de la escuela de Alejandría:

« El Brahmán Grihasta (el evocador) debe, antes de aventurarse á llamar á los Pitris, estar en un estado de pureza perfecta. »

Después de haber preparado una lámpara, algo de sándalo, incienso, etc., y habiendo trazado los círculos mágicos, que su gurú superior le ha enseñado, con el objeto de mantener fuera á los *malos* espíritus, « cesa de respirar, y llama *al fuego* en su auxilio para dispersar su cuerpo ». Pronuncia cierto número de veces la palabra sagrada, y « el alma abandona su cuerpo, éste desaparece, y el alma del espíritu evocado desciende al cuerpo *doble* y lo anima. » Entonces « el alma del (Grihasta) vuelve á entrar en su cuerpo, cuyas ténues partículas han sido agregadas de nuevo, después de haber formado, con sus emanaciones, un cuerpo aéreo para el espíritu evocado. »

Desde el momento que con las partículas más esenciales y propias de sí mismo ha formado un cuerpo para el Pitri, y después del sacrificio ceremonial, se le permite al Grihasta « hablar con las almas de sus antepasados y con los Pitris, y dirigirles preguntas acerca de los misterios del *Sér*, y la transformación del *imperecedero*. »

«Entonces, después de haber apagado la lámpara, debe encenderla otra vez y poner en libertad á los malos espíritus encerrados fuera del sitio por los círculos mágicos, y abandonar el santuario de los Pitris.» (1)

La escuela de Jámblico era distinta de la de Plotino y de Porfirio, pues estos se oponían enérgicamente á la magia ceremonial y á la teurgia práctica, como peligrosas, aunque estos dos hombres eminentes creyesen en ambas con firmeza. «La Magia buena ó teurgia, y la Goëtica, ó negra y perversa nigromancia, eran ambas tenidas en gran reputación durante el primer siglo de la era Cristiana.» (2) Ninguno de los en extremo piadosos y morales filósofos, cuya fama ha llegado á nosotros, inmaculada, y libre de mala acción, no practicaban otra magia que la buena, como la llama Bulwer Lytton. «El que conoce la naturaleza de las divinas y luminosas apariciones (Φασμιστα) sabe la importancia que tiene el abstenerse de todas aves (alimentación animal), y en especial para aquel que suspira por ser librado de las cosas de la tierra, y reunirse con los dioses celestiales», dice Porfirio. (3)

Aunque rehusaba practicar la teurgia por sí mismo, Porfirio, en su *Vida de Plotino*, cita un sacerdote Egipcio quien, á petición de un amigo de Plotino (cuyo amigo era quizás el mismo Porfirio, como observa T. Taylor), exhibió á Plotino, en el templo de Isis en Roma, el daimon familiar, ó, en lenguaje moderno, el ángel guardián de aquel filósofo. (4)

La idea general, y la que prevalece, es que los teurgistas, lo mismo que los mágicos, obran maravillas, tales como evocar las almas y sombras de los héroes y dioses, y que llevan á cabo otros trabajos tautomatúrgicos por medio de poderes sobrenaturales.

YAJNA.—«La Yajna», dicen los brahmanes, existe desde la eternidad, procede del Uno Supremo, el *Brahmá-Prajapati*, en quien permanece durmiendo desde «ningun principio.» Es la clave para la TRAIVIDYA, la ciencia tres veces sagrada contenida en los versos del Rig, la cual enseña los Yagus ó misterios del sacrificio. La Yajna existe como una cosa invisible en todos los tiempos; es parecida al poder eléctrico latente en una máquina eléctrica, que requiere sólo el conveniente manejo del aparato para salir á luz. Se supone que se extiende desde el *Ahavaniya* ó fuego del sacrificio, hasta los cielos, formando una escala ó puente por medio del cual el sacrificador puede

(1) Libro de las evocaciones Brahmánicas, part. III.

(2) Bulwer Lytton: «Los últimos días de Pompeya», p. 147.

(3) «Obras escogidas», p. 159.

(4) Obras escogidas, p. 92.

comunicarse con el mundo de los dioses y espíritus, y hasta en vida ascender á sus moradas. (1)

La Yajna es otra de las formas de Akâsa, y la palabra mística llamándola á la existencia, y pronunciada mentalmente por el sacerdote iniciado, es la *Palabra Perdida* recibiendo impulso por medio del PODER DE VOLUNTAD.

Como complemento, añadiremos que en el curso de los capítulos siguientes, cuando usaremos el término Arcaico, significamos el tiempo anterior á Pitágoras; cuando empleemos el vocablo *Antiguo*, nos referimos á la época anterior á Mahoma; y consideramos como perteneciente á la Edad Media el período entre Mahoma y Martín Lutero. Será, sin embargo, de vez en cuando necesario infringir la regla, pues al hablar de naciones de una antigüedad pre-Pitagórica, adoptaremos la costumbre establecida de llamarlas antiguas.

Antes de concluir este capítulo inicial, nos aventuramos á decir unas pocas palabras para explicar el plan de esta obra. No es su objeto el imponer al público las opiniones y juicios personales de su autora; ni tiene tampoco pretensiones de obra científica que deba producir una revolución en alguna región del pensamiento. Es más bien un breve sumario de las religiones, filosofías y tradiciones universales del género humano, y la exégesis de las mismas en el espíritu de todas las doctrinas secretas, de las cuales ninguna, gracias á preocupaciones é hipocresías, ha logrado llegar á la Cristiandad ni siquiera bajo una forma más ó menos mutilada, que le diera títulos para conseguir una apreciación honrada. Desde los días de los desgraciados filósofos de la Edad Media, los últimos que han escrito sobre la doctrina secreta de la cual eran depositarios, bien pocos hombres se han atrevido á desafiar la persecución y las preocupaciones, demostrando sus conocimientos. Estos pocos siempre han tenido como regla no escribir para el público, sino para los pocos que, siendo de su mismo tiempo, ó de los tiempos venideros, poseyesen la clave para comprender su lenguaje. La multitud, no comprendiéndoles ni á ellos ni sus doctrinas, se ha acostumbrado á mirarlos *en masa* como charlatanes y soñadores. De aquí el desprecio inmerecido en que la más noble de las ciencias, la del espíritu del hombre, ha ido cayendo gradualmente.

Entrando en el terreno de la pretendida infalibilidad de las modernas Ciencia y Teología, la autora se ha visto obligada, aun á riesgo de parecer confusa, á estar comparando constantemente las ideas, resultados y pretensiones de sus representantes, con las de los antiguos

(1) «Aitareya Brahmanan», Introducción.

filósofos y religiones. Las cosas que el tiempo más ha separado por completo, deben ser inmediatamente yuxtapuestas, única manera de averiguar de cierto, la prioridad y la paternidad de los descubrimientos y dogmas. Al discutir los méritos de nuestros sabios modernos, sus propias confesiones de ineptitud en investigaciones experimentales, por eludir los misterios, y equivocar eslabones en sus cadenas de teorías, su incapacidad para comprender los fenómenos naturales por su ignorancia de las leyes del mundo causal, todo nos ha servido de base para el estudio presente. Como la Psicología ha sido tan descuidada, y el Oriente está tan adelantado en esta ciencia, que unos pocos de nuestros investigadores podrían estudiarla allí, en donde únicamente es comprendida, examinaremos especialmente las especulaciones y modo de conducirse de autoridades de nota, en lo que se refiere á todos estos fenómenos modernos, que, empezando en Rochester, se han esparcido por todo el mundo. Nosotros queremos demostrar que sus errores serán inevitables é innumerables, y que continuarán hasta que las pretendidas autoridades del Occidente se dirijan á los Brahmanes y Lamas del extremo Oriente y respetuosamente les pidan que les *comuniquen el alfabeto de la verdadera ciencia*. No hemos hecho ningún cargo á los sabios, que no resulte de sus propias y públicas opiniones, y si nuestras citas y recuerdos de la antigüedad les arrebatan algo de lo que ellos creen laureles propios y bien ganados, no es la culpa nuestra, es de la Verdad. Ningún hombre digno del nombre de filósofo consiente en que se le concedan honores que legítimamente pertenecen á otro.

Hondamente impresionados por la titánica lucha que tiene lugar y aumenta de intensidad ahora, entre el materialismo y el espiritualismo, nuestra preocupación constante ha sido recoger en los varios capítulos, á manera de armas en depósito, el mayor número de hechos y de argumentos que pueden servir al segundo para vencer al primero. Niño enfermo y deforme, tal como es él ahora, el materialismo de Hoy-Día, ha nacido del brutal Ayer. A menos que su desarrollo sea contenido, podrá convertirse en nuestro amo. Es la bastarda prole de la Revolución Francesa y la reacción contra las épocas de hipocresía religiosa y de represión. Para prevenir el derrumbamiento de las aspiraciones espirituales, la destrucción de estas esperanzas y la evaporación de aquello que la intuición nos dice respecto de un Dios y de una vida futura, debemos mostrar nuestras falsas teologías en su deforme desnudez, y distinguir entre la religión divina y los dogmas humanos. Nuestra voz clama por la libertad espiritual, y nuestra apología aboga por la emancipación de toda tiranía, proceda de la *Ciencia* ó de la Teología.

EL VELO DE ISIS

PRIMERA PARTE—CIENCIA

CAPÍTULO I

«EGO SUM QUI SUM»

Axioma de la Filosofía Hermética.

•Nosotros empezamos las investigaciones en donde la hipótesis moderna dobla sus alas inútiles. Y con nosotros permanecen los elementos comunes de ciencia que los sabios de hoy día consideran como extravagantes quimeras, ó de los que desconfían como misterios insondables.» *Zanoni*, por *Bulwer*.

EXISTE en alguna parte de este mundo un Libro antiguo, tan antiguo que nuestros anticuarios modernos atribuirían sus páginas á una época incalculable, y ni siquiera estarían de acuerdo acerca de la naturaleza de la substancia sobre la que está escrito. Es el único manuscrito original que hoy día existe. El documento hebreo más antiguo en ciencia oculta, el *Siphra-Dzeniouta*, es una compilación de aquel, hecha en época en que ya se le consideraba como una reliquia literaria. Una de sus ilustraciones representa la Esencia Divina emanando desde ADAM (1) parecida á un arco luminoso procediendo á formar un círculo; y habiendo alcanzado el más alto punto de su circunferencia, la Gloria inefable, vuelve atrás otra vez, y se dirige á la tierra, llevando en su torbellino un elevadísimo tipo de la humanidad. A medida que se acerca más y más á nuestro planeta, la Emanación es más sombría, hasta que, tocando ya á la tierra, es negra como la noche.

Una convicción, fundada en *setenta* mil años de experiencia, (2)

(1) El nombre es usado en el sentido de la palabra Griega *ανθρωπος*.

(2) Las tradiciones de los Kabalistas Orientales pretenden que su ciencia es más antigua que aquella. Los sabios modernos pueden dudar y despreciar la afirmación. Ellos *no pueden* probar que sea falsa.

como ellos pretenden, ha sido compartida por los filósofos herméticos de todas las épocas, de que la materia, con el tiempo y gracias al pecado, ha llegado á ser más grosera y densa que cuando la primera formación del hombre; que al principio, el cuerpo humano era de una naturaleza semi-etérea; y que antes de la caída, el género humano comunicaba libremente con el ahora invisible universo. Pero que desde entonces, la materia se ha convertido en la formidable barrera interpuesta entre nosotros y el mundo de los espíritus. Las tradiciones esotéricas más antiguas también enseñan que antes del Adam mítico, muchas razas de seres humanos habían vivido y muerto, cada una de ellas cediendo su lugar á la otra. ¿Eran estos tipos anteriores más perfectos? ¿Perteneían algunos de ellos á la raza de hombres alados, mencionada por Platón en *Phædrus*? Es de la especial incumbencia de la Ciencia el resolver este problema. Las cavernas de Francia y las reliquias de la Edad de Piedra indican el punto de partida.

A medida que el ciclo avanza, los ojos del hombre se abren cada vez más, hasta que conoce el «bien y el mal», tan bien como los mismos Elohim. Después de haber alcanzado su punto superior, el ciclo empieza á descender. Cuando el arco ha alcanzado un cierto punto que está al mismo nivel que la línea fija de nuestro plano terrestre, la naturaleza proporciona al hombre «vestidos de piel», y el Señor Dios «le viste.»

La misma creencia en la preexistencia de una raza más espiritual que ésta á la cual pertenecemos, la encontramos dirigiendo la vista á las más antiguas tradiciones de casi todos los pueblos. En el antiguo manuscrito Quiché, publicado por Brasseur de Bourbourg, el *Popol Vuh*, se hace mención del primer hombre como perteneciente á una raza que raciocinaba y hablaba, cuya vista era ilimitada, y que conocía todas las cosas. Según Philo Judæus, el aire está lleno de una multitud invisible de espíritus, de los cuales unos están libres de pecado y son inmortales, y otros perniciosos y mortales. «Nosotros descendemos de los hijos de ÉL, y en hijos de ÉL debemos otra vez convertirnos.» Y la inequívoca afirmación del Gnóstico anónimo que escribió *El Evangelio según San Juan*, que todos aquellos que le han recibido á ÉL, ó sea, aquellos que prácticamente seguían la doctrina esotérica de Jesús, se convertirían en los hijos de Dios, nos indica la misma creencia (i, 12). «No sabéis que vosotros sois dioses?», exclamaba el Maestro Platón, en *Phædrus*, describe admirablemente el estado de que el hombre ha gozado, al cual volverá otra vez: antes y después de la «pérdida de sus alas», cuando vivía entre los dioses, él mismo un dios en el mundo aéreo. Desde los períodos más remotos, las filosofías

religiosas enseñan que el universo está completamente lleno de seres divinos y espirituales pertenecientes á distintas razas. De una de éstas se desenvolvió, andando los tiempos, ADAM, el hombre primitivo.

Los Kalmukos y otras tribus de Siberia también describen en sus leyendas razas anteriores á la nuestra. Aquellos seres, dicen, poseían una ciencia casi ilimitada, y en su audacia, amenazaron rebelarse contra el Gran Espíritu. Para castigar su presunción y humillarles, les encerró *en cuerpos*, y así limitó sus facultades. De aquellos pueden librarse, pero por medio de un largo arrepentimiento, purificación y desarrollo. Creen que sus *Shamanos* gozan en ocasiones de los poderes divinos, que una vez poseyeron todos los seres humanos.

La librería Astor de New-York se ha enriquecido recientemente con el facsímile de un Tratado Egipcio de Medicina, escrito en el siglo diez y seis A. C. (ó más preciso, 1552 A. C.), época en la que, según la cronología comunmente aceptada, Moisés tenía veinte y un años. El original está escrito sobre la corteza interior del *Cyperus papyrus*, y el Profesor Schenk, de Leipsig, lo ha declarado no sólo legítimo, sino el más perfecto que ha visto. Consiste en una sola hoja de papyrus amarillento-oscuro de la mejor calidad, ancho de tres decímetros, y de más de veinte metros de longitud, formando un rollo dividido en ciento diez páginas, cuidadosamente numeradas. Fué comprado en Egipto en 1872-3, por el arqueólogo Ebers, á «un complaciente Arabe de Luxor.» La *Tribuna* de New-York, ocupándose del asunto, dice: «El papyrus conduce á la evidencia interna de ser uno de los seis *Libros Herméticos de Medicina* citados por Clemente de Alejandría.»

El editor añade más lejos: «En tiempo de Jámblico, 363, los sacerdotes egipcios enseñaban cuarenta y dos libros que atribuían á Hermes (Thuti). De estos, según este autor, treinta y seis contenían la historia de todos los conocimientos humanos; y los seis restantes se ocupaban de anatomía, de patología, de las enfermedades de la vista, de instrumentos de cirugía y de medicamentos. (1) El *Papyrus Ebers* es indudablemente una de estas antiguas obras Herméticas.»

Si la antigua ciencia egipcia ha sido iluminada con un rayo de luz tan clara, por el accidental encuentro de un arqueólogo alemán con un «complaciente» Arabe de Luxor, ¡qué luz tan viva no arrojaría, en los negros abismos de la historia, un encuentro igualmente casual, entre otro Egipcio amable y otro emprendedor estudiante de la antigüedad!

Los descubrimientos de la ciencia moderna no chocan con las más

(1) Clemente de Alejandría asegura que, en su tiempo, los sacerdotes egipcios poseían cuarenta y dos Libros Canónicos.

antiguas tradiciones, las que reivindican una antigüedad increíble para nuestra raza. Hasta hace pocos años, la Geología, que previsora-mente había dicho que las trazas del hombre sólo pueden encontrarse hasta el período terciario, ha encontrado pruebas irrefutables de que la existencia humana es anterior al último período glacial de Europa, sobre 250.000 años! Dura nuez, para que la Teología de los Padres la rompa; pero es un hecho aceptado por los antiguos filósofos.

Además, utensilios fósiles han sido desenterrados junto con restos humanos, los cuales demuestran que el hombre cazaba en aquellos tiempos remotos, y que conocía la manera de construir una choza. Pero el paso adelante en el sentido de buscar el origen de la raza no ha sido dado todavía; la ciencia ha llegado á una triste detención, y espera las pruebas futuras. Desgraciadamente, ni la antropología ni la psicología poseen ningun Cuvier; ningun geólogo ni arqueólogo es capaz, con los fragmentos hasta ahora descubiertos, de construir el hombre triple, físico, intelectual y espiritual. El hecho de que los utensilios pertenecientes al hombre van siendo más toscos y ordinarios á medida que el geólogo penetra más profundamente en las entrañas de la tierra, parece una prueba, para la ciencia, de que el hombre, á medida que se aproxima á su origen, debe ser más salvaje y más parecido á los brutos. ¡Extraña lógica! ¿Son prueba suficiente los restos de la cueva de Devon, de que no existían entonces otras razas contemporáneas muy civilizadas? Cuando la población actual de la tierra haya desaparecido, y algun arqueólogo perteneciente á la «raza del porvenir» en los tiempos futuros haga excavaciones, y extraiga los utensilios domésticos de algunos de nuestros Indios ó de las tribus de las Islas Andaman, ¿será justo el deducir que el género humano, en el siglo diez y nueve, «empezaba á salir de la Edad de Piedra»?

Hace muy poco que era costumbre decir «las insostenibles conclusiones de un pasado inculto.»; *Pensando que era posible esconder tras de un epigrama las canteras intelectuales de las que tantas modernas reputaciones científicas han sido talladas!* Del mismo modo que un Tyndall está siempre dispuesto á mofarse de los antiguos filósofos, con cuyas ideas han alcanzado honor y crédito muchos sabios distinguidos que se las han apropiado, así tambien los geólogos parecen de día en día más inclinados á conceder que todas las razas arcáicas estabau sumidas en un estado de profunda barbarie. Pero no todas nuestras mejores autoridades científicas son de esta opinión. Algunas de las más eminentes sostienen precisamente lo contrario. Max-Muller, por ejemplo, dice: «Muchas cosas son todavía ininteligibles para nosotros, y el lenguaje geroglífico de la antigüedad sólo registra la mitad de

las intenciones inconscientes de la mente. Todavía, y cada vez más, la imagen del hombre, en cualquier clima que la encontremos, se levanta ante nosotros, noble y pura, desde el más remoto origen; igualmente aprendemos á comprender sus errores, como empezamos á interpretar sus sueños. Por lejano que esté el punto hasta el que hayamos podido seguir la pista del hombre, aunque sea en el más bajo estrato de la historia, vemos existir el don divino de una sana y pura inteligencia, á él concedida desde el principio; y la idea de la humanidad brotando lentamente de las profundidades de una brutalidad animal, jamás puede ser mantenida.»(1)

Como se ha dicho que es anti-filosófico el investigar acerca de las causas primeras, los sabios se ocupan ahora sólo de estudiar los efectos físicos. El campo de investigación científica está ahora limitado á la naturaleza física. Cuando uno de sus límites es alcanzado, la investigación debe detenerse, y el trabajo volver á empezar. Con el debido respeto á nuestros hombres eruditos, parecen ardillas volviéndose en la rueda, decididos como estas á dar una y otra vez vueltas á la «materia.» La ciencia es una gran potencia, y nosotros pigmeos no lo hemos de poner en tela de juicio. Pero los «Sabios» no son la ciencia encarnada, como los hombres de nuestro planeta no son el planeta mismo. Ninguno de nosotros tiene el derecho ni el poder para obligar á nuestros «filósofos modernos» á que acepten sin recusación una descripción geográfica del oscuro hemisferio de la luna. Pero si en algun cataclismo lunar, alguno de sus habitantes fuese arrojado hasta donde la fuerza de atracción de nuestra atmósfera le dominase, y saltase sano y salvo á la puerta del Dr. Carpenter, éste sería considerado como faltando á los deberes profesionales, si se propasaba á hacer constar algo más que el problema físico.

Para un hombre de ciencia, el rehusar la oportunidad de investigar algun fenómeno nuevo, consista éste en un hombre que llega de la luna ó en un espectro que aparece en la casa, es igualmente reprehensible.

Que se logre investigar por el método de Aristóteles ó por el de Platón, no nos pararemos en averiguarlo; pero el hecho es que ambas naturalezas del hombre, la interior y la exterior, eran completamente conocidas por los antiguos andrologistas. Á pesar de las superficiales hipótesis de los geólogos, empezamos á tener casi pruebas diarias de las aserciones verídicas de aquellos filósofos.

(1) «Chips from á German Work-shop,» vol. II, p. 7. «Mitología Comparada.»

Ellos dividían los interminables periodos de la existencia humana en este planeta, en ciclos, durante cada uno de los cuales el género humano alcanzaba gradualmente el punto culminante de la civilización más elevada, y gradualmente iba cayendo en la barbarie más abyecta. El grado eminente á que la raza en su progreso ha llegado varias veces, puede ser débilmente sospechado por los maravillosos monumentos de la antigüedad, todavía visibles, y por las descripciones que Herodoto nos da de otras maravillas de las que nada subsiste. Ya en sus días, muchas pirámides gigantescas y templos famosos en todo el mundo no eran sino masas de ruinas. Desgastados por la inexorable acción del tiempo, son descritos por el padre de la Historia como «los venerables testigos de la larga y pasada gloria de los antepasados.» Evita hablar de las cosas divinas, y sólo da á la posteridad una descripción imperfecta de lo que había oído, acerca de algunos maravillosos aposentos subterráneos del Laberinto, en donde se colocaban, y ahora yacen escondidos, los sagrados restos de los Reyes-Iniciados.

Nosotros podemos, sin embargo, juzgar acerca de la elevada civilización alcanzada en algunos periodos de la antigüedad, por las descripciones históricas de la época de los Ptolomeos, y ya en aquella época se consideraba que las artes y ciencias estaban en un periodo de decadencia, y que los secretos pertenecientes á un gran número de las mismas se habían perdido. En las recientes excavaciones de Mariette-Bey al pié de las Pirámides, han sido extraídas estatuas de madera y otras reliquias que demuestran que en un periodo muy anterior al de las primeras dinastías, los Egipcios habían alcanzado un grado tan grande de refinamiento y perfección que maravilla aun á los más entusiastas admiradores del arte Griego. Bayard Taylor describe estas estatuas en uno de sus trabajos, y nos dice que la belleza de sus cabezas, adornadas con ojos de piedras preciosas y párpados de cobre, es inimitable. Muy por debajo de la capa de arena en la que estaban los restos que forman las colecciones de Lepsius, Abbott y la del Museo Británico, se han encontrado enterradas las pruebas tangibles de la doctrina hermética de los ciclos, de la que ya nos hemos ocupado.

El Dr. Schliemann, el entusiasta helenista, ha encontrado recientemente, en sus excavaciones en la Troada, señales evidentes del mismo paso gradual de la barbarie á la civilización, y de la civilización otra vez á la barbarie. ¿Porqué entonces debemos nosotros sentir tal repugnancia á admitir que, si los ante-diluvianos conocían ciertas ciencias mucho mejor que nosotros y si estaban tan bien impuestos en ciertas

artes, que nosotros llamamos *perdidas*, no podían igualmente sobresalir en la ciencia psicológica? Una hipótesis tal, debe ser considerada como razonable, hasta que lo contrario sea demostrado hasta la evidencia, y la destruya.

Todo *sabio* verdadero admite que bajo muchos aspectos la ciencia humana está todavía en su infancia. ¿Será porque nuestro ciclo ha empezado en época respectivamente reciente? *Estos ciclos*, de acuerdo con la filosofía caldea, *no comprenden à toda la humanidad en conjunto, ni al mismo tiempo*. El Profesor Draper en parte conviene con esta opinión, al decir que los periodos en los que la Geología «ha creído conveniente dividir los progresos del hombre civilizado, no son épocas abruptas que se refieran á toda la humanidad simultáneamente;» da como ejemplo los «Indios errantes de América,» los cuales «sólo en la actualidad es cuando salen de la Edad de Piedra.» Así vemos que más de un hombre de ciencia ha confirmado involuntariamente el testimonio de los antiguos.

Algunos Kabalistas bien enterados del sistema pitagórico de números y geometría pueden demostrar que las doctrinas metafísicas de Platón se fundan en los principios matemáticos más estrictos. «Las matemáticas verdaderas», dice el *Magicón*, «son algo con lo que todas las más altas ciencias están enlazadas; las matemáticas comunes no son más que engañosa fantasmagoría, cuya tan encomiada infalibilidad únicamente proviene de que su base está constituida por condiciones y referencias materiales.» Los sabios que creen haber adoptado el método Aristotélico, únicamente porque ellos se arrastran, si no corren de lo particular demostrado á lo universal, glorifican este método de filosofía inductiva, y deshechan el de Platón, al cual tratan de in-substancial. El Profesor Draper se lamenta de que místicos especulativos como Ammonius Saccas y Plotino se hayan puesto en el lugar «de los severos geómetras del antiguo Museo.» (1) Olvida que la geometría es de todas las ciencias la única que procede de lo universal á lo particular, que es precisamente el método empleado por Platón en su filosofía. Siempre que la ciencia exacta limite su campo de acción á las condiciones físicas y proceda á la manera de Aristóteles, no puede faltar. Porque aunque el mundo de la materia es para nosotros ilimitado, es sin embargo finito; y así, el materialismo girará para siempre en un círculo vicioso, incapaz de volar á mayor altura que la que la circunferencia le permita. La teoría cosmológica de los números que Pitágoras aprendió de los hierofantes egipcios es la única

(1) «Conflicto entre la Religión y la Ciencia,» I.

capaz de reconciliar á las dos unidades, materia y espíritu, y hacer que la una demuestre al otro matemáticamente.

Los números sagrados del mismo, en su combinación esotérica, resuelven el gran problema, y explican la teoría de la radiación y el ciclo de las emanaciones. Los órdenes más inferiores, antes de desenvolverse en los superiores, deben proceder de los órdenes más elevados espiritualmente, y una vez llegados al punto de vuelta, ser reabsorbidos otra vez en el infinito.

La Fisiología, como todo, en este mundo de evolución constante, está sujeta á una revolución cíclica. Así como ahora la vemos emergiendo penosamente de las sombras del arco inferior, algun día vendrá la prueba de que ha ocupado el punto más elevado de la circunferencia del círculo, en un periodo de con mucho anterior á los días de Pitágoras.

Mochus, el Sidonio, el fisiólogo y profesor de anatomía, florecía mucho tiempo antes que Pitágoras; y éste recibió sus sagradas instrucciones de sus discípulos y descendientes. Pitágoras, el filósofo puro, el profundamente versado en los más ocultos fenómenos de la naturaleza, el noble heredero de la antigua ciencia cuyo gran designio era librar al alma de las cadenas de los sentidos, y obligarla á realizar sus poderes, debe eternamente vivir en la memoria humana.

El velo impenetrable del secreto arcano era arrojado sobre las ciencias enseñadas en el santuario. Esta es la causa del poco caso que hoy día se hace de los antiguos filósofos. Igualmente, Platón y Philo Judæus han sido acusados por varios de sus comentadores, de inconsecuencias absurdas, por cuanto la intención que se oculta bajo la confusión de contradicciones metafísicas, y que tan perplejo deja al lector *del Timæus*, es demasiado evidente. Pero ¿Platón ha sido leído con conocimiento de causa por alguno de los expositores de los clásicos? Es esta una pregunta motivada por las críticas que encontramos en autores tales como Stalbauin, Schleirmacher, Ficinus, (traducción latina), Heindorf, Sydenham, Buttmann, Tailor y Burges, sin citar autoridades de menor importancia. Las encubiertas alusiones del filósofo griego á las cosas esotéricas han confundido á sus comentadores hasta el último extremo. No sólo con desvergonzada frescura indican que, en ciertos párrafos dificultosos, debe evidentemente suponerse una fraseología distinta, sino que audazmente los cambian. La línea Órfica:

Del canto, el orden de la *sexta raza* cierra,

la cual únicamente puede ser interpretado con referencia á la

sexta raza desarrollada en la consecutiva evolución de las esferas (1), Burges dice: «.... era evidentemente tomada de una cosmogonía en la que se fingía que el hombre era creado el último»(2) ¿No debe uno que trata de editar las obras de otro, comprender al menos lo que quiere decir el autor?

Á la verdad, en general se considera que los filósofos antiguos, y hasta por los críticos modernos más despreocupados, carecían de los profundos y completos conocimientos en las ciencias exactas, de los que nuestro siglo se muestra tan orgulloso. Hasta se pone en tela de juicio si comprendían el fundamental principio científico: *ex nihilo nihil fit*. Si ellos sospechaban la indestructibilidad de la materia, dicen sus comentadores, no era á consecuencia de una fórmula firmemente establecida, sino por medio de un razonamiento instintivo y por analogía.

La opinión contraria sostenemos nosotros. Las especulaciones de estos filósofos, en lo que á la materia se refiere, abiertas están á la crítica pública, pero sus enseñanzas respecto de las cosas espirituales son profundamente esotéricas. El juramento de guardar un secreto y religioso silencio sobre los conocimientos abstrusos que comprendía las relaciones del espíritu y la materia hacía que rivalizasen unos con otros en ingeniosos medios para ocultar sus verdaderas opiniones.

La doctrina de la *Metempsicosis* ha sido ridiculizada en grande por los hombres de ciencia, y desechada por los Teólogos; si hubiese sido bien comprendida su aplicación á la indestructibilidad de la materia y á la inmortalidad del espíritu, se habría reconocido que es una concepción sublime. ¿No debemos, primero, considerar el asunto bajo el punto de vista de los antiguos, antes de aventurarnos á mofarnos de sus mantenedores? La solución del gran problema de la *eternidad* no pertenece ni á la superstición religiosa, ni al materialismo grosero. La armonía y equiformidad matemática de la doble evolución, espiritual y física, se comprenden sólo en los números universales de Pitágoras, quien construyó su sistema enteramente sobre el llamado «lenguaje métrico» de los *Vedas* Indios. Muy tarde ha sido cuando uno de los más celosos sanscritistas, Martin Haug, ha emprendido la traducción del *Aitareya Brahmana* del *Rig-Veda*. Hasta nuestros días, ha sido por completo desconocido; sus explicaciones indican que, sin disputa ninguna, los sistemas Pitagórico y Brahmánico son idénticos. En los dos, la significación esotérica se

(1) En otro sitio explicaremos más minuciosamente la filosofía Hermética de la evolución de las esferas, y de sus distintas razas.

(2) J. Burges: «Las obras de Platón», p. 207, nota.

deriva del número; en el primero, de la relación mística de cada número con cada una de las cosas inteligibles para la mente humana; en el segundo, del número de sílabas que contiene cada verso de los *Mantras*. Platón, el ardiente discípulo de Pitágoras, le siguió tan completamente que sostenía que el Dodecaedro era la figura empleada por el *Demiurgos* en la construcción del Universo. Algunas de estas figuras tienen una significación especial y solemne. Por ejemplo, *cuatro*, ó sea la tercera parte del dodecaedro, era considerado como sagrado por los Pitagóricos. Es el cuadrado perfecto, y ni una sola de sus líneas límites excede á la otra en longitud, ni de un punto siquiera. Es el emblema geométrico que expresa la justicia moral y la divina equidad. Todos los poderes y las grandes sinfonías de la naturaleza física y espiritual están inscritas dentro del cuadrado perfecto; y el nombre inefable de Aquel, cuyo nombre de otro modo sería impronunciable, es reemplazado por este sagrado número 4, el juramento más formal y más solemne entre los místicos antiguos, por la *Tetractys*.

Si la metempsícosis Pitagórica pudiese ser completamente explicada y comparada con la teoría moderna de la evolución, se vería que proporciona todos los eslabones que faltan en la cadena de ésta. ¿Pero cuál de nuestros sabios consiente en perder un tiempo precioso ocupándose de los sueños de los antiguos? Á pesar de las pruebas que existen en contrario, niegan no sólo que las naciones de los períodos arcaicos, pero también que los antiguos filósofos hayan poseído conocimientos positivos en lo que al sistema Heliocéntrico se refiere. «Los Venerables Bedes,» los Agustinos y Lactancios, han destruido con su ignorancia dogmática toda la fé en los más antiguos teólogos de los siglos anteriores al Cristianismo. Pero ahora, la filología y un verdadero conocimiento de la literatura sanscrita nos han puesto, en parte, en disposición de vengarles de las acusaciones inmerecidas. En los Vedas, por ejemplo, encontramos pruebas positivas de que 2000 años A. de C. los sabios y eruditos Indos conocían bien la redondez de nuestro globo y el sistema Heliocéntrico. Por esto Pitágoras y Platón conocían bien esta verdad astronómica; Pitágoras obtuvo sus conocimientos en la India, ó por medio de alguien que en ella había estado, y Platón fielmente repetía sus enseñanzas. Citaremos dos párrafos del *Aitareya Brahmana*.

En el «*Mantra-Serpiente*,» (1) el *Brahmana* declara como sigue: este *Mantra* es uno de los que han sido vistos por la Reina de las

(1) Del texto sanscrito del *Aitareya Brahmana*, Rig-Veda v, cap. II, verso 23.

Serpientes, *Sarpa-rájni*; porque la tierra (*iyam*) es la Reina de las Serpientes, así como es la madre y la reina de todo cuanto se mueve (*sarpát*). Al principio, ella (la tierra) tenía sólo una cabeza (redonda), sin pelo (*bald*), ó sea sin vegetación. Ella entonces vió este *Mantra*, el cual confiere al que lo conoce la facultad de poder tomar la forma que desee. Ella «pronunció» el *Mantra*, ó sea sacrificio á los dioses; y por lo tanto, inmediatamente obtuvo un aspecto abigarrado; convirtióse en jaspeada, y fué capaz de producir las formas que le gustasen, *cambiando una forma en otra*. Este *Mantra* empieza con estas palabras: «*Ayam gaúh pris nir akramít*» (X 189).

La descripción de la tierra bajo la forma de una cabeza *redonda y calva*, la que al principio era blanda y fué dura después que el dios Vayu sopló sobre ella, como señor del aire, nos hace forzosamente creer que los autores de los libros sagrados Védicos sabían que la tierra era redonda ó esférica; y además que había sido al principio una masa *gelatinosa*, la cual gradualmente se fué enfriando bajo la influencia del aire y del tiempo. Todo esto, por lo que se refiere á su conocimiento de la esfericidad de nuestro globo, y ahora pasaremos á exponer los testimonios en que se funda nuestra afirmación de que los Indos conocían perfectamente el sistema Heliocéntrico, al menos 2000 años A. de C.

En el mismo tratado se le enseña al *Hotar* (Sacerdote) cómo deben las Shastras ser pronunciadas, y la manera de explicar los fenómenos de la salida y de la puesta del sol. Dice: «El Agnishtoma es aquel (aquel dios) que quema. El sol *jamás se pone ni se levanta*. Cuando la gente cree que el sol se ha puesto, no es verdad, se engañan. Después de haber llegado al fin del día, produce dos efectos opuestos, originando la noche en lo que está abajo, y el día en lo que está al opuesto lado. Cuando la gente cree que se levanta por la mañana, el sol hace únicamente lo siguiente: habiendo alcanzado el fin de la noche, produce dos efectos opuestos, concede el día á lo que está abajo, y la noche á lo que está al otro lado. De hecho, el sol jamás se pone; y nunca, para el que tiene un tal conocimiento.....» (1).

Esta sentencia es tan concluyente que el mismo traductor del *Rig-Veda* se vé forzado á considerarla. Dice que este párrafo contiene «la *negación* de la realidad de la salida y puesta del sol» y la suposición del autor de que el sol permanece siempre en su posición elevada (2).

En uno de los más antiguos *Nivids*, Rishi Kutsa, un sabio Indo

(1) Aitareya Brahmana, libro III, c. v, 44.

(2) Ait. Brahm., vol. II, p. 242.

de la más remota antigüedad, explica la alegoría de las primeras leyes dadas á los cuerpos celestes. Por cosas «que ella no hubiera debido hacer», Anâhit (Anâitis ó Nana, la Vénus Persa), representando la tierra en la leyenda, es condenada á girar al rededor del sol. Los *Sattras* ó periodos de sacrificios (1) prueban sin género de duda que en épocas tan lejanas como los siglos XVIII y XIX (A. de C.), los Indos habían hecho grandes progresos en la ciencia astronómica. Los *Sattras* duraban un año, y no eran más que la imitación del curso anual del sol. Dice Haug que estaban divididos en dos partes distintas, constando cada una de ellas de seis meses de treinta días cada uno; entre las dos estaba el *Vishuvan* (ecuador ó día central), cortando el *Sattras* entero en dos mitades (2), etc. Este sabio, aunque atribuye la composición de la mayor parte de los Brahmanas á una época comprendida entre 1400-1200 años (A. de C.), es de opinión que los más antiguos himnos deben atribuirse al principio de la literatura Védica, entre los años 2400-2000 (A. de C.). No encuentra razón para que se consideren los *Vedas* menos antiguos que los libros sagrados de los Chinos. Como el *Shu-king* ó *Libro de Historia* y los cantos para los sacrificios del *Shi-king* ó *Libro de las Odas*, está bien probado que tienen una antigüedad tan remota como 2200 años (A. de C.), nuestros filólogos no tardarán en verse obligados á reconocer que en conocimientos astronómicos, los Indos antediluvianos son sus maestros.

De todos modos, son hechos estos que prueban que ciertos cálculos astronómicos eran tan correctos entre los caldeos en tiempo de Julio César, como lo son ahora. Cuando el calendario fué reformado por el Conquistador, se vió que el año civil correspondía tan poco con las estaciones, que el Verano había penetrado en los meses de Otoño, y los meses de Otoño en pleno Invierno. Sosígenes, el astrónomo caldeo, fué el que restableció el orden en la confusión, atrasando el 25 de marzo noventa días, haciéndolo así corresponder con el equinoccio vernal; y además, también fué Sosígenes quien fijó la longitud de los meses *tal como hoy día existe*.

En América, se encontró en el ejército de Moctezuma que el calendario de los Aztecas concedía un mismo número de días y semanas á cada mes. La extrema exactitud de sus cálculos astronómicos es tan grande, que *ningún error* ha sido descubierto en sus sucesivas verificaciones; al paso que los europeos, que desembarcaron en México en 1519, estaban, por el calendario Juliano, cerca de once días adelantados con respecto al tiempo exacto.

(1) Ait. Brahm., libro IV.

(2) Instituciones septenarias; «Apedrearle hasta la muerte», p. 20.

A las inapreciables y exactas traducciones de los Libros Védicos, y á las investigaciones personales del Dr. Haug, debemos el poder corroborar las afirmaciones de los filósofos herméticos. Que el período de Zarathustra Spitama (Zoroastro) pertenece á una antigüedad indecible, puede probarse con mucha facilidad. Los Brahmanas, á los que Haug concede cuatro mil años de antigüedad, describen las luchas religiosas entre los antiguos Indos que vivían en el periodo pré-Védico, y los Iranios. Los combates entre los *Devas* y los *Asuras*, representando aquellos los Indos y estos los Iranios, son largamente descritos en los libros sagrados. El profeta Iranio era el primero en levantarse en contra de lo que él llamaba la «idolatría» de los Brahmanes, y en designarlos con el nombre de Devas (Demonios). ¿En qué remotísimos periodos deben haber tenido lugar estas crisis religiosas?

«Estas guerras», contesta el Dr. Haug, «deben haber parecido tan antiguas á los autores de los *Brahmanas*, como los hechos del Rey Artús á los escritores ingleses del siglo XIX.»

No existe filósofo de alguna importancia que no sostenga que la doctrina de la metempsícosis era enseñada por los Brahmanes, Budhistas y después por los Pitagóricos en su sentido esotérico, expresándose de un modo más ó menos inteligible. Orígenes y Clemente de Alejandría, Sinesius y Calcidio, todos en ella creían; y los Gnósticos, á quienes sin vacilación la historia proclama como una colectividad de hombres los más refinados, instruidos y cultos, (1) todos ellos creían en la metempsícosis. Sócrates sostenía opiniones idénticas á las de Pitágoras, y los dos, como castigo por su filosofía divina, fueron condenados á una muerte violenta. La canalla ha sido la misma en todas las épocas. El Materialismo ha obscurecido y obscurecerá siempre las verdades espirituales. Estos filósofos sostenían, con los Indos, que Dios ha infundido en la materia una porción de su Espíritu Divino, el cual anima y mueve cada partícula. Enseñaban que el hombre tiene *dos* almas de naturaleza por completo distinta, la una perecedera, el Alma Astral, ó sea el cuerpo interior y flúidico, la otra incorruptible é inmortal, el *Augoeides* ó porción del Espíritu Divino; que el Alma Astral ó mortal perece á cada cambio gradual en los umbrales de una nueva esfera, y que á cada transmigración es más pura. El hombre astral, á pesar de ser invisible é intangible para nuestros sentidos terrenos, está formado de materia, si bien sublimada. Aristóteles, á pesar de que por propias razones políticas guardaba una reserva prudente en cuestiones esotéricas, en este asunto claramente

(1) Véase «La decadencia y caída del Imperio Romano», de Gibbon.

expresa su opinión. Creía que las almas humanas son emanaciones de Dios, y que por fin serán reabsorbidas por la Divinidad. Zenón, el fundador de los Estóicos, enseñaba que existen en toda la naturaleza dos cualidades eternas; la una activa ó masculina, la otra pasiva ó femenina; la primera es pura, éter sutil ó Espíritu Divino, la segunda, completamente muerta por sí misma, hasta que se une con el Espíritu Divino. Que éste, actuando sobre la materia produce fuego, agua, tierra y aire; y que es el único principio eficiente por el que toda la naturaleza es movida. Los Estóicos, como los sabios Indos, creían en la absorción final. S. Justino creía en la emanación de estas almas de la Divinidad; y Taciano el Asirio, su discípulo, declaraba que «el hombre es inmortal como el mismo Dios» (1).

Aquel profundamente significativo versículo del *Génesis* que dice: «A cada uno de los animales de la tierra, y á cada uno de los pájaros del aire, y á todo lo que se arrastre sobre la tierra, Yo he dado una *alma viviente*.....» debe llamar la atención de todo aquel que, conociendo el Hebreo, es capaz de leer la Escritura en el original, en lugar de seguir traducciones erróneas, en las cuales la frase se lee de este modo: «*allí* en donde *hay vida*» (*).

Desde el primero hasta el último capítulo, los traductores de los Libros Sagrados Judíos equivocan su sentido, como Sir W. Drummond prueba; ellos han cambiado hasta la significación del nombre de Dios. Así *El*, escribiéndolo correctamente, se leería *Al*, mientras permanece en el original בֶּן אֵל, y de acuerdo con Higgins, esta palabra significa el dios Mithra, el *Sol*, el preservador y el salvador. Sir W. Drummond demuestra que *Beth-El* significa la Casa del *Sol* en su traducción literal, y no de Dios. «*El*, en la composición de estos nombres Canaanitas, no significa *Deus*, sino *Sol*.» (*) De este modo la Teología ha desfigurado á la antigua Teosofía, y la Ciencia á la antigua Filosofía. (*)

Por no comprender este gran principio filosófico, los métodos de la ciencia moderna, por exactos que sean, deben concluir por ser inútiles. En ningun ramo del saber pueden demostrar ni el origen ni

(1) Véase Turner; también el «Anacalypsis» de G. Higgins.

(2) *Génesis*, I 30.

(3) Sir William Drummond: «*Œdipus Judicus*», p. 250.

(4) La absoluta necesidad de perpetrar tan piadosos fraudes por los primitivos padres y los teólogos posteriores se ve perfectamente, considerando que si hubiesen permitido á la palabra *Al* permanecer en el original, hubiera sido demasiado evidente, menos para los iniciados, que el *Jehocah* de Moisés y el sol eran idénticos. Las multitudes, que ignoran que los hierofantes consideraban nuestro sol *visible* únicamente como un emblema del sol central, invisible y espiritual, hubieran acusado á Moisés, como muchos de nuestros comentaristas modernos ya lo han hecho, de adorar los cuerpos celestes; en buenas palabras, de Sabeísmo actual.

el fin de las cosas. En lugar de buscar los efectos remontándose á la fuente primitiva, su marcha es en sentido contrario. Enseñan ellos que los más elevados tipos han evolucionado de los más inferiores. Desde el fondo del ciclo, se extravían, conducidos paso á paso en el gran laberinto de la naturaleza, por el hilo de la materia. Así que este se rompe, y han perdido el guía, retroceden asustados ante el Incomprensible, y se confiesan ellos mismos *impotentes*. No procedían así ni Platón ni sus discípulos; para ellos, *los tipos inferiores eran sólo las imágenes concretas de los más elevados y abstractos*. El alma, como inmortal, tiene un principio aritmético, así como el cuerpo lo tiene geométrico. Este principio, como reflexión del grande y universal ARCHEUS, se mueve por sí mismo, y desde el centro se difunde por todo el cuerpo del microcosmo.

La triste confesión de esta verdad es lo que hace á Tyndall confesar cuán impotente es la ciencia, aun en el mundo de la materia. «La primera ordenación de los átomos, en la que toda acción subsiguiente depende, se burla de un poder más grande que el del microscopio.» «A puro exceso de complejidad, y por largas y antiguas observaciones, algo podemos decir en lo que á la materia se refiere; la más culta y elevada inteligencia, la imaginación más sutil y disciplinada, *se retiran confundidas ante la contemplación del problema*. El asombro que nos enmudece, ningun microscopio puede revelarlo, dudando no sólo del poder de nuestro instrumento, é igualmente de si poseemos los elementos intelectuales que nos pueden permitir apoderarnos de las últimas energías estructurales de la naturaleza.»

La figura fundamental y geométrica de la Kábala, que la tradición y las doctrinas esotéricas nos dicen que la Divinidad misma se la dió á Moisés en el Monte Sinaí, (1) contiene en su grandiosa y sencilla combinación la clave del problema universal. Esta figura contiene en sí misma todas las otras. Entre los que son capaces de comprenderla, ninguno necesita ejercitar la imaginación, ningun microscopio terreno puede compararse en penetración con la percepción espiritual.

Y del mismo modo, para todos aquellos que han trabado conocimiento con la GRAN CIENCIA, la descripción dada por un muchacho-psicométrico, bien desarrollado, acerca de la génesis de un grano, de un fragmento de cristal, ó de otro cualquiera objeto, vale por todos los telescopios y microscopios de la «ciencia exacta.»

Hay más verdad en la aventurada pangénesis de Darwin, á quien Tyndall llama un «especulador sublime», que en las prudentes y limi-

(1) Exodo, XXV, 40.

tadas hipótesis de aquel, quien, como muchos otros escritores de su especie, rodea su imaginación «con las firmes fronteras de la razón.» La teoría de un germen microscópico conteniendo en sí mismo un mundo de gérmenes menores se lanza en cierto sentido al infinito. Atraviesa el mundo de la materia, é inconscientemente comienza á obrar en el mundo del espíritu.

Si aceptamos la teoría de Darwin respecto del desarrollo de las especies, nos encontramos que su punto de partida está colocado en frente de una puerta abierta. Con él nos encontramos en libertad ó bien de quedarnos dentro ó bien de atravesar el umbral más allá del que existe lo ilimitado y lo incomprensible, ó mejor dicho lo *Inexpresable*. Si nuestro lenguaje mortal es incapaz de expresar lo que el espíritu confusamente prevé en el gran «*Más allá*», mientras permanece en esta tierra, *debe* realizarlo en algun punto de la Eternidad sin tiempo.

No sucede así con la teoría del Profesor Huxley acerca de las «Bases Físicas de la Vida.» Indiferente á la formidable mayoría de negaciones de sus sabios hermanos alemanes, crea un *protoplasma* universal, é indica que serán células, de aquí en adelante, las fuentes sagradas del principio de toda *vida*. Haciendo á aquel igual en un hombre vivo, «en un carnero muerto», en una ortiga punzante y en una langosta, y apartando lejos de ello todo influjo divino, lo cual viene con la evolución subsiguiente, cierra todas las puertas por las cuales podría tener lugar una huida posible. A manera de uu táctico hábil, convierte sus «leyes y hechos» en centinelas á los que hace montar la guardia en cada salida. En el estandarte que los reune, está escrita esta palabra «necesidad»; pero difícilmente es desplegado, cuando él se burla del lema y lo llama «un frívolo fantasma de mi propia imaginación.» (1)

Las doctrinas fundamentales del espiritismo, dice, «están fuera de los límites de la investigación filosófica.» Somos bastante intrépidos para contradecir su aserción, y para decirle que están mejor comprendidas dentro de los límites de tales investigaciones que el protoplasma de Mr. Huxley. Tanto más desde el momento que ellas presentan hechos palpables y evidentes de la existencia del *espíritu*, y las células protoplasmáticas, *una vez muertas*, ninguna presenta nada que pueda tomarse como origen ó base de la vida, como uno de los pocos «eminentes pensadores del día» quiere hacernos creer. (2)

Los antiguos Kabalistas no insistían sobre ninguna hipótesis,

(1) «La Base Física de la Vida.» Discurso por T. H. Huxley.

(2) Huxley: «Base Física de la vida.»

hasta que podían sentar su base sobre la firme roca de experimentos registrados.

Pero la dependencia exagerada en los hechos físicos es causa de un aumento en materialismo, y decadencia del espiritualismo y de la fé. En tiempos de Aristóteles, esta era la tendencia dominante del pensamiento. Y aunque el precepto Delfico no se había borrado por completo de la inteligencia griega, y todavía algunos filósofos sostenían «que para conocer lo que el hombre *es*, debemos saber lo que el hombre *era*,» ya el materialismo había empezado á roer las raíces de la fé. Los misterios mismos habían degenerado mucho; eran ya sólo especulaciones sacerdotales y fraudes religiosos. Pocos eran los verdaderos adeptos é iniciados, los herederos y descendientes de todos aquellos á quienes la espada de los diversos conquistadores del Viejo Egipto había dispersado.

El tiempo predicho por el gran Hermes en su diálogo con Æsculapio ya ha llegado á la verdad; la época en que impíos extranjeros acusarían al Egipto de adorar monstruos, y en la que nada sino las letras grabadas en la piedra de sus monumentos sobreviviría; enigmas increíbles para la posteridad. Sus sagrados escribas é hierofantes serían dispersados por toda la faz de la tierra. Obligados, por temor á una profanación de los sagrados misterios, á buscar refugio entre las fraternidades herméticas, conocidas despues como los *Esenios*, su ciencia esotérica fué enterrada más profundamente que nunca. La triunfante espada del discípulo de Aristóteles barrió en su camino de conquistas todos los vestigios de religión pura, y el mismo Aristóteles, el típico hijo de su época, aunque instruido en la ciencia secreta de los Egipcios, conocía muy poco en lo que se refería al completo resultado de millares de estudios esotéricos.

Lo mismo que los que vivían en tiempo de Psammético, nuestros filósofos del día «levantan el Velo de Isis.» Isis es el símbolo de la naturaleza. Pero ellos ven únicamente sus formas físicas. El alma interna escapa á su vista; y la Madre Divina no tiene ninguna contestación para ellos, que, no descubriendo con sus ojos ningun espíritu existente debajo de las capas de músculos, de la red de nervios, de la substancia gris, todo lo cual ellos levantan con la punta del escalpelo, aseguran que el hombre carece de alma. Estos son tan miopes en sus sofismas como el estudiante que, no ocupándose más que de la letra muerta de la Kábala, se atreve á decir que no existe ningun espíritu que la dé vida. Para ver el hombre verdadero que ha habitado en el cuerpo que ante él está extendido en la mesa de disección, necesita el cirujano emplear otros ojos que los de su cuerpo. Así, la glo-

riosa verdad oculta bajo las escrituras hieráticas de los antiguos papyrus será sólo revelada á aquel que posea la facultad de intuición, la cual, si llamamos razón al ojo de la mente, la podremos definir como el ojo del alma.

Nuestra ciencia moderna reconoce un Poder Supremo, un Principio Invisible, pero niega un Sér Supremo ó Dios Personal. (1) Lógicamente, la diferencia entre los dos puede ser discutida, porque en este caso, el *Poder y el Sér son idénticos*. La razón humana puede difícilmente imaginar un Poder Supremo Inteligente, sin asociarle la idea de un Sér Inteligente. Jamás podrá esperarse que las masas tengan una clara concepción de la omnipotencia de un Dios Supremo, sin investir á éste con todos los atributos de su personalidad gigantesca. Pero los Kabalistas nunca han considerado al invisible EN-SOPH de otra manera que como un *Poder*.

La Filosofía circunspecta de nuestros modernos positivistas ha existido hace millares de años. Lo que el adepto hermético pretende demostrar es que el simple sentido común excluye la posibilidad de que el universo sea el resultado de una mera casualidad. Una idea tal le parece más absurda que pensar que los problemas de Euclides fueron compuestos inconscientemente por un mono jugando con figuras geométricas.

Muy pocos Cristianos comprenden si, á la verdad, despues de todo saben algo de la Teología Judía. El *Talmud* es el más obscuro de los enigmas, hasta para muchos judíos, al paso que todos los que poseyendo el hebreo lo comprenden, no se vanaglorian de sus conocimientos. Sus libros Kabalísticos son, para ellos, todavía más incomprendibles; y en nuestros días, son en mayor número los Cristianos que se dedican á la elucidación de sus grandes verdades, que los Judíos. ¡Cuánto menos conocida es todavía la Oriental, ó sea la Kábala Universal! Sus adeptos son pocos, pero estos herederos escogidos de los sabios que primero descubrieron «las deslumbrantes verdades que brillan en la gran Shemaña de la ciencia Caldea» (2), han resuelto lo «absoluto» y están ahora descansando de su gran trabajo. Ellos no pueden ir más allá de lo que es permitido conocer á los mortales de esta tierra, y nadie, ni siquiera uno de estos elegidos, puede traspasar la línea trazada por el dedo de la Divinidad misma. Viajeros ha habido que han encontrado á estos adeptos á orillas del Ganges sagrado, en las silenciosas ruinas de Thebas y en las misteriosas y desiertas cámaras de Luxor. En el interior de los recintos, en cuyas

(1) Prof. J. W. Draper: «Conflicto entre la Religión y la Ciencia».

(2) «Zanoni», de Bulwer.

bóvedas azules y doradas, los signos misteriosos llaman la atención, pero cuyo significado secreto no es jamás comprendido por el vulgo que los contempla, en ellos se les ha visto, pero raras veces reconocido. Memorias históricas recuerdan su presencia en los salones brillantemente iluminados de la aristocracia europea. También se les ha encontrado en las áridas y desoladas llanuras del Gran Sahara, lo mismo que en las cuevas de Elephanta. En todas partes se les puede encontrar, pero no se dan á conocer más que á aquellos que han dedicado su vida al estudio desinteresado, y que regularmente no están dispuestos á volver atrás.

Maimónides, el gran teólogo é historiador judío, el cual, después de ser casi divinizado por sus compatriotas, fué tratado luego como un hereje, repara que en lo absurdo y sin sentido, al parecer, del Talmud, está lo más sublime de su significado secreto. Este hombre eminente ha demostrado de la manera más completa que la Magia Caldea, la ciencia de Moisés y de otros grandes taumaturgos, estaba por completo fundada en su extenso conocimiento natural. Enterados completamente de todos los recursos de los reinos vegetal, animal y mineral, expertos en la química y física ocultas, tan psicólogos como fisiólogos, ¿qué tiene de extraordinario que los adeptos instruidos en los misteriosos santuarios de los templos pudiesen llevar á cabo maravillas que aun en nuestros días de adelanto se considerarían como sobrenaturales? Es un insulto á la naturaleza humana el infamar con el nombre de impostura á la magia y á la ciencia oculta. El creer que durante tantos miles de años una mitad del género humano practicaba el engaño y el fraude, á expensas de la otra mitad, equivale á decir que la raza humana se compone únicamente de bribones y de idiotas incurables. ¿En dónde está el país en el que no se haya practicado la magia? ¿En qué época ha sido olvidada por completo?

En los más antiguos documentos, ahora en nuestro poder, los Vedas y las primeras leyes de Manú, encontramos muchos ritos mágicos practicados y permitidos por los Brahmanes (1). En el Thibet, en el Japón y en la China, se enseña hoy día lo que los antiguos Caldeos enseñaban. El clero de estos países respectivos prueba además lo que ellos enseñan, y principalmente, que la práctica de la moral y de la pureza física, junto con ciertas austeridades, desarrolla el poder vital de la propia iluminación. Concediendo al hombre el dominio sobre su propio espíritu vital, le da un verdadero poder sobre los espíritus elementarios inferiores á él mismo. Vemos que la magia es tan antigua en Occidente como en Oriente. Los Druidas de la Gran Bretaña la practicaban en las silenciosas criptas de sus cavernas pro-

(1) Véase el Código publicado por sir William Jones, cap. ix, p. 11.

fundas; y Plinio se extiende mucho en un capítulo acerca de la «sabiduría» de los jefes de los Celtas (1). Los Semotheos, los druidas de las Galias, explicaban las ciencias, tanto Físicas, como Espirituales. Enseñaban los secretos del universo, el armonioso progreso de los cuerpos celestes, la formación de la tierra, y sobre todo, la inmortalidad del alma (2). En sus grutas sagradas, academias naturales construidas por la mano del Arquitecto Invisible, se reunían los iniciados á la hora precisa de media noche, para instruirse acerca de lo que el hombre era, y de lo que será (3). No necesitaban de iluminación artificial, ni de gas destructor de la vida, que brillase sobre sus templos, porque la casta diosa de la noche difundía sus rayos argentinos sobre sus cabezas coronadas de roble, y sus sagrados bardos vestidos de blanco conocían la manera de hablar con la reina solitaria de la bóveda estrellada (4).

En el cementerio del pasado remoto, permanecen sus robles sagrados, ahora secos y despojados de su simbolismo espiritual por el venenoso soplo del materialismo. Para el estudiante de las ciencias ocultas, su vegetación es todavía exuberante y lozana, y tan llenos de verdades profundas y sagradas, como cuando el archi-druida verificaba sus curaciones mágicas, y tremolando la rama de muérdago, arrancaba con su dorada hoz el ramo verde de su madre, el roble. *La Magia es tan antigua como el hombre*. Es tan imposible citar la época en que por primera vez aparece, como indicar el día en que nació el primer hombre. Siempre que algun escritor ha intentado relacionar sus orígenes en algún país en armonía con ciertos datos históricos, investigaciones posteriores han demostrado que sus opiniones eran infundadas. Odin, el sacerdote y monarca escandinavo, creen algunos fué el primero que introdujo las prácticas mágicas, unos setenta años A. de C. Pero puede fácilmente demostrarse que los misteriosos ritos de las sacerdotisas llamadas *Voilers*, *Valas*, son de mucho anteriores á aquella época (5). Algunos autores modernos se esfuerzan en probar que Zoroastro fué el fundador de la magia, únicamente porque fué el fundador de la Religión de los magos. Ammiano Marcelino, Arnobio, Plinio y otros historiadores antiguos la demuestran de una manera concluyente que sólo fué un reformador de la Magia, tal como practicaban los Caldeos y los Egipcios (6).

(1) Plinio: «Hist. Nat.», xxx, 1; Id, xvi, 14; xxv, 9, &

(2) Pomponio les atribuye el conocimiento de las ciencias más elevadas.

(3) Cæsar, III, 14.

(4) Plinio, xxx.

(5) Munter. Sobre las más antiguas religiones del Norte, antes de los tiempos de Odin. Memorias de la Sociedad de los Anticuarios de Francia. Tomo II, p. 230.

(6) Ammiano Marcelino, xxvi, 6.

Los más grandes maestros en las cosas divinas convienen en que casi todos los libros antiguos estaban escritos simbólicamente y en un lenguaje inteligible sólo para los iniciados. El esbozo biográfico de Apolonio de Tyana nos ofrece un ejemplo. Como cada kabalista sabe, comprende el conjunto de la filosofía hermética, siendo una copia, en muchos asuntos, de las tradiciones que poseemos respecto del Rey Salomón. Al leerlo, parece una historia fantástica, pero lo mismo que en éstas, algunos hechos y sucesos históricos son presentados al mundo bajo los colores de la ficción. El viaje á la India representa alegóricamente las pruebas del neófito. Sus largas conversaciones con los Brahmanes, sus sabios consejos y los diálogos con Menippus el Corintio darían, interpretadas, el catecismo esotérico. La visita al imperio de los hombres sabios y su conferencia con su rey Hiarchas, el oráculo de Amphiarao, explican simbólicamente muchos de los dogmas secretos de Hermes. Ellos descubrirían, si se comprendiesen, algunos de los más importantes secretos de la naturaleza. Eliphaz Levi indica la gran semejanza que existe entre el Rey Hiarchas y el fabuloso Hiram, quien proporcionó á Salomón los cedros del Líbano y el oro de Ophir. Mucho nos gustaría saber si los modernos masones, aunque sean «grandes oradores», y los más inteligentes compañeros pertenecientes á las logias más importantes, saben quién es el *Hiram* cuya muerte juran vengar todos juntos.

Dejando á un lado las enseñanzas puramente metafísicas de la *Kábala*, si uno quiere dedicarse al ocultismo físico, á las llamadas ramas de la terapéutica, los resultados pueden ser en beneficio de nuestras modernas ciencias, tales como la química y la medicina. El Profesor Draper dice: «Algunas veces nos encontramos sorprendidos con ideas que nos lisonjamos han nacido en nuestros propios tiempos.» Esta observación, hecha con motivo de los escritos científicos de los Sarracenos, puede aplicarse mejor á los Tratados más secretos de los antiguos. Al paso que la medicina moderna ha ganado mucho en anatomía, fisiología y patología, é igualmente en terapéutica, ha perdido extraordinariamente por su estrechez de espíritu, por su rígido materialismo, y su dogmatismo sectario. Cada escuela, en su ceguera, ignora cualquier cosa que otra escuela haya desarrollado; y todas unidas ignoran cada una de las grandes concepciones del hombre ó de la naturaleza, desarrolladas por el Mesmerismo ó por los experimentos americanos sobre el cerebro, cuyos principios distan mucho de convenir con el empedernido materialismo. Sería necesario convocar á los médicos hostiles de las distintas escuelas, y mostrarles lo que no es conocido de la ciencia médica; con mucha frecuencia sucede que los

mejores prácticos, después de haber agotado sus recursos en un paciente, un mesmerizador ó un «medium curador» le cura. Los exploradores de la antigua literatura médica, desde la época de Hipócrates á la de Paracelso y Van-Helmont, encontrarán un enorme número de hechos, tanto fisiológicos como psicológicos, bien probados, y métodos y medicamentos para la curación de las enfermedades que nuestros médicos modernos orgullosamente rehusan emplear (1). Igualmente, en lo que á la Cirujía se refiere, los modernos prácticos humilde y públicamente han confesado su total imposibilidad de aproximarse á algo parecido á la maravillosa habilidad desplegada en el arte de vendar, por los antiguos Egipcios. Los centenares de metros de vendas que rodean á una momia desde sus orejas hasta cada uno de los dedos de los pies, han sido estudiados por los principales cirujanos de París, y á pesar de que los modelos estaban ante sus ojos, han sido incapaces de lograr nada parecido.

En la colección egiptológica de Abbott, en New-York, pueden contemplarse numerosas muestras de la destreza de los antiguos en varias artes, entre otras, el arte de hacer encajes; y como sería muy difícil esperar que las señales de la vanidad mujeril no fuesen á la par con las de la fuerza del hombre, hay también muestras de pelo artificial de diferentes clases. La *Tribuna* de New-York, examinando el contenido del *Papyrus Ebers* dice: «Verdaderamente, no hay nada nuevo bajo el sol..... Los capítulos 65, 66, 79 y 89 muestran que los vigorizadores para el cabello, tinturas para el mismo y brochas para polvos eran necesarios hace 3.400 años.»

Cuán pocos de nuestros pretendidos descubrimientos son nuevos en realidad, y cuántos pertenecen á los antiguos, ingénua y elocuentemente lo concede en parte nuestro eminente escritor filosófico, el profesor John W. Draper. Su *Conflicto entre la Religión y la Ciencia*, un gran libro con un muy triste título, contiene infinidad de tales hechos. En la página 13, cita unos pocos resultados de los antiguos filósofos, que excitaban la admiración de la Grecia. En Babilonia, existía una serie de observaciones astronómicas caldeas, que se remon-

(1) Bajo muchos puntos de vista, nuestros filósofos modernos, cuando creen haber hecho nuevos descubrimientos, pueden ser comparados con «el sagaz, instruido y amable caballero,» al cual habiendo Hipócrates encontrado un día, le describe con mucha naturalidad. Dice el padre de la medicina: «me dijo que últimamente había descubierto una hierba, jamás conocida hasta entonces ni en Europa ni en Asia, á cuyos maravillosos efectos no había enfermedad, por maligna ó crónica que fuese, que pudiese resistir. Queriendo á mi vez ser amable, me presté á acompañarle al punto en que había transplantado tan maravilloso específico. Me encontré que era una de las plantas más comunes de Grecia, el ajo, planta que es quizás la que menos pretensiones tiene de poseer virtudes curativas.» Hipócrates: «*De optima prædicandi ratione item iudicii operum magni,*» I.

taban á diez y nueve mil ciento tres años, las cuales Calisthenes envió á Aristóteles. Ptolomeo, el rey-astrónomo de Egipto, poseía un estudio babilónico sobre eclipses, en que éstos estaban anotados hasta setecientos cuarenta y siete años atrás de nuestra era. Como el profesor Draper repara justamente: «Largas y precisas observaciones habrían sido necesarias antes de lograr algunos de estos resultados astronómicos que han alcanzado nuestros tiempos, para que pudiesen ser determinados. De este modo, los Babilonios habían fijado la duración del año tropical, con un error de veinte y siete segundos; estimaban el año sideral simplemente con dos minutos de exceso. Habían descubierto la precesión de los equinoccios. Conocían las causas de los eclipses, y con auxilio de su ciclo, llamado *saros*, podían predecirlos. Estimaban que el valor de este ciclo, que tenía algo más de 6.585 días, estaba calculado con un error de diez y nueve minutos y medio.»

«Tales hechos proporcionan la prueba incontrovertible del saber y de la paciencia con las que la astronomía había sido cultivada en la Mesopotamia, y que con instrumentos imperfectos habían logrado una notable perfección. Estos antiguos observadores, habían hecho un catálogo de los astros, y habían dividido el zodiaco en doce signos; habían también asignado doce horas al día y otras tantas á la noche. Durante largo tiempo, se habían dedicado á observar las ocultaciones de las estrellas por la luna, como dice Aristóteles. Sus ideas respecto de la estructura del sistema solar eran correctas, y conocían el orden de colocación de los planetas. Ellos construían cuadrantes, clepsidras astrolabios y relojes de sol.»

Hablando del mundo de las verdades eternas, que está dentro del mundo transitorio de ilusiones y falsedades, el profesor Draper dice: «Aquel mundo no será descubierto ni por las varias tradiciones que nos han transmitido la opinión de hombres que vivían en la mañana de la civilización, ni por los sueños de místicos que creían estaban inspirados. Debe ser descubierto por las investigaciones de la *geometría*, y por la *interrogación práctica de la naturaleza*.»

Precisamente. La consecuencia no puede estar mejor establecida. Este escritor elocuente nos dice una verdad profunda. Desde luego no nos dice la verdad *completa*, porque no la conoce. Él no ha descrito la naturaleza y extensión de la ciencia que en los Misterios se enseñaba. Ningún pueblo ha existido posteriormente que haya conocido la geometría, como los constructores de las Pirámides y de otros titánicos monumentos, antediluvianos y postdiluvianos. Y por otra parte, nadie les ha igualado en la interrogación práctica de la naturaleza.

Prueba irrefutable de lo anterior es el significado de sus innumerables símbolos. *Cada uno de estos símbolos es una idea corpórea, combinando la concepción de lo Divino Invisible con lo terreno visible.* El primero es deducido del segundo estrictamente por analogía, en armonía con la fórmula hermética: «como lo de abajo, así es lo de arriba.» Sus símbolos demuestran grandes conocimientos en las ciencias naturales y un estudio práctico del poder cósmico.

Respecto de los resultados prácticos que deben obtenerse por «las investigaciones geométricas,» por fortuna para los estudiantes que van á entrar en el terreno de la acción, no nos veremos obligados á contentarnos por mucho tiempo con meras conjeturas. En nuestros días, un americano, Mr. George H. Felt, de New-York, quien, si continúa como ha empezado, será algún día reconocido como el geómetra más grande de la época, ha sido capaz, con auxilio únicamente de las premisas establecidas por los antiguos Egipcios, de obtener resultados que para dar una idea de ellos preferimos emplear su propio lenguaje. «En primer lugar,» dice Mr. Felt, «el diagrama fundamental al cual toda la ciencia de la geometría elemental, tanto plana como sólida, es referible; á producir sistemas aritméticos de proporción, de una manera geométrica; á identificar esta figura con todos los restos de arquitectura y escultura, en todos los que ha sido seguido de una manera exacta y maravillosa; á determinar lo que habían usado los Egipcios como base de sus cálculos astronómicos, en los que su simbolismo religioso estaba casi enteramente fundado; á encontrar sus trazas entre todos los restos de arte y arquitectura de los Griegos, á descubrir sus huellas tan fuertemente impresas entre los sagrados textos Judíos, como para probar concluyentemente que en esto se fundaban; á probar que el sistema completo había sido descubierto por los Egipcios después de docenas de miles de años de investigaciones de las leyes de la naturaleza; figura que puede en verdad llamarse la ciencia del Universo.» Más adelante, se permite «determinar problemas de fisiología en otros tiempos únicamente sospechados; el primer desarrollo de una filosofía Masónica que esté completamente demostrado fué la primera ciencia y religión, así como será la última»; y nosotros podemos añadir, para concluir, el probar por demostraciones oculares que los escultores y arquitectos Egipcios obtenían los modelos de las hermosas figuras que adornaban las fachadas y vestíbulos de sus templos, no de las fantasías desordenadas de sus propios cerebros, sino de las «invisibles razas del aire» y demás reinos de la naturaleza, á las cuales él, al igual que ellos, pretende hacer visibles por medio de sus propios medios químicos y kabalísticos.

Schweigger prueba que los símbolos de todas las mitologías tienen un fundamento y una realidad científicas (1). Únicamente por medio de los recientes descubrimientos de los poderes físico-electro-magnéticos de la naturaleza, es como expertos en Mesmerismo como Ennemoser, Schweigger y Bart, en Alemania, el Barón Du Potet y Regazzoni, en Francia y en Italia, han sido capaces de trazar con casi irreprochable exactitud la verdadera relación en que cada Theomithos está con alguno de estos poderes. El dedo Idæico, que tanta importancia tiene en el arte mágico de curar, significa un dedo de hierro, que es atraído y repelido alternativamente por las fuerzas naturales y magnéticas. En Samotracia, producía maravillas, curando y restableciendo órganos afectados en sus condiciones normales.

Bart penetra más profundamente que Schweigger en la significación de los antiguos mitos, y estudia el asunto bajo sus dos aspectos, el espiritual y el físico. Se ocupa extensamente de los Dactilos Frigios, todos mágicos y exorcistas de enfermedades, y de los Teurgistas Cabires. Dice: «Mientras tratamos de la estrecha unión de los Dactilos y las fuerzas magnéticas, no nos limitamos necesariamente á la piedra imán y á nuestra manera de considerar la naturaleza, sino á echar una ojeada al magnetismo, en su completa significación.

Entonces es ya comprensible cómo los iniciados, quienes se llamaban a sí mismos *Dactilos*, asombraban al pueblo con sus artes mágicas, llevando á cabo milagrosas curaciones. A esto unían ellos otra porción de cosas que los sacerdotes de la antigüedad acostumbraban á practicar; el cultivo del campo, el de la moralidad, el adelanto del arte y de la ciencia, los misterios, y las consagraciones secretas. Todo esto llevaban á efecto los sacerdotes Cabires, y *para lo cual no eran guiados ni ayudados por los misteriosos espíritus de la naturaleza?* (2) Schweigger es de la misma opinión, y demuestra que los fenómenos de la antigua Teurgia eran producidos por poderes magnéticos «bajo la dirección de espíritus.»

A pesar de su politeísmo aparente, los antiguos, los de las clases ilustradas, por supuesto, eran por completo monoteístas; y durante épocas y más épocas anteriores á Moisés. En el *Papyrus Ebers*, este hecho está perfectamente probado en las siguientes palabras, traducidas de las primeras cuatro líneas de la Hoja I.: «Yo vine desde Heliópolis con los grandes de Het-aat, los señores de Protección, los dueños de la eternidad y de la salvación. Yo vine de Sais con la Diosa-Madre, quien extendió sobre mí su protección. *El Señor del Universo* me

(1) Schweigger: «Introducción á la Mitología por la Historia Natural.»

(2) Ennemoser: «Historia de la Magia» I, 3.

dijo la manera de librar á los dioses de toda enfermedad cruel.» Los hombres eminentes eran llamados dioses por los antiguos. La deificación de hombres mortales y el suponerlos dioses prueba tan poco en contra de su monoteísmo, como el que los monumentales edificios en los que los Cristianos erigen estatuas á sus héroes sean prueba de su politeísmo. Los americanos de este siglo considerarían como un absurdo el que dentro de 3.000 años sus descendientes les calificasen de idólatras por haber levantado estatuas á su dios Washington. Tan cubierta por el misterio estaba la Filosofía Hermética, que Volney asegura que los antiguos pueblos adoraban sus símbolos groseros y materiales, como divinos por sí mismos; mientras que estos sólo eran considerados como la representación de principios esotéricos. También Dupuis, después de haber dedicado muchos años al estudio del problema, equivoca el círculo simbólico, y atribuye su religión solamente á la Astronomía. Eberhart (*Berliner Monatschrift*) y otros escritores alemanes del pasado y presente siglo, disponen de la magia con menos ceremonias, y piensan que es debida á los mitos Platónicos del *Timæus*. Pero ¿cómo era posible, á estos y muchos otros hombres, sin estar dotados de la agudísima intuición de un Champollión, el descubrir la esotérica mitad de aquello que estaba oculto tras del velo de Isis, para todos, excepto para los adeptos?

El mérito de Champollión como egiptólogo nadie lo pone en duda. Él declara que todo demuestra que los antiguos Egipcios habían sido profundamente monoteístas. La exactitud de los escritos del misterioso Hermes Trismegistus, cuya antigüedad se pierde en la noche de los tiempos, es corroborada por él, hasta en sus detalles más minuciosos. Ennemoser también dice: «Á Egipto y á Oriente fueron Herodoto, Thales, Parménides, Empedocles, Orfeo y Pitágoras á instruirse en la Filosofía Natural y en la Teología.» Allí también, Moisés adquirió su sabiduría, y Jesús pasó los primeros años de su vida.

En aquella región se reunían los estudiantes de todos los países antes de la fundación de Alejandría. «¿Por qué causa,» viene á decir Ennemoser, «se sabe tan poco acerca de estos misterios al través de tantas épocas, y entre tantos y tan diferentes tiempos y pueblos? La contestación es que se debe al universal y estricto silencio de los iniciados. También puede atribuirse como causa la destrucción y pérdida total de los escritos acerca de la ciencia secreta de la más remota antigüedad.» Los libros de Numa, descritos por Livio, consistían en tratados acerca de la filosofía natural, y fueron encontrados en su tumba; pero no era permitido el darlos á conocer, para que no fuesen revelados los más secretos misterios de la religión establecida. El Sena-

do y los tribunos del pueblo resolvieron que fuesen estos libros quemados, lo cual se hizo públicamente. (1)

La Magia era considerada como una ciencia divina que conducía á participar de los atributos de la misma Divinidad. «Descubre las operaciones de la naturaleza», dice Philo Judæus, «y conduce á la contemplación de los poderes celestiales.»(2) En los últimos periodos, el abuso de la misma y su degeneración en hechicería hicieron que en general fuese odiada. Nosotros, sin embargo, debemos ocuparnos de ella sólo tal como era en el pasado remoto, durante el cual cada una de las religiones verdaderas se fundaba en el estudio y conocimiento de los poderes ocultos de la naturaleza. No fué la clase sacerdotal la que en Persia estableció la magia, como vulgarmente se cree, sino los Magos, cuyo nombre se deriva de la misma. Los Mobeds, sacerdotes de los Parsis, los antiguos Ghebers, son llamados hasta hoy día *Magoï*, en el dialecto Pehlvi. (3)

La Magia aparece en el mundo con las primeras razas de hombres. Cassiano menciona un tratado bien conocido en los siglos cuarto y quinto que se atribuía á Cam, el hijo de Noé, quien se creía lo había recibido de Jared, la cuarta generación de Seth, el hijo de Adam. (4)

Moisés debía sus conocimientos á la madre de la princesa egipcia Thermuthis, quien le salvó de las aguas del Nilo. La esposa de Faraón (5), Batria, era una iniciada, y los Judíos le debían á ella su profeta, «instruido con toda la sabiduría de los Egipcios, y famoso en palabras y obras» (6). Justino Mártir, apoyándose en la autoridad de Trogo Pompeyo, nos muestra á José, como habiendo adquirido grandes conocimientos en las artes mágicas de los sumos sacerdotes del Egipto (7).

Sabían más los antiguos, en lo que á ciertas ciencias se refiere, que lo que nuestros sabios modernos han descubierto ya. Si bien muchos repugnan confesarlo, más de un sabio lo sabe perfectamente. «El grado de conocimiento científico que existía en el primitivo periodo de la sociedad, era mucho mayor que lo que los modernos quieren admitir», dice el Dr. A. Todd. Thomson, el editor de las «Ciencias Ocultas,» por Salverte; y añade: «pero estaba encerrado en los templos,

(1) «Hist. de la Magia», vol. I, p. 9.

(2) Philo Jud: «*De Specialibus Legibus*».

(3) Zend-Avesta, vol. II, p. 506.

(4) Cassiano: «*Conferencia*,» I, 21.

(5) «*De Vita et Morte Mosís*», p. 199.

(6) Hechos de los Apóstoles, VII, 22.

(7) Justino XXXVI, 2.

cuidadosamente velado á los ojos del pueblo, y únicamente á disposición del sacerdocio.» Hablando de la *Kabala*, el erudito Franz von Baader repara que «no sólo nuestra salvación y sabiduría, sí que también nuestra ciencia la debemos á los Judíos.» Pero ¿porqué no completar la frase y decir al lector de quiénes los Judíos derivaban su sabiduría?

Orígenes, que había pertenecido á la Escuela Platónica de Alejandría, declara que Moisés, además de la doctrina que enseñó á las turbas, comunicó algunos secretos importantes «de las ocultas profundidades de la ley» á los setenta ancianos, y les mandó no comunicarlos más que á personas que fueran dignas de poseerlos.

San Jerónimo habla de los Judíos de Tiberías y de Lydda, como de los únicos que enseñan el sistema místico de interpretar. Finalmente, Ennemoser sostiene enérgicamente la opinión de que «los escritos de Dionisio Areopagita están visiblemente fundados en la *Kábala* Judía.»

Si tenemos en consideración que los Gnósticos, ó primitivos Cristianos, eran sólo los descendientes de los antiguos Essenios, bajo un nombre nuevo, nada tiene de maravilloso este hecho, y el profesor Molitor concede á la *Kábala* lo que en justicia se le debe. Dice:

«La época de inconsecuencia y ligereza, tanto en teología como en las ciencias, pasó ya, y desde que el racionalismo revolucionario no ha dejado detrás de sí más que su propia futilidad, después de haber destruído todo lo positivo, parece ser ya tiempo de dirigir nuestra atención nuevamente á la revelación misteriosa, que es la fuente de vida de la cual nuestra salvación tiene que venir..... los Misterios del antiguo Israel, los que contienen todos los secretos del moderno Israel, deberían ser calculados especialmente para fundar el edificio de la teología sobre los profundísimos principios teosóficos, y obtener *una base sólida* para todas las ciencias ideales. Un nuevo camino se abriría..... hacia el oscuro laberinto de los mitos, hacia los misterios y constitución de las primeras naciones..... En estas tradiciones sólo, está contenido el sistema de las escuelas de los profetas, que el profeta Samuel no fundó, sino que *únicamente restauró*; su fin no era otro que conducir á los pretendientes de la sabiduría á los más elevados conocimientos, y cuando se les consideraba ya dignos, iniciarles en los misterios más profundos. Clasificada en estos misterios estaba la *Magia*, cuya naturaleza era doble, magia divina, y magia diabólica, ó negro arte. Cada una de estas es á su vez divisible en dos, la activa y la contemplativa; en la primera, en la divina, el hombre trata de ponerse en *relación* con el mundo para conocer cosas ocultas; en la segunda, procura adquirir poder sobre los espíritus; en aquella su

objeto es llevar á cabo acciones *buenas y actos de beneficencia*; en ésta, cometer toda clase de hechos diabólicos y contra la naturaleza.»⁽¹⁾

Al clero de las tres principales sociedades cristianas, la Griega, la Católico-Romana y la Protestante, le desconcierta cada uno de los fenómenos espiritistas que se manifiestan por medio de los llamados «médiums». A la verdad, muy poco tiempo ha pasado desde que las dos últimas colectividades eclesiásticas quemaban, ahorcaban y también asesinaban á toda desamparada víctima, por medio de cuyo organismo los espíritus y algunas veces ciegas y todavía no explicadas fuerzas de la naturaleza se manifestaban por sí mismos. A la cabeza de estas tres iglesias, y en sitio preeminente, está la Iglesia de Roma. Sus manos están enrojecidas con la sangre inocente de innumerables víctimas, vertida en nombre de la divinidad parecida á Moloch colocada á la cabeza de su creencia. Está dispuesta y ansiosa por empezar otra vez. Pero el espíritu de progreso y la libertad religiosa del siglo diez y nueve, al que difama y del cual blasfema todos los días, la tienen atada de pies y manos. La Iglesia Griego-Rusa es la más blanda y parecida á Cristo, por su fé primitiva, sencilla, aunque ciega. Á pesar de que prácticamente no existe unión entre las Iglesias Griega y Latina, y de que hace ya muchos siglos que se separaron, los Pontífices Romanos invariablemente parecen ignorar el hecho. Ellos se han abrogado de la manera más audaz la jurisdicción, no sólo en los países pertenecientes á la comunión Griega, sí que también en todos los Protestantes. «La Iglesia insiste», dice el profesor Draper, «en que el estado no tiene ningún derecho sobre las cosas que ella declara estar bajo su jurisdicción, y que siendo el Protestantismo una mera rebelión, no tiene derecho ninguno; y que hasta en las Comunidades Protestantes el obispo católico *es el único pastor legítimo y espiritual*»⁽²⁾. Decretos no escuchados, Encíclicas no leídas, invitaciones para concilios ecuménicos no contestadas, excomuniones ridiculizadas, todo, al parecer, ha sido inútil, no se ve diferencia respecto de su conducta. Su persistencia ha corrido parejas con su temeridad. En 1864, Pío IX llegó al colmo del absurdo, cuando excomulgó y fulminó públicos anatemas contra el Emperador de Rusia, como un «cismático arrojado del seno de la Santa Madre Iglesia.»⁽³⁾ Ni él ni ninguno de sus antecesores, ni la Rusia desde que se hizo cristiana hace unos mil años, han consentido en unirse á los Católico-Romanos. ¿Porqué no

(1) Molitor: «Filosofía de la Historia y de las Tradiciones», Traducción de Howitt, p. 285.

(2) «Conflicto entre la Religión y la Ciencia», p. 329.

(3) Véase *Gazette du Midi* y *Le Monde*, del 3 de Mayo 1864.

reclama el Papa la jurisdicción eclesiástica sobre los Buddhistas del Thibet, ó sobre los espectros de los antiguos Hyk-Sos?

Los fenómenos medianímicos se han manifestado en todas épocas en Rusia lo mismo que en todas partes. Esta fuerza ignora las diferencias religiosas; se rie de las nacionalidades; invade muchas individualidades sin ser solicitada, lo mismo le dá que sea una testa coronada que un pobre mendigo.

Ni siquiera el actual Vice-Dios, Pío IX mismo, ha podido evitar al fastidioso huesped. Desde que ha pasado sus cincuenta años, Su Santidad ha estado sujeta á extraordinarios arrebatos y transportes. Dentro del Vaticano, los llaman *Divinas visiones*. Fuera, los médicos los llaman ataques epilépticos, y el público rumor los atribuye á la obsesión por los espectros de Peruggia, Castelfidardo y Mentana!

El fulgor de las luces es azul; ya llegó la media noche,
 Frío horrible penetra mis carnes temblorosas,
 Hacia mí, las almas de todos los que he sido yo la causa de su muerte,
 Vienen..... (1)

El Príncipe de Hohenlohe, tan famoso durante el primer cuarto de siglo por sus facultades curativas, era un gran médium. La verdad es que estos fenómenos y poderes no pertenecen á ninguna época ni país en particular. Constituyen una parte de los atributos psicológicos del hombre—el Microcosmo.

Durante siglos, los *Klikouchi* (2) y los *Yourodevoy*, (3) y otras desgraciadas criaturas han sido afligidas por extraños desórdenes, lo cual el clero ruso y el populacho atribuyen á la posesión del diablo. Se apiñan á la puerta de las catedrales, sin atreverse á penetrar en ellas, para que los demonios que les dominan no les arrojen al suelo. En Voroneg, Kiew, Kazan y en todas las ciudades que poseen reliquias taumatúrgicas de santos canonizados, existen muchos de estos médiums inconscientes. Puede uno siempre ver á muchos de ellos reunidos en asquerosos grupos, exhibiéndose cerca de las puertas y vestíbulos. En ciertos momentos de la celebración de la misa por el clérigo que oficia, tales como la elevación de los sacramentos ó al principio de la plegaria y coro «*Ejey Cherouvim*», estos semi-maniáticos, semi-médiums, empiezan á cantar como gallos, ladran, rugen, rebuznan, y finalmente son atacados por convulsiones espantosas. «El inmundo no puede resistir la oración santa,» es la explicación piadosa. Movidas por

(1) Shakespeare: «Ricardo III.»

(2) Literalmente, la *gritería* de los que aullan.

(3) Los semi-dementes, los *idiotas*.

la compasión, algunas almas compasivas les administran remedios y les distribuyen limosnas. En ocasiones, un sacerdote es requerido para exorcisarles, cuya ceremonia efectua por puro amor y caridad, ó bien por veinte seductores copecks de plata recortada, segun sean sus impulsos cristianos. Pero estas miserables criaturas, que son médiums, porque algunas veces profetizan y ven visiones, cuando el arrebató es genuino (1), jamás son molestados á causa de su infortunio. ¿Porqué debía perseguirles el clero, ú odiarlos y denunciarlos la gente, como brujos y brujas maléficós? El sentido comun y la justicia nos dicen seguramente que si alguien debe ser castigado, no es por cierto una víctima que no puede por sí misma defenderse, sino el demonio que afirman ser el que dirige sus actos. Lo peor que al paciente podría sucederle sería que el sacerdote le inundase de agua bendita, y que la pobre criatura se constipase. Si esto no es eficaz, el Klikoucha es abandonado á la voluntad de Dios y á la caridad y compasión públicas. Por más que sea supersticiosa y ciega una fé conducida por tales principios, merece ciertamente algo de respeto, y jamás puede ofender, ni al hombre, ni al *verdadero* Dios. No sucede así en lo que se refiere á los Católico-Romanos; y por esto, de ellos y en segundo lugar del clero protestante, excepto algunos grandes pensadores, nos proponemos ocuparnos en esta obra. Necesitamos nosotros saber en qué fundan la base de su derecho para tratar á los Indos y á los Chinos, y á los Espiritistas y á los Kabalistas, como les tratan; denunciándolos, en compañía de los infieles (criaturas de su propia fabricación), como convictos sentenciados á las inextinguibles llamas del infierno.

Muy lejos de nosotros está el pensamiento de cometer la más ligera irreverencia, no hablemos de blasfemia, hacia el Poder Divino, que llama á la existencia á todas las cosas visibles é invisibles. En su majestad é ilimitada perfección, apenas nos atrevemos á pensar. Nos basta saber de *Ello*, que existe, y que *Ello* es absolutamente sabio. Bastante es que poseamos en compañía de las demás criaturas una centella de *Su* esencia. El poder supremo á quien reverenciamos es el que no tiene fin, el que no tiene límites, el gran «SOL ESPIRITUAL CENTRAL», por cuyos atributos y efectos visibles de su ineludible VOLUNTAD estamos rodeados: el Dios de los antiguos y el Dios de los modernos profetas. Su naturaleza será únicamente estudiada en los mundos llamados á la existencia por su poderoso FIAT. Su revelación está trazada por su mismo dedo en símbolos imperecederos de

(1) Pero no sucede siempre esto, porque muchos de estos mendigos hacen de ello un comercio regular y provechoso.

su armonía universal, sobre la faz del Cosmos. Es ÉL el único evangelio INFALIBLE que reconocemos.

Hablando de los antiguos geógrafos, Plutarco repara en *Theseus* que ellos acumulaban en los bordes de sus mapas partes del mundo que no habían visto, añadiendo notas al margen, indicando que lo que ante las mismas se veía, no eran más que desiertos de arena llenos de bestias feroces, y pantanos infranqueables. ¿No hacen lo mismo nuestros sabios y nuestros Teólogos? Mientras estos pueblan el mundo invisible con ángeles y demonios, aquellos procuran persuadir á sus discípulos que en donde no hay *materia*, no hay *nada*.

¿Cuántos de nuestros escépticos inveterados pertenecen, á pesar de su materialismo, á las Logias Masónicas? Los hermanos Rosa-Cruces, misteriosos prácticos de la Edad Media, viven todavía, pero sólo de nombre. Ellos pueden derramar lágrimas sobre la sepultura de su respetable maestro Hiram Abiff; «pero en vano buscarán la verdadera localidad en donde la rama de acacia fué colocada.» La letra muerta sólo queda, el espíritu ha volado. Se parecen á los coros ingleses ó alemanes de la ópera italiana, cuando en el cuarto acto de *Ernani* bajan á la cripta de Carlomagno, cantando su conspiración en una lengua para ellos desconocida completamente. Así nuestros modernos caballeros del Arco Sagrado pueden bajar cada noche, si lo desean, «por los nueve arcos á las entrañas de la tierra, jamás descubrirán ellos el Delta sagrado de Enoch». «Los caballeros del Valle del Sur» y los del Valle del Norte «procurarán asegurarse por sí mismos de que la iluminación amanece en sus inteligencias,» y que como ellos progresen en Masonería, el velo de la superstición, del despotismo y de la tiranía, no oscurecerá durante mucho tiempo la visión de su mente. Pero todo esto serán palabras huecas, mientras desprecien á su madre la Magia, y vuelvan sus espaldas á su hermano gemelo el Espiritismo. En verdad, «Señores Caballeros del Oriente, pueden Vdes. abandonar sus puestos, y sentarse en el suelo, en actitud de tristeza, con sus cabezas entre las manos;» porque tienen Vdes. motivo para llorar y lamentarse por su destino. Desde que Felipe el Hermoso aniquiló á los Templarios, nadie se ha presentado para aclarar vuestras dudas, á pesar de vuestras reclamaciones en contra. A la verdad, camináis errantes desde Jerusalén, buscando el tesoro perdido del lugar santo. ¿Lo habéis encontrado? ¡Ah, no! porque el santo lugar está profanado, las columnas de sabiduría, de fuerza, y belleza han sido destruidas. De aquí en adelante, «andareis en la obscuridad» y «viajareis humildemente, entre bosques y montañas, en busca de la palabra perdida.» ¡Pasad! Jamás la encontrareis, durante tan largo tiempo

como limitéis vuestras jornadas á *siete* ó aun á siete veces siete, porque «viajáis en la obscuridad», y ésta solo puede ser disipada por la antorcha resplandeciente de la verdad, que empuñan solamente los legítimos descendientes de Ormazd. Ellos solos pueden enseñaros la verdadera pronunciación del nombre revelado á Enoch, Jacob y Moisés. «¡Pasad!» Hasta que vuestro R. S. W. aprenda á multiplicar 333 y resulten 666, el número de la Bestia del Apocalipsis, debéis vosotros observar una conducta prudente, y actuar «*sub rosa.*»

Para demostrar que las nociones por las que los antiguos dividían la historia humana en ciclos, no estaban por completo desprovistas de base filosófica, concluiremos este capítulo enterando al lector de una de las más remotas tradiciones de la antigüedad referente á la evolución de nuestro planeta.

Al final de cada «gran año», llamado por Aristóteles, de acuerdo con Censorinus, *el más grande*, el cual constaba de 6 *sars* (1), nuestro planeta sufre una completa revolución física. Los climas polar y ecuatorial cambian gradualmente de sitio, el primero moviéndose muy despacio hacia la Línea, y la zona tropical, con su exuberante vegetación é infinita vida animal, reemplazando los inaccesibles desiertos de los polos del hielo. Este cambio de climas es necesariamente acompañado de cataclismos, terremotos y otras alteraciones cósmicas. (2) Como al finalizar cada décimo milenio, los lechos de los océanos son cambiados, al acercarse un *neros*, un diluvio semi-universal parecido al legendario de Noé tiene lugar. Los Griegos llamaban este año el Heliacal; pero nadie, fuera de los santuarios, conocía nada respecto del mismo, ni acerca de su duración. El invierno de este año era llamado el Cataclismo ó el Diluvio; el Verano, el Ecpyrosis. Las tradiciones populares enseñan que alternativamente en estas dos estaciones, el mundo es abrasado é inundado. Esto es, al menos, lo que aprendemos en los Fragmentos Astronómicos de Censorinus y Séneca. Tan indecisos estaban los comentadores acerca de la longitud de este año, que excepto

(1) Webster declara erróneamente que los Caldeos llamaban *Saros* al ciclo de los eclipses, un periodo de unos 6.586 años, «el tiempo de la revolución de un nodo lunar.» Berosio, siendo un astrólogo caldeo del Templo de Belus, en Babilonia, nos dice que un *sar* ó *sarus* dura 3.600 años; un *neros* 600; y un *cosus* 60. (Véase Berosio de Abydenus. «De los Reyes Caldeos y el Diluvio». Véase también Ensebio y el Manuscrito de Cary Ex.Cod. reg. gall. gr. No. 2.360, fol. 154).

(2) Antes de que los sabios desechen una teoría que es tradicional, convendría nos explicasen porqué, al final del periodo terciario, el Hemisferio Norte había experimentado una reducción de temperatura tal, para cambiar la zona tórrida en un clima Siberiano. Permítasenos recordar que el *sistema heliocéntrico nos viene de la India superior*; y que los gérmenes de todas las grandes verdades astronómicas fueron traídas de allí por Pitágoras. Mientras carezcamos de una correcta demostración matemática, tan buena es una hipótesis como la otra.

Herodoto y Linus, quienes le asignan, el primero, 10.800, y el segundo 13.984, ninguno se aproxima á la verdad (1). Segun la opinión de los sacerdotes babilónicos, corroborada por Eupolemus (2), «la ciudad de Babilonia debe su fundación á aquellos que se salvaron de la catástrofe del diluvio; eran ellos los gigantes, y construyeron la torre de que la historia habla»(3). Estos gigantes, que eran grandes astrólogos y habían además recibido de sus padres, «los hijos de Dios», instrucciones con respecto á las materias ocultas, instruyeron á su vez á los sacerdotes, y dejaron á los templos recuerdos completos del cataclismo periódico del cual habían sido testigos. De este modo, los grandes sacerdotes vinieron en conocimiento de los *grandes* años. Recordamos, además, que Platon, en el *Timæus*, dice que los sacerdotes antiguos del Egipto reprendieron á Solon por su ignorancia del hecho, que muchos diluvios, como el grande de Ogyges, habían tenido lugar; por lo que fácilmente podemos comprender que esta creencia en el *Helia-kos* era una doctrina sostenida por los sacerdotes iniciados del mundo entero.

Los Nerosos, los Vrihaspati ó los períodos llamados Yugas ó Kalpas, son problemas del tiempo que hay que resolver. El Satya-yuga y los ciclos buddhistas de cronología asustan á un matemático que quiera ordenar sus cifras. El Maha-kalpa abraza un número indecible de periodos, extendiéndose mucho más atrás de la época antediluviana. Su sistema comprende un kalpa ó gran periodo de 4.320.000.000 años, el cual dividen en cuatro menores yugas, como sigue.

1.º Satya-yuga.	1.728.000 años
2.º Trêta-yuga.	1.296.000 »
3.º Dwâpara-yuga.	864.000 »
4.º Kali-yuga.	432.000 »
	<hr/>
TOTAL.	4.320.000

Lo cual constituye una edad divina ó Maha-Yuga; setenta y un Maha-Yugas componen 306.720.000 años, á los cuales se añade un sandhya (ó sea el tiempo en que el día y la noche confinan uno con otro la aurora y el crepúsculo), igual á un Satya-yuga, 1.728.000, constituyen un manwantara de 308.448.000 de años. (4) Catorce manwantaras hacen 4.318.272.000 años, á los que debe añadirse un

(1) Censorinus: «De Natal Die». Séneca: «Nat. Quæst.», III, 29.

(2) Euseb: «Præp. Evan». De la torre de Babel y de Abraham.

(3) Esto está en absoluta contradicción con la narración especial de estos gigantes. Los sacerdotes babilónicos no tenían ningun motivo para inventar mentiras.

(4) Coleman, quien hace estos cálculos, ha permitido que al corrector de las pruebas se le escapase un error serio, dá al manwantara una duración 368.448.000 años, justamente sesenta millones de más.

sandhhya para principio del Kalpa, 1.728.000, estando constituido el Kalpa ó gran periodo por 4.320.000.000 de años. Como nosotros estamos ahora solamente en el Kali-yuga de la edad vigésima octava del séptimo manwantara de 308.448.000 años, tenemos todavía suficiente tiempo ante nosotros que andar, antes que alcancemos siquiera la mitad del tiempo concedido al mundo. (1)

Estas cifras no son imaginarias, están fundadas en cálculos astronómicos actuales, como lo ha demostrado bien S. Davis (2). Muchos sabios, Higgins entre otros, á pesar de sus investigaciones, no han podido averiguar cuál de aquellos era el *ciclo secreto*. Bunsen ha demostrado que los sacerdotes egipcios, que también empleaban las notaciones cíclicas, las guardaban con el más profundo misterio (3). Quizás la dificultad procede de que los antiguos aplicaban un cálculo lo mismo al progreso espiritual de la humanidad que al material. No nos será difícil comprender la estrecha relación establecida por los antiguos entre los ciclos de la naturaleza y los de la humanidad, si tenemos presente su creencia en la constante y todo-poderosa influencia de los planetas sobre los destinos del género humano. Higgins justamente ha creído que el ciclo del sistema Indio, de 432.000 años, es la verdadera clave del ciclo secreto. Pero su incapacidad para descifrarlo ha sido bien vista; como perteneciente al misterio de la creación, este ciclo es el más inviolable de todos. Unicamente en el *Libro de los Números* Caldeo, está representado en figuras simbólicas, y el original del mismo, si ahora existe, no será ciertamente encontrado en las librerías; era uno de los más antiguos Libros de Hermes (4), el número de los cuales es hoy día indeterminado.

(1) S. Davis: «Ensayo de Investigaciones Asiáticas» y «Anacalipsis» de Higgins; véase también la «Mitología de los Indos» de Coleman, Prólogo, p. XIII.

(2) *Nota del traductor*. Hace 120.232.874 años, según esto, que hemos empezado el actual y séptimo manwantara, faltándonos para su conclusión 188.215.126 años, pues $120.232.874 + 188.215.126 = 308.448.000$ años que dura un Mawantara.

(3) Bunsen: «Egipto» vol. 1.

(4) Los cuarenta y dos libros sagrados egipcios mencionados por Clemente de Alejandría, como existentes en su tiempo, eran sólo una parte de los libros de Hermes. Jámblico, con la autoridad del sacerdote egipcio Abammon, atribuye 1.200 de tales libros á Hermes, y Manethon 36.000. Pero el testimonio de Jámblico, como Neo-Platónico y teurgo es, como era de esperar, despreciado por los críticos modernos. Manethon, á quien Bunsen tiene en el más elevado concepto como «un puro personaje histórico»... con el cual «ninguno de los últimos historiadores del país puede ser comparado.....» (Véase «Egipto», 1, p. 97), súbitamente se convierte en un Pseudo-Manethon, tan pronto como sus ideas chocan con las preocupaciones científicas, contrarias á la magia y á la ciencia oculta poseída por los antiguos sacerdotes. De todos modos, ningún arqueólogo duda de la casi increíble antigüedad de los libros Herméticos. Champollion demuestra una gran consideración respecto de su autenticidad y completa veracidad, probadas como están en muchos de los más antiguos monumentos. Bunsen da pruebas irrefutables de su antigüedad. Por sus

Calculando por el periodo secreto del Gran Neros y los Kalpas Indios, muchos Kabalistas, matemáticos y arqueólogos que no conocen nada de las computaciones secretas hacen el número de 21.000 años ser 24.000 años, para la duración del gran año; y sólo á la renovación de nuestro globo pensaban ellos que el último periodo de 6.000 años debía aplicarse.

Higgins dá como una razón para ello que antiguamente se pensaba que los equinoccios precedían solamente después de un espacio de 2.000, no de 2.160 años en un signo; así correspondería para la duración del gran año cuatro épocas de 6.000, ó sean 24.000 años. «De aquí,» dice él, «deben proceder sus extraordinariamente largos ciclos; porque lo mismo debía ser para su gran año que para el año común, hasta que después de haber recorrido toda la circunferencia de un inmenso círculo, llegase otra vez al punto de partida.» Por esto él cuenta de la manera siguiente los 24.000 años: «Si el ángulo que el plano de la eclíptica forma con el plano del ecuador ha disminuído gradual y regularmente, como hasta hace muy poco tiempo se supone tiene lugar, los dos planos coincidirían dentro de diez épocas, 6.000 años; dentro de diez épocas, 6.000 años más, el sol estaría relativamente situado respecto del hemisferio Sur, como ahora lo está con relación al del Norte; pasadas diez épocas más, otros 6.000 años, los dos planos coincidirían de nuevo, y después de otras diez épocas y otros 6.000 años, estaría situado como ahora, después de un transcurso de tiempo de unos veinte y cuatro ó veinte y cinco mil años. Cuando el sol llega al ecuador, las diez épocas ó 6.000 años concluirían, y el mundo sería destruído por el fuego; al llegar al punto meridional, sería destruído por el agua. Y de este modo sería destruído al final de cada espacio de 6.000 años, ó diez nerosos» (1)

Esta manera de calcular por los *nerosos*, sin tener en consideración lo secreto que los antiguos filósofos que pertenecían exclusivamente al orden sacerdotal guardaban sus conocimientos, da origen á

investigaciones, por ejemplo, nos enteramos de que existieron sesenta y un reyes anteriores á la época de Moisés, los cuales preceden al periodo Mosaico por una civilización fácilmente visible de muchos miles de años. De este modo tenemos la evidencia de que las obras de Hermes Trismegistus existían muchísimo antes de que naciera el legislador de los Judios. «Estilos y tinteros se encuentran en los monumentos de la cuarta Dinastía, la más antigua del mundo», dice Bunsen. Si el eminente egipólogo rechaza el periodo de 48.863 años anterior á Alejandro, al cual Diógenes Laercio se refiere, según los escritos de los sacerdotes, está más embarazado evidentemente con los diez mil años de observaciones astronómicas, y repara que «si fuesen observaciones actuales, *debían haberse estudiado sobre diez mil años*»(p. 14). «Aprendemos además», añade, «por una de sus más antiguas obras cronológicas... que las tradiciones egipcias genuinas, referentes al periodo mitológico, se referían á *miriadas de años*»(«Egipto», 1, p. 15).

(1) Higgins: «Anacalipsis.»

los más grandes errores. Conduce á los Judíos, lo mismo que á algunos Cristianos-Platónicos, á sostener que el mundo debe ser destruído al concluir los 6.000 años. Gale demuestra cuán firmemente está arraigada esta creencia entre los Judíos. Es causa también de que los sabios modernos desacrediten por completo la hipótesis de los antiguos. Produce la formación de diferentes sectas, las cuales, como los Adventistas de nuestro siglo, viven siempre en expectación de la próxima destrucción del mundo.

Así como nuestro planeta da cada año la vuelta al rededor del sol, y al mismo tiempo cada veinte y cuatro horas dá una vuelta sobre su eje, comprendiendo muchos pequeños ciclos dentro de uno grande, de la misma manera concluyen y vuelven á empezar los pequeños periodos cíclicos del Gran Saros.

Según la antigua doctrina, la revolución del mundo físico es simultánea con la revolución en el mundo de la inteligencia; la evolución espiritual del mundo procede por ciclos, lo mismo que la física.

Así vemos en la historia un flujo y reflujo alternados regularmente en la marca del progreso humano. Los grandes reinos é imperios del mundo, después de haber alcanzado el colmo de su grandeza, descienden de ella, de acuerdo con la misma ley que les hizo ascender; hasta que, habiendo llegado al punto más bajo, la humanidad se afirma de nuevo y trepa una vez más á la altura á la cual llega; y esta vez, es por la ley progresiva de los ciclos, algo mayor que aquella de la cual antes descendió.

La división de la historia de la humanidad en épocas de Oro, Plata, Cobre y Hierro, no es una ficción. Vemos lo mismo en la literatura de los pueblos. Una época de gran inspiración y de producción inconsciente es invariablemente seguida por otra de crítica y de ciencia. La una proporciona materiales para el análisis é inteligencia crítica de la otra.

Así todos estos grandes caractéres que á manera de torres gigantes descuellan en la historia de la humanidad, como Buddha-Siddartha y Jesús, en el reino espiritual, Alejandro de Macedonia y Napoleón el Grande, en el terreno de las conquistas materiales, son sólo reflejos de tipos humanos que han existido decenas de millares de años antes, en el decemmilenio precedente, reproducidos por los poderes misteriosos de los que dependen los destinos de nuestro mundo. No existe un carácter proeminente en todos los anales de la historia sagrada ó profana cuyo prototipo no podamos encontrar en las semi-reales, semi-ficticias tradiciones de las religiones y mitologías de las épocas pasadas. Como la estrella centelleando á una distancia in-

mensa sobre nuestras cabezas, en la inconcebible inmensidad de los cielos se refleja en las tranquilas aguas de un lago, del mismo modo las imágenes de los hombres de las épocas antediluvianas se han reflejado en los periodos que abarcamos en una histórica retrospectiva.

«Como lo de arriba, así es lo de abajo. Lo que ha sido, volverá otra vez á ser. Como en el cielo, así es en la tierra.»

El mundo es siempre ingrato para sus grandes hombres. Florencia ha elevado una estatua á Galileo, pero si menciona á Pitágoras, es de mala gana. El primero tuvo un verdadero guía en los tratados de Copérnico, quien se vió obligado á luchar contra el sistema de Ptolomeo, universalmente establecido. Pero ni Galileo ni los astrónomos modernos han descubierto el emplazamiento de los cuerpos planetarios. Millares de años antes, era enseñado por los sabios del Asia central, y de allí lo trajo Pitágoras, no como una simple especulación, sino como una ciencia demostrada. «Los números de Pitágoras», dice Porfirio, «son símbolos geroglíficos por medio de los cuales él explicaba todas las ideas concernientes á la naturaleza de todas las cosas»⁽¹⁾.

De lo que se deduce que, en verdad, á la antigüedad sólo debemos dirigirnos al investigar el origen de las mismas. ¡Cuán bien lo dice Hargrave Jennins al hablar de las Pirámides, y cuán verdaderas son sus palabras al expresarse como sigue: «Es razonable deducir que en un periodo en el cual la ciencia era tan elevada, y en el cual los poderes humanos, en comparación de los nuestros, en nuestros tiempos, eran tan prodigiosos, que todos estos *escasamente creíbles* efectos físicos, tales como todo cuanto los Egipcios hicieron, se debían á un error?, que las miriadas del Nilo eran sólo estúpidos trabajando en la oscuridad, y que toda la magia de sus grandes hombres era sólo trampa, y que nosotros, despreciando lo que llamamos su superstición é inútil poder, somos sólo los sábios? ¡No! hay mucho más en estas antiguas religiones que lo que se supone, á despecho de la audaz negación moderna, confiada en sus superficiales ciencias, y mal que le pese al escepticismo de estos tiempos sin fé.... Así vemos cómo las prácticas clásicas y las enseñanzas gentiles pueden reconciliarse, é igualmente los Gentiles y los Hebreos; y cómo las doctrinas mitológicas y las cristianas se armonizan en la gran creencia fundada en la Magia. Que la Magia es verdaderamente posible, es la moral de este libro.»⁽²⁾

Es posible. Treinta años han pasado desde que los golpes de Rochester despertaron la atención dormida, á la realidad del mundo invisible; en cuanto la suave lluvia de golpes se convirtió en un to-

(1) «De Vita Pythag.»

(2) «Los Rosa-cruces», etc., por Hargrave Jennins.

rente que inundó todo el globo, los espiritistas tuvieron que luchar con dos potencias: la teología, y la ciencia. Pero los teosofistas, en el mundo vasto, tienen que encontrarse enfrente, además de éstas, á los espiritistas, y á éstos los primeros.

«¡Existe un Dios *personal*, y existe un Diablo *personal!*», truena el predicador cristiano. «¡Anatema sobre el que se atreva á decir que no!» «No existe más Dios personal que la substancia gris de nuestro cerebro,» orgullosamente contesta el materialismo. «Y el diablo no existe. Sea siempre considerado como un idiota el que lo afirme.» Mientras tanto, ni los ocultistas, ni los filósofos verdaderos, hacen ningún caso de ambos combatientes, pero con perseverancia trabajan en su obra. Ninguno de ellos cree en el absurdo, apasionado y voluble Dios de la superstición, pero todos creen en el bien y en el mal. Nuestra razón humana, la emanación de nuestra mente finita, es á la verdad incapaz de comprender una inteligencia divina y una entidad infinita é ilimitada; y de acuerdo estrictamente con la lógica, lo que traspasa los límites de nuestra inteligencia y es completamente incomprendible á nuestros sentidos no puede existir para nosotros; de aquí, *no* existe. La razón finita conviene con la ciencia hasta el extremo, y dice: «No existe ningún Dios.» Pero por otra parte, nuestro *Ego*, que vive, piensa y siente independientemente de nosotros, en nuestra cáscara mortal, hace algo más que creer. *Sabe* que existe un Dios en la naturaleza como el único é incomparable Artífice de todas nuestras vidas; en nosotros vive, así como nosotros vivimos en *Él*. Ninguna fé dogmática, ni ciencia exacta alguna es capaz de desarraigar el sentimiento instintivo inherente al hombre, cuando él lo ha realizado una vez completamente en sí mismo.

La naturaleza humana es parecida á la naturaleza universal, en su horror al vacío. Se siente el latido intuitivo de un Poder Supremo. Sin Dios, el Cosmos hubiera parecido un cuerpo sin alma. Estando prohibido investigar acerca de *Aquel*, en donde sólo sus trazas podrían encontrarse, el hombre llena el doloroso vacío con un Dios personal que sus directores espirituales fabrican para él con las ruínas vacilantes de los mitos paganos y las mohosas filosofías de la antigüedad. ¿Cómo explicar de otra manera el reciente desarrollo de nuevas sectas, algunas de ellas absurdas hasta el extremo? El género humano tiene un deseo innato é incontrastable, que *debe* ser satisfecho con alguna religión que pueda suplantar á la dogmática, no demostrada ni demostrable teología de nuestros tiempos cristianos. Estos anhelan por tener pruebas de la inmortalidad, y Sir Thomas Brown lo ha dicho así..... «La piedra más pesada que la melancolía puede

lanzar á un hombre, es decirle que él representa el fin de su naturaleza, ó que no hay en lo futuro ningún estado de existencia en el cual pueda progresar, y que es inútil pensar de otro modo.» Que alguna religión ofrezca ella misma estas pruebas bajo la forma de hechos científicos, y el sistema establecido se verá en la alternativa, ó de reforzar sus dogmas con tales hechos, ó de perder la reverencia y afección de la Cristiandad. Muchos sacerdotes cristianos se han visto forzados á reconocer que no existe *ninguna fuente auténtica* de la cual el hombre pueda deducir la seguridad de un estado futuro. ¿Cómo puede haber subsistido una creencia tal al través de épocas innumerables y en todas las naciones civilizadas, como salvajes, si el hombre *no ha tenido* de él las pruebas que la demostrasen? ¿Acaso no es la real existencia de una creencia tal, la prueba evidente que, lo mismo el filósofo pensador que el irracional salvaje, han sido ambos conducidos á ella por el testimonio de sus sentidos? ¿Si en circunstancias aisladas, ilusiones espectrales pueden haber procedido de causas físicas, y por otra parte, en millares de casos, los aparecidos han sostenido conversaciones con muchos individuos, los cuales les han visto y oído colectivamente, debían todos ellos estar sufriendo una enfermedad mental?

Los grandes escritores de Grecia y de Roma consideran tales materias como hechos demostrados. Distinguen las apariciones con los nombres de *manes*, *anima* y *umbra*: los *manes* descendiendo despues de la muerte del individuo al *Mundo inferior*; el *anima* ó espíritu puro, subiendo á los cielos, y la inquieta *umbra* (espíritu ligado á la tierra) rondando al rededor de su tumba, porque la atracción de la materia y el cariño á su cuerpo terreno prevalecen en la misma, é impiden su ascensión á las regiones más elevadas.

«*Terra tegit carnem tumulum circumvolat umbra,
Orcus habet manes, spiritus astra petit,*»

dice Ovidio, hablando de la triple constitución del alma.

Pero todas estas definiciones deben sujetarse al cuidadoso análisis de la filosofía. Desgraciadamente, muchos de nuestros pensadores no tienen en cuenta que los numerosos cambios en el lenguaje, la fraseología alegórica y evidentemente secreta de los antiguos místicos, sobre los que en general pesaba la solemne obligación de no divulgar jamás los secretos del santuario, pueden haber engañado tristemente á traductores y comentadores. Leen literalmente las frases de los alquimistas de la Edad Media, y del mismo modo nuestros sabios modernos no comprenden el oculto simbolismo de Platón. Algún día aprenderán

á comprenderlos mejor, y conocerán que el método de extremo nece-sarianismo era practicado tanto en la antigua como en la moderna filosofía; que en las primeras épocas del hombre, las verdades funda-mentales de todo cuanto se permite conocer en la tierra estaban en seguridad guardadas por los adeptos del santuario; que la diferencia en creencias y prácticas religiosas era únicamente externa; y que todos estos depositarios de la divina revelación primitiva, que habían resuelto todos los problemas que están al alcance de la inteligencia humana, estaban unidos por una francmasonería universal de ciencia y filosofía que formaba una ininterrumpida cadena al rededor del globo. A la filología y á la psicología corresponde el encontrar el extremo del hilo. Hecho lo cual, se comprenderá que sólo soltando un eslabón de los antiguos sistemas religiosos se desenredará la cadena del misterio.

El descuidar y negar estas pruebas, ha lanzado á inteligencias tan eminentes como las de Hare y Wallace y otros hombres de valer, en el redil del espiritismo moderno. Y al mismo tiempo ha conducido á otros, completamente desprovistos de intuición espiritual, al gro-sero materialismo, que bajo nombres distintos figura.

Ya no consideramos de ninguna utilidad el seguir ocupándonos de este asunto. Aunque según la opinión de la mayoría de nuestros contemporáneos, ha existido sólo una época de gran esplendor científico, á cuyo crepúsculo pertenecen los más antiguos filósofos y cuyo mediodía brilla sobre todos nosotros; y aunque el testimonio de las obras de los escritores antiguos y de los de la Edad Media ha demostrado ser inútil para los modernos experimentadores, como si el mundo datase del año I D. de J. C., y todos los conocimientos fue-sen de época reciente, ni el valor ni la esperanza nos abandonarán. El momento es más oportuno que nunca para la resurrección de las filoso-fías antiguas. Arqueólogos, fisiólogos, astrónomos, químicos y físicos se están acercando cada vez más al punto en que no podrán menos de tenerlas en cuenta. La ciencia física ha alcanzado ya los límites de la exploración y la teología dogmática contempla las fuentes de su ins-piración agotadas. A menos que equivoquemos los signos, se aproxi-ma el día en que el mundo recibirá las pruebas de que sólo las antiguas religiones estaban en armonía con la naturaleza, y de que la anti-gua ciencia abrazaba todo aquello que puede ser conocido. Secretos largo tiempo ocultos serán revelados; libros olvidados de épocas re-motas y artes perdidas de tiempos que fueron, brillarán de nuevo á la luz del día; papyrus y pergaminos de inestimable importancia an-darán por las manos de hombres que pretenderán haberlos arrebatado

á las momias, ó encontrado por casualidad en criptas sepulcrales; tablas y columnas cuyas esculpidas revelaciones llenarán de terror á los teólogos y confundirán á los sabios, serán descifradas é interpretadas. ¿Quién conoce las posibilidades del futuro?

Pronto empezará una era de desencanto y de reconstrucción; no, ya ha empezado. El ciclo ha terminado casi su carrera; uno nuevo está á punto de principiar, y las futuras páginas de la historia contendrán la plena evidencia, y proporcionarán la prueba plena de que

«Si los antecesores pueden ser en algo creídos,
Espíritus de lo alto han hablado con el hombre
Y le han comunicado los secretos del mundo desconocido.»

CAPÍTULO II.

«Orgullo, cuando la inteligencia desfallece, acude en nuestro auxilio. Y llena hasta el borde el enorme vacío de la mente.....»

—POPE.

«Pero ¿porqué las operaciones de la naturaleza deben ser trastornadas? La más profunda filosofía que podremos imaginar será la que nos descubra los secretos de la naturaleza, pero sin alterar su marcha, para comprenderlos.» BULWER.

No es mucho ya para el hombre el conocer que existe? ¿No es bastante para él constituir un sér humano que merezca el nombre de HOMBRE? Nosotros decididamente sentimos y pensamos que para convertirse en una entidad espiritual y genuina en el verdadero sentido de la palabra, el hombre debe de nuevo crearse á sí mismo, por decirlo así, para lo cual debe eliminar por completo de su mente y espíritu, además de la influencia dominadora del egoísmo y de las demás impurezas, el contagio de la superstición y de las preocupaciones. Estas son muy distintas de lo que comunmente llamamos *antipatía* ó *simpatía*. Somos arrastrados al principio, irresistible ó inconscientemente, dentro de su negro círculo, por aquella influencia peculiar, por aquella poderosa corriente magnética que emana tanto de las ideas como de los cuerpos materiales. Por esto nos vemos rodeados, y después conducidos á la cobardía moral, al miedo de la opinión pública, que nos impiden salir de él.

Es muy raro que los hombres, al considerar alguna cosa, sea bajo su aspecto verdadero, sea bajo el falso, acepten la conclusión por la libre acción de su propio juicio. Todo lo contrario. La conclusión que generalmente se adopta lo es aceptando ciegamente la opinión dominante en aquel momento entre todos los que constituyen la colectividad. Un miembro de la iglesia no querrá pagar un precio absurdo por un banco, ni un materialista irá dos veces á oír hablar á Mr. Huxley de la evolución, porque piensen ellos tener derecho para obrar así; lo harán únicamente porque el señor y la señora de tal ó cual lo han hecho así, y estos personajes son más ó menos distinguidos ó famosos.

Lo mismo sucede en todo. Si la psicología hubiese tenido su Darwin, la decadencia del hombre en lo que se refiere á sus cualidades morales se habría considerado como inseparablemente unida á la de su forma física. La sociedad en su miserable condición sugiere, al inteligente observador de sus majaderías, una semejanza entre los Simios y los seres humanos todavía más marcada que la que se deduce de los rasgos exteriores indicados por el gran antropólogo. Las muchas variedades del *ape*, «burlescas imitaciones de nosotros mismos», parecen haber sido desenvueltas con objeto de proporcionar á una cierta clase de personas que visten con gran lujo, materiales para árboles genealógicos.

La ciencia se mueve diaria y rápidamente hacia los grandes descubrimientos en física, organología y antropología. Los hombres instruidos deben estar libres de toda especie de preconcepciones y preocupaciones; todavía, á pesar de que el pensamiento y la opinión son ahora libres, los sabios son los mismos hombres que en tiempos pasados. El que piensa que el hombre puede cambiar con la evolución y el desarrollo de nuevas ideas, es el más soñador de los utópicos. El terreno puede ser fertilizado y hacer que todos los años produzca más y mejores variedades de frutos; pero cavemos un poco más profundamente de lo necesario para las labores ordinarias, y encontraremos la misma tierra, análoga á la que removimos cuando el primer surco fué trazado.

No hace muchos años que la persona que ponía en duda la infalibilidad de algún dogma teológico era infamada como un iconoclasta ó un infiel. *Vae Victis*.... La Ciencia ha vencido. Pero á su vez, el vencedor reclama la misma infalibilidad, si bien tampoco puede probar sus derechos á ella. «*Tempora mutantur, et nos mutamur in illis*.» El refrán del buen viejo Lotario puede aplicarse á este caso. Sin embargo, nos creemos con cierto derecho para examinar á los grandes sacerdotes de la Ciencia.

Durante muchos años hemos seguido el desarrollo y aumento de esta manzana de la discordia, el ESPIRITISMO MODERNO. Familiarizados con su literatura, así en Europa como en América, hemos sido testigos de sus interminables controversias, y comparado ansiosamente sus hipótesis contradictorias. Muchos hombres y mujeres instruidos, espiritistas heterodoxos por supuesto, han procurado profundizar los fenómenos. El único resultado es que han venido á la siguiente conclusión: cualquiera que pueda ser la razón de estos constantes engaños, ya sean atribuidos á los mismos investigadores, ya á la fuerza secreta en acción, lo que en último resultado se ha probado es

que á proporción que las manifestaciones psicológicas aumentaban en frecuencia y variedad, la obscuridad que rodeaba su origen se hacía más impenetrable.

Estos fenómenos están en la actualidad atestiguados; de naturaleza misteriosa generalmente, y quizás erróneamente llamados espirituales, es ahora inútil el negarlos. Concediéndolos reducidos en una gran parte por hábiles fraudes, lo que queda es todavía bastante serio para que la ciencia le dedique cuidadosa investigación. «*E pur si muove*», la sentencia pronunciada hace tiempo ha pasado á la categoría de frase familiar. No es necesario hoy día el valor de un Galileo para lanzarla á la cara de la Academia. Los fenómenos psicológicos han tomado ya la ofensiva.

La posición adoptada por los sabios modernos es que, aunque en la presencia de los médiums la ocurrencia de ciertos fenómenos sea un hecho misterioso, no hay ninguna prueba de que no puedan ser debidos á una condición anormal nerviosa de aquellos individuos. La posibilidad de que sean producidos por espíritus humanos es necesario no considerarla hasta que la otra cuestión esté decidida. Es incuestionable que la masa, el peso de las pruebas, pertenece á los que aseguran la mediación de los espíritus. Si los sabios quisiesen ocuparse del asunto con buena fé, dando muestras de poseer un vivo deseo de aclarar tan extraordinario misterio, en lugar de tratarlo con digno y profesional desprecio, no tendrían que temer ninguna censura. A la verdad, la gran mayoría de las comunicaciones «espirituales» son á propósito para disgustar á los investigadores, aun á los de inteligencia más moderada. Del mismo modo, cuando son genuinas, son triviales, comunes y con frecuencia vulgares. Durante los pasados veinte años, hemos recibido, por medio de distintos médiums, mensajes que decían ser de Shakespeare, Byron, Franklin, Pedro el Grande, Napoleón y Josefina, y hasta de Voltaire. La impresión general que nos causaron fué que el conquistador francés y su esposa parecían haber olvidado cómo se escriben las palabras correctamente; Shakespeare y Byron se habían convertido en borrachos crónicos, y Voltaire se había vuelto un imbécil.

¿Quién podrá echar en cara á hombres con hábitos de exactitud, ó sencillamente á personas bien educadas, por convenir prontamente que cuando un fraude tan palpable existe en la superficie, mucho más difícil sería la verdad si ellos pudiesen llegar al fondo? La ridícula colección de pomposos nombres puestos al pie de comunicaciones estúpidas ha producido en el estómago científico una indigestión tal que ni siquiera puede asimilarse la gran verdad que existe en los

telegráficos *plateaux* de este océano de fenómenos psicológicos. Juzgan ellos sólo por su superficie cubierta de espuma y escorias. Pero ¿pueden ellos del mismo modo negar que en el fondo del océano existe agua clara cuando aceitosas escorias flotan en su superficie? Sin embargo, si por una parte no podemos criticarles mucho el que vuelvan atrás, al ver por vez primera lo que en realidad es repulsivo, les censuramos porque á ello derecho tenemos, por su falta de voluntad para explorar más profundamente.

Ni las perlas ni los diamantes se encuentran sueltos en la tierra; y estas personas obran tan neciamente como lo haría un buzo de profesión que arrojase una ostra sólo por su apariencia sucia y viscosa, cuando abriéndola podría encontrar una perla preciosa dentro de la concha.

Del mismo modo, las justas y severas censuras de algunos hombres eminentes no son de ningún provecho; y el miedo de una parte de los hombres científicos de investigar un asunto tan poco popular, parece haberse convertido ahora en un pánico general. «*Los fenómenos expulsan á los sabios, y los sabios huyen de los fenómenos,*» muy acertadamente observa M. A. N. Aksakof, en un notable artículo sobre mediumnidad y el Comité científico de S. Petersburgo. La actitud de este cuerpo de profesores con respecto al asunto que se habían comprometido á investigar era sencillamente y por completo poco favorable. Su prematuro y preconcebido informe es evidentemente tan parcial é imperfecto que merece una despreciativa protesta, aun por parte de los incrédulos.

La inconsistencia de la lógica de nuestros hombres instruídos, en contra de la filosofía del espiritismo, está admirablemente indicada por el profesor John Fisk, uno de su propia escuela. En una reciente obra filosófica, *El Mundo Invisible*, al paso que demuestra que por la verdadera definición de los términos *materia* y *espíritu* la existencia del espíritu no puede ser demostrada á los sentidos, y que así no puede conducirse ninguna teoría á *pruebas científicas*, da una seria arremetida á sus colegas, en las siguientes líneas:

«El testimonio en un caso tal», dice, «debe bajo las condiciones de la vida presente, ser para siempre inaccesible. Permanece siempre por completo fuera del alcance de la experiencia.»

«Por muy frecuentes que sean, no podemos esperar encontrarnos con ellos. Y de consiguiente, nuestra incapacidad para producirlos no da origen á la más ligera presunción en contra de nuestra teoría. Concebida de esta manera, la creencia en una vida futura no tiene fundamento científico, pero al mismo tiempo es colocada más allá de la necesidad del anterior y del tamíz de la crítica científica. Es una creen-

cia tal que ningún adelanto futuro imaginable en los descubrimientos físicos podrá por ningún medio impugnar. En ningún sentido esta creencia es irracional, y puede poseerse sin que afecte en lo más mínimo á los hábitos científicos de nuestra mente, ó influya sobre nuestras conclusiones científicas.» Si ahora, añade, «los hombres de ciencia aceptan que el espíritu no es materia ni es gobernado por las leyes de ésta, y refrenan sus especulaciones sobre el asunto, contenidos por su conocimiento de las cosas materiales, ellos evitarán lo que es para el hombre religioso de la actualidad su principal causa de irritación.»

Pero ellos no harán semejante cosa. Se sienten irritados por la valiente, leal y altamente laudable rendición de un hombre tan superior como Wallace, y rehusan también aceptar la prudente y restrictiva conducta de Mr. Crookes.

La única reclamación que se presenta, á fin de que se escuchen las opiniones contenidas en la obra presente, es que se fundan en muchos años de estudio de ambos, la magia antigua y su forma moderna el Espiritismo. La primera, y aun ahora que los fenómenos de la misma naturaleza son familiares para todos, se considera generalmente como una hábil prestidigitación. El segundo, cuando con su abrumadora evidencia imposibilita el ser declarado por completo charlatanería, se le califica como una alucinación universal.

Muchos años de andar vagando entre mágicos «cristianos y paganos», ocultistas, mesmerizadores, y los *tutti quanti* que se ocupan del arte blanco ó del negro, deben ser suficientes, creemos, para darnos un cierto derecho de sentirnos competentes para tener algo de práctica en cuestión tan controvertida y complicada. Nos hemos relacionado con los fakires, los santos hombres de la India, y les hemos visto cuando comunicaban con los *Pitris*. Hemos seguido los procedimientos y el *modus operandi* de los derviches ahulladores y danzantes; sostenido relaciones amistosas con marabouts de la Turquía Asiática y Europea; y los encantadores de serpientes de Damasco y Benarés tienen pocos secretos que no hayamos tenido la fortuna de estudiar. Sin embargo, cuando sabios que no han tenido jamás la oportunidad de vivir entre todos estos juglares orientales y sólo pueden juzgarlos superficialmente, cuando nos dicen que no hay nada en sus fenómenos, que son meras habilidades de prestidigitación, no podemos menos de sentir un profundo pesar por tales y tan aturdidas conclusiones. Estas pretenciosas reclamaciones debían hacerse después de un completo análisis de los poderes de la naturaleza, y al mismo tiempo, una tan imperdonable negligencia desplegada en cuestiones de puro

carácter psicológico ó fisiológico, y fenómenos asombrosos desechados sin exámen ni apelación, es una manifestación de incongruencia, fuertemente cargada de timidez, por no decir de oblicuidad moral.

Si además debemos sufrir de algún Faraday contemporáneo el mismo sarcasmo que lanzó aquel caballero, cuando con más sinceridad que buena educación, dijo que «muchos perros tienen la facultad de llegar á conclusiones más lógicas que algunos espiritistas», (1) no dejaremos por esto de persistir. El insulto no es argumento, y mucho menos prueba. Porque hombres tales como Huxley y Tyndall llaman al espiritismo «una creencia degradante», y á la magia oriental «prestidigitación», ellos no pueden con esto privar á los principios de su verdad. El escepticismo, proceda de un cerebro ignorante ó del de un sabio, es incapaz de trastornar la inmortalidad de nuestras almas, si tal inmortalidad es un hecho, y de sumirlas en la anihilación *post mortem*. «La razón está sujeta á error», dice Aristóteles; así sucede con la opinión, y el parecer personal del filósofo más ilustrado está con mucha frecuencia más expuesto á que se pruebe ser erróneo, que el vulgar sentido común de su ignorante cocinero. *En los cuentos del Kalifa Impio* Barrachías-Hassan-Oglu, el sabio árabe pronuncia un discurso prudente: «Guárdate, hijo mío, de alabarte á tí mismo,» dice. «Es lo más peligroso, á causa de su agradable intoxicación. Aprovéchate de tu propia sabiduría, pero aprende á respetar la sabiduría de tus padres igualmente sabios. Y recuerda, amado mío, que la luz de la verdad de Allah penetrará con frecuencia mucho más fácilmente en una cabeza vacía, que en una que, estando llena de conocimientos, rechaza al exterior el rayo argentino por falta de espacio;..... tal es el caso de nuestro sapientísimo Kadí.»

Nunca los representantes de la ciencia moderna, tanto en Europa como en América, han demostrado más desprecio, ó se han ocupado con mayor acritud del misterio insoluble, que desde el momento en que Mr. Crookes empezó la investigación de los fenómenos en Londres. Este hombre valiente era el primero en dar á conocer al público uno de los pretendidos centinelas «materializados» que guardan las puertas prohibidas. Después de él, algunos otros distinguidos miembros del cuerpo científico tienen la rara integridad, unida á un grado de valor que, considerando la impopularidad del asunto, podemos llamar heroico, de ocuparse en serio de los fenómenos.

Pero, por desgracia, aunque á la verdad el espíritu quiere, la carne mortal experimenta su debilidad. El ridículo es superior á lo que la mayor parte de ellos pueden soportar; y el mayor peso deben sopor-

(1) W. Crookes, F. R. S: «Investigaciones de los Fenómenos del Espiritismo.»

tarlo los hombros de Mr. Crookes. Con respecto á los beneficios obtenidos por este señor como resultado de sus investigaciones, y las gracias que sus propios hermanos en ciencia le han dado, pueden encontrarse en sus tres folletos, titulados: *Investigaciones de los Fenómenos del Espiritismo*.

Después de algún tiempo, los miembros designados del Comité de la Sociedad Dialéctica y Mr. Crookes, quien había sujetado á sus mediums á las más difíciles pruebas, se veían obligados por un público impaciente á decir lo que habían visto. Pero ¿qué tenían que decir sino la verdad? De modo que se veían obligados á reconocer: 1.º Que los fenómenos que ellos, por fin, habían presenciado, eran genuinos é imposible el simularlos; demostrando así que las manifestaciones producidas por alguna fuerza desconocida, podían, y habían tenido lugar; 2.º Que no podían decir si los fenómenos eran producidos por espíritus desencarnados ú otras entidades análogas, pero que las manifestaciones, las cuales trastornaban muchas teorías preconcebidas, así como leyes naturales, habían tenido lugar y eran innegables. Muchas de ellas se habían efectuado en sus propias familias; 3.º Que á pesar de todos sus esfuerzos combinados para lo contrario, ante el hecho indisputable de la realidad de los fenómenos, «se vislumbra una acción natural todavía no reducida á ley». (1) Adoptando la expresión del Conde de Gabalis, ellos «no podían encontrar ni la cabeza ni la cola al asunto.»

Ahora bien, esto es precisamente lo que no ha satisfecho al público escéptico. La derrota de los creyentes en el Espiritismo había sido anunciada con anticipación, antes de que las conclusiones de los Sres. Crookes, Varley y de la Sociedad Dialéctica fuesen conocidas. Una confesión tal de parte de sus hermanos en ciencia era demasiado humillante para el orgullo de todos aquellos que cobardemente habían evitado las investigaciones. Era considerado como una realidad en exceso abrumadora el que manifestaciones de fenómenos tan vulgares y repulsivos que siempre, con el asentimiento común de gentes bien educadas, habían sido considerados como cuentos de niñeras, propios para divertir á muchachas de servicio histéricas, y para producir beneficios á sonámbulas de profesión, que manifestaciones que la Academia é Instituto de París habían relegado al olvido debiesen tan impertinentemente eludir la observación, en manos de peritos en las ciencias físicas.

Un tornado de furia fué la consecuencia de la confesión.

Mr. Crookes lo describe en su folleto sobre la *Fuerza Psíquica*. Lo

(1) W. Crookes: «Experimentos de la Fuerza Psíquica,» p. 25.

encabeza muy hábilmente con una cita de Galvani: «Dos sectas opuestas me atacan, los sabios y los que no *saben nada*; ya conozco que he descubierto una de las más grandes fuerzas de la naturaleza.....» Sigue él entonces: «consideraban como cuestión resuelta que el resultado de mis experimentos concordaría con sus preconcepciones. Lo que ellos deseaban no era *la verdad*, sino un testimonio adicional en favor de sus conclusiones preconcebidas. Cuando ven que los hechos resultantes de las investigaciones no están en armonía con sus opiniones, porque..... tanto peor para los hechos, procuran salirse de sus propias y prudentes recomendaciones para la investigación, declarando que 'Mr. Hume es un hábil encantador que nos ha engañado á todos; Mr. Crookes puede con la misma propiedad examinar las habilidades de un juglar indio; Mr. Crookes debe disponer de mejores testigos para que pueda ser creído; la cosa es demasiado absurda para ser tratada seriamente; ello es imposible, y por esto no podrá ser.....' (Nunca he dicho yo que es imposible, únicamente que es verdad). 'Los observadores han sido todos biologizados, y han imaginado ver cosas que en realidad *jamás* tienen lugar', etc., etc.» (1).

Después de haber malgastado su energía en teorías tan pueriles como la «cerebración inconsciente», contracción muscular involuntaria, y la sublime, por lo ridícula, del «chasquido de la articulación de la rodilla» (*le muscle craqueur*); después de ignominiosos tropezones, por la obstinada resurrección de la nueva fuerza, y finalmente, después de desesperados esfuerzos para conducirla á su obliteración, estos *filií diffidentia*, como les llama S. Pablo, piensan abandonar el asunto con repugnancia. Sacrificando á sus animosos y perseverantes hermanos en el altar de la opinión pública, se retiran dignamente y en silencio. Abandonando la arena de la investigación á campeones menos cobardes, no es probable que tan desgraciados experimentadores quieran entrar en ella otra vez (2). Es mucho más fácil negar la realidad de tales manifestaciones desde una distancia segura, que encontrar para las mismas un lugar apropiado en la clasificación de fenómenos naturales aceptada por la ciencia exacta. ¿Y cómo pueden ellos hacerlo, desde el momento que estos fenómenos pertenecen á la psicología, y ésta, con sus ocultos y misteriosos poderes, es una *terra incognita* para la ciencia moderna? Así, impotentes para explicar lo que directamente procede de la naturaleza del alma humana, cuya existencia los más de ellos niegan; incapaces, al mismo tiempo, de con-

(1) W. Crookes: «El Espiritismo visto á la luz de la Ciencia Moderna». Véase el «*Quartely Journal of Science*».

(2) A. Aksakof: «Fenómenos de la Medinmidad».

fesar su ignorancia, los sabios se vengan injustamente en todos aquellos que creen en la evidencia de sus sentidos sin ninguna pretensión de ciencia.

«Un puntapié tuyo, ¡oh Júpiter!, es suave», dice el poeta Tretia-kowsky, en una antigua tragedia rusa. Rudos como éstos Júpiter de la ciencia, serán en ocasiones para nosotros, crédulos mortales, sus vastos conocimientos; en cuestiones menos difíciles procuraremos, aunque no adoptemos su modo de conducirse, autorizarles para que el público les respete. Pero por desgracia, no son los dioses los que aclaman más ruidosamente.

El elocuente Tertuliano, hablando de Satán y de sus hijos, á quienes acusa de estar remedando siempre las obras del Creador, les llama «los monos de Dios». Es una fortuna para estos filósofos raquí-ticos el que no exista un Tertuliano moderno para proporcionarles una inmortalidad de desprecio, como «monos de la ciencia».

Pero volvamos á los sabios verdaderos. «Los fenómenos de un carácter meramente objetivo», dice A. N. Aksakof, «obligan por sí mismos á los representantes de la ciencia á su investigación y explicación; pero los grandes sacerdotes de la ciencia, en presencia de una cuestión aparentemente tan sencilla..... ¡permanecen desconcertados por completo! Este asunto parece tener el privilegio de obligarles á faltar, no sólo á la ley más elevada de moralidad, la verdad, si que también á la ley suprema de la ciencia, el *experimento!*

».....Sienten que algo muy serio se esconde bajo su superficie. Los casos de Hare, Crookes, de Morgan, Varley, Wallace y Butleroff han originado un pánico! Temen ellos que si conceden un paso, no se vean obligados á ceder todo el terreno. Los principios respetados de la época, las contemplaciones especulativas de una vida entera, de una larga serie de generaciones, peligran todos, dependen de una sola carta!» (1).

A la faz de experiencias tales como las de Crookes y las de la Sociedad Dialéctica, las de Wallace y las del Profesor Hare, ¿qué es lo que podemos esperar de nuestras lumbreras de erudición? Su actitud respecto de fenómenos innegables es en sí misma otro fenómeno. Es sencillamente incomprensible, á no ser que admitamos la posibilidad de otra epidemia fisiológica, tan misteriosa y contagiosa como la hidrofobia. Aunque nada pedimos por este nuevo descubrimiento, sin embargo proponemos que se le dé el nombre de *psicofobia científica*.

Deben haber aprendido con el tiempo, en la escuela de la dura experiencia, que no pueden ellos confiar en la suficiencia propia de

(1) A. N. Aksakof: «Fenómenos de la Mediumidad».

las ciencias positivas, más que hasta cierto punto; y que mientras exista un solo misterio inexplicable en la naturaleza, es muy peligroso para ellos pronunciar la palabra «imposible.»

En las *Investigaciones de los Fenómenos del Espiritismo*, Mr. Crookes da á escoger al lector entre ocho teorías, «respecto de los fenómenos observados.»

Estas teorías son las siguientes:

»*Primera teoría.* Los fenómenos son el resultado de tretas, hábiles combinaciones mecánicas ó juegos de manos; los médiums son unos impostores, y el resto de la concurrencia unos imbéciles.

»*Segunda teoría.* Las personas que asisten á la sesión son víctimas de una especie de manía ó ilusión, é imaginan presenciar fenómenos que no tienen existencia real y objetiva.

»*Tercera teoría.* El resultado completo es debido á una acción cerebral consciente ó inconsciente.

»*Cuarta teoría.* El efecto del espíritu del médium, quizás asociado con los espíritus de algunos ó de todos los que están presentes.

»*Quinta teoría.* La acción de malos espíritus ó diablos, personificando á aquel ó á aquello que quieren, con objeto de minar el Cristianismo y perder las almas de los hombres. (Teoría de nuestros Teólogos).

»*Sexta teoría.* Las acciones de un orden distinto de existencias, que viven en esta tierra, pero que para nosotros son invisibles é inmateriales. No obstante, capaces en ocasiones de manifestar su presencia, y conocidas en casi todas las épocas y países como demonios (no malos necesariamente), gnomos, hadas, elfos, duendes, puck, etcétera. (Una de las opiniones de los kabalistas).

»*Séptima teoría.* Los efectos causados por séres humanos fallecidos (teoría espiritista *por excelencia*).

»*Octava teoría.* (La fuerza psíquica)..... en unión con la cuarta, quinta, sexta, y séptima teorías.»

Como la primera teoría, sólo por excepción, se ha visto era válida en casos por desgracia demasiado frecuentes, debe ser desechada como no teniendo importancia material respecto de los fenómenos en sí mismos. La segunda y la tercera son los últimos destructores disparos de la guerrilla de escépticos y materialistas, y quedan, como dicen los abogados, «*Adhuc sub iudice lis est.*»

Así es que nos ocuparemos, en esta obra, de las cuatro restantes; la última, la octava, de acuerdo con la opinión de Mr. Crookes, es necesario unirla á las otras.

Podemos ver lo muy expuesta que está al error una opinión cien-

tífica, con sólo comparar los diversos artículos sobre fenómenos espiritistas de la hábil pluma de aquel sabio, los que aparecieron de 1870 á 1875. En uno de los primeros leemos:..... «el incesante empleo de los métodos científicos, el promover observaciones exactas y un mayor deseo de verdades entre los investigadores, dará origen á una raza de observadores *quienes arrojarán al indigno residuo de espiritismo al limbo desconocido de la Magia y Nigromancia*». Y en 1875, podemos leer, bajo su propia firma, las más interesantes y minuciosas descripciones del espíritu materializado, Katie King! (1).

Es muy difícil suponer que Mr. Crookes haya sufrido una influencia electro-biológica ó alucinación, durante dos ó tres años consecutivos. El espíritu aparecía en su propia casa, en su biblioteca, bajo las pruebas más difíciles, y era visto, sentido y oído por centenares de personas.

Pero Mr. Crookes niega que haya tomado nunca á Katie-King por un espíritu desencarnado. Pues ¿qué era? Si no era Miss Florence Cook (su palabra es para nosotros garantía suficiente), entonces era ó el espíritu de alguien que había vivido en la tierra, ó uno de los que están comprendidos en la sexta teoría, de las ocho que este sabio eminente ofrece á la elección del público. Debe haber pertenecido á una de las especies llamadas: Hadas, Kobolds, Gnomos, Elfos, Duendes, ó un Puck (2).

Sí; Katie King debe haber sido una hada, una Titania. Sólo á una hada puede con propiedad aplicarse la siguiente poética efusión de Mr. Crookes al hablar de este maravilloso espíritu.

«Una atmósfera de vida la rodea;
El mismo aire es más diáfano ante sus ojos;
Son ellos tan dulces, bellos y serenos,
Como todo lo que pensamos de los cielos;
Sentimos en su presencia avasalladora
Que no sería idolatría arrodillarnos»(3)

Y así, despues de haber escrito en 1870 su severa sentencia en contra del espiritismo y de la magia; despues de haber dicho, hacía un momento, que creía todo el asunto una superstición, ó al menos un embuste no descubierto, una ilusión de los sentidos (4), Mr. Croo-

(1) «Lo último acerca de Katie-King», folleto III, p. 119.

(2) Idem, folleto I, p. 7.

(3) Id., p. 112.

(4) Id., p. 112.

kes, en 1875, concluye su carta con las siguientes palabras memorables: «El imaginar, digo yo, que la Katie King de los pasados tres años es el resultado de una impostura, es más violento para la razón y el sentido común, que creerla á ella ser lo que ella misma afirma.» (1) Esta última observación prueba además concluyentemente: 1.º Que á pesar de la convicción plena de Mr. Crookes de que algun cuerpo llamándose á sí mismo Katie King no era ni el medium ni algun asociado, sino por el contrario, una fuerza desconocida de la naturaleza á la que le gustaban el amor, las alegrías y los abrazos apretados; 2.º Que aquella hasta entonces desconocida forma de Fuerza, aunque había llegado á ser para él, «no materia de opinión, sino de absoluta certeza», el eminente investigador no abandonaba al final su escéptica actitud con respecto á la cuestión. En resumen, él creía firmemente en el fenómeno, pero no podía aceptar la idea de que aquel sér fuese el espíritu humano de *algun difunto*.

A nosotros nos parece que tan lejos como la *preocupación pública* vá, Mr. Crookes resuelve un misterio para crear otro más profundo todavía; el *obscurum per obscurius*. En otras palabras, despreciando «el indigno residuo del espiritismo», el animoso sabio se zambulle intrépidamente en su propio «desconocido limbo de magia y nigromancia!»

Las leyes reconocidas de las ciencias físicas tienen muy poca influencia en los más objetivos de los llamados fenómenos espiritistas. Aunque han probado la realidad de ciertos efectos visibles de una fuerza desconocida, no han dado tiempo á los sabios para verificar y comprobar á voluntad una porción de estos fenómenos. La verdad es que los profesores no han descubierto todavía las conclusiones necesarias para que se verifiquen. Deben estudiar tan profundamente la triple naturaleza del hombre, fisiológica, psicológica y *divina*, como lo hacían sus antecesores los magos, teurgos y taumaturgos de la antigüedad.

Hasta el momento presente, hasta los que han investigado los fenómenos tan completa é imparcialmente como Mr. Crookes han puesto á un lado la causa, como algo que no debe ser descubierto ahora, si alguna vez lo es. Gran turbación causa en ellos lo que se refiere á la primera causa de los fenómenos cósmicos de la correlación de fuerzas, cuyos efectos infinitos con tanto trabajo observan y clasifican. Su manera de proceder ha sido tan estúpida como la de un hombre que, queriendo descubrir las fuentes de un río, fuese andando hacia la boca. Su opinión respecto á las posibilidades de las leyes

(3) «Investigaciones de los fenómenos del Espiritismo», p. 45.

naturales es tan mezquina, que formas de las más sencillas de fenómenos ocultos han necesitado su denegación, á menos de confesar la posibilidad de los milagros; y siendo esto un absurdo científico, la consecuencia es que la ciencia física hace poco que ha perdido su prestigio. Si los sabios hubiesen estudiado los llamados «milagros» en lugar de negarlos, muchas de las leyes secretas de la naturaleza comprendidas por los antiguos serian otra vez descubiertas. «La convicción», dice Bacon, «no viene por argumentos, sino por experimentos.»

Los antiguos se habían siempre distinguido, especialmente los astrólogos caldeos y los magos, por su ardiente deseo de alcanzar la sabiduría en cada una de las ramas de la Ciencia. Procuraban penetrar los secretos de la naturaleza siguiendo el mismo camino que nuestros modernos naturalistas, y por el único medio por el que este objeto puede alcanzarse, ó sea, por investigaciones experimentales y por el razonamiento. Si nuestros filósofos modernos no pueden convencerse de que aquellos penetraron más profundamente que ellos en los misterios del universo, esto no es razón ni para que se les niegue que poseyeron estos conocimientos, ni para que se les acuse de superstición. Nada comprueba los cargos que se les dirigen, y cada nuevo descubrimiento arqueológico es una prueba más en favor suyo. Como químicos, no han sido igualados, y en su famosa conferencia acerca de *Las Artes perdidas*, Wendell Phillips dice: «La química en los antiguos tiempos alcanzó un nivel al cual *jamás nosotros nos hemos acercado.*» El secreto del vidrio maleable, el cual «si sostenido por un extremo, por su propio peso en veinte horas disminuía hasta llegar á ser una cinta que podía arrollarse al rededor de la muñeca», sería tan difícil descubrirlo en nuestras naciones civilizadas como volar á la luna.

La fabricación de una copa de cristal como la que fué llevada á Roma por un desterrado durante el reinado de Tiberio, una copa que arrojada sobre un pavimento de mármol no resultaba con ningun golpe ni rotura, y que si algo en la misma se notaba, con un martillo fácilmente se componía, volviéndola á su forma primitiva, es un hecho histórico. Si ahora se pone en duda, es únicamente porque los modernos no saben hacerlo. Y todavía en Samarcanda y en algunos monasterios del Thibet, tales copas y otros objetos de cristal pueden verse hoy día; además, allí existen personas que pretenden poder hacer lo mismo gracias á sus conocimientos del muy ridiculizado é igualmente puesto en duda *alkahest*, ó disolvente universal. Este agente que Paracelso y Van-Helmont sostienen es un cierto fluido en la naturaleza «capaz de reducir todos los cuerpos sublunares, tan-

to los homogéneos como los heterogéneos, á su *ens primum*, ó á la materia original de que ellos están compuestos, ó á un licor uniforme igual y potable, el cual, aunque se mezcle con agua y con los extractos ó zumos de todos los cuerpos, conserva sin embargo sus virtudes radicales; si otra vez se mezcla consigo mismo, por este medio se convertirá en agua pura y elemental». ¿Qué imposibilidades nos impiden el creer lo anterior? ¿Por qué no puede existir, y por qué la idea ha de ser considerada como una utopía? ¿Es quizás porque nuestros químicos no pueden producirlo? Con seguridad que puede concebirse, sin gran esfuerzo de imaginación, que todos los cuerpos deben haber tenido su origen común en una materia primera, y que esta materia, de acuerdo con la astronomía, la geología y la física, debe haber sido un fluido. ¿Por qué no puede el oro, de cuya génesis tan poco conocen nuestros sabios, haber sido una primitiva ó *básica materia de oro*, un fluido pesado, como dice Van-Helmont, «por su propia naturaleza, y que, por una fuerte cohesión entre sus partículas, adquirió después una forma sólida?» Un muy pequeño absurdo parece ser el creer en un «*ens universal que convierte á todos los cuerpos en su ens genitale.*» Van-Helmont le llama «la principal y la más poderosa de las sales; la cual, habiendo obtenido el grado supremo de simplicidad, pureza, y sutilidad, goza sólo de la facultad de permanecer invariable é inimitable por las materias sobre las que obra, y de disolver á los cuerpos más tenaces é intratables, como guijarros, piedras preciosas, vidrio, tierra, azufre, metales, etc., en una sal roja, igual en peso á la materia disuelta, y con tanta facilidad como el agua caliente disuelve la nieve.»

Este es el fluido que los que fabricaban el vidrio maleable empleaban, y que ahora usan, cuando sumergen el vidrio común durante varias horas en él, para que adquiriera la maleabilidad.

Tenemos una prueba palpable de tales posibilidades. Un correspondiente extranjero de la Sociedad Teosófica, un médico bien conocido, que ha estudiado las ciencias ocultas durante más de treinta años, ha logrado obtener lo que él llama «*el verdadero aceite de oro*», el elemento primario. Químicos y físicos lo han examinado, y se han visto obligados á confesar que no saben cómo lo ha obtenido, y que no pueden ellos producirlo. No debe maravillarnos desee que su nombre permanezca desconocido; el ridículo y las preocupaciones del público son algunas veces más peligrosas que la inquisición antigua. Esta «*tierra Adámica*» es próxima parienta del alkahest, y uno de los más importantes secretos de los alquimistas. Ningún kabalista lo revelará al mundo, porque, como lo dice muy bien en su conocida

jerga: «podría explicar las águilas de los alquimistas, y ahora las alas de las águilas están cortadas», un secreto que Thomas Vaughan (Eugenius Philaletes) necesitó veinte años para aprenderlo.

Así como la aurora de la ciencia física aumenta hasta brillar como la clara luz del día, las ciencias espirituales se sumergen más y más profundamente en la noche, y á su vez son negadas. Ahora aquellos grandes maestros en psicología son considerados como «antepasados ignorantes y supersticiosos», como saltimbanquis y juglares, porque, á la verdad, el sol de los adelantos modernos brilla é ilumina nuestros días tan esplendorosamente, que ha llegado á ser un axioma el que los filósofos y hombres de ciencia de tiempos pasados nada conocían, y que vivían en una noche de superstición. Pero sus calumniadores olvidan que el sol de nuestros días parecerá obscuro en comparación de los resplandores de mañana, sea ó no justo; y que así como los hombres de nuestro siglo piensan que sus antepasados eran unos ignorantes, quizás sus descendientes considerarán que ellos no *sabían nada*.

El mundo procede por ciclos. Las razas futuras serán reproducciones de razas largo tiempo desaparecidas; y nosotros, quizás, somos las imágenes de aquellos que vivían hace cien siglos. Llegará el tiempo en que todos los que ahora en público calumnian á los herméticos, pero que en secreto registran sus volúmenes cubiertos de polvo, y son sólo plagiarios de sus ideas, que se asimilan y dan como propias, recibirán su merecido. «¿Quiéu», honradamente exclama Pfaff, «qué hombre ha tenido ideas más claras acerca de la naturaleza que Paracelso? Él es el intrépido creador de los medicamentos químicos; el fundador de valientes sociedades; victorioso en la controversia, siendo uno de aquellos espíritus que entre nosotros crearon un nuevo modo de pensar acerca de la existencia natural de las cosas. Lo que anda esparcido por sus escritos referente á la piedra filosofal, á los pigmeos y espíritus de las minas, á portentos, á los homunculi, al elixir de vida; todo lo que es empleado por muchos para rebajar su mérito, no puede extinguir nuestro sincero agradecimiento por sus trabajos en general, ni nuestra admiración por sus libres é intrépidos esfuerzos, y por su vida tan noble como intelectual»(1).

Más de un patólogo, químico, homeópata y magnetizador, han apagado su sed de conocimientos en las obras de Paracelso. Frederick Hufeland debe sus doctrinas teóricas acerca de la infección á este «charlatán» de los tiempos medios, como goza Sprengel en llamar á uno que era inmensamente más grande que él. Hemman, que

(1) Pfaff: «Antrología». Ber.

procura vindicar á este gran filósofo, y noblemente trata de restablecer su calumniada memoria, habla de él como del «químico *más grande* de su tiempo.» (1)

Lo mismo dicen el Profesor Molitor (2) y el Dr. Ennemoser, el eminente psicólogo alemán (3). Se deduce de sus estudios acerca de los trabajos de este hermético, que Paracelso es la más «maravillosa inteligencia de su época», un «noble genio». Pero nuestras modernas lumbreras pretenden saber más, y las ideas de los Rosacruces acerca de los espíritus elementarios, los duendes y los elfos se han hundido en el «limbo de la magia» y cuentos de hadas de la niñez (4).

Estamos completamente dispuestos á conceder á los escépticos que la mitad, y aun más, de los fenómenos ocurridos, son sólo fraudes más ó menos hábiles. Manifestaciones recientes, en especial de mediums «materializados», prueban demasiado bien el hecho. Un número incalculable de otros están todavía en depósito, y este estado de cosas continuará hasta que las pruebas hayan llegado á ser tan perfectas, y los espiritistas tan razonables, que no haya lugar por parte de los mediums á proporcionar armas á sus adversarios.

¿Qué es lo que deben pensar los espiritistas sensibles acerca del carácter del *ángel* guía que después de haber monopolizado, quizás durante años, el tiempo, la salud y los recursos de un pobre medium, le abandona súbitamente, y cuando más necesitaba de su auxilio? Sólo criaturas *sin alma y conciencia* pueden hacerse reos de tal injusticia. ¿Las circunstancias? Mero sofisma. ¿Qué espíritus serán estos que no convocan, si es necesario, un ejército de espíritus amigos (si alguna vez lo son) para arrancar al inocente medium del abismo abierto bajo sus pies? Tales cosas sucedían en los antiguos tiempos. *Las apariciones existían antes del espiritismo moderno, y fenómenos parecidos á los nuestros en cada una de las épocas antiguas.* Si las manifestaciones modernas son una realidad y hechos palpables, lo mismo debe haber sucedido con los llamados «milagros» y hazañas

(1) «Ensayos Médico-Qirúrgicos».

(2) «La Filosofía de la Hist.»

(3) De Theoph. Paracelsus-Magia.

(4) Kemshead dice en su Química Inorgánica «que el elemento *hidrógeno* es mencionado por primera vez en el siglo diez y seis por Paracelso, pero muy poco se conocía el mismo.» (p. 66.) ¿Y por qué no ser franco de una vez, y no confesar que Paracelso era el *re*-descubridor del hidrógeno, como era también el *re*-descubridor de las ocultas propiedades del imán y del magnetismo animal? Es muy fácil demostrar que con los votos secretos, fielmente observados por cada Rosacruz (en especial por los alquimistas), él debía guardar ocultos sus conocimientos. No sería quizás un trabajo difícil para un químico bien versado en las obras de Paracelso el demostrar que el *oxígeno*, cuyo descubrimiento es atribuido á Priestley, era conocido por los alquimistas Rosacruces, como también conocían el hidrógeno.

taumaturgias de la antigüedad; ó bien, si estos sólo son ficciones de la superstición, lo mismo debe suceder con aquellas, pues no se fundan en ningún testimonio superior.

Pero en el torrente, que crece de día en día, de fenómenos ocultos, y que se lanza de un extremo á otro del globo, aunque los dos tercios de las manifestaciones se demuestre que son falsas, ¿qué diremos de todas aquellas que se demuestre que son legítimas, sin género alguno de duda? Entre éstas pueden verse comunicaciones viniendo tanto por medio de mediums profesionales, como no profesionales, que son sublimes, grandes, divinas. Frecuentemente, por intermedio de niños, de personas de sencilla inteligencia, recibimos enseñanzas y preceptos filosóficos, poesías y oraciones inspiradas, música y pinturas dignas por completo de sus supuestos autores. Sus profecías con frecuencia se han verificado, y sus disquisiciones morales son para nuestro bien, aunque esto último es lo menos frecuente. ¿Quiénes son estos espíritus, quiénes estos poderes é inteligencias que, es evidente, están fuera del medium propiamente dicho, y que son entidades *per se*? Estas *inteligencias* merecen este nombre, y difieren tan completamente de los espíritus ambulantes y duendes que vagan alrededor de los gabinetes destinados á manifestaciones físicas, como el día difiere de la noche.

Confesamos que la situación nos parece muy grave. El dominio de los mediums por tales «espíritus» sin principios y embusteros, constantemente va siendo más general, y los perniciosos efectos de tal *aparente* diabolismo se multiplican. Algunos de los mejores mediums han abandonado la pública tribuna y se han apartado de esta influencia, y el movimiento tiende hacia la Iglesia. Nos atrevemos á pronosticar á los espiritistas que, á menos de estudiar las antiguas filosofías para aprender á distinguir entre los espíritus, y á guardarse ellos mismos de las acechanzas de los de la clase más inferior, no pasarán veinticinco años que no vuelen todos ellos á la comunión Romana, (1) para huir de sus «guías» y «dueños», á los que por tanto tiempo han mimado. Los signos de esta catástrofe son ya por sí mismos visibles. En el reciente congreso de Filadelfia se propuso seriamente la organización de una secta de *Cristianos* Espiritistas! Esto es porque, habiéndose

(1) Debe tener en cuenta el lector que en los Estados Unidos, en donde fué escrita esta obra, existen muchos millones de Espiritualistas, ó sean Espiritistas no reencarnacionistas, y que á ellos indudablemente se refiere la autora con estas frases. El hecho de que á un centro espiritualista, con médiums y comunicaciones, le digan sus guías espirituales (?) que la reencarnación es una mentira, y que á un centro espiritista situado quizás al lado le digan lo contrario, debería hacerles pensar mucho á unos y á otros acerca del valor que debe concederse á los mediums y á sus comunicaciones. (N. del T.)

dose retirado de la Iglesia, y no habiendo aprendido nada acerca de la filosofía de los fenómenos y de la naturaleza de sus espíritus, se encuentran ahora vagando por el océano de la incertidumbre, á manera de un buque sin timón ni brújula. No pueden escapar al dilema: deben escoger entre Porfirio ó Pío IX.

Al paso que hombres de verdadera ciencia, tales como Wallace, Crookes, Wagner, Butlerof, Varley, Buchanan, Hare, Reinchenbach, Thury, Perty, de Morgan, Hoffmann, Goldschmidt, W. Gregory, Flammarion, Sergeantcox y muchos otros, creen firmemente en los fenómenos corrientes, muchos de los anteriormente nombrados desechan la teoría de los espíritus de difuntos. Sin embargo, parece lógico pensar que si la «Katie-King» de Londres, el único *algo* materializado en el cual el público está más ó menos obligado á creer por respeto á la ciencia, no es el espíritu de un ex-mortal, entonces debe ser el fantasma astral solidificado de alguien, ó bien uno de los duendes ambulantes de los *Rosacruces*, «fantasías de la superstición», ó de alguna todavía inexplicable fuerza de la naturaleza. Pero que sea un espíritu bienaventurado ó un duende maléfico es de poca importancia, desde el momento que se ha probado que su organismo no está formado por materia sólida; por consiguiente, debe ser y es un espíritu, una aparición, un *soplo*. Es una inteligencia que actúa en lo exterior de nuestros organismos, y por lo tanto, debe pertenecer á una clase de seres existentes, aunque invisibles. Pero ¿qué es? ¿Qué es este algo que piensa y también habla, y no es humano; que es impalpable, y sin embargo no es un espíritu desencarnado; que simula afección, pasión, remordimientos, miedo, alegría, pero que en realidad nada siente? ¿Qué es esta hipócrita criatura que goza engañando al honrado investigador, y se burla de los sagrados sentimientos humanos? Porque, sino la Katie King de Mr. Crookes, otras criaturas parecidas han hecho todo esto. ¿Quién profundizará el misterio? Solamente el verdadero psicólogo. Y para los libros de texto que necesite no tiene más que ir á los descuidados aposentos de las bibliotecas, en los que las obras de los herméticos y teurgos despreciados se han cubierto de polvo durante muchos años.

Dice Henry More, el reputado platonista inglés, en su contestación á un escéptico de aquellos tiempos, llamado Webster, (1) que atacaba

(1) «Carta á J. Glanvil, capellán del rey y miembro de la Sociedad Real». Glanvil es el autor de la celebrada obra de Apariciones y Demonología, titulada «*Sadducismus Triumphatus*, ó un estudio de la plena evidencia en lo referente á brujas y apariciones», en dos partes, «probando, en parte por la Escritura y en parte por una colección escogida de relaciones modernas, la real existencia de las apariciones, espíritus y hechiceros.» 1700.

á los creyentes en los fenómenos mágicos y espirituales: «Como aquella otra opinión, que la mayor parte de los predicadores reformados sostienen, que era el demonio el que apareció bajo la forma de Samuel, es despreciada. Sin embargo, yo creo que en muchas de estas apariciones nigrománticas figuran solo *espíritus burlones y no que las almas de los muertos aparezcan*. Lo que creo respecto á la aparición del alma de Samuel, y lo mismo en otros casos de nigromancia, es que pueden ser originados por espíritus como los que Porfirio describe, que toman las más variadas formas y aspectos, y que mientras uno hace el papel de demonio, otro figura como un dios ó ángel, ó como el alma de algun difunto. Y digo que un tal espíritu puede *personificar* á Samuel, por más que Webster alegue lo contrario, pues son argumentos, á la verdad, débiles y burdos.»

Cuando un metafísico y un filósofo tal como Henry More dá un testimonio como este, bien podemos decir que nuestra opinión está bien fundada. Investigadores instruidos, todos muy escépticos en lo que se refiere á los espíritus en general, y á los «espíritus de hombres fallecidos» en particular, durante los pasados veinte años, han agotado sus cerebros para dar nombres nuevos á una cosa vieja. Así, para Mr. Crookes y Sergeantox, es la «fuerza psíquica.» El profesor Thury de Ginebra la llama la «psychode», ó fuerza *ecténica*; el Profesor Balfour Stewart, el poder «electro-biológico»; Faraday, el «gran maestro de filosofía experimental en física», si bien, á lo que parece un novicio en psicología, arrogantemente lo llama una «acción muscular inconsciente», una «cerebración inconsciente, y qué sé yo.» Sir William Hamilton, un «pensamiento latente»; el Dr. Carpenter, «la idea-motor principal», etc., etc. Tantos sabios, tantos nombres.

Años hace que el filósofo alemán Schopenhauer consideraba á un tiempo esta fuerza y materia; y desde la conversión de Mr. Wallace, el gran antropólogo ha adoptado evidentemente sus ideas. La doctrina de Schopenhauer es que el universo es solo la manifestación de la voluntad. Cada fuerza en la naturaleza es también un efecto de la voluntad, que representa un grado más elevado ó más bajo de su objetividad. Enseña lo mismo Platón, quien dice distintamente que todas las cosas visibles han sido creadas ó evolucionadas por la invisible y eterna VOLUNTAD, y según su designio. Dice que nuestros cielos han sido producidos de acuerdo con el eterno modelo del «Mundo Ideal,» contenido como todo en el dodecaedro, el modelo geométrico empleado por la Deidad. (1) Según Platón, la Esencia

(1) Platón: «*Timæus Særius*», 97.

primera es una emanación de la Inteligencia Demiúrgica (Nous), la que contiene desde la eternidad la «*idea*» del «*mundo que ha de ser creado*,» dentro de sí, y cuya idea lanza fuera de sí misma. (1) Las leyes de la naturaleza son las relaciones establecidas entre esta idea y las formas de sus manifestaciones; «estas formas», dice Schopenhauer, «son tiempo, espacio y causalidad. Al través del tiempo y espacio, la idea varía en sus manifestaciones innumerables.»

Distan mucho estas ideas de ser nuevas, ni tampoco son originales de Platón. Lecmos lo que sigue en los *Oráculos Caldeos*: (2) «Las obras de la naturaleza co-existen con la intelectual (νοερω) y espiritual Luz del Padre. Porque es el alma (ψυχη) la que adorna el inmenso cielo, y lo embellece después según el padre.»

«El mundo incorpóreo entonces estaba ya completo, teniendo su fundamento en la Razón Divina», dice Philón (3), quien es erróneamente acusado de derivar su filosofía de la de Platón.

En la *Theogonia* de Mochus, encontramos primero el Eter y después el aire; los dos principios de los que ha nacido el Dios *inteligible* (νοητος), Dios Ulom (el universo visible de la materia). (4)

En los himnos Orficos, el Eros-Phanes procede del Huevo-Espiritual, al cual los vientos Æthéreos fecundan. El viento (5) siendo «el espíritu de Dios», de quien se dice se mueve en el Eter, cobijando desde el Caos á la Divina «Idea». En el Indo *Katakopanisad*, Purusha, el Espíritu Divino, ya existe antes que la materia original, de cuya unión brota la grande Alma del mundo, «Maha-Atma, Brahm, el Espíritu de Vida.» (6) Estos nombres significan lo mismo que Alma Universal, ó *Anima Mundi*, y que la Luz Astral de los teurgistas y kabalistas.

Pitágoras trajo sus doctrinas de los santuarios orientales, y Platón las compiló en una forma más inteligible que los números misteriosos de aquel sabio, cuyas doctrinas él había por completo adaptado á una mente no iniciada. Así, el *Cosmos* es «el Hijo» con Platón, teniendo por su padre y madre al Pensamiento Divino y la Materia. (7)

«Los Egipcios,» dice Dunlap, (8) «distinguían entre un Horus mayor y otro más joven; el primero era el hermano de Osiris, el segundo

(1) Véase Movers: «*Explanations*», 268.

(2) Cory: «*Oráculos Caldeos*», 243.

(3) Philo Judæus: «*de la Creación*», X.

(4) Movers: «*Phoinizer*», 282.

(5) K. O. Müller, 236.

(6) Weber: «*Akad. Vorles*», 213, 214, etc.

(7) Plutarco: «*Isis y Osiris*,» I, VI.

(8) «*Historia del espíritu del hombre*», p. 88.

el *hijo* de Osiris y de Isis.» El primero es la *Idea* del mundo contenida en la inteligencia Demiúrgica, «nacida en la oscuridad antes de la creación del mundo.» El segundo Horus es esta «Idea» saliendo fuera del *Logos*, revistiéndose de materia, y asumiendo una existencia actual. (1)

«El Dios mundano, eterno, ilimitado, joven y viejo, de forma sinuosa», (2) dicen los *Oráculos caldeos*.

Esta «forma sinuosa» es una figura para expresar el movimiento vibratorio de la Luz Astral, que perfectamente conocían los antiguos sacerdotes, aunque sus opiniones respecto del Eter pudiesen diferir de las de los sabios modernos; pues en el Eter colocaban la Idea Eterna penetrando en el Universo, ó la *Voluntad* que convirtiéndose en *Fuerza* crea ú organiza la *materia*.

«La voluntad,» dice Van Helmont, «es el primero de todos los poderes. Por medio de la voluntad del Creador, todas las cosas han sido creadas y puestas en movimiento..... La voluntad es la propiedad de todas las esencias espirituales, y se desarrolla por sí misma tanto más activamente cuanto más libres están de la materia.» Y el «divino» Paracelso, como era llamado, añade del mismo modo: «La *Fé* debe confirmar la imaginación, por la fé se afirma la voluntad..... Una voluntad decidida es el principio indispensable en todas las operaciones mágicas..... á causa de que los hombres no pueden imaginar y creer en el resultado, las artes son inciertas, cuando podrian ser perfectamente ciertas.»

Unicamente la corriente opuesta de incredulidad y de escepticismo, proyectada con una potencia de la misma fuerza, puede reprimir á la contraria, y algunas veces neutralizarla completamente. ¿Porqué se admiran los espiritistas de que la presencia de escépticos decididos, ó de todos aquellos que, sintiéndose ágricamente opuestos al fenómeno, obren inconscientemente con el poder de su voluntad en oposición al mismo, lo impidan y con frecuencia detengan las manifestaciones? Si no existe ningún poder *consciente* en la tierra que no encuentre alguna vez otro que se le interponga ó que le contrabalancée, qué tiene de particular que el poder pasivo é *inconsciente* de un medium sea paralizado súbitamente en sus efectos por otro poder opuesto, también inconscientemente ejercido? Los Profesores Faraday y Tyndall se han vanagloriado que su presencia en un círculo era suficiente para detener de una vez toda manifestación. Este solo hecho debía haber probado á estos eminentes sabios que alguna

(1) Movers: «Phoinizer», 268.

(2) Cory: «Fragmentos», 240.

fuerza había en estos fenómenos digna de llamar la atención. Como sabio, el Prof. Tyndall era quizás el que más sobresalía de los concurrentes al círculo, presentes á la sesión; como observador malicioso y no fácilmente engañable por un medium travieso, probablemente estaría al nivel sino por debajo de varios de los asistentes, y si las manifestaciones hubiesen sido debidas á un fraude lo suficientemente ingenioso para engañar á los otros, no se hubieran interrumpido en honor *suyo*. ¿Qué medium puede vanagloriarse de fenómenos tales como los producidos por Jesús, y por el apóstol Pablo después de él? También en Jesús encontramos casos en que la inconsciente fuerza de resistencia oprimía su bien dirigida corriente de voluntad. «Y él no hizo muchas grandes obras allí, á causa de su incredulidad.»

En la filosofía de Schopenhauer hay un reflejo de cada una de estas ideas. Nuestros sabios investigadores consultarán sus obras con provecho. Encontrarán en ellas muchas estrañas hipótesis fundadas en ideas viejas, especulaciones acerca del *nuevo* fenómeno, las cuales no dejarán de ser tan razonables como cualquiera, y les evitará la inútil tarea de inventar teorías nuevas. Las fuerzas psíquica y ecténica, la «idea-motor» y «poderes electro-biológicos»; «pensamiento latente», ó del mismo modo las teorías acerca de la cerebración inconsciente, pueden condensarse en dos palabras: la kabalística LUZ ASTRAL.

Las atrevidas teorías y opiniones que en las obras de Schopenhauer se expresan, difieren por completo de la mayoría de las de nuestros sabios ortodoxos. «En realidad», exclama este audaz especulador, «aquí no hay ni *materia* ni *espíritu*. La tendencia de una piedra á la gravitación es tan inexplicable como el pensamiento en el cerebro humano... Si la materia puede (nadie sabe porqué) caer al suelo, entonces podrá también (nadie sabe porqué) pensar.... Tan pronto, hasta en mecánica, como pasamos más allá de lo puramente matemático, tan pronto como llegamos á las inescrutables adhesión, gravitación, y demás, nos encontramos frente á frente de fenómenos que son tan misteriosos para nuestros sentidos como la VOLUNTAD y el PENSAMIENTO en el hombre; nos hallamos frente de lo incomprendible, porque tal es cada una de las fuerzas en la naturaleza. ¿En dónde está pues aquella *materia* que pretendéis conocer tan bien, y de la cual por seros tan familiar deducís todas vuestras consecuencias y explicaciones, y le atribuíis toda clase de cosas?... Nuestra razón y nuestros sentidos, lo único que pueden realizar es lo superficial: nunca pueden ellos alcanzar la verdadera é interna substancia de las cosas. Tal era la opinión de Kant. Si considerais que en una cabeza

humana hay algo que sea un *espíritu*, estais obligados á conceder lo mismo á una piedra. Si vuestra muerta y pasiva materia puede manifestar una tendencia hacia la gravitación, ó, como la electricidad, atracción y repulsión, y esparcir chispas, entonces, lo mismo que el cerebro, puede pensar; en resumen, cada partícula de lo que llamamos espíritu podemos reemplazarla con un equivalente de materia, y cada partícula de materia sustituirla por espíritu.... Así, no es de la división Cartesiana de todas las cosas en materia y espíritu que puede decirse es filosóficamente exacta; únicamente el dividir las en *voluntad y manifestación*, cuya forma de división nada tiene que ver con la primera, porque espiritualiza cada cosa: á todas las que, permaneciendo en su primer estado real y objetivo, cuerpo y materia, las transforma en una representación, y á cada manifestación en voluntad» (1).

Estas opiniones corroboran lo que hemos dicho acerca de los varios nombres dados á una misma cosa. Los contendientes disputan sobre meras palabras. Llámese al fenómeno fuerza, energía, electricidad ó magnetismo, voluntad, ó poder espiritual, siempre será la manifestación parcial del *alma*, ya esté desencarnada, ó aprisionada por un tiempo en su cuerpo, ó una porción de aquella inteligente, omnipotente é individual VOLUNTAD que penetra toda la naturaleza, y conocida, por la insuficiencia del lenguaje humano para expresar correctamente las imágenes psicológicas, como DIOS.

Las ideas de algunos de nuestros hombres de ciencia sobre el asunto, considerándolas bajo el punto de vista kabalístico, son erróneas bajo muchos conceptos. Hartmann llama sus opiniones una preocupación *instintiva*. Además demuestra que ningún experimentador tendrá nada que hacer con la materia propiamente dicha, sino con las fuerzas en las que él la divide. Los efectos visibles de la materia son solo efectos de fuerza. Deduce de esto que todo lo que se llama hoy día materia no es nada más que la agregación de fuerzas atómicas para cuya denominación la palabra *materia* es empleada: fuera de lo cual, la palabra materia es para la ciencia un vocablo desprovisto de sentido. A pesar de muchas honradas confesiones de parte de nuestros especialistas, físicos, fisiólogos y químicos, de que nada saben respecto de la materia, (*) *ellos la divinizan*. Cada nuevo fenómeno para cuya explicación se sienten impotentes, es triturado, mezclado con incienso, y quemado en el altar de la diosa que patroniza á los sabios modernos.

(1) «Parerga», II, pp. 111, 112.

(2) Véase Huxley: «Base Física de la Vida.»

Nadie puede tratar este asunto tan bien como Schopenhauer en su *Parerga*. En esta obra discute con gran extensión el magnetismo animal, la doble vista, las curaciones por simpatía, la profecía, la magia, los agüeros, apariciones de espectros y otros fenómenos espirituales. «Todas estas manifestaciones—dice—son ramas de un mismo árbol, y nos proporcionan la prueba irrefutable de la existencia de una serie de entidades fundadas en un orden de cosas por completo distinto de la naturaleza que tiene su base en las leyes del espacio, tiempo y adaptación. Este orden de existencias es profundísimo, porque es el original y el directo; en su presencia las leyes comunes de la naturaleza, las cuales son simplemente formales, son inútiles; bajo su acción inmediata ni el tiempo ni el espacio separarán á los individuos, y la separación necesaria de estas formas no presenta ninguna barrera insuperable para el cambio de pensamientos, y la acción inmediata de la voluntad. En su manera de ser, los cambios pueden tener lugar por un proceso por completo distinto del curso de la causalidad física, por medio de una acción consistente en la manifestación de la voluntad operando en un sentido particular y exterior al mismo individuo. Sin embargo, el carácter peculiar de todas las manifestaciones antedichas es la *vision distante et actio in distante* (visión y acción á distancia), tanto en relación al tiempo como al espacio. Una acción tal, y á distancia, es justamente lo que constituye el carácter fundamental de lo que se llama *mágico*; pues tal es la acción inmediata de nuestra voluntad, una acción libertada de las condiciones causales de la acción física, ó sea el contacto.»

«Además—continúa Schopenhauer—estas manifestaciones nos presentan una contradicción perfectamente lógica y substancial, con respecto al materialismo, é igualmente al naturalismo, porque á la luz de tales manifestaciones, aquel orden de cosas en la naturaleza, que ambas filosofías pretenden presentarnos como absolutas y únicamente genuinas, aparecen ante nosotros, por el contrario, puramente fenomenales y superficiales, y conteniendo en su fondo una substancia de cosas *aparte* y perfectamente independientes de sus propias leyes. Por lo que estas manifestaciones, al menos desde un punto de vista puramente filosófico, entre todos los hechos que se nos han presentado bajo el dominio de la experiencia, son sin duda alguna las más importantes. Con todo, el deber de cada sabio es conocerlas.»⁽¹⁾

Pasar de las filosóficas especulaciones de un hombre como Schopenhauer á las generalizaciones superficiales de alguno de los Académicos franceses, sería inútil, pero lo haremos solo con el objeto de

(1) Schopenhauer: «Parerga», Art. «Voluntad en la Naturaleza».

que nos permita apreciar el poder intelectual de las dos escuelas científicas. Ya hemos visto que la alemana se ocupa de profundas cuestiones psicológicas. Comparémoslas con lo mejor que el astrónomo Babinet y el químico Bousingault pueden ofrecernos cuando se ocupan de la investigación de algún importante fenómeno espiritista. En 1854-55 estos distinguidos especialistas presentaban á la Academia una *memoria* ó monografía cuyo objeto evidente era corroborar, y al mismo tiempo aclarar, la en exceso complicada teoría del Dr. Chevreuil para la explicación de las mesas giratorias, por la comisión de investigación de la que era miembro.

Copiamos literalmente: «Respecto de los movimientos y oscilaciones *supuestas*, en ciertas mesas, no pueden ser originadas por más causas que por las *invisibles* é involuntarias vibraciones de los sistemas musculares de los experimentadores; la continuada contracción de los músculos manifestándose ella misma al cabo de cierto tiempo por una serie de vibraciones, se convierte así en un *temblor visible* que comunica al objeto un movimiento circunrotatorio. Esta rotación es capaz de manifestarse con energía considerable, por un movimiento acelerándose gradualmente, ó con una fuerte resistencia, siempre que se la quiera detener. De aquí la explicación física del fenómeno es clara y no debe ofrecer la menor dificultad.» (1)

Ninguna absolutamente. Esta hipótesis científica ó demostración, la podremos llamar así, es tan clara como una de las nebulosas de Mr. Babinet examinadas en una noche de niebla.

Y todavía, con toda su claridad, le falta una condición importante, el sentido común. No sabemos qué decidir sobre si Babinet acepta ó no, *en desespoir de cause*, la proposición de Hartmann que «los visibles *efectos de la materia* no son más que los *efectos de una fuerza*», y que para formar una concepción clara de la materia debemos tenerla antes de la fuerza. La filosofía de la escuela á la que pertenece Hartmann, y que en parte es aceptada por muchos de los grandes sabios alemanes, enseña que el problema de la materia será únicamente resuelto por aquella fuerza invisible á cuyo conocimiento llama Schopenhauer ciencia mágica y efecto mágico ó acción de la Voluntad. De todos modos tenemos que saber primero si las «vibraciones involuntarias del sistema muscular del experimentador», las que son únicamente acciones de la materia, son producidas por una voluntad existente *dentro* ó *fuera* del mismo. En el primer caso, Babinet le convierte en un epiléptico inconsciente; en el segundo lo desecha enteramente, como veremos después, y atribuye todas las contestaciones

(1) «Revue des Deux Mondes», Jan. 15, 1855, p. 108.

inteligentes de la mesa agil y sonora á un «ventriloquismo inconsciente.»

Sabemos que, en cada esfuerzo de la voluntad, el resultado es la fuerza, y que, en conformidad con la escuela alemana antes citada, las manifestaciones de las fuerzas atómicas son acciones individuales de la voluntad, dando por resultado la inconsciente emanación de átomos en imágenes concretas ya creadas subjetivamente por la voluntad. Demócrito enseñaba, según su maestro Leucippus, que los primeros principios de todas las cosas contenidas en el universo eran átomos, y sus *vacuums*. En sentido Kabalístico, el *vacuum* significa en este caso la Deidad *latente*, ó fuerza latente, la cual, en su primera manifestación, se convierte en VOLUNTAD y así comunica el primer impulso á estos átomos, cuya aglomeración constituye la materia. Este *vacuum* era conocido por otro nombre, el caos, nombre que no satisface, pues según los Peripatéticos «la naturaleza siente horror al vacío.»

Que antes de Demócrito, los antiguos estaban familiarizados con la idea de la indestructibilidad de la materia, sus alegorías y otros hechos numerosos nos lo prueban. Movers nos define la idea Fenicia acerca de la luz del Sol ideal emanando del Dios más elevado, IAO, «la luz concebible solo por la inteligencia, el Principio físico y espiritual de todas las cosas; del cual procede el alma.» Es la esencia masculina, mientras que la materia primitiva ó *Caos* es la femenina. De manera que los dos primeros principios, co-eternos é infinitos, eran ya para los Fenicios primitivos espíritu y materia. La teoría es tan antigua como el mundo; pues Demócrito no fué el primer filósofo que la enseñó, y la intuición existía ya en el hombre antes del desarrollo postrero de su razón. La negación de la infinita y eterna entidad poseedora de aquella Voluntad, á la que por falta de otro mejor damos el nombre de DIOS, es la causa de la impotencia de cada una de las ciencias materialistas para explicar los fenómenos ocultos. En el desprecio á *priori* de cualquier cosa que pueda obligarles á traspasar los límites de las ciencias exactas, y penetrar en el dominio de lo psicológico, y si se prefiere, de la fisiología metafísica, en él encontramos el secreto de su desconcierto á causa de las manifestaciones, y sus absurdas teorías para explicarlas. La filosofía antigua afirmaba, á consecuencia de la manifestación de aquella Voluntad llamada por Platón *La Idea Divina*, que todas las cosas visibles é invisibles entraban en la existencia. Y que así como aquella Idea Inteligente, solo dirigiendo su poder de voluntad al centro de fuerzas localizadas, evoca formas objetivas á la existencia, del mismo modo el hombre, el microcosmo del gran Macrocosmo, hace lo mismo, á proporción del desarrollo de su

poder volitivo. Los átomos imaginarios (una figura de discurso empleada por Demócrito, y aceptada por los materialistas de muy buena gana) se parecen á trabajadores automáticos, movidos interiormente por el influjo de la Voluntad Universal sobre ellos dirigida, la cual, manifestándose como fuerza, los lanza en actividad. El modelo de su estructura futura existe en el cerebro del Arquitecto, y refleja su voluntad; abstracta al principio, desde el momento de la concepción se hace concreta cuando estos átomos siguen fielmente cada línea, punto y figura trazada en la imaginación del Geómetra Divino.

Como Dios crea, así el hombre crea. Con la suficiente intensidad de voluntad, las formas creadas por la imaginación pasan á ser subjetivas; se las llama alucinaciones, aunque para su creador son tan reales como los objetos visibles lo son á cualquiera. Concentrando más intensa é inteligentemente la voluntad, las formas se concentran, se hacen visibles y objetivas; el hombre que ha aprendido el secreto de los secretos es un MÁGICO.

El materialista no puede á esto objetar nada, pues considera al pensamiento como materia. Concediéndoselo, el ingenioso mecanismo imaginado por el inventor, las escenas fantásticas nacidas en el cerebro del poeta, la brillante obra pintada por la imaginación de un artista, la incomparable estatua cincelada en el éter por el escultor, los palacios y castillos construidos en el aire por el arquitecto, todos estos, aunque invisibles y subjetivos, deben existir, porque á ellos los constituye materia formada y moldeada. ¿Quién podrá decir, pues, que no existan hombres de voluntad tan incontrastable que no puedan arrastrar estos vagos dibujos de la imaginación al mundo visible, envolviéndose en la dura cáscara de la sustancia grosera para hacerlos tangibles?

Si los sabios franceses no han recogido laureles en el nuevo campo de investigación, ¿no sucedió lo mismo en Inglaterra, hasta el día en que Mr. Crookes se ofreció en holocausto por los pecados del cuerpo científico? ¿Porqué Mr. Faraday, después de veinte años, actualmente condesciende á hablar una ó dos veces sobre el asunto? Faraday, cuyo nombre es pronunciado por los anti-espiritistas en cada discusión sobre los fenómenos, es una especie de amuleto científico contra el mal ojo del Espiritismo. ¡Faraday, que se avergonzaba de haber publicado sus investigaciones sobre una creencia tan degradante, está ahora bien probado que jamás vió una mesa giratoria moverse! No tenemos más que abrir unos pocos y extraviados números del *Journal des Debats*, publicados mientras un conocido medium escocés estaba en Inglaterra, para devolver á sucesos pasados su

primitiva frescura. En uno de estos números, el doctor Foucault, de París, aparece como un campeón en favor del eminente experimentador inglés. Dice: «Ruego no se crea que el gran físico ha condescendido consigo mismo hasta el punto de sentarse prosaicamente junto á una mesa moviente.» Entonces, ¿de dónde procede el rubor que teñía las mejillas del padre de la Filosofía Esperimental? Recordando este hecho, examinaremos ahora la naturaleza del precioso «Indicador» de Faraday, el extraordinario «Atrapa-Mediums» inventado por él para sorprender los fraudes medianímicos. Aquella máquina complicada, cuyo recuerdo turba á manera de pesadilla el sueño de los mediums tramposos, está descrita cuidadosamente en la *Question des esprits* del Marqués de Mirville.

Para probar bien á los experimentadores la realidad de su propia impulsión, el profesor Faraday colocaba varios discos de cartón unidos uno con otro y pegados á la mesa con una cola semi-líquida, la cual, si bien por algun tiempo conservaba su adherencia, cedía á una presión continuada. Ahora bien, habiendo girado la mesa, si *se había atrevido* á girar en presencia de Mister Faraday, lo que es un hecho de algun valor, los discos eran examinados al final; y como que se veía que gradualmente se habían separado, resbalando en la misma dirección que la mesa, daban la prueba incuestionable de que los experimentadores habían *empujado* la mesa ellos mismos.

Otro de los llamados comprobadores científicos, igualmente útil en fenómenos que se dice son espirituales ó psicológicos, consistía en un pequeño instrumento que avisaba la existencia del más ligero impulso personal, ó más bien, segun la expresión de Mr. Faraday, «les avisaba en el momento que pasaban del estado pasivo al activo.»

Esta aguja que revelaba el movimiento activo probaba sólo una cosa: la acción de una fuerza que, ó emanaba de los que estaban sentados, ó les dominaba. ¿Y quién ha dicho alguna vez que no existiese allí una fuerza tal? Todos admiten que esta fuerza pasa al través del operador, como se vé en general, ó actúa independientemente del mismo, cuyo caso es frecuente. «El misterio verdadero consiste en la desproporción entre la fuerza empleada por los operadores, quienes empujaban porque á ello se les obligaba, con respecto á ciertos efectos de rotación, ó más bien á otros en realidad maravillosos. En presencia de efectos tan prodigiosos, ¿cómo puede nadie imaginarse que experimentos liliputienses de esta especie puedan tener algún valor en este campo de gigantes hace poco descubierto?» (1)

(1) Marqués de Mirville: «Question des Esprits.»

El profesor Agassiz, que en América ocupaba poco más ó menos la misma posición que la que Mr. Faraday como sabio tenía en Inglaterra, obró todavía con mayor mala fé. El Profesor J. R. Buchanan, el distinguido antropólogo que se ha ocupado del Espiritismo en cierto modo, más científicamente que nadie en América, habla de Agassiz, en un reciente artículo, con justa indignación. Más que todos los demás hombres, el profesor Agassiz debía creer en un fenómeno que ha experimentado por sí mismo. Pero ahora que ambos, Faraday y Agassiz, están *desencarnados*, vale más que nos ocupemos de los vivos que de los muertos.

Así, una fuerza cuyos poderes secretos eran completamente familiares para los antiguos teurgistas es negada por los escépticos modernos. Los muchachos antediluvianos quizás jugaban con ella, empleándola como los de la raza futura de Bulwer Lytton emplean el terrible «*vril*», llamado el «Agua de Phtha»; sus descendientes la llamaban el *Anima Mundi*, el alma del universo, y mucho después los alquimistas de la Edad Media le dieron el nombre de «luz sideral» y además muchos otros: «Leche de la Virgen Celestial», «Magnes», etc. Pero nuestros hombres modernos é instruidos no quieren aceptarla ni reconocerla bajo tales nombres, porque pertenece á la *magia*, y la magia en su concepto es una grosera superstición.

Apolonio y Jámblico sostienen que «no del conocimiento de las cosas *exteriores*, sino de la perfección del alma *interna*, depende el imperio del hombre que aspira á ser más que los hombres.» (1) Así han llegado ellos al conocimiento de sus almas parecidas á dioses, de cuyos poderes hacían uso con toda la sabiduría alcanzada por el estudio esotérico del saber hermético que habían heredado de sus antepasados. Pero nuestros filósofos, encerrándose resueltamente en sus cortejas de carne, no pueden ó no se atreven á lanzar sus tímidas miradas más allá de lo *incomprensible*. Para ellos la vida futura no existe; sueños divinos no los tienen, los desprecian como anti-científicos; para ellos los hombres del pasado son sólo «ignorantes antecesores,» como les llaman; y todas las veces que en sus investigaciones fisiológicas encuentran un autor que cree que esta misteriosa ansiedad por la ciencia espiritual es inherente á cada uno de los seres humanos, y que no puede haberle sido dada en vano, le miran con despreciativa compasión.

Un proverbio persa dice: «Cuanto más oscuro esté el cielo, tanto más brillarán las estrellas». Así, en el negro firmamento de la Edad Media empezaron á aparecer los misteriosos Hermanos de la Rosa

(1) Bulwer-Lytton: «Zanoni».

Cruz. No formaban asociaciones, ni construían colegios; perseguidos en todas partes como bestias salvajes, cuando caían en manos de la Iglesia Cristiana eran asados sin ningún escrúpulo. «Como la religión prohíbe», dice Bayle, «derramar sangre,» por esto, «para no faltar á la máxima *Ecclesia non novit sanguinem*, quemaban á los seres humanos, como si quemando á un hombre no vertiesen su sangre!»

Muchos de estos místicos, por seguir lo que les enseñaban algunos manuscritos conservados secretamente de una generación á otra, llevaban á cabo descubrimientos que en nuestros días de ciencias exactas no serían despreciados. Rogerio Bacon, el fraile, de quien se burlaban como si fuese un charlatán, y es hoy día generalmente considerado como uno de los «pretendientes» al arte mágico, á pesar de que todos sus descubrimientos son aceptados y empleados en el día de hoy por todos aquellos que más le ridiculizan, Rogerio Bacon pertenecía de derecho, si no de hecho, á aquella Fraternidad que comprende á todos los que estudian las ciencias ocultas. Viviendo en el siglo trece, casi contemporáneo de Alberto el Magno y de Tomás de Aquino, sus descubrimientos, tales como la pólvora de cañón y las lentes, y además sus inventos mecánicos, eran considerados por la generalidad como otros tantos milagros. Era acusado de haber contraído pacto con el demonio.

En la historia legendaria de Rogerio Bacon, lo mismo que en una antigua comedia escrita por Robert Green, poeta dramático de la época de la Reina Isabel, se dice que, habiendo sido llevado ante el Rey, se le pidió mostrase algo de su saber ante su majestad la Reina. Agitó su mano (*his wand*, dice el texto), é inmediatamente se oyó una música tan admirable, que ninguno de los presentes había oído otra igual. Aumentó entonces la música en intensidad, y aparecieron cuatro seres que bailaron hasta que se desvanecieron en el aire. Agitó de nuevo su mano, y súbitamente se difundió un perfume tan exquisito, «como si todos los más ricos y delicados del mundo hubiesen sido preparados de la mejor manera que el arte puede hacer.» Habiendo entonces Rogerio Bacon prometido á un caballero de los presentes que le haría ver á su querida, recorrió unas colgaduras de la habitación del Rey, y todos los presentes vieron una cocinera con un cucharón en la mano. Tan pronto como el orgulloso caballero vió á la mujer, la cual desapareció con tanta rapidez como había aparecido, encolerizado con aquel espectáculo humillante, amenazó al fraile con su venganza. «No amenace V., no sea que le avergüence más, y procure V. tener cuidado de no decir otra vez que los sabios mienten,» fué lo que le contestó el fraile.

Como comentario á lo anterior, un historiador (*) moderno observa: «Esto puede ser tomado como un ejemplo de cierta clase de exhibiciones que probablemente eran el resultado de un *conocimiento superior* de las ciencias naturales.» Nadie ha dudado nunca que fuese el resultado de tales conocimientos, y los herméticos, mágicos, astrólogos y alquimistas jamás han pretendido otra cosa. A la verdad, no es suya la culpa si las masas ignorantes, bajo la influencia de un clero poco escrupuloso y fanático, han atribuido todos esos fenómenos á la influencia del diablo. En presencia de las horribles torturas con que la Inquisición castigaba á todos aquellos de quienes sospechaba que se dedicaban á la magia negra ó á la blanca, no es extraño que estos filósofos no hiciesen gala de sus poderes ni diesen á conocer siquiera que los poseían. Por el contrario, sus propios escritos prueban que para ellos la magia «no es mas que la aplicación de las causas naturales activas á las cosas pasivas ó sujetos, por medio de las cuales se producen efectos terriblemente sorprendentes pero, sin embargo, naturales.»

El fenómeno de los místicos olores y música exhibido por Rogerio Bacon ha sido observado con frecuencia en nuestros propios tiempos. Sin decir nada respecto de nuestra experiencia personal, corresponsales ingleses de la Sociedad Teosófica nos han informado de que armonías de la música más encantadora no procedente de ningun instrumento visible, y olores deliciosos eran producidos, como ellos creían, por medio de espíritus. Uno de los corresponsales nos dice que uno de estos olores conocidos, el de sándalo, era tan fuerte que la casa quedó impregnada de él durante muchos meses. El medium en este caso era miembro de una familia, y los experimentos tenían lugar en un círculo doméstico. Otro describe lo que él llama un «golpe *musical*.» Las potencias que son en la actualidad capaces de producir estos fenómenos deben haber existido y gozado de las mismas posibilidades en tiempo de Rogerio Bacon. Respecto de las apariciones, basta con decir que tienen lugar en la actualidad en los círculos espiritistas, y que hombres de ciencia hay que de ello dan fé, por lo que su evocación por Rogerio Bacon es más que probable sea cierta.

Bautista Porta en su tratado de *Magia Natural* cita un catálogo de fórmulas secretas para producir efectos extraordinarios mediante el empleo de los poderes ocultos de la naturaleza. Aunque los «mágicos» creían con tanta fé como los espiritistas del día en un mundo de espíritus invisibles, ninguno de ellos pretendía producir sus efectos por medio de su dirección ó con solo su ayuda. Sabían demasiado bien

(1) T. Wright: «Narraciones de Brujería y de Magia.»

cuán difícil es retener á las criaturas elementarias, una vez que han encontrado la puerta abierta de par en par. Del mismo modo, la magia de los antiguos caldeos era sólo un profundo conocimiento de los poderes de los simples y minerales. Únicamente cuando el amigo deseaba el auxilio *divino* en asuntos espirituales ó terrenales era cuando debía comunicar directamente por medio de ritos religiosos con las puras esencias espirituales. Todos estos espíritus que permanecen invisibles y que comunican con los mortales, despertando sus sentidos internos como en la clarevidencia, elariaudiencia y en el éxtasis, podían ser evocados por ellos sólo *subjetivamente* y como una consecuencia de la pureza de su vida y plegaria. Todos los fenómenos eran producidos tan sólo por la aplicación de los conocimientos de las fuerzas naturales, aunque no ciertamente por el método de prestidigitación que nuestros encantadores modernos emplean.

Los hombres que poseen tales conocimientos y ejercitan estos poderes pacientemente, trabajan por algo superior á la vana gloria de una faina pasajera. Sin buscarla, logran la inmortalidad, la que alcanzan siempre aquellos que trabajan para el bien de una raza, olvidándose de sí mismos. Iluminados por la luz de la verdad eterna, estos ricos-pobres alquimistas fijaban su atención en las cosas que permanecen más allá de la visión común, reconociendo sólo inescrutable la Causa Primera, y no encontrando ninguna cuestión insoluble. Atreverse, saber, querer y GUARDAR SILENCIO, era su regla constante; el ser caritativos, no conocer el egoísmo y carecer de ambición, eran en ellos espontáneos impulsos. Desdeñando los provechos del comercio mezquino, despreciando las riquezas, el lujo, la pompa, y el poder mundano, su aspiración era la ciencia como la más satisfactoria de todas las adquisiciones. Consideraban á la pobreza, al hambre, al trabajo y á los malos tratos de los hombres, como cosas sin importancia ante el logro de sus ideales. Ellos, que podían haber dormido en suaves lechos cubiertos de terciopelo, consentían en morir junto á los caminos y en los hospitales, antes que envilecer sus almas satisfaciendo la profana avaricia de todos aquellos que intentaban triunfar de sus votos sagrados. Las vidas de Paracelso, Cornelio Agrippa y Philaletes, son demasiado bien conocidas para que repitamos la antigua y triste historia.

Si los espiritistas están ansiosos de conservarse estrictamente dogmáticos en sus nociones acerca del mundo de los espíritus, no deben emplear *sabios* para la investigación de sus fenómenos en el verdadero espíritu experimental. La tentativa tendría por resultado, seguramente, un parcial re-descubrimiento de la magia de la antigüedad:

la de Moisés y Paracelso. Bajo la engañosa belleza de alguna de sus apariciones, podrían encontrar las sílfides y ondinas de los Rosacruces, jugando en las corrientes de la fuerza *psíquica* y *ódica*.

Ya Mr. Crookes, quien acredita completamente el *sér*, siente que el suave cutis de Katie cubre una apariencia de corazón prestado parcialmente por el medium y la concurrencia; allí no hay *alma*! Y los eruditos autores del *Universo Invisible*, abandonando su teoría «electro-biológica», empiezan á percibir en el éter la *posibilidad* de que sea un álbum fotográfico de EN-SOPH, el Infinito.

Estamos muy distantes de creer que todos los espíritus que se comunican en las sesiones pertenezcan á las clases llamadas «Elementales» y «Elementarios». Muchos, especialmente entre los que obligan al medium subjetivamente á hablar, escribir y á obrar en distintos sentidos, son espíritus humanos desencarnados. Que la mayoría de tales espíritus sean buenos ó *malos*, en gran parte depende de la moralidad privada del medium, mucho tambien de la concurrencia presente, y extraordinariamente de la intensidad y objeto de su intención. Si este objeto es sólo satisfacer la curiosidad y pasar el tiempo, es inútil esperar algo serio. Pero en ningún caso los espíritus humanos pueden *jamás* materializarse por sí mismos en *propia persona*. Estos nunca aparecerán al investigador revestidos de carne caliente y sólida, con manos y caras suaves y cuerpos groseramente materiales. Lo más que pueden hacer es proyectar su reflexión etérea en las ondulaciones atmosféricas, y si el contacto de sus manos y vestiduras puede en ocasiones ser objetivo para los sentidos de mortales vivientes, lo será á manera de una brisa pasando suavemente por el punto tocado, no como la sensación de una mano humana ó de un cuerpo material.

Es inútil sostener que los «espíritus materializados» que por sí mismos han aparecido con corazones que laten y voz sonora (con ó sin trompeta) son espíritus *humanos*.

Las voces (sí un sonido tal puede ser llamado así) de una aparición espiritual, una vez oídas, difícilmente se olvidan. La de un espíritu puro es parecida al trémulo murmullo de una lejana arpa *edica*; la voz de un espíritu doliente, y por lo tanto impuro, si no completamente malo, puede ser comparada á una voz humana procedente de un barril vacío.

No es esta *nuestra* filosofía, sino la de innumerables generaciones de teurgos y de magos, y basada en su experiencia práctica. El testimonio de la antigüedad es positivo en este asunto: Δειμονίων Φωναί ἀνεροποιεῖται ... (1) Las voces de los espíritus no son articuladas. La voz de

(1) Véase «Dodone» y «Dieu et les dieux,» de Des Mousseaux, p. 326.

los espíritus consiste en una serie de sonidos que producen la impresión de una columna de aire comprimido ascendiendo de abajo arriba y esparciéndose en torno del interlocutor viviente.

Los muchos testigos de vista que dan fé en el caso de Elisabeth Eslinger; principalmente: (1) el comisario-gobernador de la cárcel de Weinsberg, Mayer, Eckhart, Theurer y Knorr (juran la realidad), Düttenhöfer, y Kapff, el matemático, atestiguan que vieron la aparición *parecida á una columna de nubes*. Durante once semanas, el Doctor Kerner y sus hijos, varios ministros luteranos, el abogado Fraas, el grabador Düttenhöfer, dos médicos, Siefer y Sicherer, el juez Heyd, y el Barón de Hugel, con muchos otros, siguieron diariamente esta manifestación. Durante el tiempo que tenía lugar, la presa Elisabeth oraba en alta voz sin interrupción; como al mismo tiempo el espíritu estaba hablando, no podía ser un caso de ventriloquismo; y aquella voz, dicen ellos, «nada tenía de humana, nadie podía imitar sus sonidos.»

Más adelante daremos abundantes pruebas procedentes de autores antiguos, concernientes á esta descuidada verdad. Aseguramos únicamente otra vez que ningun espíritu de los que los espiritistas han pretendido que eran humanos lo ha probado en términos suficientes. La influencia de los *desencarnados* puede ser sentida y comunicada *subjetivamente* por ellos á los sensitivos. Ellos darán lugar á manifestaciones *objetivas*, pero no las llevarán á cabo de otra manera que como antes hemos dicho. Podrán apoderarse del cuerpo del medium y expresar sus deseos é ideas por los diversos medios bien conocidos de los espiritistas, pero no *materializar* lo que es inmaterializable y puramente espiritual: su *divina esencia*. Cada «materialización» así llamada, cuando es genuina, es producida quizás ó por la voluntad de aquel espíritu cuya «aparición» se pide y que lo mejor que puede la produce, ó por los mismos duendes elementarios, los cuales son en general demasiado estúpidos para merecer el honor de ser llamados demonios. Muy raras son las ocasiones en que los espiritistas son capaces de subyugar y dirigir á estos seres sin alma, los cuales siempre están prontos á tomar nombres pomposos si se les permite; y tanto es así, que el perverso espíritu «del aire», formado á semejanza de la imagen real del espíritu humano, será movido por éste lo mismo que un muñeco, é incapaz de hacer nada ni de pronunciar ninguna palabra que no le sea impuesta por el «*alma inmortal*». Pero esto requiere condiciones generalmente desconocidas en los cír-

(1) «Apariciones», traducido por C. Crowe, pp. 388, 391, 399.

culos y aun por los espiritistas más acostumbrados á las sesiones celebradas regularmente. No puede cualquiera que lo desee, atraer espíritus *humanos*. Una de las atracciones más poderosas para los que se han marchado de la tierra es su intenso cariño hacia aquellos que en ella han dejado. Los arrastra irresistiblemente por grados á la corriente de Luz Astral que vibra entre la persona á ellos simpática y el Alma Universal. Otra condición muy importante es la armonía y la pureza magnética de las personas presentes.

Si esta filosofía es falsa, si todas las formas «materializadas» apareciendo en oscuros aposentos, desde gabinetes más oscuros todavía, son espíritus de hombres que han vivido en esta tierra, ¿porqué semejante diferencia entre ellos y los *espectros* que aparecen inopinadamente *exabrupto*, sin gabinete y sin medium? ¿Quién no ha oído hablar de las apariciones de «almas» intranquilas, vagando por los alrededores de los sitios en que se cometió un asesinato, ó volviendo por alguna razón propia y misteriosa, con manos calientes, cuyo contacto es como *de carne viva*, y que, si no se supiese que estaban muertas y enterradas, no serían distinguibles de los mortales vivientes?

Conocemos casos bien probados de tales apariciones, haciéndose por sí mismas súbitamente visibles; pero nunca durante la incipiente era de «materializaciones» hemos visto nada á ellas parecido. En el *Medium and Day Break* de 8 de Septiembre 1876, leemos una carta de una señora que, viajando por el continente, describe un suceso que tuvo lugar en una casa hechizada. Dice:.... «Un extraño ruido procedía de un rincón oscuro de la biblioteca,..... mirando, vió ella una nube ó columna de vapor luminoso;..... el espíritu encadenado á la tierra vagaba por el sitio maldecido por sus acciones perversas...» Como este espíritu era indudablemente una *legítima* aparición elementaria, la cual se hacía visible por su propia y libre voluntad; en resumidas cuentas, una *sombra*, era, como cada fantasma respetable sería, visible, pero impalpable; ó si era palpable, despues de todo, comunicando al tacto la sensación de una porción de agua, súbitamente cogida por la mano, ó de vapor caliente y condensado. Era *luminoso y vaporoso*; por algo nosotros diremos que debía ser la real sombra personal del «espíritu» perseguido y ligado á la tierra, sea por sus propios remordimientos ó crímenes, ó por los de otra persona ó espíritu. Los misterios de después de la muerte son muchos, y las modernas «materializaciones» sólo sirven para rebajarlos y ridiculizarlos á los ojos de los indiferentes.

A estas afirmaciones puede oponerse un hecho bien sabido entre los espiritistas. *El autor ha certificado públicamente haber visto*

semejantes formas materializadas. Así hemos hecho nosotros seguramente y estamos dispuestos á repetir el testimonio. En tales figuras hemos reconocido representaciones visibles de conocidos, amigos y hasta de parientes. Les hemos oído en unión de muchos otros espectadores pronunciar palabras en lenguas desconocidas, no sólo para el medium, sino para todos los que en la habitación estaban, excepto para nosotros; desconocidas para casi todos los mediums de América y de Europa, pues eran lenguas de tribus y pueblos orientales. En su tiempo, estos ejemplos eran considerados como pruebas concluyentes de la verdadera facultad medianímica del inculto arrendador Vermont que se sentaba en el «gabinete.» Pero sin embargo, aquellas figuras no eran las formas de las personas que aparentaban ser. Eran sencillamente sus estatuas, sus retratos, construidas, animadas y movidas por los elementarios. Si previamente no hemos dilucidado este punto, ha sido porque el público espiritista no estaba dispuesto entonces, ni siquiera para escuchar la fundamental proposición de que existen espíritus elementales y elementarios. Desde aquel tiempo, este asunto ha visto la luz pública y ha sido discutido más ó menos abiertamente. Es menos aventurado ahora el lanzar en el impaciente mar de la crítica á la mohosa filosofía de los antiguos sabios, porque cierta preparación de la mente del público que ha tenido lugar permite se la considere con imparcialidad y serriamente. Dos años de agitación han producido un cambio favorable muy marcado.

Pausanias escribe que cuatrocientos años despues de la batalla de Marathon, se oían todavía, en el punto en que tuvo lugar, los *relinchos de los caballos* y la gritería de los soldados fantasmas. Suponiendo que los espectros de los soldados muertos fuesen sus verdaderos espíritus, eran á manera de fantasmas, no hombres materializados. ¿Quién, ó qué, entonces, producía el relinchar de los caballos? ¿«Espíritus» *Equinos*? Y si falsamente se decide que los caballos carecen de espíritu, lo cual seguramente ningun zoólogo, fisiólogo ó psicólogo, ni siquiera los espiritistas, pueden probar ó dejar de probar, debemos deducir que eran las «almas inmortales» de los hombres las que en Marathon relinchaban para dar mayor vida á la batalla histórica y hacerla más dramática. Los fantasmas de perros, gatos y de otros varios animales han sido vistos repetidas veces, y el testimonio del mundo entero es tan digno de crédito respecto de los mismos como en lo que se refiere á las apariciones humanas. ¿Quién ó qué personifica, si se nos permite tal expresión, á los espectros de animales muertos? ¿Son los espíritus humanos? En el terreno en que el asunto permanece no hay salida posible; ó admitimos que los animales tienen alma y espíritu

que sobreviven lo mismo que los nuestros, ó hay que sostener con Porfirio que existe en el mundo visible una especie de embusteros y maliciosos demonios, séres intermedios entre los hombres vivientes y los «dioses», que gozan apareciendo bajo todas las formas imaginables, empezando por la forma humana y acabando por las de diversos animales (1).

Antes de aventurarnos á decidir la cuestión de si las formas espectrales de animales, vistas con tanta frecuencia, son espíritus de animales muertos, debemos considerar cuidadosamente su manera de conducirse.

¿Obran estos espectros en armonía con sus costumbres, y demuestran los mismos instintos que los animales durante su vida? ¿Siguen los animales carniceros en busca de su presa, y los tímidos huyendo de la presencia del hombre, ó bien éstos dan muestra de una maligna disposición para molestar, por completo contradictoria con su naturaleza? Muchas víctimas de estas obsesiones, especialmente las de Salem y de otras hechicerías históricas, atestiguan haber visto perros, gatos, cerditos y otros animales, entrar en sus habitaciones, morderles, subirse encima de ellos mientras dormían, *hablarles, y con frecuencia incitarles al suicidio y á otros crímenes*. En el bien atestiguado caso de Elizabeth Eslinger, mencionado por el Dr. Kerner, la aparición del antiguo sacerdote de Wimmenthal (2) iba acompañada por un gran perro negro, al cual llamaba su padre, cuyo perro, en presencia de numerosos testigos, saltaba encima de todas las camas de los presos. Otra vez el sacerdote apareció con un cordero, y algunas con dos corderos. A más de todo esto, Salem era acusada por los sortilegios que hacía consultando y maquinando maldades con pájaros amarillos que se posaban sobre sus hombros ó en las vigas de encima de su cabeza. (3) A menos de despreciar el testimonio de millares de testigos, en todas las partes del mundo y en todas las épocas, y de conceder un monopolio de hechicería á los mediums modernos, los espectros de animales aparecen y se manifiestan bajo los peores caracteres de la naturaleza humana depravada, sin ser por esto ellos humanos. ¿Qué pueden ser entonces, más que elementales?

Descartes era uno de los pocos que creían y se atrevían á decir que á la medicina se deberán descubrimientos destinados á extender el dominio de la filosofía; y Brierre de Boismont no sólo participaba de estas esperanzas, sino que abiertamente confesaba sus simpatías

(1) «De Abstinencia», etc.

(2) C. Crowe: «De las Apariciones», p. 398.

(3) Upham: «Salem Witchcraft.»

para con el «supernaturalismo», que consideraba como la «gran creencia» universal. «.....Nosotros pensamos con Guizot», dice, «que la existencia de la sociedad depende de ello. Es inútil que la razón moderna, la cual, á pesar de todo su *positivismo*, no puede explicar la causa íntima del fenómeno, *deseche lo sobrenatural*; éste es universal y existe en la raíz de todos los corazones. Las más elevadas inteligencias son con frecuencia sus más ardientes discípulos (1).»

Cristobal Colón descubrió la América, y Américo Vespucio alcanzó la gloria y usurpó lo que no era suyo. Teofrasto Paracelso descubrió las propiedades ocultas del imán, «el hueso del Horus», que veinte siglos antes había desempeñado un papel tan importante en los teúrgicos misterios, y naturalmente, él fué el fundador de la escuela de magnetismo de la Edad Media, y de la teurgia-mágica. Pero Mesmer, que vivió cerca de trescientos años después, y que como discípulo de su escuela llevó sus maravillas ante el público, alcanzó la gloria que pertenecía al filósofo del fuego, al paso que el gran maestro murió en un hospital!

Así es el mundo: nuevos descubrimientos procedentes de antiguas ciencias; hombres nuevos y la misma vieja naturaleza.

(1) Brierre de Boismont: «De las Alucinaciones», p. 60.

CAPÍTULO III.

«El espejo del alma no puede reflejar á la vez á la tierra y al cielo; y la una desaparece de su superficie tan pronto como el otro se refleja en el fondo.»

ZANONI

«Qui, donc, t'a donné la mission d'annoncer au peuple que la Divinité n'existe pas: quel avantage trouves-tu á persuader á l'homme qu'une force aveugle préside á ses destinées et frappe au hasard le crime et la vertu?»

ROBESPIERRE (Discurso), Mayo, 7, 1794.

CREEMOS que pocos de estos fenómenos físicos, cuando son verdaderos, son debidos á espíritus humanos desencarnados. Igualmente, tanto los producidos por las fuerzas ocultas de la naturaleza como los que tienen lugar por medio de unos pocos verdaderos mediums, y que son concienzudamente llevados á cabo por los llamados «juglares» de la India y del Egipto, merecen una investigación cuidadosa y seria por parte de la ciencia; especialmente ahora que un número considerable de autoridades respetables han dado fe de que en muchos casos la hipótesis de fraude no puede tenerse en cuenta. Nadie duda de que existen «hechiceros» de profesión que pueden llevar á cabo cosas más estupendas que todos los «John Kings» americanos é ingleses juntos. Que Robert Houdin puede hacerlo es incuestionable, pero esto no era obstáculo para que se burlase descaradamente de los académicos, cuando deseaban éstos que asegurase en los periódicos que él podía hacer que una mesa girase, ó por golpes contestase á preguntas *sin contacto de manos*, sólo estando *la mesa preparada*. (1)

El hecho sólo de que un conocido prestidigitador de Londres rehusó aceptar un desafío de 1000 libras que le fué propuesto por Mr. Algernon Joy (2) para que produjese tales manifestaciones del modo que generalmente los mediums las obtienen, á no ser con la condición de que tenía que ser completamente dueño de sus acciones y estar libre de

(1) Véase de Mirville (Question des esprits), y las otras obras sobre los «fenómenos Espiritistas», por de Gasparin.

(2) Secretario honorario de la Asociación nacional de Espiritistas de Londres.

la vigilancia de comisión alguna, es una circunstancia negativa para este *exposé* de los fenómenos ocultos. Por hábiles que sean, les desafiamos á reproducir bajo las *mismas condiciones* las habilidades exhibidas por los más vulgares *juglares* indios. Por ejemplo, que el lugar del acto sea escogido por los investigadores en el momento de ir á empezar, y sin que el juglar conozca nada absolutamente acerca del mismo; el experimento debe verificarse en pleno día y sin la menor preparación, sin ningun compadre, solo con un niño desnudo en absoluto y estando el juglar semi-desnudo también. Despues de lo cual, escogeríamos de toda la colección tres *juegos*, los más comunes entre tales juglares públicos, y que hace poco han presenciado varios caballeros pertenecientes al séquito del Príncipe de Gales: 1.º Transformar una rupia herméticamente encerrada en la mano de un incrédulo en una culebra viva, cuya mordedura sería fatal, como demostrará el examen de sus colmillos. 2.º Hacer que una semilla escogida por casualidad entre los espectadores y plantada del mismo modo en un tiesto, proporcionado por los mismos escépticos, crezca y madure y dé frutos en menos de un cuarto de hora. 3.º Tenderse uno mismo encima de tres espadas clavadas con sus empuñaduras en tierra y perpendiculares con sus agudas puntas hacia arriba; despues de lo cual, quitando una de ellas, despues la otra y al cabo de algunos segundos la última, permanezca el juglar tendido al aire libre, y milagrosamente suspendido á una vara del suelo. Cuando cualquier prestidigitador, empezando por Houdin y acabando por el último charlatán que ha conseguido frases halagüeñas atacando al Espiritismo, haga *lo mismo*, entonces, pero entonces tan sólo, se nos obligará á creer que el género humano ha procedido del dedo posterior del pie del *Orohíppus* Eoceno de Mr. Huxley.

Aseguramos otra vez, y con plena confianza, que no existe brujo de profesión, sea en el Norte, en el Sur, ó en el Oeste que pueda ni remotamente competir en sus hazañas con estos abandonados y desnudos hijos del Oriente. Estos no necesitan ningun *Egyptian Hall* para sus experimentos, ni tampoco preparaciones ni ensayos; pero están siempre dispuestos en todo momento á llamar en su auxilio á los ocultos poderes de la naturaleza, los cuales son un libro cerrado, tanto para los sabios como para los prestidigitadores europeos. Con razón dice Elihu, «los grandes hombres no siempre son sabios; nada hace al viejo entrar en razón.» (1) Repetiremos la observación del teólogo inglés, Dr. Henry More, que dice: «....á la verdad, si el género humano conservase alguna modestia, las historias de la Biblia debe-

(1) Job.

rían probar plenamente á los hombres que existen espíritus y ángeles». El mismo hombre eminente añade: «Considero como un suceso providencial que..... recientes ejemplos de apariciones despierten en nuestras inteligencias entorpecidas y aletargadas la seguridad de que existen otros seres próximos á todos los que están revestidos de grosera tierra ó arcilla..... Demostrándonos esta certeza la existencia de malos espíritus, queda la puerta abierta para que creamos en los espíritus buenos, y por fin en la existencia de Dios.» El ejemplo citado antes lleva consigo una moralidad, no únicamente para los sabios, sino también para los teólogos. Los hombres que tienen su lugar en el púlpito y en las cátedras profesionales muestran continua y públicamente lo poco que de psicología conocen, despreciando las ocasiones de estudio que en su camino encuentran y haciéndose más ridículos á los ojos del estudiante concienzudo. La opinión pública en este punto ha sido formada por saltimbanquis y pseudo-sabios, indignos de consideración respetuosa.

El desarrollo de la ciencia psicológica ha sido tardío, más por el ridículo lanzado sobre los que á ella se dedican que por dificultades inherentes á su estudio. La frívola risa del sabio con chichonera, ó la de los necios á la moda, han contribuído más á conservar al hombre en la ignorancia de sus imperiales poderes psíquicos, que todas las oscuridades, obstáculos y peligros que se agrupan en torno del asunto. Este es en especial el caso de los fenómenos espiritistas. El haber sido confiada su investigación á gente incapaz se debe al hecho de que los hombres de ciencia, quienes podían y debían haber estudiado, se han asustado ante las exageradas pretensiones, las chanzas mezquinas y el clamor impertinente de todos los que no son dignos siquiera de anudar sus zapatos. La cobardía moral existe también en las cátedras de las Universidades.

La vitalidad inherente al espiritismo moderno la prueba el que sobrevive al desprecio del cuerpo científico y á la estrepitosa jactancia de sus pretendidos introductores. Si empezamos con el despreciativo desdén de los patriarcas de la ciencia, como Faraday y Brewster, y concluimos con los profesionales *exposés* del afortunado remedador de los fenómenos de Londres, nos encontraremos con que ninguno de ellos nos da ni un solo argumento siquiera, bien establecido, en contra de la ocurrencia de tales manifestaciones espiritistas. «Mi teoría es,» dice este individuo en su reciente *soi-disant expose*, «que Mr. Williams se vestía y personificaba á John King y á Peter. Nadie probará que no era así.» Así vemos que, á pesar del altivo tono que adopta al afirmarlo, es después de todo sólo una teoría, y los espiritistas pueden re-

chazarla sobre el expositor y pedirle que demuestre lo que afirma.

Pero los más inveterados y acérrimos enemigos del Espiritismo pertenecen á una clase afortunadamente compuesta de pocos individuos, los cuales, á pesar de esto, gritan muy fuerte y afirman sus opiniones con un estrépito digno de mejor causa. Son estos los *pretendientes* á la ciencia de la joven América, una clase mestiza de pseudo-filósofos mencionados al principio de este capítulo, sin más derechos á ser considerados como sabios que la posesión de una máquina eléctrica ó el haber dado á luz algun trabajo pueril sobre la locura ó la mediomanía. Tales hombres son, si les creis á ellos, pensadores y fisiólogos profundos; nuestra metafísica sin sentido nada tiene que ver con ellos; son los positivistas, los que se amamantan con la inteligencia de Augusto Compte, cuyos pechos se dilatan con el pensamiento de arrancar á la engañada humanidad de los negros abismos de la superstición y de reconstruir el Cosmos bajo mejores principios. Irascibles, psicóforos, el más sangriento ultraje que se les puede inferir es el decirles que poseen un espíritu inmortal. De oírles á ellos, puede uno imaginar que las únicas almas que existen en los hombres y en las mujeres son almas «científicas» ó «anticientíficas»; sea la clase de alma que sea (*).

Hará cosa de treinta ó cuarenta años en Francia que Augusto Compte, alumno de la *École Polytechnique*, que había pertenecido varios años al establecimiento como auxiliar de Cálculo diferencial é integral y de Mecánica racional, se despertó un día con la muy irracional idea de convertirse en un profeta. En América los profetas pueden encontrarse en cada esquina; en Europa son tan raros como los cisnes negros. Pero Francia es el campo de las novedades. Augusto Compte se convirtió en un profeta; y es algunas veces tan epidémica la moda, que hasta en la grave Inglaterra fué durante algun tiempo considerado como el Newton del siglo diez y nueve.

La epidemia se extendió, y andando el tiempo, invadió cual fuego devorador la Alemania, Inglaterra y América. Encontró adeptos en Francia, pero el entusiasmo de éstos no fué muy largo. El profeta necesitaba dinero y sus discípulos no se lo querían dar. La admiración febril por una religión sin Dios se enfrió tan rápidamente como había empezado; de todos los entusiastas apóstoles del profeta sólo quedó allí uno digno de alguna atención. Era el famoso filólogo Littré, miembro del Instituto de Francia y que *hubiera querido* pertenecer á la Academia Imperial de Ciencias, pero á quien el arzobispo de Orleans impedía maliciosamente el llegar á ser uno de los «Inmortales.» (*)

(1) Véase «Lecciones sobre la Mediomanía y la locura,» por el Dr. F. R. Marvin.

(2) Vaporeau: «Biographie Contemporaine», art. Littré; y Des Mousseaux: Les Hauts Phénomènes de la Magie, ch. 6.

El filósofo matemático, el gran sacerdote de la «religión del porvenir», enseñaba su doctrina como hacen todos sus hermanos profetas de nuestros tiempos. Divinizaba á la «mujer» y le proporcionaba un altar; pero la diosa tenía que pagar por su uso. Los racionalistas se han burlado de las aberraciones mentales de Fourier, han ridiculizado á los Sansimonianos, y su desprecio con respecto al Espiritismo no reconoce límites. Los mismos racionalistas y materialistas son cogidos á manera de gorriones atolondrados por la liga de la retórica del nuevo profeta. Un anhelo por alguna divinidad, un deseo impaciente por lo «desconocido», es un sentimiento inherente al hombre, del cual no se libran ni siquiera los ateos más endurecidos. Engañados por el brillo aparente de este *ignis fatuus*, sus discípulos le siguieron hasta que se encontraron pugnando por sacar los piés de un pantano sin fondo.

Cubiertos con la máscara de una falsa erudición, los positivistas de este país se han organizado en clubs y comités con el designio de desarraigar el Espiritismo, mientras pretenden investigar acerca del mismo imparcialmente.

Demasiado tímidos para desafiar á las iglesias y doctrinas cristianas, procuran zapar aquello sobre lo que toda religión se funda, la fe del hombre en Dios y en su propia inmortalidad. Su política consiste en ridiculizar lo que ofrece una inesperada base para una tal fe: el Espiritismo fenomenal. Atacándolo por su costado más debil, se aprovechan de la carencia de un método inductivo y de las exageraciones que se encuentran en las doctrinas trascendentales de sus propagandistas. Apoyándose en su impopularidad y desplegando un denuedo tan furioso y fuera de lugar, como el del andante caballero de la Mancha, reclaman reconocimiento como filántropos y bienhechores por querer destruir una superstición tan monstruosa.

Permitásenos ver hasta qué grado la tan alabada religión de Comte para el porvenir es superior al Espiritismo, y cómo sus fieles necesitan el amparo de los asilos de lunáticos más que los mediums, á los que oficiosamente se recomiendan y por los cuales se han mostrado tan solícitos. Antes de empezar, llamamos la atención sobre el hecho de que por lo menos las tres cuartas partes de los rasgos desagradables observados en el Espiritismo moderno pueden directamente atribuirse á aventureros materialistas que pretendían ser espiritistas. Comte ha descrito asquerosamente á la mujer del porvenir formada de un modo artificial. Es la hermana mayor únicamente del ideal cipriota de los partidarios del amor libre. La inmunidad en lo que se refiere á lo futuro, ofrecida por las enseñanzas de sus locos discípulos, se ha inoculado á algunos pseudo-espiritistas, hasta el punto de lle-

varles á constituir asociaciones comunistas. Ninguna de ellas, sin embargo, ha alcanzado larga vida. Siendo su rasgo característico un animalismo materialista, dorado con una delgada hoja de un dublé filosófico engalanado con una combinación de difíciles nombres griegos, la comunidad no podía experimentar más que un mal resultado.

Platón, en su quinto libro de la *República*, propone un medio para mejorar la raza humana, por la eliminación de los individuos enfermos ó deformes, y unión de los mejores ejemplares de ambos sexos. No era de esperar que «el genio de nuestro siglo», á pesar de ser un profeta, sacase de su cerebro algo enteramente nuevo.

Compte era un matemático. Combinando hábilmente antiguas utopias, dió colorido al conjunto, y perfeccionando la idea de Platón, la materializó, y presentó al mundo la mayor monstruosidad que ha emanado de la humana inteligencia.

Pedimos al lector tenga presente que no atacamos á Compte como filósofo, y sí sólo como reformador. En la irremediable oscuridad de sus opiniones políticas, filosóficas y religiosas encontramos con frecuencia observaciones é ideas en las que una profunda lógica y rectitud de pensamiento rivalizan con la brillantez de su interpretación. Pero solo son relámpagos que en una negra noche le deslumbran á uno, para dejarle enseguida sumido en tinieblas más impenetrables. Escogiendo y condenando en sus distintas obras, podría formarse un volumen de aforismos originales de verdad, dando una clara y en realidad ingeniosa definición de la mayor parte de nuestros males sociales; pero sería inútil buscar, sea en la fastidiosa serie de los seis volúmenes de su *Curso de Filosofía Positiva*, ó en la parodia de religión en forma de diálogo, titulada *El Catecismo de la Religión del Positivismo*, ninguna idea que sugiera ni siquiera algún remedio provisional para tales males. Sus discípulos quieren suponer que las sublimes doctrinas de su profeta no eran comprendidas *por el vulgo*. Comparando los dogmas predicados por el Positivismo con los ejemplos prácticos de sus apóstoles, confesamos la posibilidad de la existencia de alguna doctrina acromática en el fondo del mismo. Mientras el «gran sacerdote» predica que «la mujer debe cesar de ser la *hembra* del hombre», (1) al paso que las teorías de los legisladores positivistas respecto del matrimonio y de la familia consisten en hacer de la mujer la mera compañera del hombre, libertándola de toda función maternal; (2) y mientras que están preparando para lo futuro una institución para aquellas funciones, aplicando á la «casta mujer» una

(1) A. Compte: «*Système de Politique Positive*», vol. I, p. 203, &.

(2) A. Compte: «*Système de Politique Positive*», vol. I, p. 203, &.

«fuerza latente,» (1) algunos de los sacerdotes propuestos predicar abiertamente la poligamia, y otros afirman que sus doctrinas son la quinta esencia de la filosofía espiritual.

Segun la opinión del clero romano, el cual padece una pesadilla crónica del diablo, Comte ofrece «su mujer del porvenir» á la posesión de los «incubos» (2). Segun la opinión de personas más prosaicas, la *Divinidad* del Positivismo debe de aquí en adelante ser considerada como una especie de pesadilla bípeda. También Littré hace prudentes restricciones al aceptar el apostolado de religión tan maravillosa. Esto es lo que escribía en 1859:

«Mr. Comte piensa que no sólo ha encontrado los principios, trazado los perfiles y proporcionado el método, sino que cree que ha deducido las consecuencias y construido el edificio social y religioso del porvenir. En esta *segunda* división es en la que hacemos nuestras reservas, declarando al mismo tiempo que aceptamos como una herencia la totalidad de la primera (3).»

Más lejos, dice: «Mr. Comte, en una grande obra titulada *Sistema de Filosofía Positiva* establece las bases de una filosofía (?) que debe finalmente suplantarse á cada Teología y á toda Metafísica. Una obra tal contiene por necesidad la aplicación directa al gobierno de las sociedades y no tiene nada de arbitrario en sí misma (?), y como encontramos en ella una *ciencia real* (?), mi adhesión á los principios envuelve mi adhesión á las consecuencias.»

Mr. Littré ha demostrado por sí mismo ser un verdadero hijo del profeta. A la verdad, todo el sistema de Comte nos parece que ha sido edificado en un juego de palabras. Cuando ellos dicen *Positivismo*, léase *Nihilismo*; cuando oigais la palabra *castidad*, sabed que significa *impureza*; y así sucesivamente. Siendo una religión fundada en una teoría de negación, sus secuaces pueden difícilmente llevarla al término de la práctica sin decir que lo blanco es negro.

«La Filosofía Positiva», continua Littré, «no acepta el ateísmo, porque el ateo no es una inteligencia realmente emancipada, sino que es, en su modo de ser, todavía un teólogo; da su explicación acerca de la esencia de las cosas, y *no sabe* cómo ellas empiezan!.... Ateísmo es Panteísmo; este sistema es todavía completamente teológico, y así, pertenece al antiguo partido». (4)

En realidad sería perder el tiempo el continuar citando algunas

(1) A. Comte: «*Système de Politique Positive*», vol. I, p. 203, &.

(2) Véase des Mosseaux: «*Hauts Fénomènes de la Magie*», cap. 6.

(3) Littré: «*Paroles de Philosophie Positive*.»

(4) Littré: «*Paroles de Philosophie Positive*,» VII, 57.

más de estas disertaciones paradójicas. Compte llegó á la apoteosis del absurdo cuando, después de haber inventado su filosofía, la bautizó con el nombre de «Religión». Y como es costumbre en estos casos, los discípulos le han sobrepujado en el terreno de lo absurdo. Supuestos filósofos que brillan en las academias americanas de Compte, como un *lampyris noctiluca* al lado de un planeta, no nos dejan ninguna duda acerca de su creencia, y oponen el sistema de pensamiento y vida elaborado por el apóstol francés á la «necesidad» del Espiritismo, por supuesto en ventaja del primero. «Destruid y tendreis que reemplazar», exclama el autor del *Catecismo de la Religión del Positivismo* citando á Cassaudiere, pero sin conformarse con su pensamiento; y sus discípulos nos muestran por qué aborrecible sistema ansían reemplazar al Cristianismo, al Espiritismo y hasta á la Ciencia.

«El Positivismo», perora uno de ellos, «es una doctrina integral; desprecia por completo todas las formas de creencia, sean teológicas, sean metafísicas, todas las formas de supernaturalismo, y por consiguiente el Espiritualismo. El verdadero espíritu positivo consiste en sustituir el estudio de las leyes invariables de los fenómenos por el de sus así llamadas causas, sean próximas ó primarias. En este terreno, desprecia igualmente el ateísmo, porque el ateo es en el fondo un teólogo—añade, plagiando sentencias de las obras de Littré—el ateo no desecha los problemas teológicos, sino únicamente la solución de los mismos, y por consiguiente es ilógico. Nosotros los *Positivistas*, desechamos también el problema, puesto que lo consideramos completamente inaccesible para la inteligencia y no queremos gastar nuestras fuerzas en vanas investigaciones acerca de la primera y última causa. Como veis, el Positivismo da una completa explicación (?) del mundo, del hombre, de sus deberes y destino.....» (1).

Muy brillante es todo esto; y ahora, por vía de contraste, exponremos lo que un gran sabio en realidad, el Profesor Hare, piensa de este sistema. «La filosofía positiva de Compte», dice, «es, después de todo, meramente negativa. Admite Compte que nada sabe respecto de las fuentes y causas de las leyes de la naturaleza; que su organización es tan completamente inescrutable, que es inútil perder el tiempo en ninguna investigación de este género... Por consiguiente, su doctrina confiesa una completa ignorancia respecto de las causas de las leyes y los medios por los cuales están establecidas, y no puede tener más base que el argumento negativo, antes citado, como objeción á los hechos probados en lo que se refiere á la creación espiritual. Así, mientras el ateo señala su dominio material, el Espiritismo quiere erigir

(1) «Espiritismo y Charlatanismo.»

dentro y fuera del mismo espacio un dominio de una importancia mucho mayor, como es la eternidad en relación á la duración de la vida humana, y las ilimitadas regiones de las estrellas fijas, al espacio habitable de este globo.» (1)

En resumen, el Positivismo se propone destruir la Teología, Metafísica, Espiritismo, Ateísmo, Materialismo, Panteísmo y Ciencia, y debe concluir destruyéndose á sí mismo. De Mirville piensa que, de acuerdo con el positivismo, «el orden empezará á reinar en la inteligencia humana sólo el día en que la psicología llegue á ser considerada como una especie de *purgante cerebral*, y la historia como un purgante social». El moderno Mohammed empieza por desembarazar al hombre y á la mujer de Dios y su propia alma, y entonces involuntariamente desentraña su propia doctrina con la en exceso cortante espada de la Metafísica, pensando siempre que prescinde de ella, y que desecha así todo vestigio de filosofía.

En 1864, M. Paul Janet, miembro del Instituto, pronunció un discurso sobre el Positivismo, en el que encontramos las siguientes notables palabras:

«Existen algunas inteligencias que se han desarrollado y alimentado con las ciencias exactas y positivas, y las cuales, sin embargo, sienten una especie de impulso instintivo hacia la filosofía. Pueden satisfacer este instinto únicamente con los elementos que ya tienen á mano. Ignorando las ciencias psicológicas, habiendo sólo estudiado los rudimentos de la Metafísica, todavía están dispuestos á combatir á esta misma Metafísica, lo mismo que á la Psicología, á pesar de saber tan poco de la una como de la otra. Después de hecho esto, imaginan haber fundado una Ciencia Positiva, cuando después de todo, lo que han hecho ha sido construir una nueva, incompleta y mutilada teoría metafísica. Se arrojan ellos mismos la autoridad é infalibilidad que propiamente pertenecen sólo á las verdaderas ciencias, todas aquellas que se fundan en la experiencia y en el cálculo; una tal autoridad les falta para sus ideas defectuosas, que pertenecen después de todo á la misma clase que todas aquellas que ellos combaten. De aquí la debilidad de su situación, la ruina final de sus ideas, las que pronto serán esparcidas á los cuatro vientos»(2).

Los Positivistas de América han hecho todo lo posible con sus esfuerzos infatigables para derrumbar el Espiritismo. Para dar una muestra de su imparcialidad, proponen cuestiones tan nuevas como

(1) Prof. Hare: «Del Positivismo», p. 29.

(2) «Journal del Debats», 1864. Véase también des Mosseaux: «Hauts Phenomènes de la Magie.»

las siguientes: «¿Qué grado de verdad racional existe en los dogmas de la Inmaculada Concepción, de la Trinidad y de la Transubstanciación, si son sometidos á demostraciones fisiológicas, matemáticas y químicas? Y se atreven á decir que las ilusiones del Espiritismo no sobrepujan en lo absurdo á estas creencias eminentemente respetables». Muy bien. Pero no existe ni un solo absurdo teológico ni ninguna ilusión espiritista que pueda competir en depravación y en imbecilidad con la noción positivista de la «fecundación artificial». Negándose á sí mismos toda idea de una causa primera y final, aplican sus locas teorías á la formación de una mujer imposible para la adoración de las generaciones futuras; á la viviente é inmortal compañera del hombre, querrían sustituir el fetiche indio femenino del Obeah, el ídolo de madera que es atracado todos los días de huevos de serpiente para que el calor del Sol los empole!

Y ahora se nos permitirá preguntar, en nombre del sentido común, ¿porqué los místicos Cristianos tienen que ser ridiculizados por su credulidad, y los Espiritistas ser destinados á Bedlam, cuando una *religión* que acepta absurdos tan asquerosos encuentra partidarios entre los mismos académicos, cuando tan insanas rapsodias como la siguiente pueden ser pronunciadas por la boca de Compté y admiradas por sus discípulos? «Estoy deslumbrado; mis ojos se abren de día en día más ante la creciente coincidencia, ante el adviento social del *misterio femenino* y la decadencia mental del sacramento de la Eucaristía. ¡Ya la Virgen ha destronado á Dios en la mente de los Católicos meridionales! El Positivismo realiza la utopía de los tiempos medios representando á todos los miembros de la gran familia como procedentes de *una virgen madre sin marido...*» Y otra vez, después de establecer *el modus operandi*: «El desarrollo del *nuevo procedimiento* pronto será causa de la aparición de una casta sin herencia, mejor adaptada que la producida por la procreación vulgar, á proporcionar jefes espirituales y hasta temporales, cuya autoridad se fundaría en un origen verdaderamente superior, el cual *no se acobardaría ante ninguna investigación.*» (1)

Después de esto, podemos con razón preguntar si en las «ilusiones del Espiritismo» ó en los «misterios del Cristianismo» se encuentra algo tan descabellado como este ideal de la «raza del porvenir.» Si la tendencia al materialismo no es rudamente desmentida por la conducta de algunos de sus partidarios, quienes predicán públicamente la poligamia, imaginamos que exista ó no exista una estirpe sacerdotal

(1) *Philosophie Positive*, vol. IV, pág. 279.

así engendrada, no veremos ningún fin de tal prole: el linaje de «madres sin maridos».

¡Cuán natural es que una filosofía que pretende engendrar una casta semejante de didácticos incubos exprese por la pluma de uno de sus más habladores publicistas los sentimientos siguientes: «Esta es una época triste, muy triste, (1) llena de creencias muertas y moribundas, rebosando de perezosos devotos enviados á investigaciones inútiles respecto de los dioses que se fueron. Pero es una época gloriosa, resplandeciente con la dorada luz que brota del sol de la ciencia que se eleva! ¿Qué haremos nosotros por todos aquellos *que han naufragado en la fe y han quebrado en inteligencia*,.... que buscan apoyo en las *ilusiones del Espiritismo* ó del trascendentalismo ó en las *fri volidades del mesmerismo*?...»

El *ignis fatuus*, imagen favorita ahora para muchos filósofos raquíuticos, ha tenido que luchar para que se le reconozca. No hace mucho tiempo que el fenómeno ahora familiar era enérgicamente negado por un corresponsal del *Times* de Londres, cuyas afirmaciones tuvieron autoridad hasta que la obra del Dr. Phipson, apoyada en el testimonio de Beccaria, Humboldt y otros naturalistas, zanjó la cuestión. (2) Los positivistas deben escoger una expresión más feliz, y al mismo tiempo procurar estar al tanto de los descubrimientos de la ciencia. Tocante al mesmerismo, en muchos puntos de Alemania ha sido adoptado y es empleado públicamente con éxito verdadero en más de un hospital; sus ocultas propiedades han sido bien demostradas, y son creídas por médicos cuya eminencia, sabiduría y fama merecida el presumido conferenciante sobre mediums y locura no puede esperar igualar.

Tenemos que añadir unas pocas palabras, antes de abandonar este asunto desagradable. Hemos encontrado positivistas muy felices con la ilusión de que los más *grandes sabios* de Europa eran Comptistas. Si sus pretensiones son fundadas en lo que se refiere á otros *savants*, no lo sabemos, pero Huxley, á quien toda Europa considera como uno de sus sabios más eminentes, lo más decididamente que puede declina aquel honor, y el doctor Mundsley sigue sus pasos.

En una conferencia dada por el primero en 1868, en Edimburgo, sobre *La base física de vida*, se muestra muy sorprendido de la libertad que con él se tomó el Arzobispo de York, al identificarle con la filosofía de de Comte. «Estoy completamente convencido», dice Mr. Huxley, «de que el muy reverendo prelado puede dialécticamente

(1) Dr. F. R. Marvin: «Discurso sobre la Locura».

(2) Véase Howitt: «Historia de lo Sobrenatural», vol. II.

hacer pedazos á Mr. Compte como á un Agag moderno, y no seré yo quien detenga su mano. Todo lo que he estudiado referente á lo que caracteriza de un modo especial á la filosofía positiva me ha conducido á encontrar que en ella hay muy poco ó nada que tenga valor científico, y que una gran parte de la misma está en *tan completo antagonismo con la verdadera esencia científica, como con cualquier cosa perteneciente al Catolicismo ultramontano*. De hecho, la filosofía de Compte en la práctica puede en resumen definirse como el *Catolicismo menos el Cristianismo*». Más allá se indigna Huxley, y acusa á los escoceses de ingratitud por haber permitido al Obispo presentar facilmente á Compte como el fundador de una filosofía que pertenece á Hume. «Era suficiente—exclama el profesor—para remover los huesos de Hume en su tumba, que aquí, casi á distancia para ser oído desde su casa, un auditorio interesado pudiese haber escuchado sin un murmullo, mientras sus más características doctrinas eran atribuidas á un escritor francés de hace unos cincuenta años, en cuyas tristes y difusas páginas echamos de menos el vigor de pensamientos y la claridad de estilo....» (1)

¡Pobre Compte! Ahora resulta que los más elevados representantes de su filosofía en este país, al menos, están reducidos á «un físico, un médico especialista en enfermedades nerviosas, y un abogado». Un crítico muy satírico puso como mote á este trio desesperado, «una *triada anómala*, la cual, en medio de sus árduos trabajos no encuentra tiempo para familiarizarse con los principios y leyes de su lenguaje.» (2)

Para concluir, los positivistas no descuidan ningún medio para vencer el Espiritismo en provecho de su *religión*. Sus grandes sacerdotes, sin descanso hacen sonar las trompetas, y aunque los muros de ninguna Jericó moderna van á convertirse en polvo derrumbándose á su sople, no perdonan medios para alcanzar el objeto deseado. Sus paradojas son únicas en su género, y sus acusaciones contra los Espiritistas lógicamente irresistibles. En un reciente discurso se observa que «El exclusivo ejercicio del instinto *religioso* produce la inmoralidad sexual. Sacerdotes, monjes, monjas, santos, extáticos y devotos son famosos por sus impurezas.» (3)

Nos consideramos dichosos con poder hacer observar que, mientras el Positivismo estúpidamente se proclama á sí mismo una religión, el

(1) Prof. Huxley: «Base Física de Vida».

(2) Es con referencia á una carta que apareció hace algún tiempo en un periódico de New-York, firmada por tres personas, titulándose ellas mismas como decimos arriba, y diciendo ser un comité científico, comisionado desde dos años antes, para investigar los fenómenos espiritistas. La crítica de la triada apareció en la «New-Era magazine.»

(3) Dr. Marvin: «Discurso sobre la Locura», N.-Y., 1875.

Espiritismo jamás ha pretendido ser otra cosa que una ciencia, una filosofía naciente, ó más bien una investigación de las ocultas y todavía inexplicables fuerzas de la naturaleza. La objetividad de sus varios fenómenos ha sido demostrada por más de uno de los representantes de la ciencia y fátuamente negada por sus « monos. »

Finalmente, debe observarse que nuestros positivistas, que tratan con tan poca consideración á cada uno de los fenómenos psicológicos, se parecen al retórico Samuel Butler, quien

«no podía abrir
su boca, que no saliese de ella un *tropo*. »

Quisiéramos nosotros no tener aquí ocasión ninguna de dirigir nuestra ojeada de crítico más allá del círculo de mamarrachos y de pedantes que impropiamente llevan el título de hombres de ciencia. Pero también es innegable que la manera de tratar los asuntos nuevos por todos aquellos que ocupan un rango elevado en el mundo científico, con demasiada frecuencia es aceptado como un dogma á pesar de que muchas veces es digno de censura. La prudencia, hija de un hábito fijo de investigaciones experimentales, el avance intentado de opinión en opinión, el crédito concedido á autoridades reconocidas, todo alimenta un conservadorismo de pensamiento, que naturalmente conduce al dogmatismo. Con demasiada frecuencia, el premio de un progreso científico es el martirio ú ostracismo del innovador. El reformador de laboratorio debe, por decirlo así, atacar á la bayoneta la ciudadela de la costumbre y de las preocupaciones. Es raro que una mano amiga deje entornada una puerta trasera. Procuraré pasar desconocido por entre las ruidosas protestas y las críticas impertinentes de la gente de poco más ó menos que están en la antesala de la ciencia. La hostilidad de la otra clase es el peligro real que el innovador debe mirar cara á cara y vencer. La ciencia crece muy rápidamente, pero el gran cuerpo científico aparenta ignorarlo. En todas ocasiones han hecho todo cuanto ha estado de su parte para hacer naufragar el nuevo invento juntamente con el inventor. La palma es para aquel que con su valor individual, intuición y perseverancia ha sabido resistir. Pocas son las fuerzas de la naturaleza que, una vez anunciadas, no se hayan burlado de ellas y las hayan considerado como absurdas y anti-científicas. Humillando el orgullo de todos aquellos que nada habían descubierto, no era prudente por más tiempo dejar de prestar atención á las justas reclamaciones de aquellos á quienes hasta se había negado el derecho de hacer examinar sus descubrimientos, y entonces ¡desgraciadamente para la pobre y egoísta humanidad! ¡estos

mismos descubridores con demasiada frecuencia se convierten en los oponentes y los opresores á su vez de otros más modernos exploradores del dominio de la ley natural! Así, paso á paso, el género humano se mueve en rededor de su circunscrito círculo de conocimientos, la ciencia constantemente corrigiendo sus errores, y acomodando al día siguiente las teorías erróneas del anterior. Esto es lo que ha sucedido, no tan sólo en cuestiones pertenecientes á la psicología, como el mesmerismo en su doble sentido como fenómeno físico y espiritual, sino también con descubrimientos relacionados directamente con las ciencias exactas, lo cual es bien fácil de demostrar.

¿Qué es lo que debemos hacer? ¿Debemos evocar el pasado desagradable? ¿Debemos indicar que los sabios de la Edad Media convenían con el clero en negar el sistema Heliocéntrico, por miedo de chocar con el dogma eclesiástico? ¿Recordaremos el modo como ilustrados conquisólogos han negado que las conchas fósiles que se encuentran esparcidas por toda la tierra hayan estado habitadas por seres vivientes? ¿Diremos que los naturalistas del siglo XVIII declaraban que aquellas eran sólo meros facsímiles de animales? ¿Y la manera como estos naturalistas se destrozaban, discutían, peleaban é insultaban durante casi un siglo por estas momias venerables de pasadas épocas, hasta que Buffon decidió el dilema probando á los negadores que se habían equivocado? Con seguridad una concha de ostra es cualquier cosa menos trascendente, y debe ser un objeto completamente palpable para estudiarla exactamente; y si los sabios no pueden coincidir en sus opiniones con respecto á esto, es muy difícil que podamos esperar que crean en todas aquellas formas evanescentes, como manos, caras y algunas veces cuerpos enteros que aparecen en las sesiones de mediums espiritistas, cuando éstos son de buena fé y genuinos.

Existe una cierta obra cuya lectura sería muy provechosa para los hombres de ciencia escépticos durante sus ratos de ocio. Es un libro publicado por Flourens, el Secretario perpetuo de la Academia francesa, llamado *Historia de las investigaciones de Buffon*. El autor hace ver el modo como el gran naturalista combatió, y finalmente venció á los partidarios de la teoría del *fac-símile*; y cómo todavía siguieron ellos negando todo lo que existe bajo el sol, hasta llegar la sabia corporación á ser atacada á veces por una furia, una epidemia de negación. Negó á Franklin y á su electricidad; se burló de Fulton y de su vapor concentrado; propuso al ingeniero Perdonnet para una camisa de fuerza, á causa de su ofrecimiento para construir ferrocarriles; puso á Harvey fuera de sí, y proclamó á Bernard de Palissy « tan estúpido como uno de sus cacharros! »

En su obra con frecuencia citada, *Conflicto entre la Religión y la Ciencia*, el Profesor Draper muestra una propensión decidida á no tener en cuenta el fiel de la balanza de la justicia, y á atribuir al clero solo todos los impedimentos con los que la ciencia ha tropezado en su progreso. Con todo el respeto y admiración que es debido á este sabio y elocuente escritor, es nuestro deber protestar y dar á cada uno lo suyo. Muchos de los descubrimientos mencionados antes son citados por el autor del *Conflicto*. En cada caso denuncia la agría oposición por parte del clero, pero guarda silencio respecto de la oposición que invariablemente todo innovador ha encontrado en la ciencia. Su reclamación en pro de la ciencia, que «sabiduría es poder,» es indudablemente justa. Pero el abuso de poder, proceda de un exceso de sabiduría ó de ignorancia, es igualmente pernicioso en sus efectos. Además el clero hoy día calla. Sus protestas serían ahora difícilmente escuchadas en el mundo científico. Pero mientras que la Teología está escondida bajo tierra, los sabios han empuñado el cetro del despotismo con las dos manos y lo emplean á manera de la flamígera espada del querubín en el Edén, para separar al pueblo del árbol inmortal de vida y aprisionarlo en este mundo de materia perecedera.

El editor del *Espirista* de Londres, en su contestación á la crítica del Dr. Gully, de la teoría de la nebulosa de fuego de Mr. Tyndall, dice que si todos los espiritistas no son asados vivos en Smithfield en el presente siglo, deben esta extraordinaria clemencia á la ciencia únicamente. Bien, admitamos que los sabios son indirectamente los bienhechores públicos en este caso, considerando que la quema de hombres eruditos ya pasó de moda. Pero ¿estará de más el preguntar si la actitud manifestada contra la doctrina espiritista por Faraday, Tyndall, Huxley, Agassiz y otros no dá motivo para sospechar que si estos sabios caballeros y sus partidarios hubiesen dispuesto del poder ilimitado que un tiempo tuvo la Inquisición, los espiritistas se hubieran encontrado tan tranquilos y seguros como hoy día? Aun suponiendo que no pueden abrasar á los creyentes en la existencia de un mundo de espíritus porque hoy no se usa quemar á la gente viva, ¿dejan ellos de enviar á Bedlam á todos los espiritistas que pueden? ¿Dejan acaso de llamarnos «monomaniacos incurables,» «locos alucinados,» «adoradores de fetiches» y otras cosas por el estilo?

A la verdad, no podemos ver qué es lo que ha dado lugar á una muestra de gratitud tal por parte del editor del *Espirista* de Londres, respecto á la benévola protección de los hombres de ciencia. Creemos que el reciente proceso Lankester-Donkin-Slade, en Londres, debe por fin haber abierto los ojos á los espiritistas en exceso optimis-

tas, demostrándoles que el materialismo tenaz con frecuencia es más estúpidamente ciego que el mismo fanatismo religioso.

Una de las mejores producciones de la pluma del Profesor Tyndall es el cáustico trabajo sobre *Martineau y Materialismo*. Y al mismo tiempo es uno de los que, andando los tiempos, indudablemente su autor se apresurará á corregir ciertas imperdonables expresiones groseras. Por el momento no nos ocuparemos de estas, y sólo consideraremos lo que dice respecto al fenómeno de la conciencia. Cita en esta cuestión á Mr. Martineau: «Un hombre puede decir: siento, pienso, amo; pero ¿de qué manera la conciencia obra en el problema?» Y contesta así: «El paso de lo físico del cerebro á los hechos correspondientes de la conciencia, es inconcebible. Concedido que un pensamiento definitivo y una acción molecular en el cerebro ocurren simultáneamente; nosotros no poseemos el órgano intelectual ni al parecer ningún rudimento de este órgano que nos facilite el pasar por una serie de razonamientos del uno al otro. Ellos aparecen juntos, *pero nosotros no sabemos porqué*. Si fuesen nuestras inteligencias tan vastas, tan sólidas, tan claras, para permitirnos ver y sentir las verdaderas moléculas del cérebro; si fuésemos capaces de seguir todos sus movimientos, todas sus agrupaciones, todas sus descargas eléctricas, si tales cosas allí tienen lugar; y estuviésemos perfectamente enterados de los correspondientes estados de pensamiento y sentimiento, nos encontraríamos tan lejos como siempre de la solución del problema. ¿Cómo están relacionados estos procesos físicos con los hechos de la conciencia? El abismo entre las dos clases de fenómenos permanecerá todavía infranqueable.»(1)

Este abismo, tan infranqueable para el profesor Tyndall como la nebulosa de fuego en donde el sabio se encuentra con su causa incognoscible, es una barrera tan sólo para hombres sin intuición espiritual. El profesor Buchanan, en sus *Bosquejos de discursos acerca del sistema Neurológico en la Antropología*, obra escrita sobre el año 1854, da indicaciones que si los semi-sabios hiciesen caso de ellas, comprenderían la manera como puede tenderse un puente al través del temible abismo. Es uno de los lugares en los que el pensamiento, germen de las cosechas futuras, está guardado por un presente frugal. Pero el edificio del materialismo hállase edificado por completo sobre aquella grosera sub-estructura, la razón. *Cuando hayan extendido sus posibilidades hasta los últimos límites, sus profesores podrán únicamente revelarnos un universo de moléculas animadas por un oculto impulso*. El mejor diagnóstico para la enfermedad de nuestros sabios lo

(1) Tyndall: «Fragmentos de Ciencia».

podemos encontrar en el análisis del estado mental del clero ultramontano, por el profesor Tyndall, por medio de un ligero cambio de nombres. En lugar de «guías espirituales», léase «sabios»; por «pre-científico pasado», sustitúyase «presente materialista»; en donde dice «espíritu», entiéndase «ciencia», y en el párrafo siguiente tenemos un retrato lleno de vida del moderno hombre de ciencia, dibujado de mano maestra:

«.....Sus guías espirituales viven tan exclusivamente en el pre-científico pasado, que á pesar de existir entre ellos inteligencias robustas, están atrofiadas con respecto á las verdades científicas. Ojos tienen, y no ven; oídos, y no oyen; porque ambos, ojos y oídos, están ocupados por las visiones y sonidos de otras épocas. Bajo el punto de vista científico, el cerebro ultramontano, por falta de ejercicio, está virtualmente tan poco desarrollado como el cerebro de un niño. Y así tan niños en conocimientos científicos como poderosos poseedores de poder espiritual entre los ignorantes, sostienen y fuerzan á practicar cosas suficientes para hacer que los colores de la vergüenza aparezcan en las mejillas de los más inteligentes de entre ellos.» (1) El Ocultista sostiene este espejo á la ciencia para que se contemple á sí misma.

Según las primeras leyes establecidas por el hombre y que la historia recuerda, nunca ha existido un pueblo que, para resolver en cuestiones de vida ó muerte de alguno de sus ciudadanos, no exigiese el testimonio de dos ó tres testigos fidedignos. «Por boca de dos testigos ó tres testigos deberá el que es digno de muerte ser condenado á muerte»(2), dice Moisés, el primer legislador que encontramos en la historia antigua. «Las leyes que condenan á muerte á un hombre por la declaración de un solo testigo son fatales para la libertad», dice Montesquieu. «La razón reclama por lo menos dos testigos»(3).

El valor de la evidencia ha sido tácitamente concedido y aceptado en cada país. Pero los sabios no aceptarían la evidencia ni de un millón de testigos en contra de uno. En vano doscientos mil hombres dan fé de los hechos, *Oculos habent et non vident*. Están decididos á permanecer ciegos y sordos. Treinta años de demostraciones prácticas y el testimonio de algunos millones de creyentes en América y Europa tienen derecho á algun respeto y consideración. Y tanto más cuando el veredicto de doce espiritistas, influyendo en la evidencia atestiguada por otros dos, es suficiente para mandar hasta á un sabio á columpiarse en la horca por un crimen quizás cometido bajo el impulso

(1) Tyndall: Prólogo á «Fragmentos de Ciencia.»

(2) Deuteronomio, cap. xvii 6.

(3) Montesquieu: *Esprit des lois*, I, xii, cap. 3.

debido á una conmoción entre las moléculas cerebrales desenfrenadas por un conocimiento interior de una futura y moral RETRIBUCIÓN.

A la ciencia, como un todo, como un don divino, todo el mundo civilizado debe mirarla con respeto y veneración; por la ciencia sólo es capaz el hombre de comprender á la Divinidad por la verdadera apreciación de sus obras. «*Ciencia es la comprensión de la verdad ó realidades,*» dice Webster; «es una investigación de la verdad *por sí misma* y el empeño para alcanzar el conocimiento puro.» Si la definición es correcta, entonces la mayoría de nuestros sabios han probado la falsedad de su diosa. «¡La verdad por sí misma!» ¿Y en dónde deben ser buscadas las claves para cada una de las verdades en la naturaleza, sino en los hasta aquí inexplorados misterios de la psicología? Por desgracia, al interrogar á la naturaleza, muchos hombres de ciencia remilgadamente separan los hechos y escogen únicamente aquellos que mejor sirven de almohadón para sus preocupaciones.

La psicología no tiene peores enemigos que los pertenecientes á la escuela *alopática* en medicina. Es inútil recordarle que de todas las llamadas ciencias exactas, la medicina ciertamente es la que menos merece este nombre. Sin embargo, entre todas las ramas de la ciencia médica, debe la psicología, más que ninguna otra, ser estudiada por los médicos; sin su auxilio, su práctica degenera en una serie de tentativas con éxito mas ó menos probable, dependiente de la suerte y de la intuición; casi todos ellos la desprecian. Es considerado como una heregia lo que se aparta de sus doctrinas promulgadas, y aunque un sistema curativo impopular y no reconocido esté demostrado que ha salvado á millares, se les ve siempre dispuestos como un solo hombre á agarrarse á hipótesis y prescripciones ya aceptadas, y á denigrar al innovador y á la innovación hasta que ellos ponen el sello de *regularidad*. Millares de pacientes desgraciados pueden morir mientras tanto, pero con tal que el honor profesional quede vindicado, aquello es de una importancia secundaria.

Teóricamente es la más benigna, pero al mismo tiempo ninguna otra escuela científica ha dado tantas muestras de miserables preocupaciones de materialismo, de ateísmo y de maliciosa testarudez como la medicina. Las predilecciones y protección de los principales médicos, pocas veces son motivadas por la utilidad de un descubrimiento. La sangría como remedio, las ventosas, la lanceta, han tenido su merecida desgracia; el agua, unas veces dada á voluntad á los pacientes con calentura, otras veces negándosela, los baños calientes han sido sustituidos por los frios, y durante algun tiempo la hidrote-rapia fué una verdadera manía. La corteza de quina, que un defensor

moderno de la autoridad bíblica pretende identificarla con el paradisiaco «Arbol de la Vida» (1) y la cual fué llevada á España en 1632, fué abandonada durante muchos años. La Iglesia, una vez al menos, demostró más penetración que la ciencia. A petición del Cardenal de Lugo, Inocencio X le dió el prestigio de su nombre poderoso.

En un antiguo libro titulado *Demonologia*, el autor cita muchos ejemplos de importantes remedios que, desdeñados al principio, han sido conocidos después, gracias á un nuevo accidente. También demuestra que la mayor parte de los nuevos descubrimientos en medicina son no más que la «resurrección y re-adopción de muy antiguas prácticas.» Durante el siglo pasado, la raiz del helecho macho era vendida y muy ponderada como un remedio secreto para la curación efectiva de la *tenia* por Mad. Nouffleur, una curandera. El secreto le costó á Luis XV una fuerte suma; después de lo cual, los médicos descubrieron que era recomendado y administrado en aquella enfermedad por Galeno. Los famosos polvos del Duque de Portland para la gota, eran el *discentaureón* de Cœlius-Aurelianus. Después se supo que había sido empleado por los primitivos escritores en medicina, quienes á su vez lo habían encontrado en los antiguos escritos de los filósofos griegos. Lo mismo sucede con el *agua medicinal* del doctor Husson, cuyo nombre lleva. Este famoso remedio para la gota se ha reconocido, á pesar de su nueva máscara, ser el *Colchicum autumnale*, ó villorita, la cual es idéntica á una planta llamada *Hermodactylus*, cuyos méritos como antidoto contra la gota los reconoció y defendió Oribasius, un gran médico del siglo cuarto, y Ætius Amidenus, otro eminente facultativo de Alejandría (siglo quinto). Posteriormente fué abandonado, y cayó en desgracia sólo porque era demasiado viejo para ser considerado bueno por los miembros de las facultades de medicina, que florecían al final del siglo pasado.

Igualmente el gran Magendie, el sabio fisiólogo, no ha descubierto más que lo que lo había sido ya y encontrado bueno por los más antiguos médicos. Su remedio propuesto contra la consunción, especialmente el uso del ácido prúsico, puede verse en las obras de Lumœus, *Amenitates Academicæ*, vol. iv, en donde prueba que el agua de laurel destilada ha sido usada con gran éxito en la consunción pulmonar. Plinio también asegura que el extracto de almendras y huesos de cecezas ha curado las toses más obstinadas. Y el autor de *Demonologia* observa con razón que puede ser afirmado con toda seguridad que «todas las varias preparaciones secretas del opio que han sido celebradas como descubrimientos de los tiempos modernos se pueden reco-

(1) C. B. Warring.

nocer en las obras de los autores antiguos,» tan desacreditados en nuestros días.

Está completamente admitido que desde tiempo inmemorial, el Oriente remoto era el centro de los conocimientos. Ni en Egipto la botánica y la mineralogía eran estudiadas tan extensamente como en la arcaica Asia Central. Sprengel, á pesar de lo injusto y prevenido que se muestra en todo, lo confiesa claramente en su *Historia de la Medicina*, y aun siempre que discute algún punto que se relaciona con la magia, la que en la India apenas se ha mostrado á nadie, pues de su práctica en aquel país se conoce menos que en otro cualquiera de los pueblos antiguos. Entre los indios tenía un carácter más esotérico, si es posible, que entre los sacerdotes egipcios. Se la consideraba tan sagrada que su existencia era sólo admitida á medias y era sólo practicada en el caso de imperiosas necesidades públicas. *Era más que una materia religiosa, pues se la consideraba como divina.* Los hierofantes egipcios, á pesar de practicar una moral pura y austera, no pueden ni por un momento ser comparados con los ascetas gymnosofistas, ya sea por la santidad de su vida ó por los milagrosos poderes en ellos desarrollados por la sobrenatural renuncia de todo lo terreno. Todos los que les conocen bien, experimentan por ellos mucha mayor veneración que hacia los magos caldeos. Desdeñando las más simples comodidades de la vida, viven en los bosques llevando la vida de los ermitaños más solitarios (1), mientras sus hermanos egipcios por lo menos viven juntos. A pesar del borrón arrojado por la historia sobre todos aquellos que han practicado la magia y la adivinación, se les considera como poseedores de los mayores secretos en la ciencia médica, y con un conocimiento jamás sobrepujado en la práctica de la misma. Numerosos son los volúmenes conservados en los conventos indios en los que constan las pruebas de sus conocimientos. El intentar decir si estos gymnosofistas eran los fundadores verdaderos de la magia en la India, ó si ellos ponían en práctica lo que les había sido transmitido como una herencia de los más antiguos Rishis (2), los siete sabios primitivos, sería considerado como una mera especulación por los sabios del positivismo.

« El cuidado que demostraban en la educación de la juventud, en familiarizar á ésta con los sentimientos generosos y con la virtud, les

(1) Ammianus Marcellinus, XXIII, 6.

(2) Los Rishis eran en número de siete, y vivían en los días que precedieron al período Védico. Eran considerados como unos sabios y reverenciados como semi-dioses. Haug hace observar que ocupan en la religión Brahmánica un lugar que corresponde al que tienen los doce hijos de Jacob en la Biblia india. Los Brahmanes pretenden descender directamente de estos Rishis.

honra sobremanera, y sus máximas y discursos, conservados por los historiadores, prueban lo muy entendidos que eran en filosofía, metafísica, astronomía, religión y moral,» según dice un escritor moderno.

Conservaron su dignidad bajo la dominación de los más poderosos príncipes, á quienes jamás condescendieron á visitar ni á molestarles por el más pequeño favor. Si éstos deseaban los consejos ú oraciones de estos santos hombres, estaban obligados á ir ellos mismos en su busca, ó á enviar mensajeros. Para estos hombres no había secreto encerrado en plantas ó minerales que no fuese conocido. Habían penetrado en las profundidades de la naturaleza, y la fisiología y psicología eran para ellos libros abiertos, y el resultado era aquella ciencia ó *machagiotia* á la que ahora se designa supersticiosamente con el nombre de magia.

Al paso que los milagros citados en la Biblia se creen y aceptan como hechos por los Cristianos, y se considera como faltar á la fe el no darles crédito, las narraciones de maravillas y prodigios que se encuentran en el *Atharva-Veda* (1) ó provocan su desprecio, ó los consideran como una evidencia del diabolismo. Y todavía bajo más de un aspecto, y á pesar de la mala voluntad de ciertos sanskritistas, podemos mostrar la identidad entre ambos. Además, como está bien probado que los Vedas anteceden de mucho á la Biblia Judía, si ha habido copia, no deben los libros sagrados indios ser acusados de plagio.

En primer lugar, su cosmogonía enseña lo errónea que ha sido la opinión que ha prevalecido entre las naciones civilizadas, de que los Indios consideraban á Brahma como su Dios principal y supremo. Brahma es una divinidad secundaria, y como Jehovah, es «*un remodelador de las aguas.*» Él es el dios *creador*, y en sus representaciones alegóricas tiene cuatro cabezas, correspondiendo á los cuatro puntos cardinales. Él es el demiurgo, el *arquitecto* del mundo. «En el primordial estado de la creación», dice Polier en su *Mitología de los Indios*, «el universo rudimentario, sumergido en las aguas, reposaba en el seno del Eterno. Brotando de este caos y oscuridad, Brahma, el arquitecto del mundo, permanecía en una hoja de loto que flotaba (se movía?) sobre las aguas, incapaz de distinguir otra cosa más que agua y tinieblas.» Esto es todo lo idéntico posible á la cosmogonía egipcia, la cual nos muestra á Athor (2) ó Noche-Madre (la cual representa la oscuridad ilimitada) como el primer elemento que cubrió el abismo infinito, animado por el agua y el espíritu universal del Eterno, permaneciendo sola en el Caos. También en las Escrituras Indias, la his-

(1) El cuarto Veda.

(2) Ortografía del «Diccionario Arcaico».

toria de la creación empieza con el espíritu de Dios y su emanación creativa, otra Divinidad (1). Apercibiéndose de un tan triste estado de cosas, Brahma, consternado, se dice: «Quién soy yo? ¿De dónde vengo yo?» Entonces oye una voz: «Dirige tu plegaria á Bhagavant, el Eterno, conocido también como Parabrahma». Brahma, incorporándose, se colocó encima del loto en actitud de contemplación, lo cual, visto por el Eterno, al cual satisfizo esta evidencia de piedad, dispersa la oscuridad primitiva y descorre los velos de su inteligencia. «Después de esto, Brahma sale del huevo universal (caos infinito) como *luz*, porque su inteligencia está ya abierta, y empieza él mismo á trabajar; él *se mueve* en las aguas eternas con el mismo espíritu de Dios dentro de sí; en su calidad de *movedor* de las aguas, es *Narayana*.»

El loto, la flor sagrada, tanto de los Egipcios como de los Indos, es el símbolo de Horus, como es el de Brahma. Ningún templo en el Thibet ni en Nepaul carece de ella; y el sentido de este símbolo es en extremo significativo. El ramo de *lirios* que ofrece el arcángel á la Virgen María, en las pinturas de la «Anunciación», tiene en su simbolismo esotérico el mismo significado. Puede el lector dirigirse á Sir William Jones (2). Para los Indios es el loto el emblema del poder productor de la naturaleza, por medio del fuego y del agua (espíritu y materia). «¡Eterno!», dice un verso del *Bhagavad Gítá*, «Yo veo á Brahma el Creador entronizado en tí, encima del loto!» y Sir William Jones nos dice que las semillas del Loto contienen, antes de germinar, hojas perfectamente formadas, formas en miniatura de lo que un día serán plantas perfectas; ó como dice el autor de *La Religión Pagana*: «dándonos la naturaleza un modelo de la *preformación* de sus producciones»; añadiendo después «que las semillas de todas las *fanerógamas* contienen verdaderas flores, y un embrión de planta realmente formado.»(3)

Entre los Buddhistas tiene la misma significación. A Maha-Maya, ó Maha-Deva, madre de Gautama Buddha, le anuncia el nacimiento de su hijo, Bhôdisât (el espíritu de Buddha), el cual aparece junto á su cama con un *loto* en la mano. Del mismo modo, Osiris y Horus son representados por los Egipcios constantemente en asociación con la flor del Loto.

Estos hechos nos demuestran el origen idéntico de esta idea en los tres sistemas religiosos, Indio, Egipcio y Judaico-Cristiano. Siempre que el místico lirio de agua (loto) es empleado, significa la emanación

(1) No nos referimos á la Biblia corriente ó aceptada, sino á la *real* Judia, explicada kabalisticamente.

(2) «Disertaciones Relativas al Asia.»

(3) Dr. Gros, p. 195.

de lo objetivo desde lo oculto ó subjetivo, el pensamiento eterno de la siempre invisible Divinidad pasando de lo abstracto á lo concreto, ó sea á la forma visible. Tan pronto como las tinieblas se desvanecieron, «apareció la luz», la inteligencia de Brahma se abrió, y él vió en el mundo ideal (el cual hasta entonces había permanecido eternamente escondido en el pensamiento Divino) las formas arquetipos de todas las infinitas cosas futuras que serían llamadas á la existencia, y por consiguiente se harían visibles. En este primer periodo de acción, Brahma no es todavía el arquitecto, el constructor del universo, porque debe, como arquitecto, conocer primero el plano y realizar las formas ideales que estaban encerradas en el seno del Eterno, como las hojas futuras del loto están escondidas en la semilla de aquella planta. Esta idea debemos tener presente cuando nos ocupemos de aquel versículo de la cosmogonía Judía que dice: «Y Dios dijo: Produzca la tierra... árbol de fruto que dé fruto según su especie, y *cuya semilla esté en él mismo.*»

En todas las religiones primitivas, el Hijo del Padre es el Dios creador, ó sea, Su pensamiento hecho visible; y antes de la era Cristiana, desde la Trimurti de los Indos á las tres cabezas kabalísticas de las interpretadas escrituras Judías, la triuna cabeza divina de cada nación estaba completamente definida y substanciada en estas alegorías. En la creencia Cristiana vemos sólo el injerto artificial de una rama nueva sobre un tronco viejo; y la adopción por las iglesias Romana y Griega del lirio simbólico llevado por el arcángel en el momento de la Anunciación nos demuestra un pensamiento que tiene la misma significación metafísica.

El loto es el producto del fuego (calor) y agua, y de aquí su doble simbolismo: espíritu y materia. El Dios Brahma es la segunda persona de la Trinidad, como son Jehovah (Adam-Kadmon) y Osiris, ó más bien Pimander, ó el Poder del Pensamiento divino, de Hermes; por esto es Pimander quien representa la raíz de todos los Dioses-Sol Egipcios. El Eterno es el Espíritu del Fuego, que anima, fructifica y desarrolla en una forma concreta todo cuanto ha nacido del agua ó tierra primordial, procedente del seno de Brahma: de modo que el universo es el mismo Brahma, y éste es el universo. Esta es la filosofía de Spinoza, que la debió á la de Pythágoras, y por esta misma es por la que Bruno murió mártir. Lo mucho que la teología Cristiana se ha desviado de su punto de partida está demostrado por este hecho histórico. Bruno fué asesinado por la exégesis de un símbolo que era el adoptado por los primitivos Cristianos y expuesto por los apóstoles! El ramo de lirios de agua del Bhôdisâtwa, y después de Gabriel, sim-

bolizando fuego y agua, ó la idea de creación y generación, está comprendida en el dogma más primitivo del sacramento del bautismo.

Las doctrinas de Bruno y de Spinoza son casi idénticas, aunque las palabras de éste estén más veladas y escogidas con mucho más cuidado que las que se encuentran en las teorías del autor de la *Causa Principio et Uno*, ó del *Infinito Universo é Mondi*. Los dos, Bruno, que confiesa que la fuente de sus ideas es Pitágoras, y Spinoza, quien, sin confesarlo con franqueza, deja á su filosofía traslucir el secreto, consideran á la Primera Causa desde el mismo punto de vista. Para ellos, Dios es una Entidad totalmente *per se*, un Espíritu Infinito, y la única existencia completamente libre é independiente de todo efecto y de otras causas; quien por medio de la misma Voluntad que produjo todas las cosas y dió el primer impulso á cada ley cósmica, conserva perpetuamente en existencia y orden cada cosa del universo. Lo mismo que los Swabhâvikas Indos, erróneamente llamados ateos, quienes suponen que todas las cosas, los hombres, lo mismo que los dioses y espíritus, han nacido de Swabhâva, ó su propia naturaleza (1); ambos, Spinoza y Bruno, son conducidos á la conclusión que *Dios debe ser buscado dentro de la naturaleza y no fuera de ella*. Como la creación debe ser proporcional al poder del Creador, el Universo, lo mismo que su Creador, deben ser infinitos y eternos, una forma emanando de su propia esencia, y á su vez dando origen á otra. Los comentadores modernos afirman que Bruno, «no sostenido por la esperanza de otro mundo mejor, rendía su vida antes que sus convicciones»; induciendo á suponer que Giordano Bruno no creía en la continuada existencia del hombre después de la muerte. El profesor Draper asegura muy positivamente que Bruno no creía en la inmortalidad del alma. Hablando de las innumerables víctimas y de la intolerancia religiosa de la Iglesia Católica, observa: «El paso de esta vida á la siguiente, aunque al través de una prueba difícil, es el paso de una turbación transitoria á la eterna felicidad.... En su camino por el valle tenebroso, el mártir cree que existe una mano invisible que le conduce... Para Bruno no existe un apoyo semejante. Las opiniones filosóficas por las que sacrificó su vida no podían darle ningún consuelo». (2)

(1) Brahmâ no crea la tierra, *Mirtlok*, y lo mismo respecto del resto del Universo. Procediendo él mismo del alma del mundo, una vez separado de la Causa Primera, él á su vez emana toda la naturaleza fuera de sí mismo. No permanece en la parte superior de la misma, sino que con ella está mezclado, y Brahmâ y el Universo forman un solo Sér, cada partícula del cual es en su esencia el mismo Brahma, quien procedió de sí mismo. (Burrnouf: «Introducción», p. 118.)

(2) «Conflicto entre la Religión y la Ciencia», 180.

Pero el profesor Draper parece haber estudiado muy superficialmente la verdadera creencia de los filósofos. Podemos separar á Spinoza de la cuestión, é igualmente permitir que continúe siendo á los ojos de los críticos un materialista y un ateo; puesto que la cautelosa reserva de sus escritos hace que sea extremadamente difícil, para uno que no sepa leer entre líneas y no esté por completo enterado del oculto significado de la metafísica Pitagórica, el comprender cuáles son en realidad sus sentimientos. Pero en lo que se refiere á Giordano Bruno, desde el momento en que se adhería á las doctrinas de Pitágoras, tenia que creer en otra vida, y por lo tanto no podía ser un ateo cuya filosofía no le ofreciese semejantes «consuelos». Su acusación y subsiguiente confesión, dadas por el profesor Domenico Berti, en su *Vida de Bruno*, escrita á la vista de documentos originales recientemente publicados, prueban sin género alguno de duda cuáles eran su *real* filosofía, sus creencias y doctrinas. A la par que los Platónicos Alejandrinos y los más antiguos kabalistas, sostiene que Jesús era un mago, en el sentido que Porphirio da á esta palabra, lo mismo que Cicerón, para quien es sinónimo de *divina sapientia* (sabiduría divina), y por Philo Judaeus, para quien son los magos los más maravillosos investigadores de los misterios secretos de la naturaleza, no en el sentido degradante que nuestro siglo da á la palabra magia. En su noble concepto, *los magos son hombres santos que, apartándose por sí mismos de todas las cosas de este mundo, contemplan las virtudes divinas y comprenden la naturaleza divina de los dioses y espíritus lo más claramente posible, é inician á otros en los mismos misterios, que consisten en mantener relaciones continuas con los seres invisibles durante la vida.* Pero daremos á conocer mejor las íntimas convicciones filosóficas de Bruno, citando fragmentos de la *acusación* y su *propia confesión*.

Los cargos contra él formulados en la denuncia de Mocenigo, su acusador, se encuentran expresados en los siguientes términos:

«Yo, Zuanio Mocenigo, hijo del muy ilustre Ser Marcantonio, pongo en vuestro conocimiento, reverendísimos padres, por impulso de mi conciencia y por orden de mi confesor, que he oído decir muchas veces á Giordano Bruno, hablando conmigo en mi casa, que es una gran blasfemia entre los Católicos el decir que el pan se transubstancia él mismo en carne; que él es contrario á la Misa; que ninguna religión le gusta; que Cristo era un infeliz (*un tristo*), y que si llevaba á cabo obras perversas para seducir al pueblo, podia muy bien predecir que Él debía ser crucificado; que en Dios no hay distinción de personas, pues sería una imperfección en Dios; que el mundo es

eterno, y que existen infinitos mundos, y que Dios los produce continuamente, porque, dice, todo lo que Él desca todo lo puede de Él; que Cristo sólo hacía milagros aparentes, y era *un mago*, y lo mismo de los apóstoles; y que él tiene una inteligencia capaz de hacer mucho más de lo que ellos hicieron; que Cristo mostró indecisión para morir, y que evitó la muerte todo lo que Él pudo; que no hay castigo para los pecados, y que las almas creadas por una operación de la naturaleza pasan de una forma animal á otra, y que así como los brutos animales han nacido de la corrupción, del mismo modo los hombres después de la disolución vuelven á nacer otra vez.»

A pesar de su perfidia, las palabras anteriores claramente indican la creencia de Bruno en la metempsícosis Pitagórica, la cual, mal comprendida como está, todavía se ve en ella una creencia en la sobrevivencia del hombre bajo una ú otra forma. Después, el acusador añade:

«Él ha indicado el deseo de convertirse en el autor de una nueva secta, bajo el nombre de *Nueva Filosofía*. Ha dicho que la Virgen no podía haber parido, y que nuestra fé Católica está llena de blasfemias contra la majestad de Dios; que los frailes deben ser privados del derecho de controversia y de sus rentas, porque son la deshonra del mundo; que todos ellos son unos asnos, y que todas nuestras opiniones son doctrinas de asnos; que no tenemos ninguna prueba de que nuestra fé sea meritoria á los ojos de Dios; que el no hacer á los demás lo que no quisiéramos que nos hiciesen á nosotros mismos basta para llevar una buena vida, y que él se ríe de los demás pecados y se maravilla de que Dios pueda sufrir tantas herejías en los Católicos. Dice que trata de dedicarse al arte de la adivinación y hacer que todo el mundo le siga; que Santo Tomás y todos los Doctores nada saben comparados con él, y que él propondría cuestiones á todos los primeros teólogos del mundo, á las que éstos no podrían contestar.»

A esto el filósofo acusado contestó con la siguiente profesión de fé, que es la de cada uno de los discípulos de los antiguos maestros:

«Yo creo, en resumen, en un universo infinito, que es un efecto del poder infinito y divino, porque creo indigno del poder y bondad divinos que, siendo capaces de producir además de este mundo, otros é infinitos otros, debiese producir un solo mundo finito. Por lo que he declarado existen infinitos mundos particulares parecidos á este de la tierra, el cual, como Pitágoras, creo que es una estrella de naturaleza similar á la luna, á los otros planetas y á la de los demás astros que son infinitos; y que todos estos cuerpos son mundos, é innumerables, los cuales así constituyen la universalidad infinita en el espacio infi-

nito, y esto es lo que se llama el universo infinito, en el cual existen mundos innumerables; así es que hay dos especies de grandeza infinita en el universo, y una multitud de mundos. Indirectamente, puede considerarse esto como repugnante á la verdad, de acuerdo con la verdadera fé.

»Además, coloco yo en este universo una Providencia universal, en virtud de la que todas las cosas viven, vegetan, se mueven y perseveran en su perfeccionamiento, y yo comprendo esto en dos sentidos: uno, en la manera como el alma universal está presente en todo y cada parte del cuerpo, á esto yo llamo naturaleza, la sombra, la huella de la divinidad; el otro, el modo inefable por medio del cual Dios, por esencia, presencia y poder, está en todo y encima de todo, no como parte, no como alma, sino de un modo inexplicable.

»Además, yo considero que todos los atributos de la divinidad son una y misma cosa. Junto con los teólogos y los grandes filósofos, concibo tres atributos: poder, sabiduría y bondad, ó mejor dicho, voluntad, inteligencia y amor; por la voluntad, tienen todas las cosas un principio; después son ordenadas y distinguidas por la inteligencia; y por último, el amor es el que da origen á su concordia y simetría. Así comprendo la existencia en todo y sobre todo, como que nada hay que no participe de la existencia, ni es ésta posible sin esencia, de la misma manera que nada es bello sin que la belleza esté presente; por lo que nada puede librarse de la divina presencia, y así por el camino de la razón, y no por el de la verdad substancial, comprendo distinción en la divinidad.

»Suponiendo entonces el mundo originado y producido, comprendo que en lo referente á todos sus seres, depende de la causa primera, por lo que no debe desecharse el nombre de creación, que es lo que creo ha expresado también Aristóteles, diciendo: 'Dios es aquello de que el mundo y la naturaleza dependen', así que, según la explicación de Santo Tomás, que sea eterno ó que no lo sea, considerado en razón de sus seres, es dependiente de una primera causa, y nada en él es independiente.

»Con respecto á lo que pertenece á la verdadera fé, no hablando filosóficamente, convengo en la individualidad tocante á la persona divina, la sabiduría y el hijo de la mente, llamado por los filósofos inteligencia, y por los teólogos el verbo, el cual debe creerse que se revistió de carne humana. Pero yo, perseverando en el lenguaje de la filosofía, no la he comprendido, sino que he dudado y la he sostenido con fé inconstante, lo que no recuerdo haber dejado conocer ni en discursos ni en escritos, excepto indirectamente, refiriéndome á otras cosas,

muchas de las que con toda ingenuidad creo pueden probarse por la razón y deducirse sólo por las luces naturales. Así, en lo que se refiere al Espíritu Santo, como una tercera persona, no he sido capaz de comprender cómo debe ser creído, sino que de acuerdo con el sistema pitagórico y en conformidad con lo que Salomón enseña, le he considerado como el alma del Universo y unido al Universo, de acuerdo con la manera de decir de la sabiduría de Salomón:

‘El espíritu de Dios llena toda la tierra y contiene todas las cosas’, todo lo cual está también en armonía con la doctrina pitagórica expuesta por Virgilio en el texto de la Eneida:

Principio cœlum ac terras camposque liquentes,
Lucentemque globum Lunæ, Titaniaque astra
Spiritus intus alit, totamque infusa per artus
Mens agitat molem;

y en las líneas siguientes.

»De este espíritu llamado la vida del universo, comprendo, con mi filosofía, que procede la vida y el alma de todas las cosas que tienen alma y vida; además, yo creo en la inmortalidad del alma, lo mismo que en la del cuerpo, pues éste, en lo que á su sustancia se refiere, es inmortal, no existiendo más muerte que la división y agregación, cuya doctrina parece espresada en el *Ecclesiastês*, que dice: ‘Nada hay nuevo debajo del sol; lo que es, es lo que era.’»

Además, confiesa Bruno su incapacidad para comprender la doctrina de las tres personas en una divinidad y sus dudas acerca de la encarnación de Dios en Jesús, pero firmemente cree en los *milagros* de Cristo. ¿Cómo podía él, un filósofo pitagórico, dejar de creer en ellos? Si bajo la férula sin piedad de la Inquisición, él, como Galileo, se desdijo después, é imploró él mismo la clemencia de sus perseguidores eclesiásticos, debemos tener presente que él hablaba como un hombre colocado entre el tormento y la hoguera, y la naturaleza humana no puede ser siempre heroica cuando el cuerpo está debilitado por el tormento y la cárcel.

Sólo por la aparición oportuna del concienzudo trabajo de Berti, hubiéramos continuado reverenciando á Bruno como á un mártir cuyo busto ocupa merecidamente un lugar elevado en el panteón de la Ciencia Exacta, coronado de laureles por la mano de Draper. Pero ahora vemos nosotros que el héroe de una hora no es ni ateo, ni materialista, ni positivista, sino sencillamente un pitagórico, que enseñaba la filosofía del Asia Superior y pretendía poscer los poderes de

los magos, tan despreciados por la propia escuela de Draper. Nada más divertido que este *contretemps* haya tenido lugar después de haberse descubierto por arqueólogos irreverentes que la estatua de S. Pedro era nada menos que el Júpiter del Capitolio, y después de haberse probado satisfactoriamente la identidad de Buddha con el católico S. Josafat.

De modo que, por más que registremos todos los archivos de la historia, encontraremos que no existe un solo fragmento de filosofía moderna, sea Newtoniana, Cartesiana, Huxleyana, ó de otro cualquiera, que no haya sido extraída de las ruinas orientales. Igualmente, el Positivismo y el Nihilismo encuentran sus prototipos en la porción exotérica de la filosofía de Kapila, como ha observado muy bien Max-Müller. La inspiración de los sabios Indos es la que ha penetrado los misterios de Pragnâ-Pâramitâ (sabiduría perfecta); sus manos han mecido la cuna del primer antecesor de aquel débil pero alborotado niño á quien hemos bautizado con el nombre de CIENCIA MODERNA.

CAPÍTULO IV.

«Yo escojo la noble conducta de Emerson, cuando despues de varios desencantos, exclama: 'Yo deseo la verdad! El gozo del verdadero heroísmo penetra en el corazón de aquel que es en realidad capaz de decir esto.»

TYNDALL.

«Un testimonio es suficiente cuando se apoya en:

1.º En un gran número de testigos muy perspicaces que convienen en haber visto bien.

2.º Cuando están sanos, corporal y mentalmente.

3.º Cuando son imparciales y desinteresados.

4.º Cuando unánimemente convienen.

5.º Cuando solemnemente certifican el hecho.»

VOLTAIRE. *Dictionnaire Philosophique.*

El Conde Agenor de Gasparin es un Protestante ferviente. La lucha con des Mousseaux, de Mirville y con otros fanáticos que atribuyen la totalidad de los fenómenos espiritistas á Satán, ha sido larga y fiera. Dos volúmenes de más de mil quinientas páginas son el resultado, probando los *efectos*, negando la *causa* y haciendo sobre-humanos esfuerzos para inventar cualquiera otra explicación posible que pueda sustituir á la única y verdadera.

La severa filípica recibida por el *Journal des Debats*, de M. de Gasparin, fué leída por toda la Europa civilizada. (1) Después de haber descrito este señor muy minuciosamente numerosas manifestaciones de las que él mismo había sido testigo, este periódico propuso muy impertinentemente á las autoridades francesas enviar al asilo para los lunáticos *Incurables* á todos aquellos que después de haber leído el *sutil* análisis de las «alucinaciones espiritistas» publicado por Faraday insistiesen en darles crédito. «Cuidado», exclama de Gasparin en sus contestaciones, «los representantes de las ciencias exactas están en camino de convertirse... en los *Inquisidores* de nuestros días... Los hechos son más fuertes que las Academias. Despreciados, negados, ridiculizados, no por esto dejan de ser hechos, ni dejan tampoco de existir» (2).

Las siguientes afirmaciones de fenómenos psíquicos como presen-

(1) «Des Tables», vol. I, p. 213.

(2) «Des-Tables», 216, vol. I.

ciados por él y por el Profesor Thury, pueden encontrarse en la voluminosa obra de Gasparin.

«Los experimentadores han visto con frecuencia los pies de la mesa *pegados*, por decirlo así, al suelo y rehusando moverse de su sitio, á pesar de los esfuerzos de todos los presentes. En otras ocasiones han sido testigos de una levitación completa y enérgica. Con sus propios oídos, percibían golpes, tanto fuertes como débiles, los primeros dando lugar á temer que hiciesen la mesa pedazos por su violencia, los segundos tan suaves, que era muy difícil el percibirlos... Respecto á las LEVITACIONES SIN CONTACTO, encontramos medios para producir las fácilmente y con buen resultado...

»Y tales levitaciones no se refieren á resultados aislados... Las hemos producido unas TREINTA veces (1).....

»Un día la mesa girará y levantará sus piernas sucesivamente á pesar del aumento de su peso, por haberse sentado en ella un hombre de ochenta y siete *kilogramos*. Otra vez la mesa permanecerá sin movimiento é *inmovible*, á pesar de que la persona en ella colocada sólo pesa diez y seis (2)..... En una ocasión le mandamos que girase al revés, lo que hizo con sus patas al aire, á pesar de que nuestros dedos *jamás la tocaron ni una sola vez.*» (3)

«Es cierto,» dice de Mirville, «que un hombre que repetidas veces ha sido testigo del fenómeno no puede aceptar el *sutil* análisis del físico inglés.» (4)

Desde 1850, des Mousseaux y de Mirville, declarados católico-romanos, han publicado muchos volúmenes cuyos títulos están hábilmente imaginados para atraer la atención del público. Descubren en sus autores una muy seria alarma, la cual, después de todo, no se toman ningun trabajo en ocultar. Si hubiese sido posible considerar á los fenómenos como espúreos, la iglesia de Roma no se hubiera tomado gran trabajo para reprimirlos.

Considerados los hechos bajo dos aspectos distintos, descartados los escépticos de la cuestión, el público se dividió con respecto á los dos partidos. El solo hecho de que la teología temía muchísimo más las revelaciones que podían venir por medio de este misterioso agente que á todos los amenazadores «conflictos» entre ella y la Ciencia, y á todas las categóricas negaciones de ésta, debía haber abierto los ojos á los más escépticos. La iglesia de Roma no ha sido nunca ni

(1) «Des Tables», vol. I, p. 48.

(2) Idem p. 24.

(3) Idem p. 35.

(4) De Mirville: «Des Esprits», p. 26.

crédula ni cobarde, como perfectamente lo prueba el Maquiavelismo que caracteriza su política. Además, nunca le han preocupado los hábiles prestidigitadores, que *sabe* son sencillamente adeptos en juglerías. Roberto Houdin, Compte, Hamilton y Bosco duermen tranquilos en sus lechos, mientras ella ha perseguido hombres tales como Paracelso, Cagliostro y Mesmer, á los filósofos Herméticos y á los Místicos, y de hecho ha detenido toda manifestación peligrosa en el terreno de la realidad, matando á los mediums.

Todos aquellos que son incapaces de creer en un diablo personal y en los dogmas de la iglesia deben, sin embargo, conceder al clero la astucia suficiente para no comprometer su reputación de infalibilidad ocupándose tanto de las manifestaciones, lo cual sucedería si, siendo estas fraudulentas, algun día era descubierta la falsedad.

Pero el mejor testimonio de la realidad de esta fuerza lo debemos al mismo Robert Houdin, el rey de los prestidigitadores, quien habiendo sido llamado como perito por la Academia para que presenciase los maravillosos y *clarevidentes* poderes y casuales equivocaciones de una mesa, dijo: «Nosotros, los jugadores de manos, nunca nos equivocamos, y mi segunda vista jamás me ha faltado hasta ahora.»

No fué más afortunado Babinet, el distinguido astrónomo, en su investigación acerca de Compte, el celebrado ventríloco, como perito para declarar en contra de las voces directas y los golpes. Compte, si podemos creer á los testigos, se reía de Babinet ante la mera suposición de que los golpes eran producidos por un «*ventriloquismo inconsciente*.» Esta teoría, digna hermana gemela de la «*cerebración inconsciente*,» ha avergonzado á muchos de los académicos más escépticos. Su absurdo era demasiado aparente.

«El problema de lo sobrenatural», dice Gasparin, «tal como se presentaba en la Edad Media, y tal como hoy aparece, no es del número de aquellos que nos es permitido despreciar; su grandeza, su inmensidad nadie deja de reconocerla... Todo en él es profundamente serio, tanto el mal como el remedio, la recrudescencia supersticiosa y el hecho físico, que está destinado á dominarla.» (1)

Más lejos, manifiesta la opinión siguiente, que es decisiva, á la cual llegó convencido por las varias manifestaciones, como él mismo dice: «El número de hechos que reclaman su lugar á la plena luz de la verdad, ha tomado tal incremento que de aquí en adelante una de estas dos consecuencias es inevitable: ó el dominio de las ciencias naturales deberá consentir en extenderse, ó el dominio de lo sobrenatural se agrandará en tales términos que no tendrá límites.» (2)

(1) «*Avant propos*», pp. 12 y 16.

(2) Vol. I, p. 244.

Entre la multitud de libros en contra del Espiritismo procedentes del Protestantismo y del Catolicismo, ninguno ha producido un efecto tan aterrador como las obras de Mirville y des Mousseaux: *La Magie au XIX Siècle.*—*Mœurs et pratiques des démons.*—*Hauts Phénomènes de la Magie.*—*Les Mediateurs de la Magie.*—*Des Esprits et de leurs Manifestations, etc.* Comprenden la más enciclopédica biografía del diablo y sus engendros que ha aparecido para la delectación privada de los buenos católicos desde la Edad Media.

Segun los autores, aquel que era «un embustero y un asesino desde el principio» es también el principal motor de los fenómenos espiritistas. Él ha estado durante millares de años á la cabeza de la teurgia pagana; y es él quien, otra vez, animado por el aumento de herejías, infidelidad y ateísmo, ha reaparecido en nuestro siglo. La Academia francesa lanzó un grito general de indignación, y Mr. de Gasparin lo tomó por un insulto personal. «Esto es una declaración de guerra, es un levantamiento en armas», escribía en su voluminosa obra de refutación. «La obra de M. de Mirville es un real *manifesto*... Me alegraría el ver en ella la expresión de una opinión estrictamente individual, pero en verdad, esto es *imposible*. El éxito de la obra, sus solemnes adhesiones, la fiel reproducción de sus tesis por los diarios y escritores del partido, la solidaridad completamente establecida entre ellos y todo el cuerpo católico... todo contribuye á caracterizar una obra que *esencialmente es un acto, y tiene el valor de un trabajo colectivo*. Así es en efecto, comprendo que tengo que cumplir con un deber... Me considero obligado á recoger el guante... y á enarbolar en alto el pendón Protestante contra la bandera Ultramontana» (1).

Las Facultades de medicina, como era de esperar, adoptando el papel de los coros griegos, repercutían los distintos debates en contra de los autores demonológicos. *Los Anales Médico-Psicológicos*, editados por los Dres. Brierre de Boismont y Cerise, publicaban lo siguiente: «excepto en controversias de partidos antagonistas, jamás en nuestro país se había atrevido un escritor á desafiar con serenidad más agresiva.... los sarcasmos, el desprecio de lo que llamamos sentido común; y desafiando y provocando al mismo tiempo atronadoras carcajadas y encogimientos de hombros, el autor, con actitud resuelta, se presenta descaradamente ante los miembros de la Academia.... y les entrega lo que llama modestamente su *Memoria sobre el Diablo*» (2).

Que era un punzante insulto para los académicos, no cabe duda,

(1) Vol. II, p. 524.

(2) «Anales Médico Psicológicos», En. I, 1854.

aunque desde 1850 parecen destinados á sufrir en su orgullo más de lo que la mayor parte de ellos pueden soportar. ¡Qué idea, llamar la atención de los cuarenta «Inmortales» acerca de las travesuras del diablo! Hicieron voto de vengarse, y de unirse como un solo hombre, para proponer una teoría que excediese en absurda á la misma demonología de Mirville. Los Dres. Royer y Jobart de Lamballe, dos celebridades en su especialidad, se aliaron y presentaron al Instituto á un alemán cuya habilidad proporcionaba, en su opinión, la clave de todos los golpes y porrazos de ambos hemisferios. « Vergüenza nos causa el decir», observa el marqués de Mirville, «que toda la treta consistía sencillamente en la reiterada dislocación de uno de los tendones musculares de las piernas. Gran demostración del sistema en plena sesión del Instituto, y sobre el terreno..... expresiones de académica gratitud, por esta *interesante* comunicación, y pocos días después la plena seguridad dada al público por un profesor de la Facultad de medicina, de que los sabios, habiendo pronunciado su opinión, el misterio estaba por fin descubierto!» (1).

Pero tales explicaciones científicas no impedian á los fenómenos que tranquilamente siguiesen su curso, ni á los dos escritores sobre demonología el seguir exponiendo sus teorías estrictamente ortodoxas.

Negando que la Iglesia tenga nada que ver con sus libros, des Mousseaux gravemente dió á la Academia, como adición á su *Memo-ria*, los siguientes interesantes y profundamente filosóficos pensamientos sobre Satán:

«*El Diablo es la principal columna de la fé.* Él es uno de los grandes personajes cuya vida está estrechamente relacionada con la de la iglesia; y sin su discurso, que tan triunfalmente salió por la boca de la Serpiente, *su medium*, la caída del hombre no hubiera tenido lugar. De modo que si no hubiese sido por él, el Salvador, el Crucificado, el Redentor, hubiera sido únicamente el más ridículo de los supernumerarios, y la Cruz un insulto al buen sentido!» (2).

Téngase presente que este escritor es tan sólo el eco fiel de la iglesia, la cual anatematiza lo mismo al que niega á Dios, que á aquel que duda de la existencia objetiva de Satán.

Pero el Marqués de Mirville lleva todavía más lejos esta idea de la cooperación entre Dios y el Diablo. Según él, es un asunto comercial regular, en el cual el Señor, «socio silencioso,» consiente en que los negocios activos á firmar sean transigidos á gusto de su asociado

(1) De Mirville: «Des Esprits,» «Constitutionnel,» June 16, 1854.

(2) Chevalier des Mousseaux: «Mœurs et Pratiques des Démon», p. x.

más joven, pero de cuya audacia é industria él se aprovecha. ¿Quién puede no ser de esta opinión, después de leer lo siguiente?

«En el momento de esta invasión espiritista de 1853, con tanto desprecio mirada, nos atrevimos á pronunciar la palabra ‘amenazadora catástrofe’. El mundo, sin embargo, está en paz, pero el mundo nos muestra los mismos síntomas en todas las épocas desastrosas, y tenemos un presentimiento de los tristes efectos de una ley que Goërres ha formulado de este modo (vol. v, p. 356): ‘Estas misteriosas apariciones han indicado invariablemente la aparición de los castigos de Dios en la tierra’» (1).

Esta guerra de escaramuzas entre los campeones del clero y la materialista Academia de Ciencias prueba en realidad los pobres resultados de ésta para desarraigar el ciego fanatismo, hasta de la mente de personas muy instruidas. *Evidentemente la ciencia ni ha vencido por completo, ni ha puesto un bozal á la teología.* La dominará sólo el día en que consienta en ver en los fenómenos espiritistas algo más que nuevas alucinaciones y charlatanería. Pero, ¿cómo puede hacerlo, sin haberlos investigado completamente? Permitásenos suponer que antes de que el electro-magnetismo fuese conocido por el público, el profesor Oersted, de Copenhague, su descubridor, hubiese estado sufriendo un ataque de lo que nosotros llamamos *psicofobia ó pneumatofobia*. Llegá á saber que el alambre á lo largo del cual pasa una corriente voltaica muestra una tendencia á hacer girar la aguja magnética, de su posición normal, á una perpendicular á la dirección de la corriente. Supongamos, además, que el profesor ha oído hablar mucho de ciertas gentes supersticiosas que usaban estas agujas magnetizadas para hablar con los espíritus. Que ellas obtenían señales, y que hasta sostenían conversaciones correctas por medio de los movimientos de tales agujas, y que á consecuencia de todo esto, súbitamente se apoderase de él un horror y disgusto científico respecto de tan ignorante creencia, y renunciase sencillamente á tener nada que ver con las tales agujas. ¿Cuál hubiera sido el resultado? Podía no estar todavía descubierto el Electro-Magnetismo, y nuestros experimentadores serían los que más perderían con su falta.

Babinet, Royer y Jobert de Lamballe, los tres miembros del Instituto, se han distinguido particularmente en esta lucha entre el escepticismo y el supernaturalismo, en la que, á la verdad, no han alcanzado laureles. El famoso astrónomo se ha aventurado imprudentemente en el mismo campo de batalla de los fenómenos. Él ha *explicado* científicamente las manifestaciones. Pero dominado por la necia creen-

(1) De Mirville: «Des Esprits,» p. 4.

cia común entre los sabios, de que la nueva epidemia no resistiría á una investigación en regla ni viviría más de un año, cometió la gran imprudencia de publicar dos artículos sobre la cuestión. Y como M. de Mirville observa muy ingeniosamente, si los dos artículos tuvieron poco éxito entre la prensa científica, en cambio, el que tuvieron en la diaria fué nulo.

Mr. Babinet empieza aceptando *á priori* la rotación y movimientos del mueble, hecho que declara estar «*hors de doute*». «Esta rotación», dice, «es capaz de manifestarse con una energía considerable, ó bien con gran velocidad, ó bien con fuerte resistencia, cuando se desca que cese». (1)

Ahora viene la explicación del eminente astrónomo. «Suavemente empujada por las débiles y concordantes impulsiones de las manos puestas encima de la misma, la mesa empieza á oscilar de derecha á izquierda...

»En el momento que, después de más ó menos espera, una trepidación nerviosa se ha iniciado en las manos, y las pequeñas impulsiones individuales de todos los experimentadores se han armonizado, la mesa es puesta en movimiento.» (2)

Encuentra que esto es muy sencillo, porque «todos los movimientos musculares son determinados sobre cuerpos con palancas de tercer orden, en las cuales el punto de apoyo está muy cerca del punto en el cual la fuerza actúa. Esta, por consiguiente, comunica una gran velocidad á las partes móviles, por la muy pequeña distancia que la fuerza motriz tiene que recorrer... Algunas personas se asombran de ver á la mesa sujeta á la acción de varios individuos bien dispuestos, estar en disposición de *vencer obstáculos poderosos*, y hasta de romper sus pies cuando súbitamente se detiene; pero todo esto es *muy sencillo* si consideramos el poder de las *acciones pequeñas y concordantes*... Lo repetimos, la explicación física no ofrece ninguna dificultad.» (3)

Dos cosas claramente se desprenden de esta disertación: la prueba de la realidad de los fenómenos, y lo ridículo de la explicación científica. Mr. Babinet habrá podido dar lugar á que se rían de él un poco; como buen astrónomo, sabe que hasta en el sol se encuentran manchas negras.

Hay además una cosa, aunque Babinet la haya siempre resueltamente negado, ó sea la levitación del mueble sin contacto. De Mirville

(1) Idem. «*Revue de Deux Mondes*,» Enero, 15, 1854, p. 108.

(2) Esta es una repetición y variación de la teoría de Faraday.

(3) «*Revue des Deux Mondes*,» p. 410.

lle me lo atrapa proclamando que tal levitación es imposible, «sencillamente *imposible*», dice, «tan imposible como el movimiento continuo.» (*)

¿Quién se atreverá, después de una declaración tal, á mantener que la palabra *imposible*, pronunciada por la ciencia, es infalible?

Pero las mesas, después de haber valsado, oscilado y girado, empiezan á resonar. Los golpes eran á veces tan fuertes como pistoletazos. ¿Qué es esto? Oid: «¡Los testigos y los investigadores son *ventrilocos!*»

De Mirville nos cita la *Revue des Deux Mondes*, en la cual se publicó un muy interesante diálogo, inventado por Mr. Babinet, hablando consigo mismo, á manera del En-Soph Caldeo de los Kabalistas. «¿Qué podemos finalmente decir de todos estos hechos traídos bajo nuestra observación? ¿Tienen lugar tales golpes? Sí. ¿Estos golpes contestan á preguntas? Sí. ¿Quién produce estos sonidos? Los mediums. ¿Por qué medios? *Por el método acústico ordinario del ventriloquismo*. ¿Pero no podemos inclinarnos á suponer que estos ruidos pueden proceder del *crugido de los dedos de las manos y de los piés*? No, porque entonces procederían siempre del mismo punto, y no sucede semejante cosa.» (*)

«Ahora bien,» dice de Mirville, «¿qué debemos creer de los americanos, y de sus *millares de mediums*, quienes producen los mismos golpes ante millones de testigos?» «*Ventriloquismo*,» de seguro contesta Babinet. Pero ¿cómo explica V. una imposibilidad semejante? «La cosa más fácil del mundo; escuchad: Lo necesario para producir la primera manifestación en la *primera casa* de América fué en resumen un muchacho callejero, llamando á la puerta de un ciudadano, engañado quizás con una bala de plomo atada á un hilo, y si Mr. Weekman (el primer creyente en América) (?) (*), cuando observó por tercera vez, no oyó risas en la calle, se debe á la diferencia esencial que existe entre un francés semi-árabe, y un inglés ó trasatlántico, pues éste tiene una gran cantidad de lo que llamamos *sad merri-ment, gaité triste*.» (*)

Muy bien dice de Mirville, en su famosa réplica á los ataques de Gasparin, Babinet y de otros sabios: «y así, de acuerdo con nuestros grandes físicos, *las mesas giran* con fuerza y rapidez, presentan también resistencia, y como ha probado M. de Gasparin, *se elevan*

(1) «*Revue des Deux Mondes*, Enero, 1854, p. 414.

(2) Id. » » » Mayo, I, 1854, p. 531.

(3) Traducimos *Verbatim*. Dudamos que Mr. Weekman haya sido el primer investigador.

(4) Babinet: «*Revue des Deux Mondes*,» Mayo, I, 1854, p. 511.

sin contacto alguno. Decía un juez: 'Con tres palabras de puño y letra de un individuo, me empeño en hacerle ahorcar.' Con las anteriores líneas, nos empeñamos, á nuestra vez, en poner en la mayor confusión á todos los físicos del mundo, ó mejor, á revolucionar el globo, aunque, al menos, M. de Babinet hubiese tomado la precaución de indicar, como M. de Gasparin, alguna ley ó fuerza todavía desconocida. Con esto quisieran zanjar toda la cuestión»(1).

Pero es en las notas que abarcan los «hechos y teorías físicas» en donde vemos el colmo de la suficiencia y lógica de Babinet, como experto investigador en el campo del Espiritismo.

Parece que M. de Mirville, en su narración de las maravillas del *Presbytere de Cideville* (2), se muestra muy sorprendido por el carácter maravilloso de ciertos hechos. A pesar de su autenticidad probada por el examen y por los magistrados, su naturaleza era tan milagrosa que bastó para obligar al autor demonológico á evitar la responsabilidad de su publicación.

Estos hechos son como sigue: «En el momento preciso *pronosticado* por el *brujo*» (un caso de venganza), «un violento trueno se oyó encima de una de las chimeneas de la casa parroquial, después del cual el *fluido* descendió con formidable estruendo por el interior de la misma, derribando tanto á creyentes como escépticos (respecto del poder del brujo), quienes estaban calentándose junto al fuego; y después de haber llenado la habitación de *animales fantásticos*, volvió á la chimenea, por la cual subió y desapareció, produciendo la misma detonación espantosa.» «Como,» añade de Mirville, «éramos demasiado ricos en hechos, retrocedemos ante esta nueva enormidad añadida á tantas otras.» (3)

Pero Babinet, que, juntamente con sus sabios colegas, se había burlado tanto de los dos escritores en demonología, y que además estaba resuelto á demostrar lo absurdo de tales historias, se consideró obligado á no dar crédito al hecho anteriormente mencionado de Cideville, presentando uno todavía más increíble. Cedemos ahora el campo á M. Babinet.

La circunstancia siguiente, que comunicó á la Academia de Ciencias en Julio, 5, 1852, puede verse, *sin ningun comentario*, y meramente como un caso de *un rayo en forma de esfera*, en las «Obras de F. Arago», vol. I, p. 52. Lo citamos al pié de la letra.

«Después de un fuerte trueno,» dice M. Babinet, «pero no inmediatamente después, un aprendiz de sastre que vivía en la calle de

(1) De Mirville: «Des Esprits», p. 33.

(2) De Mirville: «Des Esprits», p. 33.

(3) Notas, «Des Esprits», p. 38.

St. Jacques, y que justamente estaba concluyendo de comer, vió la pantalla de papel que tapaba la chimenea caer como si fuese empujada fuera de su sitio por un esfuerzo moderado del viento. Inmediatamente después vió un globo de fuego, del tamaño de la cabeza de un niño, salir *despacio* y *suavemente* de la estufa, y moverse con lentitud al rededor de la habitación, sin tocar los ladrillos del pavimento. El aspecto de este globo de fuego era el de un *gato joven* de tamaño regular... moviéndose por sí mismo sin hacer uso de sus patas. El globo de fuego era más bien brillante y luminoso que caliente ó inflamado, y el sastre no experimentaba ninguna sensación de calor. El globo se aproximó á sus piés, á manera de un gato que quiere retozar y restregarse contra las piernas, como acostumbran estos animales; pero el aprendiz apartó sus piés de él, y moviéndolos con gran precaución, evitó el contacto con el *meteoro*. Este continuó durante unos pocos segundos moviéndose al rededor de sus piernas, examinándolo el sastre con gran curiosidad, inclinado sobre el mismo. Después de haber intentado varios movimientos en direcciones opuestas, pero sin abandonar el centro de la habitación, el globo de fuego se elevó verticalmente á la altura de la cabeza del aprendiz, el que evitó el contacto con su cara, echándose atrás en su silla. Habiéndose elevado á la altura de una yarda del suelo, el globo de fuego se dilató ligeramente, tomó una dirección oblicua hacia un agujero que había en el muro encima del hogar, y á la altura próximamente de un *metro* sobre la campana de la chimenea.» Este agujero había sido hecho con objeto de colocar un tubo de estufa en invierno; pero de acuerdo con la expresión del sastre, «*el trueno no podía verlo* porque estaba empapelado como el resto del muro. El globo de fuego se dirigió directamente hacia aquel agujero, *despegó el papel sin estropearlo*, y se subió por la chimenea; cuando llegó al extremo, para lo cual tardó bastante... una altura por lo menos de sesenta piés sobre el suelo,... produjo una explosión todavía más espantosa, que destruyó parte de la chimenea...», etc.

«A lo que parece», observa de Mirville en su trabajo, «podemos aplicar á M. Babinet la siguiente observación hecha por una mujer muy satírica á Raynal: ‘Si V. no es cristiano, no es por falta de fé!’» (1)

No eran sólo creyentes los que se maravillaban de la credulidad demostrada por Babinet al persistir en llamar á la manifestación un *meteoro*; sino que el mismo Dr. Boudin la menciona muy seriamente

(1) De Mirville: «Faits et Théories Physiques», p. 46.

en una obra que sobre el *rayo* estaba á la sazón publicando. «Si estos detalles son exactos», dice el doctor, «como parecen serlo desde el momento en que han sido admitidos por M.M. Babinet y Arago, será muy difícil para el fenómeno el conservar su nombre de *rayo en forma de esfera*. Como quiera que sea, á otros dejamos el explicar, si pueden, *la esencia de un globo de fuego, no emitiendo ninguna sensación de calor, con el aspecto de un gato paseándose tranquilamente por una habitación, y que encuentra medios para escaparse volviendo á subir por la chimenea al través de un agujero en la pared tapado con un papel, que despega sin estropearlo*»(1)

«Somos de la misma opinión,» añade el Marqués, «que el distinguido Doctor, en cuanto á la dificultad de una definición exacta, y no vemos porqué en lo futuro no podremos ver rayos en forma de perro, de mono, etc., etc. Se espeluzna uno sólo ante la idea de *una casa de fieras* meteorológica, las cuales, gracias al rayo, pueden penetrar en nuestras habitaciones y pasearse por ellas á su gusto.»

Dice de Gasparin, en su monstruoso volumen de refutaciones: «En cuestiones de testimonio, la certidumbre debe cesar en absoluto desde el momento en que cruzamos las fronteras de lo sobrenatural» (2).

No estando suficientemente fijada y determinada la línea de demarcación, ¿quién de los antagonistas está en mejores condiciones para tomar sobre sí mismo tan difícil empresa? ¿Cuál de los dos posee mejores títulos para convertirse en árbitro público? ¿Es acaso el partido de la superstición, sostenido en su evidencia por el testimonio de muchos millares de personas? Por espacio de dos años acudían en tropel al país en donde se manifestaban todos los días los milagros sin precedente de Cideville, ahora casi olvidados entre otros innumerables fenómenos espiritistas; ¿les daremos crédito, ó nos inclinaremos ante la ciencia, representada por Babinet, quien por el testimonio de un solo hombre (el sastre) acepta la manifestación del globo de fuego, ó *meteoro-gato*, y reclama para él un lugar entre los fenómenos *naturales*?

Mr. Crookes, en su primer artículo en el *Quarterly Journal of Science*, Octubre 1, 1871, menciona á de Gasparin y su obra *Ciencia v. Espiritismo*. Observa que «el autor llega finalmente á la conclusión de que todos estos fenómenos deben atribuirse á la acción de causas naturales, y no necesitan ni la suposición de milagros, ni la interven-

(1) Véase la Monografía: «Del rayo considerado bajo el punto de vista de la historia de la Medicina legal é Higiene pública», por M. Boudin, Cirujano Jefe del Hospital Militar de Boule.

(2) De Gasparin: vol. I, p. 288.

ción de espíritus y de diabólicas influencias! Gasparin considera como un hecho plenamente determinado por sus experimentos que *la voluntad, en ciertos estados del organismo, puede obrar á distancia sobre la materia inerte*, y una gran parte de su obra está dedicada á establecer las leyes y condiciones bajo las cuales esta acción se manifiesta» (1).

Precisamente; pero como la obra de Gasparin sacaba á relucir innumerables *Contestaciones, Defensas y Memorias*, su propia obra ha demostrado que, aunque protestante, en punto á fanatismo religioso le falta muy poco para podersele colocar al lado de des Mousseaux y de Mirville. El primero es un calvinista profundamente piadoso, al paso que los dos últimos son dos católico-romanos fanáticos. Además, las mismas palabras de Gasparin demuestran su espíritu de partido. «Siento que tengo un deber que cumplir.... enarbolar en alto el pendón protestante en frente de la bandera ultramontana,»etc. (2). En tales materias de la naturaleza de los llamados fenómenos espiritistas, no puede darse más que el testimonio desinteresado de testigos fríos y despreocupados y á la ciencia. La verdad es una, y Legión es el nombre de las sectas religiosas; cada una de ellas pretende haber encontrado la verdad pura; y «como el diablo es la columna principal de la Iglesia Católica», todo supernaturalismo y milagros cesaron, según la opinion de Gasparin, «con el apostolado».

Pero Mr. Crookes menciona á otro sabio eminente, Thury, de Ginebra, profesor de Historia natural, quien era un co-investigador de Gasparin en el fenómeno de Valleyres. Este profesor contradice en absoluto las afirmaciones de su colega. «La primera condición y la más necesaria,» dice Gasparin, «es la *voluntad* del experimentador; sin voluntad, nadie obtendrá nada; puede V. formar la cadena (el círculo) durante veinticuatro horas seguidas, sin obtener el menor movimiento» (3).

Lo anterior prueba solamente que de Gasparin no hace ninguna diferencia entre fenómenos puramente magnéticos, producidos por la voluntad perseverante de los concurrentes, entre los cuales puede no haber un solo medium, desarrollado ó sin desarrollar, y los llamados fenómenos espiritistas. Mientras que los primeros pueden ser producidos *conscientemente* casi por todo el que posee una voluntad firme y resuelta, los segundos obran sobre el sujeto sensible, con mucha frecuencia contra su propia voluntad, y siempre obran independien-

(1) Crookes: «Fuerza Física», p. 26.

(2) De Gasparin: «Science versus Spirit», vol. I, p. 313.

(3) De Gasparin: «Science versus Spirit», vol. I, p. 313.

temente del mismo. *El mesmerizador quiere una cosa, y si es suficientemente poderoso, ella se lleva á cabo. El medium, hasta cuando su intención sea honrada, no llevará á efecto ninguna manifestación; cuanto menos ejercite su voluntad, tanto mejor es el fenómeno; cuanto más ansioso se sienta, menos probable es que lleve á cabo nada.* Un mesmerizador exige una naturaleza positiva; un medium, una perfectamente pasiva. Esto es el alfabeto del Espiritismo, y ningún medium lo ignora.

La opinión de Thury, como hemos dicho, está en completo desacuerdo con las teorías del poder de voluntad de Gasparin. Lo demuestra claramente en buenas palabras, en una carta, contestando á la invitación del Conde para modificar el último artículo de su *Memoria*. Como el libro de Thury no lo tenemos á mano, traducimos la carta tal como se encuentra en el *resumen* de la *Defense* de Mirville. El artículo de Thury que tanto chocó á su religioso amigo se refería á la posibilidad de la existencia é intervención en todas las manifestaciones « de *voluntades* distintas de las de los hombres y animales ».

« Comprendo la exactitud de las observaciones de V. en lo que se refiere á las últimas páginas de esta *memoire*; darán lugar á una muy triste opinión de mi persona por parte de los sabios en general. Lo siento tanto más, cuanto mi resolución parece *afectarle á V. mucho*; á pesar de todo, persisto en ella, porque la creo hija de un deber, al cual no puedo faltar sin cometer en cierto modo una traición.

»*Si, contra todas las esperanzas*, hay algo de verdad en el Espiritismo, absteniéndome de decir en lo que á la ciencia se refiere, como creo debo hacer, *que lo absurdo de la creencia en la intervención de los espíritus no está todavía demostrado científicamente* (porque tal es el *resumen* y la tesis de las anteriores páginas de mi Memoria), absteniéndome de decir esto á aquellos que, después de haber leído mi obra, se sientan inclinados á estudiar estos fenómenos, puedo exponerme á incitar á estas personas á que entren en un camino cuyas salidas son muy *equivocas*.

»*Sin abandonar el camino de la ciencia*, como pretendo, cumpliré con mi deber hasta el fin, sin reticencia alguna en provecho de mi propia gloria, y, usando sus mismas palabras de V., ‘como el gran escándalo permanece allí,’ yo no deseo sufrir la vergüenza del mismo. Además, insisto en que *esto es tan científico como cualquiera otra cosa*. Si necesitase mantener ahora la teoría de la intervención de espíritus desencarnados, no podría hacerlo, pues los hechos conocidos hasta ahora no son suficientes para la demostración de una hipótesis semejante. Dado el estado de la cuestión, me considero, en la posición

que he adoptado, en condiciones de resistir á cualquiera. Quieran ó no quieran, todos los sabios deben aprender, por la experiencia y por sus propios errores, á suspender sus juicios respecto de las cosas que no han examinado suficientemente. La lección que V. les dió en este sentido no puede perderse.

»Ginebra, 21 de Diciembre de 1854».

Permítasenos analizar la carta anterior, y procurar descubrir lo que el escritor piensa, ó mas bien lo que él no piensa de esta nueva fuerza. Por lo menos una cosa es cierta. El profesor Thury, distinguido físico y naturalista, admite y hasta prueba científicamente que varias manifestaciones han tenido lugar. Como Mr. Crookes, no cree que sean producidas por espíritus ú hombres desencarnados que han vivido y muerto en la tierra, de lo cual dice en su carta que nada se ha demostrado sobre esta teoría. Tampoco cree, á la verdad, en los diablos ó demonios católicos, porque de Mirville, que cita su carta como una triunfante prueba en contra de la teoría naturalista de Gasparin, una vez llegado á la sentencia anterior, se apresura enfáticamente á añadirle una nota al pie que dice así: «En Valleyres *quizás*, pero en todos los demás sitios, nada de esto»⁽¹⁾, mostrándose ansioso por poder aceptar la idea de que el profesor sólo se refiere á las manifestaciones de Valleyres cuando niega que sean producidas por demonios.

Las contradicciones, y, nos da tristeza al decirlo, los absurdos en que el mismo Gasparin se deja coger, son numerosos. Al paso que critica agriamente las pretensiones de los ilustrados faradaístas, atribuye cosas que declara *mágicas* á causas perfectamente naturales. «Sí debemos considerar», dice él, «tales fenómenos (como atestiguados y explicados (?) por el gran físico), debemos imponer silencio á nuestra lengua; pero nosotros hemos pasado *mas allá*, y ¿para qué nos han de servir, pregunto yo, estos aparatos que demuestran que una *presión inconsciente* lo explica todo? Lo explica *todo*, y la mesa resiste á la presión y á la conducción. Lo explica *todo*, y el mueble á quien *nadie toca* sigue los dedos á él dirigidos; se levanta (sin contacto), y por sí mismo desciende de *arriba abajo*»⁽²⁾.

Por todos estos motivos, emprende por sí mismo la *explicación* de los fenómenos.

«La gente los llamará milagros, V. dirá magia. Cada ley nueva les parece un prodigio. Calmaos; yo me empeño en tranquilizar á todos los que se han alarmado. En presencia de tales fenómenos, no hemos traspasado los límites de la ley natural.»⁽³⁾

(1) De Mirville aboga, por supuesto, por la teoría diabólica.

(2) «Des Tables,» vol. I, p. 213.

(3) Vol. I, p. 217. «Des Tables.»

Con toda seguridad no lo hemos hecho. Pero ¿pueden los sabios asegurar que están en posesión de las claves para tales leyes? M. de Gasparin piensa tenerlas. Vamos á verlo.

«Yo no me atrevo por mí mismo á explicar nada; *no es asunto que me corresponda*. (?) Dar autenticidad á simples hechos, y mantener una verdad que la ciencia desea ahogar, es todo lo que yo pretendo. Sin embargo, no puedo resistir á la tentación de indicar á aquellos que querrian tratarnos como á muchos *iluminados* ó brujos, que la manifestación de que se trata ofrece una interpretación que conviene con *las leyes ordinarias de la ciencia*.

»Supongamos un fluido emanando de los experimentadores y principalmente de *algunos de ellos*; supongamos que la voluntad determine la dirección tomada por el fluido, y podrán comprender ustedes fácilmente la rotación y levitación de la pierna de la mesa contra la cual es arrojado, á cada acción de la voluntad, un exceso de fluido. Supongamos que el cristal permite al fluido escaparse, y comprenderán ustedes porqué un vaso colocado sobre la mesa puede interrumpir su rotación, y que el vaso colocado en uno de sus lados es causa de la acumulación del fluido en el lado opuesto, el cual, á consecuencia de esto, *es levantado*».

Si cada uno de los experimentadores fuera un hábil mesmerizador, la explicación, excepto ciertos detalles, podría ser aceptable. Mucho también podría admitirse acerca del poder de la *voluntad humana* sobre la materia inanimada, de acuerdo con el ilustrado ministro de Luis Felipe. Pero ¿y respecto de la inteligencia demostrada por la mesa? ¿Qué explicación da tocante á las contestaciones por medio de la mesa á las preguntas? Contestaciones que no pueden haber sido «las reflexiones del cerebro» de todos los presentes (una de las teorías favoritas de Gasparin), porque sus propias ideas eran muy diferentes de la filosofía en alto grado *liberal* espuesta por la mesa maravillosa. Sobre esto guarda silencio. Cualquier cosa menos espíritus, sean humanos, satánicos ó elementales.

De modo que la «concentración simultánea de pensamiento» y la «acumulación de fluido» no nos dan una explicación más satisfactoria que la «cerebración inconsciente» y que la «fuerza psíquica» de otros sabios. Debemos examinar de nuevo, y de antemano pronosticamos que las mil teorías de la ciencia serán inútiles hasta que confiesen que esta fuerza, lejos de ser la proyección de voluntades acumuladas del círculo, es, por el contrario, una fuerza anormal exterior á los mismos y *supra-inteligente*.

El Profesor Thury, que niega la teoría de los espíritus de hombres

fallecidos, desecha la doctrina diabólico-cristiana, y no se muestra dispuesto á pronunciarse en favor de la teoría de Crookes (la 6.^a), ni de los herméticos y antiguos teurgistas, y adopta la que, según dice en su carta, es «*la mas prudente*, y hace que desconfie mucho de cada una de ellas.» Además admite algo, pero muy poco, de la hipótesis de Gasparin, «*poder de voluntad inconsciente.*»

Lo que sigue es lo que él dice en su obra:

«Respecto á los fenómenos anunciados, tales como la *levitación sin contacto* y el cambio del mueble de sitio por manos invisibles, desde el momento en que no se puede demostrar su imposibilidad *á priori*, nadie tiene derecho á tratar como absurdas las serias evidencias que afirman haber tenido lugar.» (p. 9).

A la teoría propuesta por M. de Gasparin, la juzga Thury con mucha severidad. «Al paso que admite que en los experimentos de Valleyres,» dice de Mirville, «el origen de la *fuera* podía haber estado en el *individuo*, y nosotros decimos que era intrínseca y extrínseca al mismo tiempo, y que la voluntad podía ser generalmente necesaria (p. 20), él repite sólo lo que había dicho en su prólogo, á saber: 'M. de Gasparin nos presenta hechos crudos, y las explicaciones siguientes las dá porque lo que valgan. *Dadles publicidad*; no serán muchos los que se tranquilizarán despues de las mismas. ¡No! muy pocos, si es que hay alguno que acepte sus explicaciones. En lo que se refiere á los hechos, están *desde ahora demostrados!*'» (p. 10).

Como nos dice Mr. Crookes, el profesor Thury refuta «todas estas explicaciones, y considera los efectos debidos á una sustancia peculiar, fluido ó agente, penetrando, á manera del éter luminoso de los sabios, en toda la materia, nerviosa, orgánica ó inorgánica, á la cual llama *psychode*. Entra en plena discusión respecto de las propiedades de este estado, ó forma, ó materia, y propone el término de fuerza *ecténica*... para el poder ejercido cuando la mente obra á distancia, por influencia del psicodo.» (1)

Mr. Crookes observa después que «la fuerza *ecténica* del profesor Thury y su propia fuerza psíquica son evidentemente términos equivalentes».

A la verdad, podríamos nosotros muy fácilmente demostrar que las dos fuerzas son idénticas, además, á la luz astral ó *sideral* admitida por los alquimistas y Eliphas Leví, en su *Dogme et Rituel de la Haute Magie*; y que, bajo el nombre de AKASA, ó principio de vida, esta fuerza que todo lo penetra era conocida por los gimnosofistas, por

(1) Crookes: «Fuerza Psíquica», part. I, pp. 26-27.

los mágicos Indos y por los adeptos de todos los países, hace millares de años; y que todavía la conocen y emplean hoy día los lamas del Thibet, fakires, taumaturgos de todas las naciones, é igualmente muchos de los «juglares» Indos.

En muchos casos de éxtasis obtenido artificialmente por la mesmerización, es completamente posible y probable que el «espíritu» del sujeto obre bajo la dirección de la voluntad del operador. Pero si el medium permanece consciente, y los fenómenos psico-físicos ocurren, lo cual indica una inteligencia directora, entonces, á menos que se admita que él sea un «mágico,» y pueda proyectar su doble, aniquilamiento físico significará únicamente postración nerviosa. La prueba de que él es el instrumento pasivo de entidades invisibles manejando fuerzas ocultas parece concluyente. Por lo mismo, si la fuerza *ecténica* de Thury y la *psíquica* de Crookes tienen el mismo origen, sus descubridores respectivos parecen diferir por completo respecto de las propiedades y potencias de esta fuerza; mientras el profesor Thury admite cándidamente que los fenómenos son con frecuencia producidos por «voluntades *no humanas*», y así, de consiguiente, dá una autorizada ratificación á la teoría de Mr. Crookes (núm. 6), éste, admitiendo la legitimidad de los fenómenos, no ha dado todavía su opinión definitiva respecto de la causa de los mismos.

De modo que vemos que ni M. Thury, que investigó estas manifestaciones con de Gasparin, en 1854, ni Mr. Crookes, que concedió su innegable existencia en 1874, han llegado á nada definitivo. Ambos son químicos, físicos y hombres muy ilustrados. Ambos han consagrado toda su atención á esta cuestión tan embrollada; y además de estos dos sabios, existen muchos otros que, llegando á la misma conclusión, han sido hasta ahora incapaces de dar al mundo una solución definitiva. La consecuencia es que, durante veinte años, ningún sabio ha dado un paso adelante hacia la revelación del misterio, el cual continúa tan inmutable é inaccesible como los muros del encantado castillo en los cuentos de hadas.

¿Sería impertinencia el sospechar que quizás nuestros sabios modernos se han metido en lo que los franceses llaman *un cercle vicieux*? ¿Que, agobiados por el peso de su materialismo, y la insuficiencia de lo que ellos llaman «ciencias exactas» para demostrarles de un modo tangible la existencia de un universo espiritual, mucho más poblado y habitado que el nuestro visible, estarían ellos destinados á arrastrarse para siempre por el *interior*, al rededor del círculo, no queriendo, más bien que no pudiendo, lanzarse fuera del hechizado anillo, y explorar en todas direcciones lo que fuera de él existe? Son sólo sus pre-

ocupaciones lo que les impide contraer compromiso con hechos bien establecidos, y buscar la alianza con magnetizadores y mesmerizadores tan expertos como Du Potet y Regazzoni.

«¿Qué es lo que la muerte produce?», preguntaba Sócrates de Cebes. «Produce *Vida*,» le contestaron (1)... ¿Puede el alma, desde el momento que es inmortal, dejar de ser imperecedera? (2). «La semilla no puede desarrollarse sin que en parte se consuma», dice el prof. Lecompte; «no brota la vida, á menos que muera», dice S. Pablo.

Una flor se abre; después se marchita y muere. Deja tras de sí un perfume que, cuando hace ya mucho tiempo que sus pétalos delicados sólo son un poco de polvo, todavía se percibe en el aire. Nuestros sentidos materiales no pueden percibirlo, y sin embargo existe. Que un instrumento produzca una nota, y el débil sonido da origen á un eco eterno. Que tenga lugar una perturbación en las olas invisibles del océano sin orillas del espacio, y la vibración jamás se pierde por completo. Estas energías, una vez llevadas desde el mundo de la materia al mundo inmaterial, vivirán para siempre. Y el hombre, preguntamos, el hombre, la entidad que vive, que piensa, que raciocina, la divinidad habitante en la obra maestra que corona nuestra naturaleza, ¿tendrá que abandonar su estuche, y no existir más! ¿Querrían que el principio de continuidad que existe hasta para la llamada materia *inorgánica*, hasta para el átomo flotante, fuese negado al espíritu, cuyos atributos son conciencia, memoria, inteligencia y AMOR! Realmente una idea tal es absurda. Cuanto más pensamos, cuanto más aprendemos, con más dificultad concebimos el ateísmo de los sabios. Comprendemos que un hombre ignorante de las leyes de la naturaleza, sin conocer ni la química ni la física, pueda ser fatalmente arrojado al materialismo por su misma gran ignorancia, por su incapacidad para comprender la filosofía de las ciencias exactas, ó por deducir alguna inferencia por analogía, de lo *visible* á lo *invisible*. Un metafísico por naturaleza, un soñador ignorante, pueden despertar bruscamente, y decirse á sí mismos: «Yo lo he soñado; no tengo ninguna prueba tangible de lo que he imaginado; todo ello es una ilusión,» etc. Pero para un hombre de ciencia, familiarizado con las características de la energía universal, el sostener que la vida es únicamente un fenómeno de la materia, una especie de energía, equivale á la confesión de su propia incapacidad para analizar y comprender perfectamente el alfa y omega de aquella materia.

El escepticismo sincero respecto á que el creer en la inmortalidad

(1) Platón: «Phædo», 44.

(2) *Idem*, 128.

del alma humana es una enfermedad ó una deformación del cerebro, ha existido en todos tiempos. Del mismo modo que hay niños que nacen con una membrana sobre su cabeza, existen hombres que hasta su última hora son incapaces de desembarazarse de aquella especie de membrana que evidentemente envuelve los órganos de su espiritualidad. Pero es otro sentimiento por completo distinto el que les hace desear la posibilidad de todo fenómeno mágico ó espiritual. El verdadero nombre de este sentimiento es *vanidad*. «No podemos nosotros ni producirlos ni explicarlos; de consiguiente, *no existen*, ni siquiera han existido jamás.» Tal es el argumento irrefutable de los filósofos de nuestros días. Hace unos treinta años, E. Salverte asustaba al mundo de los «crédulos» con su obra *La Filosofía de la Magia*. Este libro pretendía descubrir el porqué de todos los milagros de la Biblia, lo mismo que los de los santuarios paganos. Su resumen dice así: Largos años de observación; un gran conocimiento (para aquellos tiempos de ignorancia) de las ciencias naturales y filosofía; impostura; juegos de manos; óptica; fantasmagoría; exageración. Final y lógica conclusión: taumaturgos; profetas; mágicos; bribones y pícaros; el resto del mundo, unos bobos.

Entre otras pruebas decisivas, el lector se encontrará con que le ofrece la que sigue: «Los entusiastas discípulos de Jámblico afirmaban que cuando rezaba, se elevaba á una altura de diez codos sobre el suelo; y *engañados* los cristianos por semejante metáfora, tienen la simplicidad de atribuir un milagro parecido á Sta. Clara y á S. Francisco de Asis⁽¹⁾.»

Centenares de viajeros dan fé de haber visto á fakires producir el mismo fenómeno, y todos ellos eran embusteros ó alucinados. Pero ayer, por decirlo así, el mismo fenómeno ha sido presenciado y autorizado por un sabio bien conocido; tuvo lugar el mismo bajo condiciones de prueba; declaró Mr. Crookes ser cierto, y estar *más allá* de las posibilidades de una ilusión ó de una treta. Así, mucho tiempo antes, lo manifestaban numerosos testigos, aunque á estos hoy no se les cree invariablemente.

Paz á tus científicas cenizas, ¡Oh crédulo Eusebio Salverte! Quién sabe si al concluir el siglo presente, la sabiduría popular habrá inventado un nuevo refrán: «Tan increíblemente crédulo como un sabio.»

¿Porqué ha de parecer tan imposible que, una vez separado el espíritu de su cuerpo, pueda tener poder para animar alguna forma evanescente, creada por la fuerza mágica, psíquica, ecténica ó etérea, con auxilio de elementales que le proporcionan la materia sublimada

(1) «Filosofía de la Magia». Traducción Inglesa, pág. 47.

de sus propios cuerpos? La sola dificultad consiste en admitir el hecho de que el espacio que nos rodea no es un hueco vacío, sino un depósito lleno hasta el colmo con los modelos de todas las cosas que fueron, que son y que serán; y con seres pertenecientes á distintas razas, distintos de nosotros.

Pareciendo hechos sobrenaturales, en el sentido de que están en contradicción con las naturales y demostradas leyes de la gravitación, como en el ejemplo de levitación mencionado antes, los han reconocido muchos sabios. Cada uno de los que se han atrevido á investigarlos completamente, se ha visto obligado á admitir su existencia; sólo que en sus desgraciadas tentativas para aplicar á los fenómenos teorías fundadas en las leyes de las fuerzas que son ya conocidas, algunos de los más elevados representantes de la ciencia se han enredado ellos mismos en las más inextricables dificultades.

En su resumen, de Mirville expone la argumentación de estos adversarios del Espiritismo, consistente en cinco paradojas que él llama distracciones.

Primera distracción: la de Faraday, quien explica el fenómeno de la mesa diciendo que la mesa *empuja* á V., «á causa de la resistencia que *la hace retroceder*».

Segunda distracción: la de Babinet, explicando todas las comunicaciones (por golpes) como producidas, segun dice, «con buena fé y con perfecta conciencia, correctas en todos sentidos—por *ventrilocos*», el uso de cuya facultad implica de necesidad *mala fé*.

Tercera distracción: la del Dr. Chevreuil, explicando la facultad de mover los muebles *sin* tocarlos, por la adquisición preliminar de esta facultad.

Cuarta distracción: la del Instituto francés y de sus miembros, quienes consienten en aceptar los milagros, con tal que no contradigan en nada á todas las leyes naturales que ellos conocen.

Quinta distracción: la de M. de Gasparin, presentando como un fenómeno *simple* y completamente elemental lo que cada uno desecha precisamente porque nadie sabe lo que es (*).

Mientras el gran mundo científico admite teorías tan fantásticas, algunos neurologistas menos conocidos encuentran una explicación para todos los fenómenos ocultos, en un efluvio anormal resultante de la epilepsia (**).

Otro pretende tratar á los mediums (y debemos suponer que tambien á los poetas) con *asafétida* y *amoniaco* (***), y califica á todos

(1) De Mirville: «Des Esprits», pág. 159.

(2) Véase «Diez años con Mediums Espiritistas,» de F. Gerry Fairfield. New York, 1875.

(3) Marvin: «Discurso sobre la Mediomania».

los que creen en las manifestaciones espiritistas, de lunáticos y místicos alucinados.

A este último patólogo, profesor y orador se le puede recomendar aquella advertencia del Nuevo Testamento: «Médico, cúrate á tí mismo.» A la verdad, ningún hombre en su cabal juicio acusaría tan ligeramente de locura á cuatrocientos cuarenta y seis millones de individuos en diversas partes del mundo, ¡porque creen en las relaciones de los espíritus con nosotros mismos!

Considerando todo esto, debemos maravillarnos de la desvergonzada presunción de estos hombres, que pretenden por derecho de ilustración ser considerados como los grandes sacerdotes de la ciencia, al clasificar fenómenos sobre los que no conocen absolutamente nada. Seguramente, los varios millones de sus compatriotas engañados así, llaman tanto su atención como si fuesen chinches de la patata, ó cigarrones! Pero en lugar de aquello, ¿qué encontramos? El Congreso de los Estados Unidos, ante la demanda de la Asociación Americana para el adelanto de la Ciencia, publica estatutos para la organización de Comisiones nacionales de insectos; los químicos se ocupan en cocer ranas y chinches; los geólogos entretienen sus ocios con reconocimientos osteológicos de *ganoides* armados de placas, y en discusiones acerca de la odontología de las varias especies de *dinichtys*, y los entomólogos llevan su entusiasmo hasta el punto de cenar con cigarrones hervidos, fritos y en sopa (1).

Mientras tanto, millones de americanos son abandonados en la «confusión de locas ilusiones», según la opinión de algunos de estos muy ilustrados enciclopedistas, ó parecen físicamente por los «desórdenes nerviosos» adquiridos por la diatesis medianímica.

Hubo un tiempo en que era razonable esperar que los sabios rusos emprendieran el trabajo de estudiar los fenómenos cuidadosa ó imparcialmente. Una comisión fué nombrada por la Universidad Imperial de S. Petesburgo, con el profesor Mendeleyeff, el gran físico, á su cabeza. El programa redactado establecía un serie de cuarenta sesiones para probar á los mediums, y fueron remitidas invitaciones á todos los de esta clase, por si querian ir á la capital rusa y someter sus poderes al examen. En general, rehusaron, indudablemente en previsión de la trampa que podía haberse preparado para ellos. Después de ocho sesiones, bajo un frívolo pretexto, y justamente cuando las manifestaciones iban siendo interesantes, la comisión prejuzgó el caso, y publicó un dictámen contrario á las pretensiones de los mediums. En lugar de emplear métodos dignos y científicos, se valieron de espías para

(1) «*Scientific American*», New York, 1875.

atisbar al través de los orificios de las cerraduras. El Profesor Mendeleeff declaró públicamente, en un discurso, que el Espiritismo, ó cualquier creencia en la inmortalidad de nuestra alma, era una mezcla de *superstición, ilusión y de fraude*; añadiendo que cada una de las manifestaciones de esta naturaleza, incluyendo la lectura del pensamiento, éxtasis y otros fenómenos psicológicos, debemos nosotros suponer que podían ser y eran producidos por medio de ingeniosos aparatos y mecanismos ocultos debajo de los vestidos de los mediums.

Después de una manifestación semejante de ignorancia y de preconcepción, Mr. Butlerof, profesor de Química en la Universidad de S. Petersburgo, y Mr. Aksakof, Consejero de Estado en la misma ciudad, que habían sido invitados á asistir á las sesiones de la Comisión, se disgustaron tanto que se retiraron. Habiendo publicado sus protestas en los periódicos rusos, fueron apoyados por la mayoría de la prensa, que no economizó sus sarcasmos con respecto á Mendeleeff y á su comité oficioso. El público se condujo ingénuamente en esta ocasión. Sobre ciento treinta nombres de personas de las más influyentes y de la mejor sociedad de S. Petersburgo, muchos de ellos ni siquiera espiritistas, únicamente simples investigadores, añadieron sus firmas á la bien merecida protesta.

Pronto se tocaron los resultados de tal modo de proceder: la cuestión del Espiritismo despertó una atención universal; círculos particulares se organizaron por todo el Imperio; algunos de los periódicos más liberales empezaron á discutir el asunto; y mientras escribimos estas líneas, una nueva Comisión ha sido organizada para concluir el interrumpido trabajo.

Pero ahora, como es consiguiente, querrán menos que nunca cumplir con su deber. Tienen ellos en la actualidad mejor pretexto que podrían tener quizás en el pretendido *exposé* del medium Slade, por el profesor Lankester, de Londres. La verdad es que á la evidencia de un solo sabio y de su amigo, Mrs. Lankester y Donkin, el acusado oponía el testimonio de Wallace, Crookes y de un gran número de otros, lo que anula por completo una acusación fundada meramente en una evidencia y preocupación hijas de las circunstancias. Y el *London Spectator* hace observar justamente lo que sigue:

«Es en realidad una pura superstición, y nada más, el creer que conocemos tan bien las leyes de la naturaleza, que unos hechos cuidadosamente examinados, atestiguados por pacientes observaciones, deben ser despreciados como indignos de crédito, únicamente porque á primera vista parece no guardan relación con lo que más claramente ya conocemos. Presumir, como parece que el Profesor Lankester hace,

que porque el fraude y la excesiva credulidad se encuentran muy relacionados con aquellos hechos, como sin duda también se encuentran respecto de las enfermedades nerviosas; que el fraude y la credulidad deben tenerse en cuenta en todos los hechos cuidadosamente atestiguados por hábiles y concienzudos observadores, es lo mismo que mirar con indiferencia cada una de las ramas del árbol del saber en las que la ciencia inductiva permanece necesariamente, y á derribar al suelo la totalidad del edificio.»

Pero ¿qué les importa todo esto á los sabios? El torrente de la superstición que, según ellos, en su impetuosa corriente arrastra millones de brillantes inteligencias, no puede alcanzarles. El moderno diluvio llamado Espiritismo es impotente para afectar sus inteligencias poderosas; y las cenagosas oleadas de la corriente deben consumir su rabiosa furia sin mojar siquiera la suela de sus zapatos. Seguramente, debe ser una tradicional testarudez por parte del Creador, la que le impide confesar el pobre éxito que sus milagros tienen en nuestros días, cegando á los sábios de profesión. Pero hoy Él debe saber y tener noticia de que hace mucho tiempo que ellos han decidido escribir en los frontispicios de sus Universidades y Colegios:

La Ciencia ordena que Dios no puede
Hacer milagros en este lugar! (1)

Ambos, los infieles espiritistas y los ortodoxos católico-romanos, parecen haberse aliado en contra de las iconoclasticas pretensiones del materialismo. El aumento de escepticismo ha dado lugar al aumento de credulidad. Los campeones de los milagros «divinos» de la Biblia rivalizan con los panegiristas de los fenómenos medianímicos, y la Edad Media revive en el siglo diez y nueve. Una vez más vemos á la Virgen María reanudar su correspondencia epistolar con la hija fiel de su iglesia; y mientras que el «ángel amigo» garrapatea mensajes á los espiritistas valiéndose de sus mediums, la «madre de Dios» manda cartas desde el cielo directamente á la tierra. El camarín de Nuestra Señora de Lourdes se ha convertido en un gabinete espiritista para «materializaciones», al paso que los gabinetes de los mediums populares en América se han transformado en santos camarines, en los que Mohammed, el Obispo Polk, Juana de Arco y otros

(1) «De par le Roi, defense á Dieu,
De faire miracle, en ces lieux.»

Una sátira que se encontró escrita en los muros de un cementerio, en tiempo de los milagros jansenistas y su prohibición por la policía de Francia.

espíritus aristocráticos de la «negra ribera», habiendo descendido, se «materializan» en plena luz. Y si la Virgen María ha sido vista dando su paseo diario por los bosques inmediatos á Lourdes, en forma humana, ¿porqué no lo mismo, respecto del Apóstol del Islam y del difunto obispo de la Luisiana? O las dos clases de «milagros» son posibles, ó ambas manifestaciones, las «divinas», lo mismo que las «espiritistas», son infames imposturas. El tiempo solo lo probará. Pero entre tanto, como la ciencia rehusa el prestar su lámpara mágica para iluminar estos misterios, el vulgo debe ir tropezando por un pantano, cúbrase ó no de cieno.

Habiendo sido discutidos desfavorablemente los recientes «milagros» de Lourdes por los periódicos de Londres, Monseñor Capel comunica al *Times* la opinión de la Iglesia romana en los siguientes términos:

«Con respecto á las milagrosas curaciones efectuadas, recomendaría á vuestros lectores la imparcial y juiciosa obra *La Grotte de Lourdes*, escrita por el Dr. Dozous, un eminente médico residente en la localidad, inspector de enfermedades epidémicas del distrito y médico asistente del Tribunal de Justicia. Hace preceder un número de casos detallados de curaciones milagrosas, que dice haber estudiado con gran cuidado y perseverancia, por estas palabras: 'Yo declaro que estas curaciones efectuadas en el Santuario de Lourdes, por medio del agua de la fuente, han establecido su carácter sobrenatural á los ojos de los hombres de buena fé. Debo confesar que sin estas curaciones, mi inteligencia, muy poco dispuesta á escuchar explicaciones milagrosas de ninguna especie, hubiera encontrado gran dificultad para aceptar este hecho (la aparición), notable como es bajo muchos puntos de vista. Pero las curaciones de las que con frecuencia he sido testigo ocular han dado á mi mente una luz que no me permite ignorar la importancia de las visitas de Bernadette á la Gruta, y la realidad de las apariciones con las que ha sido favorecida'. El testimonio de un médico distinguido, que desde el principio ha vigilado cuidadosamente á Bernadette y á las milagrosas curaciones de la Gruta, es, por lo menos, digno de respetuosa consideración. Y, puedo añadir, el número inmenso de los que van á la Gruta á arrepentirse de sus pecados, á aumentar su piedad, á rogar por la regeneración de su país, á hacer pública profesión de su creencia en el Hijo de Dios y en su Madre Inmaculada. Muchos van á ser curados de dolencias corporales; y según el testimonio de los concurrentes, muchos vuelven libres de su enfermedad. El echar en cara la falta de creencias, como hace vuestro artículo, sobre todos los que también usan las aguas de

los Pirineos, es tan poco razonable como acusar de incredulidad á los magistrados que castigasen á los particulares por descuidar el auxilio médico. La salud me obligó á pasar los inviernos de 1860 y 1867 en Pau. Esto me proporcionó la oportunidad de llevar á cabo la investigación más minuciosa respecto de la aparición de Lourdes. Después de frecuentes y largos exámenes de Bernadette y de algunos de los milagros efectuados, me he convencido de que, *si los hechos pueden ser admitidos por el testimonio humano, entonces la aparición de Lourdes tiene derecho perfecto para ser considerada como un hecho innegable*. Después de todo, no forma parte de la fé católica, y puede ser aceptado, ó desechado por cualquier católico, sin el menor premio ó castigo.»

Permítasenos hacer que el lector se fije en la frase que hemos subrayado. Demuestra claramente que el clero católico, á pesar de su infalibilidad y de su liberal convenio postal con el Reino de los Cielos, se contenta con aceptar la validez de milagros *divinos* basados en el testimonio humano. Si ahora nos dirigimos á los recientes discursos de Mr. Huxley, en New-York, sobre la evolución, nos encontramos que dice que es «sobre la evidencia humana é histórica que se fundan la mayor parte de nuestros conocimientos respecto de hechos del pasado». En un discurso sobre Biología, dice:... «cada hombre que con todo su corazón se interese por la verdad, debe desear vivamente que todas cuantas justas críticas puedan hacerse, se hagan; pero es esencial... que el crítico conozca aquello sobre lo que está hablando». Aforismo que su autor haría perfectamente en recordar, cuando intenta dar su opinión en asuntos psicológicos. Que añadiese esto á sus opiniones, tales como las expresa anteriormente, y ¿quién puede pedir un mejor pedestal donde colocarle?

Tenemos aquí uno que es materialista, y otro que es un prelado católico, coincidiendo en la misma opinión, ó sea en la suficiencia del *testimonio humano* para probar hechos que cada cual, dadas sus preocupaciones, crea. Después de esto, ¿no tienen motivo tanto el estudiante en ocultismo, como el espiritista, para seguir afirmándose en el argumento que por tanto tiempo y con tanta persistencia han sostenido, que estando los fenómenos psicológicos de los antiguos y modernos taumaturgos probados hasta dejarlo de sobra por el testimonio humano, deben ser aceptados como hechos? Habiendo tanto la Iglesia como la Academia apelado al tribunal de la humana evidencia, no pueden negar al resto del género humano el mismo privilegio. Uno de los resultados de la reciente agitación de Londres con motivo de los fenómenos medianímicos es la expresión de algunas opiniones

notables y liberales de parte de la prensa secular. «En algunas ocasiones, nos parece que debe admitirse el espiritismo entre las creencias toleradas, y por consiguiente, dejárselo en paz», dice el *Daily News* de Londres, en 1876. «Tiene muchos partidarios que son tan inteligentes como cualquiera de nosotros, y á los cuales, cualquier defecto obvio y palpable hasta la evidencia hubiera sido desde hace mucho tiempo palpable y obvio. Algunos de los *hombres más sabios del mundo han creído en las apariciones*, y continuarían creyendo aunque media docena de personas sucesivamente hayan reconocido que asustaban á la gente con ilusorios fantasmas.»

No es la primera vez, en la historia del mundo, que el mundo invisible ha tenido que luchar en contra del escepticismo materialista del alma ciega de los Saduceos. Platón deplora una incredulidad semejante, y hace referencia á su tendencia perniciosa más de una vez en sus obras.

Desde Kapila, el filósofo Indo, que muchos siglos antes de Jesucristo dudaba de las pretensiones de los místicos Yogins, de que en éxtasis un hombre tiene la facultad de ver á Dios cara á cara, y de hablar con las «más elevadas» esencias, hasta los Volterianos del siglo diez y ocho, que se burlaban de todo lo que la gente consideraba sagrado, cada época ha tenido sus Tomases incrédulos. ¿Han logrado éstos contener el progreso de la verdad? Lo mismo que los ignorantes hipócritas que juzgaban á Galileo detuvieron el movimiento de la tierra. No hay explicaciones, sean las que sean, capaces de afectar de un modo vital la estabilidad ó inestabilidad de una creencia que la humanidad haya heredado de las primeras razas de hombres, aquellas que, si creemos en la evolución espiritual del hombre, como en la física, poseían la gran verdad de labios de sus antecesores, los *dioses de sus padres*, «que permanecían al otro lado de las aguas». La identidad de la Biblia con las leyendas de los libros sagrados Indos y las cosmogonías de otras naciones, será demostrada algún día. *Las fábulas de las edades mythopœicas, se verá que no han hecho más que alegorizar las grandes verdades de la geología y antropología.* A estas fábulas tan ridículamente expresadas tendrá que acudir la ciencia para buscar los «eslabones perdidos».

Por otra parte, ¿porqué tales y tan raras «coincidencias» en las historias respectivas de naciones y pueblos extremadamente separados? ¿De dónde procede la identidad de las primitivas concepciones, las que, fábulas y leyendas como ahora las llaman, contienen, sin embargo, el núcleo de hechos históricos, de una verdad profundamente enterrada bajo la capa de las poéticas ficciones populares, pero que no deja de

ser una verdad? Compárese únicamente este versículo del *Génesis*, vi: «Y acaeció, cuando los *hombres empezaron á multiplicarse* sobre la faz de la tierra y nacieron hijas entre ellos, que los hijos de Dios vieron las hijas de los hombres, que eran hermosas; y ellos tomaron por mujeres las que escogieron entre todas ellas... Existían *gigantes en la tierra en aquellos días*,» etc., con esta parte de la cosmogonía India, en los Vedas, cuando habla del descenso de los Brahmanes. El primer Brahmán se queja de estar solo entre todos sus compañeros, sin tener esposa. A pesar de que el Eterno le aconseja que dedique sus días únicamente al estudio de la ciencia sagrada (Veda), el *primer-nacido* del género humano insiste. Disgustado por tal ingratitude, el Eterno da al Brahmán una mujer de la raza de los *Daityas*, ó *gigantes*, de quienes descienden todos los Brahmanes por parte de madre. Así es que todo el sacerdocio Indo desciende, por un lado, de los espíritus *superiores* (los hijos de Dios), y por el otro, de *Daintany*, una hija de los gigantes de la tierra (los hombres primitivos). (1). «Y ellas les dieron hijos á ellos; los que fueron hombres poderosos en la antigüedad, varones de fama». (2).

Lo mismo se encuentra en este fragmento cosmogónico escandinavo. En el *Edda* se dá la descripción á Gangler por Har, uno de los tres informantes (Har, Jafuhar y Tredi), del primer hombre llamado Bur: «el padre de Bör, quien tomó por mujer á Besla, una hija del gigante Bölthara, de la raza de los *gigantes primitivos*». La narración interesante y completa se encuentra en el *Prose Edda*, sects. 4-8, de las *Antigüedades del Norte*, de Mallett. (3).

El mismo fundamento yace bajo las fábulas griegas respecto á los Titanes, y puede ser encontrado en la leyenda de los Mejicanos: las cuatro razas sucesivas del *Popol-Vuh*. Constituye uno de los muchos cabos que deben encontrarse en la enredada y al parecer inextricable madeja del género humano, considerado como un fenómeno psicológico. La creencia en el supernaturalismo sería de otra manera inexplicable. Decir que ha brotado, crecido y desarrollado al través de épocas innumerables sin algún motivo, ó al menos sin una base firme en que apoyarse, sino únicamente como una frívola fantasía, sería proferir un absurdo tan grande como el que admite la teología al decir que el Universo fué creado de la nada.

Es ya demasiado tarde para luchar contra la evidencia, que por sí misma se manifiesta clara y deslumbrante como la luz del medio día.

(1) Polier: «*Mythologie des Indous*».

(2) Génesis vi, 4.

(3) Mallett: «*Antigüedades del Norte*», edición de Bohn, pp. 401-405.

Los periódicos, tanto cristianos como liberales, empiezan á protestar unánimemente contra el dogmatismo y miserables preocupaciones del socialismo ó de los semi-sabios. El *Mundo Cristiano*, periódico religioso, une su voz á la de la prensa incrédula de Londres. A continuación le citamos como una buena muestra de sentido común:

«Aun cuando un medium,» dice, (1) «pueda siempre demostrarse de un modo concluyente que es un impostor, todavía censuraremos nosotros la disposición manifestada por personas de alguna autoridad en materias científicas á mofarse y destruir toda investigación cuidadosa de estas, de las que Mr. Barrett tomó nota ante la Asociación Británica. El que los espiritistas hayan cometido muchos absurdos, no es esto razón para que sus fenómenos sean considerados como indignos de ser examinados. Sean mesméricos, clarevidentes, ó lo que fuere, que nos digan nuestros sabios lo que son, en lugar de reprendernos como á gentes ignorantes, con demasiada frecuencia tratados como á los muchachos preguntones, cuando se les dirige la cómoda pero poco satisfactoria sentencia: Los niños pequeños no deben preguntar nada.»

De modo que llegaron los tiempos en que hemos perdido todos los derechos á dirigirnos á los sabios, con el verso de Milton: «¡Oh tú que por el testimonio de la verdad has soportado vituperios universales!» Triste degeneración que hace recordar la exclamación de aquel «doctor en Medicina» mencionado hace unos ciento ochenta años por el Dr. Henry More, y quien, después de haber oído la historia del tamborilero de Tedworth y de Ann Walker, exclamó inmediatamente: «*Si esto es cierto, todo este tiempo he estado creyendo en falsedades, y debo empezar mi carrera de nuevo*» (2).

Pero en nuestro siglo, á pesar de las palabras de Huxley respecto del valor del «testimonio humano», hasta el Dr. Henry More se ha convertido «en un entusiasta y visionario, cualidades que, unidas en una persona, constituyen una *loca jerigonza*» (3).

Si la psicología ha tardado tanto en hacer comprender mejor sus leyes misteriosas y en aplicarlas tanto á los casos ordinarios como á los extraordinarios de la vida, no ha sido por falta de hechos. Estos los ha tenido á su disposición en abundancia. Sólo ha sido necesario recogerlos y clasificarlos por medio de observadores educados para ello,

(1) En la «Revista Trimestral» de 1859, Graham da una extraña relación de muchas ciudades Orientales ahora desiertas, en las que las piedras de las puertas son de enormes dimensiones y con frecuencia parecen no guardar proporción con los edificios, y observa que habitaciones y puertas llevan el sello de una antigua raza de gigantes.

(2) Dr. More: Carta á Glanvil, autor del «*Saducismus Triumphatus*»

(3) J. S. Y.: «*Demonología ó Ciencia Natural Revelada*», 1827, p. 219.

y de analistas competentes. Estos hubieran debido ser proporcionados por el cuerpo científico. Si el error ha prevalecido y la superstición ha corrido desenfrenada durante algunos siglos entre la Cristianidad, es una desgracia para el vulgo, y un reproche para la ciencia. Las generaciones se han sucedido unas á otras, contribuyendo cada una con su cuota de mártires de la conciencia y del valor moral, y la psicología es bien poco mejor comprendida en nuestros días que cuando la pesada mano del Vaticano mandaba á aquellos heroicos desgraciados á sufrir su sentencia inicua, é infamaba su memoria con el estigma de nigrománticos y herejes.

CAPÍTULO V.

«Ich bin der geist der stets verneint.»

(Yo soy el espíritu que siempre niega.)

—(Mephisto en FAUST.)

«El espíritu de verdad que el mundo no puede recibir, porque ni Le ve, ni Le conoce.»
Evangelio según Juan, XIV, 17.

«Millones de seres espirituales recorren la tierra.

Invisibles, tanto cuando estamos despiertos como cuando dormimos.»MILTON.

«El mero desarrollo intelectual no puede reconocer lo espiritual. Así como el Sol hace que un fuego no se perciba, del mismo modo el espíritu no es percibido por los ojos solos de la inteligencia.»W. HOWIT.

EXISTE una confusión infinita de nombres para expresar una misma cosa.

El caos de los antiguos; el fuego sagrado de Zoroastro, ó el *Antusbyrum* de los Parsis; el fuego de Hermes; el fuego de Elmes de los antiguos Germanos; el rayo de Cybeles; la ardiente antorcha de Apolo; la llama del altar de Pan; el fuego inextinguible en el templo del Acrópolis, y en el de Vesta; la llama de fuego del casco de Plutón; las brillantes chispas de los sombreros de los Dioscures, ó de la cabeza de Gorgona, el yelmo de Pallas, y la vara de Mercurio; el *πυρ αθβεστο*; el Plitha Egipcio, ó Ra; el *Zeus Cataibates* de Grecia (el que descende) (1); las lenguas de fuego de la Pentecostés; la zarza ardiente de Moisés, la columna de fuego del *Éxodo*, y la «lámpara encendida» de Abraham; el fuego eterno del «insondable abismo»; los vapores del oráculo de Delfos; la luz sideral de los Rosacruces; el AKÁSA de los Adeptos Indos; la luz Astral de Eliphaz Levi; el aura nerviosa y el fluido de los magnetizadores; el *od* de Reichenbach; el globo de fuego ó meteoro gato de Babinet; el *Psychod* y fuerza ecténica de Thury; la fuerza psíquica de Sergeant Cox y de Mr. Crookes; el magnetismo atmosférico de algunos naturalistas; el galvanismo, y finalmente la electricidad, son los distintos nombres de muchas y diversas manifestaciones

(1) Pausanias: «Eliæ», lib. 1, cap. XIV.

de la misma misteriosa y omni-penetrante causa: el *Archeus* Griego, ó *Αρχαίος*.

Sir E. Bulwer-Lytton, en su *Raza Futura*, la describe como el VRIL (1), usado por las poblaciones subterráneas, y permite á sus lectores que lo tomen como una ficción. «Este pueblo—dice— considera que en el vril han llegado á la unidad de los agentes naturales de la energía»; y viene á decir que Faraday se aproximaba á él «bajo el término más prudente de correlación», de este modo:

«Por mucho tiempo he sostenido una opinión, casi diré una convicción, común, como creo, con la de muchos otros amantes de las ciencias naturales, que las varias formas bajo las cuales las fuerzas de la materia se manifiestan, TIENEN UN ORIGEN COMÚN; ó en otras palabras, están tan directamente relacionadas y tan naturalmente dependen entre ellas, que pueden convertirse unas en otras, y poseen equivalencia de poder en su acción.»

Por absurda y anti-científica que parezca nuestra comparación de un ficticio *vril* inventado por el gran novelista, y la fuerza primaria del igualmente gran experimentador, con la luz astral kabalística, es sin embargo la verdadera definición de esta fuerza. Los descubrimientos están de continuo corroborando esta afirmación tan enérgicamente lanzada. Desde que empezamos á escribir esta parte de nuestro libro, ha sido anunciado en varios periódicos el supuesto descubrimiento de una nueva fuerza por Mr. Edison, el electricista de Newark, New Jersey, cuya fuerza parece tener muy poco que ver con la electricidad ó galvanismo, excepto el principio de conductibilidad. Si se demuestra, podrá permanecer durante largo tiempo bajo un nombre pseudónimo científico; pero después de todo, no será más que uno de la numerosa familia de niños paridos desde el principio de los tiempos, por nuestra kabalística madre, la *Virgen Astral*. De hecho, el descubridor dice que «es tan distinta y que tiene leyes tan regulares como el calor, el magnetismo ó la electricidad.» El periódico que dá la primera relación de este descubrimiento añade que «Mr. Edison piensa que está en conexión con el calor, y que puede ser engendrada por medios independientes y todavía no descubiertos.»

Otro de los descubrimientos recientes más asombrosos es la posibilidad de anular la distancia entre el lenguaje humano por medio del *Teléfono* (sonido á distancia), instrumento inventado por el profesor Graham Bell. Esta posibilidad, al principio sugerida por los «telégrafos de amor», consistiendo en dos pequeños vasos de estaño cubiertos con pergamino y unidos por un hilo ordinario, con los cua-

(1) Sabemos que el noble autor componía sus palabras por la contracción de nombres pertenecientes á lenguas clásicas. *Gij* procedería de *Gunc*; *vril* de *virile*.

les puede sostenerse una conversación á una distancia de doscientos piés, se ha desarrollado y convertido en el teléfono, que será la maravilla de esta época. Una larga conversación se ha sostenido entre Boston y Cambridgeport por medio del teléfono; «cada palabra se oía y distinguía perfectamente, y las modulaciones de las voces eran perfectamente apreciables;» según la relación oficial. *La voz es apriionada, por decirlo así, y mantenida en su forma por un imán, y la onda sonora es transmitida por la electricidad que actua al unisono y coopera con el imán.* El resultado total depende de un perfecto dominio de las corrientes eléctricas y del poder del imán usado, con el cual las anteriores deben cooperar. «El invento», dice el periódico, «puede ser groseramente descrito como una especie de trompeta, sobre cuyo pabellón se halla extendida una membrana delicada, la cual, cuando la voz es lanzada al tubo, se hincha hacia el exterior en proporción de la fuerza del sonido. Al otro lado de la membrana, está unida una pieza de metal, que, cuando la membrana es impelida hacia fuera, se pone en contacto con un imán, y éste, lo mismo que el circuito eléctrico, son manejados por el operador. Por medio de algún principio no enteramente comprendido todavía, la corriente eléctrica transmite la onda sonora tal como la voz la ha comunicado á la bocina, y el que escucha con un aparato parecido aplicado á su oído, en el otro extremo de la línea, oye distintamente cada palabra, y realmente aprecia las modulaciones de la voz del que habla.»

Así, en presencia de estos maravillosos descubrimientos de nuestra época, y de las mágicas posibilidades del porvenir, todavía latentes y ocultas en el reino sin límites de la naturaleza, y además, en vista de lo muy probable que es que la Fuerza de Edison y el teléfono del profesor Graham Bell modifiquen, si es que no trastornen, todas nuestras ideas en lo que á los fluídos imponderables se refiere, las personas que tengan intención de oponerse á nuestras afirmaciones harán perfectamente en esperar á ver si son corroboradas ó refutadas por descubrimientos futuros.

Sólo en relación con estos *descubrimientos*, podemos quizás recordar á nuestros lectores que se encuentran muchos indicios en las antiguas historias respecto de un cierto secreto que poseían los sacerdotes Egipcios, gracias al cual podían comunicarse instantáneamente durante la celebración de los Misterios, de un templo á otro, aunque el uno estuviese en Tebas, y el otro al extremo opuesto del país; la leyenda lo atribuye, por supuesto, á las «tribus invisibles del aire,» las que llevan mensajes para los mortales. El autor del *Hombre pre-Adamita*

cita un hecho que, como dado únicamente sobre su propia autoridad, y mostrándose indeciso acerca de si la historia procede de Macrinus ó de algún otro escritor, puede ser considerado por lo que valga.

Dice que, durante su estancia en Egipto, supo casi de cierto que «una de las Cleopatras (?) mandó noticias á todas las ciudades por medio de un alambre, desde Heliopolis á Elephantina, en el alto Nilo.» (1).

No hace mucho tiempo que el profesor Tyndall nos anunció un nuevo mundo poblado de formas aéreas de la más encantadora belleza.

«El descubrimiento consiste,» dice, «en exponer los vapores de líquidos volátiles á la acción de la luz del sol concentrada, ó bien á los rayos también concentrados de la luz eléctrica.» Los vapores de ciertos nitritos, yoduros y ácidos son sometidos á la acción de la luz en un *tubo experimental*, colocado horizontalmente, de modo que el eje del tubo, y el de los rayos paralelos que salen de la lámpara, coincidan. Los vapores forman nubes de brillantes matices, y toman por sí mismos las formas de vasos, botellas y conos, en grupos de seis ó más; presentan la forma de conchas, tulipanes, rosas, girasoles, hojas y de rollos. «En una ocasión,» nos dice, «una nube pasó con rapidez á ser una cabeza de serpiente; una boca se formó, y un hilo de la nube, aparentando una lengua, completó el parecido.» Finalmente, para colmo de estas maravillas, «una vez positivamente tomó la forma de un pescado, con ojos, agallas y antenas. El aspecto doble de la forma animal era completo, y *ninguna escama, pliegue ó señal que estuviese en uno de los lados faltaba en el otro.*»

Estos fenómenos pueden en parte ser explicados por la acción mecánica del rayo de luz, como Mr. Crookes ha demostrado recientemente. Por ejemplo, es un caso que puede suponerse, el que los rayos de luz hayan constituido un eje horizontal al rededor del cual las moléculas confundidas de los vapores se han reunido en forma de globos y de husos. Pero ¿cómo explicar la cabeza de serpiente, el pescado, los flores de distintas clases y las conchas? Esto es para la ciencia un dilema que la confunde lo mismo que el meteorogato de Babinet. Y no sabemos que Tyndall se haya aventurado á dar una explicación de este fenómeno extraordinario tan absurda como la que el sabio francés dió de aquel.

Todos aquellos que no se hayan ocupado mucho del asunto se mostrarán sorprendidos de lo mucho que en los primeros días de la humanidad se conocía respecto de aquel omni-penetrante y sutil

(1) P. B. Randolph: «Hombre pre-Adamita,» p. 48.

principio que hace poco ha sido bautizado con el nombre de ÉTER UNIVERSAL.

Antes de empezar, deseamos una vez más enunciar por medio de dos proposiciones categóricas lo que ya habíamos antes indicado. Estas proposiciones eran leyes demostradas para los antiguos teurgistas.

1.^a Los llamados milagros, empezando por los de Moisés y acabando por los de Cagliostro, cuando son verdaderos, están, como muy justamente insinúa de Gasparin en su obra acerca de los fenómenos, «perfectamente de acuerdo con la ley natural;» de ahí, nada de milagros. La Electricidad y el Magnetismo son incuestionablemente usados para la producción de algunos de estos prodigios, pero ahora, lo mismo que entonces, son puestos á contribución por cada sujeto sensible, quien *inconscientemente* hace uso de estos poderes gracias á la peculiar naturaleza de su organización, que sirve como de conductor á alguno de estos fluidos imponderables que todavía la ciencia conoce tan imperfectamente. Esta fuerza es el padre prolífico de innumerables atributos y propiedades, muchos, ó mejor dicho, los más de los cuales, son desconocidos todavía para los físicos modernos.

2.^a Los fenómenos de magia natural observados en Siam, India, y en otros países Orientales, no tienen nada que ver con lo que á la prestidigitación se refiere; pues la una es en absoluto un efecto físico debido á la acción de fuerzas naturales y ocultas, y la otra, un mero resultado ilusorio obtenido por medio de diestras manipulaciones auxiliadas por personas que están en connivencia. (1).

Los taumaturgos de todos los periodos, escuelas y países, producían sus maravillas porque estaban perfectamente familiarizados con las imponderables, en sus efectos, pero por otra parte perfectamente tangibles ondulaciones de la luz astral. Dominaban las corrientes guiándolas con el poder de su voluntad. Los prodigios tenían un doble carácter, físico y psicológico; el primero comprendía los efectos producidos sobre los objetos materiales; el segundo, los fenómenos mentales de Mesmer y de sus sucesores. Estos han sido representados en nuestros tiempos por dos hombres muy ilustrados, Du Potet y Regazzoni, cuyos maravillosos poderes han sido bien atesti-

(1) En este punto, al menos, estamos en terreno firme; el testimonio de Mr. Crookes confirma nuestras aserciones. En la página 84 de su folleto «Espiritismo Fenomenal,» dice: «los muchos centenares de hechos que estoy en disposición de atestiguar, hechos cuya imitación por conocidos mecanismos ó medios físicos avergonzaría la ciencia de un Houdin, un Bosco ó un Anderson, provistos con todos sus recursos de maquinaria y de práctica de años; han tenido lugar en mi casa propia, en las ocasiones que á mi se me ocurrían y bajo circunstancias que hacían imposible en absoluto el empleo de los instrumentos auxiliares más sencillos.»

guados en Francia y en otros países. El Mesmerismo es la rama más importante de la magia; y sus fenómenos son los efectos del agente universal que existe en toda magia, y que en todas las épocas ha dado lugar á lo que se conoce con el nombre de milagros.

Los antiguos le llamaban *Caos*; Platón y los Pitagóricos, *el Alma del Mundo*. Según los Indos, la Deidad, bajo la forma de Eter, penetra todas las cosas. Es el invisible, pero, como antes hemos dicho, en exceso tangible fluido. Entre otros nombres, este Proteo universal (ú «Omnipotente nebuloso», como de Mirville lo denomina en son de burla), era llamado por los teurgos «el fuego viviente» (1), el «Espíritu de Luz» y *Magnes*. Este último nombre indica sus propiedades magnéticas, y muestra su naturaleza mágica. Porque, como con mucha razón dice uno de sus enemigos, $\mu\acute{\alpha}\gamma\eta\varsigma$ y $\mu\alpha\gamma\eta\upsilon\varsigma$ son dos ramas procedentes del mismo tronco, y conducen á los mismos resultados.

Para buscar el origen de la palabra magnetismo, es menester remontarnos á una época inconcebible por lo remota. Muchos creen que la piedra llamada *imán* (magnes) debe su nombre á Magnesia, ciudad ó distrito en la Tesalia, en donde estas piedras se encuentran en gran cantidad. Nosotros, sin embargo, creemos que la opinión de los Hermeticos es la única correcta. La palabra *Magh*, *magus*, se deriva del Sanskrito *Mahaji*, el *grande* ó *sabio* (el ungido por la sabiduría divina). «Eumolpus es el fundador mítico de los Eumolpides (sacerdotes); los sacerdotes reconocían que su propia sabiduría procedía de la Divina Inteligencia.» (2) Las distintas cosmogonias nos muestran que cada nación consideraba al Alma-Arqueal Universal como la «mente» del Creador Demiúrgico, la *Sophia* de los Gnósticos, ó el *Espíritu Santo como principio femenino*. Como los Magos derivaban su nombre de ella, la piedra Magnesiana ó Imán era así llamada en honor suyo, pues ellos fueron los primeros en descubrir sus propiedades maravillosas. El país, en todos sentidos, estaba cuajado de templos, y entre ellos había algunos de Hércules (3), y por esto, cuando fué cono-

(1) En este nombre podemos descubrir el significado de la embrollada sentencia que se encuentra en el Zend-Avesta, que «el fuego concede el conocimiento de lo futuro, ciencia y amables palabras», pues desarrolla una elocuencia extraordinaria en algunos sujetos muy sensibles.

(2) Dunlap: «Musah, Sus Misterios,» p. 111.

(3) «Hércules era conocido como el rey de los Musianos,» dice Schwab, II, 44; y Musiana era la fiesta del «Espíritu y la Materia,» Adonis y Venus, Baco y Ceres. (Véase Dunlap: «Misterio de Adonis,» p. 95.) Dunlap muestra bajo la autoridad de Juliano y Anthon (67), á Esculapio, «el salvador de todo», idéntico á Phtha (la Inteligencia creadora, la Sabiduría Divina), y á Apolo, Baal, Adonis y Hércules (idem, p. 93), y Phtha es el «Anima mundi», el Alma Universal de Platón, el Espíritu Santo de los Egipcios, y la Luz Astral de los Kabalistas. M. Michelet, sin embargo, considera al Herakles Griego de un modo distinto, como el adversario de las orgías Báquicas y sus consiguientes sacrificios humanos.

cida la piedra que los sacerdotes usaban en sus curaciones y mágicos designios, recibió el nombre de piedra Magnésiana ó Heráclica. Sócrates, ocupándose de la misma, dice: «Eurípides la llama piedra Magnésiana, pero el vulgo la llama Heráclica.»⁽¹⁾ Los Magos eran los que daban nombre al país y á la piedra, y no esta y aquél á los Magos. Plinio nos enseña que el anillo nupcial entre los Romanos era magnetizado por los sacerdotes antes de la ceremonia. Los antiguos historiadores paganos han guardado cuidadosamente silencio respecto de ciertos Misterios de los «sabios» (Magos), y Pausanias dice que fué avisado en sueños de que no revelase los santos ritos del templo de Demeter y Persephoneía de Atenas. (*).

La ciencia moderna, después de haber sin resultado alguno negado el *magnetismo animal*, se ha visto obligada á aceptarlo como un hecho. Es ahora una propiedad reconocida de la organización humana y animal; y en nuestros días, las Academias lo combaten más ferozmente que nunca en lo que se refiere á su influencia psicológica y oculta. Es más deplorable que asombroso, el que los representantes de la «ciencia exacta» sean todos incapaces de darnos alguna explicación, ó algo parecido á una simple hipótesis razonable, respecto de la innegable y misteriosa potencia contenida en un simple imán. Empezamos á tener pruebas diarias de que estos poderes estaban ocultos bajo los misterios teúrgicos, y con ellos podremos quizás explicar las facultades ocultas poseidas por los taumaturgos antiguos y modernos, lo mismo que una buena porcion de sus hechos asombrosos. Tales eran los dones transmitidos por Jesús á algunos de sus discípulos. En el momento de efectuar sus milagrosas curaciones, el Nazareno sentía un poder que salía de él. Sócrates, en su diálogo con Theages (†), hablándole de su dios familiar (daimon), y de su poder de comunicar su sabiduría (de Sócrates) á sus discípulos, ó de dirigirla para el bien de todos los que con él estaban relacionados, cita el siguiente ejemplo en corroboración de sus palabras: «Yo os diré, Sócrates,» dice Aristides, «una cosa increíble, pero verdadera, ¡por los dioses! Hago grandes progresos cuando estoy en vuestra compañía, estando en la misma casa, aunque no estemos en la misma habitación; pero son mayores cuando *yo permanezco en vuestra misma habitación.....* y mucho más cuando *os contemplo.....* Pero adelante todavía muchísimo más cuando, sentado á vuestro lado, estoy *en contacto con vos.*»

Esto es el magnetismo y mesmerismo modernos de Du Potet y de

(1) Platón: «Ion» (Burgess), vol. iv, p. 294.

(2) «Attic» I, XIV.

(3) Platón: «Theages.» Cicerón traduce la palabra δαίμωνιον, quiddam divinum, algo divino, nada que sea personal.

otros maestros, los cuales, una vez que han sometido una persona á su influencia *fluidica*, pueden comunicar con ella todos sus pensamientos, á cualquiera distancia, y con poder irresistible obligarla á obedecer sus órdenes *mentales*. ¡Pero cuánto mejor conocían los antiguos filósofos esta fuerza psíquica! Podemos recoger algunas noticias sobre el particular en las fuentes más primitivas. Pitágoras enseñaba á sus discípulos que Dios es la *mente* universal difundida entre todas las cosas, y que esta mente, en virtud sólo de su identidad universal, puede ser comunicada de un objeto á otro, y servir para crear todas las cosas, sólo con el poder de la voluntad del hombre. Para los antiguos Griegos, *Kurios* era el dios-Mente (Nous). «Ahora Koros (Kurios) significa la pura y no heterogénea naturaleza de la inteligencia (sabiduría),» dice Platón. (1) Kurios es Mercurio, la Sabiduría Divina, y «Mercurio es el Sol,» (2) de quien Thot (Hermes) recibió su divina sabiduría, la cual, á su vez, comunicó al mundo con sus obras. Hércules es también el Sol, el depósito celeste del magnetismo universal, (3) ó más bien, Hércules es la luz magnética, la cual, después de haber andado su camino al través del «ojo abierto de los cielos», entra en las regiones de nuestro planeta, y así se convierte en el Creador. Hércules, el valiente Titán, tiene que llevar á cabo doce trabajos! Es llamado «el Padre de Todo», «nacido por sí mismo», «(auto-phues)» (4). A Hércules, el Sol, le mata el demonio Typhon (5), y lo mismo á Osiris, que es el padre y hermano de Horus, y al mismo tiempo es idéntico al mismo; no debemos olvidar que el imán era llamado «el hueso de Horus», y el hierro «el hueso de Typhon.» Se le llama «Hércules *Invictus*» sólo cuando desciende al Hades (el jardín subterráneo), y cogiendo las «doradas manzanas» del «árbol de vida,» mata al dragón (6). El poder Titánico brutal, lo que cubre á cada dios-sol, opone su fuerza, como materia ciega, al espíritu divino y magnético, el cual procura armonizarlo todo en la naturaleza.

(1) «Cratylus,» p. 79.

(2) «Arnobius» VI, XII.

(3) Como demostraremos en los capítulos siguientes, el sol no era considerado por los antiguos como la causa directa de la luz y del calor, sino tan sólo como un agente de la primera, por medio del cual la luz pasa á nuestra esfera. Por esto los Egipcios le llamaban siempre «el ojo de Orisis», el cual era también el *Loyos*, el Primogénito, ó luz manifestada al mundo, «que es la mente y divina inteligencia del Oculto». Es únicamente por aquella luz como sabemos qué es el Demiurgo, el *Creador* de nuestro planeta y de todo lo que al mismo pertenece; con el invisible y desconocido Universo diseminado al través del espacio, ninguno de los dioses solares tienen nada que ver. La idea está claramente expresada en los «Libros de Hermes.»

(4) «Orphic Hymn.» XII; Herman; Dunlap: «Musah, Sus Misterios,» p. 91.

(5) Movers, 525. Dunlap: «Misterios de Adonis,» 94.

(6) Preller: II, 153. Este es evidentemente el origen del dogma cristiano de Cristo descendiendo á los Infernos y venciendo á Satán.

Todos los dioses-sol, con su símbolo, el sol visible, son únicamente los creadores de la naturaleza *física*. Lo *espiritual* es obra del Dios más elevado—el Oculto, el SOL Central y Espiritual, y de su Demiurgo—la Mente Divina de Platón, y la Divina Sabiduría de Hermes Trismegisto, (1) la sabiduría difundida por Oulom ó Kronos.

«Después de la distribución del Fuego puro, en los Misterios Samotracios, una nueva vida empezaba» (2). Esto era el nuevo nacimiento al que Jesús se refería en su conversación nocturna con Nicodemus. «Iniciaos en los más benditos de todos los Misterios, purificaos vosotros mismos... nosotros llegamos á ser justos y santos con la sabiduría.» (3) Él *soplaba* sobre ellos, y les decía: «Recibid el Santo Pneuma». (4) Y este simple acto de poder de la voluntad era suficiente para conceder la facultad de vaticinar, en su forma más noble y perfecta, si ambos, el iniciador y el iniciado, eran dignos de ello. Despreciar este don, aunque sea bajo su aspecto presente, «como la corrompida descendencia y residuos de una ignorante época de superstición, y darse prisa en condenarlo como indigno de una sabia investigación, sería tan antifilosófico como irracional», afirma el Rev. J. B. Gross. «Levantar el velo que á nuestros ojos oculta lo futuro, ha sido intentado en todas las épocas; y por lo tanto, siempre se ha considerado como una de las facultades de la mente humana el poderlo hacer, y como viniendo á nosotros bajo la sanción de Dios.... Zuinglio, el reformador suizo, daba testimonio de la precisión de su fé en la providencia del Sér Supremo, con la doctrina cosmopolita de que el Espíritu Santo no estaba excluido por completo de la más digna porción del mundo pagano. Admitida esta verdad, nos cuesta trabajo concebir porqué un pagano así favorecido no tenía que ser capaz de poseer el don verdadero de profecía.» (5)

Ahora bien: ¿qué es esta mística y primordial substancia? En el libro del Génesis, al principio del primer capítulo, se la denomina la «faz de las aguas», que se dice han sido incubadas por el «Espíritu de Dios». Job menciona en el cap. xxvi, 5, que «cosas inanimadas fueron formadas por debajo de las aguas, y los habitantes de las mismas». En el texto original, en lugar de «cosas inanimadas», está escrito: muertos *Rephaim* (gigantes ú hombres poderosos primitivos),

(1) Este importante hecho explica admirablemente el grosero politeísmo de las masas, y la refinada y altamente filosófica concepción de un solo Dios, que únicamente se enseñaba en los santuarios de los templos «paganos.»

(2) Anthon: «Cabeiria».

(3) Platón: «Phædrus», traducción de Cary.

(4) Juan, xx, 22.

(5) «Religión Pagana», 104.

de cuya «Evolución» podrá algún día descubrirse el hilo de nuestra raza. En la mitología egipcia, Kneph, el Dios Eterno *no revelado*, es representado por una culebra, emblema de la eternidad, rodeando una vasija de agua, con su cabeza suspendida sobre las aguas, fecundándolas con su aliento. En este caso, la serpiente es el Agathodaimon, el buen espíritu; bajo su aspecto opuesto es el Kakothodaimon, el espíritu malo. En los *Eddas* escandinavos la miel-rocío, el alimento de los dioses y de las laboriosas y activas Yggdrasil (abejas), cae durante las horas de la noche, cuando la atmósfera está impregnada de humedad, y en las mitologías del Norte, como principio pasivo de la creación, representa la creación del universo emanado *del agua*; este rocío es la luz astral en una de sus combinaciones, y posee propiedades tanto creadoras como destructoras. En la leyenda Caldea de Berosio, Oannes ó Dagon, el hombre-pep, instruyendo al pueblo, muestra al mundo niño creado *del agua*, y á todos los seres como procedentes de esta *materia prima*. Moisés enseña que sólo la tierra y el *agua* pueden acarrear un alma viviente; y leemos en las Escrituras que las hierbas no pudieron crecer hasta que el Eterno hizo que *lloviese* sobre la tierra. En el *Popol-Vuh* mexicano, el hombre del cieno ó arcilla (*terre glaise*) sacada del fondo de las aguas. Brahmá crea á Lomus, el gran Muni (ó primer hombre), sentado en su loto, solamente después de haber llamado á la existencia á los *espíritus*, los cuales así gozan entre los mortales de una prioridad de existencia; y le forma de agua, aire y tierra. Los alquimistas pretenden que la tierra primordial ó pre-Adámica, cuando se la reduce á su sustancia primera, es en su segundo grado de transformación como agua clara, siendo el primero propiamente el *alcahest* (1). Se dice que esta sustancia primordial contiene dentro de sí misma la esencia de todo lo que constituye al hombre, teniendo no solamente todos los elementos de su naturaleza física, sino también el mismo soplo de vida en estado latente, pronto á ser despertado. Lo cual procede de la «incubación» del Espíritu de Dios sobre la faz de las aguas (caos); de hecho, esta sustancia es el mismo caos. Por esta razón, Paracelso pretendía ser capaz de obtener sus «*homunculi*:» y por esto es que Thales, el gran filósofo naturalista, sostenía que el agua es el principio de todas las cosas en la naturaleza.

¿Qué era el Caos primordial sino Éter? El *moderno* Éter, no precisamente como es reconocido por nuestros sabios, sino tal como lo conocían los antiguos filósofos, mucho antes de los tiempos de Moisés;

(1) Alkahest, palabra usada por primera vez por Paracelso, para denotar el *ménstruo* ó disolvente universal, capaz de reducir todas las cosas.

el Éter, con todas sus ocultas y misteriosas propiedades, conteniendo en sí mismo los gérmenes de la creación universal; el Éter, la virgen celestial, la madre espiritual de todas las formas y seres existentes, y de cuyo seno, tan pronto como es «fecundado» por el Espíritu Divino, brotan á la existencia la Materia y la Vida, la Fuerza y la Acción. La electricidad, el magnetismo, el calor, la luz, las acciones químicas, son fuerzas bien poco conocidas, aun ahora precisamente que varios hechos recientes están de continuo ensanchando la esfera de nuestros conocimientos. ¿Quién sabe en dónde termina el poder de este gigantesco proteo (el Éter); ó cuál es su origen misterioso? ¿Quién negará el espíritu que en él trabaja, y hace brotar del mismo todas las formas visibles?

Fácil tarea es el demostrar que las leyendas cosmogónicas de todo el mundo están fundadas en el conocimiento que de las ciencias tenían nuestros antepasados, los cuales han formado en nuestros días causa común para sostener la doctrina de la evolución; y también es fácil demostrar que las investigaciones futuras evidenciarán que los antepasados conocían mucho mejor que nosotros ahora el hecho de la evolución en sus dos aspectos, físico y espiritual. Entre los antiguos filósofos, la evolución era un teorema universal, una doctrina que comprende el *todo*, y un principio establecido; mientras que nuestros modernos evolucionistas sólo disponen de meras teorías especulativas y de teoremas *particulares*, si no completamente *negativos*. Es inútil para los representantes del saber moderno el cerrar el debate pretendiendo que la cuestión está resuelta sencillamente porque la oscura fraseología de las narraciones Mosaicas no concuerda con la exégesis definitiva de la «ciencia exacta».

Un hecho, al menos, está comprobado; no existe un solo fragmento cosmogónico, sea la que fuere la nación á la cual pertenezca, que, por esta alegoría universal del agua y del espíritu que la está incubando, no pruebe lo mismo que nuestros físicos modernos; ninguno de los cuales sostiene que el universo haya venido á la existencia saliendo de la nada; porque todas aquellas leyendas empiezan con el período en que vapores nacientes y tinieblas Cimmerianas reposaban sobre una masa fluida, dispuesta á lanzarse en su período de actividad á la primera ondulación del soplo de Aquel, que es el No-revelado. Ellos le sentían, aunque no le viesen. Su intuición espiritual no estaba tan oscurecida por los sutiles sofismas de las épocas posteriores, como nos encontramos nosotros. Si ellos hablaban menos de la época Silúrica pasando lentamente á la de los Mamíferos, y si la edad Cenozoica era únicamente recordada por algunas alegorías acer-

ca del hombre primitivo—el Adam de *nuestra* raza—es, después de todo, solamente una prueba negativa de que sus «hombres sabios» y corifeos no conocían estos periodos sucesivos tan bien como nosotros los conocemos hoy día. En los tiempos de Demócrito y de Aristóteles el ciclo había ya comenzado su marcha descendente. Y si estos dos filósofos pueden discutir tan bien la teoría atómica y estudiar el átomo hasta su *punto* físico ó material, sus antecesores pueden haber ido todavía más lejos, y haber seguido su génesis mucho más allá del límite en donde Mister Tyndall y otros parece que han echado raíces, no atreviéndose á cruzar la línea de lo «Incomprensible». *Las artes perdidas* son una prueba suficiente de que si sus adelantos en fisiografía se ponen ahora en duda á causa de lo poco satisfactorios que son los escritos de sus físicos y naturalistas; por otra parte, sus conocimientos prácticos en fitoquímica y en mineralogía sobrepujaban muchísimo á los nuestros. Además, podían estar perfectamente enterados de la historia física de nuestro globo, sin necesidad de divulgar sus conocimientos á las masas ignorantes, en todas las épocas de los Misterios religiosos.

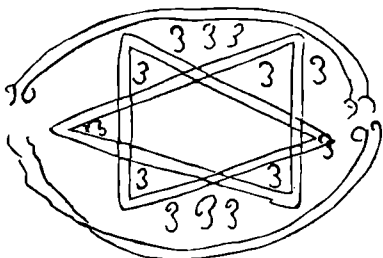
Sin embargo, no es únicamente de los libros Mosaicos de donde pensamos sacar pruebas para nuestros argumentos siguientes. Los antiguos Judíos debían todos sus conocimientos, asi religiosos como profanos, á las naciones con las que habían estado en contacto desde los tiempos más primitivos.

Igualmente, en la más antigua de todas las ciencias, su «doctrina secreta» Kabalística, puede seguirse en cada detalle hasta su fuente primitiva, la India Superior ó Turkestán, mucho antes de la época en que tuvo lugar la distinción y separación entre las naciones Arias y las Semíticas. El Rey Salomón, tan celebrado por la posteridad, como dice el historiador Josefo (1), por su ciencia mágica, debía sus conocimientos secretos á la India, gracias á Hiram el rey de Ofir, quizás Sheba. Su anillo, conocido comunmente como el «sello de Salomón», tan célebre por su poderoso influjo sobre las varias especies de genios y demonios en todas las leyendas populares, es igualmente de origen Indio. Escribiendo acerca de la pretenciosa y abominable ciencia de los «adoradores del demonio», de Travancore, el Rev. Samuel Mateer, de la Sociedad de las Misiones de Londres, dice, al mismo tiempo, que posee un volumen manuscrito muy antiguo de encantos y fórmulas mágicas en el lenguaje Malayalim, dando reglas para efectuar una gran variedad de hechos. Por supuesto, añade que muchos de estos son *espantosos* por su maldad y obscuridad, y da en su obra el *fac-simile* de algunos amuletos que contienen figuras y dibujos mágicos. Encon-

(1) Josefo: «Antigüedades», vol. VIII, c. 2, 5.

tramos entre ellos uno con la leyenda siguiente: «Para hacer cesar el temblor causado por la posesión diabólica, dibuja esta figura en una planta que tiene el jugo lechoso, é introduce un clavo al través de la misma: el temblor cesará». (1)

La figura es idéntica al *sello* de Salomón, ó doble triángulo de los Kabalistas. ¿Lo debían los Indos á los Judíos Kabalistas, ó bien éstos á los Indos por herencia de su gran rey Kabalista, el sabio Salomón? (2) Pero dejemos esta frívola discusión para



continuar la cuestión de la luz astral, que es mucho más interesante, lo mismo que lo referente á sus desconocidas propiedades.

Admitiendo que este místico agente es el Eter, vamos á ver qué es lo que del mismo conoce la ciencia.

Con respecto á los varios efectos de los distintos rayos solares, Robert Hunt, miembro de la Sociedad Real, dice en sus *Investigaciones acerca de la Luz en sus relaciones químicas* que:

«Los rayos que producen *más* luz—los amarillos y anaranjados—no producen cambio de color en el cloruro de plata; al paso que aquellos

(1) «El Campo de Caridad», p. 210.

(2) Las pretensiones de ciertos «adeptos», que no admiten la opinión de todos los que han estudiado la pura *Kábala* Judía, y enseñan que la «doctrina secreta» procede de la India, de donde fué llevada á la Caldea, pasando después á manos de los hebreos «Tanaim» son corroboradas de un modo singular por las investigaciones de los misioneros cristianos. Estos piadosos é instruidos viajeros han venido inadvertidamente en nuestro auxilio. El Dr. Caldwell, en su «Gramática comparada de las Lenguas Dravidianas», p. 66, y el Dr. Mateer, en su «campo de Caridad», p. 83, convienen completamente con nosotros respecto de que el «sabio» Rey Salomón debía toda su ciencia Kabalística á la India, como lo demuestra la figura mágica anterior. El primero de estos misioneros desea probar que algunos muy antiguos y enormes baobabs, árbol que á lo que parece no es originario de la India, sino que pertenece al suelo africano, y «se encuentra únicamente en varios sitios antiguos frecuentados por el comercio extranjero (en Travancore), pueden, por algo que sabemos,—añade,—haber sido introducidos en la India, y plantados por los sirvientes del Rey Salomón». La otra prueba es todavía más concluyente. Dice el Dr. Mateer en su capítulo de la Historia natural de Travancore: «Existe un hecho curioso relacionado con el nombre de esta ave (el pavo-real) que arroja alguna luz sobre la Escritura. El Rey Salomón envió su escuadra á Tarshish (I Reyes, X 22), la cual volvió á los tres años, llevando oro y plata, marfil, monos y pavos-reales. Ahora bien, la palabra que la Biblia Hebrea usa para designar el pavo-real es *tukki*, y como los Judíos no tenían palabra alguna para denominar estas aves hasta que fueron importadas por vez primera en la Judea por el Rey Salomón, no hay duda que *tukki* es sencillamente el antiguo nombre Tamil *toki*, que es el nombre del pavo-real. El mono es llamado en hebreo *Koph*, y el nombre Indio es *Kaphi*. El marfil, como hemos visto, es abundante en la India meridional, y el oro existe en abundancia en los ríos de la costa occidental. De aquí que el *Tarshish* citado era la costa occidental de la India, y en los buques de Salomón iban antiguos Indos Orientales.» Y de aquí podemos deducir que además de «oro, plata, monos y pavos-reales,» el Rey Salomón y su amigo Hiram, de masónico renombre, debían su «magia» y «sabiduría» á la India.

rayos que tienen el *menor* poder de iluminación —el azul y el violeta—producen un cambio muy grande en un tiempo excesivamente corto... Los cristales amarillos apenas impiden el paso de la luz; los cristales azules pueden ser tan oscuros que sólo permitan el paso á una muy pequeña cantidad de rayos luminosos.»

Y además, vemos que bajo la influencia del rayo *azul*, la vida, tanto animal como vegetal, se manifiesta con extraordinario desarrollo, y bajo la acción del rayo amarillo la vida es proporcionalmente contrarestanda. ¿Cómo es posible dar de estos fenómenos otra hipótesis más satisfactoria que la de que tanto la vida animal como la vegetal son diversamente modificadas para los fenómenos electro-magnéticos, todavía desconocidos en sus principios fundamentales?

Mr. Hunt encuentra que la teoría ondulatoria no conviene con el resultado de sus experimentos. Sir David Brewster, en su *Tratado de Óptica*, al mismo tiempo que demuestra que «los colores del mundo vegetal..... son debidos á una atracción específica que las partículas de estos cuerpos ejercen sobre los rayos de luz diversamente colorados», y que «la luz del sol es la que elabora los jugos de diversos colores de las plantas, y la que determina el cambio de color de los cuerpos, etc.....», hace observar que no es fácil el conceder «que tales efectos puedan ser producidos meramente por la vibración de un medio etéreo.» «Y él se ve *forzado*—dice—por hechos tales á raciocinar como si la luz fuese *material*. (?)» El profesor Josiah P. Cooke, de la Universidad de Harvard, dice que «él no puede estar de acuerdo... con todos aquellos que consideran la teoría de las ondulaciones como un principio científico ya establecido». (1) La doctrina de Herschel de que la intensidad de luz, con respecto á cada ondulación, «está en razón inversa del cuadrado de la distancia del cuerpo luminoso», si es correcta, perjudica muchísimo, si es que no la destruye, á la teoría de las ondulaciones. Su certeza ha sido repetidas veces demostrada por varios experimentos llevados á cabo por medio del fotómetro; y aunque se empieza á dudar mucho de ella, la teoría ondulatoria subsiste todavía.

Como el general Pleasanton, de Filadelfia, ha tomado á su cargo el combatir esta hipótesis anti-pitagórica, y á este objeto ha dedicado un volumen entero, no podemos hacer nada mejor que recomendar al lector su reciente obra sobre el *Rayo Azul*, etc. Dejamos á la teoría de Thomas Young, quien, según Tyndall, «colocaba sobre una base inmutable la teoría ondulatoria de la luz», para que pudiera defenderse por sí misma del experimentador de Filadelfia.

(1) Cooke: «Nueva Química», p. 22.

Eliphaz Levi, el mágico moderno, describe la luz astral en la siguiente sentencia: «Hemos dicho que para adquirir poder mágico, dos cosas son necesarias: libertar la voluntad de toda servidumbre, y ejercitarse en su dominio.»

«La voluntad soberana está representada en nuestros símbolos por la mujer que aplasta la cabeza de la serpiente, y por el ángel resplandeciente que retiene al dragón bajo sus plantas y le mata; el gran agente mágico, la doble corriente de luz, el *fuego* viviente y astral de la tierra, ha sido representado en las antiguas teogonías por la serpiente con cabeza de toro, de carnero ó de perro. Es la serpiente doble del *caduceo*, es la antigua serpiente del *Génesis*, y es también la *broncea* serpiente de *Moisés*, enroscada al rededor de la *tau*, que es, por decirlo así, el *lingha* generativo. Es también el macho cabrío de los sábados de brujas y el Baphomet de los Templarios; es el *Hyle* de los Gnósticos; es la doble cola de la serpiente que forma las piernas del gallo solar del Abraxas; y por fin, es el diablo de M. Eudes de Mirville. Pero en la realidad del hecho, es la fuerza ciega que tienen las almas que vencer para librarse por sí mismas de las cadenas terrenales; porque si su voluntad no «las liberta de esta *fatal atracción*, serán absorbidas por la corriente de la fuerza que las ha producido, y volverán al *fuego central y eterno*.»

Esta última figura kabalística de lenguaje, á pesar de su extraña fraseología, es precisamente la que Jesús empleaba; y para él no podía tener otra significación que la que le atribuían los Gnósticos y los Kabalistas. Después, los teólogos cristianos lo interpretaron de un modo distinto, y gracias á ellos nació la doctrina del Infierno. Literalmente significa lo dicho, ó sea la luz astral, ó el generador y destructor de todas las formas.

«Todas las operaciones mágicas,» continúa Levi, «consisten en liberarse uno mismo de los anillos de la Antigua Serpiente, y después en colocar el pié sobre su cabeza, y conducirla según la voluntad del operador. 'Yo te daré—dice la Serpiente en el mito Evangélico— todos los reinos de la tierra, si postrándote á mis piés me adoras'. El iniciado le contestaría: 'No me humillaré ante tí, antes bien tú serás aplastada por mis piés; nada puedes tú darme, pero yo haré de tí lo que me plazca. Porque *Yo soy tu Señor y tu Maestro!*' Este es el significado real de la ambigua contestación de Jesús al tentador.... Así, pues, el Diablo no es una Entidad. Es una fuerza errante, como su nombre lo indica. *Una corriente magnética ú ódica*, formada por una cadena (un círculo) de perniciosas *voluntades*, dando origen á este espíritu maligno que el Evangelio llama *legión*, y que precipita en el

mar á un rebaño de cerdos; esta es otra alegoría evangélica que demuestra el modo como las naturalezas inferiores son arrastradas precipitadamente por fuerzas ciegas puestas en movimiento por el error y el pecado.» (1)

En su extensa obra acerca de las manifestaciones místicas de la naturaleza humana, el naturalista y filósofo alemán Maximiliano Perty ha dedicado un capítulo entero á las *Formas modernas de la Magia*. «Las manifestaciones de la vida mágica,» dice en su Prefacio, «se fundan en parte en otro orden de cosas por completo distinto de aquel cuya naturaleza conocemos por el tiempo, espacio y causalidad; sus manifestaciones pueden muy pocas veces llevarse al terreno de la experiencia, ni pueden ser provocadas por nuestras órdenes, pero pueden ser observadas y cuidadosamente seguidas, siempre que en nuestra presencia tengan lugar; sólo podemos nosotros, por analogía, agruparlas bajo ciertas divisiones, y de ellas deducir principios y leyes generales». Así, para el profesor Perty, que evidentemente pertenece á la escuela de Schopenhauer, la posibilidad y *naturalidad* de los fenómenos que tuvieron lugar en presencia del fakir Kovindasami, y que son descritos por el orientalista Luis Jacolliot, están completamente demostrados en aquel principio.

El fakir era un hombre que, por haber subyugado por completo la materia de su sistema corporal, había alcanzado el estado de purificación en el cual el espíritu está casi libre de su prisión (*) y puede llevar á cabo verdaderas maravillas. Su *voluntad*, más aún, un simple deseo suyo, es una fuerza creadora y puede mandar á los elementos y á los poderes de la naturaleza. Su cuerpo para él no es ya un estorbo; por consiguiente, puede hablar «espíritu á espíritu, y tratar vida á vida.»

Bajo sus manos extendidas, una semilla para él desconocida (pues Jacolliot la había escogido entre las muchas que un saco contenía, y plantado él mismo, después de haberla *señalado*, en un tiesto de flores), germinaba instantáneamente, y brotaba del suelo; desarrollándose en menos de dos horas y alcanzando una altura que, quizás, en circunstancias ordinarias hubiera exigido muchos días ó semanas, creció milagrosamente ante los mismos ojos del asombrado experimen-

(1) Elipas-Levi: «*Dogme et Rituel de la Haute Magie*.»

(2) Platón insinúa algo acerca de una ceremonia de los Misterios durante cuya celebración se enseñaba al neófito que los hombres están en esta vida en una especie de prisión, y se le daba á conocer el medio de escapar de ella temporalmente. Como de costumbre, los sapientísimos traductores desfiguran este pasaje, en parte porque no pueden comprenderlo, y en parte porque no quieren. Véase *Fhædo* § 16, y los comentarios acerca de mismo por Henry More, el célebre filósofo místico y platónico.

tador, dando al traste con todas las fórmulas aceptadas en Botánica. ¿Es un milagro? Nada de esto; puede serlo, quizás, si aceptamos la definición de Webster, de que un milagro «es todo suceso que está en contradicción con la *establecida* constitución y marcha de las cosas, una desviación de las leyes *conocidas* de la naturaleza.» Pero ¿están nuestros naturalistas preparados para sostener la pretensión de que lo que ellos han *establecido* por la observación es infalible, ó de que conocen todas las leyes de la naturaleza? En este ejemplo, el «milagro» es únicamente un poco más evidente que los ahora bien conocidos experimentos del general Pleasanton de Filadelfia. Mientras que la vegetación y fructificación de sus viñas eran estimuladas hasta un grado increíble por la luz violeta artificial, el fluido magnético que emanaba de las manos del fakir producía cambios todavía más rápidos é intensos en la función vital de las plantas Indias. Atraía y concentraba en el germen el *akása* ó principio de vida. (1) Su magnetismo, obediendo á su voluntad, hacía subir el *Akása* en corriente concentrada á través de la planta hacia sus manos, y gracias á esta corriente que continúa sin interrupción durante el tiempo requerido, el principio de vida de la planta fabrica célula tras célula, y rama tras rama, con sobrenatural actividad, hasta que la obra está concluida. El principio de vida es sólo una fuerza ciega y obediente á una influencia que la domine. En el curso ordinario de la naturaleza, el protoplasma de la planta lo habría concentrado y dirigido bajo cierto método establecido. Este método hubiera podido depender de las condiciones atmosféricas dominantes; su crecimiento hubiera sido rápido ó tardío, y la altura de la misma hubiera sido proporcional á la cantidad de luz, calor y humedad de la estación. Pero el fakir, viniendo en auxilio

(1) *Akása* es una palabra sánscrita que significa cielo, pero que también designa el imponderable é intangible principio de vida, la combinación de las luces astral y celestial, que, juntas, dan origen al *ánima-mundi*, y constituyen el alma y espíritu del hombre; formando la luz celestial su $\omega\delta\gamma\varsigma$, $\pi\upsilon\epsilon\upsilon\mu\alpha$, ó divino espíritu, y la otra su $\Phi\upsilon\kappa\eta$, alma ó espíritu astral. Las partículas más groseras de éste entran en la composición de su forma exterior, el cuerpo. *Akása* es el fluido misterioso llamado por la ciencia escolástica «el omnipenetrante éter»; entra en todas las operaciones mágicas de la naturaleza, y es causa de los fenómenos mesméricos, magnéticos y espiritistas. As, en la Siria, Palestina é India, significa *cielo, vida y sol* al mismo tiempo; siendo el sol considerado por los antiguos como la gran fuente magnética del universo. La pronunciación suavizada de esta palabra era *Ah*, dice Dunlop, porque «desde Grecia hasta Calcuta la *s* continuamente se va suavizando hasta convertirse en *h*» Ah es Iah, Ao, y Iao. Moisés dice que el nombre de Dios es «Yo soy» (*Ahiah*), una reduplicación de Ah ó Iah. La palabra «As,» Ah, ó Iah, significa *vida, existencia*, y es evidentemente la raíz de la palabra *akása*, que en el Indostán se pronuncia *ahasa*, el principio de vida, ó sea el medio ó fluido divino que da la vida. Es el *ruah* de los Hebreos, y significa «viento», soplo, *el aire en movimiento*, ó «espíritu que se mueve», de acuerdo con el *Lexicon* de Parkhurst, y es idéntico con el espíritu de Dios moviéndose sobre la superficie de las aguas.

de la naturaleza, con su voluntad poderosa y su espíritu purificado del contacto de la materia, (1) condensa, por decirlo así, la esencia de la vida vegetal en el germen, y le obliga á madurar antes del tiempo acostumbrado. Esta fuerza ciega está completamente sujeta á su voluntad, y le obedece servilmente. Si se le hubiese antojado *imaginar* la planta como un monstruo, en tal se hubiera convertido de seguro, aunque ordinariamente aquélla crece bajo su forma natural porque la imagen concreta, esclava del modelo subjetivo delineado en la imaginación del fakir, es forzada á seguir el original hasta sus menores detalles, de igual modo que la mano y el pincel del pintor siguen la imagen que van copiando de su imaginación. La voluntad del fakir hechicero forma una matriz invisible, pero, á pesar de esto, perfectamente objetiva, en la que la materia vegetal es obligada á depositarse por sí misma, y á tomar la forma establecida. La voluntad crea; porque la voluntad puesta en movimiento es *fuerza*, y la fuerza produce *materia*.

Si algunas personas objetan á estas explicaciones que el fakir no podía por ningún estilo crear el modelo en su imaginación, desde el momento en que ignoraba la clase de semilla que Jacolliot había escogido para el experimento, á estos les contestaremos que el espíritu del hombre es parecido al de su Creador, esto es, omnisciente en su ciencia. Mientras que en su estado natural, el fakir no sabía, ni podía saber si la semilla era de melón ó de otra planta cualquiera, una vez en estado de *trance*, ó sea muerto corporalmente, según toda apariencia exterior, el espíritu, para el cual no existe ni distancia ni obstáculo material ni espacio de tiempo, no encuentra dificultad alguna en percibir la semilla de melón, sea enterrada en la tierra del tiesto de flores, ó reflejada en la fiel galería de pinturas del cerebro de Jacolliot. Nuestras visiones, portentos y otros fenómenos psicológicos, todo lo cual existe en la naturaleza, son otras tantas confirmaciones del hecho anterior.

Quizás nos encontremos también con otra objeción respecto de lo dicho. Los *juglares* Indos hacen lo mismo, se nos dirá, y tan bien como el fakir, si creemos á los periódicos, y á las relaciones de los viajeros. Es indudable que sí; y además, estos juglares vagamundos,

(1) Recuérdese que Kovindasami hace jurar á Jacolliot que ni se aproximará á él ni le tocará durante el tiempo que él esté en éxtasis. El menor contacto con la *materia* habría paralizado la acción del libre espíritu, el cual, si se nos permite usar una comparación poco poética, hubiera vuelto á entrar en su vivienda como un caracol asustado, que encoje sus cuernos al acercársele algo extraño. En algunos casos, una tan brusca interrupción y filtración del espíritu en el cuerpo (algunas veces se puede súbita y enteramente romper el hilo delicado que le une con el cuerpo), puede matar al *sujeto* extasiado. Véanse sobre este asunto las diversas obras del Barón du Potet y de Puysegur.

ni observan gran pureza en su manera de vivir, ni son por nadie considerados como santos, ni por los extranjeros, ni siquiera por sus compatriotas.

Generalmente son *TEMIDOS* y *despreciados por los naturales* porque son *brujos*, hombres que practican el *negro arte*. Al paso que un hombre santo como Kovindasami necesita únicamente del auxilio de su alma divina, íntimamente unida con el espíritu astral, y la ayuda de unos pocos y familiares *pitris* (seres puros, etéreos, quienes rodean á su elegido hermano en carne), el brujo llamará en su auxilio á aquellas especies de espíritus que conocemos con el nombre de elementales. Lo semejante atrae á lo semejante; y la sed de riquezas, deseos impuros y proyectos egoistas no pueden atraer más espíritus que á aquellos á quienes los Kabalistas Hebreos designan con el nombre de *Klippoth*, habitantes del *Asiah*, ó el cuarto mundo, y los magos Orientales con el de *afrits*, ó espíritus elementarios de error, ó *devs*.

He aquí como un periódico inglés describe la portentosa operación del crecimiento de una planta, llevada á cabo por los juglares *Indos*:

«El juglar colocó sobre el pavimento un tiesto de flores vacío, y pidió que se permitiese á su compañero ir por alguna tierra de jardín, á un pequeño espacio de terreno inmediato.

»Concedido el permiso, el compañero salió, volviendo á los dos minutos con una pequeña porción de tierra fresca en un ángulo de su capote, la cual fué depositada en el tiesto y ligeramente comprimida. Sacando entonces de su cesta una pepita seca de mango (fruta), y pasándola al rededor para que los concurrentes pudiesen examinarla y verificar por sí mismos que iba á ser sembrada, el juglar separó un poco de tierra del centro del tiesto de flores, y colocó el hueso en la cavidad. Cubrió este hueso comprimiendo ligeramente la tierra encima de él, y habiendo vertido un poco de agua sobre la superficie, ocultó el tiesto por medio de una sábana tendida sobre un pequeño triángulo. Y entonces, en medio de un nutrido coro de voces con acompañamiento de panderos, la pepita germinó; levantóse una punta de la sábana, y apareció á la vista el tierno vástago, con sus dos largas hojas de un tono gris negruzco. Volvió á cubrirse con la sábana, y el encanto empezó de nuevo. No hubo que esperar mucho: por segunda vez se levantó la sábana, y se vió que las dos primeras hojas habían cedido su lugar á varias otras, ya verdes, y que la planta alcanzaba ya una altura de nueve ó diez pulgadas. La tercera vez el follaje era ya muy espeso, y el renuevo alcanzaba ya una altura de trece á catorce pulgadas. La cuarta vez, ya el árbol en miniatura, de más de diez y

ocho pulgadas de alto, llevaba diez ó doce mangos del tamaño de una nuez, colgando de sus ramas.

»Por fin, despues de tres ó cuatro minutos, la sábana se quitó por completo, y el fruto, perfecto en tamaño, aunque no maduro, fué cogido y examinado por los espectadores, que, al probarlo, encontraron que estaba próximo á la madurez, pues era agri-dulce.»

Podemos nosotros añadir á esto que hemos sido testigos del mismo experimento en la India y en el Thibet, y que más de una vez hemos proporcionado el tiesto de flores vaciando alguna lata vieja de extracto de Liebig. La llenábamos de tierra con nuestras propias manos, y plantábamos en ella una pequeña raiz que el hechicero nos había dado, y hasta que el experimento había terminado, no separábamos los ojos del bote, el cual estaba colocado en *nuestra propia habitación*. El resultado era invariablemente el mismo que el mencionado anteriormente. ¿Puede imaginar el lector que algun prestidigitador sea capaz de hacer lo mismo, bajo idénticas condiciones?

El ilustrado Orioli, miembro correspondiente del Instituto de Francia, da un gran número de ejemplos, mostrando los maravillosos efectos producidos por el poder de la voluntad actuando sobre el invisible Proteo de los Mesmeristas. «Yo he visto—dice—ciertas personas, que, simplemente pronunciando ciertas palabras, detenían la precipitada carrera de toros salvajes y de caballos, y paraban en su vuelo á la flecha que hendía los aires.» Thomas Bartholini afirma lo mismo.

Du Potet dice: «Cuando sobre el pavimento trazo con greda ó con carbón esta figura, un *fuego*, una *luz* se fija en ella. Pronto atrae á la persona que se aproxima, la detiene, la fascina,... y es inútil que pretenda cruzar la línea. Un poder *mágico* la obliga á permanecer parada, y después de pocos minutos cede sollozando..... *La causa no está en mí*, está enteramente en el signo Kabalístico, siendo inútil emplear la violencia.» (1)

En una serie de notables experimentos hechos por Regazzoni en presencia de ciertos famosos médicos franceses, en Paris, el 18 de Mayo de 1856, se reunieron todos ellos una noche, y Regazzoni, con su dedo, trazó en el pavimento una línea kabalística imaginaria, sobre la cual hizo unos pocos y rápidos pases. Estaba convenido que los sujetos mesméricos, escogidos por los investigadores y el comité para los experimentos, ninguno de los cuales sujetos pertenecía al mismo, debían ser introducidos en la habitación, con los ojos vendados, obligándoseles á andar en dirección de dicha línea, sin que ni una sola palabra pudiera hacerles comprender qué era lo que de ellos se esperaba. Los

(1) «*La Magie Devoilée*», p. 147.

sujetos echaron á andar sin el menor recelo, hasta que llegaron á la barrera invisible, en donde, según se ha dicho, «sus pies se pegaron al suelo, como si hubiesen sido súbitamente cogidos y agarrotados, mientras que sus cuerpos, lanzados hacia delante por el rápido impulso del movimiento, caían de bruces al suelo. La instantánea rigidez de sus miembros era semejante á la de un cuerpo helado, y sus talones estaban arraigados con matemática precisión sobre la línea fatal.» (1)

En otro experimento, se convino en que á una señal dada por uno de los médicos, señal consistente en un rápido movimiento de los ojos, la muchacha, con los ojos vendados, debía caer al suelo, como herida por un rayo, por el fluido magnético emitido por la voluntad de Regazzoni. Estaba ella colocada á distancia del magnetizador; se dió la señal, é instantáneamente cayó al suelo la muchacha, sin pronunciar una sola palabra ni gesticular lo más mínimo. Involuntariamente uno de los espectadores alargó la mano para cogerla, pero Regazzoni, con voz de trueno, exclamó: «¡no la toqueis! Dejadla que caiga; un sujeto magnetizado no se lastima jamás al caer.» Des Mousseaux, que es quien nos cuenta este hecho, dice que «no era tan rígido el mármol como lo era su cuerpo; su cabeza no tocaba al suelo, uno de sus brazos permanecía extendido al aire, una de sus piernas estaba levantada, y la otra horizontal. Permaneció en esta posición anti-natural durante un tiempo indefinido, más rígida que una estatua de bronce.» (2)

Todos los efectos atestiguados en los experimentos de las sesiones públicas acerca del mesmerismo los producía Regazzoni á las mil maravillas sin que abriese la boca para indicar al sujeto lo que tenía que hacer. Del mismo modo, por medio de su voluntad silenciosa producía los efectos más sorprendentes sobre el organismo de personas para él completamente desconocidas. Ordenes comunicadas en voz baja por el comité al oído de Regazzoni eran obedecidas inmediatamente por sujetos cuyos oídos estaban tapados con algodón, y cuyos ojos estaban vendados. Más aún, en algunas ocasiones no era necesario siquiera que comunicasen al magnetizador cuáles eran sus deseos, pues sus propias preguntas mentales eran cumplidas con perfecta fidelidad.

Experimentos análogos fueron hechos por Regazzoni en Inglaterra á una distancia de trescientos pasos del sujeto que se le proporcionó. La *jettatura*, ó mal de ojo, no es más que la dirección de este fluido invisible cargado de odio y de voluntad perversa, desde una persona á otra, con intención de causarle algun daño. Puede usarse igualmente

(1) «*Magie au XIX Siecle*», p. 268.

(2) «*Magie au XIX Siecle*», p. 268.

con buenos ó malos propósitos. *En el primer caso es magia; en el segundo es hechicería.*

¿Qué es la VOLUNTAD? ¿Puede decirlo la «ciencia exacta»? ¿Cuál es la naturaleza de este algo inteligente, intangible y poderoso, que reina como soberano sobre toda la materia inerte?

La gran Idea Universal quiso, y el cosmos brotó á la existencia. Yo *quiero*, y mis miembros obedecen. Yo *quiero*, y mi pensamiento, atravesando el espacio que para él no existe, envuelve el cuerpo de otro individuo que no es una parte de mí mismo, penetra al través de sus poros, y cohibiendo sus propias facultades, si son muy débiles, le obliga á una acción determinada de antemano. Actúa de una manera parecida al fluido de una batería galvánica sobre los miembros de un cadáver. Los misteriosos efectos de atracción y repulsión son los agentes *inconscientes* de la voluntad; la fascinación, tal como venos ejercerla en algunos animales, como las serpientes sobre los pájaros, por ejemplo, es una acción *consciente* de la misma y el resultado del pensamiento. El lacre, el vidrio, el ámbar, cuando se les frota, ó lo que es lo mismo, cuando el calor latente que en cada substancia existe, es despertado, atraen cuerpos ligeros, poniendo así en juego, aunque inconscientemente, la *voluntad*; porque tanto la materia orgánica como la inorgánica poseen una partícula de la esencia *divina* en sí mismas, por infinitamente pequeña que sea. ¿Acaso podría ser de otra manera? Desde el momento en que durante el progreso de su evolución ha pasado desde el principio hasta el fin al través de millones de variadas formas, debe retener su punto germinal de aquella *materia preexistente*, que es la primera manifestación y emanación de la misma Divinidad.

¿Qué es, entonces, este poder inexplicable de atracción sino una porción atómica de aquella esencia que así los sabios como los Kabbalistas han reconocido ser el «principio de vida», el *akasa*? Damos por concedido que la atracción ejercida por estos cuerpos pueda ser ciega; pero á medida que nos remontamos más y más en la escala de la existencia orgánica en la naturaleza, nos encontramos con este principio de vida desarrollando facultades y atributos que son más determinados y notorios á cada paso que se avanza en la interminable escala. El hombre, el más perfecto de todos los seres organizados de la naturaleza, y en quien la materia y el espíritu, es decir, la *voluntad*, son más poderosos y están más desarrollados, es el único que tiene la facultad de comunicar un consciente impulso á aquel principio que emana de sí mismo; sólo él puede comunicar al fluido magnético impulsos variados y opuestos, tanto en lo que á la dirección se refiere,

como á su limitación. «Él quiere— dice Du Potet —y la materia *organizada* obedece. No tiene *polo ninguno*.»

El Dr. Brierre de Boismont, en su tratado de las *Alucinaciones*, pasa revista á una prodigiosa variedad de visiones, apariciones y éxtasis, generalmente llamados alucinaciones. «No podemos negar— dice— que en ciertas enfermedades vemos desarrollarse una extraordinaria sobreexcitación de la sensibilidad, en virtud de la cual los sentidos adquieren una prodigiosa agudeza de percepción. Así, algunos individuos tienen la facultad de ver á distancias considerables, otros anuncian la aproximación de personas que realmente se acercan, aunque todos los presentes no puedan verlas ni oírlas». (1)

Un paciente lúcido, estando en la cama, anuncia la llegada de personas para ver á las cuales debe poseer una *visión transmural*; y á esta facultad Brierre de Boismont la llama *alucinación*. En nuestra ignorancia, hemos hasta aquí supuesto con la mayor candidez que, para tener derecho á ser llamada *alucinación*, una visión debe ser subjetiva, y sólo debe existir en el cerebro delirante del paciente. Pero si ésta anuncia la visita de una persona que está á una gran distancia, y esta persona llega en el preciso momento predicho por el *profeta*, su visión ya no es *subjetiva*, antes al contrario, es perfectamente *objetiva*, porque él vé á la persona en el acto de venir. ¿Y cómo puede ver el paciente, al través de cuerpos sólidos y del espacio, un objeto que se halla fuera del alcance de nuestra vista mortal, si en esta ocasión no ha puesto en juego sus ojos espirituales? ¿Será coincidencia?

Cabanis habla de ciertos desórdenes nerviosos durante los cuales los pacientes pueden distinguir fácilmente á simple vista infusorios y otros seres microscópicos que las demás personas no pueden percibir más que con el auxilio de poderosos lentes. «He encontrado personas —dice— que veían en una oscuridad Cimeriana tan bien como en un aposento iluminado.....;» otros «que seguían á las personas rastreando como perros y reconociendo por el olfato objetos pertenecientes á tales personas, y hasta aquellos objetos que solamente habían sido tocados por dichas personas, con una sagacidad tal que hasta aquella ocasión sólo en los animales se había observado.» (2)

Exactamente; porque la razón, la cual, como dice Cabanis, se desarrolla únicamente á expensas del instinto natural, es una especie de

(1) Brierre de Boismont: *Hallucinations, ou Histoire raisonnée des apparitions, des songes, des visions, de l'extase, du magnetisme*, 1845, p. 301 (Edición francesa.) Véase también Fairfield: «Diez años entre los Mediums.»

(2) Cabanis, séptima memoria: «De la influencia de las enfermedades sobre la formación de las ideas», etc. Un respetable legislador de Nueva-York tiene esta facultad.

muralla de la China que se levanta lentamente en el terreno del sofisma, y concluye al fin por ocultar al hombre las percepciones espirituales, de las cuales el instinto es uno de los ejemplos mas importantes. Al llegar á cierto grado de postración física, cuando la mente y las facultades raciocinadoras parecen paralizadas por la debilidad y el aniquilamiento corporal, el instinto—ó sea la *unidad* espiritual de los cinco sentidos: ver, oír, oler, gustar y tocar—no conoce obstáculos, ni en el tiempo, ni en el espacio. ¿Qué es lo que nosotros sabemos respecto de los límites de la acción mental? ¿Cómo puede un médico pretender distinguir lo imaginario de las sensaciones reales en un hombre que puede estar viviendo una vida espiritual dentro de un cuerpo tan exhausto de su vitalidad ordinaria que sea en aquel momento incapaz de impedir al alma que se deslice de su prisión?

La luz divina por medio de la cual, sin que la materia pueda impedirlo, el alma percibe las cosas pasadas, presentes y futuras, como si sus rayos estuviesen enfocados en un espejo; la flecha mortal lanzada en un momento de violenta cólera, ó en un arrebató de odio por largo tiempo alimentado; la bendición que procede de un corazón benévolo y agradecido; y la maldición lanzada á cualquier objeto, ofensor ó víctima; todo tiene que pasar al través de este universal agente, el cual bajo cierto impulso es el soplo de Dios, y bajo otro la ponzoña del Diablo. Fué *descubierto* (?) por el Barón Reichenbach, y llamado OD, no podemos decir si con intención ó sin ella, pero es singular que se haya escogido un nombre que se encuentra mencionado en los libros más antiguos de la Kábala.

Nuestros lectores preguntarán ciertamente: ¿qué es este *todo* invisible? ¿Porqué nuestros métodos científicos, por perfeccionados que sean, no han descubierto jamás ninguna de las propiedades mágicas en él contenidas? A esto contestaremos que si los sabios lo desconocen por completo, no es esto ninguna razón para que dicho agente deje de poseer todas las propiedades que en él reconocieron los antiguos filósofos. La ciencia desecha hoy muchas cosas que mañana se verá obligada á aceptar. Un poco menos de un siglo ha transcurrido desde que la Academia negaba la Electricidad de Franklin, y apenas encontramos hoy día un edificio importante que no ostente en su cubierta un para-rayos. Disparando contra la puerta del granero, la Academia ha errado al granero mismo. Los sabios modernos, gracias á su porfiado escepticismo, é ilustrada ignorancia, hacen esto con mucha frecuencia.

Emepht, el supremo, el primer principio, produjo un huevo; incubando este mismo, é impregnando toda su sustancia con su propia

esencia vivificante, el germen que en él estaba contenido se desarrolló; y *Phtha*, el activo principio creador nació del mismo, y empezó su obra. De esta expansión sin límites de materia cósmica, que él mismo había formado por medio de su soplo ó *voluntad*, esta materia cósmica, luz astral, éter, niebla inflamada, principio de vida—poco importa el nombre que le demos—, este principio creador, ó ley de evolución, como nuestra filosofía moderna le llama, poniendo en actividad las potencias latentes en la misma, formó los soles, estrellas y satélites, dispuso su colocación por la ley inmutable de armonía, y los pobló de «cada una de las formas y cualidades de vida.» En las antiguas mitologías orientales, el mito cosmogónico afirma que allí sólo había agua (el padre) y el limo prolífico (la madre, *Ilus* ó *Hyle*), del cual surgió la mundana serpiente-*materia*. Era el dios *Phanes*, el revelado, la Palabra ó *logos*. La buena voluntad con que este mito fué aceptado hasta por los Cristianos que compilaron el Nuevo Testamento, puede muy fácilmente inferirse del hecho siguiente: *Phanes*, el dios revelado, está representado en este símbolo de la serpiente como un *protogonos*, un sér dotado con las cabezas de *hombre*, de halcón ó de águila, de toro (*taurus*), y de león, y con alas en ambos costados. Las cabezas se refieren al zodiaco, y representan las cuatro estaciones del año, pues la serpiente *mundana* es el año *mundano*, mientras que la misma serpiente es el símbolo de *Kneph*, la Divinidad oculta ó *no revelada*: Dios Padre. El tiempo tiene alas, y por esto la serpiente está representada con ellas. Sí recordamos que cada uno de los cuatro evangelistas está representado teniendo á su lado uno de los cuatro animales anteriormente descritos,—agrupados y juntos al triángulo de Salomón, en el pentáculo de Ezekiel, y que los encontramos representados en los cuatro querubines ó estinges del arca sagrada,—comprenderemos quizás la significación secreta, lo mismo que la razón por que los primitivos cristianos adoptaron este símbolo, y por que los actuales Católico Romanos y los Griegos de la Iglesia Oriental todavía representan estos cuatro animales en las pinturas de sus evangelistas que acompañan algunas veces á los cuatro *Evangelios*. También comprenderemos porqué Ireneo, obispo de Lyons, insistió tanto en la necesidad del *cuarto* evangelio, dando como razón que no podían ser menos de cuatro, pues cuatro eran las zonas del mundo, y cuatro los vientos principales procedentes de los cuatro puntos cardinales etc. (1)

De acuerdo con uno de los mitos egipcios, la forma-fantasma de la isla de Chemmis (*Chemi*, antiguo Egipto), que flota en las ondulaciones etéreas de la esfera del empíreo, fué llamada á la existencia

(1) *Irenæus*: Libro III, cap. II, sec. 8.

por Horus-Apolo, el dios-sol, quien la hizo salir del huevo mundano.

En el poema cosmogónico de *Völuspá* (el canto de la profetisa), que contiene las leyendas escandinavas de la misma aurora de los tiempos, el germen-fantasma del universo está representado yaciendo en la *Ginnungagap*, ó copa de la ilusión, un abismo sin límites y vacío. En esta matriz del mundo, región de tinieblas y de desolación en su principio, *Nebelheim* (el lugar de la niebla) deja caer un rayo de cálida luz (éter) que, llenando la copa hasta sus bordes, en ella se congela. Entonces el Invisible sopló un viento abrasador que derritió las aguas heladas y disipó la niebla. Estas aguas, llamadas corrientes de *Elivágar*, se destilaron en gotas vivificantes que, al caer, crearon la tierra y el gigante *Ymir*, quien sólo tenía «la semejanza de hombre» (principio masculino). Al mismo tiempo que él, fué creada la vaca, *Audhumla* (1) (principio femenino), de cuya ubre fluían cuatro ríos de leche, (2) los cuales se difundían por el espacio (la luz astral en su emanación más pura). La vaca *Audhumla* produce un sér *superior* llamado *Bur*, bello y poderoso, lamiendo las piedras que estaban cubiertas de *sal mineral*.

Ahora, si tenemos en cuenta que este mineral era considerado universalmente por todos los antiguos filósofos como uno de los más importantes principios constitutivos de la creación orgánica; y por los alquimistas como el menstruo universal, el cual, decían, debía ser extraído del agua; y que además todos ellos, lo mismo que la ciencia moderna, y de acuerdo con las ideas populares, lo consideraban como un ingrediente indispensable, tanto para el hombre como para los animales; así podemos comprender fácilmente la sabiduría oculta de esta alegoría de la creación del hombre. Paracelso llama á la sal «el centro de agua en que los metales deben morir», etc., y Van Helmont denomina al *Alkahest* «*summum et felicissimum omnium salium*», la más afortunada de todas las sales.

En el *Evangelio según Mateo*, dice Jesús: «Vosotros sois la sal de la tierra, pero si la sal perdiere su sabor, ¿con qué se podría salar?» y siguiendo la parábola, añade: «Vosotros sois la luz del mundo» (v, 14). Esto es más que una alegoría; estas palabras indican una significación directa é inequívoca, relacionada con los organismos del hombre físico y espiritual, en su doble naturaleza, y además demues-

(1) La vaca es el símbolo de la generación prolífica y de la naturaleza intelectual. Estaba en Egipto consagrada á Isis, á Christna en la India, y á una infinidad de otros dioses y diosas, personificando los diversos poderes productores de la naturaleza. La vaca, en resumen, era considerada como la Gran Madre de todas las cosas, tanto de los mortales como de los dioses, y de la generación física y espiritual de las cosas.

(2) En el Génesis, el río del Edén se dividía, «y se repartía en cuatro ramales» (Gen. II, 5.)

tran el conocimiento de la «doctrina secreta», cuyos patentes vestigios encontramos igualmente en las tradiciones populares más antiguas y corrientes, tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento, así como en los escritos de los místicos y filósofos de la antigüedad y de la Edad media.

Pero volvamos á nuestra leyenda, al *Edda*. Ymir, el gigante, se duerme, y suda copiosamente. Su transpiración motiva que de su sobaco izquierdo salgan un hombre y una mujer, al paso que su pié produce un hijo para ellos. De modo que, mientras la mítica «vaca» da origen á una raza de hombres superiores y espirituales, el gigante Ymir produce una raza de hombres malos y depravados, los Hrimthurses, ó gigantes helados. Comparando esto con los *Vedas* Indos, encontramos, salvo ligeras modificaciones, la misma leyenda cosmogónica en substancia y detalles. Brahmâ, tan pronto como Bhagaveda, el Dios Supremo, le concede poderes creadores, produce seres animados, completamente espirituales al principio.

Los Dejotas, habitantes de la región de Surg (la celestial), no son á propósito para vivir en la tierra, y por lo tanto Brahmâ crea los Daints (gigantes, los cuales se convierten en los habitantes de los Patalas ó regiones más inferiores del espacio), quienes tampoco tienen condiciones para habitar en Mirtlok (la tierra). Para remediar el mal, el poder creador engendra el primer Brahmán, sacándolo *de su boca*, el cual de este modo viene á ser el progenitor de nuestra raza; de su brazo derecho Brahmâ crea á Raettris, el guerrero; y de su izquierdo á Shaterany, la mujer de Raettris.

Entonces su hijo Bais sale del pié derecho del Creador, y su mujer Basany del izquierdo. Mientras que en la leyenda escandinava, Bur (el hijo de la vaca Audhumla), un sér superior, se casa con Besla, una hija de la raza depravada de los gigantes, en la tradición india, el primer Brahmán se casa con Daintary, también perteneciente á la raza de los gigantes; y en el *Génesis* vemos á los hijos de Dios tomando esposas entre las hijas de los hombres, é igualmente dando origen á hombres poderosos de la antigüedad; estableciendo el conjunto una identidad de origen incuestionable entre el inspirado Libro cristiano y las paganas «fábulas» de la Escandinavia y del Indostán. Las tradiciones de casi todas las demás naciones, si se las examina detenidamente, conducen á un resultado idéntico.

¿Qué cosmogonista moderno sería capaz de reducir en un símbolo tan sencillo como la serpiente egipcia formando un círculo, un mundo tal de significaciones? En esta criatura tenemos la filosofía completa del universo: la materia vivificada por el espíritu, y los dos reunidos

desenvolviendo fuera del caos (Fuerza) cada una de las cosas que tenían que existir. Con objeto de significar que los elementos estaban estrechamente encerrados en esta materia cósmica simbolizada por la serpiente, los Egipcios hacían *un nudo* con la cola de la misma.

Existe todavía un emblema más importante, relacionado con el cambio de piel de la serpiente, el cual, hasta donde alcanzan nuestras investigaciones, no ha sido aun hasta ahora comprendido por ninguno de nuestros simbolistas. Del mismo modo que el reptil, al despojarse de su piel, se libra de una envoltura de materia grosera, la cual estaba adherida y estorbaba á su cuerpo demasiado grande para la misma, y continúa su existencia con nueva actividad, del mismo modo *el hombre, arrojando de sí su cuerpo grosero y material, entra en el siguiente estado de su existencia, con mayores poderes y una vitalidad más enérgica*. Por el contrario, los Kabalistas Caldeos nos dicen que el hombre primitivo, que, opuestamente á lo que afirma la teoría Darwinista, era más puro, más sabio y mucho más espiritual—como enseñan los mitos del Bur escandinavo, el Dejotas Indo y los «hijos de Dios» mosaicos; presentándolo en resumen como de una naturaleza mucho más elevada que el hombre de la raza Adámica actual,—habiéndose *desespiritualizado* ó manchado con la materia, entonces por vez primera, le fué dado un *cuerpo carnal*, lo cual está simbolizado en el *Génesis* en aquel versículo profundamente significativo: «Y á Adan y tambien á su mujer hízoles el Señor Dios *vestidos de piel*, y los vistió»; (1) á menos que los comentadores pretendan convertir á la Primera Causa en un *sastre celestial*, ¿qué otra cosa pueden significar estas palabras aparentemente absurdas sino que el hombre espiritual, progresando en el curso de la involución, había llegado hasta aquel en que la materia, predominando sobre el espíritu y avasallándolo, le había transformado en hombre físico, ó sea el segundo Adam del segundo capítulo del *Génesis*?

Esta doctrina kabalística está mucho más completa en el *Libro de Jasher* (2). En el capítulo VII, estas vestiduras de piel son encerradas en el arca de Noé, quien las obtuvo, por herencia, de Matusalem y Enoch, los cuales á su vez las habían recibido de Adam y de su mujer. Cam se las roba á su padre Noé; las da «en secreto» á Cush, quien las oculta á sus hijos y hermanos, y las transmite á Nemrod.

(1) *Génesis* III, 21.

(2) Se pretende que éste es uno de los libros perdidos del Canon Sagrado de los Judíos, y á él se hace referencia en Josué y II Samuel. Fué descubierto por Sidras, oficial de Tito, durante el saqueo de Jerusalén, y publicado en Venecia durante el siglo diez y siete, como dice su prefacio del Consistorio de Rabinos, pero tanto la edición americana como la inglesa son consideradas por los Rabinos modernos como una falsificación del siglo XII.

Al paso que algunos Kabalistas y hasta arqueólogos dicen que «Adam, Enoch y Noé pueden en apariencia ser hombres distintos, pero en realidad son la misma persona divina», (1) otros sostienen que entre Adam y Noé han mediado varios ciclos. Lo que equivale á decir que cada uno de los patriarcas antediluvianos venía á ser el representante de una raza que había ocupado un lugar en la sucesión de los ciclos, y que cada una de estas razas era menos espiritual que su antecesora. Así Noé, aunque era un hombre bueno, no podía compararse con su antecesor, Enoch, quien «se fué con Dios y no murió». De aquí la interpretación alegórica de que Noé tenía su vestidura de piel, por haberlo heredado del segundo Adam y de Enoch, pero no la llevaba puesta, pues de otro modo su hijo Cam no hubiera podido quitársela. Pero Noé y sus hijos se salvaron del diluvio; y al paso que el primero pertenecía á la antigua y todavía espiritual raza antediluviana, por lo cual fué escogido entre toda la humanidad gracias á su pureza, sus hijos eran *post*-diluvianos. Las vestiduras de piel llevadas por Cush «en secreto» —ó sea cuando su naturaleza espiritual empezó á mancharse con la materia— son entregadas á Nemrod, el más fuerte y poderoso de los hombres físicos posteriores al diluvio, el último resto de los gigantes antediluvianos. (2)

En la leyenda escandinava, Ymir, el gigante, es asesinado por los hijos de Bur, y los ríos de sangre que brotaron de sus heridas fueron tan abundantes que arrastraron á la raza entera de helados y fríos gigantes, y de aquella raza sólo se salvó Bergelmir con su mujer, refugiándose en una barca; esta circunstancia le permitió ser origen de una nueva raza de gigantes salida del antiguo tronco. Pero todos los hijos de Bur fueron respetados por las aguas del diluvio. (3)

Cuando se desentraña el simbolismo de esta leyenda diluviana, se percibe perfectamente el significado real de esta alegoría.

El gigante Ymir personifica la ruda *materia* orgánica primitiva, las fuerzas cósmicas ciegas, en su caótico estado, antes de recibir el impulso inteligente del Espíritu Divino, el cual reguló su movimiento por medio de leyes inmutables. La progenie de Bur son los «hijos de Dios», ó los dioses menores mencionados por Platón en el *Timæus*, y á quienes estaba confiada, como él dice, la creación del hombre; puesto que les vemos arrojar los mutilados restos de Ymir al Ginnung-gap, el abismo caótico, y emplearlos para la creación de nuestro mundo. Su sangre da origen á los océanos y ríos; sus huesos á las

(1) Véase Godfrey Higgins: «Anacalypsis», citando á Faber.

(2) Véase «Fragmentos Antiguos», de Cory. Berosus.

(3) Indicamos al lector, para más detalles, la «Prose Edda» en las «Antigüedades del Norte», de Mallett.

montañas; sus dientes á las rocas y peñascos; sus cabellos á los árboles etc.; mientras que su cráneo forma la bóveda celeste, sostenida por cuatro columnas representando los cuatro puntos cardinales. De las cejas de Ymir fué creada la futura vivienda del hombre—Midgard. Esta habitación (la tierra), dice el *Edda*, para que pueda ser correctamente descrita hasta en sus más minuciosos detalles, debe ser concebida tan *redonda como un anillo*, ó un disco flotando en medio del Océano Celestial (Eter). Está rodeada por Yörmungand, el gigantesco Midgard, ó Serpiente de la Tierra, con la cola dentro de su boca. Esta es la serpiente mundana, materia y espíritu, producto combinado y emanación de Ymir, la materia grosera y rudimentaria, y del espíritu de los «hijos de Dios», quien concibió y creó todas las formas. Esta emanación es la luz astral de los Kabalistas y el todavía problemático y apenas conocido Eter, ó sea el «agente hipotético de gran elasticidad», de nuestros físicos.

Lo seguros que estaban los antiguos acerca de la doctrina de la naturaleza trinitaria del hombre puede deducirse de la misma leyenda escandinava de la creación del género humano. Segun el *Völuspa*, Odin, Hönir y Lodur, que son los progenitores de nuestra raza, encuentran, en uno de sus paseos por las costas del océano, dos palos flotando sobre las aguas «inertes y sin ningun destino». Odin sopló en ellos el soplo de vida, Hönir les dotó de alma y movimiento, y Lodur les concedió belleza, palabra, vista y oído. Al hombre le llamaron *Askr*, el *Fresno* (1), y á la mujer *Embla*, el *Aliso*. Estos primeros hombres fueron colocados en Midgard (jardin del centro, ó Edén), y de este modo recibieron de sus creadores materia ó vida inorgánica; mente ó alma; y espíritu puro; correspondiendo la primera á la parte de su organismo que procedía de los restos de Ymir, el gigante-materia, la segunda de los *Æsir*, ó dioses, los descendientes de Bur, y el tercero de *Vanr*, ó representante del espíritu puro.

Otra versión del *Edda* hace brotar nuestro universo visible del centro de las frondosas ramas del árbol mundano, el Yggdrasill, el árbol de las tres raices. Debajo de la primera raiz corre la fuente de vida, Urdar; debajo de la segunda está el famoso pozo de Mimer, en el cual yacen profundamente enterrados el Entendimiento y la Sabiduría. Odin, el Alfadir, pide un vaso de esta agua, lo consigue, pero sólo con la condición de dejar en prendas uno de sus ojos; siendo el ojo en este caso el símbolo de la Divinidad, revelándose por sí misma en la sabiduría de su propia creación, porque Odin lo deja en el fondo del pozo

(1) Es digno de atención que, en el *Popol-Vuh* mexicano, la raza humana es creada saliendo de una caña, y en Hesiodo, de un fresno, como en la narración escandinava.

profundo. El cuidado del árbol mundano está encomendado á tres doncellas (las Nornas ó Parcas), Urdhr, Verdandi y Skuld, ó sea el Presente, el Pasado y el Futuro. Cada mañana, mientras están fijando el término de la vida humana, cogen agua de la fuente Urdar, y con ella rocían las raíces del árbol mundano, para que pueda vivir. Las emanaciones del fresno Yggdrasill, condensándose y cayendo sobre nuestra tierra, llaman á la existencia y cambian de forma á cada porción de la materia inanimada. Este árbol es el símbolo de la Vida *universal*, así orgánica como inorgánica; sus emanaciones representan el espíritu que vivifica cada una de las formas de la creación; y de sus tres raíces, la una se extiende hacia los cielos, la segunda hacia la región de los mágicos—gigantes que habitan en las *elevadas montañas*,—y la tercera, bajo la cual está la fuente Hvergelmir, es roida por el monstruo Nidhögg, quien constantemente induce el género humano al mal. Los habitantes del Thibet tienen también su árbol mundano, y la leyenda es de una antigüedad indecible. Entre ellos es llamado *Zampun*. La primera de sus tres raíces también se extiende hacia los cielos hasta la cima de las más elevadas montañas; la segunda va á las regiones más inferiores; la tercera queda á medio camino y llega al Oriente. El árbol mundano de los Indos es el Aswatha. (1) Sus ramas son los componentes del mundo visible, y sus hojas los *Mantras* de los Vedas, símbolos del universo bajo su carácter intelectual ó moral.

¿Quién, estudiando cuidadosamente las religiones antiguas y los mitos cosmogónicos, deja ver que su extraordinaria semejanza de concepción, en su forma exotérica, y esotérico espíritu, no es el resultado de una mera coincidencia, sino la manifestación de un designio unánime? Esto nos demuestra que ya en todas aquellas épocas, ocultas á nuestra vista por la niebla impenetrable de la tradición, el pensamiento humano y religioso se desarrollaba en uniforme simpatía en todas las regiones de nuestro globo. Los cristianos llaman á esta adoración de la naturaleza en sus más ocultas verdades, Panteísmo. Pero entre éste, que presta adoración, y nos revela á Dios en el espacio en su única forma posible objetiva —ó sea la de la naturaleza visible,—que recuerda constantemente á la humanidad á Aquel que la creó, y una religión de dogmatismo teológico, que sólo sirve para ocultar lo más posible á Él de nuestra vista, ¿cuál de los dos está mejor adaptado para satisfacer las necesidades del género humano?

La ciencia moderna insiste en la doctrina de la evolución; lo mismo hacen la razón humana y la «doctrina secreta», viniendo esta idea

(1) Véase «*Pantheon der Ältesten Philosophie*» de Kanne.

corroborada por las antiguas leyendas y mitos, y hasta por la misma Biblia cuando se la lee entre líneas. Vemos una flor desarrollarse lentamente de un capullo, y éste de una semilla. Pero ¿de dónde procede esta última con todo su premeditado programa de transformaciones físicas y sus invisibles y, por lo tanto, *espirituales fuerzas*, que desarrollan gradualmente su forma, sus matices y su aroma? La palabra *evolución* habla por sí misma. El germen de la raza humana actual debe haber preexistido en el padre de esta raza de igual modo que la semilla en la cual existe escondida la flor del próximo verano se desarrolla en la cápsula de su padre-flor; el padre podrá diferenciarse ligeramente, pero siempre será distinto de su progenie futura. Los antecesores antediluvianos de nuestros elefantes y lagartos eran quizás el mammoth y el plesiosauro; ¿porqué no pueden haber sido los antecesores de nuestra raza humana los gigantes de que hablan los *Vedas*, el *Völuspa* y el libro del *Génesis*? Al paso que es positivamente absurdo creer en la «transformación de las especies», bajo algunos de los puntos de mira más materialistas de los evolucionistas, es muy natural el pensar que cada género, empezando por los moluscos y terminando por el hombre-mono, ha sufrido una variación desde su forma propia primordial y distintiva. Aun suponiendo que concedemos «que los animales han descendido sólo de cuatro ó cinco progenitores,» (1) y hasta que en rigor «todos los seres orgánicos que han vivido igualmente en esta tierra, han descendido de una forma primordial;» (2) á pesar de todo, nadie más que un materialista empedernido y ciego, ó una persona completamente desprovista de intuición, puede esperar seriamente ver «en el porvenir remoto.... una psicología fundada sobre una nueva base, la de la necesaria adquisición, por grados, de cada uno de los poderes y facultades mentales.» (3)

El hombre físico, como producto de la evolución, puede ser dejado en manos del hombre de ciencia exacta. Nadie más que él podrá arrojar alguna luz sobre el origen físico de la raza; pero nosotros debemos negar al materialista el mismo privilegio en lo que se refiere á la evolución psíquica y espiritual del hombre, porque *no puede probarse*, hasta una evidencia completa, que él y sus más elevadas facultades sean tan productos de la evolución, como la planta más humilde ó el gusano más miserable (4)

(1) «Origen de las Especies», p. 484.

(2) Idem. Esta última palabra no podemos aceptarla, á menos que se conceda que la «forma primordial» sea la primera forma concreta que el espíritu asumió como Divinidad revelada.

(3) Idem, p. 488.

(4) Discurso por T. H. Huxley, F. R. S.: «Darwin y Hæckel.»

Habiendo ya dicho bastante sobre el particular, vamos á presentar la hipótesis evolucionista de los antiguos Brahmanes, encarnada por ellos en la alegoría del árbol mundano.

Los Indos representan su árbol mítico, al que llaman *Aswatha*, de distinto modo que los escandinavos. Lo describen creciendo en posición invertida, extendiéndose las ramas hacia abajo, y las raíces hacia arriba; simbolizando las primeras el mundo externo de los sentidos, ó sea el universo cósmico visible, y las segundas el mundo invisible del espíritu, porque las raíces tienen su *génesis* en las regiones celestes, donde, desde la creación del mundo, la humanidad ha colocado á su divinidad invisible. Habiéndose originado la energía creadora en el punto primordial, los símbolos religiosos de cada pueblo son otras tantas manifestaciones de esta hipótesis metafísica explicada por Pitágoras, Platón y otros filósofos.

«Estos Caldeos—dice Filón (1)—eran de opinión que el Cosmos, entre las cosas existentes, es un solo punto, sea que el mismo sea Dios, (Theos), ó que en él esté Dios, comprendiendo el alma de todas las cosas.»

Las Pirámides egipcias también representan simbólicamente esta idea del árbol mundano. Su punta es el místico eslabón entre el cielo y la tierra, y significa la raíz, al paso que su base representa las ramas desplegadas extendiéndose en dirección de los cuatro puntos cardinales del universo material. Inculcan la idea de que todas las cosas tuvieron su origen en el espíritu, habiendo empezado la evolución arriba y seguido hacia abajo, en lugar de lo contrario, que es lo que sostiene la teoría Darwinista.

En otros términos, ha tenido lugar una gradual materialización de formas hasta haber alcanzado una forma definitiva y fija de degradación. Este punto es aquel en el cual la doctrina de la moderna evolución entra en la arena de las hipótesis especulativas. Habiendo llegado á este punto, encontraremos más fácil el comprender la *Antropogenia* de Hæckel, la cual traza la genealogía del hombre «desde su débil raíz protoplásmica formada en el limo de los océanos que existían antes que se sedimentasen las más antiguas rocas fosilíferas», según la teoría del profesor Huxley. Podemos creer que el hombre ha ido evolucionando «por la modificación gradual de un mamífero dotado de una organización parecida á la del mono», y mucho más si recordamos que (si bien en una fraseología más condensada y menos elegante, aunque más comprensible) la misma teoría, según dice Berosio, había sido enseñada muchos millares de años antes de su

(1) «Migración de Abraham», p. 32

tiempo por el hombre-peze Oannes ó Dagón, el semi-demonio de Babilonia. (1) Podemos añadir, como un hecho interesante, que esta antigua alegoría de la evolución, además de estar embellecida por símbolos y leyendas, está también piutada sobre los muros de ciertos templos de la India, y en forma fragmentaria ha sido encontrada en los del Egipto y en los ladrillos de Nimroud y de Ninive, excavados por Layard.

Pero ¿qué es lo que hay detrás de la línea de descenso Darwinista? Por lejos que alcancen nuestros ojos, sólo hallamos «hipótesis imposibles de demostrar.» Porque, como él dice, considera á todos los seres «como descendientes, en línea recta, de unos pocos seres que vivian mucho tiempo antes de que se hubiese formado la primera capa del sistema Siluriano.» (2) Darwin no se toma el trabajo de decirnos quienes eran estos «pocos seres». Pero llena completamente nuestro objeto el que, para la admisión de su existencia, recurre á nuestros antepasados, á fin de que la corroboración y elaboración de la idea reciba el sello de la aprobación científica. Con todos los cambios que nuestro globo ha sufrido en lo referente á su temperatura, clima, suelo, y—si se nos perdona la expresión en vista de recientes descubrimientos—su condición electro-magnética, sería una verdadera temeridad el atreverse á decir que nada hay en la ciencia actual que contradiga la antigua hipótesis del hombre ante-siluriano. Las primeras hachas de pedernal encontradas por Boucher de Perthes en el valle de Sòme, prueban que el período en que los hombres han existido es tan remoto que excede á todos los cálculos. Si creemos á Büchner, el hombre debe haber vivido en el período glacial y hasta en una época anterior, subdivisión de la época cuaternaria ó diluviana, extendiéndose probablemente muy allá de la misma. Pero ¿quién puede prever los nuevos descubrimientos que nos esperan?

Ahora bien, si tenemos pruebas indiscutibles de que el hombre ha existido en una antigüedad tan remota, forzosamente deben haber tenido lugar en su sistema físico maravillosas modificaciones, relacionadas con los cambios de los climas y la atmósfera. ¿Y no podemos suponer, fundándonos en la analogía y remontándonos á estas épocas lejanas, que aún pueden haber existido otras modificaciones que permitiesen á los más remotos progenitores de los «helados gigantes» vivir contemporáneamente con los peces devonianos y los moluscos silurianos? Es verdad que no nos han dejado hachas de piedra ni huesos en los depósitos de las cavernas; pero si los antiguos en su testi-

(1) Cory: «Antignos fragmentos.»

(2) «Origen de las Especies», pp. 448, 449, primera edición.

monio son correctos, las razas de aquellos tiempos se componían no solamente de gigantes ú «hombres poderosos de fama», sino también de «hijos de Dios». Si todos cuantos creen en la evolución del *espíritu* tan firmemente como los materialistas creen en la de la *materia* son acusados de sostener «hipótesis no demostrables», pueden fácilmente á su vez echar en cara á sus acusadores que, según confiesan *ellos* mismos, su evolución física es una hipótesis aún no demostrada, si es que en la actualidad no es indemostrable (1). Los primeros pueden al menos deducir algunas pruebas de los mitos legendarios, cuya enorme antigüedad admiten tanto los filólogos como los arqueólogos; mientras que sus antagonistas nada tienen que con aquello pueda compararse, á menos que se apoyen en una porción de los antiguos escritos ideográficos, y supriman el resto.

Es una verdadera fortuna lo de que mientras los trabajos de algunos hombres de ciencia, que se han conquistado justamente una grande reputación, parecen contradecir abiertamente nuestras hipótesis, las investigaciones y trabajos de otros no menos eminentes parezcan confirmar en absoluto nuestras opiniones. En la reciente obra de Mr. Alfredo R. Wallace, *Distribución Geográfica de los Animales*, vemos al autor defendiendo seriamente la idea de «algún lento proceso de desarrollo», desde las especies precedentes á las actuales hasta estas últimas, proceso que se ha ido fraguando desde una fecha remota á través de una serie innumerable de ciclos.

Y si esto lo admite con respecto á los animales, ¿porqué no en lo que al hombre-animal se refiere, precedido mucho más allá todavía por un sér completamente espiritual, «un hijo de Dios»?

Ahora podemos volver otra vez al simbolismo de los antiguos tiempos y á sus mitos físico-religiosos. Antes de concluir esta obra esperamos demostrar más ó menos felizmente la íntima relación que guardan las concepciones de dichos mitos con muchos de los adelantos de la ciencia moderna en física y filosofía natural. Bajo las emblemáticas figuras y la fraseología peculiar de los antiguos sacerdotes, se ocultan indicios de ciencias que están todavía por descubrir en nuestro ciclo.

Por muy versado que esté un inteligente en la escritura hierática y el sistema geroglífico de los Egipcios, debe aprender primeramente á depurar sus inscripciones, y antes de aventurarse en la menor interpretación tiene que asegurarse por sí mismo, compás y regla en mano, de que el jeroglífico que está examinando se ajusta á una línea ó á ciertas figuras geométricas y fijas, que constituyen las claves de estas inscripciones de la antigüedad.

(1) Huxley: «Darwin y Haeckel».

Pero hay mitos que hablan por sí mismos. En este género podemos citar los primeros creadores de ambos sexos, de cada cosmogonía. El griego Zeus ó Zén (æter), y Chthonía (la tierra caótica) y Metis (el agua), sus mujeres. Osiris é Isis Latona, representando también el primer dios el éter, la emanación primera de la Divinidad Suprema, Amun, la fuente primera de la luz; y la diosa, otra vez la tierra y agua; Mithras (1), el dios nacido de una roca, el símbolo del masculino fuego mundano, ó personificación de la luz primordial, y Mithra, la diosa del fuego, á la vez su madre y su esposa; el elemento puro del fuego (el principio activo ó masculino) considerado como luz y calor, en conjunción con la tierra y el agua, ó materia (elementos femeninos ó pasivos de la generación cósmica.) Mithras es el hijo de Bordj, la montaña del mundo entre los persas, (2) desde la cual se lanza como un rayo resplandeciente de luz. Brahmâ, el dios del fuego, y su prolífica consorte; y el Indo *Unghi*, la refulgente «divinidad de cuyo cuerpo brotan mil rayos de gloria y siete lenguas de fuego, y en honor de la cual los Brahmanes Sagniku conservan aún hoy día un fuego *perpétuo*; Siva, personificado por la montaña del mundo de los Indos, el *Meru* (Himalayas). Este terrorífico dios del fuego, de quien se dice en la leyenda que descendió de los cielos, como el Jehovah judío *en una columna de fuego*, y una porción más de divinidades arcaicas de uno y otro sexo, todas ellas bien claramente indican su oculto significado. Y ¿qué otra cosa pueden significar estos mitos dobles, más que el principio físico-químico de la creación primordial? La primera revelación de la Causa Suprema, en su triple manifestación de espíritu, fuerza y materia; la divina *correlación* en el punto inicial de la evolución, simbolizada por medio del matrimonio del *fuego* y del *agua*, productor del espíritu electrizador, unión del activo principio masculino con el pasivo elemento femenino, que pasan á ser los padres de su telúrico hijo, la materia cósmica, la *prima materia* cuyo espíritu es el éter ó la LUZ ASTRAL!

De modo que puede decirse que todas las montañas, huevos, árboles, serpientes y columnas mundanos, son encarnaciones de verdades científicamente demostradas de la filosofía natural. Todas estas montañas contienen con ligeras variantes las descripciones alegóricamente expresadas de la cosmogonía primaria; los árboles del mundo expresan la subsiguiente evolución del espíritu y materia; la serpiente mundana

(1) Mithras era considerado entre los Persas como el *Theos ek Petros*, dios de la roca.

(2) Bordj es llamado una montaña de fuego, un volcán; por lo tanto contiene fuego, piedra, tierra y agua, ó sean los elementos masculinos ó activos y femeninos ó pasivos. Este mito es muy significativo.

y las columnas, recuerdos simbólicos de esta doble evolución en su correlación infinita de fuerzas cósmicas. Dentro de los misteriosos recintos de la montaña—la matriz del universo,—los dioses (poderes) preparan los gérmenes atómicos de la vida orgánica, y al mismo tiempo el licor de vida, que, una vez gustado, despierta en la materia humana el *espíritu* humano.

El Soma, la bebida India del sacrificio, es aquel sagrado licor; en atención á que cuando la creación de la *prima materia*, mientras sus porciones más groseras eran empleadas para el mundo físico y embrionario, su más divina esencia se infundía en el universo penetrando de un modo invisible é incluyendo dentro de sus ondulaciones etéreas al niño recién nacido, desarrollando y estimulando en él la actividad á medida que iba saliendo lentamente del seno del caos eterno.

De la concepción abstracta y poética, estos mitos mundanos pasaron gradualmente á imágenes concretas de símbolos cósmicos, tales como la arqueología hoy los encuentra.

La serpiente, que tan importante papel desempeña en la estatuaria y pintura de nuestros antepasados, ha sido completamente degradada gracias á la absurda interpretación de la serpiente del libro del *Génesis*, como un sinónimo de Satán, el Príncipe de las Tinieblas, cuando en realidad es el más ingenioso de todos los mitos en sus diversos simbolismos. Según uno de ellos, como *agathodaimon*, es el emblema del arte de curar y de la inmortalidad del hombre.

Rodea las imágenes de la mayor parte de los dioses de la salud ó de la higiene. La copa de la salud en los Misterios egipcios estaba rodeada de serpientes. Como el mal puede únicamente originarse por una oposición al bien, la serpiente, bajo otros aspectos, es una alegoría de la materia; la cual, cuanto más se aparta de su fuente espiritual y primitiva, tanto más se sujeta al mal. En las más antiguas imágenes del Egipto, así como en las alegorías cosmogónicas de Kneph, la serpiente mundana, cuando simboliza la materia, está generalmente representada dentro de un círculo; cruza en línea recta su ecuador, indicando así que el universo de luz astral, del cual salió el mundo físico, al paso que limita á éste, él á su vez es limitado por Emept, la Causa Primera y Suprema. *Phtha*, produciendo á *Ra*, y las miríadas de formas á las que da vida, son presentados como arrastrándose por fuera del huevo del mundo, porque esta es la forma más usual en la que se depositan y desarrollan los gérmenes de cada sér viviente. Cuando la serpiente significa la eternidad y la inmortalidad, rodea al mundo mordiendo su cola, no ofreciendo de este modo ninguna solu-

ción de continuidad. Entonces es la luz astral. Los discípulos de la escuela de Ferécides enseñaban que el éter (Zeus ó Zen) es el empíreo celeste más elevado, que incluye al mundo supremo, y que su luz (la astral) es el elemento primario concentrado.

Tal es el origen de la serpiente, metamorfoseada en Satán durante la época Cristiana. Es el *Od*, el *Ob* y el *Aour* de Moisés y de los kabalistas. En su estado pasivo, cuando actúa sobre todos aquellos que involuntariamente son arrastrados en su corriente, la luz astral es el *Ob*, ó Python. Moisés estaba decidido á exterminar á todos los que, sensibles á su influencia, se dejaban caer bajo el cómodo yugo de entidades viciosas que se mueven en las olas astrales, como el pez en el agua; entidades que nos rodean por todas partes, y á las cuales Bulwer-Lytton, en su *Zanoni*, llama «los habitantes de los umbrales.» Se convierte en *Od* tan pronto como es vivificada por la *emanación consciente* de un alma inmortal; porque entonces las corrientes astrales obran bajo la dirección de un adepto ó espíritu puro, ó de un hábil mesmerizador, el cual también es puro y conoce la manera de dirigir las fuerzas ciegas. En tales casos, hasta un elevado Espíritu Planetario, perteneciente á la categoría de seres que nunca se han encarnado (aunque entre sus jerarquías hay muchos que han vivido en nuestra tierra), desciende en ocasiones á nuestra esfera, y purificando la atmósfera que le rodea, concede al *sujeto* la facultad de visión y abre en él las fuentes de la verdadera profecía divina. En cuanto al término *Aour*, es usado para designar ciertas propiedades ocultas del agente universal. Pertenece más directamente al dominio de los Alquimistas, y no tiene ningún interés para el público en general.

El autor del *Homoioimeriano* sistema de filosofía, Anaxágoras de Clazomene, creía firmemente que los prototipos espirituales de todas las cosas, así como sus elementos, tenían que encontrarse en el éter sin límites, en el cual eran ellos engendrados, del cual procedían, y al cual volvían desde la tierra. Juntamente con los Indos, quienes habían personificado su Akâsa (cielo ó éter), y hecho del mismo una entidad deífica, los Griegos y los Latinos divinizaron también el Eter. Virgilio llama á Zeus *pater omnipotens æter*; (1) *Magnus*, el gran dios, Eter.

Estos seres á los que antes hemos aludido son los espíritus elementales de los kabalistas (2), y á los cuales el clero cristiano califica de «diablos» ó enemigos del género humano.

(1) Virgilio: «Geórgicas», libro II.

(2) Porfirio y otros filósofos explican la naturaleza de estos *habitantes*. Los malvados y engañosos, aunque algunos son perfectamente amables é inocentes, pero tan débiles que experimentan las mayores dificultades para comunicarse con los mortales, cuya com-

«Ya Tertuliano—hace observar seriamente Des Mousseaux en su capítulo sobre los diablos—descubrió formalmente el secreto de sus artificios.»

¡Descubrimiento inapreciable! Y ahora que ya sabemos mucho acerca de los trabajos mentales de los santos padres, y de sus descubrimientos en antropología astral, ¿debemos mostrarnos sorprendidos sí, en medio del cielo que han demostrado en sus exploraciones espirituales, han dejado tan atrás nuestro planeta olvidándose de él hasta el punto de negarle no sólo su derecho al movimiento, sino que hasta su esfericidad?

Y esto es lo que encontramos en Langhorne, el traductor de *Plutarco*: «Dionisio de Halicarnaso (L. II) es de opinión de que Numa construyó el templo de Vesta en forma *redonda*, para representar la figura de la tierra, porque Vesta era la personificación de la misma »

Además Filolao, y con él todos los demás pitagóricos, sostenían que el elemento del fuego estaba colocado en el centro del universo; y Plutarco, hablando del asunto, dice de los pitagóricos que «suponen ellos que la tierra no carece de movimiento, *ni* está situada en el centro del mundo, sino que cumple su revolución alrededor de la esfera de fuego, no siendo ni de las más importantes ni de las principales partes de la gran máquina.» Respecto de Platón, ya hemos dicho que opinaba de idéntica manera. Por lo tanto, parece evidente que los pitagóricos se anticiparon al *descubrimiento* de Galileo.

Una vez admitida la existencia de semejante universo invisible—lo cual parece verosímil que suceda si las especulaciones de los autores del *Universo Invisible* son aceptadas por sus colegas—muchos de los fenómenos, hasta aquí misteriosos é inexplicables, serán fáciles de comprender. Dicho universo invisible actúa sobre el organismo de

pañía constantemente solicitan. Los primeros no son perversos por efecto de una malicia inteligente. Como quiera que la ley de evolución espiritual no ha desarrollado todavía su instinto en inteligencia, cuyas más elevadas luces sólo pertenecen á los espíritus inmortales, sus poderes de raciocinio se hallan en estado latente, y por esto son ellos irresponsables.

Pero la Iglesia Latina impugna á los kabalistas. El mismo S. Agustín sostuvo una discusión con Porfirio, el Neo-Platónico, sobre este asunto. «Estos espíritus—dice—son engañosos, no por su propia naturaleza, como Porfirio el teurgista pretende, sino por malicia. Ellos se hacen pasar por *Dioses y por las almas de los difuntos*» («*Cicil. Dei*,» libro x, cap. 2.) Hasta aquí Porfirio conviene con él; «pero ellos no pretenden ser *demonios* (entiéndase diablos), porque en realidad lo son!», añade el obispo de Hipona. Pero entonces ¿bajo qué especie debemos clasificar á los *hombres sin cabeza*, que Agustín pretende hacernos creer que él mismo ha visto? ¿ó los sátiros de S. Jerónimo, los cuales, según él nos asegura, fueron exhibidos durante mucho tiempo en Alejandría? Eran, nos dice, «hombres con piernas y rabo de cabra»; y si tenemos que darle crédito, uno de estos Sátiros fué puesto entonces en escabeche, y mandado dentro de un tonel al Emperador Constantino!

los mediums magnetizados, penetra en ellos, y los satura por completo, ya sea dirigido por la voluntad poderosa de un mesmerizador, ya por seres invisibles que producen el mismo resultado. Una vez llevada á cabo la silenciosa operación, el fantasma astral ó sideral del sujeto mesmerizado abandona su paralizada corteza terrestre, y después de haber vagado por el espacio sin límites, se posa en los umbrales de la misteriosa «frontera».

Para él, las puertas del pórtico que indica la entrada de la «región del silencio» están ahora solamente un poco entreabiertas, y sólo se abrirán de par en par ante el alma del sonámbulo en éxtasis el día en que ésta, unida á su más sublime é inmortal esencia, haya abandonado para siempre su cuerpo mortal. Hasta entonces, el vidente puede tan sólo mirar al través de una rendija; y de la agudeza de la visión espiritual del clarevidente depende el que vea más ó menos bien al través de la misma.

La trinidad en la unidad es una idea que todas las antiguas naciones han sostenido en común. Los tres Dejotas ó la Trimurti India; las *Tres Cabezas* de la Kábala Judía. (1) «Tres cabezas están esculpidas la una en la otra, y la una encima de la otra». La Trinidad de los egipcios y la de la mitología griega eran análogas representaciones de la emanación primera y triple, conteniendo dos principios masculinos y uno femenino.

Es la unión del *Logos* masculino, ó sabiduría, la Divinidad revelada, con la femenina *Aura* ó *Anima Mundi*,—«el santo *Pneuma*», el cual es la *Sephira* de los Kabalistas, y la *Sophia* de los refinados Gnósticos—que produce todas las cosas visibles é invisibles. Mientras la verdadera interpretación metafísica de este dogma universal permaneció en el interior de los santuarios, los griegos con su poético instinto lo personificaron bajo muchos mitos encantadores. En las *Dionysiacas* de Nonnus, el dios Baco, entre otras alegorías, es representado teniendo amores con la suave y juguetona brisa (*el Santo Pneuma*), bajo el nombre de *Aura Placida*. (2) Y ahora concederemos la palabra á Godfrey Higgins: «Cuando los *ignorantes* Padres componían su calendario, este amable céfiro dió origen á dos santos católico-romanos»: Santos Aura y Plácido (Santos Plácido y Mauro); más aún, llegaron hasta convertir al alegre dios en San Baco, y en la actualidad *se enseñan en Roma su ataud y sus reliquias*. La fiesta de estos dos «benditos santos», Aura y Plácido, se celebra el 5 de Octubre, próxima á la de San Baco. (3)

(1) «*Tria capita exsculpta sunt, una intra alterum, et alterum supra alterum*».—(Sohar; «*Idra Suta*», sectio VII).

(2) Viento amable (lit.)

(3) Higgins: «*Anacalypsis*»; también «*Dupruis*».

¡Cuánto más grandioso, cuánto más poético es el espíritu religioso que se encuentra en las «paganas» leyendas escandinavas de la creación! En el inmenso é insondable abismo del mundo, el Ginnunga-gap, en donde, con rabiosa y ciega furia, luchan la materia cósmica y las fuerzas primordiales, súbitamente sopla el viento del deshielo. Es el «Dios no revelado», que envía su benéfico soplo desde Muspellheim, la esfera de fuego del empíreo, entre cuyos resplandecientes rayos habita este gran Sér, mucho más allá de los límites del mundo material; y el alma del Invisible, el Espíritu que incuba las negras aguas del abismo, hace brotar del caos el orden, y una vez dado el impulso á la creación entera, la PRIMERA CAUSA desaparece de la escena y permanece por siempre más escondida (*en statu abscondito!*) (1).

La Religión y la Ciencia se ven entremezcladas en estos cantos del paganismo escandinavo. Como ejemplo de la última, he aquí la concepción de Thor, hijo de Odin. Siempre que este Hércules del Norte quiere empuñar el mango de su arma terrible, el rayo ó eléctrico martillo se ve obligado á ponerse sus guanteletes de *hierro*. Lleva también un cinturón mágico conocido por el «*cinto de fuerza*», el cual, siempre que ciñe su cuerpo, aumenta grandemente su poder celestial. Va montado sobre un carro arrastrado por dos carneros con frenos de plata, y su frente terrible está rodeada por una corona de estrellas. Su carro tiene una puntiaguda percha de hierro, y sus ruedas, desparramando chispas, giran incesantemente sobre rugientes nubes preñadas de rayos.

Thor lanza su clava con fuerza irresistible á los gigantes rebeldes y helados, á los que disuelve y aniquila. Cuando se encamina á la fuente de Urdar, en donde los dioses se reúnen en cóncave para decidir acerca de los destinos de la humanidad, él solo va á pie, mientras que los restantes dioses van montados. Va á pie por temor de que cuando cruce el *Bifrost* (el arco iris), el puente *Æsir* de variados colores, pueda incendiarlo con su carro fulgurante, y haga hervir al mismo tiempo las aguas de la fuente Urdar.

Hablando en plata, ¿qué interpretación cabe respecto de este mito sino la de que los autores de la leyenda escandinava estaban completamente impuestos en lo que á la electricidad se refiere? Thor, la personificación de la electricidad, coge su elemento peculiar sólo cuando está protegido por guanteletes de *hierro*, metal que es su conductor natural. Su cinto de fuerza es un circuito cerrado, á cuyo alrededor la corriente aislada tiene que circular en vez de difundirse por el espacio. Cuando se lanza con su carro en medio de las nubes, Thor es la

(1) Mallett: «Antigüedades del Norte», p. 401-406, y «Los cantos de un *Völuspa*», Edda.

electricidad en su condición *activa*, como lo demuestran las chispas que despiden sus ruedas, y el trueno que sale rugiendo de las nubes.

La puntiaguda lanza de hierro del carro sugiere la idea del pararrayos; los dos carneros que lo arrastran son los antiguos y habituales símbolos del poder masculino ó generativo; sus frenos de plata representan el principio femenino, puesto que la plata es el metal de la Luna, Astarte, Diana. De consiguiente, en el carnero y en su freno vemos combinados y en oposición los principios activos y pasivos de la naturaleza, el uno impeliendo hacia adelante, y el otro enfrenando, mientras que los dos están subordinados al omnipenetrante principio eléctrico, al cual ellos deben su impulso. De este impulso eléctrico y de las combinaciones y recombinaciones en correlación infinita de los dos principios, masculino y femenino, resulta la evolución de la naturaleza visible, cuyo glorioso remate es el sistema planetario, que en el mítico Thor está alegorizado por el círculo de esferas centelleantes que adornan su frente. En su condición activa, sus terribles centellas todo lo destruyen, no respetando tampoco á las demás fuerzas titánicas menores. Pero va á pie sobre el Bifrost ó puente del arco iris, porque para reunirse con otros dioses menos poderosos que él, se ve obligado á pasar al estado *latente*, razón por la cual debe abandonar su carro; de otra manera, prendería el fuego, y todo quedaría aniquilado. La significación de la fuente Urdar, que Thor teme hacer hervir, y la causa de su temor, podrán únicamente ser comprendidas por nuestros físicos cuando las recíprocas relaciones electro-magnéticas de los innumerables elementos del sistema planetario, ahora justamente sospechadas, se determinen por completo. En los recientes ensayos científicos de los profesores Mayer y Sterry Hunt, se han vislumbrado algunos reflejos de la verdad. Los antiguos filósofos creían que, no sólo los volcanes, sino también las fuentes hirvientes, se debían á la concentración de corrientes eléctricas subterráneas, y que esta misma causa producía los depósitos minerales de naturaleza variada, que dan origen á las fuentes medicinales. Si se objeta que este hecho no está expresado claramente por los antiguos autores, que, según la opinión de nuestro siglo, apenas conocían nada en materia de electricidad, podremos contestar que no todas las obras que contienen la antigua sabiduría están actualmente en manos de nuestros sabios. Las claras y frescas aguas del Urdar eran necesarias para el riego diario del místico árbol del mundo; y si hubiesen sido turbadas por Thor, ó la electricidad activa, se hubieran convertido en fuentes minerales, inútiles para su objeto. Ejemplos tales como el anterior vienen á corroborar las antiguas afirmaciones de los filósofos, de que *hay un logos en cada mito*, ó un fondo de verdad en cada ficción.

CAPÍTULO VI

« Hermes, que es de mis órdenes siempre el portador....
Tomando entonces su varilla, con la cual á voluntad los párpados
De los mortales cierra, y á voluntad despierta á los dormidos. »

Odisea. Libro V.

« Yo ví los Samotracios anillos saltar,
Y bullir las limaduras de acero en un plato de bronce
Tan pronto como debajo del mismo era puesta
La piedra-imán; y con salvaje terror parecía
El hierro huir de ella, con antipatía invencible..... »

Lucrecio. Libro VI.

« Pero lo que especialmente distingue á la
Fraternidad es su maravilloso conocimiento
de los recursos del arte médico. Ellos obran,
no por medio de hechizos, sino por medio de
simples. »

(Manuscrito. Relación del origen y atributos de los verdaderos Rosacruces.)

UNA de las mayores verdades que jamás haya dicho un hombre de ciencia es esta observación hecha por el profesor Cooke en su *Nueva Química*: «La historia de la Ciencia nos demuestra que la época debe estar preparada de antemano para que las verdades científicas puedan arraigar y desarrollarse. Las ideas infructuosas de la ciencia han sido tales porque las semillas de la verdad caían sobre un suelo estéril; y tan pronto como ha llegado el tiempo oportuno, la semilla ha echado raíces y el fruto ha madurado... No hay ningún estudiante que no se sorprenda al ver cuan pequeña es la porción de nuevas verdades que hasta los mayores genios han añadido al depósito primitivo.»

La revolución que ha sufrido la Química recientemente es muy á propósito para llamar la atención de los químicos sobre este hecho; y no se la consideraría con extrañeza si, en menos tiempo que el que para ello ha sido necesario, las pretensiones de los alquimistas hubiesen sido examinadas con imparcialidad, y estudiadas desde un punto de vista racional. El puente sobre la grieta angosta que separa la *nueva* química de la *vieja* alquimia es pequeño en comparación de la empresa más atrevida que se ha realizado pasando del dualismo á la ley de Avogadro.

Del mismo modo que Ampère ha sido quien ha introducido á Avogadro entre nuestros químicos contemporáneos, así también se encontrará algún día, quizás, que Reichenbach ha allanado con su od el camino para la justa apreciación de Paracelso. Sólo hace cincuenta años que las moléculas eran aceptadas como unidades en los cálculos químicos; quizás se necesitará menos de la mitad de este tiempo para que se reconozca el merito superlativo del místico suizo. El siguiente significativo párrafo, acerca de los mediums curadores (1), puede ser encontrado en cualquier parte, y debe estar escrito por uno que haya leído las obras de aquel filósofo. «Deben comprender—dice—que el imán es aquel espíritu de vida en el hombre, que el inficionado busca, pues ambos permanecen unidos con el caos del exterior. De este modo el sano es inficionado por el enfermo, por medio de la atracción magnética.»

Las causas primeras de las enfermedades que afligen á la humanidad; las relaciones secretas entre la fisiología y la psicología, problema que en vano trata de resolver la ciencia moderna buscando alguna base para fundar en ella sus especulaciones; específicos y remedios para cada una de las dolencias del cuerpo humano, todo está contenido y descrito en sus voluminosas obras. El electro-magnetismo, llamado *descubrimiento* del profesor Oersted, ha sido empleado por Paracelso unos tres siglos atrás.

Esto puede ser demostrado examinando críticamente su manera de curar las enfermedades. Respecto á sus descubrimientos en Química, no es necesario extendernos en ellos, puesto que varios escritores fieles é imparciales le consideran como uno de los más grandes químicos de su tiempo. (2) Brierre de Boismont le llama un «genio», y conviene con Deleuze en que él creó una nueva época en la historia de la Medicina. El secreto de sus felices y mágicas curaciones, como se llamaban entonces, radicaba en su soberano desprecio hacia los que se titulaban sabias «autoridades» de su tiempo. «Buscando la verdad—dice Paracelso—me he preguntado á mí mismo: Si en este mundo no hubiese ningún profesor para enseñar la Medicina, ¿cómo me hubiera arreglado yo para aprender este arte?

»No de otra manera que en el gran libro abierto de la Naturaleza escrito por el dedo de Dios ...Me acusan y denuncian por no haber entrado en el templo del arte por la puerta debida. Pero ¿quién tiene razón: Galeno, Avicena, Mesue, Rhazes, ó la honrada Naturaleza? Yo creo que ésta. Por su puerta es por donde yo he entrado, y es la

(1) De un diario espiritista de Londres.

(2) Hemmann: «Ensayos médico-quirúrgicos», Berl., 1778.

luz de la Naturaleza, y no ningun candil de boticario, la que ha dirigido mis pasos.»

Su completo desprecio á las leyes establecidas y á las fórmulas científicas, esta aspiración de la arcilla mortal á confundirse con el espíritu de la naturaleza, el considerar á este último como á la única fuente de salud, como al único sostén, como á la luz de la verdad, fueron la causa del odio implacable que los pigmeos de la época demostraron al filósofo del fuego y alquimista. No debemos maravillarnos de que fuera acusado de charlatanería y de embriaguez. Respecto á esta última acusación, Hemmann le descarga decidida y valientemente, y demuestra que esta malvada calumnia fué inventada por «Oporinus, que vivió con él algun tiempo con objeto de aprender sus secretos, pero no logró sus propósitos; de aquí las malas lenguas de sus discípulos y de los boticarios». Él fué el fundador de la escuela de Magnetismo Animal y el descubridor de las propiedades ocultas del imán. Sus contemporáneos mancharon su reputación tratándole de hechicero, porque las curaciones que él operaba eran verdaderamente maravillosas. Tres siglos después, el Barón Du Potet era también acusado de brujería y demonolatría por la Iglesia de Roma, y de charlatanismo por los Académicos de Europa. Como dicen los filósofos del fuego, no hay químico que condescienda á considerar el «fuego viviente» de distinto modo que lo hacen sus colegas. «Tú has olvidado lo que tus padres te han enseñado sobre esto—ó más bien tú no lo has sabido nunca... es una cosa *demasiado elevada* para tí!» (1)

Una obra referente á filosofía mágico-espiritual y ciencia oculta sería incompleta si no figurase en ella una noticia particular de la historia del Magnetismo Animal, desde que con él Paracelso asombró á los sabios de la última mitad del siglo diez y seis.

Brevemente expondremos algo con referencia á su aparición en Paris, cuando Antonio Mesmer lo importó de Alemania. Leamos con cuidado y atención los antiguos documentos, ahora medio convertidos en polvo en la Academia de Ciencias de aquella capital, porque allí encontraremos que, después de haber desechado uno después de otro todos cuantos descubrimientos han sido hechos desde Galileo acá, los *Inmortales* llegaron al colmo volviendo la espalda al magnetismo y el mesmerismo. Voluntariamente cerraban las puertas que se les abrían delante de ellos, las puertas que conducen á aquellos sublimes misterios de la naturaleza que permanecen ocultos en las oscuras regiones del mundo, tanto psíquico como físico. El gran disolvente universal, el Alkahest, estaba á su alcance; no hicieron caso de él, y ahora, des-

(1) Robert Fludd: «Tratado III.»

pués de haber casi transcurrido un siglo, leemos la declaración siguiente:

«Es preciso confesar que más allá de los límites de la observación directa, nuestra ciencia (la química) no es infalible, y nuestras teorías y sistemas, aunque *puedan* todos contener un fondo de verdad, sufren cambios frecuentes y verdaderas revoluciones.»(1)

Para afirmar tan dogmáticamente que el mesmerismo y el magnetismo animal no son más que puras alucinaciones, se requiere que esto pueda probarse. Pero ¿en dónde están estas pruebas, lo único que debe tener autoridad en ciencia? Millares de veces se les ha presentado ocasión á los académicos para asegurarse por sí mismos de estas verdades, pero ellos invariablemente no las han querido aprovechar. En vano mesmerizadores y curadores invocan el testimonio del sordo, del cojo, del enfermo, del moribundo, á quienes han curado ó vuelto á la vida por medio de simples manipulaciones y de la apostólica *imposición de manos*. «Coincidencia»: he ahí la contestación habitual cuando el hecho es demasiado evidente para poderlo negar; «visiones, exageración, charlatanería», son las expresiones favoritas de nuestros numerosos Tomases. Newton, el célebre curador americano, ha llevado á cabo más curaciones instantáneas que pacientes tendrán durante toda su vida muchos de los más famosos médicos de Nueva York; Jacobo el Zuavo ha tenido en Francia el mismo éxito. ¿Debemos entonces creer que los testimonios acumulados durante los pasados cuarenta años sobre este asunto han sido todos una ilusión ó una confabulación de ingeniosos charlatanes y lunáticos? El mero hecho de soltar tan estupenda sandez equivale á acusarse á sí mismo de lunático.

A pesar de la reciente sentencia de Leymarie, de las burlas de los escépticos y de una gran mayoría de médicos y sabios, de la impopularidad del asunto, y sobre todo á despecho de la tenaz persecución del clero católico-romano, que combate en el Mesmerismo al enemigo tradicional de la mujer, es tan evidente y tan innegable la verdad de tales fenómenos que hasta la misma Magistratura francesa se ha visto obligada, aunque con repugnancia, á admitirlos. La famosa *clarevidente* madame Roger fué acusada de sacar dinero bajo pretextos falsos, en compañía de su mesmerizador, el Dr. Fortin. En 18 de Mayo de 1876, fué citada ante el Tribunal correccional del Sena. Su testigo era el Barón du Potet, el gran maestro de mesmerismo en Francia, durante los pasados cincuenta años, y su abogado el no menos famoso Julio Favre. Esta vez, la verdad salió triunfante, y la acusación quedó abandonada.

(1) Prof. J. P. Cooke: «Nueva Química.»

¿Se debió á la extraordinaria elocuencia del orador, ó bien á la exposición de hechos incontrovertibles é irrecusables el que la verdad venciese aquel día? Pero Leymarie, el editor de la *Revue Spirite*, tenía también hechos en favor suyo, y además la evidencia de un centenar de testigos respetables, entre los cuales figuraban los primeros nombres de Europa.

Esto no tiene más que una contestación, y es que los magistrados no se atrevieron á discutir los hechos del mesmerismo. Las fotografías espiritistas, golpes, escritura, movimientos, conversaciones, y hasta las materializaciones, pueden ser simulados; difícilmente se encontrará, tanto en Europa como en América, un solo fenómeno físico que no pueda ser reproducido, mediante ciertos aparatos, por hábiles prestidigitadores. Las maravillas del mesmerismo y los fenómenos subjetivos son los que únicamente desafían á los embustes, al escepticismo, á la ciencia austera y á los mediums farsantes; *el estado cataléptico es imposible de fingir*. Los espiritistas que están ansiosos de que sus verdades sean proclamadas y aceptadas á la fuerza por la ciencia, se dedican á los fenómenos mesméricos. Colóquese en el escenario del *Egyptian Hall* á un sonámbulo sumido en profundo sueño magnético; mande el mesmerizador á su espíritu libre que vaya á todos los sitios que el público indique; póngase á prueba su clarevidencia y clariaudiencia; clávense alfileres en las partes de su cuerpo influidas por los pases del mesmerizador; introdúzcanse agujas en la piel por debajo de sus párpados, quémense sus carnes, hiérasele con algún instrumento cortante: «¡no temais!»—exclaman Regazzoni y du Potet, Teste y Pierrard, Puysegur y Dolgorouki—«á un sujeto mesmerizado ó extasiado *jamás se le hace daño!*» Y cuando todo esto se haya efectuado, cójase á cualquier hechicero popular de esos que revientan por hacerse célebres y que son ó pretenden ser hábiles para imitar cada uno de los fenómenos espiritistas, é invítesele á someter su cuerpo á semejantes pruebas. (1)

Según se dice, el discurso de Julio Favre duró una hora y media, teniendo á los jueces y al público suspensos con su elocuencia. Nosotros, que hemos oído á este orador, lo creemos perfectamente; el único

(1) En el *Bulletin de l'Académie de Médecine*, Paris 1837, vol. I, p. 343 y siguientes, se puede ver el informe del Dr. Oudet, quien, para comprobar el estado de insensibilidad de una señora sumida en el sueño magnético, la pincha con alfileres, introduciendo un largo alfiler en la carne, sobre su cabeza, y manteniendo uno de sus dedos por espacio de algunos segundos en la llama de una bujía. Un cáncer fué extraído del pecho derecho de madame Plantain. La operación duró doce minutos, y durante todo este tiempo la paciente habló muy tranquilamente con su mesmerizador, no experimentando la más leve sensación (*Bul. de l'Ac. de Méd.*, Tom. II, p. 370.)

defecto de que adolecía era que la razón comprendida en la última sentencia de su argumento era, por desgracia, prematura y errónea al mismo tiempo. «Nos hallamos en presencia de fenómenos que la *ciencia admite*, sin intentar explicarlos. *El público puede reírse de ellos*, pero nuestros más ilustres médicos se preocupan mucho de los mismos. La Justicia no puede por más tiempo ignorar lo que *la ciencia ha reconocido!*»

Si esta declaración precipitada hubiese estado fundada sobre hechos, y el mesmerismo hubiese sido investigado por muchos, en lugar de unos pocos hombres de ciencia, más deseosos de interrogar á la naturaleza que olvidar sus ventajas, el público *jamás* se hubiera reído de él. El público es un niño dócil y bueno, pronto á dejarse conducir adonde su niñera quiere. Escoge sus ídolos y fetiches, y los adora á proporción del ruido que meten; y entonces da una vuelta en redondo y dirige una tímida mirada de adulación, para ver si la niñera, la vieja señora Opinión Pública, está satisfecha.

De Lactancio, el antiguo Padre cristiano, se dice haber observado que ningun escéptico de su tiempo se atrevía á sostener ante un mágico que el alma no sobrevivía al cuerpo, sino que moría junto con éste; «porque aquél le hubiera probado lo contrario en el acto, evocando las almas de los muertos, haciéndolas visibles á los ojos humanos, y obligándolas á predecir acontecimientos futuros.» (1) Esto sucedió con los magistrados y el tribunal en el caso de madame Roger: el Barón du Potet se encontraba allí, y ellos se *amedrentaron* al verle mesmerizar á la sonámbula, obligándoles no sólo á creer en el fenómeno, sino, lo que es peor todavía, á presenciarlo.

Y ahora volvamos á la doctrina de Paracelso. Su estilo incomprendible aunque lleno de vida, debe ser leído, como los libros en figura de rollos de Ezequiel, «*por dentro y por fuera.*» El peligro de propalar teorías heterodoxas era grande en aquellos días; la Iglesia era poderosa, y los hechiceros eran quemados á docenas. Por esta razón encontramos que Paracelso, Agrippa y Eugenio Filaletes, eran tan notables por sus piadosas declaraciones, como famosos por sus descubrimientos y facultades de alquimia y magia. La totalidad de las opiniones de Paracelso acerca de las propiedades ocultas del imán se halla parcialmente expuesta en su famoso libro *Archidaxarum*, en el cual describe la tintura maravillosa, remedio extraído del imán, y llamado *Magisterium Magnetis*, y en parte en el *De Ente Dei* y *De Ente Astrorum*, Lib. I. Pero las explicaciones están dadas en un lenguaje

(1) Profecías antiguas y modernas, por A. Wilder: «Diario Frenológico.»

ininteligible para el profano. «Cualquier patán ve—dice—que el imán atrae al hierro, pero el sabio debe preguntarse el porqué... Yo he descubierto que el imán, además de este poder visible de atraer al hierro, posee otro poder *oculto*.»

Demuestra más adelante que en el hombre existe una «fuerza sideral», que es una emanación de los astros y cuerpos celestes, de los que la forma espiritual del hombre—el espíritu astral—está compuesta. Esta identidad de esencia, á la cual podemos denominar el espíritu de la materia cometaria, siempre permanece en relación directa con las estrellas de las cuales procede, y así existe una atracción mútua entre los dos, siendo ambos imanes. La idéntica composición de la tierra y todos los demás cuerpos planetarios, con el cuerpo terrestre del hombre, es una idea fundamental de su filosofía. «El cuerpo procede de los elementos, el espíritu (astral) de los astros... De los elementos saca el hombre sus alimentos y bebidas para el sostenimiento de su carne y de su sangre; la inteligencia y pensamientos de su espíritu proceden de las estrellas.» *El espectroscopio habla en favor de esta teoría en cuanto á la composición idéntica del hombre y de los astros; los físicos hablan en sus cátedras acerca de la atracción magnética del sol y de los planetas.* (1)

De las substancias conocidas de que se compone el cuerpo del hombre, han sido descubiertas ya en los astros el hidrógeno, sodio, calcio, magnesio y hierro. En todas las estrellas observadas, que se cuentan por centenares, se ha encontrado el hidrógeno, excepto en dos. Ahora, si recordamos como se ha despreciado á Paracelso y á su teoría de que el hombre y las estrellas se componían de elementos idénticos; como ha sido ridiculizado por los astrónomos y físicos, á causa de sus ideas de afinidad química y de atracción entre los dos; y si tenemos en cuenta que el espectroscopio ha vindicado por lo menos una de sus afirmaciones, ¿será absurdo profetizar que con el tiempo el resto de sus aserciones y teorías se demostrará que son ciertas?

Y ahora se ocurre naturalmente una pregunta. ¿Cómo podía Paracelso saber nada respecto de la constitución de las estrellas, cuando hasta un período muy reciente—de hecho hasta el descubrimiento del espectroscopio,—los componentes de los cuerpos celestes fueron com-

(1) La teoría de que el sol es un globo incandescente está (como un periódico decía hace poco tiempo) «ya pasada de moda». Se ha calculado que si el sol, cuya masa y diámetro conocemos, «fuese un bloque sólido de carbón y se le pudiese proporcionar la cantidad de oxígeno necesaria para que ardiese con la intensidad necesaria para producir los efectos que estamos presenciando, se consumiría por completo en menos de 5000 años». ¡Y aún no hace muchas semanas que se sostenía, y es más, aún se sostiene en la actualidad, que el sol es un depósito de metales en estado gaseoso!

pletamente desconocidos de nuestras sabias Academias? Y aun ahora mismo, á pesar del tele-espectroscopio y de otros descubrimientos modernos muy importantes, exceptuando unos pocos elementos y una hipotética cromoesfera, todo lo perteneciente á los astros es un misterio para los académicos. ¿Podía Paracelso estar tan seguro respecto á la naturaleza del mundo de las estrellas, si no hubiese tenido á su disposición medios que la ciencia ignora por completo? A pesar de no saber nada de esto, la ciencia no puede sufrir siquiera oír pronunciar los verdaderos nombres de estos medios, que son: la filosofía hermética y la alquimia.

Debemos tener presente, además, que *Paracelso fué el descubridor del hidrógeno, y que conocía perfectamente todas sus propiedades y composición*, mucho tiempo antes que ninguno de los ortodoxos académicos hubiese pensado en él; que había estudiado Astrología y Astronomía, como hacían todos los filósofos del fuego; y que, desde el momento en que aseguraba que el hombre está en afinidad directa con los astros, él sabía muy bien lo que se decía.

El punto siguiente que los fisiólogos deben comprobar es su proposición de que el cuerpo no se alimenta sólo por medio del estómago «sino que también, y de un modo imperceptible, por medio de la fuerza magnética que en toda la naturaleza existe, y de la cual cada individuo extrae para sí mismo su nutrición específica». El hombre—dice más lejos—atrae no sólo la salud de los elementos, cuando éstos están en equilibrio, sino también la enfermedad, cuando están perturbados. Los cuerpos vivos están sujetos á las leyes de atracción y de afinidad química, como la ciencia admite; la propiedad física más notable de los tejidos orgánicos, según los fisiólogos, es la propiedad de *imbibición*. ¿Qué más natural, pues, que esta teoría de Paracelso, de que nuestro cuerpo absorbente, atractivo y químico reciba dentro de sí mismo las influencias astrales ó siderales?

«El sol y las estrellas nos atraen, y nosotros recíprocamente les atraemos.» ¿Qué objeción puede la ciencia presentar á esto?

Lo que nosotros podríamos decir lo demuestra el descubrimiento del Barón de Reichenbach, ó sea que las emanaciones ódicas del hombre son idénticas á las llamas que se desprenden de los imanes, cristales, y en realidad de todos los organismos vegetales.

Paracelso afirmaba la unidad del universo, y decía que «el cuerpo humano está en posesión de la esencia primitiva (ó materia cósmica); el espectroscopio ha probado su aserción demostrando que los mismos elementos químicos que en la tierra y en el sol existen se encuentran también en todos los astros. Más hace todavía el espectroscopio:

nos dice que todas las estrellas son soles de una constitución parecida al nuestro; (1) y como nos enseña el profesor Mayer, (2) la condición magnética de la tierra cambia á cada variación que sufre la superficie solar, y se dice que está «sujeta á las emanaciones que del sol proceden», y siendo las estrellas soles, deben también desprender emanaciones que influyen sobre nosotros de una manera proporcionada.

«Durante nuestros sueños—dice Paracelso—nos parecemos á las plantas, que tienen también cuerpo elementario y vital, pero no poseen espíritu. Cuando dormimos, el cuerpo astral está libre y puede, gracias á la elasticidad de su naturaleza, vagar alrededor y cerca de su dormido vehículo, ó lanzarse al espacio y conversar con sus parientes astrales, y hasta comunicar con sus hermanos á grandes distancias. Los sueños de carácter profético, la presciencia y el conocimiento de las necesidades presentes, son las facultades del espíritu astral. Estos dones no han sido concedidos á nuestro cuerpo grosero y elemental, porque á su muerte desciende al seno de la tierra, y se reúne con los elementos físicos, mientras los distintos espíritus vuelven á los astros. Los animales—añade—tienen también sus presentimientos, porque poseen igualmente un cuerpo astral.»

Van-Helmont, que fué discípulo de Paracelso, dice en gran parte lo mismo, aunque sus teorías sobre magnetismo están más extensamente desarrolladas y hasta presentadas de una manera más correcta. El *Magnale Magnum*, ó los medios por los cuales la secreta propiedad magnética «pone á dos personas en estado de afectarse mutuamente», es atribuído por él á aquella simpatía universal que existe entre todas las cosas de la naturaleza. La causa produce el efecto, el efecto repercute sobre la causa, y ambos se influyen recíprocamente. «El Magnetismo—dice—es una propiedad desconocida de naturaleza celeste, sumamente parecida á los astros, y no conociendo obstáculos ni límites, ni en el espacio ni en el tiempo... Cada criatura posee su poder celestial propio, y está íntimamente unida con los cielos. Este poder mágico del hombre, que puede obrar al exterior, permanece oculto en el hombre interior. Esta sabiduría, esta fuerza mágica están dormidas, pero en virtud de una simple sugestión entran en actividad y van siendo tanto más vivas cuanto más se reprimen el hombre exterior de carne y sus pasiones... y esto, yo lo digo, el arte kabalís-

(1) Véase Youmans: «La Química sobre la base del Nuevo Sistema-Análisis Espectral.»

(2) Profesor de física en el Instituto Stevens de Tecnología. Véase su obra: «La Tierra un gran imán,» discurso pronunciado ante el Club Científico de Yale, en 1872. Véase también el discurso sobre «El Sol y la Tierra,» del profesor Balfour Stewart.

tico lo alcanza, devuelve al alma esta fuerza mágica y natural, despertando á aquélla del agitado sueño en que se hallaba sumida.» (1)

Van-Helmont y Paracelso están de acuerdo sobre el gran poder de la voluntad en el estado de éxtasis; dicen ellos que «el espíritu está difundido en todas partes; y el espíritu es el medio del magnetismo;» esta magia pura y original no debe consistir en prácticas supersticiosas y vanas ceremonias, sino en la imperiosa voluntad del hombre. No son los espíritus de los cielos ni los del infierno los que dominan sobre la naturaleza física, sino «el alma y el espíritu del hombre que en él se ocultan como el fuego en el pedernal.»

La teoría de la influencia sideral sobre el hombre la vemos enunciada por todos los filósofos de la edad media. «Las estrellas están compuestas de los mismos elementos que los cuerpos terrestres—dice Cornelio Agrippa,—y por esto las ideas se atraen unas á otras... Las influencias únicamente se manifiestan con la intervención del espíritu, pero este espíritu está difundido por todo el universo, y está en completa armonía con los espíritus humanos. El mago que quiera adquirir poderes sobrenaturales debe poseer *fe, amor y esperanza*... En todas las cosas existe un poder oculto y secreto, y en esto estriban los milagrosos poderes de la magia.»

La teoría moderna del general Pleasanton (2) coincide singularmente con las opiniones de los filósofos del fuego. Su teoría de las electricidades positiva y negativa del hombre y de la mujer, y la atracción y repulsión mutua de todas las cosas de la naturaleza, parece copiada de Roberto Fludd, el Gran Maestro de los Rosacruces de Inglaterra. «Cuando dos hombres se aproximan uno á otro—dice el filósofo del fuego—su magnetismo es pasivo ó activo, ó lo que es lo mismo, positivo ó negativo. Si las emanaciones que se envían uno á otro chocan ó se repelen, nace la antipatía. Pero cuando ambas emanaciones se penetran una á otra, transmitiéndose sin chocar, entonces es magnetismo positivo, porque los rayos proceden del centro á la circunferencia. En este caso, no sólo ejercen influencia sobre las enfermedades, sino también sobre los sentimientos morales. Este magnetismo ó simpatía no existe solamente en los animales entre sí, sino que además puede observarse entre los animales y las plantas.»(3)

Y ahora vamos á indicar la manera como los médicos recibieron este gran descubrimiento psicológico y fisiológico, cuando Mesmer llevó á Francia su *cubeta* y su sistema basado enteramente en la filo-

(1) *De Magnetica Vulner Curatione*, p. 722, l. c.

(2) Véase: «Sobre la influencia del rayo azul».

(3) Ennemoser: «Historia de la Magia».

sofía y doctrinas de los Paracelsistas. Esto demostrará cuánta ignorancia, ligereza y preocupación puede demostrar un cuerpo científico, cuando el asunto choca con sus teorías propias y favoritas. Esto es de la mayor importancia, por cuanto al desprecio del comité de la Academia Francesa de 1784 se deben probablemente las actuales tendencias materialistas de la inteligencia del público; y ciertamente, los lunares que hemos visto en la filosofía atómica existen, según confiesan sus más adictos sostenedores. El comité de 1784 estaba constituido por hombres tan eminentes como Borie, Sallin, d'Arcet y el famoso Guillotin, á quienes se agregaron más tarde Franklin, Leroi, Bailly, De Borg y Lavoisier. Borie murió poco tiempo después, y Magault ocupó su lugar. Dos cosas hay sobre las cuales no cabe la menor duda, á saber: que el comité empezó sus trabajos dominado por fuertes preocupaciones, y únicamente en virtud de las órdenes perentorias del Rey, y que su manera de observar los hechos delicados del mesmerismo era injusta y mezquina. Su informe, redactado por Bailly, fué considerado como el golpe de gracia contra la nueva ciencia, y se hizo circular ostentosamente por todas las escuelas y clases de la sociedad, excitando la animosidad de una gran parte de la nobleza y de muchos ricos comerciantes que habían patrocinado á Mesmer, y sido testigos de sus curaciones. Ant. L. de Jussieu, académico distinguidísimo que había investigado concienzudamente el asunto en compañía de d'Eslon, eminente médico de la corte, publicó una contra-relación circunstanciada con la exactitud más minuciosa y en la que pedía por parte de la facultad de Medicina una observación cuidadosa de los efectos terapéuticos del fluido magnético, é insistía en la necesidad de publicar inmediatamente sus descubrimientos y observaciones. Su petición fué recibida con la aparición de un gran número de memorias y folletos, libros de polémica y obras didácticas desarrollando nuevos hechos; y la obra de Thouret, titulada *Recherches et doutes sur le Magnétisme Animal*, al propio tiempo que revelaba la vasta erudición de su autor, vino á estimular la investigación en los anales de la Historia, presentando á los ojos del público una larga serie de fenómenos magnéticos ocurridos en distintos países, desde la antigüedad más remota hasta aquellos días.

La doctrina de Mesmer era una simple resurrección de las de Paracelso, Van-Helmont, Santanelli y del escocés Maxwell; y no faltó quien acusase al célebre médico de haber copiado pasajes enteros de la obra de Bertrand, y de haberlos enunciado como sus propios principios. (1)

(1) «*Du Magnétisme Animal en France*», Paris, 1826.

En la obra del profesor Stewart, (2) el autor considera á nuestro universo como una máquina compuesta de átomos con una especie de medio entre los mismos, y conceptúa á las leyes de la energía como las leyes que á esta máquina gobiernan. El profesor Youmans llama á esto «una doctrina moderna», pero encontramos entre las veinte y siete proporciones expuestas por Mesmer en 1775, justamente un siglo antes, en su *Carta á un médico extranjero*, las siguientes:

1.º *Existe una influencia mutua entre los cuerpos celestes, la tierra y los cuerpos vivientes.*

2.º *El medio de esta influencia es un fluido universalmente difundido y sin solución de continuidad, de un modo tal que no permite ningún vacío; cuya sutilidad está fuera de toda comparación, y el cual, gracias á su naturaleza, es capaz de recibir, propagar y comunicar todas las impresiones del movimiento.*

Después de esto resulta que la teoría no es tan moderna como quieren suponer. El profesor Balfour Stewart dice: «Podemos considerar al universo á manera de una vasta máquina física», y Mesmer:

3.º *Esta acción recíproca está sometida á leyes mecánicas desconocidas hasta la época presente.*

El profesor Mayer, confirmando la doctrina de Gilbert, de que la tierra es un gran imán, observa que las misteriosas variaciones en la intensidad de su fuerza parecen estar en relación con las emanaciones del sol, «cambiando con las aparentes revoluciones diarias y anuales de aquel astro, y vibrando en simpatía con las inmensas oleadas de fuego que erizan su superficie.» Habla de «la constante fluctuación, del flujo y reflujo de la influencia directiva de la tierra;» y Mesmer dice:

4.º *De esta acción resultan efectos alternados, que pueden considerarse como un flujo y reflujo.*

6.º *Es por esta operación (la más universal de todas cuantas la naturaleza nos presenta) que las relaciones de actividad se establecen entre los cuerpos celestes, la tierra y sus partes constituyentes.*

Siguen otras dos proposiciones, cuya lectura interesará seguramente á nuestros modernos hombres de ciencia.

7.º *Las propiedades de lo materia, y las del cuerpo organizado, dependen de esta operación.*

8.º *El cuerpo animal experimenta los efectos alternados de este agente; é insinuándose éste en la substancia de los nervios, es como los afecta inmediatamente.*

Entre otras obras importantes que aparecieron entre 1798 y 1824,

(1) «La conservación de la energía», Nueva York, 1875.

cuando la Academia Francesa nombró su segunda comisión para el estudio del Mesmerismo, una de las que pueden consultarse con más provecho es los *Anales del Magnetismo animal* por el Barón d'Henin de Cuvillier, Teniente General, Caballero de S. Luis, miembro de la Academia de Ciencias y miembro correspondiente de muchas de las sociedades científicas de Europa.

En 1820, el Gobierno Prusiano autorizó á la Academia de Berlín para ofrecer un premio de trescientos ducados de oro á la mejor tesis acerca del mesmerismo. La Real Sociedad Científica de Paris, bajo la presidencia de Su Alteza Real el Duque de Angulema, ofreció una medalla de oro con el mismo objeto. El Marqués de la Place, par de Francia, uno de los *Cuarenta* de la Academia de Ciencias, y miembro honorario de la mayor parte de las sociedades científicas de las principales naciones europeas, publicó una obra titulada *Essai Philosophique sur les Probabilités*, en la cual este sabio eminente dice: «De todos los instrumentos que podemos emplear para conocer los agentes imperceptibles de la naturaleza, los más sensibles son los nervios, especialmente cuando su sensibilidad se halla aumentada por influencias excepcionales... Los singulares fenómenos que resultan de esta extraordinaria sensibilidad nerviosa de ciertos individuos han dado origen á diversas opiniones respecto de la existencia de un nuevo agente, que ha sido denominado magnetismo animal... Estamos tan lejos de conocer todos los agentes de la naturaleza y sus distintos modos de acción que sería casi ilógico negar sus fenómenos por el mero hecho de ser inexplicables en el estado actual de nuestros conocimientos. Nuestro deber es simplemente examinarlos con una atención tanto más escrupulosa cuanto mayores sean las dificultades que encontramos para admitirlos.»

Los experimentos de Mesmer fueron reproducidos en grande escala por el Marqués de Puysegur, quien, sin necesidad de aparato alguno, operaba curaciones admirables entre los aldeanos de su estado de Busancy. Habiéndose éstas hecho públicas, muchos otros hombres ilustrados repitieron los experimentos con un éxito parecido, y en 1825, Mr. Foissac propuso á la Academia de Medicina el proceder á una nueva investigación sobre el particular. Una comisión especial, compuesta de Adelon, Parisey, Marc, Burdin, con Husson en calidad de informante, se adhirió á la recomendación de que se aprobase dicha idea. Confesaron ellos resueltamente que «en ciencia ninguna decisión es absoluta ni irrevocable», y nos facilitaron los medios para estimar el valor que puede concederse á las conclusiones de la comisión de Franklin, en 1784, diciendo que «los experimentos en los cua-

les se apoyaba aquel juicio parecen haber sido llevados á cabo sin la reunión necesaria y simultánea de todos los comisionados, y *con cierta predisposición de ánimo*, la cual, según los principios de los hechos que tenían encargo de examinar, *deba motivar su completo fracaso.*»

Lo que ellos dicen acerca del magnetismo como remedio secreto, ha sido muchas veces repetido por los escritores más respetables acerca del moderno Espiritismo, á saber: «La Academia tiene el deber de estudiarlo y someterlo á la experiencia; y finalmente debe prohibir su empleo y práctica á las personas por completo extrañas al arte, las cuales abusan del mismo, y lo convierten en objeto de lucro y de especulación.»

Este informe suscitó largos debates, pero, en Mayo de 1826, la Academia nombró una nueva comisión, compuesta de hombres tan ilustres como: Leroux, Bourdois de la Motte, Double, Magendie, Guersant, Husson, Thillaye, Marc, Itard, Fouquier y Guénau de Mussy, quienes dieron inmediatamente principio á sus trabajos, y los continuaron durante cinco años, comunicando á la Academia, por intermedio de Husson, el resultado de sus observaciones. El informe abarca la relación de los fenómenos, clasificados en treinta y cuatro párrafos distintos, pero como esta obra no está dedicada especialmente á la ciencia del Magnetismo, nos contentaremos con hacer de ellos unos pocos y breves extractos. Aseguran los comisionados que ni el contacto de las manos, ni las fricciones, ni los pases son absolutamente necesarios, pues en varias ocasiones la voluntad y la fijeza de la mirada han bastado para producir los fenómenos magnéticos, hasta sin saberlo la persona magnetizada. «Ciertos fenómenos terapéuticos, bien comprobados,» dependen sólo del magnetismo, y no han sido reproducidos sin el concurso del mismo. El estado de sonambulismo existe realmente, y «ocasiona el desenvolvimiento de nuevas facultades, que han recibido los nombres de *clarevidencia*, intuición y previsión interna». El sueño (magnético) ha «sido producido en circunstancias en las cuales los magnetizados no podían ver nada, é ignoraban completamente los medios empleados para determinarlo. El magnetizador, tan pronto como ha dominado á su sujeto, «puede hacerle caer en estado de sonambulismo completo, y sacarle de él sin que lo sepa, sin que le vea, á cierta distancia y al través de puertas cerradas.» Parece que los sentidos externos del durmiente están paralizados por completo, y que un doble ó segundo sér se presenta para entrar en acción. «La mayor parte del tiempo, los sujetos dormidos permanecen completamente estraños á los ruidos exteriores é inesperados hechos

junto á sus oídos, tales como el sonido de vasijas de cobre, fuertes golpes, la caída de objetos pesados y otros por el estilo... Se les puede hacer respirar ácido clorhídrico ó amoníaco, sin inconveniente alguno y hasta sin que ellos lo adviertan.»

La comisión pudo «hacerles cosquillas en los piés, en las ventanas de la nariz y en los ángulos de los ojos por medio de una pluma, pellizcar su piel hasta producir equimosis, introducirles astillas por debajo de las uñas hasta una profundidad considerable, sin que diesen la menor muestra de dolor, y sin que revelasen por medio de un signo cualquiera tener conciencia de lo que se les estaba haciendo. En una palabra, hemos visto una persona que era insensible á una de las más dolorosas operaciones quirúrgicas, y cuyo aspecto, pulso y respiración no manifestaban la emoción más leve.»

Todo esto en lo que á los sentidos externos se refiere. Veamos ahora qué es lo que dicen respecto de los internos, lo cual podrá considerarse precisamente como una demostración de la diferencia que existe entre el hombre y un protoplasma de carnero. «Mientras se hallan en estado de sonambulismo—dice la comisión,—hemos observado que las personas magnetizadas conservan el ejercicio de las facultades que tenían cuando despiertas. Su memoria parece igualmente ser más fiel y más extensa... Hemos visto á dos sonámbulos distinguir, con los ojos cerrados, los objetos colocados delante de ellos; y decir, sin tocarlos, el color y el valor de los naipes; también les hemos visto leer palabras trazadas con la mano, ó algunas líneas de libros abiertos al azar. Estos fenómenos tenían lugar hasta cuando los párpados estaban perfectamente cerrados por medio de los dedos. Hemos encontrado en dos sonámbulos el poder de profetizar actos más ó menos complicados del organismo. Uno de ellos anunciaba, con varios días, más aun, con varios meses de anticipación, el día, hora y minuto en que sufriría los ataques epilépticos y en que cesarían; el otro anunció la época de su curación. Sus previsiones se realizaron con notable exactitud.»

La comisión dice «que ha recogido y comunicado hechos bastante importantes para poder esperar que la Academia estimule las investigaciones acerca del magnetismo, como una rama muy curiosa de la psicología y de la historia natural.»

La comisión concluye diciendo que los hechos *son tan extraordinarios* que cree muy difícil el que la Academia quiera admitir su realidad, pero declara haber sido guiada exclusivamente por motivos de elevado carácter, cuales son: «el amor á la ciencia, y la necesidad de justificar las esperanzas que la Academia había fundado en nuestro celo y abnegación.»

Sus temores se vieron plenamente justificados por la conducta de uno, al menos, de los miembros de la comisión que se había retraído de asistir á las sesiones experimentales, y que, como M. Husson nos dice, «no le pareció justo firmar el informe.» Este era Magendie, el fisiólogo, quien, á pesar del hecho, que constaba en el informe oficial, de que él no había «asistido á los experimentos», no vaciló en dedicar cuatro páginas de su famoso tratado de *Fisiología Humana* al mesmerismo, y después de hacer un resumen de sus fenómenos, sin autorizarlos tan abiertamente como parecían haberlo exigido la erudición y las dotes científicas de sus compañeros de comisión, dice: «El respeto á sí mismo y la dignidad de la profesión reclaman mucha circunspección sobre este punto. Él (el médico ilustrado) debe recordar cuán poco se necesita para que el misterio se convierta en charlatanismo y cuán fácilmente la profesión se degrada, siquiera en apariencia, cuando la ejercitan prácticos respetables.» Ni una sola palabra del texto da lugar á que sus lectores sospechen que Magendie fué debidamente nombrado por la Academia para formar parte de la comisión de 1826, y que se había excusado de asistir á sus sesiones; faltando de este modo á su deber, por cuanto no había buscado la verdad en lo que á los fenómenos mesméricos se refiere, y emitía, á pesar de todo, un juicio *ex parte*. «El respeto de sí mismo y la dignidad de la profesión» probablemente exigían que se hubiese callado.

Treinta y ocho años después, un sabio inglés, verdadera especialidad en las investigaciones sobre Medicina, y cuya reputación es tan grande ó más que la de Magendie, no tuvo alientos para ahondar la cuestión de una conducta tan llena de doblez. Cuando se le ofreció la oportunidad de investigar los fenómenos espiritistas y de contribuir á arrebatarlos de las manos de investigadores ignorantes ó poco escrupulosos, el profesor John Tyndall evitó el asunto; pero, en sus *Fragmentos de Ciencia*, se hace culpable de las expresiones poco corteses que ya en otra parte hemos citado.

Pero estamos en un error: él intentó algo, y esto es ya bastante. Nos dice en los *Fragmentos* que en cierta ocasión se metió debajo de una mesa para ver cómo se verificaban los golpes, y salió de allí con un sentimiento de compasión hacia la humanidad, como nunca lo había antes sentido! Israel Putnam, arrastrándose sobre sus manos y rodillas para matar á la loba en su guarida, nos da en parte un ejemplo para apreciar el valor del químico, buscando á tientas en la oscuridad la verdad disforme, pero Putnam mató á la loba, y Tyndall fué por la suya devorado! «*Sub mensa desperatio*» debiera ser el lema de su escudo.

Hablando del informe de la comisión de 1824, el Dr. Alfonso Teste, distinguido sabio contemporáneo, dice que produjo una gran impre-

sión en la Academia, pero pocas convicciones. «Nadie podía dudar de la veracidad de los comisionados, cuya buena fé y grandes conocimientos eran innegables, pero se sospechaba que podían haber sido engañados. Realmente *existen ciertas verdades desgraciadas que comprometen á aquellos que en ellas creen y especialmente á todos aquellos que son tan cándidos para confesarlas en público.*» Para convencernos de la verdad de estas palabras, no tenemos más que recurrir á los recuerdos históricos desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Cuando el profesor Roberto Hare anunció los resultados preliminares de sus investigaciones espiritistas, á pesar de ser uno de los más eminentes químicos y físicos del mundo, fué, sin embargo, considerado como víctima de un engaño. Cuando él probó que no existía semejante engaño, fué calificado de chocho y visionario, denunciando los profesores de Harvard «su loca adhesión á tan gigantesca patraña» (el Espiritismo).

Quando el profesor Hare empezó sus investigaciones en 1853, declaró que se sentía obligado á ello porque creía que era un deber suyo hacia sus semejantes el tratar de oponerse con todas sus fuerzas á la marea de locura popular que, á despecho de la razón y de la ciencia, crecía rápidamente en favor de la *grosera ilusión* llamada Espiritismo. Aunque, según su declaración, «coincidía enteramente con la teoría de la mesa giratoria de Faraday,» tuvo la verdadera grandeza de los príncipes de la ciencia para investigar la cuestión por completo, y después decir la verdad.

Cuál fué el premio que le otorgaron sus compañeros de toda la vida, sus mismas palabras nos lo dirán. En un trabajo publicado en Nueva York, en Setiembre de 1854, dice que «durante más de medio siglo se ha dedicado á las investigaciones científicas, y que su exactitud y precisión nunca han sido puestas en duda hasta que se ha convertido en un espiritista; mientras que su integridad como hombre nunca en su vida fué atacada hasta que los profesores de Harvard fulminaron su declaración en contra de lo que *él sabía* que era verdadero, y ellos *no sabían* que fuese falso.»

¡Cuánta amargura encierran estas pocas palabras! ¡Un anciano de setenta y seis años, un sabio de medio siglo, abandonado por decir la verdad! Y aun ahora mismo se habla de Mr. A. R. Wallace, que ha sido considerado como uno de los sabios ingleses más ilustres, con una especie de compasión por haber proclamado su creencia en el espiritismo y en el mesmerismo. El profesor Nicolás Wagner, de San Petersburgo, cuya reputación como zoólogo es una de las más elevadas, sufre á su vez las consecuencias de su excepcional buena fé, y es tratado de un modo vergonzoso por los sabios rusos!

Hay sabios y *sabios*, y si las ciencias ocultas, á semejanza del moderno Espiritismo, son víctimas de la malicia de una clase, tienen ellas, sin embargo, sus defensores en todas las épocas, entre hombres que han dado lustre á la ciencia misma. En primera línea tenemos á Isaac Newton, «la luz de la ciencia», el cual creía completamente en el magnetismo, tal como lo enseñaban Paracelso y Van-Helmont y todos los filósofos del fuego en general. Nadie podrá negar que su doctrina del espacio universal y de la atracción sea una verdadera teoría sobre el magnetismo. Si algún valor tienen sus propias palabras, éstas nos indican que él fundaba todas sus especulaciones en el «alma del mundo», el gran agente universal y magnético, al cual llamaba el *divinum sensorium*. (1)

«Se trata—dice—de un espíritu sutilísimo que penetra todas las cosas, hasta los cuerpos más duros, y que se halla oculto en su substancia. En virtud de la fuerza y actividad de este espíritu, los cuerpos se atraen unos á otros, y se adhieren al ponerse en contacto. Por su mediación, los cuerpos eléctricos obran lo mismo á grandes como á pequeñas distancias, atrayéndose y repeliéndose. Por él la luz se difunde, se refleja, se refracta y calienta á los cuerpos. Todos los sentidos son excitados por este espíritu, y por él los animales mueven sus miembros. Pero todas estas cosas no pueden explicarse en pocas palabras, porque no tenemos aún la experiencia necesaria para determinar completamente las leyes mediante las cuales este espíritu universal opera.»

Existen dos clases de magnetización; la primera es puramente *animal*, la otra trascendente, dependiendo de la voluntad y conocimientos del magnetizador, así como del grado de espiritualidad del sujeto, y de su capacidad para recibir las impresiones de la luz astral. Pero está ya cercano el día en que se reconocerá que la clarevidencia depende mucho más de la primera condición que de la segunda. El sujeto más *positivo* tendrá que subyugarse al poder de un adepto como Du Potet.

Si la vista del sujeto es hábilmente dirigida por el mesmerizador, mágico ó espíritu, la luz astral transferirá sus más secretas noticias á nuestro escrutinio, porque si bien es un libro que está siempre cerrado para todos aquellos «que ven pero que no perciben,» por otra parte está siempre abierto para aquel que *quiera* verlo abierto. Contiene un registro completo é intacto de todo cuanto ha sido, es y será. Los actos más insignificantes de nuestra vida están impresos en él, y así también quedan fotografiados nuestros pensamientos en sus hojas eternas.

(1) «*Principios fundamentales de filosofía natural.*»

Es el libro que vemos abierto por el ángel en la *Revelación*, «el cual es el Libro de la vida, y según el cual los muertos son juzgados de acuerdo con sus obras». Es, en resumen, la MEMORIA DE DIOS.

«Los oráculos aseguran que la impresión de los pensamientos, caracteres, hombres y otras visiones divinas aparecen en el Eter... En éste las cosas sin figura están figuradas,» dice un antiguo fragmento de los *Oráculos Caldeos* de Zoroastro. (1)

Así vemos que tanto la antigua como la moderna sabiduría, la vaticinación y la ciencia, confirman unánimemente las pretensiones de los kabalistas. En las páginas indestructibles de la luz astral es en donde se estampan las impresiones de cada pensamiento que tenemos y de cada acto que ejecutamos; y en donde los acontecimientos futuros, los efectos de causas desde largo tiempo olvidadas, están allí delineados todavía como pinturas vívidas para los ojos del vidente ó del profeta. La memoria —desesperación del materialista, enigma del psicólogo, esfinge de la ciencia— es, para el estudiante de las antiguas filosofías, simplemente un nombre para esperar aquel poder que el hombre ejerce inconscientemente y que comparte con muchos de los animales inferiores, y con el cual la visión interior mira á la luz astral, y ve ante sí las imágenes de los pasados incidentes y sensaciones. En lugar de buscar en los ganglios cerebrales unos «micrografos de lo que vive y de lo que ha muerto, de escenas que hemos presenciado y de incidentes en los que hemos intervenido,» (2) ellos van al vasto receptáculo en donde los recuerdos de cada vida humana, lo mismo que de cada pulsación del Cosmos visible, se hallan almacenados por toda la Eternidad!

Este relámpago de memoria que, según supone la tradición, muestra á las personas que se están ahogando cada una de las escenas desde largo tiempo olvidadas de su vida mortal (como el país se revela al viajero por medio de los intermitentes resplandores del rayo), es simplemente el brillo súbito que el alma, en su lucha por librarse del peligro, arroja á las galerías silenciosas en las que su historia está pintada con indelebles colores.

El hecho bien conocido—comprobado por la experiencia personal de cada diez personas, las nueve—de que nosotros reconocemos con frecuencia serenos familiares ciertas escenas, paisajes y conversaciones que por primera vez vemos ú oímos, y algunas veces en países en los cuales no habíamos estado antes, todo esto es un resultado de las mismas causas. Los creyentes en la reencarnación citan esto como una prueba adicional de nuestras anteriores existencias en otros cuerpos.

(1) *Simpl. in Phys.*, 143; *Los Oráculos Caldeos*, Cory.

(2) Draper: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*.

Este reconocimiento de hombres, países y cosas que nunca hemos visto lo atribuyen ellos á fugaces destellos de la memoria del alma, referentes á experiencias anteriores. Pero los hombres de la antigüedad, juntamente con los filósofos de la edad media, sostenían una opinión contraria.

Afirmaban que aunque este fenómeno psicológico es uno de los más poderosos argumentos en favor de la inmortalidad y de la preexistencia del alma, sin embargo, estando esta última dotada de una memoria individual aparte de la de nuestro cerebro físico, no es aquel argumento ninguna prueba en favor de la reencarnación. Eliphaz Levi expresa esto admirablemente diciendo: «la naturaleza cierra la puerta después del paso de cada cosa, y empuja la vida hacia delante,» en formas cada vez más perfectas. La crisálida se convierte en mariposa; y ésta no podrá jamás convertirse en un escarabajo. Durante el silencio de la noche, cuando nuestros sentidos corporales están estrechamente sujetos por los lazos del sueño, y reposa nuestro cuerpo elementario, la forma astral queda libre, deslizándose entonces fuera de su prisión terrena, y como sostiene Paracelso, «platica con el mundo exterior», y viaja al través de los mundos así visibles como invisibles.

«Durante el sueño—dice—el cuerpo astral (alma) tiene libertad de movimiento, se lanza hacia sus progenitores y tiene comunicación con las estrellas». Los sueños, presagios, presciencia, pronósticos y presentimientos son impresiones que nuestro espíritu astral ha dejado en nuestro cerebro, el cual las recibe más ó menos distintamente, según la cantidad de sangre que contiene durante las horas del sueño. Cuanto más exhausto está el cuerpo, más libre es el hombre espiritual y más vívidas son las impresiones de la memoria de nuestra alma. En el sueño profundo, sin ensueños é ininterrumpido, próximo á despertar hacia el mundo exterior, podrá el hombre algunas veces no recordar nada, pero las impresiones de escenas y de paisajes que el cuerpo astral ha visto durante sus peregrinaciones se conservan, si bien permanecen latentes bajo el peso de la materia. En un momento dado pueden despertarse, y entonces, durante estos relámpagos de la memoria del hombre interior, tiene lugar un cambio instantáneo de energías entre el universo visible y el invisible. Una corriente se establece entre los «micrografos» de los ganglios cerebrales y las galerías foto-escenográficas de la luz astral. Y un hombre que sabe que jamás ha visto ni ha visitado corporalmente el país ó la persona que reconoce, puede asegurar que los ha visto y los conoce, pues este conocimiento ha tenido lugar mientras viajaba en «espíritu». Pero á esto los fisiólogos pueden hacer una objeción; pueden decir que en el sueño natural perfecto y profundo «la mitad de nuestra

naturaleza, que es volitiva, está en condición de inercia;» y por lo tanto es incapaz de viajar; tanto más cuanto la existencia de un cuerpo astral individual, ó alma, es considerada por ellos como un mito poético ó poco menos. Blumenbach nos asegura que durante el sueño está suspendida toda clase de comunicación entre el cuerpo y la inteligencia; opinión negada por el Dr. Richardson, miembro de la Sociedad Real, quien hace observar muy justamente al sabio alemán que, «siendo desconocidos los límites exactos y las conexiones de la inteligencia con el cuerpo,» ha ido demasiado lejos en sus afirmaciones.

Esta confesión, añadida á las del fisiólogo francés, Fournié, y á la todavía más reciente del Dr. Allchin, eminente médico de Londres, quien confiesa francamente, en una alocución dirigida á los estudiantes, que «de todas las carreras científicas que prácticamente concierne á la sociedad, quizás no hay ninguna que se apoye en una base tan incierta é insegura como la Medicina;» estas confesiones—decimos—nos dan cierto derecho para poner las opiniones de los sabios antiguos frente á frente de las que sostienen los modernos.

Ningún hombre, por grosero y material que sea, se librará de llevar una existencia doble: una en el universo visible, y otra en el invisible. El principio de vida que anima su organismo físico reside principalmente en el cuerpo astral; y mientras que las partes más animales de él permanecen inertes, las más espirituales no conocen límites ni obstáculos. Sabemos perfectamente que tanto los sabios como los ignorantes presentarán objeciones á esta nueva teoría de la distribución del principio de vida. Preferirán ellos permanecer en su bendita ignorancia, y confesar que nadie sabe ni puede decir de donde viene y por donde desaparece este agente misterioso, antes que conceder un momento de atención á lo que ellos consideran como teorías rancias y desacreditadas. Algunos podrán objetar en el terreno teológico que los brutos no tienen alma inmortal, y que por consiguiente no poseen espíritu astral; *porque los teólogos, lo mismo que los legos, están bajo la errónea impresión de que el alma y el espíritu son una sola y misma cosa.* Pero si estudiamos á Platón y otros filósofos de la antigüedad, fácilmente veremos que mientras que el «alma irracional,» por la cual Platón quiere significar nuestro cuerpo astral, ó sea la más etérea representación de nosotros mismos, puede tener á lo sumo una existencia más ó menos duradera más allá de la sepultura, el espíritu divino, mal llamado *alma* por la Iglesia, es inmortal por su propia esencia. (Cualquier hebraísta ilustrado apreciará fácilmente la distinción que comprende la diferencia entre las dos palabras רוח *ruah* y נפש *nephesh*.) Si el principio de vida es algo

distinto del espíritu astral, y sin la menor relación con el mismo, ¿porqué la intensidad de los poderes clarevidentes está tan en razón directa de la postración corporal del sujeto? Cuanto más profundo es el éxtasis, cuantos menos signos de vida manifieste el cuerpo, tanto más claras son las percepciones espirituales, y tanto más poderosas las visiones del alma. El alma desprendida de los sentidos corporales da muestras de una actividad y un poder de una intensidad infinitamente mayor que cuando está dentro de un cuerpo robusto y lleno de salud. Brierre de Boismont nos ofrece repetidos ejemplos de este hecho. Está demostrado que los órganos de la vista, del oído, del olfato, del gusto y del tacto son mucho más agudos en un sujeto mesmerizado y privado de la posibilidad de ejercitarlos corporalmente, que cuando hace uso de ellos en su estado normal.

Estos hechos aislados, una vez probados, deben considerarse como otras tantas demostraciones irrefutables de la continuidad de la vida individual, por lo menos durante un cierto periodo después de haber abandonado nuestro cuerpo, ya sea porque está gastado, ó ya con motivo de algún accidente.

Pero aunque durante nuestra breve estancia en la tierra, nuestra alma puede compararse á una luz oculta dentro de un matorral, luce con más ó menos brillo, y atrae hacia sí las influencias de los espíritus afines; y cuando un pensamiento bueno ó malo nace en nuestro cerebro, llama hacia sí *impulsos* de naturaleza parecida, tan irresistiblemente como atrae el imán las limaduras de hierro. Esta atracción es también proporcionada á la intensidad con que los impulsos del pensamiento se hacen sentir en el éter, y esto nos explicará muy bien el porqué un hombre pueda sobreponerse imperiosamente á su época, y también que su influencia sea transmitida (por medio de las corrientes recíprocas de energía entre los dos mundos, el visible y el invisible) de una época á otra hasta afectar á una gran porción del género humano.

Difícil sería decir hasta qué punto se permiten pensar en este sentido los autores de la famosa obra *El Universo Invisible*, pero *todo* lo que ellos no hayan dicho puede inferirse del pasaje siguiente:

«Considérese como se quiera, ninguna duda quedará de que las propiedades del éter son de un orden mucho más elevado en el campo de la naturaleza, *que todas las de la materia tangible*. Y como hasta las lumbreras de la ciencia encuentran á esta última aún *mucho más allá* de lo que su comprensión alcanza, excepto en casos particulares, tan numerosos como de poca importancia y con frecuencia aislados, no continuaremos nuestras especulaciones. Basta para nuestro objeto saber de cierto lo que hace el éter, *el cual es capaz de mucho más de lo que nadie se ha atrevido á decir.*»

Uno de los descubrimientos más interesantes de los tiempos modernos, es el de la facultad que permite á cierta clase de personas sensibles recibir de un objeto cualquiera, tenido en la mano ó aplicado contra su frente, impresiones del carácter y apariencia del individuo ó de cualquier otro objeto con el cual haya previamente estado en contacto. Así, un manuscrito, pintura, prenda de vestir, joya, sea cual fuere su antigüedad, produce en el sensitivo una viva representación del escritor, pintor ó dueño de la prenda, aunque hubiese vivido en los días de Ptolomeo ó de Enoch. Aun más: un fragmento de antiguo edificio le recordará su historia, así como las escenas que dentro del mismo y en sus alrededores han tenido lugar. Un trozo de mineral producirá en el alma la visión retrospectiva del tiempo en que aquél se hallaba en proceso de formación. Esta facultad es llamada *psicometría* por su descubridor, el profesor J. R. Buchanan, de Louisville (Kentucky). A él debe el mundo esta importante adición á las ciencias psicológicas, y á él, quizás, cuando semejante acumulación de hechos haya echado por tierra al escepticismo, la posteridad tendrá que erigirle una estatua. Al anunciar al público su gran descubrimiento, el profesor Buchanan, limitándose al poder de la psicometría para delinear los caracteres humanos, dice: «La influencia mental y fisiológica comunicada á los escritos parece ser imperecedera, por cuanto las más antiguas muestras con que he hecho mis experimentos daban sus impresiones con una notable precisión y fuerza, bien poco disminuidas por el transcurso del tiempo. Antiguos manuscritos que requerían la presencia de un anticuario para descifrar sus viejos y extraños caracteres eran interpretados fácilmente por medio del poder psicométrico... La propiedad de retener la impresión de la mente no está limitada á los escritos tan sólo; los dibujos, pinturas y cualquier cosa, en fin, sobre los cuales hayan obrado el contacto humano, el pensamiento y la volición, pueden quedar vinculados con aquel pensamiento y con aquella persona, hasta el punto de representarlos á la inteligencia de otro individuo que se ponga en contacto con alguno de dichos objetos.»

Quizás sin conocer realmente, en la primera época de su gran descubrimiento, el alcance de sus mismas palabras proféticas, dicho profesor añade: «Este descubrimiento, en sus aplicaciones á las artes y á la historia, abrirá una mina de conocimientos interesantes.» (1)

La existencia de esta facultad fué por primera vez demostrada experimentalmente en 1841. Desde entonces ha sido comprobada por un

(1) J. R. Buchanan, doctor en Medicina: «*Bosquejos sobre el Sistema Neurológico de la Antropología.*»

millar de psicómetras en distintas partes del mundo. Demuestra que todo cuanto ocurre en la naturaleza —por pequeño ó insignificante que sea— queda indeleblemente impreso sobre la naturaleza física; y como quiera que en ella no vemos ningun cambio molecular apreciable, la única deducción posible es que estas imágenes han sido producidas por aquella fuerza invisible é universal llamada Eter ó luz astral.

En su encantadora obra *El Alma de las Cosas*, el profesor Denton, el geólogo, (1) se ocupa muy extensamente de esta cuestión. Presenta una multitud de ejemplos del poderpsicométrico que Mrs. Denton posee en un grado bastante elevado. Un fragmento de la casa de Cicerón, en Túsculo, le permitió describir, sin que tuviese el más ligero indicio respecto de la naturaleza del objeto aplicado á su frente, no sólo todo cuanto rodeaba al grande orador romano, sino que también al dueño anterior del edificio, Cornelio Sulla Felix, ó como generalmente se le llama, Sulla, el Dictador. Un fragmento de mármol de la antigua iglesia cristiana de Smyrna trajo ante su vista á sus fieles y sacerdotes que estaban oficiando. Ejemplares procedentes de Nínive, China, Jerusalem, Grecia, Ararat y de otros puntos del globo, le dieron á conocer escenas de la vida de varios personajes cuyas cenizas están esparcidas desde hace millares de años. En muchos casos Denton comprobó sus afirmaciones cotejándolas con los datos de la historia. A más de todo esto, un fragmento de esqueleto ó un diente de animal antediluviano daba ocasión á la vidente de contemplar á la criatura tal como era cuando era viva, y hasta vivir por breves momentos su vida y experimentar sus sensaciones. Ante la ansiosa pregunta del psicómetra, los más ocultos escondrijos del dominio de la naturaleza manifiestan sus secretos; y los sucesos de las épocas más remotas rivalizan en viveza de impresión con las pasajeras circunstancias del día de ayer.

Dice el autor en la misma obra: «No se mueve una hoja, ni se arrastra un insecto, ni se produce la más leve ondulación en el agua, sin que un millar de fieles escribientes lo registren con caracteres indefectibles y perennes. Esto es justo y verdadero con respecto á los tiempos pasados. Desde que apuntó la luz sobre la tierra, durante la infancia de este globo, cuando al rededor de su cuna colgaban vaporosas cortinas, hasta el momento actual, la naturaleza ha estado continuamente fotografiándolo todo. ¡Y qué galería de pinturas es la suya!»

(1) W. y Elizabeth M. F. Denton: «*El Alma de las Cosas, ó investigaciones y descubrimientos psicométricos.*» Boston, 1873.

Nos parecerá la más grande de las imposibilidades el imaginar que las escenas de la antigua Thebas ó de alguno de los templos prehistóricos puedan ser fotografiadas únicamente por la substancia de ciertos átomos. Las imágenes de los sucesos están impregnadas de aquel medio universal que todo lo penetra y que todo lo retiene, al cual los filósofos llaman «Alma del Mundo,» y Mr. Denton «el Alma de las Cosas». El psicómetra, al aplicar el fragmento de una substancia á su frente, pone en relación á su yo interior (*inner-self*) con el alma interna de la substancia que tiene en sus manos. Está ahora admitido que el éter universal invade todas las cosas en la naturaleza, aun las más sólidas. Empieza también á admitirse que dicho agente conserva las imágenes de todo cuanto ha acaecido.

Cuando el psicómetra examina su ejemplar, se pone en contacto con la corriente de luz astral que está relacionada con aquél, y que retiene las pinturas de los acontecimientos asociados con su historia. Estos acontecimientos, segun Denton, pasan ante la vista del psicómetra con la velocidad del rayo, sucediéndose unas escenas á las otras con tanta rapidez que únicamente por medio del supremo ejercicio de la voluntad puede lograrse detener á alguna de ellas en el campo de la visión sólo el tiempo necesario para describirla.

El psicómetra es clarevidente; lo que ve, lo ve con sus ojos internos. A menos que el poder de su voluntad sea muy grande, y á no ser que él por sí mismo se haya educado en la percepción de estos fenómenos particulares y que el conocimiento de la capacidad de su vista sea profundo, sus percepciones de personas, lugares y sucesos deben necesariamente resultar confusos. Pero en los casos de mesmerización, durante los cuales se desarrolla esta misma facultad clarevidente, el operador, cuya voluntad domina á la del sujeto, puede obligar á éste á concentrar su atención sobre una pintura dada todo el tiempo necesario para poderla observar hasta en sus detalles más minuciosos. Además, bajo la dirección de un experimentado mesmerizador, el vidente podrá aventajar al psicómetra natural en la previsión de los acontecimientos futuros, que será en aquél más clara y distinta que en éste. A todos los que puedan poner objeciones á la posibilidad de percibir lo que «no existe todavía» les podemos preguntar: ¿porqué ha de ser más imposible ver lo futuro, que dirigir hacia atrás la vista y observar lo pasado, que ya no existe?

Según la doctrina kabalística, lo futuro existe en embrión en la luz astral, como lo presente existía en embrión en lo pasado. Mientras que el hombre es libre de obrar como le plazca, la manera como se *conducirá* era prevista ya desde el principio de los tiempos, teniendo esta

previsión por fundamento, no el fatalismo ni el destino, sino simplemente el principio de armonía universal é inmutable; de la misma manera como se sabe de antemano que cuando se hace sonar una nota, sus vibraciones no se cambiarán ni se podrán cambiar en las de una nota distinta. Por otra parte, en la eternidad no existe ni pasado ni futuro, sólo existe lo presente; lo mismo que el espacio sin límites, en sentido estrictamente literal, no contiene puntos próximos ni lejanos. Nuestras concepciones, limitadas á la mezquina área de nuestra experiencia, intentan concebir si no un fin, al menos un principio de tiempo y de espacio; pero ninguno de éstos en realidad existe; porque en este caso, ni el tiempo sería eterno, ni el espacio sería infinito. Lo pasado no existe, así como tampoco existe lo futuro, y como hemos dicho, sólo nuestra memoria sobrevive, y nuestra memoria es tan sólo los vislumbres que recogemos de las reflexiones de este pasado en las corrientes de la luz astral, como hace el psicómetro con las emanaciones astrales del objeto que tiene en sus manos.

El profesor E. Hitchcock dice, hablando de la influencia de la luz sobre los cuerpos y de la formación de pinturas sobre los mismos por medio de aquélla: «Según parece, esta influencia penetra toda la naturaleza; no podemos decir en dónde se detiene. No sabemos si en el mundo que nos rodea puede imprimir nuestras facciones, tales como las diversas pasiones las modifican, y de este modo llenar la naturaleza con las impresiones daguerreotípicas de todas nuestras acciones,... es muy posible también que existan procedimientos por medio de los cuales la naturaleza, más sabia que ningún fotógrafo, pueda sacar y fijar estos retratos, de suerte que unos sentidos *más agudos* que los nuestros los puedan ver como en un lienzo inmenso extendido sobre el universo material. *Quizás* nunca deban estos retratos desaparecer del lienzo, sino convertirse en cuadros de la gran galería de pinturas de la eternidad». (1)

Este «*quizás*» del profesor Hitchcock se ha convertido en una triunfante certeza desde la demostración de la psicometría. Todos cuantos comprendan las facultades psicológicas y clarevidentes harán una salvedad, sin embargo, á la idea del profesor Hitchcock, de que son necesarios unos sentidos más agudos que los nuestros para ver estas pinturas sobre la supuesta tela cósmica, y convendrán en que el citado profesor debía haber confinado sus limitaciones á los sentidos exteriores del cuerpo. *El espíritu humano, como procedente del Espíritu Inmortal y Divino, no aprecia ni lo pasado ni lo futuro, sino que ve*

(1) *La Religión según la Geología.*

todas las cosas en lo presente. Estos daguerreotipos á que se refiere la cita anterior están impresos sobre la luz astral, en donde, como ya hemos dicho antes — y de acuerdo con las enseñanzas Herméticas, cuya primera parte está ya aceptada y demostrada por la ciencia, — se conserva el recuerdo de todo cuanto ha sido, es y será.

Desde poco tiempo á esta parte, algunos de nuestros hombres ilustrados han prestado una particular atención á un asunto, hasta hoy día infamado con el nombre de «superstición». Empezaron ellos especulando acerca de mundos invisibles é hipotéticos. Los autores del *Universo Invisible* fueron los primeros que resueltamente tomaron la delantera en esta cuestión, y encontraron muy pronto quien les siguiese, en la persona del profesor Fiske, cuyas observaciones apreciaron en el *Mundo Invisible*. Evidentemente los sabios están explorando el inseguro terreno del materialismo, y sintiéndolo temblar bajo sus piés, se preparan para rendir las armas de un modo menos deshonoroso en el caso de una derrota. Jevons confirma á Babbage, y ambos creen firmemente que cada pensamiento, separando las partículas del cerebro y poniéndolas en movimiento, las esparce por todo el universo, y opinan que «cada partícula de la materia existente debe ser un registro de todo cuanto ha sucedido.» (1) Por otra parte, el doctor Thomas Young, en sus discursos sobre filosofía natural, nos invita de la manera más formal á «reflexionar libremente acerca de la posibilidad de que haya mundos independientes; existiendo algunos en distintas partes, otros penetrando á otros, invisibles y desconocidos, en el mismo espacio, y otros para los cuales el espacio puede no ser un modo necesario de existencia.»

Si partiendo de un principio estrictamente científico, tal como la posibilidad de que la energía sea transferida al Universo invisible, y basándose en el principio de continuidad, se permiten á los sabios tales especulaciones, ¿porqué á los ocultistas y espiritistas se les ha de negar el mismo privilegio? Según admite la ciencia, las impresiones ganglionares sobre la superficie de un metal pulimentado son registradas en él, y pueden ser allí conservadas durante un espacio de tiempo indefinido, y el profesor Draper aclara este hecho muy poéticamente. «Una sombra—dice—nunca aparece sobre un muro sin dejar una traza, la cual puede hacerse visible concurriendo á ello las operaciones necesarias... Los retratos de nuestros amigos, ó vistas de paisajes, pueden permanecer ocultos bajo la superficie sensible de nuestros ojos, pero están prontos á aparecer tan luego como recurrimos á los reveladores apropiados para ellos. Un espectro está escondido debajo de la

(1) «*Principios de Ciencia*», vol. II, p. 455.

placa de plata ó de cristal, hasta que con nuestra nigromancia lo llamamos al mundo visible. Sobre las paredes de nuestras habitaciones más reservadas, en las que creemos que no penetran jamás las miradas indiscretas, y en la soledad de nuestro retiro inaccesible á los profanos, allí existen los vestigios de nuestros actos y las siluetas de todo cuanto hemos hecho.» (1).

Si una impresión tan indeleble puede así obtenerse sobre la materia inorgánica, y si nada en el Universo se pierde ó deja enteramente de existir, ¿á qué viene semejante campaña científica contra los autores del *Universo Invisible*? ¿Y en qué terreno se puede desechar la hipótesis de que «*el pensamiento, una vez concebido que afecta á la materia de otro universo al mismo tiempo que á la de éste, puede explicarse un estado futuro*»? (2).

En nuestra opinión, si la psicometría es una de las más grandes pruebas en pró de la indestructibilidad de la materia, reteniendo eternamente la impresiones del mundo exterior, la posesión de aquella facultad por nuestra percepción interior es una prueba mucho más importante en favor de la inmortalidad del espíritu individual del hombre. Capaz de discernir sucesos que tuvieron lugar centenares de miles de años atrás, ¿porqué no puede aplicarse la misma facultad á un futuro perdido en la eternidad, en la cual no existen ni lo pasado ni lo futuro, sino un infinito presente?

No obstante las confesiones de estupenda ignorancia en ciertos asuntos, hechas por los mismos sabios, éstos niegan todavía la existencia de aquella ley espiritual y misteriosa que está fuera del dominio de las leyes físicas ordinarias, y esperan todavía poder aplicar á los seres vivientes las mismas leyes que les han servido para resolver sus dudas respecto de la materia muerta. Y habiendo descubierto lo que los kabalistas llaman las «purgaciones groseras» del Éter—luz, calor, electricidad y movimiento,—se han regocijado con su buena fortuna y han contado sus vibraciones al producir los colores del espectro, y orgullosos con sus descubrimientos, rehusan ver nada más. Varios hombres de ciencia se han ocupado más ó menos de esta esencia que, cual otro Proteo, cambia de aspecto; é incapaces de medirla con sus fotómetros, la llaman «un medio *hipotético* de gran elasticidad y tenuidad extrema, que se *supone* invade el espacio todo, sin exceptuar el interior de los cuerpos sólidos,» y «que es el medio de transmisión de la luz y del calor (Diccionario).» Otros, á quienes llamaremos «los fuegos fátuos de la ciencia», ó sus falsos hijos, también se

(1) J. W. Draper: *Conflicto entre la Religión y la Ciencia*, págs. 132 y 133.

(2) *Universo Invisible*, pág. 159.

han tomado la molestia de examinarlo «por medio de poderosos lentes», según nos dicen. Pero no viendo allí ni espíritus ni espectros, y no descubriendo tampoco entre sus pérfidas ondulaciones nada de carácter más científico, dieron una vuelta en redondo, y llamaron á los creyentes en la inmortalidad en general, y á los espiritistas en particular, «locos insanos» y «lunáticos visionarios» (1); todo ello con acentos lastimeros apropiados á las circunstancias de tan triste contratiempo.

Dicen los autores del *Universo invisible*:

«Nosotros hemos llevado la operación de aquel misterio llamado *Vida* más allá del universo objetivo. El error cometido depende de haber creído que por este proceso se libra uno por completo de una cosa que así se le pone delante, y que desaparece enteramente de este universo. No sucede tal cosa. Únicamente desaparece de aquel *reducido círculo* de luz al cual llamamos nosotros el universo de *percepción científica*. Llámese la trinidad del misterio: el misterio de la materia, el misterio de la vida y el misterio de Dios, y estos tres son *Uno*» (2).

Tomando como punto de apoyo el que «el universo visible debe *seguramente* llegar á un fin *en energía transformable, y probablemente en materia*, y pidiendo el principio de continuidad... todavía una continuación del universo...», los autores de esta notable obra se ven obligados á creer «que existe algo *más allá* de lo que es visible,... (3) y que el mundo visible no es el universo total, sino tal vez únicamente una pequeña parte del mismo.» Además de esto, mirando lo mismo atrás que hacia adelante hasta el origen de este universo visible, los autores se esfuerzan en demostrar que «si este universo visible es *todo* lo que existe, entonces la primera y brusca manifestación del mismo es una interrupción ó quebrantamiento de continuidad tan verdadero como su ruina final» (Art. 85). De consiguiente, como una interrupción tal está reñida con la aceptada ley de continuidad, los autores llegan á la conclusión siguiente:

«Ahora bien; ¿no es natural imaginar que un universo de esta naturaleza, *el cual tenemos nosotros razones para creer que existe*, y está unido con lazos de energía con el universo visible, es también capaz de recibir energía de éste?... Podemos dejar de mirar al Eter, ó el *medium*, no como un mero puente (4) entre uno y otro orden de

(1) F. R. Marvin: *Discurso sobre la Mediomania*.

(2) *Universo Invisible*, págs. 84 y sig.

(3) «*Universo invisible*», p. 89.

(4) Es curioso ver á los grandes sabios del siglo diez y nueve corroborando la sabiduría de la fábula escandinava citada en el capítulo anterior. Algunos millares de años hace que esta idea de un puente entre el universo visible y el invisible estaba alegorizada por los ignorantes paganos en el Canto-Edda de Völuspa, «*La Visión de Vala, la profetisa*».

cosas, sino como formando una especie de cemento en virtud del cual los varios órdenes del universo están sostenidos juntamente y convertidos en uno solo? En fin, lo que nosotros generalmente llamamos Eter, puede ser no un simple medio, sino un medio *más* el invisible orden de cosas, de modo que cuando los movimientos del universo visible son transmitidos al Eter, parte de ellos son enviados, como por un *punte*, al universo invisible, y allí son empleados y almacenados. Más aún: ¿es siquiera necesario retener la concepción de un puente? ¿No podemos decir de una vez que cuando la energía es transmitida de la materia al Eter, pasa del mundo visible al invisible; y que cuando del Eter se dirige á la materia, viene del mundo invisible al visible?» (Art. 198. *Universo Invisible*).

Exactamente; y cuando la ciencia dé unos pasos más en esta dirección, y sondee más seriamente el «hipotético medio», que conoce sólo como el abismo infranqueable de Tyndall entre el proceso físico del cerebro y la *conciencia*, podrá—al menos intelectualmente—atravesarse con una facilidad y seguridad sorprendentes.

Algunos años antes, en 1856, un hombre considerado entonces como un sabio, el Dr. Jobard, de Paris, tuvo las mismas ideas sobre el éter que los autores del *Universo Invisible*, cuando asombraba á la prensa y al mundo científico con la declaración siguiente: «He hecho un descubrimiento que me asusta. Existen dos especies de electricidad: una brutal y ciega, producida por el contacto de los metales y de los ácidos» (la purgación grosera),... «la otra es inteligente y CLAREVIDENTE!... La electricidad se ha bifurcado en manos de Galvani, Nobili y Matteucci. La fuerza brutal de la corriente ha seguido á Jacobi, Bonelli y á Moncal, mientras que la intelectual se ha puesto en manos de Bois-Robert, Thilorier y del caballero Duplanty. La bola eléctrica, ó electricidad globular, contiene un pensamiento que desobedece á Newton y á Mariotte, y marcha á su antojo... En los anales de la Academia tenemos millares de pruebas respecto de la INTELIGENCIA *del rayo eléctrico*... Pero observo que me estoy permitiendo ser indiscreto. Un poco más, y *yo os hubiera revelado* la clave que debe conducirnos al descubrimiento del espíritu universal». (1)

Lo que acabamos de decir, añadido á las maravillosas conclusiones científicas que hace poco hemos citado del *Universo Invisible*, arrojan un resplandor nuevo sobre la sabiduría de épocas remotas desapare-

Porque, ¿qué puede ser ese puente de Bifrost, el radiante arco-iris, que conduce á los dioses á su cóncave, cerca de la fuente-Urdar, sino la misma idea que los autores del *Universo Invisible* presentan al estudiante pensador?

(1) *L'Ami des Sciences*, Marzo, 2, 1856, p. 67.

cidas. En uno de los capítulos precedentes hemos aludido á una cita de una traducción de Cory de los *Anciens Fragments*, en la cual se ve que uno de los *oráculos caldeos* expresa la misma idea acerca del éter, en un lenguaje singularmente parecido al de los autores del *Universo invisible*. Dice que del éter han venido todas las cosas, y que á él todas volverán; que las imágenes de todas las cosas están impresas en él de un modo indeleble, y que es el almacen de los gérmenes y de los restos de las formas visibles, é igualmente de las ideas. No parece sino que este caso confirma de un modo extraño nuestra afirmación de que cualquier descubrimiento que pueda verificarse en nuestros días se encontrará con que «nuestros cándidos antecesores» lo habían ya encontrado con anticipación de muchos miles de años.

Al punto que hemos llegado, estando perfectamente definida la actitud de los materialistas con respecto á los fenómenos psíquicos, podemos afirmar con toda seguridad que, aunque esta clave estuviese abandonada en las inmediaciones del «abismo», ningún Tyndall de los nuestros se detendría para cogerla.

¡Cuán tímidos parecerían á algunos kabalistas estos esfuerzos para intentar resolver el GRAN MISTERIO del éter universal. A pesar de lo muy por encima que está de todo cuanto han dicho los filósofos contemporáneos, todo aquello acerca de lo cual especulan los inteligentes exploradores del *Universo invisible*, todo era una ciencia familiar para los maestros de la filosofía hermética. Para ellos el éter no era únicamente un puente que pone en comunicación la porción visible con la invisible del Universo, sino que, siempre atrevidos, recorrían palmo á palmo el camino que conduce á las puertas misteriosas que los especuladores modernos no quieren, ó no *pueden* abrir.

Cuanto más profundas son las investigaciones de los exploradores modernos, con tanta mayor frecuencia se encuentran estos cara á cara con los descubrimientos de los antiguos. Aventúrase Elías de Beaumont, el gran geólogo francés, á indicar algo sobre la circulación terrestre, en relación con algunos elementos de la corteza de la tierra, y se encuentra con que los antiguos filósofos se le han adelantado. Preguntamos á tecnólogos distinguidos cuáles son los descubrimientos más recientes acerca del origen de los depósitos metalíferos, y nos responde uno de ellos, el profesor Sterry Hunt, diciéndonos que el agua es un *disolvente universal*, con lo cual no hace más que enunciarnos la doctrina enseñada y sostenida por el antiguo Thales, hace más de doce siglos, ó sea que el agua fué el principio de todas las cosas. Oímos al mismo profesor, apoyado en la autoridad de Beaumont, exponer la circulación terrestre y los fenómenos físicos y químicos

del mundo material, y mientras que leemos con gran placer que él «no está dispuesto á conceder que tengamos nosotros en los progresos químicos y físicos *el total secreto de la vida orgánica*,» todavía es mucho mayor la satisfacción que experimentamos con la siguiente y honrada confesión de su parte: «Bajo distintos puntos de vista, estamos aproximando continuamente los fenómenos del mundo orgánico á todos los del reino mineral; y aprendemos al mismo tiempo que su mutua dependencia tiene un interés tan grande *que empezamos á ver una cierta verdad* escondida bajo las opiniones de todos aquellos antiguos filósofos, que hacían extensiva al mundo mineral la noción de una fuerza vital, conduciéndoles esto á hablar de la tierra como de un gran organismo *viviente*, y á considerar los varios cambios de su aire, aguas y entrañas rocosas, como procesos pertenecientes á la vida de nuestro planeta.»

Todo en este mundo debe haber tenido un principio. En materia de preocupaciones los sabios han ido tan lejos, en estos últimos tiempos, que es casi un milagro que se hayan hecho á la antigua filosofía unas concesiones tales como las anteriormente expresadas.

Los pobres y honrados elementos primordiales han sido desterrados desde hace mucho tiempo, y nuestros hombres de ciencia andan bebiendo los vientos por ver quien podrá añadir un nuevo polluelo á la cría próxima á escapar del nido, de sesenta y tres ó más cuerpos simples. Mientras tanto, en la moderna química se está librando una furiosa batalla con motivo de los términos. Negamos el derecho de llamar á estas substancias «elementos químicos», porque no son «principios primordiales, ó esencias existentes por sí mismas, distintas de aquellas de que el universo fué formado.»(1)

Tales ideas asociadas con la palabra *elemento* eran suficientemente buenas para la «vieja filosofía griega», pero la ciencia moderna las desecha; porque, como dice el profesor Cooke, «hay términos desgraciados», y la ciencia experimental no quiere tener «nada que ver con cualquiera clase de esencias, excepto aquellas que pueda ver, oler ó gustar.» La ciencia únicamente puede ocuparse de lo que se puede aplicar al ojo, á la nariz ó á la boca; todo lo demás lo relega á los metafísicos.

De consiguiente, cuando Van-Helmont nos dice «que si bien una parte homogénea de tierra elemental puede ser artificialmente (artificialmente) convertida en agua», aunque niegue, á pesar de esto, «que tal cosa pueda ser verificada por la naturaleza solamente, porque ningún agente natural es capaz de transmutar un elemento

(1) Cooke: «*Nueva química*», p. 113.

en otro», dando como razón que los elementos siempre permanecen los mismos, debemos considerarle si no como un majadero de piés á cabeza, por lo menos como un atrasado discípulo de la rancia y «vieja filosofía griega». Viviendo y muriendo en la bendita ignorancia de las sesenta y tres futuras *substancias*, ¿qué podían hacer ni él ni su maestro Paracelso! Nada, por supuesto, sino *metafísicas* y locas especulaciones revestidas de la jerga incomprensible de todos los alquimistas antiguos y de la Edad media. Sin embargo, comparando notas, encontramos en la más reciente de las obras sobre química moderna lo siguiente: «El estudio de la química ha revelado un orden notable de substancias, de las cuales ninguna otra secundaria ha sido extraída, por los procedimientos químicos, que pese menos que la substancia original,... cualquiera que sea el procedimiento químico usado, jamás obtendremos del hierro una substancia menos pesada que el metal empleado para su producción... En una palabra, del hierro no podemos *extraer* más que hierro». (1)

Además, á lo que parece, según el profesor Cooke, «*hace setenta y cinco años* que los hombres no sabían que existiese diferencia alguna» entre las substancias elementales y las compuestas, porque en los antiguos tiempos los alquimistas *no habían concebido jamás* «que el peso es la medida de lo material, y que medidos así, ningún material se pierde; antes al contrario, imaginaban que en estos experimentos»(2) las substancias empleadas sufrían una *transformación misteriosa*... Algunos siglos, en resumen, fueron malgastados en vanas tentativas para transformar los más viles metales en oro.

¿Está el profesor Cooke, tan eminente en la moderna química, igualmente enterado acerca de lo que los alquimistas sabían ó dejaban de saber? ¿Está seguro de que comprende la significación del lenguaje alquímico? Nosotros no lo estamos. Pero permítasenos comparar sus opiniones, tales como las hemos expuesto antes, con las sentencias escritas en claro y buen inglés, aunque antiguo, de las traducciones de Van-Helmont y Paracelso. Sabemos, por sus propias palabras, que el alkahest ocasiona los carabios siguientes:

«1.º El alkahest nunca destruye las *virtudes seminales* de los cuerpos disueltos por medio de él; por ejemplo, el oro, bajo su acción, es reducido á una *sal* de oro; el antimonio á una *sal* de antimonio, etcétera, con las mismas virtudes seminales ó caracteres propios del original. 2.º El *sujeto expuesto* á la operación es convertido en tres principios: sal, azufre y mercurio, y después, en sal solamente, la

(1) Cooke: «*Nueva Química*», pp. 110-111.

(2) *Idem*, p. 106.

cual entonces se hace volátil, y á la larga se convierte enteramente en agua clara. 3.º Cualquier cosa que él disuelva puede ser convertida en volátil por medio del baño de arena, y si, después de volatilizado el solvente, es destilado de allí, el cuerpo queda como agua pura é insípida, pero siempre *igual en cantidad á su propio original.*» Más allá encontramos á Van-Helmont, el mayor, diciendo que esta sal disuelve los cuerpos más intratables en substancias de las mismas virtudes seminales, «*iguales en peso á la materia disuelta.*» Y añade: «Esta sal que fué destilada repetidas veces por Paracelso, *sal circulatum*, pierde toda su sijeza, y por fin se convierte en un agua insípida, *igual en cantidad á la sal de la que procedía.*»(1).

La objeción que, en favor de la ciencia moderna, puede hacer el profesor Cooke respecto de las expresiones herméticas, podría del mismo modo aplicarse á los escritos hieráticos de Egipto, que ocultan todo cuanto se pretendía ocultar.

Si él intenta aprovecharse de los trabajos del pasado, debe emplear la criptografía, y no la sátira. Paracelso, como todos los demás, agotaba su ingenio ideando transposiciones de letras y abreviaciones de palabras y de sentencias. Por ejemplo, cuando escribe *sutratatur* quiere significar tártaro, y *nutrin* nitro, y así sucesivamente. No tienen fin las pretendidas explicaciones de la significación del alkahest. Algunos han imaginado que era un álcali ó sal de tártaro saltilizada; otros dicen que significa *algeist*, nombre alemán que indica espíritu universal ó espirituoso. Paracelso generalmente denomina á la sal «el centro de agua en donde los metales deben morir.» Esto ha dado origen á las suposiciones más absurdas, y algunas personas—como Glauber—opinan que el alkahest era el espíritu de sal. Se necesita no poco atrevimiento para asegurar que Paracelso y sus colegas ignoraban la naturaleza de las substancias elementarias y de las compuestas; éstas no podían ser llamadas por los mismos nombres que hoy están de moda; pero que eran conocidas, lo prueban los resultados obtenidos. ¿Qué importa el nombre dado por Paracelso al gas que del hierro se desprende cuando es tratado por el ácido sulfúrico, desde el momento en que dicho filósofo es reconocido, hasta por nuestros primeros químicos, como el descubridor del hidrógeno? (2). Su mérito es el mismo; y aunque Van-Helmont haya ocultado bajo el nombre de «virtudes seminales» su conocimiento de que las substancias elementarias tienen propiedades originales, las que al entrar dichas substan-

(1) «*De Secretis Adoptorum.*» Wenderfelt; Philalethes; Van-Helmont; Paracelsus.

(2) Youmans: *Química*, p. 169; y W. B. Kemshead. F. R. A. S.: *Química inorgánica*.

cias en composición sólo se modifican temporalmente, pero jamás se destruyen, no deja por esto de ser el mayor químico de su época, ni de estar á igual nivel que los sabios modernos. Afirmaba que el *aurum potabile* (oro potable) puede ser obtenido por el alkahest, convirtiendo la masa total de oro en sal, reteniendo sus virtudes seminales y haciéndose soluble en el agua. Cuando los químicos sepan lo que él entendía por *aurum potabile*, alkahest, sal y virtudes seminales—es decir, lo que él en realidad entendía, y no lo que él decía que entendía, ni lo que se cree que él entendía—entonces, y sólo entonces podrán nuestros químicos adoptar semejante actitud con respecto á los filósofos del fuego, y á los antiguos maestros, cuyas místicas enseñanzas habían ellos respetuosamente estudiado. Una cosa resulta clara hasta cierto punto. Tomándolo sencillamente en su sentido exotérico, este lenguaje de Van-Helmont demuestra que él comprendía la solubilidad de los sustancias metálicas en el agua, de lo cual Sterry Hunt hace la base de su teoría acerca de los depósitos metalíferos. Nos gustaría saber qué terminos inventarían nuestros sabios contemporáneos para ocultar ó para revelar á medias su audaz proposición de que «la materia gris del cerebro es el único Dios» del hombre, si en los bajos del nuevo Palacio de Justicia ó en la catedral de la Quinta Avenida hubiese una sala de tormento á la cual el juez ó el cardenal pudiese mandarles siempre que se le antojase.

El profesor Sterry Hunt dice en uno de sus discursos: (1) «Los alquimistas buscaban en vano un disolvente universal; pero nosotros sabemos actualmente que el agua, ayudada en algunos casos por el calor y la presión, y en presencia de ciertos cuerpos muy abundantes en la naturaleza, tales como el ácido carbónico, y los carbonatos y sulfidos alcalinos, es capaz de disolver los cuerpos más insolubles, hasta el punto de podérsela considerar como el alkahest ó ménstruo universal, buscado durante tan largo tiempo.»

Esto se lee casi como si fuese una paráfrasis de Van-Helmont ó del mismo Paracelso! Conocían estos dos autores las propiedades del agua como disolvente universal, tan bien como los químicos modernos, y lo que es todavía más, no ocultaban absolutamente el hecho; lo cual demuestra que no era éste *su* disolvente universal. Existen todavía muchos comentarios y críticas de sus obras, y difícilmente puede uno tomar un libro sobre este asunto sin encontrar al menos una de sus especulaciones, de las cuales nunca pensaron ellos hacer un misterio. Esto es lo que encontramos en un antiguo libro sobre

(1) *Origen de los depósitos metalíferos.*

los alquimistas—una sátira, por otra parte—escrito á principios de nuestro siglo, en 1820, precisamente cuando las nuevas teorías acerca de la potencia química del agua estaban apenas en estado de embrión.

«Podrá darnos alguna luz el observar que Van-Helmont, lo mismo que Paracelso, *consideraban al agua como el instrumento (agente?) universal de la química* y filosofía natural, y á la tierra como la base inmutable de todas las cosas; que el fuego era considerado como la causa suficiente de todas las cosas; que en el mecanismo de la tierra residían impresiones seminales; que el agua, disolviendo la tierra, y fermentando con ella, como hace por medio del fuego, produce todas las cosas; y de ahí originalmente proceden los reinos animal, vegetal y mineral.» (1).

Los alquimistas comprendían perfectamente esta potencia universal del agua. En las obras de Paracelso, Van-Helmont, Filaleteo, Pantatem, Taquenio, é igualmente de Boyle, «la gran característica del alkahest,» esto es, «disolver y cambiar todos los cuerpos sublunares—*exceptuando solamente el agua,*» está explícitamente establecida. ¡Cómo es posible, pues, creer que Van-Helmont, cuyo carácter privado era irreprochable, y cuyo vasto saber era universalmente reconocido, podía tan formalmente declararse poseedor de un secreto, si todo esto no era sino una mera presunción! (2).

En una conferencia reciente dada en Nashville, Tennessee, el profesor Huxley estableció una regla con respecto á la validez del testimonio humano como base de la historia y de la ciencia, que estamos completamente dispuestos á aplicar al caso presente. «Es imposible—dice—que la vida práctica de uno no pueda estar más ó menos influida por las opiniones que hemos abrigado respecto de lo que ha sido la pasada historia de las cosas. Una de ellas es el *testimonio humano* en sus varias formas—todo testimonio de testigos oculares, testimonio tradicional de los labios *de los que han sido testigos oculares,* y el testimonio de todos aquellos que han dejado sus impresiones por escrito, ó impresas... Si leéis los *Comentarios* de Julio César, en donde quiera que éste dé una relación de sus batallas contra los Galos, vosotros concedéis cierto grado de confianza á sus afirmaciones, y aceptáis su testimonio sobre este punto. *Comprendéis que César no hubiera hecho tales afirmaciones sin haber creído que eran ciertas.*»

Sentado esto, no podemos lógicamente consentir en que la regla filosófica de Mr. Huxley sea aplicada exclusivamente á César. Sea que este personaje fuese naturalmente verídico ó falaz; y desde el momen-

(1) John Bumpus: «*La Alquimia y el Alkahest,*» 85, J. S. F., edición de 1820.

(2) Véanse las obras de Boyle.

to en que Mr. Huxley ha establecido aquel principio á su gusto, en favor de todo lo referente á hechos de historia militar, nosotros insistimos en que César es también testigo competente en todo cuanto concierne á los augures, adivinos y otros hechos psicológicos. Lo mismo debemos decir de Herodoto y de todas las antiguas autoridades, pues si no eran por naturaleza hombres verídicos, tampoco debían ser creídos en lo que á asuntos civiles ó militares se refiere. *Falsus in uno, falsus in omnibus*. Y por la misma razón, si se les debe dar crédito en las cosas físicas, así también debe suceder con respecto de las espirituales; porque, como dice Huxley, la naturaleza humana era tan justa en la antigüedad como lo es ahora. Los hombres inteligentes y honrados no mienten por el placer de engañar ó de fastidiar á la posteridad.

Una vez determinadas claramente por un hombre de ciencia las probabilidades de falsificación por parte de tales autoridades, nos sentimos libres de la necesidad de discutir la cuestión con respecto á Van-Helmont y su ilustre y desgraciado maestro, el muy calumniado Paracelso. Deleuze, aunque encuentra en las obras del primero «muchas ideas míticas é ilusorias»—quizás únicamente porque no las podía comprender,—le concede, sin embargo, vastos conocimientos, «un juicio penetrante», y al mismo tiempo declara que ha dado al mundo «grandes verdades». «Él fué el primero—añade—en dar el nombre de *gas* á los fluidos aéreos. Sin él es probable que el acero no hubiera dado ningún nuevo impulso á la ciencia.»⁽¹⁾ ¿Por qué aplicación de la doctrina de las casualidades podemos descubrir aquella por la cual aquellos experimentadores, capaces de resolver y de recombinar las substancias químicas, según está hoy admitido, ignoraban la naturaleza de las substancias elementales, sus energías combinadoras y el disolvente ó disolventes que podían desintegrar á aquéllas cuando era necesario? Si su reputación viniese sólo de los teóricos, el caso sería distinto, y nuestro argumento perdería su fuerza; pero los descubrimientos químicos que á regaña dientes les atribuyen sus peores enemigos, autorizarían un lenguaje mucho más enérgico que el que nos hemos permitido usar por miedo de que se nos creyese demasiado parciales. Y como quiera que esta obra se funda en la idea de que existe una naturaleza mucho más elevada en el hombre, y de que sus facultades morales é intelectuales deben ser juzgadas *psicológicamente*, no vacilamos en afirmar que desde el momento en que Van-Helmont aseguraba «muy formalmente» que estaba en pose-

(1) Deleuze: «*De l'opinion de Van-Helmont sur la cause, la nature et les effets du Magnétisme.*» Anim. Vol. I, p. 45, y vol. II, p. 198.

sión del secreto del alkahest, ningún crítico moderno tiene derecho para denigrarle como un farsante ó como un visionario, hasta que se sepa algo más de cierto referente á su *menstruo universal*.

«Los hechos son cosas pertinaces», hace observar Mr. A. R. Wallace, en su prefacio á *Los Milagros y Espiritismo moderno*. Por lo tanto, como (4) los hechos deben ser nuestros aliados poderosos, expondremos muchos de estos «milagros» de la antigüedad y todos los que nos puedan proporcionar los tiempos modernos. Los autores del *Universo Invisible* han demostrado *científicamente* la posibilidad de ciertos pretendidos fenómenos psicológicos, por medio del éter universal. Mr. Wallace ha probado científicamente que todo el catálogo de suposiciones que se han hecho en contra, incluyendo los sofismas de Hume, son insostenibles, si se ponen frente á frente con la lógica estricta. Mr. Crookes ha presentado al mundo del escepticismo sus propios experimentos, en los que invirtió tres años, hasta que fué vencido por la más innegable de las evidencias—la de sus propios sentidos. Puede hacerse una lista completa con los nombres de los sabios que han dado su testimonio sobre el particular, y Camilo Flammarion, el popular astrónomo francés y autor de muchas obras que á los ojos de los escépticos colocan á su autor en las filas de los «ilusos», confirma, juntamente con Wallace, Crookes y Hare, nuestras palabras en las siguientes líneas:

«No vacilo en afirmar mi convicción, fundada en el examen personal del asunto, de que cualquier hombre científico que declare que los fenómenos llamados magnéticos, sonambúlicos, medianímicos y otros todavía no explicados por la ciencia son imposibles, es uno que habla sin saber una palabra de aquello de que está hablando, y también que cualquier hombre habituado por sus deberes profesionales á las observaciones científicas, con tal que su inteligencia no esté preocupada con opiniones preconcebidas, ni su visión mental cegada por aquella opuesta especie de ilusión, desgraciadamente demasiado común en el mundo ilustrado, que consiste en *imaginar que nosotros conocemos ya las leyes de la Naturaleza*, y que es imposible cualquier cosa que parezca traspasar los límites de nuestras fórmulas actuales, puede obtener una certeza radical y absoluta de la realidad de los hechos aludidos.»

En las *Notas de una Investigación de los Fenómenos llamados Espiritistas*, de Mr. Crookes, este autor cita en la pág. 101 á Mister Sergeant Cox, el cual, habiendo designado esta fuerza desconocida

(1) A. R. Wallace: «Contestación á los argumentos de Hume, Lecky, etc. contra los Milagros».

con el nombre de *fuerza psíquica*, la explica en estos términos: «Así como el cuerpo es movido y dirigido en el interior de su organismo por una fuerza—á la cual está ó no está supeditado,—el alma, espíritu ó mente... que constituye el sér individual que llamamos 'hombre', es una conclusión igualmente razonable el que la fuerza que origina los movimientos más allá de los límites del cuerpo *es la misma fuerza que produce el movimiento dentro de los límites del cuerpo*. Y así como esta fuerza externa es con frecuencia dirigida por la inteligencia, así también podemos deducir, como consecuencia razonable, que la inteligencia que dirige la fuerza externa es la misma inteligencia que dirige la fuerza interiormente.»

Al objeto de comprender lo mejor posible esta teoría, podemos perfectamente dividirla en cuatro proposiciones, y mostrar qué es lo que opina Mr. Sergeant Cox:

1.^a Que la fuerza que produce los fenómenos físicos procede *de* (y por consiguiente tiene su origen *en*) el medium.

2.^a Que la inteligencia que dirige la fuerza para la producción de los fenómenos (a) *puede* algunas veces ser distinta de la inteligencia del medium; pero la «prueba» de esto es «insuficiente»; (b) por lo tanto, la inteligencia directora es la del mismo medium probablemente. A esto M. Cox llama «una conclusión razonable.»

3.^a Él opina que la fuerza que mueve la mesa es idéntica á la que mueve el mismo cuerpo del medium.

4.^a Combate enérgicamente la teoría espiritista, ó mejor dicho la afirmación de que los «espíritus de los muertos son los únicos agentes en la producción de todos los fenómenos.»

Antes de que ingenuamente procedamos al análisis de tales opiniones, debemos recordar al lector que nos encontramos colocados entre dos extremos opuestos, representados por los dos partidos: los que creen, y los que no creen en la intervención de los espíritus humanos. Nadie parece capaz de decidir el punto tocado por Mr. Cox; porque al paso que los espiritistas (1) tienen tan enormes tragaderas, hasta el punto de atribuir á seres humanos *desencarnados* el menor sonido y el más leve movimiento que se nota en un *círculo*, sus antagonistas niegan dogmáticamente que pueda haber manifestación alguna producida por «espíritus», por la razón de que éstos no existen. Así pues, ni unos ni otros están en disposición de poder examinar el asunto con la sangre fría que requiere.

(1) A esta clase de espiritistas les cuadra mejor el nombre de *espiriteros*, con que se designa actualmente á aquellos fanáticos que sólo atienden al fenómeno y se abandonan al emocionalismo de su doctrina, sin remontarse á ninguna consideración filosófica. (N. del Tr.)

Si consideran ellos que la fuerza que «produce los movimientos dentro del cuerpo,» y la «que los causa fuera de los límites del mismo cuerpo» son de *la misma esencia*, podrán tener razón. Pero la identidad de estas dos fuerzas aquí se detiene. El principio de vida que anima el cuerpo de Mr. Cox es de la misma naturaleza que el de su medium; sin embargo él no es el medium, ni es el último Mr. Cox.

Esta fuerza, la cual, si así les place á Mr. Cox y á Mr. Crookes, podemos muy bien llamar *psíquica* ó con cualquier otro nombre, no procede del medium, sino que se desarrolla por la mediación del mismo. En el primer caso esta fuerza tendría su origen en el medium, lo cual estamos dispuestos á demostrar que es imposible, así en los casos de levitación de cuerpos humanos y de movimientos de muebles y de otros objetos sin contacto alguno, como en las ocasiones en que la fuerza demuestra tener inteligencia y razón. Es un hecho bien conocido de los mediums y de los espiritistas el que cuanto más pasivos son los primeros, tanto mejores son las manifestaciones; y cada uno de los fenómenos antes mencionados requiere una *voluntad consciente* pre-determinada. En los casos de levitación, tendríamos que creer que esta fuerza, engendrada por sí misma, es capaz de levantar masas inertes del suelo, dirigir las por el aire y hacerlas luego descender evitando los obstáculos, y de consiguiente, demostrando inteligencia, y hasta obrar automáticamente, puesto que el medium permanece pasivo durante todo el tiempo del experimento. Si tal cosa sucediese, el medium sería un mago consciente, y toda pretensión de ser un instrumento pasivo en manos de inteligencias invisibles caería por su base. Esto sería tan absurdo como alegar que una cantidad de vapor suficiente para llenar una marmita, sin que ésta haga explosión, fuese capaz de levantarla; ó que la electricidad acumulada en una botella de Leyden pudiese vencer la inercia de dicha botella; todo lo cual son absurdos mecánicos. Todas las analogías parecen indicarnos que la fuerza que opera en presencia del medium sobre los objetos externos tiene su origen en una fuente que está detrás del mismo medium. Podemos compararla mejor con el hidrógeno que vence la inercia de un globo aerostático. El gas, bajo la dirección de una inteligencia, se acumula en el recipiente hasta alcanzar el volumen necesario para vencer la atracción de su masa. Bajo el mismo principio, esta fuerza mueve los muebles y produce otras varias manifestaciones; y aunque idéntica en su esencia con el espíritu astral del medium, no puede ser su espíritu solamente, porque dicho sujeto permanece durante todo el tiempo del experimento en una especie de sopor cataléptico, cuando sus facultades medianímicas son

legítimas. Por lo tanto, el punto de partida de Mr. Cox parece que no está bien tomado, pues se funda en una hipótesis mecánica insostenible. Por supuesto, nuestro argumento se funda en la suposición de que la levitación es un hecho observado. La teoría de la fuerza *psíquica*, para ser perfecta, debe dar razón de todos los «movimientos visibles..... en substancias sólidas,» y entre éstos la levitación.

Acerca de su segundo punto, negamos que «la prueba sea insuficiente» respecto de que la fuerza que produce los fenómenos esté algunas veces dirigida por otras inteligencias que la mente del «psíquico.» Por el contrario, existen multitud de testimonios que prueban que la mente del medium, en la mayoría de los casos, no tiene nada que ver con los fenómenos, en vista de lo cual no podemos consentir en que la temeraria aserción de Mr. Cox pase sin ser combatida.

La tercera proposición la consideramos también ilógica, porque si el cuerpo del medium no es el generador, sino simplemente el canal conductor de la fuerza que produce los fenómenos—cuestión sobre la cual las investigaciones de Mr. Cox no arrojan la menor luz—no es esto motivo para deducir que por el hecho de que el «espíritu, alma ó mente» del medium dirige su propio organismo, este mismo «espíritu, alma ó mente» deba también levantar una silla y dar golpes en relación con las letras del alfabeto.

Respecto de la cuarta proposición, esto es, «que los espíritus de los muertos son los únicos agentes en la producción de todos los fenómenos,» no es necesario que nos ocupemos de ella en este momento, tanto más por cuanto de la naturaleza de los espíritus que producen las manifestaciones medianímicas nos ocuparemos extensamente en otro capítulo.

Los filósofos, y especialmente aquellos que estaban iniciados en los Misterios, sostenían que el alma astral es el duplicado impalpable de la grosera forma externa que llamamos cuerpo. Es el *periespiritu* de los Kardecistas, y la *forma-espíritu* de los espiritualistas. Por encima de este duplicado ó copia interior, ciérnese el espíritu divino, iluminándolo de igual manera como los ardientes rayos del sol iluminan la tierra, fecundando el gérmen, y despertando, para su espiritual vivificación, las cualidades latentes que en ella duermen. El *periespiritu* astral está contenido y confinado dentro del cuerpo físico, como el éter en una botella, ó como el magnetismo en el hierro magnetizado. Es un centro y un mecanismo de fuerza, alimentado por el depósito universal de la misma, y movido por las mismas leyes generales que son extensivas á la naturaleza entera y que producen todos

los fenómenos cósmicos. Sus actividades inherentes dan origen á las incesantes operaciones físicas del organismo animal, y por último, una vez este último está gastado por el uso, lo abandona. Es el prisionero, y no el propietario voluntario del cuerpo. Experimenta una atracción tan poderosa por parte de la fuerza externa universal, que después de gastar su cáscara, huye de ella. Cuanto más robusto, más grosero y más material es el cuerpo que la retiene, tanto más largo es el tiempo de su encarcelamiento. Algunas personas han nacido con una organización tan excepcional, que la puerta que impide á los demás toda comunicación con el mundo de la luz astral puede fácilmente ser franqueada y abierta, y su alma puede dirigir la vista al interior y hasta entrar en aquel mundo, y volverse. Aquellos que hacen esto consciente y voluntariamente son conocidos con los nombres de magos, hierofantes, videntes, profetas, adeptos, y aquellos que tienen disposición para hacer esto, ya por medio del fluido de un mesmerizador, ya por el de los «espíritus,» son llamados mediums. El alma astral, cuando se le han abierto las barreras, es tan poderosamente atraída por el imán astral universal, que algunas veces levanta su estuche juntamente con ella, y éste permanece suspendido en el aire hasta que, recobrando su supremacía la gravedad de la materia, el cuerpo desciende á la tierra.

Cada manifestación objetiva, ya sea el movimiento de un miembro viviente, ya sea el de algún cuerpo inorgánico, requiere dos condiciones: voluntad y fuerza, además de la *materia*, ó sea lo que hace que el objeto que se mueve sea visible á nuestros ojos; y estos tres factores son todas fuerzas trasmutables, ó sea la correlación de fuerzas de los sabios. A su vez, estas fuerzas son dirigidas, ó mejor dicho, presididas por la Inteligencia Divina, de la cual estos hombres tienen tanto empeño en prescindir, pero que sin ella el más ínfimo gusano no podría arrastrarse por la tierra. El más sencillo y común de todos los fenómenos naturales—el murmullo de las hojas que tiemblan á las suaves caricias de la brisa—requiere un ejercicio constante de estas facultades. Pueden los sabios llamarlas leyes cósmicas, inmutables é invariables. Detrás de estas leyes debemos buscar la causa inteligente que, después de haberlas creado y puesto en movimiento, ha infundido en ellas la esencia de su propia conciencia. Que llamemos á ésta la causa primera, la voluntad universal ó Dios, debe siempre estar dotada de inteligencia.

Y ahora preguntaremos: ¿cómo puede una voluntad manifestarse inteligentemente é inconscientemente al mismo tiempo? Es muy difícil, por no decir imposible, concebir la intelectualidad separada de la

conciencia. Por conciencia no queremos significar necesariamente la conciencia física ó corpórea.

La conciencia es una cualidad del principio sensitivo, ó en otras palabras, el alma; y ésta con frecuencia despliega su actividad hasta cuando el cuerpo está dormido ó paralizado. Cuando nosotros levantamos maquinalmente el brazo, podemos imaginar que lo hacemos de un modo inconsciente, porque nuestros sentidos superficiales no pueden apreciar el intervalo que hay desde el momento de formular este propósito hasta el de su ejecución. Aunque nos parezca latente, nuestra voluntad vigilante desenvuelve la fuerza, y pone á la materia en movimiento. Nada hay en la naturaleza del fenómeno medianímico más trivial que haga aceptable la teoría de Mr. Cox. Si la inteligencia manifestada por esta fuerza no es ninguna prueba de que pertenezca á un espíritu desencarnado, todavía es menos evidente que haya procedido inconscientemente del medium; el mismo Mr. Crookes nos cita algunos casos en los cuales la inteligencia no podía provenir de ninguna de las personas que se hallaban en la habitación; por ejemplo el caso en que la palabra *however*, cubierta por su dedo y que ni él mismo conocía, era escrita correctamente en una tablilla. (1) No hay explicación posible para este caso; la única hipótesis sostenible—si excluimos la intervención de un poder espiritual—es que las facultades clarevidentes estaban puestas allí en juego. Pero los sabios niegan la clarevidencia; y si, para escapar á la dura alternativa de atribuir los fenómenos á un origen espiritual, nos conceden la realidad de la clarevidencia, entonces no tienen ellos otro remedio que, ó aceptar la explicación kabalística de lo que es esta facultad, ó bien acabar la empresa, hasta hoy día impracticable, de componer una teoría en la que puedan fundarse los hechos.

Además, si como argumento se admitiese que la palabra *however* de Mr. Crookes podía haber sido leída clarevidentemente, ¿qué debemos decir de comunicaciones medianímicas que tienen un tal profético carácter? ¿Existe teoría alguna sobre el poder medianímico que explique la facultad de predecir sucesos, antes de que exista la posibilidad de que los sepan ambos sujetos, el que habla y el que escucha? Decididamente, Mr. Cox tendrá que empezar de nuevo sus investigaciones.

Como ya hemos dicho antes, la moderna fuerza psíquica y los antiguos fluidos oraculares, sean terrestres ó siderales, son en esencia idénticos—sencillamente una fuerza ciega. Lo mismo sucede con el aire; mientras que en un diálogo las ondas sonoras producidas por la

(1) Crookes: *Investigaciones*, etc., p. 96.

conversación de los interlocutores afectan la misma masa del aire, esto desvanece la menor duda de que hay dos personas que están hablando una con otra.

¿Es algo más razonable el decir que cuando un agente común es empleado por el medium y el «espíritu» para comunicarse entre sí, debe necesariamente existir allí sólo una inteligencia que se está manifestando? Así como el aire es necesario para el cambio mutuo de sonidos perceptibles al oído, del mismo modo ciertas corrientes de la luz astral, ó éter, dirigidas por una *Inteligencia*, son necesarias para la producción de los fenómenos llamados espiritistas. Colóquense los dos interlocutores dentro del vacío de la máquina neumática, y si pueden vivir, sus palabras serán sólo pensamientos inarticulados, por que allí no hay aire que vibre, y por esto ninguna onda sonora puede llegar á sus oídos. Colóquese el más poderoso de los mediums en una tal atmósfera, juntamente con un fuerte mesmerizador familiarizado con todas las propiedades que el agente mágico puede dar lugar á su alrededor, y ninguna clase de manifestaciones tendrán efecto, á menos que alguna inteligencia contraria y más enérgica que el poder de voluntad del mesmerizador venza á la última y termine la inercia astral.

Los antiguos no dejaban de distinguir entre una fuerza ciega obrando espontáneamente, y la misma fuerza siendo dirigida por una inteligencia.

Plutarco, el sacerdote de Apolo, hablando de los vapores oraculares, que eran sólo un gas subterráneo impregnado de propiedades magnéticas intoxicantes, dá á entender que su naturaleza es doble, cuando á él se dirige en estos términos: «¿Y quién eres tú? Sin un Dios que te ha creado y desarrollado, sin un demonio (espíritu) que, actuando bajo las órdenes de Dios, te dirige y te gobierna, tú no puedes hacer nada, tú no eres nada más que un vano soplo» (1). Así, pues, sin el alma ó inteligencia que la domina, la *fuerza psíquica* sería también un «vano soplo».

Aristóteles sostiene que este gas ó emanación astral, saliendo del interior de la tierra, es la sola *causa suficiente* obrando de dentro á fuera para vivificar á cada uno de los seres vivientes y plantas que existen sobre la corteza exterior. En contestación á los escépticos de su siglo, Cicerón, movido de una justa cólera, exclama: «¿Puede haber algo más divino que las exhalaciones de la tierra, que afectan al alma humana hasta el punto de concederle la predicción de lo futuro? ¿Y podrá la mano del tiempo desvanecer una virtud tal? ¿Os figurais que

(1) Luciano: *Pharsalia*, libro V.

estamos hablando de alguna especie de vino ó de algún manjar?» (1) ¿Prenderán los modernos experimentadores ser más sabios que Cicerón, y decir que esta fuerza eterna se ha desvanecido y que las fuentes de la profecía están secas?

Según se dice, todos los profetas de la antigüedad —sensitivos inspirados— pronunciaban sus profecías bajo las mismas condiciones, ya por el efluvio directo de la emanación astral hacia el exterior, ya por una especie de fluxión húmeda que surgía de la tierra. Esta materia astral es la que sirve como de vestidura temporal á las almas, quienes se la forman por sí mismas en esta luz. Cornelio Agrippa es de la misma opinión respecto á la naturaleza de estos fantasmas, que describe como húmedos ó mojados: «*In spiritu turbido HUMIDOQUE*» (2).

Las profecías han sido dadas de dos maneras distintas: conscientemente por mágicos que eran capaces de mirar en la luz astral, é inconscientemente por todos aquellos que obran bajo el poder de lo que se llama inspiración. Á esta última clase han pertenecido y pertenecen los profetas de la Biblia y los sujetos que, en nuestros tiempos, peroran en estado de éxtasis. Tan familiar era este hecho á Platón que, hablando de estos profetas, dice: «Ningún hombre, cuando está en su sentido, logra la verdad profética y la inspiración..... sino únicamente cuando está su mente perturbada por algún desarreglo ó posesión.....» (por un *daimonion* ó espíritu) (3). «Algunas personas les llaman profetas, y no saben que son únicamente *repetidores*. ... y después de todo, —añade— no deben ser llamados profetas, sino meros *transmisores* de visión y profecía».

Continuando su argumentación, Mr. Cox dice: «Los más ardientes espiritistas admiten prácticamente la existencia de la fuerza psíquica bajo el nombre muy impropio de magnetismo (con el cual no tiene la menor afinidad), porque aseguran ellos que los espíritus de los muertos pueden únicamente llevar á efecto los actos que les atribuyen, haciendo uso del magnetismo (esto es, la fuerza psíquica) de los mediums» (4).

Con esto se origina una nueva confusión á consecuencia de los distintos nombres aplicados á lo que puede probarse que es un solo y mismo imponderable compuesto. Porque la electricidad no llegó á ser una ciencia hasta el siglo diez y ocho, nadie dirá que esta fuerza no haya existido desde la creación del mundo, y aun estamos dispuestos á probar que hasta los antiguos hebreos la conocían. Pero no impide en manera alguna que el magnetismo y la electricidad sean dos cosas

(1) *De divinatio*, libro I, cap. 3.

(2) *De Occulta Philosoph*, p. 355.

(3) Platón: *Timæus*, vol. II, p. 563.

(4) Crookes: *Investigaciones &*, p. 101.

idénticas el mero hecho de que la ciencia exacta no acertase á encontrar casualmente, antes del año 1819, el descubrimiento que demostró la íntima conexi3n que existe entre estos dos agentes. Si á una barra de hierro se le pueden comunicar propiedades magnéticas haciendo pasar una corriente de electricidad voltaica sobre algùn conductor colocado de cierta manera junto á dicha barra, ¿porqué no aceptar como teoríá provisional que en la sesi3n un medium puede también ser un *conductor*, y nada más? ¿Es anticientífico decir que la inteligencia de la «fuerza psíquica», arrastrando corrientes de electricidad de las ondulaciones del éter y empleando el medium á guisa de conductor, desarrolla y hace entrar en acci3n el magnetismo latente, del cual está saturada la atmósfera de la sala de sesi3n, produciendo de este modo los efectos deseados? La palabra *magnetismo* es tan buena como otra cualquiera, hasta el día en que la ciencia nos dé algo más que un mero agente hipotético, dotado de propiedades problemáticas.

«La diferencia entre los defensores de la fuerza psíquica y los espiritistas—dice Sergeant Cox—consiste en que nosotros sostenemos que no hay todavía pruebas suficientes de la existencia de otro agente director que la inteligencia del medium, y que tampoco hay *la menor prueba* de la intervenci3n de los *espíritus* de los muertos» (1).

Completamente de acuerdo estamos con Mr. Cox acerca de la falta de pruebas referentes á la intervenci3n de los espíritus de los muertos; y en cuanto á lo demás, es una muy extraordinaria deducci3n de «un caudal de hechos», según la expresi3n de Mr. Crookes, quien dice más adelante: «Registrando mis notas, encuentro..... una superabundancia tal de evidencia, una masa de testimonios tan aplastante.... que podría llenar con ello varios números del *Quarterly*» (2).

Ahora bien, algunos de estos hechos de tan «abrumadora evidencia» son los que siguen: 1.º El movimiento de cuerpos pesados sin contacto, pero sin esfuerzo mecánico. 2.º El fenómeno de la percusi3n y de otros sonidos. 3.º La alteraci3n del peso de los cuerpos. 4.º Movimiento de objetos pesados, *situados á distancia del medium*. 5.º El levantamiento de mesas y de sillas desde el pavimento, *sin contacto con persona alguna*. 6.º LA LEVITACI3N DE SERES HUMANOS (3). 7.º «Apariciones luminosas». Dice Mr. Crookes: «Bajo las condiciones

(1) *Incestigaciones, etc.*, p. 101.

(2) Crookes: *Incestigaciones, etc.*, p. 83.

(3) En 1854, M. Foucault, médico eminente y miembro del Instituto francés, uno de los adversarios del Conde de Gasparin, rechazando hasta la mera posibilidad de tales manifestaciones, escribe las siguientes memorables palabras: «¡El día en que me sucediese el mover una paja por la sola acci3n de mi voluntad, me sentiría aterrorizado!» La palabra es ominosa. Poco más ó menos el mismo año, el astr3nomo Babinet repetía en su artículo

más rigurosas, yo he visto un cuerpo sólido, luminoso por sí mismo, aproximadamente del tamaño y forma de un huevo de pava, flotar silenciosamente por la habitación, unas veces á una altura tal que nadie podía alcanzarlo, aun cuando se hubiese elevado sobre las puntas de los piés, descendiendo después suavemente hasta el suelo. Este objeto luminoso fué visible durante más de diez minutos, y antes de desvanecerse, golpeó tres veces la mesa, con un ruido semejante al que hubiera producido un cuerpo duro y sólido⁽¹⁾.

Debemos inferir que el huevo era de la misma naturaleza que el meteoro-gato de M. Babinet, el cual está clasificado, con otros fenómenos naturales, en las obras de Arago. 8.º La aparición de manos, luminosas por sí mismas, ó visibles á la luz ordinaria. 9.º «Escritura directa» por las mismas manos luminosas, aisladas y evidentemente dotadas de inteligencia (Fuerza psíquica?) 10.º «Formas y apariencias de fantasmas.» En este caso, la fuerza psíquica viene de «un ángulo de la habitación», á modo de «forma de fantasma», coge un acordeón con sus manos, y se desliza por la habitación, tocando el instrumento; Home, el medium, estaba completamente á la vista durante todo este tiempo. ⁽²⁾ La totalidad de lo que precede, Mr. Crookes lo presencié y atestigué en su propia casa, y después de haberse asegurado científicamente de la legitimidad de los fenómenos, dió cuenta de ellos á la Sociedad Real. ¿Fué felicitado como descubridor de fenómenos naturales de un nuevo é importante carácter? Consulte el lector su obra, y tendrá la contestación.

Como adición á estas fantasías jugadas á la credulidad humana por la «fuerza psíquica», Mr. Crookes da otra clase de fenómenos, á los que llama «casos especiales», los cuales *parecen* (?) indicar la intervención de una inteligencia *exterior*. ⁽³⁾

«Yo he visto—dice Mr. Crookes—á Miss Fox escribir automáticamente una comunicación ó mensaje para una de las personas presentes, mientras que una nueva comunicación para otra persona, y sobre un asunto diferente, era dada alfabéticamente por medio de golpes, y durante todo este tiempo estaba ella hablando tranquilamente con una tercera persona, sobre un asunto completamente distinto de los otros

de la *Revue des Deux Mondes* la siguiente sentencia hasta la saciedad: «La levitación de un cuerpo *sin contacto* es tan imposible como el movimiento continuo, porque el día en que esto sucediese, *el mundo se vendría abajo*.» Afortunadamente, no hemos visto todavía la menor señal de semejante cataclismo; y sin embargo, la levitación de los cuerpos es un hecho incontestable.

(1) *Investigaciones*, etc., p. 91.

(2) *Idem*, pp. 86-97.

(3) *Idem*, p. 94.

dos... Durante una sesión con Mr. Home, una pequeña regla cruzó la mesa dirigiéndose hacia mí, *en plena luz*, y me comunicó un mensaje golpeando una de mis manos; yo recitaba el alfabeto, y la regla me daba un golpe cada vez que yo pronunciaba una de las letras precisas... hallándose á distancia de las manos de Mr. Home». La misma regla, á petición de Mr. Crookes, le transmitió «un mensaje telegráfico según el alfabeto de Morse, dándome golpes en la mano, con la particularidad de que este alfabeto era desconocido para todas las personas presentes, y aun yo mismo lo conocía muy imperfectamente»; «y—añade Mr. Crookes—esto me convenció de que en el otro extremo de la línea había un buen operador Morse, CUALQUIERA QUE FUESE» (1) ¿Sería inoportuno, en el presente caso, indicar que Mr. Cox debería buscar al operador en sus dominios privados, el campo psíquico? Pero la misma regla hace más y mejor. En la habitación misma de Mr. Crookes, y en plena luz, se le pide que dé una comunicación;... «un lápiz y algunas hojas de papel estaban en el centro de la mesa; de repente el *lápiz se levantó de su sitio*, y después de dirigirse hacia el papel dando saltos inseguros, cayó encima del mismo. Se levantó entonces, y cayó de nuevo... Después de tres tentativas infructuosas, una pequeña regla de madera —(el operador Morse)—que estaba allí cerca, encima de la mesa, *se deslizó hacia el lápiz*, y se elevó algunas pulgadas por encima de la mesa; el lápiz se levantó otra vez, y *apoyándose contra la regla*, hicieron juntos un esfuerzo para escribir en el papel. Cayó, y entonces intentaron ambos hacer un nuevo esfuerzo. Después de una tercera tentativa, la regla se dió por vencida, y *retrocedió hasta su primitivo sitio*, el lápiz cedió, cayendo atravesado encima del papel, y un mensaje alfabético nos decía: ‘Hemos procurado hacer lo que nos pedíais, pero *nuestro poder* está exhausto.’» (2). La palabra *nuestro*, refiriéndose á los inteligentes esfuerzos combinados del lápiz y de su amiga la regla, deben hacernos pensar que allí estaban presentes *dos* fuerzas psíquicas.

En todo esto ¿existe prueba alguna de que el agente director fuese «la inteligencia del medium»? ¿No hay, por el contrario, indicios de que los movimientos de la regla y del lápiz eran dirigidos por espíritus «de los muertos», ó al menos por algunas otras entidades inteligentes é invisibles? Es muy cierto que el término magnetismo explica este caso tan mal como la palabra *fuerza psíquica*; no obstante, es más razonable usar el primero que la segunda, aunque sólo fuese por el simple hecho de que el magnetismo ó mesmerismo trascendente pro-

(1) *Investigaciones*, etc., p. 95.

(2) *Investigaciones*, p. 94.

duce fenómenos idénticos en sus efectos á todos los del espiritismo. El fenómeno del círculo *encantado* del Barón de Potet y de Regazzoni está tan en oposición con las leyes aceptadas de la fisiología, como el levantamiento de la mesa sin contacto alguno lo está con las de la filosofía natural. De la misma manera que varios hombres muy fuertes se han visto en la imposibilidad de levantar una pequeña mesa, que sólo pesaba unas pocas libras, y la han roto á pedazos con sus esfuerzos, así también una docena de experimentadores, entre los cuales se veían á veces académicos, no han podido absolutamente atravesar una línea de yeso trazada en el pavimento por Du Potet. En cierta ocasión un general ruso, bien conocido por su escepticismo, se empeñó en cruzar dicha línea, hasta que cayó al suelo presa de violentas convulsiones. En este caso, el fluido magnético que tal resistencia oponía, era la fuerza psíquica de Mr. Cox, la misma que comunica á las mesas un peso tan extraordinario y sobrenatural. Si uno y otra producen los mismos efectos psicológicos y fisiológicos, es muy racional admitir que ambos son más ó menos idénticos. No creemos que puedan lógicamente presentarse objeciones á esta deducción; aparte de esto, aunque se negasen los hechos, esto no sería razón para que no pueda ser como decimos. Hubo un tiempo en que todas las Academias de la Cristiandad estaban unánimes en negar que existiesen montañas en la luna; y también hubo una época en la que si alguien hubiese sido bastante atrevido para afirmar que existía la vida lo mismo en las regiones superiores de nuestra atmósfera que en los insondable abismos del océano, le hubieran tenido por un loco ó un ignorante.

«El Diablo afirma, luego debe ser mentira!», acostumbraba decir el piadoso abate Almiguana, en una discusión con una «mesa espiritualizada.» Pronto podremos nosotros parafrasear esta sentencia, y decir:— «Los sabios niegan, luego debe ser verdad.»

CAPÍTULO VII.

«Tú, gran Causa Primera, la menos comprendida». — POPE.

«¿Porqué esta dulce esperanza, este deseo ansioso,
Este vivo anhelo por la inmortalidad?
¿Y porqué este secreto espanto, é íntimo horror
De sumirse en la nada? ¿Porqué se encoge el alma
Dentro de sí misma, y tiembla ante la destrucción?
Es la divinidad que dentro de nosotros se agita;
Son los mismos cielos que nos indican nuestro porvenir,
Y hacen conocer la inmortalidad al hombre.

¡ETERNIDAD! ¡Encantador y terrible pensamiento!» ADDISON.

«Existe otro mundo mejor». — KOTZEBUE: *El Estranjero*.

DESPUÉS de haber concedido tanto espacio á las contradictorias opiniones de nuestros hombres de ciencia, respecto de ciertos fenómenos ocultos de nuestros mismos tiempos, es muy justo que prestemos alguna atención á las especulaciones de los alquimistas de la Edad Media y de otros hombres ilustrados. Casi sin excepción, los sabios antiguos y los medioevales creían en las arcanas doctrinas de la sabiduría. Estas comprendían la Alquimia, la Kábala caldeo-judía, los sistemas esotéricos de Pitágoras y de los antiguos Magos, y los de los últimos filósofos platónicos y teurgistas. Nos proponemos en las siguientes páginas ocuparnos de los gimnosofistas de la India y de los astrólogos caldeos. No debemos descuidar el poner de manifiesto las grandes verdades ocultas en las mal comprendidas religiones de los tiempos pasados. Los cuatro elementos de nuestros padres: tierra, aire, agua y fuego, contienen para el que estudia la Alquimia y la antigua Psicología—ó como se llama hoy día, Magia—muchas cosas en las cuales nuestra filosofía moderna no ha soñado jamás. No debemos olvidar que lo que ahora es llamado *Nigromancia* por la Iglesia, y *Espiritismo* por los creyentes modernos, y que comprende la evocación de espíritus de personas que han existido, es una ciencia que, desde la más remota antigüedad, ha estado casi universalmente difundida por toda la superficie del globo.

A pesar de no ser alquimista, ni mágico, ni astrólogo, sino sencillamente un gran filósofo, Henry More, de la Universidad de Cambrid-

ge, y un hombre universalmente apreciado, podemos citarle como un sagaz lógico, sabio y metafísico. Su creencia en la hechicería fué firme durante toda su vida. Su fé en la inmortalidad, y sus ingeniosos argumentos en favor de la supervivencia del espíritu del hombre después de la muerte, están todos fundados en el sistema pitagórico, adoptado por Cardan, Van-Helmont y otros místicos. El espíritu infinito é increado que acostumbramos á llamar Dios, una substancia de la más elevada virtud y excelencia, ha dado origen á todas las cosas, sólo por *causalidad emanativa*. Así pués, Dios es la substancia primaria, y todo lo demás la secundaria; si Aquél ha creado la materia con un poder para moverse por sí misma, ella, la substancia primaria, es todavía la causa de aquel movimiento, lo mismo que de la materia, y con razón decimos que es la materia la que se mueve por sí misma. «Podemos nosotros definir esta especie de espíritu diciendo que es una substancia indiscernible, que puede moverse por sí misma, puede penetrar, contraerse y dilatarse, y que puede asimismo mover, alterar y penetrar en la materia,» (1) la cual es la tercera emanación. Henry More creía firmemente en las apariciones, y defendía resueltamente la teoría de la individualidad de cada alma, en la cual «la personalidad, memoria y conciencia continuarían seguramente en un estado futuro.» Dividía el espíritu astral del hombre después de haber salido de su cuerpo, en dos distintas entidades: el «vehículo aéreo,» y el «etéreo». Durante el tiempo en que un individuo desencarnado se mueve en su vestidura aérea, está sujeto al *Hado*, esto es, al pecado y á la tentación, ligado á sus intereses terrenos, y por lo tanto, no es completamente puro; sólo cuando arroja este vestido de las primeras esferas, y se eterifica, sólo entonces está seguro de su inmortalidad. «Porque ¿qué sombra puede proyectar un cuerpo que es de luz pura y transparente, como es la del vehículo etéreo? Y por esto se realiza por completo aquel oráculo cuando el alma ha ascendido á aquella condición que ya hemos descrito, la única en la cual está fuera del alcance del destino y de la mortalidad.» Concluye dicho filósofo su obra afirmando que esta condición trascendente y divinamente pura era el único anhelo de los pitagóricos.

Refiriéndose á los escépticos de su tiempo, su lenguaje es despreciativo y severo. Hablando de Scot, Adie y Webster, les llama «nuestros santos nuevos é inspirados, ... fiscales de los hechiceros, y hombres, en fin, que loca é imprudentemente, contra todo sentido y razón, contra toda la antigüedad, contra todos los intérpretes y contra la misma Escritura, no quieren ver ningún Samuel en escena, sino un

(1) *Antidote*, lib. I, cap. 4.

bribón ejerciendo de compadre! ¿A quién hay que creer, á la Escritura, ó á estos payasos reventando de orgullo, henchidos sólo por su ignorancia, vanidad é infidelidad estúpida? Juzgue cada cual como mejor le parezca», añade. (1)

¿Qué especie de lenguaje hubiera empleado este teólogo eminente contra los escépticos del siglo diez y nueve?

Descartes, aunque adorador de la materia, era uno de los más decididos partidarios de la doctrina magnética, y en cierto modo hasta de la Alquimia. Su sistema de física era muy parecido al de los otros grandes filósofos. El espacio, que es infinito, está compuesto, ó mejor dicho, está lleno de una materia fluida y elementaria, y ésta es la única fuente de toda vida, envolviendo á todos los globos celestes, y manteniéndolos en perpétuo movimiento. Las corrientes magnéticas de Mesmer son los torbellinos Cartesianos disfrazados, y ambos se apoyan en el mismo principio. Ennemoser no vacila en decir que la semejanza existente entre ambas es mucho mayor «que lo que suponen los que no han estudiado cuidadosamente el asunto.» (2)

El eminente filósofo Pierre Poiret Naudé era el más ardiente defensor de las doctrinas del magnetismo oculto y de sus primeros introductores, (3) en 1679. La filosofía mágico-teosófica está vindicada por completo en sus obras.

El célebre Dr. Hufeland ha escrito una obra sobre magia (4) en la cual sienta la teoría de la simpatía universal y magnética entre los hombres, los animales, las plantas, y hasta los minerales. El testimonio de Campanella, Van-Helmont y Servio es confirmado por él en lo referente á la simpatía que existe entre las diversas partes del cuerpo, lo mismo que entre las partes de todos los cuerpos, así orgánicos como inorgánicos.

Tal es también la doctrina de Tenzel Wirdig, la cual puede verse expuesta en sus obras con mucha más claridad, lógica y vigor que en todas las de otros autores místicos que se han ocupado del mismo asunto. En su famoso tratado *La nueva Medicina espiritual*, demuestra en el terreno del hecho últimamente aceptado de la atracción y repulsión universal—ahora llamado «gravitación»,—que toda la naturaleza está *animada*. Wirdig llama á esta simpatía magnética «la buena armonía de los espíritus.» Cada cosa es atraída hacia su igual, y tiende á unirse con naturalezas simpáticas con la suya. A

(1) «Carta á Glanvil, autor del *Sadducismus Triumphatus*, Mayo, 25, 1678.»

(2) *Historia de la Magia*, vol. II, p. 272.

(3) *Apologie pour tous les grands personnages faussement accusés de magie*.

(4) Berlin, 1817.

causa de esta simpatía y antipatía se origina un movimiento constante en todo el mundo y en todas sus partes, y una comunión incesante entre los cielos y la tierra que produce la armonía universal. Todas las cosas viven y mueren por efecto del magnetismo; una cosa afecta á la otra, aun á grandes distancias, y sus «congénitas» pueden ser influídas por el poder de esta simpatía, en términos que logren la salud ó adquieran una enfermedad en cualquier tiempo, y sea cual fuere el espacio que las separe. (1) «Hufeland—dice Ennemoser—cuenta que una nariz fué cortada de la espalda de un mozo de cordel, y que cuando éste murió, murió tambien la nariz y cayó de su posición artificial. Un pedazo de piel—añade Hufeland—tomado de una cabeza viviente sufre el cambio de color de su cabello, pues éste se vuelve gris al mismo tiempo que el de la cabeza de donde procede.» (2)

Kepler, el precursor de Newton en muchas grandes verdades é igualmente en la de la «gravitación» universal, la cual atribuía muy justamente á la atracción magnética, á pesar de que llama á la Astrología «la insana hija de una muy sabia madre», la Astronomía, participa de la creencia kabalística de que los espíritus de los astros son otras tantas «inteligencias;» y cree firmemente que cada planeta es la estancia de un principio inteligente, y que todos ellos están habitados por seres espirituales, quienes ejercen su influencia sobre otros seres que habitan otras esferas más groseras y materiales que las suyas y especialmente nuestra tierra. (3) Así como las influencias estelares espirituales de Kepler fueron anuladas por los vórtices del más materialista Descartes, cuyas tendencias ateistas no eran obstáculo para que creyese haber encontrado un régimen dietético capaz de prolongar su vida quinientos años y más, del mismo modo los vórtices de éste y sus doctrinas astronómicas cederán su lugar, algún día, á las corrientes magnéticas inteligentes, las cuales son dirigidas por el *Anima Mundi*.

Bautista Porta, el sabio filósofo italiano, á pesar de haber intentado demostrar al mundo lo infundado de sus diatribas contra la magia, que consideraba como una superstición y hechicería, fué tratado por los últimos críticos con la misma mala fé que á sus colegas. Este

(1) «*Nova Medicina Spirituum*», 1675.

(2) *Historia de la Magia*.

(3) Sería inútil y pesado entrar aquí á defender la teoría de Kepler sobre la relación entre los cinco cuerpos regulares de la geometría y las magnitudes de las órbitas de los cinco planetas principales, teoría de lo cual se burla el profesor Draper en su «Conflicto.» Muchas son las teorías de los antiguos que han sido ya reconocidas por los descubrimientos modernos. Respecto de las restantes debemos esperar que les llegue su tiempo.

célebre alquimista ha dejado una obra sobre *Magia Natural*, (1) en la que funda todos los fenómenos ocultos posibles en el alma del mundo, la cual une á todo con el todo. Demuestra que la luz astral actua en armonía y simpatía con toda la naturaleza; que ella es la esencia de la cual nuestros espíritus están formados; y que, obrando al unísono con la fuente de que procede, nuestros cuerpos siderales llegan á ser capaces de producir mágicas maravillas. Todo el secreto depende de nuestro conocimiento de los elementos convenientes. Creía él en la piedra filosofal, «de la que el mundo tiene tan grande opinión, y que ha dado motivo en muchas épocas á tantas fanfarronadas, la cual ha sido felizmente encontrada por algunos.» Y finalmente dá muchas valiosas insinuaciones respecto á su «significación espiritual.» En 1643, apareció un monje entre los místicos, el Padre Kircher, el cual enseñaba una filosofía completa de magnetismo universal. Sus numerosas obras (2) comprenden muchas de las cuestiones simplemente indicadas por Paracelso. Su definición del Magnetismo es muy original porque contradice la teoría de Gilbert, de que la tierra es un grande imán. Aseguraba que, aunque cada partícula de materia, é igualmente los «poderes» intangibles é invisibles eran magnéticos, esto no era razón para que fuesen un imán. *Sólo existe un IMÁN en el universo, y de él procede la magnetización de todo cuanto existe.* Este imán es, por supuesto, lo que los kabalistas llaman el Sol Espiritual central, ó Dios. Afirmaban ellos que el sol, la luna y las estrellas eran altamente magnéticos, pero que habían llegado á serlo por inducción á causa de vivir en el fluido universal y magnético, ó sea la Luz Espiritual. Prueba la simpatía misteriosa que existe entre los cuerpos pertenecientes á los tres principales reinos de la naturaleza, y refuerza su argumento con un estupendo catálogo de ejemplos. Muchos de estos han sido comprobados por los naturalistas, pero la mayor parte han quedado sin comprobar, y aun han sido negados, gracias á la prudencia tradicional y la muy equívoca lógica de nuestros sabios.

Así, por ejemplo, hace notar una diferencia entre el magnetismo mineral y el zoomagnetismo, ó magnetismo animal. Lo demuestra en el hecho de que, excepto en el caso de la piedra-imán, todos los minerales son magnetizados por la potencia más elevada, el magnetismo animal, mientras que éste goza del mismo, como una emanación directa de la primera causa: el Creador. Una aguja puede ser

(1) *Magia naturalis*, Lugduni, 1569.

(2) Athanasius Kircher: «*Magnes sive de arte magnetici opus tripartitum.*» Colonia, 1654.

magnetizada por estar sencillamente en la mano de un hombre dotado de una voluntad enérgica, y el ámbar desarrolla su potencia más por la fricción con la mano del hombre que por ningún otro objeto; por esta razón, el hombre puede comunicar su propia vida, y hasta cierto punto, *animar* objetos inorgánicos. Esto, «á los ojos de los necios, es hechicería.» «El sol es el más magnético de todos los cuerpos» — dice, anticipándose de este modo, en más de dos siglos, á la teoría del general Pleasonton. «Los antiguos filósofos jamás han negado el hecho —añade,— pero en todos tiempos se han apercibido de que las emanaciones del sol unían á él todas las cosas, y que dicho astro comunica este poder de relación á todas las cosas que caen bajo sus rayos directos.»

Como prueba de ello, cita el ejemplo de varias plantas que son especialmente atraídas por el sol, y otras que lo son por la luna, y que demuestran su irresistible simpatía hacia aquél siguiendo su curso al través de los cielos. La planta conocida con el nombre de *Githymal* (1) sigue fielmente á su soberano, hasta cuando es invisible á causa de la niebla. La acacia abre sus pétalos á la salida del sol, y los cierra cuando se pone. Lo mismo hacen el loto egipcio y el girasol común. La yerba-mora demuestra la misma predilección por la luna.

Como ejemplos de antipatías y simpatías entre las plantas, cita la aversión que la viña siente por la col, y su cariño por el olivo, el amor del ranúnculo por el lirio de agua, y el de la ruda por la higuera. La antipatía que algunas veces existe hasta entre substancias parecidas está claramente demostrada en el caso del granado mexicano, cuyos renuevos, cuando cortados á pedazos, se repelen unos á otros con la «ferocidad más extraordinaria».

Kircher considera que cada sentimiento en la naturaleza humana es el resultado de cambios en nuestra condición magnética. Cólera, celos, amistad, amor y odio, todo son modificaciones de la atmósfera magnética que en nosotros se desarrolla, y que de nosotros continuamente emana. El amor es una de las más variables, y por esto sus aspectos son innumerables. El amor espiritual, el de una madre por su hijo, el de un artista por algún arte especial, el amor, lo mismo que la amistad pura, son sencillamente manifestaciones de simpatía entre naturalezas que congenian unas con otras. *El magnetismo de amor puro es la causa original de todas las cosas creadas.* En su sentido ordinario, el amor entre los dos sexos es electricidad, y él lo llama *amor febris species*, la fiebre de la especie. Existen dos clases

(1) Lib. III, p. 643. (Girasol (?).N. del T.)

de atracción magnética: simpatía y fascinación; la una pura y natural, la otra mala y contranatural. A la última, ó sea á la fascinación, debemos atribuir el poder del sapo venenoso, el cual, sólo abriendo la boca, obliga al reptil ó insecto á precipitarse dentro de la misma, causando su propia destrucción. El ciervo, lo mismo que otros animales más pequeños, son atraídos por el aliento de la serpiente boa, y se ven irresistiblemente obligados á ponerse á su alcance. El pez eléctrico, el torpedo, rechaza el brazo del pescador por medio de un choque que le entorpece durante cierto tiempo. Para ejercitar este poder aplicándolo á objetos benéficos, el hombre necesita tres condiciones: 1.º Nobleza de alma; 2.º Voluntad poderosa, é intensa facultad imaginativa; 3.º Un sujeto más débil que el magnetizador; de otra manera, aquél resistiría. Un hombre libre de las tentaciones mundanas y de la sensualidad puede curar de este modo las enfermedades más «incurables», y su visión puede llegar á ser clara y profética.

Un ejemplo curioso de la atracción universal antes mencionada, entre todos los cuerpos del sistema planetario, y entre todas las cosas así orgánicas como inorgánicas que á ellos pertenecen, se encuentra en un raro y antiguo libro del siglo diez y siete. Contiene notas de viaje y un informe oficial al rey de Francia, por su embajador Mr. de la Loubère, acerca de lo que había visto en el reino de Siam. «En Siam—dice—hay dos especies de peces de agua dulce, llamadas respectivamente *pal-out* y *pla-cadi*. Una vez salados y colocados sin cortar (enteros) en la marmita, se les ve seguir exactamente el flujo y reflujo del mar, subiendo más ó menos en la marmita, según el mar suba ó baje», (1) Mr. de la Loubère hizo experimentos con estos peces durante mucho tiempo, en compañía de un ingeniero del gobierno llamado Vincent, y de esta manera atestigua, por la verdad de su afirmación, lo que al principio había sido despreciado como una fábula baladí. Tan potente es esta misteriosa atracción, que obra sobre los peces aun cuando sus cuerpos estén completamente podridos y caigan á pedazos.

Especialmente en los países no favorecidos con las ventajas de la civilización es donde debemos buscar una explicación de la naturaleza y observar los efectos de aquel sutil poder que los antiguos filósofos llamaban «el Alma del mundo.» En Oriente tan sólo, y en las regiones inmensas é inexploradas del Africa, encontrará el que estudia la psicología alimento abundante con que satisfacer su alma hambrienta de verdad. La razón es obvia. La atmósfera en los grandes centros de

(1) *Notas para una nueva relación histórica del Reino de Siam*, por de la Loubère, embajador francés en Siam, en los años 1687-8.—Edición de 1692.

población está muy viciada por los humos de las fábricas y emanaciones de las manufacturas, máquinas de vapor, ferrocarriles y vapores, y especialmente por las exhalaciones miasmáticas de los vivos y de los muertos. La naturaleza, lo mismo que los seres humanos, depende de las condiciones bajo las cuales puede obrar, y su soplo poderoso, por decirlo así, puede fácilmente ser debilitado, impedido y contrareestado, y la correlación de sus fuerzas puede ser destruida en un punto dado, lo mismo que si ella fuese un hombre. No sólo el clima, sino que también las influencias ocultas que siente todos los días, no solamente modifican la naturaleza fisio-psicológica del hombre, sino que igualmente alteran la constitución de la materia llamada inorgánica en un grado tal que no puede ser reconocido con precisión por la ciencia europea. Así es que el *Medical and Surgical Journal* de Londres advierte á los cirujanos que no lleven lancetas á Calcuta, pues ha sido observado por experiencia personal «que el acero inglés no puede soportar el clima de la India;» del mismo modo un manojito de llaves inglesas ó americanas se cubren completamente de orin veinte y cuatro horas después de estar en Egipto; al paso que los objetos fabricados con acero del país permanecen sin oxidarse. También por la misma razón se ha visto que un Shamano de Siberia que había dado pruebas estupendas de sus poderes ocultos entre sus paisanos Tschuktschen pierde tales poderes por grados, y con frecuencia completamente, al llegar á la atmósfera de Londres saturada de humo y niebla. ¿Es el organismo interno del hombre menos sensible á las influencias climatológicas que un pedazo de acero? Si no lo es, ¿porqué tenemos que poner en duda el testimonio de los viajeros que han visto al Shamano, día por día, verificando fenómenos de carácter el más asombroso en su país natal, y negar la posibilidad de tales poderes y de semejantes fenómenos, solamente porque no puede hacer otro tanto en Londres y en París? En su discurso sobre las *Artes perdidas*, Wendell-Phillips prueba que además de que el cambio de clima afecta á la naturaleza psicológica del hombre, los pueblos orientales tienen los sentidos físicos mucho más agudos que los europeos. Los tintoreros franceses de Lyon, á quienes nadie puede sobrepasar en su arte, dice él, «suponen que existe un delicado tono azul que los europeos *no pueden ver*.... Y en Cachemira, en donde las muchachas hacen chales valuados en \$ 30.000, enseñarían á los tintoreros de Lyon trescientos colores distintos que ellos no sólo no pueden obtener, pero *ni siquiera distinguir*.» Si existe una diferencia tan enorme entre la agudeza de los sentidos externos de ambas razas, ¿porqué no puede suceder lo mismo respecto de sus poderes psicológicos? Además, la

vista de una doncella de Cachemira es capaz de apreciar *objetivamente* un color que existe, pero que, siendo inapreciable á los ojos de un europeo, es para él lo mismo que si no existiese. ¿Porqué no conceder entonces que algunos organismos con dotes especiales, los cuales se supone que poseen aquella facultad misteriosa llamada *segunda vista*, puedan ver lo que ven tan *objetivamente* como la muchacha de Cachemira ve los colores; y que, por lo tanto, sus visiones, en lugar de ser meras alucinaciones objetivas creadas por la imaginación, son, por el contrario, reflexiones de personas y cosas reales, impresas en el éter astral, tal como lo explicaban los antiguos filósofos y los *Oráculos Caldeos*, y lo han sospechado algunos modernos descubridores, tales como Babbage, Jevons y los autores del *Universo Invisible*?

«Tres espíritus viven y actúan en el hombre —dice Paracelso,— tres mundos lanzan sobre él sus rayos luminosos; pero los tres tan solamente lo hacen como imagen y eco de un sólo y mismo principio constructor y unificador universal de producción. El primero es el espíritu de los elementos (cuerpo terrestre y fuerza vital, en su condición grosera); el segundo, el espíritu de los astros (cuerpo sideral ó astral, el alma); el tercero es el Espíritu *Divino (Augoeides)*.» Conteniendo nuestro cuerpo humano «tierra material primitiva», como Paracelso la llama, podemos fácilmente aceptar la tendencia de las modernas investigaciones científicas, y «considerar los procesos de ambas vidas, tanto la animal como la vegetal, como sencillamente físicos y químicos.» También esta teoría confirma las afirmaciones de los antiguos filósofos y de la *Biblia Mosaica*, que del polvo de la tierra han sido hechos nuestros cuerpos, y que en polvo se han de convertir.

Pero debemos recordar aquello:

«Polvo eres y en polvo te convertirás,
Pero no se trata del alma.»

El hombre es un pequeño mundo, un microcosmo dentro del gran universo. A manera de un feto está suspendido con sus *tres* espíritus, en la matriz del macrocosmo; y mientras que su cuerpo terrestre está en simpatía constante con su madre la tierra, su alma astral vive al unísono con la sideral *anima mundi*. Aquélla está en ésta, como ésta en aquélla, porque el elemento que impregna al mundo llena todo el espacio, y es el espacio mismo lo único ilimitado é infinito. En cuanto á su tercer espíritu, el divino, ¿qué es sino un rayo infinitesimal, una de las innumerables radiaciones procedentes directamente de la Causa más Elevada, la Luz Espiritual del Mundo? Esta es la trinidad de la

da naturaleza, así orgánica como inorgánica, la espiritual y la física, la que son tres en una, y de la cual dice Proclo que «la primera mónada es el Dios Eterno; la segunda la eternidad; la tercera el *paradigma* ó modelo del universo,» constituyendo las tres la Triada Inteligible. Cada una de las cosas en este universo visible procede de esta Triada, y es ella misma una Triada microcósmica. Y así se mueven en majestuosa procesión por las regiones de la eternidad, en torno del sol espiritual, del mismo modo que, en el sistema heliocéntrico, los cuerpos celestes giran alrededor del sol visible. La *Mónada* pitagórica, que reside «en la soledad y en las tinieblas,» puede permanecer en esta tierra para siempre invisible, impalpable é indemostrable por la ciencia experimental. Todo el universo continuará sin cesar gravitando á su alrededor como lo ha hecho desde el «principio de los tiempos,» y á cada segundo, el hombre y el átomo se acercan más y más á aquel momento solemne de la eternidad en que la Invisible Presencia se manifestará ante su vista espiritual. Cuando cada partícula de materia, aun la más sublimada, sea arrojada de la última forma que constituye el eslabón postrero de la doble cadena de la evolución que, al través de millones de épocas y de transformaciones sucesivas, ha impelido á la entidad hacia adelante; y cuando, por fin, se encuentre ella misma revestida de aquella esencia primordial, idéntica á la de su Creador, entonces este impalpable átomo orgánico habrá concluido su camino, y los hijos de Dios una vez más «lanzarán exclamaciones de júbilo» por la vuelta del peregrino.

«El hombre—dice Van-Helmont—es el espejo del universo, y su triple naturaleza está en relación con todas las cosas. La voluntad del Creador, por medio de la cual todas las cosas fueron hechas y recibieron su primer impulso, es la propiedad de cada sér viviente. El hombre, dotado con una espiritualidad adicional, posee en este planeta la más grande porción de ella. De la proporción en que está en él la materia, depende que pueda ejercitar su facultad mágica con mayor ó menor éxito. Participando de esta potencia divina en común con cada átomo inorgánico, la pone en juego durante todo el curso de su vida, ya conscientemente, ya de otra manera. En el primer caso, hallándose en plena posesión de sus poderes, será el señor, y el *magnale magnum* (el alma universal) será dominada y dirigida por él. En cuanto á los animales, plantas, minerales, y hasta una gran parte de la humanidad, este fluido etéreo que penetra todas las cosas, no encontrando ninguna resistencia y hallándose abandonado á sí mismo, los mueve con sus impulsos directos. Cada uno de los seres creados en esta esfera sublunar ha procedido del *magnale*

magnum, y con él está relacionado. El hombre posee un poder celestial doble, y está aliado con los cielos. Este poder existe «no sólo en el hombre exterior, sino también en cierto grado en los animales, y quizás en todas las demás cosas, estando como están todas las cosas en el universo en relación unas con otras; ó por lo menos, Dios está en todas las cosas, como los antiguos habían observado justa y correctamente. Es necesario que la fuerza mágica sea despertada lo mismo en el hombre exterior que en el interior.... Y si nosotros llamamos á esto un poder mágico, el ignorante no hará más que asustarse con la expresión. Pero si os gusta más, podéis llamarlo un poder espiritual—*spirituale robur vocitaveris*. Semejante poder mágico existe de consiguiente en el hombre interno. Pero, como hay una cierta relación entre el hombre interior y el exterior, esta fuerza debe ser difundida por la totalidad del hombre.» (1)

En una extensa descripción de los ritos religiosos, vida monástica y «supersticiones» de los Siameses, Mr. de la Loubère cita, entre otras cosas, el maravilloso poder poseído por los *Talapoines* (los monjes, ó los santos hombres de Buddha) sobre los animales salvajes. «El Talapoin de Siam —dice— se pasa semanas enteras en un espeso bosque bajo un pequeño toldo de ramas y hojas de palmera, y jamás enciende fuego por la noche para ahuyentar á las fieras, como hacen todos los que viajan al través de los bosques de este país». El pueblo considera como un milagro el que nunca sea devorado ningún Talapoin. Los tigres, elefantes y rinocerontes—que abundan por las cercanías— los respetan; y hasta ha habido viajeros apostados en sitios seguros que han visto á las bestias salvajes lamer las manos y los pies de los Talapoines dormidos. «Todos ellos hacen uso de la magia,—añade el autor francés—y creen que toda la naturaleza está animada,(2) admitiendo asimismo la existencia de genios tutelares.» Pero lo que más parece chocar al autor es la idea que prevalece entre los Siameses, ó sea «que tal como es el hombre durante esta vida, tal será después de la muerte». «Cuando el Tártaro, que ahora reina en China —observa de la Loubière— quiso obligar á los chinos á afeitarse el pelo según la moda tártara, muchos de ellos prefirieron sufrir la muerte á ir al otro mundo y aparecer, como decían, sin pelo ante sus antecesores, imaginándose que también les afeitaban la cabeza del alma.» (3) «Ahora, lo que es en absoluto impertinente —añade el Embajador— en esta opinión absurda, es que los Orientales atribuyan al alma la figura huma-

(1) Bantista Van-Helmont: «*Opera Omnia.*» 1682, p. 720 y sig.

(2) De la Loubère: *Notes, etc.* (véase antes), p. 115.

(3) *Idem*, p. 120.

na, con preferencia á cualquiera otra causa.» Sin ilustrar al lector diciéndole qué especie de forma particular estos infelices Orientales debían escoger para sus almas desencarnadas, empieza de la Loubère á desencadenar su cólera contra estos «salvajes.» Finalmente ataca la memoria del Rey de Siam anterior, padre de aquel á cuya córte fué enviado, acusándole de haber gastado locamente sobre dos millones de libras en busca de la piedra filosofal. «Los chinos—dice,—reputados tan sabios, hace tres ó cuatro mil años que tontamente creen en su existencia, y que buscan un remedio universal por el que esperan librarse hasta de la necesidad de morir. Se fundan en algunas tradiciones necias concernientes á algunas *raras* personas, las cuales, según se dice, hicieron oro y vivieron algunos siglos; existen hechos sólidamente establecidos entre los Chinos, Siameses y otros Orientales, concernientes á aquéllos que saben hacerse inmortales, ó en absoluto, ó de una manera tal que no puedan morir más que de muerte violenta. (1) Y en prueba de ello, citan ellos á algunas personas que se han retirado de la vista de los hombres para gozar de una vida libre y pacífica, contando maravillas respecto de la sabiduría de estos pretendidos inmortales.»

Si Descartes, como francés y sabio que era, podía, en medio de la civilización, creer firmemente que se hubiese descubierto un remedio tan universal, y que si estuviese en posesión del mismo podría alargar la vida hasta los quinientos años por lo menos, ¿porqué los Orientales no han de tener derecho á esta misma creencia? Los problemas capitales de la vida y de la muerte están todavía sin resolver por parte de los fisiólogos occidentales. Hasta el sueño es un fenómeno respecto de cuya causa hay entre ellos grandes divergencias de opinión. ¿Cómo pueden, pues, pretender fijar límites á lo posible, y definir lo imposible?

Desde las épocas más remotas los filósofos han afirmado el singular poder de la música sobre ciertas enfermedades, especialmente sobre las de carácter nervioso. Kircher la recomienda, habiendo experimentado sus buenos efectos en sí mismo, y dá una descripción detallada del instrumento empleado por él. Era una harmónica compuesta de cinco vasos de cristal muy delgado, colocados en fila. Dos de ellos contenían dos diferentes clases de vino; el tercero, aguardiente; el cuarto, aceite; y el quinto, agua. Producía cinco sonidos melódicos con ellos por el método ordinario, ó sea frotando el dedo con el borde de los mismos. El sonido tiene una propiedad atractiva; expelle la

(1) De la Loubère: *Notes*, etc., p. 63.

enfermedad, la cual corre á encontrarse con la onda musical, y, confundiendo ambas, se pierden en el espacio. Hace unos veinte siglos que Asclepiades empleaba la música con el mismo objeto; tocaba una trompeta para curar la ciática, y su prolongado sonido, haciendo vibrar las fibras nerviosas, producía invariablemente la cesación del dolor. Demócrito afirma, del mismo modo, que muchas enfermedades pueden curarse por medio de los melodiosos sonidos de una flauta. Mesmer usaba esta misma harmónica descrita por Kircher, para sus curaciones magnéticas.

El célebre escocés Maxwell ofrecía demostrar á varias Academias de Medicina que, con ciertos medios magnéticos que tenía á su disposición, él curaría varias enfermedades consideradas por ellas como incurables, tales como la epilepsia, impotencia, locura, cojera, hidropepsia y las más pertinaces calenturas. (1)

La historia tan conocida del exorcismo del «maligno espíritu enviado de Dios», de que estaba poseído Saúl, acude á la memoria de cualquiera al hablar de esto. Hé aquí cómo la refiere la Biblia: «Y sucedió que cuando el maligno espíritu enviado de Dios asaltaba á Saúl, David tomaba el arpa, y la tañía con su mano: *de este modo Saúl se tranquilizaba, y se sentía bien*, y el maligno espíritu se alejaba de él» (2).

Maxwell, en su *Medicina Magnética*, expone las proposiciones siguientes, todas las cuales son exactamente las doctrinas de los alquimistas y kabalistas.

«Lo que los hombres llaman alma del mundo es una vida tan ardiente, espiritual, veloz, brillante y etérea como la luz misma. Es un espíritu de vida que está en todas partes, y en todas partes es el mismo... Toda materia se halla destituida de acción, excepto cuando está animada por este espíritu. Este espíritu mantiene todas las cosas en su condición peculiar. En la naturaleza se encuentra libre de toda clase de trabas, y aquél que sabe el modo de unirlo con un cuerpo á propósito, posee un tesoro que excede á todas las riquezas».

«Este espíritu es el lazo común de todas las regiones de la tierra, y vive en todo y á través de todo—*adest in mundo quid commune omnibus nextis, in quo ipsa permanent*».

«El que conoce este universal espíritu de vida y sus aplicaciones puede evitar toda suerte de daños» (3).

«Si puedes aprovecharte de este espíritu, y fijarlo en algún cuerpo particular, tú llevarás á cabo los misterios de la magia».

(1) Véase su *Conf.* XIII, l. c. *in præfatione*.

(2) 1 Samuel, XVI, 14-23.

(3) *Aforismos*, 22.

«El que sabe cómo operar en los hombres por medio de este espíritu universal puede curar á cualquiera distancia que le plazca» (1).

«El que sabe vigorizar el espíritu particular por medio del universal *puede prolongar su vida hasta la eternidad*» (2).

«Existe una comunión continua de espíritus entre sí, ó de emanaciones, aun cuando estén separados unos de otros. Y ¿qué viene á ser esta comunión recíproca? Es una eterna é incesante emanación de los rayos de un cuerpo á otro».

«Por ahora—dice Maxwell—no es posible *sin peligro* ocuparse de esto, pues daría origen á muchos abusos abominables».

Veamos ahora cuáles son estos abusos de los poderes magnéticos y mesméricos en algunos mediums curadores.

La curación, para que merezca el nombre de tal, exige fé en el paciente, ó bien una salud robusta unida á una voluntad enérgica en el operador. *Con la expectación fortalecida por la fé puede curarse uno mismo de casi toda condición morbosa.* La tumba de un santo, una reliquia bendita, un talismán, un pedazo de papel ó una prenda de ropa que haya sido llevada por el supuesto curador, un remedio secreto, una penitencia ó una ceremonia cualquiera, la imposición de las manos, ó unas cuantas palabras pronunciadas de una manera capaz de causar una fuerte impresión; todo produce el mismo efecto. Todo es cuestión de temperamento, de imaginación, y de curación por sí mismo. En millares de ocasiones, el doctor, el sacerdote ó la reliquia se han llevado la fama de obrar curaciones que se han debido única y exclusivamente á la voluntad inconsciente del enfermo. A la mujer que con el flujo de sangre procuraba en medio del tropel de gente tocar las vestiduras de Jesús, se le dijo que su «fé» la había curado.

La influencia de la mente sobre el cuerpo es tan poderosa, que en todas épocas ha realizado hechos que pueden llamarse milagrosos.

«¡Cuántas inesperadas, súbitas y prodigiosas curaciones se han efectuado por medio de la imaginación!—dice Salverte.—Nuestros libros de medicina están llenos de hechos de esta naturaleza que fácilmente pasarían como milagrosos» (3).

Pero si el paciente carece en absoluto de fé ¿qué sucede entonces?

Si dicho sujeto es físicamente negativo y pasivo, y el curador es enérgico, sano, positivo y decidido, la enfermedad puede ser extirpada por la voluntad imperiosa del operador, el cual, consciente ó in-

(1) *Aforismos*, p. 69.

(2) *Idem*, p. 70.

(3) *Filosofía de las Ciencias Ocultas*.

conscientemente, atrae hacia sí, reforzándose con él, el espíritu universal de la naturaleza, y restablece el equilibrio destruido del aura del paciente. Puede él emplear como un auxiliar un crucifijo, como hacía Gassner; ó imponer las manos y la «voluntad», como Jacob, el zuavo francés, como nuestro célebre americano Newton, el curador de muchos millares de pacientes, y como muchos otros; ó al igual que Jesús y algunos apóstoles, puede curar por el mandato de su voz. El proceso, en todos los casos, es el mismo.

En todos ellos, la curación es radical y positiva, y sin que sobrevengan efectos secundarios. Pero cuando una persona que está físicamente enferma intenta curar, no sólo no logra su objeto, sino que con frecuencia comunica su enfermedad al paciente, y le quita las fuerzas que pueda tener. El decrépito rey David restauró su vigor decaído gracias al magnetismo saludable de la joven Abishag; (1) y las obras de Medicina nos hablan de una señora anciana de Bath, Inglaterra, que de esta misma manera destruyó la constitución de dos muchachas sucesivamente. Los antiguos sabios, y también Paracelso, curaban las enfermedades aplicando un organismo sano á la parte enferma, y en las obras del filósofo del fuego antes citado, sus teorías están expuestas de una manera atrevida y categórica. Si una persona enferma—sea medium ó no lo sea—intenta curar, su fuerza podrá ser suficientemente intensa para remover la enfermedad de su sitio, para modificarla ó suspenderla en el lugar en que reside, y para motivar que se transforme en otra, que aparecerá al poco tiempo; y mientras tanto, el paciente se figura estar curado.

Pero ¿y si el curador (*healer*) está enfermo moralmente? En este caso las consecuencias serán infinitamente peores; porque es mucho más fácil curar una enfermedad corporal que purificar una constitución infectada por una vileza moral. Los misterios de Morzine, Cevennes, y de los Jansenistas, son todavía tan incomprensibles para los fisiólogos como para los psicólogos. Si el don de profecía, lo mismo que el histerismo y las convulsiones, pueden ser comunicados por «infección», ¿porqué no puede suceder otro tanto con los vicios? El curador, en un caso tal, comunica á su paciente—ó mejor dicho, á su víctima—la ponzoña moral que infecta su propia mente y corazón.

Su contacto magnético es una contaminación; su mirada, una profanación. Contra una infección tan insidiosa, no hay medio alguno de proteger al sujeto pasivamente receptor. El curador le tiene bajo su poder, fascinado é impotente, como tiene la serpiente á un pobre y dé-

(1) I *Reyes*, 1, 1-4, 15.

bil pajarillo. El daño que un tal «medium curador» puede hacer es incalculable; y semejantes curadores existen á centenares.

Pero, como ya antes hemos dicho, existen curadores verdaderos y virtuosos, quienes, no obstante toda la malicia y escepticismo de sus hipócritas adversarios, han llegado á adquirir celebridad en la historia del mundo. Tales son el cura de Ars, de Lyon, Jacob y Newton, como también Gassner, el clérigo de Klorstele, y el famoso Valentín Greatrakes, el ignorante y pobre irlandés, el cual estaba protegido por el célebre Roberto Boyle, Presidente de la Sociedad Real de Londres, en 1670. En 1870, hubiera sido enviado á Bedlam (1) en compañía de otros curadores, si otro presidente de la misma sociedad hubiese intervenido en el asunto, ó el profesor Lankester le hubiera «citado» por vagabundo, por el flagrante delito de ejercer ilegalmente la medicina entre los súbditos de Su Majestad, «por quiromancia, ó por cualquier otro motivo».

Pero, para concluir con la serie de comprobaciones, que podríamos prolongar indefinidamente, bastará con decir que desde el primero hasta el último, desde Pitágoras hasta Eliphaz Levi, desde el más encumbrado hasta el más humilde, todos enseñan *que el poder mágico jamás es poseído por aquéllos que se hallan encadenados por sus tendencias viciosas*. Únicamente los puros de corazón «ven á Dios», ó ejercitan los dones divinos; éstos únicamente pueden curar las dolencias del cuerpo, y permitir que ellos mismos, con seguridad relativa, sean guiados por los «poderes invisibles.» Estos únicamente pueden proporcionar la paz al espíritu perturbado de sus hermanos y hermanas, porque las aguas salutíferas no proceden de ninguna fuente emponzoñada; las uvas no se crían en los espinos, ni los cardos producen higos. Pero para todos estos, «la magia no tiene nada de sobrenatural en sí misma»; es una ciencia, y hasta el poder de «arrojar los demonios» era una rama de la misma, de la cual los Iniciados hacían un especial estudio. «Aquella virtud que expelle á los demonios del cuerpo humano es una ciencia útil y saludable para los hombres», dice Josefo (2).

Los bosquejos precedentes bastan para demostrar el porqué debemos basarnos sólidamente en la sabiduría de la antigüedad con preferencia á cualquiera de las nuevas teorías que han sido fraguadas con motivo de los sucesos de algunos días á esta parte, respecto á las leyes de las relaciones que guardan los mundos entre sí, y de los poderes

(1) *Bedlam ó Bethlehem*, antiguo convento que más tarde fué habilitado para hospital de orates (N. del Tr.)

(2) Josefo: *Antigüedades*, VIII, 2.

ocultos del hombre. Si bien los fenómenos de naturaleza física tienen su valor como medios de despertar el interés de los materialistas, y de confirmar, si no completamente, al menos por vía de deducción, nuestra creencia en la supervivencia de nuestra alma y espíritu, es discutible si, bajo su aspecto actual, los fenómenos modernos están causando más mal que bien. Muchas inteligencias, hambrientas de pruebas en favor de la inmortalidad, se han sumido profundamente en el fanatismo; y como Stow hace observar, «los fanáticos son gobernados más bien por la imaginación que por el juicio».

Indudablemente, los creyentes en los fenómenos modernos pueden reivindicar en favor suyo una porción de talentos, pero el «discernimiento de los espíritus» brilla evidentemente por su ausencia en este catálogo de dones «espirituales». Hablando de los «Diakka», á quienes una mañanita descubrió en un oscuro rincón del «Summer Land», A. J. Davis, el gran vidente americano, dice lo siguiente: «Un Diakka es un sér que experimenta un loco placer en representar papeles, en hacer *trampas*, en *personificar* caracteres opuestos; un sér para quien las oraciones y las expresiones profanas tienen el mismo valor; apasionado por las narraciones líricas;... moralmente imperfecto, carece de los activos sentimientos de justicia, de filantropía ó de afectos tiernos. No tiene la menor idea de lo que los hombres llaman el sentimiento de gratitud; lo mismo son para él las resoluciones del amor que del odio; su divisa es frecuentemente espantosa y terrible para los demás: la totalidad de la vida particular se reduce á UNO MISMO, y el *fin de toda vida particular* es una subime anihilación»⁽¹⁾. Ayer mismo, uno que se firmaba *Swedenborg* dijo á una señora medium lo siguiente: «Cualquier cosa que es, ha sido, será, ó pueda ser, *aquello SOY YO*; y la vida particular es sólo el agregado de fantasmas de latidos pensantes, precipitándose en su ascensión progresiva hacia el corazón central de la muerte eterna!»⁽²⁾

Porfirio, cuyas obras—empleando la expresión de un apasionado fenomenalista—«están apolillándose como tantos otros trastos viejos en los rincones del olvido», habla así de estos Diakkas—si tal es su nombre—redescubiertos en el siglo diez y nueve: «Con el auxilio directo de estos malvados demonios es como se lleva á cabo toda clase de hechicerías... éstas son el resultado de sus operaciones, y los hombres que causan daño á sus semejantes por medio de hechizos rinden en general grandes honores á estos demonios malvados y especial-

(1) «El Diakka y sus víctimas»; explicación de lo falso y repulsivo en el Espiritismo.

(2) Véase el capítulo sobre los espíritus humanos convirtiéndose en los habitantes de la octava esfera, cuyo fin es generalmente la anihilación de la individualidad personal.

mente á su jefe. Estos espíritus pasan el tiempo engañándonos con multitud de prodigios estúpidos y de engañosas ilusiones; su ambición es ser considerados como dioses y su caudillo pretende que se le reconozca como el dios supremo». (1)

El espíritu que se firma Swedenborg —que acabamos de citar tomándolo del *Dialka* de Davis, y que indica que él es el YO SOY—se parece de un modo singular al principal caudillo de los malignos demonios de Porfirio.

¿Qué más natural que ciertos mediums envilezcan á los antiguos y experimentados teurgistas, cuando vemos á Jámblico, el expositor de la teurgia espiritualista, prohibiendo estrictamente toda tentativa para producir tales manifestaciones fenomenales, á menos que venga precedida de prolongados ejercicios preparatorios de purificación moral y física, bajo la dirección de experimentados teurgistas; y cuando declara por añadidura que, con poquísimas excepciones, siempre que *una persona parece más alargada ó más gruesa, ó es levantada en alto en el aire*, es prueba segura de obsesión por malos espíritus. (2)

Cada cosa en este mundo tiene su tiempo, y la verdad, aunque se funde en la más pura evidencia, no arraigará ni medrará, á menos que, como un vegetal, se plante en la estación conveniente. «La época debe estar preparada», dice el profesor Cooke; y hace unos treinta años que esta humilde obra hubiera sido condenada á destruirse ella misma, gracias á su contenido. Pero los modernos fenómenos, no obstante los *exposés* diarios de los mismos, y el ridículo con que se ven colmados por parte de todos los materialistas, y á pesar de sus propios y numerosos errores, se multiplican y adquieren mayor intensidad en el terreno de los hechos, si no en el de la sabiduría y del espíritu. Lo que hace unos veinte años hubiera parecido sencillamente absurdo, puede ahora ser escuchado con atención toda vez que dichos fenómenos están autorizados por sabios eminentes. Desgraciadamente, si las manifestaciones aumentan todos los días en poder, no sucede lo mismo en lo que á su filosofía se refiere. El discernimiento de los espíritus es tan nulo como siempre.

Quizás entre todos los escritores espiritistas de nuestros días, ninguno goza de tan alta estimación, por su carácter, educación, sinceridad y habilidad como Epes Sargent, de Boston, Massachusetts. Su monografía titulada *La prueba palpable de la inmortalidad* ocupa

(1) Porfirio: «*Sobre los demonios buenos y malos*.»

(2) «*De Misteriis Egyptorum*», lib. III, c. 5.

merecidamente un rango elevado entre las obras sobre el asunto. A pesar de sus tendencias caritativas y apologéticas para con los mediums y sus fenómenos, Mr. Sargent se ve obligado á usar el lenguaje siguiente: «El poder de los espíritus para reproducir simulacros de personas que han vivido en la tierra sugiere esta pregunta: ¿Hasta qué punto podemos asegurarnos de la identidad de *algún* espíritu, cualesquiera que sean las pruebas que pueda aducir? No hemos llegado todavía á aquel estado de conocimientos que podría ponernos en estado de contestar confidencialmente á semejante pregunta... Muchas cosas hay todavía que no son más que enigmas, en el lenguaje y en los hechos de estos espíritus materializados». En cuanto á la capacidad intelectual de la mayor parte de los espíritus que se ocultan tras los fenómenos físicos, Mr. Sargent, que sin ningún género de duda puede considerarse como el juez más competente en la materia, dice: «la inmensa mayoría, como en este mundo, pertenece á la clase ignorante». Si se nos permitiese, quisiéramos preguntar: ¿cómo se explica semejante falta de inteligencia si son ellos espíritus humanos? Una de dos: ó los espíritus humanos inteligentes *no pueden* materializarse, ó los espíritus que se materializan carecen de inteligencia humana, y de consiguiente, como indica Mr. Sargent, lo mismo pueden ser espíritus «elementarios» que han completamente dejado de ser humanos, que aquellos demonios que, según los Magos persas y Platón, ocupan un lugar intermedio entre los dioses y los hombres desencarnados.

Hay un gran número de testimonios, y entre ellos el de Mr. Crookes, los cuales demuestran que muchos espíritus «materializados» hablan con voz perceptible. Ahora bien, hemos dicho, apoyándonos en el testimonio de los antiguos, que la voz de los espíritus humanos no es ni *puede* ser articulada; siendo, como Emanuel Swedenborg declara, «un profundo suspiro». ¿Á cuál de las dos clases de testigos debemos creer con más seguridad?

Es á los antiguos, que tenían la experiencia de tantos siglos en prácticas teúrgicas, ó bien á los espiritistas modernos, que carecen absolutamente de ella y que no tienen hechos sobre los cuales fundar una opinión, exceptuando lo que les ha sido comunicado por «espíritus», cuya identidad no tienen medios de probar? Mediums existen que con su organismo han hecho aparecer algunos centenares de estas pretendidas formas «humanas», y no recordamos haber visto ni oído á una sola de estas formas expresar otra cosa que ideas vulgarísimas. Este hecho debería llamar seguramente la atención de los espiritistas, aun los menos ilustrados. Si un espíritu puede hablar, y si el camino está abierto lo mismo á los seres inteligentes que á los no inteligentes,

¿porqué no pueden dirigirnos alguna alocución que siquiera se aproxime un tanto, en calidad, á las comunicaciones que recibimos por medio de la «escritura» directa? Mr. Sargent expresa una idea muy significativa é importante en esta sentencia: «Es todavía un problema el averiguar hasta qué punto el acto de la materialización y el horizonte intelectual del medium limitan las operaciones mentales y los recuerdos de estos espíritus» (1).

Si la misma clase de «espíritus» que se materializan son también los que producen la escritura directa, y unos y otros se manifiestan con auxilio de los mediums, y los unos dicen mil barbaridades, mientras que los otros con frecuencia nos dan enseñanzas filosóficas sublimes, ¿porqué deben sus operaciones mentales estar limitadas «por el horizonte intelectual del medium» en un caso más que en el otro? Los mediums materializadores —juzgando al menos por todo cuanto hemos podido observar—no son más ilustrados que muchos campesinos y obreros que en tiempos distintos y bajo influencias sobrenaturales han dado al mundo ideas sublimes y profundas. La historia de de la Psicología rebosa de ejemplos que corroboran lo que acabamos de decir, y entre los cuales descuellan los de Boehme, el inspirado é ignorante zapatero, y de nuestro Davis. En cuanto á la falta de intelectualidad se refiere, creemos que no es posible encontrar otro caso más contundente que el de los niños-profetas de Cevennes, poetas y videntes, como hemos referido en uno de los capítulos anteriores. Desde el momento en que los espíritus se han proporcionado ellos mismos órganos vocales para hablar, seguramente no debían serles más difícil hablar como los personajes que ellos pretenden ser, y conforme á su talento, educación y rango social, en lugar de caer invariablemente en un estilo monótono lleno de vulgaridades, y con demasiada frecuencia, de estupideces. Mr. Sargent, lleno de esperanza, dice que «la ciencia del Espiritismo está todavía en su infancia, y debemos esperar que se haga más luz sobre esta cuestión,» pero nosotros tememos que á esto hay que contestar diciendo *que no es en el seno de «oscuros gabinetes» donde esta luz brotará.* (2)

Es simplemente absurdo y ridículo exigir á todo investigador que se lanza como testigo hacia las maravillas del día y fenómenos psicológicos el diploma de maestro en artes y ciencias. La experiencia de los últimos cuarenta años demuestra con toda claridad que no son siempre las inteligencias más «científicamente cultivadas» las mejor

(1) Epes Sargent: «Prueba palpable de la inmortalidad», p. 45.

(2) Véase Mateo, XXIV, 26.

dispuestas en asuntos de simple sentido común y franca sinceridad. Nada ciega tanto como el fanatismo, ó el considerar una cuestión bajo un solo punto de vista. Podemos tomar como ejemplo la magia oriental ó antiguo espiritismo, lo mismo que los fenómenos modernos. Centenares y millares de testigos enteramente dignos de crédito, al regresar de sus residencias y viajes en Oriente, han asegurado haber visto fakires sin instrucción, cheikes, derviches y lamas que habían verificado maravillas en su presencia sin auxilio de compadres ni de aparatos mecánicos; y han afirmado también que los fenómenos exhibidos por aquellos orientales estaban en contradicción con todas las leyes *conocidas* de la ciencia, tendiendo con esto á probar que en la naturaleza existen muchas potencias ocultas, desconocidas todavía, aparentemente dirigidas por inteligencias sobrehumanas. ¿Cuál ha sido la actitud adoptada por nuestros sabios con respecto á este asunto? ¿Hasta qué punto el testimonio de las inteligencias más «científicamente» desarrolladas ha impresionado su propia inteligencia? ¿Las investigaciones de Hare y de Morgan, de Crookes y Wallace, de Gasparin y Thury, de Wagner y de Butlerof, etc., han logrado debilitar, por un momento siquiera, su escepticismo? ¿Cómo han sido recibidos los experimentos personales de Jacolliot con los fakires de la India, ó cómo han sido consideradas las elucidaciones psicológicas del profesor Perty, de Ginebra? ¿Hasta qué punto les conmueve el grito ensordecedor de la humanidad, que con ardiente anhelo pide pruebas que le demuestren la existencia de un Dios, de un alma individual y de la eternidad? ¿Y qué responden ellos á estas vehementes súplicas? Destruyen y aniquilan hasta el más pequeño de los vestigios de cosas espirituales, pero nada edifican. «Nosotros no podemos encontrar estos signos con nuestras retortas y crisoles—dicen,—por lo tanto, todo esto no es más que una pura ilusión.» En esta época de frío raciocinio y de prevención, hasta la Iglesia misma tiene que dirigirse á la ciencia en demanda de auxilio. Creencias edificadas sobre arena, dogmas elevadísimos, pero sin cimientos, se derrumban bajo el frío sople de las investigaciones, y arrastran en su caída á la religión *verdadera*. Pero el anhelo por algún indicio exterior de un Dios y de una vida futura continúa tan tenaz como siempre en el corazón del hombre. Vanos son todos los sofismas de la ciencia; jamás lograrán sofocar la voz de la naturaleza. Todo lo que han logrado los representantes de esta ciencia ha sido emponzoñar las aguas puras de la fé sencilla, y la humanidad se contempla ahora, como en un espejo, en unas aguas cenagosas, por haber removido el fango que estaba depositado en el fondo de un manantial antes tan puro. El Dios antro-

pomórfico de nuestros padres ha sido sustituido por mónstruos antropomórficos; y lo que es aún peor, por la reflexión de la humanidad misma en estas aguas, cuyas ondulaciones han devuelto las falseadas imágenes de la verdad y de los hechos, según las ha evocado su extraviada imaginación. «No son milagros lo que hace falta,— escribe el reverendo Brooke Herford—sino encontrar la evidencia palpable de lo espiritual y divino. No es á los profetas á quienes la humanidad anhelante pide un tal 'indicio', sino más bien á los sabios. Los hombres creen interiormente que todo cuanto busca el investigador á tientas en torno suyo, desde el más recóndito escondrijo hasta los últimos confines de la creación, le inducirá á descubrir, con el tiempo, y en lo más profundo y secreto de todas las cosas, algunos signos inequívocos de la Divinidad.» Los signos están allí, y los sabios también; ¿qué podemos nosotros esperar más de ellos ahora que tan bien han cumplido con su deber? ¿No han, estos Titanes del pensamiento, arrancado á Dios de Su oculto lugar, dándonos en cambio un *protoplasma*?

En el *meeting* que la Asociación Británica celebró en Edimburgo, en 1871, sir William Thomsom dijo: «La ciencia está obligada por la ley eterna del honor á afrontar sin miedo alguno todos los problemas que ingenuamente le sean presentados.» A su vez, el profesor Huxley se expresa en estos términos: «Con respecto á los milagros, yo puedo sólo decir que la palabra *imposible* no es, á mi juicio, aplicable á las cuestiones filosóficas.» El gran Humboldt hace observar que «un presuntuoso escepticismo que desprecia los hechos sin inquirir lo que haya de verdad en ellos es en cierto modo más funesto que la ciega credulidad.»

Estos hombres han probado la falsedad de sus mismas enseñanzas. Han empezado por despreciar la oportunidad que se les ha presentado, gracias á las comunicaciones con el Oriente, de investigar por sí mismos los fenómenos que todos los viajeros aseguran tener lugar en aquellos países. ¿Piensan los fisiólogos y patólogos aprovechar dicha ocasión para resolver definitivamente la trascendentalísima cuestión del pensamiento humano? ¡Ah, no!, jamás se atreverían á ello. No hay que esperar que los principales académicos de Europa y América emprendan juntos un paseo por el Thibet y la India, para observar sobre el terreno las maravillas de los fakires. Y si alguno de ellos fuese allí como peregrino solitario, y presenciase todos los milagros de la creación en aquel país de las maravillas, ¿podría esperar que alguno de sus colegas diese fé á sus palabras?

Sería tan pesado como superfluo empezar una nueva exposición

de hechos tan sólidamente establecida por otros. Mr. Wallace y W. Howitt (1) han descrito clara y repetidamente los mil y un absurdos errores en que han caído las sociedades científicas de Francia y de Inglaterra, á causa de su ciego escepticismo. Si Cuvier pudo despreciar el fósil exhumado en 1828 por Boué, geólogo francés, sólo por creerse el anatómico más sabio que su colega, y por no querer admitir que pudiesen encontrarse esqueletos humanos á ochenta piés de profundidad en el légamo del Rhin; si la Academia Francesa no quiso dar crédito á las aserciones de Boucher de Perthes, en 1846, para ser, á su vez, criticada en 1860, cuando la verdad de los descubrimientos de Perthes fué plenamente confirmada por todos los geólogos, encontrando armas de pedernal en los aluviones del norte de Francia; si fué puesto en ridículo el testimonio de Mc. Enery, en 1825, referente al hecho de que él había descubierto pedernales labrados juntamente con los restos de animales fósiles, en la caverna de Kent's Hole (2); si las afirmaciones de Godwin Austen sobre esta misma cuestión, en 1840, todavía fueron más ridiculizadas si cabe; y si todos aquellos excesos de escepticismo científico y de chanza ofensiva se convirtieron por fin en pesadumbre, en 1865, y se vió claramente que habían sido del todo intempestivos; cuando—como dice Mr. Wallace—«todos los anteriores informes en el transcurso de cuarenta años fueron plenamente confirmados, y se demostró que eran aún menos maravillosos que la misma realidad;» ¿quién será tan cándido que crea en la infalibilidad de nuestra ciencia? ¿Y á qué maravillarse ante la exhibición de semejante falta de valor moral en los miembros aislados de esta gran colectividad testaruda conocida con el nombre de ciencia moderna?

De este modo se han ido rebatiendo unos hechos trás otros. De todas partes oímos constantes exclamaciones. «Muy poco es lo que se conoce en materia de psicología», dice en tono compungido un miembro de la Sociedad Real. «Es preciso confesar que muy poco sabemos, si es que sabemos algo, de fisiología», dice otro. «De todas las ciencias no hay ninguna que descanse sobre una base tan incierta como la Medicina», confiesa á regañá dientes un tercero. «¿Qué es lo que sabemos acerca del supuesto fluido nervioso?... Nada todavía», indica un cuarto; y así sucesivamente en todas las ramas de la ciencia. Y entre tanto, fenómenos que sobrepujan en interés á todos los restantes de la

(1) Véase Wallace: «*Milagros y Espiritismo moderno*,» y «*Historia de lo sobrenatural*,» de W. Howitt, vol. II.

(2) Véase la memoria leída por Wallace ante la Sociedad Dialéctica, en 1871: «*Con-
testación á Hume*, etc.»

naturaleza, y que sólo pueden ser resueltos por la psicología, fisiología y por los «todavía desconocidos» fluidos, ó son rechazados como ilusiones, ó aun considerados como ciertos, «no ofrecen interés» para los sabios; ó lo que es todavía peor, cuando un *sujeto* cuyo organismo presenta los caracteres más culminantes de dichas ocultas, aunque naturales potencias, ofrece su persona para un estudio científico, en lugar de ser objeto de una honrada experimentación, como era de esperar, se encuentra enredado en un lío que le arma algún sabio (?), y el premio de la molestia que se había tomado es una sentencia de prisión por tres meses. Verdaderamente, la cosa es para animar á cualquiera.

Fácilmente se comprende que un hecho ocurrido en 1731 afirmando otro hecho acaecido durante el pontificado de Paulo III, por ejemplo, no sea creído en 1876. Y asimismo, cuando se les dice á los sabios que los romanos conservaban en sus sepulcros luces que ardían durante un número incalculable de años por medio de la *oleaginosidad del oro*, y que una de estas lámparas perpetuas fué encontrada encendida despidiendo una luz brillante, dentro de la tumba de Tulia, hija de Cicerón, á pesar de haber estado dicha tumba cerrada por espacio de mil quinientos y cincuenta años (1), se abrogan el derecho de dudar y aun de negar rotundamente lo afirmado, hasta asegurarse por sí mismos, con la evidencia de sus propios sentidos, de que semejante cosa es posible. En un caso tal pueden rechazar el testimonio de todos los filósofos antiguos y de la Edad Media.

El hecho del entierro de fakires vivos y su resurrección subsiguiente después de treinta días de inhumación, podrán parecerles sospechosos, como también ciertos hechos observados en varios lamas, quienes se infieren á sí mismos heridas consideradas aquí como mortales, y exhiben á las personas presentes sus propias entrañas, cuales heridas se curan ellos casi instantáneamente.

Para ciertos hombres que niegan la evidencia de sus propios sentidos en cuanto á los fenómenos producidos en su propio país y ante numerosos testigos, las narraciones que se encuentran en los libros clásicos, así como las notas de los viajeros, deben, por de contado, parecerles absurdos. Pero lo que nosotros no podremos nunca concebir es la terquedad colectiva de las Academias en frente de las severas lecciones del pasado, recibidas por estas instituciones, que con tanta frecuencia *han obscurecido el dictamen con palabras sin ciencia*. Como el Señor contestando á Job «desde el torbellino», la magia puede decir á la ciencia moderna: «¿En dónde estabas tú, cuando yo eché los

(1) «Φιλολογος», segunda edición (de Bailey).

cimientos de la tierra? Dílo, si tienes entendimiento». ¿Y quién eres tú para osar decir á la naturaleza: «Hasta aquí llegarás, pero no más allá, y aquí tus orgullosas olas serán contenidas»?

Pero ¿qué nos importan sus negaciones? ¿Podrían acaso impedir ellos que los fenómenos tuvieran lugar en las cuatro partes del mundo, aunque su escepticismo fuese mil veces más mordaz? Los fakires continuarán siendo enterrados y resucitados para satisfacer la curiosidad de los viajeros europeos; los lamas y ascetas hindos se herirán, se mutilarán y hasta se sacarán las entrañas, sin que por ello sientan la menor incomodidad, y todas las negaciones del mundo entero no serán bastantes para apagar las lámparas eternas que arden en ciertas criptas subterráneas de la India, del Thibet y del Japón. Una de estas lámparas es mencionada por el Rev. S. Mateer, de la Misión de Londres. En el templo de Trevandrum, en el reino de Travancore, India meridional, «existe en el interior del templo un profundo pozo, en el cual se arrojan inmensas riquezas todos los años; y en otro sitio, en una gruta cubierta con una piedra, existe una gran lámpara de oro, la cual fué encendida unos 120 años atrás, y todavía continúa ardiendo», dice este misionero en su descripción de aquel sitio. Los misioneros católicos atribuyen estas lámparas, por supuesto, á los agradecidos servicios del diablo. El clérigo protestante, más prudente, menciona el hecho, y se abstiene de hacer comentarios. El abate Huc ha visto y examinado una de tales lámparas, y lo mismo han hecho otras personas que han tenido la buena fortuna de captarse la amistad y la confianza de los lamas y sacerdotes orientales. No pueden ser negadas tampoco las maravillas presenciadas por el capitán Lane en Egipto; los experimentos de Jacolliot en Benarés y las de sir Charles Napier; las levitaciones de seres humanos en plena luz del día, y que sólo se explican por las declaraciones hechas en la Introducción de la presente obra (1). Tales levitaciones están atestiguadas por Mr. Crookes y además por el profesor Perty, quien da cuenta de algunas de ellas producidas al aire libre y durando á veces hasta veinte minutos; todos estos fenómenos y muchos otros más se han verificado, se verifican y se verificarán en cada uno de los países del globo y á despecho de todos los escépticos y sabios que hayan surgido del limo siluriano.

Entre las ridiculizadas pretensiones de la Alquimia, se halla la de las lámparas *perpétuas*. Si decimos al lector que nosotros hemos visto tales lámparas, se nos podrá preguntar —suponiendo que sea indiscutible la sinceridad de nuestra creencia personal:— ¿cómo podemos afirmar que estas lámparas que hemos observado sean *perpétuas*,

(1) Véase Art. sobre *Ælthrobacia*, p. 35.

cuando el periodo de nuestras observaciones era limitado? Sencillamente porque, conociendo como conocemos los ingredientes empleados en estas lámparas, la manera de construirlas y la ley natural aplicable á este caso, tenemos la seguridad de que nuestra afirmación será confirmada por las investigaciones que se hagan en el mismo paraje. Cuál sea este paraje y de quién puedan aprenderse tales conocimientos, deben nuestros críticos descubrirlo, tomándose el trabajo que nosotros nos hemos tomado. Entre tanto, como quiera que sea, citaremos unas pocas de las 173 autoridades que han escrito sobre este asunto. Ninguna de éstas, si mal no recordamos, ha asegurado que estas lámparas sepulcrales ardiessen perpétuamente, sino solamente durante un número indefinido de años, y se registran casos de haber estado estas lámparas ardiendo continuamente durante muchos siglos. No se negará que, si existe una ley natural que permita el que una lámpara arda durante diez años sin necesidad de ser alimentada de nuevo, no hay ninguna razón para que, en virtud de dicha ley, no pueda seguir la combustión durante ciento ó mil años.

Entre los muchos personajes célebres que han creído firmemente, y asegurado sin vacilación alguna que tales lámparas sepulcrales ardieron durante varios siglos y habrían continuado ardiendo *quizás* para siempre si no hubiesen sido apagadas, ó los vasos no se hubiesen roto por efecto de algún accidente, recordamos los nombres siguientes: Clemente de Alejandría, Hermolao Barbaro, Appiano, Burattino, Citesio, Cœlio, Foxio, Costeo, Casalio, Cedreno, Delrio, Ericio, Gesner, Jacobono, Leandro, Libavio, Lazio, P. de la Mirandola, Filaleteo, Liceto, Maiolo, Maturancio, Bautista Porta, Panciolo, Ruscelio, Escardonio, Luis Vives, Volaterano, Paracelso, varios alquimistas árabes y finalmente Plinio, Solino, Kircher y Alberto Magno.

El descubrimiento es reclamado por los antiguos Egipcios, estos hijos del país de la Química. (1) Por lo menos, usábanse estas lámparas en Egipto mucho más que en las demás naciones, con motivo de sus doctrinas religiosas. Se creía que el alma astral de la momia vagaba alrededor del cuerpo durante los tres mil años que constituían su círculo de necesidad, y unida con él por un lazo magnético, que no podía romperse más que por su propio esfuerzo, imaginaban los Egipcios que la lámpara eternamente encendida, símbolo de su espíritu incorruptible é inmortal, decidiría por fin al alma más material á separarse de su habitación terrestre, y á unirse para siempre con su divino YO (SELF). Por esta razón las lámparas se colocaban en el se-

(1) Psalm. cv, 23. «La tierra de Cam, $\alpha\pi$ chem, griego $\kappa\eta\mu\iota$, de donde las palabras *alquimia* y *química*.

pulcro de los ricos. Encuéntrase frecuentemente dichas lámparas en las cavernas subterráneas de la muerte, y Liceto ha escrito un tomo en folio para probar que, en su tiempo, cuando se abría un sepulcro, encontrábase en su interior una lámpara encendida pero que se apagaba enseguida á causa de tal *profanación*. T. Livio, Burattino y Miguel Schatta en sus cartas á Kircher (1), afirman haber hallado muchas lámparas en los subterráneos de la antigua Menfis. Pausanias habla de la lámpara de oro que existía en el templo de Minerva en Atenas, lámpara de la cual dice que era la obra maestra de Calímaco, y que ardía un año entero. Plutarco (2) afirma que él vió una en el templo de Júpiter Amun que, según le aseguraron los sacerdotes, ardía continuamente durante años enteros y que, á pesar de permanecer al aire libre, ni el viento ni la lluvia podían apagarla. S. Agustín, una de las autoridades católicas, menciona otra lámpara en el templo de Venus, de igual naturaleza que las otras, é inextinguible por el viento y por el agua.

«En Edessa—dice Kedreno—fué hallada una lámpara que, colgada en el dintel de cierta puerta, ardió por espacio de 500 años.» Pero de todas estas lámparas, la mencionada por Olybio Máximo de Padua es sin duda alguna la más maravillosa. Fué hallada cerca de Atteste, y Escardonio (3) nos suministra una magnífica descripción de la misma: «En una vasta urna de tierra estaba contenida otra menor, y dentro de ésta había una lámpara encendida que había continuado en tal estado durante unos 1500 años, por medio de un licor purísimo contenido en dos frascos, uno de oro y otro de plata. Estos están en poder de Francisco Maturancio, quien les asigna un precio extraordinario.»

Prescindiendo de toda exageración, y dejando á un lado, como una mera negación insostenible, la afirmación de la ciencia moderna acerca de la imposibilidad de tales lámparas, quisiéramos preguntar, en el caso de comprobarse que estos fuegos inextinguibles hubiesen existido realmente en la época de los «milagros», ¿deberían ser consideradas de una manera distinta las lámparas encendidas delante de los altares cristianos, y las de Júpiter, Minerva y otras divinidades paganas? Según ciertos teólogos, parece ser que las primeras (porque el Cristianismo también reclama tales lámparas) ardían en virtud de un poder milagroso y *divino*, mientras que la luz de las otras, fabricadas por el arte «pagano», era sostenida por los artificios del diablo.

(1) «*Œdipi Egyptiaci Teatrum Hieroglyphicum*», p. 544.

(2) «*Lib. de defectu oraculorum*».

(3) Lib. I, Class. 3, cap. ult.

Kircher y Liceto manifiestan que estas lámparas estaban clasificadas en estos dos grupos. La lámpara de Antioquía, que ardió 1500 años al aire libre en una plaza pública, encima de la puerta de una iglesia, era conservada por el «*poder de Dios*», que «había hecho que un número tan infinito de estrellas ardiesen con luz perpetua.»

En cuanto á las lámparas paganas, S. Agustín nos asegura que eran obra del demonio, «quien nos engaña por mil medios.» ¿Qué más fácil para Satán que exhibir á los que por primera vez entran en una gruta subterránea un relámpago de luz ó una brillante llama? Esto era lo que aseguraban todos los buenos cristianos durante el pontificado de Paulo III, cuando, al abrir una tumba en la Vía Apia en Roma, se encontró el cuerpo entero de una doncella nadando en un brillante licor, que la había conservado tan bien, que su cara era encantadora, y al parecer llena de vida. A sus pies ardía una lámpara cuya llama se desvaneció en el momento de abrir el sepulcro. Por una inscripción grabada en dicha sepultura se vino en conocimiento de que el citado cadáver había estado enterrado durante unos 1500 años, y se supuso que era el cuerpo de Tuliola, ó Tulia, hija de Cicerón. (1)

Los químicos y físicos niegan la posibilidad de las lámparas perpétuas, alegando que una cosa cualquiera que se resuelve en vapor ó en humo no puede ser permanente, sino que, por el contrario, tiene que consumirse; y como quiera que el aceite que alimenta una lámpara encendida es exhalado en forma de vapor, de aquí que, por la falta de combustible, el fuego no puede ser perpétuo. Los Alquimistas, por otra parte, niegan que todo lo que puede alimentar el fuego activo deba necesariamente convertirse en vapor, añadiendo que en la naturaleza hay cosas que no sólo resisten la fuerza del fuego sin consumirse, sino que además son inextinguibles, tanto por el aire como por el agua. En un tratado de química del año 1700, titulado *NEKPOKHΛEΪA*, el autor expone un cierto número de refutaciones contra las pretensiones de varios alquimistas; pero, aunque niega que pueda obtenerse un fuego que arda *perpétuamente*, se siente medio inclinado á admitir que una lámpara pueda arder durante varios centenares de años. Además, tenemos una multitud de testimonios de alquimistas que consagraron años y años á estos experimentos, y dedujeron, como consecuencia, que el fuego perpétuo era cosa muy posible.

Existen algunas preparaciones especiales de oro, plata y mercurio, y también de nafta, petróleo, y de otros aceites bituminosos. Los al-

(1) Los detalles de esta narración pueden encontrarse en la obra de Erasmo Francisco, quien los tomó de Pflaumer, Pancirolo y de muchos otros.

quimistas también mencionan el aceite de alcanfor y ámbar, el *lapis asbestos* ó *amianto*, el *lapis carystius*, *cyprius* y *linum vivum seu creteum*, que eran empleados para tales lámparas. Afirman los alquimistas que esta materia puede ser preparada por medio del oro ó de la plata, reducidos á fluidos, é indican que el oro es el *pabulum* más conveniente por su maravillosa llama, por cuanto, de todos los metales, el oro es el que menos se gasta cuando se calienta ó se funde, y además es susceptible de reabsorber su humedad aceitosa conforme ésta se exhala, alimentando así continuamente su propia llama una vez encendido. Los kabalistas aseguran que este secreto era conocido de Moisés, quien lo aprendió de los egipcios, y que la lámpara que el «Señor» ordenó que ardiese ante el tabernáculo era una lámpara inextinguible. «Y tú mandarás á los hijos de Israel que te traigan aceite de olivas puro, molido, para la luminaria, para hacer arder continuamente las lámparas». (Exodo, xxvii, 20).

Liceto también niega que estas lámparas contuviesen preparaciones metálicas, pero en la página 44 de su obra menciona una preparación de mercurio, filtrado siete veces por medio del fuego al través de arena blanca, preparación con la cual —dice— se han hecho lámparas que podían arder continuamente. Así Maturancio como Citesio creen firmemente que semejante resultado puede lograrse por un mero procedimiento químico. Este licor de mercurio era conocido entre los alquimistas con el nombre de *Aqua mercurialis*, *Materia metallorum*, *Perpetua dispositio* y *Materia prima artis*, y también con el de *Oleum vitri*. Tritenheim y Bartolomé Korndorf fabricaron preparaciones para este fuego inextinguible, y han dejado recetas para ello (1).

(1) «*Sulphur* y *alum. ust.*, n. IV onzas; sublímalos en flores hasta II onzas, á lo cual añade del borax cristalino de Venecia en polvo, I onza; sobre estos ingredientes vierte espíritu de vino muy rectificado, y hazlo digerir; extráelo entonces y evapóralo en frío; repite esto con frecuencia hasta que el *sulphur* se ablande como cera sin despedir humo, sobre un plato caliente de bronce; esto es para el *pabulum*, pero el pábilo debe prepararse de esta manera: coge los hilos ó hebras del *Lapis Asbestos* del grueso del dedo del medio, y del largo del meñique, pónlos dentro de un vaso de Venecia y recubriéndolos con el antedicho *sulphur* ó alimento depurado, déjese el vaso durante veinte y cuatro horas dentro de arena lo suficientemente caliente para que el *sulphur* pueda hervir todo este tiempo. Una vez untado y embadurnado así el pábilo, hay que ponerlo en un vaso en forma de concha, de manera que una parte del mismo salga por encima de la masa del *sulphur* preparado; colocando entonces dicho vaso sobre arena caliente, haz derretir el azufre, de modo que se impregne bien el pábilo, y cuando éste se encienda, arderá con llama perpetua, y tú podrás llevar esta lámpara á cualquier sitio que te plazca.»

La otra receta es como sigue:

«R. *Salis tostí*, I libra; vierte sobre ella vinagre fuerte de vino, y concéntralo hasta adquirir la consistencia del aceite; échalo entonces en vinagre fresco, inacéralo y destíllalo como antes. Repite esta operación cuatro veces consecutivas, y entonces pón dentro de este vinagre *vitri. antimonii subtilis læviqat.* I libra; pónlo sobre la ceniza, en un vaso cerrado,

El asbesto, que era conocido por los griegos bajo el nombre de *Asbestos*, ó inextinguible, es una especie de piedra que, una vez encendida, no puede ser apagada, como nos dicen Plinio y Solino. Alberto Magno la describe como una piedra de color de hierro que se halla principalmente en la Arabia. Se la encuentra generalmente cubierta de una capa oleaginosa apenas perceptible, la cual arde inmediatamente cuando se le acerca una luz. Numerosos experimentos han hecho los químicos con el objeto de extraer del asbesto dicho aceite insoluble, pero todos ellos han confesado no haber conseguido su propósito. Mas ¿son bastante competentes nuestros químicos para sostener que la operación anterior es completamente impracticable? Si este aceite pudiese ser extraído una vez, no quedaría la menor duda sobre si puede dar lugar á un fuego continuo. Los antiguos podían vanagloriarse de haber poseído este secreto, porque, lo repetimos, existen hoy día experimentadores vivientes que lo han logrado felizmente. Los químicos que en vano han procurado encontrarlo, han manifestado que el fluido ó licor extraído químicamente de la piedra era de una naturaleza más bien acuosa que oleosa, y tan impuro y feculento que no podía arder; otros han asegurado, por el contrario, que el aceite, tan pronto como se le dejaba al aire, se ponía tan espeso y sólido que difícilmente podía licuarse, y cuando se le encendía no emitía llama, sino que desaparecía convertido en negro humo; mientras que está probado que las lámparas de los antiguos ardían con una llama purísima y muy brillante, sin despedir la más pequeña cantidad de

por espacio de seis horas y extrae su tintura, decanta el licor y déjalo enfriar, y entonces extráela otra vez; repite esto con frecuencia hasta que hayas sacado todo el color encarnado. Concentra tus extractos hasta la consistencia del aceite y rectifícalos entonces al baño-maría. Toma después el antimonio, del cual ha sido extraída la tintura, y redúcelo á polvo sutilísimo, y así pónlo dentro de un recipiente de vidrio; vierte encima el aceite rectificado, el cual concentrarás y destilarás siete veces hasta que el polvo haya bebido todo el aceite y esté completamente seco. Este extracto otra vez con espíritu de vino, hasta que toda la esencia haya desaparecido de allí; lo pondrás en un matraz de Venecia, bien dispuesto con papel quintuplo y destilarás luego hasta que la esencia haya desaparecido, después de lo cual quedará en el fondo un aceite inconsumible, que puede ser empleado con un pábilo de la misma manera que el *sulphur* que antes he descrito.»

«Estas son las luces eternas de Tritenheim —dice su comentador Libavio—, las cuales, aunque á decir verdad no se pueden comparar con la fijeza de la nafta, sin embargo estas cosas pueden auxiliarse una á otra. La nafta no tiene tanta duración al arder porque exhala y deflagra, pero si se la fija añadiendo el jugo del *Lapis asbestinos*, podrá suministrar un fuego perpetuo,» dice este ilustrado autor. A esto podemos añadir que hemos visto por nuestros propios ojos una lámpara preparada de este modo, y se nos ha dicho que desde que fué encendida por primera vez el día 2 de Mayo de 1871, no se había apagado. Como sabemos que el autor del experimento era incapaz de engañar á nadie, siendo él mismo un ardiente experimentador de secretos herméticos, no tenemos el menor motivo para dudar de su afirmación.

humo. Kircher, que indica la posibilidad de purificar dicho aceite, considera tan difícil esta operación que, á su modo de ver, es sólo accesible á los más elevados adeptos en Alquimia.

La opinión de S. Agustín, que atribuye la totalidad de estas artes al chivo cristiano, ó al diablo, es completamente refutada por Luis Vives, (1) el cual demuestra que todas las pretendidas operaciones mágicas son efecto de la industria humana y del profundo estudio de los secretos ocultos de la naturaleza, por estupendas y milagrosas que parezcan. Podocattaro, caballero cipriota, (2) tenía lino y tela fabricada con otro asbesto, que *Porcacchius* dice (3) haber visto en casa de aquél. Plinio llama á esta tela *linum vinum*, ó lino indio, y dice que se extrae del *asbeston* ó *asbestinum*, especie de lino del cual se hacen vestidos que para limpiarlos se echan al fuego. Añade dicho autor que el asbesto es tan precioso como las perlas y los diamantes, porque además de escasear mucho, es sumamente difícil de tejer á causa de la poca longitud de sus hilos. Una vez machacado con un martillo hasta dejarlo plano, se le moja con agua caliente, y una vez están secos sus filamentos, pueden con facilidad dividirse en hilos como el lino y ser tejidos formando tela. Plinio asegura haber visto muchas telas fabricadas con esta materia, y haber asistido á un experimento en que se las purificó por medio del fuego. Bautista Porta también afirma que vió otra tela de esta clase, en Venecia, en manos de una señora cipriota; y llama á este descubrimiento de la Alquimia un *secretum optimum*.

El Dr. Grew, en su descripción de las curiosidades del Colegio Gresham (siglo décimo séptimo), cree perdidos juntamente el arte y el uso de semejantes telas, pero, según parece, esto no es completamente exacto, pues vemos al Museo Septalio envanecerse con la posesión de hilo, cuerdas, papel y otras labores, todo hecho con este material, en una época tan poco remota como 1726; siendo algunos de estos artículos fabricados por el mismo Septalio, como nos dice el *Arte de embalsamar* de Greenhill, p. 361. «Grew—dice el autor— parece creer que el *Asbestinus Lapis* y el *Amianthus* son una misma cosa, y los llama en inglés *thrum-stone* (piedra de hilos;» dice que forma como una masa compuesta de hilos de un cuarto de pulgada á una pulgada de longitud aproximadamente, paralelos y lustrosos, hilos que son tan finos como aquellos tan delgados y sutiles que forma el gusano de seda, y tan flexibles como el lino ó el cáñamo. Que el se-

(1) Comentarios sobre el Tratado *De Civitate Dei*, de S. Agustín.

(2) Autor de «*De rebus cypritis*», 1566 A. D.

(3) «*Libro de los antiguos funerales.*»

creto no se ha perdido por completo, lo prueba el hecho de que algunos conventos buddhistas de la China y del Thibet lo poseen. No podemos decir si estaba hecha de la fibra de la una ó de la otra de estas dos piedras, pero hemos visto en un convento de religiosas talapoines una túnica amarilla, como las que usan los monjes buddhistas, echarla en un grande hoyo lleno de carbones encendidos y sacarla de allí dos horas después tan limpia como si la hubiesen lavado con agua y jabón.

Después de numerosos ensayos practicados últimamente en Europa y en América, el material en cuestión va siendo objeto de diferentes aplicaciones y usos industriales, tales como telas y vestidos incombustibles y á prueba de fuego. Un depósito de mucho valor en Staten Island, en el puerto de Nueva-York, proporciona el mineral en haces, parecidos á la madera seca con fibras de varios pies de longitud. La variedad más fina de asbesto, llamada *αμ-ιαυτος*, (pura) por los antiguos, toma su nombre de su lustre blanco, parecido al del raso.

Los antiguos hacían tambien la torcida de sus lámparas perpetuas con otra clase de piedra á la cual ellos llamaban *Lapis carystius*. Los habitantes de la ciudad de Carystos no hicieron de ello, al parecer, ningún secreto, y *Matthæus Raderus* dice en su obra (1) que ellos «bataneaban, hilaban y tejían con esta piedra filamentosa mantos, manteles y otros objetos por el estilo, los cuales, cuando estaban sucios, bastaba echarlos al fuego para que se limpiasen, en lugar de lavarlos con agua.» Pausanias, en *Atticus*, y Plutarco (2) también aseguran que las torcidas de las lámparas se hacían de esta piedra; pero añade Plutarco que en su tiempo ya no se encontraba ninguna piedra de esta clase. Liceto se inclina á creer que las lámparas perpetuas usadas por los antiguos en sus sepulcros carecían de torcida, y á la verdad son muy pocas las que se han encontrado; pero Luis Vives opina de un modo distinto, y afirma que él ha visto un buen número de dichas torcidas.

Liceto, por otra parte, está firmemente persuadido de que «un pábulo para fuego, ó combustible, puede ser de una naturaleza tan igual que no pueda ser consumido más que después de un largo transcurso de tiempo, de tal modo que ni la materia se exhale, antes al contrario, resista perfectamente al fuego, ni el fuego consuma la materia, antes bien la constriña como con una cadena, para que no se desvanezca.» Sir Thomas Brown, (3) hablando de lámparas que han ardido muchos centenares de años, metidas en pequenísimos recintos, hace observar

(1) «Coment. sobre el 77 Epigrama del IX libro de Marcial.»

(2) «*De defectu oraculorum.*»

(3) «*Errores vulgares,*» p. 124.

que «esto es debido á la pureza del aceite, el cual no emite ninguna exhalación fuliginosa que pueda sofocar el fuego; porque si el aire hubiese alimentado la llama, no hubiera durado muchos minutos, porque en este caso, el aire indudablemente hubiera sido gastado y consumido por el fuego». Pero añade el referido autor: «¿se ha perdido el arte de preparar este aceite inconsumible?»

No se ha perdido por completo; y el tiempo lo probará, aunque todo lo que escribimos ahora estuviese condenado á desaparecer, como tantas otras verdades.

Hemos dicho que la ciencia no admite otros medios de investigación más que el experimento y la observación. Concedido; y por eso preguntamos: tres mil años de observación de hechos ¿no son una buena prueba de los poderes ocultos del hombre? Respecto de experimentos, ¿qué mejor oportunidad podía desearse que la ofrecida por los llamados fenómenos modernos? En 1869, varios sabios ingleses fueron invitados por la Sociedad Dialéctica de Londres para asistir á una investigación de estos fenómenos. Veamos las contestaciones de nuestros filósofos. El profesor Huxley escribió: «Yo no tengo tiempo para semejante investigación, que sería una gran molestia y un trabajo muy pesado (á menos que fuese distinta de todas las investigaciones que conozco de este género)... No me tomo ningún interés por el asunto... pero aun suponiendo que los fenómenos sean verdaderos, no tienen para mí el menor aliciente». (1) Mr. George H. Lewes habló como un sabio en la siguiente sentencia: «Cuando alguien dice que estos fenómenos dependen de leyes físicas desconocidas, declara que él conoce las leyes que los originan» (2). El profesor Tyndall expresa sus dudas acerca de la posibilidad de buenos resultados en cualquiera sesión en la cual pudiera él hallarse. Su presencia, según la opinión de Mr. Varley, introduce la confusión en todo. (3) El profesor Carpenter dice: «En virtud de mis investigaciones personales, me he persuadido de que, mientras muchas manifestaciones que pasau como espiritistas no son más que el resultado de imposturas intencionadas, y muchas otras no pasan de ser puras ilusiones, en cambio existen fenómenos que son completamente genuinos, y deben considerarse como un asunto digno de un estudio científico;... el origen de estos fenómenos no reside en una comunicación *ab-extra*, cualquiera que sea, sino que depende de la condición *subjetiva* del individuo, el cual opera de acuerdo con ciertas leyes fisiológicas reconocidas;... el proce-

(1) «Informe sobre el Espiritismo, de la Sociedad Dialéctica de Londres,» p. 229.

(2) *Idem*, p. 230.

(3) *Idem*, p. 265.

so al cual yo he dado el nombre de '*cerebración inconsciente*'... representa un gran papel en la producción de los fenómenos conocidos como espiritistas». (1)

Y de este modo es como el mundo ha sabido, por medio del órgano de la ciencia exacta, que la *cerebración inconsciente* ha adquirido la facultad de hacer volar á las guitarras, y de obligar á los muebles á hacer cabriolas dignas de un clown.

Esto en lo que á las opiniones de los sabios ingleses se refiere. Los americanos han hecho más y mejor. En 1857, una comisión de la Universidad de Harvard previno al público contra las investigaciones sobre este asunto, que «corrompe la moral y degrada la inteligencia», y al cual calificaba, además, «de una influencia contaminadora, que tiende seguramente á disminuir la veracidad en el hombre y la pureza en la mujer». Posteriormente, cuando el profesor Roberto Hare, el gran químico, desafiando las opiniones de sus contemporáneos, estudió el Espiritismo y se convirtió á esta doctrina, fué inmediatamente declarado *non compos mentis*, y en 1874, cuando uno de los periódicos de Nueva-York dirigió una circular á los principales sabios del país pidiéndoles que emprendiesen una investigación sobre la materia, ofreciendo pagar los gastos, estos sabios, «de común acuerdo comenzaron á excusarse», ni más ni menos que si se les hubiese convidado á cenar. Sin embargo, á despecho de la indiferencia de Huxley, de la jocosidad de Tyndall y de la «cerebración inconsciente» de Carpenter, más de un sabio tan notable como cualquiera de ellos ha investigado una cuestión tan mal recibida, y, abrumado por su evidencia, se ha convertido á la misma. Y otro sabio, autor de gran peso, —aunque no espiritista— hace lealmente esta declaración: «El que los espíritus de los muertos vuelvan ocasionalmente á visitar á los vivos, ó frecuenten sus antiguas moradas, ha sido en todas épocas y en todos los países europeos una creencia firme, no limitada á los rústicos, sino compartida por las personas ilustradas..... Si el testimonio humano en asuntos semejantes puede ser de algún valor, tenemos una masa de evidencia, á partir de las épocas más remotas hasta nuestros días, *tan extensa é irrecusable como podría desearse para poder resistir cualquier ataque*» (2).

Desgraciadamente, el escepticismo humano tiene una fuerza tal que es capaz de desafiar cualquiera masa de testimonios, y empezando por Mr. Huxley, nuestros hombres de ciencia aceptan sólo aquéllos que les convienen y nada más.

(1) «Informe sobre el Espiritismo, por la Sociedad Dialéctica de Londres,» p. 266.

(2) Draper: *Conflictos entre la religión y la ciencia*, p. 121.

«¡Oh, vergüenza para la humanidad! Los diablos, con los diablos condenados guardan entre ellos perfecta armonía; los hombres solamente no pueden avenirse entre las criaturas racionales.....» (1).

¿Cómo podemos comprender tal divergencia de opiniones entre hombres que han estudiado en los mismos libros de texto y que han sacado sus conocimientos de una misma fuente? Verdaderamente, esto no es más que una nueva prueba de que jamás dos hombres ven una cosa de la misma manera. Esta idea está admirablemente formulada por el Dr. J. J. Garth Wilkinson, en una carta á la Sociedad Dialéctica.

«Hace mucho tiempo —dice— que estoy convencido por la experiencia de mi vida, como investigador de varias heterodoxias que rápidamente se han convertido en ortodoxias, que casi todas las verdades son inherentes á nuestra disposición de ánimo y están en relación con nuestras afecciones é intuiciones, y que la discusión é investigación á nada conducen, como no sea á alimentar dicha disposición de ánimo».

Este profundo observador podía haber añadido á su experiencia la siguiente frase de Bacon: « ... *Poca* filosofía inclina la mente del hombre al ateísmo; mientras que una *profunda* filosofía conduce al hombre á la religión».

Carpenter ensalza la avanzada filosofía de nuestros días, que no desconoce ningún hecho, por extraño que sea, si puede ser atestiguado por una evidencia «válida»; y hasta sería el primero en despreciar las reclamaciones de los antiguos á todo conocimiento filosófico y científico, á pesar de estar fundado sobre una evidencia exactamente tan «válida» como aquella en que se apoyan nuestros hombres para pretender el privilegio en materias filosóficas y científicas. En el terreno de la ciencia, tomemos como ejemplo las cuestiones de la electricidad y del electro-magnetismo, que han elevado los nombres de Franklin y de Morse tan por encima de la fama de los demás mortales. Se dice que Thales, seis siglos antes de la era cristiana, descubrió las propiedades eléctricas del ámbar, y además las últimas investigaciones de Schweigger, expuestas en sus extensas obras sobre el Simbolismo, demuestran plenamente que todas las antiguas mitologías estaban fundadas en la ciencia de la filosofía natural, y enseñan que las más ocultas propiedades de la electricidad y del magnetismo eran conocidas por los teurgistas de los más antiguos misterios que la Historia registra; los de Samotracia. Diodoro de Sicilia, Herodoto y Sanciathon el fenicio —el más antiguo de los historiadores— nos dicen

(1) Milton: *Paraiso perdido*.

que estos misterios tienen su origen en la noche de los tiempos, centenares y quizás millares de años antes del período histórico. Una de las mejores pruebas de esto la encontramos en un notabilísimo grabado de la obra *Monuments d'Antiquité figurés*, de Raul Rochette, en la cual, á manera del «espeluznado Pan», todas las figuras tienen sus cabellos diseminados en todas direcciones, excepto la figura central de la Kabíríca Demeter, de quien emana el poder, y de otra que representa un hombre arrodillado (1). Dicho grabado, en opinión de Schweigger, representa evidentemente una parte de las ceremonias de la iniciación. Y no hace todavía mucho tiempo desde que las obras elementales de filosofía natural empezaron á ser adornadas con dibujos de cabezas *electrizadas*, con sus cabellos extendidos en todas direcciones, bajo la influencia del fluido eléctrico. Schweigger demuestra que una *perdida filosofía natural de la antigüedad* estaba relacionada con las más importantes ceremonias religiosas. Demuestra del modo más completo que la *magia* en los períodos prehistóricos representaba su parte en los Misterios, y que los más grandes fenómenos, los llamados milagros,—fuesen paganos, judíos ó cristianos—se apoyaban de hecho en los arcanos conocimientos que tenían los antiguos sacerdotes en Física y en todas las ramas de la Química, ó mejor dicho, en Alquimia.

En el capítulo IX, que está completamente dedicado á los maravillosos descubrimientos de los antiguos, nos proponemos demostrar de un modo más acabado nuestras afirmaciones. Demostraremos, bajo el testimonio de los clásicos más dignos de fé, que, en un período muy anterior al sitio de Troya, los ilustrados sacerdotes de los santuarios, estaban completamente familiarizados con la electricidad y hasta con los para-rayos. Añadiremos sólo unas pocas palabras antes de terminar el asunto.

Los teurgistas estaban tan bien enterados de las minuciosas propiedades del magnetismo, que, sin poseer la clave perdida de sus arcanos, y únicamente apoyándose por completo en lo que hoy día se conoce de electro-magnetismo, Schweigger y Ennemoser han llegado á trazar la identidad de los dos «hermanos gemelos», los Dioskuros, con la polaridad eléctrica y magnética. Según dice Ennmoser, (2) diferentes mitos simbólicos, antes considerados como meras ficciones sin sentido, se ve ahora que son «las más ingeniosas, y al mismo tiempo las más profundas expresiones de una estricta y científicamente definida verdad de la naturaleza».

(1) Véase Ennemoser: *Historia de la Magia*, vol. II, y Schweigger: *Introducción á la Mitología, por medio de la Historia Natural*.

(2) *Historia de la Magia*, vol. II.

Nuestros físicos se muestran muy envanecidos de los descubrimientos de nuestro siglo, y entonan himnos de alabanza mutua. La elocuencia de estilo que brilla en sus cátedras, su florida fraseología, sólo necesitan una leve modificación para convertir sus discursos en sonetos melodiosos. Nuestros modernos Petrarcas, Dantes y Torquatos Tassos rivalizan en efusiones poéticas con los antiguos trovadores. En su ilimitada glorificación de la materia, cantan la amorosa unión de los átomos errantes, y su afectuoso cambio de protoplasmas, y se lamentan de la coqueta volubilidad de las «fuerzas», las cuales de una manera tan provocadora juegan al escondite con nuestros graves profesores en el gran drama de la vida, llamado por ellos «correlación de fuerzas». Proclamando á la materia única y autocrática soberana del Universo Infinito, quieren divorciarla forzosamente de su consorte, y colocar á la gran reina viuda en el gran trono de la naturaleza que ha quedado vacante por haber sido desterrado el espíritu; y con este motivo se desviven para hacerla tan simpática como sea posible, incensándola y adorándola en el altar que ellos mismos le han erigido. ¿Han olvidado, ó acaso desconocen ellos por completo el hecho de que, en ausencia de su legítimo soberano, este trono no es más que un sepulcro blanqueado, dentro del cual todo es podredumbre y corrupción? La materia, sin el espíritu que la vivifica y del cual ella es sólo la «purgación grosera», empleando una expresión hermética, es únicamente un cuerpo inanimado; un cadáver, cuyos miembros, para ser movidos en direcciones predeterminadas, requieren un operador inteligente en la gran batería galvánica llamada VIDA!

¿En qué especialidad los conocimientos del presente siglo son superiores á los de los antiguos? Téngase en cuenta que cuando decimos *conocimientos*, no nos referimos á las claras y brillantes definiciones que nuestros sabios modernos dan para las más frívolas nimiedades de cada una de las ramas de la ciencia exacta; ni á aquella facilidad con que aplican un término apropiado para cada detalle, por insignificante y microscópico que sea; un nombre para cada una de las arterias y venas, tanto del organismo humano, como del animal; una denominación para cada célula, filamento y minuciosidad de una planta; sino á la filosófica y acabada expresión de cada una de las verdades de la naturaleza.

Los más grandes filósofos de la antigüedad son acusados de ligereza y de superficialidad en el conocimiento de estos detalles referentes á las ciencias exactas, detalles de los cuales los sabios modernos tanto se envanecen. Platón es acusado por varios de sus comentadores de rematado ignorante en punto á la anatomía y funciones del cuerpo

humano; de no haber sabido una palabra tocante al uso de los nervios para transmitir las sensaciones; y de no haber hecho nada más que exponer vanas especulaciones en todo lo concerniente á cuestiones fisiológicas. Se ha limitado sencillamente á generalizar las divisiones del cuerpo humano, dicen ellos, y nada nos ha dado que nos recuerde algún dato anatómico. En cuanto á sus propias opiniones acerca de la estructura humana, siendo el microcosmo, según su modo de pensar, la imagen en miniatura del macrocosmo, son demasiado trascendentales para que nuestros escépticos, exactos y materialistas presten á ellas la menor atención. La idea de que este organismo esté, lo mismo que el universo, formado de triángulos, parece soberanamente absurda y ridícula á varios de sus traductores. Uno solo de éstos, el profesor Jowett, en su introducción al *Timæus*, hace observar sinceramente que el moderno físico filósofo «difícilmente concede á sus ideas (de Platón) el mérito de ser *los huesos de hombres muertos*, de los cuales se ha remontado á conocimientos más superiores»; (1) olvidando lo mucho que la metafísica de los tiempos antiguos ha favorecido á las ciencias «físicas» de nuestros días. Si en lugar de disputar sobre la insuficiencia, y á veces de la falta de palabras y definiciones estrictamente científicas en las obras de Platón, nosotros las analizásemos detenidamente, en el *Timæus* tan sólo, encontraríamos en un espacio tan limitado los gérmenes de cada uno de los nuevos descubrimientos. La circulación de la sangre y la ley de la gravitación están allí claramente mencionadas, aunque la primera no está quizás tan perfectamente definida para que pueda resistir los reiterados ataques de la ciencia moderna; pero según Jowett, el descubrimiento específico de que la sangre sale de un lado del corazón por las arterias, y vuelve al otro por medio de las venas, era desconocido para él, aunque Platón sabía perfectamente «que la sangre es un fluido en constante movimiento».

El método de Platón, como el de la geometría, consistía en descender de lo universal á lo particular. En vano la ciencia moderna busca una primera causa entre los cambios moleculares. Platón la buscó y la encontró en medio del majestuoso curso de los mundos. Bastábale conocer el vasto plan de la creación y poder seguir los más importantes movimientos del Universo, á través de sus cambios, hasta su fin. Los minuciosos detalles, cuya observación y clasificación han exigido y demostrado toda la paciencia de los sabios modernos, apenas ocupaban la atención de los antiguos filósofos. De aquí que, mientras

(1) B. Jowett, M. A.: *Diálogos de Platón*, vol. II, pág. 508.

que un niño de la quinta sección de una escuela inglesa puede charlar sobre cosas de poca monta en las ciencias físicas mucho mejor que el mismo Platón, en cambio el más torpe de los discípulos de este filósofo dejaría muy atrás al profesor más encopetado de la Academia más flamante de nuestros días, en lo referente á las grandes leyes cósmicas y sus relaciones mutuas, y demostraría estar más familiarizado y tener más dominio sobre las fuerzas ocultas que dentro de aquéllas se esconden.

Este hecho tan poco apreciado, y sobre el cual jamás han hecho hincapié los traductores de Platón, es motivado por las propias alabanzas con que nosotros, los modernos, nos favorecemos á expensas del filósofo y de sus compañeros. Sus pretendidos errores en anatomía y en fisiología son enormemente exagerados con objeto de satisfacer nuestro amor propio, hasta el punto de que, al acariciar la idea de nuestra superioridad científica, perdemos de vista el esplendor intelectual que enaltece las pasadas edades; esto es lo mismo que si uno, en su imaginación, amplificase las manchas del sol hasta llegar á creer que el brillante astro queda totalmente eclipsado.

La poca utilidad de las investigaciones científicas modernas queda demostrada en el hecho de que, á pesar de tener un nombre para la más insignificante partícula del mineral, de la planta, del animal y del hombre, el más sabio de nuestros profesores es incapaz de decirnos nada definido acerca de la fuerza vital que produce los distintos cambios en los varios reinos de la naturaleza. Para corroborar esta afirmación, es necesario buscar en otros lugares distintos de las obras de nuestras más eminentes autoridades científicas.

Se necesita no poco valor moral en un hombre de encumbrada posición científica para hacer justicia á los conocimientos de los antiguos frente á frente de la opinión pública, que no desea más que quitar á aquellos todo su mérito. Cuando nos encontremos con un caso de esta especie, depositamos de buena gana un ramo de laurel á los pies del sabio que tal muestra da de valor y honradez. Tal sucede con el profesor Jowett, Director del Colegio Baliol y catedrático de Griego en la Universidad de Oxford, el cual, en su traducción de las obras de Platón, hablando de «la filosofía física de los antiguos, como de un todo armónico,» les hace las siguientes concesiones: 1.º «Que la teoría de la nebulosa era una opinión aceptada por los físicos más antiguos.» Por lo tanto, no puede haberse fundado, como asegura Draper, (1) en los descubrimientos telescópicos hechos por Herschel I.

(1) «*Conflictos entre la Religión y la Ciencia,*» p. 240.

2.º «que el desarrollo de los animales procediendo de las ranas que aparecieron en la tierra, y el del hombre procediendo de los animales, fué sostenido por Anaximenes, en el siglo sexto antes de J. C.» El citado profesor podía haber añadido que esta teoría era anterior á Anaximenes, quizás de muchos millares de años; que era una doctrina aceptada entre los Caldeos, y que la evolución de las especies y la teoría darwinista del mono tienen un origen antediluviano. 3.º «...que tanto Filolao como los antiguos pitagóricos sostenían ya que la tierra es un cuerpo parecido á los demás astros que se mueven en el espacio»⁽¹⁾. Así Galileo, estudiando algunos fragmentos pitagóricos, que, como Reuchlin ha demostrado, existían todavía en tiempo del matemático florentino; ⁽²⁾ estando además familiarizado con las doctrinas de los antiguos filósofos, no hizo más que defender una doctrina astronómica que prevalecía en la India desde la antigüedad más remota. 4.º Los antiguos «.... opinaban que las plantas tienen sexo lo mismo que los animales.» De modo que nuestros modernos naturalistas no han hecho otra cosa que seguir los pasos de sus predecesores. 5.º «Las notas musicales dependen de la longitud relativa ó tensión de las cuerdas que las han producido, y son medidas por números.» 6.º «Las leyes matemáticas se extienden al mundo entero, y hasta se supone que las diferencias cualitativas tienen su origen en el número;» y 7.º «la anihilación de la materia era negada por ellos, y considerada únicamente como una *transformación*.»⁽³⁾ «Aunque alguno de estos descubrimientos puedan ser considerados como hábiles conjeturas,—añade Mr. Jowett—difícilmente podemos nosotros atribuirlos á meras coincidencias.»⁽⁴⁾

En resumen, la filosofía platónica era una filosofía de orden, sistema y proporción; abrazaba la evolución de los mundos y de las especies, la correlación y la conservación de la energía, la transmu-

(1) «*Plutarco*,» traducido por Langhorne.

(2) Algunos sabios Kabalistas aseguran que el original griego de las Sentencias pitagóricas de Sextus, que, según se dice actualmente, están perdidas, existían todavía en un convento de Florencia en la época referida, y que Galileo estaba enterado de dichos escritos. Añaden, además, que el célebre astrónomo tenía en su poder un manuscrito de Archytas (discípulo directo de Pitágoras) que versaba sobre Astronomía, y en el cual estaban contenidas las más importantes doctrinas de la escuela pitagórica. Si algun *Ruffinas* se hubiese apoderado de dicho manuscrito, no hubiera dudado en alterar su sentido, de la misma manera que el presbítero Ruffinas adulteró las sentencias de Sextus antes citadas, reemplazándolas con una versión fraudulenta, y pretendiendo hacer pasar como su autor á un cierto obispo Sextus. Véase la introducción de Taylor á la «*Vida de Pitágoras*» de Jámblico, p. XVII.

(3) Jowett: *Introducción al «Timæus»*, vol. II, p. 508.

(4) *Idem*.

tación de las formas materiales, y la indestructibilidad de la materia y del espíritu. Bajo este último punto de vista, la filosofía platónica se ha adelantado considerablemente á la ciencia moderna, y corona la bóveda de su sistema filosófico con una clave á la vez perfecta é inamovible. Si es cierto que la ciencia ha hecho en estos últimos tiempos un progreso tan colosal, si nuestras ideas respecto de la ley natural son más claras que las de los antiguos, ¿porqué nuestras preguntas respecto de la naturaleza y fuente de la vida quedan sin contestación? Si los laboratorios modernos son mucho más ricos en frutos de investigaciones experimentales que los de los tiempos antiguos, ¿cómo se explica que no hayamos dado un solo paso adelante, excepto en aquellos caminos que estaban ya trillados antes de la era cristiana? ¿y cómo se explica también que el punto más culminante que en nuestros tiempos hemos alcanzado sólo nos permita ver confusamente á lo lejos, en el sendero alpino del saber, las pruebas monumentales con que los primitivos exploradores han señalado las mesetas en que ellos pusieron los piés?

Si tan adelantados están los modernos maestros respecto de los antiguos, ¿porqué no nos devuelven las artes perdidas de nuestros antepasados postdiluvianos? ¿porqué no nos proporcionan los colores inalterables de Luxor, la púrpura de Tiro, el brillante bermellón y el azul deslumbrador que decora las paredes de aquel sitio, y que hoy día se conserva tan brillante como el día en que se aplicó? ¿porqué no nos enseñan el modo de preparar el cemento indestructible de las Pirámides y de los antiguos acueductos; la hoja de Damasco, que puede ser retorcida como un tirabuzón dentro de su vaina sin romperse; los tonos vistosos é incomparables de los vidrios de color, que se hallan entre el polvo de las antiguas ruinas y brillan en los ventanales de las antiguas catedrales; y el secreto del verdadero vidrio maleable? Y si la Química apenas puede rivalizar ni siquiera con los primitivos tiempos de la Edad Media en algunas artes, ¿á qué viene hacer alarde de ciertos hechos que, según las mayores probabilidades, eran perfectamente conocidos hace millares de años? Cuanto más adelantan la arqueología y la filología, tanto más humillantes son para nuestro orgullo los descubrimientos que diariamente se realizan, y tanto más glorioso el testimonio que deponen en favor de aquellos que, quizás por razón de la remota antigüedad que les separa de nosotros, han sido considerados hasta ahora como unos ignorantes profundamente encenegados en el fango de la superstición.

¿Porqué hemos olvidado que, muchísimo antes de que la proa del audaz genovés hendiese las aguas occidentales, las embarcaciones

fenicias habían dado la vuelta al mundo, y llevado la civilización á regiones actualmente silenciosas y desiertas? ¿Qué arqueólogo se atreverá á asegurar que la misma mano que trazó los planos de las Pirámides de Egipto, Karnak, y otras muchas obras cuyas ruinas abandonadas están desmoronándose entre las arenosas orillas del Nilo, *no* pudo erigir el monumental Nagkon-Wat, de Cambodge, ó trazar los geroglíficos que se ven en los obeliscos y en las puertas de la abandonada población india recientemente descubierta en la Colombia británica por Lord Dufferin, ó bien las de las ruinas de Palenque y de Uxmal, en la América central? Las reliquias que en nuestros museos atesoramos—últimos recuerdos de «artes perdidas» mucho tiempo há, —¿no hablan elocuentemente en favor de la civilización antigua, y no son la prueba completa y repetida de que las naciones y continentes que existieron en otro tiempo han enterrado juntamente con ellos varias artes y ciencias que ni el primer crisol calentado en un claustro de la Edad Media, ni la última retorta rota por un químico moderno, han hecho ni harán revivir, al menos durante el presente siglo?

El profesor Draper concede generosamente que los antiguos «no dejaban de tener algunos conocimientos de óptica.» En cambio, otros autores se los niegan rotundamente. «Las lentes convexas encontradas en Nimrod demuestran que no eran desconocidos para ellos los instrumentos de amplificación» (1).

¿Pues en qué quedamos? Si los antiguos no conocían tales instrumentos, todos los autores clásicos habrán mentido; porque cuando Cicerón nos dice que él ha visto toda la *Iliada* escrita en una vitela de un tamaño tal que, una vez arrollada, podía caber en el hueco de una cáscara de avellana, y Plinio nos asegura que Nerón tenía un anillo con un pequeño cristal por medio del cual contemplaba á distancia los espectáculos de los gladiadores, ¿podía la audacia ir más lejos? Verdaderamente, cuando oímos decir que Mauricio, desde el promontorio de Sicilia y á través del mar, podía ver la costa de Africa con un instrumento llamado *nauscopite*, debemos pensar, ó bien que todos estos testigos faltaban á la verdad, ó que los antiguos estaban mucho más familiarizados de lo que se supone con la óptica, y con las lentes de aumento. Wendell Phillips afirma que tiene un amigo que posee un anillo extraordinario «quizás de unos tres cuartos de pulgada de diámetro, y en el cual está representada la imagen desnuda del dios Hércules, pudiendo con ayuda de lentes distinguirse el entrelazamiento de los músculos, y *contarse por separado cada uno de los pelos de las cejas*.

(1) «*Conflicto entre la Religión y la Ciencia,*» p. 14.

»Raulinson llevó á su casa una piedra de unas veinte pulgadas de largo por diez de ancho, que contenía un tratado completo de matemáticas; era completamente imposible leer sus caracteres sin ayuda de una lente. En el Museo de Abbott existe un anillo de Cheops que, según los cálculos de Bunsen, data de 500 años antes de nuestra era; el sello de este anillo viene á ser del tamaño de un cuarto de dollar, y el grabado es *invisible* sin el auxilio de un vidrio de aumento. En Parma puede verse una piedra perteneciente á una sortija de Miguel Angel, el grabado de la cual tiene 2000 años de antigüedad, y representa las figuras de *siete* mujeres, necesitándose el auxilio de poderosas lentes para distinguir sus formas y detalles. De modo que el microscopio,—añade el ilustrado disertante—en lugar de datar de nuestros tiempos, encuentra sus hermanos en los Libros de Moisés, y éstos son los hermanos menores».

Todos estos hechos no demuestran, al parecer, que los antiguos tuviesen únicamente «*algunos* conocimientos de Optica». Por lo tanto, disintiendo por completo sobre este punto del parecer del profesor Fiske y de su crítica de la obra *Conflictos, etc.*, de Draper, en su *Universo invisible*, el único defecto que encontramos en el admirable libro de Draper es que, como crítico histórico, usa sus propios instrumentos ópticos de un modo poco acertado; mientras que, para ponderar el ateísmo de Bruno el pitagórico, mira al través de lentes convexas; cada vez que habla de la sabiduría de los antiguos, evidentemente ve las cosas al través de lentes *cóncavas*.

Es realmente chocante y curioso el seguir en varias obras modernas las cautelosas tentativas llevadas á cabo por los cristianos piadosos, así como por los escépticos, á pesar de ser hombres muy ilustrados, para trazar una línea de demarcación entre lo que debemos creer y lo que no debemos creer en los autores antiguos. No se acepta de ellos la menor cosa, sin que á renglón seguido se haga la correspondiente salvedad. Si Estrabón nos dice que la antigua Nínive tenía cuarenta y siete millas de circunferencia, y aceptamos su testimonio, ¿porqué debe suceder lo contrario cuando atestigua lo referente al cumplimiento de las profecías sibilinas? ¿En dónde está el sentido común, cuando se llama á Herodoto «el padre de la Historia», y acto continuo se le acusa de necia jerigonza, cuando relata ciertas maravillosas manifestaciones de las que ha sido testigo ocular? Tal vez, después de todo, esta prudencia es ahora más necesaria que nunca desde el momento en que nuestra época ha sido bautizada con el nombre de *siglo de los descubrimientos*. El desencanto que experimentaría la Europa sería demasiado cruel. La pólvora, que por tanto tiempo

se ha creído ser una invención de Bacon y de Schwartz, está ahora demostrado, y así consta en los libros de texto de las escuelas, que fué usada por los chinos, siglos antes de nuestra era, para allanar elevaciones de terreno y abrir las rocas. «En el Museo de Alejandría, —dice Draper—existía una máquina inventada por Herón, el matemático, poco más de 100 años antes de J. C. Daba vueltas por medio del vapor, y tenía la forma de lo que ahora llamamos eolipilas. La casualidad no tiene nada que ver con la invención de las modernas máquinas de vapor». (1) La Europa se enorgullece con motivo de los descubrimientos de Copérnico y Galileo, y ahora sabemos que las observaciones astronómicas de los Caldeos se remontan á un centenar de años después del diluvio, fijando Bunsen la época del diluvio nada menos que á unos 10.000 años antes de nuestra era. (2) Además, un emperador chino, más de 2000 años antes del nacimiento de Cristo, y por consiguiente en una época anterior á Moisés, condenó á muerte á sus dos principales astrónomos por no haber vaticinado un eclipse de sol.

Puede observarse, como un ejemplo de la inexactitud de las nociones corrientes respecto á las pretensiones científicas del siglo actual, que los descubrimientos de la indestructibilidad de la materia y de la correlación de fuerzas, especialmente este último, sean anunciados como uno de nuestros mayores triunfos. Es «el descubrimiento más importante de nuestro siglo», decía Sir William Armstrong en su famoso discurso como presidente de la Asociación Británica. Pero este «importante descubrimiento» no es, después de todo, ningún descubrimiento. Su origen, aparte de los rastros innegables que de él se encuentran entre los antiguos filósofos, se pierde entre las densas sombras de los tiempos prehistóricos. Sus primeros vestigios han sido descubiertos en las soñadoras especulaciones de la teología Védica, en la doctrina de la emanación y absorción, el nirvana, en una palabra. Juan Erigena ya indicaba esto en su atrevida filosofía durante el siglo octavo, é invitamos á cualquiera que desee convencerse por sí mismo de esta verdad, á que lea su *De Divisione Naturæ*. La ciencia nos dice que cuando la teoría de la indestructibilidad de la materia (que dicho sea de paso, fué sustentada por Demócrito, hace muchísimo tiempo) fué un hecho demostrado, se hizo necesario extenderla á la fuerza. Ninguna partícula material puede jamás perderse; ninguna cantidad de la fuerza existente en la naturaleza puede nunca desvanecerse; por consiguiente, se ha demostrado que la fuerza era igual-

(1) «*Conflictos entre la Religión y la Ciencia*», p. 311.

(2) «*Lugar del Egipto en la Historia Universal*», vol. v, p. 88.

mente indestructible, y que sus distintas manifestaciones ó fuerzas, bajo sus diversos aspectos, son susceptibles de convertirse las unas en las otras, siendo sólo diferentes modos de movimiento de las partículas materiales. De este modo ha sido redescubierta la correlación de fuerzas. Ya en 1842, Mr. Grove concedía á cada una de estas fuerzas, tales como el calor, electricidad, magnetismo y luz, el carácter de convertibilidad, considerándolas capaces de ser, en un momento dado, una causa, y en el siguiente un efecto (1). Pero ¿de dónde vienen estas fuerzas, y á dónde van cuando las perdemos de vista? Sobre este punto, la ciencia no dice una palabra.

La teoría de la «correlación de fuerzas», aunque sea para nuestros contemporáneos «el descubrimiento más grande de la época», no puede dar razón, ni del principio ni del fin de cualquiera de estas fuerzas; así como tampoco es capaz de indicar la causa de las mismas. Las fuerzas serán convertibles, la una dará origen á la otra, y sin embargo, ninguna de las ciencias exactas es capaz todavía de explicar el *alpha* y *omega* del fenómeno. ¿Dónde está nuestra superioridad con respecto á Platón, quien, discutiendo en el *Timæus* las cualidades primarias y secundarias de la materia, (2) y la debilidad de la humana inteligencia, hace decir á Timæus: «Dios conoce las cualidades originales de las cosas; el hombre puede sólo esperar alcanzar la probabilidad»? No tenemos más que abrir cualquiera de las varias obras de Huxley ó de Tyndall, para encontrar exactamente la misma confesión; si bien aventajan á Platón en no tolerar que ni Dios mismo sepa más que ellos; y quizás sea en esto en lo que apoyan sus pretensiones de superioridad. Los antiguos hindos fundaron precisamente en aquella ley su doctrina de la emanación y absorción. El *To'Or*, el punto primordial del círculo sin fin, «cuya circunferencia no está en ninguna parte, y el centro en todas partes», emanando de sí mismo todas las cosas, y manifestándolas en el universo visible bajo múltiples formas; cambiándose éstas entre sí y combinándose, y después de una transformación gradual desde el puro espíritu (la «*nada*» de los Buddhistas) hasta la materia más grosera, empezando á retroceder y reaparecer gradualmente en su primitivo estado, en lo cual consiste la absorción en el Nirvana, (3)—¿qué es ésto sino la correlación de fuerzas?

(1) W. R. Grove: «*Prefacio á la correlación de fuerzas físicas.*»

(2) «*Timæus*,» p. 22.

(3) Empezando por Godfrey Higgins, y acabando por Max Muller, todos los arqueólogos y filólogos que han estudiado fiel y seriamente las antiguas religiones han advertido que, tomadas en sentido literal, únicamente pueden conducirles por un falso rumbo. El doctor Lardner ha desfigurado/adulterado las antiguas doctrinas—con intención ó sin

La ciencia nos dice que es posible demostrar que el calor desarrolla electricidad, y la electricidad produce calor; y que el magnetismo se convierte en electricidad, y *viceversa*. El movimiento—se nos dice— resulta del movimiento mismo, y así sucesivamente hasta el infinito. Esto es el A. B. C. del Ocultismo, y de los más antiguos alquimistas. Una vez descubierta y probada la indestructibilidad de la materia y de la fuerza, el gran problema de la eternidad está resuelto. ¿Para qué necesitamos ya el espíritu? Su inutilidad queda desde ahora demostrada científicamente (!)

De modo que puede decirse que los modernos filósofos no han dado un solo paso más allá que los sacerdotes de Samotracia, los hindos, y hasta que los renombrados cristianos gnósticos. Los primeros lo han demostrado en aquellos mitos, maravillosamente ingeniosos de los Dioskuros, ó los «hijos del cielo»; los hermanos gemelos de que habla Schweigger, «los cuales constantemente mueren y vuelven juntos á la vida, mientras que es en absoluto necesario *que uno muera para que el otro pueda vivir.*» Sabían ellos tan bien como nuestros físicos que, cuando ha desaparecido una fuerza, se ha convertido sencillamente en otra fuerza. Aunque la arqueología no haya descubierto ningún antiguo aparato para tales conversiones especiales, puede, sin embargo, afirmarse muy fundadamente, y en virtud de deducciones de analogía, que casi todas las antiguas religiones estaban basadas en esta indestructibilidad de la materia y de la fuerza, y además en la doctrina de que todo emana de un fuego etéreo y espiritual, ó sol central, el cual es Dios ó espíritu, en el conocimiento de cuya potencialidad está fundada la antigua magia teúrgica.

En el comentario manuscrito de Proclo sobre la Magia, puede leerse el siguiente párrafo: «Del mismo modo que los amantes avanzan gradualmente desde aquella belleza que aparece en las formas materiales, hacia otra belleza divina, así los antiguos sacerdotes, al considerar que existe cierto enlace y simpatía entre todas las cosas naturales y que algunas de estas manifiestan tener poderes ocultos, y al descubrir que todas las cosas subsisten en el todo, crearon una ciencia sagrada fundada en esta mutua simpatía y similaridad. De este modo reconocieron cosas supremas en las inferiores, y cosas inferiores en las supremas; en las regiones celestes, propiedades terrenas subsis-

ella—del modo más grosero. El *pravitti*, ó la existencia de la naturaleza animada ó en actividad, y el *nivritti*, ó reposo, el estado no viviente, es una doctrina budhista esotérica. La «nada absoluta», ó no-existencia, traducida según su sentido esotérico, significaría el «espíritu puro», el INNOMINADO, ó algo que nuestra inteligencia es incapaz de comprender, y por lo tanto, nada. Pero ya hablaremos de esto más adelante.

tiendo de un modo causal y celestial, y en la tierra propiedades celestiales, pero adaptadas á una condición terrena.»

Proclo pasa luego á indicar ciertas misteriosas propiedades de plantas, minerales y animales, todas ellas bien conocidas de nuestros naturalistas, pero que ninguno de estos ha explicado. Tales son el movimiento rotatorio del girasol, del heliotropo, del loto, el cual antes de la salida del sol, dobla sus hojas, recogiendo los pétalos dentro de sí mismo, por decirlo así, y luego las despliega gradualmente conforme el sol va remontándose, y los recoge de nuevo á medida que el astro desciende hacia poniente; habla también de las piedras solares y lunares, del *helioselenus*, del gallo, del león y de otros animales. «Desde el momento en que los antiguos—dice—observaron esta mutua simpatía de las cosas (celestiales y terrestres), aplicaron éstas á objetos ocultos, y tanto de naturaleza celestial como terrestre, mediante lo cual, y en virtud de cierta semejanza, acarrearón ellos virtudes divinas á esta miserable mansión... Todas las cosas están llenas de la naturaleza divina, recibiendo las naturalezas terrestres la plenitud de las celestiales, pero celestiales de supercelestes esencia, al paso que cada orden de cosas procede gradualmente, en hermosa gradación, desde *lo más elevado hasta lo más bajo*. (!) Porque, cualesquiera que sean las cosas que estén reunidas en una superior al orden de las mismas, después se explayan al descender, *siendo distribuidas varias almas bajo sus distintas divinidades dominadoras*.»(2)

Evidentemente, Proclo no defiende aquí sencillamente una superstición, sino la ciencia; porque, á pesar de ser una cosa oculta y desconocida de nuestros sabios, que niegan su posibilidad, la Magia no deja de ser una ciencia. Se funda única y firmemente en las misteriosas afinidades existentes entre los cuerpos orgánicos y los inorgánicos, en los productos visibles de los cuatro reinos, y en los poderes invisibles del universo. Aquello á lo cual la ciencia llama gravitación, los herméticos antiguos y los de la Edad Media lo llamaban magnetismo, atracción, afinidad. Es la ley universal, la cual es considerada y explicada por Platón en el *Timæus* como la atracción de los cuerpos pequeños por otros más grandes, y de los cuerpos similares á los similares, demostrando estos últimos un poder magnético, más bien que una sujeción á la ley de la gravitación. La fórmula anti-aristotélica de *que la gravedad obliga á todos los cuerpos á descender con igual rapidez, sin que tenga influencia su peso*, siendo ocasionada la diferencia por algún otro agente *desconocido*, parece referirse muchísimo

(1) Esto es exactamente lo opuesto á la teoría moderna de la evolución.

(2) Ficinus: Véase «*Excerpta*» y «*Disertación sobre la Magia*»; Taylor: «*Platón*», vol I, p. 63.

más al *magnetismo* que á la gravitación, pues el primero atrae más en virtud de la substancia que del peso. Un perfecto conocimiento de las propiedades ocultas de todo cuanto existe en la naturaleza, tanto visible como invisible; sus mutuas relaciones, atracciones y repulsiones; la causa de éstas teniendo su origen en un principio *espiritual* que penetra y anima á todas las cosas; la facultad de disponer las condiciones de la mejor manera para que este principio se manifieste, en otras palabras, un conocimiento completo y profundo de la ley natural: esto *era* y esto *es* el fundamento de la magia.

En sus notas sobre los *Duendes y Aparecidos*, y pasando revista á unos cuantos hechos aducidos por algunos ilustres defensores de los fenómenos espiritistas, tales como el profesor de Morgan, Mr. Robert Dale Owen y Mr. Wallace, entre otros, Mr. Richard A. Proctor dice que él «no puede dar ningún valor á las observaciones siguientes de Wallace: ‘¿Cómo es que una evidencia como ésta—habla Wallace, ocupándose de uno de los relatos de Owen—es negada ó desechada? Regístranse centenares de hechos igualmente probados, pero nadie se toma el trabajo de explicarlos’». A esto Mr. Proctor contesta, chanceándose, que como «nuestros filósofos declaran que desde hace mucho tiempo han dado como cosa cierta que todas estas historias de aparecidos son puras ilusiones; *por lo cual* no merecen más que el olvido; y les sabe á cuerno quemado que ahora se saquen á colación nuevas pruebas de dichos fenómenos, y que hayan tenido lugar algunas recientes conversiones; algunos de ellos parecen haber perdido el juicio hasta el punto de pedir una nueva información, fundándose en que el primer veredicto era contrario á la evidencia».

«Todo esto—continúa diciendo—suministra excelentes razones para que los *convertidos* no se vean ridiculizados con motivo de sus creencias; pero es preciso decirles alguna cosa más, sobre el particular, á «los filósofos», y entonces podrá esperarse que ellos dediquen una buena parte de su tiempo á la investigación referida. Se les debe hacer ver que *el bienestar de la raza humana concierne en gran parte á la materia*, mientras que la manera frívola como se han portado los aparecidos hasta el presente es reconocida hasta por los mismos convertidos».

Mrs. Emma Hardinge Britten ha recogido un gran número de hechos auténticos publicados por la prensa diaria y periódicos científicos, que dan á conocer con qué cuestiones tan serias nuestros sabios reemplazan el tan desgraciado asunto de los «*Duendes y Aparecidos*». Cita ella de un periódico de Washington la relación de una de aquellas solemnes sesiones, que tuvo lugar en la tarde del 29 de Abril de 1854.

El profesor Hare, de Filadelfia, el venerable químico, universalmente respetado tanto por su carácter individual, como por su larga vida de trabajos científicos, «fué *reducido* al silencio» por el profesor Henry tan pronto como tocó el asunto del Espiritismo. «La acción impertinente de uno de los miembros de la Asociación Científica Americana —dice la autora— fué sancionada por la mayoría de aquella distinguida corporación, y posteriormente autorizada en sus actas por todos los miembros». (1) A la mañana siguiente, en la relación de la sesión, el *Spiritual Telegraph* comenta los sucesos de este modo:

«Parece que un asunto como éste (el presentado por el profesor Hare) debiera considerarse como perteneciente al dominio de la ciencia. Pero la Asociación Americana para el adelanto de las Ciencias (2) decidió que era indigno de su atención y peligroso para ellos el inmiscuirse en estos asuntos, y así fué que votaron y resolvieron dejar la invitación sobre la mesa..... No podemos pasar por alto la oportunidad de señalar que la Asociación Americana para el *adelanto* de las Ciencias sostuvo una muy sabia, extensa, grave y profunda discusión, en la misma sesión, *acerca del porqué los gallos cantan entre las doce y la una de la noche!*». Asunto verdaderamente digno de filósofos, y que indudablemente afecta «al bienestar de la raza humana» en «grado *muy superlativo*.»

Basta que uno manifieste creer en la existencia de una misteriosa simpatía entre la vida de ciertas plantas y la de los seres humanos, para tener la seguridad de que se le pondrá en ridículo. Sin embargo, existen muchos casos bien probados que tienden á demostrar la realidad de semejante simpatía ó afinidad. Se sabe de personas que han caído enfermas al mismo tiempo que se arrancaba un árbol plantado el día de su nacimiento, y que han muerto al morir el árbol; é inversamente, es bien sabido que un árbol plantado bajo las mismas circunstancias enferma y muere simultáneamente con la persona de la cual era el hermano gemelo, por decirlo así. Lo primero sería llamado por Mr. Proctor un «efecto de la imaginación», y lo segundo, una «curiosa coincidencia».

Max Muller cita varios casos de esta especie en su *Ensayo sobre las maneras y costumbres*. Nos demuestra que esta tradición popular existe en la América Central, en la India y en Alemania. Sigue sus huellas en casi toda la Europa; la encuentra en Nueva Zelanda entre los guerreros maories, en la Guyana Británica, y en Asia. Exa-

(1) «*Espiritismo moderno americano*», p. 119.

(2) El título completo y correcto de esta ilustrada sociedad es: «Asociación Americana para el *Progreso* de las Ciencias»; sin embargo se la llama, abreviando, «Asociación Científica Americana».

minando las *Investigaciones en la primitiva historia de la Humanidad*, de Tyler, obra en la cual están expuestas un buen número de estas tradiciones, el gran filólogo hace observar muy justamente lo que sigue: «Si sólo encontrásemos semejantes relaciones en la India y en Alemania, podríamos considerarlas como de antiguo origen ario; pero cuando nos encontramos de nuevo con ellas en la América Central, no nos queda otro remedio que, ó bien admitir una comunicación posterior entre los pobladores europeos y los indígenas americanos que tales historias cuentan... ó bien tratar de averiguar si existe ó no algún elemento humano inteligible y verdadero en esta supuesta simpatía entre la vida de las flores y la vida de los hombres».

La presente generación humana, que no cree en nada que esté más allá de la evidencia superficial de sus sentidos, rechazará indudablemente la idea de que existe un poder simpático en las plantas, animales y hasta en las piedras. El velo que cubre su visión interior les permite ver únicamente aquello que no pueden negar. El autor del *Diálogo Asclepiano* nos da una razón que quizás pueda convenir á la gente de nuestra época, á causa de la epidemia de incredulidad reinante. En nuestro siglo, como entonces, «existe un lamentable abandono de la divinidad por parte del hombre, desde el momento en que ninguna cosa digna de los cielos, ó de cuanto á ellos se refiere, es escuchada ó creída, y que todas las voces divinas enmudecen, forzadas por un silencio *necesario*». (1) O, como dijo el emperador Juliano, «el alma *menguada*» del escéptico «es realmente sutil, pero nada percibe con visión sana y perfecta».

Nosotros nos hallamos á fines de un ciclo, y evidentemente en un estado de transición. Platón divide el progreso intelectual del Universo durante cada ciclo en periodo fértil y periodo estéril. En las regiones sublunares, las esferas de los diversos elementos permanecen eternamente en perfecta armonía con la naturaleza divina, dice; «pero sus partes», á consecuencia de su excesiva proximidad á la tierra y á su mezcla con lo *terreno* (que es materia, y por tanto, el reino del mal), «están algunas veces de acuerdo, y algunas veces en contra de la naturaleza (divina).» Cuando todas estas circulaciones —llamadas por Eliphaz Leví «corrientes de la luz astral»— del éter universal, que en sí mismo contiene cada uno de los elementos de todas las cosas, tienen lugar en armonía con el espíritu divino, nuestra tierra y todo cuanto á ella pertenece gozan de un período fértil. Los poderes ocultos de las plantas, animales y minerales simpatizan mágicamente con las «naturalezas superiores», y el alma divina del hombre está en perfecta

(1) Véase la traducción, de Taylor, de las «*Obras selectas de Plotino*», p. 553, etc.

inteligencia con las «inferiores». Pero durante los períodos estériles, estas últimas pierden su mágica simpatía, y la visión espiritual de la mayor parte del género humano queda á oscuras hasta el punto de perder toda noción de los poderes superiores de su propio espíritu divino. Nosotros estamos atravesando en la actualidad un periodo estéril; el siglo décimo octavo, durante el cual la fiebre maligna del escepticismo brotó de un modo tan incontrastable, ha legado al décimo nono la incredulidad como una enfermedad hereditaria. La inteligencia divina está velada en el hombre; solamente *filosofa* su cerebro animal.

Antiguamente, la Mágia era una ciencia universal que estaba enteramente en manos del sacerdocio ilustrado. Aunque el foco estaba guardado celosamente en el santuario, sus rayos iluminaban á todo el género humano. De otra suerte, ¿cómo podemos explicarnos la identidad extraordinaria de «supersticiones», costumbres, tradiciones y hasta sentencias repetidas en proverbios populares, tan considerablemente difundidos desde uno á otro polo, encontrando exactamente las mismas ideas entre los Tártaros y los Lapones que entre las naciones del mediodía de Europa, los habitantes de las estepas de Rusia y los aborígenes de las Américas así del norte como del Sud? Así por ejemplo, Taylor nos demuestra que una de las antiguas máximas pitagóricas: «No remover el fuego con una espada», es popular entre un número de naciones que no tienen la más pequeña conexión unas con otras. Cita á De Plano Carpini, quien encontró esta tradición como cosa corriente entre los Tártaros, en una época tan remota como 1246. Ningún Tártaro consentirá, aunque le ofrezcan todo el oro del mundo, que se introduzca un cuchillo en el fuego, ó que se toque con algún instrumento cortante ó punzante, por miedo de cortar «la cabeza del fuego». Los Kamtschadales del noroeste del Asia consideran esto como un gran pecado. Los indios Sioux de la América del Norte no se atreven á tocar el fuego con una aguja, cuchillo, ni con cualquier instrumento cortante. Los Kalmukos participan del mismo temor, y los Abisinios preferirían meter sus brazos desnudos hasta el codo dentro de carbones encendidos, antes que acercar á éstos un hacha ó un cuchillo.

Todos estos hechos Tyler también los califica de «simples y curiosas coincidencias». Max Muller piensa, sin embargo, que pierden mucho de su valor por el hecho «de la existencia de la doctrina pitagórica en el fondo de los mismos».

Cada una de las sentencias de Pitágoras, así como la mayor parte de las antiguas máximas, tiene una doble significación, y al paso que tiene un oculto significado material expresado literalmente en sus

palabras, encierra un precepto moral que es explicado por Jámblico en su *Vida de Pitágoras*. Esta sentencia: «No introducir en el fuego una espada», es noveno símbolo en los *Protrépticos* de este Neo-Platónico. «Este símbolo—dice—exhorta á la prudencia.» Muestra «la conveniencia de no oponer palabras que hieran á un hombre lleno de fuego y cólera, no disputar con él. Con frecuencia, por palabras duras, podreis agitar y sacar de tino á algun hombre ignorante, y quizás sufrir algún perjuicio... Herakleito también atestigua la verdad de este símbolo. Pues dice: 'es difícil luchar con la cólera, pero cualquier cosa es necesario hacer para redimir el alma'. Y en esto dice la verdad. Porque muchos, por satisfacer su ira, han cambiado la condición de su alma, y han preferido la muerte á la vida. Dominando la lengua y permaneciendo tranquilo, la amistad nace de la contienda, el fuego de la cólera se extingue, y vosotros mismos no aparecereis como destituidos de inteligencia». (1)

Hemos dudado algunas veces; hemos interrogado la imparcialidad de nuestro propio juicio, nuestra capacidad para ofrecer una crítica respetuosa de los trabajos de gigantes tales como algunos de nuestros filósofos modernos: Tyndall, Huxley, Spencer, Carpenter y otros pocos. En nuestro amor inmoderado hacia los «hombres de la anti-güedad»—los sabios primitivos,—siempre hemos temido traspasar los límites de la justicia, y rehusar lo debido á aquellos que se lo merecen. Gradualmente este temor natural ha ido cediendo ante un refuerzo inesperado. Nos hemos encontrado con que somos únicamente el débil eco de la opinión pública, la cual, aunque oprimida, algunas veces se ha manifestado en hábiles artículos esparcidos entre los periódicos del país. Uno de estos puede encontrarse en la «Revista Nacional Trimestral» de Diciembre de 1875, «Nuestros Filósofos notables del día». Es un muy hábil artículo que discute valientemente las pretensiones de varios de nuestros sabios respecto de los nuevos descubrimientos en lo que á la naturaleza de la materia se refiere, y también con respecto del alma humana, de la inteligencia y del universo, y cómo el universo brotó á la existencia, etc. «El mundo religioso se ha sobrecogido mucho —dice el autor— y no se ha excitado menos ante las ideas de hombres como Spencer, Tyndall, Huxley, Proctor y unos pocos más de la misma escuela.» Admitiendo de un modo muy irrepachable lo mucho que la ciencia debe á cada uno de estos señores, sin embargo el autor niega «rotundamente» que ellos hayan verificado después de todo ningun descubrimiento. Nada hay de nuevo hasta

(1) Jámblico: «De Vita Pythag.», notas adicionales (Taylor).

en sus más avanzadas especulaciones; nada que no haya sido conocido y enseñado, en una ú otra forma, hace millares de años.

No dice que estos sabios «exponen sus teorías como descubrimientos propios, pero dejan que se suponga, y los periódicos hacen el resto... El público que no tiene ni tiempo ni afición para examinar los hechos, acepta como artículos de fé lo que los periódicos le dicen... y se maravilla de las consecuencias!... Los supuestos originadores de tan sorprendentes teorías son atacados en los periódicos. Algunas veces los sabios dañinos procuran defenderse por sí mismos, pero no podemos recordar ni una sola ocasión en que ingenuamente hayan dicho: 'Señores, no se encolericen ustedes con nosotros, pues no hacemos más que recomponer cosas que son casi tan antiguas como las montañas'». Esto hubiera sido la verdad sencillamente; «pero tanto los sabios como los filósofos—añade el autor— son poco razonables siempre, pues tienen la debilidad de dar importancia á todo lo que ellos creen que puede asegurarles un trono entre los inmortales». (1)

Huxley, Tyndall, é igualmente Spencer, se han convertido últimamente en los grandes oráculos, los «infalibles papas» en los dogmas del protoplasma, moléculas, formas primordiales y átomos. Han alcanzado más palmas y laureles por sus grandes descubrimientos, que Lucrecio, Cicerón, Plutarco y Séneca cabellos en sus cabezas tenían. A pesar de que estos últimos rebosan de ideas acerca del protoplasma, formas primordiales, etc., fijándonos sólo en los átomos, sabemos que fueron la causa por la que se llamó á Demócrito el filósofo atómico. En la misma *Revista* nos encontramos con esta asombrosa denuncia:

«Quien, *entre los inocentes*, no se ha llenado de admiración, hasta durante el mismo año pasado, ante los maravillosos resultados llevados á cabo por el oxígeno? Qué excitación han creado Huxley y Tyndall proclamando, con su propio ingenioso y oracular sistema, justamente las mismas doctrinas que nosotros hemos citado de Liebig! Aun más: en una época tan reciente como en 1840, el profesor Lyon Playfair tradujo al inglés lo más avanzado de las obras del Barón de Liebig.»(2)

«Otra idea reciente—dice— que ha sobrecogido á un gran número de personas inocentes y piadosas es que cada pensamiento que nosotros expresamos ó intentamos expresar produce un cierto cambio maravilloso en la sustancia del cerebro. Pero para esto y para una buena parte más de cosas de este género, nuestros filósofos no

(1) «La Revista Nacional Trimestral», Dec. 1875.

(2) *Idem*, p. 94.

han tenido que hacer más que volver páginas del Barón de Liebig. Así, por ejemplo, el citado sabio proclama: 'La Fisiología se apoya en un terreno lo suficientemente firme para sostener las opiniones de que *cada pensamiento, cada sensación*, va acompañado de un cambio en la composición de la *sustancia del cerebro*; de que cada movimiento, cada manifestación de la fuerza, es el resultado de una transformación de su estructura ó de su sustancia'. (1)

Así, entre los escritos de sensación de Tyndall, podemos descubrir, casi página por página, el conjunto de las especulaciones de Liebig, interlineadas aquí y allí, con las todavía más antiguas opiniones de Demócrito y de otros filósofos Paganos. Un pot-pourri de hipótesis antiguas, elevadas por la gran autoridad del día á cuasi demostradas fórmulas, expuestas en su estilo patético, pintoresco, meloso y con aquella fraseología conmovedora y elocuente que le es propia.

Además, el mismo escritor nos da muestra de idénticas ideas al aducir todos los requisitos materiales necesarios para demostrar la existencia de los grandes descubrimientos de Tyndall y de Huxley en las obras del Dr. Joseph Priestley, autor de las *Disquisiciones acerca de la Materia y del Espiritu*, é igualmente en la *Filosofía de la Historia* de Herder.

«Priestley—añade el autor— no era molestado por el gobierno, sencillamente porque no tenía ninguna ambición de obtener fama proclamando sus opiniones ateas desde el tejado. Este filósofo fué el autor de setenta á ochenta volúmenes, y el descubridor del oxígeno.» «En estas obras es en donde están expuestas ideas idénticas á las declaradas tan asombrosas, tan audaces etc., como las opiniones de nuestros modernos filósofos.»

«Nuestros lectores—dice luego— recordarán la sensación producida por las opiniones de algunos de nuestros filósofos del día, acerca del origen y naturaleza de las ideas, pero todas ellas, y lo mismo otras que las han precedido y seguido, nada tienen de nuevo». «Una idea — dice Plutarco—es un *sér* incorpóreo, que no tiene subsistencia por sí mismo, pero que toma figura y forma con la materia informe y se convierte en la causa de sus manifestaciones». (*De Placitio Philosophorum*).

Verdaderamente, ningun ateo moderno, incluyendo á Mr. Huxley, sobrepujará á Epicuro en materialismo: únicamente podrá remedarle. Y ¿qué es su «protoplasma» más que un *rechauffé* de las especulaciones de los Swâbhâvikas ó panteistas, quienes aseguran que todas las

(1) «Fuerza y Materia», p. 151.

cosas, los dioses lo mismo que los hombres y los animales, han nacido de Swâbhâva ó de su propia naturaleza? (1) Respecto de Epicuro, esto es lo que Lucrecio le hace decir: «El alma así producida debe ser *material*, porque nosotros trazamos su procedencia desde un origen material; es alimentada con alimentos materiales; crece á medida que el cuerpo crece; madura con su madurez; declina cuando aquél decae; y por lo tanto, pertenece al hombre ó al bruto, debe morir cuando éste muere». Sin embargo, debemos recordar al lector que Epicuro habla del *Alma Astral*, no del Espíritu Divino. Y si comprendemos lo anterior como es debido, el «protoplasma-carnero de Mr. Huxley» tiene un origen muy antiguo, y puede reclamar como lugar de su nacimiento á Atenas, y como su cuna, el cerebro del viejo Epicuro.

Después, todavía, ansiando ser comprendido, y que no se le acuse de despreciar los trabajos de algunos de nuestros sabios, el autor concluye su escrito diciendo: «Nosotros queremos únicamente hacer ver, por fin, que aquella porción del público que se considera á sí misma inteligente é ilustrada debe cultivar su memoria, ó sea acordarse de los pensadores 'avanzados' un poco más de lo que lo hace. En especial deben hacerlo todos los que, sea desde la cátedra, la tribuna ó desde el púlpito, instruyen á todos los que por ellos quieren ser instruidos. Entonces habría muchas menos suposiciones infundadas, mucho menos charlatanismo, y sobre todo muchos menos plagios que los que hoy existen». (2)

Con verdad dice Cudworth que la mayor ignorancia de que los antiguos son acusados por nuestros modernos pseudo-sabios es su creencia en la inmortalidad del alma. A la manera del antiguo escéptico Griego, á nuestros sabios—empleando la misma expresión del Dr. Cudworth—les asusta el pensar que, si admiten los espíritus y las apariciones, deben ellos también admitir un Dios; y añade: «nada hay para ellos tan absurdo como el sostener la existencia de Dios.» La gran colectividad de antiguos materialistas, á pesar de lo escépticos que nos parecen, pensaban de otro modo, y Epicuro, á pesar de no creer en la inmortalidad del alma, creía sin embargo en Dios, y Demócrito plenamente concedía la realidad de las apariciones. La preexistencia y los poderes del espíritu humano parecidos á los de Dios, los admitían la mayor parte de los antiguos sabios. La magia de Babilonia y de Persia en ello fundaba la doctrina de sus *machagistia*. Los *Oráculos Caldeos*, que Pletho y Psellus tanto han comentado, constante-

(1) Burnouf: «Introducción», p. 118.

(2) «La Revista Trimestral Nacional», Dec., 1875, p. 96.

mente explicaban y amplificaban su testimonio. Zoroastro, Pitágoras, Epicharmus, Empedocles, Kebes, Eurípides, Platón, Euclides, Filón, Bæthius, Virgilio, Marco Cicerón, Plotino, Jámblico, Proclo, Psellus, Synesio, Orígenes y finalmente el mismo *Aristóteles*, muy lejos de negar nuestra inmortalidad, la sostienen enérgicamente. A la manera de Cardano y Pompanacio, «quienes eran muy poco partidarios de la inmortalidad del alma—como dice Henry More,—Aristóteles expresamente conviene en que el alma racional es un sér por completo distinto del alma del mundo, aunque de la misma esencia,» y que «debe preexistir, antes de que entre en el cuerpo». (1)

Muchos años han pasado desde que el Conde Joseph de Maistre escribió una sentencia que, si era oportuna en la época Volteriana en la que vivía, puede aplicarse todavía con más justicia á nuestro período de completo escepticismo. «Yo he oído—escribe este hombre eminente,—yo he oído y leído chanzas á millares acerca de la ignorancia de los antiguos, quienes siempre en todas partes veían espíritus; me parece que nosotros somos mucho más imbéciles que nuestros antepasados, pues jamás vemos ninguno en ninguna parte.» (De Maistre: «Soirées de St. Petersburg»).

(1) «De Anima», lib. I, cap. 3.

CAPÍTULO VIII.

«No creas que mis mágicas maravillas se realicen con la ayuda
De ángeles de la Stygia evocados del Infierno,
Despreciados y malditos por los que han intentado
Dominar á sus tétricos Dios y Afrites,
Sino por la percepción de los poderes secretos
De las fuentes minerales, en la célula íntima de la naturaleza,
De las hierbas en las cortinas de sus bóvedas más verdes
Y de los astros que giran por encima de los montes y las torres.»

TASSO, Canto XIV, XLIII.

«Al que se atreve á pensar *una* cosa y decir *otra*
Mi corazón le detesta como á las puertas del Infierno!» —POPE.

«Si el hombre cesa de existir cuando en la tumba desaparece, os debéis
ver obligado á afirmar que es la única criatura en existencia á quien la
naturaleza ó la providencia ha condescendido á engañar y á defraudar con
capacidades para las cuales no existen aquí objetos proporcionados.»

BULWER-LYTTON: *Strange Story*.

EL prefacio de la última obra sobre astronomía de Richard A. Proctor, titulada *Nuestro lugar entre los Infinitos*, contiene las siguientes extraordinarias palabras: «A su ignorancia respecto del lugar de la tierra en la inmensidad, se debe que los antiguos considerasen á los cuerpos celestes como rigiendo en sentido favorable ó adverso á los destinos de los hombres y de las naciones, y el dedicar los días en grupos de siete, á los siete planetas de su sistema astrológico».

Mr. Proctor hace dos afirmaciones distintas en esta sentencia: 1.º Que los antiguos ignoraban el lugar verdadero de la tierra en el infinito; y 2.º Que consideraban á los cuerpos celestes como rigiendo en sentido favorable ó adverso á los destinos de los hombres y de las naciones. (1) Nosotros confiamos en que por lo menos existen buenas razones para sospechar que los antiguos estaban familiarizados con los movimientos, colocación y relaciones mutuas de los cuerpos celestes. Los testimonios de Plutarco, del profesor Draper y de Jowett

(1) No necesitamos ir muy lejos para asegurarnos de que muchos grandes hombres han creído lo mismo. Kepler, el eminente astrónomo, daba por completo crédito á la idea de que las estrellas y todos los cuerpos celestes, y lo mismo nuestra tierra, estaban dotados de almas vivientes y pensantes.

son suficientemente explícitos. Pero, preguntaríamos á Mr. Proctor como es que, si los antiguos astrónomos eran tan ignorantes en lo que al nacimiento y muerte de los mundos se refiere, ¿cómo es que en los antiguos fragmentos del saber antiguo que la mano del tiempo nos ha conservado—aunque ocultos por lenguaje oscuro— existen tantas cosas que han comprobado los más recientes descubrimientos de la ciencia? Empezando por la décima página de la obra citada, Mr. Proctor nos presenta la teoría de la formación de nuestra tierra, y los cambios sucesivos al través de los que pasó hasta que fué habitable para el hombre. Con vivos colores pinta la gradual concentración de la materia cósmica en esferas gaseosas rodeadas de «una corteza líquida no permanente»; la condensación de ambas; la última solidificación de la corteza exterior; el lento enfriamiento de la masa; los resultados químicos consiguientes á la acción del calor intenso sobre la primitiva materia térrea; la formación de terrenos y su distribución; los cambios en la constitución de la atmósfera; la aparición de la vegetación y de la vida animal; y finalmente, el advenimiento del hombre.

Ahora dirijámonos á los antiguos recuerdos escritos que nos han dejado los Caldeos, el hermético *Libro de los Números* (1), y veamos qué es lo que encontramos en el alegórico lenguaje de Hermes, Kadmo ó Thuti, el tres veces grande Trismegisto. «En el principio del tiempo, el gran invisible tenía sus santas manos llenas de materia celestial, la cual esparció por todo el infinito; y he aquí, contemplad! se convirtió en esferas de fuego y en esferas de arcilla; y ellas se dividieron como el metal inquieto (2) en otras esferas más pequeñas y empezaron sus incesantes vueltas; y algunas de ellas que eran esferas de fuego se convirtieron en esferas de arcilla; y las de arcilla pasaron á esferas de fuego; y las esferas de fuego estaban esperando su tiempo para convertirse en esferas de arcilla; y las otras las envidiaban y aguardaban su tiempo para convertirse en esferas de fuego puro y divino».

¿Puede nadie pedir una definición más clara de los cambios cósmicos tan elegantemente expuestos por Mr. Proctor?

(1) No tenemos noticia de que ningún ejemplar de esta antigua obra figure en el catálogo de ninguna biblioteca europea; pero es uno de los «Libros de Hermes», y se habla de él en las citas que del mismo se encuentran en las obras de un cierto número de autores filosóficos antiguos y de la Edad Media. Entre estas autoridades están Arnaldo de Vilanova, en su «Rosarium philosoph.»; «Lucensis opus de lápide», de Francesco Arnolphim; los «Tractatus de transmutatione metallorum» y la «Tabula smaragdina» de Hermes Trismegisto, y sobre todo en el tratado de Raimundo Lulio: «Ab angelis opus divinum de quinta essentia.»

(2) Mercurio.

Allí tenemos nosotros la distribución de la materia por todo el espacio; después su concentración en forma esférica; la separación de las esferas más pequeñas de las mayores; la rotación sobre un eje; el cambio gradual de los mundos de la incandescencia á la consistencia térrea; y finalmente, la pérdida total de calor que marca su entrada en el período de muerte planetaria. El paso de las esferas de arcilla á esferas de fuego puede servir para hacer comprender á los materialistas algunos de los fenómenos, tales como la súbita ignición de una estrella en Casiopea, en el año 1572, y lo mismo en el Serpentario, en 1604, lo cual fué anotado por Kepler. ¿No demuestran los Caldeos en esta expresión una filosofía más profunda que la de nuestros días? No significa esta transformación en esferas de «fuego puro y divino» una existencia planetaria continua que corresponde al espíritu de vida del hombre, más allá del misterio terrible de la muerte? Si los mundos tienen, como los astrónomos nos dicen, sus períodos embrionarios, infantiles, de adolescencia, de madurez y el de decadencia y muerte, ¿porqué no han de poder tener, como el hombre, la continuación de su existencia en una forma sublimada, etérea ó espiritual? Los magos así lo afirman. Ellos nos dicen que la fecunda madre Tierra está sujeta á las mismas leyes que cada uno de sus hijos. A su tiempo debido da á luz todas las cosas creadas; y al llegar la plenitud de sus días, se retira á la tumba de los mundos. Su cuerpo grosero y material se divide lentamente en sus átomos bajo la ley inexorable que exige una nueva disposición de los mismos en otras combinaciones. Su propio espíritu perfecto y vivificante obedece á la atracción eterna que le arrastra hacia el sol central y espiritual del cual originariamente procedía, y al cual nosotros conocemos vagamente bajo el nombre de Dios.

«Y el cielo era visible en siete círculos, y los planetas aparecieron con todos sus signos, en forma de astro, y los astros fueron divididos y denominados con arreglo á sus gobernadores que en ellos estaban, y su curso giratorio es acompañado por *el aire* y limitado con una trayectoria circular, por medio de la acción del ESPÍRITU divino.»⁽¹⁾

Desafiamos á cualquiera que nos indique un solo párrafo en las obras de Hermes que le acuse como culpable de un enorme absurdo como el que la Iglesia de Roma sostenía, acerca de la teoría geocéntrica en Astronomía, al decir que los cuerpos celestes habían sido hechos para nuestro uso y placer, y que era esto digno de nosotros, desde el momento en que el único hijo de Dios descendió sobre esta

(1) «Hermes», IV, 6. Espíritu aquí denota la Deidad—Pneuma, πνεύμα.

partícula cósmica y murió en expiación de nuestros pecados! Mister Proctor nos habla de una costra líquida no permanente de materia no helada encerrando un oceano plástico-viscoso «dentro del cual existe otro *globo sólido* interior con movimiento de rotación.»

Nosotros, por nuestra parte, nos volvemos á la *Magia Adámica* de Eugenius Philalethes, publicada en 1650, y en la página 12 nos encontramos al Trismegisto, citado en los siguientes términos: «Hermes asegura que *en el principio* la tierra era una especie de limo ó gelatina temblorosa, componiéndose únicamente de *agua congelada* por la incubación y calor del espíritu divino, *cum adhuc* (decía él) *Terra tremula esset, Lucente sole compacta esto.*»

En la misma obra, Philalethes, hablando en su original y simbólico estilo, dice: «La tierra es invisible... por mi alma que así es, y lo que es más, el *ojo* del hombre nunca *ve* la tierra, ni puede ella ser vista sin *arte*. El hacer este *elemento invisible* es el *mayor secreto de la magia*... y este *cuerpo feculento* y grosero sobre *el que nosotros andamos* es un *compuesto*, y no tierra, sino que *en él existe tierra*... en una palabra, todos los *elementos* son *visibles* menos uno, á saber la *tierra*, y cuando tú hayas alcanzado tanta *perfección* que puedas conocer porqué *Dios* ha colocado la *terra in abscondito*, (1) tendrás tú una excelente figura para conocer *al mismo Dios*, y cómo Él es *visible*, y cómo *invisible*.» (2)

(1) «*Magia Adámica*», p. II.

(2) *La ignorancia de los antiguos acerca de la esfericidad de la tierra es admitida sin demostración.* ¿Qué pruebas tenemos nosotros del hecho? Eran únicamente los doctos los que daban pruebas de una ignorancia semejante. Hasta en tiempos tan remotos como el de Pitágoras, los Paganos lo enseñaban, Plutarco lo atestigua, y Sócrates por ello murió. Además, como ya lo hemos dicho repetidas veces, toda la ciencia estaba concentrada en los santuarios de los Templos, de donde raras veces brotaba para los no iniciados. Si los sabios y sacerdotes de la más remota antigüedad no conocían esta verdad astronómica, ¿cómo es que representaban á Kneph, el espíritu de la *primera hora*, con un buevo colocado en sus labios, significando el huevo nuestro globo, al cual comunica la vida con su soplo? Además, si debido á la dificultad de consultar el «Libro de los Números» caldeo, nuestros críticos piden que se citen otras autoridades, podemos indicarles á Diógenes Laercio, quien atestigua que Manethon había enseñado que la tierra tiene la forma de una bola. Además el mismo autor, refiriéndose probablemente al «Compendio de Filosofía Natural», da las siguientes afirmaciones de la doctrina Egipcia: «El principio es inateria Αρχήν πρὸ εἶναι οὐλημ, y de ella los cuatro elementos se separan... La verdadera forma de Dios es desconocida; pero habiendo el mundo tenido un principio, es por esto perecedero... La luna se eclipsa cuando cruza la sombra de la tierra». (Diógenes Laertius: «Proœin», § § 10, 11). Además está demostrado que Pitágoras enseñaba que la tierra era redonda, que tenía su movimiento de rotación, y que era sólo un planeta como cualquiera otro de los cuerpos celestes. (Véanse las «Vidas de los Filósofos» de Fenelon). En las últimas traducciones de Platón («Los Diálogos de Platón», por el profesor Jowett), el autor, en su introducción al «Timœus» á pesar de «una desgraciada duda», á consecuencia de la palabra ἐλλεσθαι, susceptible de ser traducida por «rodeando» ó «consolidado», se siente inclinado á creer que Platón estaba familiarizado con la rotación de la tierra. La doctrina de Platón está expresada en

Muchos y muchos siglos antes de que los hombres de ciencia del siglo diez y nueve viniesen al mundo, un sabio del Oriente se había expresado en estos términos al dirigirse á la invisible Divinidad: «Por tu poderosa mano, que hizo al mundo de *materia informe*.» (1)

Mucho más de lo que nosotros deseamos explicar está contenido en este lenguaje; únicamente añadiremos que este secreto vale bien la pena de buscarlo; quizás en la materia informe, la tierra *pre-Adámica*, está contenida una «potencia» cuyo hallazgo llenaría de gozo á MM. Tyndall y Huxley.

Pero, al descender desde lo universal á lo particular, desde la antigua teoría de la evolución planetaria á la evolución de la vida animal y vegetal, tan opuesta á la teoría de una creación especial, ¿qué puede significar para Mr. Proctor el siguiente lenguaje de Hermes más que una anticipación á la moderna teoría de evolución de las especies?

«Cuando Dios hubo llenado sus poderosas manos con todas las cosas que en la naturaleza existen, y en las cuales está limitada la naturaleza, entonces, manteniendo aún cerradas aquellas, dijo:

»Recibe de mí, oh santa tierra, la orden de ser la *madre de todo*, para que no tengas necesidad de ninguna cosa; y entonces, abriendo sus manos como podía hacerlo un Dios, derramó todo cuanto era necesario para la constitución de las cosas.» Ahí tenemos la materia primaria imbuida de «la promesa y potencia de cada forma futura de vida», y la declaración de que la tierra es la madre predestinada de todo lo que desde entonces en adelante brote de su seno.

Más explícito es el lenguaje de Marco-Antonino en su discurso á sí mismo. «La naturaleza del universo en nada se complace tanto como en alterar todas las cosas, y en presentarlas bajo nuevas formas. La materia es para ella como un fragmento de cera á la cual hace adquirir toda clase de formas y figuras. Ahora hace de ella *un pájaro*, después convierte al pájaro en un animal; otras veces la transforma en una *flor*, y luego en una rana, y ella se complace en sus operaciones mágicas del mismo modo que los hombres en las ocurrencias de su propia imaginación.» (2)

las siguientes palabras: «La tierra, que es nuestra nodriza (consolidada ó describiendo un círculo alrededor del polo que se extiende al través del universo.» Pero si creemos á Proclo y á Simplicio, Aristóteles entendía que esta palabra del *Timaeus* «significa dando vueltas ó girando» (*De Cælo*), y el mismo Mr. Jowet admite, más lejos, que «Aristóteles atribuía á Platón la doctrina de la rotación de la tierra». (Véase el vol. II de los *Diálogos de Platón*, Introducción al *Timaeus*, págs. 501-2). Tendría muchos bemoles el decir que Platón, siendo como era un admirador de Pitágoras, y habiendo penetrado seguramente, como iniciado, en las más ocultas doctrinas del gran Samiano, ignorase una verdad astronómica tan elemental.

(1) «*Sabiduría de Salomón*. (Libro de la Sabiduría), XI, 17.

(2) Eugenio Filaleteo: «*Magia Adámica*».

Antes que ninguno de nuestros modernos profesores pensase en la evolución, los antiguos nos habían ya enseñado por conducto de Hermes que nada puede haber de troncado en la naturaleza; que ésta jamás procede por saltos ni transiciones violentas; que todo en sus obras tiene un carácter de suave armonía, y que en ella nada hay brusco, ni siquiera la muerte violenta.

El desarrollo lento desde las formas preexistentes era una doctrina que estaba en boga entre los Rosacruces iluminados. Las *Tres Matres* enseñaron á Hermes el progreso misterioso de su obra, antes de que condescudiesen á revelarlo á los alquimistas de la Edad Media. Ahora bien, en el lenguaje hermético estas tres madres son el símbolo de la luz, del calor y de la electricidad ó magnetismo, siendo las dos últimas transmutables como la totalidad de las fuerzas ó agentes que tienen su lugar designado en la moderna «correlación de fuerzas». Sinesio menciona libros de piedra que encontró en el templo de Menfis, y en los cuales estaba grabada la sentencia siguiente: «Una naturaleza se deleita en otra, una naturaleza vence á otra, una naturaleza predomina sobre otra, y el conjunto de ellas es una.»

La continua actividad inherente á la materia está expresada en la frase de Hermes: «Acción es la vida de Phtah», y Orfeo llama á la naturaleza *Πολυμηχάνος μήτηρ*, «la madre que hace muchas cosas», ó la madre ingeniosa que imagina, que inventa.

Mr. Proctor dice: «Todo cuanto *existe, así en la superficie como en el interior de la tierra, todas las formas vegetales y animales, nuestros cuerpos y nuestros cerebros, están formados de materiales que han sido atraídos desde las profundidades del espacio que nos rodea por todos lados.*» Los Herméticos y los últimos Rosacruces sostenían que todas las cosas visibles é invisibles eran producidas por la lucha de la luz con las tinieblas, y que cada partícula de materia contiene dentro de sí misma una chispa ó centella de la esencia divina—ó luz, *espíritu*—la cual, en virtud de su tendencia á librarse del obstáculo que la embaraza, y volver á su origen central, produjo el movimiento en las partículas, y del movimiento nacieron las formas. Hargrave Jennings, citando á Roberto Fludd, dice:

«Así, todos los minerales tienen en esta centella de vida la posibilidad rudimentaria de plantas y de organismos cada vez más perfectos; asimismo todas las plantas tienen sensaciones rudimentarias, que pueden (en el transcurso de los tiempos) ponerles en estado de perfeccionarse y transformarse en nuevas criaturas capaces de moverse de un lado á otro, siendo de orden más ó menos elevado, y más ó menos nobles en sus funciones; de modo que todas las plantas y todo el reino

vegetal debió de abandonar su camino por otro más elevado y de primer orden, propio para un avance completo é independiente, permitiendo á su chispa original de luz esparcirse y penetrar con intensidad mayor y más viva, y producir un impulso hacia adelante, con intención más plena y consciente; todo debido á influencias planetarias dirigidas por los invisibles espíritus (ú operarios) del gran arquitecto primero.»⁽¹⁾

La *Luz*, lo primero que se menciona en el *Génesis*, es llamada por los kabalistas Sefhira, ó la *Inteligencia* Divina, la madre de todos los Sefhiroth, mientras que la *Oculto Sabiduría* es el padre. La luz es el primogénito y la primera emanación del Sér Supremo, y Luz es Vida, dice el Evangelista. Ambos son electricidad, el principio de vida, el *ánima mundi* penetrando al universo, el eléctrico vivificador de todas las cosas. La luz es el gran proteo mágico, y bajo la Voluntad divina del arquitecto, sus ondulaciones diversas y omnipotentes dan origen á cada una de las formas, lo mismo que á cada uno de los seres vivientes. De su turgente y eléctrico seno brotan la *materia y el espíritu*. Dentro de sus rayos está contenido el principio de toda acción física y química, y de todo fenómeno cósmico y espiritual; vitaliza y desorganiza; da la vida y produce la muerte; y desde su punto primordial surgen gradualmente á la existencia miriadas de mundos, cuerpos celestes visibles é invisibles. En un rayo de esta *Primera* madre, una en tres, fué en donde Dios, según Platón, «encendió un fuego al que nosotros ahora llamamos el sol», ⁽²⁾ el cual no es la causa de la luz y del calor, sino únicamente el foco, ó mejor dicho, la lente por medio de la cual los rayos de la luz primordial vienen á materializarse y concentrarse sobre nuestro sistema solar, y producen todas las correlaciones de fuerzas.

Todo lo que acabamos de decir es con respecto á la primera de las dos proposiciones de Mr. Proctor; ahora pasemos á la segunda.

La obra de la cual nos hemos ocupado comprende una serie de doce estudios, de los cuales el último tiene por título *Ideas acerca de la Astrología*. El autor trata el asunto con mucha más consideración de lo que acostumbran los hombres de su clase, lo cual prueba que ha dedicado á ello toda su atención. De hecho, va tan lejos que ha llegado á decir: «Si nosotros consideramos la materia como es debido, debemos conceder... que, de todos los errores en que han caído los hombres en su deseo de penetrar en lo futuro, la astrología es el más respetable, y hasta podemos decir el más razonable.» ⁽³⁾

(1) Hargrave Jennings: «*Los Rosacruces*».

(2) «*Timæus*».

(3) «*Nuestro lugar en el infinito*», p. 313.

Admite el autor referido que: «los cuerpos celestes regulan los destinos de los hombres y de las naciones de la manera más inequívoca, pues observa que, sin las influencias reguladoras y benéficas del principal de todos ellos—el sol,—perecerían todas las criaturas vivientes en la tierra.» (1) Admite también la influencia de la luna, y nada de particular encuentra en que los antiguos razonasen por analogía, puesto que si dos de estos cuerpos celestes ejercen una influencia tan poderosa sobre la tierra, «... es natural se haya podido pensar que los otros mundos movibles conocidos de los antiguos posean también sus poderes especiales». (2) La verdad es que el profesor en cuestión no considera irracional su suposición de que los planetas que más despacio se mueven ejerzan influencias «que pueden ser más poderosas que las del mismo sol». Mr. Proctor cree que el sistema de Astrología «fue formándose gradualmente y quizás por medio de tentativas.» Algunas influencias pueden haber sido inferidas de ciertos sucesos observados, sirviendo de guía á los astrólogos el destino de este ó de aquel rey ó jefe, para atribuir influencias particulares al aspecto planetario tal como se observaba en la época de su nacimiento. Otras de dichas influencias pueden haber sido inventadas, y haber luego encontrado general aceptación, por haber sido confirmadas por alguna *curiosa coincidencia*.

Una chanza ingeniosa puede producir muy buen efecto, hasta en una obra seria, y de este modo es que la palabra «coincidencia» puede aplicarse á cualquier cosa que nos cueste trabajo aceptar. Pero un sofisma no es un axioma, y mucho menos todavía una demostración matemática, la cual únicamente debería servir como un faro—á los astrónomos, por lo menos. La astrología es una ciencia *tan infalible* como la misma astronomía, con la condición, sin embargo, de que sus intérpretes sean igualmente infalibles; y esta condición *sine qua non*, tan sumamente difícil de realizar, es la que ha sido siempre para las dos la causa de sus tropezones. La astrología es á la astronomía exacta lo que la psicología es á la fisiología exacta. Tanto en la astrología como en la psicología tiene uno que dar un paso más allá del mundo visible de la materia y entrar en el dominio trascendente del espíritu. De ahí tomó pié la antigua lucha entre las escuelas platónica y aristotélica, y no será en nuestro siglo de Saduceísmo escéptico que la primera prevalezca sobre la segunda. Mr. Proctor, dentro de su competencia profesional, se parece al personaje poco caritativo del Sermón de la Montaña, que, pronto á llamar la atención pública

(1) *Nuestro lugar en el infinito*, p. 313.

(2) *Idem*, p. 314.

sobre la mota del ojo de su despreciado vecino, no ve la viga en el suyo. Si fuésemos á apuntar los errores y ridículos desatinos de los astrónomos, tememos que excederían con mucho á todos los de los astrólogos. Los actuales sucesos vindican por completo á Nostradamus de todo el ridículo que sobre él han lanzado nuestros escépticos. En un antiguo libro de profecías publicado en el siglo quince (edición de 1453), leemos, entre otras, la siguiente predicción astrológica:

«Dentro de dos veces doscientos años, (1)
 El Oso atacará á la Media Luna;
 Pero si se unen el Gallo y el Toro,
 El Oso no prevalecerá.
 Y dos veces diez años más tarde,
 —Sépaló el Islam y tiemble—
 La Cruz subsistirá, y la Media Luna, amortiguándose,
 Se disolverá y desaparecerá.»

Justamente pasados dos veces doscientos años desde la fecha de la profecía, hemos tenido la guerra de Crimea, durante la cual la alianza del Gallo galo y del Toro inglés dió al traste con los designios políticos del Oso ruso. En 1856 la guerra había terminado, y la Media Luna había corrido grave peligro de ser destruida. En el presente año (1876) acaban de tener lugar los más inesperados sucesos de carácter político, y *dos veces diez* años han transcurrido desde que fueron hechas las paces. Todo parece confirmar el cumplimiento de la antigua profecía, y el porvenir dirá si la Media Luna musulmana, que verdaderamente, según todas las apariencias, está *amortiguándose*, «se disolverá y desaparecerá» definitivamente, constituyendo el desenlace de las presentes perturbaciones.

Al seguir exponiendo los hechos heterodoxos que parece haber encontrado en sus investigaciones científicas, Mr. Proctor se ve obligado más de una vez, en su obra, á asombrarse de semejantes «curiosas coincidencias». Una de las más curiosas es la que expone en una nota al pié de la página 301, como sigue: «No me detengo en la curiosa coincidencia—si efectivamente los astrólogos caldeos no habían descubierto el anillo de Saturno—pues ellos representaban al dios de este nombre dentro de un *triple* anillo... Ciertos conocimientos ópticos muy limitados, tales como en realidad podemos legítimamente inferir del descubrimiento de algunos instrumentos ópticos entre los restos

(1) La biblioteca de un pariente de la autora contiene un ejemplar de la edición francesa de esta obra singular. Las profecías están en francés antiguo y son muy difíciles de descifrar para el que estudia el francés moderno. Por esto damos una versión inglesa, la cual, según se dice, ha sido tomada de un libro perteneciente á un caballero de Somersetshire (Inglaterra).

asirios, pudieron conducir al descubrimiento de los anillos de Saturno y de los satélites de Júpiter... Belo, el Júpiter asirio—añade,—era algunas veces representado con cuatro alas guarnecidas de estrellas. *Pero es posible que esto sean meras coincidencias.»*

En último resultado, esta serie de coincidencias de Mr. Proctor tendrían más de milagroso que los mismos hechos. Nuestros amigos los escépticos tienen, al parecer, por las coincidencias un apetito insaciable. Bastantes pruebas hemos dado, en el capítulo precedente, de que los antiguos contaban con unos instrumentos ópticos tan buenos como los que ahora tenemos. ¿Puede creerse que los instrumentos que poseía Nebuchadnezar fuesen de un poder tan limitado, y la ciencia de sus astrónomos tan despreciable, cuando, según las inscripciones grabadas en las baldosas de Rawlinson, el Birs-Nimrud, ó templo de Borsippa, tenía siete pisos, simbolizando los círculos concéntricos de las siete esferas, cada uno de ellos construído con ladrillos y metales de un color correspondiente al del planeta regulador de la esfera representada? ¿Es acaso una coincidencia también el que los caldeos hubiesen atribuído á cada uno de los planetas el color que realmente tienen, según lo acaban de demostrar nuestros últimos descubrimientos telescópicos? (1) ¿Es acaso también una coincidencia el que Platón hubiese indicado, en el *Timæus*, sus conocimientos acerca de la indestructibilidad de la materia, de la conservación de la energía y de la correlación de fuerzas? «La última palabra de la filosofía moderna—dice Jowett— es una continuación y desarrollo, mientras que Platón es el principio y fundamento de la ciencia» (2).

El elemento radical de las más antiguas religiones era esencialmente *sabeístico*; y nosotros sostenemos que sus mitos y alegorías, si alguna vez son correcta y completamente interpretados, se ajustarán á las nociones astronómicas más exactas de nuestros días; y aun añadiremos que difícilmente existe una ley científica —sea que pertenezca á la astronomía ó á la geografía física—que no pueda hacerse resaltar de las ingeniosas combinaciones de sus fábulas.

Se alegorizaban tanto las causas más importantes como las más frívolas de los movimientos celestes; personificábase la naturaleza de cada fenómeno, y en las míticas biografías de los dioses y diosas del Olimpo, cualquiera que esté bien enterado de los últimos principios de la física y química podrá encontrar sus causas, las acciones que ejercen entre sí, y sus relaciones mutuas, simbolizadas en la conducta y en el curso de la acción de las volubles divinidades.

(1) Véase Rawlinson, vol. xvii, pp. 30-32. Edición revisada.

(2) Jowett: *Introducción al «Timæus», «Diálogos de Platon»,* vol. I, p. 509.

La electricidad atmosférica, en sus estados neutro y latente, está generalmente representada por los semi-dioses y semi-diosas, cuyo radio de acción es más limitado á la tierra, y quienes, en sus vuelos ocasionales á las más elevadas regiones divinas, despliegan una condición eléctrica siempre *en proporción estricta al aumento de distancia desde la superficie de la tierra*; las clavas de Hércules y de Thor nunca eran más mortales que cuando los dioses se cernían por entre las nubes. Debemos recordar que, antes del tiempo en que el Júpiter olímpico fué antropomorfizado por el genio de Fidias en el Dios Omnipotente, el *Maximus*, el Dios de los dioses, y abandonado así á la adoración de las multitudes, dentro de la primitiva y abstrusa ciencia de la simbología reunía aquel en su persona y atributos la totalidad de las fuerzas cósmicas. El mito era menos metafísico y complicado, pero más elocuente y verdadero como una expresión de la filosofía natural. Zeus, el elemento masculino de la creación, con Ctonia—Vesta (la tierra), y Metis (el agua) la primera de las Oceánicas (principios femeninos)—era considerado, según Porfirio y Proclo, como el *zoon-ek-zoon*, ó jefe de las cosas vivientes. En la teología órfica, la más antigua de todas, metafísicamente hablando, representa á la vez la potencia y el acto, la *causa* no revelada y el Demiurgo, ó el creador activo como una emanación del poder invisible. En la última capacidad demiúrgica, junto con sus consortes, encontramos en él todos los agentes más poderosos de la evolución cósmica, á saber: la afinidad química, electricidad atmosférica, atracción y repulsión.

Prosiguiendo en el examen de sus símbolos bajo el punto de vista de su significación física, vemos lo bien enterados que estaban, los antiguos, de todas las doctrinas de la ciencia física en su moderno desarrollo. Más tarde, en las especulaciones pitagóricas, Zeus se convierte en la trinidad metafísica; la mónada desplegando de su invisible MISMO la *causa activa*, el efecto y la voluntad inteligente, formando el todo la *Tetractis*. En época más posterior, encontramos á los primeros Neo-platónicos dejando á un lado la primera mónada, á causa de ser absolutamente incomprensible para la inteligencia humana, y especulando únicamente acerca de la *triada demiúrgica* de esta divinidad, como visible é inteligible en sus efectos; y Plotino, Porfirio, Proclo y otros filósofos continuaron con estas opiniones metafísicas respecto á Zeus el padre, Zeus *Poseidon* ó *dunamis*, el hijo y poder, y el espíritu ó *nous*. Esta triada era también aceptada completamente por la escuela Irenéica del siglo segundo, no habiendo otra diferencia substancial entre las doctrinas de los Neo-platónicos y las de los Cristianos más que la amalgamación forzosa que estos últimos hicieron

de la incomprensible mónada con su trinidad actualizada y creadora.

En su aspecto astronómico, Zeus-Dionysus tiene su origen en el Zodiaco, el antiguo año solar. En la Libia estaba representado bajo la forma de un carnero, siendo idéntico al Amun egipcio, que enjendró á Osiris, el dios toro. Osiris es también la emanación personificada del Sol-Padre y él mismo es el Sol en Tauro, en tanto que el Sol-Padre es el Sol en Aries. Bajo este último aspecto, Júpiter tiene la forma de un carnero, mientras que bajo el de Júpiter-Dionysus ó Júpiter-Osiris se le representa como un toro. Este animal, como se sabe perfectamente, es el símbolo del poder creador; además la Kábala explica por medio de uno de sus principales expositores, Simón Ben-Ioachai, (1) el origen de esta extraña adoración de los bueyes y vacas. Ni Darwin ni Huxley—los fundadores de la doctrina de la evolución y de su complemento necesario, la transformación de las especies—encontrarán nada en contra de lo racional en este símbolo, excepto quizás un sentimiento natural de disgusto al encontrarse con que los antiguos se les habían adelantado hasta en este moderno y particular descubrimiento. En otra parte daremos la doctrina de los Kabalistas, tal como era enseñada por Simón-Ben-Ioachai.

Puede probarse fácilmente que, desde tiempo inmemorial, Saturno ó Kronos, cuyo anillo con toda seguridad fué descubierto por los astrólogos Caldeos, y cuyo simbolismo no es ninguna «coincidencia», era considerado como el padre de Zeus antes que éste viniese á ser el padre de los dioses, y era la divinidad suprema. Era el Belo ó Baal de los Caldeos, y originariamente importado entre ellos por los Akkadios. Rawlinson insiste en que estos últimos vinieron de la Armenia; pero, si esto es así, ¿cómo podemos comprender el hecho de que Belo sea sólo la personificación babilónica del Siva indo ó Bala, el dios del fuego, el omnipotente creador y al mismo tiempo la divinidad destructora, bajo muchos aspectos superior al mismo Brahma?

«Zeus—dice un himno Orfico—es el primero y el último, la cabeza y las extremidades; de él han procedido todas las cosas. Es un hombre y una ninfa inmortal (elemento masculino y femenino); el alma de todas las cosas y el principal motor en el fuego; el sol y la luna; la fuente del Océano; el demiurgo del universo; un poder, un Dios; el poderoso creador y regulador del Cosmos. Todo: fuego, agua, tierra, éter, noche, los cielos, Metis, la primitiva arquitecta (la Sophia de los Gnósticos y la Sefhira de los Kabalistas), el hermoso Eros, Cupido, todo está incluido en las vastas dimensiones de su cuerpo glorioso.» (2)

(1) N. B.—Vivió en el primer siglo de nuestra Era.

(2) Stobæus: «*Eclogues*.»

Este breve himno laudatorio contiene en sí mismo el fundamento de cada concepción mitopéica. La imaginación de los antiguos daba muestras de ser tan inagotable como las manifestaciones visibles de la misma Divinidad, que les suministraban los temas para sus alegorías. Y todavía éstas, por numerosas y variadas que parezcan, jamás se apartaban de las dos principales ideas que pueden encontrarse corriendo paralelas al través de sus representaciones sagradas; una estricta adhesión tanto al aspecto físico como al moral ó espiritual de la ley natural. Sus investigaciones metafísicas nunca chocaban con las verdades científicas, y sus religiones pueden llamarse propiamente las creencias psico-fisiológicas de los sacerdotes y de los sabios, quienes las basaron en las tradiciones de las primeras edades del mundo, tales como las recibieron las inteligencias puras de las razas primitivas, y además en su propia ciencia experimental, vigorizada con toda la sabiduría de las épocas intermedias.

Respecto al sol, ¿qué mejor imagen puede concebirse para Júpiter emitiendo sus dorados rayos, que personificar esta emanación en Diana, la virgen Artemisa que todo lo ilumina, cuyo primitivo nombre era Diktyнна, literalmente el *rayo* emitido, de la palabra *dikein*? La luna no es luminosa, y brilla tan sólo gracias á la luz que refleja del sol; de aquí que se la represente como hija suya, la diosa de la luna, y ella misma, Luna, Astarte ó Diana. Como la cretense Diktyнна, lleva una guirnalda tejida con la planta mágica *diktamnon* ó *dictamnus*, el arbusto siempre verde, cuyo contacto, según se dice, al paso que provoca el sonambulismo, lo cura finalmente; y como Eilithyia y Juno Pronuba, es la diosa que preside los nacimientos; es ella una divinidad Esculápica, y el uso de la guirnalda de dictamo asociado con la luna demuestra una vez más la observación profunda de los antiguos. Esta planta es conocida en Botánica por sus fuertes propiedades sedativas; crece abundantemente en el Monte Dicte, en la isla de Creta; por otra parte, la luna, según las mejores autoridades en magnetismo animal, obra sobre los humores y sobre el sistema ganglionar ó células nerviosas, punto de donde proceden todas las fibras nerviosas que tan importante papel desempeñan en la mesmerización. En el momento del parto cubriase á las mujeres cretenses con esta planta, y se les administraban las raíces de la misma como el remedio más apropiado para aliviar los agudos dolores y para calmar la irritabilidad tan peligrosa en este periodo. Además, se colocaba á las parturientes dentro del recinto sagrado del templo de la Diosa, y si era posible bajo los rayos directos de la resplandeciente hija de Júpiter, la vívida y brillante luna de los países orientales.

Los Brahmanes de la India y los Buddhistas tienen complicadas teorías acerca de la influencia del sol y de la luna (elementos masculino y femenino), como conteniendo los principios positivo y negativo, los puntos opuestos de la polaridad magnética. «La influencia de la luna sobre las mujeres es bien conocida,» escriben todos los antiguos autores que se han ocupado de magnetismo; y Ennemoser, lo mismo que Du Potet, confirman las teorías de los videntes Indos en cada uno de sus detalles.

El notorio respeto de los Buddhistas al zafiro—el cual en todos los demás países también está consagrado á la luna—puede verse basado en algo más científicamente exacto que en una mera superstición sin fundamento alguno. Le atribuyen ellos un poder mágico y sagrado que todo estudiante de mesmerismo psicológico comprenderá fácilmente, por cuanto su pulimentada superficie, de un azul oscuro, produce extraordinarios fenómenos sonambúlicos. La distinta influencia de los colores prismáticos sobre el crecimiento de las plantas, y en especial la del «rayo azul,» hace muy poco ha sido reconocida. Los académicos han disputado acerca del mayor ó menor poder calorífico de los rayos prismáticos, hasta que el General Pleasenton ha demostrado, por una serie de experiencias, que bajo la influencia del «rayo azul,» el más eléctrico de todos, el crecimiento, así de los animales como de los vegetales, aumenta en proporciones mágicas. Así también, las investigaciones de Amoretti acerca de la polarización eléctrica de las piedras preciosas nos enseñan que el diamante, el granate, la amatista, son electro-negativos, al paso que el zafiro es electro-positivo (1). De modo que nos vemos obligados á admitir que los últimos experimentos de la ciencia únicamente vienen á confirmar lo que los sabios Indos conocían antes de que se fundase ninguna de las modernas Academias. Una antigua leyenda india dice que habiéndose Brahma-Prajapâti enamorado de su propia hija, *Ushas* (los cielos, algunas veces también la Aurora), tomó la forma de un gamo (*ris'ya*) y *Ushas* la de una cierva (*róhit*), y que así se cometió el primer pecado. (2) Ante una profanación semejante, se aterrorizaron de tal modo los dioses, que uniendo sus más horrorosos cuerpos—puesto que cada dios posee todoscuantos cuerpos desea,—crearon á Bhûtavan (el espíritu del mal), con el único objeto de destruir la *encarnación* del primer pecado cometido por el mismo Brahmâ. Al ver esto, Brahmâ-Hiranyagarbha, (3)

(1) Kieser: *Archiv.*, vol. iv, p. 62. De hecho, muchos de los antiguos símbolos eran meros equívocos de palabras.

(2) Véase: *Rig-Veda*, el Aitareya-Brahmanan.

(3) Brahmâ es también llamado por los Brahmanes indios Hiranyagarbha, ó el alma unidad, mientras que *Amrita* es el alma suprema, la causa primera que emanó de sí misma el Brahmâ creador.

profundamente arrepentido, empezó á repetir los Mantras, ó plegarias de purificación, y en medio de su dolor, cayó al suelo una lágrima, la más *ardiente* que brotar pueda de ojo alguno; y de ella se formó el primer zafiro.

Esta leyenda, semi-sagrada y semi-popular, revela que los Indos conocían cuál era el más eléctrico de todos los colores prismáticos, siendo además la influencia particular del zafiro tan bien definida como la de los otros minerales. Orfeo nos enseña cómo es posible afectar á todas las personas de una reunión por medio de una piedra imán; Pitágoras concede una particular atención al color y naturaleza de las piedras preciosas; mientras que Apolonio de Tiana comunica á sus discípulos los poderes secretos de cada una de ellas, y cambia diariamente sus sortijas adornadas con pedrería, usando una piedra particular para cada día del mes, en armonía con las leyes de la Astrología judiciaria. Los Buddhistas aseguran que el zafiro produce tranquilidad de espíritu, serenidad de ánimo, y que aleja los malos pensamientos, estableciendo una saludable circulación en el hombre. Los mismos efectos produce una pila eléctrica cuando su fluido es bien dirigido, afirman nuestros electricistas. «El zafiro —dicen los Buddhistas— abrirá puertas y recintos cerrados (para el espíritu del hombre); produce un deseo de orar, y lleva consigo más paz que cualquiera otra piedra preciosa; pero el que la quiera llevar debe vivir pura y santamente»(1).

Diana-Luna es la hija de Zeus y Proserpina, quien representa á la Tierra en su trabajo activo, y de acuerdo con Hesiodo, como Diana Eilythia-Lucina, es hija de Juno. Pero Juno, devorada por Kronos ó Saturno, y devuelta á la vida por la oceánida Metis, es también considerada como la Tierra. Saturno, como la evolución del Tiempo, destruye la tierra en uno de los cataclismos prehistóricos, y sólo cuando Metis (las aguas), entrando en sus múltiples lechos, abandona los continentes, se dice que Juno fué restaurada á su forma primitiva. Esta idea está expresada en los versículos 9.º y 10.º del primer capítulo del *Génesis*. En las frecuentes querellas matrimoniales entre Juno y Júpiter, siempre vemos á Diana volviendo la espalda á su madre, y sonriéndole á su padre, al cual, sin embargo, reprende por sus muchas locuras. Dicese que los magos de Tesalia estaban obligados, durante semejantes eclipses, á llamar su atención sobre la tierra con el poder de sus hechizos y encantos, y los astrólogos y magos de Babilonia no cesaban en sus hechizos hasta que lograban una reconciliación entre la irritada pareja; después de lo cual, Juno «sonreía radiante á la res-

(1) Marbod: «*Liber lapid. ed. Beekmann.*»

plandeciente diosa» Diana, la cual, rodeando su frente con la media luna, volvía á su secreto retiro de las montañas.

Nos parece que la fábula explica las distintas fases de la luna. Nosotros, los habitantes de la tierra, nunca vemos más que una mitad de nuestro brillante satélite, el cual de este modo vuelve la *espalda* á su madre Juno. El sol, la luna y la tierra están continuamente cambiando de posición los unos con respecto á los otros. Con la luna nueva coincide siempre un cambio de tiempo; y algunas veces los vientos y las tempestades pueden sugerir muy bien la idea de una lucha entre el sol y la tierra, especialmente cuando aquél está oculto por rugientes y tempestuosas nubes.

Además, la luna nueva, cuando su parte oscura está vuelta hacia nosotros, es invisible; y únicamente después de una *reconciliación* entre el sol y la tierra es cuando una porción cada vez mayor de su disco se hace visible, en el lado más cercano al sol, aunque entonces no es iluminado nuestro satélite por la luz del sol recibida *directamente*, sino por la luz solar reflejada por la tierra, y que la luna nos envía otra vez. Por esto se decía que los astrólogos caldeos y los magos de la Tesalia —quienes observaban y determinaban, probablemente con tanta exactitud como un Babinet, el curso de los cuerpos celestes, —obligaban por medio de sus encantamientos á que la luna descendiese á la tierra, ó sea á que mostrase su creciente, lo cual no podía hacer sino después de recibir la «radiante sonrisa» de su madre, la tierra, la cual la incitaba á hacerlo después de su reconciliación conyugal. Diana-Luna, tan pronto como se ha adornado la cabeza con la media luna, se marcha otra vez á cazar en *sus montañas*.

El poner en tela de juicio los conocimientos intrínsecos de los antiguos, fundándose en sus «*supersticiosas deducciones sacadas de los fenómenos naturales,*» sería lo mismo que si dentro de quinientos años nuestros descendientes considerasen á los discípulos del profesor Balfour Stewart como *antiguos tontos de capirote* y á él mismo como á un filósofo de cortos alcances. Si la ciencia moderna, en la persona de este hombre de ciencia, puede condescender á practicar experimentos para determinar si la aparición de las manchas en la superficie del sol está en algún modo relacionada con la enfermedad de las patatas, y encuentra que efectivamente *es así*; y que además «la tierra está muy seriamente afectada por la aparición de estas manchas,» (1) ¿porqué deben los antiguos astrólogos ser considerados como unos locos ó como unos rematados bribones? Existe la misma relación entre la Astrología natural y la judicaria que entre la fisiología y la psicología, ó entre

(1) *El Sol y la Tierra*. Discurso por el prof. Balfour Stewart.

lo físico y lo moral. Si en los últimos siglos estas ciencias han degenerado en mero charlatanismo, gracias á unos cuantos impostores ávidos de ganar dinero, ¿es justo extender dicha acusación á todos aquellos grandes hombres de la antigüedad, los cuales, por sus perseverantes estudios y por la santidad de su vida, dieron inmortal renombre á la Caldea y á Babilonia? A buen seguro, aquellos hombres que, según está hoy demostrado, hicieron correctas observaciones astronómicas, haciéndolas remontar «hasta 100 años después del Diluvio,» desde la cima del observatorio de «Belo rodeado de nubes,» como dice el profesor Draper; á buen seguro, decimos, difícilmente pueden ser considerados como unos impostores. Si su sistema de imprimir en la inteligencia popular las grandes verdades astronómicas es diferente del moderno «sistema de educación,» y hasta algunos lo tachan de ridículo, queda todavía sin resolver esta cuestión: ¿cuál de los dos sistemas es el mejor? Entre ellos, la ciencia y la religión se daban las manos, y la idea de Dios era inseparable de todas sus obras. Mientras que en el siglo presente, apenas existe una persona por cada diez mil que sepa (si es que realmente lo sabe) que el planeta Urano está *próximo* á Saturno y da la vuelta al rededor del sol en ochenta y cuatro años; y que Saturno está *próximo* á Júpiter, y necesita veinte y nueve años y medio para recorrer completamente su órbita, en tanto que Júpiter necesita doce años para recorrer la suya; las masas sin educación de Babilonia y de Grecia tenían impreso en su mente que Urano era el padre de Saturno, y Saturno el de Júpiter, considerándolos además como divinidades, lo mismo que á sus satélites ó acompañantes. De esto podemos nosotros quizás inferir que mientras los europeos no han descubierto á Urano sino hasta el año 1781, no puede menos de observarse una «curiosa coincidencia» en los mitos anteriores.

No tenemos más que abrir la obra más vulgar de Astrología, y comparar las descripciones contenidas en la *Fábula de las doce Mansiones* con los más modernos descubrimientos de la ciencia respecto á la naturaleza de los planetas y á los elementos existentes en cada astro, para ver que, sin necesidad de ningún espectroscopio, los antiguos estaban perfectamente enterados de esta materia. A menos que el hecho sea otra vez considerado como «una coincidencia,» podremos enterarnos, hasta cierto punto, de los grados del calor solar, de la luz, así como de la naturaleza de los planetas, estudiando sencillamente sus representaciones simbólicas en los dioses del Olimpo y los doce signos del zodiaco, á cada uno de los cuales se atribuye en Astrología una cualidad especial. Si las diosas de nuestro propio planeta no presentan ninguna variación particular con respecto á los demás dio-

ses y diosas, antes bien todos tienen una misma naturaleza física, ¿no implica esto el que aquellos astrónomos que, cual centinelas velaban, así de día como de noche, en la cúspide de la torre de Belo, sosteniendo una continua comunicación con las divinidades personificadas, habían observado, antes que nosotros mismos, la unidad física del universo y el hecho de que los planetas estaban formados por los mismos elementos químicos que el nuestro? El sol en Aries, Júpiter, es presentado en Astrología como un signo masculino, diurno, cardinal, equinoccial, oriental, caliente y seco, y responde perfectamente al carácter atribuído al voluble «Padre de los dioses».

Cuando, montado en cólera, Zeus-Akrios arranca de su ardiente cinto los rayos que arroja desde los cielos, el dios, rasgando las nubes, desciende como Júpiter *Pluvius* en torrentes de lluvia. Es el más grande y el más encumbrado de los dioses, y sus movimientos son tan veloces como el rayo mismo. Se sabe que el planeta Júpiter gira tan rápidamente sobre su eje, que un punto determinado de su ecuador gira con una velocidad de 450 millas por minuto. Este inmenso exceso de fuerza centrífuga en el ecuador se cree ha sido la causa de que este planeta haya sufrido un aplanamiento tan grande en los polos; y en Creta, al personificar al dios Júpiter, lo representaban sin orejas. El disco del planeta Júpiter está cruzado por fajas oscuras, las cuales varían en anchura, estando, al parecer, relacionadas con la rotación de su eje, y siendo producidas por perturbaciones en su atmósfera. La faz del Padre Zeus encendiéndose de ira cuando vió á los Titanes en actitud de rebelarse.

En el libro de Mr. Proctor, los astrónomos parecen especialmente destinados por la Providencia á encontrarse con toda clase de curiosas «coincidencias», porque él nos cita muchos casos, aparte de la «multitud» y hasta de los «*millares* de hechos (*sic*).» A esta lista podemos añadir el ejército de egiptólogos y arqueólogos que han sido los favoritos escogidos por la *señora casualidad*, la cual, por otra parte, generalmente escoge «árabes complacientes» y otros caballeros orientales para representar el papel de genios bienhechores en las dificultades de los sabios orientales. El profesor Ebers es uno de los últimos favorecidos. Es un hecho bien conocido el que cuando Champollion necesitaba algún eslabón que faltaba en la cadena de sus investigaciones, daba con él de la manera más singular é inesperada.

Voltaire, el mayor de los «impíos» del siglo XVIII, acostumbraba decir que, si no existiese ningún Dios, la gente hubiera inventado uno. Volney, otro «materialista,» no ha negado jamás, en ninguno de sus numerosos escritos, la existencia de Dios; antes al contrario, afir-

ma terminantemente varias veces que el universo es la obra del *Omnisciente*, y está convencido de que existe un Agente Supremo, un Artífice universal é idéntico, designado con el nombre de Dios (1). Voltaire se convierte en Pitagórico al fin de su vida, y concluye por decir: «Yo he gastado cuarenta años de mi peregrinación.... buscando la piedra filosofal llamada verdad. Yo he consultado á todos los adeptos de la antigüedad, Epicuro y Agustín, Platón y Malebranche, y todavía sigo en la misma ignorancia... Todo cuanto he podido sacar, comparando y combinando los sistemas de Platón, del preceptor de Alejandro, de Pitágoras y de los orientales, es que *casualidad es una palabra vacía de sentido*. El mundo está regido por leyes matemáticas (2).»

Conviene hacer observar que la piedra con que tropieza Mr. Proctor es la misma con que tropiezan los pies de todos los sabios materialistas, cuyas opiniones aquél se limita á repetir; confunde las operaciones físicas y espirituales de la naturaleza. Su misma teoría acerca del probable razonamiento inductivo de los antiguos en lo que se refiere á las sutiles influencias de los planetas más remotos, por comparación con los más conocidos y poderosos efectos del sol y de la luna sobre nuestro globo, revela la viveza de su ingenio. Porque la ciencia *afirma* que el sol nos comunica físicamente *calor* y *luz*, y que la luna influye en las mareas, piensa él que los antiguos debían haber considerado á los demás cuerpos celestes como dotados de la misma clase de influencia sobre nosotros físicamente, é indirectamente sobre nuestros destinos. (3) Y aquí nos permitiremos una digresión.

La manera como los antiguos consideraban los cuerpos celestes, es muy difícil de determinar para uno que no conozca el significado esotérico de sus doctrinas. Si bien la filología y la teología comparada han empezado su arduo trabajo de análisis, no han alcanzado todavía más que resultados de poca importancia. La forma alegórica del lenguaje ha conducido con frecuencia á nuestros comentadores por senderos extraviados, pues han confundido las causas con los efectos y *vice versa*. En el intrincado fenómeno de la correlación de fuerzas, hasta nuestros sabios más eminentes encontrarían muy difícil decir cuál de estas fuerzas es la causa y cuál el efecto, desde el momento en que cada una de ellas puede ser ambas cosas alternativamente, y transmutable en otras. Así pues, si preguntásemos á los físicos: «¿es la luz la que origina el calor, ó es el calor el que produce la luz?»

(1) *La Loi naturelle*, por Volney.

(2) «*Diction. Philosophique*,» Art. «*Philosophie*.»

(3) «*Boston Lecture*». Diciembre, 1875.

nos contestarían, bajo toda probabilidad, que ciertamente es la luz la que engendra el calor. Perfectamente: pero ¿cómo?; ¿hizo el grande Artífice primeramente la luz, ó fabricó Él en primer lugar el sol, del cual se dice que es el único dispensador de luz y, por consiguiente, de calor? Estas preguntas podrán á primera vista aparecer como muestras de ignorancia, pero, si las pesamos seriamente, asumirán quizás un aspecto distinto. Según el *Génesis*, el «Señor» creó primero la luz, y transcurrieron tres días y tres noches antes que crease el sol, la luna y las estrellas. Este solemne disparate en contra de la ciencia exacta ha hecho que los materialistas se frotasen las manos de gusto; y ciertamente, motivos tendrían de estar satisfechos, si su doctrina de que nuestra luz y calor proceden del sol fuese irrefutable. Hasta hace poco, nada ha venido á trastornar esta teoría, la cual, á falta de otra más buena, según la expresión de un predicador, «reina soberana en el Imperio de la Hipótesis». Los antiguos adoradores del sol consideraban al Gran Espíritu como un dios cósmico, identificado con la naturaleza, y al sol como la divinidad, «en quien el Señor de la vida reside.» Gama es el sol, según la teología india, y «El sol es la fuente de las almas y de toda vida». (1) Agni, el «Fuego Divino», la divinidad del indo, es el sol, (2) porque el fuego y el sol son una misma cosa. Ormuzd es luz, el Dios-Sol, ó el dispensador de Vida. En la filosofía india, «las almas proceden del alma del mundo, y á ella vuelven como las chispas al fuego». (3) Pero, en otra parte, se dice que «el Sol es el alma de todas las cosas; todo ha emanado de él, y todo volverá á él», (4) lo cual demuestra que, en este caso, se habla del sol alegóricamente, queriendo con ello significar el sol central é invisible, DIOS, cuya primera manifestación es Sephira, la emanación de En-Soph, la Luz, en una palabra.

«Y yo miré, y he aquí que del norte venían un torbellino de viento y una gran nube con un fuego que venía envolviéndose en sí mismo, y en torno de él veíase un resplandor», dice Ezequiel (I, 4, 26, etc.), «... y había á manera de un trono... y sobre él estaba la figura de un hombre... y ví que tenía la apariencia de fuego, y que resplandecía al rededor». Y Daniel habla del «anciano de los días», el kabalístico En-Soph, cuyo trono era «de ardientes llamas y sus ruedas de fuego vivo... Un torrente de fuego brotaba y corría delante de él.» (5) A manera del Saturno pagano, que tiene su castillo de llamas en el séptimo

(1) Weber: «*Ind. Stud.*» 1, 290.

(2) Wilson: «*Rig-Veda Sanhita*», II, 143.

(3) «Duncker», vol II, p. 162.

(4) «Wultke», II, 262.

(5) *Daniel*, VI, 9, 10.

cielo, el Jehovah judío tiene también su «castillo de fuego encima del séptimo cielo» (1).

Si el limitado espacio de la presente obra nos lo permitiese, fácilmente probaríamos que ninguno de los antiguos, incluyendo los adoradores del sol, consideraba á nuestro sol visible más que como un emblema de su invisible y metafísico dios-sol central. Además, *no* creían lo que nuestra moderna ciencia nos enseña, esto es: que la luz y el calor proceden de *nuestro* sol, y que este astro es el que comunica toda la vida á nuestra naturaleza visible.

«Su radiación es inalterable —dice el Rig-Veda,—los íntimamente refulgentes, omni-penetrantes, continuos é inextinguibles rayos de Agni no cesan ni de noche ni de día». Esto se refiere evidentemente al sol central y espiritual, cuyos rayos son omni-penetrantes y continuos, al eterno é infinito dispensador de vida. ÉL es el *Punto*; el centro (que está en todas partes) del círculo (que no está en parte alguna), el fuego etéreo y espiritual, el alma y espíritu del omni-penetrante y misterioso éter; la desesperación y la pesadilla de los materialistas, los cuales algún día echarán de ver que la causa por la cual las innumerables fuerzas cósmicas se manifiestan en correlación eterna es únicamente una electricidad divina, ó más bien *galvanismo*, y que el sol es tan solamente uno de las miriadas de *imanes* diseminados por el espacio, un reflector, como cree el general Pleasenton; que el sol no tiene más calor en sí mismo que el que tiene la luna, ó el espacio tachonado por el ejército de resplandecientes estrellas; que no existe la *gravitación* tal como la entendía Newton,(2) sino únicamente una atracción y repulsión magnéticas; y que mediante su magnetismo, los planetas del sistema solar mantienen sus movimientos regulados en sus órbitas respectivas por el magnetismo todavía más poderoso del sol, y no por su peso ó gravitación. Esto y mucho más podrán ellos saber; pero entretanto debemos darnos por satisfechos con ser única-

(1) *Libro de Enoch*, XIV 7, ff.

(2) Esta proposición, que será despreciada como ridícula, pero que estamos dispuestos á demostrar, fundándonos en la autoridad de Platón (véase la Introducción de Jowett al *Timæus*, página última), como una doctrina pitagórica, juntamente con aquella otra de que el sol no es más que una lente al través de la cual pasa la luz, está corroborada de un modo extraño hoy día por las observaciones del general Pleasenton, de Filadelfia. Este experimentador aparece como un atrevido revolucionario de la moderna ciencia, hasta el punto de llamar «falacias» á las fuerzas centripeta y centrifuga de Newton y á la ley de la gravitación. Mantiénese impávido en su terreno contra los Tyndalls y Huxleys del día. Mucho nos alegramos de encontrar un tan ilustrado defensor de una de las más antiguas (y hasta hoy día consideradas como las más absurdas) de las *alucinaciones* (?) herméticas. (Véase el libro del general Pleasenton: «Influencia del rayo azul de la luz del Sol, y del color azul del cielo en el desarrollo de la vida animal y vegetal», dedicado á la Sociedad para el adelanto de la Agricultura, de Filadelfia).

mente objeto de sus burlas, en lugar de que nos quemem vivos por herejes, ó de que nos encierren en un manicomio.

Las leyes de Manú son las doctrinas de Platón, Filón, Zoroastro, Pitágoras y las de la Kábala. El esoterismo de cada religión puede ser resuelto por estas últimas doctrinas. La doctrina Kabalística del alegórico Padre é Hijo, ó Πατηρ y Λογος, es idéntica á las enseñanzas fundamentales del Buddhismo. Moisés no podía revelar á la multitud los sublimes secretos de las especulaciones religiosas, ni la cosmogonía del universo; el conjunto estaba basado sobre la *Ilusión* india, hábil máscara que encubría el *Sanctum Sanctorum*, y que ha engañado á tantos teólogos comentadores (1).

Las *herejías* Kabalísticas reciben una corroboración inesperada con las teorías heterodoxas del general Pleasenton. Según sus opiniones (las cuales funda en hechos más incontestables que los de los sábios ortodoxos), el espacio comprendido entre el sol y la tierra debe estar lleno de un medio material, que, por lo que podemos juzgar de su descripción, responde á nuestra Kabalística luz astral. El paso de la luz al través de este medio debe producir un enorme roce. El roce engendra electricidad, y esta electricidad y su magnetismo correlativo son los factores que dan origen á estas tremendas fuerzas de la naturaleza, que ocasionan, en nuestro planeta lo mismo que fuera de él, los varios cambios que á cada paso presenciarnos. Prueba él que el calor terrestre *no puede* ser derivado directamente del sol, pues el calor *asciende*. La fuerza á la cual es debido el calor es repelente, dice, y como está asociada con electricidad positiva, es atraída á las capas superiores de la atmósfera por su electricidad negativa, siempre asociada con el frío, el cual es opuesto á la electricidad positiva. Re-

(1) En ningún país las verdaderas doctrinas esotéricas eran confiadas á la escritura. La Brahma Maia india ha pasado de una generación á otra por tradición *oral*. La Kábala jamás fué escrita, y Moisés la comunicó oralmente á sus elegidos. El primitivo y puro Gnosticismo oriental fué completamente corrompido y degradado por las distintas sectas subsiguientes. Filón, en el «*De Sacrificiis Abeli et Caini*», dice que hay en esto un misterio que *no puede ser revelado* á los no iniciados. Platón guarda silencio acerca de muchas cosas, y sus discípulos hacen referencia constantemente á este hecho. Cualquiera que haya estudiado, aunque sea superficialmente, á estos filósofos, no tiene más que leer las instituciones de Manú, para notar con toda claridad que todos ellos han bebido en una misma fuente. «Este universo—dice Manú— existía únicamente en la *primera idea divina, todavía no desplegado, como envuelto en tinieblas*, imperceptible, indefinible, incapaz de ser descubierto por la razón, y no descubierto *por la revelación*, como si estuviese enteramente sumido en el sueño; entonces el único Poder existente por sí mismo, y que á sí mismo no se conocía, apareció revestido de radiante gloria *desarrollando su idea* y dispersando las tinieblas».

Así habla el primer código del Buddhismo. La idea de Platón es la *Voluntad*, ó Logos, la divinidad manifestándose por sí misma. Es la Luz Eterna de la cual procede, como una *emanación*, toda la luz visible y *material*.

fuerza su teoría demostrando que cuando la tierra está cubierta de nieve, y no puede de consiguiente ser afectada por los rayos del sol, está más caliente en los puntos en que la capa de nieve es más espesa. Explica esto fundándose en la teoría de que la radiación del calor que parte del interior de la tierra, electrizado positivamente, encontrándose en la *superficie* de la tierra con la nieve que con ella está en contacto, electrizada negativamente, produce el calor.

Así nos enseña el referido autor que de ninguna manera es al sol á quien debemos la luz y el calor; que la luz es una creación *sui-generis* que brotó á la existencia en el instante en que la Divinidad *quiso*, y pronunció el *fiat*: «Hágase la luz;» y que este agente material é independiente es el que produce el calor *mediante el roce*, debido á su enorme é incesante velocidad. En resumen, es la primera emanación Kabalística lo que el general Pleasenton nos presenta, el Sefhira ó divina *Inteligencia* (el principio femenino), que en unión de En-Soph ó divina sabiduría (el principio masculino), han producido todas las cosas visibles é invisibles. Ríese él de la teoría corriente de la incandescencia del sol y de su substancia gaseosa. La reflexión de la fotosfera del sol—dice,—pasando al través de los espacios estelares y planetarios, debe haber originado así una cantidad enorme de electricidad y de magnetismo. La electricidad, por la unión de sus dos polos opuestos, produce el calor, y comunica magnetismo á todas las substancias capaces de recibirlo. El sol, los planetas, las estrellas y las nebulosas son todos imanes, etc.

Si este hombre animoso probase su aserto, las generaciones futuras no se hallarían muy dispuestas á reirse de Paracelso y de su luz astral ó sideral, ni de su doctrina acerca de la influencia magnética ejercida por las estrellas y planetas sobre cada una de las criaturas vivientes, plantas y minerales de nuestro globo. Además, si la hipótesis de Pleasenton se confirmase, la gloria transcendente del profesor Tyndall quedaría un tanto eclipsada. Según la opinión pública, el general dió un tremendo varapalo al ilustrado físico por haber éste atribuído al sol los efectos caloríficos por él experimentados en una excursión Alpina, siendo así que fueron debidos sencillamente á su propia electricidad vital. (1)

(1) Parece ser que, al descender del Mont-Blanc, Tyndall sufrió mucho del calor, á pesar de que andaba entonces con nieve hasta las rodillas.

El profesor atribuía esta molestia á los ardientes rayos del sol, pero Pleasenton sostiene que si los rayos del sol hubiesen sido tan intensos como aquél quería suponer, hubieran derretido la nieve, cosa que estuvo muy lejos de suceder; deduce de esto que el calor que tanto molestaba á Tyndall venía de su propio cuerpo, y que era debido á la acción eléctrica de la luz solar sobre sus oscuras prendas de lana, las cuales se habían electrizado

La preponderancia de unas ideas tan revolucionarias en la ciencia nos anima á preguntar á los representantes de la misma si pueden ellos explicarnos *porqué* las mareas siguen á la luna en su movimiento circular. El hecho es que ellos no pueden siquiera demostrar un fenómeno tan común como éste, fenómeno que no es ningún misterio para los neófitos en la magia y en la alquimia. Del propio modo quisieramos saber si ellos son también capaces de decirnos porqué los rayos de la luna son tan ponzoñosos, y hasta fatales, para ciertos organismos; porqué, en algunos puntos de la India y de Africa, una persona que se duerma bajo los rayos de la luna, con frecuencia se vuelve loca; porqué las crisis de ciertas enfermedades coinciden con los cambios lunares; porqué los sonámbulos se sienten más afectados durante la luna llena; y porqué los jardineros, labradores y leñadores se aferran tan tenazmente á la idea de que la vegetación es afectada por las influencias lunares. Varias mimosas abren y cierran alternativamente sus pétalos según la luna llena aparezca ó desaparezca entre las nubes. Y los Indos de Travancore tienen un popular pero muy significativo proverbio que dice: «Las palabras dulces son mejores que las ásperas; el mar es atraído por la luna fría, y no por el sol ardiente.» Quizás aquel ó aquellos que lanzaron esta sentencia al mundo sabían mucho más que nosotros respecto á la causa que motiva la atracción de las aguas por la luna.

De modo que, si la ciencia no puede explicar la causa de esta influencia física, ¿qué puede ella saber acerca de las influencias ocultas y morales que pueden ser ejercidas por los cuerpos celestes sobre los hombres y sus destinos?, ¿y á qué viene el contradecir lo que no pueden ellos probar que sea falso? Si ciertos aspectos de la luna producen resultados tangibles, tan familiares para los hombres en todos tiempos, ¿en qué violentamos la lógica, sosteniendo la posibilidad de que una determinada combinación de influencias siderales pueda ser más ó menos potencial?

Si recuerda el lector lo que dicen los ilustrados autores del *Universo Invisible* acerca del efecto positivo producido sobre el Eter universal por una causa tan pequeña como la simple evolución del pensamiento en un cerebro humano, ¿cuán razonable no le parecerá que los terribles impulsos comunicados á este medio común por las revoluciones de millares de brillantes mundos, como los que se precipitan

positivamente gracias al calor del cuerpo. El éter frío y seco de los espacios plametarios y de de la atmósfera superior de la tierra estaba electrizado negativamente, y cayendo sobre su cuerpo caliente y sus vestidos, electrizados positivamente, originaron un calor que iba en aumento (véase: «Influencia del rayo azul», etc., pp. 39, 40, 41, etc.)

al través de los «abismos interestelares», puedan afectar en un grado extraordinario á nosotros y á la tierra sobre la cual vivimos? Si los astrónomos no nos pueden explicar la ley oculta en virtud de la cual las esparcidas partículas de materia cósmica se juntan formando mundos, y ocupando entonces su debido lugar en la majestuosa procesión, la cual está sin cesar moviéndose al rededor de un punto central de atracción, ¿cómo puede nadie atreverse á decir que ciertas influencias místicas puedan ó no puedan ser lanzadas al través del espacio y afectar á las corrientes de la vida en este ó en otros planetas? Casi nada se sabe en cuanto á las leyes del magnetismo y de otros agentes imponderables; casi nada acerca de sus efectos sobre nuestro cuerpo y nuestra inteligencia; y hasta aquello que es conocido y está, por añadidura, más perfectamente demostrado, se atribuye á la casualidad y á curiosas *coincidencias*. Pero, gracias á estas coincidencias, (1) nosotros sabemos que «existen periodos durante los cuales ciertas enfermedades, tendencias, fortunas y desgracias de la humanidad predominan más que en otros.» Existen épocas de epidemia así en lo moral como en cuestiones materiales. En unos tiempos, «el espíritu de controversia religiosa excita las pasiones más feroces de que la naturaleza humana es susceptible, provocando mutuas persecuciones, derramamiento de sangre y guerras; en otros, el espíritu de resistencia á la autoridad constituida extiéndese á medio mundo (como en el año 1848), rápida y simultáneamente como la epidemia corporal más virulenta.»

Por otra parte, el *carácter colectivo* de los fenómenos mentales se manifiesta por una anómala condición psicológica que se difunde y domina sobre miles de millares de individuos, desposeyéndoles de todo lo que no sea una acción automática, y dando origen á la opinión popular de posesiones diabólicas, opinión en cierto modo justificada por las satánicas pasiones, emociones y actos que acompañan á la referida condición. En un periodo, la tendencia colectiva es hacia el retiro y la contemplación, y de aquí el número incalculable de aspirantes á la vida monástica y al ascetismo; en otro, la manía pasa directamente á vías de hecho, teniendo, para lograr el fin propuesto, algún plan utópico tan impracticable como inútil; de aquí los millares de seres que han abandonado su familia, hogar y patria en busca de un país cuyas piedras sean de oro, ó se han aventurado en guerras exterminadoras por la posesión de miserables poblaciones y desiertos infranqueables (2).

(1) La más curiosa de todas las «curiosas coincidencias», á nuestro modo de ver, es que nuestros hombres de ciencia hagan caso omiso de ciertos hechos bastante asombrosos para obligarles á usar semejante expresión cuando de ellos se ocupan, en lugar de trabajar para darnos una explicación filosófica de los mismos.

(2) Véase Charles Elam, doctor en Medicina: «*Problemas de un Médico*». Londres, 1869, p. 159.

El autor de quien citamos lo anterior dice que «la semilla del vicio y del crimen parece estar debajo de la superficie de la sociedad, y brotar y producir sus frutos con espantosa rapidez y sin interrupción.»

En presencia de tan chocantes fenómenos, la ciencia permanece muda; ni siquiera intenta hacer conjeturas respecto á su causa, lo cual es muy natural porque no ha aprendido á mirar más allá de este globo de arcilla en que vivimos, y de su pesada atmósfera, y buscar las influencias ocultas que nos afectan todos los días y todos los instantes. Pero los antiguos, cuya «ignorancia» es admitida por Mr. Proctor, tenían enteramente en cuenta el hecho de que las relaciones recíprocas entre los cuerpos planetarios son tan perfectas como las que tienen lugar entre los corpúsculos de la sangre, los cuales flotan en un fluido común, estando cada uno de ellos afectado por las influencias combinadas de todos los demás, del mismo modo que cada uno á su vez influye sobre cada uno de los otros. De igual manera que los planetas difieren en tamaño, distancia y actividad, así sus impulsos varían en intensidad sobre el éter ó luz astral, y también las fuerzas magnéticas y otras sutiles, irradiadas por ellos en ciertos aspectos de los cielos. La música es la combinación y modulación de sonidos, y el sonido es el efecto producido por la vibración del éter. Ahora bien, si los impulsos comunicados al éter por las diversas esferas pueden compararse á los tonos producidos por las diferentes notas de un instrumento musical, no es difícil concebir que la «música de las esferas,» como la llamaba Pitágoras, sea algo más que una mera invención fantástica, (1) y que ciertos aspectos planetarios puedan motivar perturbaciones en el éter de nuestro planeta, así como otros aspectos puedan ser origen de tranquilidad y armonía. Cierta clase de música nos pone frenéticos mientras que otra clase de ella eleva el alma hacia las aspiraciones religiosas. En fin, apenas existe una creación humana que no responda á ciertas vibraciones de la atmósfera. Lo mismo sucede con los colores: unos nos excitan, otros nos producen calma y deleite. La monja se viste de negro para significar el desaliento de una fe cohibida por el peso del pecado original; la novia se viste de blanco; el rojo inflama la cólera de ciertos animales. Si nosotros, así como los animales, somos afectados por vibraciones que obran sobre nosotros en tan pequeña escala, ¿porqué no tienen que influir en las masas humanas las vibraciones que actúan en grande escala como producto de influencias estelares combinadas?

(1) Mr. Jansen, el tan conocido astrónomo, trata de establecer un observatorio en el Mont-Blanc á fin de oír y estudiar los ruidos celestes.—*N. del T.*

«Sabemos—dice el Dr. Elam—que ciertas condiciones patológicas tienen una propensión á convertirse en epidémicas, *influidas por causas todavía no investigadas*.... Vemos cuán fuerte es la tendencia de una opinión, una vez promulgada, á revestir una forma epidémica, pues no existe idea ni ilusión alguna, por absurda que sea, que no pueda tomar este carácter colectivo. También observamos el hecho notable de que las mismas ideas se reproducen y *reaparecen en épocas sucesivas*; ... no hay crimen, por horrible que sea, que no se haga popular, ya sea el homicidio, infanticidio, suicidio, envenenamiento, ú otras diabólicas concepciones humanas. En las epidemias, la causa de la rápida difusión en aquel periodo particular *continúa siendo un misterio*.»

Estas pocas líneas contienen un innegable hecho psicológico trazado de mano maestra, y al mismo tiempo una semiconfesión de completa ignorancia—«*¡Causas todavía no investigadas!*» ¿Porqué no es más franco el autor aludido, y no añade de una vez: *imposibles* de investigar con los actuales métodos científicos?

Hablando de una epidemia de incendiarismo, el Dr. Elam cita de los *Anales de Higiene Pública* los siguientes casos: «Una muchacha de unos diez y siete años fué detenida como sospechosa.... Confesó que dos veces distintas había pegado fuego á habitaciones por *instinto*, por una *necesidad irresistible*.... Un muchacho de unos diez y ocho años cometió muchos actos de esta naturaleza. Ninguna pasión le impulsaba á ello, sino el mismo brotar de las llamas, que excitaba en aquél una emoción grata y profunda.»

¿Quién no ha leído en las columnas de la prensa diaria incidentes de esta naturaleza? Constantemente tropezamos con ellos. En los casos de asesinato, cualquiera que sea el género del mismo, y de otros crímenes de carácter diabólico, el acto es atribuido, de diez veces las nueve, por los mismos agresores, á *obsesiones irresistibles*. «*Alguna cosa* murmuraba sin cesar en mi oído.... *Alguien* me empujaba y guiaba constantemente.» Tales son las confesiones sobrado frecuentes de los criminales. Los médicos las atribuyen á alucinaciones de cerebros trastornados, y califican al impulso homicida de *locura* transitoria. Pero ¿hay acaso algún psicólogo que sepa bien lo que es la locura misma? ¿Se han sujetado jamás las causas de ésta á una hipótesis capaz de resistir los ataques de un investigador imparcial?

Díganlo las mismas obras de controversia de nuestros alienistas contemporáneos.

Platón reconoce que el hombre es el juguete del elemento de la necesidad, en el cual se aventura en cuanto aparece en este mundo

de materia; está bajo la influencia de causas externas, y estas causas son los *daimonia*, como el de Sócrates.

Feliz es el hombre físicamente puro, puesto que si su alma *externa* (cuerpo) es pura, fortalecerá á la segunda (cuerpo astral), ó sea el alma que él llama *la más elevada alma mortal*, la cual, aunque expuesta á descarriarse por sus propios móviles, siempre se pondrá de parte de la razón para contrarrestar las tendencias animales del cuerpo. La sensualidad en el hombre procede de este cuerpo perecedero y material, y lo mismo sucede respecto á otras enfermedades; pero aunque considera los crímenes algunas veces como *involuntarios* porque, á manera de una enfermedad corporal, se deben á causas externas, Platón establece una amplia distinción entre estas *causas*. El fatalismo que él atribuye á la humanidad no excluye la posibilidad de evitar dichas causas, porque si bien el dolor, el miedo, la cólera y otros sentimientos han sido dados á los hombres por la *necesidad*, «si éstos llegasen á dominarlos, vivirían con rectitud, y si por el contrario, fuesen dominados por ellos, vivirán *indebidamente*.» (1) El hombre *dual*, ó sea aquel de quien se ha separado el espíritu divino é *inmortal* dejando sólo la forma animal y el cuerpo astral (el alma *mortal* más elevada de Platón), está puramente abandonado á sus *instintos* porque se halla dominado por todos los vicios vinculados en la materia; de aquí que se convierta en un dócil instrumento en manos de los seres *invisibles* de materia sublimada que vagan por nuestra atmósfera, y que están siempre prontos á inspirar á todos aquellos que merecidamente han sido abandonados por su inmortal consejero, el Divino Espíritu, llamado por Platón «*genius*.» (2) Según este gran filósofo é iniciado, «aquel que ha vivido bien durante el tiempo señalado, volverá á habitar *su astro*, y allí gozará de una existencia feliz y proporcionada á sus méritos. Pero si no alcanzase á vivir debidamente, en la generación siguiente *pasará á ser mujer*, esto es, se convertirá en un sér desamparado y débil como una mujer, (3) y si en esta condición tam-

(1) Jowett: «*Timæus*.»

(2) Idem.

(3) Según la teoría del General Pleasenton respecto á la existencia de las electricidades positiva y negativa en todo fenómeno, tanto cósmico como psicológico ó fisiológico, el abuso de los estimulantes alcohólicos transforma al hombre en mujer, y vice versa, por el cambio de sus *electricidades*. «Cuando ha tenido lugar este cambio en la condición de su electricidad—dice el autor,—sus cualidades (las de un borracho) se convierten en *femeninas*: es irritable, irracional, excitable... vuélvese violento, y si se encuentra con su mujer, cuya condición normal de electricidad es como la que él tiene entonces, positiva, repélen-se mutuamente, se injurian, riñen y entablan una lucha mortal, y los periódicos del día siguiente anuncian el veredicto de la autoridad sobre aquel caso... ¿Quién podría esperar encontrar la causa excitante de todos estos crímenes terribles en las exhalaciones cutáneas del criminal? Y sin embargo, la ciencia ha demostrado ya que la metamorfosis de un hom-

poco renuncia al mal, será convertido en algún bruto de índole proporcionada á sus malos instintos, y no cesará en sus trabajos y transformaciones hasta que él siga el principio original de identidad y semejanza que dentro de sí mismo existe, y venza con el auxilio de la razón á las últimas secreciones de los turbulentos é irracionales elementos (demonios elementarios), compuestos de fuego y aire, de agua y de tierra, y vuelva á la forma de su naturaleza primera y superior.»⁽¹⁾

Pero el Dr. Elam piensa de otro modo. En la página 194 de su obra *Problemas de un médico*, dice que la causa del rápido desarrollo de ciertas enfermedades epidémicas de que se ocupa «continúa siendo un misterio,» pero en cuanto al incendiarismo, confiesa que «en todo esto nada encuentra de misterioso», aunque la epidemia haya adquirido un fuerte incremento. ¡Extraña contradicción! De Quincey, en su escrito titulado *El asesinato considerado como una de las bellas artes*, trata de una epidemia de asesinato ocurrida entre los años de 1588 y 1635, gracias á la cual siete de los más distinguidos personajes de la época perdieron su vida á manos de asesinos, y ni él ni ningún otro comentador han sido capaces de explicar la causa misteriosa de esta manía homicida.

Si apremiamos á estos señores para que nos den una explicación, la cual como pretendidos filósofos están obligados á darnos, nos contestarán que es mucho más *científico* atribuir semejantes epidemias á «perturbaciones mentales,» «...una época de excitacion política (1830),» «...imitación é impulso,» «...muchachos haraganes y excitables,» y «muchachas *histéricas*,» que buscar absurdamente la confirmación de tradiciones supersticiosas en una luz astral hipotética. Creemos que si por una fatalidad providencial el histerismo desapareciese enteramente del organismo humano, la clase médica se hallaría en un verdadero apuro para explicar una larga serie de fenómenos convenientemente clasificados ahora bajo el título de «síntomas normales de ciertas condiciones patológicas de los centros nerviosos.» El histerismo ha sido hasta aquí el áncora de salvación de los patólogos escépticos. Empieza una ruda muchacha del campo á hablar con mucha soltura diferentes lenguas extranjeras, completamente desconocidas para ella hasta entonces, y á escribir poesías: «¡histérica!» Es levitado un medium á la vista de una docena de testigos, sale por una ventana de un tercer piso y vuelve á entrar en la habitación por otra: «¡desor-

bre en una mujer, en virtud del cambio de la condición negativa de su electricidad en la electricidad positiva de la mujer, con todos sus atributos, se revela por el carácter de su transpiración, aumentada por el uso de estimulantes alcohólicos» (Influencia del rayo azul, p. 119.)

(1) Platón: «*Timæus*.»

den de los centros nerviosos, seguido de una ilusión histórica colectiva!» (1) Un perro de caza escocés, sorprendido en el aposento durante una manifestación, es arrojado por una mano invisible á través de la sala, hace pedazos, en su salto mortal, una araña colgada de un cielo raso de diez y ocho piés de altura, y cae muerto: (2) «¡alucinación caninal!»

«La verdadera ciencia no tiene creencia alguna,» dice el Dr. Fenwick en la *Extraña historia*, de Bulwer-Lytton; «la verdadera ciencia conoce sólo tres estados de la inteligencia: negación, convicción y el vasto intervalo entre las dos, el cual no es creencia, sino la *suspensión del juicio*.» Tal era quizás la verdadera ciencia en los días del Dr. Fenwick; pero la verdadera ciencia de nuestros tiempos procede de otro modo: ó niega rotundamente sin tomarse la pena de hacer la menor investigación preliminar, ó bien, adoptando una posición intermedia entre la negación y la convicción, apela al diccionario, é inventa nuevos nombres greco-latinos para unas formas de histerismo que no han existido nunca!

¡Con cuánta frecuencia se han visto poderosos videntes y adeptos en mesmerismo describir las manifestaciones epidémicas y físicas (aunque invisibles para los demás) que la ciencia atribuye á la epilepsia, á desórdenes hemato-nerviosos, que de ningún modo pueden ser de *origen corpóreo*, tales como su visión lúcida las observaba en la luz astral! Afirman ellos que las «ondulaciones eléctricas» estaban violentamente perturbadas, y que notaban una relación directa entre esta perturbación etérea y la epidemia física ó mental entonces reinante. Pero la ciencia no ha hecho caso de ellos, y ha continuado en su tarea enciclopédica de dar nombres nuevos á cosas viejas.

«La Historia—dice Du Potet, el príncipe de los mesmerizadores franceses—conserva demasiado vivos los tristes recuerdos de la nigromancia. Estos hechos son demasiado reales, y se prestan con harta facilidad á las terribles y perversas prácticas del arte y á *un abuso monstruoso!*.... Pero ¿cómo he venido yo á descubrir aquel arte? ¿En dónde lo he aprendido? ¿En mis pensamientos? No: la naturaleza misma es la que me ha revelado el secreto. Y ¿cómo? Presentando ante mis propios ojos, sin necesidad de buscarlos, hechos indisputables de hechicería y de magia... ¿Qué es, al fin y al cabo, el sueño sonambúlico? *Un resultado del poder de la magia*. ¿Y qué es lo que determina estas atracciones, estos *repentinos impulsos*, estas epidemias asoladoras, pasiones, antipatías, crisis, estas convulsiones, en fin, que *voso-*

(1) Littré: «*Revue des Deux Mondes*.»

(2) Véase «*Œuvres des Démon*,» por Des Mousseaux.

tros podeis hacer duraderas?¿qué es lo que las determina, sino el verdadero principio empleado por nosotros, el agente que sin duda ninguna tan bien conocian los antiguos? Lo que vosotros llamais fluido nervioso ó magnetismo, los hombres de la antigüedad lo llamaban poder oculto, ó la potencia del alma, sujeción, MAGIA!»

«La magia se funda en la existencia de un mundo heterogéneo situado fuera, no dentro de nosotros, y con el cual podemos entrar en comunicación por medio de ciertas artes y prácticas.... Un elemento existente en la naturaleza, desconocido para la mayor parte de los hombres, se apodera de una persona, la marchita y abate, como el junco al soplo del terrible huracán; dispersa los hombres á largas distancias, los hiere en mil sitios y al mismo tiempo, sin que ellos perciban al invisible enemigo ni sean capaces de protegerse á sí mismos todo esto se halla demostrado; que este elemento pueda escoger favoritos, tener amigos de preferencia, obedecer á sus pensamientos, contestar á la voz humana, y comprender la significación de ciertos signos trazados, esto es lo que la gente no puede comprender, lo que su razón desecha, y esto es lo que yo veo. Y lo digo esto muy alto porque es para mí un hecho y una verdad demostrados para siempre» (1).

«Si entrase en mayores detalles, se comprendería fácilmente que existen, tanto á nuestro alrededor como en nosotros mismos, seres misteriosos que tienen poder y forma, que entran y salen á voluntad, á pesar de estar las puertas bien cerradas» (2). Más adelante el gran mesmerizador nos enseña que la facultad de dirigir este fluido «es una propiedad física, resultado de nuestra organización.... pasa al través de todos los cuerpos.... cualquier cosa puede ser empleada á guisa de conductor para las operaciones mágicas, y á su vez conservará el poder de producir efectos.» Esta es la teoría profesada por todos los filósofos herméticos. Es tan grande el poder del fluido «que ninguna de las fuerzas físicas ni químicas es capaz de destruirlo.... Existe una muy pequeña analogía entre los fluidos imponderables conocidos por los físicos y este fluido magnético animal» (3).

Si ahora volvemos la vista á la Edad Media, encontramos, entre otros, á Cornelio Agrippa, que nos dice exactamente lo mismo:

«La fuerza universal, siempre en cambio continuo, el alma del mundo, puede fecundar un objeto cualquiera infundiendo en él sus propias cualidades celestes. Preparados según la fórmula enseñada por

(1) Du Potet: «Magie Devouée,» pp. 51-147.

(2) Idem, p. 201.

(3) Barón Du Potet: «Cours de Magnétisme,» pp. 17-108.

la *ciencia*, estos objetos reciben el don de comunicarnos su virtud. Basta sólo llevarlos, para sentir inmediatamente su acción, tanto sobre el alma como sobre el cuerpo..... El alma humana posee, por el mero hecho de ser de la misma esencia que toda la creación, un *poder maravilloso*. Aquel que posee este secreto puede remontarse en ciencia y en conocimientos hasta una altura tan grande como pueda imaginar; pero esto es solamente con la condición de permanecer íntimamente unido á esta fuerza universal..... La Verdad, así como el porvenir, pueden presentarse continuamente á los ojos del alma; y esto ha sido muchas veces demostrado, por haber tenido lugar hechos que de antemano habían sido anunciados..... el tiempo y el espacio desaparecen ante los ojos de águila del alma inmortal..... su poder ya no conoce límites..... puede el alma lanzarse al través del espacio, y envolver con su presencia á un hombre, *cualquiera que sea la distancia*; puede penetrar é introducirse enteramente dentro del mismo, y hacerle oír la voz de la persona á quien ella pertenece, como si aquella persona estuviese en la habitación» (1).

Si no queremos buscar pruebas ó recibir informaciones de la filosofía hermética medioeval, podemos remontarnos á otras épocas más antiguas y escoger, de entre la gran masa de filósofos de los tiempos pre-cristianos, el que menos pueda ser acusado de superstición y de credulidad: Cicerón. Hablando de los que él llama *dioses*, y que son espíritus, ya humanos, ya atmosféricos, «sabemos nosotros—dice el antiguo orador—que de todos los seres vivientes, el hombre es el mejor formado, y como los dioses pertenecen á este número, deben ellos tener una forma humana;..... no quiero decir por esto que los dioses estén dotados de cuerpo y sangre, sino que parece ser que tienen cuerpo con sangre..... Epicuro, para quien las cosas ocultas eran tan palpables como si las hubiese tocado con el dedo, nos enseña que los dioses no son generalmente visibles, pero que son *inteligibles*; que ellos no tienen un cuerpo dotado de cierta solidez..... sino que nosotros podemos reconocerlos por sus imágenes *pasajeras*; que como existen *átomos* suficientes en el espacio infinito *para producir tales imágenes*, éstas se producen ante nosotros..... y nos dan una idea de lo que son estos seres felices é inmortales» (2).

«Cuando un iniciado—dice á su vez Levi—ha llegado á ser *lúcido* por completo, comunica y dirige á voluntad las vibraciones *magnéticas* en la masa de la luz astral..... Transformada en luz humana en el momento de la concepción, *ella* (la luz) se convierte en *el primer*

(1) «*De Occulto Philosophia*», pp. 332-358.

(2) Cicerón: *De Nature Deorum*, lib. I, cap. XVIII.

envoltorio del alma; en combinación con los más sutiles fluidos, forma un cuerpo etéreo, ó fantasma sideral, que *únicamente* queda libre por completo en el momento de la muerte.» (1) Proyectar este cuerpo etéreo á cualquiera distancia que sea; hacerlo más objetivo y tangible condensando sobre su forma fluidica oleadas de la esencia que le ha dado origen: esto constituye el gran secreto del adepto-*mágico*.

La Magia teúrgica es la última expresión de la ciencia psicológica oculta. Los académicos la desprecian como una alucinación de cerebros enfermos, ó la infaman con el oprobio del charlatanismo. Nosotros les negamos rotundamente el derecho de emitir su opinión sobre un asunto que jamás han investigado. No tienen ellos más derecho, en el estado presente de sus conocimientos, para juzgar á la Magia y al Espiritismo, que el que tiene un habitante de las islas Fidgi para aventurar su opinión acerca de los trabajos de Faraday ó de Agassiz. Todo lo más que ellos pueden hacer es corregir, algun día, los errores de los días anteriores. Cerca de tres mil años hace, antes de la época de Pitágoras, los antiguos filósofos sostenían que la luz era ponderable y, por lo tanto, *materia*, y que la luz era fuerza. La teoría corpuscular, á causa de algunos errores cometidos por Newton al explicarla, ha sido ridiculizada, y la teoría de las ondulaciones, que proclamaba que la luz era *imponderable*, fué aceptada. Y ahora el mundo se muestra sorprendido al ver que Mr. Crookes *pesa* la luz con su radiómetro. Los pitagóricos sostenían que ni el sol ni las estrellas eran las *fuentes* del calor y de la luz, y que ésta era sólo un agente; pero las modernas escuelas enseñan lo contrario.

Lo mismo puede decirse acerca de la ley de Newton sobre la gravitación. Siguiendo estrictamente la doctrina pitagórica, Platón sostenía que la gravitación no era puramente una ley de atracción magnética de los cuerpos menores por los mayores, sino una repulsión magnética de los similares, y atracción de los no similares. «Si se ponen juntas—dice—cosas de naturaleza contraria, luchan entre sí, y se repelen mutuamente» (2).

Esto no puede tomarse en el sentido de que la repulsión tenga necesariamente lugar entre cuerpos de propiedades opuestas, sino simplemente que cuando se ponen juntos cuerpos por naturaleza antagonistas, se repelen uno á otro. Las investigaciones de Bart y de Schweigger han disipado todas ó casi todas las dudas que podíamos

(1) Eliphas Levi.

(2) «*Tímaus*». A causa de semejantes expresiones, afirma el profesor Jowet, en su Introducción, que Platón enseñaba la atracción de los cuerpos similares, unos por otros. Pero esto equivaldría á negar al gran filósofo hasta un conocimiento rudimentario de las leyes de la polaridad magnética.

tener respecto de que los antiguos conocían perfectamente la atracción mutua del hierro y del imán, lo mismo que las cualidades positivas y negativas de la electricidad, sea cual fuere el nombre con el cual las hayan designado. Las recíprocas relaciones magnéticas de los mundos planetarios, todos los cuales son imanes, eran entre los antiguos un hecho corriente, y no solamente llamaban piedras magnéticas á los aerolitos, sino que además los empleaban en los Misterios para ciertos usos, para los cuales nosotros hoy día empleamos el imán. Por lo tanto, cuando el profesor A. M. Mayer, del Instituto Stevens de Tecnología, enseñaba en 1872, en el Club-Científico Yale, que la tierra es un vasto imán, y que «por cualquier trastorno repentino de la superficie del sol, el magnetismo de la tierra sufre una profunda perturbación en su equilibrio, causando una oscilación temblorosa en las agujas magnéticas de nuestros observatorios, y produciendo todas estas grandes explosiones de luces polares, cuyas vaporosas llamas parecen danzar al compás de la inquieta aguja,» (1) cuando esto enseñaba—decimos,—no hacía más que repetir, en buen inglés, lo que era enseñado en buen dórico, innumerables siglos antes de que el primer filósofo cristiano viera la luz.

Los prodigios llevados á cabo por los sacerdotes de la magia teúrgica tienen una autenticidad tan completa, y su evidencia—si el testimonio humano es realmente digno de fé—es tan abrumadora, que antes que confesar que los teurgistas paganos han sobrepujado á los cristianos en materia de milagros, sir David Brewster concede piadosamente que los primeros poseían grandísimos conocimientos en física y en todo lo perteneciente á la filosofía natural. La ciencia se halla metida en un dilema muy desagradable: ó debe confesar que los antiguos físicos poseían conocimientos superiores á los de sus modernos representantes, ó que existe algo en la naturaleza más allá de la ciencia física, y que el *espíritu* está dotado de poderes en los cuales nuestros filósofos jamás han soñado.

«Los errores en que incurrimos sobre alguna ciencia que hemos cultivado especialmente—dice Bulwer-Lytton—con frecuencia pueden ser vistos solamente á la luz de una ciencia distinta cultivada con especialidad por otro» (2).

Nada hay que pueda explicarse más fácilmente que las más elevadas posibilidades de la magia. Por la radiante luz del océano universal y magnético, cuyas eléctricas ondulaciones abarcan el Cosmos

(1) Alfred Marshall Mayer, doctor en Filosofía: «*La Tierra es un grande Imán*», conferencia dada ante el Club Científico Yale, 14 Febrero de 1872.

(2) *Strange Story*.

entero, y que en su incesante movimiento penetran todos los átomos y moléculas de la creación inconmensurable, los estudiantes de mesmerismo—no obstante lo incompleto de sus varios experimentos—perciben instintivamente el *alpha* y *omega* del gran misterio. Únicamente el estudio de este agente, que es el soplo divino, podrá descubrir los secretos de la psicología y de la fisiología, y de los fenómenos cósmicos y espirituales.

«La Magia—dice Psellus—constituía la última parte de la ciencia sacerdotal. Esta ciencia investigaba la naturaleza, poder y cualidades de todas las cosas sublunares, de los elementos y sus componentes, de los animales, de todas las diversas plantas y sus frutos, de las piedras y de las hierbas; en una palabra, exploraba la esencia y el poder de todas las cosas. De aquí, por consiguiente, arrancaban los efectos por ella producidos; esculpía *estatuas* (magnetizadas) á las cuales se dirigían los enfermos en busca de la salud; fabricaba también varias figuras y objetos (talismanes) que lo mismo podían convertirse en instrumentos de salud, que en causas de enfermedad. Con mucha frecuencia, también por medio de la magia se hace aparecer fuego celestial, y entonces las estatuas sonrien, y las lámparas se encienden por ellas mismas.» (1)

Si el moderno descubrimiento de Galvani puede poner en movimiento las patas de una rana, y obligar á que la cara de un hombre muerto exprese, por medio de la alteración de su fisonomía, las más variadas emociones, desde la alegría más intensa hasta la desesperación, la rabia y el horror, los sacerdotes paganos, si debemos descansar en la evidencia reunida de los hombres de la antigüedad más dignos de fé, verificaban las mayores maravillas, haciendo sudar y reír á sus estatuas de piedra y de metal.

El fuego puro y *celestial* del altar pagano era electricidad arrebatada á la luz astral. De consiguiente, las estatuas, si estaban convenientemente preparadas, podían, sin que nadie pueda acusarnos de supersticiosos, tener la propiedad de comunicar la salud ó la enfermedad por su solo contacto, tan bien como cualquier moderno cinturón galvánico, ó una batería cargada al máximum.

Tanto los escolásticos escépticos como los materialistas ignorantes se han divertido grandemente durante los dos últimos siglos con los *absurdos* atribuidos á Pitágoras por su biógrafo «Jámblico». Se dice que el filósofo de Samos persuadió á una osa á que dejase de comer carne humana; que obligó á un águila blanca á descender sobre él

(1) Véase «Pausanias», de Taylor; el manuscrito «*Tratado de los Demonios*», por Psellus, y el «*Tratado de los Misterios eleusinos y báquicos*».

desde las nubes, y que la domesticó acariciándola suavemente con su mano y dirigiéndole la palabra. En otra ocasión, Pitágoras persuadió á un buey á que renunciase á comer habas, sólo diciéndoselo en voz baja al oído! (1) ¡Oh, ignorancia y superstición de nuestros antepasados! ¡cuán ridículas aparecéis á los ojos de nuestras ilustradas generaciones! Permitásenos, sea como fuere, analizar semejantes absurdos. Diariamente vemos hombres sin instrucción, propietarios de colecciones zoológicas ambulantes, domesticando y dominando por completo á los animales más feroces, únicamente por el poder de su voluntad irresistible. Es más: tenemos actualmente en Europa varias muchachas jóvenes y físicamente débiles, de unos veinte años de edad, que hacen lo propio sin que de ellas se apodere el miedo. Todo el mundo ha visto ú oído decir algo parecido en los mágicos poderes de algunos magnetizadores y psicólogos. Ellos son capaces de dominar á sus sujetos durante cierto espacio de tiempo. Regazzoni, el magnetizador que tanta admiración ha causado en Francia y en Londres, ha hecho cosas mucho más extraordinarias que todas las que anteriormente se han atribuido á Pitágoras. ¿A qué viene, pues, acusar á los antiguos biógrafos de hombres tales como Pitágoras y Apolonio de Tyana, de faltar intencionadamente á la verdad, ó de ser supersticiosos hasta un grado absurdo? Cuando vemos que la mayoría de aquellos que tan escépticos se muestran en lo concerniente á los poderes mágicos poseídos por los antiguos filósofos; que se burlan de las antiguas teogonías y de las ficciones de la Mitología, y á pesar de esto tienen una fé ciega en los textos é inspiración de su Biblia, no atreviéndose casi á dudar ni siquiera de aquel monstruoso absurdo de que Josué detuvo el curso del sol, bien podemos nosotros decir *Amén* al justo apóstrofe de Godfrey Higgins: «cuando encuentro—dice—hombres instruidos que creen en el *Génesis literalmente*, siendo así que los antiguos, á pesar de todas sus deficiencias, tenían demasiado buen sentido en no admitirlo más que en un sentido alegórico, llego casi á dudar de la realidad del progreso de la inteligencia humana.» (2)

Uno de los escasísimos comentadores de los antiguos autores griegos y latinos, que ha hecho verdaderamente justicia á los antiguos en punto á su desarrollo intelectual, es Thomas Taylor. En su traducción de la *Vida de Pitágoras* de Jámblico hace la declaración siguiente: «Desde el momento en que Pitágoras, como Jámblico nos dice, fué iniciado en todos los Misterios de Byblus y de Tyro, en las sagradas operaciones de los Sirios, en los Misterios de los Fenicios, y también

(1) Jámblico: *De Vita Pythag.*

(2) *Anacalipsis*, vol. I, p. 807.

que pasó veinte y dos años en el *adytum* (1) de los templos en Egipto, que se asoció con los magos de Babilonia, y que fué instruido por ellos en su sagrada ciencia, nada tiene de maravilloso que conociese la Magia ó la Teurgia, y que fuese capaz de llevar á efecto cosas que sobrepujan los poderes puramente humanos, y que parecen completamente increíbles al vulgo.» (2)

El éter universal no era á sus ojos simplemente una cosa inhabitada que se extendía por toda la inmensidad de los Cielos; era un océano sin límites, poblado, como nuestros mares, de monstruos y otras criaturas inferiores, conteniendo en cada una de sus moléculas los gérmenes de la vida. De igual modo que las colonias de seres provistos de aletas que hormiguean así en nuestros océanos como en la más pequeña charca de agua, cada una de sus especies habita en algún punto al cual está singularmente adaptada, siendo algunas de ellas amigas y otras enemigas del hombre, unas agradables, otras horribles á la vista, buscando algunas tranquilo refugio en rincones solitarios y otros sitios bien defendidos, y algunas otras atravesando vastas extensiones de agua; creíase que las diversas razas de espíritus *elementales* habitaban en las diferentes porciones del gran océano etéreo que se adaptaban exactamente á sus condiciones respectivas. Si recordamos el hecho de que el rápido movimiento de los planetas al través del espacio debe producir una perturbación tan completa en este medio plástico y sutil, como el que ocasiona el paso de un proyectil en el aire, ó un buque de vapor en el agua, si bien en una escala cósmica, podemos comprender que ciertos aspectos planetarios, admitiendo que nuestras premisas sean ciertas, pueden producir una agitación mucho más violenta, y originar corrientes mucho más enérgicas en una dirección que en otras. Aceptadas las mismas premisas, podemos ver también porqué, según los varios aspectos de los astros, grandes masas de «elementales» hostiles ó amigos pueden ser lanzados á nuestra atmósfera ó á alguna parte determinada de la misma, y hacer el hecho apreciable por los efectos á que dan lugar.

Según las antiguas teorías, los espíritus elementales sin alma emanaron del incesante movimiento propio de la luz astral. La luz es fuerza, y ésta es producida por la *voluntad*. Como esta voluntad procede de una inteligencia que no puede caer en error, porque carece absolutamente de los órganos materiales del pensamiento humano, siendo una emanación pura y sutilísima de la misma divinidad

(1) El Santo de los Santos en los templos paganos, recinto sagrado y misterioso donde no podían penetrar los profanos. (N. del Tr.)

(2) Jámblico: «*Vida de Pitágoras*», p. 297.

suprema («el Padre» de Platón), procedió desde el principio de los tiempos, y según leyes inmutables, á desarrollar la trama elemental indispensable para las generaciones subsiguientes de lo que nosotros llamamos razas humanas. Todas éstas, sea que pertenezcan á este planeta ó á algun otro de los millares que existen en el espacio, tienen sus cuerpos terrenales desarrollados en la matriz sacada de los cuerpos de una cierta clase de estos seres elementales que han ido desvaneciéndose en los mundos invisibles. En la antigua filosofía no faltaba ningún eslabón para poder suplirlo con lo que Tyndall llama «una imaginación educada», ni había la menor laguna que pudiera llenarse con volúmenes de especulaciones materialistas; resultado necesario de las absurdas tentativas de resolver una ecuación con una sola serie de cantidades; nuestros «ignorantes» antecesores trazaban la ley de evolución desde un extremo á otro del universo. Como quiera que progresando gradualmente desde la nebulosa hasta el desarrollo del cuerpo físico del hombre, la regla se mantiene inalterable, así también desde el éter universal hasta el espíritu humano encarnado, trazaban ellos una serie no interrumpida de seres. Estas evoluciones tenían lugar desde el mundo del espíritu al mundo de la materia grosera, para desde aquí volver de nuevo hacia el origen de todas las cosas. El «descenso de las especies» era para ellos el descenso desde el espíritu, fuente primitiva de todo, á la «degradación de la materia.» En esta cadena completa de manifestaciones, los seres espirituales elementales tienen un sitio tan marcado en el punto medio entre los extremos, como el eslabón perdido de Mr. Darwin, entre el mono y el hombre.

Ningún autor en el mundo literario ha dado jamás una descripción más poética y más verdadera de estos seres que Sir E. Bulwer-Lytton, autor de *Zanoni*, puesto que cuando habla de «algo que no es de materia», sino una «idea de alegría y de luz», sus palabras le suenan más bien como el eco fiel de la memoria que como un exuberante producto de su imaginación.

«El hombre es tanto más presuntuoso cuanto mayor es su ignorancia—dice el sabio Mejnour á Glyndon, en la obra mencionada.—Durante muchos y muchos siglos, en los mundos innumerables que centellean en el espacio, á manera de burbujas en un océano sin límites, no vió más que luces... que la Providencia se había complacido en encender con el único objeto de que la noche fuese más agradable al hombre... La Astronomía ha desvanecido esta ilusión de la vanidad humana, y el hombre confiesa ahora, aunque con repugnancia, que los astros son otros tantos mundos más grandes y más admirables que el suyo... Por doquier, la ciencia, en este plan inmenso, descu-

bre nuevas vidas... Procediendo, pues, por rigurosa analogía, si no hay una sola hoja ni una simple gota de agua que no sea, como la estrella más lejana, un mundo habitable y palpitante; más aún, si el hombre mismo es un mundo para otros cuerpos vivientes, y miriadas y millones de seres anidan en las corrientes de su sangre, y habitan en el organismo humano, del propio modo que el hombre habita la tierra; el sentido común (si nuestros sabios oficiales lo tuviesen) bastaría para enseñar que el ambiente infinito al cual llamamos espacio, el medio ilimitado é impalpable que separa á la tierra de la luna y de los astros, está igualmente cuajado de entidades vivientes relacionadas y adaptadas á dicho medio. ¿No es acaso un absurdo evidente el suponer que una simple hoja rebosa de vida, y que, sin embargo, la vida no existe en las inmensidades del espacio? La ley del Gran Sistema no permite el menor vacío, ni siquiera el de un átomo; no conoce tampoco ningún lugar en donde no aliente algún sér dotado de vida... Admitido esto, ¿puedes tú concebir entonces que el espacio, que es de suyo infinito, sea la única cosa vacía, la única cosa inanimada y menos útil al plan uniforme de la vida universal... que la poblada hoja, ó que la gota de agua en donde anida un enjambre de seres vivientes? El microscopio te muestra los parásitos que habitan en la hoja; *pero no se ha inventado todavía ningún telescopio de tal potencia que permita descubrir los seres más nobles y perfectos que pueblan los ilimitados espacios aéreos.*

»Y sin embargo, entre estos seres y el hombre existe una *misteriosa y terrible afinidad...* Mas, para penetrar este velo, es preciso ante todo que el alma con la cual atiendes debe estar penetrada de un vivo entusiasmo, y purificada de todo deseo mundano... Preparada de esta suerte el alma, puede la ciencia acudir en su auxilio; la vista misma se hace más sutil, la sensibilidad más exquisita, el ingenio más vivo y penetrante, y el mismo elemento—el aire, el espacio—, mediante ciertos secretos de la química más sublime, puede hacerse más palpable y más diáfano. Y esto, después de todo, no es *magia*, como se figuran los crédulos; pues según he dicho antes repetidas veces, la magia, ó sea la ciencia que obra contra la naturaleza, no existe; *únicamente por medio de la ciencia es como la naturaleza puede ser dominada.* Ahora bien, existen en el espacio millones de seres, no *precisamente espirituales*, porque todos ellos tienen, como los animáculos imperceptibles á simple vista, ciertas formas de materia, si bien esta materia es tan delicada, tan vaporosa y tenue, que viene á ser á manera de una película, un vello que envuelve al espíritu... Y con todo, á la verdad, estas razas difieren entre sí comple-

tamente... unas de ellas poseen un saber extraordinario, otras tienen una horrible malignidad; unas son hostiles como enemigos irreconciliables del hombre, otras benéficas, como mensajeros entre la tierra y el cielo... Entre los habitantes de los umbrales, hay uno, sobre todo, que excede en malignidad y en odio á toda su raza; uno cuya mirada arredra á los más intrépidos, y cuyo poder sobre el espíritu aumenta precisamente en proporción del temor que inspira.» (1)

Tal es el esbozo incompleto de los seres elementales privados del divino espíritu, presentado por un escritor de quien muchos creen fundadamente que sabía mucho más de lo que estaba dispuesto á declarar á la faz de un público escéptico.

En el capítulo siguiente probaremos de explicar algunas de las especulaciones esotéricas de los iniciados del santuario, acerca de lo que el hombre era, es y será. Las doctrinas que ellos enseñaban en los Misterios—cuya fuente brota en el Antiguo y, en parte, en el Nuevo Testamento—contienen las más sublimes enseñanzas de moralidad y *revelaciones* religiosas. Mientras que el sentido literal estaba abandonado al fanatismo de las clases más ínfimas é ignorantes de la sociedad, la más elevada, constituida en su mayor parte por *Iniciados*, proseguía sus estudios en el silencio solemne de los templos, y adoraba al Dios *Único* de los Cielos.

Las especulaciones de Platón, en el *Banquete*, relativas á la creación de los primeros hombres, y su ensayo de Cosmogonía, en el *Timæus*, deben tomarse en sentido alegórico si los aceptamos por completo. Las ocultas interpretaciones pitagóricas contenidas en el *Timæus*, *Cratylus* y *Parmenides*, y algunos otros diálogos y trilogías: he aquí lo que los neo-platónicos se aventuraban á exponer, hasta donde se lo permitía el voto teúrgico de guardar el secreto. La doctrina pitagórica de que *Dios es la inteligencia universal difundida en todas las cosas*, así como el dogma de la inmortalidad del alma, son los caracteres capitales de estas enseñanzas en apariencia incongruentes. Su piedad, y la gran veneración que Platón sentía hacia los *Misterios*, son garantía suficiente de que no cometería la indiscreción de faltar á aquel profundo sentimiento de responsabilidad que experimenta todo adepto. «Perfeccionándose constantemente en los MISTERIOS perfectos, tan sólo en ellos un hombre llega á ser verdaderamente perfecto», dice en el *Phædrus*. (2)

No procuraba Platón disimular su disgusto por el hecho de que los *Misterios* no eran ya tan secretos como anteriormente. En lugar de

(1) Bulwer-Lytton: «*Zanoni*».

(2) Cory: «*Phædrus*», I, 328.

profanarlos poniéndolos al alcance de la multitud, opinaba él que debían guardarse de todo el mundo con el cuidado más exquisito, exceptuando solamente los más celosos y dignos de sus discípulos. (1) Si bien menciona á los dioses en casi cada página, su monoteísmo es indiscutible, porque toda la sucesión de su discurso indica que por la palabra *dioses* significa un orden de seres muy inferiores en jerarquía á las divinidades, y solamente en un grado superiores á los hombres. Josefo comprendía y reconocía también esto mismo á pesar de la natural preocupación de su raza. En su famoso ataque á Apión, el citado historiador dice: (2) «Con todo, aquellos entre los Griegos que filosofaban *de acuerdo con la verdad*, no ignoraban cosa alguna... ni dejaban de notar las frívolas superficialidades de las alegorías mitológicas, razón por la cual las despreciaban muy justamente... Por este motivo, Platón se siente impulsado á decir que no es necesario admitir á ninguno de los otros poetas en la República, y *él desecha á Homero* en muy buena forma, después de haberle coronado y vertido aromas sobre él, porque, en verdad, no debía haber destruido con *sus mitos* la *ortodoxa creencia en un solo Dios.*»

Aquellos que pueden discernir el verdadero espíritu de la filosofía de Platón, difícilmente se contentarán con las apreciaciones que sobre la misma presenta Jowet ante sus lectores. Nos dice que la influencia ejercida sobre la posteridad por el *Timæus* es debida en parte á la equivocada comprensión de la doctrina de su autor por los neoplatónicos. Quisiera hacernos creer que las interpretaciones ocultas que encuentran ellos en sus *Diálogos* están en «completo desacuerdo con el espíritu de Platón.»

Esto equivale á suponer que Jowet sabe cuál era realmente este espíritu, al paso que su crítica sobre este punto concreto, más bien indica que todavía no ha conseguido penetrarlo. Si, como nos dice, los cristianos creen encontrar en esta obra su trinidad, el verbo, la iglesia y la creación del mundo, en un sentido judío, es porque todo esto *está* allí, y por lo tanto, es muy natural que lo hayan podido encontrar. El edificio exterior es el mismo, pero el espíritu que animaba la letra muerta de las enseñanzas del filósofo ha volado, y sería en vano que lo buscásemos entre los áridos dogmas de la Teología cris-

(1) Esta aserción es claramente corroborada por Platón mismo, quien dice: «Decis vosotros que en mi primer discurso no os he explicado suficientemente la naturaleza del *Primero*. De intento he hablado en un lenguaje enigmático, para que en el caso de que la tablilla sufriese algún accidente, ya por mar, ya por tierra, ninguna persona que no tuviese algún conocimiento previo del asunto pudiera ser capaz de comprender su contenido.» (Platón, Ep. II, p. 312; Cory; «*Antiguos Fragmentos.*»)

(2) «Josefo contro Apión», II, p. 1079.

tiana. La Esfinge es la misma ahora que era cuatro siglos antes de la era cristiana, pero Edipo ya no existe. Murió violentamente por haber dado al mundo lo que el mundo no estaba todavía en disposición de recibir. Él era la encarnación de la verdad, y tenía que morir, como tienen que morir todas las grandes verdades antes de que, á manera del antiguo Fénix, renazcan de sus propias cenizas. Todos los traductores de Platón han hecho notar la extraña semejanza que hay entre la filosofía esotérica y las doctrinas cristianas, y cada uno de ellos ha intentado explicarla en armonía con sus propios sentimientos religiosos. Así Cory, en sus *Antiguos Fragmentos*, trata de probar que entre ellas no hay más que una semejanza superficial, y hace todo cuanto puede para rebajar la Mónada pitagórica en la estimación pública, y exaltar sobre sus ruinas la última deidad antropomórfica. Taylor, defendiendo á la primera, trata con muy poco respeto al Dios Mosaico; Zeller se burla descaradamente de las pretensiones de los Padres de la Iglesia, los cuales, á pesar de la historia y de la cronología y sin tener en cuenta si el público lo admitiría ó no, insisten en que Platón y su escuela robaron al Cristianismo sus rasgos distintivos. Es una fortuna para nosotros, tanto como una desgracia para la Iglesia Romana, el que un juego de manos tan hábil como el empleado por Eusebio sea algo más difícil en nuestro siglo. Era mucho más sencillo adulterar la cronología «con objeto de hacer sincronismos,» en los tiempos del obispo de Cesárea, que no lo es ahora, y mientras la historia exista, nadie podrá impedir que la gente sepa que Platón vivió 600 años antes de que á Ireneo le pasase por la cabeza establecer una *nueva* doctrina sacada de los restos de la antigua Academia de Platón.

Esta doctrina de que Dios es la inteligencia universal difundida en todas las cosas, se encuentra en el fondo de todas las antiguas filosofías. Los principios del Buddhismo, que nunca pueden ser mejor comprendidos como cuando se estudia la filosofía pitagórica—su fiel reflejo,—derivan de esta fuente, lo mismo que la religión Brahmánica y que el primitivo Cristianismo. El proceso purificador de las transmigraciones, la metempsícosis, por más que posteriormente haya sido groseramente antropomorfizada del modo más grosero, debe ser considerada únicamente como una doctrina suplementaria, desfigurada por los sofismas teológicos con el objeto de subyugar firmemente á los fieles por medio de una superstición popular. Ni Gautama Buddha ni Pitágoras pretendieron enseñar *literalmente* esta alegoría puramente metafísica; esotéricamente, está explicada en el «Misterio» del Kounboum, (1) y se relaciona con las peregrinaciones espirituales del

(1) Véase el capítulo IX.

alma humana. No es en la letra muerta de la sagrada literatura Búdhdica en donde los eruditos pueden esperar encontrar la verdadera solución de estas sutilezas metafísicas. Estas últimas abruman el poder del pensamiento por la inconcebible profundidad de su sentido; y el investigador no está nunca más lejos de la verdad que cuando se figura estar más próximo á descubrirla. El conocimiento de cada una de las doctrinas del asombroso sistema Búdhdico puede únicamente ser obtenido procediendo estrictamente según el método pitagórico y platónico, ó sea descendiendo de lo universal á lo particular. La clave de esto se halla en los refinados y místicos principios del influjo espiritual de vida divina. «Todo aquel que desconozca mi ley—dice Buddha,—y muera en tal estado, debe volver á la tierra hasta que se convierta en un perfecto Samano. Para lograr este objeto, debe destruir dentro de sí mismo la trinidad de *Maya*. (1) Debe extinguir sus pasiones, unirse é identificarse con *la ley* (las enseñanzas de la doctrina secreta), y comprender la religión de la *anihilación*.»

La *anihilación* se refiere aquí únicamente á la *materia*, tanto la del cuerpo visible como la del invisible, pues el alma astral (*peri-espíritu*) es también materia, aunque sublimada. El mismo libro dice que lo que Fo (Buddha) quiere significar es que «la primitiva substancia es eterna é inmutable. Su más alta revelación es el puro y luminoso éter, el espacio sin límites é infinito, no un vacío resultante de la ausencia de formas, sinó al contrario, *el fundamento de todas las formas* y anterior á ellas. Pero la verdadera presencia de *formas* denota ser la creación de *Maya*, y todas sus obras son nada ante el ser *increado*, ESPÍRITU, en cuya profunda y sagrada región todo movimiento debe cesar para siempre.»

Así pues, *anihilación* significa, en la filosofía Búdhdica, solamente una dispersión de la materia, en cualquiera forma ó *aparición* de forma que pueda tener; porque todo cuanto tiene forma ha sido creado, y por lo tanto, debe tarde ó temprano perecer, ó sea cambiar aquella forma; de consiguiente, como cosa transitoria que es, por más que parezca permanente, no es más que una ilusión, *Maya*; puesto que, como la eternidad no tiene principio ni fin, la mayor ó menor duración de una forma particular es pasajera como el brillo fugaz del relámpago, el cual desaparece para siempre antes de que hayamos tenido tiempo de darnos cuenta de lo que hemos visto; de aquí que nuestro cuerpo astral, puro éter, sea únicamente una ilusión

(1) «Ilusión; la materia en su triple manifestación en lo terreno, en el alma astral ó fontal, ó el cuerpo, y el alma dual platónica, la racional y la irracional.» (Véase el próximo capítulo.)

de la materia durante todo el tiempo que retiene su envoltura terrestre. Esta última cambia—dicen los Buddhistas—según los méritos y deméritos de la persona durante su vida, y esto es la metempsícosis. Cuando la *entidad* espiritual rompe para siempre los lazos que la unían con cada partícula de materia, sólo entonces entra en el Nirvâna eterno é inmutable. Existe en espíritu, en *nada*; como forma, como apariencia, está completamente *anihilada*, y así no puede ya morir, pues solamente el espíritu no es *Maya*, sino la única REALIDAD en un mundo ilusorio de formas que se suceden constantemente.

Sobre esta doctrina Búddhica los pitagóricos fundaban los principios más importantes de su filosofía. «¿Puede aquel espíritu que da vida y movimiento, y participa de la naturaleza de la luz, ser reducido á la no entidad?»—preguntan ellos.—«¿Puede el espíritu sensitivo de los brutos, que ejercita la memoria, una de las facultades racionales, morir y volver á la nada?» Whitelock Bulstrode, en su hábil defensa de Pitágoras, expone su doctrina añadiendo: «Si decís que ellos (los brutos) exhalan su espíritu en el aire y que allí se desvanece, yo os lo disputo. El aire, verdaderamente, es el sitio propio para recibir dichos espíritus, estando, según Laercio, lleno de almas, y según Epicuro, lleno de átomos, los principios de todas las cosas; porque hasta este lugar en donde nos movemos y en donde vuelan los pájaros participa tanto de la naturaleza espiritual, que es invisible, y por lo tanto, puede ser muy bien el receptor de formas, ya que las formas de todos los cuerpos son así; nosotros podemos únicamente ver y oír sus efectos; el aire mismo es demasiado sutil y está por encima de nuestra comprensión. ¿Qué es, pues, entonces el éter en la región superior, y cuáles son las influencias ó formas que descienden de allí?» Los pitagóricos sostenían que los *espíritus* de las criaturas eran emanaciones de las partes más sublimadas del éter, emanaciones, SOPLOS, *pero no formas*. El éter es incorruptible, todos los filósofos convienen en ello; y lo que es incorruptible *está tan lejos de ser anihilado*, cuando abandona la *forma*, que tiene justo derecho á la INMORTALIDAD. «Pero ¿qué es aquello que no tiene ni cuerpo *ni forma*; que es imponderable, invisible é indivisible, aquello que es, y sin embargo no existe?» preguntan los Buddhistas. «Nirvâna,» es la contestación. El Nirvâna es la NADA, no una región, sino más bien un estado. Una vez alcanzado el Nirvâna, el hombre queda libre de los efectos de las «cuatro verdades,» porque un efecto puede ser producido únicamente por medio de una causa determinada, y toda causa es *anihilada* en dicho estado.

Estas «cuatro verdades» constituyen el fundamento de toda la

doctrina Búdhdica del Nirvâna. Ellas son, dice el libro de *Pradjñá Páramitá*: (1) 1.º La existencia del sufrimiento. 2.º La causa del sufrimiento. 3.º La anihilación del sufrimiento. 4.º El medio para la anihilación del sufrimiento. ¿Cuál es el origen del sufrimiento? La Existencia. Existiendo el nacimiento, siguen á él la decrepitud y la muerte; porque donde quiera que exista una forma, hay allí una *causa* de dolor y sufrimiento. Sólo el *Espíritu* no tiene forma alguna, y por lo tanto, *no puede decirse que exista*. Cuando quiera que el hombre (el interior, el etéreo) llegue á aquel punto en que se convierte en espiritual del todo, y por lo tanto, sin forma, ha alcanzado el estado de perfecta bienaventuranza. El HOMBRE, como ser objetivo, es anihilado, pero la entidad espiritual, con su vida subjetiva, vivirá eternamente porque el espíritu es incorruptible é inmortal.

Por el espíritu de las enseñanzas de Buddha y de Pitágoras podemos fácilmente reconocer la identidad de sus doctrinas. La omnipenetrante alma universal, el *Anima Mundi*, es el Nirvâna; y Buddha, como un nombre genérico, es la *mónada* antropomorfizada de Pitágoras. Permaneciendo en Nirvâna, la bienaventuranza final, Buddha es la silenciosa *mónada* que mora en las tinieblas y en el silencio; también es el Brahm sin forma, la Deidad sublime pero *incognoscible*, que penetra invisiblemente todo el universo. Cuando es manifestada, deseando imprimirse sobre la humanidad, en una forma inteligible para nuestra mente, la llamamos un *avatar* ó un Rey Mesías ó una *permutación* del Divino Espíritu, *Logos*, Christos, siendo todo una sola y misma cosa. En cada caso es «el Padre» que está en el *Hijo*, y el *Hijo* en «el Padre.» El inmortal espíritu cubre y protege al hombre mortal penetrándole é, infundiéndose en todo su sér, hace de él un dios, que desciende á su tabernáculo terrestre. Cada uno de los hombres puede convertirse en un Buddha, dice la doctrina. Y así, al través de la serie interminable de los tiempos, encontramos ahora y entonces hombres que han logrado una *unión* más ó menos perfecta de ellos mismos «con Dios,» según la expresión corriente, ó con su *propio espíritu*, según debemos nosotros traducir. Los Buddhistas llaman á tales hombres Arhats. Un Arhat está próximo á ser un Buddha, y nadie le iguala, ya en ciencia infusa, ya en poderes milagrosos. Ciertos fakires demuestran perfectamente en la práctica esta teoría, como lo ha probado Jacolliot.

Hasta las narraciones llamadas *fabulosas* de ciertos libros Búdhdicos, una vez despojadas de su significación alegórica, se encuentra que son las doctrinas secretas enseñadas por Pitágoras. En los libros

(1) Perfección de Sabiduría.

Palis llamados los *Jutakas*, están expuestas las 550 encarnaciones ó metempsícosis de Buddha. En ellos se refiere cómo apareció en cada forma de vida animal, y animó á cada uno de los seres de la tierra dotados de sensibilidad, desde el insecto microscópico al pájaro, al animal y finalmente al hombre, la imagen microcósmica de Dios sobre la tierra. ¿Debe todo esto ser tomado literalmente? ¿Se interpreta como una descripción de las *actuales* transformaciones y existencia de un solo y único espíritu individual divino é inmortal que alternativamente ha animado á cada especie de seres sensibles? ¿No debemos más bien comprender nosotros, con los metafísicos Buddhistas, que aunque los espíritus humanos individuales sean innumerables, colectivamente son uno solo, como cada gota de agua sacada del Océano puede, metafóricamente hablando, tener una existencia individual, y á pesar de todo, ser una con el resto de las gotas que forman el Océano; puesto que cada espíritu humano es una centella de la luz omnipenetrante? ¿No debemos suponer que este divino espíritu anima la flor, la partícula de granito de la montaña, el león, el hombre? Los Hierofantes egipcios, lo mismo que los Brahmanes y los Buddhistas del Este, y también algunos filósofos griegos, sostenían originalmente que el mismo espíritu que anima la partícula de polvo, permaneciendo latente en ella, anima al hombre, manifestándose en él en su más alto estado de actividad. Asimismo la doctrina de una gradual absorción del alma humana en la esencia del primitivo espíritu padre era universal en otro tiempo. Pero jamás ha implicado esta doctrina la anihilación del *ego* espiritual superior, sino solamente la dispersión de las *formas exteriores* del hombre, después de su muerte terrestre, lo mismo que durante su permanencia sobre la tierra. ¿Quién puede comunicarnos mejor los misterios de después de la muerte (tan erróneamente considerados como impenetrables) que aquellos hombres que, habiendo logrado por medio de su propia disciplina, pureza de vida y resolución, unirse con su «Dios», han sido favorecidos con *algunos* vislumbres, si bien imperfectos, de la gran verdad? (1) Y todos estos videntes nos hacen bien extraños relatos acerca de la variedad de formas adoptadas por las almas astrales desencarnadas; cada una de cuyas formas es una reflexión espiritual, aunque concreta, de las abstracciones de la mente y pensamientos del que fué hombre viviente.

Acusar á la filosofía búddhica de desechar la existencia de un Sér Supremo (Dios) y la inmortalidad del alma; acusarla, en fin, de ateísmo, fundándose en que, según sus doctrinas, Nirvána significa *anihilación*.

(1) Porfirio da testimonio de que su maestro Plotino estuvo unido con «Dios» seis veces durante su vida, y se lamenta de no haberlo logrado él mismo más que dos veces.

lación, y Svabhâvât es NO una persona, sino nada, es simplemente absurdo. El En (ó Ayîn) del En-Soph judío también significa *nihil* ó nada, aquello que no es (*quo ad nos*), y sin embargo, á nadie se le ha ocurrido acusar á los judíos de ateísmo. En ambos casos, la verdadera significación de la palabra *nada* encierra la idea de que Dios *no es una cosa*, ni tampoco un Sér visible y concreto al cual pueda aplicarse con propiedad un nombre que exprese *algún* objeto que nos sea conocido en la tierra.

CAPÍTULO IX.

«Mal puedes tú llamar locura á aquello acerca de lo cual has demostrado no saber nada». TERTULIANO: *Apología*.

«Esto no es asunto de hoy ni de ayer, sino de todos tiempos; y nadie nos ha dicho aún de dónde viene ni cómo viene.» SOFOCLES.

«La creencia en lo sobrenatural es un hecho natural, primitivo, universal y constante en la vida é historia de la raza humana. La incredulidad respecto á lo sobrenatural conduce al materialismo; el materialismo á la sensualidad; la sensualidad á los cataclismos sociales, entre cuyas convulsiones el hombre aprende otra vez á creer y á orar.» GUIZOT.

«Si alguien considera increíbles estas cosas, guarde para sí sus opiniones, y no contradiga á aquellos que, por vía de tales sucesos, se sienten impulsados al estudio de la virtud.» JOSEFO.

PARTIENDO de las ideas pitagóricas y platónicas acerca de la materia y la fuerza, nos dirigiremos ahora á la filosofía kabalística respecto al origen del hombre, y la compararemos con la teoría de la selección natural formulada por Darwin y Wallace. Puede ser que encontremos tantas razones para conceder á los antiguos la originalidad en este asunto, como en los demás que hemos estudiado hasta aquí.

A nuestro juicio, no se necesita otra prueba más poderosa en favor de la teoría de la progresión cíclica que el estudio comparativo de los tiempos primitivos, y el de los Padres de la Iglesia en lo referente á la forma de la tierra y los movimientos del sistema planetario. Aun cuando no existiese otra prueba evidente, la ignorancia de Agustín y de Lactancio, extraviando á toda la cristiandad acerca de estas cuestiones hasta el periodo de Galileo, bastaría para poner de manifiesto los eclipses que de tiempo en tiempo sufre la inteligencia humana.

Las «vestiduras de piel» que, según refiere el tercer capítulo del *Génesis*, fueron concedidas á Adán y Eva, son interpretadas por ciertos antiguos filósofos como significando los cuerpos carnales con los que se encontraron vestidos los progenitores de la raza en la sucesión de los ciclos. Sostenían aquellos filósofos que la forma física, hecha á semejanza de Dios, pasa á ser más y más grosera, hasta que se ha alcanzado el fondo de lo que puede llamarse el último ciclo espiritual, y

la humanidad entra en el arco ascendente del primer ciclo humano. Empieza entonces una no interrumpida serie de ciclos ó *yugas*; siendo el número exacto de años de que consta cada uno de ellos un secreto inviolable dentro del recinto de los santuarios, y que únicamente se revela á los iniciados. Desde el punto en que la humanidad hubo entrado en un nuevo ciclo, la edad de piedra, con la cual terminó el ciclo precedente, empieza á penetrar por grados en la próxima siguiente época más adelantada. A cada época ó edad sucesiva, los hombres han ido perfeccionándose más y más hasta alcanzar el colmo de la perfección posible en cada ciclo determinado. Entonces, al retroceder la oleada del tiempo, arrastra consigo todos los vestigios del progreso humano, social é intelectual. Un ciclo sucede á otro ciclo por medio de una transición imperceptible; naciones florecientes y muy civilizadas aumentaron en poder, alcanzaron el colmo de su desarrollo, empezaron á decaer y se extinguieron; y la humanidad, una vez ha alcanzado el término del arco cíclico más bajo, es sumida otra vez en la barbarie como al principio. Han desaparecido reinos, y unas naciones han sucedido á otras naciones desde los primeros tiempos hasta nuestros días, ascendiendo alternativamente las razas hasta la cumbre, y descendiendo hasta los grados inferiores de su desarrollo. Draper hace observar que no existe razón alguna para suponer que pueda un ciclo aplicarse á toda la raza humana; por el contrario, mientras el hombre, en una porción del planeta, está en condiciones de retroceso, en otra puede estar progresando en saber y en civilización.

¡Cuán análoga es esta teoría á la ley del movimiento planetario, que obliga á los orbes á que giren sobre su eje; que se muevan los distintos sistemas en torno de sus soles respectivos; y que hace seguir á todo el ejército de estrellas una vía común al rededor de un centro general! Vida y muerte, luz y oscuridad, día y noche, todo esto aparece en el planeta, según éste gira sobre su eje y atraviesa el círculo zodiacal, que representa el menor de los más grandes círculos. (1) Recuérdese el axioma Hermético: «Tal como es arriba, así es abajo; tal como es en los cielos, es en la tierra.»

Mr. Alfredo R. Wallace arguye con profunda lógica que el desarrollo del hombre ha sido más acentuado en su organización mental que en su forma exterior; y opina que el hombre difiere del animal por ser capaz de sufrir grandes cambios de condiciones y de todo cuanto le rodea, sin experimentar grandes alteraciones en su forma corporal y estructura. Observa dicho autor que los cambios de clima

(1) Se dice que Orfeo concedía al gran ciclo 120.000 años de duración, y Casandro 136.000. Véase Censorinus: «*de Natal Die*»; «*Fragments cronológicos y astronómicos.*»

están en armonía con una correspondiente variedad de trajes, albergues, armas y utensilios domésticos y de labranza.

Puede el cuerpo humano pasar á ser menos cubierto de pelo, más erecto y de un color y proporciones diferentes; «la cabeza y cara están íntimamente relacionadas con el órgano de la inteligencia, y, siendo el medio que expresa los más refinados movimientos de su naturaleza», es lo único que cambia con el desarrollo de su inteligencia. Hubo un tiempo en que «el hombre no había adquirido todavía aquel cerebro tan maravillosamente desarrollado, el órgano de la mente, el cual ahora, aun en los individuos menos privilegiados en este sentido, le eleva tan por encima de los brutos más perfectos, en un periodo en el cual el hombre tenía la forma, pero apenas participaba de la naturaleza humana, y en el cual ni poseía el don de la palabra ni los sentimientos de simpatía y de moralidad.» Más adelante, Mr. Wallace dice que «el hombre puede haber sido, á la verdad, yo creo que *debe haber sido*, en un tiempo una raza homogénea; en el hombre, el pelo que cubría su cuerpo casi ha desaparecido enteramente.» Acerca de los hombres de las cavernas de Les Eyzies, Mr. Wallace hace notar, á continuación, que «...la gran anchura de la cara y el enorme desarrollo de la rama ascendente de la mandíbula inferior... indican una colosal potencia muscular y las costumbres propias de una raza brutal y salvaje.»

Tales son los destellos que la antropología nos suministra acerca de unos hombres que, ó llegaban al término de un ciclo, ó empezaban otro nuevo. Veamos hasta qué punto son corroborados por la psicometría clarividente. El profesor Denton sometió un fragmento de hueso fósil al examen de su esposa, sin dar á esta última la menor noticia acerca de lo que era aquel objeto. Inmediatamente dicho hueso evocó para ella visiones de gentes y escenas que el profesor cree pertenecientes á la edad de piedra. Vió ella hombres muy parecidos al mono, con un cuerpo muy cubierto de pelo, y «como si el pelo natural representase el papel de vestido.» «Yo le pregunté—dice el profesor—si pueden tenerse perfectamente de pié; si sus caderas parecen estar formadas para semejante actitud. No,» añadió ella. «Por casualidad veo parte del cuerpo de uno de estos seres que parece comparativamente liso. Puedo ver la piel que es más ligeramente colorada.... Ignoro si pertenece al mismo periodo.... A cierta distancia la cara parece plana; su parte inferior es voluminosa; tienen estos hombres lo que se llama, según creo, mandíbulas prominentes. La región frontal de la cabeza está deprimida, y la porción inferior de la misma muy saliente, formando un abultamiento circular que cruza la frente inmediatamente

por encima de las cejas.... Ahora veo una cara que se asemeja mucho á la de un sér humano, aunque sus contornos son parecidos á los del mono. Todos estos parecen de la misma especie, teniendo largos brazos y cuerpos peludos.» (1)

Estén ó no dispuestos los hombres de ciencia á aceptar la exactitud de la teoría Hermética de la evolución física del hombre desde las naturalezas más elevadas y espirituales, ellos mismos nos enseñan la manera como la raza ha progresado desde el punto más bajo observado hasta su desarrollo presente. Y supuesto que toda la naturaleza parece estar formada de analogías, ¿es acaso poco razonable afirmar que el mismo desarrollo progresivo de formas individuales ha prevalecido entre los habitantes del universo *invisible*? Si tales maravillosos efectos han sido producidos por la evolución sobre nuestro pequeño é insignificante planeta, dando lugar á hombres racionales é intuitivos procedentes de alguno de los más elevados tipos de la familia del mono, ¿porqué suponer que los reinos ilimitados del espacio tienen que estar habitados únicamente por formas *angélicas* desencarnadas? ¿Porqué no conceder un lugar en aquellos vastos dominios á los dobles espirituales de aquellos antecesores velludos, largos de brazos y semi-racionales, así como á sus predecesores y todos sus descendientes hasta nuestros días? Por de contado, la porción espiritual de semejantes miembros primitivos de la familia humana sería tan grotesca é imperfecta como sus cuerpos físicos. Mientras que los sabios no hacen ninguna tentativa para calcular la duración del «gran ciclo», los filósofos Herméticos sostenían además que, en virtud de la ley cíclica, la raza humana viviente debe inevitable y colectivamente volver algún día á aquel punto de partida en que el hombre fué por vez primera cubierto con «vestiduras de piel»; ó, para expresarnos con mayor claridad, la raza humana debe, de conformidad con la ley de la evolución, ser por fin *físicamente* espiritualizada. A menos que Darwin y Huxley estén dispuestos á probarnos que el hombre de nuestro siglo ha alcanzado, como animal físico y moral, el *summum* de la perfección, y que la evolución, habiendo alcanzado su apogeo, debe detener todo progreso ulterior en el moderno género *Homo*, no acertamos nosotros á comprender cómo se las arreglarían ellos para impugnar una deducción tan lógica.

En su trabajo acerca de *La acción de la selección natural en el Hombre*, Mr. Alfred R. Wallace termina sus demostraciones acerca del desarrollo de las razas humanas en virtud de la ley de la selección diciendo que, si sus conclusiones son justas, «debe inevitablemente

(1) W. y E. Denton: *El alma de las cosas*, vol. I.

suceder que las razas superiores—las más intelectuales y morales—deben reemplazar á las razas más inferiores y degeneradas; y actuando además el poder de la selección natural sobre su organización mental, debe siempre conducir las facultades más elevadas del hombre, de suerte que se adapten más perfectamente á las condiciones de la naturaleza que le rodea, y á las exigencias del estado social. Al paso que su forma exterior probablemente permanecerá siempre inmutable, excepto en el desarrollo de aquella perfecta belleza.... refinada y ennoblecida por las facultades intelectuales más elevadas y por las emociones de la simpatía, su condición mental continuará adelantando y mejorando hasta que el mundo esté de nuevo habitado por una raza única y casi homogénea, ninguno de cuyos individuos será inferior á los más nobles tipos de la humanidad existente.» Razonados métodos científicos, y circunspección en las posibilidades hipotéticas, tienen evidentemente su parte en esta expresión de las opiniones del gran antropólogo. Sin embargo, todo cuanto dice antes no choca en manera alguna con nuestras afirmaciones kabalísticas. Que la naturaleza siempre progresiva, que la gran ley de «supervivencia del mejor adaptado» avancen un paso más allá de las deducciones de Mr. Wallace, y tendremos para el porvenir la posibilidad, ó mejor dicho, la seguridad de una raza que, á semejanza de la Vrilya que describe Bulwer Lytton en la *Raza futura*, apenas se diferenciará de los primitivos «Hijos de Dios.»

Obsérvese que esta filosofía de los ciclos, simbolizada por los Hierofantes egipcios en el «círculo de necesidad», explica al mismo tiempo la alegoría de la «caída del hombre.» A juzgar por las descripciones árabes, cada una de las siete cámaras de las Pirámides (las cuales son los más grandes de todos los símbolos cósmicos) era conocida con el nombre de un planeta. La arquitectura peculiar de las Pirámides demuestra por sí misma la fuerza del pensamiento metafísico de sus constructores. El vértice se pierde en el cielo azul claro del país de los Faraones, y simboliza el punto primordial perdido en el universo invisible, de donde brotó la primera raza de los espirituales prototipos del hombre. Cada momia, desde el momento en que era embalsamada, perdía su individualidad física en cierto sentido; simbolizaba la raza humana. Colocada la momia en tal disposición que se consideraba como la mejor para favorecer la salida del «alma», tenía ésta que pasar por las siete cámaras planetarias antes de que pudiera verse libre, saliendo por el ápice simbólico. Cada cámara significaba, al mismo tiempo, una de las siete esferas y uno de los siete tipos más elevados de la humanidad físico-espiritual, que se asegura estar por encima de

la humanidad presente. Cada 3.000 años, el alma representante de su raza tiene que volver á su primitivo punto de partida, antes de emprender una nueva evolución que la conduzca á una transformación física y espiritual más perfecta. Realmente, hay que penetrar hasta lo más profundo de la abstrusa metafísica del Misticismo oriental para poder nos hacer cargo completamente de la infinidad de asuntos que eran abarcados á la vez por el majestuoso pensamiento de sus expositores.

Apareciendo como un sér espiritual puro y perfecto, el Adam del segundo capítulo del *Génesis* y no satisfecho con la condición que le designó el Demiurgos (el cual es el más antiguo primogénito, el Adam Kadmon), el segundo Adam, «el hombre de polvo», intenta en su orgullo convertirse en Creador á su vez. Procedente del Kadmon andrógino, este Adam es también andrógino, porque, según las antiquísimas creencias presentadas alegóricamente en el *Timæus* de Platón, los prototipos de nuestras razas estaban todos contenidos en el árbol microcósmico, el cual creció y se desarrolló dentro y debajo del gran árbol mundano ó macrocósmico. Considerando al Espíritu Divino como una unidad, por numerosos que sean los rayos del gran sol espiritual, el hombre ha tenido su origen, lo mismo que todas las otras formas, sean orgánicas ó inorgánicas, en esta única Fuente de Luz Eterna. Aun cuando rechazásemos la hipótesis de un hombre andrógino, relacionada con la evolución física, el significado de la alegoría, en su sentido espiritual, sería el mismo. En tanto que el primer dios-hombre, simbolizando los dos primeros principios de la creación, el elemento doble masculino y femenino, no tuvo idea del bien ni del mal, no podía él aproximarse á la «mujer», porque ella estaba en él, como él estaba en ella. Esto tuvo lugar únicamente cuando, por efecto de las malignas insinuaciones de la serpiente—la *materia* condensada y enfriada en el hombre espiritual por su contacto con los elementos,—se presentaron á sus ojos los frutos del árbol humano, que es también el árbol de la ciencia. Desde este momento cesó la fusión andrógina; el hombre separó de sí mismo la mujer como una entidad distinta, rompiéndose así el hilo que une al espíritu puro con la materia pura. Desde entonces dejaron de crear *espiritualmente*, y por el solo poder de su voluntad; el hombre se convirtió en un creador físico, y el reino del espíritu únicamente pudo ser conquistado por un largo encarcelamiento en la materia. El significado del Gogard, el árbol helénico de la vida, el sagrado roble entre cuyas frondosas ramas habita una serpiente que *no puede* ser desalojada, (1) queda así descubierto. Arras-

(1) Véase la «*Cosmogonia de Pherecydes*».

trándose fuera del *ilus* primordial, la serpiente mundana se hace más y más material, y aumenta en fuerza y poder en cada nueva evolución.

El Adam primitivo ó Kadmon, el Logos de los místicos judíos, es equivalente al Prometeo de los griegos, que intenta rivalizar con la sabiduría divina; equivale también al Pimander de Hermes, ó el PODER DEL PENSAMIENTO DIVINO, en su aspecto más espiritual, porque él estaba menos hipostasizado por los egipcios que los dos primeros. Todos ellos crearon hombres, pero fracasaron en su objeto final. Deseando dotar al hombre de un espíritu inmortal, con el objeto de que, uniendo la trinidad en uno, pudiese volver gradualmente á su primitivo estado espiritual sin perder su individualidad, Prometeo ve frustrada su tentativa de robar el fuego *divino*, y se ve condenado á expiar su crimen en el Monte Kazbeck.

Prometeo es el *Logos* de los antiguos griegos, lo mismo que Herakles. En el *Codez Nazaræus* (1) vemos á Bahak-Zivo, que abandona el cielo de su padre, confesando que aunque él es el padre de los genios, es incapaz de «fabricar criaturas», porque desconoce lo mismo al Orco (2) que «al fuego devorador que no se encuentra en la luz». Y Fetahil, uno de los «poderes», se asienta en el «barro» (materia), y se maravilla del cambio sufrido por el fuego viviente.

Todos estos *Logoi* que han pretendido dotar al hombre con el inmortal espíritu no lo han logrado, y á casi todos ellos se les representa como castigados por su tentativa con severas penas.

Aquellos entre los primitivos Padres cristianos que, como Orígenes y Clemente de Alejandria, estaban bien versados en el simbolismo pagano, habiendo empezado su carrera como filósofos, se veían muy desconcertados; no podían ellos negar la anticipación de sus doctrinas en los más antiguos mitos. El último *Logos*, á tenor de sus enseñanzas, había también aparecido con objeto de mostrar al género humano el camino de la inmortalidad, y, llevado de su deseo de dotar al mundo con la vida eterna por medio del fuego de Pentecostés, había perdido su vida de acuerdo con el tradicional programa. Este fué el origen de la muy desmañada explicación de la que con tan buena voluntad se aprovecha nuestro moderno clero, ó sea de que todos estos tipos míticos demuestran el espíritu profético, que, gracias á la misericordia del Señor, era concedido hasta á los idólatras paganos! Los Paganos —afirman ellos—han representado en sus imágenes el gran drama del

(1) Véase unas pocas páginas más adelante en la cita del «*Códice de los Nazarenos*».

(2) Abismo sin fondo, según el *Código de los Nazarenos*. (N. del Tr.)

Calvario; de aquí la semejanza. Por otra parte, los filósofos sostienen con lógica irrefutable que los piadosos padres se han aprovechado de unos cimientos que ya estaban construidos, sea porque encontrasen esto más fácil que aguzar su propia imaginación, sea porque la inmensa mayoría de los prosélitos ignorantes sentíanse atraídos hacia la nueva doctrina, por la semejanza tan extraordinaria que tenía con sus mitologías, al menos hasta donde la forma exterior de las doctrinas más fundamentales lo permitía.

La alegoría de la Caída del hombre y del fuego de Prometeo es también otra versión del mito de la rebelión del orgulloso Lucifer, precipitado al abismo insondable—*Orcus*.

En la religión de los Brahmanes, Moisésure, el Lucifer indo, sintió envidia por la luz resplandeciente del Creador, y, poniéndose á la cabeza de una legión de rebeldes espíritus inferiores, declara la guerra á Brahmâ. Como Hércules, el fiel Titán, que acude en auxilio de Júpiter y le restablece en su trono, Siva, la tercera persona de la trinidad india, precipita á los rebeldes desde la mansión celestial á Honderah, la región de las eternas tinieblas. Pero allí los ángeles caídos acaban por arrepentirse de su mala acción, y según la doctrina india, se les concede que puedan progresar. En la fábula griega, Hércules, el dios-sol, desciende al Hades para librar de las torturas á las víctimas; y la Iglesia Cristiana también hace descender á su dios encarnado á las sombrías regiones Plutónicas y triunfar del rebelde ex-arcángel. A su vez, los Kabalistas explican esta alegoría de un modo algo científico. El segundo Adan, ó sean los seres de la primera raza creada, á los cuales Platón llama Dioses, y la Biblia los Elohim, no era triple en su naturaleza, como el hombre terreno, esto es, no estaba compuesto de alma, espíritu y cuerpo, sino que era una combinación de elementos astrales sublimados en los cuales el «Padre» había infundido un espíritu divino é inmortal.

Este espíritu, por razón de su esencia divina, estaba siempre luchando por librarse de las ataduras de su débil prisión; de aquí que los «hijos de Dios», con sus imprudentes esfuerzos, fueron los primeros en trazar un modelo futuro para la ley cíclica. Pero el hombre no debe ser «como uno de nosotros», dice la Divinidad Creadora, uno de los Elohim «encargado de la fabricación de los animales más inferiores» (1). Y así fué que, cuando los hombres de la primera raza hubieron alcanzado la parte más elevada del primer ciclo, perdieron su equilibrio; y su segunda envoltura, esto es, sus vestiduras más groseras (cuerpo astral), les arrastró hacia abajo, por el arco opuesto.

(1) Véase el *Timæus* de Platón.

Esta versión kabalística acerca de los hijos de Dios (ó de la luz) hállase expresada en el *Codex Nazaræus*. Babak-Zivo, el «padre de los genios», recibe la orden de «construir criaturas», pero como «desconoce el Orco», fracasa en su empeño, y llama en su ayuda á Fetahil, un espíritu que le excedía en pureza, el cual fué todavía menos afortunado.

Entonces entra en la escena de la creación el «espíritu» (1), ó, para expresarnos con más propiedad, el «alma», porque es el *anima mundi*, que entre los Nazarenos y los Gnósticos era *femenina*, y observando que por causa de Fetahil (2), el *hombre novísimo* (el último), el esplendor había «cambiado», y que en lugar de este esplendor había «mengua y daño», despierta á Karabtanos (3), «el cual estaba poseído de loco frenesí y carecía de sentido y de juicio», y le dice: «Levántate y mira: el esplendor (luz) del *hombre novísimo* (Fetahil) ha sido impotente (para producir ó crear hombres); la mengua de este esplendor es visible. Levántate, vén con tu MADRE (el *spiritus*) y rompe el cerco dentro del cual estás aprisionado, y que es más vasto que el mundo entero». Y de ahí viene la unión de la materia, loca, frenética y ciega, impulsada por las sugerencias del espíritu (no el soplo *Divino*, sino el espíritu *Astral*, que por su doble esencia está ya contaminado por la materia); y, aceptado el ofrecimiento de la MADRE, el Espíritu concibe «Siete figuras», las cuales Ireneo se muestra inclinado á tomar por las siete *estelares* (planetas), pero que simbolizan los siete *pecados capitales*, la progenie de un alma astral separada de su fuente divina (espíritu), y la materia, el demonio ciego de la concupiscencia. Viendo esto, Fetahil extiende su mano hacia el abismo de la materia, y dice: «Exista la tierra, justamente como ha existido la mansión de los poderes.» Sumergiendo su mano en el caos, al cual condensa, él crea nuestro planeta (4).

(1) Apoyándose en la autoridad de Ireneo, de Justino Mártir y del mismo «*Codex*», Dunlap indica que los Nazarenos consideraban á su «espíritu», ó mejor dicho, alma, como un *Poder maligno* y femenino. Ireneo, acusando á los Gnósticos de herejía, llama á Cristo y al Espíritu Santo «el *par gnóstico* que produce los *Aones*» (*) (Dunlap: «*Sod, el Hijo del Hombre*», p. 52).

(2) Fetahil era, según los Nazarenos, el rey de la luz y el *Creador*. Pero en el caso presente, es el infortunado Prometeo, que ve frustrado su intento de arrebatar el fuego viviente necesario para la formación del alma divina, á causa de ignorar el nombre *secreto* (el nombre inefable é incommunicable de los kabalistas).

(3) El espíritu de materia y de concupiscencia.

(4) Véase *Codex Nazaræus*, de Franck; y *Sod, El Hijo del Hombre*, de Dunlap.

(*) El término greco-latino *Aones* (*Aeon* en singular) significa periodos de tiempo, siendo en este caso equivalente á la voz castellana *ebos*; significa, además, emanaciones procediendo de la esencia divina, y seres celestiales; entre los gnósticos, expresa los genios y ángeles. Véase *The Theosophical Glossary*.—(N. del Tr.)

Después pasa el *Codex* á describir cómo Bahak-Zivo fué separado del *Spiritus*, y cómo los genios ó ángeles lo fueron de los rebeldes (1). Entonces Mano (2) (el mayor), el cual habita con el FERHO mayor, llama á Kebar-Zivo (conocido también con el nombre de Nebat-Iavar bar Iufin-Ifafin), Timón y Viña del alimento de vida (3), siendo él la *tercera vida*, y compadeciendo á los insensatos y rebeldes genios, á causa de lo exagerado de su ambición, dice: «Señor de los genios (4) (*Æons*), mira lo que están haciendo los genios, los ángeles rebeldes, y sobre qué están deliberando»(5). Dicen ellos: «Llamemos el mundo, llamemos los poderes á la existencia. Los genios son los *Principes*, los hijos de la Luz, pero tú eres el *Mensajero de la vida*» (6).

Y con objeto de contrarrestar la influencia de los siete principios «malignamente dispuestos,» la progenie del *Spiritus*, CABAR ZIO, el poderoso Señor de Esplendor, procrea *otras siete vidas* (las virtudes cardinales), las cuales brillan en su propia forma y luz «desde lo alto» (7) y así restablece la balanza entre el bien y el mal, la luz y las tinieblas.

Pero esta creación de seres sin que obrase en ellos el indispensable influjo del soplo puro y divino, el cual era conocido entre los kabalistas como el «Fuego Viviente,» produjo tan solo criaturas de materia y luz astral (8). Así fueron engendrados los animales que precedieron al hombre en esta tierra. Los seres espirituales, los «hijos de la luz,» aquellos que permanecieron fieles al gran Ferho (la Primera Causa de todo), constituyen la jerarquía angélica ó celestial, los Adonim, y las legiones de los hombres espirituales *jamás encarnados*. Los secuaces de los insensatos y rebeldes genios, y los descendientes de los siete

(1) «Codex Nazaræus,» II, 233.

(2) Este Mano de los Nazarenos tiene una extraña semejanza con el Manú Indo: el hombre celeste del Rig-Veda.

(3) «Yo soy la verdadera viña, y mi padre es el viñador.» (Juan XV, I.)

(4) Para los Gnósticos, Cristo, lo mismo que Miguel, que bajo algunos puntos de vista era idéntico á él, era el «Jefe de los *Æones*.»

(5) *Codex Nazaræus*, I, 135.

(6) *Idem*.

(7) *Idem*, III, 61.

(8) La Luz Astral, ó *ánima mundi*, es dual y bi-sexual. La parte masculina de la misma es puramente divina y espiritual; es la *Sabiduría*; mientras que la porción femenina (el *spiritus* de los Nazarenos) está contaminada, en cierto modo, con la materia, y desde luego ya es mala. Es el principio de vida de toda criatura viviente, y suministra el alma astral, el *periespiritu* fluídico á los hombres, á los cuadrúpedos, á las aves del aire y á todo cuanto vive. Los animales tienen únicamente el germen del alma inmortal superior como un tercer principio; éste se desarrollará, pero sólo al través de un serie de evoluciones incalculables. La doctrina de semejante evolución está contenida en el axioma kabalístico siguiente: «La piedra se convierte en una planta; la planta en un animal; el animal en un hombre; el hombre en un *espiritu*, y el *espiritu* en un dios.»

espíritus «casquivanos» engendrados por Karabtanos y el *spiritus*, se convierten, andando el tiempo, en «hombres de nuestro planeta»,⁽¹⁾ después de haber previamente pasado por cada «creación» de cada uno de los elementos. A partir de este plano de vida, sus huellas han sido seguidas por Darwin, quien nos enseña cómo nuestras *más elevadas* formas han procedido de las *más inferiores*. La Antropología no se atreve á seguir al kabalista en sus vuelos metafísicos *más allá* de este planeta, y es muy dudoso que sus profesores tengan el valor de buscar entre los viejos manuscritos kabalísticos el eslabón perdido.

Así fué puesto en movimiento el *primer ciclo*, el cual, en sus rotaciones *hacia abajo*, arrastró hasta nuestro planeta de *barro* una parte infinitesimal de las *vidas* creadas. Llegado al punto más bajo del arco del ciclo que precedía inmediatamente á la vida en esta tierra, la centella pura y divina, detenida todavía en el Adam, hace un esfuerzo para separarse del espíritu astral, porque «el hombre iba gradualmente cayendo en la generación», y la vestidura de carne iba haciéndose más y más densa con cada acción.

Y ahora se presenta un misterio, un *Sod*; ⁽²⁾ un secreto que Rabbi Simeón ⁽³⁾ comunicó solamente á muy pocos iniciados. Declarábase una vez cada siete años durante los Misterios de Samotracia, y los recuerdos del mismo se hallan impresos por sí solos en las hojas del árbol sagrado Thibetano, el misterioso KOUNBOUM, en la Lamaseria de los santos adeptos. ⁽⁴⁾

En el Océano sin orillas del espacio, resplandece el sol central, espiritual é *Invisible*. El universo es su cuerpo, espíritu y alma; y según este modelo ideal están formadas TODAS LAS COSAS. Estas tres emanaciones son las tres vidas, los tres grados del *Pleroma* gnóstico, las tres «Caras kabalísticas», porque el ANCIANO de los ancianos, el santo de las edades, el gran En-Soph, «tiene una forma, y de consiguiente no tiene ninguna forma». El invisible «asumió una forma cuando llamó el universo á la existencia», ⁽⁵⁾ dice el *Zohar*, el Libro de Esplendor. La *primera* luz es Su alma, el Sopro infinito, ilimitado é inmortal; en virtud de cuya emanación el univer-

(1) Véanse los comentarios sobre *Idra-Suta*, por Rabbi Eleazar.

(2) *Sod* significa Misterio religioso. Cicerón menciona el *Sod*, como constituyendo una porción de los Misterios de *Ida*. (*) «Los miembros de los *Colegios Sacerdotales* eran llamados *Sodales*», dice Dunlap, citando al «*Latin Lexicon*» de Freund, iv, 448.

(3) El autor del «*Zohar*», la gran obra kabalística del primer siglo antes de Cristo.

(4) Véanse las obras del abate Huc.

(5) «El *Zohar*», III, 288; «*Idra Suta*».

(*) *Ida*, monte de Frigia muy renombrado en la antigüedad, por los misterios que se celebraban en él.—(N. del Tr.).

so agita su seno poderoso, infundiendo vida Inteligente al través de la creación entera. La *segunda* emanación condensa materia cometaria, y produce formas dentro del círculo cósmico; ordena los innumerables mundos que flotan en el espacio eléctrico, é infunde el principio de vida *no inteligente* y ciego en cada forma. La tercera produce todo el universo de materia física; y según va alejándose gradualmente de la Luz Central y Divina, su brillo se eclipsa y se convierte en TINIEBLAS y en el MAL, ó sea en materia pura, las «purgaciones groseras del fuego celestial» de los Herméticos.

Cuando el Central Invisible (el Señor Ferho) vió los esfuerzos que la divina Centella hacía para libertarse, no queriendo ser arrastrada más abajo en la degradación de la materia, permitió que saliese de sí mismo una *mónada*, sobre la cual, unida á ella como por el hilo más tenue, la Divina Centella (el alma) tenía que velar durante sus incessantes peregrinaciones de una á otra forma. Así la mónada fué lanzada á la primera forma de materia, y quedó encerrada en la piedra; y más tarde, en el transcurso de los tiempos, por medio de los esfuerzos combinados del *fuego viviente* y del *agua viviente*, los cuales lanzaban á la par su brillante *reflejo* sobre la piedra, salió la mónada suavemente de su prisión á la luz del sol, como un liquen. Pasando por cambios sucesivos, la mónada fué elevándose más y más, apropiándose en cada nueva transformación mayor cantidad de brillantez de su padre la Centella, la cual se le aproxima cada vez en cada nueva transmigración.

Porque «la Primera Causa ha querido proceder con este orden», y la ha destinado á ascender lentamente más y más hasta que su forma física se convierta otra vez en el Adán *de polvo*, formado á imagen del Adam Kadmon. Antes de sufrir su última transformación terrestre, la cubierta externa de la mónada, que desde el momento de su concepción es como un embrión, pasa de nuevo alternativamente por las fases de los varios reinos. En su fluidica prisión asume un vago parecido, en los diversos periodos de la gestación, á una planta, reptil, pájaro y cuadrúpedo hasta que se convierte en un embrión humano. (1) En el momento de nacer el futuro hombre, la mónada, brillando con toda la gloria de su padre inmortal que vela por ella desde la séptima esfera, se hace *insensible*; (2) pierde todo recuerdo del pasado, y recobra su conciencia gradualmente, cuando el instinto de la niñez abre paso á la razón y á la inteligencia. Después de haberse verificado la sepa-

(1) Everard: *Mystères Physiologiques*, p. 132.

(2) Véase *Timæus*, de Platón.

ración entre el principio de vida (espíritu astral) y el cuerpo, el alma libertada (la Mónada) reúnese triunfante con el espíritu padre y madre, el resplandeciente Augoeides, y los dos, confundidos en uno, constituyen para siempre, con una gloria proporcionada á la pureza espiritual de la pasada vida terrena, el Adán que ha completado el círculo de necesidad y que se ha libertado del último vestigio de su envoltura física. Desde entonces, creciendo más y más su esplendor á cada paso de su progreso hacia lo alto, asciende por el brillante sendero que termina en el punto desde el cual élla partió para recorrer el GRAN CICLO.

Toda la teoría Darwiniana de la selección natural está incluida en los seis primeros capítulos del libro del *Génesis*. El *Hombre* del capítulo I es radicalmente distinto del «Adán» del capítulo II, porque el primero fué creado «macho y hembra», ó sea bi-sexual y á imagen de Dios; al paso que el segundo, conforme dice el séptimo versículo, fué formado del polvo de la tierra, y se convirtió en un «alma viviente» después que el Señor Dios «le hubo infundido por las ventanas de la nariz el soplo de vida.» Además, este Adán era un sér masculino, y en el versículo veinte se nos dice «que no se encontraba una compañera digna de él». Los Adonai, siendo puras entidades espirituales, carecían de sexo, ó más bien tenían ambos sexos unidos en sí mismos, como su Creador; y los antiguos comprendían esto tan perfectamente que representaban con los dos sexos á muchas de sus divinidades. Para todo el que se fije detenidamente en el texto de la Biblia no cabe más que: ó aceptar esta interpretación, ó bien admitir que los pasajes de los dos capítulos aludidos se contradicen absurdamente el uno al otro. La aceptación literal de estos pasajes ha sido lo que ha dado motivo á los ateos para ridiculizar la narración Mosaica, y á la letra muerta de los textos es á lo que debe achacarse el materialismo de nuestra época. No solamente están así indicadas con toda claridad en el *Génesis* dos razas de seres, sino que hasta una tercera y una cuarta se presentan ante el lector en el capítulo IV, en donde se habla de los «hijos de Dios», y de la raza de «Gigantes.»

Al escribir estas líneas, ha aparecido en un periódico americano, *The Kansas City Times*, la noticia del importante descubrimiento de restos de una prehistórica *raza de gigantes*, lo cual viene á corroborar, á un mismo tiempo, las afirmaciones de los Kabalistas y las alegorías de la Biblia. Vale la pena de reproducir las siguientes líneas:

«En sus investigaciones al través de los bosques del Missouri Occidental, el juez E. P. West ha descubierto un cierto número de prominencias de forma cónica, parecidas en su construcción á las que se

encuentran en el Ohio y en Kentucky. Estas prominencias se hallan sobre las escarpadas alturas que miran al río Missouri, siendo las mayores y más elevadas las que se encuentran en Tennessee, Mississippi y Louisiana. Hasta hace unas tres semanas no se había sospechado siquiera que los constructores de estas prominencias hubiesen hecho de esta región su patria en los tiempos prehistóricos, pero ahora se ha descubierto que esta raza extraña y extinguida había ocupado algún día este país y dejado un vasto cementerio constituido por cierto número de montículos elevados sobre las escarpadas alturas de *Clay County*.

»Hasta ahora no se ha abierto más que una de estas prominencias; en ella el juez West ha descubierto un esqueleto, hace unas dos semanas, extendiendo después una relación dirigida á los demás miembros de la sociedad. Estos le acompañaron al montículo en cuestión, empezaron á excavarlo, y al llegar á una escasa profundidad, desenterraron los restos de dos esqueletos. Los huesos eran muy grandes, tanto que, comparados con los de un esqueleto ordinario de fecha moderna, parecían haber formado parte de un gigante. Los huesos de la cabeza, tal como estaban medio consumidos, tenían un tamaño fabuloso. La mandíbula inferior de uno de dichos esqueletos se conserva en buen estado, y su tamaño es doble del que tiene la de una persona civilizada. Los dientes, que se hallan en sus alveolos, son grandes, y parecen estar profundamente arraigados y gastados por el contacto de raices y alimentos animales. El hueso de la mandíbula indica una fuerza muscular inmensa. El fémur, comparado con el de un esqueleto común moderno, parece el de un caballo. La longitud, grueso y desarrollo de la musculatura son notables. Pero la porción más chocante del esqueleto es el hueso frontal. Es muy deprimido, y difiere completamente de todos los que se han visto hasta ahora. Forma un marcado abultamiento óseo de una pulgada de ancho, que cruza ambos ojos. Es una arruga de hueso estrecha pero un tanto voluminosa, la cual, en lugar de extenderse hacia arriba, como sucede en nuestros tiempos de civilización, se dirige hacia atrás desde las cejas, formando una cabeza aplastada, indicando así un orden muy inferior del género humano. La opinión de los sabios que están realizando estos descubrimientos es de que estos huesos son los restos de una raza prehistórica de hombres. No pueden compararse con la raza de indios existente en la actualidad, ni los montículos están construídos con arreglo á ningún sistema ó modelo que se sepa haya sido usado por ninguna de las razas de hombres ahora existentes en América. Los cuerpos que se han descubierto en los montículos se hallan en posi-

ción sentada, y entre los huesos se han encontrado armas de piedra, tales como cuchillos y otros objetos de pedernal, y todas ellas de distinta forma que las puntas de flecha, hachas de guerra y otras armas y utensilios conocidos por haberlos usado los indios aborígenes de este país, cuando éste fué descubierto por los blancos.

»Las personas que están encargadas de estos curiosos huesos los han depositado en casa del Dr. Foe, en *Main street*. Su intención es llevar á cabo nuevas y más minuciosas investigaciones en las prominencias que se encuentran en la parte opuesta á esta ciudad. Harán una relación de sus trabajos, en la próxima sesión de la Academia de Ciencias, esperando para aquel día poder dar un informe definido conforme á sus opiniones. De todos modos, está bien y definitivamente comprobado que los esqueletos pertenecen á una raza de hombres no existente en la actualidad».

El autor de una obra reciente y muy bien escrita (1) encuentra motivos para reirse á propósito de la unión de los hijos de Dios con las «hijas de los hombres», las cuales *eran hermosas*, según se expresa en el *Génesis*, y se describe muy extensamente en aquella maravillosa leyenda, el *Libro de Enoch*. Pero es lástima que nuestros hombres más instruidos y liberales no empleen su contundente y desapiadada lógica para hacer valer sus opiniones particulares, buscando el verdadero espíritu que dictaba estas alegorías de la antigüedad. Este espíritu era ciertamente más *científico* de lo que los escépticos están dispuestos á admitir. Pero todos los años vendrán nuevos descubrimientos á confirmar sus aseeraciones, hasta que toda la antigüedad quede vindicada.

Una cosa al menos se desprende bien claramente del texto hebreo, ó sea que existía una raza de criaturas puramente físicas, y otra de seres puramente espirituales. La evolución y «transformación de las especies», indispensable para llenar el hueco que existe entre las dos, han sido relegadas á los antropólogos más competentes. Nosotros podemos únicamente repetir la filosofía de los hombres de la antigüedad, la cual dice que la unión de estas dos razas produjo una tercera, la raza Adámica. Participando de la naturaleza de sus dos razas progenitoras, está igualmente adaptada para vivir en el mundo material así como en el espiritual. Aliada con la mitad física de la naturaleza humana está la razón, que le permite mantener su supremacía sobre los animales inferiores, y subyugar la naturaleza para sus usos. Aliada á la porción espiritual está su *conciencia*, la cual tiene que servirle

(1) *Religión sobrenatural; investigación acerca de la realidad de la Revelación Divina*, vol. II, Londres, 1875.

de guía infalible al través de las acechanzas de los sentidos; porque la conciencia es aquella percepción instantánea entre lo justo y lo injusto, que sólo puede ser ejercitada por medio del espíritu, el cual, siendo una porción de la Sabiduría y Pureza Divinas, es absolutamente puro y sabio. Sus decisiones son independientes de la razón, y sólo podrá manifestarse tal cual es cuando se haya sustraído á las groseras atracciones de nuestra doble naturaleza.

Siendo la razón una facultad de nuestro cerebro físico que, como se ha dicho muy bien, deduce inferencias de las premisas y descansando por completo en la evidencia de los demás sentidos, no puede ser una cualidad que pertenezca directamente á nuestro divino espíritu. Este *sabe*, y de aquí que todo razonamiento, implicando disensión y argumentos, estaría de más para él. Así pues, la entidad espiritual, desde el momento en que se considera como una emanación directa del eterno Espíritu de sabiduría, debe admitirse que posee los mismos atributos y la esencia del todo del cual forma parte. Por lo tanto, eran lógicos hasta cierto punto los antiguos teurgistas cuando sostenían que la porción *racional* del alma del hombre (espíritu) jamás penetra completamente en el cuerpo humano, sino que únicamente le resguarda más ó menos por medio del alma *irracional* ó astral, desempeñando esta última el papel de agente intermediario entre el espíritu y el cuerpo. El hombre que ha subyugado suficientemente la materia para recibir la luz directa de su esplendoroso Augoeides siente la verdad intuitivamente, y no puede errar en sus juicios, á pesar de todos los sofismas sugeridos por la fría razón, porque está ILUMINADO. Por consiguiente, el don de profecía, la vaticinación y la llamada inspiración divina no son más que los efectos de esta iluminación desde lo alto por nuestro propio espíritu inmortal.

Swedenborg, siguiendo las místicas doctrinas de los filósofos Heréticos, dedicó varios volúmenes á la elucidación del «sentido interno» del *Génesis*. Swedenborg era indudablemente un «mago natural por nacimiento», un iluminado, pero *no* un *adepto*. Así, por más estrictamente que haya seguido el método aparente de interpretación usado por los alquimistas y los escritores místicos, en parte fracasó en su propósito; tanto más cuanto el modelo escogido por él al seguir este método era uno que, aunque gran alquimista, no tenía de adepto más que el mismo iluminado sueco, en el completo sentido de la palabra. Eugenio Filaletes jamás había alcanzado «la más elevada pirotecnia», valiéndonos de la expresión de los filósofos místicos. Pero si bien uno y otro no consiguieron abarcar la verdad completa en todos sus detalles, Swedenborg ha dado al primer capítulo del *Géne-*

sís la misma interpretación, en el fondo, que los filósofos Herméticos. El citado vidente, lo mismo que los iniciados, á pesar de su fraseología velada, demuestra claramente que los primeros capítulos del *Génesis* se refieren á la *regeneración*, ó sea á un nuevo nacimiento del hombre, y no á la creación de nuestro universo y de su obra capital, el HOMBRE. El hecho de que los términos usados por los alquimistas, tales como *sal*, *azufre* y *mercurio*, sean transformados por Swenborg en *fin*, *causa* y *efecto*, (1) en nada se opone á la idea fundamental de resolver los problemas de los libros Mosaicos por el único método posible, el que emplearon los Herméticos, ó sea el de las correspondencias.

Esta doctrina de la correspondencia, ó simbolismo Hermético, es la de Pitágoras y la de los Kabalistas: «tal como es arriba, así es abajo». Esta es también la doctrina de los filósofos Buddhistas, los cuales, en su metafísica todavía más abstracta, invirtiendo el modo usual de definición dado por nuestros *eruditos* hombres de ciencia, llaman á los tipos invisibles la única realidad, y á todo lo restante los efectos de las causas, ó prototipos visibles, *ilusiones*.

Por muy contradictorias que sus varias elucidaciones acerca del *Pentateuco* puedan parecer á *primera vista*, cada una de ellas tiende á demostrar que la literatura sagrada de cada país, tanto la *Biblia* como los *Vedas* ó las *Escrituras* Búdhdicas, únicamente puede ser comprendida y escudriñada por completo á la luz de la filosofía Hermética. Los grandes sabios de la antigüedad, así como los de la Edad Media y también los escritores místicos de nuestros tiempos, fueron y son todos ellos *Herméticos*. Sea que la luz de la verdad les haya iluminado por medio de sus facultades intuitivas, ó como una consecuencia del estudio y de una iniciación regular, ellos han aceptado virtualmente el método y seguido el sendero para ellos trazado por hombres tales como Moisés, Gautama-Buddha y Jesús.

La verdad, simbolizada por algunos alquimistas como un *rocío del Cielo*, ha descendido hasta su corazón, y todos ellos la han recogido sobre las *cumbres de las montañas*, después de haber extendido *telas de hilo LIMPIAS* para recibirla; y así, en cierto modo, se han hecho dueños, cada uno de por sí y á su manera, del *disolvente universal*. Hasta qué punto estaban facultados para hacer al público participe de la verdad, es otra cuestión distinta. Aquel velo que, se según se dice, cubría la faz de Moisés cuando, después de descender del Sinaí, enseñaba á su pueblo la Palabra de Dios, no puede ser arrojado únicamente

(1) Véase «*Arcanos celestes*».

á voluntad del maestro. Depende de los oyentes, si éstos quisieren también descender el velo que existe «sobre sus corazones». Pablo lo dice claramente, y sus palabras dirigidas á los Corintios pueden aplicarse á todo hombre ó mujer en cualquiera época de la historia del mundo. Si «sus entendimientos están cegados» por el brillo de la verdad divina, sea ó no arrancado el velo Hermético de la cara del maestro, no podrá desaparecer de sus corazones á menos «*que vuelvan al Señor*». Pero este último nombre no debe aplicarse á alguno de los tres antropomorfizados personajes de la Trinidad, sino al «Señor» tal como lo han comprendido Swedenborg y los filósofos Herméticos, el Señor que es Vida y HOMBRE.

El eterno conflicto entre las religiones del mundo: Cristianismo, Judaismo, Brahmanismo, Paganismo, Buddhismo, procede de esta sola causa: la verdad es conocida sólo por muy pocos; el resto de la humanidad, poco dispuesto á arrancar el velo de su propio corazón, se la imagina cegando los ojos de su vecino. El dios de cada religión exotérica, incluyendo el Cristianismo, á pesar de sus pretensiones al misterio, no pasa de ser un ídolo, una ficción, y no puede ser otra cosa. Moisés, *cubierto con un tupido velo* y dirigiéndose á la obstinada multitud, habla de Jehovah, la cruel y antropomórfica divinidad, como del Dios más sublime, enterrando profundamente en lo más íntimo de su corazón aquella verdad que no puede «ser hablada ni revelada». Kapila hiere con la cortante espada de sus sarcasmos á los Yoguis Brahmanes, quienes, en sus místicas visiones, pretendían ver al ALTÍSIMO. Gautama-Buddha oculta la verdad bajo una impenetrable capa de sutilezas metafísicas, y es considerado por la posteridad como un *ateo*. Pitágoras, con su misticismo alegórico y su metempsícosis, es tenido por un hábil impostor, y en pos de éste vinieron otros filósofos, como Apolonio y Plotino, que son calificados de idéntica manera, pues de ellos generalmente se habla como de unos visionarios ó charlatanes. Platón, cuyas obras jamás han sido leídas por la mayoría de nuestros *grandes* eruditos más que superficialmente, es acusado, por muchos de sus traductores, de absurdos y puerilidades, y hasta de no tener conocimiento de su propia lengua; (1) muy probablemente por haber dicho, refiriéndose al Sér Supremo, que «una materia de esta naturaleza no puede expresarse con palabras, como otras cosas que son objeto de estudio»; (2) y haciendo conceder á Protágoras demasiada importancia al uso de «velos».

(1) Burges: *Prefacio*.

(2) «*Séptima Carta*».

Podríamos llenar un volumen completo con los nombres de sabios mal comprendidos, cuyos escritos pasan comunmente por ser místicos absurdos tan sólo porque nuestros críticos materialistas se sienten incapaces de levantar el velo que los cubre.

El más importante rasgo de este misterio, al parecer incomprendible, se encuentra quizás en el hábito inveterado de la mayoría de los lectores de juzgar una obra por sus palabras é ideas insuficientemente expresadas, haciendo caso omiso del espíritu de la misma. A menudo tropezamos con filósofos de escuelas completamente distintas, los cuales se sirven de multitud de expresiones diferentes, algunas obscuras y metafóricas, pero todas ellas figuradas, y á pesar de esto están tratando de un mismo asunto. A manera de los mil rayos divergentes de un globo de fuego, cada uno de los cuales, no obstante, conduce al punto central, así cada uno de los filósofos místicos, ya sea éste un devoto y piadoso entusiasta, como Henry More; ya un alquimista irascible, usando una fraseología grosera, como su adversario Eugenio Filaletes; ya sea por fin un ateo (?) como Spinoza, todos tienen un solo y único objeto á la vista, y este es el HOMBRE. Sea como fuere, Spinoza es quien ha facilitado la clave más verdadera para una porción de este secreto no escrito. Al paso que Moisés prohíbe las «imágenes esculpidas» de Aquél cuyo nombre no debe invocarse en vano, Spinoza va más allá. Él claramente infiere que Dios no debe ser tal como es *descrito*. El lenguaje humano es por completo incapaz de dar una idea de este «Sér» que es enteramente único. Si en sus premisas y conclusiones ha estado más acertado Spinoza ó la Teología cristiana, dejaremos al lector que lo juzgue por sí mismo. Toda tentativa en sentido contrario da por resultado que las masas antropomorfen á la divinidad en la cual creen, y la consecuencia nos la ofrece Swedenborg.

En vez de sentar que Dios hizo al hombre según su propia imagen, debemos nosotros realmente decir que el «hombre *forja* á Dios según su imagen», (1) olvidando que él ha erigido su propia reflexión para que sea objeto de culto.

¿En dónde está, pues, el secreto real y verdadero acerca del cual tanto hablan los Herméticos? Que existía y que existe un secreto, ningún estudiante sincero de literatura esotérica jamás lo pondrá en duda. Diferentes hombres de genio—como lo eran indudablemente muchos de los filósofos Herméticos—no se hubieran hecho pasar por locos ellos mismos procurando enloquecer á otros durante varios mi-

(1) «*La verdadera Religión Cristiana*».

llares de años consecutivos. Que este gran secreto, comunmente llamado «la piedra filosofal», envolvía una significación tanto física como espiritual, es lo que en todas épocas se ha sospechado. El autor de las *Observaciones acerca de la Alquimia y de los Alquimistas* hace observar muy acertadamente que el sujeto del arte Hermético es el HOMBRE, y que el objeto de este arte es la perfección del hombre. (1) Pero nosotros no podemos convenir con él en que ni uno tan sólo de aquellos á quienes llama «estúpidos usureros» intentó jamás llevar un designio puramente *moral* (de los alquimistas) al campo de la ciencia física. El solo hecho de que el hombre es á sus ojos una trinidad, que ellos dividen en *Sol*, agua de *mercurio* y *azufre*, que es el fuego secreto ó, hablando más claro, en *cuerpo*, *alma* y *espíritu*, indica que existe un aspecto físico para esta cuestión. El hombre es espiritualmente la *piedra filosofal*, ó sea «una trinidad, ó trinidad en la unidad», como dice Filaletes. Pero el hombre es también dicha piedra físicamente.

El hombre físico es sólo el efecto de la causa, y la causa es el disolvente universal de todas las cosas, el espíritu divino. El hombre es una correlación, tanto de fuerzas físico-químicas, como de poderes espirituales. Estos últimos obran sobre los poderes físicos del hombre en proporción del desarrollo que adquiere el hombre terrestre. «La obra es llevada á la perfección según la virtud de un cuerpo, alma y espíritu —dice un alquimista,—porque el cuerpo jamás sería penetrable si no fuese por el *espíritu*, ni éste sería permanente en su *tintura supra-perfecta* si no fuese por el cuerpo; ni podrían tampoco estos dos actuar el uno sobre el otro sin el alma, *porque el espíritu es una cosa invisible*, y no puede nunca aparecer con otra VESTIDURA, y esta vestidura es el alma » (2).

Los «filósofos del fuego» afirmaban por medio de su jefe, Roberto Fludd, que la simpatía es engendrada por la luz, y que «la antipatía tiene su origen en las tinieblas.» Además enseñaban ellos, con otros Kabalistas, que «los antagonismos en la naturaleza proceden de una esencia eterna, ó de la raíz de todas las cosas.» De modo que la causa primera es la fuente progenitora así del bien como del mal. El creador—que *no* es el Dios Supremo—es el padre de la materia, la cual es *mala*, y también del espíritu, el cual, emanando de la causa suprema é invisible, pasa al través del mismo como si fuese un vehículo, y se difunde por todo el universo. «Es indudable—dice Robertus de Fluctibus (Roberto Fludd)—que así como existe una infinidad de

(1) E. A. Hitchcock: «*Swædenborg, un filósofo Hermético*».

(2) *Ripley Revised*, 1678.

criaturas *visibles*, así también hay en la máquina universal una variedad infinita de criaturas invisibles, distintas en su naturaleza. Ya sea por el misterioso nombre de Dios, que Moisés estaba tan ansioso de oír y saber (Jehová) cuando recibió de él esta contestación: *Jehová es mi nombre sempiterno*; ya sea por otro nombre, es tan claro y sencillo que éste *no puede ser articulado ni compuesto ni fielmente espresado por la voz humana...* todos los demás nombres están por completo comprendidos en el mismo, porque contiene la propiedad tanto de no voluntad (*nolunty*) como de *voluntad* (*volunty*), de negación como de afirmación, de execración como de bendición, de muerte como de vida, de mal como de bien (aunque idealmente nada es malo en él), de unión y de discordia, y por consiguiente, de simpatía y de antipatía.»⁽¹⁾

Las más inferiores en la escala de los seres son aquellas criaturas invisibles llamadas «elementarios» por los Kabalistas. Hay tres clases distintas de estos seres. Los más elevados, en inteligencia y en sutileza, son los llamados espíritus terrestres, de los cuales nos ocuparemos más detalladamente en otras partes de esta obra. Baste decir, por ahora, que son las larvas ó sombras de todos cuantos, habiendo vivido en la tierra, rechazaron toda luz espiritual, y permanecieron y murieron profundamente sumergidos en el cieno de la materia, y de cuyas almas, llenas de pecados, el espíritu inmortal se ha ido separando gradualmente. La segunda clase se compone de los antetipos invisibles de los hombres que están todavía *por nacer*. Ninguna forma puede surgir á la existencia objetiva—desde la más elevada á la más inferior—antes de que haya aparecido el ideal abstracto de esta forma, ó como lo llama Aristóteles, la *privación* de esta forma. Antes de que un artista pinte un cuadro, cada uno de sus rasgos existe ya en su imaginación; para poder nosotros discernir un reloj, es preciso que el reloj en cuestión haya existido en su forma abstracta en la mente del relojero. Esto mismo puede decirse respecto á los hombres futuros.

Según la doctrina de Aristóteles, existen tres principios en los cuerpos naturales: privación, materia y forma. Estos principios pueden aplicarse á este caso particular. La privación del niño que todavía está por existir la localizaremos en la mente invisible del gran Arquitecto del Universo, no estando considerada la privación, en la doctrina Aristotélica, como un principio en la composición de los cuerpos, sino como una propiedad externa en su producción; porque

(1) *Filosofía Mosaica*, p. 173, 1659.

la producción es un cambio por el cual la materia pasa de la forma que aún no tiene á aquella que asume. Aunque la privación de la forma del niño que está por nacer, lo mismo que la forma futura del reloj que está por fabricar, es aquello que todavía no es ni substancia, ni extensión, ni cualidad, ni especie alguna de existencia, sin embargo es algo que *es*, aunque su diseño, para que exista, debe adquirir una forma objetiva; en una palabra, lo abstracto tiene que pasar á concreto. Así pues, tan pronto como esta privación de materia es transmitida con energía al éter universal, se convierte en una forma material, aunque sublimada. Si la ciencia moderna enseña que el pensamiento humano «afecta á la materia de otro universo simultáneamente con la de este», ¿cómo puede aquel que cree en una Primera Causa Inteligente negar que el pensamiento divino sea igualmente transmitido, por la misma ley de energía, á nuestro mediador común, el éter universal, el alma del mundo? Y si esto es así, debe entonces deducirse que una vez el pensamiento divino se manifiesta objetivamente, la energía reproduce fielmente el diseño de aquello cuya «privación» nació por vez primera en la mente divina. Pero no se vaya á entender que este *pensamiento* cree la materia. No; crea únicamente el plan para la forma futura, puesto que la materia que sirve para hacer este diseño ha existido siempre, y ha sido preparada para formar un cuerpo humano durante una serie de transformaciones progresivas, á impulsos de la evolución. Las formas son transitorias; las ideas que las han creado y el material que les ha dado objetividad son permanentes. Estos modelos, privados todavía de espíritus inmortales, son «elementales», ó, hablando con más propiedad, *embriones psíquicos*, los cuales, cuando llega su hora, mueren en el mundo invisible y nacen en el mundo visible, como niños humanos, recibiendo de paso el soplo divino llamado espíritu que completa el hombre perfecto. Esta clase de elementales no puede comunicar objetivamente con los hombres.

La tercera clase son los «elementales» propiamente dichos, que jamás llegan á convertirse en seres humanos, pero que ocupan, por decirlo así, un peldaño especial en la escala de los seres, y, comparados con los demás, pueden ser llamados propiamente espíritus de la naturaleza, ó agentes cósmicos de la misma, estando cada uno de estos seres confinado en su elemento propio, y no traspasando jamás los límites de los demás. Estos son los que Tertuliano llamó los «principes de los poderes del aire».

Se cree que esta clase de elementales tiene tan sólo uno de los tres atributos del hombre. No poseen ni espíritu inmortal ni cuerpos tan-

gibles, sino únicamente formas astrales, que, en un grado mayor ó menor, participan del elemento al cual pertenecen, y también del éter. Son una combinación de materia sublimada y de una inteligencia rudimentaria. Algunos de ellos son inmutables, pero á pesar de esto no tienen una individualidad separada, actuando colectivamente, por decirlo así. Otros, pertenecientes á ciertos elementos y especies, cambian de forma con arreglo á una ley fija que los kabalistas explican. El más sólido de sus cuerpos es, por lo regular, bastante inmaterial para escapar á la percepción de nuestra vista física, pero no tan insustancial que no pueda ser perfectamente reconocido por la visión interna ó clarevidente. No sólo pueden todos ellos existir y vivir en el éter, sino que pueden manejarlo y dirigirlo para la producción de efectos físicos, con tanta facilidad como nosotros podemos comprimir el aire ó el agua con el mismo objeto por medio de aparatos neumáticos ó hidráulicos; en semejantes operaciones son fácilmente ayudados por los «elementarios humanos». Más todavía: pueden ellos condensar el éter hasta el punto de formar, para sí mismos, cuerpos tangibles, los cuales, gracias á sus poderes de Proteo pueden escoger á su gusto, tomando como modelos los retratos que encuentran estampados en la memoria de las personas presentes. No es necesario que el espectador esté pensando, en aquel momento, en la persona representada; su imagen puede haberse borrado muchos años antes. La mente recibe impresiones indelebles hasta de las personas que hemos conocido casualmente, y de aquellas que hemos visto una sola vez en la vida. Así como una placa fotográfica sensible no necesita más que unos pocos segundos de exposición para conservar indefinidamente la imagen de aquél que se retrata, así también sucede con la mente.

Según la doctrina de Proclo, las más elevadas regiones, desde el zénit del mundo hasta la luna, pertenecen á los dioses ó espíritus planetarios, de conformidad con sus jerarquías y clases. Los más encumbrados entre ellos son los doce *uper-ouranioi*, ó dioses supercelestiales, que tienen á sus órdenes legiones enteras de demonios inferiores. Siguen después de ellos en rango y poderío los *egkosmioi*, ó dioses intercósmicos, cada uno de los cuales ejerce dominio sobre un gran número de demonios á quienes comunica su poder, cambiándolo de uno á otro á voluntad. Estos elementales son evidentemente las fuerzas de la naturaleza personificadas en su mutua correlación, estando estas últimas representadas por la tercera clase, ó sea los «elementales» de que acabamos de hablar.

Dicho filósofo expone á continuación, según el principio del axioma

Hermético —de tipos y prototipos,—que las esferas inferiores tienen sus subdivisiones y clases de seres, lo mismo que las celestes y más elevadas, estando aquéllas siempre subordinadas á éstas. Afirma que los cuatro elementos están llenos de *demonios*, sosteniendo con Aristóteles que el universo está lleno, y que ningún vacío existe en la naturaleza. Los demonios de la tierra, del aire, del fuego y del agua son de una esencia elástica, etérea y semicorpórea. Son estas especies las que desempeñan el papel de agentes intermediarios entre los dioses y los hombres. Aunque inferiores en inteligencia al *sexto* orden de los demonios superiores, estos seres influyen directamente sobre los elementos y la vida orgánica. Ellos dirigen el crecimiento, la florecencia, las propiedades y los cambios diversos de las plantas. Ellos son la personificación de las ideas ó virtudes derramadas desde el celestial *ulé* en la materia inorgánica; y como quiera que el reino vegetal está un grado más elevado que el mineral, estas emanaciones de los dioses celestiales toman forma y una condición particular en la planta, convirtiéndose en el *alma* de la misma. Esto es lo que, según la doctrina de Aristóteles, se llama la *forma* en los tres principios de los cuerpos naturales, clasificados por él en privación, materia y forma. Su filosofía enseña que, además de la materia original, es necesario otro principio para completar la naturaleza tri-una de cada partícula, y éste es la forma; una cosa invisible, pero todavía substancial, en el sentido ontológico de la palabra, y realmente distinta de la materia propiamente dicha. Así, en un animal ó en una planta, además de los huesos, músculos, nervios, cerebro y sangre en el primero, y además de la celulosa, tejidos, fibras y savia en la segunda, sangre y savia que, circulando por los vasos, nutren todas las partes del animal y de la planta; y además de los espíritus de los animales, que son los principios del movimiento, y de la energía química que es transformada en fuerza vital en la hoja verde, debe existir una forma substancial, que Aristóteles llamaba, en el caballo, *el alma del caballo*; Proclo la denominaba el *demonio* de cada mineral, planta ó animal, y los filósofos de la Edad Media le daban el nombre de *spiritus elementarios* de los cuatro reinos.

Todo esto es considerado, en nuestro siglo, como pura metafísica y superstición grosera. Sin embargo, basándonos en principios estrictamente ontológicos, hay en estas antiguas hipótesis alguna sombra de probabilidad, algún hilo que puede facilitar el hallazgo de los «eslabones perdidos», que tan perpleja tienen á la ciencia exacta.

Esta última se ha hecho últimamente tan dogmática, que todo cuanto se halla fuera del alcance de la ciencia *inductiva* es calificado

de imaginario; y vemos al profesor Joseph Le Conte asegurar que algunos de los sabios más encopetados «ridiculizan el uso de las palabras *fuerza vital*, ó *vitalidad*, como un resto de *superstición*». (1) De Candolle propone la palabra «movimiento vital» en lugar de fuerza vital, (2) preparando así el terreno para un salto científico final que transformará al hombre inmortal y pensador en un autómatas provisto de un mecanismo de relojería en su interior. «Pero—objeta Le Conte—¿podemos acaso concebir movimiento sin fuerza? Y si este movimiento es peculiar, así también lo es *la forma de la fuerza*.»

En la kábala judía, los espíritus de la naturaleza eran conocidos con el nombre genérico de *Shedim*, y divididos en cuatro clases. Los Persas les llamaban á todos ellos *devs*; los Griegos los designaban indistintamente como *demonios*; los Egipcios los denominaban *afrites*. Los antiguos Mejicanos, dice Kraiser, creían en numerosas mansiones de espíritus, en una de las cuales estaban instaladas las sombras de los niños inocentes hasta su destino final; á otra mansión, situada en el sol, ascendían las valerosas almas de los héroes; al paso que los espantosos espectros de los pecadores incorregibles estaban condenados á vagar, sin esperanza alguna, en cavernas subterráneas, situadas en los límites de la atmósfera terrestre, incapaces é impotentes para libertarse. Pasaban el tiempo comunicándose con los mortales y aterrorizando á todos aquellos que podían verles. Algunas tribus africanas les conocen con el nombre de *Yowahoos*. En el Panteón indio no bajan de 330.000.000 las distintas clases de espíritus existentes, incluyendo los elementales, los cuales fueron llamados *Daityas* por los Brahmanes. Según han podido averiguar los adeptos, estos seres son atraídos hacia ciertos lugares de los cielos por algo parecido á aquella misteriosa propiedad que es causa de que la aguja magnética gire hacia el norte, y que ciertas plantas obedezcan á la misma atracción. Se cree también que estas diversas razas tienen una especial simpatía hacia ciertos temperamentos humanos y que sobre éstos ejercen su poder más facilmente que sobre otros. Así, una persona biliosa, linfática, nerviosa ó sanguínea será afectada favorable ó desfavorablemente por ciertas condiciones de la luz astral, hijas de los distintos aspectos de los cuerpos planetarios. Habiendo llegado á este principio general, gracias á las observaciones recogidas que alcanzan series indefinidas de años ó de épocas, el adepto astrólogo no tendría necesidad de saber más sino cuáles eran los aspectos planetarios en una fecha dada y anterior, y aplicar su conocimiento de los cambios suce-

(1) *Correlación de la Fuerza Vital con las Físicas y Químicas*, por J. Le Conte.
 (2) *Archives des Sciences*, vol. xiv, p. 345. Diciembre, 1872.

sivos de los cuerpos celestes, para poder trazar, con una exactitud aproximada, los diversos vaivenes del personaje cuyo horóscopo se desea saber, y hasta para pronosticar los acontecimientos futuros. La precisión del horóscopo dependería, por consiguiente, no tanto de la erudición astronómica, como del conocimiento que el astrólogo tuviera de las razas ó fuerzas ocultas de la naturaleza.

Eliphaz Levi expone con mucha claridad y fundamento, en su *Dogme et Rituel de la Haute Magie*, la ley de las recíprocas influencias que hay entre los planetas, y sus efectos combinados sobre los reinos mineral, vegetal y animal, así como sobre nosotros mismos. Afirma que la atmósfera astral está cambiando constantemente, de día en día, y de hora en hora, lo mismo que el aire que respiramos. Cita, declarándose en favor de la misma, la doctrina de Paracelso, según la cual cada hombre, animal y planta lleva señales externas é internas de las influencias dominantes en el momento del desarrollo germinal. Repite dicho autor la antigua doctrina kabalística de que nada hay inútil ó indiferente en la naturaleza, y que hasta una cosa tan insignificante como el nacimiento de un niño en nuestro pequeño planeta produce su efecto sobre el universo, así como el universo entero reacciona influyendo sobre él.

«Los astros—dice—están encadenados los unos á los otros por atracciones que les mantienen en equilibrio, y les obligan á moverse con regularidad á través del espacio. Estos rayos entrecruzados de luz se lanzan desde cada una de las esferas á todas las demás, y no existe sobre ningún planeta un solo punto que no esté unido con alguno de estos hilos indestructibles. El sitio preciso, así como la hora del nacimiento, deben, por lo tanto, ser calculados por el verdadero adepto en Astrología; una vez hecho el cálculo exacto de las influencias astrales, tiene él que calcular los cambios ó vicisitudes de la vida, esto es, las facilidades ó los obstáculos con que un día debe el niño tropezar... y sus disposiciones naturales para el cumplimiento de su destino.» Asimismo sostiene que también debe tenerse en cuenta la fuerza individual de la persona, por cuanto indica su aptitud para vencer las dificultades, y dominar las inclinaciones desfavorables, labrando así su ventura, ó bien para someterse pasivamente á los caprichos del ciego destino.

El estudiar este asunto bajo el punto de vista de los antiguos nos induce, como se verá, á considerarlo de muy distinta manera que Tyndall en su famoso discurso de Belfast. «El ordenamiento y dirección de los fenómenos naturales—dice este autor—están encomendados á ciertos seres que están fuera del alcance de nuestros sentidos,

seres que, por muy poderosos é invisibles que sean, no fueron más que especies de *criaturas humanas*, quizás surgidas del seno de la humanidad, conservando todas las pasiones y concupiscencias inherentes al hombre». Para corroborar este aserto, Mr. Tyndall cita oportunamente este pasaje de Eurípides, reproducido por Hume: «Los dioses todo lo revuelven y ponen en confusión, mezclan todas las cosas con sus contrarias, para que nosotros, gracias á nuestra ignorancia é incertidumbre, les prestemos mayor adoración y reverencia.» A pesar de exponer en el *Chrysippus* varias doctrinas pitagóricas, Eurípides era considerado por todos los antiguos escritores como heterodoxo, y por lo tanto, la cita tomada de este filósofo no dá la menor fuerza al argumento de Mr. Tyndall.

Respecto al espíritu *humano*, las opiniones de los antiguos filósofos y de los kabalistas de la Edad Media, si bien diferían en algunos detalles, coincidían en el conjunto, hasta el punto de que la doctrina de uno puede considerarse como la doctrina de los demás. La diferencia más substancial consistía en la manera como el inmortal ó divino espíritu se aloja en el hombre. Al paso que los antiguos neo-platónicos sostenían que el Augoeides no desciende jamás de un modo hipostático dentro del hombre viviente, sino que tan sólo lanza más ó menos resplandor sobre el hombre interno—el alma astral,—los kabalistas de la Edad Media afirmaban que el espíritu, desprendiéndose del océano de luz y espíritu, entraba en el alma del hombre, permaneciendo durante la vida aprisionado en la cápsula astral. Motivaba esta diferencia el creer los kabalistas cristianos más ó menos en la letra muerta de la alegoría de la caída del hombre.

El alma—decían ellos,—en virtud de la caída de Adán, quedó contaminada con el mundo de la materia, ó Satán. Antes de que pudiera comparecer con su divino espíritu aprisionado en presencia del Eterno, tenía que purificarse de las impurezas de las tinieblas. Ellos comparaban «al espíritu encarcelado dentro del alma, á una gota de agua aprisionada en una cápsula de gelatina y arrojada al océano; mientras la cápsula se conserva entera, la gota de agua permanecerá aislada, pero en cuanto se rompe la envoltura, la gota se confundirá con el océano y formará parte del mismo, cesando desde aquel momento su existencia individual. Lo propio sucede con el espíritu. Durante todo el tiempo que está encerrado en su mediador plástico, ó alma, tiene una existencia individual. Destruyase la cápsula, lo cual puede ocurrir á consecuencia de las agonías de una conciencia marchita, ó de crímenes ó enfermedades morales, y el espíritu vuelve otra vez á su morada primitiva. Su individualidad ha terminado.»

Por otra parte, los filósofos que explicaban «la caída en la generación» en su genuino sentido, consideraban al espíritu como algo completamente distinto del alma; admitían ellos su presencia en la cápsula astral, pero únicamente como rayos ó emanaciones espirituales del «resplandeciente.» El hombre y el alma tenían que conquistar su inmortalidad ascendiendo hacia la unidad, con la cual, si lograban este objeto, eran finalmente unidos, y en la cual eran, por decirlo así, absorbidos. La individualización del hombre después de la muerte dependía de su espíritu, y no de su alma y cuerpo. Aunque la palabra «personalidad», en el sentido que se le da generalmente, es un absurdo cuando se aplica literalmente á nuestra esencia inmortal, sin embargo, ésta es una entidad distinta, inmortal y eterna *per se*; y como sucede en el caso de aquellos criminales para quienes no hay esperanza de redención, en cuyo caso el hilo resplandeciente que une el espíritu con el alma, desde el momento en que nace el niño, se rompe violentamente, y la entidad desencarnada se ve obligada á compartir la suerte de los animales más inferiores, disolviéndose gradualmente en el éter y quedando aniquilada su individualidad; aun en este caso el espíritu permanece como un sér distinto. Conviértese entonces en un espíritu planetario, en un ángel; porque los *dioses de los paganos ó los arcángeles de los cristianos*, emanaciones directas de la Causa Primera, á pesar de la arriesgada afirmación de Swedenborg, *nunca fueron ni serán hombres*, al menos en nuestro planeta.

Esta cuestión ha sido en todas épocas la piedra de escándalo de los metafísicos. Todo el esoterismo de la filosofía Búddhica está fundado en esta misteriosa enseñanza, que tan pocas personas han comprendido, y que tan completamente han desfigurado muchos de los hombres de ciencia más renombrados. Hasta los mismos metafísicos tienden demasiado á confundir el efecto con la causa. Una persona puede haber alcanzado la vida inmortal, y permanecer el mismo *yo-interno* que era en la tierra, durante toda la eternidad; pero esto no implica necesariamente que dicha persona deba continuar siendo el Mr. Smith ó Brown que era en la tierra, ó perder su individualidad. Por consiguiente, el alma astral y el cuerpo terrestre del hombre pueden, en la enigmática Vida futura, ser absorbidos en el Océano cósmico de elementos sublimados y cesar de sentir su *ego*, si este *ego* no merecía remontarse más alto; y el divino espíritu continuará siendo una entidad inmutable, aunque esta experiencia terrestre de sus emanaciones pueda borrarse completamente en el instante de la separación de su indigno vehículo.

Si el «espíritu», ó la porción divina del alma, es preexistente como un sér distinto desde toda la eternidad, como Orígenes, Sinesio y otros padres y filósofos cristianos enseñaban, y si es la misma y nada más que el alma metafísicamente objetiva, ¿cómo puede dejar de ser eterno? ¿Y qué importa, en tal caso, que un hombre lleve una vida pura ó animal, si, haga lo que haga, no puede jamás perder su individualidad? Esta doctrina es tan perniciosa en sus consecuencias, como la de una redención y salvación por medio de otro. Si este último dogma, juntamente con la idea falsa de que todos somos inmortales, hubiese sido demostrado al mundo bajo su verdadera significación, la humanidad hubiera mejorado gracias á la propagación del mismo. El crimen y el pecado hubieran dejado de existir, no por miedo de castigos terrenos ó de un infierno ridículo, sino por consideración de aquello que más profundamente arraigado está en nuestra naturaleza interior, esto es, el deseo de una vida individual y distinta en el otro mundo, la positiva seguridad de que nosotros no podemos alcanzarla á no ser que «conquistemos el reino de los cielos por la violencia», y la convicción de que ni las oraciones humanas ni la sangre de otro hombre puede salvarnos de la destrucción individual después de nuestra muerte, á menos que, durante la vida terrestre, nos unamos fuertemente con nuestro propio espíritu inmortal, ó sea con nuestro *Dios*.

Pitágoras, Platón, Timeo de Locris y toda la escuela de Alejandría hacían derivar el alma de la universal Alma del Mundo; y ésta era, según sus propias enseñanzas, el éter, una cosa de una naturaleza tan sutil que no podía ser percibida más que por nuestra visión interior. De consiguiente, no puede ser la esencia de la Mónada, ó *causa*, porque el *anima-mundi* es tan sólo el efecto, la emanación objetiva de la primera. Tanto el espíritu como el alma humanos son preexistentes. Pero, al paso que el primero existe como una entidad distinta, como una individualización, el alma existe como materia preexistente, una parte ignorante de un todo inteligente. Los dos fueron en su origen formados del Eterno Océano de Luz; pero, como dicen los teosofistas, existen en el fuego un espíritu visible y también otro invisible. Establecían aquellos filósofos una diferencia entre el *anima bruta* y el *anima divina*. Empedocles creía firmemente que todos los hombres y animales poseen dos almas; y en las obras de Aristóteles encontramos que este autor llamaba á una de ellas alma racional, *νοῦς*, y á la otra, alma animal, *ψυχή*.

Según estos filósofos, el alma racional viene de *fuera* del alma universal, y la otra de *dentro*. Esta región superior y divina, en la

cual colocaban á la deidad suprema é invisible, era considerada por ellos (y por el mismo Aristóteles) como un quinto elemento, puramente espiritual y divino, mientras que el *anima-mundi* propiamente dicha la concebían como formada de una naturaleza sutil, ígnea y etérea difundida por todo el universo; en una palabra, el éter.

Los Estoicos, los materialistas más famosos de la antigüedad, exceptuaban al Dios invisible y al Alma Divina (Espíritu) de todo lo que era de naturaleza corpórea. Sus modernos comentadores y admiradores, aprovechándose gustosos de semejante oportunidad, fundan en ésto la suposición de que los Estoicos no creían ni en Dios ni en el Alma. Pero Epicuro, cuyas doctrinas son directamente contrarias á la intervención de un Sér Supremo y de los dioses en la formación y gobierno del mundo, valiéndole ésto el ser colocado muy por encima de los Estoicos en punto á ateísmo y materialismo, enseñaba, sin embargo, que el alma es de una esencia tenue y delicada, constituida por los átomos más sutiles, suaves y refinados, cuya descripción nos conduce igualmente al mismo éter sublimado. Arnobio, Tertuliano, Ireneo y Orígenes, á pesar de que profesaban el Cristianismo, creían, como más modernamente Spinoza y Hobbes, que el alma era corpórea, si bien de una naturaleza sutilísima.

Esta doctrina de que uno puede perder el alma, y por lo tanto la individualidad, está en pugna con las teorías ideales y progresivas de algunos espiritualistas, aunque Swedenborg la acepta por completo. Jamás aceptarán ellos la doctrina kabalística según la cual únicamente observando la ley de armonía puede obtenerse la vida individual en el otro mundo; y que cuanto más el hombre interior y el hombre exterior se desvien de esta fuente de armonía, cuyo origen está en nuestro espíritu divino, tanto más difícil le será recobrar el terreno perdido.

Pero, al paso que los espiritistas y otros partidarios del Cristianismo tienen una idea muy ligera, si es que tienen alguna, de la posibilidad de la muerte y extinción de la personalidad humana, mediante la separación de la parte inmortal de la perecedera, los secuaces de Swedenborg la comprenden por completo. Uno de los ministros más respetados de la Nueva Iglesia, el Rev. Chauncey Giles, doctor en Teología, de New-York, ha elucidado recientemente esta cuestión en un discurso público, expresándose en los siguientes términos: La muerte física, ó la muerte del cuerpo, es una medida de la economía divina en beneficio del hombre, una medida por medio de la cual éste pueda alcanzar los más elevados fines de su existencia. Pero existe otra muerte, que es la interrupción del orden divino, y la destrucción de cada uno de los elementos humanos en la naturaleza del hombre y

de cada una de las posibilidades para la felicidad humana. Esta es la muerte espiritual, que tiene lugar antes de la disolución del cuerpo. «Puede existir un notable desarrollo de la inteligencia natural del hombre, sin que dicho desarrollo vaya acompañado de una chispa de amor de Dios, ni de un desinteresado amor al hombre.» Cuando uno deja dominarse por el amor de sí mismo y por el del mundo, con todos sus placeres, perdiendo el divino amor de Dios y de sus semejantes, se precipita de la vida á la muerte; los principios superiores, que constituyen los elementos esenciales de su humanidad, son destruidos y él vive únicamente en el plano natural de sus facultades. Físicamente, dicha persona existe; espiritualmente, está muerta. Tan muerta está para todo lo referente á la más elevada y única permanente fase de existencia, como está muerto su cuerpo para todas las actividades, placeres y sensaciones del mundo cuando el espíritu le ha abandonado. Esta muerte espiritual es el resultado de la desobediencia á las leyes de la vida espiritual, desobediencia que va seguida de su correspondiente castigo, ni más ni menos que si se tratara de las leyes de la vida natural. Pero las personas muertas espiritualmente no dejan de tener sus goces; poseen sus dotes intelectuales, su poder y su enérgica actividad.

No hay placer animal del cual no participen, y para un gran número de hombres y mujeres, estos goces constituyen el ideal más sublime de la felicidad humana. El incansable afán con que los ricos corren en pos de las diversiones y pasatiempos de la vida mundana, del perfeccionamiento y del buen gusto en los modales, de la elegancia en el vestir, de los honores y preferencias sociales, de las distinciones científicas, envenena y trastorna la cabeza á estos muertos en vida; pero el elocuente predicador de que hablamos hace observar que «estas criaturas, con todas sus gracias, ricos atavíos, y brillantes cualidades, están muertas á los ojos del Señor y de los ángeles, y una vez medidos por la única regla legítima é inmutable, no tienen más vida verdadera que los esqueletos cuya carne se ha convertido en polvo». Un considerable desarrollo de las facultades intelectuales no implica vida espiritual y verdadera. Muchos de nuestros sabios más eminentes no son más que cadáveres animados; carecen de percepción espiritual porque su espíritu les ha abandonado. Por lejos que vayamos al través de todas las épocas y examinemos todos los altos cargos mundanos, pesemos todas las adquisiciones y conquistas humanas y analicemos todas las prácticas corrientes en la sociedad, encontraremos en todas partes á estos hombres *muertos espiritualmente*.

Pitágoras enseñaba que el conjunto del universo es un sistema colosal de correctas combinaciones matemáticas. Platón nos muestra

á la deidad *geometrizando*. El mundo está sostenido por la misma ley de equilibrio y de armonía con arreglo á la cual fué construido. La fuerza centrípeta no podría manifestarse sin la centrífuga en las armoniosas revoluciones de las esferas; todas las formas son el producto de esta fuerza dual en la naturaleza. Así, para aclarar esta cuestión, podemos designar al espíritu como la energía espiritual centrífuga, y al alma como á la centrípeta. Cuando están en perfecta armonía, ambas fuerzas producen un mismo resultado, pero si se interrumpe ó perturba el movimiento centrípeta del alma terrestre tendiendo hacia el centro que la atrae; ó si se detiene su progreso abrumándola con una carga de materia de mayor peso que el que puede soportar, entonces queda destruida la armonía del conjunto, que es lo que constituía su vida. La vida individual únicamente puede perpetuarse cuando está sostenida por esta doble fuerza; la menor perturbación de esta armonía resulta un perjuicio para ella; cuando es destruida sin remisión, dichas fuerzas se separan, y la forma va aniquilándose gradualmente. Después de la muerte de los perversos y depravados, llega el momento crítico. Si durante la vida resulta infructuoso el postrero y desesperado esfuerzo que hace el yo interno para reunirse con el rayo débilmente luminoso de su padre divino; si se consiente que la espesa capa de materia impida más y más el paso de este rayo, el alma, una vez libre de las trabas del cuerpo, obedece á sus atracciones terrenas, y es magnéticamente arrastrada y retenida dentro de las densas nieblas de la atmósfera material. El alma empieza entonces á hundirse más y más, hasta que se encuentra, una vez recobrada la conciencia de sí misma, en aquel lugar que los antiguos llamaban el *Hades*. La aniquilación de tales almas no es jamás instantánea; puede quizás durar siglos, porque la naturaleza nunca procede por saltos ni transiciones bruscas, y estando el alma astral formada de elementos, la ley de la evolución necesita para ello su tiempo. Entonces es cuando empieza á cumplirse la ley tremenda de compensación, el *Yin-youan* de los Buddhistas.

Esta clase de espíritus es conocida con el nombre de elementarios *terrestres*, para distinguirlos de las otras clases que hemos mencionado en la Introducción de esta obra. En Oriente, se les llama los «Hermanos de la Sombra». Astutos, ruines, vengativos y no perdiendo ocasión de mortificar á la humanidad para desquitarse de sus sufrimientos, se convierten, antes de su final aniquilación, en vampiros, larvas (*ghouls*) (1) y eminentes actores. Estos son los «astros» ó personajes más importantes del gran teatro espiritista de las «materiali-

(1) *Ghouls*, especie de demonios que, según se cree en el Oriente, viven de cadáveres. (N. del Tr.)

zaciones», cuyos fenómenos llevan ellos á cabo con el auxilio de las más inteligentes de las criaturas «elementales» genuinas ó por naturaleza, las cuales vagan al rededor de ellos, sintiendo un vivo placer en darles buena acogida en sus propias esferas. Henry Kunrath, el gran kabalista alemán, en una lámina de su rara obra *Amphitheatri Sapientiæ Æternæ*, dejó representadas las cuatro clases de estos «espíritus elementarios» humanos. Una vez pasados los umbrales del santuario de la iniciación, y desde el momento en que el adepto ha levantado el «Velo de Isis», la misteriosa y celosa divinidad femenina, nada tiene que temer; pero hasta entonces está en constante peligro.

Aunque el mismo Aristóteles, anticipándose á los fisiólogos modernos, consideraba la inteligencia humana como una substancia material, y ridiculizaba á los hilozoicos, (1) sin embargo creía completamente en la existencia de una «doble» alma, ó sea alma y espíritu. (2) Reíase de Estrabón por admitir éste que cualesquiera partículas de materia, *per se*, podían tener en sí mismas vida é inteligencia suficientes para imaginar gradualmente un mundo de formas tan variadas como el nuestro. (3) Aristóteles debe la sublime moralidad de su *Ética Nicomaqueana* á un minucioso estudio de los *Fragments Éticos Pitagóricos*; porque puede demostrarse fácilmente que esta última obra ha sido la fuente de la cual sacó sus ideas, aunque no hubiese jurado «por aquel que encontró la tetractys». (4) Finalmente, ¿qué es lo que sabemos de cierto respecto á Aristóteles?

Su filosofía es tan abstrusa que continuamente deja á su lector que supla con su imaginación los eslabones perdidos de sus deducciones lógicas. Además, nos consta que antes de que sus obras cayesen en poder de nuestros sabios, los cuales se deleitan leyendo sus argumentos ateísticos, al parecer, en favor de la doctrina del destino, estas obras han pasado por demasiadas manos para haberse conservado intactas. De Teofrasto, su legatario, pasaron á Neleo, cuyos herederos las tuvieron arrinconadas en unas cuevas subterráneas cerca de 150 años, dejando que se apolillasen allí; (5) después de lo cual, se sabe que estos manuscritos fueron copiados y considerablemente aumentados por Apellicon de Theos, quien sustituyó aquellos párrafos que no estaban ya en condiciones de poderse leer, con algunas conjeturas de su propia cosecha, nacidas muchas de ellas probablemente en el fondo de su conciencia. Nuestros sabios del siglo diez y nueve

(1) Secta antigua que consideraba la vida como una propiedad de la materia, atribuyendo á esta última una existencia primitiva. (N. del Tr.)

(2) Aristóteles: «*De Generat. et Corrupt.*», lib. II.

(3) «*De Part.*», an. lib. I, c. 1.

(4) Un juramento Pitagórico. Los Pitagóricos juraban por su maestro.

(5) Véase Lempriere: «*Diccionario clásico*».

pueden en verdad sacar buen partido del ejemplo de Aristóteles, ya que se muestran tan ansiosos de imitarle prácticamente, lanzando su método inductivo y sus teorías materialistas á la cabeza de los Platónicos. Nosotros les invitamos á recoger *hechos* tan cuidadosamente como él lo hacía, en vez de negar aquellos acerca de los cuales no saben una palabra.

Lo que hemos dicho en la Introducción y en otras partes á propósito de los mediums y de las tendencias de su mediumnidad no se funda en conjeturas, sino en experiencias y observaciones reales. Apenas existe una sola fase de la mediumnidad, cualquiera que sea su especie, de que no hayamos sido testigos durante estos últimos veinte y cinco años, en distintos países del globo. La India, Thibet, Borneo, Siam, Egipto, Asia Menor, América (del Norte y del Sur), y otras partes del mundo, cada una de ellas ha desplegado ante nosotros su fase particular de fenómenos medianímicos y de poder mágico. Nuestra variada experiencia nos ha enseñado dos importantes verdades, á saber: que para el ejercicio de este último son indispensables la pureza personal y el ejercicio de una voluntad educada é indomable; y que los espiritistas jamás podrán estar seguros de la legitimidad de las manifestaciones medianímicas, á no ser que éstas tengan lugar en plena luz, y bajo condiciones tan razonables de comprobación que permitan descubrir inmediatamente la menor tentativa de fraude.

Por temor de que se nos comprenda mal, haremos observar que si bien, por regla general, los fenómenos físicos son producidos por los espíritus de la naturaleza, según su propio antojo y para complacerse en los caprichos de su propia fantasía, algunas veces los buenos espíritus humanos desencarnados, bajo ciertas circunstancias *excepcionales*—como por ejemplo la aspiración de un corazón puro, la ocasión de remediar una necesidad apremiante ó alguna otra circunstancia favorable,—pueden manifestar su presencia por medio de cualquiera de los referidos fenómenos, *excepto por la materialización personal*. Pero indudablemente tiene que ser una atracción poderosa la que obligue á un espíritu puro y desencarnado á abandonar su radiante mansión, para penetrar en la inmunda atmósfera de la cual huyó al abandonar su cuerpo terrestre.

Los Magos y los filósofos teúrgicos hacían las más severas objeciones contra la «evocación de las almas». «No la evoques (al alma), no sea que al marcharse retenga algo,» dice Psellus. (1) «Evitad el fijar en ellas los ojos *antes de que vuestro cuerpo esté iniciado*, pues-

(1) *Psel. in Alieh: «Oráculos Caldeos».*

to que, por medio de repetidos halagos, ellas seducen las almas de los no iniciados,» dice el mismo filósofo en otro párrafo. (1)

Oponíanse dichos filósofos á esto por varias y buenas razones. 1.º «Es sumamente difícil distinguir los demonios buenos de los malos,» dice Jámblico. 2.º Si un alma humana logra penetrar en la densa atmósfera terrestre—constantemente opresiva para ella, y con frecuencia abominable,—siempre existe para ella un peligro, y es que el alma no puede aproximarse al mundo material sin que le sea posible evitar que «en el acto de abandonarlo, ella *retenga* alguna cosa», ó en otros términos, que se contamine su pureza, siendo esto para ella causa de más ó menos sufrimientos después de su partida. Por lo tanto, el verdadero teurgista se guardará mucho de causar nuevos sufrimientos á este puro habitante de la más alta esfera, como no lo requieran en absoluto los intereses de la humanidad. Unicamente los que practican el negro arte son los que obligan á comparecer, por medio de encantos poderosos de nigromancia, á las almas impuras de todos aquellos que han llevado una vida perversa, y que están prontas á ayudarles en sus egoístas proyectos. Respecto á la comunicación con el Augoeides (2) por medio de los poderes medianímicos de los mediums *subjetivos*, hablamos en otra parte.

Los teurgistas empleaban ciertas sustancias minerales y químicas para arrojar á los malos espíritus. Entre las primeras, la piedra llamada *Mvicoupiv* (mnizurin) era uno de los agentes más poderosos.

«Cuando veas aproximarse un demonio *terrestre*,
ponte á gritar, y sacrifica la piedra Mnizurin,»

dice un oráculo Zoroastriano (*Psel.*, 40).

Y ahora, descendiendo de las alturas de la poética magia teúrgica hasta la magia «inconsciente» de nuestro siglo, y la prosa de un kabalista moderno, iremos pasando en revista lo siguiente:

En el *Journal de Magnétisme* del Dr. Morin, publicado pocos años ha en París, en una época en que las mesas giratorias estaban haciendo furor en Francia, apareció una curiosa carta.

«Créame V., caballero—escribía el anónimo corresponsal,—no hay ni espíritus, ni duendes, ni ángeles, ni demonios *encerrados en la mesa*; pero todos estos seres pueden encontrarse en ella, sin embargo, porque esto depende de *nuestra propia voluntad* y de nuestra imaginación... Este MENSAbulismo (3) es un antiguo fenómeno... mal

(1) *Proc. en I «Aliéb».*

(2) *Augoeides* es la luminosa radiación divina del *Ego* ó *Yo superior*, el cual, cuando está encarnado, no es más que la sombra de sí mismo. (N. del Tr.)

(3) De la palabra latina *mensa*, mesa. Esta curiosa carta está copiada completa en «*La Science des Esprits*» de Eliphas Levi.

comprendido por nosotros los modernos, pero natural del todo, y que pertenece á la física y á la psicología; desgraciadamente, tenía que permanecer incomprendible hasta el descubrimiento de la electricidad y de la heliografía, puesto que, para explicar un hecho de orden espiritual, nos vemos obligados á apoyarnos en el hecho correspondiente de orden material.....

»Como todos sabemos perfectamente, la placa daguerreotípica puede ser impresionada, no sólo por los objetos, si que también por la imagen de los mismos. Ahora bien, el fenómeno en cuestión, que debería denominarse *fotografía mental*, produce, además de las *realidades*, los sueños de nuestra imaginación, con una fidelidad tal que con mucha frecuencia nos vemos imposibilitados para distinguir una copia tomada de *un presente*, de una negativa obtenida de una *imagen*...

»La *magnetización* de una mesa ó de una persona es absolutamente idéntica en cuanto á sus resultados; es la saturación de un cuerpo extraño, sea de la electricidad vital *inteligente*, sea del pensamiento del magnetizador y de los concurrentes.»

Nada puede dar una idea mejor y más exacta acerca del particular, como una máquina eléctrica acumulando el fluido en su conductor, para obtener con él una fuerza bruta que se manifiesta en forma de chispas luminosas, etc. Así, la electricidad acumulada en un cuerpo aislado adquiere una potencia de reacción igual á la de acción, sea para imantar, descomponer ó inflamar, sea para transmitir sus vibraciones á distancia. Estos son los efectos visibles de la electricidad *ciega* ó bruta, producida por elementos ciegos, aplicando la palabra «ciego» á la misma mesa, distinguiéndola así de la electricidad *inteligente*. Pero es evidente que existe una electricidad correspondiente producida por la pila cerebral del hombre: esta *electricidad animica*, este éter espiritual é universal, que es el *medio ambiente del universo metafísico*, ó mejor dicho, del universo *incorpóreo*, tiene que ser estudiada antes de que sea admitida por la ciencia, la cual, mientras no tenga la menor idea de esto, nada sabrá acerca del gran fenómeno de la vida.

«Según parece, la electricidad cerebral necesita, para manifestarse, el auxilio de la electricidad estática ordinaria; cuando hay falta de ésta en la atmósfera—como cuando el aire está muy húmedo,—poco ó nada puede obtenerse de las mesas y de los mediums...

»No hay ninguna necesidad de que las ideas sean formuladas con mucha precisión en el cerebro de las personas presentes; la *mesa* las revela y las formula por *sí misma*, en prosa ó en verso, pero siempre correctamente; la mesa necesita tiempo para componer un verso; lo

empieza, borra una palabra, lo corrige, ó lo empieza de nuevo, exactamente como nosotros... si las personas presentes son simpáticas las unas á las otras, juega y toma parte en nuestro regocijo, como podría hacerlo una persona viviente. En cuanto á las cosas del mundo exterior, tiene que limitarse á meras conjeturas, lo mismo que nosotros; ella (la mesa) inventa sus pequeños sistemas filosóficos, los discute y defiende como pueda hacerlo el más sutil retórico. En una palabra, se forma una conciencia y una razón para su propio uso, pero con los materiales que en nosotros encuentra...

»Los americanos están persuadidos de que estos fenómenos son producidos por muertos que se aparecen; algunos piensan (con más razón) que son debidos á *espíritus*; otros los atribuyen á los ángeles; otros, en cambio, al diablo... asumiendo (la *inteligencia*) la forma acomodada á las convicciones y opiniones preconcebidas de cada cual; así sucedía con los iniciados de los templos de Serapis, de Delfos y de otros establecimientos teúrgico-medicinales de la misma especie; estaban ellos convencidos anticipadamente de que iban á entrar en comunicación con sus dioses, y nunca quedaban defraudadas sus esperanzas.

»Nosotros, que conocemos bien el valor del fenómeno... estamos perfectamente seguros de que después de haber saturado la mesa de nuestros *eflucios* magnéticos, hemos llamado á la vida, ó creado una inteligencia análoga á la nuestra, la cual está dotada, lo mismo que nosotros, de libre albedrío, y puede conversar y discutir con nosotros, con un grado de lucidez superior, puesto que la resultante es más fuerte que el individuo, ó mejor dicho, que el todo es mayor que la parte... No debemos acusar á Herodoto de contarnos desatinos cuando cita los casos más extraordinarios, porque debemos sostener que son tan ciertos y exactos como los demás hechos históricos que se hallan consignados en los relatos de todos los escritores paganos de la antigüedad...

»Este fenómeno es tan antiguo como el mundo... Los sacerdotes de la India y de la China lo habían practicado antes que los egipcios y los griegos. Los salvajes y los esquimales lo conocen bien. Es el fenómeno de la Fé, única fuente de todo prodigio, y os será concedido en proporción de *vuestra fé*. Aquél que enunció esta profunda doctrina era verdaderamente la palabra encarnada de Verdad; que ni se engañaba á sí mismo, ni podía engañar á otros; exponía un axioma que nosotros ahora repetimos, sin grandes esperanzas de verlo aceptado.

»El hombre es un microcosmo, ó un mundo pequeño; lleva consigo mismo un fragmento del gran *Todo*, en estado caótico. La tarea de

nuestros semi-dioses consiste en ir desenredando la parte que les pertenece, por medio de un incesante trabajo mental y material. Tienen ellos su misión que cumplir mediante la invención perpetua de nuevos productos, de nuevas moralidades y la ordenada disposición de los materiales brutos é informes suministrados por el Creador, el cual les creó á Su propia imágen, para crear ellos á su vez, y así completar la obra de la Creación; obra inmensa que únicamente podrá ser llevada á término cuando el *todo* haya llegado á ser tan perfecto que se parezca al mismo Dios, y pueda por lo tanto sobrevivirse á sí mismo. Estamos todavía muy lejos de este momento final, porque puede decirse que todo está aún por hacer, por arreglar y por completar acá abajo: instituciones, máquinas y productos.

Mens non solum agitat sed creat molem.

»Nosotros vivimos durante la vida en un ambiente ó medio intelectual que mantiene entre los seres humanos y las cosas una solidaridad necesaria y perpetua; cada cerebro es un ganglio, una estación de un telégrafo *neurológico* universal en comunicación constante con la estación central y con todas las demás por medio de las vibraciones del pensamiento.

»El sol espiritual ilumina las almas, así como el sol material ilumina los cuerpos, porque el universo es *doble* y sigue la ley de los pares. El telegrafista ignorante interpreta mal los despachos divinos, y á menudo los trasmite de una manera errónea y ridícula. Así pues, la instrucción y la verdadera ciencia son los únicos medios capaces de destruir las supersticiones y los desatinos propagados por los ignorantes intérpretes establecidos en las *estaciones de enseñanza* de todos los pueblos de la tierra. Estos ciegos intérpretes del *Verbo*, la PALABRA, han procurado siempre imponer á sus discípulos la obligación de jurarlo todo sin examen, *in verba magistri*.

»¡Ay! Otra cosa no desearíamos, si tradujesen ellos con toda exactitud las voces *internas*, las cuales no engañan más que á aquellos que tienen *falsos espíritus* dentro de sí.

»Nuestro deber—dicen ellos—es interpretar los oráculos, y nadie más que nosotros ha recibido de los cielos esta misión; *spiritus flat ubi vult*, y no sopla más que en dirección nuestra...'

»El espíritu sopla en dirección de *todos*, y los rayos de la luz espiritual iluminan todas las conciencias; y cuando todos los cuerpos y todos los entendimientos reflejen igualmente esta doble luz, el mundo verá mucho más claro que en la actualidad.»

Hemos traducido y citado los anteriores fragmentos por su gran originalidad y por la completa verdad que encierran. Conocemos al escritor; la fama le proclama un gran kabalista, y unos pocos de sus amigos saben que es un hombre honrado y veraz.

Esta carta demuestra, además, que el autor ha estudiado bien y cuidadosamente la naturaleza camaleónica ó versátil de las inteligencias que presiden en los círculos espiritistas. Que estas inteligencias son de la misma especie y raza que aquellas de que con tanta frecuencia se hablaba en la antigüedad es tan poco dudoso como que los hombres de la generación presente son de la misma naturaleza que los seres humanos de los tiempos de Moisés. Las manifestaciones subjetivas proceden, bajo condiciones armoniosas, de aquellos seres que eran conocidos en la antigüedad con el nombre de «buenos demonios». Algunas veces, aunque muy raras, los espíritus planetarios—seres de una raza distinta de la nuestra—son los que producen tales manifestaciones; otras veces, son los espíritus de nuestros queridos amigos difuntos; en otros casos, son los espíritus naturales de una ó más de las innumerables razas de los mismos; pero la inmensa mayoría de las veces, son los espíritus terrestres elementarios, hombres perversos desencarnados, ó sea los Diakka de A. Jackson Davis.

No olvidamos lo que en otra parte hemos escrito acerca de los fenómenos medianímicos *subjetivos y objetivos*. No perdemos nunca de vista aquella distinción. Los hay buenos y malos en ambas clases. Un medium impuro atraerá hacia su propio interior impuro las influencias viciosas, depravadas y malignas, de un modo tan inevitable como el medium puro atrae únicamente las influencias buenas y puras. Uno de los más nobles ejemplos de esta última especie de mediums puede verse en la baronesa Adelman von Vay de Austria (por nacimiento condesa Wurmbbrandt), la cual, según nos la describe un corresponsal, es «la Providencia de sus vecinos». Emplea ella su poder medianímico para sanar á los enfermos y consolar á los afligidos. Para el rico, ella es un fenómeno; mas para los pobres, es un ángel bienhechor. Durante muchos años, ella ha visto y reconocido los espíritus de la naturaleza ó elementarios cósmicos, y los ha encontrado siempre complacientes. Pero esto es debido á que la baronesa es una mujer pura y buena. Otros corresponsales de la Sociedad Teosófica no han tenido la misma suerte al tropezar con estos seres frívolos y despreciables. El caso de la Habana, descrito en otra parte, es un ejemplo de esto.

Aunque los espiritistas jamás han creído en ellos, estos espíritus de la naturaleza son una realidad. Si los gnomos, sílfides, salaman-

dras y ondinas de los Rosacruces existían en tiempo de éstos, deben también existir hoy. *El guardián de los Umbrales* de Bulwer-Lytton es una concepción moderna, modelada sobre el antiguo tipo del *Sulanuth* (1) de los Hebreos y Egipcios, el cual está mencionado en el *Libro de Jasher*. (2)

Los Cristianos llaman á dichos espíritus «diablos», «engendros de Satanás» y con otros nombres característicos. No son ellos nada de esto, sino simples criaturas de materia etérea, irresponsables y ni buenas ni malas, á no ser que reciban la influencia de una inteligencia superior. Es muy chocante oír á los devotos católicos ultrajar y desfigurarse á estos espíritus de la naturaleza, cuando una de sus mayores autoridades, Clemente de Alejandría, se ocupó de ellos describiendo á estas criaturas tales como son en realidad. Clemente, que quizás fué un teurgista, así como era un neo-platónico, fundándose en buenas autoridades, hace notar que es absurdo llamar diablos (3) á tales espíritus, puesto que no pasan de ser unos ángeles inferiores; «los poderes que habitan los elementos, mueven los vientos y distribuyen las lluvias, y como tales, son agentes de Dios, y á él están sujetos.» (4)

Orígenes, que antes de hacerse cristiano había pertenecido á la escuela neo-platónica, era de la misma opinión. Porfirio es quien ha descrito á estos demonios más minuciosamente que ningún otro autor.

Cuando se conozca más á fondo la naturaleza posible de las inteligencias que se manifiestan, las cuales son consideradas por la ciencia como una «fuerza psíquica», y por los espiritistas como los mismos espíritus de los muertos, entonces, tanto los académicos como los creyentes, se dirigirán á los antiguos filósofos para saber mejor á qué atenerse sobre este punto.

Imaginémonos por un momento un orangután inteligente, ó un mono antropoideo africano desencarnado, ó sea privado de su cuerpo físico, y dotado de otro cuerpo astral, por no decir inmortal. Hemos encontrado en periódicos espiritistas muchos ejemplos de haber tenido lugar apariciones de perritos falderos y otros animales muertos.

(1) El *Sulanuth* se halla descrito en el capítulo LXXX, vers. 19, 20, de *Jasher*.

(2) «Y cuando los Egipcios se escondieron con motivo de la plaga de los mosquitos—una de las que se atribuyen á Moisés—ellos cerraron sus puertas detrás de sí, y Dios ordenó al *Sulanuth*...—un monstruo marino, añade el traductor con la mayor candidez en una nota—el cual se hallaba entonces en el mar, que saliera de él y fuera á Egipto... y el *Sulanuth* tenía largos brazos, de diez codos de longitud... y se subió encima de las techumbres arrancando y destrozando las vigas... y extendió sus brazos dentro de las casas, y removió las cerraduras y pestillos, y abrió las casas de Egipto... y la plaga de animales destruyó á los Egipcios, y les molestó de un modo excesivo.»

(3) *Strom*, vi, 17, § 159.

(4) *Idem*, vi, 3, § 30.

De consiguiente, según el mismo testimonio espiritista, debemos pensar que tales «espíritus» de animales se aparecen, aunque nos reservamos el derecho de creer, con los antiguos, que tales formas no son otra cosa que jugarretas de los elementales. Una vez franqueada la puerta de comunicación entre el mundo terrestre y el espiritual, ¿qué es lo que impide al mono producir fenómenos físicos como los que dicho mono ve llevar á cabo por los espíritus humanos? ¿Y por qué estos fenómenos no han de poder sobrepajar, en perfección y originalidad, á muchos de los que han sido atestiguados en las sesiones espiritistas? Contesten los espiritistas. El orangután de Borneo es muy poco inferior, si realmente lo es, en inteligencia al hombre salvaje. Mr. Wallace y otros grandes naturalistas citan ejemplos de su maravillosa perspicacia, por más que su cerebro sea inferior en volumen al del menos desarrollado de los salvajes. A estos monos les falta únicamente la palabra para ser hombres de un grado inferior. Los centinelas colocados por los monos; las habitaciones para dormir, escogidas y edificadas por los orangutanes; sus provisiones y cálculos en los peligros, lo cual revela algo más que instinto; el escoger sus caudillos á quienes obedecen, y el ejercicio de muchas de sus facultades; todo esto dá ciertamente á los monos el derecho de ocupar un lugar que esté por lo menos al nivel del que ocupan muchos de los australianos de cabeza aplastada. Como dice Mr. Wallace, «las necesidades intelectuales de los salvajes y las facultades actualmente ejercidas por ellos están muy poco por encima de las de los animales».

Ahora bien, se cree generalmente que no puede haber monos en el otro mundo, porque los monos no tienen «alma.» Pero á lo que parece, hay monos dotados de tanta inteligencia como muchos hombres; ¿por qué entonces estos hombres, que por ningún concepto son superiores á los monos, tienen espíritu inmortal y los monos no? Los materialistas contestarán que ni los unos ni los otros tienen espíritu, y que la aniquilación les sorprende á todos ellos en el momento de la muerte física. Pero los filósofos espiritualistas de todas épocas están de acuerdo en que el hombre ocupa un lugar que está un grado más elevado que el del animal y que posee algo que á éste le falta, importando muy poco que aquél sea el más estúpido de los salvajes, ó el más sabio de los filósofos. Los antiguos, como ya hemos visto, enseñaban que así como el hombre es una trinidad compuesta de cuerpo, espíritu astral y alma inmortal, el animal no es más que una dualidad, esto es, un sér dotado de un cuerpo físico y de un espíritu astral que le anima. Los sabios no pueden apreciar diferencia alguna entre los elementos constituyentes del cuerpo humano y los de los brutos; y los

kabalistas convienen con ellos hasta el punto de decir que los cuerpos astrales (ó, como dirían los físicos, «el principio de vida») del hombre y del bruto son *idénticos* en su esencia. El hombre físico no es otra cosa que el más elevado desarrollo de la vida animal. Si, como nos dicen los sabios, hasta el *pensamiento* es materia, y toda sensación, así de placer como de dolor, lo mismo que todo deseo pasajero, va acompañado de una perturbación en el éter; y si los intrépidos autores del *Universo Invisible* creen que se puede admitir que el pensamiento «afecte la materia de otro universo simultáneamente con la de éste;» ¿por qué, entonces, el grosero y brutal pensamiento de un orangután ó de un perro, imprimiéndose en las ondulaciones etéreas de la luz astral, lo mismo que el del hombre, no ha de poder asegurar al animal la continuación de la vida después de la muerte, ó «un estado futuro»?

Los kabalistas han sostenido y sostienen todavía que es antifilosófico admitir que el cuerpo astral del hombre pueda sobrevivir á la muerte corporal, y al mismo tiempo asegurar que el cuerpo astral del mono se descompone en moléculas independientes. Lo que sobrevive como una *individualidad* después de la muerte del cuerpo es el *alma astral*, llamada por Platón, en el *Timæus* y en *Gorgias*, *alma mortal*, porque, según la filosofía Hermética, va desprendiéndose de sus partículas materiales en cada cambio progresivo hacia una esfera más elevada. Sócrates refiere á Calicles (1) que esta *alma mortal* retiene todas las características del cuerpo después de la muerte de éste; hasta el punto de que un hombre marcado con azotes tendrá su cuerpo astral «lleno de cardenales y cicatrices.» El espíritu astral es una fiel copia ó duplicado del cuerpo, tanto bajo el punto de vista físico como espiritual. El espíritu divino, el más elevado é *inmortal*, no puede ser ni premiado ni castigado. Sostener una doctrina semejante sería á la vez un absurdo y una blasfemia, porque no es solamente una llama encendida en la fuente central é inagotable de luz, sino que es de hecho una porción de la misma, y es idéntica en su esencia. Asegura la inmortalidad al individuo astral proporcionalmente á las buenas disposiciones de este último para recibirlo. En tanto que el hombre *doble*, ó sea el hombre de carne y espíritu, se mantiene dentro de los límites de la ley de la continuidad espiritual; y en tanto que la divina centella permanece en él, por débil que sea su resplandor, está dicho hombre en camino de la inmortalidad en un estado futuro. Pero aquellos que se contentan con una existencia puramente material, haciéndose refractarios á la divina radiación que brota de su espíritu, al prin-

(1) «*Gorgias*.»

cipio de su peregrinación terrestre, y desoyendo los avisos é inspiraciones de este centinela, la conciencia, la cual viene á ser el punto donde se refleja la luz del alma; aquellos seres, decimos, habiendo dejado atrás la conciencia y el espíritu, y cruzado las fronteras de la materia, necesariamente tendrán que seguir las leyes de la misma.

La materia es tan indestructible y eterna como el mismo espíritu inmortal, pero solamente en sus partículas y no en sus formas organizadas. El cuerpo de una persona tan groseramente materialista como la que hemos descrito hace poco, habiendo sido abandonada por su espíritu antes de la muerte física, en el momento en que esta muerte ocurre, el alma astral, plástica y material como es, siguiendo las leyes de la materia ciega, se modela ella misma por completo en el molde que el vicio ha ido gradualmente preparando para ella durante la vida terrena del individuo. Entonces—como dice Platón,—asume ella la forma de aquel «animal al cual más se parecía en su mala conducta» (1) durante su vida. «Es una antigua creencia—nos dice—el que las almas, partiendo de aquí, moran en el Hades y vuelven de allí otra vez, y son engendradas de los muertos (2)... Pero aquellos que han vivido una vida eminentemente santa son los que llegan á la pura mansión SUPERIOR, y HABITAN EN LAS REGIONES MAS ELEVADAS de la tierra» (3) (la región etérea.) En el *Phædrus* dice además que cuando un hombre ha terminado su *primera* vida (en la tierra), algunos van á unos lugares de castigo situados *debajo* de la tierra (4). Esta región *inferior* de la tierra, los kabalistas no la consideran como un lugar emplazado en el interior de nuestro globo, sino que sostienen que es una esfera muy inferior en perfección á la tierra y mucho más material.

De todos los modernos especuladores acerca de las aparentes incongruencias del *Nuevo Testamento*, únicamente los autores del *Universo Invisible* parece que han percibido un vislumbre de sus kabalísticas verdades respecto la *gehenna* (5) del universo (6). Este *gehenna*, llamado por los ocultistas la *octava* esfera (contándolas al revés), es sencillamente un planeta como el nuestro, *ligado á éste y siguiéndole en*

(1) «*Timæus*.»

(2) Cory: «*Phædro*» I, 69.

(3) Cory: «*Phædro*» I, 123.

(4) Cory: *Phædrus*; «*Platón*,» de Cory, 325.

(5) *Gehenna*, ó valle de Hennom entre los hebreos. En algunos casos es sinónimo de *infierno* ó lugar de abominación; sin embargo, como dice la autora en *The Theosophical Glossary*, no es en manera alguna el infierno, sino un valle de las cercanías de Jerusalén, en donde los israelitas inmolaban sus niños á Moloch. En dicho valle había un sitio en el cual se conservaba continuamente un fuego destinado á objetos curativos (N. del Tr.)

(6) Véase «*El Universo Invisible*,» pgs. 205, 206.

su penumbra; una especie de caverna sepulcral, un «sitio en donde todos sus desperdicios é impurezas son consumidos»—citando una expresión de los autores anteriormente mencionados,—y en el cual todas las escorias y residuos de la materia cósmica perteneciente á nuestro planeta se hallan en un continuo estado de remodelación.

La doctrina secreta enseña que el hombre, si logra la inmortalidad, seguirá siendo perpétuamente la trinidad que es durante la vida, y que continuará así al través de todas las esferas. El cuerpo astral, que durante la vida está cubierto por una grosera envoltura física, se convierte, á su vez—cuando se ve libre de esta envoltura por el proceso de la muerte corporal,—en la cubierta de otro cuerpo más etéreo. Este empieza á desarrollarse desde el momento de la muerte, y llega á su perfección cuando el cuerpo astral de la forma terrestre se separa definitivamente de él. Este proceso, según se dice, se repite á cada nueva transición de una á otra esfera. Pero el alma inmortal, «la centella argentina» observada por el Dr. Fenwick en el cerebro de Margrave (1) y no encontrada por él en los animales, jamás cambia, y siempre permanece inalterable «á pesar de la destrucción de su tabernáculo.» Las descripciones que Porfirio, Jámblico y otros autores hacen de los espíritus de animales que habitan en la luz astral, están corroboradas por las de muchos de los clarevidentes más lúcidos y dignos de fé. Algunas veces, las formas animales se materializan, haciéndose de este modo visibles para todas las personas presentes en una sesión espiritista. En sus *Habitantes del Otro Mundo*, el coronel H. S. Olcott describe una ardilla materializada que acompañaba á un espíritu de mujer á la vista de los espectadores, desapareciendo y reapareciendo ante sus ojos varias veces, y que finalmente siguió al espíritu hasta dentro del gabinete.

Sigamos adelante en nuestro argumento. Si existe algo parecido á la existencia en el mundo espiritual después de la muerte del cuerpo, debe tener lugar en armonía con la ley de la evolución. Coge al hombre desde su sitio en el vértice de la pirámide de materia, y le eleva á una esfera de existencia en la cual le sigue la misma ley inexorable. Y si le sigue á él, ¿por qué no ha de seguir también á todas las demás cosas de la naturaleza? ¿Por qué deben escapar á esta ley los animales y las plantas desde el momento en que unos y otras tie-

(1) Véase Bulwer Lytton: «*Historia Extraña*», p. 76. No conocemos nada en literatura donde pueda encontrarse una descripción más viva y más bella de esta diferencia entre el principio de vida del hombre y el de los animales que en los párrafos á los cuales acabamos de hacer referencia. (Este pasaje ó capítulo ha sido traducido y publicado en el número 16 de la primera serie de los ESTUDIOS TEOSÓFICOS.—N. del Tr.)

nen su correspondiente principio vital, y cuyas formas groseras se destruyen como las humanas, cuando su principio de vida les abandona? Si el cuerpo astral del hombre se hace más etéreo, al pasar á otras esferas, ¿por qué no sucede otro tanto con el animal y el vegetal? Estos, lo mismo que él, han procedido de la materia cósmica condensada, y ninguno de nuestros físicos puede notar la más leve diferencia entre las moléculas de los cuatro reinos de la naturaleza, los cuales son especificados de este modo por el profesor Le Conte:

4. *Reino animal.*
3. *Reino vegetal.*
2. *Reino mineral.*
1. *Elementos.*

El progreso de la materia desde cada uno de estos planos al superior, es continuo; y según opina Le Conte, no existe en la naturaleza fuerza alguna capaz de elevar la materia de una vez desde el número 1 al núm. 3, ó desde el núm. 2 al núm. 4, sin detenerse ni recibir un aumento de fuerza de una calidad distinta en un plano intermedio.

Ahora bien, pretendería alguien decir que, exceptuando un número dado de moléculas, *originaria y constantemente homogéneas, y todas ellas animadas é impulsadas por el mismo principio de evolución*, ¿pueda un cierto número de dichas moléculas ser conducido al través de los cuatro reinos, hasta llegar al resultado final en que se desenvuelve el hombre inmortal, y que en cambio no pueda admitirse que las restantes moléculas progresen más allá de los planos 1, 2 y 3? ¿Por qué razón no deben tener *todas* estas moléculas un mismo porvenir ante ellas, convirtiéndose el mineral en planta, la planta en animal, y el animal en hombre, si no sobre *esta* tierra, al menos en alguno de los infinitos reinos del espacio? La armonía—que la geometría y las matemáticas (las únicas ciencias exactas) demuestran ser la ley del universo—sería destruida si la evolución se manifestase en toda su perfección en el hombre únicamente, estando limitada é imperfecta en los reinos inferiores. Lo que la lógica sugiere, la psicometría lo confirma; y como hemos dicho antes, no es inverosímil que algún día los hombres de ciencia erijan un monumento á José R. Buchanan, su moderno descubridor. Si un fragmento de mineral, una planta fosilizada ó una forma animal dá al psicómetra representaciones tan vivas y precisas de sus condiciones pasadas, de igual manera que un fragmento de hueso humano sugiere distintas particularidades del individuo al cual pertenecía, es muy natural deducir de esto que un

mismo espíritu sutil penetra toda la naturaleza, siendo inseparable de todas las substancias así orgánicas como inorgánicas. Si los antropólogos, fisiólogos y psicólogos están igualmente perplejos ante las causas primeras y finales, y ante el hecho de encontrar en la materia tanta similitud en todas sus formas, mientras que en el espíritu encuentran tales abismos de diferencia, esto quizás no se debe á otra causa sino á que sus investigaciones están concretadas á nuestro globo visible, y á que ellos no pueden, ó no se atreven, á ir más lejos. El espíritu de un mineral, de una planta ó de un animal puede empezar á tomar forma aquí y alcanzar su final desarrollo millones de siglos después en otros planetas conocidos ó desconocidos, visibles ó invisibles para los astrónomos. Porque ¿quién es capaz de refutar la teoría previamente indicada de que la tierra misma, así como las criaturas vivientes á las cuales ha dado origen, se convertirá, por último, después de haber pasado por su correspondiente estado de muerte y disolución, en un planeta astral eterificado? «Tal como es arriba, así es abajo;» la armonía es la gran ley de la naturaleza.

La armonía en el mundo físico y matemático de los sentidos es *justicia* en el mundo espiritual. La justicia produce armonía, y la injusticia discordia; y discordia, en la escala cósmica, es sinónima de caos y aniquilación.

Si existe en el hombre un espíritu inmortal desarrollado, lo mismo debe tener lugar en todas las demás cosas, al menos en un estado germinal ó latente, no debiendo ser más que cuestión de tiempo, para cada uno de estos gérmenes, el llegar á su pleno desarrollo. ¿Qué grave injusticia no sería la de que un criminal empedernido, el autor de un brutal asesinato, estando en el pleno ejercicio de su libre voluntad, tuviese un espíritu inmortal que, andando el tiempo, pudiese ser purificado de sus pecados y gozar de una felicidad perfecta, mientras que un pobre caballo, inocente de todo crimen, tenga que sufrir y trabajar bajo la despiadada tortura del látigo de su amo durante toda su vida, para ser aniquilado más tarde, en el momento de su muerte? Una creencia semejante implica una injusticia grosera, y no puede encontrarse más que entre gentes á las cuales se les ha enseñado el dogma de que todas las cosas han sido creadas para el hombre, y que éste es el único soberano del universo; un soberano tan poderoso que, para salvarle de las consecuencias de sus deslices, se necesitó nada menos que el Dios del universo muriese para aplacar su divina y justa cólera.

Si el salvaje más abyecto, con un cerebro «muy poco inferior al de un filósofo» (1) (habiéndose este último desarrollado físicamente á

(1) A. B. Wallace: «*La acción de la selección natural en el hombre.*»

fuerza de siglos de civilización), es todavía, en cuanto al ejercicio actual de sus facultades mentales, muy poco superior á un animal, ¿es justo inferir que dicho salvaje y el mono no tendrán la oportunidad de convertirse en filósofos; el mono en este mundo, y el hombre en otro planeta distinto, poblado igualmente por seres creados según *alguna otra imagen de Dios?*

El profesor Denton dice, hablando del porvenir de la psicometría: «La Astronomía no desdeñará el auxilio de esta facultad. De la propia manera que cuando nos remontamos á los primitivos periodos geológicos se descubren nuevas formas de seres orgánicos, así también se pondrán de manifiesto nuevas agrupaciones de estrellas y nuevas constelaciones, cuando los cielos de aquellas remotas edades sean examinados por la penetrante mirada de los psicómetros venideros. Un mapa exacto y minucioso de la bóveda estrellada durante el periodo siluriano podría revelarnos muchos secretos que ahora somos incapaces de descubrir... ¿Por qué motivo nosotros hemos de vernos en la imposibilidad de leer la historia de los diversos cuerpos celestes..., su historia geológica y natural, y quizás su historia humana?... Tengo buenas razones para creer que no faltarán psicómetros hábiles y ejercitados que puedan viajar desde uno á otro planeta, y leer minuciosamente sus condiciones actuales y su pasada historia.» (1)

Herodoto nos dice que en la parte más elevada de la octava torre de Belo, en Babilonia, ocupada por los sacerdotes astrólogos, existía un aposento ó santuario en donde las sacerdotisas profetizantes entraban en sueño para recibir las comunicaciones del dios. Junto al lecho había una mesa de oro, encima de la cual estaban dispuestas varias piedras, que, según nos refiere Maneton, eran aerolitos. Las sacerdotisas desarrollaban la visión profética en sí mismas, oprimiendo una de estas piedras sagradas contra su cabeza y pecho. Lo mismo tenía lugar en Thebas y en Patara, en Lycia. (2)

Esto parece indicar que la psicometría era conocida y extensamente practicada por los antiguos. Hemos visto consignado en alguna parte que el profundo conocimiento que, al decir de Draper, atesoraban los antiguos astrónomos Caldeos acerca de los planetas y de las relaciones de éstos era obtenido más por la adivinación del betylos, ó piedra meteórica, que por medio de los instrumentos astronómicos. Estrabón, Plinio y Helancio, todos ellos hablan del poder eléctrico ó electro-magnético del betylo.

Dichos minerales eran adorados desde la más remota antigüedad,

(1) W. Denton: «*El Alma de las cosas*», p. 273.

(2) «*Herodoto*», lib. I, c. 181.

en Egipto y en Samotracia, y eran considerados como piedras magnéticas «conteniendo almas que habían caído de los cielos»; y los sacerdotes de Cybeles llevaban consigo un pequeño betylos. ¡Cuán curiosa es la coincidencia que se observa entre las prácticas de los sacerdotes de Belo y los experimentos del profesor Denton!

La psicometría—hace observar muy justamente Buchanan—nos pondrá en camino para poder «... descubrir el vicio y el crimen. Ningún acto criminal... podrá escapar á la penetración del psicómetro siempre y cuando sus facultades hayan sido convenientemente desarrolladas... el infalible descubrimiento de un delito por medio de la psicometría (aunque el acto se haya realizado con el mayor secreto) anulará todo encubrimiento y misterio.» (1)

Hablando de los elementarios, dice Porfirio: «Estos seres invisibles han recibido de los hombres honores como si fueran dioses... la creencia universal los juzga capaces de transformarse en seres muy malévolos, lo cual prueba que su cólera se excita, haciendo blanco de sus iras á todos aquellos que no se cuidan de tributarles la adoración que les corresponde.» (2)

Homero describe los elementarios en los términos siguientes: «Nuestros dioses se nos aparecen cuando les ofrecemos sacrificios... sentándose á nuestra mesa, ellos toman parte en nuestros festines. Donde quiera que ellos encuentren algún Fenicio que viaje solo, le sirven de guía, y de una manera ú otra dan á conocer su presencia. Podemos decir que *nuestra piedad* nos acerca tanto á ellos como el crimen y la efusión de sangre unieron á los Cíclopes con la raza feroz de los gigantes.» (3)

Lo que se acaba de exponer prueba que estos dioses eran *demonios* amables y benéficos, y que tanto si fuesen espíritus *desencarnados* como seres elementarios, ellos no eran *diablos*.

Porfirio, que era un discípulo directo de Plotino, se expresa todavía más explícitamente respecto á la naturaleza de estos espíritus. «Los demonios—dice—son invisibles; pero saben la *manera de revestirse* de formas y figuras sujetas á numerosas variaciones, lo cual puede explicarse por su naturaleza, *que tiene mucho de corpórea en sí misma*. Su mansión está próxima á la tierra... *y cuando pueden burlar la vigilancia de los demonios buenos, no hay maldad que no se atrevan ellos á cometer*. Unas veces apelan á la fuerza brutal; otras á la astucia.» (4)

(1) «Antropología», p. 125.

(2) «De los sacrificios á los Dioses y Demonios», cap. 11.

(3) *Odisea*, libro VII.

(4) Porfirio: *De los Sacrificios á los Dioses y Demonios*, cap. 11.

Y más lejos añade: «Es para ellos un juego de niños excitar en nosotros las malas pasiones, inculcar en las naciones y en las sociedades doctrinas turbulentas, provocando guerras, sediciones y otras calamidades públicas, y luego decirnos que todo esto es obra de los dioses... Estos espíritus se pasan el tiempo burlando y engañando á los mortales, produciendo á su alrededor ilusiones y prodigios; y su mayor ambición es hacerse pasar por dioses y almas (espíritus desencarnados.»⁽¹⁾)

Jámblico, el gran teurgista de la escuela neo-platónica y hombre versado en la sagrada magia, nos enseña que «los buenos demonios se nos aparecen en *realidad*, al paso que los malos no pueden manifestársenos sino *bajo las quiméricas formas de fantasmas*.» Más adelante, corroborando las opiniones de Porfirio, nos dice que: «... los buenos demonios no temen la luz, mientras que los malos necesitan las tinieblas... Las sensaciones que ellos excitan en nosotros nos hacen creer en la presencia y realidad de las cosas que nos muestran, por más que tales cosas no existan.»⁽²⁾

Hasta los teurgistas más prácticos corren peligro algunas veces en sus relaciones con ciertos elementarios; y así vemos á Jámblico asegurar que «los dioses, los ángeles, los demonios, lo mismo que las almas, pueden ser obligados por medio de la evocación y de las oraciones... Pero cuando, durante las operaciones teúrgicas, se comete una equivocación, hay que guardarse mucho. No os figuréis estar comunicando con divinidades benéficas que responden á vuestra fervorosa plegaria; no, porque ellas son perversos demonios que no tienen más que la apariencia de los buenos. Porque los elementarios con frecuencia adoptan la semejanza de dioses, y usurpan un rango muy superior al que realmente ocupan. Sus mismas fanfarronadas les hacen traición.»⁽³⁾

Hace unos veinte años, el Barón du Potet, disgustado por la indiferencia de los sabios que se empeñaban en no querer ver, en los más grandes fenómenos psíquicos, otra cosa que el resultado de hábiles supercherías, desahogó su indignación en los términos siguientes:

«¡Heme aquí, puedo decir con mucha razón que me hallo en camino del país de las maravillas! Estoy preparándome para dejar pasmado á todo el mundo y excitar la risa de nuestros sabios más encopetados... porque yo estoy convencido de que *fuera de nosotros*

(1) Porfirio: *De los Sacrificios á los Dioses y Demonios*, cap. 11.

(2) Jámblico: «*De Mysteriis Egyptorum*»

(3) Jámblico: «*Sobre la diferencia entre los Demonios, las Almas, etc.*»

existen *agentes de una potencia inmensa*, y de que estos agentes pueden *entrar dentro de nosotros*, mover nuestros miembros y órganos, y hacer de nosotros todo cuanto se les antoje. Esta era, después de todo, la creencia de nuestros padres y de toda la antigüedad. No hay religión que no haya admitido la realidad de los *agentes espirituales*... Recordando los innumerables fenómenos que yo he producido á la vista de millares de personas; viendo *la bestial indiferencia de la ciencia oficial* ante un descubrimiento que transporta la mente á las regiones de lo desconocido (*sic*); hallándome viejo, precisamente en *la ocasión en que yo debía haber nacido*..., no sé si hubiera sido mejor para mí el haber participado de la común ignorancia.

»He sufrido que se escribiesen calumnias contra mí sin que yo las refutase... Unas veces es la tonta ignorancia la que habla, y entonces doy la llamada por respuesta; otras veces, sin embargo, la gente superficial, levantando su voz, lanza una bravata, y en tales casos estoy fluctuando en la duda de contestar ó no. ¿Es esto desidia ó indiferencia? ¿Es que el temor tiene fuerza bastante para acobardar mi espíritu? No; ninguna de estas causas puede hacer mella en mí; conozco sencillamente que es necesario probar lo que uno afirma, y esto me detiene. Porque al justificar mis afirmaciones, y al mostrar el HECHO viviente que prueba la verdad y mi buena fé, sacaría FUERA DEL RECINTO DEL TEMPLO la sagrada inscripción QUE NINGÚN OJO PROFANO DEBE JAMÁS LEER.

»¿Dudais vosotros de la brujería y de la magia? ¡Oh, verdad!, tu posesión es una carga abrumadora.» (1)

Des Mousseaux, con una hipocresía que por mucho que se busque no se encuentra más que en la iglesia, en interés de la cual escribe, Des Mousseaux, decimos, cita el pasaje que acabamos de copiar, como una prueba positiva de que este desgraciado sabio y todos cuantos participan de sus creencias están bajo el dominio del *espíritu maligno*.

La satisfacción de sí mismo constituye el obstáculo más serio con que tropieza el espiritista moderno para estudiar y aprender. Los treinta años que lleva experimentando fenómenos le parecen suficientes para que las relaciones intermundanas queden bien sentadas sobre una base sólida é inamovible. Estos treinta años no solamente le han aportado la convicción de que los muertos se comunican, probando así la inmortalidad del espíritu, sino que además han inculcado en su mente la idea de que poco ó nada puede saberse tocante al otro mundo, como no sea por la intervención de los mediums.

(1) Du Potet: *La Magie Devoilée*.

Para los espiritistas, ó no existen los recuerdos del pasado, ó dado caso de que ellos conozcan los tesoros recopilados por la Historia, los miran como hechos que no llegan á la altura de sus propios experimentos. Y sin embargo, los problemas que tanto les mortifican fueron resueltos, millares de años hace, por los teurgistas, quienes han dejado las claves de dichos problemas á disposición de todos cuantos deseen estudiarlos de la manera conveniente y con pleno conocimiento. ¿Es posible que la naturaleza haya cambiado su obra, y que nosotros nos encontremos con unos espíritus y unas leyes que en nada se parezcan á los espíritus y á las leyes de la antigüedad? ¿O puede acaso cualquier espiritista imaginarse que él sabe tanto ó más, en materia de fenómenos medianímicos ó sobre la naturaleza de los varios espíritus, que toda una casta sacerdotal cuyos individuos emplearon su vida en la práctica de la teurgia, la cual había sido conocida y estudiada por ellos durante siglos innumerables? Si los relatos de Owen, Hare, Edmonds, Crookes y Wallace son creíbles, ¿por qué no lo han de ser los de Herodoto, «padre de la Historia», los de Jámblico y de Porfirio y los de centenares de otros antiguos autores? Si los espiritistas tienen sus fenómenos realizados bajo condiciones de prueba, también los tenían en iguales condiciones los antiguos teurgistas, cuya historia demuestra además que ellos podían producir dichos fenómenos y variarlos á voluntad. El día en que este hecho sea reconocido, y en que las estériles especulaciones de los investigadores modernos cedan su sitio al paciente estudio de las obras de los teurgistas, señalará la aurora de nuevos é importantes descubrimientos en el campo de la psicología.

CAPÍTULO X.

Τῆς δὲ γὰρ ἐκ τριᾶδος πρῶτο πνεύματι πνεύματι—ἐκέρχασε.—TAY.: *Lyd. de Mens.*, 20

«Las almas más poderosas perciben por sí mismas la verdad, y son de una naturaleza más inventiva. Tales almas se salvan por medio de su propia fuerza, según el oráculo.»—PROCLO, en *I Alc.*

«Puesto que el alma perpétuamente recorre y *pasa á través de todas las cosas* en un determinado espacio de tiempo, una vez efectuado esto, se ve inmediatamente obligada á retroceder de igual modo á través de todas las cosas, y á proceder por el mismo orden de generación en el mundo... porque tantas veces como las mismas causas se repiten, tantas veces también se repetirán los mismos efectos.»

FICIN. de *Im. An.*, 129. *Oráculos Caldeos.*

«Si no se le asigna algún fin peculiar, el estudio es una artificiosa frivolidad de la mente.»—YOUNG.

DESDE el momento en que se forma el embrión, hasta aquel en que el hombre caduco lanza su último suspiro y es depositado en la tumba, así el principio como el fin han escapado á la penetración de la ciencia escolástica; todo es vacío antes de nosotros, todo es caos después, por el motivo de que nada se sabe de cierto en cuanto á las relaciones que existen entre el espíritu, el alma y el cuerpo, ya sea antes ó después de la muerte. Hasta el mismo principio vital constituye un enigma indescifrable, en cuyo estudio el materialismo ha agotado en vano sus fuerzas intelectuales. En presencia de un cadáver, el fisiólogo escéptico permanece mudo cuando alguno de sus discípulos le pregunta de dónde venía el primer habitante de aquella caja vacía, y á dónde se ha ido. Por lo tanto, no le quedan al discípulo más que dos soluciones: ó darse por satisfecho, como su maestro, con la explicación de que el protoplasma forma al hombre, y que la fuerza vitalizada y la voluntad consumen ahora su cuerpo, ó bien salir de las paredes de su colegio y abandonar los libros de su biblioteca, si quiere encontrar una explicación del misterio.

En ciertas ocasiones es tan interesante como instructivo el seguir á las dos grandes rivales, la ciencia y la teología, en sus frecuentes escaramuzas. No todos los hijos de la Iglesia son tan desgraciados, en sus empresas para defenderla, como el pobre abate Moigno, de París. Este respetable, y sin duda alguna bien intencionado teólogo, en su infructuosa tentativa para refutar los argumentos de libre-pensadores tales como Huxley, Tyndall, Du Bois-Raymond, y muchos otros, ha sufrido un triste fracaso. En sus argumentos contraproducentes, su éxito ha sido más que dudoso, y como recompensa por su trabajo, la «Congregación del Índice» prohibió la circulación de su libro entre los fieles.

Es una empresa muy peligrosa el aventurarse, sin ayuda alguna, en una polémica con los hombres de ciencia sobre ciertas cuestiones innegables que están bien demostradas por la investigación experimental. En aquellos puntos que ellos *conocen*, no hay quien los pueda atacar, y hasta tanto que la antigua fórmula sea destruída por sus propias manos y reemplazada por otra de más reciente invención, no hay la menor ventaja en batirse con Aquiles, á menos que uno sea bastante afortunado para agarrar por su talón vulnerable al dios de ligeros piés. En cuanto á este talón nuestros sabios se hacen el desentendido.

Ingenioso ardid fué el que empleó cierto célebre predicador para poder alcanzar aquella parte vulnerable. Antes de referir los hechos extraordinarios y bien auténticos con que nos proponemos llenar este capítulo, será conveniente demostrar una vez más lo débil que es la ciencia moderna ante cada uno de los hechos de la naturaleza que no pueden comprobarse por medio del crisol ni de la retorta. Las siguientes líneas son unos pocos fragmentos de una serie de conferencias dadas por el P. Félix, en *Notre Dame*, tituladas *Misterio y Ciencia*. Valen bien la pena de ser traducidos y citados en esta obra, que está inspirada precisamente en el mismo espíritu que el demostrado por el predicador. Una vez al menos, la Iglesia redujo al silencio, durante algún tiempo, á su arrogante y tradicional enemigo á la faz de los ilustrados académicos.

Se sabía que el famoso predicador, respondiendo al general deseo de los fieles, y obedeciendo quizás las órdenes de sus superiores eclesiásticos, había estado preparándose para un gran esfuerzo de oratoria, y la histórica Catedral estaba llena de una inmensa concurrencia. En medio de un silencio profundo, empezó el P. Félix su discurso, del cual entresacamos los siguientes párrafos, que bastan para nuestro objeto:

«Una portentosa palabra ha sido pronunciada contra nosotros para poner frente á frente al progreso con el Cristianismo; esta palabra es la CIENCIA. Tal es la formidable evocación con la cual se pretende aterrarnos. A todo cuanto podamos decir nosotros para basar el progreso en el Cristianismo, tienen ellos preparada siempre una respuesta: esto no es *científico*. Decimos nosotros revelaciones: la revelación no es científica; decimos nosotros milagro: el milagro no es científico.

»Así es como el anticristianismo, fiel á su tradición, y ahora más que nunca, pretende matarnos por medio de la ciencia. Principio de *tinieblas*, él nos amenaza con la luz, y él mismo se proclama la luz.....

»Cien veces me he preguntado: ¿Qué viene á ser, pues, esta ciencia terrible que está á punto de devorarnos?... ¿Es la ciencia matemática?... pero nosotros tenemos también nuestros matemáticos. ¿Es la Física?, ¿la Astronomía?, ¿la Fisiología?, ¿la Geología? Pero dentro del Catholicismo, nosotros contamos con astrónomos, físicos, geólogos (1) y fisiólogos que hacen algún papel en el mundo científico, que tienen su sillón en la Academia y su nombre en la historia. Según parece, lo que debe hundirnos no es ésta ni aquélla ciencia, sino la ciencia en general.

»¿Y por qué profetizan ellos la destrucción del Cristianismo por la ciencia? Escuchad..... nosotros debemos perecer á los golpes de la ciencia porque enseñamos misterios, y porque los misterios cristianos están en completa oposición con la ciencia moderna... El misterio es la negación del sentido común; la ciencia lo rechaza; la ciencia lo condena; ella ha hablado: ¡Anatema!

»¡Ah!, teneis razón; si el misterio Cristiano es tal como vosotros declarais, entonces, en nombre de la ciencia, caiga vuestro anatema sobre él. Nada hay tan antipático á la ciencia como el absurdo y la contradicción. Pero ¡gloria sea dada á la verdad! los misterios del Cristianismo son otra cosa muy distinta. Si fuesen lo que vosotros creéis, os veríais obligados á explicar el más inexplicable de los misterios: ¿cómo se comprende que durante cerca de 2000 años, tantos talentos privilegiados y tantos hombres de genio hayan abrazado nuestros misterios, sin ocurrírseles siquiera renegar de la ciencia ó renunciar á la razón? (2) Por mucho que ponderéis vuestra moderna ciencia,

(1) No sabemos si el Padre Félix está dispuesto á incluir á S. Agustin, Lactancio y á Bede en esta categoría.

(2) ¿Por ejemplo, Copérnico, Bruno y Galileo? Para más detalles véase el «*Index Ex-purgatorius*». Indudablemente, mucha verdad encierran algunos refranes populares, como aquel que dice: «Con un grito la audacia arrastra á las ciudades tras de sí.»

el moderno pensamiento y el moderno genio, el hecho es que antes del año 1789 también existían sabios.

»Si nuestros misterios son tan manifiestamente absurdos y contradictorios, ¿cómo se explica que tales genios poderosos los hayan aceptado sin el menor asomo de duda?... Pero Dios me libre de insistir en la demostración de que el misterio no implica ninguna contradicción con la ciencia!... ¿De qué serviría el probar, por medio de metafísicas abstracciones, que la ciencia puede reconciliarse con el misterio, cuando todo lo que existe en la creación demuestra de un modo incontestable que el misterio en todas partes confunde á la ciencia? Nos pedís que os demostremos, sin que subsista la menor duda, que la ciencia exacta no puede admitir el misterio; Yo os contesto resueltamente que no puede eludirlo. El Misterio es la FATALIDAD de la ciencia.

»¿Escogeremos nuestras pruebas? Dirijamos primero la vista en torno del mundo puramente material, desde el átomo más diminuto hasta el sol más majestuoso. Si luego procurais abarcar en la unidad de una sola ley á todos estos cuerpos y sus movimientos, si buskais la palabra que explique, en este vasto panorama del universo, esta prodigiosa armonía, donde todo parece obedecer al imperio de una sola fuerza, pronunciáis una palabra para expresarla, y decís *Atracción*... Sí, atracción: este es el sublime compendio de la ciencia de los cuerpos celestes. Decís vosotros que al través del espacio estos cuerpos se reconocen y atraen los unos á los otros; que se atraen en proporción á sus masas y en razón inversa del cuadrado de sus distancias. Y de hecho, hasta el momento presente, nada ha sucedido que pueda desmentir esta afirmación, antes al contrario, todo ha confirmado una fórmula que ahora reina como soberana en el IMPERIO DE LA HIPÓTESIS, y por lo tanto, debe desde ahora merecer la categoría de axioma irrefutable.

»Señores: con toda mi alma presto mi homenaje científico á la soberanía de la atracción. No seré yo quien pretenda oscurecer en el mundo de la materia una luz que se refleja en el mundo de los espíritus. El imperio de la atracción es palpable, es soberano, entra por nuestros ojos.

»Pero ¿qué es esta atracción?, ¿quién ha visto la atracción?, ¿quién ha encontrado la atracción?, ¿quién ha tocado la atracción? ¿Cómo es que estos cuerpos silenciosos, *inteligentes*, insensibles ejercitan inconscientemente uno sobre otro esta reciprocidad de acción y de reacción que los mantiene en un común equilibrio y unánime armonía? *Es esta fuerza que atrae un sol hacia otro sol, un átomo hacia otro*

átomo, un mediador invisible que va de uno á otro? Y en tal caso ¿qué es este mediador?, ¿de dónde le viene esta fuerza que sirve de intermediario, y este poder que todo lo abarca, y del cual no pueden escapar ni el sol ni el átomo? ¿Esta fuerza es ó no alguna cosa distinta de los elementos mismos que se atraen los unos á los otros?... ¡Misterio! ¡Misterio!

»Sí, señores; esta atracción que brilla con tanto esplendor al través del mundo material permenece para vosotros en las profundidades de un misterio impenetrable. Ahora bien: porque ella sea un misterio, negaréis su realidad que estais tocando y su dominio que os subyuga?... Y por otra parte, observad que hay tanto misterio en los fundamentos de toda ciencia, que si quisierais excluir el misterio, os veríais obligados á suprimir la ciencia misma. *Imaginad la ciencia que queráis, seguid el magnífico vuelo de sus deducciones...* en cuanto hayáis llegado á la fuente de su origen, os encontraréis cara á cara con lo *desconocido*. (1)

»¿Quién ha sido capaz de penetrar el secreto de la formación de un cuerpo, la generación de un simple átomo? ¿Qué es lo que existe, no digo en el centro de un sol, sino en el centro de un átomo? ¿Quién ha sondeado hasta el fondo el abismo de un grano de arena? El grano de arena, señores, ha sido estudiado durante cuatro mil años por la ciencia; ella lo ha vuelto y revuelto; lo divide y lo subdivide; lo martiriza con sus experimentos; ella le agobia con sus preguntas para arrancarle la última palabra respecto de su constitución secreta, y le pregunta con curiosidad insaciable: '¿Podré yo dividirte hasta el infinito?' Entonces, suspendida sobre este abismo, la ciencia titubea, vacila, siéntese turbada, se ofusca, y en su desesperación esclama: ¡YO NO SÉ NADA!

»Pero si sois tan fatalmente ignorantes acerca de la génesis y naturaleza oculta de un grano de arena, ¿cómo podéis tener una intuición respecto á un simple sér viviente? ¿De dónde le viene la vida al sér viviente? ¿Cuándo empieza? ¿Qué es el principio de vida?» (2).

¿Pueden los sabios contestar al elocuente fraile? ¿Pueden ellos librarse de su lógica contundente y despiadada? Sin duda alguna el misterio les rodea por todos lados; y la *Ultima Thule*, sea de Herbert Spencer, de Tyndall ó de Huxley, tiene escritas sobre las cerra-

(1) A buen seguro que ni Herbert Spencer ni Huxley impugnarán esta afirmación. Pero el Padre Félix parece que no siente los efectos de la deuda que habia contraído con la ciencia; si hubiese dicho esto en Febrero de 1600, se exponía á compartir la suerte del desgraciado Bruno.

(2) «*Le Mystère et la Science*». Conferencias por el P. Félix, de *Notre Dame*; des Mousseaux: «*Hauts Phen. Magic*».

das puertas las palabras INCOMPRESIBLE, INDESCIFRABLE. Valiéndonos de una metáfora, la ciencia puede compararse á los brillantes rayos de luz de un astro que resplandece al través de los desgarrones de una capa de espesas y negras nubes. Si sus partidarios no pueden definir aquella misteriosa atracción, que mantiene unidas en una masa concreta las partículas materiales que forman el guijarro más insignificante de las playas del Océano, ¿cómo pueden fijar los límites donde termina lo posible y empieza lo imposible?

¿Por qué debe existir una atracción entre las moléculas de la materia, y no entre las del espíritu? Si de la porción material del éter, en virtud de la constante agitación de sus partículas, pueden proceder las formas de los mundos y sus especies vegetales y animales, ¿por qué de la porción espiritual del mismo éter no pueden haberse desarrollado las sucesivas razas de los seres, desde la mónada hasta el hombre, desenvolviéndose de cada forma inferior otra más elevada, hasta completarse la evolución en nuestra tierra, con la producción del hombre inmortal? Como se verá, prescindimos, por un momento, de los hechos aducidos que prueban el caso, y sometemos éste al arbitrio de la lógica.

Sea cual fuere el nombre con que los físicos llamen al principio que anima á la materia, nada importa; es algo sutil ajeno á la materia misma, y, como escapa á su investigación, debe ser algo distinto de la materia. Si se admite que la ley de atracción gobierna á ésta, ¿por qué el otro debe ser excluido de toda influencia por parte de dicha ley? Dejando que la lógica conteste á esto, nos dirigimos á la experiencia común del género humano, y encontramos en ella una masa de testimonios corroborando la inmortalidad del alma, si nosotros juzgamos sólo por las analogías. Pero tenemos más que esto, tenemos el irrecusable testimonio de millares y millares de personas, de que existe una ciencia regular del alma, ciencia que, por más que ahora se le niegue el derecho de ocupar un lugar entre las otras ciencias, es una ciencia. Esta ciencia, penetrando en los arcanos de la naturaleza mucho más allá de los límites posibles que nuestra moderna filosofía haya soñado jamás, nos enseña la manera de forzar lo *invisible* á hacerse visible; la existencia de espíritus elementarios; la naturaleza y mágicas propiedades de la luz astral; el poder que tienen los hombres vivientes de ponerse en comunicación con aquellos espíritus por medio de este último agente. Examinemos las pruebas á la luz de la experiencia, y ni la Academia ni la Iglesia, por la cual tan persuasivamente hablaba el Padre Félix, podrán negarlas.

La ciencia moderna se encuentra en un dilema: ó debe conceder

que nuestras hipótesis son legítimas, ó admitir la posibilidad del milagro. Admitir este último equivale á decir que es posible la infracción de la ley natural. Si esto pudiese ocurrir alguna vez, ¿qué seguridad podemos nosotros tener de que no se repita indefinidamente, destruyéndose de este modo la fijeza de dicha ley, aquel perfecto equilibrio de fuerzas por las que el universo está gobernado? Este es un argumento muy antiguo é irrefutable. Negar la presencia, entre nosotros, de seres inmateriales, cuando ellos han sido vistos en tiempos y países diferentes, no diré por millares, sino por millones de personas, es una obstinación imperdonable; decir que en algún caso la aparición ha sido producida por un milagro es un golpe tremendo para el principio fundamental de la ciencia. ¿Qué harán los académicos? ¿Qué pueden hacer cuando despierten del sueño entorpecedor de su orgullo, sino amontonar hechos, y procurar ensanchar los límites de su campo de experimentación?

La existencia del espíritu en el mediador común, el éter, es negada por la ciencia materialista; mientras que la Teología hace de este espíritu un dios personal, el kabalista sostiene que una y otra están en un error, diciendo que, en el éter, los elementos representan sólo la materia, esto es, las fuerzas cósmicas y ciegas de la naturaleza; y el Espíritu representa la inteligencia que las dirige. Las doctrinas cosmogónicas de Hermes, Orfeo y Pitágoras, lo mismo que las de Sanchoiathon y Berosio, están todas fundadas en una fórmula irrefutable, ó sea que el éter y el caos, ó, hablando en lenguaje platónico, inteligencia y materia, son los dos primordiales y eternos principios del universo, independientes por completo de todo lo demás. El primero es el principio intelectual que todo lo vivifica; el caos es un principio líquido, no modelado, sin «forma ni sentido»; de la unión de ambos brotó á la existencia el universo, ó, mejor dicho, el mundo universal, la primera divinidad andrógina, cuyo cuerpo era la materia caótica, y cuya alma era el éter. Según la fraseología de un *Fragmento de Hermias*, «habiendo el caos logrado el *sentido* en virtud de su unión con el espíritu, resplandeció de placer, y así fué producido el *Protogonos* (el primogénito), la luz». (1) Esta es la trinidad universal, fundada en las concepciones metafísicas de los antiguos, los cuales, racionando por analogía, hacían del hombre, que es un compuesto de inteligencia y materia, el microcosmo del macrocosmo ó gran universo.

Si ahora comparamos esta doctrina con las especulaciones de la ciencia, que se detiene por completo en las fronteras de lo desconocido,

(1) Damascius, en la «*Theogonia*», lo llama *Dis*, «el ordenador de todas las cosas.» Cory: «*Antiguos fragmentos*», p. 314.

y que, siendo incompetente para resolver el misterio, no tolera que nadie se ocupe de semejante asunto; ó si la comparamos con el gran dogma teológico de que el mundo fué llamado á la existencia por medio de un celeste juego de prestidigitación; no dudamos en creer que, á falta de otro ensayo mejor, la doctrina Hermética es muchísimo más razonable, y tan metafísica y elevada como pueda desearse. El universo existe, y nosotros nos damos cuenta de que existimos; pero ¿cómo apareció el universo, y cómo aparecimos nosotros en él? Ante la actitud de los representantes de la ciencia física, que se niegan á darnos una contestación á nuestras preguntas, y viéndonos excomulgados y anatematizados, á causa de nuestra impía curiosidad, por los usurpadores espirituales, ¿qué es lo que podemos hacer sino dirigirnos en busca de luz hacia los sabios que han profundizado esta cuestión muchos siglos antes de que las moléculas de nuestros filósofos se agrupasen en el espacio etéreo?

Este universo visible de espíritu y de materia, dicen ellos, es sólo la imagen concreta de la abstracción ideal; fué construído según el modelo de la primera IDEA divina. Así pues, nuestro universo existía desde la eternidad en un estado latente. El alma que anima á este universo puramente espiritual, es el sol central, la misma divinidad suprema.

No fué ÉL mismo el que construyó la forma concreta de su idea, sino su primogénito; y como estaba construída bajo la figura geométrica del dodecaedro (1), el primogénito «tuvo á bien emplear doce mil años en su creación.» Este número está expresado en la cosmogonía Tyrrhenia, (2) la cual nos muestra al hombre creado en el sexto milenio. Esto concuerda con la teoría egipcia de los 6000 «años» (3) y con la computación hebrea. Sanchoniathon (4), en su *Cosmogonia*, refiere que cuando el viento (espíritu) se enamoró de sus propios principios (el caos), tuvo lugar una íntima unión entre ellos, unión que recibió el nombre de *pothos*, y de la cual brotó la semilla de todo. Y el caos no tenía conocimiento de su propia producción, porque era *insensible*; pero á consecuencia de su unión con el viento, fué engendrado *mót*, ó el *ilus* (el barro). (5) De éste procedieron los esporos de la creación y la generación del universo.

Los antiguos, que contaban sólo cuatro elementos, hicieron un

(1) Platón: «*Timæus*.»

(2) «Suidas: v. *Tyrrheni*.»

(3) El lector comprenderá que por «años» debe entenderse «épocas» y no simples períodos de doce meses lunares cada uno.

(4) Véase la traducción griega por Philo Byblius.

(5) Cory: «*Antiguos fragmentos*.»

quinto del éter. Teniendo en cuenta su esencia divinizada por la invisible presencia divina, el éter era considerado como un *medio* entre este mundo y el inmediato. Sostenían ellos que cuando las inteligencias directrices se retiraban de alguna porción del éter, uno de los cuatro reinos por los cuales ellas tienen la misión de velar, el espacio era abandonado á la posesión del *mal*. El adepto que se disponga á hablar con los «invisibles» tiene que conocer bien su ritual, y estar perfectamente enterado de las condiciones requeridas para el perfecto equilibrio de los cuatro elementos de la luz astral. Antes que todo, debe purificar la esencia, y dentro del círculo en el cual pretende atraer á los espíritus puros, equilibrar los elementos de manera que pueda evitar la entrada de los elementarios en sus esferas respectivas. Pero ¡ay del curioso imprudente que sin los debidos conocimientos pone los piés en el terreno prohibido! El peligro acosará á cada instante al temerario por haber evocado poderes que no puede dominar, y por haber despertado centinelas que únicamente permiten el paso á sus superiores. Porque, según las palabras del inmortal Rosacruz, «desde el momento en que tú has resuelto convertirte en un cooperador con el espíritu del Dios *viviente*, tén cuidado de no ponerle obstáculos en Su obra; porque si tu calor excede de la proporción natural, tú excitarás la cólera de las naturalezas húmedas (*moyst*), (1) y éstas se levantarán contra el *fuego central*, y el fuego central contra ellas, originando esto una terrible división en el *caos*.»(2) El espíritu de armonía y de unión desaparecerá de los elementos perturbados por tu mano temeraria; y las corrientes de fuerzas ciegas serán inmediatamente infestadas por innumerables criaturas de materia é instinto, esto es, los perversos demonios de los teurgistas, los diablos de la teología. Los gnomos, salamandras, sílfides y ondinas asaltarán al imprudente experimen-

(1) Damos las mismas palabras y el mismo estilo de este kabalista, que vivió y publicó sus obras en el siglo xvii. Generalmente es considerado como uno de los más famosos alquimistas entre los filósofos Herméticos.

(2) El más recalcitrante de los filósofos materialistas conviene en que todo lo existente ha procedido del éter; así pues, el aire, el agua, la tierra y el fuego, ó sea los cuatro elementos primordiales, deben también proceder del éter y del caos, la primera *Duada*; todos los imponderables, así los que nos son conocidos como los desconocidos, proceden del mismo origen. Ahora bien, si existe una esencia espiritual en la materia, y aquella esencia la obliga á modelarse en millones de formas espirituales, ¿por qué tiene que ser ilógico asegurar que cada uno de estos reinos espirituales de la naturaleza está poblado por seres desenvueltos de su propia substancia? La química nos enseña que en el cuerpo del hombre existe aire, agua, tierra y calor ó fuego: el *aire* se encuentra en sus componentes; el *agua* en sus secreciones; la *tierra*, en sus constituyentes inorgánicos; y el *fuego* en su calor animal. El kabalista sabe por experiencia que un espíritu elemental contiene uno nada más, y que cada uno de los cuatro reinos tiene sus espíritus elementales peculiares; estando el hombre muy por encima de tales espíritus, la ley de evolución confirma dicha superioridad al combinar en él los cuatro elementos.

tador bajo diversas formas aéreas. Incapaces de inventar cosa alguna, escudriñarán vuestra memoria hasta sus mayores profundidades; de aquí el aniquilamiento nervioso y la opresión mental de ciertas naturalezas sensitivas en los círculos espiritistas. Los elementales sacarán á relucir recuerdos del pasado olvidados desde hace mucho tiempo; formas, imágenes, dulces reminiscencias y frases familiares borradas de nuestra memoria desde hace mucho tiempo, pero todo ello conservado incólume y vívido en sus inexcrutables abismos, y en las páginas astrales del imperecedero «LIBRO DE LA VIDA.»

Cada una de las cosas organizadas de este mundo, tanto del visible como del invisible, tiene un elemento apropiado para sí misma. El pez vive y respira en el agua; la planta consume ácido carbónico, el cual produce la muerte en los hombres y animales; algunos seres están adaptados para vivir en las enrarecidas capas del aire, otros existen solamente en las más densas. La vida, para algunos, depende de la luz del sol, mientras que para otros es necesaria la oscuridad; y de este modo la sabia economía de la naturaleza adapta, á cada una de las condiciones existentes, alguna forma viva. Estas analogías permiten deducir que no solamente en la naturaleza entera no existe punto alguno que esté inhabitado, sino que además, para cada cosa viviente se le proporcionan condiciones especiales y adecuadas á la misma, y siendo proporcionadas, son necesarias. Ahora bien: admitiendo que en el universo existe una parte invisible, la disposición inmutable de la naturaleza autoriza la conclusión de que esta mitad está ocupada, lo mismo que la otra mitad; y que cada grupo de sus ocupantes goza de las condiciones de existencia que le son indispensables. Sería tan ilógico imaginar que todos los seres disfrutan de condiciones idénticas, como el sostener una opinión parecida respecto á los habitantes de la naturaleza visible. Desde el momento en que existen espíritus, fuerza es aceptar la existencia de una diversidad de los mismos; (1) puesto que los hombres difieren unos de otros, y los espíritus humanos no son más que hombres desencarnados.

Decir que todos los espíritus son iguales entre sí, ó que están adaptados á un mismo medio ambiente, ó que están en posesión de poderes idénticos, ó que obedecen á las mismas atracciones (eléctricas, magnéticas, ódicas, astrales ó las que fueren), sería tan absurdo como pensar siquiera que alguien pudiese decir que todos los planetas son

(1) A fin de evitar falsas interpretaciones, bueno será indicar que la palabra *espíritu* no se refiere aquí á la Mónada divina, ATMA, ó sea el principio más elevado en la constitución septenaria del hombre, puesto que dicho principio es eterno, puro é inalterable. (N. del Tr.)

de la misma naturaleza, ó que todos los animales son anfibios, ó que todos los hombres pueden nutrirse con una misma clase de alimento. Está de acuerdo con la razón el suponer que las naturalezas más groseras entre los espíritus están sumergidas en los más profundos abismos de la atmósfera espiritual, ó en otras palabras, que son las que se encuentran más cercanas á la tierra; y por el contrario, las naturalezas más puras están muchísimo más lejos de nosotros. De manera es que, á menos que quisiésemos dar una falsa interpretación á una palabra que podríamos llamar la *Psicomática* del Ocultismo, es tan insostenible el asegurar que cualquiera de estos grados de espíritus puede ocupar el sitio ó subsistir en las condiciones de otros, como esperar que en hidráulica, dos líquidos de densidades distintas pudiesen cambiar el grado que les corresponde en la escala del hydómetro de Baumé.

Relatando Görres una conversación que tuvo con algunos Indos de la costa de Malabar, refiere que, habiéndoles preguntado si entre ellos se presentaban espíritus ó aparecidos, contestaron: «Sí, pero sabemos que son *malos espíritus*... los buenos sólo pueden aparecerse rarísimas veces. Son principalmente los espíritus de *suicidas* y de *personas asesinadas*, ó sea de aquellos que mueren de un modo violento. Estos espíritus revolotean constantemente á nuestro alrededor y se aparecen como fantasmas. La noche les es favorable; engañan á la gente de cortos alcances, y tientan de mil maneras diferentes á las demás personas.» (1)

Porfirio nos presenta algunos hechos repugnantes cuya versión viene corroborada por la experiencia de todos los estudiantes de magia. «El *alma* (2)—dice—teniendo aún después de su inuerte cierto apego á su cuerpo, una afinidad proporcionada á la violencia con que se quebrantó su unión, vemos nosotros á muchos espíritus cernerse, poseidos de desesperación, alrededor de sus restos terrenales; y hasta los vemos buscando, anhelantes, los pútridos despojos de otros cuerpos, y sobre todo, sangre recientemente derramada, la cual parece comunicarles por un momento algunas de las facultades de la vida.» (3)

Si hay algún espiritista que ponga en duda las palabras del citado teurgista, no tiene más que ensayar los efectos de media libra de sangre humana fresca en la primera sesión de materializaciones en que él se encuentre.

(1) Görres: «*Mystiques*», lib. III, p. 63.

(2) Los antiguos llamaban «alma» á los espíritus de la gente mala; el alma era la *larva* y el *lémurca*. Los espíritus humanos buenos se convierten en dioses.

(3) Porfirio: «*De Sacrificiis*». Capítulo sobre el verdadero Culto.

«Los dioses y los ángeles se nos aparecen—dice Jámblico—en medio de paz y armonía; y los demonios malos, revolviéndolo todo sin orden ni concierto... Y respecto á las *almas ordinarias*, es muy raro que podamos percibir las.» (1)

«El alma humana (el cuerpo astral) es un demonio que en nuestro lenguaje podemos llamar genio—dice Apuleyo.(2)—Es un *dios inmortal*, aunque, en cierto modo, ha nacido al mismo tiempo que el hombre en el cual ella habita. Por consiguiente, podemos decir que muere en el mismo sentido que decimos que nace.»

«El alma nace en este mundo abandonando *otro mundo (anima mundi)*, en el cual su existencia precede á la que todos conocemos (en la tierra). Así, los dioses que juzgan su comportamiento en todas las fases de sus varias existencias y como un todo, la castigan algunas veces por pecados cometidos durante una vida anterior. Ella muere cuando se separa de un cuerpo en el cual ha cruzado esta vida como en una frágil barca. Y este es, si no me equivoco, la significación secreta del epitafio, tan sencilla para el iniciado: '*A los dioses manes que han vivido*'. Pero esta especie de muerte no aniquila el alma; únicamente la transforma en un *lémure*. Los lémures son los manes ó sombras que conocemos con el nombre de lares. Cuando se mantienen separados y *nos dan muestra de una benévola protección*, honramos en ellos á las divinidades protectoras del hogar doméstico; pero si sus crímenes los condenan á andar errantes, los llamamos entonces *larvas*. Entonces se convierten en una calamidad para los malvados, y son el *vano terror* de los buenos.»

Este lenguaje difícilmente puede calificarse de ambiguo, y todavía los reencarnacionistas citan á Apuleyo en apoyo de su teoría de que el hombre pasa al través de una sucesión de nacimientos físicos y humanos sobre este planeta, hasta que por fin es purgado de todas las escorias de su naturaleza. Pero Apuleyo dice claramente que nosotros venimos á esta tierra, procedentes de otra en la cual gozábamos de una existencia cuyo recuerdo se ha borrado de nuestra memoria. Así como un reloj pasa de mano en mano y de un taller á otro en una fábrica, añadiéndosele una pieza aquí y otra más allá hasta que la delicada máquina ha adquirido toda su perfección en armonía con el plan concebido en la inteligencia del maestro, antes de poner manos á la obra, del mismo modo, según la antigua filosofía, la primera concepción divina del hombre toma forma poco á poco, en los varios

(1) *Misterios de los Egipcios*.

(2) Segundo siglo de nuestra era. «*Du Dieu de Socrate*», Apul., class., pp. 143 á 145.

departamentos de la fábrica universal, y el sér humano perfecto aparece por fin en nuestra escena.

Esta filosofía enseña que la naturaleza jamás deja su obra por concluir ó imperfecta; si fracasa en su primera tentativa, la empieza de nuevo. Cuando desarrolla un embrión humano, su designio es que salga un hombre perfecto, así en lo físico como en lo intelectual y en lo espiritual. Su cuerpo debe crecer, desarrollarse, caducar y morir; su inteligencia tiene que desplegarse, madurarse y equilibrarse harmónicamente; y su espíritu divino tiene la misión de iluminar al hombre *interno*, y unirse fácilmente con él. Ningún sér humano completa su gran ciclo, ó sea el «círculo de necesidad», hasta que todo esto se ha cumplido. Así como los perezosos luchan en una carrera y se afanan al principio, mientras que el vencedor se lanza hasta el término señalado, del mismo modo, en la carrera de la inmortalidad, algunas almas dejan atrás á todas las restantes y alcanzan la meta, mientras que las miríadas de sus competidores sucumben bajo el peso de la materia, encadenados al punto de partida. Algunos desgraciados caen para no volverse á levantar y pierden toda eventualidad de alcanzar el premio, mientras que otros vuelven atrás y empiezan otra vez. Esto último es lo que los Indos temen más que nada: la *transmigración* y la *reencarnación* bajo otras formas inferiores sobre este planeta. Pero existe un medio para evitarlo, y Buddha lo enseña en su doctrina de pobreza, de restricción de los sentidos, de completa indiferencia hacia todas las cosas de este terrenal valle de lágrimas, de liberación de las pasiones y comunión frecuente con el *ATMA*, ó sea la contemplación anímica. Las causas de la reencarnación son la ignorancia de nuestros sentidos, y la idea de que en este mundo existe alguna realidad, alguna cosa fuera de la existencia abstracta. De los órganos de los sentidos procede la «alucinación» que llamamos contacto; «del contacto, el deseo; del deseo, la sensación (la cual es también una decepción de nuestro cuerpo); de la sensación, el apego á las cosas existentes; de este apego, la reproducción; y de la reproducción, la enfermedad, decaimiento y muerte».

Así pues, á manera de las revoluciones de una rueda, tiene lugar una sucesión regular de muerte y nacimiento, cuya causa moral radica en el apego á los objetos existentes, al paso que la causa instrumental es el *Karma* (el poder que gobierna al universo impulsándolo á la actividad), mérito y demérito. «Por lo tanto, el gran deseo de todos los seres que quieren librarse de los *pesares de los nacimientos sucesivos* consiste en procurar la destrucción de la causa moral, el apego á los objetos existentes, ó sea el mal deseo.» Aquellos en quienes

el mal deseo está completamente destruido son llamados *Arhats* (1). La liberación de todo mal deseo asegura la posesión de un poder *milagroso*. A su muerte, el Arhat ya no se reencarna más; invariablemente alcanza el Nirvâna, palabra que, dicho sea de paso, ha sido falsamente interpretada por los sabios cristianos y comentadores escépticos. Nirvâna es el mundo de las *causas*, en el cual desaparecen todos los engañosos efectos ó ilusiones de nuestros sentidos. Nirvâna es la más elevada esfera que puede alcanzarse. El filósofo buddhista considera á los *pitrís* (espíritus pre-Adámicos) como reencarnados, aunque en un grado muy superior al del hombre en la tierra. ¿Mueren ellos á su vez? ¿Sus cuerpos astrales sufren y se regocijan, y están sujetos á la misma pena de sentimientos ilusorios que cuando estaban encarnados?

Lo que Buddha enseñaba en el siglo sexto antes de J. C. en la India, Pitágoras lo enseñaba en Grecia y en Italia durante el quinto. Gibbon nos hace ver cuán profundamente penetrados estaban los fariseos de esta creencia en la transmigración de las almas. (2) El círculo egipcio de necesidad está grabado de un modo indeleble en los venerables monumentos de la antigüedad. Y Jesús, cuando sanaba á los enfermos, invariablemente hacía uso de la expresión siguiente: «Tus pecados te han sido perdonados». Esto es una pura doctrina búddhica. «Los judíos decían al hombre ciego: Tú has nacido *completamente lleno de pecados*, y pretendes enseñarnos? La doctrina de los discípulos de Cristo es análoga á la del mérito y demérito de los buddhistas; porque el enfermo se curaba, *si sus pecados estaban perdonados*» (3).

Las especulaciones de Dupuis, Volney y de Godfrey Higgins acerca de la significación secreta de los ciclos, ó de los *kalpas* ó los yugas de los Brahmanes y Buddhistas, tienen muy poca importancia por cuanto dichos autores carecían de la clave necesaria para encontrar la espiritual y esotérica doctrina en ellos contenida. Ninguna filosofía ha especulado jamás acerca de Dios como una *abstracción*, sino que le ha considerado bajo sus varias manifestaciones. La «Primera Causa» de la Biblia hebrea, la Mónada pitagórica, la «Existencia Unica» del filósofo Indo y el kabalístico «En Soph» (el Infinito) son idénticos. El Bhagavant indo no crea; penetra en el huevo del mundo, y de allí emana como Brahm, del mismo modo que la Duada de Pitágoras pro-

(1) «*Eastern Monachism*», p. 9.

(2) *Decadencia y caída del Imperio Romano*, iv, 385.

(3) Hardy: *Manual del Buddhismo*; Dunlap: *Las religiones del mundo*.

cede de la Mónada suprema y única (1). La Mónada del filósofo de Samos es la Mónada india (mente), «que no tiene primera causa (*apárva*, ó causa material), ni está sujeta á destrucción.» (2) Brahmâ, considerado como Prajâpati, se manifiesta al principio de todo como «doce cuerpos» ó atributos, los cuales están representados por los doce dioses, simbolizando: 1.º el Fuego; 2.º el Sol; 3.º Soma, que confiere la omnisciencia; 4.º todos los Seres vivientes; 5.º Vayn, ó el Eter material; 6.º la Muerte, ó soplo de destrucción (*Siva*); 7.º la Tierra; 8.º el Cielo; 9.º Agni, el Fuego inmaterial; 10.º Aditya, el Sol femenino, invisible é inmaterial; 11.º la Mente; 12.º el gran Ciclo Infinito, «cuya marcha no puede interrumpirse.» (3) Después de lo cual, Brahmâ se disuelve en el Universo visible, cada uno de cuyos átomos es él mismo.

Hecho esto, la Mónada no manifestada, indivisible é indefinida se retira á las soledades majestuosas y serenas de su unidad. La divinidad manifestada, una duada al principio, se convierte ahora en una triada; su condición tri-una derrama incesantemente poderes espirituales que se convierten en dioses inmortales (almas). Cada una de estas almas debe á su vez unirse con un sér humano, y desde el momento en que adquiere conciencia, da principio á una serie de nacimientos y muertes. Un artista oriental ha intentado dar una expresión

(1) Lemprière, en el *Diccionario clásico*, art. «Pitágoras», dice que: «hay poderosas razones para dudar de la realidad de todo cuanto se dice acerca del viaje de Pitágoras á la India», y concluye diciendo que este filósofo jamás vió ni á los Gimnosofistas ni su país. Si esto es cierto, ¿cómo se explica la doctrina de la metempsicosis de Pitágoras, la cual, en sus detalles, dista más de la de los Egipcios que de la de los Indos? Pero, sobre todo, ¿cómo explicar el hecho de que el nombre MONAS, aplicado por él á la Primera Causa, es la misma é idéntica denominación dada á aquel Sér en la lengua sánscrita? En el periodo que media desde 1792 á 1797, época en que apareció el *Diccionario* de Lemprière, podemos afirmar que el sánscrito era completamente desconocido; la traducción que el Dr. Haug hizo del *Aitareya-Brahmana (Rig-Vedas)*, en la cual se encuentra la referida palabra, fué publicada solamente unos veinte años atrás, y hasta que quedó terminada aquella valiosa adición á la literatura de las edades arcaicas, y hasta que fué un misterio la época precisa del *Aitareya*—ahora fijada por Haug en 2.000 á 2.400 años antes de nuestra era—, podía creerse, como en lo concerniente á los símbolos Cristianos, que los Indos tomaron dicha palabra de Pitágoras. Pero actualmente, á menos que la filología pueda demostrar que se trata de una «coincidencia», y que la palabra *Monas* no es la misma en sus más minuciosas definiciones, tenemos nosotros derecho para asegurar que Pitágoras estuvo en la India, y que fueron los Gimnosofistas quienes le instruyeron en su teología metafísica. El solo hecho de que el «sánscrito, comparado con el griego y el latín, es su hermano mayor», como dice Max-Muller, no es suficiente para explicar la perfecta identidad de las palabras MONAS, en griego y en sánscrito, en su más metafísico y abstruso sentido. La palabra sánscrita *Deva* (Dios) se ha convertido en la latina *Deus*, é indica un origen común; pero vemos en el *Zend-Avesta* de Zoroastro la misma palabra significando lo diametralmente contrario, y convirtiéndose en *daeva*, ó mal espíritu, de donde viene la palabra inglesa *devil* (diablo).

(2) Haug: *Aitareya Brahmanam*.

(3) Haug: *Aitareya Brahmanam*.

pictórica á la doctrina kabalística de los ciclos. La pintura cubre enteramente un muro interior de un templo subterráneo situado en las inmediaciones de una gran pagoda búddhica, y es significativa en alto grado. Intentaremos dar alguna idea de esta obra, tal como la recordamos.

Imagínese un punto determinado en el espacio como el primordial; entonces, con un compás, trácese un círculo alrededor de este punto; en el sitio donde se unen el principio y el fin, encuéntrase la emanación y la reabsorción. El círculo en cuestión está compuesto de una infinidad de otros círculos más pequeños, á manera de los aros de una pulsera, y cada uno de estos anillos menores forma el cinturón de la diosa representada por aquella esfera. A medida que la curva del arco se aproxima al último punto del semi-círculo —el nadir del gran ciclo,— en el cual el místico pintor ha colocado á nuestro planeta, las caras de cada una de las diosas sucesivas van siendo más sombrías y horribles que lo que puede concebir la imaginación de un europeo. Cada cinturón está cubierto de representación de plantas, animales y seres humanos, pertenecientes á la fauna, flora y etnografía de aquella esfera determinada. Existe cierta distancia entre cada una de las esferas, marcada intencionadamente; porque después de la consumación de los varios círculos al través de las distintas transmigraciones, se concede al alma un tiempo de nirvãna temporal, durante el cual el *atma* pierde todo recuerdo de los pasados sufrimientos. El espacio etéreo intermedio está lleno de extraños seres; aquellos que están entre el éter superior y la tierra inferior, son criaturas de una «naturaleza media»; espíritus de la naturaleza, ó elementarios, como los kabalistas los llaman algunas veces.

Esta pintura es, ó bien una copia de la que trazó para la posteridad Berosio, sacerdote del templo de Belo en Babilonia, ó bien es el original. Dejemos á la penetración de los arqueólogos modernos el decidirlo. Pero el muro está cubierto de figuras representando precisamente criaturas tales como las descritas por el semi-demonio, ó semi-dios Oannes, el hombre-pez caldeo (1). «.....Seres horribles producidos por un doble principio»: la luz astral y la materia grosera.

Hasta ahora los anticuarios no han hecho el menor caso de los restos de obras arquitectónicas pertenecientes á las razas primitivas. Las cavernas de Ajunta, que están sólo á 200 millas de Bombay, en dirección de Chandor, y las ruinas de la antigua ciudad de Aurungabad,

(1) *Berosio*: Fragmento conservado por Alex. Polyhistor; *Cory*: *De la Cosmogonía y del Diluvio*.

cuyos desmoronados palacios y notables sepulcros han permanecido en desierta soledad durante muchos siglos, sólo han llamado la atención muy recientemente. Preciosos recuerdos de una civilización desaparecida hace largo tiempo, han estado convertidos en guaridas de bestias salvajes por espacio de siglos, hasta que se los ha considerado dignos de una exploración científica, y es de fecha muy reciente la entusiasta descripción que el *Observer* ha dado de estos arcaicos antecesores de Herculano y de Pompeya. Después de censurar muy justamente al gobierno local, que se ha contentado con «instalar una posada en donde el viajero puede encontrar abrigo y seguridad, y nada más», pasa á hacer, en los siguientes términos, la descripción de las maravillas que ha visto en aquel lugar solitario.

«En un profundo valle, al pié de la montaña, existe un grupo de templos-cuevas que son las más maravillosas cavernas de la tierra. Hasta hoy no se sabe cuántos templos de esta clase existen en las profundas cavidades de las montañas; pero veinte y siete de ellos han sido explorados, reconocidos y desembarazados de escombros hasta cierta extensión. Sin duda alguna existen muchos más. Es difícil hacerse cargo del trabajo infatigable con que estas cuevas maravillosas han sido vaciadas en la sólida roca amigdaloidea. Se dice que estos templos, en su origen, eran búddhicos, y estaban dedicados al culto y al ascetismo. Como obras de arte, ocupan un lugar preeminente; extiéndense unos 500 piés á lo largo de una alta roca escarpada, y están esculpidos de la manera más curiosa, demostrando maravillosamente el gusto, talento é industria perseverante de los escultores indos.

»Estos templos-cavernas están admirablemente labrados y esculpidos en su exterior, pero interiormente son aún más acabados y perfectos, y están decorados con una gran profusión de esculturas y pinturas. Estos templos, desiertos durante tan largo tiempo, se han deteriorado á causa de la humedad y del descuido, y las pinturas y frescos no son lo que eran hace centenares años. Pero los colores son todavía brillantes, y en las paredes se ven todavía algunas escenas alegres y festivas. Algunas de las figuras cortadas en la roca parecen representar cortejos nupciales y escenas de la vida doméstica rebosando alegría y animación. Las figuras femeninas son hermosas, delicadas y perfectas como las europeas. Todos estos cuadros son artísticos, y ninguno de ellos está profanado por la menor grosería ú obscenidad, tan acentuadas generalmente en las representaciones brahmánicas de un carácter análogo.

»Estas cuevas son visitadas por un gran número de anticuarios,

que se esfuerzan en descifrar los jeroglíficos grabados en sus paredes, y determinar la edad de estos curiosos templos.

»Las ruinas de la antigua ciudad de Aurungabad no están muy lejos de estas cuevas. Era una ciudad amurallada que gozaba de gran celebridad, pero que ahora está desierta. En la actualidad no se ven allí más que muros derruidos y palacios ruinosos. Su construcción era de una solidez á toda prueba, y algunos de estos muros parecen tan firmes y perdurables como las montañas.

»En sus cercanías existen gran número de sitios en los cuales se ven restos indos, consistentes en profundas cavernas y templos tallados en la roca. Muchos de estos templos se hallan rodeados de vallas circulares, muchas de las cuales están adornadas con estatuas y columnas. Es muy común la figura de un elefante, colocada delante ó á un lado de la entrada del templo, á manera de centinela. Centenares y millares de hornacinas se ven primorosamente vaciadas en la sólida roca, y cuando estos templos rebosaban de fieles, cada hornacina tenía su estatua ó imagen, generalmente del estilo florido de estas esculturas orientales. Es muy triste el tener que decir que casi todas las imágenes están mutiladas y desfiguradas de un modo vergonzoso. Se dice con frecuencia que ningún indo se prosterna ante una imagen imperfecta, y que los mahometanos, sabiendo esto, mutilaron intencionadamente todas estas imágenes para impedir que los indos las venerasen. Esto es considerado por los indos como impío y sacrilego, despertando las más feroces animosidades que cada indo hereda de su padre, y que los siglos no bastan para borrarlas.

»También existen allí restos de ciudades enterradas, tristes ruinas, en las cuales no se ve, por lo general, ni un solo habitante. Los suntuosos palacios donde en otro tiempo los reyes daban fiestas espléndidas sirven actualmente de madriguera para las bestias salvajes. En muchos puntos la vía férrea ha sido construida sobre estas ruinas, cuyos materiales se han empleado para la construcción de la vía..... Piedras enormes han permanecido en su sitio durante millares de años, y probablemente continuarán allí por espacio de algunos millares de años más. Estos templos cortados en la roca, lo mismo que todas estas mutiladas estatuas, revelan un trabajo que ninguna de las obras modernas de los indígenas puede llegar á igualar (1).

»Es evidente que, hace centenares de años, estas colinas estaban animadas por un gentío numeroso, mientras que ahora no se ve allí

(1) Un escritor ha empleado una felicísima expresión al describir la majestad de los monumentos arcaicos de los Indos y el exquisito primor de su escultura. Dice: «Ellos construían como gigantes, y pulimentaban como joyeros.»

más que desolación y terrenos inhabitados y sin cultivar, interrumpiendo únicamente esta soledad la presencia de algunos animales salvajes.

»Es un buen sitio para cazar, y como los ingleses son intrépidos cazadores preferirán que estos monumentos y ruinas permanezcan tal como están.»

Votos fervientes hacemos para que cambie este estado de cosas. Bastantes actos de vandalismo se han perpetrado en otras épocas para permitirnos esperar que, al menos en este siglo de exploración y de adelanto, la ciencia, representada por sus ramas de la arqueología y de la filología, no consentirá que acaben de perderse estos preciosos recuerdos labrados en tablas permanentes de roca y de granito.

Vamos ahora á presentar unos pocos fragmentos de esta misteriosa doctrina de la reencarnación, como distinta de la metempsícosis, doctrina que tomamos de una autoridad en la materia. La Reencarnación consiste en la aparición del mismo individuo, ó mejor dicho de su mónada astral repetidas veces en el mismo planeta, y tiene lugar cuando la naturaleza, procurando restablecer su equilibrio perturbado, lanza violentamente otra vez en la vida terrena á la mónada astral que ha sido arrojada fuera del círculo de necesidad, en virtud de un crimen ó accidente. (1) Así, en los casos de aborto, de niños que mueren antes de cierta edad, y de idiotismo congénito é incurable, el designio original de la naturaleza, de producir un sér humano perfecto, ha sido interrumpido. Por consiguiente, mientras que la materia grosera de cada una de estas varias entidades está condenada, en el momento de la muerte, á dispersarse por el vasto reino del sér, el espíritu inmortal y la mónada astral del individuo (2)—habiéndose esta última separado para animar una forma, y el primero para derramar su luz divina sobre la organización corporal—deben intentar por segunda vez llevar á cabo el propósito de la inteligencia creadora.

Cuando la razón ha sido desarrollada hasta el punto de adquirir la

(1) Por el sentido del texto, parece ser que cuando la autora escribió esta obra, en Nueva-York, no creyó oportuno proclamar abiertamente la doctrina de la Reencarnación, puesto que, como es sabido, dicha doctrina es rechazada por los espiritistas de los Estados Unidos, y por lo tanto, se limitó á preparar el terreno para que aquella se generalizase, consignando la realidad de la misma precisamente en aquellos casos en que resulta más evidente y lógica á la luz de la razón. Sea por este ó por otro motivo, ello es que más tarde la misma autora modificó algunos conceptos de esta obra en los restantes libros y artículos que dió á luz, y especialmente en un artículo publicado en *The Path* (vol. I, n.º 8), el cual reproduciremos al fin de esta obra, á fin de interpretar fielmente el pensamiento de la autora de ISIS SIN VELO (N. del Tr.)

(2) No se confunda aquí el *individuo* (personalidad) con la individualidad perenne é indestructible. (N. del Tr.)

actividad y el discernimiento, no tiene lugar la reencarnación en esta tierra, porque se han unido unas con otras las tres partes del hombre tri-uno, y entonces éste se halla en disposición de emprender su carrera. Pero cuando el nuevo sér no ha pasado más allá de la condición de mónada, ó cuando, como en el idiota, la trinidad no se ha completado, la centella inmortal que le ilumina tiene que entrar de nuevo en el plano terrestre, puesto que su primera tentativa ha fracasado. De otro modo, las almas astral ó mortal y la divina ó inmortal no podrían progresar al unísono, y pasar á la esfera superior. El espíritu sigue una línea paralela á la de la materia; y la evolución espiritual marcha en armonía con la física. Como en el caso expuesto por el profesor Le Conte (véase el cap. IX,) «no existe en la naturaleza fuerza alguna —y la regla se aplica lo mismo á la evolución espiritual que á la física— que sea capaz de elevar de una vez al espíritu ó á la materia desde el n.º 1 al n.º 3, ó del n.º 2 al n.º 4, sin detenerse ni recibir un aumento de fuerza de una calidad distinta *en el plano intermedio*». Lo cual equivale á decir que la mónada que estaba encerrada en el sér elementario (la forma astral rudimentaria ó más inferior del hombre futuro), después de haber pasado por la forma física *más elevada* de un bruto (como por ejemplo un orangután ó un elefante, que es uno de los animales más inteligentes) y después de haber abandonado dicha forma, aquella mónada, decimos, no puede saltar á la esfera física é intelectual del hombre terrestre, y penetrar de improviso en la esfera espiritual superior. ¿Qué premio ó castigo puede existir en aquella esfera de entidades humanas desencarnadas, para un feto ó embrión humano, que ni siquiera ha tenido tiempo de respirar en esta tierra, y mucho menos ha tenido la oportunidad de ejercitar las divinas facultades del espíritu? ¿Qué premio ó castigo puede haber para un niño irresponsable cuya mónada insensible, permaneciendo dormida dentro de la envoltura física y astral, es tan incapaz de evitar una quemadura como otra persona es incapaz de evitar la muerte? Y por último, ¿qué pena ó recompensa puede haber para un idiota de nacimiento, cuyas circunvoluciones cerebrales no pasan de veinte ó treinta, en lugar de ciento, como tiene el cerebro de una persona en estado normal; (1) siendo, por lo tanto, irresponsable de sus actos y tendencias, así como de las imperfecciones de su inteligencia vaga y rudimentaria?

No es necesario indicar que, aun cuando esto no pase de ser una hipótesis, esta teoría no es más ridícula que muchas otras que son con-

(1) *Anatomic cerebrale*, Malacorne, Milán.

sideradas como estrictamente ortodoxas. No debemos olvidar que, bien sea por la ineptitud de los especialistas ó por alguna otra razón, la fisiología es la menos adelantada ó comprendida de las ciencias, y que algunos médicos franceses, entre ellos el Dr. Fournié, desconfían realmente de que jamás pueda dicha ciencia progresar fuera del terreno de las puras hipótesis.

Además, la misma doctrina oculta reconoce otra posibilidad, aunque tan rara y tan vaga que verdaderamente es inútil mencionarla. Los mismos modernos ocultistas occidentales la niegan, aunque es universalmente aceptada en los países orientales. Cuando por razón de vicios, crímenes horribles y pasiones animales, un espíritu desencarnado ha caído en la octava esfera —el Hades alegórico, ó el *gehenna* de la Biblia—, la más próxima á nuestra tierra, puede, con auxilio de un vislumbre de razón y de conciencia que aún conserva, arrepentirse; lo cual equivale á decir que puede, poniendo en juego un resto de su voluntad, intentar elevarse, y, á manera de un hombre que se ahoga, luchar una vez más por salir á la superficie. En los *Preceptos Mágicos y Filosóficos* de Psellus, encontramos uno que, avisando á la humanidad, dice:

«No descendas, porque bajo la tierra hay un precipicio,
Al cual conducen SIETE peldaños, al pié de los cuales
Existe el trono de la horrible necesidad.» (1).

Un ardiente deseo de resarcirse de sus sufrimientos, un ferviente anhelo, podrán conducirle de nuevo á la atmósfera terrestre, donde estará vagando y sufriendo más ó menos en triste soledad.

Sus instintos le impulsarán á buscar con avidez el contacto de las personas vivientes... Estos espíritus son los invisibles, pero demasiado palpables, vampiros magnéticos; los demonios *subjetivos* tan bien conocidos por los extáticos de la Edad Media, monjas y frailes, y por los «brujos», á quienes tanta celebridad dió el *Martillo de Hechiceros*; y por ciertos clarevidentes sensitivos, según sus propias confesiones. Son los demonios sanguinarios de Porfirio, las *larvas* y *lémures* de los antiguos; los abominables instrumentos que condujeron á tantas víctimas desgraciadas y débiles al tormento y al patíbulo. Orígenes sostiene que todos los demonios de que estaban poseidos los endemoniados que menciona el *Nuevo Testamento* eran «espíritus» humanos.

Moisés sabía perfectamente lo que eran estos desgraciados, y conocía las tremendas consecuencias á que estaban expuestas las perso-

(1) Psellus, 6, Plet. 2; Cory: «*Oráculos Caldeos*».

nas que cedían á la influencia demoníaca, y por este motivo promulgó su ley terrible y cruel contra tales «brujos». Pero Jesús, lleno de justicia y de amor divino hacia la humanidad, los *curaba* en lugar de *matarlos*. Más tarde, andando los tiempos, nuestro clero, el pretendido modelo de virtudes cristianas, siguió la ley de Moisés, haciéndose el desentendido acerca de la ley de Aquel á quien llaman su «único Dios viviente», quemando decenas de millares de tales pretendidos «hechiceros».

¡Hechicero! Poderoso nombre que en tiempos pasados llevaba consigo la promesa de una muerte ignominiosa, y que hoy día basta pronunciarlo para levantar un torbellino de ridículo, una nube de sarcasmos! ¿Cómo se explica, pues, que siempre hayan existido hombres inteligentes é instruídos que jamás han creído que pudiese rebajar su reputación científica, ó zaherir su dignidad, el afirmar públicamente la posibilidad de una cosa tal como un «hechicero», en la verdadera acepción de la palabra? Uno de estos intrépidos campeones fué Henry More, el sabio é ilustrado profesor de Cambridge, en el siglo diez y siete. Vale muy bien la pena de fijarnos por un momento en su manera ingeniosa de tratar esta cuestión.

Parece ser que sobre el año 1678, cierto teólogo, llamado John Webster, escribió una obra titulada *Criticas é interpretaciones de la Escritura*, contra la existencia de hechiceros y otras «supersticiones».

Encontrando la obra «floja é inconveniente», el Dr. More la criticó en una carta á Glanvil, el autor de *Sadducismus Triumphatus*, y á guisa de apéndice, le mandó un tratado sobre hechicería, conteniendo explicaciones acerca de la palabra hechicero. Este documento es muy raro, pero poseemos algunos fragmentos del mismo en un antiguo manuscrito, habiéndolo visto mencionado tan sólo en una obra insignificante del año 1820, sobre *Apariciones*, porque, á lo que parece, el documento mismo hacía mucho tiempo que estaba agotado.

Las palabras inglesas *witch* y *wizard* (que en español significan brujo, hechicero, mago), según el Dr. More, no significan más que un hombre sabio ó una mujer sabia (*wise*, sabio). En la palabra *wizard*, se destaca claramente y al primer golpe de vista; y «la etimología más evidente y menos rebuscada de la palabra *witch* viene de *wit* (inteligencia, sabiduría), de la cual derivan probablemente los adjetivos *wittigh* ó *wittich* (inteligente, sabio), y más tarde, por contracción, el término *witch*; y la palabra *wit* procede del verbo *to weet*, que significa saber.

De manera es que una *bruja*, al fin y al cabo, no es más que una mujer dotada de saber ó de conocimientos, lo cual corresponde per-

fectamente á la palabra latina *saga*, según aquella frase de Festus: *sagæ dictæ anus quæ multa sciunt.*»

Esta definición de la palabra indicada nos parece la más satisfactoria, pues concuerda exactamente con la evidente significación de los nombres *eslavo-rusos* empleados para designar á las brujas y á los hechiceros. Los primeros son llamados *vyedma*, y los segundos *vyedmak*, siendo ambos nombres procedentes del verbo *to know* (saber), *védat* ó *vyedat*; con la particularidad, además, de que su raíz es positivamente sánscrita. «Veda—dice Max-Müller en su *Discurso sobre los Vedas*—significa originariamente sabiduría, ciencia, conocimiento. Veda es lo mismo que la palabra griega *οἴα*, yo sé (estando omitido el digamma *vau*), y que las voces inglesas *wise* (sabio), *wisdom* (sabiduría) y *to wit* (saber) (1).» Además, la palabra sánscrita *vidma*, correspondiente á las alemanas *wir wissen*, significa literalmente *nosotros sabemos*. Es una verdadera lástima que el eminente filólogo, al dar en su discurso las raíces comparativas de esta palabra en sánscrito, griego, gótico, anglo-sajón y en alemán, haya omitido la raíz eslava.

Otras denominaciones rusas equivalentes á las voces inglesas *witch* y *wizard* (bruja y hechicero), siendo la primera de ellas puramente eslava, es *znáhár* y *znáharka* (femenino), derivando del mismo verbo *znát*, *saber*.

De modo que la definición que el Dr. More dió acerca de esta palabra en 1678 es perfectamente correcta, y se ajusta en un todo á la filología moderna.

«El uso—dice este sabio—ha aplicado dicha palabra indudablemente á aquella clase de ciencia ó de sabiduría que se aparta de los conocimientos comunes, ó que tiene cierto carácter de extraordinario. *Esta particularidad no implicaba ilegalidad alguna*. Pero más adelante se hizo una restricción según la cual hoy día las palabras bruja y hechicero se emplean solamente, esto es, aplicándolas á aquel que posee la ciencia y habilidad de hacer ó decir cosas de una manera extraordinaria, en virtud de un pacto ó convenio expreso ó tácito con algunos *espíritus malignos*.» En la cláusula de la severa ley de Moisés, se hallan tantos nombres además del de brujo, que es tan engoroso como inútil el dar las definiciones de todos ellos tales como se encuentran en el ingenioso tratado del Dr. More. «No se halle entre vosotros persona alguna que practique la adivinación, ó sea agorero, encantador ó hechicero, ó haga sortilegios, consulte á los espíritus familiares, ó sea brujo ó nigromántico,» dice el texto. Más ade-

(1) Véase *Discurso sobre los Vedas*.

lante manifestaremos el verdadero motivo de semejante severidad. Por ahora, haremos observar que el Dr. More, después de dar una erudita definición de cada uno de estos nombres, y de mostrar el valor de su significación real en los tiempos de Moisés, prueba que existe una gran diferencia entre un encantador, agorero, etc., y un brujo. «Hay tantos y tantos nombres comprendidos en esta prohibición de Moisés, que, como en nuestras leyes comunes, se precisa mejor el sentido y no se da lugar á que ninguno pase por alto. El nombre de brujo no tiene nada que ver con los juegos de manos de los prestidigitadores vulgares que engañan á la gente en las ferias y mercados, sino que debe aplicarse á aquellos que evocan espectros mágicos para engañar la vista de los hombres, por lo cual los brujos son, casi con toda seguridad, hombres y mujeres que tienen un *mal espíritu* en ellos. 'Tú no permitirás מכשפה *mecassephah*, esto es, un brujo, que viva'. Lo cual sería una medida de extrema severidad, ó más bien de crueldad, contra un pobre titiritero acusado de hacer juegos de manos.»

De consiguiente, es únicamente el que lleva el sexto nombre, el de consultador de espíritus familiares, ó un brujo, el que incurre en la mayor pena de la ley de Moisés, porque es solamente el *brujo* el que *no* debe consentirse que viva, mientras que en cuanto á todos los demás, no se habla de ellos sino para advertir al pueblo de Israel que le estaba prohibido el tratar con ellos, por razón de su idolatría, ó más bien y principalmente por sus conocimientos y opiniones religiosas. La sexta palabra á que aludimos es שאיל אויב *Shoel aub*, la cual, traducida á nuestra lengua, significa «un consultador de espíritus familiares»; pero que, en la versión de los setenta, está traducida por Εγγαστριμύθιος, uno que tiene un espíritu familiar en su *interior*, uno poseído por el espíritu de adivinación, que por los griegos era considerado ser el Python, y por los hebreos el *obh*, la antigua serpiente, y, en su significación esotérica, el espíritu de concupiscencia y *materia*; el cual, según los kabalistas, es siempre un espíritu elemental *humano* de la octava esfera.

Henry More opina que por *Shoel obh* debe entenderse aquel brujo que pide consejos á su familiar. El origen del nombre *obh* procede, en primer lugar, del espíritu que estaba en el cuerpo de la persona poseída, y produciendo en él una protuberancia, la voz parecía siempre salir de una botella, por cuya razón eran llamados *ventrilocos*. *Ob* significa lo mismo que *Pytho*, derivando este nombre de los *pythii vates*, un espíritu que revela cosas ocultas, ó predice los acontecimientos futuros. En *Los Hechos* xvi, 16, πνεύματι πωθῶντι, cuando «Pablo, sintiéndose moleestado, se volvió y dijo á aquel espíritu: Yo te mando, en nombre

de Jesu-Cristo, que salgas de ella, y salió al punto». De consiguiente, las palabras *obseso* y *poseído* son sinónimas de la palabra brujo; y este *pytho* de la octava esfera no podía salir del cuerpo de la muchacha, como no fuese un espíritu distinto de la misma. Y por esto vemos en el *Levítico* xx, 27: «Y el hombre ó la mujer en quienes hubiere un espíritu familiar, ó que fueren brujos (un *idegnoni*, irresponsable) serán condenados á muerte, serán apedreados con piedras, su sangre será sobre ellos.»

Una ley injusta y cruel sin duda alguna, y que desmiente por completo lo que los «Espíritus» han dicho recientemente por boca de uno de los mediums más populares é *inspirados* de nuestros días, ó sea que las investigaciones filológicas modernas prueban que la ley Mozaica nunca consintió la muerte de los «pobres» mediums ó hechiceros del «*Antiguo Testamento*», puesto que las palabras «tú no consentirás que un brujo *viva*» significan que viva del producto de su mediumnidad, esto es, que se gane la subsistencia. He aquí una interpretación tan nueva como peregrina. Verdaderamente, en ninguna parte más que en la fuente de tal *inspiración* podíamos encontrar una profundidad filológica tan grande (1).

«Cierra la puerta á la faz del demonio —dice la Kábala,— y echará á correr huyendo de tí, como si le persiguieses;» lo cual significa que no debéis consentir que en vosotros influyan semejantes espíritus de obsesión, atrayéndolos á una atmósfera de pecado.

Estos demonios procuran introducirse en los cuerpos de los simples é idiotas, y allí permanecen hasta que son desalojados por una voluntad *pura* y poderosa. Jesús, Apolonio y algunos de los apóstoles tenían el poder de arrojar á los *diablos*, purificando la atmósfera en el *exterior* y en el *interior* del paciente, obligando de este modo al moles-

(1) Con objeto de que ningún espiritista nos pueda contradecir, damos literalmente el texto referido como una muestra de lo poco que uno debe fiarse del enfático lenguaje de ciertos «espíritus». Sean humanos ó elementales, lo cierto es que unos espíritus capaces de semejante desfachatez deben ser considerados por los ocultistas como todo lo que se quiera, menos como guías infalibles en filosofía, ciencias exactas ó en ética. «Se recordará —dice Mrs. Cora V. Tappan, en un discurso público sobre la *Historia del Ocultismo y de sus relaciones con el Espiritismo* (véase *Banner of Light*, Ag. 26, 1876) — que el antiguo término brujería ó el ejercicio de este arte estaba prohibido entre los hebreos. La traducción es que no debe permitirse vivir á ningún brujo. Se ha supuesto que esta es la interpretación literal, y por dicha razón, nuestros muy piadosos y devotos antecesores condenaron á muerte, sin el debido testimonio, á un gran número de personas muy inteligentes, sabias y sinceras, bajo la acusación de brujería. Ahora se ha visto que la traducción ó interpretación debe ser que no debe permitirse á los brujos vivir de la práctica de su arte, ó lo que es lo mismo, que semejante arte no debe convertirse en una profesión.» ¿Nos atreveremos á preguntar á la celebrada oradora *por quién ó según qué* autoridad ha sido cambiada la referida interpretación?

to huésped á salir de allí. Ciertas sales volátiles son particularmente dañosas para ellos; y el efecto de las substancias químicas colocadas en un plato y puestas debajo de la cama por Mr. Varley, de Londres, (1) con el objeto de librarse de algunos desagradables fenómenos físicos que ocurrían durante la noche, es una comprobación de esta gran verdad. Los espíritus humanos puros, ó simplemente inofensivos, nada tienen que temer, porque habiéndose desembarazado de la materia *terrestre*, las composiciones terrestres no pueden afectarles en lo más mínimo; tales espíritus son á manera de *un soplo*. No sucede otro tanto con las almas ligadas á la tierra, y con los espíritus de la naturaleza.

Para estas *larvas* carnales y terrestres, espíritus humanos degradados, los antiguos kabalistas admitían una esperanza de *reencarnación*. Pero ¿cuándo ó cómo? En una ocasión oportuna, favorecida por un sincero deseo de su arrepentimiento y de enmienda por parte de alguna persona enérgica y simpática, ó por la voluntad de un adepto, ó también por un deseo emanado del mismo espíritu errante, con tal que sea lo suficientemente poderoso para libertarle del peso de la materia pecaminosa. Perdiendo enteramente su conciencia, la en otro tiempo resplandeciente mónada es arrebatada de nuevo por el torbellino de nuestra evolución terrestre, pasa otra vez por los diferentes reinos naturales, uno tras otro, y vuelve á alentar como una criatura viviente. Calcular el tiempo necesario para el cumplimiento de este proceso sería imposible. Como quiera que en la eternidad no existe la noción del tiempo, toda tentativa en este sentido sería trabajo perdido.

La doctrina de la Reencarnación ha sido admitida por algunos kabalistas y por diferentes astrólogos. Observando éstos los nacimientos de algunos personajes históricos célebres por algunas disposiciones particulares, encontraron que la conjunción de los planetas respondía perfectamente á ciertos oráculos y profecías notables referentes á otras personas nacidas en épocas posteriores. La observación

(1) Mr. Cromwell F. Varley, el famoso electricista de la Compañía del Cable Atlántico, comunica el resultado de sus observaciones, en el curso de un debate de la Sociedad Psicológica de la Gran Bretaña, el cual fué publicado en el *Spiritualist* (Londres, Abril 14, 1876, pp. 174, 175). Cree este autor que el efecto del ácido nítrico libre en la atmósfera era bastante para ahuyentar á los que él llama «espíritus fastidiosos.» Opina que aquellos que en su casa se ven molestados por estos espíritus pueden remediarlo vertiendo una onza de vitriolo sobre dos onzas de nitro finamente pulverizado en una vasija, y colocando la mezcla debajo de la cama. He aquí un sabio cuya reputación está extendida sobre los dos continentes, dando una receta para ahuyentar á los malos espíritus. Y todavía el público en general ridiculiza, como una *superstición*, las hierbas é inciensos que, con el mismo objeto, son empleados por los Indos, Chinos, Africanos y por otras razas.

y lo que ahora se llamarían «extrañas coincidencias», añadidas á la revelación que tenía lugar durante el «sagrado sueño» del neófito, descubrieron semejante verdad. Este sistema de obtener oráculos estaba puesto en práctica desde la más remota antigüedad. En la India, este letargo sublime es denominado «el sagrado sueño de ***». Es una suspensión de las facultades en la cual se sume al sujeto por medio de ciertos procedimientos mágicos favorecidos por algunos sorbos del jugo del soma. El cuerpo del durmiente permanece durante varios días en un estado parecido al de la muerte, y gracias al poder del adepto, es purificado de sus vicios é imperfecciones terrenas, y dispuesto para convertirse temporalmente en el tabernáculo del inmortal y radiante Augoeides. En semejante condición, el cuerpo aletargado refleja la gloria de las esferas superiores, á la manera que un espejo pulimentado refleja los rayos del sol. El durmiente pierde la noción del tiempo, y al despertar, después de cuatro ó cinco días de éxtasis, se figura que tan sólo ha dormido durante breves momentos. Lo que sus labios pronuncien, él jamás lo sabrá; pero siendo el espíritu quien los mueve, no pueden expresar nada más que la verdad divina. Durante unos momentos, el pobre cuerpo, miserable é inerte, se transforma en el santuario de la Presencia sagrada, y se convierte en un oráculo mil veces más infalible que las asfixiadas pitonisas de Delfos. Y así como el frenesí mántico de éstas se exhibía ante la multitud, este sueño santo es presenciado únicamente dentro del sagrado recinto por aquellos pocos Adeptos que son dignos de permanecer en presencia de ADONAY.

La descripción que da Isaías de la purificación necesaria por la que tiene que pasar un profeta antes de que sea digno de ser el portavoz de los cielos, es aplicable al caso en cuestión. En su estilo metafórico, dice: «Entonces voló hacia mí uno de los serafines llevando en su mano un carbón encendido que había cogido del altar con unas tenazas..... y él lo puso sobre mi boca y dijo: Hé aquí que esto ha tocado tus labios, y tus iniquidades se han borrado.»

La invocación de su propio Augoeides hecha por el adepto purificado está descrita en un estilo de incomparable belleza por Bulwer-Lytton en *Zanoni*, en cuya obra su autor nos da á entender que la más ligera huella de pasión terrenal impide al hierofante lograr la comunión con su alma inmaculada. No solamente son muy pocos los que pueden verificar con éxito satisfactorio esta ceremonia, sino que aun éstos raras veces pueden lograrlo, excepto para la instrucción de algunos neófitos, y para la obtención de conocimientos de excepcional importancia.

Y sin embargo, ¡cuán poco comprendidos y apreciados son por el público en general los conocimientos atesorados por estos hierofantes! «Existe otra colección de escritos y tradiciones que llevan el título de *Kábala*, atribuidos á sabios orientales—dice el autor del *Arte Mágico*; —pero como esta notable obra es de poco ó ningún valor si no se dispone de una clave, *la cual puede únicamente ser proporcionada por las fraternidades orientales*, su transcripción no sería de ninguna utilidad para los lectores en general». (1) ¡Y cuán ridiculizados son estos sabios por el más insignificante comisionista de comercio que recorre la India en busca de «comisiones», y que escribe al *Times*, engañado por cualquier titiritero que pretende mostrar á la ávida multitud, por medio de juegos de manos, las maravillas de los verdaderos magos orientales!

Pero á pesar de su falta de buena fé en la región de Argelia, Robert Houdin y Moreau-Cinti, que son dos autoridades en el arte de la prestidigitación, dieron honrado testimonio en favor de los mediums franceses. Ambos atestiguaron, al ser interrogados por los Académicos, que nadie más que los «mediums» podía producir los fenómenos de los golpes de la mesa y de la levitación, sin que se hubiese preparado todo de antemano, y sin contar con aparatos á propósito para dicho objeto. También demostraron que las llamadas «levitaciones sin contacto» eran fenómenos que estaban muy por encima de todo el poder de los prestidigitadores *de profesión*, y que para ellos, semejantes levitaciones, á menos de ser ejecutadas en una habitación provista de mecanismos ocultos y espejos cóncavos, eran *imposibles*. Añadieron ellos, además, que la simple aparición de una mano diáfana, en un sitio de donde se hubiese excluido toda posibilidad de engaño, habiendo sido el medium previamente registrado, sería una prueba de ser este fenómeno producido por *algún agente no humano*, fuese este agente lo que fuese. Al *Siècle* y otros periódicos parisienses les faltó tiempo para manifestar sus sospechas de que estas dos personas tan expertas y tan competentes en la materia se habían confabulado con los espiritistas.

El profesor Pepper, director del Instituto Politécnico de Londres, inventó un ingenioso aparato para producir apariciones espiritistas en el teatro, y vendió su patente en 1863, en París, por la suma de 20.000 francos. Los fantasmas parecían reales y se desvanecían, siendo esto simplemente un efecto producido por la reflexión de un objeto fuertemente iluminado sobre la superficie de un cristal plano. Se los

(1) «*Arte Mágico*», p. 97.

veía aparecer y desaparecer, pasearse por el escenario y desempeñar sus papeles á la perfección. A veces uno de los fantasmas se colocaba en un banco, después de lo cual alguno de los actores vivientes empezaba á reñir con él, y agarrando una pesada hacha, partía la cabeza y el cuerpo del espectro en dos. Pero, juntando sus dos partes otra vez, el espectro reaparecía á pocos pasos de distancia en medio del asombro del público. El artificio funcionaba admirablemente, y todas las noches atraía un público numerosísimo. Pero para producir estos espectros se necesita mucho aparato en el escenario, y más de un compadre. Sin embargo, algunos gacetilleros tomaban pié de estas exhibiciones para ridiculizar á los *espiritistas*, como si una cosa tuviese que ver con la otra. Lo que figuran hacer los espectros de Pepper pueden actualmente ejecutarlo verdaderos espíritus humanos desencarnados, cuando su reflexión está materializada por los elementales. Permitirán ellos ser atravesados por balas ó espadas, ó ser descuartizados, é instantáneamente volverán á aparecer ilesos. Pero el caso es distinto tratándose de espíritus elementarios, así cósmicos como humanos, porque una espada ó una daga, y hasta un palo puntiagudo, serán bastante para que ellos se desvanezcan aterrorizados. Esto parecerá increíble á todos cuantos ignoran la clase de substancia material de que están compuestos dichos elementarios; pero los kabalistas lo saben perfectamente. Los anales de la antigüedad y de la Edad Media, por no decir nada de las maravillas modernas de Cideville, que han sido judicialmente atestiguadas por nosotros, corroboran estos hechos.

Los escépticos, y hasta algunos espiritistas incrédulos, con frecuencia é injustamente han acusado de fraude á los mediums cuando se les negaba lo que ellos consideraban como un derecho indiscutible para comprobar la realidad de los espíritus. Pero por cada vez que esto ha tenido lugar, ha habido cincuenta en que los espiritistas han consentido en ser explotados por charlatanes y farsantes, al paso que no hacían el menor caso de las manifestaciones legítimas que les proporcionaban sus mediums. Ignorando las leyes de la mediumnidad, no saben que cuando un medium honrado está poseído por los espíritus, sean éstos desencarnados ó elementales, deja ya de ser dueño de sí mismo. No puede él gobernar á su gusto las acciones de los espíritus, ni siquiera las suyas propias. Los espíritus convierten al medium en un fantoche que baila á su antojo, mientras ellos manejan los hilos detrás del escenario. El falso medium puede simular hallarse en éxtasis, y á pesar de esto, estar haciendo trampas durante todo este tiempo; mientras que el verdadero medium puede, al parecer, estar en ple-

na posesión de sus sentidos, cuando, en realidad, le falta muchísimo para estarlo, y su cuerpo está animado por su «guía indo» ó «director»; ó bien puede estar extasiado en su habitación, mientras que su cuerpo astral (doble) ó *doppelganger* se pasea por la sala movido por otra inteligencia.

Entre todos los fenómenos, el de la *repercusión*, íntimamente relacionado con los de la *bilocación* (1) y los «paseos» aéreos, es el más asombroso de todos. En la Edad Media era considerado como cosa de brujería. De Gasparin, refutando el carácter milagroso de las maravillas de Cideville, se ocupó extensamente del asunto; pero estas pretendidas explicaciones fueron á su vez despreciadas por de Mirville y des Mousseaux, quienes, á pesar de lo muy desgraciados que estuvieron queriendo atribuir estos fenómenos al Diablo, prueban, sin embargo, su origen espiritual.

«El prodigio de la *repercusión*—dice des Mousseaux—ocurre cuando un golpe asestado al espíritu, visible ó invisible, de una persona *viva* pero ausente, ó al fantasma que la representa, hiere á la misma persona, al mismo tiempo, y en el mismo sitio en que el espectro ó su doble lo ha recibido. Debemos suponer, por lo tanto, que el golpe es repercutido, yendo á parar, como si rebotase, desde la imagen de la persona viviente, su duplicado, afectando la forma de fantasma (2), al original de carne y hueso, en cualquiera parte donde se halle.

»Así, por ejemplo, un individuo se aparece ante mí, ó, permaneciendo invisible, me expresa su odio, me amenaza y me pone en peligro inminente de caer en la obsesión. Hiero en el sitio en donde percibo su fantasma, en donde le oigo moverse, en donde yo siento *alguien*, algo que me molesta y me opone resistencia. Doy un golpe, y algunas veces aparecerá sangre en aquel sitio, y en algún caso, podrá oirse un chillido; *él* está herido ó quizás muerto! Ya está hecho, y he explicado el fenómeno. (3)

(1) Fenómeno que consiste en hallarse el sujeto en dos parajes distintos á la vez.—(N. del Tr.)

(2) Este fantasma se llama *Scin Lecca*. Véase *Historia Extraña* de Bulwer Lytton.

(3) En la edición de las obras de Paracelso publicada en Estrasburgo (1603), dicho autor escribe acerca del maravilloso poder *mágico* del espíritu del hombre. «Es posible—dice—que mi espíritu, sin auxilio del cuerpo, y sólo por medio de una enérgica voluntad, pueda matar y herir á otros sin necesidad de espada. Es también posible que yo pueda atraer el espíritu de mi adversario á una imagen, y entonces sorprenderle y maltratarle... la proyección de la voluntad es un punto capital en Medicina... Cada pensamiento del hombre viene por el corazón, porque este es el sol del microcosmo, y saliendo del microcosmo, pasa el pensamiento al gran mundo (éter universal)... la imaginación del hombre es un principio *material*» (como lo han demostrado nuestros sabios atómicos modernos: consúltese á Babbage y al profesor Jevons.) «La fijeza del pensamiento es también un medio para alcanzar un fin. La magia es una grande y *oculta sabiduría*, y la razón es una

»A pesar de todo, en el momento en que lo he maltratado, su presencia en otro sitio está probada auténticamente... Yo veo, sí, veo claramente al fantasma herido en la mejilla ó en el hombro, y esta misma herida aparece precisamente en la persona viva, repercutida sobre su hombro ó mejilla. Así, pues, resulta evidente que los casos de repercusión están íntimamente relacionados con los de bilocación ó de duplicación, ya sea espiritual ó corpórea.»

La historia de los sortilegios de Salem, tales como los encontramos registrados en las obras de Cotton, Mather, Calef, Upham y otros, nos proporciona una curiosa corroboración de la realidad del doble ó duplicado, así como de los efectos de permitir que los espíritus elementarios obren á su antojo. Este trágico capítulo de la historia americana no ha sido escrito jamás de acuerdo con la verdad. Cuatro ó cinco muchachas se convirtieron en mediums, «desarrollándoseles» esta aptitud por efecto de permanecer junto á una negra india del Oeste, una practicante del *Obeah*. Empezaron ellas á sufrir toda clase de torturas físicas, tales como pinchazos, teniendo alfileres clavados en sus carnes, y presentando cardenales y señales de mordiscos en diferentes partes del cuerpo. Declararon, las indicadas muchachas, que eran heridas por los espectros de varias personas, y nosotros venimos en conocimiento, por la célebre *Narración de Deodat Lawson* (Londres, 1704), que «algunos de ellos confesaron que hacían sufrir á las víctimas, ó sea las muchachas, exactamente en el tiempo y de la manera como habían sido acusados, y habiéndoseles preguntado qué era lo que hacían para afligir á tales muchachas, alguno dijo que introducían alfileres en unas muñecas fabricadas con andrajos, cera y otros materiales (1). Una mujer que confesó después de firmar su sentencia de muerte dijo que ella, para atormentarlas, agarraba fuertemente sus manos juntas, las pellizcaba, y, *deseando* que las personas fuesen martirizadas en tal ó cual parte y de esta ó de aquella manera, sucedía exactamente como ella deseaba» (2).

Mr. Upham nos refiere que Abigail Hobbs, una de estas muchachas, reconoció que había hecho pacto con el diablo, «el cual se le aparecía bajo la forma de un hombre, y le mandaba atormentar á las doncellas, llevándole imágenes de madera que se les parecían, y espi-

grande y pública necesidad. Ninguna armadura protege contra la magia, porque ésta ataca al espíritu *íntimo* de vida.»

(1) Estos hechos, por inverosímiles que parezcan, han sido corroborados recientemente en París por Mr. de Rochas y otros conocidos experimentadores. Véase un folleto titulado *L'encoutement*, escrito por el referido autor.—(N. del Tr.)

(2) «Salem Witchcraft, con un descripción del pueblo de Salem», por C. W. Upham.

nas para que se las clavase en dichas imágenes, lo cual hacía ella al pié de la letra; y entonces las muchachas se quejaron de que ella las martirizaba.»

¡Cuán perfectamente estos hechos, cuya validez ha sido comprobada por el irrecusable testimonio de los tribunales, confirman la doctrina de Paracelso! Es sorprendente y raro que un sabio tan sesudo como Mr. Upham haya podido acumular en las 1.000 páginas de sus dos volúmenes una masa semejante de evidencia legal, para demostrar la intervención de las almas ligadas á la tierra y de los maliciosos espíritus de la naturaleza en estas tragedias, sin sospechar la verdad.

Hace algunos siglos que Lucrecio ponía en boca del viejo Ennius:

*«Bis duo sunt hominis, manes, caro, spiritus, umbra;
Quatuor ista loci bis duo suscipirent:
Terra tegit carnem; tumulum circumvolat umbra,
Orcus habet manes.»*

En este caso, lo mismo que en todos los análogos, los sabios, viéndose incapaces de explicar el hecho, afirman que *no puede ser*.

Pero vamos á dar unos pocos ejemplos históricos, con objeto de demostrar que algunos *daimons*, ó espíritus elementarios, se intimidan á la vista de una espada, cuchillo ó un instrumento cortante cualquiera. No pretendemos explicar la razón de esto, por ser de la incumbencia de la fisiología y de la psicología.

Desgraciadamente, los fisiólogos no han podido aún determinar las relaciones que existen entre el pensamiento y el lenguaje, y han abandonado el problema á los metafísicos, los cuales, á su vez, según Fournié, no han hecho nada. Decimos que nada han hecho, pero en cambio creen tener derecho á todo. No puede presentarse ante estos señores hecho ó fenómeno alguno que sea demasiado grande para su vasta inteligencia, no parando hasta dar con él en un rincón de su armario, después de haberlo rotulado con un retumbante nombre griego que expresa cualquier cosa, menos la verdadera naturaleza del fenómeno.

«¡Ah, hijo mío!—exclamaba el sabio Mufti de Alepo, dirigiéndose á su hijo Ibrahim, que se ahogaba con la cabeza de un enorme pescado;—¿cuándo comprenderás que tu estómago es más pequeño que el Océano?» O como dice Mrs. Catherine Crowe en su *Night-Side of Nature*: ¿cuándo admitirán nuestros sabios que «sus inteligencias no son ninguna medida para los designios del Todopoderoso»?

No queremos preguntar cuál de los antiguos autores menciona

hechos de naturaleza aparentemente *sobrenatural*, sino cuál de ellos no refiere alguno. En Homero, vemos á Ulises evocando el espíritu de su amigo, el adivino Tiresias. Preparándose para la ceremonia de la «fiesta de la sangre», Ulises desenvaina su espada, ahuyentando de este modo á millares de fantasmas atraídos por el sacrificio. Su mismo amigo, el Tiresias esperado durante tanto tiempo, no se atreve á acercarse mientras Ulises conserva en su mano el arma homicida (1). Eneas se dispone para descender al reino de las sombras, y tan pronto como se acerca á sus umbrales, la Sibila que le sirve de guía hace algunas advertencias al héroe troyano, y le ordena desenvainar su espada y abrirse paso al través de la compacta muchedumbre de sombras fugaces:

Tuque invade viam, vaginâque eripe ferrum. (2)

Glanvil da una reseña maravillosa de la aparición del «tamborilero de Tedworth», que tuvo lugar en 1661, y en la cual el *scin-lecca*, ó el duplicado, del brujo tamborilero se asustaba grandemente á la vista de una espada. Psellus hace en su obra (3) una larga relación acerca del terrible estado en que su cuñada fué sumida por haber tomado posesión de ella un *daimon* elemental. Ella fué finalmente curada por un conjurador extranjero llamado Anaphalangis, el cual empezó por amenazar con una *espada desnuda* al invisible ocupante de su cuerpo, hasta que por fin lo desalojó del mismo. Psellus expone un completo catecismo de demonología en los términos siguientes, tales como los recordamos:

«¿Descáis saber—pregunta el conjurador—si los cuerpos de los espíritus pueden ser heridos con una espada ó con otra arma cualquiera? (4) Si, pueden serlo. Un objeto duro arrojado contra ellos les causará dolor, y aunque sus cuerpos no estén formados de substancias sólidas ó resistentes, no dejan de ser sensibles, porque en los seres dotados de sensibilidad, no son únicamente sus nervios los que tienen la facultad de sentir, sino que también la tiene el espíritu que en ellos reside..... el cuerpo de un espíritu puede ser sensible en su *totalidad*, lo mismo que en cada una de sus partes. Sin auxilio de organismo físico alguno, el espíritu vé, oye, y si le tocan, siente vuestro contacto. Si le dividís en dos, sentirá el dolor como cualquier hombre viviente, porque no deja de ser *materia*, si bien de una naturaleza tan sutil que generalmente es invisible para nuestros ojos..... Sin embargo, una cosa le distingue del hombre viviente y es que cuando se parten por la mitad

(1) «*Odisea*,» V, 82.

(2) «*Eneida*,» lib. VI, 260.

(3) «*De Dæmon*,» cap. «*Quomodo dæm occupent*».

(4) *Nunquid dæmonum corpora pulsari possunt? Possunt sane, atque dolere solido quodam percussa corpore.*

los miembros de una persona, no pueden reunirse las dos porciones fácilmente. Pero, partid en dos un *demonio*, y le veréis inmediatamente después entero como antes. Así como el agua ó el aire se unen después de haber sido atravesados por un cuerpo sólido, (1) no quedando el menor rastro de la división, del mismo modo el cuerpo de un *demonio* recobra de nuevo su integridad después que el arma penetrante ha salido de la herida. Pero, á pesar de esto, cada rasguño ó herida que se le ha inferido es para él causa de dolores. *Por esto es que los daimons temen la punta de una espada, ó cualquier arma cortante. Todos cuantos quieran ver huir á tales espíritus no tienen más que hacer este experimento.*

Uno de los sabios más ilustrados de este siglo, Bodin, el demonólogo, sostiene la misma opinión de que así los elementarios cósmicos como los elementarios humanos sienten un terror profundo por las espadas y dagas. Esta es también la opinión de Porfirio, Jámblico y Platón. Plutarco hace mención de esto repetidas veces. Los teurgistas prácticos sabían esto muy bien y obraban en consecuencia; y muchos de ellos aseguran que «los demonios sufren á consecuencia de cualquier rasguño causado en sus cuerpos». Con este motivo, Bodin nos cuenta una maravillosa historia en su obra *De los demonios*, p. 292.

•Recuerdo—dice el autor—que en 1557 un demonio elemental de los llamados *relampagueantes* cayó con el rayo, en la casa de un zapatero llamado Poudot, é inmediatamente empezaron á caer piedras por toda la habitación. Recogimos tanta cantidad de ellas, que el ama de la casa llenó una grande arca, después de lo cual cerró herméticamente las puertas, ventanas y la misma arca. Pero esto no impidió ni poco ni mucho al demonio continuar arrojando piedras en el aposento, aunque sin dañar á ninguno de los allí presentes. Latomi, que era entonces *Quarter President* (2), vino á enterarse de lo que sucedía; apenas hubo entrado, el espíritu arrebató el sombrero de su cabeza, y lo hizo desaparecer. Unos seis días habían transcurrido de esta manera, cuando M. Juan Morgnes, consejero del tribunal *presidial*, vino á buscarme para ver el misterio. Cuando yo entré en la casa, alguien había aconsejado al dueño de la misma que se encomendase á Dios con todo su corazón, y anduviese con una espada al aire por todo el aposento; y así lo hizo. Al día siguiente, el ama de la casa nos dijo que desde aquel momento no se había vuelto á oír el menor ruido en toda la habitación; pero que durante los siete días anteriores, no habian podido tener un solo instante de reposo.

Los libros de hechicería de la edad media están llenos de narraciones por el estilo. La muy rara é interesante obra de Glanvil, *Sadducismus*

(1) *Ubi secatur mox in se iterum recreatur et coalescit.... dictu velocius dæmonicus spiritus in se revertitur.*

(2) Un magistrado del distrito.

Triumphatus, digna de figurar al lado del libro de Bodin antes mencionado, puede considerarse como una de las mejores. Pero es hora ya de prestar alguna atención á ciertos relatos de los más antiguos filósofos, que explican el fenómeno al mismo tiempo que lo describen.

En cuestión de maravillas, Proclo figura en primera línea. Asombra la colección de hechos que presenta, la mayoría de los cuales corrobora citando testigos, siendo algunos de ellos filósofos de gran fama. Recuerda muchos casos de su tiempo, en que se encontró diferentes personas muertas que habían cambiado su posición horizontal dentro del sepulcro por otra, ya de pié, ya sentada; lo cual él atribuye á que tales personas eran *larvas*, y esto—dice—«es referido por los antiguos respecto de Aristio, Epiménides y Hermodoro». Cita cinco casos distintos de la historia de Clearco, discípulo de Aristóteles: 1.º Cleonimo, el ateniense. 2.º Policrito, hombre ilustre entre los eolios. El historiador Nomaquio cuenta que Policrito murió, reapareciendo nueve meses después de fallecido. •Hiero, el efesiano, y otros historiadores—dice su traductor Taylor—atestiguan la verdad de lo dicho». 3.º En Nicópolis sucedió un hecho parecido con un tal Eurino. Este revivió al décimo quinto día de haber sido enterrado, y vivió todavía algún tiempo llevando una vida ejemplar. 4.º Rufo, sacerdote de Tesalónica, volvió á la vida tres días después de su muerte, con objeto de verificar ciertas ceremonias sagradas conforme una promesa que tenía hecha; cumplido su compromiso, murió otra vez, para no volver más. 5.º Este es el caso de una tal Filonea, que vivió durante el reinado de Filipo. Era hija de Demostrato y de Carito de Anfípolis. Casada contra su voluntad con un tal Krotero, murió poco después. Pero, á los seis meses de muerta, volvió á la vida, como dice Proclo, «á causa de su amor por un joven llamado Macates, que vino de Pella á casa de su padre Demostrato». Ella le visitó durante muchas noches sucesivas, hasta que por fin, habiendo sido descubierta Filonea, ó mejor dicho, el vampiro que hacía sus veces, murió de rabia, declarando antes que ella obraba de dicha manera por obedecer la voluntad de *demonios terrestres*. Su cuerpo muerto fué visto, después de su segundo fallecimiento, por toda la gente de la ciudad en la casa de su padre. Al abrir la sepultura en donde su cuerpo había sido depositado, fué encontrada vacía por todos sus parientes, los cuales, no queriendo dar crédito á tal hecho, fueron á cerciorarse de la verdad. Este suceso está confirmado por las *Epistolas de Hiparco*, y por las de Arrideo á Filipo (1).

Dice Proclo: «Muchos otros autores antiguos han recogido histo-

(1) Esta extraordinaria circunstancia fué comprobada por el prefecto de la ciudad, y el procónsul de la provincia presentó el informe al Emperador. Dicha historia es relatada con la mayor naturalidad por Mrs. Catalina Crowe (véase «*Night-Side of Nature*,» pág. 335).

rias de personas que en apariencia habían muerto, y que después volvieron á la vida. Entre estos está el filósofo naturalista Demócrito; en sus escritos referentes al Hades, afirma que (en cierto caso que es discutible) la muerte no es, como parece, la separación completa de la vida del cuerpo, sino una interrupción causada por algún golpe, ó quizás por una herida; á pesar de lo cual los lazos del alma continúan arraigados en lo más íntimo del cuerpo, y el corazón contiene todavía en sus profundidades el *empyreuma* de vida; y en tanto que éste se conserva, vuelve otra vez la vida que se había extinguido, á consecuencia de ser el cuerpo susceptible de reanimarse».

Dice más adelante dicho autor «que el alma puede separarse del cuerpo, y volver á entrar en el mismo, lo cual es evidente para él, pues, según Clearco, empleaba en un niño que dormía *una varilla dotada de la virtud de atraer el alma*, y persuadía á Aristóteles —según refiere Clearco en su *Tratado del Sueño*—de que el alma puede ser separada del cuerpo, y entrar en otro cuerpo que le sirve de alojamiento. Porque, dando al niño con la varilla, atraía el alma al exterior, conduciéndola, por decirlo así, á cierta distancia, con el propósito de demostrar que el cuerpo permanecía inmóvil y no sentía ningún daño cuando el alma (cuerpo astral) estaba separado del mismo; y una vez conducida de nuevo el alma al interior del cuerpo mediante dicha varilla, daba razón de todo después de su entrada. Por esta circunstancia es que tanto Aristóteles como los que tuvieron ocasión de presenciar estos experimentos se convencieron de que el alma es separable del cuerpo».

Tal vez se tachará de absurdo el insistir tan á menudo sobre los hechos de hechicería en pleno siglo diez y nueve. Pero el mismo siglo se va volviendo viejo, y á medida que va acercándose á su término fatal, parece como si empezase á chochear; no sólo rehusa recordar la infinidad de casos de hechicería que han sido probados, sino que también se niega á reconocer lo que ha estado sucediendo durante los últimos treinta años en todo el mundo. Después de un intervalo de muchos millares de años, podíamos tener algunas dudas acerca de los poderes mágicos de los sacerdotes de Tesalonia, así como de sus «hechizos», tales como los menciona Plinio; (1) podíamos lanzar el descrédito sobre lo que Suidas nos dice respecto del viaje de Medea por los aires, y olvidar así que la magia era el más elevado conocimiento de la filosofía natural; pero ¿qué debemos nosotros pensar de semejantes viajes, tan frecuentemente repetidos «por los aires», cuando tienen lugar ante nuestros ojos, y están confirmados por el testimonio de centenares de personas que al parecer se hallaban en su sano juicio? Si la universalidad de una creencia es una prueba de su verdad, pocos hechos han tenido un fundamento más sólido que los de la hechicería.

(1) *Plinio*, xxx.

•Todos los pueblos, desde el más inculto al más refinado, y podemos también añadir, en todas épocas, han creído en aquella especie de agente sobrenatural que comprendemos por este término», dice Thomas Wright, autor de *Hechicería y Magia* y escéptico miembro del Instituto Nacional de Francia. «Se funda en la creencia universalmente difundida de que, aparte de nuestra existencia visible, vivimos en un mundo invisible de seres espirituales, por quienes nuestras acciones, y hasta nuestros pensamientos, son con frecuencia guiados, y que tienen cierto grado de poder sobre los elementos y sobre el curso ordinario de la vida orgánica». Después, maravillándose del modo como esta ciencia misteriosa ha florecido en todas partes, y dando noticia de varias famosas escuelas de magia establecidas en distintas partes de Europa, explica esta creencia respetable por su antigüedad, y muestra la diferencia entre la hechicería y la magia, como sigue: «El mágico se diferencia del brujo en que: *mientras éste es un ignorante instrumento puesto en manos de los demonios, el primero se ha convertido en su amo por el poderoso concurso de la Ciencia*, la que es únicamente alcanzada por pocos, á los cuales estos seres son incapaces de desobedecer». (1) Esta distinción establecida y conocida desde los tiempos de Moisés la da el autor como derivada de «las fuentes más auténticas».

Si de este incrédulo pasamos á la autoridad de un adepto en aquella ciencia misteriosa, el anónimo autor del *Arte Mágico*, le vemos sostener lo siguiente: «El lector podrá preguntar en qué consiste la diferencia entre un mago y un medium... el medium es aquel por medio de cuyo espíritu astral pueden otros espíritus manifestarse, dando á conocer su presencia por diversas clases de fenómenos. Cualesquiera que estos sean, el medium es sólo un agente pasivo en manos de dichos espíritus. No puede obligarlos á comparecer, ni á ausentarse; y tampoco puede jamás forzarlos á llevar á cabo determinados fenómenos, ni dirigir la naturaleza de los mismos. El mago, al contrario, *puede llamar y despedir á los espíritus á voluntad*, puede llevar á cabo muchos actos de poder oculto por medio de su propio espíritu; puede exigir la presencia y asistencia de espíritus inferiores á él en categoría, y efectuar transformaciones en el reino de la naturaleza sobre los cuerpos animados é inanimados (2)».

Este ilustrado autor se olvida de indicar una distinción marcada en la mediumnidad, con la cual debe estar completamente familiarizado. Los fenómenos físicos son el resultado de la manipulación de fuerzas, por intermedio del sistema físico del medium, operada por inteligencias invisibles de cualquier especie que sean. En una palabra, la mediumnidad física depende de una organización peculiar del sistema físico; la mediumnidad espiritual, la cual va acompañada de fenó-

(1) Wright, M. A., F. S. A., ...: «*Hechicería y Magia*,» vol. III.

(2) «*Arte Mágico*,» pp. 159, 160.

menos intelectuales y subjetivos, depende de una organización análoga de la naturaleza *espiritual* del medium. Así como el alfarero fabrica, de una masa de barro, una vasija destinada á usos viles, y de otra un artístico jarrón, del mismo modo, entre los mediums físicos, el espíritu plástico astral de unos puede estar preparado para una clase de fenómenos objetivos, y el de otros, para fenómenos de muy distinta especie. Una vez así preparado, parece difícil alterar la naturaleza de las facultades medianímicas, del mismo modo que cuando una barra de acero es forjada bajo cierta forma, no puede emplearse sin dificultad más que para el objeto especial á que se la destinó en un principio. Por regla general, los mediums que han sido desarrollados para una clase de fenómenos, raras veces producen otros, sino que repiten los mismos indefinidamente.

La psicografía, ó sea la escritura directa de mensajes ó comunicaciones por los espíritus, es común á ambas formas de mediumidad. El escrito, por sí mismo, es un hecho físico y objetivo, mientras que las ideas en él contenidas pueden ser de un elevadísimo carácter. Esto depende enteramente del estado moral del medium. No es necesario que sea ilustrado, para escribir tratados filosóficos dignos de Aristóteles, ni que sea un poeta, para ser autor de versos que honrarían á Byron ó á Lamartine; lo único que se necesita es que el alma del medium sea suficientemente pura para que pueda servir de vehículo á espíritus capaces de demostrar unos conceptos tan sublimes.

Una de las escenas más curiosas que vemos en el *Arte Mágico* es la de una niña pequeña é inocente, una medium, en cuya presencia, durante un período de tres años, cuatro volúmenes de manuscrito, en antiguo sánscrito, habían sido escritos por los espíritus, sin plumas ni lápices ni tinta. «Basta — dice el autor — colocar las hojas en blanco en un trípode, cuidadosamente resguardado de los rayos directos de la luz, pero todavía confusamente perceptible para los observadores atentos. La niña se sienta en el suelo, reclina su cabeza sobre el trípode, y rodea con sus brazos diminutos los pies del mismo. Una vez en esta actitud, la mayor parte de las veces se queda dormida por espacio de una hora, durante la cual, las hojas colocadas encima del trípode se llenan completamente de caracteres sánscritos antiguos trazados con exquisita perfección». Este es un ejemplo tan notable de mediumidad psicográfica, y confirma tan completamente el principio establecido antes, que no podemos resistir al deseo de citar unas pocas líneas de uno de los manuscritos sánscritos, y con tanto mayor motivo por cuanto comprende aquella parte de la filosofía hermética relativa al estado anterior del hombre, lo cual hemos en otra parte expuesto de una manera menos satisfactoria.

«El hombre vive en muchas tierras antes de que llegue á ésta. Miríadas de mundos hormigean en el espacio, en los cuales el alma en

estado rudimentario lleva á cabo su peregrinación, hasta que alcanza el grande y luminoso planeta llamado Tierra, cuya gloriosa función es conferir la *conciencia de sí mismo*.

• Únicamente al llegar á este punto es cuando se convierte en hombre; en cada una de las otras etapas de su interminable y aturdido viaje, es únicamente un sér embrionario, una forma fugaz y pasajera de materia, una criatura en la cual brilla tan sólo una porción del alma superior en ella encarcelada; una forma rudimentaria con funciones rudimentarias; siempre viviendo y muriendo, y llevando una transitoria existencia espiritual, tan rudimentaria como la forma material de donde ha procedido; una mariposa surgiendo de la envoltura de la crisálida, pero siempre precipitándose adelante, á nuevos nacimientos, nuevas muertes, nuevas encarnaciones; morir á cada momento para vivir otra vez; siempre lanzándose hacia arriba, y siempre ansiando progresar más, precipitándose siempre por el vertiginoso, terrible, áspero y escabroso camino, hasta que despierta una vez más; una vez más para vivir y existir en forma material, un objeto de polvo, una criatura de carne y hueso, pero esta vez, un *hombre* (1)•.

Esto nos hace recordar una prueba de destreza psíquica de que fuimos testigos una vez en la India, entre un santo *gossein* (2) y un brujo (3). Habíamos estado discutiendo acerca de los poderes relativos de los Pitris del fakir (espíritus pre-adámicos) y de los invisibles aliados del juglar. Se convino en que ambos pusieran á prueba su habilidad respectiva, y la que escribe estas líneas fué escogida como árbitro. Estábamos haciendo nuestro descanso de medio día cerca de un pequeño lago de la India del Norte. Sobre la limpida superficie del agua flotaban innumerables flores acuáticas y hojas anchas y brillantes. Cada uno de los competidores cogió una hoja.

El fakir, aplicándola contra su pecho, cruzó sus manos sobre la misma, y cayó en un éxtasis momentáneo, después de lo cual puso la hoja sobre el agua, haciendo que la cara superior mirase hacia abajo. El juglar pretendía dominar al «señor del agua», al espíritu que habita en la misma, y se jactaba de que obligaría al *poder* á impedir que los Pitris verificasen fenómeno alguno sobre la hoja del fakir en *su* elemento. Tomó su hoja y la arrojó al agua, después de haber ejecutado una especie de extraña encantación. Acto continuo, esta hoja se agitó de una manera violenta, mientras que la otra hoja permanecía completamente inmóvil. Pasados unos pocos segundos, ambas hojas fueron recogidas. Sobre la del fakir se encontró, con grande indignación por parte del juglar, algo que parecía un dibujo simétrico trazado con caracteres blancos como la leche, como si los jugos de la planta hubiesen

(1) «*Arte Mágico*,» pág. 28.

(2) Fakir, mendigo.

(3) Un juglar llamado así.

sido empleados á modo de un fluido corrosivo para escribir. Cuando estuvo seca la hoja y se pudieron apreciar debidamente las líneas trazadas en ella, se vió que consistían en una serie de caracteres sánscritos perfectamente delineados, componiendo en conjunto una sentencia que expresaba un sublime precepto moral. Añadiremos á esto que el fakir en cuestión no sabía leer ni escribir. En la hoja del juglar, en vez de caracteres, se encontró el diseño de la cara más picaresca y horrible que se pueda imaginar. Cada una de las hojas, por lo tanto, llevaba el sello ó reflejo alegórico del carácter de los competidores, é indicaba la calidad de los seres espirituales que tenían respectivamente en torno suyo. Pero con profunda pena debemos abandonar otra vez la India, con su cielo azul y su misterioso pasado, sus devotos religiosos y sus hechiceros; y con la alfombra encantada de los cuentos de las *Mil y una noches*, debemos trasladarnos de nuevo á la mohosa y pesada atmósfera de la Academia Francesa.

Para hacerse cargo de la timidez, preocupación y superficialidad con que se han tratado los asuntos psicológicos de los pasados tiempos, no hay más que hojear un libro que tenemos á la vista.

Es la *Historia de lo maravilloso en los tiempos modernos*. Esta obra ha sido publicada por su autor el sabio Dr. Figuier, y está llena de citas de las más conspicuas autoridades en fisiología, psicología y medicina. El Dr. Calmeil, célebre director en jefe de Charenton (famoso asilo de lunáticos de Francia), es el robusto Atlas sobre cuyas poderosas espaldas descansa esta obra de erudición. Como fruto sazonado de las opiniones del año 1860, debe para siempre conservar un sitio entre las más curiosas obras de *arte*. Movidó por el inquieto demonio de la ciencia, resuelto á matar la superstición, y por consiguiente al espiritismo, de un solo golpe el autor nos presenta un resumen de los más notables ejemplos de fenómenos medianímicos ocurridos durante los dos siglos pasados.

La discusión abraza los profetas de Cevennes, los camisardos, los jansenistas, el diácono Paris, y varios sucesos epidémicos consignados en la historia, y de los cuales sólo nos ocuparemos muy ligeramente, puesto que han sido ya descritos, durante los últimos veinte años, por casi todos los autores que han escrito acerca de los fenómenos modernos. No son *hechos* lo que deseamos discutir otra vez, sino sencillamente la manera como tales hechos han sido estudiados é interpretados por aquellos que, en calidad de médicos y autoridades reconocidas, tenían la mayor responsabilidad en estas cuestiones. Si presentamos á nuestros lectores á un autor tan lleno de ideas preconcebidas, es únicamente porque su obra nos pone en el caso de demostrar cuánto pueden esperar de la ciencia ortodoxa los fenómenos ocultos y otras varias manifestaciones. Cuando las epidemias psíquicas más renombradas del mundo se tratan de este modo, ¿qué cosa hay que pueda indu-

cir á un materialista á estudiar seriamente otros fenómenos, tan auténticos é interesantes, aunque menos populares? Recuérdese que los dictámenes redactados por varias comisiones á sus Academias respectivas en aquella época, lo mismo que los documentos de los tribunales de justicia, existen todavía, y pueden ser consultados para comprobar los hechos. Acudiendo á unas fuentes tan irrecusables es como el Dr. Figuier ha compilado su extraordinaria obra. Debemos dar, por lo menos en substancia, los incomparables argumentos con los cuales el autor procura demoler una por una todas las formas de sobrenaturalismo, juntamente con los comentarios del demonólogo des Mousseaux, quien, en una de sus obras, (1) se arroja sobre su escéptica víctima, como un tigre sobre su presa.

Entre los dos campeones, el materialista y el fanático, el estudiante despreocupado recogerá una buena cosecha.

Empezaremos por los convulsionarios de Cevennes, cuyos asombrosos fenómenos ocurrieron en forma de epidemia á fines del año 1700. Las inhumanas medidas adoptadas por los católicos franceses para extirpar el espíritu de profecía de una población entera son un hecho histórico, y no es necesario repetirlas aquí. El mero hecho de que un solo puñado de hombres, mujeres y niños, que en conjunto no excedía de unas 2.000 personas, pudiese resistir durante años enteros á las tropas del rey, que juntamente con la milicia subían á unos 60.000 hombres, es por sí solo un milagro. Todas las maravillas están registradas, y los procesos verbales de aquellos tiempos se conservan hoy día en los Archivos de Francia. Existe, entre otras, una relación oficial que fué enviada á Roma por el feroz abate Chayla, prior de Laval, y en la cual se queja de que el espíritu maligno sea tan poderoso que ninguna tortura, ningún exorcismo inquisitorial es bastante para desalojarle de los cevenneses. Añade que él puso las manos de esta gente sobre carbones encendidos, casi tocándolos, y ni tan sólo quedaron chamuscadas; que ha envuelto por completo el cuerpo de algunos cevenneses con *algodón impregnado de aceite y le ha prendido fuego*, y en muchas ocasiones no encontró una sola ampolla en la epidermis; que se disparaban tiros contra ellos, y las balas se encontraban luego aplastadas entre los vestidos y la piel, estando el cuerpo ileso, etc., etc.

Aceptando por completo todo lo anterior como sólido punto de apoyo para sus sabios argumentos, he aquí lo que dice el Dr. Figuier: •Hacia la conclusión del siglo diez y siete, una mujer vieja importa á Cevennes el espíritu de profecía. Ella lo comunica (?) á muchachos y muchachas jóvenes, los cuales lo exhalan á su vez, y se difunde por toda la atmósfera de los alrededores. Las mujeres y los niños son los más sensibles á la infección • (vol II, p. 261). •Hombres, mujeres y tier-

(1) «*Mœurs et pratiques des Demons.*»

nas criaturitas hablan por inspiración, no en el *patois* ordinario, sino en el más puro francés, lengua que en aquellos tiempos era completamente desconocida en aquel país. Niños de doce meses, y aun de menos, como consta en los procesos verbales, quienes anteriormente apenas podían articular unas pocas y cortas sílabas, hablan por los codos y profetizan». «Ocho mil profetas—dice Figuiet—se desparramaron por el país; se mandó llamar doctores y médicos eminentes». La mitad de las facultades de Medicina de Francia, entre otras la de Montpellier, se apresuraron á acudir á Cevennes. Celebráronse consultas, y los médicos se declararon «maravillados y confundidos de asombro y de admiración oyendo á muchachos y niñas ignorantes y sin educación literaria pronunciar discursos sobre cosas acerca de las cuales ellos jamás supieron una palabra» (1). La sentencia dictada por Figuiet contra estos traidores hermanos de profesión por haberse maravillado tanto de los jóvenes profetas es que «ellos no sabían lo que veían» (2). Muchos de los profetas comunicaban vigorosamente su espíritu á aquellos que trataban de romper el hechizo (3). Un gran número de ellos oscilaban *entre tres y doce años de edad*; otros eran todavía *niños de teta*, y hablaban francés claro y correctamente (4). Estos discursos, que con frecuencia duraban varias horas, hubieran sido imposibles para tan pequeños oradores, estando estos en su estado normal ó natural (5).

«Ahora bien—pregunta el comentador,—¿qué significa una serie tal de prodigios, los cuales están todos libremente admitidos en el libro de Figuiet? No significan nada absolutamente. Aquello no fué nada más—dice—que el efecto de una exaltación momentánea de las facultades intelectuales» (6). «Estos fenómenos—añade—pueden observarse en muchas afecciones cerebrales».

«*Exaltación momentánea* que dura muchas horas, en cerebros de criaturas de un año, no destetadas todavía, hablando en buen francés, antes de que hayan podido aprender ni una sola palabra de su *patois*! ¡Oh, milagro de la fisiología! *Prodigio* debía ser tu nombre», exclama des Mousseaux.

«El Dr. Calmeil, en su tratado de la locura—dice Figuiet,—cuando se ocupa de la *theomania* extática de los calvinistas, deduce que dicha enfermedad debe atribuirse en los casos más sencillos al **HISTERISMO**, y, en los de un carácter más serio, á la *epilepsia*..... Nosotros más bien nos inclinamos á creer—dice Figuiet—que era una enfermedad *sui generis*, y con objeto de poseer un nombre apropiado á tal enfermedad,

(1) «*Histoire du Merveilleux dans les temps modernes*,» vol II, pág. 262.

(2) *Idem*, pág. 262.

(3) *Idem*, pág. 265.

(4) *Idem*, pp. 267, 401, 402.

(5) *Idem*, pp. 266 y 400.

(6) *Idem*, pág. 403.

debemos contentarnos con el de convulsionarios tembladores de Cevennes» (1).

¡Otra vez la *Theomania* y el *histerismo*! Las corporaciones médicas deben de estar poseidas de una incurable *atomomanía*. ¿Cómo se explica, de otro modo, que promulguen semejantes absurdos respecto á la ciencia, y confíen verlos aceptados?

«Tal era el furor de exorcizar y de *achicharrar*—continúa Figuiet,—que los frailes veían posesiones diabólicas en todas partes cuando sentían necesidad de milagros, ya fuese para arrojar más luz sobre la omnipotencia del diablo, ó para asegurar su pitanza en el convento» (2).

Por este sarcasmo, el piadoso des Mousseaux se muestra profundamente agradecido á Figuiet, porque, como él dice, «es uno de los primeros escritores *de Francia* á quien vemos, con gran sorpresa nuestra, que *no niega* los fenómenos que desde hace muchísimo tiempo son *innegables*». Llevado por un sentimiento de elevada superioridad, y hasta de desdén por el método usado por sus predecesores, el Dr. Figuiet desca que sus lectores sepan que él no sigue el mismo camino que aquéllos. «No desecharemos nosotros—dice,—como indignos de crédito, determinados *hechos* únicamente porque son embarazosos para nuestro sistema. Al contrario, recogeremos todos los hechos que la misma evidencia histórica nos ha transmitido..... y que, por lo tanto, son igualmente dignos de crédito, y sobre la masa entera de tales hechos será como fundaremos la *explicación natural*, que á nuestra vez ofreceremos como una continuación de las emitidas por los sabios que nos han precedido en esta cuestión» (3).

Y sin más ni más, sigue adelante el Dr. Figuiet (4). Da unos pocos pasos, y, plantándose en medio de los convulsionarios de S. Medardo, invita á sus lectores á escudriñar bajo su dirección *prodigios* que para él no son más que simples efectos de la naturaleza.

Pero antes de pasar, á nuestra vez, á mostrar la opinión del doctor Figuiet, debemos refrescar la memoria de nuestros lectores, indicando en qué consistían los milagros Jansenistas, de acuerdo con la evidencia histórica.

El diácono Paris era un Jansenista que murió en 1727. Inmediatamente después de su muerte, empezaron á ocurrir junto á su tumba los más sorprendentes fenómenos. El cementerio rebosaba de gente desde la mañana hasta la noche. Exasperados los jesuitas al ver que los herejes verificaban tan maravillosas curas y otros prodigios, acudieron á los magistrados, y obtuvieron de ellos una orden para cerrar

(1) *Histoire du Merveilleux*, etc., vol. 1, p. 397.

(2) *Idem*, pp. 26 y 27.

(3) *Idem*, p. 238.

(4) Des Mousseaux: *«Magie au XIX^{me} Siècle,*» p. 452.

la entrada á la tumba del diácono. Pero, á pesar de todos los obstáculos, las maravillas continuaron durante unos veinte años. El obispo Douglas, que fué á Paris con este único objeto en 1749, visitó el sepulcro, y refiere que los milagros iban continuando todavía entre los convulsionarios. En vista del fracaso de todas las tentativas para que cesaran tales prodigios, el clero católico se vió obligado á admitir su realidad, pero los achacó, como de costumbre, al diablo. Hume, en sus *Ensayos filosóficos*, dice: «Con seguridad, jamás se habrán atribuido á una sola persona tantos milagros como los que últimamente se ha dicho han tenido lugar en Francia, junto á la tumba del diácono Paris. En todas partes se hablaba de enfermos que habian sanado, de sordos que habian recobrado el oído, de ciegos que gozaban otra vez de la vista, por la virtud del santo sepulcro. Pero lo más extraordinario del caso es que muchos de los milagros tuvieron lugar inmediatamente en el mismo sitio, delante de jueces de indiscutible crédito y distinción, en una época ilustrada, y en el teatro más eminente que existe hoy en el globo..... ni los jesuitas, á pesar de ser una sociedad instruida, de contar con el apoyo de los magistrados civiles, y de ser enemigos decididos de las opiniones en cuyo favor se dice que fueron obrados los milagros, han sido capaces ni de refutarlos ni de descubrirlos..... tal es el testimonio histórico (1)».

El Dr. Middleton, en su *Investigación Libre*, obra que escribió cuando las manifestaciones iban ya en decadencia, ó sea unos diez y nueve años después de haber empezado, declara que la evidencia de estos milagros es tan plena y tan indiscutible como la de las maravillas que se refieren de los Apóstoles.

Estos fenómenos, cuya autenticidad está probada por tantos millares de testigos, ante magistrados, y á despecho del clero católico, deben colocarse entre los más sorprendentes que registra la historia. Carré de Montgeron, miembro del Parlamento, un hombre que se hizo famoso por su relación con los Jansenistas, los enumera cuidadosamente en su obra. Esta consta de cuatro gruesos volúmenes en cuarto, de los cuales el primero está dedicado al rey, llevando este título: «*La Vérité des Miracles opérés par l' Intercession de M. de Paris, démontrée contre l' Archeveque de Sens. Ouvrage dédié au Roi, par M. de Montgeron, Conseiller au Parlement*». El autor presenta un gran cúmulo de testimonios personales y oficiales para probar plenamente la verdad de cada caso. Por haber hablado con poco respeto del clero romano, Montgeron fué encerrado en la Bastilla, pero su obra fué aceptada.

Y ahora, pasemos á las opiniones del Dr. Figuier sobre estos notables é indiscutibles fenómenos históricos. «Una convulsionaria se dobla hacia atrás como un arco, sostenida por sus lomos apoyados en la

(1) Hume: «*Ensayos filosóficos*,» p. 195.

aguda punta de una estaca», cita el ilustrado autor, tomándolo de los procesos verbales. «El placer que ella solicita es ser magullada con una piedra del peso de cincuenta libras, suspendida por medio de una cuerda que pasa por una polea fija en el techo. Levantada la piedra hasta la mayor altura posible, cae con todo su peso sobre el estómago de la paciente, teniendo ésta, durante todo este tiempo, la espalda descansando sobre la afilada punta de la estaca. Montgeron y muchos otros testigos dan fé de que ni la carne ni la piel de la espalda ofrecían la menor señal, y que la muchacha, para demostrar que no sufría en lo más mínimo, gritaba continuamente: ¡golpead fuerte, más fuerte!»

«Juana Maulet, joven de veinte años, teniendo su espalda apoyada contra la pared, recibía sobre su estómago un centenar de golpes con un martillo que pesaba treinta libras; los golpes, dados por un hombre muy vigoroso, eran tan terribles que conmovían el muro. Para comprobar la fuerza de los golpes, Montgeron hizo la prueba de ellos contra la pared de piedra contra la cual la doncella se apoyaba..... Cogió uno de los instrumentos de curación jansenista, llamado el '**GRAND SECOURS**'. A los veinte y cinco golpes—escribe,—la piedra sobre la cual yo golpeaba, y que había sido removida por los esfuerzos anteriores, se desprendió súbitamente y cayó al otro lado de la pared, dejando un boquete de más de medio pie.» Cuando los golpes son dados con violencia sobre un taladro de hierro apoyado en el estómago de un convulsionario (que muchas veces no es más que una débil mujer) «parece—dice Montgeron—que dicho instrumento debiera penetrar hasta el espinazo y romper todas las entrañas bajo la violencia de los golpes.» (vol. 1, p. 380). «Pero, muy lejos de suceder esto, el convulsionario grita, reflejándose en su cara una expresión de placer inmenso: ¡Oh, qué delicia! ¡Cuánto bien me causa! Valor, hermano: golpead con doble fuerza si podéis!» Ahora nos falta—continúa el Dr. Figuier—procurar explicar los extraños fenómenos que hemos descrito».

«Hemos dicho en la introducción de esta obra que á mediados del siglo diez y nueve apareció en Alemania una de las más famosas epidemias de posesión: la de las *Monjas*, las cuales ejecutaban todos los milagros más admirados desde los días de S. Medardo, y hasta algunos de más importancia; daban saltos mortales, **TREPABAN POR LAS PAREDES DESNUDAS**, y hablaban **LENGUAS EXTRANJERAS** (1)».

La relación oficial de estas maravillas, que es más completa que la de Figuier, añade otros detalles, como el de que «las personas afectadas permanecían en su cabal juicio durante horas enteras, describiendo correctamente sucesos distantes, y hasta los que tenían lugar en las casas de los individuos de la comisión, como se comprobó después. Hombres y mujeres se mantenían suspendidos en el aire, por una fuer-

(1) «*Histoire du Merveilleux*,» p. 401.

za invisible, y los esfuerzos combinados de la comisión eran insuficientes para hacerles bajar. Mujeres ancianas trepaban por muros perpendiculares de treinta piés de altura con la agilidad de gatos monteses, etc., etc. »

Ahora deberíamos esperar que el ilustrado crítico, el eminente físico y psicólogo, que no sólo da crédito á tan inverosímiles fenómenos, sino que á su vez los describe minuciosamente y *con amore*, por decirlo así, asombrara forzosamente á los lectores con alguna explicación tan extraordinaria que sus opiniones científicas causasen una verdadera *hegira* en los inexplorados campos de la psicología. Pues bien, nos da una gran sorpresa, porque á todo esto dice muy tranquilamente: «el remedio *consistía en acudir al matrimonio*..... para que cesasen todos los desórdenes de los convulsionarios» (1).

En esta ocasión des Mousseaux lleva la mejor parte sobre su adversario: «¡Matrimonio! ¿Entendéis vosotros esto? —dice.— ¡El matrimonio les cura de esta facultad de trepar por las paredes desnudas, á manera de moscas, y de hablar lenguas extranjeras? ¡Oh!, cuán curiosas eran las propiedades del matrimonio en aquellos dias extraordinarios!»

«Debe añadirse —continua Figuiet— que á los fanáticos de S. Mardard no se les daban golpes más que durante las crisis convulsivas; y que, por consiguiente, como indica el Dr. Calmeil, el meteorismo del abdomen, *el estado espasmódico del útero de las mujeres, del canal alimenticio en todos los casos, el estado de contracción, de eretismo, de turgencia de las envolturas carnosas de las capas musculares* que protegen y cubren el abdomen, el pecho y las principales masas vasculares y las superficies huesosas, *pueden haber singularmente contribuido á disminuir, y hasta á destruir* la fuerza de los golpes!»

«La asombrosa resistencia que ofrecían la piel, el tejido areolar, la superficie del cuerpo y los miembros de los convulsionarios, á objetos que parece debían haberles desgarrado ó aplastado, es de una naturaleza tal que aumenta nuestra sorpresa. Sin embargo, tiene su explicación. Esta fuerza de resistencia, esta insensibilidad parecen tener algunos puntos de contacto con los cambios extremos de la sensibilidad que pueden concurrir en la economía animal, en un momento de gran exaltación. La cólera, el miedo, en una palabra, toda pasión de ánimo, con tal que llegue al grado de paroxismo, puede producir esta insensibilidad» (2).

•Por otra parte, debemos hacer observar—añade el Dr. Calmeil, citado por Figuiet— que para golpear los cuerpos de los convulsionarios, se empleaban ó bien objetos voluminosos de superficies planas ó

(1) «Histoire du Merveilleux.»

(2) Idem, vol. II, pp. 410, 411.

redondeadas, ó bien cuerpos cilíndricos y romos (1). La acción de tales agentes físicos no puede compararse, con respecto al peligro que su uso envuelve, con la de cuerdas é instrumentos blandos ó flexibles, y con la de todos los que tienen un extremo puntiagudo. En fin, el contacto y el choque de los golpes producía sobre los convulsionarios el efecto de un saludable masaje, y disminuía la violencia de los tormentos del HISTERICISMO».

El lector tendrá la bondad de observar que no se toma esto como una chanza, sino como una formal teoría de uno de los más eminentes médicos franceses, encanecido en años y en experiencia, el director-jefe del Asilo de locos de Charenton. Realmente, la explicación susodicha puede conducir al lector á una extraña sospecha. Podemos figurarnos tal vez que el Dr. Calmeil ha permanecido en compañía de los pacientes encomendados á su cuidado, unos cuantos años más de lo debido para la salud de su propio cerebro.

Además, cuando Figuier habla de objetos voluminosos, de formas cilíndricas y romas, olvida seguramente las puntiagudas barras de hierro, las punzantes espadas y las hachas, de todo lo cual da él mismo una gráfica descripción en la página 409 de su primer tomo. Él mismo también presenta al hermano de Elie Marion atacando su estómago y abdomen con la aguzada punta de un cuchillo, con fuerza tremenda, «resistiendo su cuerpo durante todo este tiempo, como si fuese de hierro».

Llegado á este punto, des Mousseaux acaba de perder la paciencia, y, lleno de indignación, exclama:

«¿Estaba el ilustrado médico completamente despierto cuando escribió las frases anteriores?... Si acaso los Dres. Calmeil y Figuier quisiesen mantener seriamente sus afirmaciones é insistir en su teoría, estamos nosotros prontos á contestarles en los términos siguientes: 'Estamos perfectamente dispuestos á creerlos, pero, en compensación de semejante sobrehumano esfuerzo de asentimiento, ¿querréis demostrarnos de una manera más práctica la verdad de vuestra teoría? Permitidnos, por ejemplo, excitar en vosotros una pasión violenta y terrible: cólera, rabia, lo que queráis. Nos permitiréis por un momento ser, en presencia vuestra, molestos, brutales é insolentes. Naturalmente, esto será tan sólo á petición vuestra y en interés de la ciencia y de vuestra causa. Nuestro deber, ateniéndonos á lo pactado, consistirá en humillarnos y provocaros hasta el último extremo. Ante un auditorio público que nada sabrá acerca de nuestro convenio, pero al cual debéis satisfacer respecto de vuestras afirmaciones, nosotros os insultaremos...; os diremos que vuestros escritos son una emboscada contra la verdad, un insulto al sentido común, una ignominia que sólo el pa-

(1) «Histoire du Merveilleux,» p. 407.

pel puede soportar, pero que debe ser castigada por el público. Añadiremos que *falsedais la ciencia*, que engañáis á los estúpidos é ignorantes reunidos en torno vuestro, con la boca abierta, como la multitud apiñada alrededor de un mezquino charlatán... Y cuando, fuera de vosotros mismos, encendido el rostro y henchidos de cólera, se haya revuelto vuestra bilis, cuando vuestra ira esté á punto de estallar, entonces haremos que vuestros músculos *turgentes* reciban furiosos golpes; vuestros amigos nos indicarán los puntos más insensibles; dejaremos que una verdadera lluvia, una avalancha de piedras caiga sobre ellos... porque así eran tratadas las carnes de las mujeres convulsivas, cuyo afán por tales golpes jamás se sentía satisfecho. Pero con objeto de procuraros el placer de un saludable masaje, como deliciosamente decís, vuestros miembros serán contundidos únicamente con objetos de *superficies romas y cuerpos cilindricos*, con garrotes y estacas inflexibles, y, si lo preferís, perfectamente pulimentados al torno'».

Tan liberal es des Mousseaux, tan decidido está á conceder á sus adversarios todas las facilidades posibles para demostrar su teoría, que les permite dejarse sustituir ellos mismos en el experimento por sus esposas, madres, hijas y hermanas, •puesto que—dice—habréis observado que el sexo más débil es el más fuerte y más resistente en estas desconcertadas pruebas».

Inútil es decir que el reto de des Mousseaux quedó sin respuesta.

CAPITULO XI

«Extraña condición la de la inteligencia humana, la cual parece necesitar un largo ejercicio en el ERROR, antes de osar acercarse á la VERDAD.»—MAGENDIE.

«La verdad que defiendo está impresa en todos los monumentos del pasado. Para comprender la historia hay que estudiar los símbolos antiguos, los signos sagrados del sacerdocio y el arte de curar en los tiempos primitivos, arte olvidado hoy día.»—BARÓN DU POTET.

«Es siempre una verdad, que hechos acumulados, permaneciendo en desorden, empiezan á presentar algún orden desde el momento en que una hipótesis es lanzada en medio de ellos.»—HERBERT SPENCER.

Y ahora debemos escudriñar la Historia de la Mágia para encontrar casos semejantes á los expuestos en el capítulo anterior. La insensibilidad del cuerpo humano al choque de fuertes golpes, así como la resistencia á la penetración de puntas afiladas, y aun de balas de fusil, es un fenómeno bastante familiar en la experiencia de todos los tiempos y países. Al paso que la ciencia es completamente incapaz de dar explicación alguna razonable del misterio, la cuestión parece no ofrecer ninguna dificultad á los mesmerizadores, que han estudiado bien las propiedades del fluido. El hombre que, por medio de unos cuantos pases sobre un miembro, puede producir una parálisis local, hasta el punto de hacerlo completamente insensible á las quemaduras, cortaduras y á los pinchazos de agujas, poco ha de admirarse de los fenómenos de los jansenistas. En cuanto á los adeptos en la magia, especialmente en Siam y en las Indias orientales, están de sobra familiarizados con las propiedades del *Akása*, el misterioso fluido vital, para que consideren la insensibilidad de los convulsionarios como un gran fenómeno. El fluido astral puede ser comprimido alrededor de una persona, hasta formar una corteza elástica absolutamente impenetrable para cualquier objeto físico, por grande que sea la velocidad que lo anime. En una palabra, puede hacerse que este fluido iguale y aun exceda en poder de resistencia al agua y al aire.

En la India, Malabar y en algunos puntos del Africa Central, los hechiceros no tienen ningún inconveniente en que cualquier viajero dispare sobre ellos su escopeta ó revolver, sin que ellos toquen el arma ni escojan las balas. En los *Viajes entre los Timannos, los Kourankos y los Soulimas*, de Laing, se halla una escena muy curiosa descrita por un viajero inglés (el primer hombre blanco que visitó la tribu de

los Soulimas, cerca de las fuentes del Dialliba). Un grupo de soldados escogidos hizo fuego sobre un jefe, que por toda defensa no tenía más que ciertos talismanes. A pesar de que los fusiles estaban debidamente cargados y apuntados, ni una sola bala le hirió. Salverte cita un caso parecido en su *Filosofía de las Ciencias Ocultas*: «En 1568, el príncipe de Orange condenó á un prisionero español á ser fusilado en Juliers; unos soldados le ataron á un árbol é hicieron fuego sobre él, pero resultó ileso. Por último, le desnudaron para ver qué armadura llevaba, y le encontraron tan sólo un *amuleto*. En cuanto se lo quitaron, *cayó muerto á la primera descarga*».

Esto es muy diferente del hábil escamoteo ejecutado por Roberto Houdin en Argelia. Preparó él mismo unas balas de sebo, teñidas con negro de humo, y gracias á su ligereza de manos, las puso en lugar de las verdaderas, que suponían los sheiks árabes había metido en las pistolas. Los sencillos naturales, no conociendo otra magia que la magia verdadera que han heredado de sus antecesores, y que consiste en cada caso en algo que hacen sin saber el cómo ni el porqué, y viendo á Houdin, como ellos creían, lograr los mismos resultados de un modo que les causaba mayor impresión, imaginaron que era un mágico muy superior á ellos mismos.

Muchos viajeros, y entre ellos la que esto escribe, han sido testigos de casos de esta invulnerabilidad, en los cuales toda superchería era imposible. Hace pocos años, vivía en una aldea africana un abisinio que tenía fama de hechicero. En cierta ocasión, una partida de europeos que iba al Sudán se entretuvo durante una hora ó dos haciendo fuego contra él con sus pistolas y fusiles, experimento al cual se brindaba el abisinio mediante una miserable propina. Hasta cinco tiros fueron disparados simultáneamente por un francés llamado Langlois, no pasando de dos yardas la distancia que había entre las bocas de los cañones y el pecho del brujo. En cada disparo, al mismo tiempo que el foganazo, aparecía la bala frente á la boca del arma, temblaba en el aire, y después de describir una corta parábola, caía sin fuerza al suelo. Un alemán de la comitiva, que iba en busca de plumas de avestruz, ofreció al mago una moneda de cinco francos si le permitía hacer fuego tocando su cuerpo con la boca del cañón. El hombre rehusó al principio, pero por fin, después de haber tenido, al parecer, una conversación con alguno que estaba bajo tierra, consintió. El experimentador cargó cuidadosamente el arma, y apretando la boca de esta contra el cuerpo del hechicero, después de un momento de vacilación, hizo fuego... el cañón voló hecho pedazos hasta el nivel de la caja, y nuestro hombre se marchó sin haber recibido el menor daño.

Este don de invulnerabilidad puede ser comunicado á las personas, ya por adeptos vivientes, ya por espíritus. En nuestros mismos

días, se han visto varios mediums bien conocidos que, con frecuencia y delante de respetabilísimos testigos, no solamente han manoseado carbones encendidos, y puesto su cara encima del fuego sin que ni un pelo se les chamuscase, sino que también han puesto carbones ardientes sobre las cabezas y manos de los espectadores, como en el caso de lord Lindsay y de lord Adair. La famosa historia del jefe indio que confesó á Washington que, en la derrota de Braddock, diez y siete veces había hecho fuego sobre él con su rifle á corta distancia sin haber conseguido herirle, acudirá á la memoria del lector por la semejanza que tiene con lo que venimos relatando. Es muy cierto que ha habido muchos grandes capitanes que, en concepto de sus soldados, tenían lo que se llama «una vida encantada»; del príncipe Emilio von Sayn-Wittgenstein, general del ejército ruso, se dice ser uno de ellos.

Este mismo poder que permite á uno comprimir el fluido astral, hasta el punto de que en torno suyo forme una cubierta impenetrable, puede ser empleado para dirigir, por decirlo así, un rayo de dicho fluido contra un objeto determinado, con una fuerza fatal. Muchas venganzas misteriosas se han realizado por este procedimiento; y en casos tales, las investigaciones del juez no descubrirán más que una muerte repentina, á consecuencia, al parecer, de una enfermedad del corazón, de un ataque apoplético ó de alguna otra causa natural, pero jamás revelarán la causa verdadera. Muchas personas creen firmemente que ciertos individuos poseen el poder del mal de ojo. El *mal'occhio* ó *jettatura* es una creencia que prevalece en toda Italia y en la Europa meridional. Del Papa (1) se cree que posee — quizás inconscientemente — este desagradable don. Existen personas que pueden matar sapos con sólo mirarlos, y que del mismo modo pueden matar individuos. La malignidad de su deseo acumula fuerzas maléficas en un foco, y el rayo mortífero es lanzado como si fuera la bala de un fusil.

En 1864, en el Departamento del Var (Francia), cerca de la pequeña aldea de Brignoles, vivía un campesino llamado Jacobo Pelissier, el cual se ganaba la vida matando pájaros con el simple *poder de su voluntad*. Este caso es referido por el bien conocido doctor d'Alger, á cuya petición este cazador singular exhibió su modo de proceder, delante de varios hombres de ciencia. Hé aquí como relata el caso: «A unos quince ó veinte pasos de nosotros, vi una hermosa alondra de prado, que yo señalé á Jacobo. 'Mírela V. bien, caballero, — dijo — ya es mía', y, extendiendo en seguida su mano derecha hacia el pájaro, se acercó á él con gran cuidado. La alondra se detuvo, levantó y bajó su linda cabeza, abrió sus alas, pero no podía volar; al fin quedó como clavada en su sitio, y se dejó

(1) La autora se refiere al papa Pio IX. (N. del Tr.)

coger, moviendo únicamente sus alas con un débil aleteo. Examiné el pájaro: sus ojos estaban fuertemente cerrados, y su cuerpo presentaba una rigidez parecida á la de un cadáver, si bien podían distinguirse perfectamente los latidos de su corazón; era el verdadero sueño cataléptico, y todo el fenómeno acusaba una acción magnética incontestable. Catorce pequeños pájaros fueron cogidos de igual modo en el espacio de una hora; ninguno pudo resistir el poder de maese Jacobo, y todos ellos presentaban el mismo sueño cataléptico; sueño que, además, terminaba á voluntad del cazador, en cuyos humildes esclavos aquellos pajarrillos se habían convertido.

»Unas cien veces, quizás, pedí á Jacobo que devolviese la vida y el movimiento á sus prisioneros, que los encantase sólo á medias, de modo que pudiesen saltar por el campo, y luego los sujetase otra vez completamente al hechizo. Todos mis deseos fueron puntualmente satisfechos, y ni una sola vez falló este notable Nemrod, quien por fin me dijo: 'Si V. quiere, mataré á los que V. me designe, sin tocarlos'. Le indiqué dos para hacer el experimento, y, á veinte y cinco ó treinta pasos de distancia, ejecutó en menos de cinco minutos lo que había prometido» (1).

Como detalle curiosísimo del caso en cuestión, hay que advertir que Jacobo tenía un pleno poder únicamente sobre los gorriones, pitirrojós, jilgueros y alondras; podía algunas veces hechizar calandrias, pero decía: «éstar con frecuencia me escapan».

Este mismo poder es ejercido con mayor fuerza por las personas conocidas como domadoras de fieras. En las orillas del Nilo, algunos de los naturales pueden hechizar á los cocodrilos fuera del agua con un silbido particular, melodioso y suave, hasta el punto de poder manosearlos impunemente; al paso que otras personas tienen un poder semejante sobre las serpientes más venenosas. Viajeros hay que cuentan haber visto á los encantadores rodeados de una multitud de reptiles á los cuales despiden cuando se les autoja.

Bruce, Hasselquist y Lemprière (2) atestiguan el hecho de haber visto en Egipto, Marruecos, Arabia, y especialmente en el Senaar, á algunos naturales no hacer el menor caso de las mordeduras de las víboras más ponzoñosas, lo mismo que las picaduras de los escorpiones. Cogen dichos animales, y juegan con ellos haciéndoles caer á voluntad en un estado de entorpecimiento. «En vano los escritores griegos y latinos—dice Salverte— nos aseguran que el don de encantar á los reptiles venenosos era hereditario en ciertas familias desde tiempo inmemorial; que en Africa los *Psilas* gozaban del mismo don que los *Marsos*

(1) Villecroze: *Le Docteur H. d'Alger*, 19 Mars, 1861. Pierrart: vol. IV, págs. 254 - 257.

(2) Bruce: «*Viajes para descubrir las fuentes del Nilo*», tomo X, págs. 402-447; Hasselquist: «*Viaje á Levante*», tomo I, págs. 92-100; Lemprière: «*Voyage dans l'Empire de Maroc, etc., en 1790*», págs. 42-43.

en Italia, y los *Ophiógenes* en Chipre lo poseían. Los escépticos olvidan que en Italia, hasta á principios del siglo diez y seis, había hombres que, pretendiendo descender de la familia de S. Pablo, arrostraban, como los Marsos, las mordeduras de las serpientes • (1).

•Las dudas sobre este asunto—sigue diciendo—desvaneciéronse para siempre cuando la expedición de los franceses á Egipto, y la relación siguiente está atestiguada por millares de testigos presenciales. Los Psilas, que pretendían, como Bruce ha contado, poseer aquella facultad..... van de casa en casa para destruir las serpientes de toda especie..... Un maravilloso instinto les conduce desde luego al lugar donde se ocultan las serpientes; furiosos, aullando y echando espumarajos por la boca, se apoderan de dichos reptiles y los desgarran con las uñas y los dientes •.

•Dejemos á un lado—dice Salverte, que era un escéptico empedernido—como charlatanismo los aullidos y las furias; así y todo, el instinto que advierte al Psila la presencia de las serpientes tiene en sí algo más real. • En las Antillas, los negros descubren por el olfato una serpiente que no se vé (2).

•En Egipto, de la misma facultad antiguamente poseída, gozan todavía ciertos hombres educados en la misma desde su infancia y nacidos con un supuesto don hereditario para cazar serpientes, y para descubrirlas hasta á una distancia demasiado grande para que los efluvios sean perceptibles para los embotados sentidos de un europeo. El hecho principal entre todos los demás, la facultad de hacer impotentes á los animales dañinos solamente con tocarlos, es cosa bien averiguada, y quizás nunca llegaremos á comprender la naturaleza de este secreto celebrado en la antigüedad y conservado hasta nuestros mismos días por los más ignorantes de los hombres • (3).

La música es agradable á todo el mundo. Un silbido suave, un canto melodioso ó los sonidos de una flauta atraerán invariablemente los reptiles en los países en que los haya. Nosotros hemos presenciado y comprobado este hecho repetidas veces. En el Alto Egipto, siempre que nuestra caravana se detenía, un joven viajero que se preciaba de tocar muy bien la flauta divertía con ella á la comitiva. Los conductores de camellos y otros árabes continuamente se las habían con él por haber sido molestados varias veces por la inesperada aparición de diversas familias de la tribu de los reptiles, que generalmente evitan todo encuentro con el hombre. Por fin, nuestra caravana se encontró con una partida entre cuyos individuos había algunos que ejercían la profesión de encantadores de serpientes, y nuestro músico fué entonces invitado á lucir su habilidad, con el objeto de hacer ellos sus experi-

(1) Salverte: «*La Philosophie de la Magie. De l' Influence sur les Animaux,*» vol. I.

(2) Thibaut de Chanvallon: *Voyage á la Martinique.*

(3) Salverte: *Filosofia de la Magia.*

mentos. Apenas había empezado á tocar, oyóse un ligero roce, y el músico se quedó horrorizado al ver aparecer de improviso una gran serpiente á peligrosa distancia de sus piernas. La serpiente, con la cabeza levantada y los ojos fijos en él, se arrastraba con lentitud, y al parecer inconscientemente, ondulando con suavidad su cuerpo y siguiendo cada uno de los movimientos del artista. Entonces apareció otra á cierta distancia, después una tercera, luego la cuarta, que pronto fué seguida por otras, hasta que nos encontramos por completo rodeados de una escogida concurrencia. Varios de los viajeros se encaramaron sobre sus camellos, mientras que otros buscaron refugio en la tienda del cantinero. Pero todo esto era una falsa alarma. Los encantadores, que eran tres, empezaron sus cantos y hechizos y, atrayendo á los reptiles, muy pronto quedaron cubiertos por ellos de pies á cabeza. Tan luego como las serpientes se acercaban á los hombres, daban señales de entorpecimiento, y caían pronto en una profunda catalepsia. Sus ojos estaban entreabiertos y vidriosos, y sus cabezas colgaban inertes. Una sola, que era de gran tamaño y cuya piel era de un negro lustroso y cubierta de manchas, permanecía recalcitrante. Esta *melómana* del desierto se adelantaba cabeceando y saltando graciosamente, como si toda su vida hubiese bailado sosteniéndose con la cola, al compás de las notas de la flauta. El reptil parecía no hacer caso del «hechizo» de los árabes, sino que iba moviéndose despacio en dirección del flautista, quien por fin le enseñó sus talones. El moderno *Psyllio* sacó de su morral una planta medio marchita, la cual agitó en dirección de la serpiente. Tenía un fuerte olor de menta, y tan pronto como el reptil lo percibió, siguió al árabe, sosteniéndose todavía erguida sobre su cola, pero aproximándose á la planta. Unos pocos segundos después, el «tradicional enemigo» del hombre estaba enroscado en el brazo de su encantador, acabando también por entorpecerse, y por fin todas las serpientes allí reunidas fueron arrojadas á un estanque después de haberles cortado las cabezas.

Muchos creen que semejantes culebras están preparadas y amañadas con este objeto, y que se les han arrancado los colmillos, ó bien se les ha cosido la boca. Puede haber, indudablemente, juglares de orden inferior, cuyas supercherías hayan dado motivo para semejante idea. Pero el *verdadero* encantador de serpientes tiene su reputación demasiado bien establecida en Oriente para que tenga que recurrir á tan mezquino engaño. Sobre este punto tienen en su favor el testimonio de tantos y tantos viajeros dignos de fe, incluyendo entre ellos algunos hombres de ciencia, que no se les puede acusar de tal charlatanismo. El que las serpientes, una vez encantadas, bailen y se vuelvan inofensivas, siendo á pesar de esto venenosas, ha sido comprobado por Forbes. «Por haber cesado la música demasiado repentinamente— dice— ó por cualquiera otra causa, la serpiente que había estado bai-

lando en medio de un coro de campesinos lanzóse sobre los espectadores, é hirió en la garganta á una mujer joven, que agonizaba media hora después. (1).

Según las relaciones de muchos viajeros, las negras de la Guayana Holandesa, las mujeres del *Obeah* (*), sobresalen en domesticar enormes serpientes llamadas *amodites*, ó *papas*, á las cuales obligan á bajar de los árboles, seguirlas y obedecerlas con sólo dirigirles la palabra. (2)

Hemos visto en la India una pequeña comunidad de fakires, establecida al rededor de un pequeño estanque, ó mejor dicho un profundo charco de agua, cuyo fondo estaba literalmente cuajado de monstruosos aligadores. Estos monstruos anfibios salían arrastrándose fuera del agua, y se calentaban al sol casi á los mismos pies de los fakires, algunos de los cuales permanecían inmóviles, abstraídos en sus oraciones y en la contemplación. Mientras uno solo de estos santos mendigos estaba á la vista, los cocodrilos eran tan inofensivos como una gatita. Pero no aconsejariamos á ningún extranjero que se arriesgase solo por allí á pocos metros de estos monstruos. El pobre francés Pradín encontró una temprana sepultura en uno de estos terribles saurios, comunmente conocido por los indios con el nombre de *mou-dela* (3). (Esta palabra deberá ser *nihang* ó *ghariyal*).

Cuando Jámblico, Herodoto, Plinio y algunos otros de los antiguos escritores nos hablan de sacerdotes que obligaban á los áspides á presentarse desde el altar de Isis, ó de taumaturgos que domesticaban con una mirada á los más feroces animales, son considerados como unos embusteros é imbéciles ignorantes. Cuando los viajeros modernos nos hablan de las mismas maravillas llevadas á cabo en Oriente, son denigrados como charlatanes visionarios, ó como escritores *indignos de crédito*.

Pero á despecho del escepticismo materialista, el hombre posee tal poder, como lo hemos demostrado en los ejemplos anteriores. Cuando la psicología y la fisiología sean dignas del nombre de ciencias, se vencerán los europeos de la potencia mágica y formidable inherente á la voluntad y á la imaginación del hombre, tanto si son ejercitadas conscientemente como de otra manera. Y sin embargo, cuán fácil es realizar semejante poder en *espíritu*, si pensamos tan sólo en aquella gran verdad de la naturaleza, ó sea que el más insignificante átomo es movido por el *espíritu*, que es *uno* en su esencia, porque la menor partícula del mismo representa *el todo*; y que la materia no es, después de todo, más que la copia concreta de la idea abstracta. Y á pro-

(1) Forbes: «*Recuerdos Orientales*,» vol. I, p. 44, vol. II, p. 387.

(2) Stedmann: «*Viaje al Surinam*,» vol. III, p. 64, 65.

(3) Vease la «*Revista de Edimburgo*,» vol. LXXX, p. 428, etc.

(*) Secta africana compuesta de hechiceros, encantadores de serpiente, magos negros, etc. (N. del Tr.).

pósito de esto, vamos á citar algunos ejemplos del soberano poder de la voluntad, aun cuando sea *inconsciente*, para crear de conformidad con la imaginación, ó mejor dicho, la facultad de discernir las imágenes en la luz astral.

Sólo tenemos que recordar el muy conocido fenómeno de los *stigmas*, *nævi materni* ó marcas de nacimiento, cuyos efectos son producidos por la mediación involuntaria de la imaginación materna hallándose en un estado de excitación. El hecho de que la madre pueda influir en aspecto del niño, antes de nacer, era tan conocido de los antiguos que las griegas ricas tenían la costumbre de colocar hermosas estatuas cerca de la cama para poder ellas tener ante sus ojos unos modelos perfectos. El astuto ardid por medio del cual el patriarca hebreo Jacob hizo que las crías de las ovejas saliesen listadas ó manchadas es un ejemplo de esta ley entre los animales; y Aricante nos dice «que en cuatro camadas sucesivas de perritos nacidos de padres sanos, algunos de ellos en cada camada estaban bien formados, mientras que los restantes carecían de las extremidades anteriores y tenían el labio hendido». Las obras de Geoffroi Saint-Hilaire, de Burdach y de Elam contienen ejemplos de un gran número de casos semejantes, y en el importante libro *Sur l' Héredité naturelle* del Dr. Prosper Lucas, los hay en abundancia. Elam cita un ejemplo de Prichard, en el cual el hijo de un negro y una blanca tenía unas partes de su cuerpo blancas y otras negras; y añade con laudable sinceridad: «estas son singularidades acerca de las cuales, en el presente estado de la ciencia, ninguna explicación puede darse» (1). Es una lástima que este ejemplo no sea más generalmente imitado. Entre los antiguos, Empédocles, Aristóteles, Plinio, Hipócrates, Galeno, Marco Damasceno y otros nos citan casos tan maravillosos como los de nuestros autores contemporáneos.

En una obra publicada en Londres, en 1659, (2) se halla un poderoso argumento en refutación de los materialistas, haciendo ver el poder de la inteligencia humana sobre las sutiles fuerzas de la naturaleza. Su autor, el Dr. More, considera al feto como si fuese una substancia plástica, la cual puede ser moldeada por la madre en una forma agradable ó desagradable, ó haciendo que se parezca á alguna persona ó parcialmente á varias, y que reciba la impresión de la figura, ó sea la *astrografía*, como podemos llamarla con más propiedad, de algún objeto vivamente presentado á su imaginación. Estos efectos pueden ser producidos á voluntad de la madre ó involuntariamente, de un modo consciente ó inconsciente, débil ó intenso, según sea el caso. Depende de su ignorancia ó conocimiento de los profundos misterios de la naturaleza. Considerando á las mujeres en masa, las señales del

(1) Elam: «*Problemas de un médico*», p. 25.

(2) La «*In mortalidad del alma*», por Henry More, del Colegio de los Compañeros de Cristo. Cambridge.

embrión pueden ser juzgadas más bien como accidentales que como resultado de un designio; y como la atmósfera de cada persona en la luz astral está poblada con sus imágenes, ó con las de su familia inmediata, la superficie sensible del feto, que podríamos casi comparar con la placa sensibilizada del fotógrafo, puede ser ó dejar de ser impresionada con la imagen de un antecesor próximo ó remoto, á quien la madre nunca vió, pero que en algún momento critico vino á colocarse en el foco de la cámara de la naturaleza. Dice el Dr. Elam: «Cerca de mí está sentada una visita procedente de un continente lejano, en donde ella nació y se educó. El retrato de una antecesora remota del siglo pasado cuelga de la pared. En ambas fisonomías el parecido no puede ser más exacto, á pesar de que una de las personas nunca salió de Inglaterra, y la otra es una americana por nacimiento y por tener allí la mitad de su parentela».

El poder de la imaginación sobre nuestra constitución física, aun después de llegados á la edad madura, puede demostrarse fácilmente de muchas maneras. En medicina, el médico inteligente no duda en atribuirle un poder curativo ó morbífico mayor que el de sus píldoras ó pociones. La denomina *vis medicatrix nature*, y lo primero que procura es captarse la confianza de su paciente tan por completo, que puede ser motivo para que la naturaleza extirpe la enfermedad. El miedo mata con frecuencia; y la pena tiene tal poder sobre los sutiles fluidos del cuerpo, que no sólo trastorna los órganos internos, sino que hasta hace encanecer el cabello. Ficinus menciona la *marca* del feto con las señales de cerezas y de otras frutas, colores, pelos y excrecencias, y reconoce que la imaginación de la madre puede dar al feto el parecido de un mono, lechón, perro ó de otro animal por el estilo. Marco Damasceno nos habla de una muchacha cubierta de pelo, y como nuestra moderna Julia Pastrana, provista de una barba completa. Guillermo Paradino cuenta de un niño cuya piel y uñas parecían las de un oso; Balduino Ronsæus, de uno que nació con un moco de pavo; Pareo, de otro que tenía la cabeza parecida á la de una rana; y Avicenna, de polluelos con cabezas de halcón. En este último caso, que es un ejemplo perfecto del poder de la misma imaginación en los animales, el embrión debió ser señalado en el instante de la concepción, cuando se presentó á la imaginación de la gallina un halcón, ya fuese en realidad, ó sólo pura fantasia. Esto es evidente porque el Dr. More, que cita este caso apoyándose en la autoridad de Avicenna, hace observar muy acertadamente que, como el huevo en cuestión podía haber sido empollado á un centenar de millas de distancia de la gallina, la microscópica imagen del halcón, impresa sobre el embrión, debía haberse agrandado y perfeccionado con el crecimiento del polluelo, independientemente por completo de toda influencia ulterior de la madre.

Cornelio Gemma nos habla de un niño que nació con la frente herida y manando sangre, á consecuencia de las amenazas de su padre á su madre «...con una espada desnuda que dirigia hacia su frente». Sennercio cita el caso de una mujer embarazada que, viendo á un carnicero dividir la cabeza de un cerdo con su cuchilla, parió á su hijo con la cara hendida en la mandíbula superior, el paladar y el labio superior hasta la nariz. En la obra *De Injectis Materialibus* de Van-Helmont, se refieren algunos casos verdaderamente asombrosos: la mujer de un sastre de Mechlin, estando en la puerta de su casa, vió que en una reyerta cortaron la mano á un soldado, impresionándola tan vivamente este espectáculo, que parió antes de tiempo, y su hijo nació con una sola mano, y sangrando del brazo. En 1602, la esposa de Marcus Devogeler, mercader de Antwerp, viendo un soldado que acababa de perder un brazo, sintió los dolores del parto, y dió á luz una niña con un brazo cortado y sangrando como en el caso anterior. Van Helmontrelata un tercer ejemplo de otra mujer, que presenció la decapitación de treinta hombres por orden del Duque de Alba. El horror del espectáculo la sobrecogió de tal manera, que «súbitamente se vió acometida de dolores, y parió un niño, perfectamente formado, al cual faltaba la cabeza, pero con el cuello sangriento, como los cuerpos de aquellos individuos que fueron decapitados. Y lo más maravilloso del caso es que no se pudo encontrar la *mano*, los *brazos* ni la *cabeza* de estos infantes»(1).

Si fuese posible concebir en la naturaleza una cosa que pudiera creerse un milagro, podrian calificarse como tal los ejemplos anteriormente citados de la súbita desaparición de porciones del cuerpo humano antes de nacer. En vano hemos buscado entre las más recientes autoridades en materia de fisiología humana, una teoría satisfactoria para darnos la explicación de la más insignificante de las marcas fetales. Lo más que hacen es recitar ejemplos de lo que ellos llaman «variaciones espontáneas del tipo», y entonces, ó vuelven á lo de las «curiosas coincidencias» de Mr. Proctor, ó bien confiesan cándidamente su ignorancia, como lo han hecho algunos autores que no están enteramente satisfechos con el caudal de los conocimientos humanos. Magendie reconoce que, á despecho de las investigaciones científicas, se sabe relativamente muy poco acerca de la vida fetal.

En la página 518 de la edición americana de su *Precis Elementaire de Physiologie*, refiere «un caso en que el cordón umbilical se había roto y estaba perfectamente cicatrizado»; y pregunta: «¿Cómo se verificaba la circulación por este órgano?» (2) En la página si-

(1) Dr. H. More: «*Inmortalidad del Alma*», p. 393.

(2) El la vida intra-uterina, la sangre de la madre pasa al feto mediante el cordón umbilical. (N. del Tr.)

guiente, dice: «Nada se sabe hasta ahora tocante al uso de la digestión en el feto»; y respecto á sus nutrición, hace esta pregunta: «¿Qué es lo que podemos decir de la nutrición del feto? Las obras de Fisiología sólo contienen *vagas conjeturas* sobre este punto». En la página 520 se expresa en los términos siguientes: «A consecuencia de alguna *causa desconocida*, las distintas partes del feto se desarrollan de un modo preternatural». En chocante contradicción con lo que previamente había admitido acerca de la ignorancia de la ciencia sobre todos estos puntos que hemos citado, añade: «*No hay razón alguna para creer que la imaginación de la madre pueda tener alguna influencia sobre la formación de estos monstruos*; por otra parte, diariamente se observan producciones de esta naturaleza en la generación de otros animales, y hasta en las plantas». ¡Qué muestra tan perfecta tenemos, en esto, de los métodos adoptados por los hombres de ciencia! Desde el momento en que pasan más allá de su círculo de hechos observados, su juicio parece pervertirse por completo. Las consecuencias que sacan de sus propias investigaciones son con frecuencia muy inferiores á las de otros que toman los hechos de segunda mano.

La literatura científica nos está suministrando continuos ejemplos de esta verdad; y cuando consideramos la manera de raciocinar de los observadores materialistas acerca de los fenómenos psicológicos, la regla se manifiesta de un modo sorprendente. Aquellos que están ciegos del alma son por su misma esencia tan incapaces de distinguir las causas psicológicas de los efectos materiales, como lo es el ciego de los colores para distinguir el escarlata del negro.

Elam, sin ser espiritualista, sino al contrario, enemigo de esta doctrina, representa la creencia de los sabios de buena fe en las siguientes expresiones: «es verdaderamente inexplicable la manera como la materia y la inteligencia pueden actuar y reaccionar la una sobre la otra; este misterio es reconocido por todos como imposible de resolver, y permanecerá probablemente del mismo modo en lo sucesivo».

La gran autoridad inglesa sobre los vicios de conformación es el doctor Wm. Aitken, de Edimburgo, profesor de Patología en la Escuela de Medicina militar, en su obra titulada *La Ciencia y práctica de la Medicina*, cuya edición americana, hecha por el profesor Meredith Clymer, doctor en Medicina de la Universidad de Pensilvania, tiene no menos importancia en los Estados Unidos. En la página 233 del tomo I, vemos este asunto tratado con gran extensión.

Dice el mencionado autor: «La superstición, las nociones absurdas y las causas extrañas señaladas como productoras de semejantes vicios de conformación, van desapareciendo hoy día con rapidez ante las luminosas explicaciones de aquellos anatómicos que han hecho

del desarrollo y crecimiento del óvulo asunto de especial estudio. Basta mencionar los nombres de J. Muller, Rathke, Bischoff, Saint-Hilaire, Burdach, Allen Thompson, G. y W. Vrolick, Wolff, Meckel, Simpson, Rokitanski y Von Ammon, como garantía suficiente de que con el tiempo las verdades de la ciencia dispersarán la niebla de la ignorancia y de la superstición». Podría uno pensar, por el tono de satisfacción adoptado por este escritor eminente, que si no están en nuestro poder los medios para resolver fácilmente tan intrincado problema, tenemos al menos el hilo que debe guiarnos por el laberinto de nuestras dificultades. Pero, en 1872, después de aprovecharse de los trabajos y de la ingeniosidad de los ilustres patólogos citados, nos lo encontramos haciendo la misma confesión de ignorancia que Magendie en 1838. «No obstante,—dice—el origen de los vicios de conformación sigue todavía envuelto en el mayor misterio; dicho origen puede ser considerado en dos principales sentidos, á saber: 1.º ¿Estas aberraciones son debidas á una viciosa conformación original del germen? 2.º ¿Son debidas á subsiguientes deformidades del embrión motivadas por causas que obran sobre su desarrollo? Respecto á la primera cuestión, se cree que el germen puede haber sido originariamente mal formado ó defectuoso, por efecto de *alguna influencia procedente ya del padre, ya de la madre*, como en el caso de procreación repetida de la misma especie de viciosa conformación por los mismos padres, siendo, por otra parte, dichas deformidades transmitidas como una herencia».

Careciendo de toda filosofía de su propia cosecha para explicar las lesiones, los patólogos, fieles al instinto profesional, recurren á la negación: «que tal deformidad pueda haber sido producido por la impresión mental en una mujer embarazada, faltan pruebas positivas para admitirlo,» dicen ellos. «Los lunares, las marcas de la madre y las manchas cutáneas son atribuidos á estados morbosos de las cubiertas del óvulo... Una causa muy generalmente reconocida de viciosa conformación consiste en el desarrollo cohibido del feto, *cuya causa no es siempre manifiesta, sino oculta la mayor parte de las veces... Las formas transitorias del feto humano son comparables á las formas persistentes de muchos animales inferiores*». ¿Podría el ilustrado profesor decirnos por qué? «*De ahí que las viciosas conformaciones resultantes de una suspensión del desarrollo presenten con frecuencia un aspecto parecido al de los animales*».

Exactamente; pero ¿por qué razón los patólogos no nos dicen por qué esto es así? Cualquiera anatómico que haya hecho del desarrollo y crecimiento del embrión «un objeto de especial estudio», podrá decir, sin necesidad de calentarse la cabeza, lo que la experiencia diaria y la evidencia de sus propios ojos le demuestran, esto es: que hasta cierto periodo, el embrión humano es el facsimile de un batracio jo-

ven cuando acaba de salir del huevo, esto es, un renacuajo. Pero á ningún fisiólogo ni anatómico se le ha ocurrido, al parecer, la idea de aplicar al desarrollo del sér humano—desde el primer instante de su aparición física como germen, hasta su definitiva formación y nacimiento—la esotérica doctrina Pitagórica de la metempsícosis, tan erróneamente interpretada por los críticos. El significado del axioma cabalístico: «La piedra se convierte en una planta, la planta en un animal, el animal en un hombre, etc.», está mencionado en otro sitio en relación con la evolución física y espiritual del hombre en esta tierra. Añadiremos ahora algunas palabras para aclarar más esta cuestión.

¿Cuál es la forma primitiva del hombre futuro? Un grano, un corpúsculo, dicen algunos fisiólogos; una molécula, un óvulo del huevo, dicen otros. Si pudiera analizarse—por medio del espectroscopio ó de otra manera—¿de qué deberíamos esperar encontrarlo compuesto? Por analogía, podríamos decir, está compuesto de un núcleo de materia inorgánica, depositado por la circulación en el punto germinativo, y unido con un depósito de materia orgánica. En otras palabras, este núcleo infinitesimal del futuro hombre está compuesto de los mismos elementos que una piedra, de los mismos elementos de la tierra que el hombre está destinado á habitar. Moisés es citado por los kabalistas como una autoridad, por haber hecho notar que son necesarias el agua y la tierra para producir un sér viviente, y por esto puede decirse que el hombre aparece primero como una piedra.

Al cabo de tres ó cuatro semanas, el óvulo ha adquirido la apariencia de una planta, teniendo una extremidad esferoidal y la otra puntiaguda, á semejanza de una zanahoria. Por la disección, se ha visto que se compone, como una cebolla, de unas láminas ó cubiertas muy finas que contienen un líquido. Las láminas se aproximan unas á otras en el extremo inferior, y el embrión cuelga de la raíz del ombligo, casi como el fruto de la rama. La piedra se ha convertido ahora, por metempsícosis, en una planta. Entonces la criatura embrionaria empieza á extender sus miembros de dentro á fuera, y desarrolla sus facciones. Los ojos son perceptibles como dos puntos negros; las orejas, la nariz y la boca forman depresiones á manera de las puntas de un ananas, antes de que empiecen á hacerse prominentes. El embrión se desarrolla convirtiéndose en un feto parecido á un animal—la forma de un renacuajo—y, á manera de un reptil anfibio, vive en el agua y en ella se desarrolla. Su mónada no ha llegado todavía á ser humana ó inmortal, pues los kabalistas nos dicen que esto tiene únicamente lugar en la «cuarta hora». Uno tras otro va adquiriendo el feto los caracteres del sér humano; la primera ondulación del aliento inmortal recorre todo su sér; se mueve; la naturaleza le abre el camino; le lanza al mundo; y la esencia divina se

fija en la forma del niño, en la cual habitará hasta el momento de la muerte física, cuando el hombre se convierte en un espíritu.

Este proceso misterioso de formación de nueve meses, es denominado por los kabalistas el complemento del «ciclo individual de evolución». Así como el feto se desarrolla en el seno del líquido amniótico en la matriz, de igual modo la tierra germina en el seno del éter universal, ó fluido astral, en la matriz del universo. Estos hijos cósmicos, lo mismo que sus pigmeos habitantes, son primeramente núcleos; después óvulos; luego maduran gradualmente, y, convirtiéndose á su vez en madres, desarrollan formas minerales, vegetales, animales y humanas. Desde el centro á la circunferencia, desde la más imperceptible vesícula hasta los últimos límites concebibles del cosmos, estos sublimes pensadores, los kabalistas, trazan ciclos encerrados dentro de otros ciclos, continentes y contenidos, en una serie sin fin.

El embrión, desenvolviéndose en su esfera prenatal, el individuo en su familia, la familia en el estado, el estado en la humanidad, la tierra en nuestro sistema, este sistema en su universo central, el universo en el cosmos, y el cosmos en la Primera Causa: lo Ilimitado é Infinito. Así discurre su filosofía de la evolución.

*«Todos los seres son sólo partes de un todo admirable,
Cuyo cuerpo es la Naturaleza, y cuya alma es Dios».*

*«Mundos innumerables,
En su seno descansan como niños».*

Mientras que unánimemente conceden que las causas físicas, como golpes, accidentes, mala calidad de los alimentos de la madre, afectan al feto de un modo tal que pone su vida en peligro; y al paso que admiten también que las causas morales, como son el miedo, un terror súbito, un profundo pesar, lo mismo que una alegría extremada pueden retardar el crecimiento del feto, y hasta matar á éste, muchos fisiólogos convienen con Magendie diciendo que «no existe razón alguna para creer que la imaginación de la madre pueda tener alguna influencia en la formación de los monstruos»; y únicamente porque «fenómenos de esta especie son diariamente observados en la producción de otros animales, y hasta en las plantas».

En esta opinión el citado fisiólogo es apoyado por los principales teratólogos de nuestros días. Aunque Geoffroi Saint-Hilaire ha dado su nombre á la nueva ciencia, sus hechos están fundados en los acabadísimos experimentos de Bichat, quien, en 1802, era reconocido como el fundador de la anatomía analítica y filosófica. Una de las más importantes contribuciones á la literatura teratológica es la

monografía del doctor G. J. Fisher, de Sing Sing, N. Y., titulada *Diploteratología: Ensayo sobre la formación de los Monstruos Humanos*. El escritor clasifica á los desarrollos fetales monstruosos en géneros y especies, acompañando á los casos algunas reflexiones sugeridas por sus particularidades. Siguiendo á Saint Hilaire, divide la historia del asunto en tres periodos: el fabuloso, el positivo y el científico.

Para nuestro objeto, basta decir que en el estado presente de la opinión científica, dos puntos se consideran como bien sentados: 1.º Que las condiciones mentales de la madre no tienen ninguna influencia en la producción de las monstruosidades. 2.º Que la mayor parte de las variedades de monstruos pueden explicarse por la teoría de la *suspensión y retardo* del desarrollo. Fisher dice: «Por un atento estudio de las leyes de desarrollo y del orden en que los varios órganos se desenvuelven en el embrión, se ha observado que los monstruos por defecto ó suspensión de desarrollo son, hasta cierto punto, embriones permanentes. Los órganos anormales representan sencillamente la condición primitiva de formación, tal como existía en el estado primitivo de la vida fetal ó embrionaria» (1).

Reconocido el estado caótico en que se halla la fisiología actualmente, se necesita un poco de atrevimiento para que cualquier teratólogo, por grandes que sean sus conocimientos en anatomía, histología ó embriología, tome sobre sí la peligrosa responsabilidad de afirmar que la madre no tiene ninguna influencia sobre el producto de la concepción. Si bien los microscopios de Haller y Prolik, de Dareste y Laraboulet nos han revelado numerosos hechos interesantes respecto de la única ó doble traza primitiva en la membrana vitelina, parece mucho mayor aún lo que queda por descubrir tocante á embriología, por parte de la ciencia moderna. Si concedemos que las monstruosidades son el resultado de una suspensión de desarrollo, más aún, si vamos más lejos y admitimos que el porvenir del feto puede ser pronosticado por las trazas vitelinas, ¿adónde nos llevarán los teratólogos para saber la *antecedente* causa psicológica de cada uno? El Dr. Fisher puede haber estudiado minuciosamente algunos centenares de casos, y creerse autorizado para construir una nueva clasificación de sus géneros y especies; pero los hechos son hechos, y fuera del campo de sus observaciones parece, aun cuando no juzguemos más que por nuestra experiencia personal en varios países, que existen pruebas abundantes y al alcance de todos, de que las violentas emociones de la madre se traducen frecuentemente en tangibles, visibles y permanentes deformaciones del hijo. Los casos en cuestión parecen además contradecir al Dr. Fisher, cuando afirma que los desarrollos monstruosos son debidos á causas

(1) «Transacciones de la Sociedad de Medicina de Nueva-York», 1865-6-7.

relacionadas con «los períodos primitivos de la vida fetal ó embrionaria». Uno de los casos es el de un juez de un tribunal imperial de Saratow, Rusia, quien llevaba siempre puesta una venda para ocultar un ratón que tenía marcado en el lado izquierdo de su cara. Era un ratón perfectamente formado, cuyo cuerpo estaba representado en alto relieve sobre la mejilla, y cuya cola se dirigía hacia arriba, cruzando la sién, y se perdía entre el cabello. El cuerpo parecía lustroso, gris, y completamente natural. Según contaba él mismo, su madre tenía una invencible repugnancia por los ratones, y el parto se anticipó de resultas de haber visto salir un ratón de su costurero.

En otra ocasión, de la cual la autora de estas líneas fué testigo, una señora embarazada á quien faltaban dos ó tres semanas para el alumbramiento vió un tarro de frambuesas, y sintió un deseo irresistible de comerlas, cosa que le fué negada. Excitada por ello, estrechó su cuello con la mano derecha, en una actitud algo dramática, y exclamó que *era preciso* que las tuviese. Nació el niño en presencia nuestra tres semanas después, con una frambuesa perfectamente marcada en el lado derecho de su cuello; hasta el día de hoy, cuando aquel fruto madura, dicha señal de nacimiento adquiere un color carmesí obscuro, al paso que durante el invierno tiene un aspecto sumamente pálido.

Casos como estos, que tan conocidos son de muchas madres de familia, ya por su experiencia personal, ya por la de sus amigas, traen al ánimo la convicción, á pesar de las teorías de todos los teratólogos de Europa y de América. Porque se ha observado que los animales y plantas producen viciosas conformaciones en sus respectivas especies, lo mismo que los seres humanos, Magendie y su escuela deducen naturalmente que las viciosas conformaciones humanas de carácter idéntico no son en manera alguna debidas á la imaginación materna, *puesto que las primeras tampoco lo son*. Si las causas físicas producen efectos físicos en los seres de un orden inferior, se sigue de ahí que la misma regla debe aplicarse á nosotros.

Pero una teoría completamente original fué inventada por el profesor Armor, del Colegio de Medicina de Long Island, en el curso de una discusión recientemente sostenida en la Academia de Medicina de Detroit. Opuestamente á las opiniones ortodoxas que el doctor Fisher representa, el profesor Armor dice que los vicios de conformación resultan de una de estas dos causas: 1.º Defecto ó condición anormal de la materia generativa de la cual se desarrolla el feto; 2.º, influencias morbosas actuando sobre el feto dentro de la matriz. Sostiene dicho autor que la materia generativa representa en su composición cada uno de los tejidos, estructuras y formas, y que puede haber una transmisión tal de peculiaridades estructurales adquiridas, que hagan á la materia generativa incapaz de producir un

engendro sano y uniformemente desarrollado. Por otra parte, puede la materia generativa ser perfecta en sí misma, pero, estando sujeta á influencias morbosas durante el proceso de la gestación, el producto será necesariamente monstruoso.

Para ser sólida, esta teoría debería explicar los casos diploteratológicos (monstruos con doble cabeza ó dobles miembros), lo cual parece difícil. Podemos, quizás, admitir que en la materia generativa defectuosa puede no estar representada la cabeza del embrión, ó que alguna parte del cuerpo sea deficiente; pero esto parece algo difícil, como si existiesen dos, tres, ó más representantes de un solo miembro. Además, si la materia generativa tuviese un vicio hereditario, parece que *toda* la progenie resultante debería ser igualmente monstruosa, mientras que el hecho es que, en muchos casos, la madre ha dado á luz cierto número de hijos bien formados antes de que apareciese el monstruo, siendo todos engendrados por un mismo padre. Numerosos casos de esta naturaleza son citados por el doctor Fisher; entre otros, cita el de Catalina Corcoran (1), una «mujer muy sana de treinta años de edad, y que antes de dar á luz este monstruo (el de referencia), había tenido cinco niños bien formados, de los cuales no había dos que fuesen gemelos... Dicho monstruo tenía una cabeza en cada extremo, dos pechos, con sus brazos completos, dos cavidades abdominales y dos pelvis, unidas extremo con extremo, con cuatro piernas situadas dos á cada lado, en donde la unión entre los dos tenía lugar». Ciertas partes del cuerpo, sin embargo, no estaban duplicadas, y por lo tanto, no podía considerarse como un caso de gemelos que hubiesen crecido unidos.

Otro ejemplo es el de María Teresa Parodi (2). Esta mujer, que había parido anteriormente ocho hijos perfectamente formados, dió á luz una niña cuya parte superior únicamente era doble. Son numerosos los casos en que *antes y después* de la producción del monstruo la madre había parido hijos bien formados, y si, por otra parte, el hecho de que las monstruosidades son tan comunes entre los animales como entre el género humano es un argumento generalmente aceptado en contra de la teoría popular de que estos vicios de conformación son debidos á la imaginación de la madre; y si admitimos aquel otro hecho, de que no existe ninguna diferencia entre la célula ovárica de un mamífero y la de un hombre, ¿en qué viene á parar la teoría del profesor Armor? En tal caso, un ejemplo de una deformidad animal vale tanto como el de un monstruo humano; y esto es lo que leemos en el artículo del Dr. Samuel L. Mitchell, *sobre las serpientes de dos cabezas*: «Una serpiente hembra fué muerta, junto con toda su nidada de pequeñas serpientes, que subían á la cifra de 120,

(1) «*Revista trimestral de Ciencias Médicas de Dublin*», vol. XV, p. 263, 1853.

(2) «*Investigaciones de Anatomía transcendental y patológica, etc.*», Paris, 1832.

de las cuales *tres eran monstruos*. Una, con dos cabezas distintas; otra con doble cabeza y sólo tres ojos, y otra con un doble cráneo provisto de tres ojos y una sola mandíbula inferior; esta última tenía dos cuerpos (1). Con toda seguridad la *materia generativa* que produjo estos *tres monstruos* era idéntica á la que dió origen á las 117 serpientes restantes. De modo que la teoría de Armor es tan imperfecta como todas las demás.

La confusión procede del defectuoso método de razonamiento ordinariamente adoptado: *Inducción*; método que pretende recoger, por medio de la *experiencia* y de la observación, todos los hechos que están *dentro* de su alcance, siendo más bien el de recoger y examinar experimentos y sacar consecuencias de los mismos; y según el autor de la *Investigación filosófica*, «como esta consecuencia no puede extenderse más allá de lo que está garantizado por los experimentos, la inducción es un instrumento de prueba y de *limitación*». A pesar de que esta limitación podemos encontrarla en toda investigación científica, raras veces es confesada, antes bien se edifican hipótesis, como si para los experimentadores fuesen ellas teoremas matemáticamente probados, cuando, á lo sumo, no son más que simples aproximaciones.

Para un estudiante de filosofía oculta, que rechaza á su vez el método inductivo por razón de esas continuas limitaciones, y adopta de lleno la división de causas platónica, á saber, la eficiente, la formal, la material y la final, lo mismo que el método eleático de examinar cualquiera proposición dada, es natural que razone desde el siguiente punto de partida de la escuela neoplatónica: 1.º El sujeto es como se supone, ó no es. Por consiguiente, preguntaremos: El éter universal, conocido por los kabalistas como «luz astral», ¿contiene electricidad y magnetismo, ó no los contiene? La contestación debe ser afirmativa, porque la misma «ciencia exacta» nos enseña que estos dos transmutables agentes, que saturan el aire y la tierra, ofrecen un continuo cambio de electricidad y magnetismo entre ellos. Sentada ya la cuestión primera, tenemos que examinar ahora *qué sucede*—1.º A una cosa con respecto á ella misma; 2.º A una cosa con respecto á todas las demás; 3.º A todas las demás cosas con respecto á la cosa; y 4.º A todas las demás cosas con respecto á ellas mismas.

RESPUESTAS: 1.º Con respecto á ella misma.—Que las propiedades inherentes, anteriormente latentes en la electricidad, se convierten en activas bajo condiciones favorables; y que unas veces el sutil y omnipenetrante agente asume la forma de fuerza magnética, y otras la de fuerza eléctrica.

2.º Con respecto á todas las demás cosas.—Por todas las demás

(1) «*Revista de Ciencia y Arte*, de Silliman», vol. x, p. 48.

cosas por las cuales aquel agente tiene alguna afinidad es atraído; por todas las otras es rechazado.

3.º Todas las demás cosas respecto á *la cosa*.—Sucede que siempre y cuando aquellas se ponen en contacto con la electricidad, reciben sus impresiones en proporción de su conductibilidad.

4.º A todas las *demás cosas* con respecto á ellas mismas.—Que bajo el impulso recibido de la fuerza eléctrica, y en proporción de su intensidad, sus moléculas cambian sus relaciones unas con otras; que dichas moléculas, ó son violentamente separadas unas de otras, hasta el punto de destruirse el objeto—orgánico ó inorgánico—que ellas formaban, ó bien, si estaban perturbadas previamente, son puestas en equilibrio (como sucede en los casos de enfermedad); ó la perturbación puede ser únicamente superficial, y el objeto es impresionado con la imagen de algún otro objeto encontrado por el fluido antes de alcanzar sus moléculas.

Apliquemos las proposiciones anteriores al caso en cuestión. Existen en la ciencia varios principios bien reconocidos, como por ejemplo el de que una mujer embarazada se halla física y mentalmente en un estado sumamente impresionable. La fisiología nos enseña que sus facultades intelectuales están debilitadas, y que los sucesos más frívolos la afectan hasta un grado excesivo. Sus poros están abiertos, y ella exuda una transpiración cutánea especial; parece hallarse en una condición á propósito para recibir todas las influencias de la naturaleza. Los discípulos de Reichenbach afirman que su condición *ódica* es muy intensa. Du Potet recomienda que no se la mesmerice imprudentemente, por temor de afectar al producto de la concepción. Sus enfermedades se comunican á éste, el cual con frecuencia las absorbe por completo; sus dolores y sus placeres reaccionan sobre el temperamento, lo mismo que la salud del hijo; los grandes hombres, como es proverbial, han tenido grandes madres, y *vice-versa*. «*Es cierto que la imaginación de la madre tiene cierta influencia sobre el feto*», admite Magendie, contradiciendo así lo que afirma en otro lugar; y añade que «el terror súbito puede causar la muerte del feto, ó retardar su crecimiento»(1).

En el caso recientemente referido por los periódicos americanos, de un niño que fué muerto por un rayo, cuando desnudaron el cadáver, se encontró en su pecho la exacta pintura de un árbol que estaba cerca de la ventana á la cual el niño estaba asomado en el momento de ocurrir la catástrofe, y que también fué herido por el rayo. Esta fotografía eléctrica, efectuada por las ciegas fuerzas de la naturaleza, nos suministra una analogía por medio de la cual podremos comprender la manera como las imágenes mentales de la madre son transmitidas al hijo antes de nacer. Sus *poros* están

(1) «*Precis elementaire de Physiologie*», p. 520.

abiertos: exuda ella una emanación *ódica*, que no es más que otra forma del *akasa*, la electricidad ó principio vital, y que, según Reichenbach, produce el sueño mesmérico, y por consiguiente, es *magnetismo*. Las corrientes magnéticas se transforman en electricidad á su salida del cuerpo. Al impresionar un objeto de un modo violento la mente de la madre, su imagen es instantáneamente proyectada en la luz astral, ó éter universal, que, al decir de Jevons y Babbage, así como de los autores del *Universo Invisible*, es el receptáculo de las imágenes *espirituales* de todas las formas, y hasta de los pensamientos humanos. Las emanaciones magnéticas de la madre atraen, uniéndose con ella, la corriente descendente, que lleva ya consigo la imagen. Lánzase dicha corriente, y, repercutiendo con más ó menos violencia, se imprime sobre el feto, de conformidad con la sencilla fórmula fisiológica que nos muestra cómo cada sentimiento maternal reacciona sobre el feto. ¿Es más *hipotética* ó incomprendible esta teoría kabalística que la doctrina teratológica enseñada por los discípulos de Geoffroi St. Hilaire? Doctrina de la cual Magendie hace notar tan justamente «que se la encuentra oportuna y cómoda por su misma *vaguedad* y obscuridad», y que «pretende nada menos que la creación de una nueva ciencia, cuya teoría está basada en ciertas leyes no muy inteligibles, como la de *suspender* ó *retardar*, la de posición *similar* ó *excéntrica*, y especialmente en la *gran ley*, como es llamada, del *mismo por el mismo*» (1).

Eliphaz Levi, que es indudablemente una de las primeras autoridades entre los kabalistas en ciertas materias, dice: «Las mujeres embarazadas están, más que las otras, bajo la influencia de la luz astral, que concurre á la formación de su hijo, y les presenta incesantemente las reminiscencias de formas de que ella está llena. Así es como algunas mujeres muy virtuosas engañan con ciertos parecidos equívocos la malicia de los observadores. Imprimen ellas frecuentemente sobre el fruto de su matrimonio una imagen que las ha sorprendido en sueños, y de este modo las mismas fisonomías se van perpetuando de siglo en siglo».

«El uso kabalístico del pentágrama puede, pues, determinar la figura de los infantes que han de nacer, pudiendo una mujer iniciada dar á su hijo las facciones de Nereo ó de Aquiles, lo mismo que las de Luis XV ó de Napoleón» (2).

Si se confirmase otra teoría distinta de la del Dr. Fisher, éste debería ser el último en quejarse, por cuanto él mismo hace la siguiente confesión, que confirma con su propio ejemplo: (3) «Uno de los más formidables obstáculos para el progreso de la ciencia...

(1) *Precis elementaire de Physiologie*, pág. 521.

(2) *Doyme et Rituel de la Haute Magie*, pág. 175.

(3) *Transacciones de la Sociedad de Medicina*, etc., pág. 246.

ha sido siempre la *ciega sumisión* á la autoridad... El emancipar la mente de la influencia de la simple autoridad, para que tenga el campo enteramente libre en la investigación de los hechos y de las leyes de la naturaleza, es el gran antecedente necesario para los descubrimientos científicos y el progreso permanente.

Si la imaginación materna puede impedir el desarrollo, ó destruir la vida del feto, ¿por qué no ha de poder influir en su aspecto físico? Algunos cirujanos hay que han consagrado su vida y fortuna á encontrar la causa de estos vicios de conformación, pero únicamente han logrado adquirir la idea de que son meras «coincidencias». Sería también altamente antifilosófico el decir que los animales no están dotados de imaginación; y mientras que podría considerarse como el colmo de la especulación metafísica el formular la idea de que algunos miembros del reino vegetal, como las *mimosas* y el grupo de plantas insectívoras, tienen un instinto y hasta una imaginación rudimentaria, propia de ellos, sin embargo la idea no carece de defensores. Si grandes físicos como Tyndall se ven obligados á confesar que, aun tratándose del hombre inteligente y dotado de palabra, son incapaces de salvar el abismo que hay entre la inteligencia y la materia, y de definir los poderes de la imaginación, ¡cuánto mayor no debe ser el misterio acerca de lo que tiene lugar en el cerebro de un animal mudo!

¿Qué es la imaginación? *Los psicólogos nos dicen que es el poder plástico ó creador del alma*, pero los materialistas la confunden con la fantasía. La diferencia radical entre ambas está, después de todo, tan perfectamente indicada por Wordsworth, en el prefacio de sus *Baladas líricas*, que no será ya disculpable el confundir estas dos palabras. Pitágoras sostiene que la imaginación es el recuerdo de precedentes estados espirituales, mentales y físicos, al paso que la fantasía es la producción desordenada del cerebro material.

De cualquier modo que miremos y examinemos á la materia, no podemos evitar encontrarnos con la filosofía del viejo mundo, según la cual la materia fué vivificada y fecundada por la idea eterna ó imaginación, lo abstracto delineando y preparando el modelo para la forma concreta. Si desechamos esta doctrina, la teoría de un cosmos desenvolviéndose gradualmente de su desorden caótico viene á ser un absurdo; porque es sumamente antifilosófico imaginar á la materia inerte movida tan sólo por una fuerza ciega, y dirigida por una inteligencia, constituyéndose espontáneamente en un universo de tan admirable armonía. Si el alma del hombre es realmente una emanación de la esencia de esta alma universal, un fragmento infinitesimal de este primitivo principio creador, debe necesariamente participar, en mayor ó menor grado, de todos los atributos del poder demiúrgico. Así como el creador, removiendo la caótica masa de

materia muerta é inactiva, la modeló y dió forma, así también el hombre, si tiene conciencia de sus poderes, puede hasta cierto punto hacer lo mismo. Así como Fidias, reuniendo las partículas sueltas de arcilla y humedeciéndolas con agua, pudo dar forma plástica á la sublime idea evocada por su facultad creadora, del propio modo la madre que conoce su poder puede modelar, en la forma que desee, al hijo que lleva en su seno. Ignorando sus poderes, el escultor produce únicamente una figura inanimada, aunque encantadora, de materia inerte; mientras que el alma de la madre, violentamente afectada por su imaginación, proyecta ciegamente en la luz astral una imagen del objeto que la ha impresionado, y por repercusión, aquella es estampada sobre el feto. Dice la ciencia que la ley de la gravitación nos asegura que cualquier trastorno que tenga lugar en el mismo centro de la tierra será sentido en todo el universo, y podemos llegar á imaginar que lo mismo se tendrá por cierto respecto de aquellos movimientos moleculares que acompañan al pensamiento (1). Hablando de la transmisión de la energía por medio del éter universal, ó luz astral, el mismo autor dice: «Fotografías continuas de todo cuanto ocurre son así producidas y conservadas. Una gran parte de la energía del universo puede decirse que está empleada en tales pinturas.»

El Dr. Fournié, del Instituto nacional de Sordo-Mudos de Francia, en el capítulo II de su obra (2), discutiendo la cuestión del feto, dice que el más potente microscopio es incapaz de mostrarnos la más ligera diferencia entre la célula ovárica de un mamífero y la de un hombre; y, tratando de los cambios por que ha de pasar temprano ó tarde el óvulo, pregunta: «¿Qué es? ¿Tiene caracteres particulares que lo distinguen de todos los demás óvulos?» y muy acertadamente responde así: «Hasta ahora la ciencia no ha contestado á estas preguntas, y sin pecar de pesimista, me atrevo á creer que *no contestará nunca*; hasta el día en que sus métodos de investigación le permitan sorprender el oculto mecanismo del conflicto del principio de vida con la materia, no conocerá ella la vida, ni será capaz de producirla.» Si nuestro autor ha leído el sermón del Padre Félix, ¡con cuánta propiedad podría pronunciar su *Amén* á la exclamación del sacerdote: ¡MISTERIO! ¡MISTERIO!

Consideremos la afirmación de Magendie á la luz de ejemplos conocidos acerca del poder de la imaginación para producir deformidades monstruosas, cuando la cuestión no está relacionada con mujeres embarazadas. Admite dicho autor que esto ocurre diariamente en la producción de animales inferiores; ¿cómo explica él la nidada de polluelos con cabeza de halcón, sino por la teoría de que

(1) Fournié: *Physiologie du Système Nerveux Cerebro-spinal*, Paris, 1872.

(2) Idem.

la aparición del enemigo hereditario obró sobre la imaginación de la gallina, la cual, á su vez, comunicó á la materia que constituía el germen cierto movimiento que, antes de difundirse, dió lugar á los pollos monstruosos? Sabemos de un caso análogo, en el cual una paloma domesticada, perteneciente á una señora conocida nuestra, se asustaba todos los días á la vista de un papagayo, y en su próxima cría había dos palominos con cabeza de papagayo, extendiéndose el parecido hasta al color de las plumas. Podríamos citar también á Columela, Youatt y á otros autores juntamente con la experiencia de todos cuantos se dedican á la cría de animales, para demostrar que, excitando la imaginación de la madre, la apariencia exterior del producto puede ser modificada en gran parte. Estos ejemplos no afectan en manera alguna á la cuestión de la herencia, porque son simples variaciones especiales del tipo causadas artificialmente.

Catalina Crowe discute extensamente acerca del poder de la mente sobre la materia, y refiere, como demostración, muchos casos perfectamente auténticos de lo mismo (1). Entre otros, el curiosísimo fenómeno conocido con el nombre de *stigmas* está en íntima relación con este punto. Estas señales aparecen sobre el cuerpo de personas de todas edades, y son siempre el resultado de una imaginación exaltada. En los casos de la extática tirolesa Catalina Emmerich y otros muchos, las llagas de la crucifixión, según se dice, eran tan perfectas como si fuesen naturales. Una tal Mme. B. von N. soñó una noche que una persona le ofrecía una rosa encarnada y otra blanca, y que ella escogió la última. Al despertar, sintió un dolor urente en el brazo, y por grados apareció en él la figura de una rosa, perfecta en la forma y el color, y formando un poco de relieve sobre la piel. La señal fué aumentando en intensidad hasta el octavo día, después del cual comenzó á borrarse, y á los catorce días había desaparecido del todo. Dos señoritas en Polonia estaban asomadas á una ventana abierta durante una tempestad; cayó un rayo cerca de ellas, fundiendo el collar de oro que llevaba una de dichas señoritas. Una perfecta imagen del collar quedó impresa en la piel del cuello, y se conservó durante toda su vida. La otra señorita, aterrorizada por el accidente de su compañera, quedó como paralizada por el susto durante algunos minutos, y luego cayó desmayada. Poco á poco la misma señal del collar, que había quedado impresa instantáneamente en el cuerpo de su amiga, apareció también en el suyo, permaneciendo en él durante varios años, hasta que gradualmente fué desapareciendo.

El Dr. Justinus Kerner, distinguido autor alemán, refiere un caso todavía más extraordinario. «En la época de la invasión francesa, persiguiendo un cosaco á un francés, le acorraló en una especie de

(1) *Night Side of Nature*, por Catherine Crowe, pág. 434 y sig.

callejón sin salida; trabóse allí entre ellos una lucha terrible, resultando muy mal herido el francés. Una persona que se había refugiado en aquel sitio, del cual no le era posible salir, se asustó de tal manera que, cuando llegó su casa, tenía en su cuerpo las mismas heridas que el cosaco había inferido á su enemigo».

En este caso, como en todos aquellos en que los trastornos orgánicos y hasta la muerte física son el resultado de una súbita excitación de la mente reaccionando sobre el cuerpo, Magendie se vería en un verdadero aprieto para atribuir el efecto á otra causa distinta de la imaginación; y si él fuese un ocultista, como Paracelso ó Van-Helmont, este punto quedaría despojado de su misterio. Entonces comprendería el poder de la voluntad é imaginación humanas — aquélla consciente, ésta involuntaria — sobre el agente universal, para causar daños y trastornos, tanto físicos como mentales, no sólo sobre víctimas escogidas, sino también, por acción refleja, sobre uno mismo é inconscientemente. Uno de los principios fundamentales de la magia es que si una corriente de este fluido sutil no es impelida con la fuerza suficiente para alcanzar el punto objetivo, reaccionará sobre el individuo que la ha lanzado, del mismo modo que una pelota de goma rebota en dirección de la mano que la arrojó, desde el muro contra el cual choca sin poder atravesarlo. En apoyo de esto, cítause muchos casos de personas que, *pretendiendo pasar plaza de hechiceros*, fueron víctimas de ellos mismos. Van-Helmont dice: «El poder imaginativo de una mujer vivamente excitada produce una idea, la cual es el medio de relación entre el cuerpo y el espíritu. Esta se transfiere al sér con el cual la mujer está en la más inmediata relación, é imprime sobre el mismo aquella imagen que más la había agitado».

Deleuze ha coleccionado, en su *Bibliothèque du Magnétisme animal*, cierto número de hechos notables tomados de Van Helmont, entre los cuales nos contentaremos con citar el siguiente como *pendant* al caso del cazador de pájaros Jacobo Pelissier. Dice que «hay hombres que, mirando fijamente á los animales *oculis intentis* durante un cuarto de hora, pueden causar su muerte; lo cual Rousseau confirma por su propia experiencia en Egipto y en Oriente, puesto que de la manera referida mató varios sapos. Pero la última vez que hizo esta prueba en Lion, el sapo, viendo que no podía sustraerse á su mirada, dió una vuelta en redondo, hinchóse y se quedó mirándole de un modo tan feroz, sin mover sus ojos, que Rousseau experimentó una debilidad tan grande que estuvo á punto de desmayarse, y durante algún tiempo pensó morir.»

Pero volvamos á la cuestión de la teratología. Wierus nos dice, en su *De Præstigiis Demonum*, de un niño nacido de una mujer que poco tiempo antes de darlo á luz fué amenazada por su marido,

diciendo que ella tenía el diablo en el cuerpo, y que la quería matar. El terror de la madre fue tal que el hijo salió •bien formado de la cintura abajo, pero con la parte superior de su cuerpo cubierta de manchas rojo negruzcas, teniendo los ojos en la frente, una boca de sátiro, orejas de perro y cuernos retorcidos en la cabeza, como una cabra. • En una obra demonológica de Peramatus se lee la historia de un monstruo nacido en Saint-Lawrence (Indias Occidentales) en el año 1573, cuya autenticidad está confirmada por el Duque de Medina Sidonia. El niño en cuestión, «además de la horrible deformidad de su boca, orejas y nariz, tiene dos cuernos en la cabeza, como los de los cabritos, el cuerpo cubierto de largos pelos, en la cintura tiene una especie de ceñidor ó cinturón carnosos, doble y del cual cuelga una masa de carne á manera de bolsa, y en la mano izquierda una campana también de carne, como las que usan los indios para bailar; en sus piernas, lleva unas botas blancas de carne dobladas hacia abajo. En una palabra, su conjunto era horrible y diabólico, y puede concebirse que fuese debido á algún susto que recibiera la madre al presenciar las antiguas danzas de los indios» (1). El Dr. Fisher desecha todos estos ejemplos como no auténticos y fabulosos.

Pero no queremos cansar más al lector escogiendo nuevos ejemplos de casos teratológicos, entre los muchos que se encuentran citados en las obras de los autores clásicos; bastan los expuestos para mostrar que hay razón sobrada para atribuir estas aberraciones del tipo fisiológico á las relaciones mutuas de la mente maternal y el éter universal, reaccionando uno de estos factores sobre el otro. Para que no se ponga en tela de juicio la autoridad de Van Helmont como hombre de ciencia, remitimos á nuestros lectores á la obra de Fournié, el célebre fisiólogo, en la cual (en la página 717) encontrarán la siguiente apreciación de su carácter: •Van-Helmont era un químico sumamente distinguido, habia estudiado de un modo especial los fluidos aeriformes, y les dió el nombre de gases; al mismo tiempo exaltó su piedad hasta el misticismo, entregándose por completo á la contemplación de la divinidad.... Van Helmont se distinguió entre todos sus predecesores por haber relacionado *el principio de vida*, directa y en cierto modo experimentalmente, como nos dice, con los más minuciosos movimientos del cuerpo. La incesante acción de esta entidad, por ningún concepto asociada por él con los elementos materiales, sino formando una individualidad distinta, es lo que no podemos nosotros comprender. Sin embargo, sobre esta entidad, una famosa escuela ha establecido su fundamento principal.

•El principio de vida• de Van Helmont, ó *archæus*, no es otra cosa que la luz astral de todos los kabalistas, y el éter universal de la ciencia moderna. Si las más insignificantes marcas del feto no son debidas

(1) Henry More: «Inmortalidad del Alma,» p. 399.

á la imaginación de la madre, ¿á qué otra causa atribuirá Magendie la formación de escamas córneas, los cuernos de cabra y el pelaje propio de animales, que hemos visto en los casos citados anteriormente caracterizando una monstruosa progenie? Seguramente no había allí gérmenes latentes de estos aspectos característicos del reino animal capaces de ser desarrollados bajo un súbito impulso de la fantasía materna. En una palabra, la única explicación posible es la que ofrecen los adeptos en las ciencias ocultas.

Antes de abandonar este asunto, deseamos decir unas pocas palabras más respecto de los casos en que la cabeza, los brazos ó la mano han sido instantáneamente disueltos, aunque fuese evidente que en cada caso de estos el cuerpo entero del niño había sido perfectamente formado. ¿De qué está compuesto el cuerpo del niño al nacer? Los químicos nos dicen que contiene unas doce libras de gases solidificados y un residuo de unas pocas onzas de cenizas, cierta cantidad de agua, oxígeno, hidrógeno, nitrógeno, ácido carbónico, un poco de cal, magnesia, fósforo y algun otro mineral, y nada más. ¿De dónde vienen dichos componentes? ¿Cómo se reúnen y combinan? ¿Cómo estas partículas, que, según nos dice Mr. Proctor, fueron atraídas «de las profundidades del espacio que por todos lados nos rodea,» se han juntado y moldeado formando un sér humano? Hemos visto que es inútil preguntar nada á la escuela dominante de la cual Magendie es uno de sus más ilustres representantes; porque él confiesa que nada se sabe respecto de la nutrición, digestión y circulación del feto; y la fisiología nos enseña que mientras el óvulo está contenido en la vesícula de Graaf, participa, ó mejor dicho, forma parte integrante de la estructura general de la madre. En cuanto se rompe la vesícula, el óvulo se vuelve casi tan independiente de la madre, por lo que respecta á la formación del cuerpo del futuro sér, como lo es el germen del huevo de la gallina, después de haberlo ésta depositado en el cesto. Verdaderamente, muy poco hay en los hechos científicos demostrados que esté en contradicción con la idea de que la relación en que está el embrión respecto á la madre sea muy diferente de la del habitante respecto á la casa, de cuyo abrigo depende su salud, calor y bienestar.

Según Demócrito, el alma (1) resulta de la agregación de átomos, y Plutarco describe su filosofía como sigue: «Existen substancias infinitas en número, indivisibles, impasibles, sin diferencias ni cualidades, y moviéndose en el espacio donde están diseminadas que, cuando se aproximan las unas á las otras, se unen, se combinan y forman, por medio de su agregación, agua, fuego, una planta ó un hombre. Que todas estas substancias, á las cuales llama *átomos* en razón de su soli-

(1) Por *alma*, ni Demócrito ni los demás filósofos comprenden el *nous* ó *pneuma*, el alma divina é *inmaterial*, sino el *psychè*, ó cuerpo astral, al cual Platón siempre denomina la segunda alma mortal.

dez, no pueden experimentar cambio ni alteración. Pero—añade Plutarco—no podemos nosotros hacer un color de aquello que es incoloro, ni una substancia, ó alma, de aquello que carece de alma y de cualidad». El profesor Balfour Stewart dice que esta doctrina, en manos de Juan Dalton, «ha permitido á la inteligencia humana apoderarse de las leyes que regulan los cambios quimicos, asi como representarse para si misma lo que alli tiene lugar». Después de citar, aprobándola, la idea de Bacon de que los hombres están perpetuamente investigando los limites extremos de la naturaleza, enarbola un estandarte al cual, tanto él como sus hermanos en filosofía, harían perfectamente en ajustar su conducta. «Indudablemente—dice—debemos ser muy cautos antes de desechar como esencialmente inútil ninguna rama de conocimientos ó curso de ideas» (1).

Excelentes palabras. Pero ¿cuántos son los hombres de ciencia que las ponen en práctica?

Demócrito de Abdera nos muestra el espacio lleno de átomos, y nuestros astrónomos contemporáneos nos hacen ver cómo estos átomos se juntan formando los mundos, y después constituyen las razas, incluso la nuestra, que los pueblan. Desde que hemos indicado que en la voluntad humana existe una potencia que, concentrando corrientes de estos átomos sobre un punto objetivo, puede dar origen á un niño que corresponda á la imaginación de la madre, ¿por qué no ha de ser perfectamente creíble que esta misma potencia, empleada por la madre, puede, por una enérgica aunque inconsciente inversión de estas corrientes, disipar y destruir cualquier parte y hasta todo el cuerpo de su hijo no nacido todavía? Y aquí viene la cuestión de los falsos embarazos, que tantas veces ha embrollado por completo lo mismo á la paciente que al médico. Si la cabeza, brazo y mano de los tres niños mencionados por Van Helmont pudieron desaparecer por efecto de una emoción terrible, ¿por qué no ha de poder la misma ó alguna otra emoción excitada en un grado parecido, ser causa de la total extinción del feto en la llamada falsa preñez? Tales casos son raros, pero ocurren realmente, y por añadidura dejan completamente burlada la ciencia. En verdad, no existe ningún disolvente químico en la circulación de la madre que sea bastante poderoso para disolver á su hijo sin destruirla á ella misma. Recomendamos el asunto á la facultad de Medicina, esperando que, como clase, no adoptará la conclusión de Fournié, quien dice: «En esta sucesión de fenómenos debemos limitarnos *al oficio de historiador*, puesto que ni siquiera hemos procurado explicar las razones y porqués de tales cosas, por cuanto tropezamos allí con los inescrutables misterios de la vida, y á medida que vayamos avan-

(1) Balfour Stewart. «*La Conservación de la Energía,*» p. 133.

zando en nuestra tarea, nos veremos obligados á reconocer que aquello es para nosotros un *terreno vedado*»(1).

Dentro de los límites de su capacidad intelectual, el verdadero filósofo no conoce ningún terreno vedado, y no debe admitir como inexcrutable é inviolable ninguno de los misterios de la naturaleza.

Ningún estudiante de filosofía Hermética, ni ningún espiritista harán objeción alguna al principio sentado por Hume, de que el *milagro* es imposible; para suponer una posibilidad semejante, sería necesario que el universo estuviese gobernado por leyes especiales, en lugar de las generales que lo rigen. Esta es una de las principales contradicciones entre la ciencia y la teología. La primera, fundando sus razones en la experiencia universal, sostiene que existe una uniformidad general en el curso de la naturaleza, al paso que la segunda supone que la Inteligencia Gobernadora puede ser implorada para suspender la ley general, con el objeto de alcanzar algún resultado especial. Juan Stuart Mill dice: (2) «Si nosotros no creyésemos ya en agentes sobrenaturales, ningún milagro podría probarnos su existencia. El milagro mismo, considerado simplemente como un hecho extraordinario, puede ser satisfactoriamente comprobado por nuestros sentidos ó por testimonio, pero nada podrá probar jamás que sea un milagro. Todavía hay la posibilidad de otra hipótesis, y es que los milagros son el resultado de una causa natural desconocida; esta posibilidad no puede ser desechada de un modo tan absoluto que no nos quede otra alternativa que la de admitir la existencia é intervención de un sér superior á la naturaleza».

Este es el punto preciso al cual hemos querido conducir á nuestros lógicos y á nuestros físicos. Como el mismo Mr. Mill dice, «no podemos admitir una proposición como si fuese una ley de la naturaleza, y sin embargo, creemos en un hecho que está en abierta oposición con la misma. O debemos negar el hecho alegado, ó hemos de creer que nos hemos engañado al admitir lo supuesta ley». Mr. Hume cita «la firme é *inalterable* experiencia» de la humanidad, como factor que establece las leyes cuya operación, *ipso facto*, hace imposibles los milagros. La dificultad consiste en el uso que este autor hace del adjetivo subrayado, porque esto equivale á suponer que nuestra experiencia no cambiará jamás, y que, en su consecuencia, tendremos siempre los mismos experimentos y observaciones para fundar en ellos nuestro juicio. También supone esto que todos los filósofos deben disponer de los mismos hechos para reflexionar sobre ellos. Igualmente, esto recusa en absoluto las relaciones coleccionadas de experimentos filosóficos y de observaciones científicas de que nos hemos visto privados tempo-

(1) Fournié: «*Physiologie du Système Nerveux*,» p. 16.

(2) *Un sistema de Lógica*. Octava edición, 1872, vol. II, pág. 165.

ralmente. Así es que, á causa del incendio de la biblioteca de Alejandría y de la destrucción de Ninive, el mundo ha carecido durante muchos siglos de los datos necesarios para poder apreciar los verdaderos conocimientos esotéricos y exotéricos de los antiguos. Pero, hace pocos años, el descubrimiento de la tabla de Rosetta y de los *papyrus* de Ebers, d'Aubigny, Anastasi y otros, y la exhumación de las bibliotecas de ladrillo, han abierto ancho campo á las investigaciones arqueológicas, las cuales probablemente producirán cambios radicales en esta «firme é *inalterable* experiencia». El autor de *La Religión Sobrenatural* hace observar muy atinadamente que «una persona que crea alguna cosa contradictoria á una inducción completa, únicamente por la fuerza de una suposición que es incapaz de probar, es sencillamente crédula; pero una tal suposición no puede afectar á la evidencia real en favor de aquella cosa».

En un discurso pronunciado por Mr. Hiram Corson, profesor de literatura anglo-sajona en la *Cornell University* de Ithaca, N. Y., ante los alumnos del colegio de San Juan, de Annapolis, en Julio de 1875, el orador lanza muy justamente los siguientes reproches á la ciencia.

•Hay cosas—dice— que la ciencia no puede hacer nunca, y sin embargo, llena de soberbia, pretende llevarlas á cabo. Hubo un tiempo en que la Religión y la Iglesia, traspasando los límites de sus legítimos dominios, invadieron y asolaron los de la Ciencia, é impusieron á ésta un oneroso tributo; pero, á lo que parece, las antiguas relaciones que mediaban entre la una y la otra han experimentado un cambio completo, y la Ciencia ha traspasado sus fronteras y ha invadido el dominio de la Religión y de la Iglesia, de manera que en lugar de un papado religioso, nos vemos en peligro de caer bajo la férula de un papado científico, estando ya de hecho bajo el poder de semejante papado; y así como en el siglo diez y seis se levantó una protesta en favor de la libertad de pensamiento contra el despotismo eclesiástico y religioso, del mismo modo en el siglo diez y nueve los intereses espirituales y eternos del hombre exigen otra protesta contra ese despotismo científico que tan rápido incremento ha tomado, y exigen además que los hombres de ciencia no sólo se mantengan dentro de su legítimo dominio de lo fenomenal y condicionado, sino que examinen de nuevo sus mercancías disponibles, á fin de poder asegurarnos de si los lingotes de metal precioso almacenados en sus sótanos—y bajo cuya garantía tanto y tanto papel se ha puesto en circulación—son realmente el oro puro de la Verdad.

•Si no se hace esto en el terreno de la ciencia, lo mismo que en los negocios ordinarios, los sabios serán capaces de exagerar la importancia de su capital, siendo la consecuencia de esto el arriesgarse en empresas tan vanas como peligrosas. Desde que el profesor Tyndall pronunció su discurso de Belfast, se ha visto, por las muchas réplicas

que ha suscitado, que el capital de la escuela evolucionista de Filosofía, á la cual él pertenece, no es tan grande como vagamente se había supuesto por una gran parte del mundo no científico, pero inteligente. Grandísima es la sorpresa de toda persona no científica, cuando llega á enterarse de los vastos dominios puramente hipotéticos que rodean el campo de la ciencia sólidamente afianzada, y de los cuales tan á menudo se enorgullecen los sabios, considerándolos como una parte de sus firmes y valiosas conquistas.

Exactamente, y al propio tiempo niegan el mismo privilegio á los demás. Protestan ellos contra los *milagros* de la Iglesia y repudian con la misma lógica los fenómenos modernos. En vista de que algunas autoridades científicas, tales como el Dr. Youmans y otros, admiten que la ciencia moderna está atravesando un periodo de transición, parece que ya es hora de que la gente deje de considerar ciertas cosas como increíbles, únicamente porque son maravillosas y porque al parecer están en oposición con lo que estamos acostumbrados á considerar como leyes universales. Hay en nuestro siglo no pocos hombres de buena voluntad que, deseando vindicar la memoria de mártires de la ciencia, tales como Agrippa, Palissy y Cardán, no han podido lograr, por falta de medios, comprender bien sus ideas. Creen ellos erróneamente que los neoplatónicos prestaban más atención á la filosofía trascendente que á la ciencia exacta.

•Los errores que en el mismo Aristóteles encontramos tan á menudo—dice el profesor Draper,—no prueban falta de seguridad en su método, sino más bien su completa veracidad. Son errores debidos á la falta de un número suficiente de hechos• (1).

¿Qué hechos?, preguntaremos. No puede esperarse que un hombre de ciencia admita que estos hechos puedan ser proporcionados por la ciencia oculta, desde el momento en que no cree en ella. Sin embargo, el porvenir podrá demostrar esta verdad. Aristóteles ha legado á nuestros sabios su método inductivo; pero hasta que ellos lo completen con •los universales de Platón•, incurrirán todavía en más •errores• que el gran tutor de Alejandro. Los universales son materia de fé tan sólo mientras no pueden ser demostrados por la razón y fundados en una experiencia no interrumpida. ¿Cuál de nuestros filósofos del día se halla dispuesto á probar, por este mismo método inductivo, que los antiguos no poseían estas demostraciones, como una consecuencia de sus estudios esotéricos? Sus propias negaciones, careciendo como carecen de pruebas, demuestran claramente que ellos no siempre siguen el método inductivo, del cual tanto se vanaglorian. Obligados como están en basar sus teorías, quieras que no, en los cimientos de los antiguos filósofos, sus modernos descubrimientos no son más que los

(1) Draper: *Conflicto entre la Religión y la Ciencia*, pág. 22.

tallos que han brotado de los gérmenes plantados por aquéllos. Y á pesar de todo, estos descubrimientos son generalmente incompletos, si no abortados. Su causa permanece envuelta en la obscuridad, y sus últimos efectos sorprenden por lo imprevistos. «No debemos—dice el profesor Youmans—considerar las teorías del pasado como simples errores desacreditados y ridículos, ni á las del presente como decisivas. El vivo y creciente cuerpo de la verdad no ha hecho más que tapar con un manto sus viejas vestiduras en su progreso hacia un estado más elevado y vigoroso» (1). Este lenguaje, aplicado á la química moderna por uno de los primeros químicos filosóficos y más entusiasmados escritores científicos del día, muestra el estado de transición en que se halla la ciencia moderna; y lo que es verdad respecto á la química, también lo es respecto á sus ciencias hermanas.

Desde la aparición del espiritismo, los médicos y los patólogos se encuentran más dispuestos que nunca á tratar á grandes filósofos como Paracelso y Van Helmont como supersticiosos, embaucadores y charlatanes, y á ridiculizar sus nociones acerca del *archæus* ó *anima mundi*, así como la importancia que daban á sus conocimientos acerca de la mecánica celeste. (2) Y sin embargo, ¿qué progresos positivos ha realizado la medicina desde el día en que lord Bacon la clasificó entre las ciencias *conjeturales*?

Numerosos filósofos de la talla de Demócrito, Aristóteles, Eurípides, Epicuro, ó, mejor, su biógrafo Lucrecio, Esquilo y otros antiguos escritores, á quienes los materialistas citan con tanto gusto como adversarios autorizados de los soñadores platónicos, eran sólo teóricos, no adeptos. Estos últimos, cuando escribían, ó bien veían sus libros quemados por el populacho cristiano, ó los redactaban de una manera que los hiciese inteligibles tan sólo para los iniciados. ¿Cuál de sus modernos detractores puede afirmar que sabe todo lo que ellos sabían? Solamente Diocleciano quemó bibliotecas enteras de obras referentes á las «ciencias secretas;» ni un solo manuscrito de los que versaban sobre el arte de hacer oro y plata se libró de la cólera de tan estúpido

(1) Edward L. Youmans: *Tratado de Química para uso de los escolares*, pág. 4.

(2) Sprengel, en su *Historia de la Medicina*, hace aparecer á Van Helmont como disgustado por la charlatanería é ignorante presunción de Paracelso. «Las obras de éste último—dice Sprengel,—que él (Van-Helmont) había leído atentamente, le inspiraron el espíritu de reforma; pero ellas solas no fueron suficientes para él, porque su erudición y talento eran infinitamente superiores á los de aquel autor, y él *despreciaba* á aquel *loco egoísta*, á aquel ignorante y ridículo vagabundo, que con frecuencia parecía atacado de locura.» Esta afirmación es completamente falsa. Tenemos los mismos escritos de Van-Helmont para refutarla. En la famosa polémica entre dos escritores, Goelenius, profesor de Marburgo, quien sostenía la gran eficacia del unguento simpático descubierto por Paracelso para la curación de toda clase de heridas, y el padre Roberto, jesuita, que condenaba todas estas curaciones atribuyéndolas al diablo. Van-Helmont se propuso cortar la controversia, y la razón que daba para intervenir en ella era que tales discusiones «afectaban á Paracelso como su descubridor, y á él mismo como discípulo suyo. (Véase *De Magnética Vulner.*, y l. c., pág. 705.)

tirano. Las artes y la civilización habían alcanzado un grado tal de desarrollo en las épocas que ahora llamamos arcaicas, de las cuales sabemos algo por conducto de Champollión, que Athothi, el *segundo* rey de la *primera* dinastía, escribió una obra sobre anatomía, y que el rey Neko otras sobre astronomía y astrología. Blantasus y Cynchrus eran dos eruditos geógrafos de los tiempos anteriores á Moisés. Eliano habla del egipcio Iachus, cuya memoria fué venerada durante siglos, por razón de sus maravillosos descubrimientos en medicina. Atajó también el progreso de varias epidemias sólo con ciertas *fumigaciones*. Una obra de Apolónides, llamado Orapios por sobrenombre, es mencionada por Teófilo, patriarca de Antioquía; tenía por título el *Libro Divino*, y relataba la biografía secreta y el origen de todos los dioses del Egipto; y Ammiano Marcelino habla de una obra secreta en la que estaba indicada *la edad exacta del buey Apis*, lo cual era una clave para muchos misterios y para el cálculo cíclico. ¿Qué se ha hecho de todos estos libros, y quién conoce los tesoros de sabiduría que debían de entrañar? Una sola cosa sabemos de cierto, y es que tanto los vándalos cristianos como los paganos destruían tales tesoros literarios *siempre que los encontraban*; y que el emperador Alejandro Severo anduvo por todo el Egipto para recoger todos los libros sagrados sobre misticismo y mitología, saqueando todos los templos; y que los etíopes—á pesar de lo viejos que eran los egipcios en materia de artes y ciencias—reclamaban sobre estos la prioridad tanto de fecha como de conocimientos; y bien podían harcerlo, puesto que eran conocidos en la India cuando la primera aurora de los tiempos. Sabemos también que Platón aprendió en Egipto más secretos de los que podía mencionar, y que, según Champollión, todo lo que realmente hay de bueno y científico en las obras de Aristóteles—tan apreciadas hoy día por nuestros modernos inductivos—se debe á su *divino* Maestro, y que, como consecuencia lógica, habiendo Platón comunicado oralmente á sus discípulos iniciados los profundos secretos que había aprendido de los sacerdotes egipcios, secretos que á su vez pasaron de una á otra generación de adeptos, éstos *sabían*, acerca de los poderes ocultos de la naturaleza, *más* que los filósofos de nuestros días.

Podemos asimismo mencionar aquí las obras de Hermes Trimegisto. ¿Quién ó quiénes han tenido la oportunidad de leerlas, tales como estaban en los santuarios egipcios? En sus *Misterios Egipcios*, Jámblico atribuye á Hermes 1.100 libros, y Seleuco cuenta nada menos que 20.000 obras suyas, antes del período de Menes. Eusebio vió sólo cuarenta y dos de éstos «en su tiempo», dice, y el último de los seis libros de medicina trataba de este arte tal como se practicaba en las épocas más remotas; y Diodoro dice que Mnevis, el más antiguo de los legisladores, tercer sucesor de *Menes*, fué quien los recibió de Hermes. De los manuscritos que han llegado hasta nosotros, la mayor

parte son simples retraducciones latinas de traducciones griegas, hechas principalmente por los neoplatónicos en vista de los libros originales conservados por algunos adeptos. Marcilio Ficino, que fué el primero en publicarlos en Venecia, en 1488, sólo nos ha dado meros extractos, y los puntos más importantes parecen haber sido descuidados ú omitidos de intento como demasiado peligrosos para ser publicados en aquellos tiempos de los *Autos de fé*. Y sucede ahora que cuando un kabalista que ha dedicado toda su vida al estudio del ocultismo, y que ha conquistado el gran secreto, se aventura á indicar que la *Kábala* únicamente conduce al conocimiento de lo Absoluto en lo Infinito, y de lo Indefinido en lo Finito, es objeto de las burlas de aquellos que, por razón de conocer la imposibilidad de la cuadratura del círculo como problema físico, niegan la posibilidad de que esto se efectúe en un sentido metafísico.

La psicología, según las mayores autoridades en la materia, es una rama de la ciencia casi desconocida hasta ahora. La fisiología, en opinión de Fournié, una de las autoridades francesas sobre este particular, se halla en tan mala situación que justifica lo que dice este autor en el prefacio de su erudita obra *Physiologie du Système Nerveux*: que «notamos, al fin, que no sólo está por desarrollar la fisiología del cerebro, sino que *no existe fisiología alguna del sistema nervioso*». La química ha sido completamente refundida en estos últimos años; y por lo tanto, como todas las ciencias nuevas, el niño no puede considerarse todavía muy seguro sobre sus piernas. La Geología no ha sido todavía capaz de decir á la Antropología cuánto tiempo hace que el hombre existe. La Astronomía, la más exacta de las ciencias, sigue aún especulando y embrollándose en la cuestión de la energía cósmica y en muchas otras cosas tan importantes. En Antropología, nos dice Mr. Wallace que existe una gran diferencia de opinión sobre algunas de las más vitales cuestiones referentes á la naturaleza y al origen del hombre. De la Medicina han dicho varios médicos eminentes que no es más que una amalgama de conjeturas científicas. En todas partes hay deficiencias, y en ninguna se vé la perfección. Cuando contemplamos á estos hombres que con tanto afán van marchando á tientas en la obscuridad, tratando de encontrar los eslabones perdidos de sus rotas cadenas, nos hacen el efecto de personas que salen de un común insondable abismo por caminos divergentes. Cada uno de estos conduce al borde de un precipicio que no pueden explorar. Por una parte, carecen de medios para descender á sus misteriosas profundidades, y por otra parte, en cada una de sus tentativas son rechazados por celosos centinelas que les cierran el paso. Y de esta suerte andan ellos accechando las fuerzas más inferiores de la naturaleza, y de tiempo en tiempo iniciando al público en sus *grandes* descubrimientos. ¿No hacen ahora presa en la fuerza vital, y la sorpren-

den haciendo su papel en el juego de correlación con las fuerzas físicas y químicas? Realmente, esto es lo que hacen. Pero si les preguntamos: ¿De dónde viene esta fuerza vital? ¿Cómo se explica que ellos, que habían creído tan firmemente, de muy poco tiempo á esta parte, que la materia era destructible y desaparecía de la existencia, y ahora han aprendido á creer, con la misma firmeza, que no sucede tal cosa, cómo se explica, decimos, que no puedan decirnos alguna cosa más sobre esta cuestión? ¿Cómo es que se ven obligados, en este caso como en muchos otros, á volver á una doctrina enseñada por Demócrito hace veinte y cuatro siglos? (1) Preguntádselo y os contestarán: «La creación y destrucción de la materia, el aumento y disminución de la misma, están *fuera del dominio de la ciencia*... el dominio de ésta se halla completamente limitado á los cambios de la materia... el dominio de la ciencia permanece dentro de los límites de estos cambios;... la creación y la aniquilación están fuera de su dominio» (2). ¡Ah!, no; ellas permanecen únicamente fuera del alcance de los *sabios* materialistas. Pero: ¿Y por qué afirman lo mismo de la ciencia? Y si ellos dicen que «la fuerza no es susceptible de destrucción, excepto por el mismo poder que la creó», entonces admiten tácitamente la existencia de tal *poder* y, por consiguiente, no tienen *derecho alguno* para poner obstáculos en el camino de aquellos que, más osados que ellos mismos, tratan de penetrar *más allá*, y encontrar aquello que únicamente puede alcanzarse *levantando el velo de Isis*.

Pero, entre todas estas ramas apenas desbastadas de la ciencia, seguramente debe de haber alguna por lo menos que sea completa! Nos parece oír gran clamor de aplausos, «á manera del rumor de muchas aguas», con motivo del descubrimiento del protoplasma. Pero ¡ah!, cuando vamos á leer á Mr. Huxley, el sabio padre del recién nacido infante, nos encontramos con que dice: «Rigurosamente hablando, la verdad es que la investigación química muy *poco* ó *nada* puede decirnos directamente acerca de la composición de la materia viva... y también es rigurosamente cierto que **NADA SABEMOS** tocante á la composición de un cuerpo cualquiera, tal como existe!»

Verdaderamente es esta una triste confesión. Entonces no parece sino que el método de inducción aristotélico es, después de todo, un completo fracaso en ciertas ocasiones. También puede esto explicarnos el hecho de que este filósofo modelo, con todo su atento estudio de los particulares, antes de elevarse á los universales enseñase que la tierra estaba *en el centro* del universo. Mientras que Platón, á pesar de haberse perdido en el laberinto de «vaguedades» pitagóricas, y de

(1) Demócrito dice que, así como de la nada, nada puede producirse, de la propia manera no existe ninguna cosa que pueda reducirse á la nada.

(2) J. Le Conte: «*Correlación de la fuerza vital con las fuerzas físico-químicas*»; apéndice.

partir de principios generales, estaba perfectamente versado en el sistema heliocéntrico. Podríamos probar fácilmente el hecho, aprovechándonos del llamado método inductivo en beneficio de Platón. Sabemos que el juramento *sodal* (1) de un iniciado en los Misterios le privaba de comunicar sus conocimientos al mundo en términos tan claros. «Era el sueño de su vida—dice Champollión—escribir una obra, y consignar en ella extensamente las doctrinas enseñadas por los hierofantes egipcios; hablaba él frecuentemente de esto, pero se veía obligado á reprimirse por razón del *solemne juramento*».

Y ahora, juzgando á nuestros modernos filósofos por el método inverso—á saber, razonando de los *universales á los particulares*, y poniendo á un lado á los sabios como individuos, para dar nuestra opinión acerca de los mismos considerándolos en conjunto,—nos vemos obligados á sospechar que esta elevadísima y respetable asociación abraza sentimientos sumamente mezquinos hacia sus hermanos mayores, antiguos y arcaicos. Realmente, no parece sino que tienen el pensamiento constantemente fijo en el refrán: «Quita el *sol*, y brillarán las *estrellas*».

Hemos oído á un académico francés, hombre de profundos conocimientos, decir que haría gustosamente el sacrificio de su propia reputación á trueque de poder borrar de la memoria del público el recuerdo de muchos errores y ridículas equivocaciones de sus colegas. Pero estos errores no pueden sacarse á colación *demasiadas* veces, teniendo en cuenta nuestras pretensiones y la causa que defendemos. Tiempo vendrá en que los hijos de los hombres de ciencia, á menos que hereden la ceguedad de sus escépticos progenitores, se avergonzarán del degradante materialismo y del ruin criterio de sus padres. Empleando una expresión del venerable Guillermo Howitt: «ellos odian las nuevas verdades, del mismo modo que la lechuza y el ladrón odian al sol.... La simple ilustración intelectual no puede reconocer lo espiritual. Así como el sol apaga el brillo del fuego, del propio modo el espíritu ofusca los ojos de la mera inteligencia».

Es una antigua, muy antigua historia. Desde los días en que el predicador escribió: «el ojo no se satisface con ver, ni el oído con oír», los sabios se han portado como si dichas palabras se hubiesen escrito para expresar su propia condición mental. ¡Cuán fielmente el mismo Lecky, racionalista también, pinta inconscientemente esta propensión de los hombres de ciencia á burlarse de todo lo nuevo, al describir la manera como los «hombres instruidos» reciben la noticia de haber ocurrido un milagro! «Ellos la reciben—dice—con una absoluta y hasta burlona incredulidad, que les dispensa de todo examen de la evidencia!» Además, tanto llegan á saturarse del escepticismo hoy en moda,

(1) De la palabra hebrea *Sod*, que significa arcano ó ciencia secreta. (N. de Tr.)

que, después de haber conquistado su sitio en la Academia, dan media vuelta, y á su vez se convierten en perseguidores. •Es una circunstancia curiosa en la ciencia—dice Howitt— que Benjamin Franklin, que experimentó á costa suya el ridículo de sus compatriotas, á causa de las tentativas que hizo para identificar el rayo con la electricidad, fuese uno de los que componían el comité de sabios de París, en 1778 (1), que examinaron las reclamaciones del mesmerismo, y lo condenaron en absoluto como una farsa!»

Si los hombres de ciencia se limitasen á desacreditar únicamente los nuevos descubrimientos, podrían tener ellos una pequeña disculpa fundada en sus tendencias conservadoras, engendradas por largos hábitos de paciente escrutinio; pero ellos no solamente reclaman una originalidad que los hechos no confirman, sino que rechazan con el mayor desprecio todas las razones que inducen á creer que en los antiguos tiempos la gente sabía tanto y aun más que ellos mismos. Es una lástima que en cada uno de sus laboratorios no haya un cartel con este texto del *Eclesiastés*: •¿Hay algo de que se pueda decir: He aquí, esto es nuevo? Ya fué en los siglos que nos han precedido• (2). En el versículo que sigue al citado, dice el sabio: •No hay memoria de las cosas pasadas•, de modo que estas palabras pueden explicarnos cada nueva denegación. Mr. Meldrum podrá justamente alabar sus observaciones meteorológicas sobre los ciclones en la isla Mauricio, y Mr. Baxendell, de Manchester, hablar sabiamente acerca de las corrientes de transmisión que se operan en la tierra, y el Dr. Carpenter y el comandante Maury, trazarnos el mapa de la corriente ecuatorial, y el profesor Henry hacernos ver cómo los vientos húmedos depositan su carga para formar arroyos y ríos, sólo para ser luego rescatada del Océano, y devuelta á las cumbres de las montañas; pero oigamos lo que el Koheleth (3) dice: •El viento se dirige hacia el Mediodía y vuelve otra vez al Norte; va girando de continuo, y á sus giros torna de nuevo el viento• (4).

•Todos los ríos corren hacia el mar, y sin embargo el mar no rebosa: al lugar de donde vienen los ríos, allí *vuelven para correr de nuevo*• (5)

La filosofía de la distribución del calor y de la humedad por medio de corrientes ascendentes y descendentes entre el ecuador y los polos es de origen muy reciente, pero la insinuación de esta idea ha permanecido sin llamar la atención en nuestros libros más familiares durante cerca de tres mil años. Y aun ahora, á propósito de esto, nos vemos

- (1) Esta fecha es incorrecta: debe ser 1784.
- (2) *Eclesiastés*, I, 10.
- (3) Nombre hebreo del *Eclesiastés* (N. del Tr.).
- (4) *Eclesiastés*, I, 6.
- (5) *Idem*, I, 7.

obligados á recordar el hecho de que Salomón era un Kabalista, y que en los textos anteriores repite simplemente lo que estaba escrito mil-lares de años antes de su tiempo.

Privados como se encuentran del cúmulo de hechos que ocurren en una mitad del universo, que es la más importante, los sabios modernos naturalmente son incapaces de construir un sistema de filosofía que les satisfaga á ellos, prescindiendo de los demás. Se parecen á hombres en una mina de carbón, los cuales, trabajando en ella todo el día, y sa-liendo solamente por la noche, no pueden por lo tanto admirar ni com-prender la belleza y magnificencia de la luz del sol. Para ellos, la vi-da señala el término de la actividad humana, y lo porvenir ofrece á su percepción intelectual tan sólo un abismo de tinieblas. Para ellos no hay una esperanza de una eternidad de investigaciones, de éxitos con sus consiguientes placeres, que venga á dulcificar las asperezas de la presente existencia; y el único premio que ven para sus afanes es ga-narse la subsistencia y hacerse la inútil y vaga ilusión de que no serán olvidados sus nombres algunos años después que la losa sepulcral haya caído sobre sus restos mortales. La muerte para ellos significa la ex-tinción de la llama vital y la dispersión de los fragmentos de la lám-para por el espacio sin fin. Berzelius, el gran químico, dijo en su última hora, prorrumpiendo en llanto: «No os maravilléis de que lllore. No me toméis por un hombre débil, ni creáis que estoy asustado por lo que el médico me ha dicho. Estoy preparado para todo, Pero tengo que *despedirme de la ciencia*, y así no debéis extrañaros de que esto me sea tan penoso» (1).

¡Cuán amargas deben de ser las reflexiones de un observador de la naturaleza tan famoso como éste, al verse forzosamente interrumpido, á la mitad del camino de un importante estudio, de la construcción de un gran sistema, del descubrimiento de algún misterio que después de haber, durante siglos, burlado á la humanidad, el moribundo filósofo confiaba resolverlo!

Echad una mirada al mundo de la ciencia de nuestros días, y con-templad los teóricos atómicos remendando los ropajes andrajosos que ponen de manifiesto las imperfecciones de sus distintas especiali-dades. Vedles componiendo los pedestales sobre los que van á levan-tarse de nuevo los idolos que cayeron de los sitios en que habían sido adorados antes de que esta teoría revolucionaria hubiese sido exhumada de la tumba de Demócrito por Juan Dalton! Pueden echar sus redes en el océano de la ciencia material, pero únicamente será para que se rompan sus mallas cuando se presente algún problema inesperado y monstruoso. Sus aguas son como las del Mar Muerto: acres al paladar, tan densas que apenas puede uno sumergirse en ellas, y mucho menos

(1) Siljestrom: «Minnesfest öfver Berzelius,»p. 79.

llegar hasta el fondo, no habiendo salida ni vida alguna debajo de sus olas, ni tampoco á lo largo de sus orillas. Es una soledad tétrica, repulsiva, desierta; no produciendo nada digno de estima, porque todo cuanto produce no tiene vida ni alma.

Hubo un tiempo en que los sabios académicos se divertían de un modo especial oyendo hablar tan sólo de alguna de las maravillas que los antiguos aseguraban haber observado personalmente. ¡Cuán pobres necios y quizá embusteros aparecían éstos á los ojos de un siglo ilustrado! ¿No describían, en efecto, caballos y otros animales cuyos pies presentaban cierta semejanza con las manos y los pies humanos? Y en el año 1876 de nuestra era, oímos á Mr. Huxley pronunciar sabios discursos en los cuales el *protohippus*, haciendo monadas con sus antebrazos casi humanos, y el *orohippus*, con sus cuatro dedos y su origen eoceno, y el hipotético *pedactylequus*, tío-abuelo materno del caballo actual, desempeñan el papel más importante. ¡La maravilla está corroborada! Los materialistas pirronistas del siglo diez y nueve hacen justicia á las aserciones de los supersticiosos platónicos; el papamoscas antediluviano. Y antes que Mr. Huxley, Geoffroi St. Hilaire ha dado á conocer el caso de un caballo que tenía realmente los dedos separados por membranas (1). Cuando los antiguos hablaban de una raza de pigmeos en el Africa, se les acusaba de faltar á la verdad. Y sin embargo, tales pigmeos fueron vistos y examinados por un sabio francés durante su viaje al Tenda Maia, en las orillas del Rio Grande, en 1840 (2); por Bayard Taylor en el Cairo, en 1874; y por Mr. Bond, del servicio trigonométrico indio, quien descubrió una raza salvaje enana en las montuosas selvas del Galitz occidental, al sudoeste de los montes Palini; raza que, si bien se hablaba de ella con frecuencia, los individuos de dicho servicio no habían encontrado anteriormente ningún vestigio de la misma. «Esta es una nueva raza pigmea parecida á los Obongos africanos de du Chaillu, á los Akkas de Schweinfurth y á los Dokos del Dr. Krapf, en tamaño, apariencia y costumbres» (3).

Herodoto era considerado como un lunático por hablar de un pueblo *de quien le habían dicho* que dormía durante una noche que tenía seis meses de duración. Si tomamos la palabra «dormir» como una errónea interpretación, nada más natural que considerar lo demás como una clara alusión á las noches de las regiones polares (4). Plinio tiene en su obra una porción grande de hechos que hasta hace muy poco tiempo han sido desechados como fábulas. Entre otros, menciona

(1) «Sesión de la Academia de Paris», 13 Agosto de 1807.

(2) Mollien: «*Voyage dans l'interieur de l'Afrique*», tomo II, p. 210.

(3) *The Popular Science Monthly*, Mayo, 1876, p. 210.—Posteriormente Stanley, en sus viajes por el Africa, nos habla también de un pueblo de pigmeos. (N. del Tr.).

(4) Malte Brun, pp. 372, 373; Herodoto.

una raza de pequeños animales cuyos machos dan de mamar á sus crías. Esta afirmación ha sido motivo de numerosas chanzas por parte de nuestros sabios. En su *Informe acerca del Servicio Geológico de los Territorios*, para 1872, Mr. C. H. Merriam describe una rara y maravillosa especie de conejo (*Lepus Bairdi*) que habita en las regiones del pino cerca del nacimiento de los ríos Wind y Yellowstone, en Wyoming (1). Mr. Merriam logró apoderarse de cinco ejemplares de este animal, «los cuales..... son los primeros individuos de esta especie que han sido presentados al mundo científico. Es un hecho muy curioso el que todos los machos tienen tetas, y toman parte en el amamantamiento de sus pequeñuelos! Los machos adultos tienen grandes mamas llenas de leche, y el pelo que rodeaba el pezón de uno de ellos estaba húmedo y pegajoso, lo cual era señal evidente de que, cuando fué cogido, estaba amamantando á su hijuelo». En la relación cartaginesa de los primeros viajes de Hannon (2) se encuentra una larga descripción de «pueblos salvajes... cuyos cuerpos estaban cubiertos de pelo, y á quienes los intérpretes llamaban *gorillæ*; ANTHROPOI AGRIOI, como se lee en el texto, dando á entender claramente con ello que estos hombres salvajes eran monos. Hasta el presente siglo, dicha afirmación fué considerada como un cuento ridículo, y Dodwell negó absolutamente la autenticidad del manuscrito y su contenido (3). La célebre *Atlántida* es considerada por el último moderno comentador y traductor de Platón como una «noble mentira» del mismo (4). Ni aun la franca admisión por parte del citado filósofo, en el *Timæus*, de que «se dice que en su tiempo..... los habitantes de esta isla (Poseidón) conservaban una tradición, transmitida por sus antepasados, referente á la existencia de la isla Atlántida, de una extensión prodigiosa... etc.» (5) no ha bastado á librar al gran maestro de la imputación de falsedad que sobre él ha lanzado la «infalible escuela moderna.»

Entre la gran masa de pueblos profundamente sumidos en la supersticiosa ignorancia de los tiempos de la Edad Media, habia tan sólo unos pocos estudiantes de la filosofía hermética de la antigüedad, quienes, sacando partido de lo que ella les habia enseñado, pudieron prever descubrimientos que son el orgullo de nuestra época; mientras que, al mismo tiempo, los antecesores de nuestros grandes sacerdotes del templo de la Santa Molécula estaban viendo todavía las huellas de las pezuñas de Satán en el más sencillo de los fenómenos naturales. El profesor A. Wilder dice: «Rogerio Bacon (siglo diez y seis), en su tra-

(1) «*The Popular Science Monthly*», Dicbre, 1874, p. 252, New-York.

(2) El «Periplo de Hannon.»

(3) El original estaba suspendido en el templo de Saturno, en Cartago. Falconer da dos disertaciones sobre el mismo y conviene con Bougainville, refiriéndolo al siglo sexto antes de la era cristiana. Véanse los «Antiguos Fragmentos» de Cory.

(4) El profesor Jowett.

(5) «Sobre la Isla Atlántida (de Marcellus). Historia Ethiópica.»

tado sobre la *Fuerza admirable del arte y de la naturaleza*, dedica la primera parte de su obra á los hechos naturales. Nos da algunas indicaciones acerca de la pólvora, y pronostica el uso del vapor como fuerza motriz. La prensa hidráulica, la campana de buzo y el calidoscopio, todo esto vemos allí descrito (1).

Los antiguos hablan de aguas metamorfoseadas *en sangre*, de lluvias de sangre, de borrascas de nieve durante las cuales la tierra se cubrió, en una extensión de muchas millas, de una nieve *sangrienta*. La caída de estas partículas de color carmesí se ha probado, lo mismo que todas las demás cosas, que no es más que un fenómeno natural. Ha tenido lugar en diferentes épocas, pero su causa permanece hasta el día envuelta en el misterio.

De Candolle, uno de los más distinguidos botánicos de este siglo, trató de probar en 1825, en ocasión de que las aguas del lago de Morat se habían convertido, al parecer, en sangre espesa, que el fenómeno podía ser fácilmente explicado. Lo atribuyó al desarrollo de miriadas de aquellos pequeños seres medio vegetales, medio infusorios, á los que llama *Oscillatoria rubescens*, los cuales constituyen el eslabón entre los organismos animales y vegetales (2). En otra parte daremos cuenta de la nieve roja, observada por el capitán Ross en las regiones árticas. Muchas memorias han sido escritas sobre el particular por los más eminentes naturalistas, pero no hay dos de ellos que concuerden en sus hipótesis. Para unos es «polen de algunas especies de pino»; para otros son pequeños insectos; y el profesor Agardt confiesa con la mayor franqueza que se ve muy apurado, tanto para comprender la causa de tal fenómeno, como para explicar la naturaleza de dicha substancia roja (3).

Se ha dicho que el testimonio unánime del género humano es una prueba irrefutable de verdad; y ¿sobre qué ha habido un testimonio más unánime que el de haber existido siempre una firme é inquebrantable creencia en la magia durante millares de generaciones, lo mismo en los pueblos civilizados que en los más salvajes? La magia implica una contravención de las leyes de la naturaleza únicamente á los ojos de los ignorantes; y si hay que deplorar semejante ignorancia en las antiguas naciones incultas, ¿por qué nuestras civilizadas y *esmeradamente* educadas clases de fervientes cristianos no la deploran también en ellas mismas? Los misterios de la religión cristiana no han sido más capaces de sostener un examen contradictorio que los milagros bíblicos. La Magia sola, en el verdadero sentido de la palabra, suministra una clave para los prodigios de la vara de Aarón y para los hechos de los magos de Faraón, antagonistas de Moisés; y lo hace

(1) «Alquimia, ó Filosofía hermética.»

(2) Véase «*Revue Encyclopédique*,» vol. XXXIII, p. 676.

(3) «*Bulletin de la Soc. Géograph.*,» vol. VI, pp. 209-220.

sin mengua de la general veracidad de los autores del *Exodo*, sin reclamar más para el profeta de Israel que para los otros, ni admitir la posibilidad de un solo caso en el cual pueda ocurrir un «milagro» en contravención de las leyes de la naturaleza. Entre los muchos «milagros», podemos escojer como ejemplo el del «río convertido en sangre». El texto dice: «Toma tu *vara* y extiende tu mano (con la vara en ella) sobre las aguas, ríos, etc....para que se conviertan en sangre».

No vacilamos en decir que repetidas veces hemos visto hacer lo mismo, si bien en pequeña escala, no habiéndose aplicado el experimento á ríos en estos casos. Desde los tiempos de Van Helmont, el cual, en el siglo diez y siete, á pesar del ridículo á que se exponía, estaba dispuesto á dar instrucciones verdaderas para la llamada producción de anguilas, ranas é infusorios de diversas clases, hasta los campeones de la generación espontánea del siglo presente, nadie ha ignorado que tal vivificación de gérmenes es posible sin necesidad de recurrir á un milagro para obrar contra la ley natural. Los experimentos de Pasteur y Spallanzani, y la controversia de los panspermistas con los heterogenistas—discipulos de Buffon, entre ellos Needham,—han ocupado demasiado tiempo la atención del público para que podamos permitirnos dudar de que hay seres que pueden ser llamados á la existencia donde quiera que haya aire y ciertas condiciones favorables de humedad y temperatura.

Las actas de las sesiones oficiales de la Academia de Ciencias de París (1) contienen relatos de frecuentes apariciones de tales lluvias y nieves rojas como la sangre. Estas manchas rojas eran llamadas *lepra vestium*, y no eran más que dichos líquenes-infusorios. Fueron por primera vez observados en 786 y en 959, en cuales años tuvieron lugar grandes plagas. Si estos *zoocarpos* eran plantas ó animales, es cosa que hasta hoy día no está determinada, y ningún naturalista se arriesgaría á afirmar terminantemente á cuál de los reinos orgánicos de la naturaleza pertenecen. Tampoco pueden nuestros modernos químicos negar que semejantes gérmenes puedan avivarse en un elemento apropiado, en un espacio de tiempo tan corto que parezca increíble. Ahora bien, si la química ha encontrado, por una parte, medios para privar al aire de los gérmenes que flotan en él, y si en ciertas condiciones completamente distintas, puede desarrollar ó dejar que se desarrollen estos organismos, ¿por qué no podían hacer otro tanto los Magos egipcios «por medio de sus *encantamientos*»? Es mucho más fácil imaginar que Moisés, el cual, según la autoridad de Manethon, había sido un sacerdote egipcio y había aprendido todos los secretos del país de la *Chemia*, ejecutaba «milagros» en

(1) Véase *Revue Encyclopédique*, vols. XXXIII y XXXIV, pp. 676-395.

harmonía con la ley natural, que pensar que el mismo Dios violase el orden establecido en su universo. Repetimos que hemos visto esta sanguificación del agua producida por adeptos orientales. Este fenómeno puede hacerse de dos maneras distintas: en uno de los casos el experimentador empleaba una *varilla* magnética fuertemente electrizada, que él pasaba sobre una cantidad de agua contenida en una vasija de metal, siguiendo un procedimiento prescrito, sobre el cual no tenemos derecho á decir más en este momento; el agua se elevaba por espacio de unas diez horas formando una especie de espuma rojiza, la cual á las dos horas se transformó en una especie de liquen, parecido al *lepraria kermasina* del Barón Wrangel. Trocose luego en una gelatina roja como sangre, la cual convirtió el agua en un líquido carmesí, que veinte y cuatro horas más tarde estaba saturada de organismos vivientes. El segundo procedimiento consistía en esparcir abundantemente, por la superficie de un arroyo de mansa corriente y de fondo cenagoso, el polvo de una planta que habia sido secada al sol y luego pulverizada. Aunque este polvo era, al parecer, arrastrado por la corriente, una porción del mismo debió depositarse en el fondo, porque á la mañana siguiente la superficie del agua se habia espesado y aparecía cubierta de lo que de Candolle describe con el nombre de *oscellatoria rubescens*, de un color rojo carmesí, y que él cree ser el eslabón que une la vida animal con la vegetal.

Tomando en consideración lo expuesto, no vemos el porqué los sabios alquimistas y físicos—*físicos* decimos—de la época Mosaica no podían poseer también el secreto natural de desarrollar, en pocas horas, miriadas de una especie de estas bacterias, cuyos esporos se encuentran en el aire, en el agua y en la mayor parte de los tejidos animales y vegetales. La *varilla* desempeñaba un papel tan importante en manos de Aarón y de Moisés, como en todas las denominadas «farsas mágicas» de los magos Kabalistas de la Edad media, que actualmente son consideradas como supersticiosa locura y charlatanismo. La vara de Paracelso (su tridente Kabalístico) y las famosas varas mágicas de Alberto el Grande, Rogerio Bacon y Enrique Kunrath no merecen ser más ridiculizadas que la *varilla* graduadora de nuestros médicos electro-magnéticos. Cosas que parecían absurdas é imposibles á los charlatanes ignorantes y hasta á los sabios eminentes del siglo pasado, empiezan ahora á presentar los vagos perfiles de la probabilidad, y en muchos casos resultan hechos realizados. Es más, algunos sabios charlatanes y algunos sabios ignorantes empiezan á admitir esta verdad.

En un fragmento conservado por Eusebio, Porfirio, en su *Carta á Anebo*, llama á Chæremón el «hierogramático», para probar que la doctrina de las artes mágicas, cuyos adeptos «podían aterrorizar

hasta á los dioses», era realmente patrocinada por los sabios egipcios (1). Ahora bien, recordando la regla de evidencia histórica propuesta por Mr. Huxley en su discurso de Nashville, dos condiciones se presentan con fuerza irresistible. Primera: gozando Porfirio de una incuestionable reputación, como hombre de elevada moralidad y honradez y de no pecar de exagerado en sus afirmaciones, era incapaz de mentir sobre este punto y realmente *no mintió*; y segunda: que estando tan versado en todas las ramas del saber humano de que trataba (2), es muy poco probable que hubiese sido engañado respecto de las «artes» mágicas, y en efecto, *no fué engañado*. Por consiguiente, la doctrina de las casualidades en que se apoya la teoría de Huxley nos conduce á creer: 1.º Que en realidad ha existido algo que se llamaba «artes mágicas;» y 2.º Que estas artes eran conocidas y practicadas por los magos y sacerdotes egipcios, á quienes el mismo David Brewster reconoce como hombres de profundos conocimientos científicos.

(1) Porfirio: *Epistola ad Anebo*, ap. *Euseb. Præp. Evangel*, v 10; Jámblico: *De Mysteriis Ægypt*; Porfirio: *Epistola ad Anebonem Ægyptium*.

(2) «Porfirio—dice el *Diccionario clásico* de Lemprière—era un hombre de conocimientos univerales, y, según el testimonio de los antiguos, sobrepujaba á sus contemporáneos en el conocimiento de la historia, de las matemáticas, de la música y *filosofía*.»

CAPITULO XII.

«Jamás ois vosotros á los defensores realmente filosóficos de la doctrina de la uniformidad, hablar de *imposibilidades* en la naturaleza. Nunca dicen ellos lo que continuamente se les imputa, de que es imposible para el Constructor del universo alterar su obra... Ninguna teoría les echa por tierra (al clero inglés)... Exponganse las más destructoras hipótesis *solamente en el lenguaje acostumbrado entre caballeros*, y ellos las mirarán cara á cara.»
TINDALL: *Discurso acerca del uso científico de la imaginación.*

«El mundo tendrá una religión de una ú otra especie, aunque para ello tenga que recurrir al *lupanar intelectual del Espiritismo.*» TINDALL: *Fragmentos de ciencia.*

«Pero como vampiro enviado á la tierra
Tu cadáver será arrancado de su tumba...
Y chuparás la sangre de toda tu raza».

LORD BYRON: *Giaour*

NOS acercamos ya al sagrado recinto de aquel dios Jano, el molecular Tyndall. Penetremos en él descalzos. Al cruzar el santo atrio del templo de la sabiduría nos acercamos al resplandeciente sol del sistema Huxleyocéntrico. Apartemos los ojos, no sea que nos quedemos ciegos.

Hemos discutido las varias materias contenidas en este libro con toda la moderación que hemos podido, teniendo en cuenta la actitud que el mundo científico y teológico ha mantenido durante siglos y siglos respecto de aquellos de quienes ellos han heredado los vastos fundamentos de todo el verdadero saber que actualmente poseen. Cuando nos ponemos á un lado, y, á guisa de espectador, vemos lo mucho que sabían los antiguos y lo mucho que los modernos se figuraban saber, nos asombra que la mala fé de nuestros sabios contemporáneos pueda pasar inadvertida.

Todos los días, los mismos hombres de ciencia admiten cosas nuevas y aparecen críticas de observadores que, aunque legos, están bien informados.

Encontramos en un periódico el siguiente párrafo que confirma lo que decimos:

«Es curioso fijarse en las varias opiniones que prevalecen entre los sabios, respecto de algunos de los fenómenos naturales más co-

munas. La aurora es un caso notable, bajo este punto de vista. Descartes la consideraba como un meteoro que caía desde las más altas regiones de la atmósfera. Halley la atribuye al magnetismo del globo terrestre, y Dalton era igualmente de esta opinión. Coates suponía que la aurora era resultado de la fermentación de una materia que emanaba de la tierra. Marión sostenía que era una consecuencia del contacto entre la brillante atmósfera del sol y la de nuestro planeta. Euler opinaba que la aurora procedía de la vibración del éter entre las partículas de la atmósfera terrestre. Canton y Franklin la consideraban como un fenómeno puramente eléctrico, y Parrot la atribuye á la conflagración del hidrógeno carbonado que exhala la tierra á consecuencia de la putrefacción de substancias vegetales, y consideraba á las estrellas fugaces como la causa inicial de semejante conflagración. De la Rive y Oersted dedujeron que era un fenómeno electromagnético, pero puramente terrestre. Olmsted sospechaba que cierto cuerpo nebuloso giraba alrededor del sol en un tiempo determinado, y que, cuando este cuerpo llegaba á las inmediaciones de la tierra, una parte de su materia gaseosa se mezclaba con nuestra atmósfera, siendo esto el origen del fenómeno de la aurora. Y lo mismo podríamos decir de cada una de las demás ramas de la ciencia.

De modo que, según parece, hasta en los fenómenos naturales más ordinarios, la opinión científica dista mucho de ser unánime. No hay un solo experimentador ni teólogo que, al tratar de las sutiles relaciones que hay entre la mente y la materia, de su génesis y de su fin, no trace un círculo mágico, á cuyo plano llaman ellos *terreno vedado*. El clérigo no va más que adonde la fé le permite ir, porque, como dice Tyndall: «no le falta el elemento positivo, esto es, el amor á la verdad, mas en ellos predomina el elemento negativo, el miedo al error». Pero el mal está en que su credo dogmático paraliza con su peso abrumador los piés ligeros de su inteligencia, de igual modo que la bola y la cadena retienen al preso en su calabozo.

En cuanto al progreso de los sabios, su verdadero saber se encuentra además detenido por las dos causas siguientes: su incapacidad constitucional para comprender la parte espiritual de la naturaleza, y su temor á la opinión pública. Nadie ha dicho contra ellos nada más mordaz que el profesor Tyndall, cuando indica que «de hecho, los mayores cobardes de nuestros días no deben buscarse entre el clero, sino en el gremio de la ciencia misma» (1). Si hubiese habido la más leve duda acerca de la justa aplicación de tan degradante epíteto, hubiera desaparecido al ver la conducta del mismo profesor Tyndall, puesto que en su discurso de Belfast, como presidente de la Asociación Británica, no solamente distinguía en la materia «la *expectativa*

(1) *Acerca del empleo científico de la imaginación.*

y *potencia* de cada forma y cualidad de vida, sino que pintaba á la ciencia «arrebatando á la teología el dominio de la teoría cosmológica», y luego, cuando se vió enfrente de la hostil opinión pública, publicó una edición revisada del discurso, en la cual habia modificado su expresión, sustituyendo las palabras *cada forma y cualidad de vida* con estas otras: *toda vida terrestre*. Esto es más que cobardía: es una ignominiosa abjuración de los principios profesados. Al celebrarse la sesión de Belfast, dos cosas inspiraban tedio y aversión á Mr. Tyndall: la Teología y el Espiritismo. Lo que él pensaba de la primera, ya lo hemos dicho; en cuanto al segundo, lo llamaba él «una creencia degradante». Al verse acosado de cerca por la Iglesia á causa de su supuesto ateísmo, dióse mucha prisa en rechazar tal imputación y pedir la paz; pero como sus agitados «centros nerviosos» y «moléculas cerebrales» tenían que equilibrarse desahogando sus bríos en uno ú otro sentido, las emprendió contra los pobres espiritistas—pues son pusilánimes de suyo,—y en los *Fragmentos de ciencia* vituperó sus creencias en los términos siguientes: «El mundo tendrá una religión de una ú otra especie, aunque para ello tenga que recurrir al *lupanar intelectual del Espiritismo*». ¡Qué monstruosa anomalía la de que algunos millones de personas inteligentes consientan en verse degradadas de este modo por uno de los pontífices de la ciencia, quien, á su vez, nos ha enseñado que «la cosa que debe evitarse, tanto en la ciencia como fuera de ella, es el *dogmatismo*»!

No queremos extralimitarnos discutiendo el valor etimológico del mencionado epíteto. Al paso que esperamos no será adoptado por la ciencia en las edades futuras como un *Tyndallismo*, recordaremos sencillamente á este buen señor un rasgo suyo muy característico. Uno de nuestros espiritistas más inteligentes, respetables y eruditos, autor de no pequeño renombre (1), ha denominado con mucha exactitud á este rasgo «su (de Tyndall) coquetería simultánea con opiniones opuestas». Si aceptamos el epíteto de Mr. Tyndall en toda su denigrante significación, se aplica menos á los espiritistas, que son fieles á sus creencias, que al sabio ateo que abandona los amorosos abrazos del materialismo para lanzarse en brazos de un despreciado teísmo, únicamente porque en ello encuentra provecho.

Hemos visto cómo Magendie confiesa francamente la ignorancia de los fisiólogos acerca de algunos de los más importantes problemas de la vida, y cómo Fournié conviene en lo mismo. El profesor Tyndall admite que la hipótesis de la evolución no resuelve ni conduce á resolver el misterio final.

Hemos estudiado también hasta donde lo permiten nuestras facul-

(1) *Epes Sargent*. Véase su folleto: «¿Lo hace todo la Materia?»

tades naturales el célebre discurso del profesor Huxley *Sobre la base física de la Vida*, á fin de que se halle exento de errores hijos de la ignorancia lo que podamos decir en este volumen respecto á las tendencias del moderno pensamiento científico. Circunscribiendo esta teoría dentro de los límites más reducidos posibles, puede ser formulada así: Todas las cosas han sido creadas de la materia cósmica; las diferentes formas resultan de los distintos cambios y combinaciones de esta materia; la materia ha «devorado al espíritu», y por lo tanto, no existe tal espíritu; el pensamiento es una propiedad de la materia; las formas existentes mueren para que otras ocupen su lugar; la semejanza en los organismos es debida simplemente á la variable acción química de la misma materia-vida; siendo todo protoplasma idéntico.

Hasta donde alcanzan la química y el microscopio, el sistema del profesor Huxley nada deja que desear, y así se comprende fácilmente la sensación profunda que produjo en todo el mundo su aparición. Pero tiene un defecto, y es que el hilo de su lógica no empieza en ninguna parte, y termina en el vacío. Nuestro hombre ha sacado todo el partido posible del material utilizable. Dado un universo repleto de moléculas, dotadas de fuerza activa y conteniendo en sí mismas el principio de vida, todo lo demás resulta muy fácil: una serie de fuerzas inherentes las impele á reunirse para formar mundos, y otra para dar origen á las varias formas de organismos, tanto vegetales como animales. Pero ¿qué es lo que da el primer impulso á todas estas moléculas, y les comunica la facultad misteriosa de la vida? ¿Qué es esta propiedad oculta que obliga á los protoplasmas del hombre, del cuadrúpedo, del reptil, del pez ó de la planta á diferenciarse, dando cada uno origen siempre á los de su misma especie y jamás á los de otra? Y después que el cuerpo físico ha cedido sus elementos constitutivos al suelo y al aire, «sea hongo ó roble, gusano ú hombre», ¿qué se hace de la vida que había animado á la forma?

¿Es la ley de evolución tan imperativa en su aplicación al método de la naturaleza, desde el tiempo en que las moléculas cósmicas flotaban en el espacio hasta aquel en que formaron un cerebro humano, para detenerse en aquel punto, y no permitir que se desarrollasen entidades más perfectas que las concedidas por esta «ley preexistente de la forma»? ¿Está Mr. Huxley dispuesto para probar la imposibilidad de que el hombre alcance, después de la muerte física, un estado de existencia en el cual se vea rodeado de nuevas formas de vida animal y vegetal, resultantes de nuevas combinaciones de la entonces sublimada materia? (1) Él reconoce que nada sabe res-

(1) En su «Ensayo de clasificación» (sección xxvii, pp. 97-99), Luis Agassiz, el gran zoólogo, hace observar lo siguiente: «La mayor parte de los argumentos en favor de la inmortalidad del hombre pueden aplicarse igualmente á la permanencia de este principio en los demás seres vivientes. ¿No puedo añadir que una vida futura en la cual el hom-

pecto del fenómeno de la gravitación, excepto que, según toda experiencia humana, desde el momento en que «las piedras, faltas de apoyo, han caído al suelo, no hay razón alguna para creer que alguna piedra en circunstancias iguales no caiga también». Pero rechaza por completo toda tentativa para cambiar esta probabilidad en necesidad, y efectivamente dice: «Yo repelo y anatematizo completamente al intruso. Conozco hechos, y conozco la Ley; pero ¿qué es esta necesidad sino una vana sombra del impulso de mi propia mente?» No es otra cosa, únicamente que todo cuanto sucede en la naturaleza es el resultado de la necesidad, y una ley, desde el momento en que obra, continuará obrando así indefinidamente, hasta ser neutralizada por otra ley opuesta de igual potencia. Por lo tanto, es natural que la piedra caiga al suelo obedeciendo á una fuerza, y es igualmente natural que no caiga, ó que, habiendo caído, se eleve obedeciendo á otra fuerza igualmente poderosa; lo cual puede ser ó dejar de ser conocido de Mr. Huxley. Es natural que una silla no se mueva del suelo una vez allí colocada, y es también natural (como nos lo muestra el testimonio de centenares de testigos competentes) que se levante en el aire sin que ninguna mano mortal ó visible la toque. ¿No es el deber de Mr. Huxley cerciorarse primero de la realidad de este fenómeno, y luego inventar un nuevo nombre científico para la fuerza que bajo el mismo se oculta?

«Conozco hechos, y conozco la Ley», dice Mr. Huxley. Ahora bien, ¿de qué medios se ha valido para conocer el hecho y la ley? Sin duda alguna por medio de sus propios sentidos; y estos vigilantes servidores le han permitido descubrir bastante de lo que considera verdadero, para construir un sistema que, como él mismo confiesa, «parece casi chocar con el sentido común». Si su testimonio tiene que ser aceptado como la base para una general reconstrucción de una creencia religiosa, cuando después de todo no ha producido más que una teoría, ¿por qué no ha de ser digna de una consideración igualmente respetuosa la masa de testimonios de millones de personas respecto á la ocurrencia de fenómenos que socavan sus mismos cimientos? A Mr. Huxley *no le interesan* estos fenómenos, pero á estos millones, sí; y mientras él estaba digiriendo su «pan y protoplasma de carnero», con el objeto de adquirir fuerzas para vuelos metafísicos todavía más atrevidos, los otros han reconocido la escritura familiar de aquellos á quienes más habían amado, trazada por manos espirituales, y percibiendo las fantásticas apariciones de aquellos que,

bre estuviese privado de aquella gran fuente de gozes y de progreso moral é intelectual, que resulta de la contemplación de las armonías de un mundo orgánico, implicaría una pérdida lamentable? ¿Y no podemos considerar al concierto espiritual de los mundos combinados y de *todos* sus habitantes en presencia de su Creador, como la más elevada concepción del paraíso?

habiendo vivido en esta tierra y pasado por la transformación de la muerte, dan un mentis á su teoría favorita.

En tanto que la ciencia confiese que su dominio permanece *dentro* de los límites de estos cambios de la materia, y la química certifique que la materia, al cambiar de forma «pasando del estado sólido ó líquido al gaseoso», únicamente pasa de lo visible á lo *invisible*; y que, en medio de todos estos cambios, subsiste la misma cantidad de materia, no tiene ella (la ciencia) *ningún derecho* para dogmatizar. Es incompetente para decir sí ó no, y debe ceder el campo á personas dotadas de más intuición que sus representantes.

Muy por encima de todos los demás nombres que figuran en su Panteón del Nihilismo, Mr. Huxley escribe el de David Hume. Considera que el gran servicio de aquel filósofo á la humanidad consiste en su irrefragable demostración de «los límites de la investigación filosófica», fuera de los cuales existen las doctrinas fundamentales «del espiritismo», y de otros «ismos». Lo cierto es que el décimo capítulo de la obra de Hume *Investigación concerniente á la comprensión humana* era tenido por su autor en tan alta estima que consideraba que «entre los sabios é ilustrados» tendría lugar una «perpetua oposición hacia toda clase de ilusión supersticiosa», que para él era sencillamente un término de doble sentido para representar una creencia en algún fenómeno previamente desconocido y arbitrariamente clasificado por él como milagro. Pero, como Mr. Wallace justamente hace notar, el apotegma de Hume, de que «el milagro es una violación de las leyes de la naturaleza», es imperfecto; porque en primer lugar esto supone que conocemos todas las leyes de la naturaleza; y en segundo, que un fenómeno extraordinario es un milagro. Mr. Wallace propone que el milagro sea definido así: «algún hecho ó suceso que implica necesariamente la existencia é intervención de inteligencias sobrehumanas». Ahora bien, el mismo Hume dice que «una experiencia uniforme equivale á una prueba», y Huxley, en su famoso ensayo sobre este punto, admite que todo cuanto nosotros podemos saber de la existencia de la ley de gravitación es que desde el momento en que, según todas las experiencias humanas, las piedras faltadas de apoyo han caído al suelo, no hay razón alguna para creer que esto mismo dejará de ocurrir otra vez, bajo las mismas circunstancias, sino que, al contrario, todas las razones conducen á creer que ocurrirá.

Si fuese cierto que los límites de la humana experiencia no pudiesen ser ensanchados jamás, entonces podría haber algo de verdad en la suposición de Hume, de que él estaba familiarizado con todo lo que podía suceder según la ley natural, y podría tener una excusa satisfactoria el tono despreciativo que caracteriza á todas las alusiones de Huxley al espiritismo. Pero siendo notorio, á juzgar por

los escritos de estos dos filósofos, que ellos ignoran las posibilidades de los fenómenos psíquicos, nunca será bastante todo el cuidado que pongamos en conceder autoridad á sus afirmaciones dogmáticas. Podría uno realmente suponer que una persona que se permite tan rudas críticas acerca de las manifestaciones espiritistas se ha hecho acreedor al oficio de censor por medio de una adecuada serie de estudios; pero, en una carta dirigida á la Sociedad Dialéctica de Londres, Mr. Huxley, después de decir que no tiene tiempo para dedicar á este asunto, que para él carece de interés, hace la confesión siguiente, que nos demuestra lo débil que es el fundamento sobre el cual los sabios modernos forman algunas veces muy positivas opiniones. «*El único caso de espiritismo—escribe—que he tenido ocasión de examinar de cerca por mí mismo era una impostura tan grande, que no tengo noticia de otra mayor.*»

¿Qué pensaría este protoplasmático filósofo de un espiritista que, habiendo tenido una sola ocasión de mirar con un telescopio y que en aquella ocasión única hubiese experimentado alguna decepción debida á la travesura de algún empleado del observatorio, denunciase desde entonces á la astronomía como una «creencia degradante»? Este hecho demuestra que los sabios, por regla general, sólo son útiles como coleccionadores de hechos físicos; las generalizaciones que de ellos deducen son con frecuencia más débiles y más ilógicas que las de sus críticos legos. Y esto sucede también porque interpretan mal las antiguas doctrinas.

El profesor Balfour Stewart paga un muy elevado tributo á la filosófica intuición de Heráclito el Efesiano, que vivió cinco siglos antes de nuestra era; el «escandaloso» filósofo que declaró que el «fuego era la gran causa y que todas las cosas permanecían en un continuo flujo». «Parece claro—dice el profesor—que Heráclito debió formarse una viva concepción de la innata agitación continua y energía del universo, concepción de un carácter análogo y *únicamente menos precisa* que la de los modernos filósofos que consideran á la materia como esencialmente dinámica». Considera él la expresión *fuego* como muy vaga, lo cual es muy natural porque faltan pruebas que nos demuestren que el profesor Balfour Stewart (el cual parece menos inclinado al materialismo que algunos de sus colegas) ó cualquiera de sus contemporáneos comprende el sentido en que está usada la palabra fuego.

Sus opiniones acerca del origen de las cosas eran las mismas de Hipócrates. Ambos coincidían en sus ideas acerca de un poder supremo (1), y por lo tanto, si sus nociones sobre el fuego primordial, considerado como una fuerza material, en una palabra, como una

(1) *Diog. in Vita.*

cosa análoga al *dinamismo* de Leibnitz, eran «menos precisas» que las de los filósofos modernos, cuestión que todavía está por resolver, por otra parte, sus opiniones metafísicas sobre el mismo eran muchísimo más racionales y filosóficas que las teorías defectuosas y parciales de los sabios de nuestros días. Sus ideas acerca del fuego eran precisamente las de los últimos *filósofos del fuego*, de los Rosacruces y de los primitivos Zoroastrianos. Afirmaban ellos que el mundo fué creado del fuego, cuyo *divino espíritu* era un DIOS omnipotente y omnisciente. La ciencia ha venido á corroborar sus opiniones en cuanto á la cuestión física.

El fuego, en la antigua filosofía de todos los tiempos y países, incluso la nuestra, ha sido considerado como un principio triple. Así como el agua contiene un fluido visible con gases invisibles ocultos en su masa, y tras de todo, el principio espiritual de la naturaleza que les comunica su energía dinámica, del mismo modo reconocían ellos en el fuego: 1.º Llama visible. 2.º Invisible, ó fuego astral—invisible cuando inerte, pero produciendo, cuando está en actividad, calor, luz, fuerza química y electricidad, las potencias moleculares. 3.º Espíritu. Aplicaban la misma regla á cada uno de los elementos; y todo cuanto procede de sus combinaciones y correlaciones, incluso el hombre, sostenían ellos que era triuno. El fuego, en opinión de los Rosacruces, que no eran más que los sucesores de los teurgistas, es el origen, no sólo de los átomos materiales, si que también de las fuerzas que los animan. Cuando una llama visible se ha extinguido, desaparece para siempre, no sólo de la vista sino también del concepto del materialista. Pero el filósofo Hermético la sigue al través de la «porción de mundo cognoscible hasta atravesarlo y llegar al lado opuesto, á lo incognoscible», así como sigue el rastro del espíritu humano desencarnado, «chispa vital de la llama celeste», en el mundo etéreo, más allá de la tumba (1).

Este punto es demasiado importante para que lo dejemos pasar sin unas pocas palabras á guisa de comentario. La actitud de la ciencia física respecto á la mitad espiritual del cosmos se manifiesta perfectamente en su grosera concepción del fuego. En ésta, como en todas las demás ramas de la ciencia, su filosofía no contiene ni una tabla sana; todas están carcomidas y flojas. Las obras de sus propias autoridades, atestadas de humillantes confesiones, nos dan el derecho de decir que el tablado en que descansan es tan poco firme que, en un momento dado, algún nuevo descubrimiento, debido á uno de ellos mismos, puede dar al traste con los puntales y hacerlos caer en montón. Tal afán tienen de suprimir el espíritu de todas sus con-

(1) Véanse las obras de Roberto de Fludd; y los «Rosacruces», por Hargrave Jennings.

cepciones, que, como Balfour Stewart dice: «Existe una tendencia á lanzarse al extremo opuesto, y á ocuparse con exceso de las concepciones físicas». Da un oportuno aviso diciendo: «Vayamos con cuidado, no sea que por huir de Scila, caigamos en Caribdis. Porque el universo tiene más de un punto de vista, y es posible que existan regiones que no quieran ceder sus tesoros á los físicos más decididos, armados sólo de kilogramos, metros y cronómetros» (1). En otro lugar confiesa que «nada ó casi nada sabemos acerca de la estructura íntima y las propiedades de la materia, sea orgánica ó inorgánica».

Respecto de la otra gran cuestión, encontramos en Macaulay una declaración todavía más franca: «en cuanto á lo que viene á ser el hombre después de su muerte, no vemos porqué un europeo educado esmeradamente y abandonado á su sola razón debe estar más probablemente en lo cierto que un Pie-negro indio. Ni una sola de las muchas ciencias en las que sobrepujamos á los Pies-negros arroja la más pequeña luz sobre el estado del alma después de haberse extinguido la vida animal. La verdad es que todos los filósofos, así antiguos como modernos, que han intentado, sin el auxilio de la revelación, probar la inmortalidad del hombre, desde Platón á Franklin, en nuestro concepto han fracasado lastimosamente».

Hay revelaciones de los sentidos espirituales del hombre que pueden ser probadas muchísimo mejor que todos los sofismas del materialismo. Lo que era una demostración y un éxito á los ojos de Platón y sus discípulos, es ahora considerado como superfluidades de una filosofía espúrea y como un error. Los métodos científicos han sido invertidos. El testimonio de los hombres de la antigüedad, que estaban más cerca de la verdad porque estaban más próximos al espíritu de la naturaleza —el único aspecto bajo el cual la Deidad se deja contemplar y comprender—, así como sus demostraciones, son rechazados. Sus especulaciones, si hemos de dar crédito á los modernos pensadores, no son más que la expresión de una redundancia de heterogéneas opiniones de unos hombres que desconocían el método científico del presente siglo. Ellos fundaban tontamente lo poco que conocían de fisiología en una bien demostrada psicología, mientras que el sabio de nuestros días funda la psicología—de la cual él mismo confiesa que no sabe una palabra—sobre la fisiología, que todavía es para él un libro cerrado, y por añadidura, carece aún de un método propio, como nos dice Fournié. Respecto de la última objeción del argumento de Macaulay, ya fué contestada por Hipócrates muchos siglos atrás: «Todas las ciencias, todas las artes deben buscarse en la naturaleza—dice;—si la interrogamos como es debido, ella nos

(1) Profesor B. Stewart: *Conservación de la energía*.

revelará las verdades pertenecientes á cada una de ellas y á nosotros mismos. ¿Qué es la Naturaleza en acción, sino la misma Divinidad manifestando su presencia? ¿Cómo debemos interrogarla y de qué manera nos contestará? Debemos proceder con *fé*, con la firme convicción de descubrir al fin la verdad completa; y la naturaleza nos permitirá saber su respuesta por medio de nuestro sentido *interno*, que, con el auxilio de nuestros conocimientos en determinadas *ciencias ó artes*, nos revela la verdad tan claramente que desde aquel momento la duda se hace imposible» (1).

Así, en el caso de que tratamos, el indio Pie-negro de Macaulay es más digno de *fé* que la razón más ilustrada y desarrollada, en lo que se refiere al sentido *interno* del hombre, que le asegura su inmortalidad. El instinto es el don universal concedido á la naturaleza por el Espíritu de la misma Divinidad; la razón es el lento desarrollo de nuestra constitución física, una evolución de nuestro cerebro material adulto. El instinto, á manera de centella divina, se oculta en el inconsciente centro nervioso del molusco ascidio, y se manifiesta en el primer grado de acción del sistema nervioso, al cual el fisiólogo designa con el nombre de acción refleja. Existe en las clases más inferiores de los animales acéfalos, lo mismo que en las de aquellos que tienen cabezas distintas; crece y se desarrolla en armonía con la ley de la doble evolución, física y espiritualmente; y entrando en su estado consciente de desarrollo y progreso en las especies cefálicas, ya dotadas de un sensorio y ganglios simétricamente dispuestos, esta acción refleja, ora los hombres de ciencia la llamen *automática*, como en las especies más inferiores, ora la denominen *instintiva*, como en los organismos más complejos, que obran bajo la dirección del sensorio y del estímulo nacido de las diversas sensaciones, á pesar de todo viene á ser una sola y misma cosa. Es el *instinto divino* en su incesante progreso de desarrollo. Este instinto de los animales, que actúa desde el momento de su nacimiento, cada uno dentro de los límites asignados á ellos por la naturaleza, y que les enseña—salvo en los accidentes debidos á un instinto más elevado que el suyo propio—la manera de cuidarse ellos mismos sin equivocarse jamás, este instinto puede, para los fines de una exacta definición, ser llamado automático; pero debe existir, *dentro ó fuera* del animal que lo posee, la *inteligencia* de algo ó de alguien para dirigirlo.

Esta creencia, lejos de estar en pugna con la doctrina de la evolución y desarrollo gradual, sostenida por varios hombres eminentes de nuestros días, por el contrario, la simplifica y la completa. Puede muy bien prescindir de creaciones especiales para cada especie;

(1) Cabanis: *Histoire de la Médecine*.

porque desde el momento en que el primer lugar debe ser concedido al espíritu sin forma, la forma y la substancia material sólo tienen una importancia secundaria. Cada una de las especies perfeccionadas en la evolución física, sólo ofrece más campo á la inteligencia directora para obrar sobre un sistema nervioso más perfecto. Un pianista hará brotar sus raudales de armonía en un magnífico Erard, mejor que lo hubiera hecho en una espineta del siglo diez y seis. Por lo tanto, sea que este impulso *instintivo* se haya impreso directamente sobre el sistema nervioso del primer insecto, ó que cada especie lo haya ido desarrollando en sí misma por grados, imitando instintivamente los actos de sus semejantes, como admite la más perfecta doctrina de Heriberto Spencer, muy poco importa para nuestro asunto. La cuestión estriba únicamente en la evolución *espiritual*. Y si rechazamos esta hipótesis como anticientífica y no demostrada, entonces el aspecto físico de la evolución se vendrá abajo, sufriendo á su vez la misma suerte, porque la una es tan poco demostrable como la otra, y á la intuición espiritual del hombre no le es permitido ensamblar las dos, bajo el pretexto de ser esto «antifilosófico». Queramos ó no queramos, hemos de volver á la antigua pregunta de las *Symposiacas* de Plutarco, esto es, de si apareció primero el ave ó el huevo.

Ahora que la autoridad Aristotélica ha sido conmovida hasta sus cimientos por la de Platón, y que nuestros hombres de ciencia desprecian toda autoridad, es más, la odian, excepto la suya propia, y que la general estimación de la sabiduría humana colectiva ha llegado á su nivel más bajo, el género humano, guiado por la ciencia misma, va retrocediendo irresistiblemente hacia el punto de partida de las más antiguas filosofías. Encontramos nuestra idea perfectamente expresada por un escritor, en el *Popular Science Monthly*. «Los dioses de sectas y de especialidades—dice Osgood Mason—pueden quizás estar perdiendo la veneración de que eran objeto, pero al mismo tiempo empieza á brillar sobre el mundo, á manera de aurora de luz más suave y serena, la concepción, aun cuando sea imperfecta, de una consciente, originadora y omnipenetrante alma activa: la 'Super-Alma', la Causa, la Deidad; no revelada ni por la forma ni por la palabra humanas, pero llenando é inspirando á cada una de las almas vivientes del vasto universo, según su medida; cuyo templo es la Naturaleza, y cuyo culto es la admiración». Esto es Platonismo y Budhismo puros, así como las exaltadas pero justas opiniones de los primitivos arios en su deificación de la naturaleza. Tal es también la expresión del pensamiento fundamental de cada teosofista, kabalista y oculista en general; y si la comparamos con la cita de Hipócrates que precede á lo anterior, veremos en ambas el mismo pensamiento y el mismo espíritu.

Pero volvamos á nuestro asunto. El niño carece de razón por hallarse ésta todavía latente en él, y sin embargo es inferior al animal bajo el punto de vista del propio instinto. Se quemará ó ahogará, antes de aprender que el fuego y el agua destruyen y son peligrosos para él; mientras que un gatito huirá instintivamente del uno y de la otra. El escaso instinto que tiene el niño se desvanece á medida que la razón, paso á paso, va desarrollándose. Podrá objetarse tal vez que el instinto no puede ser un don espiritual, porque los animales lo poseen en un grado mayor que el hombre, y los animales no tienen *alma alguna*. Una creencia tal es errónea y está basada sobre cimientos muy poco seguros. Es debida al hecho de que la naturaleza interna del animal puede ser aún menos profundizada que la del hombre, el cual tiene el don de la palabra y puede desplegar ante nosotros sus poderes psicológicos.

Pero ¿qué pruebas más que la negativa tenemos nosotros de que el animal carece de un alma que le sobreviva, por no decir inmortal? En el terreno estrictamente científico, podemos aducir tantos argumentos en *pro* como en *contra*; ó si se quiere más claro, ni el hombre ni el animal pueden ofrecer prueba alguna en sentido positivo ó negativo acerca de la supervivencia de sus almas después de la muerte. Y bajo el punto de vista de la experiencia científica, es imposible someter lo que no tiene existencia objetiva á la observación de cualquiera ley exacta de ciencia. Pero Descartes y Bois-Raimond han agotado su ingenio sobre el asunto, y Agassiz no podía concebir una cosa tal como una existencia futura de la cual no participasen los animales que hemos amado, y hasta el reino vegetal que nos rodea. Y es bastante para que los sentimientos de uno se rebelen contra la pretendida justicia de la Primera Causa el creer que, mientras que un villano indiferente y sin corazón ha sido dotado de un espíritu inmortal, el noble y leal perro que se sacrifica con frecuencia hasta la muerte; que protege á su amo ó al niño á quien quiere, aun con peligro de su vida; que nunca le olvida y hasta se deja morir de hambre junto á su tumba, el animal en quien los sentimientos de justicia y de generosidad están algunas veces desarrollados de un modo sorprendente, será aniquilado! No; abajo la razón civilizada que sugiere una tan desapiadada y cruel parcialidad. Es preferible, muy preferible aferrarse uno á su *instinto* en semejantes casos, y creer con el indio de Pope, cuya «inteligencia inculta» sólo podía representarle un cielo en donde

«.....Admitido en aquel cielo común,
Su fiel perro estará en su compañía».

Nos hace falta espacio para presentar las opiniones especulativas de ciertos ocultistas antiguos y de la Edad media sobre este asunto.

Baste con decir que ellos se anticiparon á Darwin, admitieron más ó menos todas sus teorías acerca de la selección natural y evolución de las especies, y extendieron la cadena considerablemente hacia ambos extremos. Además, estos filósofos eran exploradores tan atrevidos en el terreno de la psicología como el de la fisiología y antropología. Jamás se desviaban del doble camino paralelo para ellos trazado por Hermes, su gran maestro. «Tal como es arriba, así es abajo», era siempre su axioma; y trazaban su evolución física simultáneamente con la espiritual.

En un punto, al menos, nuestros modernos biólogos son completamente lógicos: incapaces como son de demostrar la existencia de un alma individual distinta en los animales, la niegan ellos al hombre. La razón les ha conducido al borde del «infranqueable abismo» que, al decir de Tyndall, existe entre la mente y la materia; solamente el instinto puede enseñarles á franquearlo. Cuando, en su desesperación por verse siempre incapaces de sondear el misterio de la vida, acaben por detenerse repentinamente, su instinto se afirmará de nuevo y les llevará al través del hasta aquí infranqueable abismo. Este es el punto que el profesor Juan Fiske y los autores del *Universo invisible* parecen haber alcanzado; y que Wallace, el antropólogo y exmaterialista, ha sido el primero en cruzarlo intrépidamente. Avancen ellos con valentía, hasta llegar á descubrir que no es el espíritu el que reside en la materia, sino que la *materia* se une temporalmente al espíritu, y que éste solamente es una eterna é imperecedera mansión para todas las cosas visibles é invisibles.

Los filósofos esotéricos sostienen que todas las cosas de la naturaleza no son más que una materialización del espíritu. La eterna Causa primera es espíritu latente, dicen ellos, y materia desde el principio. «En el principio era el Verbo... y el Verbo era Dios». Al paso que concedían que la idea de un Dios semejante es una abstracción inconcebible para la razón humana, pretendían ellos que el infalible instinto humano se daba cuenta de ella como una reminiscencia de algo concreto para él, si bien intangible para nuestros sentidos físicos. Con la primera idea, emanada de la Divinidad de doble sexo y hasta entonces inactiva, fué comunicado el primer impulso al universo entero, y la eléctrica vibración fué instantáneamente sentida en todos los ámbitos del espacio infinito. El espíritu engendró la fuerza, y la fuerza la materia; y de este modo la deidad latente se manifestó como energía creadora.

¿Cuándo, en qué punto de la eternidad, ó cómo? La pregunta quedará siempre sin respuesta, porque la razón humana es incapaz de comprender este gran misterio. Pero aun cuando el espíritu-materia existía desde toda la eternidad, se hallaba en estado latente; la evolución de nuestro universo visible debe haber tenido un principio. Para

nuestra débil inteligencia, este principio debe parecer tan remoto que lleguemos á tomarlo por la eternidad misma—un período imposible de expresar por medio de números ni de palabras. Aristóteles enseñaba que el mundo era eterno, y que sería siempre lo mismo; que una generación de hombres había constantemente dado origen á otra, sin haber existido jamás un principio que pudiese ser determinado por nuestra inteligencia. En esto, sus enseñanzas, en su sentido exotérico, diferían de las de Platón, el cual sostenía que «hubo un tiempo en que la humanidad no se perpetuaba»; pero en espíritu, ambas doctrinas concuerdan, pues Platón inmediatamente añade: «Después de esto vino la raza *humana terrestre*, en la cual la primitiva historia fué olvidándose gradualmente, y el hombre fué hundiéndose más y más profundamente»; y Aristóteles dice: «Si ha existido un primer hombre, debió haber nacido sin padre ni madre, lo cual repugna á la naturaleza. Porque no puede haber existido un primer huevo que haya dado origen á las aves, ó un ave primera que haya dado origen á los huevos, puesto que el ave procede de un huevo». Lo mismo sostenía respecto de todas las especies, creyendo, con Platón, que todas las cosas, antes de aparecer en la tierra, habían existido primero en espíritu.

El misterio de la creación primera, que ha sido la eterna pesadilla de la ciencia, es insondable, á menos de aceptar la doctrina de los Herméticos. Aunque la materia es coeterna con el espíritu, dicha materia no es ciertamente nuestra materia visible, tangible y divisible, sino su extrema sublimación. El puro espíritu está sólo un grado más elevado. A menos de conceder que el hombre ha ido evolucionando de este primordial espíritu-materia, ¿cómo podemos llegar á alguna hipótesis razonable respecto á la génesis de los seres animados? Darwin empieza su evolución de las especies en el punto más inferior, y la hace remontar hacia arriba. Su única equivocación consiste tal vez en que aplica su sistema á un fin erróneo. Si pudiese él traspasar su cuestión del universo visible al invisible, se encontraría en el verdadero camino. Pero entonces tendría que seguir las huellas de los Herméticos.

Que nuestros filósofos —positivistas,—aun los más sabios de entre ellos, no han comprendido jamás el espíritu de las místicas doctrinas enseñadas por los antiguos filósofos —platónicos— es evidente, á juzgar por una de las mas notables obras modernas: *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*. El profesor Draper empieza su quinto capítulo diciendo que «los paganos griegos y romanos creían que el *espíritu* del hombre se parecía á su forma corpórea, variando su parecido según las variaciones de esta forma, y creciendo á medida que ella crecía». Lo que pensaban las masas ignorantes es un asunto de escasa importancia, aun cuando ellas jamás podían haberse mostrado favorables á semejantes especulaciones tomadas *al pie de la letra*. En

cuanto á los filósofos griegos y romanos de la escuela platónica, no creían ellos tal cosa respecto al *espíritu* del hombre, sino que aplicaban la doctrina anterior á su alma ó naturaleza psíquica, la cual, como ya hemos dicho antes, no es el divino espíritu.

Aristóteles, en su deducción filosófica *Acerca de los Sueños*, expone con la mayor claridad esta doctrina de la doble alma, ó sea alma y espíritu. «Es necesario para nosotros averiguar *en qué porción* del alma aparecen los sueños», dice. Todos los antiguos griegos creían que en el hombre existía, no un alma doble, sino un alma triple. É igualmente nos encontramos á Homero denominando al alma animal, ó alma astral, llamada «espíritu» por Mr. Draper, *thumos*, y á la *divina*, *nous*, nombre con el cual también Platón designa al espíritu más elevado.

Los indos Jainas opinan que el alma, á la cual llaman *Jiva*, ha sido unida desde toda la eternidad á dos cuerpos etéreos y sublimados, uno de los cuales es invariable y está formado de los poderes divinos de la mente *más elevada*; el otro es variable y está compuesto de las más groseras pasiones del hombre, de sus afecciones sensuales y atributos terrestres. Cuando el alma se ha purificado después de la muerte, se une con su *Vaycarica* ó espíritu divino, y se convierte en un dios. Los partidarios de los *Vedas*, los sabios Brahmines, exponen la misma doctrina en la *Vedanta*. El alma, según sus enseñanzas, como una porción del divino espíritu universal, ó inteligencia inmaterial, es capaz de unirse con la esencia de su Entidad más elevada.

Esta enseñanza es explícita; la *Vedanta* afirma que cualquiera que logre el completo *conocimiento de su dios* se convierte en un dios, aun permaneciendo en su cuerpo mortal, y adquiere poder sobre todas las cosas.

Citando de la teología Védica el verso que dice: «Verdaderamente no hay más que una Divinidad, el Espíritu Supremo; Él es de la misma naturaleza que el alma del hombre», Mr. Draper muestra cómo las doctrinas Búdhdicas llegaron á la Eurora Oriental por medio de Aristóteles. Consideramos esta afirmación poco digna de crédito, puesto que Pitágoras, y después de él Platón, las enseñaron mucho tiempo antes que Aristóteles. Si posteriormente los últimos Platónicos admitieron en su dialéctica los argumentos Aristotélicos acerca de la emanación, fué únicamente porque sus opiniones coincidían en algunos puntos con las de los filósofos orientales.

El pitagórico número de armonía y las doctrinas esotéricas de Platón acerca de la creación son inseparables de la doctrina búdhdica de la emanación; y el gran objeto de la filosofía pitagórica, que consiste en librar al alma astral de los lazos de la materia y de los sentidos, y hacerla de este modo apta para la incesante contempla-

ción de las cosas espirituales, es una teoría idéntica á la doctrina búddhica de la absorción final. Es el *Nirvâna*, interpretado en su verdadero sentido; una doctrina metafísica que ahora empieza á ser sospechada por nuestros últimos sabios sanscritistas.

Si las doctrinas de Aristóteles hubiesen ejercido en los últimos neo-platónicos una tan «dominadora influencia», ¿cómo se explica que ni Plotino, ni Porfirio, ni Proclo aceptaron jamás sus teorías acerca de los sueños y visiones proféticas del alma? Al paso que Aristóteles sostiene que la mayor parte de los que profetizan están atacados de «enfermedades de locura» (1), proporcionando así á ciertos plaguarios y especialistas americanos algunas ideas razonables para que las desfiguren, las opiniones de Porfirio, y por consiguiente las de Plotino, eran completamente opuestas. En las más vitales cuestiones de especulación metafísica, Aristóteles es contradecido constantemente por los neo-platónicos. Por otra parte, ó el *Nirvâna* búddhico no es una doctrina nihilista, como ahora algunos pretenden que sea, ó bien los neo-platónicos no lo aceptaban en este sentido. Seguramente Mr. Draper no tomará sobre sí mismo la responsabilidad de afirmar que Plotino, Porfirio, Jámblico ó cualquier otro filósofo de su mística escuela no creía en la inmortalidad del alma. Decir que cualquiera de ellos consideraba al éxtasis como «una anticipación de la absorción en el alma universal del mundo», en el sentido en que el *Nirvâna* de los buddhistas es comprendido por todos los sanscritistas, equivaldría á interpretar erróneamente á dichos filósofos.

El *Nirvâna* no es, como Mr. Draper pretende, una «reabsorción en la *Fuerza Universal*, el eterno descanso y la bienaventuranza», sino que, tomado literalmente por los sabios citados, significa la desaparición, la extinción, la aniquilación completa y no absorción (2). Nadie, que sepamos, se ha tomado el trabajo de comprender el verdadero significado metafísico de esta palabra, que no puede encontrarse ni aun en el *Lankâvatâra* (3), el cual expone las diversas interpretaciones del *Nirvâna* dadas por los Brahmanes Tirthakas. De ahí que cualquiera que lea este párrafo de la obra de Mr. Draper, y recuerde la significación generalmente aceptada del *Nirvâna*, supondrá naturalmente que Plotino y Porfirio eran nihilistas. La referida página de los *Conflictos* nos da cierto derecho á suponer: 1.º, ó que su ilustrado autor quiere colocar á Plotino y á Porfirio al mismo nivel que á Giordano Bruno, de quien hace muy equivocadamente un ateo; ó 2.º, que nunca se ha tomado la molestia de estudiar las vidas de estos filósofos y sus opiniones.

Ahora bien, para aquel que conozca al profesor Draper, aunque

(1) *De Vitiis in Problemate*, sect. 21.

(2) Véase Max Muller: *El significado del Nirvâna*.

(3) El *Lankâvatâra*, traducido por Burnouf, p. 514.

sólo sea de nombre, esta última suposición es simplemente absurda. Por lo tanto, debemos pensar con profundo sentimiento, que su deseo era desfigurar sus aspiraciones religiosas. Es realmente muy violento para los modernos filósofos, cuyo solo objeto parece ser el arrancar de la mente de la humanidad las ideas de Dios y del Espíritu inmortal, tener que tratar con imparcialidad histórica á los más celebrados de los paganos platónicos. El tener que admitir, por una parte, su profundo saber, su genio, sus descubrimientos en las más abstrusas cuestiones filosóficas, y por lo tanto, su sagacidad; y por otra parte, su adhesión sin reserva á la doctrina de la inmortalidad, del triunfo final del espíritu sobre la materia, y su implícita fe en Dios y en los dioses, ó espíritus; en el retorno *de los muertos*, en apariciones y en otros asuntos «espirituales», es un dilema del cual la naturaleza humana académica no podría razonablemente esperarse que se desembarazase tan fácilmente.

El plan que en una circunstancia como la anterior se le ocurrió á Lemprière (1) es más burdo que el del profesor Draper, pero produce el mismo efecto. Acusa á los antiguos filósofos de deliberada falsedad, de impostura y de credulidad. Después de pintar á sus lectores á Pitágoras, Plotino y Porfirio como maravillas de ilustración, talento y moralidad; como hombres eminentes por su carácter personal, por la pureza de su vida y por su abnegación en el estudio de las verdades divinas, no duda en colocar á «este célebre filósofo» (Pitágoras) entre los impostores; á la vez que atribuye á Porfirio «credulidad, falta de juicio y deshonestidad». Forzado por los hechos históricos á darles lo que en justicia les corresponde en el curso de su relato, despliega su hipócrita prejuicio en los comentarios intercalados que se permite hacer. Por este anticuado escritor del siglo pasado, sabemos que un hombre puede ser honrado é impostor á un mismo tiempo; puro, virtuoso y un gran filósofo, y á la vez deshonesto, farsante y loco!

Ya hemos hecho ver en otra parte que la «doctrina secreta» no concede la inmortalidad á todos los hombres igualmente. «El ojo no vería nunca al sol si no fuese de la naturaleza del sol», dice Plotino. Unicamente «por medio de la más elevada pureza y castidad podremos acercarnos á Dios y recibir en la contemplación de Él, el verdadero conocimiento y la visión interior», escribe Porfirio. Si el alma humana ha descuidado durante su vida terrena recibir la iluminación de su Divino Espíritu, nuestro Dios *personal*, es muy difícil entonces para el hombre grosero y sensual el sobrevivir por un largo periodo de tiempo á su muerte física. Así como el monstruo deforme no puede vivir mucho tiempo después de su nacimiento físico, del mismo modo el alma, una vez que ha llegado á ser excesivamente material, no

(1) «Diccionario Clásico».

puede existir después de su nacimiento en el mundo espiritual. La viabilidad de la forma astral es tan escasa que sus partículas no pueden conservar una firme cohesión unas con otras, una vez ella se ha deslizado fuera de la sólida envoltura del cuerpo exterior. Sus partículas, obedeciendo gradualmente á la desorganizadora atracción del espacio universal, acaban por dispersarse, sin que sea posible su nueva agregación. En cuanto ocurre una catástrofe semejante, el individuo cesa de existir; su glorioso Augoeides le ha abandonado. Durante el período que media entre su muerte corporal y la desintegración de la forma astral, esta última, ligada por una atracción magnética á su espantoso cadáver, vaga de un lado á otro, absorbiendo la vitalidad de las víctimas susceptibles á su maléfica influencia. Cuando el hombre se ha sustraído á todo rayo de la luz divina, se pierde en medio de tinieblas, y por consiguiente se apega á la tierra y á lo terreno.

Ninguna alma astral, ni aun la de un hombre puro, bueno y virtuoso, es inmortal en el más estricto sentido de la palabra; «de los elementos ha sido formada, y á los elementos ha de volver». Sólo que, mientras que el alma del perverso se desvancee y es absorbida sin redención, la de toda otra persona, aun cuando sea de una pureza moderada, cambia simplemente sus partículas etéreas por otras todavía más etéreas; y en tanto que subsista en ella una chispa de lo *Divino*, el hombre individual, ó mejor dicho, su *yo* personal, no puede morir. «Después de la muerte—dice Proclo—el alma (el espíritu) continúa estacionada en el cuerpo aéreo (forma astral) hasta haberse purificado por completo de todas las pasiones coléricas y voluptuosas.... y entonces se desprende del cuerpo aéreo por medio de una *segunda muerte*, como lo hizo antes con el cuerpo terrestre. Por esto decían los antiguos que existe un cuerpo celestial, siempre unido con *el alma*, y el cual es *inmortal, luminoso y semejante á una estrella*».

Pero, volviendo de nuestra digresión, continuaremos ocupándonos del tema pendiente de la *razón* y del *instinto*. Este, según los antiguos, procedía de lo divino; aquélla, de lo puramente humano. El instinto es el producto de los sentidos, una sagacidad de la cual participan los animales más inferiores, aun aquellos que carecen de razón: es el *aisdetikon*; la razón es el producto de las facultades reflexivas: *noetikon*, denotando juicio é intelectualidad humanos. De consiguiente, un animal desprovisto de facultades razonadoras tiene en su instinto inherente una facultad infalible, la cual no es otra cosa que aquella chispa de lo divino que se oculta en cada partícula de la materia inorgánica; siendo ésta, á su vez, espíritu materializado. En la *kábala* judía, el segundo y tercer capítulo del *Génesis* están explicados de la siguiente manera: Cuando el segundo Adán es creado «del polvo», la materia ha llegado á ser tan grosera que reina suprema. De sus deseos lascivos es formada la mujer, y Lilith se lleva lo mejor del espí-

ritu. El Señor Dios, paseándose por el jardín durante «*el fresco del día*» (la puesta de sol del espíritu, ó la luz divina oscurecida por las sombras de la materia), maldice no sólo á los que han cometido el pecado, sino también á la misma tierra y á todas las cosas vivientes, la tentadora serpiente de materia sobre todo.

¿Quién sino los kabalistas es capaz de explicar este aparente acto de injusticia? ¿En qué sentido tenemos que entender esta maldición á todas las cosas creadas, inocentes de todo crimen? La alegoría es evidente. La maldición es inherente á la materia misma. Desde luego, está condenada á luchar contra su propia grosería para purificarse; la chispa latente del divino espíritu, si bien amortiguada, permanece en ella, sin embargo; y su invencible atracción hacia lo alto la obliga á luchar con dolor y trabajo para libertarse. La lógica nos demuestra que así como toda la materia tiene un origen común, debe tener también atributos comunes, y así como la chispa divina y vital existe en el cuerpo material del hombre, del mismo modo se oculta en cada una de las especies subordinadas. La mentalidad latente que, en los reinos inferiores de la naturaleza, es considerada como semi-conciencia, conciencia é instinto, está en gran parte reprimida en el hombre. La razón, relacionada con el desarrollo del cerebro físico, se desenvuelve á expensas del instinto, la oscilante reminiscencia de la en otro tiempo omnisciencia divina, espíritu. La razón, atributo de la soberanía del hombre físico sobre todos los demás organismos materiales, es frecuentemente sacada á la vergüenza por el instinto del animal. Siendo su cerebro más perfecto que el de otra criatura cualquiera, sus emanaciones deben naturalmente producir los más superiores resultados de la acción mental; pero la razón únicamente sirve para la consideración de las cosas materiales, siendo incapaz de conducir á su poseedor al conocimiento del espíritu. Al perder el instinto, el hombre pierde sus poderes intuitivos, los cuales son el coronamiento y remate del instinto. La razón es la tosca arma de los hombres de ciencia; la intuición es el guía infalible del vidente. El instinto enseña á las plantas y á los animales qué estaciones son las más abonadas para la procreación de sus especies, y guía al bruto para que encuentre el remedio conveniente cuando está enfermo. La razón, de la cual tan orgulloso se muestra el hombre, es impotente para contrarrestar las propensiones de su materia, y no tolera freno alguno tocante á la ilimitada satisfacción de sus sentidos. Muy lejos de conducirle á ser su *propio* médico, sus sofismas sutiles llevan al hombre con demasiada frecuencia á su propia destrucción.

Nada hay más demostrable que la proposición de que la perfección de la materia se alcanza á costa del instinto. El zoófito pegado á la roca submarina, abriendo su boca para atraer los alimentos que junto á él están suspendidos en el agua, da muestras, proporcional-

mente á su estructura física, de más instinto que la ballena. La hormiga, con sus maravillosas habilidades arquitectónicas, sociales y políticas, ocupa un lugar muchísimo más elevado en la escala zoológica que el astuto tigre real acechando á su presa. «Con admiración y respeto—exclama du Bois Raimond— debe aquel que estudia la naturaleza contemplar la microscópica molécula de substancia nerviosa, la cual es el asiento de la laboriosa, constructora, metódica, leal é intrépida alma de la hormiga!»

Como todas las demás cosas que tienen su origen en los misterios psicológicos, el instinto ha sido por demasiado tiempo desatendido en los dominios de la ciencia. «Vemos en él lo que indicaba el camino al hombre para encontrar alivio en todas sus dolencias físicas», dice Hipócrates. «Es el instinto de las razas primitivas, cuando la fría razón no había obscurecido todavía la visión interna del hombre. Sus indicaciones no deben ser nunca desdeñadas, pues al instinto solo debemos nuestros primeros remedios» (1).

Instantáneo é infalible conocimiento de una inteligencia omnisciente, el instinto en todo difiere de la razón finita; y en el progreso que ésta hace á fuerza de tentativas y experiencias, la naturaleza divina del hombre con frecuencia se pierde por completo siempre que arroja de ella la divina luz intuición. La una se arrastra, la otra vuela; la razón es el poder del hombre, la intuición es la presencia de la mujer!

Plotino, discípulo del gran Ammonio Saccas y el principal fundador de la escuela neo-platónica, enseña que el convencimiento humano tiene tres grados en sucesión ascendente: opinión, ciencia é *iluminación*. Explicaba esto diciendo que «el medio ó instrumento de la opinión es el sentido ó percepción; el de la ciencia, la dialéctica; el de la iluminación, la *intuición* (ó instinto divino). A este último *está subordinada la razón*; es el conocimiento absoluto fundado en la identificación de la mente con el objeto conocido».

La oración abre la visión espiritual del hombre, porque la oración es deseo, y el deseo desarrolla VOLUNTAD; las emanaciones magnéticas procedentes del cuerpo en cada esfuerzo, sea físico ó mental, producen una automagnetización y éxtasis. Plotino recomendaba la soledad para la oración, como uno de los medios más eficaces para lograr lo que se pide; y Platón aconsejaba á todos los que oraban el «permanecer silenciosos en presencia de los seres divinos, hasta que ellos aparten la nube de tus ojos, y te permitan ver *por medio de la luz que de ellos emana*». Apolonio siempre se aislaba de los hombres durante la «conversación» que sostenía con Dios, y siempre que experimentaba la necesidad de sumirse en la contempla-

(1) Véase Cabanis: *Histoire de la Médecine*.

ción divina y en la plegaria, se envolvía completamente, cabeza y todo, con los pliegues de su blanco manto de lana. «Cuando quieras orar, *entra en tu habitación*, y cuando hayas cerrado la puerta, ruega á tu Padre en secreto», dice el Nazareno, el discípulo de los Ese-nios.

Todo sér humano nace con el rudimento del sentido interno llamado *intuición*, el cual puede ser desarrollado en lo que el escocés conoce con el nombre de «segunda vista». Todos los grandes filósofos que, como Plotino, Porfirio y Jámblico, empleaban dicha facultad, enseñaban esta doctrina. «Existe una facultad en la mente humana— escribe Jámblico— que es superior á todo cuanto ha nacido ó sido engendrado. Por medio de ella podemos lograr la unión con las inteligencias superiores, transportarnos más allá de las escenas de este mundo, y compartir la vida sublime y los poderes peculiares de los seres celestiales».

Si no existiese esta *visión interior*, ni los judíos hubieran tenido nunca su *Biblia*, ni los cristianos á Jesús. Lo que Moisés y Jesús dieron al mundo era el fruto de su intuición ó iluminación. Lo que los doctores y padres de la Iglesia que les han sucedido han hecho comprender al mundo no son más que adulteraciones dogmáticas, y con demasiada frecuencia verdaderas blasfemias.

Acceptar la Biblia como una «revelación» y creer ciegamente en una traducción literal es peor que un absurdo, es una blasfemia contra la Divina Majestad del «Invisible». Si tuviésemos que juzgar de la Divinidad y del mundo de los espíritus por sus intérpretes humanos, ahora que la filología marcha á pasos de gigante en los campos de las religiones comparadas, la creencia en Dios y en la inmortalidad del alma no podrían resistir los ataques de la *razón* durante un siglo más. Lo que sostiene la fe del hombre en Dios y en una vida espiritual futura es la *intuición*, aquel divino producto de nuestro yo interior que desprecia las mojigangas del sacerdote católico-romano y sus ídolos ridículos, las mil y una ceremonias del brahmán y sus ídolos, y las jeremiadas del predicador protestante y su credo árido y desolado, sin ídolos, pero con un infierno y una condenación eterna enganchados á la muerte. A no ser por esta intuición, siempre viva á pesar de sus frecuentes vacilaciones, por estar trabada por la materia, la vida humana sería una parodia y la humanidad una farsa. Este inextinguible sentimiento de la presencia de algo *fuera y dentro* de nosotros mismos es de naturaleza tal que ninguna contradicción dogmática ni forma exterior de culto pueden destruirlo en la humanidad, hagan lo que quieran tanto los sabios como el clero. Movidó por tales pensamientos acerca de la inmensidad é impersonalidad de la Divinidad, Gautama-Buddha, el Cristo indo, exclamó: «asi como los cuatro ríos que desembocan en el

Ganges pierden sus nombres desde el momento en que sus aguas se mezclan con las del río sagrado, del mismo modo todos los que creen en Buddha dejan de ser Brahmanes, Kshatriyas, Vaisyas y Sudras!» (1).

El *Antiguo Testamento* fué compilado y ordenado según la tradición oral; las masas jamás conocieron su verdadero significado, porque Moisés recibió orden de comunicar las «verdades ocultas» únicamente á aquellos setenta ancianos en quienes el «Señor» infundió el *espíritu* que inspiraba al legislador. Maimónides, cuya autoridad y cuyos conocimientos en la historia sagrada difícilmente puede nadie poner en duda, dice: «Quienquiera que descubra el verdadero sentido *del libro del Génesis* debe guardarse de divulgarlo... Si una persona descubriese su *verdadero significado* por sí misma ó con el auxilio de otra, debe guardar silencio; ó, si habla de ello, debe hacerlo de un modo obscuro y enigmático».

Esta confesión de que lo expresado en la Sagrada Escritura no es más que una alegoría, ha sido hecha por otras autoridades judías además de Maimónides; así, vemos á Josefo sentando que Moisés *filosofaba* (hablaba de enigmas en alegorías figurativas) cuando escribía el libro del *Génesis*. Por esta razón es que la ciencia moderna, descuidando el descubrir el verdadero sentido de la Biblia, y consintiendo en que toda la cristiandad crea en la letra muerta de la teología judía, se constituye tácitamente en cómplice de un clero fanático. No tiene ella ningún derecho para ridiculizar las memorias de un pueblo que jamás las escribió con la idea de que pudiesen recibir una tan extraña interpretación puestas en manos de una religión enemiga. Que sus textos más sagrados hayan sido vueltos contra ellos, y que los huesos de hombres muertos hayan sofocado el espíritu de verdad, es el más triste rasgo del Cristianismo!

«Los dioses existen—dice Epicuro,—pero no son lo que el vulgo, *oi polloi*, supone». Y, sin embargo, Epicuro, juzgado como es costumbre por críticos superficiales, es considerado y exhibido como materialista.

Pero ni la gran Causa Primera ni su emanación —el espíritu humano é inmortal— han quedado «sin testimonio». El mesmerismo y el espiritismo moderno aquí están para atestiguar las grandes verdades. Desde hace más de quince siglos, gracias á las ciegas y brutales persecuciones de aquellos grandes vándalos de la primitiva historia cristiana, Constantino y Justiniano, la antigua SABIDURÍA fué poco á poco degenerando, hasta hundirse gradualmente en el profundísimo lodazal de la frailuna ignorancia y superstición. El pitagórico «conocimiento de las cosas que son»; la erudición profunda de

(1) Las cuatro castas de la India. (N. del Tr.).

los gnósticos; las enseñanzas de los grandes filósofos respetadas en todos los lugares y tiempos: todo fué rechazado como doctrinas del Anticristo y del paganismo, y entregado á las llamas. Con los últimos siete sabios de Oriente, el grupo remanente de los neo-platónicos, Hermias, Prisciano, Diógenes, Eulalio, Damascio, Simplicio é Isidoro, que fueron á Persia huyendo de las fanáticas persecuciones de Justiniano, concluyó el reinado de la sabiduría. Los libros de Toth (ó Hermes Trismegisto), que contienen en sus sagradas páginas la historia espiritual y física de la creación y del progreso de nuestro mundo, estuvieron durante siglos consumiéndose en el olvido y en el desprecio. No encontraban intérpretes en la Europa cristiana; los Filaleteos, ó sabios «amantes de la verdad», ya no existían; ocupaban su lugar los hombres de falsa sonrisa, los tonsurados y encapuchados monjes de la Roma papal, que temen á la verdad, cualesquiera que sean su forma y su procedencia, si choca lo más mínimo con sus dogmas.

En cuanto á los escépticos, he aquí lo que el profesor Alejandro Wilder dice de ellos y de sus partidarios, en sus esbozos acerca del *Neo-platonismo y de la Alquimia*: «Un siglo ha pasado desde que los compiladores de la *Enciclopedia* francesa infundieron el escepticismo en la sangre del mundo civilizado, é hicieron que éste considerase denigrante el creer en la existencia real de cosa alguna que no pueda ser comprobada en la retorta, ó demostrada por medio de razonamientos críticos. Aun ahora mismo se necesita tanto candor como resolución para arriesgarse á tratar de un asunto que por espacio de tantos años ha sido olvidado y despreciado por no haber sido bien ó correctamente comprendido. Intrépido debe ser aquel que juzgue la filosofía Hermética como algo más que un simple simulacro de ciencia, y creyéndolo así, pida para su conocimiento una paciente investigación. Y sin embargo, sus profesores fueron en su tiempo los príncipes de las sabias investigaciones, y héroes entre los hombres comunes. Por otra parte, nada de lo que los hombres han creído respetuosamente, debe despreciarse; y el desdén hacia las sinceras convicciones de los demás, es prueba de ignorancia y de una alma poco generosa».

Y ahora, animados por estas palabras de un sabio que no es ni fanático ni conservador, recordaremos algunas cosas referidas por viajeros que las han presenciado en el Thibet y en la India, y las cuales son guardadas preciosamente por los naturales como pruebas prácticas de la verdad de la filosofía y ciencia transmitidas por sus antepasados.

En primer lugar examinaremos aquel fenómeno tan notable presenciado en los templos del Thibet, y cuyas relaciones han llegado hasta Europa por medio de testigos de vista que nada tienen que ver

con los misioneros católicos, de cuyo testimonio prescindiremos por ciertas razones muy claras. Al principio de este siglo, un sabio florentino, escéptico y corresponsal del Instituto de Francia, habiendo tenido ocasión de penetrar disfrazado en el recinto consagrado de un templo búddhico cuando tenía lugar la más solemne de todas las ceremonias, cuenta lo siguiente, de lo cual fué testigo presencial. Hay en el templo un altar dispuesto para recibir al Buddha resucitado, encontrado por los sacerdotes iniciados y reconocido mediante ciertos signos secretos haberse reencarnado en un niño recién nacido. El infante, que no cuenta más que pocos días, es llevado á presencia del pueblo y respetuosamente colocado en el altar. De pronto, enderezando el cuerpo y quedándose sentado, empieza el niño á pronunciar con voz fuerte y varonil las siguientes palabras: «Yo soy Buddha, yo soy su espíritu; y yo, Buddha, vuestro Dalai-Lama, he abandonado mi viejo y decrepito cuerpo en el templo de.... y escogido el cuerpo de este niño para mi próxima habitación terrena». Habiendo permitido por fin los sacerdotes á nuestro sabio tomar con el respeto debido al niño en sus brazos, y llevarlo á suficiente distancia de aquéllos para convencerse de que no se había apelado á ningún engaño de ventriloquía, el niño miró al grave académico con unos ojos que «hicieron estremecer sus carnes», como él dice, y repitió las palabras que había pronunciado anteriormente. Una detallada relación de esta aventura, autorizada con la firma de este testigo de vista, fué mandada á París, pero los miembros del Instituto, en vez de aceptar el testimonio de un observador científico de reconocida veracidad, acabaron por creer que, ó bien el florentino *estaba padeciendo un ataque de insolación*, ó había sido engañado por un hábil efecto de acústica.

A pesar de que, según Mr. Stanislas Julien, traductor francés de los sagrados textos chinos, existe un verso en el *Lotus* (1) que dice que «Un Buddha es tan difícil de encontrar como las flores del Udumbara y del Palâsa», si damos crédito á varios testigos de vista, realmente ocurre dicho fenómeno. Como es de suponer, es un hecho raro, porque sucede únicamente á la muerte de cada gran Dalai-Lama, y estos venerables ancianos gozan proverbialmente de una vida dilatada.

El pobre abate Huc, cuyos viajes por la China y el Thibet son tan conocidos, refiere el mismo hecho del renacimiento de Buddha. Añade, además, la curiosa circunstancia de que el niño-oráculo corrobora su pretensión de ser una inteligencia madura en un cuerpo joven, dando á todos los que se lo preguntan, «y que le conocieron durante su vida pasada, los más exactos detalles respecto de su anterior existencia terrena».

(1) *Le Lotus de la bonne Loi*, por E. Burnouf, traducido del sánscrito.

Es digno de notarse que des Mousseaux, que se ocupa tan extensamente de este fenómeno, atribuyéndolo, como es de suponer, al diablo, hace observar gravemente, á propósito del mismo abate, que el hecho de haber sido secularizado (*defroqué*) «es una circunstancia que yo (él) confieso que contribuye muy poco á reforzar nuestra confianza». En nuestra humilde opinión, esta pequeña circunstancia lo que hace es reforzarla más.

El abate Huc vió figurar su obra en el *Índice* por haber dicho la verdad acerca de la semejanza de los ritos búddhicos y los de la Iglesia Católica. Además fueron suspendidos sus trabajos de misionero por ser demasiado *sincero*.

Si este ejemplo de prodigio infantil fuese único, podríamos con razón permitirnos titubear en admitirlo; pero aun pasando por alto la historia de los profetas Camisardos de 1707, entre los cuales había un niño de quince meses, descrito por Jacobo Dubois, y que hablaba en buen francés «como si Dios estuviese hablando por su boca», como también la historia de los niños de Cevennes, cuyos discursos y profecías fueron atestiguados por los primeros sabios de Francia; tenemos ejemplos, en nuestros mismos tiempos, de un carácter tan notable. El *Lloyd's Weekly Newspaper* de Marzo de 1875 contenía la relación del fenómeno siguiente: «En Saar-Louis, Francia, nació un niño. La madre acababa de meterse en la cama. La comadrona charlaba á más y mejor ensalzando á la criaturita, y los amigos colmaban de felicitaciones al padre por tan grato motivo, cuando uno preguntó qué hora era. ¡Júzguese de la sorpresa de todos al oír al niño recién nacido contestar claramente: 'las dos'! Pero esto no es nada en comparación de lo que siguió después. Miraban todos al niño, llenos de asombro y de estupor, cuando, abriendo éste sus ojos, dijo: 'He sido enviado al mundo para deciros que 1875 será un buen año, pero que 1876 será un año de sangre'. Habiendo pronunciado esta profecía, se volvió de lado, y expiró, siendo su edad de media hora.»

No sabemos si este prodigio ha recibido comprobación oficial por parte de la autoridad civil, y naturalmente, tampoco hay que buscarla por parte del clero, desde el momento en que de tal hecho no puede sacarse ni honra ni provecho; pero aunque un respetable periódico comercial británico no respondía del caso, los resultados le han prestado un interés especial. El año 1876, que acaba de pasar (escribimos en Febrero de 1877), fué en realidad, á partir de Marzo de 1875, cuando menos nadie lo esperaba, un año de sangre. En los principados Danubianos se escribió uno de los más sangrientos capítulos de la historia de la guerra y del pillaje, un capítulo de ultrajes de los musulmanes contra los cristianos que apenas si ha sido igualado desde que los soldados católicos asesinaron decenas de millares de sencillos indige-

nas de la América del Norte y del Sur, y desde que los protestantes ingleses llegaron poco á poco y con grandes dificultades hasta el trono imperial de Delhi, atravesando ríos de sangre. Si la profecía de Saar-Louis hubiese sido únicamente una noticia de sensación lanzada por un periódico, á pesar de todo, la marcha de los sucesos la ha elevado á la categoría de predicción cumplida; 1875 fué un año de gran abundancia, y 1876, con sorpresa de todo el mundo, un año de carnicería.

Pero si resultase que el infantil profeta jamás abrió sus labios, queda todavía el caso del niño de Jencken para confundir al investigador. Este es uno de los ejemplos más sorprendentes de mediurnidad. La madre del niño es la famosa Catalina Fox; su padre, H. D. Jencken, miembro del Instituto Real y abogado de Londres. Nació en Londres, en 1873, y antes de la edad de tres meses ya dió muestras de poseer el espíritu medianímico. Oíanse golpes en su cama y almohada, y también en la persona de su padre, cuando éste tenía el niño sobre sus rodillas, y la señora Jencken estaba ausente de su casa. Dos meses después, una comunicación de veinte palabras, sin firma, era escrita por medio de su mano. Un caballero, procurador en Liverpool, llamado J. Wason, se hallaba entonces presente, y en unión de la madre y la nodriza escribió un certificado del hecho, que fué publicado en el *Medium and Daybreak* de Londres, del 8 de Mayo de 1874. El rango profesional y científico de Mr. Jencken hace que sea improbable en sumo grado el que dicho señor se hubiese prestado á una farsa semejante. Por otra parte, el niño se hallaba tan fácilmente á disposición del Instituto Real del que su padre es miembro, que ni el profesor Tyndall ni sus colegas tienen la menor excusa por haber dejado de examinar y de informar al mundo acerca de este fenómeno psicológico.

Estando tan lejos el sagrado niño del Thibet, el plan que han creído más conveniente adoptar es una negación rotunda con ciertas insinuaciones de insolación y de mecanismos ingeniosos de acústica. En cuanto al niño de Londres, la cosa es todavía más fácil: esperen que el niño haya crecido y sepa escribir, y entonces podrán negar en absoluto tal historia.

A la par que otros viajeros, el abate Huc nos da una relación del maravilloso árbol del Thibet, llamado el *Kounboum*, ó lo que es lo mismo, el árbol de las diez mil imágenes y caracteres. Dicho vegetal no crece en ninguna otra latitud, por más que algunas veces se haya intentado hacer el experimento, ni puede tampoco multiplicarse por medio de estacas. La tradición es que el referido árbol brotó del cabello de uno de los Avatares (el Lama Tsong-Kha-pa), una de las encarnaciones de Buddha. Pero dejemos que el abate Huc nos cuente el resto de la historia: «Cada una de sus hojas, al abrirse, tiene una letra ó una sentencia religiosa escrita en caracteres sagrados, y estas letras

son, por su misma naturaleza, de una perfección tal, que nada hay que las aventaje en el establecimiento tipográfico de Didot. Abrid las hojas tiernas que están próximas á desplegarse, y en ellas distinguiréis, en rudimento y á medio formar, las distintas letras ó distintas palabras que son la maravilla de este árbol único. Dejad las hojas y dirigid vuestra atención á la corteza de sus ramas, y nuevos caracteres se presentarán á vuestra vista. Haced que no desmaye vuestro interés; levantad las capas de esta corteza, y todavía aparecerán OTROS CARACTERES debajo de aquellos cuya belleza tanto os ha sorprendido. Pero no os figuréis que estas capas superpuestas repitan la misma *impresión*. No, todo lo contrario: cada una de las láminas que levantáis presenta á la vista un tipo distinto. ¿Cómo podemos entonces sopear la menor impostura? Yo he hecho todo cuanto he podido para descubrir el más pequeño vestigio de superchería humana, y mi inteligencia confundida no ha podido abrigar la más leve sospecha*.

Añadiremos al relato de Mr. Huc que los caracteres que aparecen en las diversas partes del *Kounboun* están en Senzar, ó lenguaje del Sol (antiguo sánscrito), y que el árbol sagrado, en sus varias porciones, contiene extensamente toda la historia de la creación y la substancia de los libros del Buddhismo. Bajo este punto de vista, está en la misma relación respecto del Buddhismo que las pinturas del templo de Dendera en Egipto lo están respecto de la antigua fé de los Faraones. Tales pinturas están brevemente descritas por el profesor W. B. Carpenter, presidente de la Asociación Británica, en su discurso de Manchester sobre el *Egipto*. Demuestra que el libro judío del *Génesis* no es más que la expresión de las primitivas ideas judías fundadas en los recuerdos pictóricos de los egipcios, entre los cuales ellos vivían. Pero no pone en claro, á no ser por vía de deducción, si él cree que las pinturas de Dendera ó la relación Mosaica son una alegoría ó una pretendida narración histórica. Que un sabio que, después de haberse dedicado á las más superficiales investigaciones acerca del asunto, se atreva á asegurar que los antiguos egipcios tenían acerca de la instantánea creación del mundo las mismas ridículas nociones que los primeros teólogos cristianos, es cosa que no puede concebirse. ¿Cómo puede decir él que, por el hecho de que las pinturas de Dendera acertaran á representar alegóricamente su cosmogonía, pretendían ellos presentar la escena teniendo lugar en seis minutos ó en seis millones de años? Lo mismo puede indicar alegóricamente seis épocas sucesivas ó evos, ó la eternidad, que seis días. Por otra parte, los *Libros de Hermes* ciertamente no definen en manera alguna el asunto en cuestión, y el *Avesta* menciona claramente seis periodos, comprendiendo cada uno de ellos millares de años, en lugar de días. Muchos de los jeroglíficos egipcios contradicen la teoría del Dr. Carpenter, y Champollion ha vindicado á los antiguos en muchas cuestiones. Por lo que se ha dicho

antes, creemos que el lector verá claramente que la filosofía egipcia no dió lugar á tan groseras especulaciones, si es que los mismos hebreos creyeron jamás en ellas; su cosmogonía consideraba al hombre como el resultado de la evolución, y que su progreso es señalado por ciclos inmensamente largos. Pero volvamos á las maravillas del Thibet.

Hablando de pinturas, la que Huc describe, y que está colgada en cierta Lamaseria, puede verdaderamente ser considerada como una de las más prodigiosas que existen. Es una simple tela que no tiene el más insignificante mecanismo, como puede comprobar el visitante examinándola á su sabor. Representa un paisaje iluminado por la luna, pero este astro no está inmóvil y sin brillo; todo lo contrario, porque, según el referido abate, podría decirse que nuestra luna misma, ó al menos su duplicado viviente, ilumina dicha pintura. Cada fase, cada aspecto, cada movimiento de nuestro satélite, está reproducido en su *fac-simile*, en el movimiento y curso de la luna en la sagrada pintura. «Veis á este astro en la pintura levantarse como en su cuarto creciente ó luna llena, resplandeciendo brillantemente, pasar por detrás de las nubes, salir y ponerse, imitando del modo más sorprendente al verdadero satélite. En una palabra, es la más fiel y espléndida reproducción de la pálida reina de la noche, á quien, en épocas antiguas, tanta gente tributaba adoración».

Cuando pensamos en el asombro que inevitablemente experimentaríamos uno de nuestros engreidos académicos al ver una pintura semejante —y esto no quiere decir que sea la única, pues las hay en otros puntos del Thibet y también en el Japón, que representan los movimientos del sol,—cuando pensamos, decimos, en su embarazo, al saber que, si se atrevía á decir la verdad desnuda á sus colegas, su destino correría parejas probablemente con el del pobre Huc, y él mismo se vería arrojado de su académico sillón como farsante ó lunático, no podemos menos de recordar la anécdota de Tycho-Brahe citada por Humboldt en su *Cosmos* (1).

«Una noche—dice el gran astrónomo danés—en que, según mi costumbre, yo estaba contemplando la bóveda celeste, vi con indescriptible asombro, cerca del cénit en Casiopea, una radiante estrella de extraordinaria magnitud. Herido de sorpresa, no sabía si dar crédito á mis propios ojos. Algún tiempo después, supe que en Alemania algunos cocheros y otras gentes del pueblo habían repetidas veces advertido á los sabios de que se veía una gran aparición en el cielo, lo cual ha ofrecido á la prensa y al público una nueva oportunidad para zaherir con sus acostumbradas burlas á los hombres de ciencia, que en anteriores ocasiones no supieron pronosticar la aparición de ciertos cometas».

(1) *Cosmos*, vol. III, part. I, p. 168.

Desde la más remota antigüedad, se ha reconocido que los Brahmanes poseen maravillosos conocimientos en toda especie de artes mágicas. Desde Pitágoras, el primer filósofo que estudió la sabiduría con los Gimnosofistas, y Plotino, que fué iniciado en el misterio de unirse uno mismo con la Divinidad por medio de la contemplación abstracta, hasta los modernos adeptos, se ha sabido muy bien que las fuentes de la sabiduría «oculta» debían buscarse en el país de los Brahmanes y de Gautama Buddha. A las edades venideras corresponde descubrir esta gran verdad y aceptarla como á tal, en tanto que ahora se halla degradada como una vil superstición. ¿Qué es lo que se ha sabido, aun tratándose de los sabios más eminentes, acerca de la India, del Thibet y de la China, hasta el último cuarto de este siglo? El más infatigable de los sabios, Max Muller, nos dice que antes de esta época, ni un solo documento original de la religión Búddhica había sido accesible á los filósofos europeos; que hace cincuenta años, «no había un sabio siquiera capaz de traducir una sola línea de los *Vedas*, del *Zend-Avesta* ó de los *Tripitaka* Búddhicos,» sin contar otros idiomas y dialectos. Y aun ahora mismo que la ciencia está en posesión de varios textos sagrados, lo que tienen ellos no son más que ediciones muy incompletas de dichas obras, y *nada*, positivamente nada de la secreta literatura sagrada del Buddhismo. Y lo poco que nuestros sabios sanscritistas han recogido, y que al principio fué calificado por Max Muller de espantoso «matorral de literatura religiosa, el más excelente sitio de retiro para los Lamas y Dalai-Lamas», empieza ahora á difundir un débil resplandor sobre las tinieblas primitivas. Nos encontramos á este sabio declarando que todo aquello que, en el confuso laberinto de las religiones del mundo, á primera vista parecía obscuridad, error y frivolidad, empieza á asumir otra forma. «Parece—escribe—una deshonra para el nombre mismo de religión el aplicarlo á los salvajes desvarios de los Yoguis indios y á las desconcertadas blasfemias de los Buddhistas chinos.... Pero á medida que poco á poco y pacientemente vamos marchando por estas obscuras prisiones, parece que nuestros propios ojos se dilatan, y *percibimos un tenue rayo de luz* allí donde al principio todo era tinieblas» (1).

Como ejemplo de lo poco competente que era la generación que inmediatamente ha precedido á la nuestra para juzgar de las religiones y creencias de los centenares de millones de Buddhistas, Brahmanes y Parsis, puede consultar el curioso la advertencia de una obra científica publicada en 1828 por el profesor Dunbar, el primer literato que ha tratado de demostrar que el *sánscrito es derivado del griego*. Se publicó con el siguiente título: «*Investigación de la estructura y afinidad de las lenguas Griega y Latina; con algunas comparaciones del Sánscrito y*

(1) «Discurso sobre los Vedas».

del Gótico; con un apéndice, en el cual se ha procurado establecer la DERIVACIÓN DEL SÁNCRITO DEL GRIEGO, por Jorge Dunbar, miembro de la Real Sociedad de Edimburgo y profesor de Griego en la Universidad de Edimburgo. Precio: 18 s.» (1)

Si por casualidad Max Muller hubiese caído del cielo entre los sabios de aquel tiempo, poseyendo sus actuales conocimientos, nos gustaría ver reunidos los epítetos que los sabios académicos habrían lanzado sobre el atrevido innovador, que, clasificando las lenguas genealógicamente, dice que «la lengua sánscrita, comparada con la latina y la griega, es una hermana mayor.... el más antiguo depósito del lenguaje ario».

Y por lo tanto, podemos con razón esperar que en 1976 las mismas críticas serán justamente aplicadas á muchos descubrimientos científicos ahora declarados como definitivos y concluyentes por nuestros sabios. Lo que hoy es calificado de supersticiosa *palabrería* y jerigonza de unos simples paganos y salvajes, compuesta hace muchos millares de años, se encontrará que contiene la clave de todos los sistemas religiosos. La prudente sentencia de San Agustín, nombre favorito en los discursos de Max Muller, la cual dice que «no existe ninguna falsa religión que no contenga algunos elementos de verdad,» puede aún probarse satisfactoriamente que es exacta; y tanto más cuanto dicha sentencia dista mucho de ser original del obispo de Hipona, pues éste la tomó de las obras de Ammonio Saccas, el gran maestro alejandrino.

Este filósofo «enseñado por Dios», el *theodidaktos*, había repetido dichas palabras hasta la saciedad en sus numerosas obras, unos 140 años antes de San Agustín. Reconociendo en Jesús «un hombre excelente y el amigo de Dios,» siempre sostuvo que su designio no era abolir la comunicación con los dioses y demonios (espíritus), sino sencillamente purificar las antiguas religiones; que «la religión de las multitudes iba mano á mano con la filosofía, y que con ella compartía la suerte de ser por grados corrompida y oscurecida por conceptos puramente humanos, supersticiones y falsedades; que debía por lo tanto devolvérsele su *pureza original*, expurgándola de sus escorias y exponiéndola sobre principios filosóficos; y que todo cuanto Cristo pretendía llevar á efecto era restablecer y restaurar en toda su primitiva integridad la sabiduría de los antiguos»(2).

Fué Ammonio el que primero enseñó que cada religión estaba fundada en una sola y misma verdad, la cual es la sabiduría que se encuentra en los Libros de Thoth (Hermes Trismegisto), en cuyas obras Pitágoras y Platón aprendieron toda su filosofía. Afirmaba asimismo que las doctrinas del primero eran idénticas á las más primitivas enseñanzas de los Brahmanes, ahora comprendidas en los más antiguos

(1) *The Classical Journal*, vol IV, pp. 107, 348.

(2) Véase *Mosheim*.

Vedas. «El nombre Thoth—dice el profesor Wilder—significa colegio ó asamblea» (1), y «no es improbable que los libros fuesen llamados así por ser una recopilación de los oráculos y doctrinas de la fraternidad sacerdotal de Memfis. El Rabino Wise ha indicado una hipótesis análoga respecto á las palabras divinas consignadas en la Escritura hebrea. Pero los escritores indios afirman que, durante el reinado del rey Kansa, los *Yadus* (judíos?), ó tribu sagrada, abandonaron la India y emigraron hacia el Oeste, llevándose consigo los cuatro *Vedas*. Ciertamente existe una gran semejanza entre las doctrinas filosóficas y costumbres religiosas de los Egipcios y las de los Buddhistas orientales, pero en cuanto á si los libros Herméticos y los cuatro *Vedas* eran idénticos, hoy por hoy nada se sabe».

Pero una cosa se sabe positivamente, y es que antes de que la palabra filósofo fuese por vez primera pronunciada por Pitágoras en la corte del rey de los Filiasianos, la «doctrina secreta» ó sabiduría era idéntica en todos los países. Por lo tanto, en los más antiguos textos, los menos alterados por las subsiguientes falsificaciones, es donde tenemos que buscar la verdad. Y ahora que la filología está en posesión de textos Sánscritos, los cuales son, como resueltamente puede afirmarse, documentos muchísimo más antiguos que la Biblia Mosaica, el deber de los sabios es presentar al mundo la verdad, y *nada más que la verdad*. Sin consideración á prejuicio alguno, ya sea escéptico ó teológico, tienen el deber de examinar imparcialmente ambos documentos (los más antiguos *Vedas* y el *Antiguo Testamento*), y decidir entonces cuál de los dos es la original *Sruti* ó *Revelación*, y cuál es simplemente la *Smriti*, la cual, como indica Max Muller, significa tan sólo recuerdo ó *tradición*.

Orígenes escribe que los Brahmanes fueron siempre famosos por las maravillosas curas que verificaban por medio de ciertas palabras (2), y en nuestros tiempos vemos á Orioli, ilustrado miembro correspondiente del Instituto de Francia (3), corroborando la afirmación de Orígenes en el siglo tercero, y la de Leonardo de Vair en el décimo sexto, época en la cual éste escribió: «Hay también personas que, pronunciando cierta sentencia, un *encanto*, andan con los piés desnudos sobre carbones encendidos hasta el rojo, y sobre las puntas de afilados *cuchillos* clavados en tierra, y una vez puestos en equilibrio sobre ellos, apoyándose en *un solo dedo del pié*, levantan en el aire un hombre, ó algun objeto de peso considerable. Asimismo domestican á los caballos salvajes y á los toros más furiosos con una sola palabra» (4).

Esta *palabra* hay que buscarla en los *Mantras* de los *Vedas* sán-

(1) *Nuevo Platonismo y Alquimia*.

(2) Orígenes: *Contra Celsum*.

(3) *Fatti relativi al Mesmerismo*, pp. 88, 93, 1842.

(4) «Leonard de Vair», f. II, cap. II. *La Magie au 19me Siècle*, p. 332.

critos, dicen algunos adeptos. A los filósofos les corresponde decidir por sí mismos si en los *Vedas* se encuentra tal palabra. Hasta donde alcanza la evidencia humana, parece que dichas palabras mágicas existen en realidad.

A lo que parece, los reverendos padres de la orden de los Jesuitas recogieron muchas de estas habilidades en sus viajes de misión. Baldinger les da entero crédito por esto. El *tschamping*, palabra india de la cual procede la moderna *shampooing*, es una manipulación mágica bien conocida en las Indias orientales. Los *hechiceros* indígenas la emplean con éxito aun hoy día, y de ellos es de quienes los padres jesuitas sacaron sus conocimientos.

Camerario, en su *Horae Subsecivae*, cuenta que hubo un tiempo en que existía una gran competencia de «milagros» entre los frailes agustinos y los jesuitas. Habiéndose originado una disputa entre el Padre General de los agustinos, que era muy instruido, y el General de los jesuitas, que era muy *ignorante*, pero lleno de conocimientos *mágicos*, propuso éste zanjar la cuestión probando á sus subordinados, para ver cuáles estarían más prontos á obedecer á sus superiores. En su consecuencia, volviéndose á uno de sus jesuitas, le dijo: «hermano Marco, nuestros compañeros tienen frío; os mando, en virtud de la santa obediencia que me habéis jurado, que traigáis al instante, de la cocina, y en vuestras propias manos, algunos carbones encendidos, para que los demás puedan calentarse sobre vuestras manos». El padre Marco obedeció al punto, trajo en sus dos manos una porción de carbones hechos ascua, y los tuvo hasta que todos los concurrentes se hubieron calentado, después de lo cual, los devolvió al hogar de la cocina. El General de los frailes agustinos se quedó corrido, porque ninguno de sus subordinados quiso obedecerle hasta este punto, con lo cual el triunfo de los jesuitas fué completo.

Si este caso es considerado como una anécdota indigna de crédito, le preguntaremos al lector qué es lo que debemos pensar de algunos modernos *mediums* que hacen lo mismo hallándose en estado de *trance*. El testimonio de varios testigos respetabilísimos y fidedignos, tales como lord Adair y Mr. S. C. Hall, es irreprochable. «Son espíritus», dirán los espiritistas. Quizás lo sean, en los casos de *mediums* americanos é ingleses que están á *prueba de fuego*; pero no en el Thibet y en la India. En el Occidente, un *sensitivo* tiene que estar sumido en estado de *trance* antes de que los «guías» tutelares le hayan hecho invulnerable, y desafiamos á cualquier *medium* á que, en su estado físico normal, meta los brazos hasta el codo entre carbones encendidos. Pero en el Oriente, ora se trate de un santo lama ó de un hechicero mercenario (á estos se les designa comunmente con el nombre de «juglares»), el que ejecuta el experimento no necesita preparación alguna, ni ponerse en ningún estado anormal para tocar con las manos el fuego, piezas

de hierro calentado al rojo ó plomo fundido. Hemos visto en la India Meridional á estos «juglares» tener sus manos dentro de un horno de carbones encendidos, hasta quedar estos últimos reducidos á cenizas. Durante la ceremonia religiosa de Siva-Râtri, ó vispera de Siva, cuando el pueblo se pasa las noches enteras en vela y oración, algunos de los Sivaitas llamaron á un juglar Tamil, el cual produjo los más prodigiosos fenómenos, simplemente llamando en su auxilio á un espíritu al cual ellos llaman *Kutti Sattan*, el pequeño *demonio*. Pero lejos de consentir que el pueblo pensase que él era *guiado* ó «dominado» por este gnomo, porque el tal espíritu era un gnomo, si es que era realmente algo, el juglar, mientras se agachaba sobre el fuego, apostrofaba duramente á un misionero católico que aprovechaba esta oportunidad para decir á los espectadores que aquel miserable pecador «se había vendido á Satanás». Sin mover sus manos y brazos de las ascuas en que los tenía tranquilamente metidos como en un baño refrigerante, el Tamil no hizo más que volver la cabeza, y lanzar una arrogante mirada al abochornado misionero. «Mi padre y el padre de mi padre—dijo—tenían á este *pequeño* á sus órdenes. Desde hace dos siglos, el Kutti es el fiel servidor de nuestra casa, y ahora, señor, queréis hacer creer á la gente que *él* es mi amo! Pero ellos saben bien á qué atenerse». Después de esto, sacó lentamente sus manos del fuego, y pasó á ejecutar otras habilidades.

Tocante á las maravillosas facultades de predicción y de clarevidencia poseídas por ciertos Brahmanes, son bien conocidas de todos los europeos residentes en la India. Si éstos, al volver á los países «civilizados», se rien de tales historias, y hasta llegan algunas veces á negarlas por completo, impugnan únicamente su buena fé, no el hecho. Estos Bramanes viven principalmente en «pueblos sagrados» y en lugares retirados, especialmente en la costa occidental de la India. Evitan las ciudades populosas, y de un modo particular á los europeos, y es muy raro que éstos logren trabar intimidad con los «videntes». Créese generalmente que esta circunstancia es debida á su religiosa observancia de la casta; pero nosotros estamos firmemente convencidos de que en muchos casos no es así. Muchos años, tal vez siglos, pasarán antes de que se determine el verdadero motivo.

En cuanto á las castas inferiores, algunas de las cuales son llamadas por los misioneros adoradoras del diablo, á pesar de los piadosos esfuerzos por parte de los misioneros católicos para desparramar por Europa relaciones conmovedoras acerca de la desgracia de este pueblo «vendido al tradicional y astuto enemigo» y á pesar de algunas tentativas análogas, quizás un poco menos ridículas y absurdas por parte de los misioneros protestantes, la palabra diablo, en el sentido en que los cristianos la entienden, nada significa para dichas castas. Ellas creen en los buenos y malos espíritus, pero ni adoran ni temen al Dia-

blo. Su «culto» es simplemente una precaución ceremonial contra los espíritus *humanos* y «terrestres», á los cuales temen ellos mucho más que á los millones de elementales de varias formas. Emplean toda clase de músicas, incienso y perfumes para alejar á los «malos espíritus» (los elementarios). En este caso, no merecen ser más ridiculizados que aque famoso sabio, acérrimo espiritista, que aconsejaba tener vitriolo y nitro pulverizado en la habitación, para obligar á huir á los «espíritus molestos», y no andan más desacertados que dicho sabio al obrar de este modo, puesto que la experiencia de sus antepasados, que se remonta á muchos millares de años, le ha enseñado la manera de obrar contra esta ruín «horda espiritual». Que son espíritus *humanos* lo demuestra el hecho de que con mucha frecuencia tratan de complacer y propiciar á las «larvas» de sus mismas hijas y parientas, cuando tienen razones para sospechar que ellas no han muerto en olor de santidad y castidad. Á tales espíritus los llaman «Kanni», *virgenes malas*. Varios misioneros han dado noticias del hecho, el Rev. E. Lewis (1) entre otros. Pero estos piadosos varones generalmente insisten en que aquellas gentes adoran diablos, cuando no hacen nada que se le parezca; porque lo que hacen es únicamente procurar estar en buenas relaciones con ellos para no ser molestados. Les ofrecen tortas, frutas y varios alimentos que en vida ellos apetecían, puesto que muchas de estas gentes han experimentado la maldad de estos «muertos» aparecidos, cuyas persecuciones son á veces terribles. Partiendo de este principio, obran de un modo parecido con respecto á los espíritus de todos los hombres malvados. Depositán en sus tumbas, si fueron enterrados, ó cerca del sitio en que sus restos fueron quemados, alimentos y bebidas, con objeto de retenerles cerca de dichos sitios, y con la idea de hacer que estos vampiros no puedan volver á sus casas. Esto no es adoración, sino más bien un *espiritismo* de carácter práctico. Hasta 1861, prevaleció entre los indos la costumbre de mutilar los pies de los asesinos ajusticiados, en la firme creencia de que por este medio el alma desencarnada se vería imposibilitada de ir errante y cometer nuevas maldades. Posteriormente, la policía prohibió la continuación de semejantes prácticas.

Otra buena razón para demostrar que los indos no adoran al «Diablo» es que no tienen ninguna palabra que exprese tal significación. A estos espíritus los llaman *püttám*, correspondiendo esta palabra más bien á nuestro «fantasma» ó *malicioso duende*; otra expresión que ellos usan es «*pey*», y también el nombre sanscrito *pesásu*, significando ambos, *espectros* ó *aparecidos*, quizás *duendes* en algunos casos. Los *püttám* son los más terribles, puesto que son literalmente «fantasmas perseguidores» que vuelven á la tierra para tormento de los vivos.

(1) *The Tinnevelly Shanars*, p. 43.

Se cree que visitan generalmente los sitios en que sus cuerpos fueron quemados. Los *espíritus de Siva*, ó *del fuego*, son idénticos á los *gnomos* y *salamandras* de los Rosacruces, pues son representados como enanos de apariencia ignea, viviendo en la tierra y en el fuego. El demonio Ceilanés, llamado *Deivel*, tiene una robusta y sonriente figura de mujer, llevando un blanco y rizado cuello de la época de Isabel y una chaqueta roja.

Como hace observar muy justamente el doctor Warton, «no existe carácter más estrictamente oriental que los dragones de las leyendas y de las fábulas; están mezclados con cada una de las tradiciones de las épocas primitivas, y por sí solos confieren una especie de prueba aclaratoria de su origen.» En ningún escrito están estos caracteres tan marcados como en los detalles del Buddhismo; éstos contienen datos de interés acerca de los *Nagas*, ó serpientes reales, que habitan en cavernas situadas debajo de la tierra, correspondientes á las mansiones de Tiresias y de los adivinos griegos, una región de misterio y de tinieblas, en la cual gira una gran parte del sistema de adivinación y de respuestas oraculares relacionado con la inflación, ó una especie de posesión, indicando el espíritu del Pitón mismo, el dragón-serpiente muerto por Apolo. Pero los Buddhistas no creen más que los indos en el diablo del sistema cristiano, esto es, una entidad tan distinta de la humanidad como la Divinidad misma. Los Buddhistas enseñan que existen dioses inferiores que han sido hombres en este ó en otros planetas, pero que todavía son *hombres*. Creen en los *Nagas*, que han sido *brujos* en la tierra, *gente ruin*, y que éstos comunican á otros hombres perversos, pero vivientes, el poder de secar todos los frutos que hieren con su mirada, y hasta la vida de los seres humanos. Cuando un cingalés tiene la reputación de que, mirando á un árbol ó á una persona, el uno y la otra se marchitarán y morirán, se dice de él que tiene el *Naga-Raja*, ó rey serpiente en su cuerpo. Todo el interminable catálogo de malos espíritus no son *demonios* en el sentido que el clero cristiano nos quiere dar á entender, sino que son simplemente pecados, crímenes y pensamientos humanos *espiritualmente encarnados*, si es que podemos expresarnos así. Los dioses-demonios azules, verdes, amarillos y purpúreos, como los dioses inferiores de Jugandere, pertenecen más bien á la especie de los genios tutelares, y muchos de ellos son tan buenos y bienhechores como las mismas deidades Nat, aunque en el número de los Nats están comprendidos gigantes, malos genios y otros seres análogos que habitan en el desierto del monte Jugandere.

La verdadera doctrina de Buddha dice que los demonios, cuando la naturaleza produjo el sol, la luna y las estrellas, *eran seres humanos*, pero que, á causa de sus pecados, perdieron su estado de felicidad. Si cometen mayores pecados, sufren mayores castigos, y cuentan

ellos entre los diablos á los hombres condenados; mientras que, por el contrario, los *demonios que mueren* (espíritus elementales) y nacen ó se encarnan como hombres, no cometiendo ningún otro pecado, pueden alcanzar la felicidad celestial. Lo cual, como hace notar Edward Upham, en su *Historia y doctrina del Buddhismo*, es una demostración de que todos los seres, así divinos como humanos, están sujetos á las leyes de transmigración, las cuales obran sobre todos los seres con arreglo á una escala de acciones morales. Esta creencia es, por lo tanto, la prueba completa de un código de motivos y actos morales aplicado á la regulación y gobierno del hombre, un experimento —añade dicho autor— «que hace del estudio del Buddhismo un asunto importante y curioso para el filósofo».

Los indos creen, tan firmemente como los servios y los húngaros, en los vampiros. Además, su doctrina es la de Pierart, famoso espiritista y mesmerizador francés, cuya escuela floreció unos doce años atrás. «El hecho de un espectro que reaparece para chupar sangre humana—dice este doctor (1)—no es tan inexplicable como parece, y en este caso apelamos á los espiritistas, quienes admiten el fenómeno de la *bicorporeidad* ó *duplicación del alma*. Las manos que hemos apretado..... estos miembros *materializados* tan palpables..... son una prueba evidente de cuántas cosas son posibles para los espectros astrales bajo ciertas condiciones favorables».

El respetable médico mencionado reproduce la teoría de los Kabalistas. Los *Shadim* son los más inferiores de todos los órdenes espirituales. Maimónides, que nos refiere que las gentes de su país se veían *obligadas* á mantener íntimas relaciones con sus difuntos, describe la fiesta de sangre que en tales casos celebraban. Cavaban un hoyo, en el cual vertían *sangre fresca*, y colocaban una mesa encima del mismo; hecho lo cual, los espíritus acudían y contestaban á todas sus preguntas (2).

Pierart, cuya doctrina se fundaba en la de los teurgistas, se muestra sumamente indignado contra la superstición del clero que ordena, en todos los casos en que sobre un cadáver recaigan sospechas de vampirismo, que se atraviese su corazón con una estaca. En tanto que la forma astral no esté desprendida por completo del cuerpo, existe entre los dos cierta trabazón en virtud de la cual puede obligarse, mediante la atracción magnética, á que dicha forma entre de nuevo en el cuerpo.

Algunas veces la forma astral no ha salido más que á medias, cuando el cuerpo es enterrado presentando todas las apariencias de la muerte. En estos casos, el alma astral aterrada vuelve á entrar

(1) Pierart: *Revue Spiritualiste*, capítulo acerca del Vampirismo.

(2) Maimónides: *Abodah Sarah*, 12 Absh, 11 Abth.

violentamente en su envoltura; y entonces, una de dos, ó bien la desdichada víctima se retorcerá presa de las atroces angustias de la sofocación, ó bien, si había sido, durante su existencia, groseramente material, se convertirá en un vampiro. Entonces empieza la vida bicorpórea, y estos infelices catalépticos enterrados sostienen su vida miserable con la sangre vital que sus cuerpos astrales roban á las personas vivientes. La forma etérea puede ir adonde le plazca, y mientras no se rompa el lazo que la mantiene unida al cuerpo, está en completa libertad para vagar de un lado á otro, en una forma visible ó invisible, y alimentarse á expensas de víctimas humanas. «Según todas las apariencias, este *espíritu* transmite entonces, por medio de un misterioso é invisible lazo de conexión que quizá algún día será explicado, el producto de la succión al cuerpo material que yace inerte en el fondo de la tumba, contribuyendo así, en cierto modo, á perpetuar su estado de catalepsia» (1).

Brierre de Boismont cita algunos casos por el estilo completamente auténticos que ha tenido á bien calificar de «alucinaciones». Una reciente investigación, dice un periódico francés, «ha demostrado que en 1871 dos cadáveres fueron sometidos al infame tratamiento de la superstición popular por instigación del clero.... ¡Oh, ciega preocupación!» Pero el Dr. Pierart, citado por des Mousseaux, quien resueltamente admite el vampirismo, exclama: «¿Ciega, decís? Sí, tan ciega como gustéis. Pero ¿de dónde surgen estas preocupaciones? ¿Por qué se han perpetuado al través de todas las épocas y en tantísimos países? Después de la multitud de casos de vampirismo que se han visto tan á menudo, ¿debemos decir nosotros que hoy ya no sucede tal cosa, y que los casos referidos no han tenido jamás un sólido fundamento? De nada, nada sale. Cada creencia, cada costumbre procede de hechos y de causas que le han dado origen. Si nunca se hubiese visto aparecer, en el seno de las familias de ciertos países, seres revestidos en la forma ordinaria de los muertos, yendo así á chupar la sangre de una ó de varias personas, y si de esto no hubiese resultado la muerte de la víctima por extenuación, nadie hubiera ido jamás á desenterrar los cadáveres en los cementerios, ni jamás hubiéramos presenciado nosotros el hecho increíble de haberse encontrado personas enterradas varios años antes con el cuerpo blando y flexible, los ojos abiertos, la tez sonrosada, con la boca y nariz llenas de sangre, manando la sangre á torrentes por efecto de los golpes y heridas, y en el acto de ser decapitadas»(2).

Uno de los más importantes ejemplos de vampirismo figura en las cartas privadas del filósofo marqués d' Argens; y, en la *Revue Britani-*

(1) Pierart: *Revue Spiritualiste*.

(2) Dr. Pierart: *Revue Spiritualiste*, vol. IV, p. 101.

que de Marzo de 1837, el viajero inglés Pashley describe algunos casos de que tuvo noticia en la isla de Candía. El Dr. Jobard, anticatólico y antiespiritista *sabio* belga, da testimonio de otros casos análogos (1).

•No quiero examinar—escribe el obispo d' Avranches Huet—si los casos de vampirismo que continuamente se refieren son verdaderos, ó si son fruto de un error popular; pero lo cierto es que han sido atestiguados por tantos autores competentes y fidedignos, y por *un número tan considerable de testigos de vista*, que nadie debe decidirse en esta cuestión sin contar con una gran dosis de prudencia. (2).

Aquel buen señor que tantas molestias se ha tomado recogiendo materiales para su teoría demonológica nos sale con algunos ejemplos de gran sensación para probar que todos estos casos son producidos por el diablo, el cual emplea cadáveres de los cementerios para revestirse con ellos y vagar por la noche chupando la sangre de la gente. Nos parece que muy bien podemos arreglarnos sin necesidad de traer á la escena á tan siniestro personaje. Si queremos creer de una vez en el retorno de los espíritus, tenemos una multitud de perversos sensualistas, miserables y pecadores de todas clases, y especialmente suicidas, que pueden haber rivalizado en malicia con el mismísimo Diablo en sus mejores días. Ya es bastante vernos actualmente obligados á creer en lo que vemos, y *sabemos que es un hecho*, ó sea en los espíritus, sin necesidad de añadir á nuestro Panteón de espectros el Diablo, á quien nadie ha visto nunca.

Sin embargo, hay particularidades interesantes que recoger en lo que al vampirismo se refiere, desde el momento en que la creencia en este fenómeno ha existido en todos los países, desde las épocas más remotas. Las naciones eslavas, los griegos, los valacos y los servios dudarían primero de la existencia de sus enemigos, los turcos, que del hecho de existir vampiros. Los *broucolák* ó *vourdalak*, como son llamados estos últimos, son huéspedes sobrado familiares en el hogar eslavo. Escritores del mayor talento, hombres tan llenos de perspicacia como de gran integridad, se han ocupado del asunto, y han creído en él. ¿De dónde procede, pues, tal *superstición*? ¿De dónde esta creencia unánime al través de los tiempos, y de dónde esta identidad de detalles y semejanzas en las descripciones de aquel fenómeno particular que encontramos en el testimonio (generalmente jurado) de pueblos extraños los unos á los otros, y que difieren por completo en materias concernientes á otras *supersticiones*?

•Hay—dice Dom Calmet, escéptico monje benedictino del siglo pasado—dos procedimientos distintos para destruir la creencia en estos

(1) Véase: *Hauts Phen.*, p. 199.

(2) *Huetiana*, p. 81.

pretendidos espectros.... El primero consiste en *explicar* los prodigios del vampirismo por medio de causas físicas. El segundo, en *negar completamente* la verdad de todos estos relatos; este último plan sería indudablemente el más seguro, así como el más prudente• (1).

El primer procedimiento, el de explicar esto por medio de causas físicas, si bien ocultas, es el adoptado por la escuela de Mesmerismo de Pierart. No son ciertamente los espiritistas los que puedan tener derecho á dudar de lo plausible de esta explicación. El segundo plan es el que ha sido adoptado por los hombres de ciencia y los escépticos. Unos y otros niegan rotundamente. Y según hace notar des Mousseaux, no hay otro camino mejor ni más seguro, y ninguno requiere menos filosofía ó saber.

El espectro de un lugareño, guarda de ganados, cerca de Kodom, en Baviera, empezó á aparecerse á varios de los habitantes del lugar, y, sea á consecuencia del susto ó por cualquiera otra causa, todos ellos murieron durante la semana siguiente. Los campesinos, en el colmo de la desesperación, desenterraron el cadáver, y lo clavaron al suelo con una larga estaca. La misma noche aparecióse otra vez, sumiendo á la población en un terror convulsivo, y sofocando á varios de los habitantes. En vista de esto, las autoridades de la localidad entregaron el cuerpo al verdugo, el cual lo llevó á un campo vecino, en donde lo quemó. «El cadáver—dice des Mousseaux, citando á Dom Calmet— aullaba como un loco, pateando y llorando como si estuviese vivo. Cuando de nuevo fué atravesado con agudas estacas, lanzaba agudos gritos, y arrojaba oleadas de roja sangre. Las apariciones de tal espectro no cesaron hasta después de haber quedado el cuerpo reducido á cenizas• (2).

Varios agentes de la justicia visitaron los lugares que según el rumor público eran frecuentados por los espectros; los cadáveres fueron exhumados, y en casi todos los casos se ha observado que el cuerpo sospechoso de vampirismo aparecía sano y sonrosado, y que sus carnes no estaban en manera alguna descompuestas. Se observaba que los objetos que hablan pertenecido á estos espectros se movían por la casa sin que nadie los tocara. Pero las autoridades generalmente se negaban á recurrir á la degollación y cremación, antes de que se hubiesen cumplido las formalidades estrictas del procedimiento legal. Fueron citados los testigos, y sus declaraciones eran oídas y atentamente meditadas. Después de esto, se procedió al examen de los cadáveres desenterrados; y, si presentaban señales inequívocas y características de vampirismo, eran entregados al verdugo.

(1) Dom Calmet: *Apparitions, etc.* Paris, 1751, vol II, p. 47; *Hauts Phenomenes de la Magie*, p. 195.

(2) *Hauts Phen.*, p. 196.

•Pero —objeta Dom Calmet (1)—la dificultad principal consiste en saber *cómo* estos vampiros pueden abandonar sus tumbas, y *cómo* vuelven á entrar en las mismas, sin que parezca que *la tierra haya sido removida en lo más mínimo*; *cómo* es que se les ve con sus habituales prendas de vestir, *cómo* pueden moverse, ir de un lado á otro y *comer*. . . . Si todo esto es pura fantasía por parte de aquellos que se figuran verse molestados por estos vampiros, ¿por qué á los espectros culpados se les encuentra después en sus sepulturas. . . . sin presentar ninguna señal de descomposición, llenos de sangre, flexibles y frescos? ¿Cómo explicar el porqué *sus piés se han encontrado sucios y cubiertos de barro el día siguiente á la noche* en que los espectros habían aparecido y aterrorizado á los vecinos, mientras que nada de esto se observaba en los restantes cadáveres enterrados en el mismo cementerio? (2). ¿Por qué, además, una vez quemados nunca más reaparecen, y que tales casos hayan ocurrido *con tanta frecuencia* en este país, que se ha hecho imposible curar al pueblo de esta preocupación? Porque esta preocupación, en lugar de ser destruída, la experiencia diaria no hace otra cosa que arraigarla más y más en la gente y aumentar su fé en ella»(3).

Hay un fenómeno de naturaleza desconocida, y por lo tanto, desechado así por la fisiología como por la psicología en nuestra época de incredulidad. Este fenómeno es un estado de *semi-muerte*. Virtualmente, el cuerpo está muerto; y en los casos de personas en quienes la materia no ha predominado sobre el espíritu, y cuya maldad no ha sido tan grande que llegase á destruir la espiritualidad, una vez abandonado dicho cuerpo á sí mismo, el alma astral se irá desprendiendo de él por medio de esfuerzos graduales, y, al romperse el último eslabón, se encuentra para siempre separada de su cuerpo terreno. Una polaridad magnética igual repelerá violentamente al hombre etéreo de la masa orgánica en descomposición. Toda la dificultad consiste: 1.º, en que se cree que el último momento de la separación entre los dos es aquel en que el cuerpo es declarado *muerto* por la ciencia; y 2.º, en la incredulidad dominante acerca de la existencia, sea del alma, sea del espíritu, por parte de la misma ciencia.

Pierart trata de demostrar que siempre es peligroso enterrar á la gente demasiado pronto, aun cuando el cuerpo ofrezca señales indudables de putrefacción. •Los infelices muertos catalépticos—dice este doctor,—enterrados como si estuviesen *completamente* muertos en lugares frescos y secos, en donde *el cuerpo no puede ser destruído por*

(1) *Hauts Phen.*, p. 196.

(2) Véase el mismo testimonio jurado en los documentos oficiales: *De l' Insp. des Camis*, H. Blanc, 1859. Plon, Paris.

(3) Dom Calmet: *Apparit.*, vol II, chap. XLIV, p. 212.

causas morbosas; su espíritu (astral), revistiéndose de un cuerpo *fluidico* (etéreo), se ve impelido á abandonar su tumba, y á ejecutar, á expensas de los seres vivientes, actos peculiares de su vida física, especialmente los de *nutrición*, cuyo producto, gracias á un misterioso lazo existente entre el cuerpo y el alma, que la ciencia espiritualista explicará algún día, es transmitido al cuerpo material, que todavía yace en su sepultura, ayudándole de este modo á conservar su existencia vital» (1). Estos espíritus, en sus cuerpos efimeros, han sido vistos con frecuencia *saliendo del cementerio*; y se ha sabido que se han agarrado á sus vecinos vivientes, y les han chupado su sangre. Las investigaciones judiciales han demostrado que á consecuencia de esto sobrevenia la emaciación de las víctimas, la cual frecuentemente terminaba con la muerte.

Así pues, siguiendo el piadoso consejo de Dom Calmet, ó debemos persistir negando estos hechos, ó bien, si los testimonios humanos y legales son dignos de tenerse en cuenta, aceptar la única explicación posible. «Que las almas de los difuntos se encarnan en vehículos aéreos ó etéreos está plena y claramente probado por hombres tan eminentes como el Dr. C. y el Dr. More—dice Glanvil,—y ellos han demostrado extensamente que esta era la doctrina de los más grandes filósofos y de los más antiguos padres (2).

El filósofo alemán Görres dice, en corroboración de lo anterior, que «Dios nunca ha creado al hombre como un cuerpo muerto, sino como un animal *lleno de vida*. Una vez Él lo hubo así creado, encontrándolo dispuesto para recibir el aliento inmortal, sopló en su rostro, y de esta suerte el hombre vino á ser una doble obra maestra en sus manos. En el centro de la vida misma fué donde aquel soplo misterioso penetró en el primer hombre (raza?), y desde aquel momento quedaron unidos el *alma animal* procedente de la tierra, y el *espíritu* emanado de los cielos» (3).

Des Mousseaux, juntamente con otros escritores católico-romanos, exclama: «¡Esta proposición es completamente anticatólica!» Bueno, ¿y qué? Puede ser archi-anticatólica, y no obstante ser lógica y ofrecer una solución para muchos enigmas psicológicos. El sol de la ciencia y de la filosofía brilla para todo el mundo; y si los católicos, que suman escasamente la séptima parte de la población del globo, no se dan por satisfechos, quizás lo estarán los muchos millones de personas pertenecientes á otras religiones que les sobrepujan en número.

Y ahora, antes de dejar este repulsivo asunto, el vampirismo, que-remos citar un caso más para que sirva de ejemplo, sin otra garantía

(1) Pierart: *Revue Spiritualiste*, vol. IV, p. 104.

(2) *Sadducismus Triumphatus*, vol. II, p. 70.

(3) Görres: *Obras completas*, vol. III, cap. VII, p. 132.

que la de habérselo comunicado varios testigos al parecer fidedignos.

A principios de este siglo, sucedió en Rusia uno de los casos más horribles de vampirismo que se registran. El Gobernador de la Provincia de Tch.* era un hombre de unos sesenta años, y de un carácter malicioso, tiránico, cruel y celoso. Investido de una autoridad despótica, la ejercía sin contemplación alguna, llevado del primer impulso de sus brutales instintos. Se enamoró de una linda muchacha, hija de un oficial que estaba á sus órdenes. A pesar de que la doncella estaba prometida á un joven al cual ella amaba, el tirano obligó á su padre á consentir en casarla con él; y la pobre víctima, presa de la mayor desesperación, llegó á ser su esposa. Muy pronto se reveló el carácter celoso del marido. Maltrataba y golpeaba á su mujer, la tenía encerrada en su habitación durante semanas enteras, y la prohibía ver á nadie como no fuera en su presencia. Por último el Gobernador cayó enfermo y murió. Sintiendo su fin próximo, hizo jurar á su esposa que no se volvería á casar; y con horribles juramentos, la amenazó, en el caso de que lo hiciera, con salir de su sepulcro y matarla. Fué enterrado en un cementerio á la otra parte del río, y la joven viuda quedó libre de nuevos disgustos, hasta el punto de que, venciendo la naturaleza sus temores, la hija del oficial dió oídos á las repetidas instancias de su antiguo amante, y de nuevo quedaron comprometidos.

La noche de la acostumbrada fiesta de los esponsales, cuando todo el mundo se hubo retirado, alborotóse la antigua casa con los gritos y chillidos que salían del cuarto de la novia. Forzáronse las puertas, y se encontró á la infeliz mujer desmayada en su cama. Al mismo tiempo percibióse el ruido de un carruaje que salía del patio. El cuerpo de la joven estaba lleno de cardenales negros y azules, al parecer debidos á fuertes pellizcos, y de una ligerísima punzada que se veía en el cuello brotaban gotas de sangre. En cuanto la viuda volvió en sí, dijo que su difunto marido había entrado súbitamente en la habitación apareciéndosele exactamente como en vida, con la diferencia de presentar una horrible palidez; que le había echado en cara su inconstancia, golpeándola y pellizcándola después del modo más cruel. No se dió crédito á semejante relato, pero á la mañana siguiente, el centinela estacionado en el otro extremo del puente que cruza el río refirió que, momentos antes de la media noche, un negro carruaje arrastrado por seis caballos pasó con una velocidad espantosa por dicho puente, en dirección de la ciudad, sin contestar nadie á sus voces de alto.

El nuevo Gobernador, que no creía en la historia de tal aparición, tomó sin embargo la precaución de doblar los centinelas de la otra parte del puente, pero á pesar de esto repitióse el suceso noche tras noche; los soldados declaraban que la barrera de pontazgo situada

cerca del puente se levantaba por sí sola, y que el fantástico tren pasaba velozmente por delante de ellos, á pesar de todos sus esfuerzos para detenerlo. Al mismo tiempo, todas las noches, oíase en el patio de la casa el ruido sordo y prolongado del coche. Los vigilantes, juntamente con la familia de la viuda y los criados, quedaban sumidos en un profundo sueño, y todas las mañanas se encontraba á la joven víctima magullada, ensangrentada y desfallecida como antes. La consternación reinaba en la ciudad. Los médicos no acertaban á explicar el caso; los sacerdotes iban á la casa para pasar la noche en oración, mas, al acercarse la media noche, todos caían presa de un terrible letargo. Finalmente, el mismo arzobispo de la provincia llegó, y verificó la ceremonia del exorcismo en persona, pero á la mañana siguiente se encontró á la viuda del Gobernador en un estado más deplorable que nunca. Estaba á las puertas de la muerte.

Por fin, el Gobernador se vió obligado á adoptar las más severas medidas para calmar el pánico siempre creciente en la población. Situó cincuenta cosacos á lo largo del puente, con orden de detener á todo trance el carruaje-fantasma. Puntualmente á la hora acostumbrada, se oyó y vió el coche que iba aproximándose por el camino del cementerio. El oficial de guardia y un sacerdote, con un crucifijo en la mano, se plantaron delante de la barrera de pontazgo, y gritaron á la vez: «En nombre de Dios y en el del Czar, ¿quién viene aquí?» Apareció por la ventanilla del coche una cabeza bien conocida, y una voz que no lo era menos contestó: «¡El Consejero secreto de Estado y Gobernador C*!» En el mismo instante, el oficial, el sacerdote y los soldados fueron lanzados violentamente á un lado, como si hubiesen recibido una conmoción eléctrica, y el fantástico tren pasó antes que aquéllos volvieran en sí.

El arzobispo resolvió entonces, como último recurso, apelar al procedimiento sancionado por el tiempo, de desenterrar el cuerpo y clavarlo en tierra por medio de una aguda estaca de roble que le atravesase el corazón. Ejecutóse esto con gran pompa religiosa en presencia de todo el pueblo. Los que contaron el hecho dicen que se encontró el cuerpo repleto de sangre y con sus mejillas y labios rojos. En el momento de dar el primer golpe á la estaca, salió del cadáver un gemido, y un chorro de sangre brotó impetuosamente á bastante altura. El arzobispo pronunció el exorcismo acostumbrado, volvióse á enterrar al cuerpo, y desde entonces no se oyó hablar más del vampiro.

Hasta qué punto las circunstancias de este caso pueden haber sido exageradas por la tradición no podemos decirlo. Pero nosotros hace años que lo sabemos por un testigo ocular; y hoy día existen aún familias en Rusia cuyos miembros más ancianos recuerdan este espantoso suceso.

Respecto á la afirmación que se encuentra en los libros de Medi-

cina, de lo frecuentes que son los casos de inhumación de individuos que sólo están sumidos en estado cataléptico, y á las persistentes negaciones de los especialistas de que suceda tal cosa, excepto en casos muy raros, no tenemos más que fijarnos en la prensa diaria de todos los países para encontrar la verdad de un hecho tan horrible. El Reverendo H. R. Haweis, maestro en artes y autor de *Cenizas á cenizas* (1), enumera en su obra, escrita en defensa de la cremación, algunos casos muy lamentables de entierros prematuros. En la página cuarenta y seis se halla el diálogo siguiente:

«Pero ¿tiene usted noticia de muchos casos de entierro prematuro?»

«Indudablemente. No diré que en nuestro clima templado sean frecuentes, pero ocurren algunos. Apenas puede removerse la tierra de un cementerio, que no se encuentren ataúdes conteniendo no solamente cuerpos boca abajo, sino también esqueletos con las contorsiones de la desesperada lucha postrera de la vida debajo de la tierra. Que los cadáveres estén vueltos puede ser debido á una brusca sacudida del ataúd, pero no se explican así *las contorsiones*».

Después de esto, pasa á relatar los siguientes casos recientes:

•En Bergerac (Dordogne), en 1842, el paciente tomó una bebida soporífera... pero no despertó... Le sangraron, y tampoco despertó. Por fin se le declaró muerto y fué enterrado. Pasados unos pocos días, recordando alguien que el paciente había tomado una bebida narcótica, abrieron la sepultura. El cuerpo había cambiado de posición y había *forcejeado*•.

•El *Sunday Times* del 30 de Diciembre de 1838 refiere que en Tonneins, Bajo Garona, mientras se estaba enterrando á un hombre, se oyó un ruido poco perceptible que salía del ataúd; el sepulturero, asustado, echó á correr... Subieron el ataúd y lo abrieron al instante. Una cara descompuesta por el terror y la desesperación, un sudario destrozado, unos miembros contraídos, expresaban la triste verdad: *¡demasiado tarde!*•

•El *Times*, en Mayo de 1873, refiere que en el mes de Agosto de 1873 una señora joven murió poco después de su casamiento... Al año el marido se volvió á casar, y la madre de su primera esposa resolvió trasladar los restos de su hija á Marsella. Abrióse el ataúd, y se encontró á la desdichada joven con el cuerpo encogido, el cabello en desorden y la mortaja hecha pedazos• (2).

Como tendremos que referirnos otra vez á este asunto al tratar de los milagros de la Biblia, lo dejamos por ahora para volvernos á los fenómenos mágicos.

(1) *Ashes to Ashes*, Londres: Daldy, Isbister & C^o, 1875.

(2) El autor indica, á todos cuantos duden de lo expuesto, la obra de G. A Walker: *Hechos recogidos en cementerios*, págs. 84-193, 194, etc.

Si hubiésemos de dar una descripción completa de las varias manifestaciones que tienen lugar entre los adeptos de la India y de otros países, podríamos llenar volúmenes enteros, pero esto no aprovecharía gran cosa, pues no quedaría lugar para la explicación. Por lo tanto, escogemos preferentemente aquellos que tienen sus análogos en los modernos fenómenos, ó que han sido autenticados por medio de una investigación legal. Horst trató de dar á sus lectores una idea de ciertos espíritus persas, pero no consiguió resultado alguno, porque la sola mención de algunos de ellos basta para marear la cabeza del creyente. Allí están los Devs y sus especialidades; los Darwands y sus tenebrosos artificios; los Shadim y los Djinnas; toda la inmensa legión de espíritus, demonios, duendes y elfos del calendario persa; y por otra parte los Seraphines, Querubines, Izeds, Amshaspands, Sephiroths, Malachims, Elohims de los judíos; y, añade Horst, «los millones de espíritus astrales y elementarios, de espíritus intermedios, fantasmas y seres imaginarios de todas clases y colores» (1).

Pero la mayoría de estos espíritus nada tienen que ver con los fenómenos consciente y deliberadamente producidos por los magos orientales. Estos rechazan tal acusación, y dejan para los hechiceros la ayuda de los espíritus elementales y elementarios. El adepto tiene sobre unos y otros un poder ilimitado, pero raras veces hace uso de él. Para la producción de los fenómenos físicos, manda á los espíritus de la naturaleza como á *poderes* obedientes, no como inteligencias.

Como nos gusta siempre reforzar nuestros argumentos con testimonios distintos del nuestro, será oportuno presentar la opinión de un periódico, el *Herald* de Boston, respecto de los fenómenos en general y de los médiums en particular. Habiendo experimentado amargos desengaños con algunas personas de poca conciencia, que pueden ser ó dejar de ser *médiums*, el escritor se tomó el trabajo de averiguar lo que hay de cierto tocante á ciertas maravillas que se dice tienen lugar en la India, y de compararlas con las de la moderna taumaturgia.

«El médium de nuestros días—dice—tiene mucha más semejanza, en sus métodos y manipulaciones, con el célebre conjurador que figura en la historia, que con ningún otro representante del arte mágico. Más adelante se verá cuán cerca se halla todavía de las prácticas de sus prototipos. En 1615, una delegación de hombres distinguidos y muy ilustrados, pertenecientes á la Compañía Inglesa de la India Oriental, visitó al emperador Jehangire. Durante su misión, fueron testigos de muchos hechos sumamente maravillosos, hasta el punto de que dichas personas apenas se atrevían á dar crédito á sus propios sentidos, y sin tener ni remotamente un indicio siquiera que pudiese

(1) Horst: *Zauber Bibliothek*, vol. v, 52.

conducir á su solución. Hallándose una partida de encantadores y juglares bengaleses exhibiendo sus artes delante del Emperador, se les pidió produjesen sobre el terreno, y de semilla, diez moreras. Inmediatamente metieron en la tierra diez semillas, las cuales á los pocos minutos dieron origen á otros tantos árboles. Removida la tierra en el punto en que una semilla había sido colocada, aparecían unas hojas muy finas, seguidas inmediatamente de tallos delicados, los cuales crecían rápidamente produciendo hojas, brotes y ramas, extendiéndose finalmente por el aire, madurando, floreciendo y dando frutos, que maduraron sobre el mismo sitio y resultaron excelentes. Y todo esto sin que el espectador hubiese desviado los ojos de allí. Una higuera, un almendro, un mango y un nogal fueron producidos al mismo tiempo y en idénticas condiciones, llevando los frutos que á cada uno de dichos árboles correspondían. Una maravilla seguía á otra maravilla. Las ramas se llenaron de pájaros de hermoso plumaje, saltando entre las hojas y cantando melodiosamente. Las hojas se secaron y cayeron, las ramas y los brotes se marchitaron, y por fin los árboles cedieron á su propio peso volviendo á la tierra de la cual habían todos brotado en el espacio de una hora.

»Otro hechicero tenía un arco y unas cincuenta flechas con punta de acero. Disparó una flecha al aire, y ¡oh maravilla! la flecha quedó fija en el espacio á una altura considerable. Otra y otras flechas fueron disparadas, fijándose cada una en la caña de la precedente, hasta que formaron todas ellas una cadena de flechas en el espacio, excepto la última disparada, la cual, rompiendo la cadena, hizo caer al suelo todas las demás flechas por secciones.

»Levantaron dichos bengaleses dos tiendas comunes una enfrente de otra, separadas por un tiro de flecha poco más ó menos. Estas tiendas fueron minuciosamente examinadas por los espectadores, como se hace con los gabinetes de los mediums, y declaradas vacías. Las tiendas estaban sujetas al terreno en todo su circuito. Entonces fueron invitados los espectadores á decir, á su elección, qué animales ó pájaros querían que saliesen de las tiendas para trabar un combate. Khaun-e-Jahaun incrédulamente pidió ver una lucha entre avestruces. A los pocos minutos salieron dos avestruces, uno de cada tienda, acometiéndose con gran encarnizamiento, y en breve la sangre corrió en abundancia; pero estaban sus fuerzas tan equilibradas, que por ninguno de ellos se decidía la victoria, hasta que por último fueron separados los avestruces por los mismos encantadores, y conducidos dentro de las tiendas. Después de esto, las varias peticiones de aves y cuadrúpedos que hacían los espectadores fueron exactamente cumplidas, y siempre con los mismos resultados.

»Trajeron una gran caldera en la que echaron una porción de arroz. Sin ninguna señal de fuego, el arroz pronto empezó á cocerse,

y de la caldera salieron más de un centenar de fuentes de arroz con un ave asada en el remate de cada una de ellas. Este fenómeno es verificado en menor escala por los fakires más ordinarios de nuestros días.

»Pero nos falta espacio para poder demostrar cómo, en comparación de los hechos registrados en épocas pasadas, las mezquinas y humildes operaciones de los médiums del día han quedado eclipsadas y oscurecidas por las de otros tiempos y de otros pueblos más hábiles. No existe un rasgo maravilloso en cualquiera de los llamados fenómenos ó manifestaciones que no haya sido y que no sea aún hoy más que duplicado por otros diestros operadores cuya conexión con la tierra, y con la tierra sola, es demasiado evidente para ser puesta en duda, aunque el hecho no estuviese apoyado por su propio testimonio».

Es un error el decir que los fakires y los juglares pretenden siempre ser ayudados por los espíritus. En las evocaciones casi religiosas, tales como las que, según describe Jacolliot, hizo Kovindasami en presencia de este caballero francés, cuando la concurrencia deseaba ver manifestaciones verdaderas «espirituales», los operadores acuden á los Pitris, sus antepasados desencarnados, y á otros espíritus *puros*. A éstos sólo pueden evocarlos por medio de la plegaria. Respecto de todos los demás fenómenos, son producidos por el mago y el fakir, á voluntad. A pesar del estado aparente de abyección en que estos últimos viven, son con frecuencia iniciados de los templos, y con tantos conocimientos en ocultismo como sus hermanos más ricos.

Los Caldeos, á quienes Cicerón cuenta entre los más antiguos mágicos, establecían el fundamento de toda magia en los poderes internos del alma del hombre, y en el discernimiento de las virtudes mágicas de los minerales, plantas y animales. Con ayuda de estos, ejecutaban los más asombrosos «milagros». La magia, entre ellos, era sinónima de religión y ciencia. Sólo más tarde fué cuando los mitos religiosos del dualismo Mazdeano, desfigurados por la teología cristiana y personificados por ciertos padres de la Iglesia, adquirieron la desagradable forma en que los vemos expuestos por escritores católicos tales como des Mousseaux. La realidad objetiva de los incubos y súcubos de la Edad-media, aquella abominable superstición que durante la época medioeval costó tantas vidas humanas, defendida por su autor en un volumen completo, es la producción monstruosa del fanatismo y de la epilepsia. Aquello no puede tener ninguna forma *objetiva*, y atribuir sus efectos al Diablo es una blasfemia, puesto que implica que Dios, después de haber creado á Satán, le permitió una tal manera de conducirse. Si nos vemos obligados á creer en el vampirismo, es por la fuerza de dos irrefutables proposiciones de la ciencia oculta psicológica: 1.^a El alma astral es una entidad distinta y

separable de nuestro *yo*, y puede ir vagando á gran distancia del cuerpo sin que se rompa el hilo de la vida. 2.^a El cuerpo no está *completamente* muerto, y mientras puede volver á entrar en él su habitante, éste puede recoger del mismo las emanaciones materiales suficientes para permitirle aparecer en una forma casi terrestre. Pero sostener, con des Mousseaux y de Mirville, que el Diabolo, á quien los católicos conceden un poder que en su antagonismo iguala al de la Divinidad Suprema, se transforma en lobo, culebra y perro para satisfacer sus deseos y procrear monstruos, es una idea en cuyo seno se ocultan los gérmenes del culto diabólico, de la locura y del sacrilegio. La Iglesia Católica, que no sólo nos enseña á creer en esta monstruosa farsa, sino que obliga á sus misioneros á predicar semejante dogma, no tiene porqué hacer tantos aspavientos contra el culto del Diabolo de algunos Parsis y sectas de la India Meridional. Antes al contrario; porque cuando oímos á los Yezidas (1) repetir el bien conocido proverbio: «Hazte amigo de los demonios; dales tu hacienda, tu sangre, tus servicios, y no tengas cuidado en cuanto á Dios: *Él no te dañará*», tan sólo los vemos consecuentes con su fe y reverencia hacia el Supremo; su lógica es sólida y racional. Adoran á Dios demasiado profundamente para imaginar que Él, el autor del universo y de sus leyes, sea capaz de causar el menor daño á ellos, pobres átomos; pero existen los *demonios*, y estos son *imperfectos*, y por lo tanto, tienen ellos buenas razones para temerlos.

De consiguiente, el Diabolo, en sus varias transformaciones, no puede ser más que una quimera. Cuando nos figuramos verle, oírle y sentirle, con demasiada frecuencia no es otra cosa que la reflexión de nuestra alma perversa, depravada é impura lo que vemos, oímos y sentimos. Se dice que lo semejante atrae á lo semejante; así, según la manera que nuestra forma astral se desliza al exterior durante las horas del sueño, en armonía con nuestros pensamientos, trabajos y ocupaciones diarias, todo lo cual queda fielmente impreso sobre la cápsula plástica llamada *alma humana*, ésta atrae en torno suyo á seres espirituales análogos á la misma. De aquí que algunos sueños y visiones sean puros y bellos, y otros impuros y diabólicos. Se despierta la persona, y, ó bien se apresura á acudir al confesionario, ó con la mayor indiferencia se rie de tal pensamiento. En el primer caso, se le promete la salvación final á costa de algunas indulgencias (que tiene que comprar á la Iglesia), y quizás de un poquito de purgatorio ó hasta de infierno. ¿Qué importa?, ¿no está él seguro de ser eterno é inmortal, haga lo que haga? Allí está el Diabolo. ¡Afuera con él, con libro, campana é hisopo! Pero el Demonio vuelve atrás, y con frecuencia el verdadero creyente se ve obligado á no

(1) Pequeña nación situada á orillas del Eufrates. (N. del Tr.)

creer en Dios cuando claramente se percibe de que el Demonio lleva la mejor parte sobre su creador y Señor. Entonces se ve abandonado, la segunda vez que tal cosa sucede. Permanece indiferente, y se entrega por completo al Diablo. Muere, y el lector ha visto la consecuencia en los capítulos precedentes.

Este pensamiento está admirablemente expresado por el Dr. Ennemoser: «La religión no está aquí (Europa y China) tan profundamente arraigada como entre los Indos», dice, argumentando acerca de esta superstición. «El espíritu de los griegos y de los persas era más vivo.... La idea filosófica acerca del buen y mal principio y del mundo espiritual.... debe haber ayudado á la tradición para formar visiones de figuras celestes é infernales junto con las más espantosas contorsiones, que en la India eran producidas mucho más sencillamente por un fanatismo más entusiasta; allí el vidente *recibía de cerca la luz divina*; aquí se perdía en una multitud de objetos exteriores, con los cuales confundía él su propia identidad. Las convulsiones, acompañadas de ausencia de raciocinio en el individuo, en países distantes, eran aquí comunes porque la imaginación era menos firme, y también menos espiritual.

»Las causas externas son también distintas, produciendo diversas modificaciones el sistema de vivir, la posición geográfica y algunos medios artificiales. La manera de vivir en el Occidente ha sido siempre muy variable, y por lo tanto, perturba y altera la ocupación de los sentidos, y en su consecuencia, *la vida externa es reflejada* en el mundo interno de los sueños. Los espíritus tienen, por consiguiente, una variedad infinita de formas, é inclinan á los hombres á satisfacer sus pasiones, mostrándoles los medios para hacerlo y descendiendo á los detalles más minuciosos, *lo cual está tan por debajo* de las elevadas naturalezas de los iluminados Indos».

Purifique el estudiante de las ciencias ocultas su propia naturaleza y procure que sus pensamientos sean tan elevados como los de los videntes Indos, y entonces podrá dormir sin que le molesten vampiros, incubos ó súcubos. En torno de la forma insensible de tal durmiente, el inmortal espíritu difunde un poder divino que le protege de toda maligna asechanza, como podría hacerlo un muro de cristal.

«*Hæc murus æneus esto: nil conscire sibi, nulla pallascere culpa*».

CAPÍTULO XIII

«*Alquimista*.—Tú siempre hablas con enigmas. Dime si eres tú aquella fuente acerca de la cual escribe el señor Bernardo Trevigano.

Mercurio.—Yo no soy la fuente, pero soy el agua. La fuente me rodea».

SANDIVOGIUS: *Nueva luz sobre la Alquimia*.

«Todo cuanto nos vanagloriamos de hacer es esto: descubrir los secretos del organismo humano, saber porqué las partes se osifican y la sangre detiene su curso, y aplicar continuos remedios contra los efectos del tiempo. *Esto no es magia*; es el arte de la medicina debidamente comprendido».

BULWER-LYTTON.

«;Mira, guerrero! Ahora la roja cruz
Indica la tumba del muerto poderoso;
Dentro de ella arde una luz portentosa
Que aleja á los espíritus que aman las tinieblas.
Aquella lampara arderá sin agotarse
Hasta que la eterna sentencia se haya cumplido».

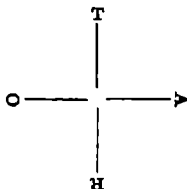
.

SIR WALTER SCOTT.

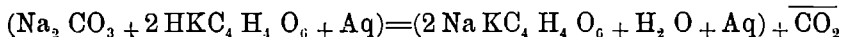
HAY personas cuya inteligencia es incapaz de apreciar la grandeza intelectual de los antiguos, hasta en lo referente á la ciencia física, aun cuando se les ofrezca la demostración más completa de su profundo saber y de sus descubrimientos. A pesar de la lección de prudencia que por más de un descubrimiento inesperado han recibido, siguen ellos todavía en su antiguo sistema de negar, y lo que es todavía peor, de ridiculizar todo aquello que, no teniendo medios para ello, no pueden probar ni dejar de probar. Así, por ejemplo, se reirán de que los talismanes tengan eficacia de un modo ó de otro. Que los siete espíritus del *Apocalipsis* estén directamente relacionados con los siete poderes ocultos de la naturaleza es cosa que parece incomprensible y absurdo á sus débiles inteligencias; y sólo de pensar que un mágico pretenda hacer maravillas por medio de ciertos ritos kabalísticos, les acomete una convulsión de risa. Viendo únicamente una figura geométrica trazada en un papel, en un pedazo de metal ó de otra substancia, no pueden ellos concebir que haya un sér racional capaz de atribuirle alguna potencia oculta. Pero aqué-

llos que se han tomado el trabajo de informarse sobre este punto saben que los antiguos llevaron á cabo grandes descubrimientos, tanto en psicología como en física, y que sus investigaciones dejaron pocos secretos por descubrir.

Por nuestra parte, cuando vemos que el pentáculo es una figura sintética que expresa en forma concreta una profunda verdad de la naturaleza, nada observamos en él que lo haga más ridículo que las figuras de Euclides, ni nada tan semi-cómico como los símbolos de las obras modernas de química. ¿Puede darse una cosa más absurda para el lector no iniciado que el símbolo $\text{Na}_2 \text{CO}_3$ signifique Carbonato de sosa y que $\text{C}_2 \text{H}_6 \text{O}$ represente el alcohol? Muy divertido es que los alquimistas expresasen su *Azoth*, ó principio creador de la naturaleza (luz astral), por medio del símbolo:



que comprende tres cosas: 1.º, la divina hipótesis; 2.º, la síntesis filosófica; 3.º, la síntesis física, ó lo que es lo mismo, una creencia, una idea y una fuerza. Pero es perfectamente natural que un químico moderno que desea indicar á los estudiantes en su laboratorio la reacción de un carbonato sódico con el crémor tártaro en disolución emplee este símbolo:



Si al lector ignorante puede perdonársele por contemplar con la boca abierta este abracadabra de la ciencia química, ¿por qué sus profesores no han de reprimir sus burlas hasta que hayan aprendido á conocer la filosófica importancia del simbolismo de los antiguos? Al menos eviten el ser tan ridículos como Monsieur de Mirville, quien, confundiendo el *Azoth* de los filósofos Herméticos con el *azoe* (nitrógeno) de los químicos, dice muy formalmente que aquéllos adoraban al gas nitrógeno! (1)

Aplicuese un objeto de hierro á un imán, y quedará impregnado de su principio sutil, siendo capaz de comunicarlo á su vez á otro hierro. Ni pesa más, ni aparece distinto de lo que antes era. Y sin embargo, una de las más sutiles potencias de la naturaleza ha penetrado en su substancia. Un talismán, que de por sí quizá no será mas que un despreciable fragmento de metal, un pedazo de papel ó un trozo de

(1) Véase Eliphas Levi: *La Science des Esprits*.

cualquier cosa, ha recibido, no obstante, la influencia de aquel imán superior á todos los imanes, la voluntad humana, con una potencia para el bien ó para el mal, tan fácil de reconocer y tan real en sus efectos como la propiedad sutil que el hierro adquiere por su contacto con el imán físico. Dejad que olfatee el sabueso una prenda de ropa que el fugitivo haya llevado, y seguirá su rastro al través de bosques y pantanos, hasta el sitio en que se oculta. Dad á uno de los «psicómetras» del profesor Buchanan un manuscrito, sea cual fuere su antigüedad, y os describirá el carácter del escritor, y tal vez hasta su aspecto personal. Entregad á una clarevidente un rizo de pelo ó cualquier objeto que haya estado en contacto con la persona de la cual se quiere saber alguna cosa, y se establecerá entre ambas personas una simpatía tan íntima, que la primera podrá seguir las huellas de la segunda durante toda su vida.

Los ganaderos nos dicen que los animales jóvenes no deben juntarse con los adultos; y los médicos inteligentes prohíben á los padres tener á sus hijos en su misma cama. Cuando David era viejo y débil, se reanimaron sus fuerzas vitales teniendo el rey una joven en su lecho, en íntimo contacto con él, de modo que pudiese absorber su vigor. La última Emperatriz de Rusia, hermana del actual Emperador de Alemania, estaba tan débil en los últimos años de su vida, que los médicos la aconsejaron formalmente que tuviese por las noches en su cama una muchacha campesina, sana y robusta. Cualquiera que haya leído la descripción hecha por el Dr. Kerner acerca de la vidente de Prevost, Mme. Hauffe, recordará bien las palabras de ésta. Decía ella continuamente que sólo sostenía su vida gracias á la atmósfera de las personas que la rodeaban, y á sus *emanaciones magnéticas*, las cuales se avivaban extraordinariamente en virtud de su sola presencia. La vidente era evidentemente un *vampiro* magnético, que absorbía, atrayéndola á sí, la vida de todos aquellos que eran bastante robustos para cederle parte de su vitalidad en forma de sangre *volatilizada*. El Dr. Kerner hace notar que dichas personas estaban más ó menos afectadas por esta pérdida de fuerzas.

Con estos ejemplos familiares acerca de la posibilidad de que un fluido sutil sea comunicado de un individuo á otro, ó á las substancias que dicho individuo toque, se hace menos difícil el comprender que por medio de una determinada concentración de la voluntad, un objeto que de otro modo sería inerte puede ser dotado de una potencia protectora ó destructora, según sea el objeto que se ponga.

Una emanación magnética, inconscientemente producida, con seguridad será dominada por otra más fuerte con la cual se ponga en oposición. Pero cuando una voluntad inteligente y poderosa dirige la fuerza ciega y la concentra sobre un punto dado, la emanación

más débil llega con frecuencia á dominar á la más fuerte. Una *voluntad* humana produce el mismo efecto sobre el *Akasa*.

En cierta ocasión, fuimos testigos, en Bengala, de una manifestación del poder de la voluntad que aclara una fase sumamente interesante de esta cuestión. Un adepto en magia ejecutó unos cuantos pases sobre un objeto de estaño común, el interior de la tapadera de una fuente convenientemente colocada junto á él, y, contemplándola con atención durante unos pocos momentos, parecía coger el imponderable fluido á manos llenas y lanzarlo contra la superficie de la tapadera. A los seis segundos aproximadamente de estar expuesta en plena luz, la brillante superficie del estaño cubrióse súbitamente de una especie de nubecilla. Luego empezaron á aparecer en dicha superficie unas manchas de un tinte más oscuro, y cuando después de unos tres minutos nos fué entregada la tapadera, encontramos impresa en ella una pintura, ó más bien una fotografía del paisaje que se extendía delante de nosotros; fiel como la naturaleza misma, y siendo perfectos todos los colores. Dicha impresión se conservó durante unas cuarenta y ocho horas, desvaneciéndose después lentamente.

Este fenómeno puede explicarse fácilmente. La voluntad del adepto condensó sobre el estaño una película de *akasa*, la cual, durante este tiempo, convirtió la tapadera en una especie de placa fotográfica sensibilizada. La luz hizo lo demás.

Una muestra como ésta del poder de la voluntad para llevar á cabo hasta resultados físicos objetivos preparará al estudiante para comprender su eficacia en la curación de las enfermedades, comunicando la virtud deseada á objetos inanimados puestos en contacto con el paciente. Cuando vemos á psicólogos tales como Maudsley (1) citando, sin contradicción, la historia de algunas maravillosas curaciones efectuadas por el padre de Swedenborg, historias que no difieren de otros centenares de curaciones llevadas á cabo por otros «fanáticos», como él los llama, magos y curadores naturales, y, sin intentar explicar sus hechos, detenerse para reírse de la intensidad de su fé, sin preguntarse á sí mismo si el secreto de aquella potencia curativa no dependía del dominio conferido por aquella fé sobre ciertas fuerzas ocultas, deploramos que en nuestros tiempos exista una tan grande erudición unida á una tan mezquina filosofía.

Aseguramos bajo nuestra palabra que no sabemos ver que el químico moderno sea menos mago que el antiguo teurgo ó filósofo Hermético, excepto en lo siguiente: que este último, reconociendo el dualismo de la naturaleza, tenía para sus investigaciones experimentales un campo dos veces más vasto que el de que dispone el qui-

(1) Henry Maudsley: *Cuerpo y Mente*.

mico. Los antiguos animaban estatuas, y los Herméticos llamaban á la existencia, procedentes de los elementos, á las formas de las salamandras, gnomos, ondinas y silfides, las cuales no pretendían ellos crear, sino sencillamente hacerlas visibles manteniendo abierta la puerta de la naturaleza, de modo que, bajo ciertas condiciones favorables, pudiesen presentarse á la vista. El químico pone en contacto dos elementos contenidos en la atmósfera, y, desarrollando una fuerza latente de afinidad, crea un cuerpo nuevo, el agua. En las perlas esferoidales y diáfanas que nacen á consecuencia de esta unión de gases, vienen los gérmenes de la vida orgánica, y en sus intersticios moleculares se ocultan el calor, la electricidad y la luz, exactamente de la misma manera como tiene lugar en el cuerpo humano. ¿De dónde viene esta vida en la gota de agua que acaba de nacer de la unión de dos gases? ¿Y qué es esta misma agua? ¿Han sufrido el oxígeno y el hidrógeno alguna transformación que destruya sus cualidades simultáneamente con la destrucción de su forma? He aquí la respuesta de la ciencia moderna: «Si el oxígeno y el hidrógeno existen como tales en el agua, ó si han sido producidos por alguna transformación desconocida é ignorada de su substancia, es una cuestión acerca de la que podemos especular, pero respecto de la cual nada sabemos» (1). No sabiendo nada acerca de una cosa tan sencilla como la constitución molecular del agua, ó respecto del más grave problema de la aparición de la vida en el seno de la misma, ¿no sería ventajoso para Mr. Maudsley poner en práctica su propio principio, y permanecer *tranquilamente resignado en la ignorancia, hasta que la luz venga?* (2).

Las pretensiones de los amigos de la ciencia esotérica de que Paracelso produjo, químicamente, *homúnculos* por medio de ciertas combinaciones todavía desconocidas de la ciencia exacta, son, como es de suponer, relegadas al almacén de las despreciadas patrañas. Pero ¿por qué? Si Paracelso no hizo homúnculos, otros adeptos los desarrollaron, y no hace mil años todavía. Fueron de hecho producidos exactamente según el mismo principio por medio del cual el físico y el químico llaman á la vida á sus *animálculos*. Hace pocos años, un caballero inglés, Andrew Crosse, de Somersetshire, produjo *ácaros* del modo siguiente: «mezcló pedernal negro calentado al rojo y pulverizado, con carbonato de potasa, lo expuso á un intenso calor durante quince minutos, y la mezcla fué vertida en un crisol de grafito colocado en un horno de aire. Fué reducida á polvo mientras estaba caliente, y mezclada con agua hirviendo; durante algunos minutos se mantuvo la ebullición, y después se añadió ácido hidroclo-

(1) Josiah Cooke, Jr.: «*La Nueva Química*».

(2) Henry Maudsley: *Los límites de la investigación filosófica*, p. 286.

rico hasta supersaturación. Después de permanecer expuesta á la acción voltáica por espacio de veinte y seis días, apareció un insecto perfecto de la tribu de los *ácaros*, y, en el transcurso de unas pocas semanas, apareció un centenar más. El experimento fué repetido empleando otros fluidos químicos, con igual resultado. Un tal Mister Weeks también ha producido los *ácaros* en el ferrocianuro de potasio.

Este descubrimiento produjo una gran excitación. Mr. Crosse fué acusado de impiedad por sus conatos de creación. Contestó el acusado rechazando el cargo, y diciendo que él consideraba que «*crear era formar algo de la nada*» (1).

Otro señor, considerado por varias personas como un hombre de gran saber, nos ha dicho repetidas veces que está á punto de probar que á los huevos no fecundados se les puede hacer germinar haciendo que una corriente eléctrica negativa pase al través de ellos.

La planta llamada *dudim*, ó fruto de amor, encontrada en el campo por Rubén, hijo de Jacob, y que excitó la imaginación de Raquel, era la *mandrágora* kabalística, á pesar de las opiniones contrarias; y los versículos que á ello se refieren pertenecen á los pasajes más *crudos* de toda la obra, en lo que á su sentido esotérico se refiere. La *mandrágora* es una planta que presenta la forma rudimentaria de una criatura humana, teniendo una cabeza, dos brazos y dos piernas que forman las raíces. La superstición de que cuando es arrancada del suelo grita con una voz humana no está completamente desprovista de fundamento. Lanza una especie de chillido á causa de la substancia resinosa de sus raíces, las cuales son algo difíciles de arrancar; esta planta tiene también más de una propiedad oculta completamente desconocida de los botánicos.

El lector que quiera formarse una idea clara acerca de la conmutación de las fuerzas, y de la semejanza entre los principios vitales de las plantas, animales y seres humanos, puede consultar con fruto un trabajo sobre la correlación de las fuerzas nerviosas y mentales escrito por el profesor Alejandro Bain, de la Universidad de Aberdeen. La *mandrágora* de que hablamos parece ocupar en la tierra el punto de unión entre los reinos animal y vegetal, correspondiendo á los pólipos y zoófitos en el mar; siendo en cada caso los límites tan poco distintos que es casi imposible percibir en dónde el uno concluye y el otro empieza. Quizás parecerá improbable que hayan debido existir *homúnculos*, pero ¿se atreverá algún naturalista, viendo los recientes progresos de la ciencia, á decir que es imposible? «¿Quién—dice Bain—es capaz de limitar las posibilidades de la existencia?»

(1) «*Scientific American*», 12 Agosto, 1868.

Los misterios inexplorados de la naturaleza son numerosos, y de aquellos que se cree que han sido explicados, difícilmente puede decirse que uno solo haya llegado á ser completamente inteligible. No hay una sola planta ni un solo mineral que hayan revelado la última de sus propiedades á los sabios. ¿Qué es lo que los naturalistas saben acerca de la naturaleza íntima de los reinos vegetal y mineral? ¿Cómo pueden ellos estar seguros de que para cada una de las propiedades descubiertas, no puedan existir muchos poderes ocultos en la naturaleza *interna* de la planta ó de la piedra? Y eso están ellos únicamente esperando que se relacione con alguna otra planta, mineral ó fuerza de la naturaleza para manifestarse, como se suele decir, de un «modo sobrenatural». Siempre que Plinio el naturalista, Eliano y hasta Diodoro, procurando con laudable perseverancia desenmarañar la verdad histórica de su mezcla de exageraciones y de fábulas, atribuyen á alguna planta ó mineral una virtud oculta desconocida de nuestros botánicos y físicos, sus afirmaciones son desechadas sin más ceremonias como absurdas, y no se habla más de ellas.

Desde tiempos inmemoriales ha sido objeto de las especulaciones de los hombres de ciencia el averiguar qué es esta fuerza vital ó principio de vida. Según nuestro modo de ver, únicamente la «doctrina secreta» nos puede proporcionar la clave de esto. La ciencia exacta reconoce solamente cinco poderes en la naturaleza, uno *molar* y cuatro *moleculares*; los kabalistas, *siete*; y en estos dos adicionales está encerrado todo el misterio de la vida. Uno de estos es el espíritu inmortal, cuyo reflejo está unido de un modo invisible hasta con la materia inorgánica; en cuanto al otro, dejamos á cada cual que lo descubra por sí mismo. El profesor José le Conte dice: «¿Cuál es la naturaleza de la diferencia entre los organismos vivos y los organismos muertos? *Ninguna* podemos percibir, sea física sea química. Todas las fuerzas químicas y físicas sacadas del depósito común de la naturaleza, y encarnadas en el organismo vivo, parecen existir todavía en el muerto, hasta que poco á poco van desapareciendo con la descomposición. Y sin embargo, la diferencia es enorme, inmensamente grande. ¿Cuál es la naturaleza de esta diferencia, expresada en la fórmula de la ciencia material? ¿Qué es lo que se ha ido y adónde se ha ido? Algo hay aquí que la ciencia no ha podido comprender todavía. Y sin embargo, es precisamente esta pérdida que tiene lugar en el momento de la muerte, y antes de que sobrevenga la descomposición, lo que constituye en su más elevado sentido la fuerza vital!» (1)

Por difícil, mejor dicho, por imposible que parezca á la ciencia el

(1) Le Conte: *Correlación de la fuerza vital con las fuerzas químicas y físicas.*

encontrar el motor invisible y universal de todas las cosas, la *Vida*, el explicar su naturaleza, ó siquiera insinuar una hipótesis razonable acerca de la misma, tal misterio es sólo un misterio á medias, no solamente para los grandes adeptos y videntes, sino hasta para los firmes y sinceros creyentes en un mundo espiritual. Para el simple creyente, no favorecido con un organismo personal, cuya sensibilidad nerviosa y delicada le permitiría, como permite al vidente, percibir al universo visible reflejado como en un claro espejo en el Invisible, y por decirlo así, objetivamente, para él queda la *fé* divina. Esta se halla firmemente arraigada en sus sentidos internos; en su infalible intuición, con la cual nada tiene que ver la razón fría, *siente* que ella no puede engañarle. Contradíganse mutuamente los dogmas erróneos inventados por el hombre, y los sofismas teológicos repélanse los unos á los otros; derribe la sutil casuística de una creencia los mañosos argumentos de otra: la verdad permanece una, y no existe una sola religión, sea cristiana, sea pagana, que no esté firmemente asentada sobre la roca de los siglos: Dios y el espíritu inmortal.

Todo animal está más ó menos dotado de la facultad de percibir, si no espíritus, por lo menos algo que por ahora es invisible para la generalidad de los hombres y que únicamente puede ser visto por un clarevidente. Hemos hecho centenares de experimentos con gatos, perros, monos de varias clases, y una vez con un tigre domesticado. Un espejo negro redondo, conocido con el nombre de «cristal mágico», fué fuertemente mesmerizado por un señor indo que habitaba antes en Dindigul y que actualmente reside en un punto más apartado, entre las montañas conocidas con el nombre de Ghauts Occidentales. Había domesticado un cachorro que le habían traído de la costa de Malabar, en cuya parte de la India los tigres son proverbialmente feroces; y con este interesante animal es con el que hicimos nuestros experimentos.

A manera de los antiguos *Marsos* y *Psilas*, los famosos encantadores de serpientes, el mencionado señor pretendía tener un poder misterioso para domesticar toda clase de animales. El tigre en cuestión estaba reducido, por decirlo así, á una *torpeza mental* crónica; se había vuelto tan inofensivo y tan manso como un perro. Podían los niños importunarle y tirarle de las orejas: lo único que hacía era sacudirse y aullar como un perro. Pero cada vez que se le obligaba á mirar en el «espejo mágico», el pobre animal entraba súbitamente en un estado de excitación que llegaba hasta una especie de frenesí. Sus ojos expresaban el más vivo terror *humano*; aullando desesperadamente, incapaz de desviar la vista del espejo, en el cual parecían estar clavados sus ojos como por una fascinación magnética, debatíase y temblaba hasta apoderarse de él un temor convulsivo ante la vista de algo desconocido para nosotros. Echábase entonces al suelo gruñendo débil-

mente, pero mirando siempre al espejo. Cuando éste era quitado de su presencia, quedábase el animal jadeante, y parecía postrado durante unas dos horas. ¿Qué es lo que veía? ¿Qué imagen fantástica de su propio mundo *animal* invisible podía producir unos efectos tan terro-ríficos en un animal salvaje y naturalmente feroz y atrevido? ¿Quién puede decirlo? Quizás *aquel* que produjo tal escena.

El mismo efecto en los animales se observó durante *sesiones* espi-ritistas con algunos santos mendigos. Y lo mismo cuando un sirio semigentil y semicristiano de Kunankulam (Cochín), reputado hechicero, fué invitado á unirse con nosotros, con objeto de ejecutar diversos experimentos.

Eramos en conjunto nueve personas, siete hombres y dos muje-res, una de estas natural del país. Cerca de nosotros en la habitación estaba el joven tigre muy ocupado con un hueso; además un wánde-roo, ó mono león, el cual, con su negro pelaje, su perilla blanca como la nieve, sus patillas y sus ojos ladinos y chispeantes, parecía la personificación de la malicia; y por último, una hermosa oropéndola dorada, limpiando tranquilamente su vistosa cola en una percha, colocada cerca de una gran ventana del *verandah*. En la India, las sesiones «espiritistas» no tienen lugar á obscuras, como en América, ni se exigen más condiciones que un silencio perfecto y buena har-monía. La luz del día penetraba á raudales por las puertas y ventan-as abiertas, mientras que un lejano murmullo de vida procedente de los bosques y selvas vecinos nos enviaba los ecos de miriadas de insectos, pájaros y cuadrúpedos. Estábamos sentados en medio de un jardín en el cual se había edificado la casa, y en lugar de respirar la sofocante atmósfera de una sala de sesión, nos hallábamos en medio de los racimos rojos como fuego de la eritrina ó árbol del coral, res-pirando los fragantes perfumes de árboles y arbustos, y de las flores de la bignonia, cuyas blancas hojas temblaban acariciadas por una suave brisa. En una palabra, estábamos rodeados de luz, de harmo-nía y de perfumes. Grandes ramilletes de flores y de arbustos consa-grados á los dioses del país fueron cogidos con este objeto y llevados á las habitaciones. Teníamos la suave albahaca, la flor de Vishnú, sin la cual ninguna ceremonia religiosa puede verificarse en Bengala; y las ramas del *Ficus religiosa*, árbol dedicado á la misma resplan-deciente deidad, y entre cuyas hojas veíanse mezcladas las sonrosadas flores de loto sagrado y de la tuberosa india, adornaban profusa-mente las paredes.

Mientras el «bienaventurado», representado por un fakir muy sucio, pero verdaderamente santo, permanecía sumido en su propia contemplación, y sucedían algunas maravillas bajo la dirección de su voluntad, el mono y el pájaro dieron pocas señales de inquietud. Solamente el tigre temblaba visiblemente á intervalos, y miraba sor-

prendido por toda la habitación, como si sus verdes ojos, que brillaban con luz fosfórica, siguiesen á algún sér invisible que flotase en todas direcciones. Aquello que todavía no era perceptible para ojos humanos debía por lo tanto ser objetivo para él. Respecto del *vánderoo*, toda su vivacidad había desaparecido; parecía soñoliento y permanecía acurrucado é inmóvil. El pájaro dió muy pocos, si es que dió alguno, signos de inquietud. Oíase un ruido como de alas que se moviesen suavemente en el aire; las flores recorrían toda la habitación, separadas de su sitio por manos invisibles; y al caer una magnífica flor azulada encima de las patas dobladas del mono, tuvo éste un sobresalto nervioso y fué á buscar refugio debajo del blanco traje de su amo. Estas manifestaciones duraron por espacio de una hora, y sería demasiado largo relatarlas por completo, siendo la más curiosa de todas aquella con la cual dió fin esta sesión de prodigios. Habiéndose quejado alguien de calor, fuimos obsequiados con una lluvia de un rocío delicadamente perfumado. Las gotas caían rápidas y abundantes, produciendo una sensación de frescura inexplicable y secándose inmediatamente después de habernos tocado.

Cuando el fakir hubo terminado su exhibición de magia *blanca*, el «brujo» ó conjurador, como le llamaban, se preparó para poner de manifiesto su poder. Ibamos á presenciar una serie de maravillas que las relaciones de los viajeros han hecho familiares para el público; mostrando, entre otras cosas, el hecho de que los animales poseen naturalmente la facultad de la clarevidencia, y hasta, al parecer, la habilidad de distinguir los buenos espíritus de los malos. Todos los actos del hechicero fueron precedidos de fumigaciones. Quemó ramas de árboles y arbustos resinosos, lo cual produjo nubes de humo. Aunque nada ocurría allí que pudiera creerse capaz de asustar á un animal que sólo pusiese en juego sus ojos naturales, el tigre, el mono y el pájaro daban muestras de un terror indescriptible. Hicimos una insinuación de que los animales podían haberse asustado á la vista de los tizones encendidos, acudiendo á nuestra memoria la costumbre habitual de encender hogueras al rededor del campo, para alejar á los animales feroces. Para no dejar ninguna duda acerca del particular, el sirio se acercó al acurrucado tigre con una rama del árbol-Bael (1) (consagrado á Siva), y la hizo pasar varias veces sobre su cabeza, pronunciando en voz baja mientras tanto sus formas de encantamiento. El bruto dió instantáneamente muestras de un terror pánico imposible de describir. Sus ojos sallan de las órbitas como si fuesen dos globos candentes; echaba espuma por la boca; brincaba por el piso como buscando un agujero en donde esconderse; lanzaba aullidos y más aullidos, despertando un centenar de ecos que le res-

(1) El manzano silvestre.

pondían desde el bosque y la selva. Finalmente, echando una mirada postrera al sitio del cual sus ojos no se habían desviado ni un momento, dió un salto desesperado que rompió su cadena, y se lanzó al través de la ventana del *verandah*, llevándose consigo un trozo de marco. El mono se había ya escapado mucho antes, y el pájaro cayó de la percha como si estuviese paralizado.

No pedimos al fakir ni al hechicero una explicación del método por el cual se efectuaron sus fenómenos respectivos. Si lo hubiésemos hecho, indudablemente nos hubieran contestado como lo hizo un fakir á un viajero francés, el cual cuenta su historia en un número reciente de un periódico de Nueva York, llamado el *Franco-American*, del modo siguiente:

• Muchos de estos juglares indos que viven en el silencio de las pagodas hacen cosas que dejan muy atrás los juegos de prestidigitación de Robert Houdin, y hay muchos otros que producen los más curiosos fenómenos de magnetismo y catalepsia sobre el primer hombre ó animal que encuentran, hasta el punto de haberme preguntado muchas veces si los Brahmanes, con sus ciencias ocultas, no han hecho grandes descubrimientos sobre las cuestiones que recientemente se han agitado en Europa.

» En cierta ocasión, estando tomando café con otras personas en casa de sir Maxwell, éste dió orden á su *dobachy* de introducir al encantador. Pocos momentos después, entró un indio flaco, casi enteramente desnudo, de cara ascética y color bronceado. Al rededor de su cuello, de sus brazos, muslos y tronco, tenía enroscadas varias serpientes de diferentes tamaños. Después de habernos saludado, dijo: 'Dios sea con vosotros; soy Chibh-Chondor, hijo de Chibh-Goutnalh-Mava.'

• 'Deseamos presenciar lo que sabéis hacer', dijo nuestro anfitrión.

• 'Yo obedezco las órdenes de Siva, que me ha enviado aquí', contestó el fakir acurrucándose sobre una de las losas de mármol.

» Las serpientes levantaron entonces su cabeza y silbaron, pero sin dar ninguna señal de cólera. Entonces, cogiendo un pequeño caramillo que llevaba atado á un mechón de su pelo, produjo unos sonidos apenas perceptibles, imitando el canto del *tailapaca*, pájaro que se alimenta de nueces de coco machacadas. Desenroscáronse entonces las serpientes, y empezaron unas tras otras á deslizarse sobre el pavimento. Tan pronto como tocaban al suelo, erguían cosa de una tercera parte de su cuerpo, y se balanceaban cadenciosamente al compás de la música de su amo. De pronto, el fakir soltó su instrumento, é hizo con sus manos varios pases sobre las serpientes, que eran diez ó doce y todas ellas pertenecientes á las especies más mortíferas de la cobra india. Sus ojos tomaron una expresión extraña.

Todos los concurrentes sentíamos un malestar indefinible, y procurábamos separar de él nuestra mirada. En aquel instante, un pequeño *shocra* (mono) (1), que estaba encargado de llevar fuego en un pequeño brasero para encender los cigarros, cediendo á tal influencia, se dejó caer al suelo, quedándose dormido. Cinco minutos transcurrieron así, y comprendimos que si las manipulaciones hubiesen continuado durante unos pocos segundos más, todos nos hubiéramos dormido. Chondor se levantó entonces, y, haciendo otros dos pases sobre el *shocra*, le dijo: 'Da fuego al comandante'. Levantóse el joven mono (2), y sin la menor vacilación se acercó y ofreció fuego á su amo. Se le pellizó, recibió tirones y golpes hasta no quedar ninguna duda de que estaba dormido. Tampoco se logró que se moviese del lado de sir Maxwell, hasta que se lo mandó el fakir.

»Entonces examinamos las cobras. Paralizadas por los efluvios magnéticos, yacían extendidas sobre las losas, y al cogerlas, vimos que estaban rígidas como palos. Estaban en un estado completo de catalepsia. Despertólas luego el fakir, con lo cual volvieron en sí, y se enroscaron de nuevo alrededor de su cuerpo. Le preguntamos si podía hacernos sentir su influencia. Hizo algunos pases sobre nuestras piernas, é instantáneamente perdimos el uso de estos miembros; no podíamos movernos de nuestros asientos; pero luego nos sacó de tal estado con la misma facilidad con que nos había paralizado.

»Chibh-Chondor terminó su sesión haciendo experimentos sobre objetos inanimados. Con unos simples pases que hizo con las manos en dirección del objeto sobre el que quería obrar, y sin abandonar su asiento, apagaba ó disminuía el brillo de las luces en los sitios más apartados de la habitación, hacía mover los muebles, incluyendo los divanes en que estábamos sentados, abría y cerraba las puertas. Viendo de repente un indo que estaba sacando agua de un pozo en el jardín, hizo un pase en aquella dirección, y la cuerda se detuvo súbitamente en su descenso, resistiendo todos los esfuerzos del asombrado jardinero. Con otro pase, la cuerda volvió á bajar.

»Yo le pregunté á Chibh-Chondor: '¿Empleáis los mismos medios al obrar sobre los objetos inanimados que sobre los seres vivientes?'

»'Yo no tengo más que un medio', me contestó.

»'¿Y cuál es?'

»'La voluntad. El hombre, que es el conjunto de todas las fuerzas intelectuales y materiales, debe dominarlas todas. Los mismos Brahmanes nada más podrían decir sobre esto'».

(1) Incorrecto: la palabra indostana para expresar el mono es *rukhi-charha*. Probablemente *chokra* significa un criadito del país. (En efecto, en la relación que hace Jacolliot en su *Voyage au pays des Perles*, esta palabra designa «un muchacho».—N. del Tr.)

(2) «El muchacho», según se lee en el original francés de la relación de Jacolliot.—(N. del Tr.)

•Sanang Setzen—dice el coronel Yule (1)—enumera una variedad de maravillosos hechos que pueden ser llevados á cabo por medio de los *Dharani* (encantos místicos de los indos). Tales son clavar una estaca en la dura roca; volver los muertos á la vida; convertir un cuerpo despreciable en oro; penetrar en todas partes *como lo hace el aire* (en forma astral); volar; coger animales salvajes con la mano; leer los pensamientos; hacer correr el agua hacia atrás; comer ladrillos; sentarse en el aire con las piernas cruzadas, etc. Antiguas leyendas atribuyen precisamente los mismos poderes á Simón Mago. «Él hacía andar á las estatuas; se metía en el fuego sin quemarse; volaba por el aire; convertía las piedras en pan; cambiaba de forma; presentaba dos caras al mismo tiempo; se convertía en una columna; hacía que las puertas cerradas se abriesen espontáneamente; hacía que las vasijas de una casa se moviesen por sí solas, etc.» El jesuita Delrio se lamenta de que crédulos príncipes, que por otra parte gozaban de piadosa reputación, hubiesen permitido que en su presencia se ejecutasen *diabólicas* habilidades, «como por ejemplo, hacer saltar objetos de hierro, copas de plata y otras cosas pesadas de uno á otro extremo de la mesa, *sin emplear ningún imán* ni ninguna clase de comunicación» (2). Nosotros consideramos al PODER DE LA VOLUNTAD como el más poderoso de todos los imanes. La existencia de tal poder mágico en ciertas personas *está probada*, pero la existencia del Diablo es una ficción que ninguna teología es capaz de demostrar.

•Hay ciertos hombres á quienes los tártaros honran sobre todo cuanto existe en el mundo —dice fray Ricold— y estos son los *Baxitas*, los cuales son una especie de sacerdotes de idolos. Son hombres procedentes de la India, personas de profundo saber, *de buena conducta y de la más austera moralidad*. Están familiarizados con las artes mágicas... producen muchas ilusiones y pronostican sucesos futuros. Por ejemplo, de uno de los más eminentes entre ellos se ha dicho que volaba; sin embargo, la verdad del caso es, como está bien probado, que no volaba, sino que andaba muy cerca de la superficie de la tierra, sin tocarla; *y parecía sentarse sin tener debajo nada que le sostuviese* (3). Este último hecho fué presenciado por Ibn Batuta, en Delhi —añade el coronel Yule, quien cita al referido fraile en el *Libro de Ser Marco Polo*,—en presencia del sultán Mahomet Tughlak; y en Madrás, en este siglo, el mismo fenómeno lo ejecutaba públicamente un brahmán que sin duda alguna era descendiente de aquellos brahmanes á quienes Apolonio vió andar á una altura de dos codos sobre el suelo. Esto mismo se halla también descrito por el respetable Francis Valentyn, como una operación conocida y prac-

(1) «Libro de Ser Marco Polo», vol. I, pp. 303, 307.

(2) Delrio: «*Disquis. Magic.*», pp. 34, 100.

(3) H. Yule: «*El Libro de Ser Marco Polo*», vol. I, p. 308.

ticada en su tiempo en la India. 'Cuéntase—dice—que un hombre se sienta primeramente sobre tres palos dispuestos en forma de trípode; después de lo cual se le quita de debajo primero un palo, luego el segundo y por fin el tercero, y el individuo no cae, sino que continua sentado en el aire. Además, he hablado con dos amigos míos que han visto esto á un mismo tiempo; y puedo añadir que uno de ellos, desconfiando de lo que veían sus ojos, se tomó el trabajo de tantear con un largo palo por debajo del cuerpo para asegurarse de que no había nada en que pudiera sostenerse; y, como me dijo dicho caballero, no pudo ver ni tocar cosa alguna'. En otra parte hemos consignado que este mismo hecho fué ejecutado el año pasado, en presencia del príncipe de Gales y de su séquito.

Hechos tales como el referido no son nada en comparación de lo que hacen los juglares de profesión; «hechos—hace observar el autor antes mencionado—que podrían ser considerados como puras invenciones si fuese un solo autor el que las mencionase, pero que merecen llamar notablemente la atención desde el momento en que son referidos por un gran número de autores ciertamente independientes unos de otros, y escribiendo á largas distancias de tiempo y de lugar. Nuestro primer testigo es Ibn Batuta, y será necesario citarle lo mismo que á los demás, sin omitir un detalle, con el objeto de mostrar cuán íntimamente su testimonio á ello se ajusta. El viajero árabe asistió á una gran fiesta dada en la corte del virey de Khansa. 'Aquella misma noche se presentó un juglar, que era uno de los esclavos del Khan, y el Emir le dijo: «Ven á mostrarnos algunas de tus maravillas.» Entonces, cogió una bola de madera que tenía muchos agujeros, por los cuales pasaban largas correas, y, asiendo de una de ellas, lanzó la bola al aire. Fué á parar tan alta que todos la perdimos completamente de vista... (Estábamos en el centro del patio del palacio). Una pequeña porción tan sólo del extremo de la correa quedó en manos del encantador, el cual indicó á uno de los muchachos que le ayudaban que se agarrase á la misma y subiese por ella. Así lo hizo trepando por la correa, hasta que le perdimos también de vista. El hechicero le llamó tres veces, y, no recibiendo contestación, empuñó un cuchillo, como si estuviese en un arrebato de ira, agarróse igualmente á la correa, y desapareció del mismo modo. Al poco rato, arrojó al suelo una de las manos del muchacho, luego un pie, después la otra mano, en seguida el otro pie, más tarde el tronco y últimamente la cabeza. Bajó el juglar por fin, acalorado y jadeante, y, con su vestido ensangrentado, besó el suelo delante del Emir, y dijo á éste algo en lengua china. El Emir, en contestación, le dió alguna orden, y nuestro amigo recogió entonces los esparcidos miembros, los fué colocando en su sitio respectivo, dió con el pie un golpe en el suelo, y al punto enderezóse el muchacho permaneciendo de

pie delante de nosotros! Todo esto sorprendióme tan extraordinariamente que tuve un ataque de palpitación parecido al que experimenté una vez en presencia del Sultán de la India, cuando me hizo ver algún espectáculo del mismo género. Diéronme un cordial que me curó del ataque. El Kaji Afkharuddin, que estaba cerca de mí, le dijo: «Wallah, yo creo que aquí nadie ha subido ni bajado, ni se ha mutilado ni recompuesto á nadie. Todo esto no es más que una *farsa!*»¹

¿Y qué duda hay de que todo aquello no era más que una «farsa», una ilusión, ó *Maya*, como los indos la llaman? Pero cuando puede obligarse á que diez mil personas, por ejemplo, sean á un mismo tiempo víctimas de semejante ilusión, como lo vimos una vez durante una fiesta pública, seguramente los medios por los cuales una tan asombrosa alucinación puede ser producida merecen llamar la atención de la ciencia! Cuando por medio de una *magia* tal, un hombre que está en presencia vuestra, en una habitación cuyas puertas habéis cerrado y cuyas llaves tenéis en la mano, desaparece súbitamente, se desvanece como un relámpago, y no lo veis *en ninguna parte*, pero oís su voz procedente de distintos puntos del aposento, dirigiéndoos la palabra y riéndose de vuestra perplejidad, seguramente un *arte* tal no es indigno de Mr. Huxley ni del Dr. Carpenter. ¿No es acaso semejante misterio tan digno de que gastemos el tiempo en él, como aquel otro tan poco interesante de por qué los gallos del corral cantan á la media noche?

Lo que Ibn Batuta, el moro, vió en la China allá por el año de 1348, el coronel Yule nos presenta á Eduardo Melton, «viajero anglo-holandés», presenciando lo mismo en Batavia sobre el año 1670: «Uno de la misma cuadrilla (de hechiceros)—dice Melton (1)—tomó un pequeño ovillo de cordel, y cogiendo en su mano uno de los cabos, lanzó el otro al aire con una fuerza tal que su extremo fué á parar más allá del alcance de nuestra vista. Entonces trepó por el cordel con indescriptible velocidad.... Me quedé lleno de asombro, no concibiendo como había desaparecido, cuando he aquí que vemos caer del aire una pierna rodando; un momento después, una mano, etc.... En una palabra, todos los miembros del cuerpo fueron cayendo sucesivamente del aire, siendo recogidos en una cesta por otro individuo de la cuadrilla. El último de los pedazos fué la cabeza, y apenas hubo ésta tocado al suelo cuando aquel que recogía los miembros y los metía en la cesta, volviendo esta última del revés, los echó todos completamente revueltos. En el mismo instante vimos *con nuestros propios ojos todos aquellos miembros unirse* otra vez, y por fin, formar un hombre completo, que podía estar de pie y andar como antes, sin

(1) Edward Melton: *Engelsh Edelmans, Zeldzaame en Geden Kwaardige Zee en Land Reizen, etc.*, p. 468. Amsterdam, 1702.

que pareciese haber sufrido el menor daño!.... Jamás en mi vida me he maravillado tanto.... y ahora ya no me queda la menor duda de que estos hombres descarriados hacían tales cosas con ayuda del diablo».

En las memorias del emperador Jahangire, las habilidades de siete juglares de Bengala, verificadas en su presencia, son descritas en estos términos:«*Noveno*. Presentaron ellos un hombre al cual dividieron miembro por miembro, separándole verdaderamente la cabeza del cuerpo. Esparcieron por el suelo aquellos mutilados miembros, y en esta disposición los dejaron durante algún tiempo. Extendieron luego una sábana sobre aquel sitio, y metiéndose uno de los hombres debajo de la misma, salió de allí á los pocos minutos, seguido del individuo que suponíamos había sido descuartizado, en perfecto estado de salud..... *Veinte y tres*. Presentaron una cadena de cincuenta codos de largo, y en presencia mía arrojaron un extremo al cielo, y allí permaneció como si estuviese retenida por algo que existiera en el aire. Trajeron luego un perro, y después de haberlo colocado junto al extremo inferior de la cadena, subió en seguida con rapidez, y alcanzando el otro extremo, desapareció inmediatamente en el aire. Del propio modo un cerdo, una pantera, un león y un tigre fueron sucesivamente despachados hacia arriba por la cadena, desapareciendo todos igualmente al alcanzar el extremo superior. Por fin recogieron la cadena, y la metieron en el saco, no pudiendo nadie acertar cómo aquellos animales se habian desvanecido en el aire de una manera tan misteriosa como la que se acaba de relatar» (1).

Tenemos en nuestro poder una pintura que representa un conjurador persa por el estilo, con un hombre, ó mejor dicho, los diversos miembros de lo que un minuto antes era un hombre, esparcidos delante de él. Nosotros hemos visto á semejantes hechiceros, y sido testigos de tales habilidades más de una vez y en distintos países.

Recordando siempre que deseamos toda idea de milagro, y volviendo otra vez á fenómenos más trascendentales, quisiéramos ahora preguntar: ¿qué objeción lógica puede aducirse contra la pretensión de que muchos taumaturgos han logrado la reanimación de los muertos? El fakir descrito en el *Franco-Americain* podía llegar hasta decir que la fuerza de la voluntad del hombre es tan extraordinariamente poderosa que puede reanimar un cuerpo en apariencia muerto, obligando á volver atrás al alma fugitiva que no ha roto todavía por completo el hilo que durante la vida ha mantenido unidos á los dos. Docenas de tales fakires han permitido que les enterraran vivos ante millares de testigos, resucitando algunas semanas después. Y si los fakires poseen el secreto de este proceso artificial,

(1) *Memorias del emperador Jahangire*, pp. 99, 102.

idéntico ó análogo al de la invernación, ¿por qué no conceder que sus antecesores, los gimnosofistas, y Apolonio de Tíanes, que había estudiado con ellos en la India, y Jesús y otros profetas é iluminados, todos los cuales sabían acerca de los misterios de la vida y de la muerte mucho más que cualquiera de nuestros hombres de ciencia, podían haber resucitado personas muertas? Y estando completamente familiarizados con aquel poder, con aquel *algo* misterioso «que la ciencia no puede comprender todavía,» como confiesa el profesor Le Conte; sabiendo además «de dónde viene, y adónde va;» Eliseo, Jesús, Pablo y Apolonio, ascetas entusiastas y sabios iniciados, podían fácilmente haber vuelto á la vida á cualquier hombre que «no estuviese muerto, sino durmiendo,» sin necesidad de hacer ningún milagro.

Si las moléculas de un cadáver están impregnadas de las fuerzas fisico-químicas del organismo viviente (1), ¿qué es lo que impide que sean otra vez puestas en movimiento, desde el momento en que conozcamos la naturaleza de la fuerza vital y la manera de dominarla? El materialista no podrá ciertamente presentar ninguna objeción, porque con él no hay que hablar siquiera de la reinfusión del alma. Para él, el alma no existe, y el cuerpo humano debe sólo ser considerado como una máquina vital, una locomotora que se pondrá en movimiento en cuanto se le apliquen el calor y la fuerza, y que se detendrá en cuanto estos falten. Para el teólogo, el caso presenta mayores dificultades, porque en su opinión la muerte rompe el lazo que unía al cuerpo con el alma, y ésta no puede ser devuelta á aquél sin mediar un milagro, del mismo modo que el niño recién nacido no puede ser obligado á reanudar su vida fetal después del parto, y una vez cortado el cordón umbilical. Pero el filósofo Hermético, permaneciendo entre estos dos antagonistas irreconciliables, es *el dueño de la situación*. Él conoce la naturaleza del alma (una forma compuesta de fluido nervioso y de éter atmosférico), y sabe cómo la fuerza vital puede á voluntad hacerse activa ó pasiva, en tanto que no haya una destrucción irremediable de algun órgano necesario para la vida. Las pretensiones de Gaffarilus, las cuales, dicho sea de paso, parecían tan absurdas en 1650 (2), fueron después corroboradas por la ciencia. Sostenía dicho autor que todo objeto existente en la naturaleza, con tal que no fuese artificial, conservaba, todavía después de quemado, su forma en la ceniza, en la cual persistía hasta que surgía de nuevo.

Du Chesne, químico eminente, se aseguró por si mismo de tal hecho. Kircher, Digby y Vallemont han demostrado que las formas de las plantas pueden renacer de sus cenizas. En una reunión de

(1) J. Hughes Bennet: *Manual de Fisiología*, Edición americana de Lippincott, páginas 37—50.

(2) *Curiosités inouies*.

naturalistas celebrada en 1834 en Stuttgart, se encontró en una obra de Oetinger (1) una receta para la producción de semejantes experimentos. Cenizas de plantas quemadas contenidas en redomas, cuando calentadas, presentaban otra vez sus varias formas. «Una nube pequeña y oscura elevábase gradualmente en la redoma, tomaba una forma definida, y presentaba á la vista la planta ó la flor de la cual las cenizas procedían.» «La corteza terrena—escribe Oetinger— permanece en la retorta, mientras que la esencia volátil asciende, como un espíritu, perfecto en la forma, pero privado de substancia.» (2)

Y si hasta la forma astral de una planta, cuando su cuerpo ha muerto, permanece aún en sus cenizas, ¿persistirán los escépticos en decir que el alma del hombre, el yo interno, después de la muerte de la forma más grosera, es disuelta desde luego y para siempre? «En el momento de la muerte—dice el citado filósofo,—un cuerpo exuda del otro, por osmósis y á través del cerebro; es mantenido cerca de su antigua vestidura por una doble atracción, física y espiritual, hasta que ésta se descompone; y si se presentan condiciones apropiadas, puede el alma habitarla de nuevo y reanudar la vida interrumpida. Esto es lo que verifica durante el sueño; lo verifica más completamente durante el éxtasis, y de un modo más sorprendente bajo el mandato y con el auxilio de un adepto Hermético. Jámblico declara que una persona dotada de tales poderes para resucitar está 'llena de Dios'. Todos los espíritus subordinados de las esferas superiores están á sus órdenes, pues ya no es un mortal, sino un dios. En su *Epistola á los Corintios*, Pablo dice que los espíritus de los profetas están sujetos á los profetas».

Algunas personas tienen la facultad natural, y otras la adquirida, de extraer el cuerpo interno del externo á voluntad, de hacerle emprender largos viajes, y de ser visto por aquellos á quienes visita. Numerosos son los casos, referidos por testigos irreprochables, de «dobles» de personas, que han visto y con quienes han hablado á centenares de millas de los puntos en que se sabía estaban las mismas personas. Hermetimus, si debemos creer lo que Plinio y Plutarco nos dicen (3), podía á voluntad caer en éxtasis, y entonces su segunda alma se dirigía á cualquier sitio distante que se propusiera.

El abate Fretheim, el famoso autor de *Steganographie*, que vivía en el siglo diez y siete, podía hablar con sus amigos por el solo poder de su voluntad. «Yo puedo comunicar mis pensamientos á los iniciados—escribe— á una distancia de muchos centenares de millas, sin

(1) «Pensamientos acerca del nacimiento y generación de las cosas.»

(2) C. Crowe: «*Night—Side of Nature*,» p. 111.

(3) Plinio: «*Hist. Nat.*», VII, c. 52; y Plutarco: «*Discurso concerniente al Dæmon de Sócrates*,» 22.

palabras, escritos ni cifras, por medio de cierto mensajero. Este no puede hacerme traición, porque nada sabe. En caso necesario, puedo prescindir de mensajero. Si alguna de las personas con quienes tengo correspondencia estuviera encerrada en el más profundo de los calabozos, yo podría, á pesar de todo, transmitirle mis pensamientos tan clara y tan frecuentemente como yo quisiese, y esto de la manera más sencilla, sin superstición y sin el auxilio de espíritus.» Cordanus podía también á voluntad mandar su espíritu ó cualquier mensaje. Cuando hacía esto, sentía «como si se abriese una puerta, y yo mismo pasaba inmediatamente por ella dejando el cuerpo detrás de mí». (1) El caso de un elevado funcionario alemán, el consejero Wesermann, ha sido mencionado en un periódico científico (2). Pretendía ser capaz de obligar á algún amigo ó persona conocida á que soñase con lo que él quisiese, ó que viese á la persona que desease, á cualquier distancia que estuviesen. Sus afirmaciones resultaron ser ciertas, siendo comprobadas en varias ocasiones, tanto por escépticos como por ilustrados profesores. Podía también hacer que su doble apareciese en donde quería, y fuese visto por varias personas al mismo tiempo. Pronunciando en voz baja y al oído una sentencia preparada y convenida de antemano entre los incrédulos, á este propósito, su poder de proyectar el doble quedó plenamente demostrado.

Según Napier, Osborne, el mayor Lawes, Quenouillet, Nikiforovitch y muchos otros testigos modernos, está probado hoy día que los fakires son capaces, por medio de una larga dieta, preparación y descanso, de poner su cuerpo en una condición tal que les permite permanecer enterrados seis pies bajo tierra durante un periodo de tiempo indefinido. Sir Claudio Wade estaba presente en la corte de Rundjit Singh cuando el fakir mencionado por el honorable capitán Osborne estuvo durante seis semanas enterrado vivo en un ataúd colocado en una tumba situada tres pies debajo del pavimento de la habitación. (3) Para prevenir toda posibilidad de engaño, habíase destacado una guardia compuesta de dos compañías de soldados, de la cual «se sacaban cuatro centinelas que eran relevados cada dos horas, día y noche, para impedir que nadie entrase en dicho recinto... Al abrirlo—dice Sir Claudio—vimos una figura metida en un saco de lino blanco atado con un cordón sobre la cabeza... el criado empezó entonces á echar agua caliente sobre la cara... las piernas y los brazos estaban encogidos y rígidos, el rostro estaba natural, la cabeza inclinada sobre uno de los hombros, como la de un cadáver. En-

(1) «*De Res. Var.*», v. III, I, VIII, c. 43. Plutarco: «*Discurso concerniente al Dæmon de Sócrates*».

(2) Nasse: «*Zeitschrift für Psychische Aerzte*», 1820.

(3) «Osborne: El campo y la corte de Rundjit Singh»; Braid: «*On Frances*».

tonces llamé al médico, que me estaba esperando, para que entrase é inspeccionase el cuerpo, lo cual hizo, pero no pudo percibir pulsación alguna ni en el corazón, ni en las sienes, ni en el brazo. Existía, sin embargo, *algún calor en la región del cerebro*, faltando en todas las restantes partes del cuerpo».

Lamentando que los límites de esta obra no nos permitan citar los detalles de este tan interesante caso, añadiremos únicamente que en dicho proceso de resurrección iban incluidas las afusiones con agua caliente, fricciones, el quitar los taponés de cera y de algodón colocados en las ventanas de la nariz y en los oídos, el frotar los párpados con grasa ó manteca clarificada, y lo que parecerá más extraño á muchos, la aplicación de una torta de trigo caliente, de una pulgada de espesor, en el extremo de la cabeza». Después de aplicar la torta por tercera vez, el cuerpo sufrió una violenta convulsión, dilatáronse las ventanas de la nariz, restablecióse la respiración, y los miembros adquirieron su natural integridad, pero las pulsaciones eran todavía débilmente perceptibles. «La lengua fué entonces untada con grasa, las niñas de los ojos se dilataron y recobraron su color natural, y el fakir reconoció á todos los presentes y habló». Hay que advertir que no sólo las ventanas de la nariz y los oídos habían sido tapados, sino que además la lengua había sido vuelta hacia atrás, de modo que obturase la garganta, cerrando así los orificios para impedir la entrada del aire atmosférico. Mientras estábamos en la India, un fakir nos dijo que esto se hacía no sólo para prevenir la acción del aire sobre los tejidos orgánicos, si que también para evitar que en ellos se depositen gérmenes de putrefacción, los cuales, en el caso de suspensión de la vitalidad, originarian la descomposición, del mismo modo que lo hacen con cualquiera otra carne expuesta al aire. Existen asimismo localidades en las cuales los fakires rehúsan ser enterrados; tales como muchos puntos de la India meridional infestados por las hormigas blancas, siendo considerados tan molestos insectos como uno de los más peligrosos enemigos del hombre y de su hacienda. Son tan voraces que devoran todo cuanto encuentran, exceptuando quizás los metales. Respecto á la madera, no existe especie alguna de la misma al través de la cual no abran surcos ó galerías; y hasta los ladrillos y la argamasa ofrecen una débil resistencia á sus ejércitos formidables. Pacientemente trabajan para abrirse paso al través de la argamasa, destruyéndola partícula por partícula; y un fakir, por muy santo que sea, y por muy sólido que sea su ataud temporal, no se expondría á encontrarse con su cuerpo devorado cuando llegase el momento de su resurrección. He aquí un caso, simplemente uno de tantos, autorizado por el testimonio de dos nobles ingleses (uno de ellos oficial del ejército), y por un Príncipe indio tan escéptico como ellos mismos. Coloca á la ciencia

en este embarazoso dilema: ó debe declarar farsantes á muchos testigos irreprochables, ó admitir que si un fakir puede resucitar después de seis semanas, cualquier otro fakir puede hacer otro tanto; y si sucede esto con un fakir, ¿por qué no con un Lázaro, con un hijo de la Shunamita, ó con la hija de Jairo? (1).

Y ahora, quizás, no estará fuera de lugar el preguntar qué seguridad puede cualquier médico tener, fuera de la evidencia *externa*, de que el cuerpo está realmente muerto. Las mejores autoridades convienen en decir que no existe ninguna. El Dr. Todd Thomson, de Londres, (2) dice más positivamente que «la inmovilidad del cuerpo, como también su aspecto cadavérico, la frialdad de la superficie, la ausencia de respiración y de pulso, y el hundimiento de los ojos, no son señales inequívocas de que la vida está completamente extinguida». Únicamente la descomposición total es una prueba irrefutable de que la vida ha huido para siempre y de que el tabernáculo ya no tiene quien lo ocupe. Demócrito aseguraba que no existe ningún signo *cierto* de la muerte real. (3) Plinio sostenía lo mismo (4). Asclepiades, ilustrado médico y uno de los hombres más distinguidos de su tiempo, afirmaba que dicha seguridad es más difícil todavía tratándose de mujeres que de hombres.

Todd Thomson, antes citado, presenta varios casos notables de semejante suspensión de la vitalidad. Entre otros, menciona á un tal Francisco Neville, caballero normando, que dos veces murió aparentemente, y en las dos estuvo á punto de ser enterrado. Pero en el momento en que el ataúd era bajado á la tumba, dicho caballero volvía espontáneamente á la vida. En el siglo diez y siete, lady Russell, muerta según todas las apariencias, estaba á punto de ser enterrada, pero mientras que la campana estaba tocando para su funeral, sentóse en su ataúd y exclamó: «¡Ya es hora de ir á la iglesia!» Diemberbroese hace mención de un campesino que no dió la menor señal de vida durante tres días, pero que cuando ya estaba colocado en su ataúd, y cerca de su sepultura, revivió, gozando después largos años de vida. En 1836, un respetable ciudadano de Bruselas

(1) Mrs. Catalina Crowe, en su «*Night-Side of Nature*», p. 118, expone los detalles de un entierro parecido de un fakir, en presencia del general Ventura, juntamente con el Maharajah y muchos de sus Sirdars. El agente político en Loodhiana «estaba presente cuando el fakir fué desenterrado, diez meses después de haber sido sepultado». El ataúd ó caja que contenía al fakir, «habiendo sido enterrado en una pequeña excavación, se le echó tierra encima, la cual fué apisonada, después de lo cual sembróse encima cebada, y se colocaron centinelas para vigilarlo. El Maharajah, con todo, era tan escéptico, que á pesar de todas estas precauciones, dos veces distintas, durante los diez meses, mandó cavar y examinar el ataúd, y en cada una de ellas se le encontró *exactamente en el mismo estado* que cuando fué enterrado.

(2) Todd: *Apéndice á «La Ciencia Oculta»*. Vol. I.

(3) *A. Cornel. Cels.*, lib. II, cap. vi.

(4) *Hist. Nat.*, lib. VII, cap. LII.

cayó en un profundo letargo por la mañana de un domingo. El lunes, cuando sus sirvientes se disponían á atornillar la tapa del ataúd, el supuesto cadáver se sentó, restregóse los ojos, y pidió su café y un periódico (1).

En la prensa diaria se leen con bastante frecuencia casos semejantes de muerte aparente. En el momento en que esto escribimos (abril de 1877), encontramos, en una carta de Londres al *Times* de Nueva-York, el párrafo siguiente: «Miss Annie Goodale, la actriz, falleció hace tres semanas. Ayer no estaba todavía enterrada. El cuerpo está caliente y flexible, sus facciones tan suaves y móviles como en vida. Varios médicos la han examinado, y han ordenado que el cuerpo sea vigilado de día y de noche. La pobre señora está evidentemente aletargada, pero si volverá á la vida es imposible decirlo».

La ciencia considera al hombre como un agregado de átomos temporalmente unidos por una fuerza misteriosa denominada principio vital. Para el materialista, la única diferencia que existe entre un cuerpo vivo y un cuerpo muerto es que en el primer caso aquella fuerza es activa, y en el segundo latente. Cuando se ha extinguido, ó está completamente latente, las moléculas obedecen á una atracción superior, que las disgrega y esparce por el espacio.

Esta dispersión debe ser la muerte, si es posible concebir una cosa tal como la muerte, desde el momento en que las mismas moléculas del cuerpo muerto manifiestan una intensa energía vital. Si la muerte no es más que la acción de pararse una máquina que digiere, que anda y que fabrica pensamientos, ¿cómo puede la muerte ser real y no relativa, antes de que la máquina esté completamente destruida y sus partículas dispersadas? En tanto que algunas de ellas se mantengan unidas, la fuerza vital centripeta contrarrestará la acción centrifuga dispersadora. Eliphaz Levi dice: «El cambio atestigua el movimiento, y el movimiento sólo revela vida. El cuerpo no se descompondría si estuviese muerto; todas las moléculas que lo componen están vivas y luchan por separarse. ¿Y podéis pensar que el espíritu se liberta principalmente para dejar de existir, y que el pensamiento y el amor pueden morir, cuando no mueren las formas más groseras de la materia? Si el cambio debe llamarse muerte, morimos y nacemos de nuevo todos los días, porque todos los días nuestras formas sufren algún cambio». (2)

Los kabalistas dicen que el hombre no está muerto cuando su cuerpo es enterrado. La muerte no es jamás repentina, porque según Hermes nada en la naturaleza procede por transiciones violentas.

(1) *Morning Herald*, 21 julio 1836.

(2) *La Science des Esprits*.

Todo es gradual, y así como se requiere un desarrollo lento y gradual para producir un sér humano viviente, del mismo modo se necesita cierto tiempo para que desaparezca la vitalidad del cadáver. «La muerte no puede ser un fin absoluto, de igual manera que el nacimiento no es tampoco un verdadero principio. El nacimiento prueba la preexistencia del sér, así como la muerte es una prueba de inmortalidad», dice el citado kabalista francés.

Al paso que implícitamente creen en la resurrección de la hija de Jairo, presidente de la sinagoga, y en otros milagros bíblicos, los cristianos ilustrados, que por otra parte se indignarían de oírse llamar supersticiosos, rechazan con despreciativo escepticismo todos aquellos casos como el de Apolonio y el de la doncella á la cual éste, según refiere su biógrafo, devolvió á la vida. Diógenes Laercio, que hace mención de una mujer devuelta á la vida por Empédocles, no es tratado con mayor respeto; y el nombre de taumaturgo pagano es, á los ojos de los cristianos, sinónimo de impostor. Nuestros sabios son al menos un poco más racionales: comprenden á todos los apóstoles y profetas de la Biblia, así como á los paganos que hacían milagros, en dos categorías, ó sea, de locos alucinados, y de embusteros charlatanes.

Pero tanto los cristianos como los materialistas podrían, con un pequeñísimo esfuerzo de su parte, mostrarse condescendientes y lógicos al mismo tiempo. Para que se verifique un milagro tal, sólo tienen que avenirse á comprender lo que ellos leen, y someterlo á la crítica imparcial de su mejor juicio. Veamos hasta qué punto es esto posible. Dejando á un lado la ficción increíble de Lázaro, escogemos dos casos: el de la hija del jefe de la Sinagoga, devuelta á la vida por Jesús, y el de la recién casada corintia, resucitada por Apolonio. En el primer caso, desatendiendo completamente la significativa expresión de Jesús, *ella no está muerta, sino dormida*; el clero obliga á su Dios á convertirse en un violador de sus propias leyes, y á conceder injustamente á uno lo que niega á todos los demás, sin que á ello le impulsase otro móvil mejor que el de verificar un milagro inútil. En el segundo caso, á pesar de las palabras del biógrafo de Apolonio, tan claras y precisas que no dan el más leve motivo para interpretar mal su sentido, acusan ellos á Filostrato de impostura intencionada. ¡Quién más ingénuo que él, quién menos merecedor del cargo de mixtificación, cuando, al describir la resurrección de la doncella por el sabio de Tíanes, en presencia de una gran muchedumbre, dice el biógrafo: «ella *había parecido morir*»!

En otras palabras, este autor indica muy claramente un caso de animación suspendida; y entonces añade á continuación: «como la lluvia había caído en abundancia sobre la doncella» mientras era conducida á la pira, «con su cara vuelta hacia arriba, esto, *también*,

podía haber excitado sus sentidos». (1) ¿No demuestra esto con la mayor claridad que Filostrato *no* veía ningún milagro en aquella resurrección? ¿No implica más bien, si es que algo de ello puede deducirse, la gran sabiduría y habilidad de Apolonio, el cual, como Asclepiades, tenía el mérito de distinguir con una sola ojeada la muerte real de la aparente? (2)

La resurrección, después que el alma y el espíritu se han separado por completo del cuerpo, y se ha roto el último hilo eléctrico, es tan imposible como para un espíritu ya desencarnado lo es el reencontrarse de nuevo en esta tierra, excepto como ya se ha dicho en capítulos anteriores. «Una hoja, una vez desprendida, no vuelve á adherirse á la rama», dice Eliphaz Levi. «La oruga se convierte en mariposa, pero la mariposa no vuelve á convertirse en larva. La naturaleza cierra la puerta detrás de todo lo que pasa, é impele á la vida hacia delante. Las formas pasan, el pensamiento queda, y no se acuerda ya de aquello que ha dejado exhausto» (3).

¿Por qué debe imaginarse que Asclepiades y Apolonio gozaban de poderes excepcionales para el discernimiento de la muerte real? ¿Posee alguna escuela moderna de Medicina estos conocimientos para comunicarlos á sus estudiantes? Contesten por ellas sus autoridades. Estos prodigios de Jesús y de Apolonio se hallan tan bien atestigüados que aparecen como auténticos. Si en uno ó en ambos casos la vida estaba ó no simplemente suspendida, queda en pie el importante hecho de que por cierto poder, peculiar á ellos mismos, ambos hacedores de prodigios devolvieron la vida en un instante á los *aparentemente muertos* (4).

¿Es porque los modernos médicos no han encontrado todavía el secreto que evidentemente los teurgistas poseían, el motivo de negar su posibilidad?

Descuidada como está en la actualidad la psicología, y con el extraño estado caótico en que se halla la fisiología, según confesión de sus sabios más ingenuos, no es ciertamente muy probable que nuestros hombres de ciencia puedan pronto volver á descubrir los conocimientos perdidos de los antiguos. En los días de la antigüedad, cuando los profetas no eran tratados como charlatanes, ni los tauma-

(1) *Vit. Apol. Tyan.*, lib. IV, cap. XVI.

(2) *Salverte: Sciences Occultes*, vol. II.

(3) *La Science des Esprits*.

(4) Sería beneficioso para la humanidad el que nuestros médicos poseyesen esta misma facultad inestimable, porque entonces se registrarían menos muertes horribles después de la inhumación. Mrs. Catalina Crowe, en su *Night-Side of Nature*, menciona, en el capítulo sobre «Casos de muerte aparente», cinco casos parecidos, sólo en Inglaterra y durante el siglo presente. Entre ellos están el Dr. Walker, de Dublin, y un Mr. S., cuya suegra fué acusada de haberle envenenado, y que, al ser desenterrado, le encontraron vuelto boca abajo.

turgos como embaucadores, existían colegios instituidos para la enseñanza de la profecía y de las ciencias ocultas en general. Samuel es citado como el jefe de una institución semejante en Ramah; Eliseo lo era también en Jericó. Las escuelas de *hazim*, profetas ó videntes, eran celebradas por todo el país. Hillel tenía una academia regular, y es bien sabido que Sócrates envió á varios de sus discípulos á estudiar el *manticismo*. El estudio de la magia, ó sabiduría, abarcaba todas las ramas de la ciencia, tanto metafísica como física, la psicología y la fisiología, en su aspecto ordinario y oculto, y el estudio de la alquimia era universal, porque era una ciencia á la vez física y espiritual. Así pues, ¿por qué dudar ó maravillarse de que los antiguos, que estudiaban la naturaleza bajo su doble aspecto, hubiesen realizado descubrimientos que para nuestros modernos físicos, que estudian sólo su letra muerta, son un libro cerrado?

Por lo tanto, la cuestión no está en si un cuerpo *muerto* puede ser resucitado —porque el afirmar esto equivaldría á suponer la posibilidad de un milagro, lo cual es absurdo,—sino en cerciorarnos de si las autoridades médicas pueden tener la pretensión de determinar el momento preciso de la muerte. Los kabalistas dicen que la muerte ocurre en el instante en que el cuerpo astral, ó principio de vida, juntamente con el espíritu, se separan para siempre del cuerpo material. El médico científico que niega tanto el cuerpo astral como el espíritu, y no admite que exista otra cosa que el principio vital, opina que la muerte tiene lugar cuando la vida está aparentemente extinguida. Cuando cesan los latidos del corazón y el funcionamiento de los pulmones, y se manifiesta la rigidez cadavérica, y en especial cuando se inicia la descomposición, entonces declaran ellos la muerte del paciente. Pero los anales de la Medicina presentan ejemplos de «animación suspendida», como resultado de la asfixia por sumersión, por inhalación de gases y otras causas, citándose casos de personas ahogadas que han sido devueltas á la vida hasta después de haber permanecido en apariencia muertas por espacio de doce horas.

En los casos de catalepsia sonambúlica, no falta ninguno de los signos ordinarios de la muerte; la respiración y el pulso están extinguidos; el calor animal ha desaparecido; los músculos se hallan rígidos; los ojos vidriosos, y el cuerpo descolorido. En el célebre caso del coronel Townshend, él mismo se sumió en este estado en presencia de tres médicos; los cuales, después de algún tiempo, llegaron á persuadirse de que realmente estaba muerto, y se disponían ya á abandonar la habitación, cuando poco á poco el coronel fué volviendo á la vida. Dicho sujeto describe la facultad especial que poseía, diciendo que «podía morir ó expirar siempre que se le antojaba, y luego, mediante un esfuerzo ó por *algún modo*, podía recobrar de nuevo la vida.»

En Moscou ocurrió, hace pocos años, un caso notable de muerte

aparente. La mujer de un rico comerciante permaneció en estado cataléptico durante diez y siete días, durante los cuales las autoridades intentaron varias veces enterrarla; pero como la descomposición no se presentaba, la familia no consentía en tal ceremonia, y pasado aquel tiempo volvió á la vida.

Los ejemplos anteriores demuestran que los hombres más instruidos entre los que ejercen la profesión médica no pueden tener la certeza de que una persona haya muerto. Lo que ellos llaman «animación suspendida» es aquel estado del cual el enfermo sale espontáneamente por medio de un esfuerzo de su propio espíritu, el cual puede ser provocado por una cualquiera de muchas causas. En estos casos el cuerpo astral no se ha separado del cuerpo físico; sus funciones externas están simplemente suspendidas; el sujeto se halla en un estado de entorpecimiento, y la restitución á la vida no consiste más que en salir de aquel estado.

Pero en el caso de lo que los fisiólogos llaman «muerte real», pero que en realidad no es tal cosa, el cuerpo astral ha desaparecido; quizás la descomposición local se ha iniciado. ¿Cómo podrá el hombre ser vuelto á la vida otra vez? A esto contestaremos que el cuerpo interior debe ser obligado á volver atrás y á penetrar en el cuerpo exterior, y la vitalidad despertada de nuevo en este último. El reloj ha gastado toda la cuerda, y hay que volver á dársela. Si la muerte es absoluta, si los órganos, además de haber cesado en su acción, han perdido la susceptibilidad de renovarse su funcionalismo, entonces el universo entero sería precipitado en el caos antes que resucitase un cadáver; sería preciso hacer un verdadero milagro. Pero, como hemos dicho antes, el hombre no ha muerto cuando está frío, rígido, sin pulso, sin respiración, y hasta cuando ofrece señales de descomposición; no ha muerto cuando ha sido enterrado, ni después, hasta que se ha llegado á cierto punto. Este punto es *cuando los órganos vitales se han descompuesto de tal manera que, si fuesen reanimados, no podrían desempeñar sus habituales funciones*; cuando el resorte principal y los engranajes de la máquina, por decirlo así, se hallan tan gastados por el orín que se destrozarian al dar vueltas á la llave. Antes de alcanzar dicho punto, se puede, sin necesidad de milagro, obligar al cuerpo astral á que vuelva á entrar en su primer tabernáculo, ya sea por un esfuerzo de su propia voluntad, ó bajo el irresistible impulso de la voluntad de uno que conozca los poderes de la naturaleza y sepa cómo dirigirlos. La chispa no está extinguida, sino latente tan sólo; latente como el fuego en el pedernal, ó como el calor en el hierro frío.

En los casos de la más profunda clarevidencia cataléptica, tales como los obtenidos por Du Potet, y muy gráficamente descritos por el malogrado profesor William Gregory, en sus *Cartas sobre el Magnetismo animal*, el espíritu estaba tan desprendido del cuerpo, que le

hubiera sido imposible volver á entrar en él sin un esfuerzo de la voluntad del mesmerizador. El sujeto está prácticamente muerto; y, abandonado á sí mismo, el espíritu le dejaría para siempre. Aunque independiente de la inerte envoltura física, el semi-libre espíritu está todavía ligado á él por un cordón magnético, que, según describen los clarevidentes, aparece obscuro y á manera de humo por el contraste con la inefable brillantez de la atmósfera astral, al través de la cual ellos miran. Plutarco, refiriendo la historia Thespesius, quien cayó de una grande altura y permaneció tres días muerto aparentemente, nos da la experiencia de este último durante su estado de fallecimiento parcial. «Thespesius—dice—entonces observó que era diferente de los muertos que le rodeaban. Eran transparentes, y estaban envueltos por un resplandor, pero él parecía llevar tras de sí una radiación oscura ó línea de sombra». Toda su descripción, minuciosa y circunstanciada en cuanto á sus detalles, se halla corroborada por los clarevidentes de todas las épocas, y, en todo lo que esta especie de testimonio es digno de fe, es importante. Los kabalistas, tal como los vemos interpretados por Eliphaz Levi en su *Science des Esprits*, dicen que «cuando un hombre se duerme por última vez, queda sumido primero en una especie de sueño, antes de adquirir la conciencia en el lado opuesto de la vida. Él vé entonces, ya como en una bellísima visión, ó ya como en una horrible pesadilla, el paraíso ó el infierno en que ha creído durante su existencia mortal. Por esto sucede con frecuencia que el alma aterrorizada vuelve violentamente atrás, hacia la vida terrestre que acababa de abandonar, y por esto es que algunos que estaban muertos en realidad, esto es, que si se les hubiese dejado solos y tranquilos, hubieran pasado suavemente al otro mundo para siempre en un estado de letargo inconsciente, cuando se les entierra demasiado pronto, despiertan á la vida en la tumba».

A propósito de esto, quizás recordará el lector el famoso caso de aquel viejo que en su testamento había dejado generosamente algunos legados á sus sobrinos huérfanos; cuyo documento, poco antes de su muerte, había confiado á su opulento hijo, con encargo de dar cumplimiento á sus deseos; pero á las pocas horas de morir en presencia de su hijo, éste, encontrándose solo con el cadáver, rasgó el testamento y lo quemó. El presenciar esta acción impía hizo aparentemente volver al errante espíritu, y el anciano, levantándose sobre su lecho de muerte, lanzó una terrible maldición sobre aquel miserable, paralizado por el terror, y cayó de nuevo exhalando su espíritu, esta vez para siempre. Dion Boucicault apela á un incidente de esta naturaleza en su grandioso drama *Louis XI*; y Carlos Kean causó una impresión extraordinaria con su papel de monarca francés, cuando el muerto se reanima por un instante, y agarra la corona en el momento en que su heredero aparente se acerca á ella.

Levi dice que la resurrección no es imposible mientras el organismo vital no está destruido y el espíritu astral está todavía dentro de un radio de alcance. «La naturaleza—dice—no hace nada por saltos bruscos, y la muerte eterna va siempre precedida por un estado que participa algo de la naturaleza del letargo. Es un entorpecimiento que una gran conmoción ó el magnetismo de una voluntad potente puede vencer.» A esto atribuye Levi la resurrección del hombre muerto arrojado sobre los huesos de Eliseo. Lo explica diciendo que en aquel momento estaba el alma vagando cerca del cuerpo; la comitiva fúnebre, según la tradición, fué atacada por unos ladrones, y, comunicándosele por simpatía el terror, horrorizóse el alma con la idea de que sus restos serían profanados, y «penetró violentamente en su cuerpo para reanimarlo y salvarlo». Todos los que creen en la supervivencia del alma nada verán de sobrenatural en este incidente, siendo tan sólo una perfecta manifestación de la ley natural. Relatarle á un materialista un caso como éste, por bien atestiguado que fuese, sería hablar en vano; el teólogo, mirando siempre más allá de la naturaleza en busca de una providencia especial, lo considerará como un prodigio. Eliphaz Levi dice: «Ellos atribuyen la resurrección al contacto con los huesos de Eliseo; y el culto de las reliquias data lógicamente desde esta época».

Balfour Stewart tiene razón: los sabios «no saben nada ó casi nada acerca de la estructura íntima y de las propiedades de la materia, sea orgánica ó inorgánica».

Estamos ahora nosotros en un terreno tan firme, que daremos un paso más hacia delante. *El mismo conocimiento y dominio de las fuerzas ocultas, incluyendo la fuerza vital que permite al fakir dejar temporalmente y después volver á entrar en su cuerpo, y á Jesús, Apolonio y á Eliseo volver á la vida sus varios sujetos, hacia posible para los antiguos hierofantes el animar estatuas y hacer que se moviesen y hablasen como criaturas vivientes.* Es este mismo conocimiento y poder lo que hizo posible para Paracelso el crear sus homúnculos; para Aarón el convertir su vara en una serpiente y en una rama florida; para Moisés cubrir el Egipto de ranas y otras plagas; y para el teurgista egipcio de nuestros días vivificar su Mandrágora pigmea, la cual tiene vida física, pero carece de alma. No es más maravilloso el que, mediante las condiciones necesarias, pudiese Moisés llamar á la vida á grandes reptiles é insectos, que, bajo las mismas condiciones favorables, el sabio físico dé vida á los microscópicos seres á los cuales denomina bacterias.

Y ahora, en relación con los antiguos hacedores de milagros y los profetas, pongamos á la vista las pretensiones de los modernos médiums. Casi todas las formas de fenómenos registradas en las historias del mundo, tanto sagradas como profanas, vemos que pretenden ellos

reproducirlas en nuestros días. Escogiendo, entre la variedad de tales aparentes maravillas, la levitación, así de objetos ponderables inanimados como de cuerpos humanos, nos fijaremos en las condiciones bajo las cuales el fenómeno se manifiesta. La historia registra los nombres de teurgistas paganos, santos cristianos, faquires indios y médiums espiritistas, que han sido de este modo levitados, y que han permanecido suspendidos en el aire algunas veces durante un tiempo considerable. El fenómeno no ha quedado confinado en un solo país ni en una sola época, sino que casi invariablemente los sujetos han sido religiosos extáticos, adeptos en magia, ó, como ahora, médiums espiritistas.

Consideramos que este hecho está tan bien demostrado que no requiere hoy día por nuestra parte ningún esfuerzo penoso para proporcionar la prueba de que las manifestaciones inconscientes del poder del espíritu, así como los hechos conscientes de alta magia, han tenido lugar en todos los países, en todas las épocas, y lo mismo con los hierofantes que con los médiums irresponsables. Cuando la actual civilización perfecta de Europa estaba todavía en estado de incubación, la filosofía oculta, ya encanecida por los años, especulaba acerca de los atributos del hombre por analogía con los de su Creador. Posteriormente, algunos individuos, cuyos nombres inmortales quedarán para siempre inscritos en la portada de la historia espiritual del hombre, han ofrecido en sus propias personas ejemplos de hasta qué punto inconcebible pueden ser desarrollados los poderes divinos del *microcosmo*. Describiendo las *Doctrinas y principales maestros de la Escuela Alejandrina*, el profesor A. Wilder dice: «Plotino enseñaba que existe en el alma un impulso reconstitutivo, el amor, que la atrae al interior hacia su origen y centro, el eterno bien. Mientras la persona que no comprende cómo el alma contiene lo bello dentro de sí misma procura por medio de laboriosos esfuerzos representarse la belleza exteriormente, el hombre sabio la reconoce dentro de sí mismo, desarrolla la idea penetrando en sí mismo, concentrando su atención, y elevándose hacia la fuente divina, cuyo raudal mana en su interior. Lo infinito no se conoce por medio de la razón..... sino por facultad superior á la misma, entrando en un estado en el cual el individuo, por decirlo así, deja de ser su propio finito, en cuyo estado le es comunicada la esencia divina. Esto es el ÉXTASIS.»

De Apolonio, el cual aseguraba que podía ver «lo presente y lo futuro en un claro espejo» gracias á su manera frugal de vivir, el mentado profesor hace observar admirablemente que «esto es lo que puede llamarse la *fotografía espiritual*. El alma es la cámara en la cual los hechos y sucesos futuros, pasados y presentes se fijan por igual, adquiriendo la mente la conciencia de los mismos. Mas allá de nuestro mundo limitado de cada día, todo es como un solo día ó

estado; lo pasado y lo futuro están comprendidos en lo presente.» (1)

Estos hombres parecidos á Dios ¿eran mediums, como pretenden los espiritistas ortodoxos? De ninguna manera, si por dicha palabra entendemos todos aquellos «sensitivos enfermizos», nacidos con una organización especial, y que, á medida que se desarrollan sus poderes, quedan más y más sujetos á la irresistible influencia de espíritus heterogéneos, puramente humanos, elementarios ó elementales. Pero lo eran indudablemente, si consideramos á cada individuo como un médium en cuya magnética atmósfera pueden los habitantes de las más elevadas é invisibles esferas moverse, obrar y vivir. En este sentido cada persona es un médium. La mediumnidad puede ser de una de las siguientes clases: 1.º Desarrollada por si misma; 2.º desarrollada por influencias extrañas; ó 3.º, permanecer latente durante toda la vida. *El lector debe tener presente la definición de dicho término, pues, de no ser claramente comprendido, la confusión sería inevitable.* La mediumnidad de esta especie puede ser activa ó pasiva, repelente ó receptiva, positiva ó negativa. La mediumnidad es medida por la calidad del aura que rodea al individuo. Esta puede ser densa, nebulosa, repugnante, mefítica, antipática al espíritu puro, y atraer únicamente á los seres inmundos que en ella se recrean, á manera de la anguila en las aguas cenagosas; ó bien puede ser pura, cristalina, limpiada, opalescente como la aurora matutina. Todo depende del carácter moral del médium.

En torno de hombres tales como Apolonio, Jámblico, Plotino y Porfirio, amontonábanse estas aureolas celestes. Brotaban por el poder de sus almas que vibraban al unísono con sus espíritus, por efecto de la santidad y moralidad sobrehumanas de su vida, favorecidas por la frecuente contemplación extática interior. Unos hombres tan santos podían recibir de cerca las influencias espirituales. Radiando en torno suyo una atmósfera de bondad divina, ahuyentaban de su presencia á los espíritus malignos. No sólo no es posible para tales espíritus el residir en su aura, sino que ni siquiera pueden permanecer en la de las personas obsesas, si el taumaturgo pone su voluntad en acción, ó sencillamente se acerca á ellas. Esto es MEDIADORISMO, no *mediumnidad*. Tales personas son templos en los cuales mora el espíritu del Dios viviente; pero si el templo es profanado por la admisión de alguna mala pasión, pensamiento ó deseo, el mediador cae en el dominio de la hechicería. La puerta está abierta, los espíritus puros se retiran, y los impuros se lanzan al interior. Esto es todavía mediadorismo, á pesar de ser malo como es; el hechicero, lo mismo que el mago puro, forma su propia aura, y sujeta á su voluntad á los espíritus inferiores que le son afines.

Pero la mediumnidad, tal como ahora es comprendida y tal como

(1) A. Wilder: «Neo-platonismo y Alquimia».

se manifiesta, es una cosa distinta. Circunstancias independientes de su propia voluntad pueden, al nacer ó después, modificar el aura de una persona, de modo que den lugar á extrañas manifestaciones, físicas ó mentales, diabólicas ó angélicas. Tal mediumnidad, lo mismo que el mediadorismo antes mencionado, ha existido en la tierra desde que en ella apareció por vez primera el hombre viviente. La mediumnidad es la sumisión de la débil carne mortal al dominio y sugerencias de espíritus é inteligencias distintas del inmortal *daimon* de uno mismo. Literalmente es *obsesión y posesión*; y los médiums que se enorgullecen de ser los fieles esclavos de sus «guías», y que rechazan con indignación la idea de «reprimir» las manifestaciones, no podrán, sin pecar de inconsecuentes, negar el hecho. Esta mediumnidad está representada en la historia de Eva sucumbiendo ante los razonamientos de la serpiente; en la de Pandora abriendo la caja prohibida y esparciendo por el mundo el dolor y la enfermedad; y en la de María Magdalena, que, habiendo sido poseída por siete espíritus, fué finalmente redimida por la triunfante lucha de su espíritu inmortal, ayudada por la presencia de un santo mediador, contra el que en ella habitaba. «La mediumnidad, sea benéfica sea maléfica, es siempre *pasiva*». Felices los puros de corazón, que repelen inconscientemente, gracias á la pureza perfecta de su naturaleza interna, á los negros espíritus del mal. Porque en realidad no tienen ellos otras armas de defensa que aquella innata bondad y pureza. La mediumnidad, tal como se practica en nuestros días, es un don menos deseable todavía que la túnica de Neso.

«El árbol se conoce por sus frutos». En el progreso de la historia del mundo, al lado de los médiums pasivos, aparecen los activos mediadores. Los designamos con este nombre á falta de otro mejor. Los antiguos brujos y brujas, y todos cuantos tienen un «espíritu familiar», generalmente hacen de sus facultades un objeto de lucro; y la mujer Obeah de En-Dor, tan bien definida por Henry More, aunque por Saúl hubiera muerto su ternera, aceptaba su salario de manos de los demás visitantes. En la India, los juglares, que, dicho sea de paso, en este asunto pueden dar ejemplo á muchos médiums modernos, y los *Essaoua*, ó hechiceros y encantadores de serpientes de Asia y de África, todos ejercitan su facultad por dinero. No sucede esto con los mediadores ó hierofantes. Buddha era un mendigo, y rehusó el trono de su padre. El «hijo del hombre no tenía donde reclinar su cabeza»; los apóstoles escogidos no tenían en su bolsillo «ni oro, ni plata, ni cobre». Apolonio dió la mitad de su fortuna á sus parientes, y la otra mitad á los pobres; Jámblico y Plotino eran renombrados por su caridad y abnegación. Los fakires ó santos mendicantes de la India han sido perfectamente descritos por Jacolliot; los pitagóricos, esenios y terapeutas consideraban sus manos envilecidas con el contacto de la moneda. Cuando á los apóstoles se les ofrecía dinero para que trasmitiesen sus poderes

espirituales, Pedro, á pesar de que la Biblia nos lo presenta como un cobarde y tres veces renegado, rechaza con indignación el ofrecimiento, diciendo: «Perezcan tus monedas contigo porque has creído que los dones de Dios pueden ser comprados con dinero.» Estos hombres eran mediadores, guiados tan sólo por su propio espíritu personal, ó alma divina, y se aprovechaban del auxilio de los espíritus, pero únicamente cuando éstos permanecían en el verdadero camino.

Lejos estamos de lanzar un estigma injusto sobre los médiums físicos. Acosados por diversas inteligencias, reducidos por la avasalladora influencia—que sus débiles y nerviosas naturalezas son incapaces de sacudir— á un estado morbozo que por fin se hace crónico, se encuentran imposibilitados, por estas «influencias», de entregarse á alguna otra ocupación. Resultan ellos mental y físicamente inútiles para cualquiera otra: ¿Quién puede, por lo tanto, juzgarles severamente, cuando, al hallarse en el último apuro, se ven obligados á aceptar la mediumnidad como una profesión? Y sabe Dios, como recientes sucesos han probado demasiado bien, si este oficio es tal que pueda ser envidiado por nadie! No es á los médiums *verdaderos* y genuinos á quienes siempre censuraremos, sino á sus partidarios, los espiritistas.

De Plotino se dice que, habiéndosele pedido que se aplicase al culto público de los dioses, contestó con dignidad: «Ellos (los espíritus) son los que deben dirigirse á mí». Jámblico aseguraba y probaba con su propio ejemplo que nuestra alma puede lograr la comunión con las más elevadas inteligencias, con «naturalezas superiores á ella misma,» y alejaba cuidadosamente de sus ceremonias teúrgicas (1) á todo espíritu inferior, ó mal demonio, que enseñaba á sus discípulos á reconocer. Proclo, que «elaboró toda la teosofía y teurgia de su predecesor en un sistema completo», (2) según el profesor Wilder, «creía con Jámblico en la obtención de un poder divino, el cual, subyugando la vida mundana, convertía al individuo en un instrumento de la Divinidad». Enseñaba también que existía una «mística palabra de consigna, que puede conducir á una persona de un orden de seres espirituales á otros más y más elevados, hasta llegar á la divinidad absoluta». Apolonio despreciaba á los hechiceros y «adivinos ordinarios», y declaraba que su «particular y sobria manera de vivir» era la que «originaba una sutileza tal de los sentidos, y creaba tales otras facultades, que por su medio podían verificarse las cosas más grandes y notables». Jesús declaró al hombre *el señor del Sábado*, y á su mandato los espíritus terrestres y elementarios huían de sus habitaciones temporales; siendo este poder compartido por Apolonio y por muchos que pertenecían á la Fraternidad de los Esenios de Judea y del Monte Carmelo.

(1) Jámblico fué el fundador de la Teurgia neo-platónica.

(2) Véase: «*Dosquejo de la filosofía ecléctica de la Escuela Alejandrina*».

Es innegable que deben haber existido algunas buenas razones en que se fundasen los antiguos para perseguir á los médiums *irregulares*. Si no fuese así, ¿por qué en los tiempos de Moisés, David y Samuel, habrían fomentado la profecía y adivinación, la astrología y la investigación de lo futuro, y sustentado escuelas y colegios en los cuales estos dones naturales eran robustecidos y desarrollados, al paso que los brujos y aquellos que adivinaban por medio del espíritu de *Ob* eran condenados á muerte? Hasta en los tiempos de Cristo, los infelices y oprimidos médiums eran rechazados á los sepulcros y lugares desiertos fuera de los muros de la ciudad. ¿Por qué esta en apariencia grave injusticia? ¿Por qué el destierro, la persecución y la muerte tenían que ser la suerte reservada á los médiums físicos en aquellos días, y en cambio todas las comunidades de taumaturgos— como los esenios— debían ser no sólo toleradas, sino que además respetadas? Era porque los antiguos, al revés de nosotros, podían «hacer la prueba» de los espíritus, y discernir la diferencia entre los buenos y los malos, entre los humanos y los elementales. También sabían ellos que las relaciones no reguladas con los espíritus llevaban consigo la ruina del individuo y desastres para la comunidad.

Este modo de considerar á la mediumnidad podrá ser nuevo y quizás repugnante para muchos espiritistas modernos; pero, á pesar de todo, son las opiniones enseñadas por la antigua filosofía, y sostenidas por la experiencia de la humanidad desde tiempos inmemoriales.

Es erróneo decir de un médium que tiene *poderes* desarrollados. Un médium pasivo no tiene poder alguno. Tiene cierta condición física y moral que produce emanaciones, ó un aura, en la cual sus inteligencias dominadoras pueden vivir, y por la cual se manifiestan. El médium es únicamente el vehículo por medio del cual dichas inteligencias despliegan su poder. Esta aura varía de día en día, y según parece, á juzgar por los experimentos de Mr. Crookes, hasta de hora en hora. Es un efecto exterior resultante de causas interiores. El estado moral del médium determina la clase de espíritus que son atraídos; y estos espíritus influyen á su vez sobre el médium intelectual, física y moralmente. La perfección de su mediumnidad está en razón directa de su pasividad, y el peligro á que se expone está en el mismo grado. Cuando el médium está completamente «desarrollado», ó sea perfectamente pasivo, su propio espíritu astral puede ser adormecido, y hasta lanzado fuera de su cuerpo, que es entonces ocupado por un elemental, ó, lo que es todavía peor, por un monstruo infernal humano de la octava esfera, que hace uso del mismo como si fuera propio. Con demasiada frecuencia, la causa de los más célebres crímenes debe buscarse en tales posesiones. Dependiendo la mediumnidad física de la pasividad, el remedio de ella se presenta natural-

mente por si mismo: *dejando el médium de ser pasivo*. Los espíritus jamás dominan á personas de carácter positivo y decididas á resistir á todas las influencias extrañas. Las débiles y de escasa inteligencia, expuestas á ser sus víctimas, son por ellos arrastradas al vicio. Si estos milagrosos elementales y demonios desencarnados llamados elementarios fuesen verdaderamente los ángeles guardianes, como por tales eran reputados durante estos últimos treinta años, ¿por qué no han concedido á sus fieles médiums por lo menos una buena salud y felicidad doméstica? ¿Por qué los abandonan en los momentos más críticos de prueba cuando son acusados de superchería? Es notorio que los mejores médiums físicos son enfermos, ó, lo que es todavía peor, algunas veces tienen inclinación á alguno que otro vicio anormal. ¿Por qué estos «guías» curadores, que hacen desempeñar á sus médiums el papel de curandero y de taumaturgo para los demás, no les conceden el beneficio de un robusto vigor físico? Los antiguos taumaturgos y apóstoles, en general, si no invariablemente, gozaban de buena salud; su magnetismo jamás transmitía al paciente enfermo ninguna impureza física ni moral; y nunca eran acusados de VAMPIRISMO, cargo que un periódico espiritista lanza muy justamente contra algunos médiums-curadores. (1)

Si aplicamos la ley anterior de mediumnidad y de mediadorismo á la cuestión de la *levitación*, (2) con la cual abrimos la discusión presente, ¿qué encontraremos? Tenemos aquí á un médium y á un mediador levitados, el primero en una sesión, y el segundo mientras está en oración ó en una contemplación extática. El médium, siendo pasivo, debe ser *levantado en alto*; el extático, siendo activo, debe elevarse por si mismo. El primero es levitado por sus espíritus familiares, cualesquiera que ellos sean; y el segundo, por el poder de su propia alma anhelante. ¿Pueden ambos indistintamente ser llamados *médiums*?

Pero sin embargo, se nos podrá contestar que los mismos fenómenos son producidos en presencia de un médium, que delante de un antiguo santo. Indudablemente, y lo mismo sucedía en tiempo de Moisés; porque creemos que el triunfo que en el *Exodo* se le atribuye sobre los magos de Faraón es simplemente una jactancia nacional del «pueblo elegido». Lo más probable es que el poder que dió lugar á aquellos fenómenos fué causa también de los de los magos, los cuales eran además los primeros maestros de Moisés, á quien instruyeron en su «sabiduría». Pero aun en aquellos tiempos, se apreciaba perfectamente, al parecer, una diferencia entre fenómenos aparentemente

(1) Véase «*Medium and Daybreak*», 7 de Julio 1876, p. 428.

(2) A falta de otra palabra, adoptamos este neologismo: significa «la acción de hacerse ligero» (del latín *levis*, ligero)—(N. del Tr.).

idénticos. La divinidad tutelar y nacional de los Hebreos (que *no es el Padre Supremo*) (1) prohíbe expresamente á su pueblo, en el *Deuteronomio*, (2) el «aprender á hacer según las abominaciones de otras gentes... Pasar al traves *del fuego*, practicar la *adivinación*, ó ser agorero ó encantador, ó hechicero, ó consultador *de espíritus familiares*, ó nigromántico».

¿Qué diferencia existía, pues, entre todos los mencionados fenómenos ejecutados por las «otras gentes» y los llevados á cabo por los profetas? Evidentemente, alguna buena razón había para ello; y la encontramos en la *Primera Epístola* de San Juan, IV, 1, que dice: «no creais á *todo* espíritu, sino *experimentad* los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han aparecido en el mundo».

La única regla al alcance de los espiritistas y de los médiums del día, por la cual pueden *probar* á los espíritus, es juzgarlos: 1.º, por sus acciones y palabras; 2.º, por su facilidad en manifestarse, y 3.º, si el motivo es digno de la aparición de un espíritu «desencarnado», y puede excusar á cualquiera para turbar el reposo de *los muertos*. Saúl estaba en visperas de su ruina y la de sus hijos, y á pesar de todo le preguntó Samuel: «¿Por qué me has *molestado*, haciéndome subir?» (3) Pero las «*inteligencias*» que visitan los círculos espiritistas vienen á la demanda de cualquier ocioso que desea matar una hora aburrida.

En el número del *London Spiritualist* del 14 de Julio, encontramos un largo artículo en el cual el autor pretende probar que «las *asombrosas maravillas* de nuestros días, que pertenecen al llamado espiritismo moderno, tienen idéntico carácter que las experiencias de los patriarcas y apóstoles de la antigüedad».

Nos vemos obligados á contradecir por completo tal afirmación. Son idénticas estas manifestaciones únicamente bajo el punto de vista de que son producidas por las mismas fuerzas y poderes ocultos

(1) En el tomo II probaremos claramente que el Antiguo Testamento menciona el culto de más de un Dios por parte de los Israelitas; el *El-Shadi* de Abraham y Jacob no es el Jehovah de Moisés, ó el Señor Dios adorado por ellos durante cuarenta años en el desierto. Y el Dios de los Ejércitos de Amós no es, si damos crédito á sus propias palabras, el Dios Mosaico, la Deidad Sinaitica, porque lo que leemos es lo siguiente: «Yo abomino, desprecio vuestras solemnidades... vuestras ofrendas de manjares no las aceptaré... ¿Me habéis acaso ofrecido sacrificios y ofrendas en el desierto durante cuarenta años, oh casa de Israel?... No, antes bien *llevabais el tabernáculo de vuestro Moloch y Chiun (Saturno)*, vuestros idolos, la estrella de vuestro dios que os habiais fabricado... Por lo tanto, os haré caer en el cautiverio... dice el Señor, cuyo nombre es el Dios de los Ejércitos.» (Amós, v 21-27).

(2) Capítulo XVIII.

(3) Esta palabra *subir*, pronunciada por el espíritu del profeta, cuya mansión debe seguramente estar en los cielos, y el cual, por consiguiente, debía haber dicho, «haciéndome bajar», es por sí sola muy significativa para el cristiano, que coloca al paraíso y al infierno en dos puntos opuestos.

de la naturaleza. Pero aunque estos poderes y fuerzas pueden estar, y de hecho seguramente están, dirigidos todos por inteligencias invisibles, éstas difieren más en esencia, carácter é intenciones que la misma humanidad, compuesta, como sabemos, de hombres blancos, negros, morenos, rojos y amarillos, y contándose en la misma santos y criminales, genios é idiotas. El autor puede aprovechar los servicios de un orangután domesticado ó de un isleño del mar del Sur, pero el mero hecho de tener un criado no hace á éste ni á él mismo idénticos á Aristóteles y Alejandro. El autor compara á Ezequiel «levantado en alto», y llevado dentro de la «puerta oriental de la casa del Señor», (1) con las levitaciones de ciertos médiums, y á los tres jóvenes hebreos en el «horno encendido», con otros médiums á prueba de fuego; la «luz espiritual» de John King es asimilada á la «lámpara encendida» de Abraham; y por fin, después de muchas comparaciones por el estilo, el caso de los hermanos Davenport, libertados de la cárcel de Oswego, es equiparado con el de Pedro sacado de su prisión por el ángel del Señor.

Ahora bien, excepto la historia de Saúl y Samuel, no cita la *Biblia* ningún otro caso referente á la «evocación de los muertos.» Respecto á su legitimidad, la aserción la contradicen todos los profetas. Moisés promulga un decreto de muerte contra todos los que levantan á los espíritus de los muertos, los «nigrománticos». En ninguna parte del *Antiguo Testamento*, ni en Homero, ni en Virgilio, se da á la comunicación con los espíritus de los muertos otro nombre que el de «nigromancia». Filón el Judío hace decir á Saúl que, si él destierra del país á todos los adivinos y nigrománticos, su nombre pasará á la posteridad.

Una de las más poderosas razones para ello se fundaba en la doctrina de los antiguos, que ninguna alma de la «mansión de los bienaventurados» volverá á la tierra, como no sea realmente en las raras ocasiones en que su aparición sea necesaria por reclamarla algún motivo muy poderoso, redundando así en beneficio de la humanidad. En este último caso, el «alma» no tiene necesidad de ser *evocada*. Envía su portentoso mensaje, ya sea por un pasajero simulacro de sí misma, ó por medio de *mensajeros* que pueden aparecerse en forma *material* y personificar fielmente al difunto. Con las almas que con tanta facilidad pueden ser evocadas no se consideraba ni útil ni exento de peligro el comunicarse. Eran las almas, ó larvas, mejor dicho, de la región infernal del limbo, el *sheol*, la región conocida por los kabalistas con el nombre de octava esfera, pero muy diferente del Infierno ó Hades ortodoxo de los antiguos mitólogos. Horacio describe esta evocación juntamente con el ceremonial anejo á la misma, y Maimónides nos da detalles acerca del rito judío. Toda ceremonia nigromántica se ve-

(1) Ezequiel, III 12-14.

rificaba en lugares elevados y montañas, y se empleaba la sangre con el objeto de aplacar á estos *gulas* humanos (1).

•Yo no puedo impedir á los brujos el que recojan sus huesos•, dice el poeta. •Mira la sangre que vierten en la fosa para atraer á las *almas* que pronunciarán sus oráculos!• (2) •*Cruor in fossam confusus, ut inde manes elicirent, animas responsa daturas.*•

•Las *almas*—dice Porfirio—prefieren á cualquier cosa la *sangre recientemente vertida*, la cual parece restituirles por breve tiempo algunas de las facultades de la vida• (3).

Respecto de las materializaciones, muchas y variadas son las que se registran en los libros sagrados. Pero ¿se verificaban en las mismas condiciones que en las sesiones espiritistas modernas? A lo que parece, la obscuridad no era indispensable en aquellos tiempos de los Patriarcas y de los mágicos poderes. Los tres ángeles que se aparecieron á Abraham bebieron en plena luz del sol, porque «él estaba sentado á la puerta de su tienda *en el calor del día*», (4) dice el libro del *Génesis*. Los espíritus de Elías y Moisés aparecieron igualmente de día, pues no es probable que Cristo y los Apóstoles subiesen á una elevada montaña durante la noche. Jesús se apareció á María Magdalena en el jardín durante las primeras horas de la mañana, y á los Apóstoles tres veces distintas y generalmente de día; «una vez cuando amanecía» (Juan XXI, 4). Igualmente, cuando la burra de Balaam vió al ángel «materializado», fué en pleno mediodía.

Estamos por completo conformes en convenir, con el escritor en cuestión, que encontramos en la vida de Cristo—y podemos añadir en el *Antiguo Testamento* también—«una no interrumpida serie de manifestaciones espiritistas», pero nada *medianímico*, siquiera de carácter físico, excepto la visita de Saúl á Sedecla, la mujer Obeah de En-Dor. Esta es una distinción de importancia vital.

Realmente, la promesa del Maestro estaba claramente expresada: «Siempre, y más grandes obras que éstas haréis vosotros», esto es, obras de mediadorismo. Según Joel, tiempo vendría en que tendría lugar una difusión del espíritu divino. «Vuestros hijos y vuestras hijas — dice—profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes verán visiones.» El tiempo ha llegado, y ellos hacen ahora todas estas cosas; el Espiritismo tiene sus videntes y sus mártires, sus profetas y curadores. Como Moisés, David y Jehoram, existen médiums que reciben escrituras directas de verdaderos espíritus planetarios y

(1) William Howit: *Historia de lo sobrenatural*, vol. II, cap. I.—(La palabra *gula*, *ghoul*, en inglés, expresa una especie de demonios que, según cree el vulgo en Oriente, vive de cadáveres.—N. del Tr.)

(2) Lib. I, Sat. 8.

(3) Porfirio: *De Sacrificiis*.

(4) *Génesis*, XVIII, 1.

humanos; y lo mejor de esto no reporta á los médiums ninguna recompensa pecuniaria. El mayor amigo de la causa en Francia, Leymarie, se está consumiendo actualmente en una prisión celular, y como dice en su estilo conmovedor, ya no es «un hombre, sino *un número*» en la lista de la cárcel.

Hay pocos, muy pocos oradores en la tribuna espiritista que hablen por inspiración, y si después de todo saben ellos lo que se ha dicho, están en la condición descrita por Daniel: «Y no retuve fuerza. Empero oí la voz de sus palabras, y cuando oía la voz de sus palabras, estaba yo entonces sumido en un profundo sueño.» (1) Existen también médiums, estos de quienes hemos hablado, para los cuales puede haber sido escrita la profecía de Samuel: «El espíritu del Señor vendrá sobre tí, profetizarás con ellos, y serás *convertido en otro hombre.*» (2) Pero ¿en dónde, en la larga lista de bíblicas maravillas, hemos leído nada de guitarras volantes, tamboriles sonoros y vibrantes campanas, ofrecidas en oscuros aposentos como pruebas de la inmortalidad?

Cuando Cristo era acusado de expeler las demonios por el poder de Beelzebub, lo negaba, y les replicaba vivamente preguntando: «¿Por medio de quién los arrojan vuestros hijos ó discípulos?» Por otra parte, los espiritistas afirman que Jesús era un médium, y que estaba dominado por uno ó muchos espíritus; pero cuando se le hacía directamente este cargo, decía él que no habla tal cosa. «No decimos bien que tú eres un Samaritano, y que tienes un demonio?» (daimonion, un Obeah ó espíritu familiar, en el texto hebreo). Jesús contestó: «No tengo ningún demonio.» (3).

El escritor á quien antes hemos citado intenta igualmente hacer un paralelo entre los aéreos vuelos de Felipe y de Ezequiel, y los de Mrs. Guppy y otros médiums modernos. Él ignora ú olvida el hecho de que, mientras que la levitación tenía lugar como un efecto en ambos casos, las causas productoras de la misma eran totalmente distintas. Respecto de la naturaleza de esta diferencia, ya nos hemos ocupado antes. La levitación puede ser producida consciente ó inconscientemente en cuanto al sujeto. El juglar determina de antemano que él será levitado, por cuánto tiempo, y hasta qué altura; y regula las fuerzas ocultas proporcionalmente. El fakir produce el mismo efecto por el poder de su anhelo y voluntad, y, excepto cuando se halla en estado extático, conserva el dominio sobre sus movimientos. Esto es lo que hace el sacerdote de Siam cuando en la sagrada pagoda se eleva á una altura de cincuenta piés, con una vela en la mano, y vuela de ídolo en ídolo alumbrando los nichos, sosteniéndose por sí mismo, y

(1) *Daniel*, X, 8.

(2) I *Samuel*, X, 6.

(3) *Evangélio según Juan*, VII, 20.

moviéndose con tanta seguridad como si estuviese sobre un terreno sólido. Esto lo han visto varias personas que dan de ello testimonio. Los oficiales de la escuadra rusa que recientemente ha hecho el viaje de circunnavegación por el globo, y que durante largo tiempo ha estado estacionada en aguas del Japón, refieren el hecho de que, aparte de muchas otras maravillas, vieron á unos juglares viajar por el aire, de una copa de árbol á otra, sin el más leve sostén (1). Vieron asimismo la suerte de la cucaña y de la cinta por la cual se trepa, espectáculo descrito por el coronel Olcott en su *Gente del otro mundo*, y que ha sido puesto en tela de juicio por ciertos espiritistas y médiums cuyo celo es mucho mayor que su saber. Las citas del coronel Yule y de otros escritores, expuestas en otros lugares de esta obra, parecen poner fuera de duda la realidad de estos hechos.

Tales fenómenos, cuando ocurren independientemente de los ritos religiosos, en la India, en el Japón, Thibet, Siam y otros países •paganos•, fenómenos cien veces más variados y asombrosos que todos cuantos se han visto en las civilizadas Europa y América, nunca son atribuidos á los espíritus de los muertos. Los *Pitris* nada tienen que ver con semejantes espectáculos públicos. Y no tenemos más que consultar la lista de los principales demonios ó espíritus elementales para encontrar que sus mismos nombres indican sus profesiones, ó mejor dicho, los artificios para los cuales cada variedad está mejor adaptada. Así tenemos los *Mādans*, nombre genérico que indica depravados espíritus elementales, medio brutos, medio monstruos, porque *Mādan* significa uno que mira como una vaca. Es el amigo de los hechiceros malvados, les ayuda en sus perversos designios de venganza, hiriendo á los hombres y ganados con repentinas enfermedades y con la muerte.

El *Shudála-Mādan*, ó sea el monstruo de los cementerios, corresponde á nuestros *gulas*. Goza en los sitios en donde se han cometido crímenes y asesinatos, cerca de los sepulcros y lugares de ejecución. Ayuda al juglar en todos los fenómenos en que entra el fuego, lo mismo que Kutti-Sháttan, el pequeño diablillo juguetero. Dicese que *Shudála* es un demonio formado de una mitad de fuego y de otra mitad de agua, porque ha recibido de Siva permiso para tomar la forma que desee, y transforma unas cosas en otras; y cuando no está en el fuego, está en el agua. Él es el que ciega á la gente •para ver aquello que *ellos en realidad no ven*.» *Shûla Mādan* es otro malévolos trasgo. Es el demonio de los hornos, muy hábil en alfarería y en hogares. Si sois amigos suyos, no os hará daño alguno; pero ¡ay de aquél que incurre en su cólera! *Shûla* gusta de cumplidos y alabanzas, y como generalmente permanece bajo tierra, con él debe contar el juglar para que le ayude

(1) Nuestro informante, que fué un testigo de vista, es Mr. N...ff de San Petersburgo, el cual fué agregado al buque almirante *Almaz*, si no estamos equivocados.

á hacer salir de una semilla, en un cuarto de hora, un árbol y para que maduren sus frutos.

Kumil-Mádan es propiamente la *ondina*. Es un espíritu elemental del agua, y su nombre significa *hinchándose como una burbuja*; es un duende muy alegre, y ayudará á un amigo en cualquier cosa que se relacione con su especialidad; hará llover y mostrará lo futuro y lo presente á aquellos que empleen la hidromancia, ó sea la adivinación por medio del agua.

Poruthá Mádan es el demonio «luchador»; es el más fuerte de todos, y donde quiera que haya hechos públicos en que sea necesaria la fuerza física, como en las *levitaciones* ó en la domadura de animales salvajes, ayudará al ejecutante sosteniéndole sobre el suelo, ó subyugará á la bestia salvaje antes de que el domador tenga tiempo de pronunciar su encantamiento. Así es que cada «manifestación física» tiene su clase propia de espíritus elementales para dirigirla.

Volviendo ahora á las levitaciones de cuerpos humanos y de objetos inanimados en los modernos círculos, debemos referir al lector al capítulo preliminar de esta obra. (Véase «*Æthrobacia*»). Al tratar de la historia de Simón el Mago, hemos presentado la explicación de los antiguos acerca del modo como podían verificarse la levitación y el transporte de cuerpos pesados. Procuraremos ahora indicar una hipótesis sobre lo mismo con relación á los *médiums*, esto es, aquellas personas que se supone son inconscientes en el momento de producirse los fenómenos que los creyentes pretenden ser producidos por «espíritus» desencarnados. No necesitamos repetir lo que antes ha sido ya suficientemente explicado. La *æthrobacia* consciente, bajo condiciones electromagnéticas, es posible sólo para los *adeptos*, que no pueden nunca ser dominados por una influencia extraña á los mismos, pues permanecen únicos dueños de su VOLUNTAD.

Por lo tanto, diremos que la levitación debe siempre tener lugar con sujeción á una ley, ley tan inexorable como la que hace que un cuerpo no afectado por la misma permanezca en el suelo. Y ¿dónde deberíamos buscar aquella ley fuera de la teoría de la atracción molecular? Es una hipótesis científica que la forma de fuerza que primeramente reunió la materia nebulosa ó estrellar formando un torbellino, es la electricidad; y la química moderna está completamente reconstruída sobre la teoría de las polaridades eléctricas de los átomos. El tifón, el remolino, el tornado, el ciclón y el huracán son todos ellos indudablemente el resultado de la acción eléctrica. Estos fenómenos han sido estudiados tanto desde arriba como desde abajo, habiéndose hecho observaciones á la vez sobre el terreno, y desde un globo flotando encima del vórtice de una tormenta.

Obsérvese ahora que esta fuerza, bajo las condiciones de una atmósfera caliente y seca en la superficie de la tierra, puede acumular

una energía dinámica capaz de elevar enormes masas de agua, de comprimir las partículas de la atmósfera, y de asolar toda una comarca devastando los bosques, arrancando rocas y esparciendo los edificios en fragmentos sobre el suelo. La máquina eléctrica de Wild origina corrientes inducidas electro-magnéticas tan enormemente poderosas que pueden producir luz suficiente para que se puedan leer impresos de pequeños caracteres, durante una noche oscura, á una distancia de dos millas del punto en que dicha máquina está funcionando.

En una fecha tan atrasada como la del año 1600, Gilbert, en su *De Magnete*, enunció el principio de que nuestro mismo globo es un inmenso imán, y algunos de nuestros más eminentes electricistas empiezan ahora á darse cuenta de que el hombre posee también esta propiedad, y que las mutuas atracciones y repulsiones de los individuos pueden, al menos en parte, encontrar su explicación en este hecho. La experiencia de los asistentes á los círculos espiritistas corrobora esta opinión. El profesor Nicolás Wagner, de la Universidad de S. Petersburgo, dice: «El calor, ó quizás la electricidad de los investigadores sentados en un círculo, debe concentrarse en la mesa, y gradualmente desarrollarse en movimientos. Al mismo tiempo, ó un poco después, la fuerza psíquica concurre para ayudar los otros dos poderes. Por fuerza psíquica, entiendo aquella que es la resultante de todas las demás fuerzas de nuestro organismo. La combinación en una general, de diversas fuerzas separadas, y capaz, cuando combinada, de manifestarse en un grado proporcionado á la individualidad. • Considera él que la marcha de los fenómenos es influida por el frío ó sequedad de la atmósfera. Ahora bien, recordando lo que se ha dicho acerca de las más sutiles formas de energía que los Herméticos han probado que existen en la naturaleza, y aceptando la hipótesis enunciada por Mr. Wagner, • que el poder que origina estas manifestaciones reside en los médiums, • ¿no puede el médium, proporcionando en sí mismo un núcleo tan perfecto en su género como el sistema de imanes permanentes de acero en la batería de Wild, producir corrientes astrales bastante fuertes para levantar en su vórtice un cuerpo tan pesado como una forma humana? No es necesario que el objeto levantado adquiriera un movimiento giratorio, porque el fenómeno que estamos observando, al contrario del remolino, está dirigido por una inteligencia, la cual es capaz de hacer que el cuerpo sea levantado dentro de la corriente ascendente impidiendo su rotación.

La levitación en este caso sería un fenómeno puramente mecánico. El cuerpo inerte del médium pasivo es levantado por un vórtice creado, ora por espíritus elementales —ó por espíritus humanos, como es muy posible en ciertos casos,—ora, como acontece en algunas ocasiones, por causas puramente morbosas, como en los casos de los sonámbulos enfermos del profesor Perty. La levitación del adepto es, por el

contrario, un efecto electro-magnético, como ya hemos manifestado. Él ha hecho la polaridad de su cuerpo contraria á la de la atmósfera, é idéntica á la de la tierra; de ahí que pueda ser atraído por la primera, conservando mientras tanto la conciencia de sí mismo. Un fenómeno parecido de levitación es también posible cuando una enfermedad ha cambiado la polaridad corporal del paciente, lo cual hace siempre en mayor ó menor grado. Pero en semejante caso no es probable que la persona levitada conserve la conciencia de sí misma.

En una serie de observaciones sobre remolinos hecha en 1859, en la cuenca de las Montañas Pedregosas, «un periódico fué arrebatado á una altura de unos doscientos piés; y allí osciló de un lado á otro cruzando el camino durante un tiempo considerable, á la vez que ejecutaba su movimiento hacia arriba» (1). Como es natural, los sabios dirán que no puede compararse este caso con el de la levitación humana; que ningún vórtice puede formarse en una habitación, por medio del cual un médium sea levantado; sino que esto es una cuestión de luz astral y de espíritu, cada uno de los cuales tiene sus propias leyes dinámicas. Todos cuantos comprenden estas últimas, afirman que una reunión de personas obrando bajo la influencia de una excitación mental, que reacciona sobre el sistema físico, desprende emanaciones electro-magnéticas, las cuales, cuando son suficientemente intensas, pueden perturbar por completo toda la atmósfera circundante. Se puede en la actualidad producir fuerza bastante para crear un vórtice eléctrico suficientemente poderoso para dar lugar á muchos extraños fenómenos. Con esta indicación se comprenderá que los giros de los dervishes y las danzas salvajes, sacudidas, gesticulaciones, música y gritos de los devotos tienden á un mismo objeto, á saber, la creación de unas condiciones astrales que favorezcan la producción de fenómenos psíquicos y físicos.

La *razón* de las reavivaciones del sentimiento religioso será también mejor comprendida teniendo presente este principio.

Pero queda todavía otro punto que merece nuestra atención. Si el médium es un núcleo de magnetismo y un conductor de aquella fuerza, estaría sujeto á las mismas leyes que un conductor metálico, y sería atraído á su iman. Si, por lo tanto, un centro magnético del poder requerido es formado directamente sobre él por los invisibles poderes que presiden las manifestaciones, ¿por qué no puede su cuerpo ser levantado hacia él, á pesar de la gravedad terrestre? Sabe-

(1) ¿«Qué fuerzas entraban en juego para causar esta oscilación en el periódico?», pregunta J. W. Phelps, que cita este caso. «Eran éstas el rápido movimiento de ascensión del aire caliente, el movimiento de descenso del aire frío, el movimiento de translación de la brisa superficial y el movimiento circular del torbellino. Pero ¿cómo podían estas fuerzas combinarse para producir la oscilación?» (Discurso acerca de «*La Fuerza eléctrica mente explicada*»).

mos que, en el caso de un médium que está inconsciente respecto del progreso de la operación, es necesario primero admitir el hecho de que existe tal inteligencia, y después la posibilidad de que el experimento sea dirigido tal como se ha descrito; pero, en vista de las numerosas y diversas demostraciones que se han presentado, no sólo en nuestras propias investigaciones, para las cuales ninguna autoridad reclamamos, sino también en las de Mr. Crookes y de muchos otros, en diversos países y diferentes épocas, no desistiremos del objeto principal de ofrecer esta hipótesis, con el poco provechoso fin de reforzar un hecho que los hombres científicos no quieren considerar detenidamente, aun cuando los más distinguidos de entre los mismos lo hayan sancionado.

En una época tan poco lejana como el año 1836, el público tuvo noticia de ciertos fenómenos que eran tan extraordinarios, si no más, que todas las manifestaciones que se verifican en nuestros días. La famosa correspondencia entre los dos célebres mesmerizadores Deleuze y Billot fué publicada en Francia, y discutieron aquellas maravillas durante algún tiempo todas las sociedades. Billot creía firmemente en la aparición de espíritus, porque, como dice, él los ha visto, oído y sentido. Deleuze estaba tanto ó más convencido de esta verdad que Billot, y declaró que la inmortalidad del hombre y el retorno de los difuntos, ó mejor dicho, de sus sombras, era en su opinión el mejor demostrado de los hechos. Manos invisibles le traían de lugares distantes diversos objetos materiales, y comunicaba con inteligencias invisibles sobre asuntos de la mayor importancia. «Con respecto á esto—dice,—no puedo concebir cómo los seres espirituales pueden transportar objetos materiales». Más escéptico y con menos intención que Billot, convenía, no obstante, con éste último en que «la cuestión del espiritismo no es de opiniones, sino *de hechos*».

Tal es precisamente la conclusión á la cual vino á parar el profesor Wagner de S. Petersburgo. En su segundo folleto acerca de los *Fenómenos Medianímicos*, publicado por él en Diciembre de 1875, aplica la siguiente corrección á Mr. Shkliarevsky, uno de sus críticos materialistas: «Durante todo el tiempo en que las manifestaciones espiritistas fueron débiles y esporádicas, nosotros, los hombres de ciencia, pudimos engañarnos con teorías de acción muscular inconsciente, ó de cerebraciones inconscientes de nuestros cerebros, y arrojar todo lo demás en un montón como estratagemas de juglares... Pero ahora estas maravillas han llegado á ser demasiado sorprendentes; los espíritus se muestran bajo el aspecto de formas tangibles y materializadas, las cuales pueden ser tocadas y manoseadas á voluntad por cualquier escéptico ilustrado como vosotros mismos, y hasta ser pesadas y medidas. No podemos ya luchar más, porque toda re-

sistencia es absurda y raya casi en locura. Procurad, pues, persuadir de esto y humillaros ante la posibilidad de hechos imposibles».

El hierro sólo queda magnetizado temporalmente, pero el acero lo queda de un modo permanente, por contacto con la piedra-imán. Ahora bien, el acero no es más que el hierro que ha pasado por un proceso carbonizante, y sin embargo, dicho proceso ha cambiado por completo la naturaleza del metal en lo referente á sus relaciones con la piedra imán. De igual modo puede decirse que el médium es sólo una persona ordinaria magnetizada por la influencia de la luz astral; y como la permanencia de la propiedad magnética en el metal está medida por su mayor ó menor semejanza con el acero, ¿no podemos decir también que la intensidad y permanencia del poder medianímico son proporcionadas á la saturación del médium con la fuerza magnética ó astral?

Esta cualidad de saturación puede ser congénita, ó adquirida por alguno de los siguientes medios: por los procesos mesméricos, por mediación de espíritus, ó por la propia voluntad. Además, dicha cualidad parece hereditaria, como algunas otras particularidades físicas y mentales, puesto que muchos, y aun podríamos decir la inmensa mayoría de los grandes médiums, han tenido progenitores que han dado señales de alguna forma de mediumnidad. Los sujetos mesméricos pasan fácilmente á las más elevadas formas de clarevidencia y de mediumnidad (como ahora se llama), como nos aseguran Gregory, Deleuze, Puysegur, Du Potet y otros autores.

Respecto del proceso de la propia saturación, no tenemos más que fijarnos en los relatos del devoto cuerpo sacerdotal del Japón, Siam, China, India, Thibet y Egipto, así como en el de los países europeos, para cerciorarnos de su realidad. Una larga persistencia en una determinación fija de subyugar la materia, conduce á una condición en la cual no sólo se hace uno insensible á las impresiones exteriores, sino que hasta la misma muerte puede ser simulada, como ya hemos visto. El extático fortalece tan enormemente el poder de su voluntad, que llega hasta el punto de atraer dentro de sí mismo, como dentro de un remolino, á las potencias que residen en la luz astral, para aumentar el caudal que tiene naturalmente de dicho poder.

Los fenómenos del mesmerismo no pueden explicarse más que por la hipótesis de la proyección de una corriente de fuerza que va del operador al sujeto. Si un hombre puede proyectar esta fuerza poniendo en juego su voluntad, ¿qué es lo que le impide atraerla hacia sí mismo invirtiendo la corriente? A no ser, ciertamente, que se alegue que dicha fuerza es engendrada dentro de su cuerpo, y que no puede ser atraída de algún depósito exterior. Pero aun admitiendo una hipótesis semejante, si él puede engendrar un caudal de fuerza tan superabundante para saturar á otra persona y hasta á un objeto

inanimado por medio de su voluntad, ¿por qué no ha de poder producir la en exceso para su propia saturación?

En su obra sobre *Antropología*, el profesor J. R. Buchanan hace notar la tendencia de los movimientos naturales del cuerpo á seguir la dirección de los órganos frenológicos; siendo la actitud de la combatividad hacia abajo y hacia atrás; la de la esperanza y de la espiritualidad hacia arriba y hacia delante; la de firmeza hacia arriba y hacia atrás, y así sucesivamente. Los adeptos de la ciencia Hermética conocen tan bien este principio que explican la levitación de sus propios cuerpos, siempre que tiene lugar involuntariamente, diciendo que el pensamiento se halla tan intensamente fijo en un punto situado encima de ellos que, cuando el cuerpo está por completo impregnado de la influencia astral, sigue la aspiración de la mente y se eleva en el aire con la misma facilidad que un corcho retenido debajo del agua se eleva á la superficie cuando no se ponen obstáculos á su ligereza. El vértigo que experimentan ciertas personas cuando permanecen en el borde de un abismo se explica por el mismo principio. Los muchachos de corta edad, que tienen una imaginación escasa ó poco activa, y en los cuales la experiencia no ha tenido todavía tiempo suficiente para desarrollar el miedo, raras veces ó quizás nunca se quejan de vértigos; pero el adulto dotado de cierto temperamento mental, viendo el abismo y pintándose en su fantasía las consecuencias de una caída, se deja dominar por la atracción de la tierra, y, *á menos que se rompa el hechizo de fascinación*, su cuerpo seguirá á su pensamiento hasta el fondo del precipicio.

Que el vértigo es una cuestión de puro temperamento lo demuestra el hecho de que algunas personas jamás experimentan la sensación del mismo, y si á estas personas se las sometiese á un examen, probablemente se vería que su facultad imaginativa es deficiente. Tenemos un caso en perspectiva, un caballero que, en 1853, tenía una cabeza tan segura que horrorizaba á los circunstantes permaneciendo sobre la cumbre del Arco de Triunfo, en París, con los brazos cruzados y sólo con la mitad de sus piés apoyada sobre el borde, pero desde el momento en que se le acortó la vista, apoderóse de él un terror pánico al intentar pasar una plancha puesta al través del patio de un hotel, la cual tenía más de dos piés y medio de ancho, no ofreciendo el menor peligro. Miró el embaldosado de abajo, dió rienda suelta á su imaginación, y hubiera caído si no se hubiese sentado con la mayor presteza.

Es un dogma científico que el movimiento continuo es imposible.

Existe otra dogma, ó sea el de que las pretensiones de haber los herméticos descubierto el elixir de vida, y de que algunos de ellos, haciendo uso del mismo, prolongaron su existencia hasta un límite mucho más allá del natural, son supersticiosos absurdos. Y la preten-

sión de que los metales más viles han sido transmutados en oro, y de que se ha descubierto el disolvente universal, excita sólo una sonrisa despreciativa en un siglo que ha coronado el edificio de la filosofía con una cúpula de protoplasma. El primer punto es declarado una *imposibilidad física*; tanto—según Babinet, el astrónomo—como la «levitación de un objeto sin contacto» (1). El segundo es un sueño fisiológico engendrado por una inteligencia desordenada; el tercero un absurdo químico.

Balfour Stewart dice que mientras el hombre de ciencia no pueda asegurar que «esté intimamente familiarizado con todas las fuerzas de la naturaleza, no podrá probar que el movimiento continuo sea imposible; porque realmente sabe muy poco de estas fuerzas... se figura que ha penetrado el espíritu de la naturaleza y sus designios, y por lo tanto, niega desde luego la posibilidad de una máquina tal.» (2) Si él ha descubierto el designio de la naturaleza, ciertamente no posee *el espíritu*, porque niega su existencia en un sentido; y negando el espíritu, impide aquella perfecta comprensión de la ley universal que librería á la filosofía moderna de sus mil mortificantes dilemas y errores. Si la negación del profesor B. Stewart no está fundada en otra analogía mejor que la de su contemporáneo francés, Babinet, está en peligro de una catástrofe igualmente humillante. El universo mismo demuestra la realidad del movimiento continuo; y la teoría atómica, que ha hecho el efecto de un bálsamo en las inteligencias exhaustas de nuestros exploradores cósmicos, en él está fundada. El telescopio, escudriñando el espacio, y el microscopio, poniendo de manifiesto los misterios del pequeño mundo contenido en una gota de agua, revelan la misma ley en operación; y como todo lo de abajo es parecido á lo de arriba, ¿quién se atreverá á decir que cuando la conservación de la energía sea mejor comprendida, y las dos fuerzas adicionales de los kabalistas sean añadidas al catálogo de la ciencia ortodoxa, no podrá descubrirse la manera de construir una máquina que marche sin roce, y que ella misma se provea de energía en proporción de sus pérdidas? «Cincuenta años hace—dice el respetable Mr. de Lara— que un periódico de Hamburgo, citando de otro periódico inglés un relato de la inauguración del ferrocarril de Liverpool á Manchester, lo consideraba como una grosera mentira; y llegaba al colmo diciendo: *‘hasta tal punto llega la credulidad de los ingleses’*;» la moraleja salta á la vista. El reciente descubrimiento de una combinación llamada METALINA, por un químico americano, hace parecer probable que el roce pueda en gran parte ser vencido. Una cosa es cierta, y es que, cuando un hombre haya descubierto el movimiento continuo, será capaz de com-

(1) *Revue des Deux Mondes*, p. 414, 1858.

(2) *Conservación de la energía*, p. 140.

prender por analogía todos los secretos de la naturaleza; el progreso está en razón directa de la resistencia.

Lo mismo podemos decir respecto del elixir de vida, entendiéndose por ello la vida física, siendo el alma, por supuesto, eterna solamente por su unión divina é inmortal con el espíritu. Pero *continuo* ó *perpetuo* no significa infinito. Los kabalistas jamás han pretendido que sean posibles una vida física sin fin, ó un movimiento interminable. El axioma Hermetico sostiene que únicamente la Causa Primera y sus emanaciones directas, nuestros espíritus (centellas del sol central y eterno, que serán por él reabsorbidas al final del tiempo) son incorruptibles y eternas. Pero, habiendo adquirido el conocimiento de algunas fuerzas naturales ocultas, todavía no descubiertas por los materialistas, aseguran ellos que tanto el movimiento mecánico como la vida física pueden ser prolongados indefinidamente. La piedra filosofal tiene más de una significación relacionada con su misterioso origen. El profesor Wilder dice: •El estudio de la alquimia era aún más universal de lo que varios escritores que de ella se han ocupado parecen haber comprendido, y era auxiliar, si no idéntico, á las ciencias ocultas de magia, nigromancia y astrología; probablemente por el hecho mismo de que, en su origen, ellas no eran más que formas de un espiritualismo que ha existido generalmente en todas las épocas de la historia de la humanidad. •

Lo que más nos maravilla es que los mismos hombres que consideran al cuerpo humano simplemente como una •máquina digestiva• puedan poner objeciones á la idea de que, si algún equivalente á la metalina pudiera aplicarse entre sus moléculas, dicha máquina funcionaría sin roce. El cuerpo del hombre fué sacado de la tierra ó del polvo, según el *Génesis*; cuya alegoría se opone á las pretensiones de los modernos analistas al descubrimiento original de la naturaleza de los constituyentes inorgánicos del cuerpo humano. Si el autor del *Génesis* sabía esto, y Aristóteles enseñaba la identidad entre el principio vital de las plantas, animales y hombres, nuestra afiliación con la madre tierra parece haber sido establecida hace largo tiempo.

Elie de Beaumont ha resucitado recientemente la antigua doctrina de Hermes de que existe una circulación terrestre comparable con la de la sangre del hombre. Ahora bien, desde el momento en que es una doctrina tan antigua como el mundo el que la naturaleza está continuamente renovando sus gastadas energías, absorbiéndolas de la fuente de la energía, ¿por qué debe el hijo diferenciarse del padre? ¿Por qué no puede el hombre, por el descubrimiento de la fuente y naturaleza de esta restauradora energía, extraer de la tierra misma el jugo ó quinta esencia con que recuperar sus propias fuerzas? Esto *puede* haber sido el gran secreto de los alquimistas. Deténgase la circulación de los fluidos terrestres, y tendremos estancamiento, putrefacción y muerte; deténgase la circulación de los fluidos

en el hombre, y aparecerán la paralización, absorción y calcificación de la edad senil, y la muerte consecutiva. Si los alquimistas hubiesen sencillamente descubierto algún compuesto químico capaz de mantener expeditos los conductos de nuestra circulación, ¿lo restante no vendría fácilmente? Y por qué, preguntamos, si las aguas superficiales de ciertas fuentes minerales tienen tal virtud para la curación de enfermedades y para la restauración del vigor físico, ¿ha de ser ilógico el decir que, si pudiésemos recoger las primeras gotas que manan del alambique de la naturaleza en las entrañas de la tierra, podríamos reconocer quizás que la fuente de la juventud al fin y al cabo no era ningún mito? Jennings asegura que el elixir era extraído de los secretos laboratorios químicos de la naturaleza por algunos adeptos; y el químico Roberto Boyle menciona un vino medicinal ó cordial que el Dr. Lefevre ensayó con éxito maravilloso en una mujer anciana.

La alquimia es tan antigua como la misma tradición. •El primer dato auténtico acerca de este asunto—dice William Godwin— es un edicto de Diocleciano, de unos 300 años después de Cristo, ordenando que se hiciera en Egipto una diligente requisa de todos los antiguos libros que trataban del arte de hacer oro y plata, para ser arrojados á las llamas. Este edicto supone naturalmente cierta antigüedad á esta clase de estudios; y la historia *fabulosa* cuenta á Salomón, Pitágoras y á Hermes entre sus adeptos distinguidos.

¿Y la cuestión de la transmutación, este *alkalhest* ó disolvente universal, que viene inmediatamente después del elixir de vida en el orden de los tres agentes alquímicos? ¿Es esta idea tan absurda que no llegue á merecer la más pequeña consideración en esta época de descubrimientos químicos? ¿Y qué haremos de las anécdotas históricas de hombres que realmente hicieron oro y lo pusieron en circulación, y de las de aquellos que dan testimonio de habérselo visto hacer? Liborio, Gebero, Arnoldo, Tomás de Aquino, Bernardo Comes, Joannes, Penot, Quercetanus, Geber, el padre árabe de la Alquimia europea, Eugenio Filaletes, Bautista Porta, Rubeo, Dornesio, Vogelio, Ireneo Filalecto Cosmopolita y muchos alquimistas de la Edad media y filósofos Herméticos aseguran el hecho. ¿Debemos considerar como visionarios y lunáticos á todos estos hombres, que por otra parte eran grandes sabios? Francesco Pico, en su obra *De Auro*, cita diez y ocho casos en que el oro fué producido en presencia suya por medios artificiales; Tomás Vaughan (1) fué á casa de un platero á vender por valor de 1.200 marcos de oro, y habiendo el hombre observado con desconfianza que el oro era demasiado puro para proceder de una mina, echó á correr sin cuidarse de las mone-

(1) Eugenio Philalethes.

das. En un capítulo anterior, hemos expuesto el testimonio de una porción de autores respecto del particular.

Marco Polo nos dice que en algunas montañas del Thibet, á las cuales denomina *Chingintalas*, existen venas de una substancia de la cual está formada la *Salamandra*: «Porque la verdad es que la salamandra no es ningún animal, como se pretende en nuestras partes del mundo, sino que es una substancia que se encuentra en la tierra» (1) Añade después que un turco llamado Zurficar le manifestó que había estado buscando salamandras para el Gran Khan en aquellas regiones por espacio de tres años. «Dijo que el medio de que se valían para cogerlas era cavar en la montaña hasta que encontraban una vena especial. La substancia de esta vena, una vez recogida, era machacada, y después de tratada así, se divide como si fuesen fibras de lana, que luego se extienden para secarlas. Después de secas, estas fibras son bataneadas y lavadas, de modo que queden sólo las fibras, á manera de hilos de lana. Entonces se las hila... Cuando se acaban de fabricar, estos tejidos no son muy blancos, pero, echándolos al fuego y teniéndolos en él un rato, se vuelven tan blancos como la nieve».

Por lo visto, como muchos autores atestiguan, esta substancia mineral es el famoso *Asbestos*, (2) el cual, como dice el Rev. A. Williamson, se encuentra en Shantung. Pero no es solamente hilo incombustible lo que con él se fabrica, pues de dicha substancia se saca también un aceite que tiene varias propiedades sumamente extraordinarias, poseyendo el secreto de sus virtudes ciertos Lamas y adeptos indios. Cuando con él se frota el cuerpo, no deja ninguna mancha ó señal exterior, y sin embargo, por más que la parte frotada se lave y friegue con jabón y agua fría ó caliente, la virtud de la untura no queda afectada en lo más mínimo. La persona así ungida puede meterse sin temor alguno en el fuego más violento; y, á menos de sofocarse, no sufrirá ningún daño. Otra propiedad de dicho aceite es que, una vez combinado con *otra substancia* que no estamos autorizados para nombrar, y dejado luego en reposo bajo la acción de los rayos de la luna, en ciertas noches indicadas por los astrólogos del país, engendra extrañas criaturas. En cierto sentido podríamos llamarlas infusorios, pero luego crecen y se desarrollan. Hablando de Cachemira, hace notar Marco Polo que poseen un asombroso conocimiento de las *diabluras* de encantamientos, hasta el punto de *hacer hablar á sus idolos*.

Hoy día, los más grandes magos místicos de estas regiones se encuentran en Cachemira. A las diversas sectas religiosas de este

(1) Libro de Ser Marco Polo, vol. I, p. 215.

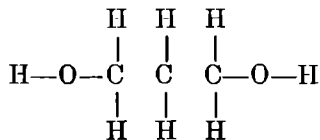
(2) Véase el «Diccionario de los Tejidos de Sage», vol. II, pp. 1-12.

país se les han atribuído siempre poderes sobrenaturales, y son un plantel de adeptos y sabios. Como hace observar el coronel Yule, «Vambéry nos dice que en nuestros días los dervishes de Cachemira sobresalen entre sus hermanos mahometanos por su *habilidad* y sus artes secretas, y son muy expertos en exorcismos y en la magia»(1).

Pero no todos los químicos modernos son igualmente dogmáticos en su negación de la posibilidad de una transmutación tal. El Doctor Peisse, Desprez, y hasta el que todo lo niega, Luis Figuier de París, parecen estar muy lejos de desechar tal idea. El Dr. Wilder dice: «La posibilidad de reducir los elementos á su forma primaria, como se supone existían en la masa ígnea de la cual se cree fué formada la corteza terrestre, no la consideran los físicos una idea tan absurda como se ha querido suponer. Existe entre los metales una relación frecuentemente tan íntima, que parece indicar una identidad original. Las personas llamadas alquimistas pueden, por lo tanto, haber consagrado sus energías á investigaciones de esta naturaleza, así como Lavoisier, Davy, Faraday y otros de la época actual han explicado los misterios de la química.» (2). Un ilustrado teosofista, un médico que ejerce en este país y que ha estudiado las ciencias ocultas y la alquimia durante unos treinta años, ha logrado reducir los elementos á su forma primaria, y ha obtenido lo que se llama «la tierra pre-Adámica.» Aparece en forma de un precipitado térreo en el agua pura, la cual, al ser agitada, presenta los colores mas vivos y opalescentes.

«El secreto—dicen los alquimistas, como si se divirtiesen con la ignorancia de los no iniciados—consiste en una amalgama de sal, azufre y mercurio combinados tres veces en Azoth, por una triple sublimación y una triple fijación.»

«¡Cuán ridículamente absurdo!», exclamará un sabio químico moderno. Pues bien, los discípulos del gran Hermes comprenden esto tan perfectamente como un alumno de la Universidad de Harvard entiende á su profesor de Química cuando éste le dice: «Con un grupo hidroxílico podremos sólo producir compuestos monoatómicos; empleando dos grupos hidroxílicos, podremos formar alrededor del mismo esqueleto cierto número de compuestos diatómicos ... Unamos al núcleo tres grupos hidroxílicos, y resultarán compuestos triatómicos, entre los cuales figura una substancia muy conocida:

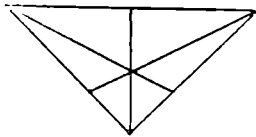
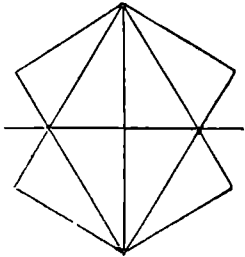
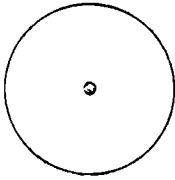


Glicerina.»

(1) «Libro de Ser Marco Polo,» vol I, p. 230.

(2) «Alquimia ó Filosofía Hermética,» p. 25.

«Únete—dice el Alquimista—á las cuatro letras del tetragrama dispuestas de la manera siguiente. Las letras del nombre inefable están allí, aunque no puedas distinguirlas á primera vista. El incomunicable axioma está cabalísticamente contenido en ello, y esto es lo que los maestros llaman el arcano mágico.» El *arcanum*, la cuarta emanación del Akâsa, el principio de VIDA,



que es representado en su tercera transmutación por el sol ardiente, el ojo del mundo ó de Osiris, como le llamaban los egipcios. Un ojo velando tiernamente sobre su más joven hija, mujer y hermana, Isis, nuestra madre tierra. Véase lo que Hermes, el tres veces gran maestro, dice de ella: «Su padre es el sol, su madre es la luna.» La atrae y la acaricia, y después la repele con un poder de proyección. Al estudiante Hermético corresponde vigilar sus movimientos, apoderarse de sus sutiles corrientes, y guiarlas y dirigir las con el auxilio del *athavor*, la palanca de Arquímedes del alquimista. ¿Qué es este misterioso *athavor*? ¿Puede decirnoslo el físico, él que lo ve y lo examina todos los días? Ciertamente, lo ve; pero ¿comprende los secretos y cifrados caracteres trazados por el dedo divino en cada una de las conchas de las profundidades del océano; en cada una de las hojas que tiemblan á impulsos de la brisa; en el astro resplandeciente, cuyos rayos no son á sus ojos

más que otras tantas líneas más ó menos luminosas de hidrógeno?

«Dios *geometriza*,» dijo Platón (1). «Las leyes de la naturaleza son los pensamientos de Dios,» ha exclamado Oersted 2000 años después. «Sus pensamientos son inmutables», ha repetido el estudiante solitario de la ciencia Hermética, «por consiguiente, en la perfecta armonía y equilibrio de todas las cosas es donde debemos buscar la verdad.» Y así, partiendo de la indivisible unidad, encuentra que de allí emanan las fuerzas contrarias, obrando cada una de ellas por medio

(1) Véase Plutarco: «*Symposiacas*», VIII 2. «Diogeniano tomó la palabra y dijo: 'Admitamos á Platón en la conferencia, y preguntémosle qué quiere significar cuando dice—suponiendo que esta sentencia sea suya—que *Dios desempeña el papel de Geómetra*: Yo digo: 'Esta sentencia no está claramente expresada en ninguno de sus libros; sin embargo, hay buenas razones para asegurar que es suya, y que es muy probable que sea esto lo que quiere decir'. Tyndares añadió en seguida: 'Él ensalza á la Geometría como á una ciencia que aparta á los hombres de los objetos sensibles, y hace que se apliquen á la inteligible y Eterna Naturaleza, cuya contemplación es el fin de la filosofía, y un aspecto de los misterios de la iniciación en los santos ritos.'»

de la otra y produciendo el equilibrio, y que las tres son una tan sólo, la Eterna Mónada pitagórica. El punto primordial es un círculo; el círculo, cuadrándose á partir de los cuatro puntos cardinales, se convierte en un cuaternario, el cuadrado perfecto, teniendo en cada uno de los ángulos una letra del mirífico nombre, el sagrado TETRAGRAMA. Es los cuatro Buddhas que han venido y desaparecido; la pitagórica *tetractys*, absorbida y resuelta por el único eterno NO-SER.

La tradición declara que sobre el cuerpo muerto de Hermes, en Hebrón, fué encontrada por Isarim, un iniciado, la tablilla conocida con el nombre de *Smaragdina* (Esmeraldina), la cual contiene en pocas sentencias la esencia de la sabiduría Hermética. A aquellos que la lean sólo con sus ojos corporales sus preceptos nada les sugerirán de nuevo ó de extraordinario, porque empieza sencillamente por decir que no habla de cosas ficticias, sino de aquello que es verdad y de la mayor certeza.

«Lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo, para realizar las maravillas de una sola cosa.

»Así como todas las cosas han sido producidas por medio de un solo ser, así también todas las cosas han sido producidas de éste *por adaptación*.

»Su padre es el sol, su madre la luna.

»Es la causa de toda perfección en toda la tierra.

»Su poder es perfecto *si es convertido en tierra*.

»Separa la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero, obrando prudentemente y con juicio.

»Asciende con la mayor sutileza de la tierra al cielo, y luego desciende otra vez á la tierra, y reúne el poder de las cosas superiores é inferiores; de este modo tú poseerás la luz de todo el mundo, y toda obscuridad se alejará de tí.

»Esta cosa tiene más fortaleza que la fortaleza misma, porque *dominará á toda cosa sutil*, y penetrará toda cosa sólida.

»Por él fué formado el mundo».

Esta cosa misteriosa es el agente mágico universal, la luz astral, que, en las correlaciones de sus fuerzas, suministra el alkahest, la piedra filosofal y el elixir de vida. La filosofía Hermética la llama Azoth, el alma del mundo, la virgen celestial, el gran Magnes, etc., etc. La ciencia física la conoce como «calor, luz, electricidad y magnetismo;» pero, ignorando sus propiedades espirituales y la potencia oculta contenida en el éter, rechaza todo cuanto ignora. Explica y detalla las formas cristalinas de los copos de nieve, sus modificaciones de un prisma hexagonal del cual brotan infinidad de delicadas agujas. Las ha estudiado tan perfectamente que ha llegado á calcular, con la precisión matemática más asombrosa, que todas estas agujas divergen las unas de

las otras formando un ángulo de 60°. ¿Puede asimismo decirnos la causa de esta infinita variedad de las formas más exquisitas (1), cada una de las cuales es en sí misma una perfectísima figura geométrica? Estas heladas florescencias parecidas á flores y estrellas pueden ser (para que lo sepa la ciencia materialista) una lluvia de mensajes desparramados por manos espirituales desde los mundos superiores, para que los lean los ojos espirituales de acá abajo.

La cruz filosófica, las dos líneas extendidas en opuestas direcciones, la horizontal y la perpendicular, la altura y la anchura, que la Deidad geometrizaradora divide en el punto de intersección, y que forma el cuaternario mágico así como el científico, cuando está inscrita dentro del cuadrado perfecto, es la base del ocultista. Dentro de su místico recinto hállase la llave maestra que abre la puerta de todas las ciencias, tanto físicas como espirituales. Simboliza nuestra humana existencia, porque el círculo de la vida circunscribe los cuatro puntos de la cruz, los cuales representan sucesivamente el nacimiento, la vida, la muerte y la INMORTALIDAD. Cada una de las cosas de este mundo es una trinidad completada por el cuaternario (2), y cada elemento es divisible bajo este mismo principio. La fisiología podrá dividir al hombre *ad infinitum*, como la ciencia física ha dividido á los cuatro elementos primarios y principales en varias docenas de otros, pero no logrará cambiar ninguno. Nacimiento, vida y muerte serán siempre una trinidad completada únicamente en un final cíclico. Aun cuando la ciencia llegase á trocar la anhelada inmortalidad en aniquilación, continuaría siendo siempre un cuaternario; porque Dios «geometriza.»

Por eso es que tal vez algún día se le permitirá á la alquimia hablar de su sal, mercurio, azufre y azoth, de sus símbolos y miríficos caracteres, y repetir, con el expositor de la *Síntesis de los compuestos orgánicos*, que «debe tenerse presente que tal agrupación no es *ningún juego de la fantasía*, y que para la posición de cada letra puede darse una buena razón» (3).

El Dr. Peisse, de París, escribió en 1863 la carta siguiente: «Una palabra á propósito de alquimia ¿Qué debemos pensar nosotros del arte Hermético? ¿Nos es lícito el creer que podemos transmutar metales y hacer oro? Los hombres positivos, los *esprits forts* del siglo diez y nueve, saben muy bien que Mr. Figuier, doctor en ciencias y en medicina, profesor de Análisis Químico en la Escuela de Farmacia de París, no parece dispuesto á decidirse en esta cuestión. Duda, está indeciso. Conoce á varios alquimistas (porque realmente los hay) que, fundándose en los modernos descubrimientos de la química y especial-

(1) Ed. L. Youmans; «*Química descriptiva*».

(2) En las antiguas naciones la Deidad era un triada con el suplemento de una diosa, el Arba-il, ó cuádruple Dios.

(3) Josiah Cooke: «*La Nueva Química*».

mente en la singular circunstancia de los equivalentes demostrada por M. Dumas, pretenden que los metales no son cuerpos simples, verdaderos elementos en el absoluto sentido de la palabra, y que por consiguiente pueden ser producidos por medio del proceso de descomposición..... Esto me anima á dar un paso más y á confesar ingenuamente que muy poco me sorprendería de ver á alguien hacer oro. Sólo tengo una razón que dar, pero suficiente al parecer, y es que el oro no ha existido siempre; ha sido producido por alguna operación química ó de otra especie en el seno de la materia fundida de nuestro globo (1); quizás todavía existe una parte del mismo en vías de formación. Los pretendidos cuerpos simples de nuestra química son con mucha probabilidad sólo productos secundarios en la formación de la masa terrestre. Esto ha sido demostrado con respecto al agua, uno de los más importantes elementos de los antiguos físicos. Hoy día hacemos agua. ¿Por qué no hemos de poder hacer oro? Un eminente experimentador, monsieur Desprez, ha fabricado el diamante. Verdad es que este diamante es únicamente *un diamante científico*, un diamante filosófico, que podrá no tener ningún valor, pero, así y todo, mi posición se mantiene firme. Por otra parte, no nos limitamos á simples conjeturas. Vive todavía un hombre que, en una comunicación dirigida á las corporaciones científicas, en 1853, ha dicho recalcando las palabras: 'Yo he descubierto el método para producir oro artificial; yo he hecho oro'. Este adepto es Mr. Teodoro Tiffereau, ex-preparador de química en la Escuela profesional y superior de Nantes»(2). El cardenal de Rohan, la famosa víctima de la conspiración del collar de diamantes, ha atestado que él vió al Conde Cagliostro fabricar oro y diamantes. Suponemos que todos los que están de acuerdo con el profesor T. Sterry Hunt, miembro de la Sociedad Real de Londres, no verán con buenos ojos la teoría del Dr. Peisse, porque creen ellos que todos nuestros depósitos metalíferos son debidos á la acción de la vida orgánica. Y así, hasta tanto que vengan ellos á algún arreglo en sus discrepancias y nos ofrezcan una solución que nos conduzca al verdadero conocimiento de la naturaleza del oro, y á saber si es el producto de una interna alquimia volcánica, ó una segregación y filtración de la superficie, les dejaremos que disputen entre sí, y mientras tanto nos atenderemos á lo que decían los antiguos filósofos.

El profesor Balfour Stewart, á quien nadie se le ocurrirá clasificar entre las inteligencias mezquinas, y que con mucha más franqueza y frecuencia que sus colegas admite los errores de la ciencia moderna, se muestra, sin embargo, tan preocupado en esta cuestión

(1) La teoría de Sterry Hunt acerca de los depósitos metalíferos contradice esto; pero ¿es exacta?

(2) Peisse: «*La Medicina y los Médicos*», vol. I, pp. 59, 283.

como otros sabios. Siendo la luz perpetua tan sólo un nombre más del movimiento continuo — dice, — y siendo este último imposible, porque no tenemos ningún medio para equilibrar el consumo del material combustible, una luz Hermética es, por lo tanto, una imposibilidad (1). Haciendo notar el hecho de que una «luz perpetua se suponía resultar de poderes *mágicos*» é indicando después que tal luz «no es ciertamente de esta tierra, en donde la luz y todas las otras formas de energía superior son esencialmente transitorias», arguye este señor como si los filósofos herméticos hubiesen pretendido siempre que la llama en cuestión era una ordinaria llama terrena, resultante de la combustión de un material luminífero. En este punto los filósofos han sido constantemente mal comprendidos y falsamente interpretados.

¡Cuántas grandes inteligencias, incrédulas de buenas á primeras, después de haber estudiado la «doctrina secreta» han variado sus opiniones, y han echado de ver lo equivocadas que estaban! ¡Y cuán contradictorio parece encontrarse á Balfour Stewart citando por un momento algunas filosóficas sentencias de Bacon —á quien denomina el padre de la ciencia experimental— y diciendo: «... seguramente estas observaciones deben servirnos de lección... seamos muy cautos antes de despreciar ninguna rama de conocimientos ó modo de pensar como esencialmente inútil», y verle en seguida despreciar, como *completamente imposibles*, las afirmaciones de los alquimistas! Presenta á Aristóteles «sosteniendo la opinión de que la luz no es ningún cuerpo, ni la emanación de cuerpo alguno, y que por consiguiente la luz es una energía ó acto»; y á pesar de todo, aunque los antiguos fueron los primeros en enseñar, por medio de Demócrito, á John Dalton la doctrina de los átomos, y por medio de Pitágoras, y aun de los antiquísimos oráculos caldeos, que el éter es un agente universal, sus ideas, dice Stewart, «no han sido prolíficas». Admite que «poseían ellos un gran genio y poder intelectual», pero añade que «sus concepciones físicas eran deficientes, y que, por consiguiente, sus ideas no eran prolíficas» (2).

Toda esta obra es una protesta contra un modo tan injusto de juzgar á los antiguos. Para ser del todo competente para criticar sus ideas, y asegurarse uno mismo de si estas ideas eran distintas y «apropiadas á los hechos», debe uno haberlas examinado á fondo. Es inútil repetir lo que ya hemos dicho con frecuencia, y que todo sabio debe saber, esto es, que la quinta esencia de sus conocimientos estaba en manos de los sacerdotes, quienes jamás los consignaban por escrito, y en las de los «iniciados», los cuales, como Platón, *no se atrevían á escribirlos*.

(1) «*La Conservación de la Energía*».

(2) *Idem*.

Por lo tanto, aquellas pocas especulaciones acerca del universo espiritual y material que confiaron á la escritura no pueden autorizar á la posteridad para juzgarlos de la manera debida, aun en el caso de que los primeros vándalos cristianos, los últimos cruzados y los fanáticos de la Edad media no hubiesen destruido las tres cuartas partes de lo que quedaba de la Biblioteca de Alejandría y de sus últimas escuelas. El profesor Draper manifiesta que solamente el cardenal Jiménez «entregó á las llamas en las plazas de Granada 80.000 manuscritos árabes, muchos de ellos traducciones de autores clásicos». En las bibliotecas del Vaticano, se ven pasajes enteros de los más raros y preciosos tratados de los antiguos, que han sido raspados y borrados, con objeto de llenarlos con salmodias absurdas.

¿Quién pues, de todos los que se apartan de la «doctrina secreta» por ser «antifilosófica», y por lo tanto indigna de una meditación científica, tiene el derecho de decir que ha estudiado á los antiguos; que está enterado de todo cuanto ellos sabían, y que, sabiendo ahora mucho más, sabe por consiguiente que ellos sabían muy poco, si es que algo sabían? Esta «secreta doctrina» contiene el *alpha* y la *omega* de la ciencia universal, en ella se encuentra la piedra angular y la clave de todos los conocimientos antiguos y modernos; y solamente en esta «antifilosófica» doctrina está escondido lo *absoluto* en la filosofía de los misteriosos problemas de la vida y de la muerte.

«Las grandes energías de la Naturaleza nos son conocidas sólo por sus efectos», dice Paley. Parafraseando esta sentencia, diremos que los grandes descubrimientos de los tiempos antiguos son conocidos por la posteridad únicamente por sus efectos. Si uno coge un libro de Alquimia y vé en él las especulaciones acerca del oro y de la luz de los hermanos Rosacruces, ciertamente se quedará sorprendido, por la sencilla razón de que no las entenderá ni poco ni mucho. «El oro Hermético—leerá tal vez—es el producto de los rayos del sol, ó de la luz difundida invisible y mágicamente en el cuerpo del mundo. La luz es oro sublimado, mágicamente recogido, por la invisible atracción estelar, de las profundidades de la materia. El oro es por lo tanto el depósito de la luz, que de él mismo se engendra. La luz en el mundo celestial es sutil, vaporosa, oro mágicamente exaltado, ó *espíritu de la Ullama*. El oro atrae las naturalezas inferiores de los metales, é, intensificándose y multiplicándose, las convierte en sí mismo» (1).

Sin embargo, los hechos hechos son; y lo que Billot dice respecto del espiritismo, lo repetimos nosotros en cuanto al ocultismo en general y á la alquimia en particular: no es cuestión de opiniones, sino de hechos; los hombres de ciencia llaman á una lámpara inextingible una *imposibilidad*, pero, á pesar de todo, en nuestros mismos días, así como

(1) Extractos de Roberto de Fludd, en *Los Rosacruces*.

en las épocas de ignorancia y superstición, ha habido personas que han encontrado dichas lámparas ardiendo brillantemente en antiguas bóvedas cerradas desde siglos y siglos; y otras personas hay que poseen el secreto de mantener estos fuegos durante varias centurias. Los hombres de ciencia dicen que el antiguo y moderno espiritismo, la magia y el mesmerismo son charlatanerías ó ilusiones; pero 800 millones de personas perfectamente sanas existen sobre la faz de la tierra que creen en los mismos. ¿A quiénes debemos creer?

«Demócrito—dice Luciano (1)—no creía en milagros ...procuraba descubrir el método de que los teurgistas se valían para producirlos; en una palabra, por su filosofía vino á deducir que la magia estaba completamente limitada á la aplicación é *imitación* de las leyes y operaciones de la naturaleza».

Pues bien, la opinión del «jovial filósofo» es de la mayor importancia para nosotros, desde el momento en que los magos dejados por Jerjes en Abdera fueron sus instructores, y que había estudiado por añadidura la magia durante largo tiempo con los sacerdotes egipcios. (2) Durante cerca de noventa años, de los ciento nueve que vivió, este gran filósofo hizo experimentos, tomando nota de ellos en un libro que, según Petronio, (3) *trataba de la naturaleza*, hechos que él mismo había verificado. Y lo vemos no sólo siendo incrédulo respecto á los *milagros* y rechazándolos completamente, sino que además afirmando que cada uno de los que eran autenticados por testigos de vista habla y podía haber tenido lugar; porque todos, hasta los más *increíbles*, se verificaban en armonía con las «*ocultas leyes de la naturaleza*» (4).

«No llegará jamás el día en que alguna de las proposiciones de Euclides sea negada» (5), dice el profesor Draper, ensalzando á los aristotélicos á expensas de los pitagóricos y de los platónicos. ¿Debemos en este caso no dar crédito á una porción de bien informadas autoridades (Lemprière entre otros), quienes afirman que los quince libros de los *Elementos* no deben atribuirse totalmente á Euclides; y que muchas de las más valiosas verdades y demostraciones en ellos contenidas son debidas á Pitágoras, Thales y Eudoxio? ¿Que Euclides, á pesar de su genio, fué el *primero* en ponerlas en orden, y que únicamente intercaló algunas teorías de su propia cosecha, con el objeto de convertir el todo en un completo y coordinado sistema de geometría? Y si estas autoridades tienen razón, entonces con mayor motivo los modernos están directamente obligados á aquel sol central de la ciencia metafísica, Pitágoras y su escuela, por unos hombres tales como Erató-

(1) «*Philopseud.*».

(2) Diog. Laert. in «*Demokrit. Vitæ.*».

(3) «*Satyric. Vitrus D. Architect.*», lib. IX, cap. III.

(4) Plinio: «*Hist. Nat.*».

(5) «*Conflictos entre la Religión y la Ciencia.*».

thenes, el geómetra y cosmógrafo famoso en todo el orbe, Arquímedes y hasta Ptolomeo, á pesar de sus obstinados errores. Si no hubiese sido por la ciencia exacta de semejantes hombres y por algunos fragmentos de sus obras que nos dejaron para fundar en ellos ciertas especulaciones de Galileo, los grandes sacerdotes del siglo diez y nueve hubieran podido encontrarse quizás todavía bajo el yugo de la Iglesia y filosofando, en 1876, sobre la cosmogonía de Bede y de Agustín, la rotación de la bóveda de los cielos alrededor de la tierra y la majestuosa llanura de esta última.

El siglo diez y nueve parece positivamente condenado á humillantes confesiones. Feltre (Italia) levanta una estatua pública «á Pánfilo Castaldi, el ilustre inventor de los tipos de imprenta movibles», y añade en su inscripción la confesión generosa de que Italia le rinde «este honorífico tributo por demasiado tiempo diferido.» Pero apenas estuvo la estatua colocada, el coronel Yule aconsejó á los feltrianos que «la quemasen reduciéndola á buena cal.» Prueba este autor que muchos viajeros, además de Marco Polo, á su regreso de la China habían traído tipos movibles de madera y ejemplares de libros chinos, cuyo texto entero estaba impreso con aquellos caracteres de madera (1). Nosotros hemos visto en varias Lamaserías del Thibet, en donde existen varias imprentas, estos caracteres conservados como una curiosidad. Se les atribuye una antigüedad remotísima, por cuanto como tipos son perfectos, y los antiguos los abandonaron al mismo tiempo que los primitivos recuerdos del lamaismo búddhico. Por lo tanto, deben haber existido en China antes de la era cristiana.

Medita cada uno las sabias palabras del profesor Roscoe en su discurso acerca del *Análisis Espectral*. «Las verdades infantiles deben hacerse útiles. Ni vosotros ni yo, quizás, podemos ver el cómo ó el cuándo, pero que en cualquier momento llegará el tiempo en que los más misteriosos secretos de la naturaleza serán por fin empleados en beneficio de la humanidad, nadie que sepa algo de ciencia puede ni por un momento dudarlos. ¿Quién podía haber profetizado que el descubrimiento de que las patas de una rana muerta se agitan tocándolas con dos metales distintos debía haber conducido en pocos años al descubrimiento del telégrafo eléctrico?»

Visitando el profesor Roscoe á Kirchoff y Bunsen, cuando estaban haciendo sus grandes descubrimientos acerca de la naturaleza de las rayas de Fraunhofer, dice que á un mismo tiempo cruzó como un relámpago por sus cabezas la idea de que existe hierro en el sol; presentando con esto una prueba más que añadir á las de un millón de predcesores, de que los grandes descubrimientos generalmente vienen como un relámpago, y no por inducción. Existen muchos más relámpagos en

(1) «Libro de Ser Marco Polo», vol. I, pp. 133—135.

reserva para nosotros. Veremos quizás que una de las últimas centellas de la ciencia moderna, el magnífico espectro verde de la plata, no tiene nada de nuevo, pues, á pesar de la escasez •y gran inferioridad de sus instrumentos ópticos•, era bien conocido de los antiguos químicos y físicos. La plata y el verde siempre han sido asociados la una con el otro desde una época tan remota como la de Hermes. La luna ó Astarté (la plata Hermética) es uno de los dos principales símbolos de los Rosacruces. Hay un axioma Hermético que dice que •la causa del esplendor y de la variedad de los colores reside profundamente en las afinidades de la naturaleza, y que existe una singular y misteriosa relación entre el color y el sonido.• Los Kabalistas colocan á su •naturaleza media• en relación directa con la luna, y la raya verde ocupa el punto central entre las otras, estando situada en medio del espectro. Los sacerdotes egipcios cantaban las *siete* vocales, como un himno en honor de Serapis (1); y al sonido de la *séptima* vocal, así como al •*séptimo* rayo• del sol naciente, respondía la estatua de Memnón. Recientes descubrimientos han probado las maravillosas propiedades de la luz azul-violeta, el *séptimo* rayo del espectro prismático, el más poderosamente químico de todos, el cual corresponde á la nota más elevada de la escala musical. La teoría de los Rosacruces, de que todo el universo es un instrumento musical, es la doctrina pitagórica de la música de las esferas. Los sonidos y los colores son todos ellos cifras espirituales; y así como los siete rayos del prisma proceden de un punto de los cielos, del mismo modo los siete poderes de la naturaleza, un número cada uno de ellos, son las siete radiaciones de la Unidad, el SOL central y espiritual.

«Feliz es el que comprende los números espirituales, y percibe su poderosa influencia!», exclama Platón. Y feliz, podemos añadir nosotros, aquel que, en medio del laberinto de las correlaciones de fuerzas, no descuida buscar su origen en este Sol invisible!

Futuros experimentadores alcanzarán el honor de demostrar que los tonos musicales producen un efecto maravilloso en el desarrollo de la vegetación. Y con la enunciación de esta anticientífica quimera, terminamos este capítulo, para pasar á recordar al paciente lector ciertas cosas que los antiguos sabían, y que los modernos *creen* saber.

(1) *Dionisio de Halicarnaso.*

CAPÍTULO XIV

«Los acontecimientos de esta nuestra ciudad de Saïs están registrados en nuestras sagradas escrituras durante un periodo de 8.000 años».—PLATON: *Tímæus*.

«Los Egipcios afirman que desde el reinado de Heracles al de Amasis transcurrieron 17.000 años».—HERODOTO: Lib. II, Cap. 43.

«¿Podrá el teólogo no sacar ninguna luz de la fé pura y primitiva que resplandeciente brota de los jeroglíficos egipcios, para poner de evidencia la inmortalidad del alma? ¿Se dignará el historiador hacer mención de la prioridad de origen de cada arte y ciencia en Egipto, un millar de años antes de que los Pelasgos tachonasen las islas y cabos del Archipiélago con sus fortalezas y templos?»—GLIDDON.

CÓMO adquirió el Egipto sus conocimientos? ¿Cuándo empezó á brillar la aurora de aquella civilización, cuya perfección maravillosa es revelada por los restos y fragmentos que los arqueólogos nos han proporcionado? ¡Ah!, los labios de Memnón están silenciosos, ya no pronuncian oráculos; la Esfinge, con su mutismo, se ha convertido en un enigma mayor que el que fué propuesto á Edipo.

Lo que el Egipto enseñó á los demás no lo adquirió ciertamente por el cambio internacional de ideas y descubrimientos con sus semíticos vecinos, ni de ellos pudo recibir el estímulo. «Cuanto más sabemos de los egipcios —dice el autor de un reciente artículo— tanto más maravillosos nos parecen». ¿De quién pudieron haber aprendido sus artes asombrosas, cuyos secretos murieron con ellos? El Egipto no enviaba agentes por el mundo para aprender lo que los otros sabían; antes al contrario, á él acudían los sabios de las naciones vecinas en busca de conocimientos. Encerrándose orgullosamente dentro de sus encantados dominios, la hermosa reina del desierto creaba maravillas, como si se valiese del poder de una varilla mágica. «Nada—hace observar el mismo escritor á quien hemos citado— prueba que la civilización y la ciencia nacieron y progresaron allí como en los demás pueblos, antes bien todo parece ser referible, en el mismo grado de perfección, á las épocas más remotas. Que ninguna nación sabía tanto como ésta es un hecho demostrado por la historia».

¿No podemos explicar esta observación por el hecho de que hasta hace muy poco tiempo nada se sabía respecto de la antigua India; que estas dos naciones, India y Egipto, tenían muchos puntos de contacto entre sí; que eran las más antiguas entre las naciones, y que los etiopes orientales, los poderosos constructores, habían venido de la India como un pueblo ya maduro, llevando con ellos su civilización y colonizando el quizás deshabitado territorio egipcio? Pero reservamos para el segundo tomo (1) un más completo desarrollo de este tema.

«La mecánica—dice Eusebio Salverte—había llegado entre los antiguos á un grado de perfección que nunca ha sido alcanzado en los tiempos modernos. Quisiéramos saber si sus invenciones han sido también sobrepujadas en nuestra época. Ciertamente que no; y hoy día, con todos los medios que los progresos de la ciencia y los descubrimientos modernos han puesto en manos del mecánico, hemos tropezado con las mayores dificultades al tratar de colocar sobre un pedestal uno de aquellos monolitos que los egipcios cuarenta siglos atrás erigían con tanta profusión delante de sus edificios sagrados».

En la época más remota que podemos vislumbrar en la historia, en el reinado de Menes, el más antiguo de los reyes de que tenemos alguna noticia, encontramos varias pruebas de que los egipcios conocían mucho mejor que nosotros mismos la hidrostática y la hidráulica. La gigantesca empresa de desviar el curso del Nilo, ó mejor dicho, de sus tres ramas principales, y conducirlo á Menfis, fué llevada á cabo durante el reinado de aquel monarca, que se nos aparece tan distante en el abismo del tiempo como una estrella brillando en las profundidades de la bóveda celeste. Wilkinson dice: «Menes calculó exactamente la fuerza á la cual tenía que contrarrestar, y construyó un dique cuya masa imponente y cuyos enormes muros de contención desviaron las aguas hacia el Este, y desde aquella fecha el rio está encauzado en su nuevo lecho».

Herodoto nos ha dejado una poética, á la par que fiel, descripción del lago Mœris, llamado así por el Faraón á quien fué debida aquella sábana artificial de agua.

El citado historiador describió este lago diciendo que mide 450 millas de circuito por 300 pies de profundidad. El Nilo lo alimentaba por medio de canales artificiales, y servía para almacenar una parte de las aguas de la inundación anual, con el objeto de regar el país muchas millas á la redonda. Sus numerosas compuertas, presas, esclusas y máquinas adecuadas estaban construídas con la mayor habilidad. Los romanos, en un período muy posterior, tomaron de los egipcios sus conocimientos en las construcciones hidráulicas; pero

(1) Véase el tomo II, Cap. 8.

nuestros últimos progresos en la ciencia hidrostática han puesto de relieve una gran deficiencia por su parte, en algunas de las ramas de aquellos conocimientos. Así, por ejemplo, si conocían ellos lo que en hidrostática se llama la gran ley, al parecer estaban menos enterados que nuestros modernos ingenieros respecto á los medios para impedir la salida del agua por los enchufes de las cañerías. Su ignorancia está suficientemente demostrada por sus conducciones de agua en largos acueductos á nivel, en lugar de hacerlo con menos coste por medio de tubos de hierro bajo tierra. Pero los egipcios evidentemente empleaban un sistema muy superior en sus canales y obras hidráulicas. A pesar de esto, los ingenieros modernos empleados por Lesseps en el Canal de Suez, que habían aprendido de los romanos todo cuanto su arte podía enseñarles, procediendo, á su vez, los conocimientos de estos de Egipto, se reían al hacérseles la indicación de que podían encontrar un remedio para algunas imperfecciones de su obra, estudiando el contenido de los diversos museos egipcios. No obstante, los ingenieros lograron dar á las orillas «de aquella larga y fea zanja», como el profesor Carpenter llama al Canal de Suez, la suficiente resistencia para hacer de ella una vía acuática navegable, en lugar de una cenagosa trampa para coger barcos, que es lo que era al principio.

Los aluviones del Nilo, durante los últimos treinta siglos, han alterado completamente el área del Delta, el cual va avanzando continuamente en dirección al mar, ensanchando así el territorio del Jedive. En los tiempos antiguos, la boca principal del río se llamaba Pelusiana, y el canal abierto por uno de los reyes, el canal de Nechao, se extendía desde Suez á este brazo.

Después de la derrota de Antonio y Cleopatra en Accio, se propuso que una parte de la flota pasase por este canal al Mar Rojo, lo cual indica la profundidad que aquellos primitivos ingenieros le habían dado. Diferentes colonos en el Colorado y en el Arizona han modificado grandes extensiones de terrenos estériles mediante un sistema de riego, recibiendo de los periódicos actuales no pocas alabanzas por su ingenio. Pero, á una distancia de 500 millas del Cairo arriba, se extiende una faja de terreno, una parte reformada del desierto, y convertida, según el profesor Carpenter, en «el país más fértil de la tierra». «Durante millares de años—dice este autor—estas ramificaciones de canales han conducido frescas aguas del Nilo para fertilizar á esta larga y estrecha faja de tierra, del mismo modo que al Delta»; y luego pasa á describir «la red de canales sobre el Delta, la cual data de un periodo primitivo en la historia de los monarcas egipcios».

La provincia francesa de Artois ha dado su nombre al pozo artesiano, como si este sistema hubiese sido aplicado por primera vez en aquel

país; pero si consultamos los anales chinos, vemos que tales pozos habían sido de uso común algunos siglos antes de la era Cristiana.

Si ahora pasamos á la arquitectura, vemos desplegarse ante nuestros ojos numerosas maravillas que desafían toda descripción. Refiriéndose á los templos de Philoe, Abu Simbel, Dendera, Edfu y Karnak, el profesor Carpenter hace notar que «estas magníficas y estupendas construcciones.... estos gigantescos templos y pirámides» tienen una «grandiosidad y belleza que causan profunda admiración, á pesar de los millares de años que han transcurrido». Le sorprende el «admirable carácter de la mano de obra; estando las piedras en la mayoría de los casos unidas unas con otras con la más asombrosa exactitud, hasta el extremo de que difícilmente puede una hoja de cuchillo pasar por los puntos de unión». Observó, durante su peregrinación de aficionado arqueólogo, otra de aquellas *curiosas coincidencias* que su Santidad el Papa podrá tener algún interés en conocer. Habla del *Libro de los Muertos* egipcio, esculpido en los antiguos monumentos, y de la antigua creencia en la inmortalidad del alma. «Ahora bien, es sumamente notable—dice dicho profesor—el ver que no sólo esta creencia, sino también el lenguaje en que está expresada en las antiguas épocas egipcias, es anterior á la de la Revelación cristiana; puesto que en este *Libro de los Muertos* se usaron las mismas frases que encontramos en el *Nuevo Testamento*, en lo referente al día del juicio»; y él admite que este hierograma fué «grabado, probablemente, unos 2.000 años antes de la venida de Cristo».

Según Bunsen, á quien se considera como el autor de los cálculos más exactos, la masa de obra de albañilería de la gran Pirámide de Cheops mide 82.111.000 pies, y pesaría 6.316.000 toneladas. El inmenso número de piedras escuadradas nos revela la incomparable habilidad de los canteros egipcios. Hablando de la gran Pirámide, dice Kenrick: «Las juntas apenas son perceptibles, no más anchas que el grueso de un papel de plata, y el cemento es tan tenaz que los fragmentos de las piedras de revestimiento permanecen todavía en su posición original, no obstante el transcurso de muchos siglos, y la violencia con que han sido arrancados». ¿Cuál de nuestros modernos arquitectos y químicos redescubrirá el indestructible cemento de los antiguos constructores egipcios?

«La habilidad de los antiguos canteros—dice Bunsen—se pone enteramente de manifiesto en la extracción de los inmensos bloques de los cuales se cortaron los obeliscos y las colosales estatuas, obeliscos de noventa pies de altura y estatuas de cuarenta, todo hecho de una sola piedra.» Unos y otras son allí muy numerosos. No se hacía uso de barrenos para sacar los bloques destinados á estos monumentos, sino que seguían el método científico siguiente: en vez de emplear pesadas cuñas de hierro, que hubieran rajado la piedra, cortaban una

pequeña ranura en toda su longitud, quizás de 100 pies, é introducían en ella, muy cerca las unas de las otras, un gran número de cuñas de madera seca; hecho esto, vertían agua en la hendidura, con lo cual, hinchándose y estallando simultáneamente las cuñas con tremenda fuerza, rompían la pesada piedra con la misma limpieza que un diamante corta el cristal.

Varios geógrafos y geólogos modernos han demostrado que estos monolitos eran traídos de distancias prodigiosas, y se han perdido en conjeturas acerca de la manera como se efectuaba su transporte. Antiguos manuscritos dicen que esto se hacía por medio de rieles portátiles, los cuales descansaban sobre sacos de cuero hinchados, hechos indestructibles por el mismo procedimiento empleado para conservar las momias. Estos ingeniosos cojines de aire impedían que los rieles se hundiesen en las capas de arena. Manethón hace mención de los mismos, indicando que estaban tan bien preparados que podían durar algunos siglos.

La fecha de los centenares de pirámides existentes en el valle del Nilo es imposible fijarla por ninguna de las reglas de la ciencia moderna; pero Herodoto nos enseña que cada uno de los reyes sucesivos erigía una para conmemorar su reinado y servirle de sepultura.

Pero Herodoto no lo dice todo, por más que sabía que el verdadero objeto de la Pirámide era muy diferente del que él le atribuye. A no impedirsele sus escrúpulos religiosos, podía haber añadido que, exteriormente, simbolizaba el principio creador de la naturaleza, y ponía de relieve también los principios de geometría, matemáticas, astronomía y astrología. Interiormente, era un templo majestuoso, en cuyo sombrío recinto se celebraban los misterios, y cuyos muros habían sido frecuentemente testigos de las escenas de iniciación de diversos miembros de la familia real. Los sarcófagos de pórfido, que el profesor Piazzí Smyth, astrónomo real de Escocia, ridiculiza considerándolos como graneros, eran la *fente bautismal*, al salir de la cual el neófito había «nacido de nuevo», y estaba convertido en un *adepto*.

Herodoto nos da, sin embargo, una idea exacta acerca del enorme trabajo empleado en el transporte de uno de aquellos gigantescos bloques de granito. Medía treinta y dos pies de longitud, veinte y uno de anchura, y veinte de grueso. Calcula su peso en 300 toneladas, y fueron necesarios 2.000 hombres durante tres años para conducirlo de Siena al Delta, siguiendo la dirección del Nilo. Gliddon, en su *Antiguo Egipto*, cita, tomándola de Plinio, una descripción de las operaciones necesarias para trasladar el obelisco erigido en Alejandría por Ptolomeo Filadelfo. Construyóse un canal desde el Nilo hasta el punto en que estaba el obelisco. Dispusiéronse en dicho canal dos embarcaciones que estaban lastradas con piedras de un pie cúbico cada una, y ha-

biendo los ingenieros calculado el peso del obelisco, la carga de los buques era exactamente proporcionada al mismo, de modo que calasen lo suficiente para poder pasar por debajo del monolito que estaba colocado al través del canal. Entonces las piedras fueron gradualmente descargadas, los barcos subieron levantando el obelisco, y así fué éste conducido río abajo.

En la sección egipcia de los museos de Berlín ó de Dresde, no recordamos en cuál de ellos, existe un dibujo que representa á un operario subiendo á una pirámide en construcción, con un cesto de arena á la espalda. Esto ha sugerido á ciertos egiptólogos la idea de que los bloques de las Pirámides eran fabricados químicamente en el mismo sitio. Algunos ingenieros modernos creen que el cemento de Portland, un doble silicato de cal y de alúmina, es el indestructible cemento de los antiguos. Pero, por otra parte, el profesor Carpenter afirma que las Pirámides, excepción hecha de su revestimiento de granito, están construidas con lo que «los geólogos llaman caliza *nummulítica*. Esta es más moderna que la antigua creta, y está constituida por las conchas ó estuches de unos animales llamados *nummulites*, parecidos á pequeñas monedas del tamaño de un chelin». Pero de cualquier modo que se decida esta debatida cuestión, nadie, desde Herodoto y Plinio hasta el último ingeniero errante que ha contemplado estos imperiales monumentos de dinastías largo tiempo desaparecidas, nadie, repetimos, ha podido decirnos cómo aquellas masas gigantes fueron transportadas y colocadas en su sitio. Bunsen concede al Egipto una antigüedad de 20.000 años. Pero hasta en este punto nos perderíamos en conjeturas, si nos apoyásemos únicamente en las autoridades modernas. Estas no nos pueden decir ni para qué las Pirámides fueron edificadas, ni bajo qué dinastía fué erigida la primera, ni de qué material están construidas. Con esa gente todo son conjeturas.

El profesor Smyth nos ha dado la descripción matemática más acabada que puede encontrarse en la literatura acerca de la gran Pirámide. Pero después de demostrar la situación astronómica del monumento, aprecia tan poco la idea de los antiguos egipcios, que sostiene actualmente que el sarcófago de pórfito de la cámara del rey es la unidad de medida de las dos naciones más ilustradas de la tierra, «Inglaterra y América.» Uno de los *Libros de Hermes* describe ciertas pirámides diciendo que estaban situadas á orillas del mar, «cuyas olas se estrellaban con furia impotente contra su base». Esto implica que el aspecto geográfico del país ha cambiado, y puede indicar que debemos conceder á aquellos «antiguos graneros», «observatorios mágico-astro-lógicos» y «sepulcros reales» un origen anterior al levantamiento geológico del Sahara y otros desiertos. Esto implicaría una antigüedad algo mayor que los escasos millares de años que generosamente conceden los egiptólogos á las Pirámides.

El Dr. Rebold, arqueólogo francés de algún renombre, da á sus lectores un vislumbre de la cultura imperante unos 5.000 años antes de nuestra era, diciendo que en aquel tiempo existían no menos de «treinta ó cuarenta colegios de sacerdotes que estudiaban las ciencias ocultas y la magia práctica».

En el *National Quarterly Review* (Vol. XXXII, núm. LXIII, Diciembre 1875), un escritor dice que: «Las recientes excavaciones practicadas en las ruinas de Cartago han hecho descubrir vestigios de una civilización, de un refinamiento de arte y molicie que deben haber eclipsado los de la antigua Roma; y cuando se dictó la orden *Delenda est Carthago*, sabia bien la señora del mundo que iba á destruir á otra más grande que ella misma, porque al paso que la una hacía temblar al mundo por la sola fuerza de las armas, la otra era la última y más perfecta representante de una raza que, muchos siglos antes de que Roma lo soñase, había dirigido la civilización, el saber y la inteligencia del género humano». Esta Carthago es la que, según Appiano, existía en una época tan remota como 1234 años antes de Cristo, ó sea cincuenta años antes de la caída de Troya, y no la que vulgarmente se supone haber sido fundada por Dido (Elissa ó Astarté) cuatro siglos después.

Aquí tenemos otro ejemplo de la verdad de la doctrina de los ciclos. Las ideas admitidas por Draper acerca de la erudición astronómica de los antiguos egipcios están singularmente apoyadas por un hecho interesante citado por Mr. J. M. Peebles de un discurso pronunciado en Filadelfia por el astrónomo O. M. Mitchell. Sobre el ataúd de una momia que actualmente figura en el Museo Británico, está dibujado el zodiaco con las posiciones exactas de los planetas, en la época del equinoccio de otoño del año 1722 antes de J. C. El profesor Mitchell calculó la situación exacta de los cuerpos celestes pertenecientes á nuestro sistema solar en el tiempo indicado. «Y el resultado fué — dice Mr. Peebles, cuyas mismas palabras cito—que con grande asombro mio... encontré que, en el día 7 de Octubre de 1722 antes de nuestra era, la luna y los planetas habían ocupado en los cielos exactamente los mismos puntos marcados en el ataúd del Museo Británico». (1).

El profesor John Fiske, en su impugnación á la *Historia del desarrollo intelectual de Europa* del Dr. Draper, dirige su pluma contra la doctrina de la progresión cíclica, haciendo notar que: «nosotros no hemos conocido nunca ni el principio ni el fin de un ciclo histórico, y no tenemos ninguna razón inductiva para creer que en la actualidad estamos atravesando uno» (2). Echa en cara al autor de aquella obra elo-

(1) J. M. Peebles: «*Alrededor del Mundo*».

(2) John Fiske: «*The North American Review*», art. «*Las Leyes de la Historia*». Julio de 1869.

cuenta y concienzuda «la extraña tendencia que se revela en toda su obra, no sólo á atribuir la mejor parte de la cultura griega á un origen egipcio, sino también á ensalzar uniformemente las civilizaciones no europeas, á expensas de la europeas». Creemos nosotros que esta extraña tendencia puede ser sancionada directamente por las confesiones de los mismos grandes historiadores griegos. El profesor Fiske podría leer de nuevo con provecho á Herodoto. El «Padre de la Historia» confiesa más de una vez que Grecia lo debe todo al Egipto. Respecto á su aserción de que el mundo no ha conocido jamás ni el principio ni el fin de un ciclo histórico, no tenemos más que echar una ojeada retrospectiva sobre las muchas y gloriosas naciones que han desaparecido, esto es, que alcanzaron el término de su gran ciclo nacional. Compárese el Egipto de aquellos días, con su perfección en materia de arte, religión y ciencia, sus gloriosas ciudades y monumentos y su abundante población, con el Egipto actual, poblado por extranjeros; sus ruinas convertidas en guaridas de serpientes y murciélagos, y unos pocos coptos, los únicos sobrevivientes herederos de todas sus pasadas grandezas, y véase si la teoría cíclica no se afirma de nuevo por sí misma.

Dice Gliddon, el cual es en la actualidad contradecido por Mr. Fiske: «Los filólogos, astrónomos, químicos, pintores, arquitectos y médicos deben volver al Egipto para aprender el origen del lenguaje y de la escritura; del calendario y del movimiento solar; del arte de cortar el granito con un cincel de cobre, y de dar elasticidad á una espada del mismo metal; de fabricar vidrios con los variados colores del arco iris; de trasladar bloques de sienita pulimentada de *novecientas toneladas* de peso á una distancia cualquiera, por tierra y por agua; de construir arcos, redondos y apuntados, con perfecta precisión no sobrepujada hoy día, y anteriores en 2.000 años á la *Cloaca Magna* de Roma; de esculpir una columna dórica... 1000 años antes que los Dorios fuesen conocidos en la historia; de pintar frescos con colores imperecederos; de conocimientos prácticos en anatomía; y de construir pirámides que desafían al tiempo».

«Todo artesano puede contemplar en los monumentos egipcios los progresos de su arte 4.000 años atrás; y, ya sea un carretero construyendo un carro, ó un zapatero tirando de su hilo, ó un curtidor usando la misma forma de cuchillo que se considera hoy día como la mejor, ó bien un tejedor haciendo correr la misma lanzadera, ó un herrero haciendo uso de la misma forma de fragua últimamente reconocida como la más conveniente, el grabador de sellos esculpiendo, en jeroglíficos, nombres tales como el de Schooho, unos 4300 años atrás, todas estas y muchas otras manifestaciones asombrosas de la prioridad egipcia sólo exigen ahora una ojeada á las láminas de Rossellini».

«La verdad es—exclama Mr. Peebles—que estos templos y tumbas

de Ramsés eran tan maravillosos para el Herodoto griego, como lo son para nosotros» (1).

Pero, á pesar de todo, la mano inexorable del tiempo ha impreso sus huellas en tales monumentos, y algunos de ellos, cuyo recuerdo se hubiera perdido si no hubiese sido por los *Libros de Hermes*, han sido lanzados en el olvido de los siglos. Rey tras rey, y dinastía tras dinastía han desfilado brillante y ostentosamente ante los ojos de las generaciones sucesivas, y su renombre ha llenado todo el orbe. El mismo velo del olvido había caído sobre ellos y sus monumentos, antes de que la primera de nuestras autoridades históricas, Herodoto, conservase para la posteridad el recuerdo de aquella maravilla del mundo, el gran Laberinto. La cronología Bíblica, por tanto tiempo aceptada, se ha aferrado de tal suerte á las inteligencias no sólo del clero, sino que también de nuestros sabios apenas emancipados, que, en tratándose de restos prehistóricos de las diferentes partes del mundo, dan por su parte continuas muestras de temor á traspasar el período de 6.000 años, hasta aquí fijado por la teología como edad del mundo.

Herodoto encontró ya el Laberinto convertido en ruinas, pero, á pesar de esto, su admiración por el genio de sus constructores no conocía límites. Lo consideraba mucho más maravilloso que las mismas Pirámides, y como testigo de vista lo describe minuciosamente. Los sabios franceses y prusianos, lo mismo que otros egiptólogos, han estado conformes respecto de su emplazamiento y en cuanto á la identificación de sus nobles ruinas. Además, confirman ellos la relación que de tal monumento hizo el antiguo historiador. Herodoto dice que contenía 3.000 cámaras, la mitad subterráneas y la otra mitad sobre el nivel del suelo. «En cuanto á las cámaras superiores—dice,—yo mismo he pasado por ellas, y las he examinado detalladamente. Respecto de las subterráneas (las cuales *quizás todavía existen hoy día*, para que lo sepan los arqueólogos), los guardianes del edificio no quisieron conducirme á ellas, por contener los sepuleros de los reyes que construyeron el Laberinto, y también los de los cocodrilos sagrados. Las cámaras superiores las vi y examiné con mis propios ojos, y encontré que sobrepujaban á todas las restantes construcciones humanas». En la traducción de Rawlinson se hace decir á Herodoto: «Los pasadizos al través de las casas, y las variadas vueltas de los caminos por entre los patios, excitaron en mí una admiración infinita cuando pasaba de los patios á las cámaras y de allí á las columnatas, de las columnatas á otras casas, y de nuevo á otros patios no vistos antes. El techo era completamente de piedra, como las paredes, y ambos estaban primorosamente esculpidos con figuras en toda su superficie. Cada patio estaba rodeado de una columnata construída con blancas piedras, esculpidas del modo

(1) J. M. Peebles: «*Alrededor del Mundo*».

más delicado. En un ángulo del Laberinto se ve una pirámide de cuarenta brazas de alto, con grandes figuras grabadas en la misma, y se entraba en ella por un ancho pasadizo subterráneo.

Si tal era el Laberinto cuando lo visitó Herodoto, ¿qué sería la antigua Thebas, la ciudad destruida mucho antes del período de Psamético, el cual reinó 530 años después de la destrucción de Troya? Vemos que en su tiempo, Menfis era la capital, al paso que de la gloriosa Thebas no quedaban más que *ruinas*. Ahora bien, si nosotros, que podemos formar nuestro concepto únicamente por las ruinas de lo que ya eran ruinas tantos siglos antes de nuestra era, nos quedamos atónitos al contemplarlas, ¿cuál debía de ser el aspecto de Thebas en sus días de esplendor? Karnak —templo, palacio, ruinas, ó como quiera que lo denominen los arqueólogos— es en la actualidad su único representante. Pero, solitario y abandonado como está, fiel emblema de majestuosa dominación, y como olvidado por el tiempo en la marcha progresiva de los siglos, atestigua el arte y la destreza de los antiguos. Verdaderamente debe carecer de la percepción espiritual del genio, aquel que no siente ni ve la grandeza intelectual de la raza que proyectó y edificó este monumento.

Champollion, que ha pasado casi toda su vida en la exploración de restos arqueológicos, desahoga sus emociones en la siguiente descripción de Karnak: «El espacio de tierra cubierto por los restos de las construcciones es cuadrado; cada uno de los lados mide 1.800 pies. Se asombra uno y queda *anonadado por la grandeza* de aquellos restos sublimes, y por la prodigalidad y magnificencia de la mano de obra que por todas partes se ve». «Ningún pueblo de los tiempos antiguos ó modernos ha concebido el arte arquitectónico hasta un grado tan sublime y tan grandioso como existía entre los antiguos egipcios, y la imaginación, que en Europa se cierne tan por encima de nuestros pórticos, se detiene y *cae impotente* al pie de las ciento y cuarenta columnas del hipóstilo de Karnak. En una de sus salas cabría la Catedral de *Notre Dame* sin tocar al techo, y parecería un pequeño adorno en el centro del recinto».

Uno que escribe en un periódico inglés del año 1870, hablando evidentemente con la autoridad de un viajero que describe lo que ha visto, se expresa como sigue: «Patios, salones, pasadizos, columnas, obeliscos, figuras monolíticas, esculturas, largas hileras de esfinges, se encuentran en profusión tal en Karnak, que la vista es demasiado grande para nuestra comprensión».

El viajero francés Denon dice: «Difícilmente puede creerse, aun después de haberlo visto, que sea una realidad la existencia de tantos edificios reunidos en un solo punto, sus dimensiones, la firme perseverancia que exigió su construcción, y el coste incalculable de tanta magnificencia. Es preciso que el lector se imagine que lo que tiene

ante él es un sueño, pues algunas veces el espectador, al contemplar aquello, llega á dudar de si está completamente despierto... *Dentro del recinto del santuario* existen lagos y montañas. Estos dos edificios son escogidos como ejemplos, de una lista *casi interminable*. Todo el valle y delta del Nilo, desde las cataratas al mar, estaba cubierto de templos, palacios, tumbas, pirámides, obeliscos y columnas. La ejecución de las esculturas excede á toda ponderación. La perfección mecánica con que aquellos artistas labraban el granito, la serpentina, la brecha y el basalto, es maravillosa, según todos los peritos... los animales y las plantas parecen naturales, y los objetos artificiales están admirablemente esculpidos; en todos sus bajo relieves se ven combates por mar y por tierra y escenas de la vida doméstica».

«Los monumentos—dice un autor inglés—que allí impresionan al viajero, inspiran á su mente ideas grandes. En presencia de los colosos y soberbios obeliscos, que parecen traspasar los límites de la naturaleza humana, no puede menos de exclamar: *Esto es obra del hombre*, y este sentimiento parece ennoblecer su existencia» (1).

A su vez, el Dr. Richardson, hablando del Templo de Dendera, dice: «Las figuras femeninas están ejecutadas con tan extremada perfección, que no les falta sino hablar; tienen una dulzura de facciones y una expresión que nunca han sido sobrepujadas».

Cada una de estas piedras está cubierta de jeroglíficos, y cuanto más antiguas son, más hermoso encontramos su cincelado. ¿No nos proporciona esto una nueva prueba de que la historia echó su primera ojeada sobre los antiguos cuando las artes ya iban rápidamente degenerando entre ellos? Las inscripciones de los obeliscos están grabadas hasta una profundidad de dos pulgadas, y á veces más, con una perfección llevada á su último extremo. Puede dar una idea de su profundidad el hecho de que los árabes, por una miserable propina, se encaraman algunas veces hasta la punta de un obelisco, introduciendo los dedos de sus pies y manos en las cavidades de los jeroglíficos. Que todas estas obras, en las cuales la solidez rivaliza con la belleza de su ejecución, fueron construidas antes de los días del *Exodo*, es cosa que no admite ningún género de duda histórica. (Todos los arqueólogos en la actualidad están acordes en decir que cuanto más nos remontamos en la historia, tanto más superiores y delicadas van siendo aquellas artes). Estas ideas chocan con la opinión particular de Mr. Fiske, que quisiera hacernos creer que «las esculturas existentes en estos monumentos (del Egipto, Indostán y Asiria) revelan después de todo unas facultades artísticas *muy poco desarrolladas*» (2). Pero este hombre ilustrado aún va más lejos. En sus ataques contra las pretensiones de sabi-

(1) Savary: «*Cartas sobre el Egipto*», vol. II, p. 67. Londres, 1786.

(2) John Fiske: *North American Review*, art. «*Las Leyes de la Historia*», Julio de 1869.

duría (que pertenece de derecho á las castas sacerdotales de la antigüedad), uniendo su voz á la de Lewis, hace notar con cierto desprecio que «la extravagante teoría de una profunda ciencia poseida por el sacerdocio egipcio, desde una remota antigüedad, y comunicada á los itinerantes filósofos griegos, ha sido completamente destruída (?) por Sir G. C. Lewis (1)... mientras que, con respecto al Egipto é Indostán, lo mismo que tocante á la Asiria, puede decirse que los colosales monumentos que han embellecido estos países desde los tiempos prehistóricos atestiguan la primitiva influencia de un despotismo bárbaro totalmente incompatible con la nobleza social, y por lo tanto con el verdadero progreso» (2).

Curioso argumento, en verdad. Si la magnitud y grandeza de los monumentos públicos tienen que servir á nuestra posteridad como de norma para apreciar de un modo aproximado los «progresos de la civilización» alcanzados por sus constructores, tal vez sería prudente, para América, que tan orgullosa está con su pretendido progreso y su libertad, el reducir desde luego sus edificios á un solo piso. De lo contrario, según la teoría del profesor Fiske, los arqueólogos del año 3877 aplicarán á la «Antigua América» de 1877 la regla de Lewis, y dirán que los *antiguos* Estados Unidos «pueden ser considerados como un gran *latifundium* ó plantación, cultivado por todos sus habitantes, como esclavos del rey (presidente). ¿Es porque las razas blancas arias no nacieron jamás «constructoras», como los etíopes orientales, ó caucásicos de piel oscura (3), y por lo tanto nunca fueron capaces de competir con estos últimos en tan colosales construcciones, que debemos deducir la extravagante consecuencia de que estos grandiosos templos y pirámides podían sólo haber sido erigidos bajo la férula de un déspota inhumano? ¡Extraña lógica! Sin duda sería mucho más prudente atenerse á los «rigurosos cánones de la crítica» promulgados por Lewis y Grote, y confesar sinceramente, de una vez, que en realidad sabemos muy poco acerca de estas antiguas naciones, y que, exceptuando hasta donde alcancen las especulaciones puramente hipotéticas, á menos que estudiemos en el mismo sentido que lo hacían los antiguos sacerdotes, muy pocas probabilidades tenemos de saberlo en lo futuro. Nosotros conocemos tan sólo lo que dejaban saber á los no iniciados, y lo poco que aprendemos de ellos por deducción, debe ser suficiente para cerciorarnos de que, á pesar de vivir en el siglo diez y nueve, y á pesar de todas nuestras pretensiones á la supremacía en todo cuanto á ciencias y artes se refiere, somos completamente incapaces, no diré de construir algo parecido á los monumentos del Egipto, del Indostán ó de

(1) Sir G. C. Lewis: *Astronomía de los antiguos*.

(2) John Fiske: *North American Review*, art. «*Las Leyes de la Historian*».

(3) Procuraremos demostrar en el tomo II, cap. VIII, que los antiguos etíopes no fueron nunca una raza Camita.

la Asiria, sino de redescubrir siquiera la más insignificante de las antiguas artes *perdidas*. Por otra parte, sir Gardner Wilkinson hace hincapié en sus opiniones acerca de los exhumados tesoros de la antigüedad, añadiendo que «no ha podido él encontrar vestigios de ningún modo primitivo de vida, ni costumbres bárbaras, sino una especie de civilización estacionaria desde las épocas más remotas».

Hasta tal punto la arqueología está en desacuerdo con la geología, la cual afirma que cuanto más antiguos son los restos del hombre que ella descubre, tanto más bárbaro se encuentra á éste. Es muy posible que la geología no haya agotado todavía el campo de investigaciones que le proporcionan las cavernas, y así es que las opiniones de los geólogos, que están basadas en su experiencia actual, se modificarán tal vez radicalmente en cuanto lleguen ellos á descubrir los restos de los antecesores de aquellos á quienes hoy día se da el nombre de habitantes de las cavernas.

¿Qué mejor demostración de la teoría de los ciclos que el hecho siguiente? Cerca de 700 años antes de nuestra era, en las escuelas de Thales y de Pitágoras se enseñaba la doctrina del verdadero movimiento de la tierra, la forma de ésta y todo el sistema heliocéntrico. Y en 317 después de J. C., encontramos á Lactancio, preceptor de Crispo César, hijo de Constantino el Grande, enseñando á su discípulo que la tierra era un plano rodeado por el cielo, el cual está compuesto de fuego y de agua, y previniéndole contra la herética doctrina de que la tierra tiene la forma de un globo!

Siempre que, envanecidos por un nuevo descubrimiento, dirigimos una mirada al pasado, encontramos, para nuestro desencanto, ciertos vestigios que nos indican la posibilidad, si no la certeza, de que el pretendido descubrimiento no era completamente desconocido de los antiguos.

Se afirma generalmente que ni los primitivos contemporáneos de los tiempos Mosaicos, ni tampoco las naciones más civilizadas del periodo de los Ptolomeos conocían la electricidad. Si continuamos imperturbables en esta opinión, no es por falta de pruebas de lo contrario. Podemos tener á menos el buscar una profunda significación en algunas características sentencias de Servio y otros escritores; no podemos olvidarlas hasta el extremo de que, algún día, aquella significación se nos revele en todas sus expresivas verdades. «Los primeros habitantes de la tierra—dice—nunca llevaban fuego á sus altares, sino que con sus preces atraían el fuego celeste» (1). «Prometeo descubrió y reveló á los hombres el arte de atraer el rayo; y por el método que les comunicó, atraían el fuego de la región superior».

Si después de haber meditado estas palabras, todavía nos inclina-

(1) Servius: «Virgilio», Eglog. VI, v. 42.

mos á atribuir las á la fraseología de las fábulas mitológicas, podemos dirigirnos á los tiempos de Numa, el rey filósofo, tan renombrado por sus conocimientos esotéricos, y entonces nuestra confusion será mayor todavía. No podemos acusarle de ignorancia, de superstición, ni de credulidad, porque, si la historia nos merece entero crédito, dicho rey estaba enérgicamente resuelto á destruir la idolatría y el politeísmo. Había disuadido tan bien á los romanos de la idolatría que, durante cerca de dos siglos, no figuraron estatuas ni vírgenes en sus templos. Por otra parte, los antiguos historiadores nos dicen que los conocimientos que Numa poseía en física natural eran notables. La tradición nos declara que fué iniciado por los sacerdotes de las divinidades Etruscas, é instruido por ellos en el secreto de obligar á Júpiter Tonante á descender sobre la tierra (1). Ovidio indica que Júpiter Elicio empezó á ser adorado por los romanos desde aquel tiempo. Salverte es de opinión de que antes que Franklin descubriera su refinada electricidad, Numa había ya hecho con ella experimentos coronados del mejor éxito, y que Tulio Hostilio fué la primera víctima del peligroso «huésped celeste» que la historia registra. Tito Livio y Plinio refieren que habiendo encontrado este príncipe, en los *Libros de Numa*, instrucciones acerca de los sacrificios secretos ofrecidos á Júpiter Elicio, cometió un error, á consecuencia del cual «fué herido por el rayo y consumido en su propio palacio» (2).

Salverte hace notar que Plinio, en la exposición de los secretos científicos de Numa, «hace uso de expresiones que parecen indicar dos distintos procedimientos»: el uno, obtener el rayo (*impetrare*); el otro obligarle á caer (*cogere*) (3). «Guiado por el libro de Numa —dice Lucio citado por Plinio,—Tulio trató de invocar el auxilio de Júpiter..... pero, habiendo ejecutado el rito imperfectamente, pereció herido por el rayo» (4). Remontándonos á los conocimientos que acerca del trueno y del rayo poseían los sacerdotes etruscos, encontramos que Tarchon, fundador de la teurgia de éstos, deseando preservar su casa del rayo, la rodeó con un seto de brionia blanca (5), planta trepadora que tiene la virtud de alejar los rayos. Tarchon el teurgista es muy anterior al sitio de Troya. El pararrayos de punta metálica, que al parecer debemos á Franklin, es probablemente, después de todo, un *redescubrimiento*. Existen muchas medallas que parecen indicar muy claramente que su principio era conocido en la antigüedad. El templo de Juno tenía la cubierta erizada de una porción de agudas hojas de espada (6).

(1) Ovid: «*Fast*», lib. III, v. 285—346.

(2) «Tito Livio», lib. I, cap. XXXI.

(3) Plinio. «*Hist. Nat*», lib. II, cap. LIII.

(4) Lucius: «*Pison*»; Plinio: «*Hist. Nat*», lib. XXVIII, c. II.

(5) «Columelas», lib. X, vers. 346, etc.

(6) Véase «*Notice sur les travaux de l' Academie du Gard*», part. I, pp. 304—314, por la Boissiere.

Si bien son muy pocas las pruebas que tenemos de que los antiguos conocían claramente *todos* los efectos de la electricidad, existe de todos modos una prueba evidente de que estaban completamente familiarizados con la electricidad misma. «Ben David—dice al autor de *Las Ciencias Ocultas*—ha afirmado que Moisés poseía algunos conocimientos respecto de los fenómenos eléctricos». El profesor Hirt, de Berlín, es de la misma opinión. Michaelis hace observar: 1.º, «que no existe indicación alguna de que cayese ningún rayo en el templo de Jerusalén, durante un millar de años; 2.º, que según Josefo (1), un bosque de puntas..... de oro muy afiladas cubría la techumbre del templo; 3.º, que esta techumbre comunicaba con las cuevas de la colina sobre la cual el templo estaba situado, por medio de tubos puestos en contacto con la armadura dorada que cubría todo el exterior del edificio; á consecuencia de lo cual las puntas obrarían como conductores» (2).

Ammiano Marcelino, famoso historiador del siglo cuarto, y escritor generalmente apreciado por la fidelidad y corrección de sus relatos, dice que: «los magos conservaban perpetuamente en sus hornillos fuego que habían arrebatado milagrosamente de los cielos» (3). En el *Oupnek-hat* indio hay una sentencia que dice así: «Conocer el fuego, el sol, la luna y el rayo constituye las tres cuartas partes de la ciencia de Dios» (4).

Finalmente, Salverte nos manifiesta que en los días de Ctesias, «la India conocía el uso de los pararrayos». Este historiador expone claramente que «el hierro que se encuentra en el fondo de una fuente..... y labrado en forma de espada..... con la punta hacia arriba, poseía, tan pronto como se le clavaba en el suelo, la propiedad de alejar las tormentas y los rayos»(5). ¿Puede hablarse más claro?

Algunos escritores modernos niegan el hecho de que se hubiese colocado un gran espejo en el faro del puerto de Alejandría, con el objeto de distinguir á distancia los buques en el mar. El célebre Buffon creía en ello, porque confiesa ingenuamente que «si el espejo existió en realidad, como yo creo firmemente, á los antiguos corresponde el honor de la invención del *telescopio*» (6).

Stevens, en su obra sobre el Oriente, asegura que en el Alto Egipto ha encontrado ferrocarriles cuyos rieles estaban revestidos de hierro. Canova, Powers y otros célebres escultores de nuestra época, consideran como un honor el ser comparados con los Fidias de la anti-

(1) *Bell. Jud. adv. Roman.*, lib. V, cap. XIV.

(2) *Magasin Scientifique de Goethinguen*. Año 3.º, cuaderno 5.º

(3) *Ammian. Marcel.*, lib XXIII, cap. VI.

(4) *Oupnek-hat*, Brahman XI.

(5) *Ctesias, in India, ap. Photum*, Bibl. Cod. LXXII.

(6) Buffon: *Histoire Naturelle des Mineraux*, 6 me. Mem., art. II.

güedad, y la verdad estricta quizás dudaría antes de aceptar una lisonja semejante.

El profesor Jowett desmiente la historia de la Atlántida en el *Timæus*; y los anales de 8.000 y 9.000 años le parecen una filfa. Pero Bunsen hace observar que «nada tiene de improbable en sí mismo en los recuerdos y reminiscencias de grandes sucesos acaecidos en Egipto 9000 años antes de nuestra era, porque..... los orígenes del Egipto se remontan hasta el noveno milenario antes de Cristo» (1). Entonces ¿á qué época debemos atribuir las primitivas fortalezas ciclópeas de la antigua Grecia? ¿Pueden los muros de Tirinto, acerca de los cuales, según los cálculos de los arqueólogos, «hasta entre los antiguos eran considerados como obra de los ciclopes» (2), ser declarados posteriores á las Pirámides? Masas de roca, algunos de las cuales miden seis pies cúbicos, y la menor de las cuales, dice Pausanias, no podía ser movida por una yunta de bueyes, amontonadas formando muros de sólida mampostería de veinte y cinco pies de ancho, por cuarenta de alto, se cree todavía ser obra de hombres pertenecientes á la razas conocidas de nuestra historia!

Las investigaciones de Wilkinson han traído á la luz el hecho de que muchas invenciones que calificamos de modernas, y de las cuales hacemos gala, eran completamente conocidas por los antiguos egipcios. El *papyrus* recientemente descubierto por Ebers, arqueólogo alemán, prueba que ni nuestras pelucas modernas, ni nuestros polvos blanco de perla para embellecer el cutis, ni las *aguas dentífricas* eran secretos para ellos. Más de un médico moderno, aun entre los que hacen alarde de haber «hecho un estudio especial de los desórdenes nerviosos», podrá consultar con provecho los *Libros de Medicina de Hermes*, que contienen prescripciones de verdadera importancia terapéutica.

Los egipcios, como hemos visto, sobresalían en todas las artes. Fabricaban un papel tan excelente por su calidad que resistía á la acción destructora del tiempo. «Extraían la médula del papiro—dice nuestro anónimo escritor antes mencionado,—secaban y dividían la fibra, y machacándola por un procedimiento de ellos conocido, obtenían un producto tan fino como nuestro papel *foolscap*, pero de mucha mayor duración..... Algunas veces lo cortaban en tiras y las pegaban juntas; existiendo todavía muchos de tales documentos escritos». El *papyrus* encontrado en la tumba de la momia de la reina, y otro hallado en el sarcófago de la «Cámara de la Reina», en Ghizeh, presentan el aspecto de la más fina muselina blanca, á la vez que tienen la duración del mejor pergamino. «Durante largo tiempo los

(1) *Lugar del Egipto en la Historia Universal*, vol. IV, p. 462.

(2) *Archæologia*, vol. XV, p. 320.

sabios creyeron que el papiro había sido introducido por Alejandro Magno, como erróneamente imaginaban ellos un buen número de otras cosas, pero Lepsius encontró rollos de papiro en tumbas y monumentos de la duodécima dinastía; representaciones esculpidas de papiros han sido encontradas posteriormente, en monumentos de la cuarta dinastía, y actualmente está probado que el arte de escribir era conocido y usado en una época tan remota como la de Menes, el proto-monarca; y así se ha descubierto finalmente que el arte y su sistema de escritura eran perfectos y completos *desde su mismo principio*.

A Champollión somos deudores de la primera interpretación de sus misteriosos escritos; y á no ser por su impropio trabajo, al cual consagró su vida entera, continuaríamos todavía ignorando la significación de estas letras figuradas ó jeroglíficos, y los antiguos seguirían siendo considerados como unos ignorantes por los modernos, á quienes de tal modo sobrepujaban aquellos en varias artes y ciencias. «Él fué el primero en descubrir aquella maravillosa historia que los egipcios tenían que referir á aquel que pudiese leer sus interminables manuscritos y archivos. Dejaron estos en cada uno de los sitios y en todo objeto capaz de recibir caracteres..... Los grabaron, cincelaron y esculpieron en monumentos; los trazaron en muebles, rocas, piedras, paredes, ataúdes y tumbas, así como en papiros..... Las pinturas que representan su vida diaria, en sus más ínfimos detalles, se están revelando en la actualidad á nuestros ojos atónitos, del modo más maravilloso..... Nada, que sepamos, parece haber pasado por alto á los antiguos egipcios..... La historia de Sesostris nos demuestra lo muy versados que él y su pueblo estaban en el arte y en la práctica de la guerra..... Las pinturas enseñan lo formidables que eran en el combate. Construían máquinas de guerra..... Horner dice que por cada una de las cien puertas de Tebas salieron doscientos hombres con caballos y carros; éstos estaban admirablemente contruidos, y eran muy ligeros en comparación de nuestros pesados, feos é incómodos furgones de artillería». Kenrich los describe en los siguientes términos: «En resumen, así como todos los principios esenciales que regulan la construcción y arrastre de carruajes se hallan de manifiesto en los carros de guerra de los Faraones, del mismo modo nada de lo que el gusto y lujo moderno hayan podido imaginar en su decorado deja de tener su prototipo en los monumentos de la décimoctava dinastía.» Muelles —y muelles *metálicos*— se ha encontrado en ellos, y, á pesar de las superficiales investigaciones de Wilkinson en esta materia, y de las descripciones de los mismos en sus estudios, hallamos pruebas de que se empleaban los muelles para impedir las sacudidas de los carros en sus carreras excesivamente rápidas. Los bajo-relieves nos presentan ciertos combates y batallas

en los cuales podemos encontrar y estudiar sus usos y costumbres hasta en los menores detalles. Los hombres pesadamente armados peleaban cubiertos con cotas de malla, la infantería llevaba túnicas acolchadas y yelmos de fieltro, con hojas metálicas para estar mejor protegidos. Muratori, el moderno inventor italiano, que unos diez años atrás introdujo su «coraza impenetrable», no ha hecho más que imitar en su invención lo que pudo sacar del antiguo sistema que le sugirió dicha idea. El procedimiento para que objetos tales como cartón, fieltro y otros tejidos se hagan impenetrables á los tajos y golpes de cualquier arma cortante, se cuenta ahora entre las artes perdidas. Muratori logró, aunque imperfectamente, preparar semejantes corazas de fieltro, y á pesar de los tan celebrados descubrimientos de la química moderna, no pudo sacar de la misma ninguna preparación adecuada á su objeto, y fracasó en su empresa.

La perfección que la química había alcanzado en los antiguos tiempos puede inferirse de un hecho mencionado por Virey. En sus disertaciones da cuenta de que Asclepiadotus, general de Mithradates, reproducía químicamente las exhalaciones deletéreas de la gruta sagrada. Estos vapores, como los de Cuma, sumían la Pitonisa en el frenesi mántico.

Usaban los egipcios arcos, espadas de doble filo, dagas, dardos, lanzas y picas. Las tropas ligeras iban armadas de dardos y hondas; los que iban montados en los carros llevaban mazas y hachas de armas; en las operaciones de sitio eran perfectos. «Los asaltantes —dice el escritor anónimo—avanzaban formados en estrecha y larga línea protegida en su extremo por una máquina impenetrable que formaba tres lados, empujada hacia delante por una especie de rodillo movido por una sección invisible de hombres. Empleaban los pasadizos subterráneos con puertas disimuladas, escaleras de asalto; y el arte de escalar, así como la estrategia militar, lo habían llevado á la perfección..... Estaban familiarizados con el ariete lo mismo que con otras máquinas; siendo tan expertos en todo lo referente al trabajo de las canteras, conocían la manera de minar un muro para hacerlo caer.» Este mismo escritor hace notar que nos es mucho más fácil mencionar lo que los egipcios *sabían* que lo que *no sabían*, pues todos los días se descubren nuevas pruebas de su maravilloso saber; «y si—añade—encontrásemos que ellos empleaban cañones Armstrong, no sería esto más asombroso que una gran parte de los hechos ya descubiertos.»

La prueba de que eran eminentes en las ciencias matemáticas existe en el hecho de que aquellos antiguos matemáticos á quienes honramos como padres de la Geometría fueron á Egipto á aprender. El profesor Smyth, citado por Mr. Peebles, dice: «los conocimientos geométricos de los constructores de las Pirámides empiezan allí donde

terminan los de Euclides.» Antes de que Grecia existiese, las artes entre los egipcios eran ya antiguas y perfectas. La agrimensura, arte basado en la Geometría, la conocían bien los egipcios, puesto que según la *Biblia*, Josué, después de haber conquistado la Tierra de Promisión, tuvo habilidad para dividirla. Y ¿cómo podía un pueblo como el egipcio, tan instruido en la filosofía natural, dejar de estar proporcionalmente instruido también en psicología y en filosofía espiritual? El templo era el semillero de la civilización más refinada, y en él solamente se hallaba aquel altísimo conocimiento de la magia, que constituía en sí mismo la quinta esencia de la filosofía natural. Con el mayor secreto se enseñaban los poderes ocultos de la naturaleza, y las más prodigiosas curaciones tenían lugar durante la celebración de los Misterios. Herodoto reconoce (1) que los griegos aprendieron todo cuanto sabían, incluyendo los servicios sagrados del templo, de los egipcios, y por esta razón es que sus templos principales estaban consagrados á las divinidades egipcias. Melampo, el famoso curador y adivino de Argos, empleaba sus medicinas «según el sistema de los egipcios», á quienes debía sus conocimientos, siempre que deseaba que una curación fuese enteramente eficaz. Curó á Ificlo de su impotencia y debilidad por medio *del orin del hierro*, según las indicaciones de Mantis, su *magnético durmiente* ú oráculo. Sprengel cita muchos ejemplos maravillosos de semejantes curaciones *mágicas* en su *Historia de la Medicina* (véase pág. 119).

Diodoro, en su tratado sobre los Egipcios (lib. 1), dice que Isis ha merecido la inmortalidad porque todas las naciones de la tierra tienen pruebas del poder de esta diosa para curar con su influencia las enfermedades. «Esto está probado—dice— no por una fábula como entre los griegos, sino por hechos auténticos». Galeno cita varios remedios que eran conservados en los departamentos medicinales de los templos. También menciona una medicina universal que en su tiempo se llamaba *Isis* (2).

Las doctrinas de los diversos filósofos griegos que estudiaron en Egipto demuestran su profundo saber. Orfeo, que, según Artapanus, era discípulo de Moisés (3), Pitágoras, Herodoto y Platón deben su filosofía á los mismos templos en que el sabio Solón fué instruido por los sacerdotes. «Antiklides dice—según Plinio—que las letras fueron inventadas en Egipto por una persona cuyo nombre era Menón, quince años antes de Foroneo, el más antiguo rey de Grecia» (4). Jablonski prueba que el sistema heliocéntrico, lo mismo que la esfericidad de la tierra, fueron conocidos de los sacerdotes egipcios desde

(1) Lib. II, cap. 50.

(2) Galen: *De Composit. Medec.* lib. V.

(3) *Antiguos Fragmentos*: véase el capítulo relativo a los primitivos Reyes de Egipto.

(4) *Plinio*, lib. VII, c. 55.

épocas inmemoriales. «Esta teoría —añade— Pitágoras la tomó de los egipcios, quienes la debían á los Brachmanes de la India» (1). Fenelón, el ilustre Arzobispo de Cambrai, en sus *Vidas de los antiguos filósofos*, concede á Pitágoras estos conocimientos, y dice que además de enseñar á sus discípulos que, por ser la tierra redonda, existían antípodas, puesto que está habitada en todas partes, este gran matemático fué el primero en descubrir que la estrella matutina y la estrella vespertina son una misma. Si ahora consideramos que Pitágoras vivía sobre la 16.^a olimpiada, unos 700 años antes de nuestra era y enseñaba este hecho en un periodo tan remoto, debemos creer que otros lo conocían antes que él. Las obras de Aristóteles, Laercio y varios otros, en las que se hace mención de Pitágoras, demuestran que éste había aprendido de los egipcios la oblicuidad de la eclíptica, la composición estelar de la vía láctea y la luz prestada de la luna.

Wilkinson, corroborado posteriormente por otros, dice que los egipcios dividían el tiempo, conocían la verdadera duración del año y la precesión de los equinoccios. Por medio de la observación de la salida y de la ocultación de los astros, comprendían las influencias particulares procedentes de las posiciones y conjunciones de todos los cuerpos celestes, y por lo tanto, sus sacerdotes, profetizando tan exactamente como nuestros astrónomos modernos los cambios meteorológicos, podían además astrologizar por medio de los movimientos astrales. Aunque el grave y elocuente Cicerón puede en parte tener motivo para indignarse contra las exageraciones de los sacerdotes babilónicos, los cuales «afirmaban que habían conservado sobre ciertos monumentos observaciones que comprendían un periodo de 470.000 años» (2), á pesar de todo, la época en que la astronomía llegó entre los antiguos á su mayor grado de perfección está fuera del alcance de los cálculos modernos.

Observa un escritor, en uno de nuestros periódicos científicos, «que toda la ciencia en su desarrollo pasa por tres periodos: 1.º, el periodo de observación, en que los hechos son recogidos y registrados por muchas personas en muchos sitios; 2.º, el periodo de generalización, en el cual estos hechos, cuidadosamente comprobados, son ordenados metódicamente, generalizados sistemáticamente, y clasificados de un modo lógico, con objeto de deducir y elucidar de los mismos las leyes que los regulan y ordenan; 3.º, por fin tenemos el periodo de profecía, en el cual dichas leyes son aplicadas de tal suerte que pueden predecirse los futuros acontecimientos con infalible exactitud». Si algunos millares de años antes de nuestra era pronosticaban los eclipses los astrónomos chinos y caldeos, valiéndose estos últimos del ciclo

(1) Jablonski: *Pantheon Aegypti*, II, Proleg. 10.

(2) Cicerón: *De Divinatione*.

de Saros ó de otros medios, lo cual importa muy poco, el hecho permanece el mismo. Ellos habían alcanzado el último y más culminante grado de la ciencia astronómica: *profetizaban*. Si podían ellos en el año 1722 antes de Cristo dibujar el zodiaco, con las posiciones exactas de los planetas en el equinoccio de otoño, y de un modo tan irrepachable como el astrónomo Mitchell ha probado, conocían, por lo tanto, las leyes que regulan «hechos cuidadosamente comprobados» á la perfección, y las aplicaban con tanta seguridad como nuestros astrónomos modernos. Además, se dice que la astronomía es la única ciencia que en nuestro siglo «ha llegado por completo á su *último período* ... otras ciencias permanecen todavía en sus varios períodos de desarrollo; la electricidad, en algunas de sus ramas, ha alcanzado el tercer grado de perfección, pero en otras muchas está todavía en su infancia» (1). Esto lo sabemos por las dolorosas confesiones de los mismos hombres de ciencia, y no podemos abrigar ninguna duda acerca de esta triste realidad en el siglo diez y nueve, desde el momento que pertenecemos al mismo. No era así con respecto á los hombres que vivían en los días gloriosos de Caldea, Asiria y Babilonia. De los progresos que habían logrado en otras ciencias, *nada* sabemos, excepto que en astronomía estaban al mismo nivel que nosotros, puesto que habían alcanzado también el *tercero* y el último período. En su discurso acerca de las *Artes perdidas*, Wendell Phillips describe muy artísticamente tal situación. «Al parecer nos imaginamos—dice—que, tanto si el saber muere ó no con nosotros, lo cierto es que con nosotros ha empezado.... sentimos una compasiva estimación, una cariñosa indulgencia por la mezquindad, ignorancia y tinieblas de las épocas pasadas». Al confirmar nuestras propias ideas con la sentencia final del apreciado conferenciante, debemos asimismo confesar que escribimos este capítulo, que en cierto modo interrumpe nuestra narración, con el objeto de preguntar á nuestros hombres de ciencia si están ellos seguros de poder enorgullecerse «*con justo motivo*».

Esto es lo que leemos de un pueblo que, según algunos ilustrados escritores (2), acababa de salir de la edad de bronce para entrar en la siguiente de hierro. «Si la Caldea, Asiria y Babilonia presentan *estupendas y venerables antigüedades* remontándose á la noche de los tiempos, no le faltan á Persia sus maravillas pertenecientes á una época menos remota. Los pórticos de Persépolis estaban atesta-

(1) *Telegraphic Journal*, art. Profecias científicas.

(2) Profesor Alberto Muller: *Los primeros vestigios del hombre en Europa*. Dice el autor: «Y esta edad de bronce alcanza y se extiende al principio del período histórico en algunos países, y así incluye las grandes épocas de los imperios egipcio y asirio, cerca de 1500 años antes de J. C. y las eras más primitivas de la próxima y siguiente edad de hierro».

das de milagros artísticos, tallas, esculturas, esmaltes, librerías de alabastro, obeliscos, esfinges, toros colosales. Ecbatana, en Media, la fresca residencia de verano de los reyes persas, estaba defendida por siete murallas circulares de piedra cortada y pulimentada, aumentando dichas murallas en elevación de fuera á dentro y siendo de colores distintos, en astrológica concordancia con los siete planetas. El palacio estaba cubierto con *tejas de plata*; y sus vigas estaban revestidas de oro. A media noche, las series numerosas de lámparas de nafta rivalizaban en sus patios con la luz del sol. Un paraíso que el fausto de los monarcas orientales había plantado en medio de la ciudad. El imperio persa era verdaderamente el jardín del mundo. Todavía en Babilonia existían las murallas con un desarrollo de más de sesenta millas, y después de los estragos de tres siglos y de tres conquistadores, todavía tenían más de ochenta piés de altura; aún existían las ruinas del templo de Belo, rodeado de nubes; en su cúspide estaba instalado el observatorio desde el cual los sabios astrónomos caldeos habían estado en comunicación nocturna con los astros; todavía quedaban allí los vestigios de los dos palacios, con sus jardines colgantes, en los cuales había árboles que crecían en el aire, así como los restos de la máquina hidráulica para elevar el agua del río. El lago artificial, con su vasta red de acueductos y esclusas, que recogían la nieve derretida de las montañas de Armenia, y la conducían hacia la ciudad por entre los diques del Eufrates. Lo más maravilloso de todo era, quizás, *el túnel construido bajo el lecho del río* (1).

En sus *Primeros vestigios del hombre en Europa*, Alberto Muller propone un nombre descriptivo de la época en que vivimos, é indica que el de «época de papel» es tal vez tan bueno como cualquiera de los que se le pueden aplicar. No estamos conformes con el sabio profesor. Nuestra firme opinión es que las generaciones venideras denominarán á nuestros tiempos, todo lo más, edad de *bronce*; y en el caso peor, la designarán con el nombre de edad de *albata* ó de *oroide* (2). El juicio que los comentadores y críticos contemporáneos se han formado tocante á la antigua sabiduría está limitado y circunscrito al *exoterismo* de los templos; no quieren, ó son incapaces de penetrar en el solemne *adyta* de la antigüedad, en donde el hierofante enseñaba al neófito á considerar el culto público bajo su verdadero aspecto. Ninguno de los sabios antiguos hubiera pensado que el hombre es el rey de la creación, y que los cielos estrellados y nuestra madre la tierra han sido creados para él. Aquel que dude de lo

(1) *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, cap. I.

(2) Aleaciones metálicas que imitan respectivamente la plata y el oro. (N. del T.)

(3) Psellus: *Oráculos Caldeos*, 4, CXLIV.

dicho puede dirigirse á los *Preceptos mágicos y filosóficos* de Zoroastro, y encontrará su corroboración en lo siguiente:

«No dirijas tu inteligencia á las vastas proporciones de la tierra, porque la planta de la verdad no crece en su superficie. No midas tampoco las proporciones del sol, reuniendo reglas, porque es arrasado por la voluntad eterna del Padre, *no para nosotros*. No hagas caso del impetuoso curso de la luna, puesto que la necesidad siempre la impele. La progresión de las estrellas *no ha sido establecida para nosotros*».

Rara enseñanza es esta para venir de aquellos de quienes universalmente se cree que han adorado el sol, la luna y las huestes siderales como dioses. Estando la profundidad sublime de los preceptos mágicos *más allá* de lo que puede alcanzar el moderno pensamiento materialista, los filósofos caldeos son acusados, juntamente con las masas ignorantes, de Sabeísmo y de adorar al sol.

Existía una enorme diferencia entre el *verdadero* culto enseñado á los que de ello se mostraban dignos, y las religiones del estado. Los magos eran acusados de toda clase de supersticiones, pero he aquí lo que dice un *Oráculo Caldeo*:

«El remoto y aéreo vuelo de los pájaros *no es verdad*, ni tampoco la disección de las entrañas de las víctimas; todo ello son meras niñadas y el *fundamento de fraudes mercenarios*; huye de estas cosas si quieres que para ti se abra el paraíso sagrado de la piedad, en donde la virtud, la sabiduría y la justicia están reunidas» (1).

Ciertamente, no son los que ponen en guardia á la gente contra los «fraudes mercenarios» los que pueden de ello ser acusados; y si ellos hacían cosas que parecían milagrosas, ¿quién puede con justicia atreverse á negar que ellos hacían esto sencillamente porque poseían conocimientos en filosofía natural y en la ciencia psicológica en un grado desconocido en nuestras escuelas?

¿Qué es lo que ellos no sabían? Es un hecho bien demostrado que el verdadero meridiano estaba correctamente determinado antes que la primera Pirámide fuese construida. Tenían relojes y cuadrantes para medir el tiempo; su codo era la unidad de la medida lineal establecida, equivaliendo á 1,707 piés ingleses; según Herodoto, la unidad de peso era también conocida; en cuanto á monedas, tenían anillos de plata y de oro evaluados por su peso; servíanse, desde los tiempos más remotos, de los sistemas de cálculo decimal y duodecimal, y estaban á gran altura en álgebra. «¿Cómo hubieran podido de

(1) Psellus: *Zoroast. Oráculos*, 4.

otra manera—dice un autor desconocido—poner en juego unos poderes mecánicos tan inmensos, si no hubiesen comprendido completamente la filosofía de lo que nosotros llamamos poderes mecánicos?»

El arte de trabajar el lino y de fabricar objetos finos está también probado que había sido una de las ramas de sus conocimientos, porque la *Biblia* habla de ello. José fué presentado á Faraón con una túnica de lino fino, una cadena de oro y muchas otras cosas. El lino de Egipto era famoso en todo el mundo. Las momias están todas envueltas con él, y está admirablemente conservado. Plinio habla de cierta vestidura enviada 600 años antes de nuestra era por el rey Amasis á Lindo, cada uno de cuyos hilos estaba compuesto de 360 hilos menores trenzados. Herodoto (libro I), al ocuparse de Isis y de los Misterios que en su honor se celebraban, nos da una idea de la belleza y «admirable suavidad del lino llevado por los sacerdotes». Estos llevaban calzado hecho de papyrus y vestiduras *finísimas de lino*, porque la referida diosa fué la primera que enseñó el uso del mismo; y por esto, además de ser llamados *Isiacos*, ó sacerdotes de Isis, eran también conocidos con el nombre de *linígeros*, ó «portadores de lino». Este lino era hilado y teñido con aquellos brillantes y magníficos colores cuyo secreto permanece también ahora entre las artes perdidas. En las momias, con frecuencia encontramos los más bellos bordados y adornos de cuentas en sus túnicas; varias de éstas pueden verse en el museo de Bulak (Cairo), y son de una belleza insuperable; los dibujos son exquisitos, y el trabajo parece inmenso. Los tapices de los Gobelinos, tan perfectos y alabados, no son más que una grosera producción comparados con algunos de los bordados de los antiguos egipcios. Basta consultar el *Exodo* para descubrir cuánta habilidad suponían por parte de los israelitas, discípulos de los egipcios, las labores de su tabernáculo y de su arca sagrada. Las vestiduras sacerdotales, con sus adornos de «granadas y campanas de oro,» y el *thummim*, ó pectoral con pedrería del sumo sacerdote, los describe Josefo como obras de incomparable belleza y maravillosa ejecución; y sin embargo, está fuera de duda que los judíos adoptaron sus ritos y ceremonias, y hasta el traje especial de sus levitas, tomándolos de los egipcios. Clemente de Alejandría reconoce esto, si bien con mucha repugnancia, y lo mismo hacen Orígenes y otros Padres de la Iglesia, algunos de los cuales, como es natural, atribuyen esta coincidencia á una hábil estratagema de Satanás, en previsión de los sucesos. El astrónomo Proctor dice en uno de sus libros: «el notable pectoral llevado por el sumo sacerdote judío procedía directamente de los egipcios». La misma palabra *thummim* es evidentemente de origen egipcio, habiéndosela apropiado Moisés, como todo lo demás; porque más adelante, en la misma página, mister Proctor dice que: «en la pintura del juicio, tantas veces repetida,

se ve al Egipcio muerto conducido por el dios Horus (?), mientras que Anubis coloca en una de las balanzas un vaso que se supone contener sus buenas acciones, estando en la otra el emblema de la verdad, una representación de Thmei, la diosa de la verdad, la cual también era llevada en el pectoral judicial». Wilkinson, en sus *Usos y costumbres de los antiguos egipcios*, demuestra que el *thummim* hebreo es el plural de la palabra *Thmei* (1).

Todas las artes decorativas parecen haber sido conocidas de los egipcios. Su joyería de oro, plata y piedras preciosas estaba admirablemente labrada; sus lapidarios tallaban, pulimentaban y engastaban con el estilo más delicado. El anillo de una momia egipcia, si no recordamos mal, fué declarado el objeto más artístico de joyería en la Exposición de Londres de 1851. Sus imitaciones de piedras preciosas en vidrio están muy por encima de todo cuanto se hace hoy día en este artículo, y puede decirse que la esmeralda fué imitada á la perfección.

Dice Wendell Phillips que en Pompeya descubrieron una habitación llena de vidrio; allí había vidrio deslustrado, vidrio para ventanas, vidrio tallado y vidrio de toda clase de colores. Unos sacerdotes católicos que penetraron en China 200 años hace, tuvieron ocasión de ver un vaso transparente é incoloro, el cual estaba lleno de un licor fabricado por los chinos, y que era incoloro como el agua. «Una vez vertido este licor en el vaso, mirando al través de éste, parecía lleno de peces. Vacían el vaso y repetían el experimento, y otra vez se llenaba de peces». En Roma enseñaban un trozo de vidrio transparente, que levantaban en alto como para enseñar que nada había allí escondido, pero en el centro del vidrio había una gota de vidrio colorado, quizás del tamaño de un guisante, moteada como un pato, de un modo tal que ni el pincel de un miniaturista lo hubiera podido hacer con más perfección. Es evidente que esta gota de vidrio líquido debía haber sido vertida, porque no existía juntura ninguna. Esto debía haberse llevado á cabo por medio de un calor mucho más elevado que el que exige el temple del vidrio, porque aquel procedimiento indica la presencia de un hueco. A propósito de su maravilloso arte de imitar las piedras preciosas, el orador habla del «célebre vaso de la Catedral de Génova», el cual fué considerado durante muchos siglos «como una esmeralda sólida». «La leyenda Católica Romana dice que era uno de los tesoros que la reina de Sabá dió á Salomón, y que era la misma copa en la cual el Salvador bebió en la última cena». Posteriormente se vió que no era una esmeralda, sino una simple imitación; y cuando Napoleón la llevó á París y la ofreció al Instituto, los sabios se vieron obligados á confesar que *no era una piedra*, y que no podían decir lo que era.

(1) Proctor: *Saturno y el Sábado de los Judíos*, p. 309.

Más adelante, hablando de la destreza de los antiguos para trabajar los metales, el mismo autor refiere que «cuando los ingleses saquearon el Palacio de Verano del Emperador de la China, los artistas europeos quedaron sorprendidos al ver los vasos de metal de todos géneros, trabajados de una manera tal que dejaba muy atrás á la tan cacareada habilidad de los artífices europeos.» Tribus africanas del interior del país han dado á los viajeros *mejores navajas* que las que ellos tenían. «George Thompson me dijo—añade—que vió á un hombre en Calcuta lanzar al aire un puñado de seda floja y cortarla un indio con un sable de acero del país.» Concluye con la oportuna observación de que «el acero es el mayor triunfo de la metalurgia, y la metalurgia es la gloria de la química.» Así sucedía con los antiguos egipcios y las razas semíticas. Extraían el oro de la tierra, y lo separaban con la destreza más asombrosa. El cobre, el plomo y el hierro fueron encontrados en abundancia cerca del mar Rojo.

En un discurso pronunciado en 1873 acerca de los *Hombres de las Cavernas del Devonshire*, Mr. W. Pengelly, miembro de la Real Sociedad, afirmó, bajo la autoridad de algunos egiptólogos, que el primer hierro usado por los egipcios era hierro *meteórico*, y que la primera vez que se menciona este metal es en un documento egipcio, en el cual se le da el nombre de «piedra del cielo». Esto implicaría la idea de que el único hierro que se usaba en la antigüedad era meteórico. Tal podía haber sucedido en los principios del período que abrazan nuestras exploraciones geológicas actuales, pero hasta que podamos computar, al menos con una exactitud aproximada, la edad de nuestras exhumadas reliquias, ¿quién puede decir que no cometemos errores tal vez de algunos centenares de millares de años? La ligereza en dogmatizar que los antiguos caldeos y egipcios *nada sabían* tocante á minería y metalurgia, ha quedado por lo menos en parte desmostrada por los descubrimientos del coronel Howard Vyse. Además de esto, muchas de aquellas piedras preciosas que únicamente se encuentran á una gran profundidad en las minas, las vemos mencionadas en Homero y en las Escrituras Hebreas. ¿Han averiguado los sabios el tiempo preciso en que la humanidad abrió por vez primera galerías de mina? Según el Dr. A. C. Hamlin, en la India, las artes de joyería y lapidaria han sido practicadas desde una «antigüedad desconocida». Que los egipcios sabían desde los tiempos más remotos la manera de templar el acero, ó que poseían algo todavía mejor y más perfecto que los utensilios hoy día necesarios para cincelar, es una alternativa de la cual no pueden escapar los arqueólogos. De otro modo, ¿cómo hubieran podido producir cincelados tan artísticos, y trabajar las estatuas que han esculpido? Los críticos pueden escoger entre las dos opiniones; según ellos, se trataba de herramientas de acero del temple más exquisito, ó de algún otro medio para cortar la sienita, el granito y el

basalto; lo cual, en este último caso, debe ser añadido al largo catálogo de las artes perdidas.

El profesor Alberto Müller dice: «Podemos atribuir la introducción de la manufactura del bronce en Europa á una gran raza que emigró del Asia unos 6.000 años atrás, llamada Aria ó Ariana... La civilización del Oriente precedió á la del Occidente de muchos siglos. Existen muchas pruebas de que, en sus mismos comienzos, la cultura brillaba en un grado considerable. El bronce estaba ya en uso, *pero también el hierro*. La alfarería no era únicamente moldeada en el torno, sino que era cocida al rojo. Se han encontrado objetos de vidrio, oro y plata pertenecientes á los tiempos más primitivos. En ciertos parajes solitarios de las montañas se han descubierto depósitos de escorias y restos de hornos de hierro... Cierto es que estas escorias se han atribuido algunas veces á la acción volcánica, pero mal puede explicarse esto así en un lugar donde nunca ha podido haber volcanes».

Pero en el procedimiento para preparar las momias es en donde la ciencia de este maravilloso pueblo se manifiesta en su grado más elevado. Solamente aquellos que han hecho de tal asunto un objeto de estudio especial pueden apreciar la habilidad, la paciencia y los conocimientos necesarios para llevar á efecto esta obra imperecedera que exigía varios meses. Tanto la química como la cirugía tomaban parte en la misma. Las momias, abandonadas en el clima seco de Egipto, parecen ser prácticamente indestructibles; y hasta cuando son trasladadas después de un reposo de muchos millares de años, no ofrecen la menor señal de alteración. «El cuerpo—dice el escritor anónimo—era llenado de mirra, cassia y de otras gomas, después de lo cual se le saturaba con natrón... Hecho esto, aplicábase el maravilloso vendaje del cuerpo embalsamado, obra ejecutada tan artísticamente que los modernos vendadores de profesión se quedan maravillados al contemplar una cosa tan perfecta». El Dr. Granville dice: «... no hay una sola forma de vendaje conocida por la cirugía moderna, de la cual no se vean *mucho mejores y más ingeniosos ejemplos* en el fajado de las momias egipcias. Las tiras de lino no tienen ni un solo añadido, llegando hasta 1.000 *yardas* de longitud». Rosellini, en el *Antiguo Egipto* de Kenrik, corrobora con su testimonio la maravillosa variedad y destreza con que los vendajes habían sido aplicados y entrelazados. No había una fractura en el cuerpo humano que no pudiese ser tratada con buen éxito por el médico-sacerdote de aquellos tiempos remotos.

¿Quién no recuerda la sensación producida unos veinte y cinco años atrás por el descubrimiento de la anestesia? El gas óxido nítrico, los éteres sulfúrico y clorhídrico, el cloroformo, el «gas hilarante», además de varias otras combinaciones de los mismos, eran recibidos como otras tantas bendiciones celestes por la porción doliente de la

humanidad. El pobre doctor Horacio Wells, de Hartford, fué su descubridor, en 1844, y los doctores Morton y Jackson, en 1846, se llevaron los honores y beneficios, como es costumbre en estos casos. Los anestésicos fueron proclamados como el «mayor de los descubrimientos». Y aunque el famoso *Letheon* de Morton y Jackson (un compuesto de éter sulfúrico), el cloroformo de Sir James Y. Simpson, y el gas óxido nítrico, introducido por Colton en 1843, y por Dunham y Smith, dieron en algunas ocasiones resultados fatales, esto no fué obstáculo para que estos señores fuesen considerados como bienhechores de la humanidad. Hubo pacientes que, después de dormidos con el éxito más completo, no despertaban más; pero ¿qué importaba esto desde el momento en que otros experimentaban alivio? Los médicos nos aseguran que tales accidentes son hoy día muy raros. Quizás es porque los benéficos agentes anestésicos son aplicados con tanta parsimonia que en la mitad de la veces que se usan no producen ningún efecto, dejando al paciente paralizado durante unos pocos segundos en sus movimientos externos, pero sintiendo el dolor tan intensamente como siempre. Después de todo, sea como fuere, tanto el cloroformo como el gas hilarante son descubrimientos benéficos. Pero ¿son ellos los primeros anestésicos descubiertos, propiamente hablando? Dioscórides habla de la piedra de Menfis (*lapis Memphiticus*), y la describe como un pequeño guijarro, redondo, pulimentado y muy brillante. Reducido á polvo, y aplicado como un unguento á la parte del cuerpo sobre la cual el cirujano iba á operar, sea con su escalpelo ó con fuego, preservaba aquella parte, y *únicamente aquella parte*, del dolor de la operación. Al mismo tiempo, dicha piedra era enteramente inofensiva para la constitución del enfermo, el cual conservaba su conocimiento por completo; nada tenia de peligroso en sus efectos, y obraba durante todo el tiempo en que estaba aplicada sobre la parte dolorida. Tomada en una mixtura de vino ó agua, toda sensación de dolor se desvanecía por completo (1). Plinio da igualmente una minuciosa descripción de dicha piedra (2).

Desde tiempo inmemorial, los Brahmanes han poseído secretos que tenían el mismo valor. La viuda, obligada al propio sacrificio de la con-cremación, llamado *Sahamaranya*, no teme sufrir el más insignificante dolor, porque las ardientes llamas la consumirán sin que experimente ni una sola de las angustias de la agonía. Las sagradas plantas que coronan su frente mientras es conducida ceremonialmente á la pira funeral; la sagrada raíz arrancada á media noche en el punto en que el Ganges y el Yumna confunden sus aguas; y el procedimiento de ungir el cuerpo de la víctima con grasas y aceites sagrados, des-

(1) Dioscórides: *Peri Ules Iatrikes*, lib. V, cap. CLVIII.

(2) Plinio: *Histoire Naturelle*, lib. XXXVIII, cap. VII.

pués de haber impregnado completamente en ellos sus vestidos y atavíos, son otros tantos anestésicos *mágicos*. Sostenida por aquellos de quienes va á separarse en cuerpo, la viuda da tres veces la vuelta alrededor de su ardiente lecho, y, después de haberse despedido de ellos, se arroja sobre el cadáver de su marido, y abandona este mundo sin un solo instante de sufrimiento. •El semi-fluido—dice un misionero escritor y testigo de vista de varias de estas ceremonias,—la grasa, es vertida sobre la pira, inflamándose instantáneamente, y la *aletargada* viuda muere rápidamente de *sofocación* antes de que el fuego alcance su cuerpo»(1).

No sucede semejante cosa si la ceremonia se verifica siguiendo estrictamente los ritos prescritos. Las viudas no son jamás aletargadas en el sentido en que solemos entender dicha palabra. Únicamente se toman ciertas medidas de precaución para evitar un inútil martirio físico, la espantosa agonía de los que mueren quemados. Su inteligencia se halla tan clara y despejada como antes, y tal vez más. Creyendo firmemente en las promesas de una vida futura, su mente se halla absorbida por completo en la contemplación de la próxima bienaventuranza, la beatitud de la •libertad• que está á punto de alcanzar. Muere generalmente con la sonrisa del rapto celestial en su semblante; y si alguien tiene que sufrir cuando suena la hora de la recompensa, no es la ardiente devota de su fe, sino los taimados Brahmanes, que saben perfectamente que jamás ha sido prescrito este rito tan feroz (2). En cuanto á la víctima, después de haber sido consumida, se convierte en un *sati* (pureza trascendente), y es canonizada después de su muerte.

El Egipto es el lugar de nacimiento y la cuna de la Química. Kenrick indica que la raíz de esta palabra es *chemi* ó *chem*, que era el nombre del país (Salmos, cv, 27). La química de los colores parece haber sido completamente conocida en aquel país. Los hechos, hechos son. ¿En dónde, entre nuestros pintores, debemos buscar al artista que pueda decorar nuestras paredes con colores imperecederos? Cuando nuestros raquíticos edificios se hayan convertido en montones de polvo, y las ciudades por ellos constituidas no sean más que masas informes de

(1) Paulin de St. Barthelemi: *Voyage aux Indes Orientales*, vol. I, p. 358.

(2) Max Muller, el profesor Wilson y H. J. Bushby, con otros varios eruditos sanscritistas, prueban lo que «varios sabios orientalistas, tanto indígenas como europeos, han demostrado, ó sea que el rito de quemar á la viuda no sólo no estaba sancionado, sino que era severamente prohibido por las más antiguas y autorizadas Escrituras indias». («Quema de las viudas», p. 21). Véase la *Mitología Comparada* de Max-Muller. «El profesor Wilson—dice Max-Muller—fué el primero en señalar la falsificación del texto y el cambio de *yonim agre* en *yonim agne* (matriz de fuego).... Según los himnos del *Rig-Veda* y el ceremonial Védico contenido en los *Grihya-Sútras*, la esposa acompaña al cuerpo del marido á la pira funeraria, pero allí, después de habersele recitado un verso sacado del *Rig-Veda*, se le ordena que abandone á su marido, y que vuelva al mundo de los vivientes». (*Mitología comparada*, p. 35).

mortero y ladrillos, sin que nadie se acuerde de sus nombres, mucho tiempo después de esto los muros de Karnak y de Luxor (El-Uxor) todavía permanecerán en pié; y las espléndidas pinturas murales de este último monumento serán indudablemente tan brillantes y vivas dentro de 4.000 años, como lo eran 4.000 años atrás y como lo son hoy día. •El embalsamar y el pintar frescos — dice nuestro autor — no era entre los egipcios un descubrimiento debido á la casualidad, sino que llegaron á ello por medio de definiciones y máximas como cualquiera inducción de Faraday•.

Nuestros modernos italianos están envanecidos con sus pinturas y vasos etruscos; las franjas decorativas que se encuentran en los vasos griegos excitan la admiración de los amantes de antigüedades, y son atribuidas á los griegos, cuando de hecho •son meras copias de las que adornan los vasos egipcios•. Sus dibujos pueden verse cualquier día en los muros de una tumba de la época de Amunoph I, periodo en el cual la Grecia todavía no existía.

¿Dónde, en nuestros días, podemos indicar algo comparable á los templos abiertos en la roca, de Ipsanbul, en la Nubia Inferior? Allí pueden verse figuras sentadas de setenta pies de alto, esculpidas en la roca viva. El torso de la estatua de Ramsés II, en Thebas, mide setenta pies al rededor de los hombros, guardando todo lo demás la misma proporción. Comparada con tan titánica escultura, la nuestra parece de pigmeos. Los egipcios conocían el hierro por lo menos mucho antes de que fuese construída la primera Pirámide, lo cual, según Bunsen, representa una antigüedad de unos 20.000 años. La prueba de esto ha permanecido oculta durante muchos millares de años en la Pirámide de Cheops, hasta que *el coronel Howard Vyse la encontró en forma de una pieza de hierro, en uno de los intersticios, en donde evidentemente había sido colocada cuando esta Pirámide fué construída*. Los egiptólogos aducen muchas indicaciones de que los antiguos conocían perfectamente bien la metalurgia en los tiempos prehistóricos. •Aun hoy día se encuentran en el Sinal grandes montones de escorias procedentes de las fundiciones• (1). La metalurgia y la química, tal como se practicaban en aquellos tiempos, eran conocidas como *alquimia*, y estaban en el fondo de la magia prehistórica. Además, Moisés demostró sus conocimientos en alquimia química al pulverizar el becerro de oro y esparcir el polvo por encima del agua.

Si ahora nos dirigimos á la navegación, nos vemos capaces de probar, fundándonos en buenas autoridades, que Nechao II armó una flota en el Mar Rojo, que fué despachada para emprender un viaje de exploración. La flota estuvo navegando por espacio de unos dos años,

(1) De ahí la historia de que Moisés fabricó allí la serpiente ó serafín de bronce, que los israelitas adoraron hasta el reinado de Ezequias.

y en lugar de volver por el estrecho de Babelmandel, por donde había salido, lo hizo por el Estrecho de Gibraltar. Herodoto no se mostraba muy dispuesto á conceder á los egipcios una tan colosal proeza marítima como esta. Dice que ellos habian divulgado la noticia de que «al volver á sus casas, el sol se levantaba á su derecha; cosa que me parece increíble». «Y, sin embargo—indica el autor del artículo anteriormente mencionado,— esta afirmación increíble resulta ahora *incontestable*, como comprenderá perfectamente cualquiera que haya doblado el Cabo de Buena Esperanza. Asi, pues, queda probado que los más antiguos de este pueblo llevaron á cabo una empresa que fué atribuída á Colón muchos siglos más tarde. Dícese de ellos que anclaron dos veces en su viaje; que sembraron trigo, lo cosecharon, y se hicieron de nuevo á la vela, y por fin pasaron triunfantes en medio de las columnas de Hércules, siguiendo hacia el Este á lo largo del Mediterráneo. «He aquí un pueblo—añade— que merece mucho más la denominación de *veteres* que los romanos y griegos. Los griegos, jóvenes en sus conocimientos, los divulgaban á son de trompeta, y procuraban atraerse la atención del mundo entero para que admirase su habilidad. El viejo Egipto, encanecido ya con su sabiduría, estaba tan seguro de su ciencia que no trataba de excitar la admiración, y hacía el mismo caso del griego petulante que el que hoy hacemos nosotros de un salvaje de las islas Fidgi».

«¡Oh, Solón, Solón», decía el más anciano de los sacerdotes egipcios á aquel sabio. «Vosotros, los griegos, seréis siempre niños, no teniendo ninguna opinión antigua, ni ninguna disciplina de larga duración!» Y, efectivamente, quedóse el gran Solón muy sorprendido cuando supo, por los sacerdotes egipcios, que muchos de los dioses y diosas del Panteón griego no eran más que dioses de Egipto disfrazados. Con mucha razón decía Zonaras: «Todas estas cosas nos vinieron de Caldea al Egipto, y de aquí han sido transmitidas á los griegos».

Sir David Brewster da una brillante descripción de varios autómatas; y el siglo diez y ocho se enorgullece de aquella obra maestra de mecánica, el *flautista de Vaucanson*. Las pocas informaciones positivas que podemos recoger acerca del asunto, consultando á los antiguos escritores, nos autoriza á creer que los inteligentes mecánicos de los tiempos de Arquímedes, y algunos de ellos muy anteriores al gran Siracusano, no eran en modo alguno ni más ignorantes ni menos ingeniosos que nuestros modernos inventores. Archytas, natural de Tarento, Italia, preceptor de Platón y filósofo eminente por sus conocimientos matemáticos y descubrimientos maravillosos en la mecánica práctica, construyó un palomo de madera. Debíó de ser un mecanismo extraordinariamente ingenioso, desde el momento en que volaba, batía las alas, y se sostenía durante un tiempo considerable en el aire. Este hombre ingenioso, que vivió 400 años antes de nuestra era, in-

ventó además el tornillo, la grúa y otras varias máquinas hidráulicas (1). El egipto prensaba sus propias uvas, y hacía vino. Hasta cierto punto, nada de notable tiene esto, pero también fabricaba cerveza, y en gran cantidad, como nuestros egiptólogos van á decirlo. El manuscrito Ebers prueba ahora, sin ningún género de duda, que los egipcios usaban la cerveza 2.000 años antes de J. C. Su cerveza debía de ser fuerte y excelente, como todo cuanto hacían. El vidrio era fabricado en todas sus variedades. En muchas de las esculturas egipcias encontramos escenas en que figuran vidrieros y botellas; en algunos casos, practicando investigaciones arqueológicas, se han encontrado vidrios y cristalería, que al parecer habían sido magníficos. Sir Gardner Wilkinson dice que los egipcios cortaban, pulían, deslustraban y grababan el cristal, y que poseían el arte de introducir oro entre las dos superficies de la masa. Con cristal, imitaban ellos perlas, esmeraldas y todas las piedras preciosas con la mayor perfección.

Del mismo modo, los antiguos egipcios cultivaban las artes musicales, y comprendían bien los efectos de la armonía y su influencia sobre el espíritu humano. En las más antiguas esculturas y tallas puede verse músicos tocando diversos instrumentos. En el departamento curativo de los Templos, se hacía uso de la música para la curación de los desórdenes nerviosos. Descubrimos en muchos monumentos hombres tocando en orquesta, y el director llevando el compás con el choque de sus manos. De este modo queda probado que comprendían las leyes de la armonía. Tenían su música sagrada, doméstica y militar. En los conciertos sagrados entraban la lira, la flauta y el arpa; para las ocasiones festivas, tenían la guitarra, la gaita sencilla y la doble y las castañuelas; para el ejército, y durante el servicio militar, hacían uso de trompetas, tamboriles, tambores y címbalos. Inventaron varias clases de arpas, tales como la lira, la sambuca y el *ashur*; algunas de éstas tenían más de veinte cuerdas. La superioridad de la lira egipcia sobre la griega es un hecho admitido. El material de que estaban contruidos estos instrumentos era con frecuencia una madera muy rara y preciosa, importada algunas veces de países muy distantes. Dichos instrumentos eran de un labor admirable; algunos estaban pintados, tenían incrustaciones de nácar, y estaban adornados con cuero de diversos colores. Usaban cuerdas de tripa, como nosotros. Pitágoras aprendió la música en Egipto, é hizo de ella una ciencia regular en Italia. Pero en la antigüedad los egipcios eran generalmente considerados como los mejores profesores de música en Grecia. Sabían perfectamente la manera de producir sonidos armoniosos con un instrumento añadiéndole cuerdas, lo mismo que la multiplicación de notas acortando las cuerdas sobre su mango; cuyo conocimiento revela un

(1) A. Gell: *Noct. Attic.*, lib. X, cap. XIII.

gran progreso en el arte musical. Hablando de arpas, en una tumba de Thebas, Bruce hace notar que «ellas han echado por tierra todo cuanto hasta aquí se ha dicho acerca del estado primitivo de la música y de los instrumentos musicales en el Este, y son por su forma, adornos y medida, una prueba plena é incontestable, *más fuerte que un millar de citas griegas*, de que la geometría, el dibujo, la mecánica y la música habían llegado al mayor grado de perfección cuando aquellos instrumentos fueron fabricados; y que el período desde el cual hacemos datar la invención de estas artes es únicamente *el principio de la era de su restauración*».

En las paredes del palacio de Amenophis II, en Thebas, está representado el rey jugando al ajedrez con la reina. Este monarca reinaba mucho antes de la guerra de Troya. En la India se sabe que este juego era conocido desde unos 5.000 años por lo menos.

En cuanto á sus conocimientos en medicina, ahora que uno de los perdidos *Libros de Hermes* ha sido encontrado y traducido por Ebers, los egipcios pueden hablar por sí mismos. Que ellos sabían algo respecto de la circulación de la sangre, parece como cierto, á juzgar por las *manipulaciones curativas* de los sacerdotes, que conocían la sangría y el modo de detener la circulación de la sangre durante algún tiempo, etc. Un estudio más atento de sus bajo-relieves representando escenas del departamento curativo de sus templos diversos lo demostraría fácilmente. Tenían sus dentistas y oculistas, y á ningún doctor le era permitido practicar más de una especialidad; lo cual ciertamente autoriza la creencia de que á ellos se les perdían menos pacientes en aquellos días que hoy día á nuestros facultativos. También aseguran algunos autores que los egipcios fueron el primer pueblo que introdujo el proceso por jurado; si bien esto lo ponemos en duda.

Pero no fueron los egipcios el único pueblo de épocas remotas cuyos adelantos les coloquen en un lugar tan elevado ante la opinión de la posteridad. Aparte de otros varios cuya historia está hoy día oculta tras las nieblas de la antigüedad, tales como las razas prehistóricas de las dos Américas, de Creta, de la Troada, de los Lacustres y del sumergido continente de la fabulosa Atlántida, ahora clasificada entre los mitos; los hechos de los fenicios imprimen á éstos casi el carácter de semi-dioses.

El escritor del *National Quarterly Review*, anteriormente citado, dice que los fenicios fueron los más antiguos navegantes del globo, fundaron la mayor parte de las colonias del Mediterráneo, y viajaron por muchas otras regiones deshabitadas. Visitaron las regiones Árticas, de donde trajeron las relaciones de días eternos sin noches, que Homero nos ha conservado en su *Odisea*. De las Islas Británicas importaron el estaño al Africa, y España fué un sitio favorito para sus colonias. La descripción de Caribdis corresponde tan perfectamente al Maels-

trom que, como dice este escritor, «es difícil imaginarlo sin haber tenido otro prototipo». Sus exploraciones, á lo que parece, se extendían en todos sentidos, sus buques surcaban lo mismo el Océano Indico que los fiords de Noruega. Diferentes escritores les han concedido la fundación de estaciones remotas, mientras que toda la costa meridional del Mediterráneo estaba ocupada por sus ciudades. Se asegura que una gran parte del territorio africano fué poblado por las razas expulsadas por Josué y los hijos de Israel. En la época en que escribió Procopio existían en la Mauritania Tingitana unas columnas con una inscripción que en caracteres fenicios decía lo siguiente: «Nosotros somos aquellos que han huido ante el bandolero Josué, el hijo de Nun ó Navé».

Algunos suponen que estos atrevidos navegantes de los océanos Artico y Antártico fueron los progenitores de las razas que levantaron los templos y palacios de Palenque y Uxmal, de Copán y de Arica (1). Brasseur de Bourbourg nos aporta muchos datos acerca de los usos y costumbres, arquitectura y artes, y especialmente de la magia y de los magos del antiguo México. Nos dice que Votán, su fabuloso héroe y el más grande de sus magos, al regresar de un largo viaje, visitó al rey Salomón mientras se estaba construyendo el templo. Este Votán parece ser idéntico al temible Quetzco-Cohuatl que figura en todas las leyendas mejicanas. Es bastante curioso que estas leyendas presenten una gran semejanza, al referir los viajes y hazañas de los Hittim, con lo que dice la *Biblia* hebrea acerca de los Hivitas, los descendientes de Heth, hijo de Canaán. La tradición nos dice que Votán «proporcionó á Salomón las cosas de más valor, tales como hombres, animales y plantas, el oro y las maderas preciosas del Occidente», pero que rehusó en absoluto dar indicio alguno tocante al derrotero que había seguido, ó al modo de llegar al misterioso continente. El mismo Salomón da una relación de esta entrevista en su *Historia de las Maravillas del Universo*, figurando el jefe Votán bajo la alegoría de la *Serpiente Navegante*. Stephens, concediendo de antemano «que llegará á descubrirse una clave más segura que la tabla de Rosetta», con la cual podrán leerse los jeroglíficos americanos (2), dice que los descendientes de los Caciques y los súbditos Aztecas viven todavía, según se cree, en las inaccesibles fortalezas de las Cordilleras, «desiertos en los cuales no ha penetrado jamás un hombre blanco... viviendo como vivían sus padres, construyendo los mismos edificios... con adornos de escultura y de yeso; grandes patios y altas torres con largos tramos de escalones, y grabando todavía en tablillas de piedra los mismos jeroglíficos misteriosos». Y añade: «me vuelvo hacia aquella región vasta y desconocida, que no tiene un solo camino que la atraviese, y en donde la imaginación se

(1) No es esta nuestra opinión; fueron probablemente construidos por los Atlantes.

(2) *Incidentes de viaje en la América Central, Chiapas y Yucatán*, vol. II, p. 457.

representa á aquella ciudad misteriosa vista desde la cumbre de las Cordilleras, con sus indómitos habitantes aborígenes, no visitados ni jamás buscados».

Aparte del hecho de que esta ciudad misteriosa ha sido vista desde una gran distancia por atrevidos viajeros, no existe ninguna improbabilidad intrínseca en cuanto á lo que á su existencia se refiere, porque ¿quién puede decir lo que se hizo de aquel pueblo primitivo que huyó ante las hordas rapaces de Cortés y de Pizarro? El Dr. Tschuddi, en su obra sobre el Perú, nos habla de una leyenda india según la cual un convoy de 10.000 llamas cargados de oro para completar el rescate del desgraciado Inca, se detuvo en los Andes al tener noticia de su muerte, y aquel enorme tesoro fué tan bien escondido que ni un solo indicio del mismo ha podido nunca encontrarse. El mencionado autor, así como Prescott y otros escritores, nos dicen que los indios de hoy día conservan sus antiguas tradiciones y su casta sacerdotal, y obedecen implícitamente á las órdenes de jefes escogidos entre ellos mismos, siendo al mismo tiempo católicos nominalmente, y sujetos en la actualidad á las autoridades peruanas. Las ceremonias mágicas practicadas por sus antepasados todavía prevalecen entre ellos, y tienen lugar varios fenómenos mágicos. Tan consecuentes son ellos en su lealtad al pasado, que parece imposible, á menos de estar ellos en relaciones con alguna fuente central de autoridad que constantemente aliente y fortifique su fé, manteniéndola viva. ¿No podría ser que el origen de esta fé imperecedera existiese en esta ciudad misteriosa, con la cual tienen secreta comunicación? ¿O debemos pensar que todo cuanto hemos dicho no es más que otra «curiosa coincidencia?»

La historia de esta ciudad misteriosa fué referida á Stephens por un cura español, en 1838-39. Este sacerdote le juró que la habla visto con sus propios ojos, y dió á Stephens los detalles siguientes, que creyó firmemente el viajero ser ciertos: «El cura de una pequeña aldea situada cerca de las ruinas de Santa Cruz del Quiché habia oído hablar de la ciudad desconocida en el pueblo de Chajul... Entonces él era joven, y con mucho trabajo trepó á la desnuda cima del pico más alto de la sierra de la Cordillera. Una vez llegado á una altura de diez ó doce mil pies, tendió su vista sobre una inmensa llanura que se extendía hacia el Yucatán y el Golfo de México, y vió á mucha distancia una gran ciudad que ocupaba un vasto espacio de terreno, con torrecillas blancas que brillaban al sol. La tradición cuenta que ningún hombre blanco ha llegado todavía á esta ciudad, que sus habitantes hablan el lenguaje Maya, y que, sabiendo que los extranjeros han conquistado su país por completo, matan á todo blanco que intenta penetrar en su territorio. No tienen moneda, ni caballos, ni ganado, ni mulas ú otros animales domésticos, exceptuando las aves, y que tienen á los gallos debajo de tierra á fin de impedir que se oiga su canto».

Casi lo mismo nos dijo personalmente, hará unos veinte años, un anciano sacerdote indigena á quien encontramos en el Perú y con el cual estuvimos en relaciones. Había él pasado toda su vida procurando en vano ocultar su odio hacia los conquistadores, «bandidos», como les llamaba; y como él mismo confesó, mantenía la amistad con ellos y con la religión católica por el bien de su pueblo, pero que en el fondo de su corazón era tan fiel adorador del sol como siempre lo había sido. Había viajado en calidad de indigena *convertido* como misionero, y había estado en Santa Cruz, y, como afirmaba solemnemente, había también visto parte de su pueblo por un «pasadizo subterráneo» que conducía á la misteriosa ciudad. Creímos en su relación porque un hombre que está á punto de morir no suele entretenerse inventando necias historias; y ésta la hemos encontrado confirmada en los *Viajes* de Stephens. Además, conocemos otras dos ciudades completamente desconocidas para los viajeros europeos; no porque los habitantes deseen particularmente permanecer escondidos, puesto que alguna gente de los países búddhicos va algunas veces á visitarlos. Pero sus ciudades no están indicadas en los mapas europeos ni asiáticos; y á causa de los demasiado celosos y emprendedores misioneros cristianos, y quizás por razones más misteriosas que ellos saben, los pocos naturales de otros países que tienen noticia de la existencia de estas dos ciudades, jamás hacen mención de ellas. La naturaleza ha proporcionado extraños rincones y lugares ocultos para sus favoritos; y desgraciadamente, muy lejos de los llamados países civilizados es donde el hombre puede libremente adorar á la divinidad tal como sus padres lo hacían.

Hasta el erudito y grave Max-Muller es á veces incapaz de librarse de las *coincidencias*. Estas se le presentan en la forma de los más inesperados descubrimientos. Estos mejicanos, por ejemplo, cuyo origen misterioso, ateniéndonos á las leyes de probabilidad, no tienen relación alguna con los Arios de la India, sin embargo, al igual que los indios, representan un eclipse de luna «siendo la luna devorada por un dragón» (1). Y aunque el profesor Muller admite que Alejandro de Humboldt sospechaba que habían mediado algunas relaciones históricas entre estos dos pueblos, considerándolas él á su vez como posibles, á pesar de la ocurrencia de un hecho tal, dice: «no necesita ser el resultado de alguna relación histórica. Y como anteriormente hemos sentado, el origen de los aborígenes de América es una muy enojosa cuestión para aquellos que se interesan en el trazado de la filiación y migraciones de los pueblos». No obstante los trabajos de Brasseur de Bourbourg y su esmerada traducción del famoso *Popol-Vuh*, que se pretende fué escrito por Ixtlilxochitl, después de considerar su contenido, el anticuario continúa en la misma obscuridad que antes. Hemos leído el

(1) Max-Muller: *Chips from a German Workshop*, vol. 11, p. 269.

Popol-Vuh en su traducción original y el análisis del mismo hecho por Max-Muller, y hemos visto que de la primera brota una luz de un esplendor tal, que no hay que maravillarse de que como de costumbre los sabios escépticos hayan quedado cegados por ella. Pero hasta donde un autor puede ser juzgado por sus escritos, Max-Muller no es ningún escéptico de mala fé, y, además, muy pocas cosas de verdadera importancia escapan á su atención. ¿Cómo se explica, pues, que un hombre de una tan inmensa y rara erudición, acostumbrado á abarcar con una sola mirada de águila las tradiciones, las costumbres religiosas y supersticiones de un pueblo, descubriendo las más leves analogías y fijándose en los menores detalles, no haya dado ninguna importancia, y quizás ni siquiera sospechado, lo que la humilde autora del presente libro (la cual carece por completo de educación científica y de erudición) comprendió á primera vista? Por muy falaz y desprovista de fundamento que á muchos les parezca esta observación, se nos figura que la ciencia pierde más que gana al despreciar la literatura esotérica antigua y hasta la medioeval, ó más bien lo que de ella queda. Para aquel que se dedica á un estudio semejante, muchas veces una coincidencia es transformada en resultado natural de causas precedentes demostrables. Creemos poder ver la razón de por qué el profesor Muller confiesa que «una que otra vez... uno se figura ver ciertos períodos y algún rayo de luz, pero en la página siguiente todo es un caos otra vez»(1). Puede muy bien ser que este caos resulte mayor aún, por el hecho de que la mayor parte de los sabios, dirigiendo toda su atención á la historia, pasan por alto todo aquello que consideran como «vago, contradictorio, milagroso y absurdo». A pesar de comprender que existía «un fundamento de nobles concepciones que ha sido velado y falseado por el desarrollo posterior de una fantástica falta de sentido», el profesor Muller no puede menos de comparar esta carencia de sentido á los cuentos de *Las Mil y una Noches*.

Muy lejos de nosotros está la ridícula pretensión de criticar á un sabio tan digno de admiración por su saber como Max-Muller. Pero no podemos menos de decir que, hasta en medio de los fantásticos desatinos de *Las Mil y una Noches*, algo se encontraría digno de atención si lo relacionásemos con el desenvolvimiento de alguna verdad histórica. La *Odisea* de Homero sobrepuja en fantasía y en falta de sentido á todos los cuentos de *Las Mil y una Noches* juntos; y á pesar de todo, está probado hoy día que algunos de sus mitos son algo más que la creación de la fantasía del antiguo poeta. Los lestrigones, que devoraron á los compañeros de Ulises, se refieren á la gigantesca raza de caníbales (2) que se dice habitó en los tiempos primitivos las cuevas

(1) Max-Muller: «*Popol-Vuh*», p. 327.

(2) ¿Por qué no á los sacrificios humanos del culto antiguo?

de Noruega. La Geología, con sus descubrimientos, ha comprobado algunas de las aseveraciones de Homero, consideradas durante muchos siglos como puras alucinaciones poéticas. El día perpetuo de que gozaban los lestrigones indica que estos habitaban el Cabo Norte, en donde, durante todo el verano, se disfruta siempre de la luz del día. Los fiords noruegos están perfectamente descritos por Homero en su *Odisea*, X, 110; y la estatura gigantesca de los lestrigones se halla demostrada por los huesos humanos de un tamaño descomunal encontrados en las cavernas situadas cerca de esta región, y que los geólogos suponen haber pertenecido á una raza extinguida mucho antes del periodo de la inmigración Aria. Caribdis, como ya hemos visto, ha sido reconocido en el Maëlstrom, y las Rocas Errantes (1) en los enormes *icebergs* (2) de los mares Articos.

Si la serie de tentativas para la creación del hombre descritas en la *Cosmogonia Quiché* no sugieren ninguna comparación con algunos apócrifos, con los sagrados libros de los judíos y con las teorías kabalísticas de la Creación, es verdaderamente extraño. Hasta el *Libro de Jasher*, condenado como una grosera impostura del siglo doce, puede proporcionar más de una clave para descubrir una relación entre la población de Ur de los kasdeos, en donde florecía el Magismo antes de los días de Abraham, y las de las Américas Central y del Norte. Los seres divinos, «rebajados al nivel de la naturaleza humana,» hacen cosas ó habilidades no menos extrañas ó increíbles que los maravillosos hechos de Moisés y de los magos de Faraón, á la par que muchas de aquellas habilidades son exactamente de la misma naturaleza. Y cuando, por añadidura, encontramos una semejanza tan grande entre ciertos términos kabalísticos comunes á ambos hemisferios, debe haber algo más que una simple casualidad que nos explique esta circunstancia. Muchos de tales hechos tienen evidentemente un parentesco común. La leyenda de los dos hermanos de la América Central que, antes de emprender su viaje á Xibalba, «plantan cada uno de ellos una caña en el centro de la casa de su abuela, para que ella pueda saber, según la caña florezca ó se marchite, si ellos viven ó han muerto» (3), tiene analogía con las creencias de muchos otros países. En los *Cuentos y Tradiciones populares*, de Sacharoff (Rusia), puede encontrarse una narración semejante, y descubrirse esta creencia en otras varias leyendas. Y con todo, estos cuentos de hadas eran cosa corriente en Rusia muchos siglos antes del descubrimiento de la América.

Al reconocer en los dioses de Stonehenge las divinidades de Delfos y de Babilonia, debe uno asombrarse muy poco. Belo y el Dragón,

(1) «Odisen», XII, 71.

(2) Montañas de hielo flotantes en los mares glaciales. (N. del Tr.)

(3) «Chips from a German Workshop», p. 268.

Apolo y Pitón, Osiris y Tifón, todos ellos son uno, bajo nombres diversos, y han viajado en grande y muy lejos. El Both-al de Irlanda indica directamente su primer padre, el Batylos de los griegos, y el Beth-el de Canaán. «La historia—dice H. de la Villemarque,— que no tomó notas en estas épocas distantes, puede alegar ignorancia, pero la ciencia de las lenguas afirma. La filología, con una probabilidad que va creciendo de día en día, ha soldado otra vez la cadena completamente rota entre el Oriente y el Occidente» (1).

No es más notable el descubrimiento de un parecido semejante entre los mitos orientales y las antiguas leyendas y tradiciones rusas, porque es sumamente natural buscar una similitud entre las creencias de las familias Aria y Semítica. Pero cuando descubrimos una identidad casi perfecta entre el carácter de Zarevna Militrisa, que tiene una luna en su frente, y que está en continuo peligro de ser devorado por *Zmey Gorenetch* (la serpiente ó dragón), que desempeña un papel tan importante en todos los cuentos populares rusos, y otros personajes análogos de las leyendas mejicanas—incluyendo hasta los detalles más minuciosos,—bien podemos detenernos un momento y preguntarnos si no debe haber en esto algo más que una simple coincidencia.

Esta tradición del Dragón y del Sol —algunas veces reemplazado por la Luna— ha despertado ecos en los lugares más remotos del mundo. Puede ser muy bien considerada como la única religión heliolátrica universal. Hubo un tiempo en que el Asia, Europa, Africa y América estaban cuajados de templos consagrados al sol y al dragón. Los sacerdotes asumían los nombres de sus deidades, y así es que la tradición de las mismas se extendió á manera de una red por todo el globo. «Estando Belo y el Dragón siempre asociados, y llevando siempre el sacerdote de la religión Ofita el nombre de su dios» (2). Pero, con todo, «si el concepto original es natural é inteligible... y su existencia no ha de ser forzosamente el resultado de un comercio histórico», como supone el profesor Müller, los detalles son tan extraordinariamente semejantes que no podemos darnos por satisfechos más que con la solución completa del enigma. Estando perdido en la noche de los tiempos el origen de este culto simbólico universal, sería mucho más fácil para nosotros el llegar á la verdad siguiendo estas tradiciones hasta su misma fuente. Pero ¿en dónde se halla ésta? Kircher atribuye el origen del culto ofita y heliolátrico, y el de la forma cónica de los monumentos y obeliscos, al egipcio Hermes Trismegisto (3). ¿En dónde, pues, como no sea en los libros

(1) Villemarque, miembro del Instituto, vol. LX; «*Collect et nouvelle Série*,» 24, p. 570, 1863; «*Poesie des Cloitres Celtiques*».

(2) *Archæol.*, vol. XXV, p. 220. Londres.

(3) *Archæol.*, vol. XXV, p. 292. Londres.

Herméticos, tendremos que buscar para adquirir los datos que deseamos? ¿Es probable que los autores modernos puedan saber más, ó tanto, acerca de los antiguos mitos y cultos, como los hombres que los enseñaban á sus contemporáneos? Evidentemente, dos cosas son necesarias: primero, encontrar los libros perdidos de Hermes; y segundo, la clave para *comprenderlos*, puesto que no basta leerlos. Faltando estas dos condiciones, nuestros sabios se encuentran abandonados á especulaciones estériles, así como por un motivo semejante gastan los geógrafos sus energías en vanas investigaciones acerca de las fuentes del Nilo. Verdaderamente, el Egipto es otra mansión del misterio.

Sin detenernos á discutir si Hermes fué el «Príncipe de la mágia postdiluviana», como des Mousseaux le llama, ó de la antediluviana, lo cual es mucho más probable, una cosa resulta cierta, y es que la autenticidad, fidelidad y utilidad de los *Libros de Hermes*, ó mejor dicho, de los restos de las treinta y seis obras atribuidas al mago egipcio, están plenamente reconocidos por Champollión el joven y corroborados por Champollión-Figeac, que hace mención de ellos. Ahora bien, si, examinando atentamente las obras kabalísticas, que proceden todas ellas de aquel almacén universal de sabiduría esotérica, encontramos los facsímiles de muchos de los llamados milagros llevados á cabo por medio del arte mágico, igualmente reproducidos por los Quichés; y si del mismo modo, en los fragmentos conservados del *Popol Vuh* original existen pruebas suficientes de que las costumbres religiosas de los Mexicanos, Peruanos y otras razas de América son casi idénticas á las de los antiguos Fenicios, Babilonios y Egipcios; y si además descubrimos que muchos de sus términos religiosos tienen el mismo origen etimológico; ¿cómo podemos dejar de creer que ellos son los descendientes de aquellos cuyos antepasados «huyeron ante el bandido Josué, hijo de Nun?». «Núñez de la Vega dice que Nin, ó Imos, de los Tzendales, era el Nino de los Babilonios» (1).

Es posible que hasta aquí esto sea una coincidencia, por cuanto la identificación del uno con el otro se funda sobre un argumento de poca importancia. «Pero es sabido — añade Bourbourg — que este Príncipe, y según otros, su padre, Belo ó Baal, recibió, como el Nin de los Tzendales, los homenajes de sus vasallos bajo la forma de una serpiente». Esta última aserción, aparte de lo que tiene de fantástica, no se halla corroborada en los archivos babilónicos. Es muy cierto que los Fenicios representaban al sol bajo la figura de un dragón; pero lo mismo hacían todos los demás pueblos que simbolizaban á sus dioses solares. Belo, el primer rey de la dinastía asiria, fué, según

(1) Brasseur de Bourbourg: *Cartas*, p. 52.

Castor, y Eusebio, que le cita, divinizado, ó lo que es lo mismo, colocado entre los dioses únicamente «después de su muerte». De modo que ni él ni su hijo, Nino ó Nin, pueden haber recibido á sus vasallos bajo la figura de una serpiente, sea lo que fuere lo que los Tzendales hiciesen. Belo, según los cristianos, es Baal; y Baal es el diablo, desde el momento en que los profetas de la Biblia empezaron á designar así á cada una de las divinidades de sus vecinos; por lo tanto, Belo, Nino y el Nin mejicano son serpientes ó demonios; y como el diablo, ó padre del mal, es uno mismo bajo muchas formas, por consiguiente, bajo cualquier nombre con que la serpiente aparezca, es el Demonio. ¡Extraña lógica! ¿Por qué no decir que Nino el Asirio, presentado como marido y víctima de la ambiciosa Semíramis, era sumo sacerdote á la vez que rey de aquel país, y que como tal, llevaba en su tiara los sagrados emblemas del dragón y del sol? Además, como el sacerdote generalmente tomaba el nombre de su dios, se dice que Nino era para sus súbditos la representación de este dios-serpiente. La idea es eminentemente católico-romana, y tiene muy escasa importancia, lo mismo que todas sus demas invenciones. Si Núñez de la Vega tenía tanto anhelo por establecer una filiación entre los Mexicanos y los bíblicos adoradores del sol y de la serpiente, ¿por qué no mostraba otra y mejor similitud entre ellos, sin encajar á los Ninivitas y á los Tzendales las pezuñas y los cuernos del Diablo cristiano?

Y para empezar, podía él dirigirse á las *crónicas* de Fuentes, del reino de Guatemala, y al manuscrito de don Juan Torres, nieto del último rey de los Quichés. Este documento, que se dice haber estado en poder del teniente-general nombrado por Pedro de Alvarado, manifiesta que los mismos Toltecas descendían de la casa de Israel, los cuales fueron abandonados por Moisés, y que, después de haber pasado el Mar Rojo, cayeron en la idolatría. Después de esto, habiéndose separado de sus compañeros, y guiados por un jefe llamado Tanub, anduvieron errantes, y pasando de un continente al otro, llegaron á un punto denominado las Siete Cavernas, en el reino de México, en donde fundaron la famosa ciudad de Tula, etc. (1)

Si esta declaración no ha obtenido nunca más crédito del que merece, se debe sencillamente al hecho de haber pasado por las manos del padre Francisco Vázquez, historiador de la Orden de San Francisco, y esta circunstancia, usando la expresión empleada por des Mousseaux á propósito de la obra del infeliz y exonerado abate Huc, «no es la más adecuada para robustecer nuestra confianza». Pero hay otra circunstancia tan importante, si no más, por cuanto parece haberse librado de ser falsificada por los celosos curas católicos, y que se apoya prin-

(1) Véase Stephens: *Viajes por la América Central*, etc.

principalmente en la tradición india. Un famoso rey Tolteca, cuyo nombre anda mezclado con las mágicas leyendas de Uatatlán, la arruinada capital del gran reino Indio, lleva el bíblico nombre de Balam-Acán; siendo el primer nombre eminentemente caldeo, y recordando inmediatamente á Balaam y su burra dotada de voz humana. Además de la declaración de lord Kingsborough, que encontró una tan sorprendente semejanza entre el lenguaje de los Aztecas (la lengua madre) y el Hebreo, muchas de las figuras de los bajo-relieves de Palenque y los ídolos de barro cocido exhumados en Santa Cruz del Quiché llevan en sus cabezas unas cintillas con una protuberancia cuadrada en las mismas, en medio de la frente, muy parecidas á las *philacterias* usadas por los antiguos fariseos hebreos, durante sus oraciones, y aun hoy día, por algunos devotos, especialmente los judíos de Polonia y Rusia. Pero como esto podría, después de todo, no ser más que un efecto de nuestra imaginación, no insistiremos en los detalles.

Gracias al testimonio de los antiguos, confirmado por los descubrimientos modernos, sabemos que existían numerosas catacumbas en Egipto y en Caldea, siendo algunas de ellas de muy vasta extensión. Las más famosas eran las criptas subterráneas de Thebas y de Menfis. Las primeras, empezando en la orilla occidental del Nilo, se extendían en dirección del desierto de Libia, y eran conocidas con el nombre de pasadizos ó catacumbas de la *Serpiente*. Allí era donde se verificaban los sagrados Misterios del *kúklos ànágkés*, el «Ciclo Inevitable», más conocido generalmente con el nombre de «circulo de necesidad», la inexorable sentencia impuesta á cada alma después de la muerte corporal, y en cuanto habla sido juzgada en la región del Amenti.

En la obra de Bourbourg, Votán, el semi-dios mexicano, relatando su expedición, describe un pasaje subterráneo que se extendía por debajo de tierra y terminaba en la raíz de los cielos, añadiendo que este pasadizo es un agujero de culebra, «*ahugero de colubra*»; y que él fué admitido en el mismo porque era «un hijo de las culebras», ó una serpiente (1).

Esto es verdaderamente muy significativo, porque su descripción del *agujero de culebra* es la de la antigua cripta egipcia, como se ha mencionado anteriormente. Los hierofantes, además, tanto de Egipto como de Babilonia, se llamaban á sí mismos «Hijos del Dios Serpiente» ó «Hijos del Dragón»; no porque — como des Mousseaux quisiera hacer creer á sus lectores — fuesen la progenie de Satán-incubo, la antigua serpiente del Edén, sino porque, en los Misterios, la serpiente era el símbolo de la SABIDURÍA y de la inmortalidad; «los sacerdotes asirios llevaban siempre el nombre de su dios», dice Movers (2). Los Druidas

(1) «*Cartas*», 53, 7-62.

(2) «*Die Phonizien*», 70.

de las regiones Celto-británicas se llamaban asimismo culebras. «Yo soy una Serpiente, yo soy un Druida», exclamaban. El Karnak egipcio es hermano gemelo del Carnac de Bretaña, significando este segundo Carnac la montaña de la serpiente. Los Dracontos cubrieron en otro tiempo la supercie del globo, y sus templos estaban consagrados al dragón, únicamente porque era el símbolo del sol, el cual, á su vez, era el símbolo del dios supremo, el fenicio Elon ó Elíon, á quien Abraham reconoció como El-Elíon (1). Además del nombre de serpientes, eran llamados los «constructores», los «arquitectos»; porque sus templos y monumentos eran de una grandeza tan inmensa que hasta hoy día sus pulverizados restos «asustan los cálculos matemáticos de nuestros ingenieros modernos», dice Taliesin (2).

Bourbourg indica que los jefes del nombre de Votán, el Quetzco-Cohuatl, ó dios serpiente de los mexicanos, son descendientes de Cam y Canaán. «Yo soy Hivim», ellos declan. «Siendo un Hivim, pertenezco á la gran raza del Dragón (serpiente). Yo mismo soy una serpiente, porque soy un Hivim» (3). Y des Mousseaux, regocijándose porque ingenuamente cree en la serpiente, ó más bien en el rastro del diablo, se apresura á decir: «Según los más ilustrados comentadores de nuestros libros sagrados, los Chivim, ó Hivim ó *Hevitas* descienden de Heth, hijo de Canaán, hijo de Cam... *el maldito!*» (4).

Pero las investigaciones modernas han demostrado del modo más evidente que toda la tabla genealógica del décimo capítulo del *Génesis* se refiere á héroes imaginarios, y que los versículos que figuran al final del noveno son algo más que un fragmento de alegoría caldea de Sisuthrus y del diluvio mítico, compilados y arreglados para ajustarse á la relación Noética. Pero supongamos que los descendientes de estos Canaanitas, «los malditos», se consideren ofendidos por ese inmerecido ultraje. Facilísimo sería para ellos el trocar los papeles, y contestar á este insulto, fundado en una *fábula*, con un *hecho* probado por los arqueólogos y simbologistas, ó sea que Seth, tercer hijo de Adán, y de quien desciende todo Israel, antecesor de Noé y progenitor del «pueblo escogido», no es más que Hermes, el dios de la sabiduría, llamado también Thoth, Tat, Seth, Set y *Sat-an*; y que él era además, cuando se le consideraba bajo su mal aspecto, Tifón, el Satán egipcio, el cual era también *Set*. Para el pueblo judío, de cuyos hombres ilustrados solamente Filón y el historiador Josefo consideran á los libros Mosaicos como algo más que una alegoría, un descubrimiento semejante tiene poquísima importancia. Pero para los cristianos, que, como des Mous-

(1) Véase Sanchoniaton en «Eusebio», Pr. Ev. 36; «Génesis» XIV.

(2) «Sociedad Arqueológica de los Anticuarios de Londres», vol. XXV, p. 220.

(3) «Cartas», 51.

(4) «Hauts Phénomènes de la Magie», 50.

seaux, irreflexivamente aceptan las narraciones de la *Biblia* al pie de la letra, el caso es muy distinto.

Hasta donde alcanza la filiación, estamos de acuerdo con este piadoso escritor; y cada día estamos más seguros de que algunos de los pueblos de la América Central serán considerados como descendientes de los fenicios y de los israelitas Mosaicos, como lo estamos de que se probará que estos últimos se habían aferrado tan tenazmente á la misma idolatría—si idolatría puede llamarse—del culto del sol y de la serpiente, como los mejicanos. Existe la evidencia—evidencia bíblica—de que dos de los hijos de Jacob, Levi y Dan, lo mismo que Judá, se casaron con mujeres canaanitas, y aceptaron la religión de sus esposas. Como es natural, todo cristiano protestará de ello, pero la prueba puede encontrarse hasta en la *Biblia* traducida y mutilada tal como hoyse halla. El moribundo Jacob así describe á sus hijos: «Dan—dice—será una *serpiente* junto al camino, una *víbora* junto al sendero, que muerde los talones de los caballos haciendo caer por detrás á su jinete... Yo he esperado tu salvación, oh Señor». De Simeón y Levi, el patriarca (ó Israel), hace notar que ellos... «*son* hermanos; instrumentos de crueldad son en sus habitaciones. Oh, alma mía, no penetres en *su secreto*, ni se junte en *su compañía*»(1). Ahora bien, en el original, las palabras «su secreto» se leen: su SOD (2), y Sod era, durante los grandes Misterios, el nombre de Baal, Adonis y Baco, que eran todos ellos dioses solares y tenían serpientes por símbolos. Los kabalistas explican la alegoría de las serpientes de fuego diciendo que este era el nombre dado á la tribu de Levi; á todos los *Levitas*, en una palabra, y que Moisés era el jefe de los *Sodales* (3). Y esta es la ocasión de probar nuestros asertos.

Moisés es mencionado por varios historiadores antiguos como un sacerdote egipcio. Manethón dice que era un hierofante de Hierópolis y un sacerdote del dios-sol Osiris, y que su nombre era Osarsiph. Aquellos modernos que aceptan como un hecho el que «estaba instruido en toda la sabiduría» de los egipcios, deben también someterse á la legítima interpretación de la palabra sabiduría, la cual era en todo el mundo considerada como sinónima de *iniciación* en los sagrados misterios de

(1) *Génesis*, XLIX.

(2) Dunlap, en su introducción á «*Sod, los Misterios de Adonis*», explica la palabra «Sod» como *Arcanum*; misterio religioso, ateniéndonos á la autoridad del «*Penteglott*» de Shindler (1201). «El SECRETO del Señor está con aquellos que Le temen», dice el Salmo XXV, 14. Esto es una falsa traducción de los cristianos, porque debería leerse «Sod Ihoj (los misterios de Ihoj) son para aquellos que Le temen» (Dunlap: «*Misterios de Adonis*», XI). «Al (El) es terrible en el gran Sod de los *Kedeshim* (los sacerdotes, los santos, los *Iniciados*), Salmo LXXXIX, 7» (Idem).

(3) «Los miembros de los *Colegios Sacerdotales* eran llamados *Sodales*», dice el «*Lexicon Latino*» de Freund (IV, 448). «LAS SODALIDADES estaban constituidas en los Misterios Idreanos de la PODEROSA MADRE», escribe Cicerón (*De Senectute*, 13); Dunlap: «*Misterios de Adonis*».

los *Magos*. ¿No se le ha ocurrido alguna vez al lector de la Biblia la idea de que un extranjero nacido y llevado á un país que no era el suyo no podía en modo alguno haber sido admitido, no diremos á la iniciación final, el más grande de todos los misterios, sino que ni siquiera á participar de los conocimientos del sacerdocio menor, aquellos que correspondían á los misterios *menores*? En el *Génesis* XLIII, 32, leemos que ningún egipcio podía sentarse á comer pan con los hermanos de José, «porque esto era una abominación entre los egipcios». Sino que los egipcios comían con él (José) aparte. Esto prueba dos cosas: 1.^a que José, fuese lo que fuese interiormente, había, por lo menos en apariencia, cambiado de religión, habíase casado con la hija de un sacerdote de una nación «idólatra» y convertido en un egipcio; de lo contrario, los naturales no hubieran consentido en comer pan con él; y 2.^a, que posteriormente Moisés, si no era egipcio por nacimiento, pasó á serlo por el hecho de ser admitido en el sacerdocio, y por lo tanto era un SODAL. Como una inducción, la narración de la «serpiente de bronce» (el caduceo de Mercurio ó Asclepios, hijo del dios-solar Apolo-Pitón) resulta natural y lógica. Debemos tener presente que la hija de Faraón, que salvó á Moisés y le adoptó, es llamada por Josefo *Thermuthis*; y este nombre, según Wilkinson, es el del *áspid* consagrado á Isis (1); además, también se dice que Moisés descendía de la tribu de *Levi*. Explicaremos más extensamente, en el tomo II, las ideas kabalísticas relativas á los libros de Moisés y á este mismo gran profeta.

Si Brasseur de Bourbourg y el caballero des Mousseaux tenían tanto empeño en encontrar la identidad de los Mexicanos con los Canaanitas, podían haber hallado pruebas mucho mejores y de más peso que las de presentar á ambos pueblos como los «maldecidos» descendientes de Cam. Por ejemplo, podían ellos haber indicado á Nargal, jefe de los Magos caldeos y asirios (Rab-Mag), y á Nagal, hechicero principal de los indios mejicanos. Ambos derivan sus nombres de Nergal-Sarezzer, el dios asirio, y ambos poseen las mismas facultades ó poderes de tener un *dæmon* servidor, con el cual se identifican ellos por completo. El Nargal caldeo y asirio guarda su demonio dentro del templo, en forma de algún animal considerado como sagrado; el Nagal indio guarda el suyo en donde puede, en el lago vecino, en el bosque ó en la casa, bajo la forma de un animal doméstico (2).

Vemos al *Mundo Católico* quejarse amargamente, en uno de sus últimos números, de que el elemento pagano de los habitantes aborígenes de América no parece estar completamente muerto en los Estados Unidos. Hasta en las tribus que desde hace muchos años están bajo la dirección de los instructores cristianos, practícanse en secreto

(1) Véase Wilkinson: *Antiguos Egipcios*, vol. V, p. 65.

(2) Brasseur de Bourbourg: *México*, pp. 135-574.

los ritos paganos, y el cripto-paganismo ó *nagualismo* florece hoy lo mismo que en los días de Moctezuma. Dice el referido periódico: «El Nagualismo y el culto voodoo—como denomina á estas dos extrañas sectas—son el *culto directo del diablo*. Un informe dirigido á las Cortes en 1812, por D. Pedro Bautista Pino, dice: ‘Todos los pueblos tienen sus *artufas*—así llaman los indígenas á unos departamentos subterráneos con una sola puerta, en donde se reúnen para celebrar sus fiestas y sesiones. Son éstos unos templos impenetrables... y las puertas están siempre cerradas para los españoles.

»‘Todos estos pueblos, á pesar del influjo que la religión tiene sobre los mismos, no pueden olvidar una parte de las creencias que les han sido transmitidas, y que se encargan cuidadosamente de transferir á sus descendientes. De ahí viene la adoración que rinden al sol, á la luna y á otros cuerpos celestes, el respeto que tienen al fuego, etc.

»‘Los jefes del pueblo parecen ser al mismo tiempo sacerdotes; ejecutan varios ritos sencillos, por medio de los cuales se reconoce el poder del sol y de Moctezuma, así como el poder (según algunos relatos) de la Gran Serpiente, á la cual, por orden de Moctezuma, tienen que dirigirse por la vida. También offician en ciertas ceremonias en las cuales piden la lluvia. Existen representaciones pintadas de la Gran Serpiente, juntamente con la de un hombre deforme y con pelo rojo, que figura Moctezuma. En el pueblo de Laguna, en el año 1845, existía todavía una grosera efigie ó idolo de este último, pretendiendo en apariencia representar únicamente la cabeza de la deidad’»(1).

La perfecta identidad de los ritos, ceremonias, tradiciones y hasta de los nombres de las divinidades entre los mexicanos, y los antiguos babilonios y los egipcios, son pruebas suficientes de que la América del Sud fué poblada por una colonia que misteriosamente encontró su camino al través del Atlántico. ¿Cuándo? ¿En qué periodo? La historia en este punto está silenciosa; pero aquellos que consideran que no existe ninguna tradición, santificada por los siglos, sin cierto sedimento de verdad en el fondo de la misma, creen en la leyenda de *Atlantis*. Existen esparcidos por todo el mundo un puñado de sabios pensadores y solitarios que pasan su vida en la obscuridad, lejos del bullicio mundano, estudiando los grandes problemas de los universos físico y espiritual. Tienen sus archivos secretos, en los cuales se conservan los frutos de los trabajos escolásticos de una larga serie de reclusos, de quienes ellos son los sucesores. El saber de sus primitivos antecesores, los sabios de la India, Babilonia, Ninive y de la Thebas imperial; las leyendas y tradiciones comentadas por los maestros de Solón, Pitágoras y Platón, en los patios de mármol de Heliópolis y de Sais; tradiciones que, en sus días, ya brillaban muy débilmente al través del velo

(1) «*El Mundo Católico*», N. Y., Enero, 1877, Artículo *Nagualismo, Voodooismo, etc.*

nebuloso del pasado; todo esto y mucho más está registrado en pergaminos indestructibles, y se ha transmitido con celoso cuidado de un adepto á otro. Estos hombres creen que la historia de la Atlántida no es ninguna fábula, y sostienen que, en diferentes épocas del pasado, inmensas islas y hasta continentes existían allí donde ahora no hay más que una vasta extensión de aguas. En aquellos sumergidos templos y bibliotecas encontraría el arqueólogo, si pudiese examinarlos, los materiales para llenar todas las páginas en blanco existentes en lo que ahora nos *imaginamos* que es *historia*. Dícese que, en una época remota, podía un viajero atravesar lo que es ahora el Océano Atlántico casi á pie firme en toda su extensión, cruzando en botes los angostos estrechos que separaban unas islas de otras.

Nuestras sospechas respecto de las relaciones mantenidas entre las razas de uno y otro lado del Atlántico se robustecen al leer las maravillas ejecutadas por Quetzco-Cohualt, el mago mejicano. Su vara debe estar íntimamente relacionada con la tradicional varilla de zafiro de Moisés, la cual floreció en el jardín de Raguel-Jethro, su suegro, y sobre la cual estaba grabado el nombre inefable. Los «cuatro hombres», descritos como los cuatro verdaderos antecesores de la raza humana, «que no fueron engendrados por los dioses ni nacieron de mujer», sino que su creación fué una maravilla obrada por el Creador», y que fueron hechos después de haber fracasado tres tentativas distintas para producir hombres, presenta igualmente algunos notables puntos de semejanza con las explicaciones esotéricas de los Herméticos (1); es innegable que ellos traen á la memoria los cuatro hijos de Dios de la teogonía egipcia. Además, como cualquiera puede inferirlo, la semejanza de este mito con la narración del *Génesis* resultará evidente hasta para un observador superficial. Estos cuatro antecesores «podían raciocinar y hablar, su vista era ilimitada, sabían todas las cosas á un tiempo» (2). Cuando hubieron dado gracias al Creador por su existencia, *los dioses se atemorizaron*, y soplaron una nube sobre los ojos de los hombres, á fin de que sólo pudiesen ver á cierta distancia, y no pudiesen ser *semejantes á los mismos dioses*. Esto está directamente relacionado con la sentencia del *Génesis*: «He aquí que *el hombre ha llegado á ser como uno de nosotros*, y á conocer el bien y el mal; y ahora, para que no alargue su mano y coja también del árbol de la vida», etc. Luego encontramos, además: «Mientras *ellos estaban dormidos*, Dios les dió esposas», etc.

No tenemos la menor intención de sugerir irrespetuosamente ideas

(1) En «Hesiodo», Zeus crea su *tercera* raza de hombres de las cenizas de árboles. En el «Popol-Vuh», se nos dice que la *tercera* raza de hombres fué creada del árbol *tzite*, y que las mujeres fueron hechas de la médula de una caña llamada *sibac*. También es esto una extraña coincidencia.

(2) *Popol-Vuh*, revisado por Max-Muller.

á aquellos que son bastante sabios para no necesitar indicación alguna. Pero debemos tener presente que los tratados auténticos sobre la antigua magia de la ciencia caldea y egipcia no están desparramados en las bibliotecas públicas ni en las tiendas de libreros. Que tales tratados existen es, sin embargo, un hecho para muchos estudiantes de la filosofía arcana. ¿No es de la mayor importancia para todo anticuario el conocer siquiera superficialmente su contenido? «Los cuatro antecesores de la raza—añade Max-Muller—gozaron, al parecer, de una larga vida, y cuando por fin iban á morir, desaparecieron de un modo misterioso, dejando á sus hijos lo que se conoce con el nombre de *majestad oculta*, la cual no puede nunca ser abierta por manos humanas. Lo que era no lo sabemos».

Si no existe ninguna relación entre esta *majestad oculta* y la *gloria oculta* de la kábala caldea, la cual se nos dice dejó Enoch tras de sí cuando fué arrebatado de una manera tan misteriosa, debemos negar por completo toda evidencia circunstancial. Pero no es sencillamente posible que estos «cuatro antecesores» de la raza Quiché simbolizen en su sentido esotérico los cuatro sucesivos progenitores de hombres, mencionados en el *Génesis* (I, II, y VI)? En el primer capítulo, el primer hombre es bi-sexual, «los creó macho y hembra», lo cual corresponde á las deidades hermafroditas de las mitologías subsiguientes; el segundo, Adán, formado del «polvo de la tierra», es unisexual y corresponde á los «hijos de Dios» del capítulo VI; el tercero, los gigantes, ó *nephilim*, que la Biblia no hace más que indicar, pero que en otras partes se habla de ellos extensamente; el cuarto, los padres de los hombres «cuyas hijas eran hermosas».

Tomando los hechos admitidos de que los mejicanos habían tenido sus magos desde los tiempos más remotos; que la misma observación se aplica á todas las antiguas religiones del mundo; que un extraordinario parecido se destaca no sólo en las formas externas de su culto ceremonial, sino que también en los mismos nombres empleados para designar ciertos utensilios mágicos; y por último, que todas las demás claves, de acuerdo con las deducciones científicas, no han dado ningún resultado (algunas porque han sido tragadas por el insondable abismo de las coincidencias), ¿por qué no hemos de dirigirnos á las grandes autoridades en magia, y ver si debajo de esta «excrecencia de fantásticas faltas de sentido» existe quizás un fondo de verdad? Sentiríamos que se nos interpretase mal en este punto. No remitimos á los sabios á la *Kábala* y á los libros Herméticos para estudiar la magia, sino á las autoridades en magia á fin de descubrir materiales para la historia y la ciencia. No tenemos el menor deseo de incurrir en las furiosas denuncias de la Academia por una indiscreción como la del pobre des Mousseaux cuando pretendió obligarla á leer su demonológica Memoria y hacer investigaciones acerca del Diablo.

La *Historia de Bernal Diaz de Castilla*, compañero de Cortés, nos da alguna idea del extraordinario refinamiento y de la inteligencia de los pueblos por ellos conquistados; pero las descripciones son demasiado extensas para ser insertadas aquí. Baste decir que los Aztecas parecían tener más de un punto de semejanza con los antiguos egipcios en materia de civilización y de refinamiento. En ambos pueblos, la magia ó la secreta filosofía natural era cultivada hasta el grado más superlativo. Añádase á esto que Grecia, la «última cuna de las artes y ciencias», y la India, cuna de las religiones, estaban y están todavía consagradas á su estudio y práctica, y ¿quién se atreverá á negar su dignidad como estudio y su profundidad como ciencia?

No ha existido ni puede existir más que una religión universal, porque la verdad en lo concerniente á Dios no puede ser más que una. A manera de una cadena inmensa cuyo extremo superior, el alpha, está emanando invisiblemente de una Deidad (en *statu abscondito* en cada teología primitiva), circunda á nuestro globo en todos sentidos; no deja por visitar ni el más oscuro rincón antes de que el otro extremo, la omega, vuelve atrás en su camino, para ser de nuevo recibida en donde emanó primeramente. En esta cadena divina, está engarzado el simbolismo exotérico de cada pueblo. La variedad de sus formas es impotente para afectar su substancia, y bajo sus diversos tipos ideales del universo material, simbolizando sus principios vivificantes, la imagen incorruptible é inmaterial del espíritu del ser que los guía es la misma.

Hasta donde la humana inteligencia puede alcanzar en la interpretación del universo espiritual, sus leyes y poderes, la última palabra ha sido pronunciada hace muchos siglos; y, si las *ideas* de Platón pueden ser simplificadas con objeto de hacerlas más comprensibles, el espíritu de su substancia no podrá ser ni alterado ni removido sin daño material de la verdad. Por más que los cerebros humanos se sometan á continuas torturas durante miles y miles de años; por más que la teología embrolle la fé y haga con ella una especie de pantomima, obligando á aceptar unos dogmas incomprensibles en metafísica; y por más que la ciencia fomente el escepticismo, derribando los vacilantes restos de la intuición espiritual de la humanidad, y demostrando á su manera su falibilidad; la verdad eterna no podrá jamás ser destruida. Encontramos su última expresión posible en nuestro lenguaje humano en el Logos persa, el *Honover*, ó la viviente y *manifestada* Palabra de Dios. El *Enoch-Verihe* Zoroastriano es idéntico al «Yo soy» de los judíos; y el «Gran Espíritu» de los pobres y desamparados indos es el Brahmâ manifestado del filósofo indio. Uno de estos últimos, Tcharaká, médico indio que según se dice vivió 5.000 años antes de Cristo, en su tratado sobre el origen de las cosas, llamado *Usa*, se expresa en las siguientes hermosas palabras: «Nuestra tierra es, como todos los cuerpos luminosos que nos rodean, uno de los átomos del

inmenso Todo del cual damos una ligera idea llamándole lo Infinito.

•No hay más que una luz, y no hay más que una sola obscuridad•, dice un proverbio siamés. *Dæmon est Deus inversus*, el Diablo es la sombra de Dios, sienta el universal axioma kabalístico. ¿Podía la luz existir si no fuera por las tinieblas primitivas? ¿Y el radiante universo solar no tendió por primera vez sus brazos infantiles desde sus pañales de tenebroso y triste caos? Si la cristiana *«plenitud de Aquél que todo lo llena en todo»* es una revelación, debemos entonces admitir que, si existe un diablo, éste debe ser incluido en esta *plenitud*, y ser una parte de lo que *«todo lo llena en todo»*. Desde tiempo inmemorial se ha intentado la justificación de la Deidad y su separación del mal existente, y este objeto lo ha conseguido la antigua filosofía oriental con la fundación del *theodike*; pero sus opiniones metafísicas acerca del *espíritu caído* no han sido jamás desfiguradas por la creación de una antropomórfica personalidad del Diablo, como hicieron posteriormente las lumbreras de la teología cristiana. Un enemigo personal que está en pugna con la Deidad, y la impide progresar en su camino hacia la perfección, debe buscarse únicamente en la tierra en el seno de la humanidad, no en los cielos.

Así es que todos los monumentos religiosos de la antigüedad, en cualquier país ó clima que sea, son la expresión idéntica de los mismos pensamientos, cuya clave se halla en la doctrina esotérica. Inútil sería, sin estudiar esta última, pretender descubrir los misterios ocultos durante siglos en los templos y ruinas de Egipto y de Asiria, ó los de la América Central, Colombia Británica y del Nagkon-Wat de Cambodge. Si cada uno de estos fué construído por una nación distinta, y ninguna de estas naciones habla estado en comunicación con las otras durante siglos, es igualmente cierto que todos aquellos fueron proyectados y construídos bajo la inmediata dirección de los sacerdotes. Y el clero de cada nación, aun cuando practicase ritos y ceremonias que podían exteriormente ser muy distintos, había sido evidentemente iniciado en los mismos misterios tradicionales que eran enseñados en todo el mundo.

Con el objeto de establecer una comparación mejor entre las muestras de arquitectura prehistórica que pueden encontrarse en los más opuestos puntos del globo, tan sólo tenemos que referirnos á las grandiosas ruinas indias de Ellora, en el Dekkán, al mejicano Chichen-Itza, en el Yucatán, y á las todavía más grandiosas ruinas de Copán, en Guatemala. Presentan unos rasgos tan parecidos que parece imposible que uno no se convezca de que tales monumentos fueron construídos por unos pueblos alentados por las mismas ideas religiosas, y que habían alcanzado un idéntico nivel de la más elevada civilización en las artes y ciencias.

No existe quizás en toda la superficie del globo una más imponente

masa de ruinas que Nagkon-Wat, la maravilla y confusión de los arqueólogos europeos que se aventuran por el interior de Siam. Y cuando decimos ruinas, la expresión no es muy correcta, porque en ninguna parte existen edificios de tan tremenda antigüedad que se encuentren en mejor estado de conservación que Nagkon-Wat, y las ruinas del gran templo de Angkorthôm.

Oculto muy al interior de la provincia de Siamrap—Siam Oriental—en medio de la vegetación tropical más frondosa, rodeado de bosques casi impenetrables de palmeras, cocoteros y beteles, «el aspecto general del maravilloso templo es tan bello y romántico como sorprendente y grandioso», dice Mr. Vincent, un viajero reciente (1). Nosotros, los que tenemos la fortuna de vivir en el siglo diez y nueve, estamos acostumbrados á hacer alarde de la perfección y superioridad de nuestra civilización moderna, de la grandeza de nuestros adelantos en las ciencias, artes, literatura y otras materias, al compararnos con aquellos á quienes llamamos antiguos; pero, á pesar de todo, nos vemos obligados á admitir que ellos sobrepusieron mucho nuestras recientes empresas en numerosos sentidos, y especialmente en las bellas artes, como la pintura, arquitectura y escultura. Acabamos de contemplar un asombroso ejemplar de la dos últimas, porque en estilo, belleza arquitectónica, solidez de construcción y magnificencia en tallados y esculturas, el gran Nagkon-Wat no tiene superior, ni seguramente tiene hoy día ningún rival. La primera impresión de dichas ruinas es aplastante.

Así vemos que la opinión de otro viajero viene á añadirse á la de otros muchos que le han precedido, habiendo entre ellos arqueólogos y otros críticos competentes, que han creído que las ruinas del antiguo esplendor egipcio no merecen elogios más calurosos que Nagkon-Wat.

Si guiendo nuestro sistema, dejaremos que otros críticos más imparciales que nosotros mismos hagan la descripción del monumento, pues de no ser así, tratándose de una obra que de intento está dedicada á la vindicación de los antiguos, podría ser sospechoso el testimonio de un defensor tan entusiasta como su autora. Hemos visto, sin embargo, Nagkon-Wat en circunstancias excepcionalmente favorables, y podemos, por lo tanto, dar fé de la general exactitud de la descripción de Mr. Vincent. Dice:

«Entramos en una inmensa calzada, cuyos peldaños estaban flanqueados por seis enormes grifos, esculpido cada uno de ellos en un solo bloque. La calzada tiene... 725 pies de longitud, y su pavimento está formado de piedras, cada una de las cuales mide cuatro pies de longitud por dos de anchura. A cada uno de los lados se ven lagos artificiales alimentados por fuentes, ocupando cada uno de ellos unos cinco acres de terreno.

(1) Frank Vincent: *«El País del Elefante Blanco»*, p. 209.

»El muro exterior de Nagkon-Wat (la ciudad de los monasterios) comprende un espacio de media milla cuadrada, con puertas de entrada hermosamente esculpidas con figuras de dioses y dragones. Los cimientos tienen diez pies de profundidad... El edificio entero, incluso el techo, es de piedra, *pero sin mortero, y las piedras se ajustan tan admirablemente que las juntas apenas pueden distinguirse...* La forma del edificio es oblonga; teniendo 796 pies de largo por 588 de ancho, mientras que la pagoda central más elevada alcanza una altura de 250 pies y pico sobre el nivel del suelo, y las otras cuatro, situadas en los ángulos del patio, tienen cada uno de ellas unos 150 pies de alto».

Las anteriores líneas son muy significativas para los viajeros que han observado y admirado la misma maravillosa mano de obra en los restos egipcios. Si los mismos operarios no iban de un país al otro, debemos por lo menos pensar que el secreto de este incomparable sistema de construcción era igualmente conocido de los arquitectos de ambos países.

•Prosiguiendo nuestra visita, subimos á una plataforma... y entramos en el templo mismo por un pórtico de columnas, cuya fachada tiene admirablemente esculpido un bajo relieve representando asuntos de la antigua mitología. Desde este vestibulo, á cada lado existe un corredor con una doble fila de columnas, cortadas desde la base hasta el capitel de un solo bloque, con un doble techo de forma ovalada, cubierto de labores y esculturas que se prolongan en la pared exterior. Esta galería de esculturas, que constituye el exterior del templo, tiene aproximadamente media milla de un continuado trabajo en bajo relieve, ejecutado sobre sillares areniscos de seis pies de ancho, y representando asuntos sacados de la mitología india, del *Ramayana*, el poema épico sánscrito de la India, con sus 25.000 versos describiendo las hazañas del dios Rama y del hijo del rey de Oudh. Los combates del rey de Ceilán y Hanuma (1), el mono-dios, están gráficamente representa-

(1) El Hanuma viene á tener unos tres pies de alto, y es negro como el carbón. El *Ramayana*, al hacer la biografía de este mono sagrado, refiere que Hanuma fué primeramente un poderoso jefe que, siendo el mayor amigo de Rama, le ayudó á encontrar á su esposa Sithà, que habia sido llevada á Ceilán por Ravana, el poderoso Rey de los Gigantes. Después de numerosas aventuras, Hanuma fué hecho prisionero por este último, en ocasión en que visitaba la ciudad del Gigante, como espía de Rama. Por este crimen, Ravana untó la cola de Hanuma con aceite y le prendió fuego, y al apagarlo fué cuando la cara del mono-dios se volvió tan negra que ni él mismo ni su posteridad pudieron nunca quitarse de encima este color. Si hemos de dar crédito á las leyendas indias, este mismo Hanuma es el *progenitor* de los europeos; tradición que, aunque estrictamente Darwiniana y, por lo tanto, científica, no tiene para nosotros nada de agradable. La leyenda dice que por los servicios prestados, Rama, el héroe y semi-dios, dió en matrimonio á los monos guerreros de su ejército, las hijas de los Gigantes de Ceilán, los Rákshasas, y que les concedió, además, como estados, las regiones Occidentales del mundo. Una vez retirados allí, los monos y sus mujeres-gigantes vivieron felices, y tuvieron numerosos descendientes. Estos son los actuales europeos. En la Europa Occidental, se encuentran palabras Draví-

dos. En el arco de este corredor *no existe clave* alguna. En las paredes están esculpidas nada menos que 100.000 figuras distintas. Una pintura del *Ramayana*... ocupa 240 pies de muro... En el Nagkon-Wat se han contado 1532 columnas sólidas, y entre las ruinas de Angkor.... el inmenso número de 6.000, casi todas ellas de una sola pieza y artísticamente esculpidas...

»Pero ¿quién construyó el *Nagkon-Wat* y cuándo fué edificado? Varios hombres eminentes han intentado formarse una opinión después de haber estudiado su construcción y ornamentación especial», y no lo han logrado. «Los historiadores cambodgianos naturales del país—añade Vincent—cuentan 2.400 años desde la construcción de este templo... á uno de ellos le pregunté cuánto tiempo hacía que el *Nagkon-Wat* había sido construido, y me contestó: 'nadie puede decir cuándo... Yo no lo sé; debe haber brotado de la tierra, ó ha sido construido por gigantes, ó quizás por los ángeles'...»

Cuando Stephens preguntaba á los indios del país: «¿Quién edificó Copán?, ¿qué nación trazó sus jeroglíficos, esculpió aquellas elegantes figuras y dibujos, aquellas representaciones emblemáticas?», la triste contestación que recibía era: «¿Quién sabe?». «Todo es misterio; negro é impenetrable misterio,» escribe Stephens. «En el Egipto, los esqueletos colosales de gigantescos templos subsisten en toda la desnudez de su desolación. Aquí, una selva inmensa rodea las ruinas ocultándolas á la vista» (1).

Pero existen quizás muchas circunstancias, frívolas para los arqueólogos que desconocen las «necias é imaginarias» leyendas de la antigüedad, y por lo tanto, relegadas al olvido; de otra suerte, los descubrimientos les hubieran hecho pensar de un modo distinto. Una de ellas es la invariable presencia del mono en los arruinados templos del Egipto, Méjico y Siam. El cinocéfalo egipcio presenta las mismas actitudes que el Hanuma indio y siamés; y entre los fragmentos esculpidos de Copán, Stephens encontró los restos de colosales monos ó babuinos, «sumamente parecidos en la forma y el aspecto á los cuatro monstruosos animales que estaban en el frente, y adosados á la base del obelisco de Luxor, actualmente en París (2), y los cuales, bajo el nombre de cinocéfalos, eran adorados en Thebas».

En casi todos los templos búddhicos se conservan ídolos en forma de monos colosales, y algunas personas tienen en sus casas monos blancos con objeto de «alejar á los malos espíritus».

dicas, que indican la existencia de una unidad original de raza y lenguaje entre las poblaciones. ¿No podría ser un indicio de que las tradiciones son afines al hecho de que las razas de Elfos y Kobolds en Europa, y las de los monos, son actualmente consideradas como consanguíneas en el Indostán?

(1) «Incidentes de Viajes en la América Central, etc.», vol. I, p. 105.

(2) Ya no están, porque á París fué trasladado únicamente el obeliseo.

«¿Estaba la civilización —escribe Luis de Carné (1),— en la significación compleja que damos á esta palabra, en armonía entre los Cambodgianos, con lo que tales prodigios de arquitectura parecen indicar? La época de Fidias era la de Sófoeles, Sócrates y Platón; Miguel Angel y Rafael sucedieron al Dante. Hay épocas luminosas, durante las cuales la humana inteligencia, desarrollándose en todos sentidos, triunfa en todo, y crea obras maestras *que brotan de una misma inspiración*». «El Nagkon-Wat— acaba diciendo Vincent— debe atribuirse á otro pueblo distinto de los antiguos Cambodgianos. Pero ¿á cuál?... No hay tradición alguna *digna de crédito; no son más que absurdas fábulas ó leyendas*».

Esta última sentencia se ha convertido en una especie de frase reglamentaria en boca de los viajeros y arqueólogos. Cuando han visto que no puede conseguirse ninguna clave, á menos de buscarla en las leyendas populares, se retiran descorazonados, y el veredicto final es aplazado. Al mismo tiempo, Vincent cita á un escritor que hace notar que estas ruinas «son tan imponentes como las de Thebas y Menfis, pero más misteriosas». Mouhot piensa que fueron erigidas «por algún antiguo Miguel Angel», y añade que el Nagkon-Wat «es más grande que cualquiera de los monumentos que nos han dejado Grecia y Roma». Además, Mouhot atribuye dicha construcción á alguna de *las tribus perdidas de Israel*, y es corroborado en esta opinión por Miche, obispo francés de Cambodge, quien confiesa que quedó vivamente impresionado «por el tipo hebreo de las caras de muchos de los salvajes Stiénos». Enrique Mouhot opina que «sin la menor exageración, á las porciones más antiguas de Angkor se les puede asignar una antigüedad de más de 2.000 años». Así pues, en comparación de las Pirámides, resultaría mucho más moderno; la fecha que se le atribuye no es admisible en modo alguno, porque puede probarse que las pinturas de las paredes pertenecen á aquellas épocas arcaicas en que Poseidón y los Cabiros eran adorados en todo el continente. Si el Nagkon-Wat hubiese sido construido, como pretende el Dr. Adolfo Bastian (2), «para la recepción del sabio patriarca Buddhagosa, que trajo los libros sagrados del *Trai-Pidok* desde Ceilán», ó como el obispo Pallegoix, que «hace remontar la construcción de este edificio al reinado de Phra Pathum Suriving», cuando «los libros sagrados de los Buddhistas fueron traídos de Ceilán, y el Buddhismo pasó á ser la religión de los Cambodgianos», ¿cómo es posible dar la razón de lo siguiente?

«Vemos en este mismo templo imágenes esculpidas de Buddha, con cuatro y hasta treinta y dos brazos, y dioses con dos y hasta diez y seis cabezas, el Vishnú indio, dioses *con alas*, cabezas birmanas,

(1) Véase *El país del Elefante Blanco*, pag. 221.

(2) Presidente de la Real Sociedad Geográfica de Berlin.

figuras indias y mitología cellanesa... Véis allí guerreros montados en elefantes y en carros, soldados de á pie con lanza y escudo, barcos, tigres, grifos..., serpientes, peces, cocodrilos, novillos castrados..., soldados de un enorme desarrollo físico, con yelmos, y algunas gentes con barbas, moros probablemente. Las figuras—añade Mr. Vincent—están colocadas de una manera algo parecida á las de los grandes monumentos egipcios, el costado un poco vuelto hacia delante... y he observado, además, cinco jinetes armados de lanza y espada, cabalgando de frente, como los que se ven en las tablillas asirias del Museo Británico» (1).

Por nuestra parte, podemos añadir que existen en las paredes varias repeticiones de Dagón, el hombre-pez de los babilonios, y de los dioses Cabiros de Samothracia. Esto puede haber escapado á la atención de los pocos arqueólogos que han examinado dicho lugar; pero haciendo una inspección más detenida, los encontrarán allí también, lo mismo que al que es considerado como padre de los Cabiros, Vulcano, con sus rayos y herramientas, teniendo cerca de sí un rey con un cetro en la mano, el cual es una copia del de Queronea, ó el «cetro de Agamenón», así llamado, y del cual se dice que le fué presentado por el dios cojo de Lemnos. En otro sitio encontramos á Vulcano, que se reconoce fácilmente por su martillo y sus tenazas, pero bajo la forma de un mono, como generalmente le representaban los egipcios.

Ahora bien, si el Nagkon-Wat es esencialmente un templo búdhico, ¿cómo es que en sus muros existen bajo-relieves de un carácter completamente asirio, así como dioses Cabiros, los cuales, aunque universalmente adorados como los más antiguos dioses del misterio asiáticos, habían ya sido abandonados 200 años antes de nuestra era, y los mismos misterios Samothracios completamente alterados? ¿De dónde viene la tradición popular concerniente al Príncipe de Roma, entre los Cambodgianos, personaje mencionado por todos los historiadores del país, quienes le atribuyen la fundación del templo? ¿No es muy posible que el mismo *Ramayana*, el famoso poema épico, no sea más que el original de la *Iliada* de Homero, como se ha indicado algunos años hace? El hermoso Paris, arrebatando á Helena, tiene muchísima semejanza con Rávana, rey de los gigantes, apoderándose de Sithá, esposa de Rama. La guerra de Troya es la reproducción de la guerra del *Ramayana*; además, Herodoto nos asegura que los dioses y héroes troyanos datan en Grecia solamente desde la época de la *Iliada*. En tal caso, también Hanuma, el dios-mono, no sería más que Vulcano disfrazado; con tanto más motivo cuanto la tradición cambodgiana hace venir al fundador de Angkor, de *Roma*, á la cual colocan ellos en el extremo occidental del mundo, y por cuanto el indio Rama también distribuye el Occidente á los descendientes de Hanuma.

(1) *El País del Elefante Blanco*, p. 215.

Si bien esta indicación puede parecer ahora hipotética, es muy digna de tenerse en cuenta, aun cuando no sea más que para refutarla. El abate Jaquet, misionero católico en Conchinchina, siempre dispuesto á relacionar el menor destello de luz histórica con la de la revelación cristiana, escribe lo siguiente: «Ora consideremos las relaciones comerciales de los judíos... cuando, en el apogeo de su poder, las flotas combinadas de Hiram y Salomón iban en busca de los tesoros de Ofir, ora nos transportemos á un periodo más moderno, cuando la dispersión de las diez tribus, que, en lugar de volver del cautiverio, salieron de las orillas de Eufrates, y llegaron á las orillas del Océano... el esplendor de la luz de la revelación en el remoto Oriente no es menos incontestable».

Verdaderamente, parece bastante «incontestable», si invertimos los términos, y admitimos que toda la luz que ha brillado sobre los israelitas les venía de este «remoto Oriente», habiendo pasado primero por los caldeos y los egipcios. Lo primero que hay que sentar es saber quiénes eran los mismos israelitas, y esta es la cuestión más vital. Muchos historiadores al parecer pretenden, apoyándose en buenas razones, que los judíos eran similares ó idénticos á los antiguos fenicios, pero está fuera de duda que los fenicios eran una raza etiópica; además, la actual raza del Punjaub está mezclada con los etiopes asiáticos. Herodoto da como punto de origen de los hebreos el Golfo Pérsico; al sud de aquella región había los himyaritas (árabes); más allá estaban los primitivos caldeos y susianos, los grandes constructores. Esto parece demostrar muy bien su afinidad con los etiopes. Megasthenes dice que los judíos eran una secta india llamada *Kalani*, y que su teología se parecía á la de los indos. Otros autores sospechan también que los colonizados judíos ó naturales del reino de Judea eran los Yadus del Afghanistan, la antigua India (1). Eusebio nos dice que «los etiopes vinieron del río Indo, y se establecieron cerca de Egipto». Nuevas investigaciones podrian demostrar que los indios tamiles, á quienes los misioneros acusan de adorar al Diablo (Kutti-Sattan), rinden culto únicamente, después de todo, á Seth ó Satán, adorado por los biblicos hetheos.

Pero si los judíos eran, cuando el crepúsculo de la historia, los fenicios, á éstos se les puede seguir las huellas hasta llegar á las naciones que usaban la antigua lengua sánscrita. Cartago era una ciudad fenicia, de donde deriva su nombre; porque Tiro era igualmente *Kartha*. En la *Biblia* se encuentran á menudo las palabras *Kir* y *Kirjath*. Su dios tutelar era llamado *Mel-Kartha* (Mel, Baal), ó señor tutelar de la

(1) La Dido fenicia es el femenino de David דָּוִד, דָּוִיָּה. Bajo el nombre de Astarté, ella guiaba á las colonias fenicias, y su imagen adornaba la proa de sus buques. Pero David y Saúl son nombres también pertenecientes al Afghanistan.

ciudad. En sánscrito, una ciudad ó comunidad es un *cal*, y su señor *Heri* (1). Her-cúleo es, por lo tanto, la traducción de Melkarth y su origen es sánscrito. Además, todas las razas ciclópeas eran fenicias. En la *Odisea*, los Kuklopes (ciclopes) son los pastores de la Libia, y Herodoto habla de ellos como mineros y grandes constructores. Son los antiguos Titanes ó Gigantes, que en Hesiodo forjan rayos para Zeus. Son los bíblicos *Zamzummim*, del país de los gigantes, los Anakim.

Ahora ya es fácil ver que los excavadores de Ellora, los constructores de las antiguas pagodas, los arquitectos de Copán y de las ruinas de la América Central, los del Nagkon-Wat y los de los restos egipcios eran, si no de una misma raza, al menos de una misma religión, que era la que se enseñaba en los más antiguos Misterios. Aparte de esto, las figuras de los muros de Angkor son puramente arcaicas, y nada tienen que ver con las imágenes y los ídolos de Buddha, que pueden tener un origen mucho más moderno. «Lo que da un interés particular á esta sección —dice el Dr. Bastian— es el hecho de que el artista ha representado á las diferentes nacionalidades con todos sus rasgos característicos distintivos, desde el salvaje de nariz aplastada, con su traje lleno de borlas del Pnom, y el Lao de pelo corto, hasta el Rajput de nariz recta con espada y escudo, y el *barbudo Moro*; presentando un catálogo de nacionalidades, á manera de otra *columna de Trajano*, en la conformación física predominante de cada raza. En suma, hay un predominio tal de la raza *Helénica* en las facciones y en los perfiles, lo mismo que en las elegantes actitudes de los jinetes, que puede uno suponer que Xenócrates en la antigüedad, después de terminar sus trabajos en Bombay, hizo una excursión al Oriente».

Por lo tanto, si admitimos que las tribus de Israel tuvieron su parte en la construcción del Nagkon-Wat, no podemos referirnos á las tribus numeradas y enviadas desde los desiertos de Parán en busca de la tierra de Canaán, sino á sus primitivos antecesores, lo cual equivale á desechar la idea de que tales tribus pudiesen recibir algún reflejo de la revelación *Mosaica*. Y ¿en dónde está la evidencia *histórica* de haberse hablado jamás de semejantes tribus antes de la compilación del Antiguo Testamento por Ezra? Existen arqueólogos que con muchísima razón consideran á las doce tribus como completamente míticas (2), porque nunca existió una tribu de Simeón, y la de Levi era una *casta*. Queda todavía el mismo problema por resolver, de si los judíos habían estado en Palestina antes de Ciro. Desde los hijos de Jacob, que se habían casado todos con cananeas, excepto José, cuya esposa era hija

(1) (Prof. A. Wilder). Este arqueólogo dice: «Yo considero las razas etiópica, cushita y camítica, como la raza artística y constructura que ha adorado á Baal (Siva), ó Bel, que ha edificado templos, grutas, pirámides, y ha usado un lenguaje de un tipo particular. Rawlinson hace derivar aquel lenguaje de los *Turanios* del Indostán.»

(2) El profesor A. Wilder entre otros.

de un sacerdote egipcio del Sol, hasta el legendario *Libro de los Jueces*, había un general consentimiento en la unión por medio de matrimonio entre dichas tribus y las razas idólatras: «Y los hijos de Israel habitaban entre los Cananeos, Hetheos y Amorrheos, Pherzeos, Heveos y Jebuseos; y ellos tomaron sus hijas para hacerlas sus mujeres, y dieron sus hijas á los hijos de ellos, y sirvieron á sus dioses,» dice el tercer capítulo de los *Jueces*, «...y los hijos de Israel olvidaron á su Dios y sirvieron á los Baales y á los ídolos de los bosques». Este Baal es Moloch, M'Ich-Karta, ó Hércules. Era adorado en todos los lugares adonde iban los fenicios. ¿Cómo podía ser que los israelitas se conservasen reunidos en tribus, si, según la autoridad de la *Biblia* misma, poblaciones enteras eran de año en año arrancadas violentamente de sus hogares por los asirios y otros conquistadores? «Así fué Israel transportado de su propia tierra á Asiria hasta hoy. Y el Rey de Asiria trajo gente de Babilonia, y de Cutha, y de Ava, y de Hamath, y de Sepharvaim, y los instaló en las ciudades de Samaria *en lugar* de los hijos de Israel» (2 Reyes, XVII, 23, 24).

Si el lenguaje de Palestina andando el tiempo se convirtió en semítico, fué debido á la influencia asiria, porque la Fenicia acabó por perder su independencia en una época tan lejana como en los días de Hiram, y evidentemente los fenicios habían cambiado su lenguaje Camítico por el Semítico. Asiria es «el país de Nemrod» (de *Nimr*, manchado), y Nemrod es Baco, con su manchada piel de leopardo. Esta piel de leopardo es un sagrado accesorio de los «Misterios»; era usada lo mismo en los Misterios de Eleusis que en los egipcios; se encuentra esculpida en los bajo relieves de las ruinas de la América Central, cubriendo la espalda de los sacrificadores; es mencionada en las especulaciones más primitivas de los Brahmanes sobre la significación de sus plegarias para el sacrificio, en el *Aytareya Brahmanam* (1). Es usada en el *Agnishtoma*, la *ceremonia de iniciación* del Misterio del Soma. Cuando el neófito está en disposición de «nacer de nuevo», se le cubre con una piel de leopardo, de debajo de la cual surge, como del claustro materno. Los Cabiros eran también dioses asirios. Tenían diferentes nombres: en el lenguaje común eran conocidos como Júpiter y Baco, y algunas veces como Achiochersus, Aschieros, Achiochersa y Cadmillus, y hasta el número verdadero de estas divinidades era incierto entre el pueblo. Otros nombres tenían ellos en el «lenguaje sagrado», pero sólo eran conocidos de los hierofantes y sacerdotes, y no estaba permitido el mencionarlos. ¿Cómo se explica entonces que los encontramos reproducidos en sus «actitudes» samotrácicas en los muros del Nagkon-Wat? ¿Cómo se explica, repetimos, que veamos sus nombres pronunciados—apenas ligeramente desfigurados—tal como se conocen,

(1) Véase la traducción de Martin Haug: «*Aytareya Brahmanam*».

en aquella misma lengua sagrada, por las poblaciones de Siam, del Tibet y de la India?

El nombre Cabiro ó Kabir puede ser una derivación de אכר, *Abir*, grande; חבד, *Ebir*, un astrólogo, ó חבד, *Chabir*, un asociado; y eran adorados en Hebrón, la ciudad de los *Anakes* (los gigantes). El nombre Abraham, según el Dr. Wilder, «tiene mucho de Cabirico». La palabra *Heber*, ó *Gheber*, puede ser la raíz etimológica de los Hebreos, aplicada á Nemrod y á los gigantes bíblicos del sexto capítulo del *Génesis*, pero debemos buscar su origen en una fecha muy anterior á los días de Moisés. El nombre *Phœnicios* lleva en sí mismo la prueba. Ellos son llamados *phoinikes* por Manethón, ó *Ph'Anakes*, lo cual muestra que los Anakes ó *Anakim*, de Canaán, en los cuales el pueblo de Israel, si no idéntico por raza, había, por medio de matrimonios, llegado á absorberse por completo, eran los fenicios, ó los problemáticos Hyk-sos, según opina Manethón, y á los cuales Josefo ha presentado como los directos antecesores de los Israelitas. Por lo tanto, en esta mescolanza de autoridades y de opiniones contradictorias, y en esta histórica *olla podrida* es en donde debemos buscar una solución de tal misterio. En tanto que el origen de los Hyk-sos no se haya fijado de una manera positiva, nada podemos saber de cierto tocante al pueblo israelita, que, voluntaria ó involuntariamente, ha embrollado su origen y cronología con una tan inexplicable confusión. Pero si puede probarse que los Hyk-sos han sido los Pali-Pastores del Indo, que en parte se trasladaron hacia el Este, desmembrándose de las tribus arias nómadas de la India, entonces quizás podría tenerse esto en cuenta para explicar por qué los mitos bíblicos se hallan tan mezclados con los dioses de los Misterios asiáticos y arios. Como dice Dunlap: «Los Hebreos salieron de Egipto, entre los Cananeos; no hay necesidad de seguirles más allá del *Éxodo*. *Este es su comienzo histórico*. Era muy fácil ocultar este remoto suceso con la descripción de algunas tradiciones míticas, haciendo preceder á esto una relación de su origen en la cual los dioses (patriarcas) figurasen como sus antecesores». Pero no es *su comienzo histórico* lo que constituye la cuestión más vital para el mundo de la ciencia y de la teología, sino su comienzo *religioso*. Y si podemos seguir sus huellas en medio de los Hyk-sos —fenicios, los constructores etíopes y los caldeos,—si es á los Indios á quienes éstos deben su saber, ó si son los Brahmanes los que lo deben á los caldeos, tenemos entonces los medios á mano para seguir hasta su origen cada una de las dogmáticas aserciones de la *Biblia* que pasan por ser *reveladas*, origen que hemos de buscar en la aurora de la historia, antes de que tuviese lugar la separación de las familias aria y semítica. ¿Y de qué modo podemos hacerlo mejor y con mayor seguridad que empleando los medios que nos suministra la arqueología? Pueden los jeroglíficos ser destruidos, pero si subsisten no pueden mentir; y si

encontramos nosotros los mismos mitos, ideas y símbolos secretos en los monumentos de todo el mundo, y sí, además, puede demostrarse que estos monumentos son anteriores á las doce tribus «escogidas», podemos entonces probar, sin temor de equivocarnos, que, en lugar de ser una *revelación* divina directa, no era más que un incompleto recuerdo ó tradición corriente en una tribu que había sido identificada y confundida, desde algunos siglos antes de la aparición de Abraham, con todas las tres grandes familias del mundo, á saber, las naciones aria, semítica y turania, si así deben ellas ser llamadas.

Los *Theraphim* del padre de Abraham (*Terah*, el «constructor de imágenes») eran los dioses cabiros, y los vemos adorados por Michás, por los Danitas y otros (1). Los *theraphim* eran idénticos á los *Seraphim*, y estos eran imágenes de serpientes, cuyo origen radica en la palabra sánscrita *sarpá* (la serpiente), símbolo consagrado á todas las deidades como emblema de la inmortalidad. *Kiyun*, ó el dios Kiván, adorado por los Hebreos en el desierto, es el Siva de la India (2), lo mismo que Saturno (3). La historia griega nos dice que Dardanus el Arcadio, habiéndolos recibido como un legado, los llevó á Samothracia, y de allí á Troya; y fueron adorados mucho antes de los días gloriosos de Tiro y de Sidón, á pesar de haber sido construida la primera 2760 años antes de nuestra era. ¿De dónde los sacó Dardanus?

Es muy fácil atribuir una edad determinada á las ruinas, fundándose simplemente en la evidencia externa de las probabilidades; el probarlo ya es algo más difícil. Lo cierto es que los trabajos en la roca de Ruad, Perytus y Marathos se parecen á los de Petra, Baalbek y á otras obras etiópicas, hasta exteriormente. Por otra parte, las afirmaciones de ciertos arqueólogos que no encuentran parecido alguno entre los templos de la América Central y los de Egipto y Siam, le importan muy poco al simbologista, familiarizado con el lenguaje secreto de los jeroglíficos. Él vé los signos de una misma doctrina en todos estos monumentos, y lee su historia y filiación en caracteres imperceptibles para el sabio no iniciado. También allí existen tradiciones, y una de éstas habla del último de los reyes iniciados (los cuales muy raras veces eran admitidos en los grados más elevados de las Fraternidades orientales), que reinaba en 1670. Este rey de Siam es aquel tan ridiculizado por el embajador francés, de la Loubère, como un lunático que había pasado toda su vida buscando la piedra filosofal.

Uno de estos signos misteriosos se encuentra en la estructura pecu-

(1) Jueces, xvii — xviii, etc.

(2) La H zéndica es S en la India. Así, Hapta es Saptá; *Hindu* es *Sindhaya* (A. Wilder.) «.... la S continuamente suaviza la H, desde Grecia á Calcuta, y desde el Cáucaso á Egipto», dice Dunlap. Por lo tanto, las letras K, H y S pueden susúitirse las unas con las otras.

(3) Guignant: Obra citada, vol. I, p. 167.

liar de ciertos arcos de los templos. El autor del *Pais del Elefante Blanco* hace notar como una cosa curiosa «la falta de clave en los arcos del edificio, y las inscripciones indescifrables». En las ruinas de Santa Cruz del Quiché, encontró Stephens un corredor abovedado que tampoco tenía clave alguna. Describiendo las desoladas ruinas de Palenque, y observando que los arcos de los corredores estaban todos contruidos bajo este modelo y los techos en esta forma, supone que «los constructores ignoraban evidentemente los principios del arco, y la manera de asegurar el sostenimiento consistía en colocar las piedras en disposición imbricada á medida que las montaban, como en Ocosingo y entre los restos ciclópeos de Grecia é Italia» (1). En otros edificios, á pesar de pertenecer al mismo grupo, el viajero encontró la clave olvidada, lo cual es prueba suficiente de que su omisión en otros puntos era *premeditada*.

¿No podemos dirigirnos para la solución de este misterio al manual Masónico? La Clave tiene una significación esotérica, que debe ser, si no lo es, bien apreciada por los Masones de grado elevado. El más importante edificio subterráneo mencionado en la descripción del origen de la Francmasonería es el construido por Enoch. Este patriarca es guiado por la Deidad, á la cual contempla en una visión, al interior de *nueve* bóvedas. Después de lo cual, con la ayuda de su hijo Matusalem, construye en el país de Canaán, «en las entrañas del monte», nueve departamentos según los modelos que en la visión le fueron exhibidos. Cada uno de ellos estaba cubierto con un arco, y el ápice de cada uno *formado por una clave*, teniendo en ella inscritos los caracteres miríficos. Cada uno de estos representaba, además, uno de los nueve nombres, trazados en caracteres emblemáticos, de los atributos por los cuales la Deidad era, según la antigua Francmasonería, conocida por los hermanos antediluvianos. Entonces Enoch construyó dos deltas del oro más puro, y trazando dos de los misteriosos caracteres en cada uno, colocó uno de ellos en el arco más profundo, y el otro lo confió á Matusalem, comunicándole al mismo tiempo otros importantes secretos *ahora perdidos para la Francmasonería*.

Así es que, entre estos secretos arcanos, actualmente perdidos para sus modernos sucesores, puede encontrarse también el hecho de que las claves eran usadas en los arcos únicamente en ciertos sitios de los templos destinados á objetos especiales. Otra similitud presentada por los restos arquitectónicos de los monumentos religiosos de cada país puede observarse en la identidad de las piezas, estructura y medidas. Todos estos edificios pertenecen á la época de Hermes Trismegisto, y por más que el templo puede parecer relativamente moderno ó antiguo, se encuentra que sus proporciones matemáticas correspon-

(1) *Incidentes de Viaje en la América Central*, etc.

den á las de los edificios religiosos de Egipto. La disposición de los patios, áditos, corredores y pasadizos es semejante; de aquí, por más que hubiese disparidad en el estilo arquitectónico, puede legitimamente inferirse que en todos aquellos templos se celebraban unos ritos religiosos parecidos. Dice el Dr. Stukely, refiriéndose á Stonehenge: «Este edificio no fué erigido ciñéndose á ninguna medida romana, y esto está demostrado por el gran número de fracciones que resultan de la medida de cada parte, con arreglo á las escalas europeas. Por el contrario, las cifras resultan exactas tan pronto como empleamos para su medición el antiguo codo, que estaba en uso entre los Hebreos, hijos de Sem, lo mismo que los Fenicios y Egipcios, hijos de Cam (?), é imitadores de los monumentos de piedra en bruto y oraculares».

La presencia de lagos artificiales, y su disposición peculiar en los recintos consagrados, es también un hecho de gran importancia. Los lagos situados dentro del recinto de Karnak, y los comprendidos en el interior de Nagkon-Wat y alrededor de los templos del Copán mejicano y de Santa Cruz del Quiché, puede verse que presentan las mismas peculiaridades. Además de tener otros significados, el área total estaba deducida con arreglo á cálculos cíclicos. En las construcciones Druídicas se encuentran los mismos números sagrados y misteriosos. El círculo de piedras generalmente se compone de doce, veinte y una ó treinta y seis. En estos círculos, el lugar central pertenece á Assar, Azon, ó sea el dios del círculo, cualquiera que sea el nombre con que haya sido conocido. Los trece dioses-serpientes mejicanos tienen una lejana relación con las trece piedras de las ruinas Druídicas. La **T** (Tau) y la cruz astronómica de Egipto \oplus son bien visibles en varias aberturas de los restos de Palenque. En uno de los bajo-relieves del Palacio de Palenque, en el lado occidental, esculpida en un jeroglífico y precisamente debajo de la figura sentada, se ve una *Tau*. La figura en pie, que está inclinada sobre la primera, se halla en el acto de cubrir su cabeza con el velo de la iniciación que sostiene con su mano izquierda, al paso que con la derecha extendida señala al cielo con los dedos índice y del medio. Esta actitud es precisamente la de un obispo cristiano dando su bendición, ó aquella en que Jesús es con frecuencia representado durante la última Cena. Y hasta el dios indio con cabeza de elefante, el dios de la sabiduría (ó ciencia mágica), Gancsha, puede encontrarse entre las figuras de estuco de las ruinas mejicanas.

¿Qué explicación pueden darnos los arqueólogos, los filólogos, en una palabra, la hueste escogida de los Académicos? Ninguna absolutamente. Todo lo más, podrán inventar algunas hipótesis, cada una de las cuales es probable que sea rechazada por la que debe reemplazarla, una pseudo-verdad, quizás, como la primera. Las claves para los bíblicos milagros de la antigüedad y para los fenómenos de los tiempos

modernos; los problemas de la psicología, fisiología y los numerosos •eslabones perdidos• que tan perplejos tienen á los sabios de algún tiempo á esta parte, se hallan todos en manos de las fraternidades secretas. Este misterio *debe ser* descubierto algún día. Pero hasta entonces el negro escepticismo interpondrá constantemente su sombra horrible y amenazadora entre las verdades de Dios y la visión espiritual de la humanidad; y muchos son aquellos que, contagiados por la epidemia mortal de nuestro siglo, el materialismo sin esperanza, permanecerán en la duda y angustia mortal de si cuando el hombre muere vivirá de nuevo, aunque la cuestión haya sido resuelta por muchas generaciones de sabios tiempo ha desaparecidas. Las contestaciones existen, y pueden encontrarse en las carcomidas páginas de granito de los templos-cavernas, en las esfinges, en los propileos y en los obeliscos. Allí han permanecido por espacio de siglos innumerables, y ni las rudas injurias del tiempo, ni las aún más rudas injurias de las manos cristianas han sido bastantes para borrar sus recuerdos. Cubiertos todos estos monumentos con los problemas que estaban ya resueltos — ¿quién puede decirlo?, quizás por los arcaicos antepasados de sus constructores, — la solución sigue á cada una de las cuestiones; y esto el cristiano no puede apropiárselo, porque, excepto los iniciados, nadie ha comprendido la mística escritura. La clave estaba bajo la custodia de aquellos que saben el modo de comunicar con la Presencia invisible, y que han recibido de los labios de la misma madre Naturaleza sus grandes verdades. Y de esta suerte permanecen estos monumentos á manera de silenciosos y olvidados centinelas en los umbrales de aquel mundo *invisible*, cuyas puertas sólo se abren para unos pocos elegidos.

Desafiando la mano del tiempo, las estériles investigaciones de la ciencia profana, los insultos de las religiones *reveladas*, no descubrirán dichos monumentos sus enigmas á nadie más que á los legatarios de aquellos por quienes les fueron confiados los MISTERIOS.

Los frios y pétreos labios del Memnón, que en otro tiempo estaban dotados de palabra, y los de las atrevidas esfinges, guardan perfectamente sus secretos. ¿Quién quebrantará el sello que los cierra? ¿Cuál de nuestros modernos pigmeos materialistas é incrédulos saduceos osará levantar el VELO DE ISIS?

CAPITULO XV

«*Steb*: ¿Hay diablos aqui? ¿Venís á burlaros de uno con salvajes y hombres de la India?»
La Tempestad, Act. II, esc. 2.^a

«Hasta donde era necesario para nuestro designio, hemos considerado ahora la *Naturaleza y las funciones del Alma*, y hemos demostrado claramente que es una substancia distinta del cuerpo.» Dr. HENRY MORE: *Inmortalidad del Alma*, 1659.

«La CIENCIA ES PODER; La IGNORANCIA ES IMBECILIDAD».—Autor del «*Arte Mágico*»: *El País de los Espectros*.

LA «doctrina secreta» ha tenido durante muchos siglos grandes puntos de semejanza con el simbólico «varón de dolores» del profeta Isaias. «¿Quién ha creído nuestras palabras?», sus mártires han ido repitiendo de una á otra generación. La doctrina ha crecido ante sus perseguidores, «á manera de un renuevo, ó como una raíz de tierra árida; es deforme y falta de hermosura... Despreciada y desechada entre los hombres; y ocultaron de ella sus rostros... No hicieron de ella caso alguno».

No es necesario discutir si esta doctrina concuerda ó no con la iconoclástica tendencia de los escépticos de nuestros tiempos. Concuerda con la *verdad*, y esto basta. Inútil sería esperar que sus detractores y difamadores creyesen en ella. Pero la tenaz vitalidad de que da muestras en todo el mundo, allí donde existe un grupo de hombres dispuestos á luchar en favor de la misma, es la mejor prueba de que la semilla plantada por nuestros padres en «el otro lado de las aguas» era la de un roble vigoroso, y no el esporo de un hongo teológico. Ninguna centella del ridículo humano puede caer en su campo, y ningún rayo, aunque sea forjado por los Vulcanos de la ciencia, es bastante poderoso para destruir su tronco, ni siquiera para chamuscar las ramas de este mundano árbol de la CIENCIA.

No tenemos que hacer más que pasar por alto su letra que mata, y apropiarnos el sutil espíritu de su sabiduría oculta, para encontrar escondidas en *Los Libros de Hermes*—sean ellos el modelo ó la copia de todos los demás—las pruebas de una verdad y de una filosofía que

sentimos *debe* estar basada en las leyes eternas. Instintivamente comprendemos que, por finitos que sean los poderes del hombre durante el tiempo que permanece encarnado, deben estar en relación íntima con los atributos de una Deidad infinita; y nos hacemos capaces de apreciar mejor el sentido oculto del don concedido por los *Elohim* á H' Adam: «He aquí que yo os he dado todo cuanto existe sobre toda la faz de la tierra... *subyugadlo* y «*tened dominio*» sobre TODO.

Si las alegorías contenidas en los primeros capítulos del *Génesis* hubiesen sido mejor comprendidas, siquiera en su sentido geográfico é histórico, lo cual nada absolutamente tiene de esotérico, las pretensiones de sus verdaderos intérpretes, los Kabalistas, difícilmente hubieran podido ser rechazadas durante tanto tiempo. Todo aquel que estudie la *Biblia* debe tener presente que los capítulos primero y segundo del *Génesis* no pueden haber procedido de una misma pluma. Son evidentemente alegorías y parábolas (1), porque las dos narraciones de la creación y de la población de nuestra tierra se contradicen diametralmente la una á la otra en casi todo lo referente al orden, tiempo, lugar y procedimientos empleados en la llamada *creación*. Aceptando las narraciones literalmente, como un todo, rebajamos la dignidad de la Deidad desconocida. La hacemos descender al nivel de la humanidad, y la dotamos de la personalidad peculiar del hombre, que necesita el «fresco del día» para refrescarse; que descansa de sus trabajos, y que es susceptible de cólera, de venganza y hasta de adoptar precauciones contra el hombre «para que no extienda su mano, y coja también del árbol de la ciencia». (Admisión tácita, dicho sea de paso, por parte de la Deidad, de que el hombre *podía hacerlo*, á no impedírsele una verdadera fuerza). Pero reconociendo el sentido alegórico de la descripción de lo que pueden llamarse hechos históricos, sentimos instantáneamente que nuestros pies están en terreno firme.

Para empezar, el jardín del Edén como una localidad no es ciertamente ningún mito; es una de aquellas ráfagas de luz de la historia que en algunos casos descubren al estudiante que no todo lo de la *Biblia* es una mera alegoría. «El Edén, ó el hebreo גַּן-עֵדֶן GAN-EDEN, significando el parque ó jardín del Edén, es un nombre arcaico del país regado por el Eufrates y sus numerosas ramificaciones, desde el Asia y la Armenia hasta el Mar Eritreo». En el *Libro de los Números* caldeo, su situación está designada por medio de números, y en el manuscrito cifrado rosacruz dejado por el Conde de San Germán, se halla plenamente descrito. En las *Tablillas* asirias, está expresado con el nombre de *gan-dunyas* (2). «He aquí—dicen los *Elohim* del *Génesis*—que el hombre se ha hecho como uno de nos». Los *Elohim* pueden

(1) Véase Pablo á los Gálatas, iv 24, y el Evangelio según Mateo, xiii 10-15.

(2) A. Wilder dice que *Gan-Dunyas* es un nombre de Babilonia.

ser tomados en cierto sentido como *dioses* ó poderes, y tomados en otro, como los *Aleim* ó sacerdotes, los hierofantes iniciados en lo bueno y en lo malo de este mundo; porque existía un colegio de sacerdotes llamados los *Aleim*, mientras que la cabeza de su casta, ó sea el jefe de los hierofantes, era conocido con el nombre de *Java-Aleim*. En lugar de convertirse en un neófito y de obtener gradualmente sus conocimientos esotéricos por medio de una iniciación regular, un *Adan*, ú hombre, hace uso de sus facultades intuitivas, é, instigado por la serpiente—la *Mujer* y la materia,—come indebidamente del Arbol de la Ciencia, ó sea la doctrina secreta ó esotérica. Los sacerdotes de Hércules, ó Mel-Karth, el «Señor» del Edén, llevaban todos «vestiduras de piel». El texto dice: «y *Java-Aleim* hizo para Adán y su mujer וְחִתוּנֹת עֵדֶן» «CHITONUTH OUR». La primera palabra hebrea, *chitun*, es la griega *chiton*. Se convirtió en una palabra eslava, por haberla adoptado de la *Biblia*, y significa un traje ó *vestidura* exterior.

Aun conteniendo el mismo fondo de verdad esotérica que cada una de las primitivas cosmogonías, la Escritura hebrea lleva en su faz las señales de su doble origen. Su *Génesis* es puramente una reminiscencia del cautiverio babilónico. Los nombres de lugares, de hombres y aun de objetos, pueden hacerse remontar desde el texto original hasta los Caldeos y los Akkadios, los progenitores é instructores Arios de los primeros. Es cuestión calurosamente disputada el que las tribus akkadias de Caldea, Babilonia y Asiria estuviesen en algún modo emparentadas con los Brahmanes del Indostán; pero hay más pruebas en favor de esta opinión que de la contraria. Los Semitas, ó Asirios, debían quizás haber sido llamados Turanios, y los Mongoles haber sido denominados Escitas. Pero si los Akkadios no han existido únicamente en la imaginación de algunos filólogos y etnólogos, sino que han existido en realidad, no podían ciertamente haber sido nunca una tribu turania, como algunos asiriólogos pretenden hacernos creer. Eran sencillamente emigrantes que se encaminaban hacia el Asia Menor, procedentes de la India, la cuna de la humanidad, cuyos adeptos sacerdotales se detuvieron para civilizar é iniciar á un pueblo bárbaro. Halevy ha probado la falsedad de la manía turania, en lo que al pueblo akkadio se refiere, cuyo nombre verdadero ha cambiado ya una docena de veces; y otros sabios han probado que la civilización babilónica no había nacido ni se había desarrollado en aquel país. Fué importada de la India, y sus importadores fueron los Indos brahmánicos.

El profesor A. Wilder es de opinión de que si los Asirios hubiesen sido llamados Turanios, y los Mongoles Escitas, en dicho caso las guerras de Irán y Turán, Zohak y Jemshid, ó Yima, hubieran sido debidamente comprendidas como la lucha de los antiguos Persas contra las tentativas de los Sátrapas asirios para conquistarles, lucha que termi-

nó con la destrucción de Ninive, «tejiendo la araña su tela en el palacio de Afrasiab» (1).

«Los Turanios del profesor Muller y su escuela—añade el que nos escribe—son evidentemente los salvajes y nómadas caucasianos, de quienes procedieron los constructores Camitas ó Etiopes; después los Semitas, que eran tal vez una mezcla de Camita y Ario; más tarde los Arios (Medos, Persas, Indos), y finalmente, los pueblos Góticos y Eslavos de Europa. Supone dicho escritor que los Celtas eran un pueblo híbrido, por el estilo de los Asirios, participando de los Arios invasores de Europa, y la población ibérica (probablemente etiópica) de la misma Europa». En tal caso, debe admitir la posibilidad de nuestra afirmación, ó sea que los Akkadios eran una tribu de los primitivos Indos. Ahora, si eran Brahmanes de la región propiamente brahmánica (40° latitud Norte), ó de la India (Indostán), ó bien de la India del Asia Central, lo dejaremos á los filólogos de las épocas futuras para que lo pongan en claro.

Una opinión que para nosotros equivale á la certidumbre, demostrada por un método inductivo propio de nosotros mismos, y que tememos será muy poco apreciado por los métodos ortodoxos de la ciencia moderna, está fundado en lo que á ésta le parecerá una evidencia puramente circunstancial. Durante años enteros hemos estado repitiendo que unas mismas verdades esotéricas estaban expresadas en idénticos simbolos y alegorías en países entre los cuales nunca se había descubierto la menor filiación histórica. Hemos encontrado que la *Kábala* judía y la *Biblia* eran una repetición de los «mitos» babilónicos (2), y hemos visto que las alegorías orientales y caldeas existían en forma y en substancia en los más antiguos manuscritos de los Talaponeses (monjes) de Siam y en las populares pero antiquísimas tradiciones de Ceilán.

En este último punto tenemos un antiguo y fiel amigo á quien también hemos encontrado en otras partes del mundo, un sabio Palí, natural de Ceilán, que posee una curiosa hoja de palmera, á la cual, mediante un procedimiento químico, se le ha comunicado una duración á prueba de tiempo, y una enorme concha, ó mejor dicho, la mitad de una concha, puesto que fué dividida en dos. En la hoja vemos representado á un antiguo y famoso gigante ceilanés, ciego, y—con sus brazos extendidos, que abrazan las cuatro columnas centrales de la pagoda—derribando todo el templo sobre una multitud de enemigos armados. Su cabellera es larga, y casi le llega al suelo. El poseedor de esta curiosa reliquia nos manifestó que el gigante ciego era «Somona,

(1) La verdadera definición de la palabra *Turanio* es: alguna familia étnica acerca de la cual los etnólogos no saben una palabra.

(2) Véase Berosio y Sauchoniaton; *Antiguos Fragmentos* de Cory; Movers y otros.

el Pequeño», llamado así para distinguirlo de Somona-Kadom, el Salvador Siamés. Por otra parte, la leyenda Palí, en sus detalles más importantes, corresponde con la del Sansón bíblico.

La concha tiene en su nacarada superficie un grabado dividido en dos secciones, y su labor es muchísimo más artística, tanto en la idea como en su ejecución, que los crucifijos y otras religiosas bagatelas trabajadas hoy día en el mismo material, en Jaffa y Jerusalem. En la primera división está representado Siva, con todos sus atributos indios, sacrificando á su hijo—si es el «unigénito», ó bien uno entre muchos, no nos hemos detenido á averiguarlo. La víctima está colocada en una pira funeraria, y el padre está suspendido en el aire encima de la misma, con un arma en alto pronta á herir, pero la cara del dios está vuelta en dirección de un matorral en el que un rinoceronte ha clavado profundamente su cuerno en un grande árbol, siendo incapaz de arrancarlo de allí. La otra parte ó división representa al mismo rinoceronte en la pira con el arma clavada en el costado, y al que debía servir de víctima—el hijo de Siva—libre, y ayudando al dios á encender el fuego sobre el altar del sacrificio.

Ahora bien, para seguir con seguridad este mito bíblico hasta su mismo origen, no tenemos más que recordar que Siva y el Baal de Palestina, ó Moloch, y Saturno son idénticos; que Abraham es considerado aun hoy día por los árabes mahometanos como Saturno en la Kaaba (1); que Abraham é Israel eran distintos nombres de Saturno (2), y que Sanchoniathon nos dice que Saturno ofreció su hijo unigénito en sacrificio á su padre Urano, y que se circuncidó á sí mismo y hasta obligó á toda su familia y aliados á hacer otro tanto (3). Pero el origen de tal mito no es fenicio ni caldeo: es puramente indio, y su original puede encontrarse en el *Maha-Bharata*. Pero, sea brahmánico, sea búddhico, debe ciertamente ser mucho más antiguo que el *Pentateuco* judío, compilado por Ezra después de la cautividad de Babilonia, y revisado por los rabinos de la Gran Sinagoga.

Por consiguiente, nos sentimos con bastante valor para mantener nuestro modo de pensar contra la opinión de muchos hombres de ciencia, á quienes, sin embargo, consideramos como mucho más ilustrados que nosotros mismos. Una cosa es la inducción científica, y otra cosa es el *conocimiento de hechos*, por muy anticientíficos que á primera vista puedan parecer. Pero los descubrimientos de la ciencia han sido bastantes para informarnos de que los originales sánscritos, de Nepaul, fueron traducidos por misioneros buddhistas á casi todas las lenguas asiáticas. Del mismo modo los manuscritos palís fueron traducidos al

(1) Movers, 86.

(2) Idem.

(3) Sanchon.: en los *Fragments* de Cory, p. 14.

siamés, y llevados á Birmania y á Siam; es muy fácil, por lo tanto, explicar la circulación de las mismas leyendas y mitos religiosos por todos estos países. Pero Manethón nos habla también de pastores Palis que emigraron hacia el Oeste, y cuando encontramos algunas de las más antiguas tradiciones ceilanesas en la *kábala* caldea ó en la *Biblia* judía, debemos pensar que, ó los Caldeos ó los Babilonios habían estado en Ceilán ó en la India, ó bien que los antiguos Palis tenían las mismas tradiciones que los Akkadios, cuyo origen es tan incierto. Aun suponiendo que Rawlinson esté en lo cierto, y que los Akkadios vinieron de Armenia, nada más nos dice respecto á su origen. Como quiera que el campo está en la actualidad abierto para cualquier especie de hipótesis, admitimos que esta tribu, ó bien pudo haber llegado á Armenia desde el otro lado del Indo, siguiendo su camino en dirección del mar Caspio—una parte del cual era también India en otro tiempo—y desde allí al Ponto Euxino, ó bien podían asimismo haber venido desde Ceilán por la misma vía. Ha sido imposible seguir con algún grado de certeza los viajes de estas nómadas tribus Arias; y por lo tanto, nos vemos reducidos á juzgar por inferencias y por la comparación de sus mitos esotéricos. El mismo Abraham, como todos nuestros hombres de ciencia pueden saber, es posible que fuese uno de estos pastores Palis que emigraron hacia el Oeste. Le vemos partir con su padre, Terah, de «Ur de los Caldeos»; y Sir H. Rawlinson encontró la ciudad fenicia de Martu ó Marathos mencionada en una inscripción en Ur, que, como nos demuestra, significa EL OESTE.

Si su lenguaje parece en cierto sentido negar su identidad con los Brahmanes del Indostán, no obstante hay otras razones en favor de lo que pretendemos, ó sea que las alegorías bíblicas del *Génesis* se deben por completo á estas tribus nómadas. Su nombre Ak-ad es de la misma clase que Ad-Am, Ha-va (1), ó Ed-En, «quizás—dice el Dr. Wilder—significando hijo de Ad, como los hijos de Ad en la antigua Arabia. En la lengua asiria, Ak es creador y Ad-ad es AD, el padre». En el lenguaje arameo, Ad también significa uno, y Ad-ad el único; y en la *kábala*, Ad-am es el unigénito, la primera emanación del Creador invisible. Adon era el «Señor» dios de Siria, y el consorte de Adar-gat, ó Aster-'t', la diosa siria, que era Venus, Isis, Istar, ó Mylitta, etc.; y cada una de éstas era madre de todo lo viviente—la *Magna Mater*.

Así, pues, mientras que el primero, segundo y tercer capítulo del

(1) En un antiguo libro brahmánico llamado las *Profecías*, escrito por Ramatsariar, lo mismo que en el manuscrito meridional referente á la leyenda de Christna, este último cita casi palabra por palabra los dos primeros capítulos del *Génesis*. Relata la creación del hombre—á quien llama *Adima*, en sánscrito, el «primer hombre»—y la primera mujer es llamada *Heva*, la que completa la vida. Según Luis Jacolliot (*La Bible dans l'Inde*), Christna existió, y su leyenda fué escrita unos 3.000 años antes de J. C.

Génesis no son otra cosa que imitaciones desfiguradas de otras cosmogonias, desde el versículo décimo-sexto del capítulo cuarto hasta el final del quinto capítulo, los hechos allí referidos son puramente históricos, si bien éstos nunca han sido interpretados correctamente. Están tomados, palabra por palabra, del secreto *Libro de los Números* de la Gran *Kábala* Oriental. Desde el nacimiento de Enoch, el primer padre propiamente de la moderna Francmasonería, empieza la genealogía de las llamadas familias Turanias, Arias y Semíticas, si es que estas denominaciones son correctas. Cada mujer es la personificación de un país ó ciudad; cada hombre y patriarca, una raza, una rama ó una subdivisión de alguna raza. Las mujeres de Lamech dan la clave del enigma, que algún verdadero sabio puede muy fácilmente descubrir hasta sin necesidad de estudiar las ciencias esotéricas. «Y Ad-ah engendró á Jabal: él era el padre de los que habitan en tiendas, y *de los que poseen ganado*», la raza aria nómada; «... y su hermano era Jubal: él era el padre de todos los que tocan el arpa y el órgano;... y Zillah engendró á Túbal Cain, instructor *de todos los artifices en el bronce y en el hierro*, etc.» Cada una de estas palabras tiene un sentido, pero no es ninguna *revelación*. Es sencillamente una compilación de los hechos más *históricos*, si bien la historia está demasiado perpleja acerca de este punto para conocer la importancia que les debe dar.

Del Euxino á Cachemira, y aun más allá, es en donde debemos buscar la cuna de la humanidad y de los hijos de Ad-ah; y abandonar el jardín particular de Ed-en situado junto al Eufrates al colegio de los sabios astrólogos y magos, los Aleim (1). No hay que maravillarse de que Swedenborg, el vidente del Norte, aconsejase el buscar la PALABRA PERDIDA entre los hierofantes de la Tartaria, de la China y del Tibet; porque allí y únicamente allí está en la actualidad, aunque la encontramos inscrita en los monumentos de las más antiguas dinastías egipcias.

La grandiosa poesía de los cuatro *Vedas*; los *Libros de Hermes*; el *Libro de los Números* caldeo; el *Codex Nazarene*; la *Kábala* de los Tanaim; el *Sepher-Jezira*; el *Libro de la Sabiduría* de Schlomah (Salomón); el tratado secreto sobre *Muhta y Badha* (2), atribuido

(1) *Adah* en Hebreo es אָדָם, y Edén עֵדֶן. El primero es un nombre de mujer; el segundo, la designación de un país. Están intimamente relacionados el uno con el otro, pero difícilmente con Adam y con Akkad אָדָם, אֶדֶן, que están escritos con aleph.

(2) Estos dos términos corresponden á las palabras *Macroprosopos*, ó macrocosmo: lo absoluto é ilimitado, y al *Microprosopos* de la *Kábala*, la «pequeña cara», ó sea el microcosmo: lo finito y condicionado. El tratado en cuestión no está traducido, ni es probable que lo sea. Los monjes del Tibet dicen que allí están los verdaderos «Sutras». Algunos Buddhitas creen que Buddha fué, en una existencia anterior, el mismo Kapila. No comprendemos cómo varios sabios sanscritistas pueden sostener la idea de que Kapila era un ateo, siendo así que cada leyenda nos lo presenta como el más ascético de los místicos, el fundador de la secta de los Yoguis.

por los *Kabalistas* búddhicos á *Kapila*, el fundador del sistema *Sankhya*; los *Brahmanas* (1); el *Stan-gyour* (2) de los Tibetanos; todas estas obras tienen un mismo fundamento. Variando tan sólo en las alegorías, enseñan la misma doctrina secreta, la cual, una vez esté completamente eliminada, quedará demostrado que es la última *Thulé* de la verdadera filosofía, y entonces se revelará cuál es esta **PALABRA PERDIDA**.

Es inútil esperar que los sabios encuentren en estas obras algo que les interese, excepto aquello que está directamente relacionado con la filología ó con la mitología comparadas. Hasta el mismo *Max-Muller*, en cuanto se refiere al misticismo y á la filosofía metafísica esparcidos entre la literatura sánscrita, no ve en ello más que «absurdos teológicos» y «fantásticos desatinos».

Hablando de los *Brahmanas*, llenos de misterios, y por consiguiente, como es natural, absurdos significados, vemos que dice: «La mayor parte de los mismos es pura charlatanería, y lo que es peor, *charlatanería teológica*. Ninguna persona que no conozca de antemano el lugar que los *Brahmanas* ocupan en historia del pensamiento indio puede leer más de diez páginas sin aburrirse» (3).

No nos sorprende la severa crítica de este sabio erudito. Sin tener una clave para la verdadera significación de esta «charlatanería» de conceptos religiosos, ¿cómo pueden ellos juzgar acerca de lo esotérico por la exotérico? Encontramos una respuesta en otra de las interesantísimas conferencias del sabio alemán: «Ningún judío, ningún romano, ningún brahmán ha intentado nunca convertir á la gente á su propia forma nacional de religión. La religión era considerada como una propiedad nacional ó privada. Debía ser guardada contra los extranjeros. Los más sagrados nombres de los dioses, las plegarias por medio de las cuales podían impetrarse sus favores, eran conservados en el mayor secreto. Ninguna religión era más exclusiva que la de los *Brahmanes*» (4).

Por esto, cuando nos encontramos con sabios que, por haber aprendido la significación de unos cuantos ritos exotéricos, por conducto de un *srotriya*, sacerdote brahmánico iniciado en los misterios de los sacrificios, se figuran hallarse ya en disposición de interpretar todos los símbolos, y han escudriñado las religiones de la India, no podemos menos de admirar el colmo de sus ilusiones científicas. Y con

(1) Los *Brahmanas* han sido traducidos por el Dr. Haug; véase su *Aitareya Brahmanam*.

(2) El *Stan-gyour* está lleno de reglas de magia y contiene el estudio de los poderes ocultos y su adquisición, los hechizos, encantamientos, etc., y es tan poco comprendido por sus intérpretes profanos, como lo es la Biblia judía por nuestro clero, ó la *Kábala* por los rabinos europeos.

(3) *Aitareya-Brahmana*. Discurso por *Max-Muller*.

(4) *Idem*, *Peregrinos budhistas*.

mayor motivo cuanto nos encontramos al mismo Max-Muller afirmando que, desde el momento en que «un Brahmán habla nacido, ¡qué digo!, había *dos veces nacido*, y nadie le podría obligar, ni aun la casta más inferior de todas, la de los Sudras, consentiría en abrir sus filas para admitir á un extraño». ¡Cuánto menos probable no es que permitiesen á un extraño revelar al mundo sus más sagrados Misterios religiosos, cuyo secreto ha sido tan celosamente guardado de profanación en el transcurso de siglos incalculables!

No, nuestros sabios no comprenden, ó mejor dicho, no pueden comprender correctamente la literatura india, pues para ellos existe la misma dificultad con que tropieza un ateo ó un materialista para apreciar en su justo valor los sentimientos de un iluminado, de un místico cuya vida está enteramente dedicada á la contemplación. Tienen perfecto derecho á adularse ellos mismos con el suave arrullo de su propia admiración, y á la justa conciencia de su grande saber, pero de ningún modo esto les autoriza para hacer caer al mundo en sus propios errores, haciéndole creer que ellos han resuelto el último problema acerca de las antiguas opiniones en la literatura, sea sánscrita ó cualquiera otra; que nada hay detrás de la externa «charlatanería» que no haya sido soñado por nuestra exacta filosofía moderna, ó que más allá de la correcta traducción de las sentencias y palabras sánscritas no existe ningún pensamiento más profundo, inteligible para algunos de los descendientes de aquellos que velaban en las horas matutinas del día de la tierra, desde el momento en que aquellas no son inteligibles para el lector profano.

No nos admiramos en lo más mínimo de que los materialistas y hasta los cristianos ortodoxos sean incapaces de leer las antiguas obras brahmánicas ó su progenie, la *Kábala*, el *Codex* de Bardesanes ó la *Escritura* judía sin sentirse disgustados por su poca decencia y por la aparente falta de lo que el lector no iniciado se complace en llamar «sentido común». Pero si difícilmente podemos criticarles por un sentimiento tal, especialmente respecto de la literatura hebrea y hasta de la griega y latina, y estamos completamente dispuestos á convenir con el profesor Fiske «que es señal de sabiduría el no sentirse satisfecho con una evidencia imperfecta», tenemos por otra parte derecho á esperar que deberian ellos reconocer que no es menos una prueba de sinceridad el confesar uno mismo su ignorancia en los casos en que la cuestión presenta dos aspectos, y en cuya solución tan fácilmente puede equivocarse el sabio como el ignorante. Desde el momento en que nos encontramos al profesor Draper, en su definición de periodos en el *Desarrollo intelectual de Europa*, clasificando el tiempo transcurrido desde los días de Sócrates, precursor y maestro de Platón, hasta Carnéades, con el nombre de «edad de fe»; y al que medió entre Filón y la destrucción de las escuelas neo-platónicas por Justi-

niano, con el calificativo de «edad de decrepitud», bien puede permitirsenos deducir que el ilustrado profesor sabe tan poca cosa sobre la verdadera tendencia de la filosofía griega y de las escuelas áticas como sobre el verdadero carácter de Giordano Bruno. Así es que, cuando vemos á uno de los primeros sabios sanscritistas declarar por su propia y exclusiva autoridad que la mayor parte de los *Brahmanas* es pura charlatanería «teológica», con profundo pesar nuestro pensamos que el profesor Muller debe estar mejor enterado de los antiguos verbos y nombres sánscritos que del pensamiento sánscrito; y deploramos que un sabio tan dispuesto siempre á hacer justicia á las religiones y á los hombres de la antigüedad deba de un modo tan efectivo hacer el caldo gordo á los teólogos cristianos. «¿Para qué sirve el Sánscrito?», exclamaba Jacquemont, quien por sí solo ha dicho más disparates acerca del Oriente que todos los orientalistas juntos. Haciéndose uno esa cuenta, realmente de nada sirve. Si vamos á cambiar un cadáver por otro, lo mismo podemos entonces disecar la letra muerta de la *Biblia* judía que la de los *Vedas*. Aquel que no está intuitivamente vivificado por el espíritu de la antigüedad, nada verá más allá del «charlatanismo» exotérico.

Cuando por primera vez leemos que «en la cavidad del cráneo del Macroprosopos —la Grande Faz— está oculta la aérea SABIDURÍA, la cual en ninguna parte está abierta, y no está descubierta ni abierta»; ó bien que «la *nariz* del ‘anciano de los días’ es *Vida* en todas partes»; nos sentimos inclinados á considerar dichas frases como incoherentes extravagancias de un lunático. Y cuando, además, nos enteramos por el *Codex Nazaræus* de que «ella, el *Spiritus*», invita á su hijo Karabtanos, «que es un frenético y falto de juicio», á un crimen contra naturaleza con su propia madre, estamos perfectamente dispuestos á arrojar el libro con disgusto. Pero ¿es esto tan sólo una charla sin sentido expresada en un lenguaje rudo y hasta obsceno? Por la simple apariencia exterior, no se puede juzgar más esto que los símbolos sexuales de las religiones egipcia é india, ó la grosera franqueza de expresión empleada por la misma «santa» *Biblia*, ó bien que la alegoría de Eva y la tentadora serpiente del Edén. El siempre insinuante é inquieto espíritu, una vez «caído en la materia», tienta á Eva, ó Hava, la cual corporalmente representa la materia caótica, «frenética y falta de juicio». Porque la materia, Karabtanos, es el hijo del Espíritu, ó el *Spiritus* de los Nazarenos, la *Sophia Achamoth*, y ésta es la hija del espíritu puro é intelectual, el aliento divino. Cuando la ciencia nos haya demostrado de una manera efectiva el origen de la materia, y probado el error de los ocultistas y antiguos filósofos que sostenían (como sostienen en la actualidad sus descendientes) que la materia no es más que una de las correlaciones del espíritu, entonces el mundo de los escépticos tendrá derecho para des-

preciar á la antigua Sabiduría, ó para lanzar la imputación de obscenidad á la faz de las antiguas religiones.

«Desde tiempo inmemorial (1) —dice Mrs. Lydia María Child,—en el Indostán ha sido venerado un emblema como tipo de la creación, ú origen de la vida. Es el simbolo más común de Siva (Bala ó Maha-Deva), y está universalmente relacionado con su culto..... Siva no era únicamente el reproductor de las formas humanas: representaba el principio fructificante, el poder generador que penetra al universo..... Hay pequeñas imágenes de este emblema labradas en marfil, oro ó cristal, que son llevadas á manera de adornos alrededor del cuello..... El emblema maternal es asimismo un tipo religioso, y los adoradores de Vishnú lo representan en sus frentes por medio de una marca horizontal..... ¿Es extraño que miren con reverencia al gran misterio del nacimiento humano? Eran *ellos* impuros por considerarlo así, ó bien somos nosotros los impuros por *no* hacerlo? Hemos andado mucho camino y pasado por senderos bien sucios, desde que aquellos antiguos anacoretas hablaron por vez primera de Dios y del alma en las profundidades solemnes de sus primitivos santuarios. No nos riamos de su manera de seguir la Causa infinita é incomprensible al través de todos los misterios de la naturaleza, no sea que haciéndolo así proyectemos la sombra de nuestra propia grosería sobre su patriarcal sencillez».

Muchos son los sabios que han intentado, de la mejor manera que les ha sido posible, hacer justicia á la vieja India. Colebrooke, sir William Jones, Barthelemy Saint-Hilaire, Lassen, Weber, Strange, Burnouf, Hardy y finalmente Jacolliot han aportado su testimonio en confirmación de sus adelantos en legislación, ética, filosofía y religión. Ningún pueblo en el mundo ha llegado á tal grandeza de pensamiento en las concepciones ideales de la Divinidad y de su criatura, el **HOMBRE**, como los teólogos y metafísicos sánscritos. «Mi queja respecto á muchos traductores y orientalistas—dice Jacolliot,—al paso que admiro su profundo saber, es que, *no habiendo vivido en la India*, carecen de la exactitud de expresión, y no comprenden el sentido *simbólico* de los cantos poéticos, plegarias y ceremonias, y por lo tanto, con demasiada frecuencia caen en lamentables errores materiales, ya de traducción, ya de interpretación» (2). Más adelante, este autor, que, gracias á su larga residencia en la India y al estudio de su literatura, es mucho más competente para dar testimonio acerca de este punto que todos aquellos que jamás han estado allí, nos dice que «la vida de varias generaciones apenas bastaría para poder leer siquiera las obras que la antigua India nos ha dejado sobre historia, ética (mo-

(1) *Progresos de las ideas religiosas al través de los siglos*, vol. I, p. 17.

(2) *La Bible dans l' Inde*.

ral), poesía, filosofía, religión, diferentes ciencias y medicina. Y sin embargo, Luís Jacolliot no puede juzgar más que por unos escasos fragmentos que han llegado á sus manos debido á la complacencia y amistad de unos pocos Brahmanes con los cuales logró trabar alguna intimidad. Pero ¿le enseñaron éstos *todos* sus tesoros? ¿Le explicaron *todo* cuanto deseaba saber? Lo dudamos, porque de otra suerte no hubiera juzgado sus ceremonias religiosas con la ligereza con que lo hace en varias ocasiones, fundándose simplemente en lo que alguna vez pudo ver por casualidad.

Pero, á pesar de todo, ningún viajero se ha mostrado en general más justo ó más imparcial en lo que referente á la India que Jacolliot. Si es severo respecto á su degradación actual, lo es mucho más tocante á aquellos que fueron la causa de la misma, la casta sacerdotal durante estos últimos siglos, y sus apóstrofes son proporcionados á la intensidad con que aprecia sus pasadas grandezas. Muestra las fuentes de donde han procedido las revelaciones de todas las antiguas creencias, incluyendo los «inspirados» *Libros de Moisés*, y señala directamente á la India como á la cuna de la humanidad, la madre de todas las demás naciones y el semillero de todas las artes perdidas y de las ciencias de la antigüedad, por lo cual la vieja India, á su vez, estaba ya perdida en las tinieblas cimerianas de las edades arcaicas. «Estudiar la India —dice— es seguir la humanidad hasta sus fuentes».

«Del propio modo que nuestra sociedad moderna tropieza con la antigüedad á cada paso—añade dicho autor— que nuestros poetas han copiado á Homero y Virgilio, á Sófocles y Eurípides, á Plauto y Terencio; que nuestros filósofos se han inspirado en Sócrates, Pitágoras, Platón y Aristóteles; que nuestros historiadores toman por modelo á Tito Livio, Salustio y Tácito; que nuestros oradores imitan á Demóstenes y á Cicerón, y que nuestros médicos estudian á Hipócrates, y que nuestros códigos son transcripciones de Justiniano, así también la misma antigüedad tenía igualmente una antigüedad para estudiar, imitar y copiar. ¿Qué más sencillo y más lógico? ¿No se preceden y suceden los pueblos los unos á los otros? ¿Debe acaso el saber, penosamente adquirido por una nación, quedar confinado en su propio territorio, y morir con la generación que le dió origen? ¿Puede tener algo de absurda la idea de que la India de hace 6.000 años, esplendorosa, civilizada, rebotando de población, imprimió sobre el Egipto, la Persia, la Judea, Grecia y Roma un sello tan indeleble y unas huellas tan profundas como las que estas naciones han impreso sobre nosotros?»

»Hora es ya de desentendernos de todas aquellas preocupaciones en virtud de las cuales se nos representan los antiguos como si tuviesen casi espontáneamente elaboradas ideas filosóficas, religiosas y morales, las más sublimes; preocupaciones que, en su inocente admi-

ración, lo explican todo, en el dominio de la ciencia, de las artes y letras, por la intuición de unos pocos grandes hombres, y, en el terreno religioso, por medio de la revelación»(1).

Creemos que no está lejano el día en que los adversarios de este ameno y erudito escritor serán reducidos al silencio por la fuerza irrefutable de la evidencia. Y cuando los *hechos* hayan confirmado sus teorías y afirmaciones, ¿qué encontrará el mundo? Que es á la India, al país menos explorado y menos conocido que otro cualquiera, á la cual todas las demás grandes naciones del mundo son deudoras de sus lenguajes, artes, legislaciones y civilización. Sus progresos, paralizados durante unos pocos siglos antes de nuestra era (porque, como indica este escritor, en la época del gran conquistador macedonio «la India había ya rebasado el período de su esplendor»), se extinguieron por completo en los siglos sucesivos. Pero la prueba evidente de sus pasadas glorias se hallan en su literatura. ¿Qué pueblo en todo el mundo puede envanecerse de una literatura tal que si el sánscrito fuese menos difícil, sería más estudiada de lo que es en la actualidad? Hasta aquí el público en general sólo ha podido ilustrarse sobre este punto por medio de unos pocos sabios, los cuales, no obstante sus grandes conocimientos y su sinceridad, no están de acuerdo en la tarea de traducir y comentar unos pocos libros de los casi innumerables que, á pesar del vandalismo de los misioneros, subsisten todavía formando parte de la masa enorme de la literatura sánscrita. Y aun para llevar esto á cabo, se necesita el trabajo de toda la vida de un europeo. De ahí que la gente juzgue precipitadamente y que con frecuencia cometa los más ridículos errores.

Hace muy poco tiempo, un tal reverendo Dunlop Moore, de New Brighton, Pa., decidido á hacer gala de su ingenio y piedad á la vez, combatió la afirmación hecha por un teosofista en un discurso pronunciado en el acto de la cremación del Barón de Palm, de que el *Código de Manú* existía un millar de años antes de Moisés. «Todos los orientalistas de alguna importancia—dice—convienen actualmente en que las *Instituciones de Manú* fueron escritas en diferentes tiempos. *La parte más antigua de la colección data probablemente del siglo sexto antes de la era cristiana*» (2).

Sea cual fuere el modo de pensar de otros orientalistas, atacados por este pundit de Pensilvania, sir William Jones es de una opinión distinta. «Es claro—dice—que las *Leyes de Manú*, tales como las poseemos, y que sólo contienen 680 *slokas*, no pueden ser la obra atribuida á Soumati, la cual es probablemente la conocida con el nombre de *Vridhha Manava*, ó *Antiguo Código de Manú*, que no ha sido to-

(1) *La Bible dans l' Inde.*

(2) *Presbyterian Banner*, 20 Diciembre 1876.

davía enteramente reconstruída, si bien la tradición ha conservado muchos fragmentos de dicho libro, los cuales son citados con frecuencia por los comentadores».

«Leemos en el prefacio de un tratado sobre legislación de Narada—dice Jacolliot,—escrito por uno de sus adeptos, un partícipe del poder brahmánico: ‘Habiendo Manú escrito las leyes de Brahma en 100.000 *slokas* ó dísticos, que formaban veinte y cuatro libros y mil capítulos, entregó la obra á Narada, el sabio de los sabios, quien, para uso de la humanidad, redujo dicho número á 12.000 versos, los cuales ofreció á un hijo de Brighou llamado Soumati, quien, para mayor conveniencia del hombre, los redujo á 4.000».

Aquí tenemos la opinión de sir William Jones, que, en 1794, afirmaba que los fragmentos que estaban en poder de los europeos no podían ser *El Antiguo Código de Manú*, y la de Luis Jacolliot, que, en 1868, después de consultar á todas las autoridades y de añadir á las mismas el resultado de sus largas y pacientes investigaciones, escribe lo siguiente: «Las leyes indias fueron codificadas por Manú *más de 3.000 años antes de la era cristiana*, copiadas por toda la antigüedad, y especialmente por Roma, que es la única que nos ha dejado una ley escrita, el *Código de Justiniano*, el cual ha sido adoptado como base de todas las legislaciones modernas»(1).

En otra obra titulada *Christna et le Christ*, ocupándose en una científica crítica de un piadoso, aunque muy instruido, adversario católico, Mr. Textor de Ravisi, el cual pretende probar que la ortografía del nombre *Christna* no está justificada por su manera de deletrearlo en sánscrito (en lo cual lleva la peor parte), dice Jacolliot: «Sabemos que el legislador Manú está perdido en la noche del periodo pre-histórico de la India, y que ningún indianista se ha atrevido á negarle el título de más antiguo legislador del mundo» (p. 350).

Pero Jacolliot no ha oído hablar del Rev. Dunlop Moore. Será, quizás, porque él y varios otros indiólogos están preparándose para probar que muchos de los textos Védicos, así como los de Manú, enviados á Europa por la Sociedad Asiática de Calcuta, *no son en manera alguna textos legítimos*, sino que en su mayoría son debidos á las hábiles tentativas y esfuerzos de ciertos misioneros jesuitas para descarriar á la ciencia é inducirla al error, con el auxilio de ciertas obras apócrifas calculadas para arrojar sobre la historia de la India antigua una nube de incertidumbre y obscuridad, y sobre los modernos brahmanes y pundits una sospecha de interpolación sistemática. «Estos hechos —añade,—que están tan bien probados en la India que ni siquiera se disputa acerca de los mismos, *deben ser revelados á Europa*» (*Christna et le Christ*, p. 347).

(1) *La Bible dans l' Inde.*

Por otra parte, el *Código de Manú*, conocido de los orientalistas europeos por ser el que fué comentado por Brighou, ni siquiera forma parte del antiguo Manú llamado el *Vridhha Manava*. Aunque sólo pequeños fragmentos del mismo han sido descubiertos por nuestros sabios, existe completo en ciertos templos; y Jacolliot prueba que los textos enviados á Europa no están en nada conformes con los mismos textos tal como se encuentran en las pagodas de la India Meridional. Podemos también citar para nuestro objeto á sir William Jones, quien, quejándose de Callouca, hace notar que éste, en sus comentarios, parece no haber nunca considerado que «las leyes de Manú están *limitadas á las tres primeras épocas*» (Traducción de Manú y Comentarios).

Según el cómputo, estamos actualmente en la época de Kali-Yug, la tercera á contar desde la de Satya ó Kritayug, primera época en la cual la tradición india establece las Leyes de Manú, y cuya autenticidad es aceptada implícitamente por sir William Jones. Admitiendo todo cuanto puede decirse acerca de las enormes exageraciones de la cronología india —la cual, dicho sea de paso, se ajusta muchísimo mejor á la antropología y á la geología moderna que la ridícula cronología de 6.000 años de la *Escritura judía*,—como después de todo han transcurrido unos 4.500 años desde que empezó la cuarta edad del mundo, ó sea la de Kali-Yug, tenemos aquí la razón por que uno de los más grandes orientalistas que han existido—y cristiano por añadidura, no teosofista—creía que Manú es muchos millares de años más antiguo que Moisés. Verdaderamente, aquí se impone una de estas dos cosas: ó la historia india tiene que ser totalmente reformada para el *Presbyterian Banner* (Bandera presbiteriana), ó bien los que escriben en dicho periódico deben estudiar la literatura india antes de atacar y criticar á los teosofistas.

Pero dejando á un lado las opiniones particulares de estos reverendos señores, cuyo objeto muy poco nos importa, vemos asimismo en la *Nueva Enciclopedia Americana* una marcada tendencia á discutir la antigüedad é importancia de la literatura india. Las *Leyes de Manú*—dice uno de los escritores—«no datan más allá del tercer siglo antes de J. C.» Este término es muy elástico. Si por las *Leyes de Manú* el escritor entiende el *compendio* de estas leyes, compilado y arreglado por los últimos Brahmanes, para que sirviese como de autoridad en favor de sus ambiciosos proyectos, y con la idea de crear para ellos mismos una regla de dominación, en este caso, podrán quizás tener razón, aunque estamos igualmente preparados para disputársela. Sea como fuere, es tan poco natural el pretender hacer pasar dicho compendio por las verdaderas antiguas leyes codificadas por Manú, como el afirmar que la *Biblia* hebrea no data más allá del siglo décimo de nuestra era, por el hecho de que no poseemos ningún manuscrito anterior á la época citada, ó bien decir que los

versos de la *Iliada* de Homero no eran conocidos ni estaban escritos antes de que se hubiese encontrado su primer manuscrito auténtico. No existe en poder de los sabios europeos ningún manuscrito sánscrito que tenga mucho más de cuatro ó cinco siglos (1), lo cual no les impide en lo más mínimo asignar á los *Vedas* una antigüedad de 4.000 á 5.000 años.

No faltan argumentos poderosísimos en favor de la gran antigüedad de los *Libros de Manú*, y, sin tomarnos el trabajo de citar las opiniones de varios sabios, de las cuales no hay dos que concuerden, presentaremos las nuestras, al menos en lo que se refiere á esta por demás injustificable afirmación de la *Enciclopedia*.

Si, como Jacolliot prueba con el texto en la mano, el *Código de Justiniano* es una copia de *Las Leyes de Manú*, lo primero que hemos de hacer es averiguar la edad del referido *Código*; no como código escrito y perfecto, sino remontándonos á su origen. La contestación creemos que no es difícil.

Según Varrón, Roma fué construida el año 3961 del periodo Juliano (754 antes de J. C.). La Ley Romana, tal como fué compilada por orden de Justiniano y conocida con el nombre de *Corpus Juris Civilis*, no era un código, como hemos dicho, sino un digesto de las costumbres legislativas de muchos siglos. Aunque en la actualidad nada se sabe acerca de las autoridades originales, la fuente principal de que procedió el *jus-scriptum*, ó ley escrita, era el *jus non scriptum*, ó sea la ley consuetudinaria. Pues bien, precisamente en esta ley consuetudinaria ó *de costumbre* es en la que nos disponemos á fundar nuestros argumentos. La ley de las Doce Tablas, además, fué compilada sobre el año 300 de la fundación de Roma, y hasta esta misma ley, en lo que tiene de carácter privado, fué compilada *de fuentes aún más primitivas*. Por lo tanto, si se echa de ver que estas fuentes más antiguas concuerdan tan perfectamente con *Las Leyes de Manú*, que los Brahmanes pretenden haber sido codificadas durante el *Kritayug*, época anterior al actual *Kali-yug*, debemos entonces suponer que estas fuentes de las Doce Tablas, como leyes de *costumbre* y tradición, son por lo menos algunos centenares de años más antiguas que sus copistas. Esto solo nos lleva directamente á una época anterior de 1000 años á la de Cristo.

El *Manava Dharma Sastra*, comprendiendo el sistema indio de Cosmogonía, es reconocido como la obra que más se acerca á los *Vedas* en antigüedad, y, no obstante, Colebrooke atribuye estos últimos al siglo quince antes de J. C. Y ahora veamos cuál es la etimología del nombre de *Manava Dharma Sastra*. Es una palabra compuesta de *Manú*; *d'harma*, instituto; y *sastra*, mandato ó ley. ¿Cómo

(1) Véase *Discurso acerca de los Vedas*, de Max-Muller.

pueden entonces las leyes de Manú datar únicamente del tercer siglo antes de nuestra era cristiana?

El *Código* indio jamás ha tenido la menor pretensión de ser debido á la revelación divina. La distinción hecha por los mismos Brahmanes entre los *Vedas* y cualquier otro libro sagrado, por respetable que sea su antigüedad, es una prueba de ello. Al paso que todas las sectas consideran á los *Vedas* como la palabra directa de Dios — *sruti* (revelación),—el *Código de Manú* es designado por las mismas simplemente como *smriti*, ó sea una colección de tradiciones orales. Estas tradiciones ó «recuerdos» figuran todavía entre las más antiguas, á la par que más veneradas, en aquel país. Pero, quizás, el argumento más sólido en favor de su antigüedad y de la general estimación de que son objeto se funda en el hecho siguiente. Los Brahmanes refundieron indudablemente estas tradiciones en algún periodo lejano, y crearon muchas de las leyes actuales, tal como hoy día existen en el *Código de Manú*, con objeto de favorecer sus miras ambiciosas. Por consiguiente, *deben ellos haber hecho esto en un tiempo durante el cual la cremación de las viudas (suttee) no estaba en práctica ni se pensaba que lo estuviese*, lo cual ha sido durante cerca de 2.500 años. Así como no está en los *Vedas*, tampoco en el *Código de Manú* existe una ley tan atroz

¿Quiéu, á no ser que desconozca por completo la historia de la India, no sabe que este país estuvo en peligro inminente de sufrir una rebelión religiosa ocasionada por haber prohibido la *Suttee* el gobierno inglés? Los Brahmanes apelaban á un versículo del *Rig Veda* que ordenaba esta práctica, pero recientemente se ha reconocido que este versículo había sido falsificado (1). Si hubiesen sido los Brahmanes los únicos autores del *Código de Manú*, ó lo hubiesen codificado enteramente en lugar de limitarse á llenarlo con interpolaciones encaminadas al logro de sus designios, en una época no anterior á la de Alejandro, ¿cómo es posible que hubiesen descuidado este importantísimo punto, y puesto en tan grave peligro su autoridad? Este hecho por sí solo prueba que el *Código* debe ser considerado como uno de sus libros más antiguos.

Por la fuerza de semejante evidencia accidental—la que nos proporcionan la razón y la lógica— es que afirmamos que si el Egipto comunicó su civilización á la Grecia, y ésta la transmitió á Roma, el Egipto á su vez, en aquellos tiempos desconocidos en que reinaba Menes (2), había recibido de la India pre-Védica sus leyes, sus insti-

(1) Véase: *El Entierro en la India*, de Roth; *Mitología comparada*, de Max-Muller (Conferencia); el artículo de Wilson titulado *La supuesta autoridad Védica para la cremación de las viudas indias*, etc.

(2) Bunsen señala el año 3645 como el primero de Menes; Manethón el 3892 antes de Cristo. *Lugar del Egipto*, etc., vol. v, 34; Clave.

tuciones sociales, sus artes y sus ciencias (1), y que, por consiguiente, en aquella antigua iniciadora de los sacerdotes—los adeptos de todos los demás países—es en donde debemos buscar la clave de todos los grandes misterios de la humanidad.

Y cuando decimos, indistintamente, la «India», no queremos significar con ello la India de nuestros días, sino la del período arcaico. En aquellos remotos tiempos, diversos países que en la actualidad conocemos con otros nombres eran todos llamados India. Existía la India Superior, la Inferior y la Occidental, constituyendo esta última lo que es ahora Persia-Irán. Los países denominados hoy día Tibet, Mongolia y Gran Tartaria eran también considerados como India por los antiguos escritores. Referiremos ahora una leyenda relacionada con aquellos lugares que la ciencia reconoce plenamente en la actualidad que fueron la cuna del género humano.

La tradición dice, y los recuerdos del *Gran Libro* explican, que mucho tiempo antes de los días de Ad-am y de su curiosa mujer, He-va, allí donde hoy sólo se encuentran lagos salados y áridos desiertos existía un vasto mar interior que se extendía por el Asia Central, al norte de la majestuosa cordillera de los Himalayas y de sus estribaciones occidentales. Una isla que por su incomparable belleza no tenía rival en el mundo, estaba habitada por los últimos restos de la raza que ha precedido á la nuestra. Esta raza podía vivir con la misma facilidad en el agua, en el aire ó en el fuego, porque gozaba de un ilimitado dominio sobre los elementos. Eran los «Hijos de Dios»; no aquellos que vieron á las hijas de los hombres, sino los verdaderos *Elohim*, aunque en la *Kábala* oriental tengan otro nombre. Ellos eran los que comunicaron á los hombres los más misteriosos secretos de la naturaleza, y les revelaron la «palabra» inefable, actualmente *perdida*. Esta palabra, que no es ninguna palabra, había en otro tiempo dado la vuelta por todo el globo, y todavía subsiste á manera de eco lejano y moribundo en los corazones de algunos hombres privilegiados. Los hierofantes de todos los Colegios Sacerdotales estaban enterados de la existencia de esta isla, pero la «palabra» era conocida únicamente del *Java-Aleim*, ó presidente de cada colegio, y transmitida á su sucesor solamente en el momento de la muerte. Existían muchos de tales colegios, y los antiguos autores clásicos hablan de ellos.

Hemos visto ya que una de las tradiciones universales aceptadas por todos los pueblos antiguos es la de que han existido muchas razas de hombres anteriores á las de nuestros días. Cada una de ellas era distinta de la que le precedía; y cada una de ellas desaparecía

(1) Luis Jacolliot, en *La Biblia en la India*, afirma lo mismo.

al aparecer la siguiente. En el *Manú*, se mencionan claramente seis razas que se habían sucedido una á otra.

«De este Manú Swayambhuva (el menor, y correspondiendo al Adam Kadmon) emanado de Swayambhuva, ó Sér existente por sí mismo, descendieron otros seis Manús (hombres representando progenitores), cada uno de los cuales dió nacimiento á una raza de hombres... Cada uno de estos Manús, todopoderosos, de los cuales Swayambhuva es el primero, en su período (*antara*) ha producido y dirigido este mundo compuesto de seres movibles é inamovibles» (*Manú*, libro I).

En el *Siva-Purana* (1) vemos lo siguiente:

«Oh Siva, dios del fuego, destruye mis pecados, como la seca hierba de la selva es destruida por el fuego. Por medio de tu potente Soplo, Adhima (el primer hombre) y Heva (complemento de vida, en sánscrito), *los antecesores de esta raza de hombres* recibieron la vida y poblaron el mundo con su descendencia».

La hermosa isla de que hemos hablado no tenía comunicación alguna por mar, sino que, por medio de pasadizos subterráneos, conocidos únicamente de los jefes, se comunicaba con ella en todas direcciones. La tradición indica muchas de las majestuosas ruinas de la India, Ellora, Elefanta y las cavernas de Ajunta (región de Chandor), que pertenecían en otro tiempo á aquellos colegios, y con las cuales comunicaban las mencionadas vías subterráneas (2). ¿Quién puede decir si la perdida Atlántida—que también se halla mencionada en el *Libro Secreto*, aunque bajo otro nombre pronunciado en el sagrado lenguaje—no existía todavía en aquella época? ¿No podía, quizás, el gran continente perdido haber estado situado al sur del Asia, extendiéndose de la India á la Tasmania? (3) Si la hipótesis actualmente tan discutida y rotundamente negada por algunos ilustrados autores, que la consideran como una ocurrencia de Platón, llega á comprobarse alguna vez, quizás entonces creerán los sabios

(1) *Purana* significa historia ó tradición antigua y sagrada. Véanse las traducciones del *Manú* de Loiseleur Des-longchamp, y también *La Genèse de l'Humanité*, de L. Ja-colliot.

(2) Hay varios arqueólogos que, como Mr. James Fergusson, niegan la grande antigüedad de todos los monumentos de la India, sin exceptuar uno solo. En su obra *Ilustraciones de los Templos de la India abiertos en la roca*, el autor se aventura á manifestar la muy extraordinaria opinión de que: «el Egipto había dejado de ser una nación, antes de que fuese excavado el más primitivo de los templos-cavernas de la India». En una palabra, no admite la existencia de ninguna cueva anterior al reinado de Asoka y parece querer probar que la mayor parte de los templos abiertos en la roca fueron ejecutados desde el tiempo de aquel piadoso rey buddhista, hasta la destrucción de la dinastía Andhra de Maghada, á principios del siglo quinto. Consideramos semejante pretensión completamente arbitraria. Descubrimientos posteriores vendrán á demostrar seguramente lo erróneo é infundado de la misma.

(3) Es una extraña coincidencia la de que, al principio de haberse descubierto la América, se vió que algunas de las tribus naturales le daban el nombre de *Atlántida*.

que la descripción del continente habitado por dioses no era ninguna fábula; y podrán darse cuenta de que las reservadas indicaciones de Platón, y el hecho de atribuir su relato á Solón y á los sacerdotes egipcios, eran tan sólo una manera prudente de comunicar el hecho al mundo, y, combinando hábilmente la verdad con la ficción, desentenderse de una historia que las obligaciones impuestas por la iniciación le prohibían divulgar.

¿Y cómo podía, después de todo, el mismo nombre de *Atlanta* tener su origen en Platón? *Atlante* no es un nombre griego, y en su construcción no entra ningún elemento griego. Brasseur de Bourbourg intentó demostrarlo hace años, y Baldwin, en sus *Naciones prehistóricas de la antigua América*, cita al primero, el cual declara que «las palabras *Atlas* y *Atlante* no tienen una etimología satisfactoria en ninguno de los idiomas conocidos de Europa. No son griegas, ni pueden tener referencia con ninguno de los lenguajes conocidos del mundo antiguo. Pero en la lengua nahuatl (ó tolteca) encontramos inmediatamente el radical *a, atl*, que significa agua, guerra y el extremo de la cabeza. De dicho radical procede una serie de palabras tales como *atlan*, ó sea la orilla ó medio del agua; de cuya palabra tenemos el adjetivo *Atlántico*. Tenemos también *atlaca*, combatir... Una ciudad llamada *Atlan* existía cuando el continente fué descubierto por Colón, á la entrada del Golfo de Uraha, en Darien, con un buen puerto. Ahora está reducida á un insignificante pueblo denominado Aclo» (1).

¿No es, por lo menos, muy extraordinario encontrar en América una ciudad designada con un nombre que contiene un elemento puramente local, extraño, por otra parte, á todos los demás países, en la pretendida ficción de un filósofo que vivía unos 400 años antes de Cristo? Lo mismo puede decirse respecto del nombre *América*, que tal vez algún día se encontrará íntimamente relacionado con Merú, el monte sagrado que está en el centro de los siete continentes, según la tradición india, y luego con Américo Vespucio, cuyo nombre, dicho sea de paso, no ha sido nunca Américo, sino *Alberico*, una leve diferencia que la historia *exacta* no ha considerado digna de ser mencionada hasta hace muy poco tiempo (2). He aquí las razones que aducimos en favor de nuestro argumento:

1.º Americ, Amérrica ó América es el nombre que en Nicaragua se da al país elevado ó cadena de montañas situado entre Juigalpa y Libertad, en la provincia de Chontales, y que por uno de sus lados

(1) Baldwin: *Naciones prehistóricas*, p. 179.

(2) Alberico Vespuzio, hijo de Anastasio Vespuzio ó Vespucci (pronúnciese Vespucci), se duda en la actualidad muy seriamente si tiene algo que ver con el nombre del Nuevo Mundo. La verdad es que se dice que se encuentra dicho nombre en una obra escrita varios siglos antes. A. Wilder (Notas).

penetra en el territorio de los indios Carcas, y por el otro en el país de los indios Ramas.

Ic ó *ique* es un terminativo, y significa grande, como *cacique*, etcétera.

Colón menciona en su cuarto viaje el pueblo *Cariái*, probablemente *Caícai*. Entre sus habitantes abundaban los hechiceros, ú hombres que ejercían la medicina; y esta era la región de la cordillera Americ, cuya altura es de 3.000 pies.

Pero el célebre navegante no hace mención de esta palabra.

El nombre *América Provincia* apareció por primera vez en un mapa publicado en Basilea, en 1522. Todavía en aquel tiempo se creía que dicha región formaba parte de la India. Aquel año, Nicaragua fué conquistada por Gil González de Avida (1).

2.º «Los Normandos que visitaron el continente en el siglo décimo (2), á una costa baja cubierta de espeso bosque» la denominaron *Markland*, de *mark*, bosque. La *r* tiene un sonido fuerte, como en *marrick*. Una palabra parecida se encuentra en la región de los Himalayas, y el nombre de la Montaña del Mundo, Merú, en algunos dialectos se pronuncia MeruAH, aspirando fuertemente la letra *h*. La idea principal, sea como fuere, consiste en demostrar cómo podían dos pueblos aceptar buenamente una palabra de sonido semejante, habiéndola usado cada uno en su sentido propio, y estando aplicada al mismo territorio.

«Es muy probable—dice el profesor Wilder—que el Estado de la América Central, en el que encontramos el nombre *Americ* significando (como el Merú indio, podemos añadir) gran montaña, dió su nombre al continente. Vespucio hubiera empleado su apellido si se hubiese propuesto dar un nombre á un continente. Si la teoría del abate de Bourbourg referente á *Atlan* como origen de Atlas y Atlántico llega á comprobarse, las dos hipótesis concordarán de la manera más admirable. Como Platón no ha sido el único escritor que se ha ocupado de un mundo situado más allá de las columnas de Hércules, y como el mar es poco profundo y abundante en algas marinas en toda la región tropical del Atlántico, no es ningún disparate imaginar que allí ha existido un continente ó mundo insular. También en el Pacífico se observan señales de haber existido un populoso imperio insular de Malayos ó Javaneses, si es que no era un continente situado entre el Norte y el Sur. Sabemos que la Lemuria del Océano Indico es un sueño de los sabios; y que el Sahara y la región central de Asia eran, quizás, en un tiempo lechos de mares».

Continuando la tradición, hemos de añadir que los hierofantes

(1) Véase Thomas Belt: *Los Naturalistas en Nicaragua*, Londres, 1873.

(2) Torfæus: *Historia Vinlandiæ Antiquæ*.

estaban divididos en dos categorías: los unos eran instruidos por los «Hijos de Dios», de la isla, y estaban iniciados en la doctrina divina de la pura revelación; y los otros habitaban la perdida Atlántida (si así debe llamarse), y, perteneciendo á otra raza, habian nacido con un poder de visión que abarcaba todas las cosas ocultas, á cualquier distancia que fuese y á pesar de los obstáculos materiales. En una palabra, eran ellos la cuarta raza de hombres mencionada en el *Popol-Vuh*, cuya facultad de visión era ilimitada, y que de una vez sabían todas las cosas. Eran, quizás, *mediums de nacimiento*, como diríamos ahora, que no tenían que luchar ni sufrir para obtener sus conocimientos, ni adquirían éstos á costa de ningún sacrificio. Por lo tanto, mientras que los primeros caminaban por el sendero trazado por sus divinos instructores, y adquirían sus conocimientos gradualmente, aprendiendo al mismo tiempo á distinguir el bien del mal, nativos *adeptos* de la Atlántida obedecían ciegamente á las insinuaciones del grande é invisible «Dragón», el Rey *Thevetat* (la Serpiente del *Génesis*?). Thevetat no habla aprendido ni adquirido conocimientos, pero, apropiándonos una expresión del Dr. Wilder relacionada con la tentadora Serpiente, era «una especie de Sócrates que *sabía* sin haber sido iniciado». Así es que, influida por las malignas insinuaciones de su demonio, Thevetat, la raza Atlántica se convirtió en una nación de *magos* perversos. A consecuencia de esto, declaróse una guerra, cuya historia sería demasiada larga para contarla; la parte esencial de la misma puede encontrarse en las desfiguradas alegorías de la raza de Caín, de los Gigantes, y en la de Noé y su virtuosa familia. El conflicto terminó con la sumersión de la Atlántida, lo cual encuentra su imitación en las narraciones babilónica y mosaica del diluvio. Los gigantes y magos «..... y toda carne murió..... y todo hombre». Todos excepto Xisuthrus y Noé, que son substancialmente idénticos al gran Padre de los Thlinkithianos del *Popol-Vuh*, ó libro sagrado de los Guatemaltecos, el cual también habla de su salvación en un gran buque, como Waiswasvata, el Noé indio.

Si damos entero crédito á la tradición, tenemos que admitir la historia posterior de que, por resultado del enlace entre la progenie de los hierofantes de la isla y los descendientes del Noé Atlántico, surgió una raza mixta de justos y malvados. Por una parte, tiene el mundo sus Enochs, Moisés, Gautama-Buddhas, sus numerosos «Salvadores» y grandes hierofantes; y por otra, sus «magos *naturales*», que, por falta del poder restrictivo de la propia iluminación espiritual, y por efecto de la debilidad de sus organizaciones física y mental, han pervertido involuntariamente sus dones especiales aplicándolos á fines perversos. Moisés no tiene una sola palabra de reproche para aquellos adeptos en profecía y en otros poderes que han

sido instruídos en los colegios de sabiduría esotérica (1) mencionados en la *Biblia*. Sus acusaciones estaban reservadas para aquellos que, con toda intención ó sin ella, envilecían los poderes heredados de sus antecesores, los Atlantes, poniéndolos al servicio de espíritus malignos, en perjuicio de la humanidad. Su cólera se excitaba contra el espíritu de *Ob*, no contra el de *OD* (2).

Las ruinas de que están cubiertas ambas Américas, y las que se

(1) 2 *Reyes* XXII, 14; 2 *Crónicas* XXXIV, 22.

(2) Estando para imprimirse este capítulo, hemos recibido de París, gracias á la amabilidad del honorable John L. O. Sullivan, las obras completas de Luis Jacolliot, en veinte y un volúmenes. Versan principalmente sobre la India y sus antiguas tradiciones, filosofía y religión. Este infatigable escritor ha recogido infinidad de datos sacados de diversas fuentes, las más de ellas auténticas. Si bien no aceptamos sus opiniones personales en muchos puntos, no por esto dejamos de reconocer ingenuamente el inmenso valor de sus numerosas traducciones de los libros sagrados indios, y con mayor motivo, desde el momento en que vemos que corroboran en todos sentidos las aseveraciones que hemos hecho. Entre varias cuestiones figura la de la sumersión de continentes en los días prehistóricos.

En su *Histoire des Viérges: Les Peuples et les Continents disparus*, dice: «Una de las más antiguas leyendas de la India, conservada en los templos por medio de la tradición oral y escrita, refiere que algunos centenares de miles de años atrás existía en el Océano Pacífico un inmenso continente que fué destruído por un levantamiento geológico, y cuyos fragmentos deben buscarse en Madagascar, Ceilán, Sumatra, Java, Borneo y las principales islas de la Polinesia.

»Las altas mesetas del Indostán y del Asia, según esta hipótesis, hubieran estado representadas en aquellas épocas remotas por grandes islas contiguas al continente central..... Según los Brahmanes, este país había llegado á un alto grado de civilización, y la península del Indostán, ensanchada por la separación de las aguas en la época del gran cataclismo, no ha hecho más que continuar la cadena de las primitivas tradiciones nacidas en dicho lugar. Estas tradiciones dan el nombre de *Rutas* á los pueblos que habitaban este inmenso continente equinoccial y de su lenguaje *derivó el sanscrito*. (Algo tendremos que decir acerca de esta lengua en el segundo tomo de esta obra).

«La tradición indo-helénica conservada por la población más inteligente que emigró de las llanuras de la India, relata igualmente la existencia de un continente y de un pueblo á los cuales da el nombre de Atlántida y de Atlantes, colocándolos en el Atlántico en la región septentrional de los Trópicos.

»Aparte del hecho de que la suposición de un antiguo continente en aquellas latitudes, cuyos vestigios pueden encontrarse en las islas volcánicas y en la montañosa superficie de las Azores, Canarias é islas del Cabo Verde no está desprovista de geográfica probabilidad. los griegos, que, por otra parte, nunca se atrevieron á pasar más allá de las columnas de Hércules, á causa de su miedo al misterioso océano, aparecieron demasiado tarde en la antigüedad para que las narraciones conservadas por Platón no sean más que un eco de la leyenda india. Además, echando una ojeada sobre un planisferio, al ver las islas é islotes diseminados desde el archipiélago Malayo á la Polinesia, desde el estrecho de la Sonda á la isla de Pascuas, es imposible, bajo la hipótesis de continentes que han precedido á los que habitamos, no colocar allí el más importante de todos.

»Una creencia religiosa común á Malaca y á la Polinesia, esto es, á los dos extremos opuestos del mundo Océánico, afirma que todas estas islas formaban en otro tiempo dos inmensos territorios habitados por hombres amarillos y hombres negros, que estaban constantemente en guerra; y que los dioses, cansados de sus contiendas, habiendo encargado al Océano que los pacificase, éste se tragó ambos continentes, y desde entonces ha sido imposible hacerle devolver sus cautivos. Solamente los picos de las montañas y las altas mesetas se libraron de la inundación por el poder de los dioses, que se dieron cuenta demasiado tarde del error que habían cometido.

»Sea cual fuere el valor de estas tradiciones, y cualquiera que haya sido el lugar en que se desarrolló una civilización más antigua que las de Roma, Grecia, Egipto y la India, lo

encuentran en muchas islas de la India occidental, son todas ellas atribuidas á los sumergidos Atlantes. Así como los hierofantes del antiguo mundo, que, en los tiempos de la Atlántida, podían comunicarse con el nuevo mundo por tierra firme, así también los magos del país actualmente sumergido poseían una red de pasadizos subterráneos que corrían en todas direcciones. A propósito de estas misteriosas catacumbas, queremos relatar aquí una curiosa historia que nos contó un peruano, que murió hace ya mucho tiempo, cuando viajábamos juntos por el interior de su país. Algo de verdad debe tener tal historia, puesto que nos la confirmó posteriormente un caballero italiano, que había visto el lugar en cuestión, pero que por falta de medios y de tiempo tan sólo había podido verificar por sí mismo dicha historia, por lo menos en parte. El que dió la noticia al italiano era un viejo sacerdote al cual un indio peruano le había comunicado el secreto en confesión. Debemos añadir, por otra parte, que el sacerdote se vió obligado á hacer esta revelación, por encontrarse entonces completamente bajo la influencia mesmérica del viajero.

La historia se refiere á los famosos tesoros del último de los Incas.

El peruano aseguraba que desde el célebre y cobarde asesinato del último Inca cometido por Pizarro, el secreto era conocido de todos

cierto es que esta civilización existió, y que es importantísimo para la ciencia el seguir sus huellas, por débiles y efímeras que sean» (pp. 13-15).

Esta última tradición, traducida por Luis Jacolliot de los manuscritos sánscritos, corrobora la que hemos presentado tomándola de los *Anales de la Doctrina Secreta*. La guerra mencionada entre los hombres amarillos y los negros, se refiere á la lucha entre los «hijos de Dios» y los «hijos de los gigantes», ó sean los habitantes y magos de la Atlántida.

La conclusión final de M. Jacolliot, que ha visitado personalmente todas las islas de la Polinesia, y ha dedicado varios años al estudio de las religiones, lenguajes y tradiciones de casi todos los pueblos, es como sigue:

«Respecto del continente Polinésico que desapareció en la época de los últimos cataclismos geológicos, su existencia se funda en pruebas tales que, si somos lógicos, no podemos ya dudar por más tiempo.

»Las tres partes más elevadas de este continente, las islas Sandwich, Nueva Zelanda é isla de Pascuas, distan una de otra, de mil quinientas á mil ochocientas leguas, y los grupos de islas intermedias, Viti, Samoa, Tonga, Foutouna, Ouvea, Marquesas, Tahiti, Poutmout, Gambiers, distan á su vez de estos puntos extremos de setecientas ú ochocientas á mil leguas.

»Todos los navegantes convienen en decir que los grupos extremos y centrales no es posible hayan nunca comunicado entre sí, en vista de su posición geográfica actual, y con la insuficiencia de los medios de que disponían. Es materialmente imposible cruzar semejantes distancias en piragua... sin una brújula, y viajar meses enteros sin provisiones.

»Por otra parte, los aborígenes de las islas Sandwich, de Viti, de Nueva Zelanda, de los grupos centrales, de Samoa, de Tahiti, etc., *nunca se han conocido unos á otros, ni siquiera habían oído hablar unos de otros* antes de la llegada de los europeos. *Y á pesar de esto, cada uno de estos pueblos sostenía que su isla había en otros tiempos formado parte de una inmensa porción de tierra que se extendía hacia el Oeste, por la parte de Asia.* Y considerando á todos estos pueblos en conjunto, vemos que hablan el mismo lenguaje, que tienen las mismas costumbres y las mismas creencias religiosas. Y todos ellos, cuando se les pregunta: *¿En dónde está la cuna de vuestra raza?*, por toda contestación *alargan la mano en dirección del sol poniente*. (Idem, p. 30^R).

los indios, excepto de los *mestizos*, de quienes no se podía fiar. Es como sigue: el Inca fué hecho prisionero, y su esposa ofreció por su rescate una sala llena de oro «desde el pavimento arriba hasta donde pudiese alcanzar el conquistador», y antes de la puesta de sol del tercer día. Ella cumplió su promesa, pero Pizarro faltó á su palabra, según la costumbre española. Maravillado á la vista de tales tesoros, el conquistador declaró que no soltaría á su prisionero, sino que le mataría, á menos que la reina revelase de dónde procedía dicho tesoro. Él había oído decir que los Incas poseían en algún sitio una mina inagotable; un túnel ó camino subterráneo que se extendía por debajo de tierra en una longitud de muchas millas, y en donde se acumulaban las riquezas del país. La desgraciada reina pidió una próroga, y fué á consultar los oráculos. Durante el sacrificio, el jefe de los sacerdotes le hizo ver en el consagrado «espejo negro» (1) la muerte inevitable de su esposo, tanto si entregaba los tesoros de la corona á Pizarro, como si no los entregaba. Entonces la reina dió orden de cerrar la entrada, que era una puerta cortada en el muro de roca de un barranco. Bajo la dirección del sacerdote y de los magos, dicho barranco fué llenado hasta el borde con enormes masas de piedra, y la superficie cubierta de mancha que ocultase la obra. El Inca fué asesinado por los españoles, y aquella desgraciada reina se suicidó. Los codiciosos españoles quedaron así chasqueados, y el secreto de los tesoros enterrados lo guardaron en sus pechos unos pocos peruanos fieles.

Nuestro informante peruano añadió que, á consecuencia de ciertas indiscreciones varias veces repetidas, diferentes Gobiernos habían mandado personas en busca del tesoro con el pretexto de hacer exploraciones científicas. Han registrado el país por completo, pero sin lograr lo que querían. Hasta este punto, los informes del Dr. Tschuddi y otros historiadores del Perú confirman esta tradición. Pero existen algunos otros detalles, de los cuales no tenemos noticia que hayan pasado al dominio público antes de ahora.

Varios años después de haber oído tal historia y su confirmación por aquel caballero italiano, visitamos de nuevo el Perú. Yendo desde Lima hacia el Sur, por mar, llegamos, cuando ya se ponía el sol, á un punto cercano á Arica, y nos llamó la atención una enorme roca, casi cortada á pico, que permanecía en triste soledad en la costa, sepa-

(1) Estos «espejos mágicos», generalmente negros, son una prueba más de la universalidad de una misma creencia. En la India estos espejos se preparan en la provincia de Agra y también se fabrican en el Tibet y en la China. Los encontramos en el antiguo Egipto, de donde, según el historiador indígena citado por Brasseur de Bourbourg, los antecesores de los Quichés los llevaron á México.

Los peruanos adoradores del sol también los usaban. Cuando desembarcaron los españoles, dice el historiador, el rey de los Quichés ordenó á sus sacerdotes que consultasen el espejo, con el objeto de saber el destino de su reino. «El *demonio* reflejó lo presente y lo futuro como en un espejo», añade el mismo. (De Bourbourg: *Mexique*, p. 184).

rada de la cordillera de los Andes. Era la tumba de los Incas. Al iluminar los postreros rayos del sol poniente la superficie de la roca, pueden distinguirse, con ayuda de unos gemelos ordinarios, algunos curiosos jeroglíficos grabados en la superficie volcánica.

Cuando Cuzco era la capital del Perú, tenía un templo del sol, famoso en todas partes por su magnificencia. Estaba cubierto de gruesas planchas de oro, y las paredes estaban revestidas con el mismo precioso metal; sus cornisas eran también de oro macizo. En el muro occidental, los arquitectos habían practicado una abertura dispuesta de tal modo, que cuando los rayos del sol daban en ella, los concentraba en el interior del edificio. Extendiéndose á manera de dorada cadena desde un punto brillante á otro, daban la vuelta á los muros iluminando á los deformes ídolos, y poniendo de manifiesto ciertos signos místicos que en otras ocasiones eran invisibles. Únicamente comprendiendo estos jeroglíficos (idénticos á los que pueden verse hoy día sobre la tumba de los Incas) era como podía uno saber el secreto del túnel y de sus entradas. Había una de estas en las cercanías de Cuzco, estando ahora oculta y siendo imposible de descubrir. Conduce directamente á un inmenso túnel que va de Cuzco á Lima, y que, torciéndose después hacia el Sur, se extiende por Bolivia. En cierto punto el túnel está cortado por una tumba real. En el interior de esta cámara sepulcral hay dos puertas ingeniosamente dispuestas, ó más bien, dos enormes losas que giran sobre unos goznes, y que cierran de un modo tan perfecto, que únicamente pueden distinguirse de las demás porciones de los muros esculpidos por medio de algunos signos secretos, cuya clave poseen sus fieles custodios. Una de estas losas giratorias cierra la boca meridional del túnel de Lima, y la otra el extremo septentrional del pasadizo de Bolivia. Este último, dirigiéndose hacia el Sur, pasa por Trapaca y Cobijo, porque Arica no dista mucho del pequeño río llamado Pay'quina (1), que constituye la frontera entre el Perú y Bolivia.

No lejos de este punto existen tres picos aislados que forman un curioso triángulo; están comprendidos en la cadena de los Andes. Según la tradición, la única entrada practicable del pasadizo que se dirige al Norte está en uno de estos picos; pero sin poseer secreto de sus puntos de mira, en vano un ejército de Titanes arrancaría las rocas con objeto de encontrarla. Pero aun suponiendo que alguno descubriese la entrada y llegase por el corredor hasta la losa giratoria del sepulcro y quisiese derribarla, las rocas que hay en la parte superior están dispuestas de manera que puedan cegar la tumba, sepultando sus tesoros y—como nos decía el misterioso peruano—á un millar de gue-

(1) Pay'quina ó *Pay'quina*, llamado así porque sus aguas solían arrastrar partículas de oro, procedentes del Brasil. En un puñado de arena que llevamos á Europa, encontramos unos pocos granitos de metal puro.

rreros, en una general ruina. La cámara de Arica no tiene otro acceso que por la puerta de la montaña inmediata al Pay'quina. En toda la extensión del pasadizo, desde Bolivia á Lima y Cuzco, existen unos escondrijos muy pequeños, repletos de oro y piedras preciosas, acumulados por muchas generaciones de Incas, y cuyo valor total es incalculable.

Tenemos en nuestro poder un plano exacto del túnel, del sepulcro y de las puertas, que en aquella ocasión nos fué ofrecido por el viejo peruano. Si alguna vez hubiésemos pensado aprovecharnos de tal secreto, habría sido necesaria la cooperación de los Gobiernos del Perú y de Bolivia, en grande escala. Pasando por alto los obstáculos materiales, ningún individuo ó pequeña partida podría emprender una exploración semejante, sin encontrarse con el ejército de forajidos y contrabandistas que infestan aquella costa, y que, de hecho, comprende á casi toda la población. El mero trabajo de purificar el aire mefítico del túnel, en el cual no se ha entrado desde hace siglos, sería una empresa de consideración. Como quiera que sea, allí permanece el tesoro, y allí permanecerá según la tradición, hasta que el último vestigio de dominación española desaparezca de toda la América, tanto del Norte como del Sur.

Los tesoros exhumados por el Dr. Schliemann en Micenas han despertado la codicia popular, y la mirada de los especuladores aventureros se dirige hacia las localidades en que se supone están enterradas las riquezas de antiguos pueblos, en criptas ó en cuevas, debajo de la arena ó de depósitos de aluvión. No existe ninguna localidad, ni siquiera el Perú, de la cual se refieran tantas tradiciones como del desierto de Gobi. En la Tartaria Independiente, esta desolada región de arena movediza, estaba en otro tiempo asentado, si la tradición no miente, uno de los más ricos imperios que han existido en el mundo. Cuéntase que bajo su superficie existen tales riquezas en oro, joyas, estatuas, armas, utensilios y todo cuanto indica civilización, lujo y bellas artes, como ninguna capital de la cristiandad pueda presentar hoy día. Las arenas del Gobi se mueven regularmente de Este á Oeste, impelidas por los terribles huracanes que reinan continuamente. De vez en cuando quedan al descubierto algunos de los tesoros ocultos, pero ni uno solo de los naturales se atreve á tocarlos, porque toda aquella región se halla bajo la influencia de un poderoso hechizo. El castigo sería la muerte. Los Bahti—espantosos, pero fieles gnomos—guardan los tesoros ocultos de este pueblo prehistórico, esperando el día en que la revolución de los períodos cíclicos permita que su historia sea conocida para instrucción de la humanidad.

Según la tradición local, todavía existe la tumba de Ghengiz Khan, cerca del lago Tabasun Nor. Dentro de ella está el Alejandro mogol como dormido. Pasados tres siglos más, despertará y conducirá á su

pueblo á nuevas victorias, recogiendo nuevos laureles. Cualquiera que sea el concepto que pueda merecer esta profética tradición, lo que podemos asegurar es que la existencia de la tumba no es ninguna ficción, y que tampoco hay la menor exageración en cuanto á sus maravillosas riquezas.

La región del desierto de Gobi y, de hecho, toda el área de la Tartaria Independiente y del Tibet está celosamente guardada contra toda intrusión extraña. Todos aquellos á quienes se permite atravesar dicho territorio lo hacen bajo la dirección y el cuidado particular de ciertos agentes de la autoridad suprema (1), y están obligados á no decir nada en lo que se refiere á lugares y personas fuera de aquella región. Si no fuese por esta restricción, podríamos ciertamente aumentar estas páginas relatando exploraciones, aventuras y descubrimientos que serian leídos con verdadero interés. Día vendrá, más pronto ó más tarde, en que las temibles arenas del desierto revelarán sus secretos por tanto tiempo enterrados, y entonces nuestra vanidad sufrirá mortificaciones no previstas.

«La gente de Pashai (2)—dice Marco Polo, el atrevido viajero del siglo trece—son grandes adeptos en brujerías y artes *diabólicas*. Y su ilustrado editor añade: «Este Pashai ó Udyana era el país natal de Padma Sambhava, uno de los principales apóstoles del lamaísmo, ó sea el Buddhismo tibetano, y un gran maestro en encantamientos. Las doctrinas de Sakya, tales como prevalecían en Udáyna *en los tiempos antiguos*, estaban probablemente muy impregnadas de magia Sivaitica, y los tibetanos todavía consideran dicha localidad como el país clásico de la hechicería y brujería».

Los «tiempos antiguos» son exactamente como los «tiempos modernos»; nada ha cambiado tocante á las prácticas mágicas, excepto en que se han hecho todavía más esotéricas y secretas, y en que la reserva de los adeptos aumenta en proporción de la curiosidad del viajero. Hiouen-Thsang dice de los habitantes de aquel país: «los hombres... son aficionados al estudio, pero no se dedican á él con ardor. *La ciencia de las fórmulas mágicas ha llegado á ser entre ellos una profesión regular*» (3). No queremos contradecir en este punto al venerable peregrino chino, y estamos dispuestos á admitir que, en el siglo séptimo, *alguna* gente hacia de la magia «una profesión lucrativa»; lo mismo hacen *algunos* hoy día, pero estos no son ciertamente los verdaderos adeptos. No es seguramente Hiouen-Thsang, el hombre piadoso é intrépido que

(1) El último viajero europeo á quien se ha permitido atravesar el Tibet, Mr. Bonvalot, no pudo entrar en La-ssa, como se proponía.—(N. del Tr.)

(2) Regiones próximas á *Udiana* y *Cachemira*, como cree el coronel Yule, traductor y editor de Marco Polo, Vol. I, p. 173.

(3) *Voyage des Pelerins Bouddhistes*, vol. 1; *Histoire de la vie de Hiouen Thsang, etc.*, traduit du chinois en francais, par Stanislas Julien.

cien veces arriesgó su vida para tener la dicha de contemplar la sombra de Buddha en la cueva de Peshawer, el que hubiera acusado á los santos lamas y monjes taumaturgos «de hacer una profesión lucrativa» enseñándola á los viajeros. El precepto de Gautama, contenido en su contestación al rey Prasenagit, su protector, que le había llamado para que hiciese milagros, debía tenerlo presente Hiouen-Thsang. «Gran rey— dijo Gautama—, yo no enseño la ley á mis discípulos, diciéndoles: 'id, vosotros, santos, y ante los ojos de los Brahmanes y jefes de familia ejecutad, por medio de vuestros poderes sobrenaturales, milagros más grandes que los que ningún hombre pueda hacer'. Cuando les enseño la ley, les digo: 'Vivid, vosotros, santos, *ocultando vuestras buenas obras y mostrando vuestros pecados*'».

Sorprendido ante los relatos de manifestaciones mágicas presenciadas y citadas por los viajeros de toda época que han visitado la Tartaria y el Tibet, el coronel Yule deduce que los naturales deben haber tenido «á su disposición la enciclopedia completa de los modernos *espiritistas*. Duhalde menciona entre sus hechicerías el arte de producir por medio de sus invocaciones las figuras de Laotsen (1) y de sus divinidades *en el aire, y de hacer que un lápiz escriba contestaciones á preguntas sin que nadie lo toque*»(2).

Las referidas invocaciones entran de lleno en los misterios religiosos de sus santuarios; si son hechas con otra intención, ó con un objeto *de lucro*, son consideradas como brujería ó nigromancia, y están rigurosamente prohibidas. En cuanto al arte de hacer que un lápiz escriba *sin contacto alguno*, era conocido y practicado en China y en otras partes algunos siglos antes de la era Cristiana. Es el A. B. C. de la magia en aquellos países.

Cuando Hiouen-Thsang deseaba adorar la sombra de Buddha, no recurrió á los «magos de profesión», sino al poder de invocación de su propia alma; el poder de la plegaria, de la fé, de la contemplación. Todo era sombrío y pavoroso en las cercanías de la caverna en la cual se dice que ocurre algunas veces dicho milagro. Hiouen-Thsang entró en ella y empezó sus devociones. Hizo cien salutations, pero nada vió ni oyó. Entonces, considerándose demasiado pecador, prorrumpió en gritos de dolor y desesperación. Próximo estaba á perder toda esperanza, cuando percibió en la pared oriental una débil luz, pero ésta desapareció luego. Renovó entonces sus oraciones, lleno ya de esperanza, y otra vez vió la luz, que brilló un instante y desapareció de nuevo. En vista de esto, hizo solemne voto de que no saldría de la cueva hasta haber tenido la inefable dicha de ver la sombra del «Venerable de los Tiempos». No tuvo que esperar mucho, porque

(1) Lao-tse, el filósofo chino.

(2) *El Libro de Ser Marco Polo*, vol. I, p. 318. Véase también, á propósito de esto, los experimentos de Mr. Crookes, descritos en el cap. VI de esta obra.

apenas hubo terminado sus doscientas oraciones, de repente la tenebrosa caverna «quedó inundada de luz, y la sombra de Buddha, blanca, resplandeciente y majestuosa, apareció en el muro, de la propia manera que las nubes, abriéndose repentinamente, despliegan la maravillosa imagen de la *Montaña de Luz*. Un deslumbrante resplandor iluminaba las facciones de la aparición divina. Hiouen-Thsang, abismado en profunda contemplación y completamente maravillado, no podía separar sus ojos de aquella visión sublime é incomparable». Hiouen-Thsang añade en su propio diario, *See-yn-kee*, que sólo cuando el hombre ora con fé sincera, y ha recibido de lo alto una impresión misteriosa, percibe claramente dicha sombra, pero no puede gozar de su vista durante mucho tiempo (1).

Aquellos que se muestran siempre tan dispuestos á acusar á los chinos de anti-religiosos harán bien en leer los *Ensayos sobre el Buddhismo en China y en el Asia Superior*, de Schott (2). «En los años Youan-yeu del Sung (1086-1093 de nuestra era), una piadosa matrona y sus dos criadas vivían enteramente en el País de la Iluminación. Un día, una de las doncellas dijo á su compañera: 'esta noche iré al reino de Amita (Buddha)'. La misma noche, llenóse toda la casa de un oloroso perfume, y la muchacha murió sin haber precedido enfermedad alguna. Al día siguiente, la otra doncella dijo á su señora: 'ayer se me apareció en sueños mi difunta compañera, diciéndome: «Gracias á las reiteradas súplicas de nuestra querida señora, he pasado á ser una habitante del paraíso, y mi bienaventuranza excede á todo cuanto las palabras pueden expresar». Replicó la matrona: 'si ella se me apareciese también, entonces creería todo cuanto me dices'. A la noche siguiente, apareciósele la difunta, y la señora le preguntó: '¿Podría yo, por una vez, visitar el País de la Iluminación?' 'Sí', contestó el alma bienaventurada; 'no tienes más que seguir á tu sirvienta'. La señora la siguió (en sueño), y pronto percibió un lago de inmensa extensión, cubierto de innumerables flores de loto blancas y rojas, de diversos tamaños, unas muy vistosas y otras marchitas. Preguntó ella qué era lo que significaban aquellas flores, y la muchacha le contestó: 'estos son los seres humanos de la tierra cuyos pensamientos están dirigidos hacia el País de la Iluminación. El primer verdadero anhelo por el Paraíso de Amita produce una flor en el Lago Celestial, y ésta va aumentando diariamente en tamaño y belleza, á medida que la persona á quien representa adelanta en su propia perfección; en el caso contrario, pierde su brillo, y se marchita' (3).

(1) Max Muller: *Peregrinos buddhistas*.

(2) Academia de Ciencias de Berlín, 1846.

(3) El coronel Yule hace una observación relacionada con el indicado misticismo chino, y que por razón de su gran fidelidad con mucho gusto reproducimos: «En 1871—dice,—ví en Bond Street una exhibición de los dibujos que se pretende ser obra de espíritus, esto

Deseaba la matrona saber el nombre de un iluminado que reposaba en una de las flores, revestido de una ondulante vestidura que resplandecía de un modo maravilloso, y su antigua sirvienta le contestó: 'aquel es Yang-kie'. Preguntó entonces el nombre de otro, y la doncella le dijo: 'aquel es Mahú'. Preguntó luego la señora: '¿En qué lugar naceré en mi existencia venidera?' Entonces el alma bienaventurada la condujo á un sitio más lejano, y le mostró una colina resplandeciente de oro y azul: 'aquí —le dijo— está vuestra mansión futura. Perteneceis al primer orden de los bienaventurados'. Al despertarse la matrona, mandó á preguntar por Yang-kie y por Mahú. El primero había ya fallecido, el otro aún vivía y gozaba de buena salud. Y de este modo supo la señora que el alma de una persona que avanza en el camino de la santidad y que nunca vuelve hacia atrás puede ser un habitante del País de la Iluminación, aunque su cuerpo permanezca todavía en este mundo transitorio».

En los mismos *Ensayos* se halla la traducción de otra leyenda china de un efecto parecido. «Conocí á un hombre—dice el autor— que durante su vida mató muchos seres vivientes, muriendo por fin de un ataque de apoplejía. Los sufrimientos reservados para esta alma pecadora conmovieron mi corazón; fui á visitarle y le exhorté para que invocase á Amita, pero él se negó obstinadamente á hacerlo. Su perversidad cegaba su entendimiento; á consecuencia de sus malas acciones se había empedernido. ¿Cuál sería el porvenir que aguardaba á semejante hombre una vez se hubiesen cerrado sus ojos? En esta vida, la noche sucede al día, y el invierno sigue al verano; esto lo sabe todo el mundo. Pero que después de la vida viene la muerte, ningún hombre lo considera. ¡Oh, qué ceguera y obstinación es esta!» (p. 93).

Estos dos ejemplos de la literatura china difícilmente pueden apoyar el acostumbrado cargo de irreligión y materialismo lanzado contra aquella nación. La primera leyenda mística está llena de encanto espiritual, y podría figurar dignamente en cualquier libro religioso cristiano. La segunda es digna de elogio, y sólo tendríamos que cambiar *Amita* por *Jesús* para tener una historieta sumamente ortodoxa con respecto á los sentimientos religiosos y al código de la moral filosófica. El ejemplo que sigue es todavía más sorprendente, y lo citamos en beneficio de los cristianos *revivalistas*:

«Hoang-ta-tie, de T'anchen, que vivía bajo el Sung, era herrero de profesión. Siempre que trabajaba, acostumbraba á invocar sin inte-

es, dibujos ejecutados por un *médium* bajo una dirección extraña é invisible. Algunas de estas producciones extraordinarias (porque indudablemente lo eran) representaba las «Flores Espirituales» de tales y cuales personas, y la explicación de éstas, tal como estaban presentadas en el catálogo, era en substancia exacta á la señalada en el texto. Es de todo punto improbable que el artista tuviese conocimiento de los *Ensayos* de Schott, y la coincidencia era verdaderamente muy chocante.» (*El Libro de Ser Marco Polo*, vol. I, p. 444).

rupción el nombre de Amita-Buddha. Un día entregó á sus vecinos los siguientes versos compuestos por él, para que se difundiesen:

¡Ding, dong! Potentes, rápidos caen los martillazos,
y el hierro al fin se convierte en duro acero.
Presto iniciará el reposo su largo, su largo día;
Mansión sublime de Eterna Gloria ahora me llama.

En seguida murió. Pero sus versos se difundieron sobre todo Honan, y muchos aprendieron á invocar á Buddha» (1).

El negar á los chinos ó á cualquier otro pueblo de Asia, ya sea de la Central, de la Superior ó de la Inferior, la posesión de algún conocimiento, ó siquiera la percepción espiritual, es completamente ridículo. De un extremo al otro, toda la región está llena de místicos, de filósofos religiosos, de santos Buddhistas y de *magos*. La creencia en un mundo espiritual lleno de seres invisibles que en ciertas ocasiones se aparecen objetivamente á los mortales, es universal. «Según la creencia de las naciones del Asia Central —hace notar I. J. Schmidt, —la tierra y sus entrañas, así como la atmósfera que la rodea, están llenas de seres espirituales que ejercen una influencia, en parte benéfica y en parte maléfica, sobre toda la naturaleza orgánica é inorgánica. Los desiertos y otras salvajes y deshabitadas comarcas ó regiones en las que las influencias de la naturaleza se despliegan en un grado gigantesco y terrible son especialmente considerados como la principal mansión ó punto de cita de los malos espíritus. De ahí que las estepas de Turán, y en particular el gran desierto arenoso de Gobi, hayan sido considerados como punto de residencia de seres maléficos desde la más remota antigüedad».

Marco Polo—como es de suponer—más de una vez hace mención, en su curioso libro de *Viajes*, de estos engañosos «espíritus de la naturaleza», de los desiertos. Durante siglos, y especialmente durante este último, sus extrañas narraciones han sido desechadas por completo. Nadie quería creerle cuando dice que ha presenciado y visto, una y muchas veces, con sus propios ojos, los más maravillosos hechos de magia verificados por los súbditos de Kublai-Khan y los adeptos de otros países. En su lecho de muerte, Marco Polo fué violentamente incitado á retractarse de sus pretendidas «falsedades»; pero juró solemnemente ser verdad cuanto había dicho, añadiendo que él «no había revelado más que *la mitad* de lo que realmente había visto». No queda hoy día la menor duda de su veracidad, desde que han aparecido las ediciones de Marsden y la del coronel Yule. El público es deudor especialmente á este último, por presentar tantas autoridades que corroboran el tes-

(1) Schott: *Ensayo sobre el Buddhismo*, p. 103.

timonio de Marco, y explicar algunos de los fenómenos de un modo natural, y por poner fuera de duda que el gran viajero era no sólo un escritor veraz, sino también extraordinariamente observador. Defendiendo ardientemente á su autor, después de enumerar más de un punto hasta aquí controvertido y hasta desechado en los *Viajes* del célebre veneciano, el concienzudo editor concluye diciendo: «Es más: los dos años últimos han hecho brotar una esperanza de luz hasta en aquello que parecía *más extravagante* en las historias de Marco, y los huesos de un verdadero ROC de Nueva Zelanda están sobre la mesa del gabinete del profesor Owen.» (1)

Habiendo sido ya identificada la monstruosa ave de las *Mil y Una Noches*, ó Mitología arábica, á la cual Webster da el nombre de Ruc (ó Roc), lo que ahora hace falta es *descubrir* y reconocer que la lámpara mágica de *Aladino* tiene también ciertas pretensiones á la realidad.

Describiendo su paso al través del gran desierto de Lop, Marco Polo habla de una cosa maravillosa, «y es que, cuando los viajeros están en movimiento durante la noche... oyen hablar á los espíritus. Algunas veces los espíritus les llamarán por su nombre.. y hasta durante el día oye uno hablar á estos espíritus. Y algunas veces oiréis el sonido de varios instrumentos musicales, y más comunmente el ruido de tambores» (2).

En sus notas, el traductor cita al historiador chino Matwanlin, el cual confirma lo mismo. «Al cruzar este desierto, oiréis sonidos —dice Matwanlin,—que unas veces son cantos, y otras gemidos, y ha sucedido con frecuencia que algunos viajeros, yendo á ver qué eran estos sonidos, se han extraviado y perdido por completo; porque tales voces eran de espíritus y duendes.» (3) «Estos duendes no son peculiares del Gobi—añade el editor,—si bien, á lo que parece, es aquel su sitio predilecto. *El miedo que causa el vasto y solitario desierto los reúne en todos los parajes semejantes*».

El coronel Yule hubiera hecho muy bien en considerar la posibilidad de serias consecuencias originadas por la aceptación de su teoría. Si admitimos que los misteriosos gritos del Gobi son debidos al *miedo* inspirado «por el vasto y solitario desierto», ¿por qué deben los duendes del Gadarenes (Lucas VIII, 29) tener títulos á una mayor consideración, y por qué no podía Jesús haberse engañado á sí mismo en cuanto á su objetivo tentador durante los cuarenta días de prueba en el «desierto»? Estamos dispuestos por completo á recibir ó á desechar la teoría enunciada por el coronel Yule, pero insistiremos en su aplicación imparcial en todos los casos. Plinio habla de los fantasmas que apare-

(1) *El Libro de Ser Marco Polo*, vol. I. Prefacio á la segunda edición, p. VIII.

(2) *Idem*, vol. I, p. 203.

(3) *Visdelon*, p. 130.

cen y se desvanecen en los desiertos del Africa (1); Etico, el primer cosmógrafo cristiano, menciona, aunque sin darles crédito, las historias que se referían acerca de las canciones y jaranas del desierto; y «Mas'udi nos habla de los *gulas*, que en los desiertos se aparecen á los viajeros durante la noche y en las horas solitarias; y también de «Apolonio de Tíanes y sus compañeros, quienes, en un desierto próximo al Indo, vieron á la luz de la luna un *empusa* ó *gula*, que tomaba muchas formas... Ellos le ultrajaron, y escapó prorrumpiendo en gritos chillones.» (2). Ibn Batuta refiere una leyenda parecida respecto al Sahara Occidental: «si el mensajero está solo, los demonios juegan con él y le fascinan, para que se extravíe y perezca.» (3). Ahora bien, si todas estas cuestiones son susceptibles de una «explicación racional», de lo cual no dudamos en la mayoría de los casos, entonces los diablos *bíblicos* del desierto no merecen ya ninguna consideración, puesto que también se les ha de aplicar la misma regla. Ellos son igualmente producto del terror, de la imaginación y *superstición*; por consiguiente, las narraciones de la *Biblia* deben ser falsas; y si uno solo de sus versículos es falso, todo lo restante pierde mucho del derecho que tenga de ser considerado como una revelación *divina*. Una vez esto admitido, toda esta colección de documentos canónicos queda por lo menos tan sujeta á la crítica como cualquier otro libro de cuentos (4).

Existen muchos lugares en el mundo en donde los más extraños fenómenos han resultado ser debidos á lo que últimamente se ha reconocido como causas físicas naturales. En la California Meridional existen ciertos sitios á orillas del mar en los cuales la arena, al ser removida, produce un fuerte y armonioso campaneó. Este fenómeno es conocido con el nombre de «arena musical», y se supone que es de naturaleza eléctrica. «El sonido de instrumentos musicales, principalmente de tambores, es un fenómeno de otra clase, y es realmente producido en ciertos parajes, entre los montículos de arena, cuando ésta es agitada», dice el editor de *Marco Polo*. «Una relación muy sorprendente de un fenómeno de esta especie, *considerado como sobre-*

(1) *Plinio* VII, 2.

(2) *Filostrato*, libro II, cap. IV.

(3) *Filostrato*, lib. IV, p. 382; *Libro de Ser Marco Polo*, vol. I, p. 206.

(4) Hay críticos piadosos que niegan al mundo el derecho de juzgar á la «Biblia» por el testimonio de la lógica deductiva como «á cualquier otro libro». La misma ciencia exacta debe acatar este decreto. En el último párrafo de un artículo en que se ataca de un modo terrible la «Cronología» del barón Bunsen, la cual no concuerda enteramente con la «Biblia», un escritor exclama: «hemos hecho ya lo que nos habíamos propuesto... Hemos procurado combatir los cargos de Bunsen contra la inspiración de la Biblia en un propio terreno... Un libro inspirado... jamás puede, ya como expresión de sus propias enseñanzas, ya como una parte de sus propios textos, aportar testimonio á ninguna falsa ó ciega afirmación de hechos, sea en historia, sea en doctrina. Si hay falsedad en su testimonio respecto de la una, ¿quién creerá en la verdad de su testimonio respecto de la otra?» (*The Journal of Sacred Literature and Biblical Record*, editado por el Rev. H. Burgess, Octb, 1859, p. 70).

natural, hace fray Odoric, lo cual yo he experimentado hasta el Reg Ruwán ó arena movediza del norte de Kabul. Aparte de este célebre ejemplo..... he observado el igualmente famoso de los *Jibal Nakics*, ó 'Monte de la Campana' en el desierto del Sinai;..... Gibalul-Thabul, ó monte de los tambores..... Una narración china del siglo décimo menciona este fenómeno como una cosa conocida cerca de Kwachau, en el límite oriental del desierto de Lop, con el nombre de «arenas cantantes» (1).

Que todo esto son fenómenos naturales, no cabe de ello la menor duda. Pero ¿qué diremos de las preguntas y respuestas clara y distintamente dadas y recibidas? ¿Y qué diremos también de las conversaciones sostenidas entre ciertos viajeros y los *invisibles* espíritus, ó seres desconocidos, que algunas veces se aparecen á toda la caravana bajo una forma tangible? Si tantos millones de personas creen en la posibilidad de que los espíritus se revistan de cuerpos materiales detrás de la cortina de un *médium*, y aparezcan en el *círculo*, ¿por qué no ha de admitirse la misma posibilidad tratándose de los espíritus elementales de los desiertos? Esto es el «ser ó no ser» de Hamlet. Si los «espíritus» pueden hacer todo cuanto los espiritistas pretenden, ¿por qué razón no pueden aparecerse igualmente al viajero en los desiertos y soledades? Un reciente artículo científico de un periódico ruso atribuye *al eco* estas «voces de espíritus» que se oyen en el gran desierto de Gobi. Explicación altamente razonable, si se pudiese demostrar que estas voces no hacen más que repetir lo que previamente ha dicho ó expresado una persona viviente. Pero cuando el «supersticioso» viajero recibe *contestaciones* inteligentes á sus preguntas, este *eco* del Gobi revela desde luego tener un próximo parentesco con el famoso *eco* del Teatro de la Puerta de San Martín de París. «¿Cómo está V., caballero?», grita uno de los actores en la escena. «Muy mal, hijo mío, muchas gracias. Voy haciéndome viejo, muy ... muy viejo», contesta cortésmente el *eco*.

¡Cuántas incrédulas burlas deben haber excitado, durante largos siglos, las *supersticiosas* y *absurdas* narraciones de Marco Polo, respecto de las facultades «sobrenaturales» de ciertos petardistas y encantadores de animales salvajes de la India, á los cuales denomina *Abraiamanes!* Describiendo la pesquería de perlas de Ceilán, tal como era en aquel tiempo, dice que los mercaderes están «obligados también á pagar á aquellos hombres que *encantan* á los grandes peces—con el objeto de que no causen daño á los buzos, mientras éstos se hallan atareados buscando perlas debajo del agua—una vigésima parte de todo lo que recogen. Estos encantadores de peces son llamados *Abraiamanes* (*Brahmanes?*), y sus encantos únicamente producian

(1) Remusat: *Histoire du Khotan*, p. 74. *Marco Polo*, vol. I, p. 206.

efecto durante aquel día, porque por la noche disipaban el encanto, para que los peces pudiesen hacer todo el daño que quisiesen. Estos Abraimanes conocen también la manera de encantar bestias y aves y toda cosa viviente».

Y esto es lo que encontramos en las notas aclaratorias del coronel Yule, relativas á esta *degradante* «superstición» asiática: «La relación de Marco, en lo que á las pesquerías de perlas se refiere, es, sin embargo, substancialmente correcta... En las minas de diamantes del país de los Circars del Norte, los Brahmanes son empleados en el análogo oficio de hacer favorables á los genios tutelares. Los encantadores de tiburones son llamados en tamil *Kadal-Katti*, 'atadores de mar', y en indostano, *Hai-Banda*, ó sea 'atadores de tiburones'. En Aripo, pertenecen á una familia que, según se expone, posee el monopolio del hechizo (1).

»El principal operador está (ó estaba, no hace muchos años) *pagado por el gobierno*, y percibía también diez ostras por cada embarcación todos los días durante el periodo de la pesca. Tennent, en su visita, encontró que el encargado de este oficio era un *cristiano católico romano* (?), lo cual no parecía afectar al ejercicio ni á la validez de sus funciones. *Es notable que no haya tenido lugar más que un solo accidente probado, debido á los tiburones, durante todo el periodo de la ocupación británica*»(2).

Dos puntos hay en el párrafo anterior que merecen ser tenidos en cuenta: 1.º Las autoridades británicas pagan un estipendio á los encantadores de tiburones de profesión por el ejercicio de su arte; y 2.º, que sólo *una persona* se ha perdido desde la ejecución del contrato. (Falta todavía saber si la pérdida de esta única persona ha ocurrido mientras actuaba el *hechicero* católico romano). ¿Se pretende que dicho salario es pagado como una concesión á una *degradante* superstición de la gente del país? Muy bien, pero ¿y los tiburones? Reciben también ellos salarios de las autoridades británicas sacados del Fondo de Servicios Secretos? Todos aquellos que han estado en Ceilán deben saber que las aguas de la costa perlera están cuajadas de tiburones de la especie más voraz, y si es peligroso el bañarse en ellas, ¡cuánto más lo será el sumergirse para buscar ostras en el fondo del mar!

Podemos ir aún más lejos si queremos, y citar los nombres de algunos oficiales ingleses del rango más elevado en el servicio de la India que, después de haber recurrido á «magos» y «hechiceros» indígenas, con el fin de recobrar cosas perdidas ó de aclarar humillantes misterios de una ú otra especie, después de logrado su objeto y de ex-

(1) Como los *Psilas* ó encantadores de serpientes de la Libia, cuyo don es hereditario.

(2) *Ser Marco Polo*, vol. II, p. 321.

presar *en secreto* su gratitud á aquella gente, se han marchado, y luego han puesto de relieve su innata cobardía ante el Areópago del mundo, negando públicamente la verdad de la magia, y burlándose de la «superstición» india.

No hace muchos años, se consideraba como una de las peores *supersticiones* de los sabios el creer que la figura del asesino quedaba impresa en el ojo de la persona asesinada, y que el criminal podía ser fácilmente descubierto examinando atentamente la retina. La «superstición» aseguraba que el parecido podía hacerse más fiel sujetando al individuo asesinado á ciertas fumigaciones de mujer vieja y á la correspondiente palabrería. Y ahora un periódico americano del 26 de Marzo de 1877 dice: «Desde hace algunos años, llama la atención una teoría según la cual el último esfuerzo de la visión se materializa, permaneciendo como un objeto impreso en la retina del ojo después de la muerte. Que esto es un hecho lo ha venido á demostrar un experimento verificado en presencia del Dr. Gamgee, miembro de la Real Sociedad de Birmingham (Inglaterra), y del profesor Bunsen, siendo el sujeto un conejo vivo. Los medios empleados para probar la verdad de la cuestión eran sencillísimos, consistiendo en colocar los ojos del animal próximos á una ventana y fijos en la cerradura, los cuales retuvieron la figura de dicho objeto, después que el conejo fué privado de la vida».

Si de las regiones de la idolatría, de la ignorancia y de la superstición, como la India es llamada por algunos misioneros, nos dirigimos al pretendido centro de la civilización, París, encontramos los mismos principios de magia puestos allí de manifiesto bajo el nombre de Espiritismo oculto. El honorable John L. O'Sullivan, ex-ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Portugal, ha tenido la amabilidad de comunicarnos los extraños detalles de una sesión semi-mágica á la cual él asistió recientemente en París, en compañía de otros varios hombres eminentes. Debidamente autorizados para ello, reproducimos íntegramente su carta.

«New York, 7 de Febrero de 1877.

»Con muchísimo gusto accedo á su deseo de poseer una relación escrita de lo que ya le expuse á V. de palabra y que fué presenciado por mí en París el verano pasado, en casa de un médico sumamente respetable cuyo nombre no estoy autorizado para revelar, pero á quien, siguiendo la costumbre francesa corriente de emplear el anónimo, le llamaré el Dr. X.

»Fue presentado por un amigo inglés, muy conocido en los círculos espiritistas de Londres, Mr. Gledstones. Estaban presentes ocho ó diez personas más de uno y otro sexo. Estábamos sentados en sillones, los cuales ocupaban la mitad de un gran salón realzado por un espa-

cioso jardín. En la otra mitad del salón había un magnífico piano de cola, y, en el espacio considerable que mediaba entre éste y nosotros, había un par de sillones, evidentemente colocados allí para que otras personas los ocupasen. Una puerta que se veía cerca de los mismos comunicaba con las habitaciones interiores.

»Entró el Dr. X., y nos dirigió la palabra durante unos veinte minutos con rápida y vehemente elocuencia francesa, que no soy capaz de reproducir. Este señor había estado durante veinte y cinco años investigando ocultos misterios, de los cuales iba á exhibir algunos fenómenos. Su objeto era atraer á sus hermanos del mundo científico, pero pocos ó ninguno de ellos venían á presenciarlos por sí mismos. Tenía intención de publicar un libro en breve plazo. Acto seguido hizo entrar á dos señoras, siendo la más joven de ellas su esposa, y la otra (á quien llamaré señora Y.) una médium ó sensitiva, con la cual había trabajado durante todo el período en que prosiguió aquellos estudios, y que había consagrado y sacrificado su vida por completo para trabajar con él. Ambas señoras tenían los ojos cerrados, y parecían hallarse en estado de éxtasis.

»Las colocó en pie, á uno y otro extremo del piano (que estaba cerrado), é hizo que pusiesen sus manos sobre dicho instrumento. Al poco rato empezaron sus cuerdas á emitir sonidos, marchas, galopes, tambores, cornetas, descargas de fusilería, cañonazos, gritos, gemidos; en una palabra, una verdadera batalla. Esto duró de cinco á diez minutos.

»Debia haber dicho que, antes de que entrasen las dos médiums, había yo escrito con lápiz en un pequeño trozo de papel (por indicación de Mr. Gledstones, que antes ya había estado allí), los nombres de tres objetos que yo solo debía saber, esto es, algún *músico compositor ya muerto*, una *flor* y un *bollo*. Escogí *Beethoven*, una *margarita* y una especie de bollo francés llamado *plombières*, é hice del papel una pelotilla, que guardé en mi mano, sin permitir que nadie, ni siquiera mi amigo, conociese su contenido.

»Cuando la batalla hubo terminado, el doctor hizo sentar la señora Y. en uno de los dos sillones, estando la señora X. sentada aparte en el otro extremo del salón, y se me pidió entregase mi papel doblado ó arrollado á la señora Y. Lo tomó ella (sin abrirlo) entre sus dedos manteniéndolo en su falda. Llevaba un vestido de merino blanco, que en anchos pliegues caía de su cuello, recogíendose en su cintura y recibiendo de lleno la luz que despedían unos candelabros situados á derecha é izquierda. Al poco rato arrojó el papelito al suelo, de donde yo lo recogí. El Dr. X. la hizo levantar y le dijo que verificase «la evocación del muerto». Retiró él entonces los dos sillones, y colocó en la mano de la señora Y. una varilla de acero de cuatro y medio ó cinco pies de longitud, cuyo extremo tenía por remate una

pequeña cruz, la *Tau* egipcia. Estando la médium de pie, trazó á su alrededor con dicha varilla un círculo de unos seis pies de diámetro. No cogía la cruz á manera de mango, sino que, por el contrario, empuñaba la vara por el extremo opuesto. Luego después devolvió la varilla al Dr. X. Permaneció todavía en pie durante algún tiempo, con las manos colgando y cruzadas delante del cuerpo inmóvil, y con los ojos levantados un poco hacia arriba, en dirección de uno de los ángulos opuestos del largo salón. Un momento después, sus labios empezaron á moverse, emitiendo al principio un leve murmullo, que al cabo de un rato se convirtió en sonidos articulados, á manera de cortas y truncadas sentencias ó frases, muy parecidas á una letanía. Ciertas palabras, que parecían ser nombres, eran repetidas de tiempo en tiempo. Me sonaba á algo de lo que yo había oído de las lenguas orientales. Su cara presentaba una expresión muy viva y agitada, dibujándose un ligero ceño en ella de vez en cuando. Esta misteriosa escena, que todos los asistentes contemplábamos en medio del más religioso silencio, duró á mi juicio unos quince ó veinte minutos. Sus palabras parecieron por fin aumentar en vehemencia y rapidez. Por último extendió un brazo en la dirección del sitio en que sus ojos hablan estados fijos, y, lanzando un fuerte grito, casi un alarido, exclamó: ¡BEETHOVEN! y cayó hacia atrás, tendida en el suelo.

»El Dr. X. acudió á toda prisa, ejecutó enérgicos pases magnéticos sobre la cara y cuello de la señora Y., y apoyó su cabeza y espalda sobre cojines. Allí permaneció á manera de una persona enferma que sufre, gimiendo á veces, moviéndose con inquietud, etc. Supongo que transcurriría una media hora, durante cuyo tiempo pareció pasar por todas las fases de la *muerte* gradual (lo que, según se me dijo, era una reproducción de la muerte de Beethoven). Muy largo sería el hacer una descripción con todos los detalles, aun suponiendo que yo pudiese recordarlos. Nos figurábamos asistir á una escena de muerte real. Diré únicamente que el pulso desapareció; que dejaron de percibirse por completo los latidos del corazón; que el frío fué apoderándose de sus manos primero, y de sus brazos después, mientras que el calor era todavía sensible en los sobacos; éstos por fin quedaron enteramente fríos, y lo mismo sucedió con los pies y las piernas, que se hincharon de un modo extraordinario. El doctor nos invitó á todos á acercarnos para reconocer estos fenómenos. Aparecieron los estertores de la agonía, siendo sus intervalos cada vez más largos y cada vez más débiles. Por fin llegó el último momento; su cabeza cayó á un lado, sus manos, con las cuales hasta entonces tenía cogidos los pliegues del vestido, se aflojaron también. El doctor nos dijo: 'ahora está muerta', y realmente lo parecía. Con la mayor rapidez sacó (no ví de donde) dos pequeñas serpientes que

á toda prisa aplicó á su cuello é introdujo en su seno, haciendo al propio tiempo enérgicos pases sobre la cabeza y el cuello. Al cabo de un rato pareció volver débilmente á la vida, y por fin el doctor con un par de criados la levantaron y llevaron á su habitación, de la cual pronto volvió. Nos dijo ella que todo esto era sumamente crítico, pero perfectamente seguro y que no debía perderse un instante, pues de lo contrario, la muerte, que decía ella ser real, se convertiría en permanente.

»No hay para qué decir el horrible efecto que toda la escena descrita causó entre los espectadores. Ni necesito hacerlos observar que aquello no era ningún artificio de prestidigitador pagado para asombrar á un público. La escena tenía lugar en un elegante salón de un médico respetable, en el cual nadie puede poner los pies sin la correspondiente presentación, al mismo tiempo que (dejando á un lado los hechos fenomenales) mil detalles indescriptibles de lenguaje, modales, expresión y acción presentaban todas aquellas garantías minuciosas de formalidad y buena fé que llevan la convicción en el ánimo de todos cuantos presencian tales hechos, por más que esta convicción pueda transmitirse á aquellos que sólo oyen hablar ó sencillamente leen la relación de dichos fenómenos.

»Al cabo de un rato volvió la señora Y., y se sentó en uno de los dos sillones antes mencionados, y yo fui invitado á sentarme á su lado en el otro sillón. Yo conservaba todavía en mi mano la bolita de papel que contenía las tres palabras escritas secretamente por mí, de las cuales Beethoven había sido la primera. Permaneció ella sentada durante unos pocos minutos con las manos en la falda. Estas empezaron entonces á moverse agitadamente. '¡Ay, yo me abraso, me abraso!', dijo ella, y sus facciones contraídas expresaban un vivo dolor. A los pocos momentos, levantó una de sus manos, la cual contenía una *margarita*, la flor que yo había escrito como mi segunda palabra. Entregóme dicha flor, y después de haber sido examinada por el resto de la concurrencia, la guardé. Dijo el Dr. X. que la margarita en cuestión pertenecía á una variedad desconocida en aquel país; opinión errónea, por cierto, puesto que, pocos días después, ví la misma variedad en el mercado de flores de la Magdalena. Yo no sé si esta flor había sido *producida* en sus manos, ó si era sencillamente un *aporte*, como en el fenómeno con el cual estamos familiarizados en los experimentos del Espiritismo. Pero por fuerza había de ser una de estas dos cosas, porque indudablemente la señora Y. no tenía aquella flor cuando estaba sentada á mi lado, y en plena luz, antes de que apareciese la margarita. La lozania de la flor era perfecta en cada uno de sus delicados pétalos.

»La tercera palabra que yo había escrito en el papel era el nombre de un hollo, *plombières*. Al momento empezó ella á hacer la acción

de comer, por más que no había ningún bollo á la vista, y me preguntó si quería ir con ella á *Plombières*—el nombre de la torta que había yo escrito. Esto pudo ser sencillamente un caso de lectura del pensamiento.

»Después de esto sobrevino una escena en la cual la señora X., esposa del doctor, estaba, según se decía, y realmente lo parecía, poseída por el espíritu de Beethoven. El doctor se dirigió á ella como si ella fuese verdaderamente el gran músico. No le oyó, hasta que pronunció fuertemente tal nombre á su oído. Entonces contestó ella con finas reverencias, etc. (recordaréis que Beethoven era extraordinariamente sordo). Después de un rato de conversación, él la instó á que tocase algo, y, después de haberse sentado al piano, ejecutó ella magistralmente algunas de sus obras conocidas, y además algunas improvisaciones cuyo estilo fué en general reconocido por la concurrencia como el del gran compositor. Más tarde supe por una señora amiga de Mme. X. que ésta, en su estado normal, era de afición una pianista muy adocenada. Después de una media hora pasada en música y conversando en la persona de Beethoven, con quien la médium tenía entonces un extraño parecido por la expresión de su fisonomía y por su aspecto pensativo, el doctor puso en su mano una hoja de papel y un lápiz, y le rogó que dibujase la cara de la persona que tenía delante de ella. La señora X. hizo con mucha rapidez un bosquejo de perfil de una cabeza y cara parecidos á los bustos de Beethoven, si bien su aspecto era el de un hombre joven, y escribió rápidamente debajo del mismo, á manera de firma, el nombre *Beethoven*. He conservado el dibujo, si bien no puedo decir hasta qué punto se parece dicho escrito á la firma de Beethoven.

»Era ya muy tarde, los concurrentes se iban retirando, y no tenía yo tiempo de interrogar al Dr. X. acerca de lo que habíamos acabado de presenciar. Pero pocos días después fui á verle una tarde con Mr. Gledstones, encontrándome con que admitía la acción de los espíritus, y que era espiritista, pero también mucho más, puesto que había estudiado durante largo tiempo y á fondo los ocultos misterios del Oriente. Comprendí que el doctor quería eludir este punto cuando al parecer prefería remitirme á su libro, que publicaría probablemente durante el curso del presente año. Observé sobre una mesa cierto número de hojas sueltas, todas ellas cubiertas de caracteres orientales desconocidos para mí, y trazados por la señora X. en estado de éxtasis, como dijo el doctor, contestando á una pregunta. Nos dijo que, en la escena que yo había presenciado, ella se convertía en *una sacerdotisa de uno de los antiguos templos egipcios* (esto es, según yo presumo, estaba poseída por dicha sacerdotisa), y que el origen de esto era el siguiente: Un sabio amigo suyo había adquirido en Egipto la momia de una sacerdotisa, y le había dado algunas de las vendas de lino con las cuales el cuerpo estaba envuelto, y por el contacto de esta tela, que

cuenta de 2000 á 3000 años, por el sacrificio de su existencia entera á esta relación oculta, y por los veinte años que había vivido alejado del mundo, su médium, la tan sensitiva señora Y., había llegado á ser lo que yo había visto. El lenguaje que le había oído hablar era el sagrado lenguaje de los templos en que ella había sido educada, debido no tanto á la inspiración como al método que empleamos nosotros mismos para aprender una lengua, ó sea por medio del dictado, ejercicios escritos, etc., siendo hasta reprendida y castigada cuando no estudiaba ó se mostraba perezosa. Dijo que Jacolliot la había oído en una escena semejante, y habla reconocido sonidos y palabras pertenecientes al antiquísimo lenguaje sagrado que se conserva en los templos de la India, anterior, si mal no recuerdo, á la época del sánscrito.

»Respecto á las *serpientes* que el doctor había empleado en la rápida operación de volver á la vida á la señora Y., ó mas bien, quizás, de impedir la consumación final del proceso de la muerte, dijo que en ello había un extraño misterio relacionado con los fenómenos de la vida y de la muerte. Comprendí que aquéllas eran indispensables. Se nos exigía un absoluto silencio y una completa inacción, y toda tentativa de preguntarle algo en aquella ocasión era instantánea y casi coléricamente rechazada. Podíamos nosotros más tarde ir á verle y hablar de este asunto, ó esperar la aparición de su libro, pero él solamente parecía autorizado para ejercer la facultad de hablar durante todo el curso de aquellas sesiones, lo cual hacía indudablemente con gran volubilidad, á la vez que con toda la elocuencia y precisión de lenguaje de un francés, reuniendo á la cultura científica la viveza de imaginación.

»Pensaba volver alguna otra tarde, pero supe por Mr. Gledstones que el doctor X. había suspendido sus sesiones por entonces, disgustado por su poco éxito en hacer que sus colegas de profesión y los hombres de ciencia fuesen á presenciar lo que se proponía mostrarles.

»Esto es todo cuanto puedo recordar de esta velada *extraña* y misteriosa, excepto algunos detalles poco interesantes. Os he dado el nombre y las señas del Dr. X. confidencialmente, porque parece haber ido más ó menos lejos por el mismo camino que habéis emprendido en los estudios de vuestra Sociedad Teosófica. Fuera de esto, me considero obligado á guardar una completa reserva, por no estar autorizado para hacer uso de su nombre en ningún sentido que pueda darle publicidad.

»Os saluda muy respetuosamente vuestro amigo y obediente servidor,

J. L. O' SULLIVAN»

En este caso tan interesante, el simple Espiritismo ha traspasado los límites de su rutina, y ha invadido las fronteras de la magia. Los riesgos de la mediumnidad se ven allí en la doble vida de la sensitiva

señora Y., en la cual pasa una existencia completamente distinta de la normal, y, por efecto de la subordinación de su individualidad á una voluntad ajena, se convierte en una sacerdotisa egipcia, así como en la personificación del espíritu de Beethoven, y en el estado inconsciente y cataléptico en que ella cae. Por otra parte, el poder volitivo ejercido por el Dr X. sobre su sensitiva, el trazado del místico círculo, las evocaciones, la materialización de la flor deseada, el aislamiento y la educación de la señora Y., el empleo de la varilla y la forma de ésta, la creación y el uso de las serpientes, el evidente dominio de las fuerzas astrales; todo esto pertenece á la Magia. Tales experimentos son de interés y de valor para la ciencia, pero son susceptibles de abuso en manos de un práctico menos concienzudo que el hombre eminente designado con el anónimo de doctor X. Un verdadero kabalista oriental no recomendaría su repetición.

Esferas desconocidas bajo nuestros pies; esferas todavía más desconocidas y todavía más inexploradas encima de nosotros; entre unos y otras un puñado de topos, ciegos á la gran luz de Dios, y sordos á los susurros del mundo invisible, jactándose de que ellos guían á la humanidad. ¿Hacia dónde? Hacia adelante pretenden ellos; pero nosotros tenemos derecho para dudarlos. Nuestros fisiólogos más eminentes, colocados frente á frente de un fakir indio, que no sabe leer ni escribir, muy pronto se quedarían tan atontados como un niño de la escuela que se ha olvidado de estudiar la lección. No es haciendo vivisecciones de pobres animales el modo de que un fisiólogo se asegure por sí mismo de la existencia del alma humana, ni tampoco podrá extraerla del cuerpo humano con la hoja del escalpelo. «¿Qué hombre sensato — pregunta Sergeant-Cox, presidente de la Sociedad Psicológica de Londres,— qué hombre sensato, no sabiendo nada de magnetismo ó de filosofía, y no habiendo jamás presenciado un experimento, ni aprendido sus principios, se calificaría de *loco* negando sus hechos y combatiendo su teoría?» La verdadera contestación á esto sería: «las dos terceras partes de nuestros modernos sabios». La impertinencia, si es que la verdad puede ser impertinente, debe imputarse á aquel que ha dicho esto, que no es otro que un sabio del número de aquellos pocos que tienen suficiente valor y sinceridad para decir toda clase de verdades, por desagradables que sean. Y no hay error alguno en cuanto al verdadero sentido de semejante imputación, porque, inmediatamente después de la irreverente pregunta, el sabio orador dice muy atinadamente: «El químico toma su electricidad del electricista, el fisiólogo acude al geólogo en cuestiones de geología, y cada uno de ellos consideraría como una impertinencia en el otro el que formase juicios acerca de una rama de conocimientos que no es la suya. Extraño es, pero tan cierto como extraño, que esta regla tan racional para nada se tenga en cuenta en tratándose de psicología. *Los sabios fisi-*

cos se consideran competentes para pronunciar un juicio dogmático sobre la psicología y todo cuanto pertenece á la misma, sin haber presenciado ninguno de sus fenómenos, é ignorando enteramente sus principios y práctica» (1).

Esperamos sinceramente que los dos eminentes biólogos, Mr. Mendelejeff, de San Petersburgo, y Mr. Ray Lankester, que goza de tanta fama en Londres, soportarán esta andanada tan impávidamente como sus víctimas vivas cuando palpitan bajo sus cuchillos de disección.

Para que una creencia se haya convertido en universal, debe haberse fundado en una inmensa acumulación de hechos que tienda á robustecerla de una generación á otra. A la cabeza de todas estas creencias figura la magia, ó, si se prefiere, la psicología oculta. ¿Quién de aquéllos que aprecian sus formidables poderes, aun juzgando por sus débiles y amortiguados efectos en nuestros países cultos, se atreverá á negar en nuestros días las afirmaciones de Porfirio y de Proclo, de que hasta á los objetos inanimados, tales como estatuas de dioses, se les puede obligar á moverse y á dar señales de una vida ficticia durante algunos momentos? ¿Quién negará tal afirmación? ¿Serán acaso aquéllos que diariamente atestiguan, bajo sus propias firmas, que han visto mesas y sillas que se movian y andaban, y lápices que escribían sin que nadie los tocase? Diógenes Laercio nos habla de cierto filósofo, Stilpo, que fué desterrado de Atenas por el Areópago, con motivo de haberse atrevido á decir públicamente que la Minerva de Fidias no era más que un trozo de mármol. Pero nuestro propio siglo, después de remedar á los antiguos tanto como ha podido, hasta en sus nombres mismos, tales como *senados, prefectos, cónsules*, etc., y después de admitir que Napoleón el Grande conquistó las tres cuartas partes de Europa, aplicando los principios de guerra enseñados por los Césares y Alejandro, sabe mucha más psicología que sus preceptores, en términos que enviaría á Bedlam (2) á todos cuantos creen en las «mesas animadas».

Tómese como se quiera, *la religión de los antiguos es la religión del porvenir*. Dentro de pocos siglos, no quedarán ya creencias sectarias en ninguna de las grandes religiones de la humanidad. El Brahmanismo y el Buddhismo, el Cristianismo y el Mahometismo desaparecerán ante la poderosa avalancha de los hechos. «Yo difundiré mi espíritu sobre toda carne», escribe el profeta Joel. «En verdad os digo, ... más grandes obras que estas haréis vosotros», promete Jesús. Pero esto únicamente podrá suceder cuando el mundo vuelva á la gran religión del pasado; al *conocimiento* de todos aquellos majestuosos sistemas que precedieron, mucho tiempo antes, al Brahmanismo y

(1) *The Spiritualist*, Londres, 10 Nov., 1876.

(2) Célebre casa de orates en Inglaterra. (N. del Tr.)

hasta al monoteísmo primitivo de los antiguos Caldeos. Mientras tanto, debemos recordar los efectos directos de los misterios revelados. Los únicos medios por los cuales los sabios sacerdotes de la antigüedad podían imprimir sobre los groseros sentidos de las multitudes la idea de la Omnipotencia de la *Voluntad* Creadora, ó CAUSA PRIMERA, eran principalmente la animación divina de la materia inerte, el alma infundida en la misma por la voluntad potencial del hombre, la imagen microcósmica del gran Arquitecto y el transporte de objetos pesados al través del espacio y de los obstáculos materiales.

¿Por qué el piadoso católico romano tiene que sentirse disgustado ante las prácticas «paganas» de los indios Tameses, por ejemplo? Hemos presenciado el milagro de San Genaro en la antigua Nápoles, y lo mismo hemos visto en Nargercoil, en la India. ¿En dónde está la diferencia? La sangre coagulada de un santo católico hierve y humea en su botella de cristal para dar gusto á los *lazzaroni*; y, desde su rico camarín, el ídolo del mártir lanza radiantes sonrisas y derrama bendiciones sobre la congregación cristiana. Por otra parte, una esfera de arcilla llena de agua es introducida en el pecho abierto del dios Sûran; y mientras que el cura sacude su botella y produce su «milagro» de sangre, el sacerdote indio clava una flecha en el pecho del dios y produce su «milagro», porque la sangre brota á chorros, y el agua se convierte en sangre. Tanto los cristianos como los indios se quedan extasiados á la vista de un milagro semejante. Hasta aquí no podemos ver entre los dos fenómenos la más pequeña diferencia. Pero ¿no podría ser que el pagano hubiese aprendido tal impostura de S. Genaro mismo?

«Sabe, oh Asclepio —dice Hermes,—que así como el ALTÍSIMO es el padre de los dioses celestiales, del mismo modo el hombre es *el artífice de los dioses que residen en los templos*, y que se complacen en la sociedad de los mortales. Fiel á su origen y naturaleza, la humanidad persevera en esta imitación de los poderes divinos; y si el Padre Creador ha hecho á su propia imagen los *dioses eternos*, el género humano á su vez hace sus dioses según su misma imagen». «¿Y hablas tú de las estatuas de los dioses, oh Trismegisto?» «Cierto que sí, Asclepio, y por mucha que sea tu desconfianza, ¿no observas tú que estas estatuas están dotadas de *razón*, que están animadas por un alma, y que pueden obrar los mayores prodigios? ¿Cómo podemos nosotros negar la evidencia cuando vemos que estos dioses poseen el don de predecir lo futuro que se ven forzados á decir, si á ello se les obliga con ciertas palabras mágicas, como por medio de los labios de los sacerdotes y sus visiones...? Es la maravilla de las maravillas el que el hombre haya podido inventar y crear dioses... Verdaderamente, la fé de nuestros antecesores se equivocó, y en su orgullo cayeron en el error respecto de la verdadera esencia de estos dioses... pero después

de todo, han descubierto que eran ellos mismos. Impotentes para crear el alma y el espíritu, evocan las almas de los ángeles y demonios con el objeto de infundirlas en las estatuas consagradas, y de hacer de esta suerte que presidan en sus Misterios, comunicando á los ídolos su propia facultad de *hacer lo mismo el bien que el mal*.

No es la antigüedad sola la que está plenamente convencida de que las imágenes y los ídolos de dioses, en ciertas ocasiones, manifestaban inteligencia y facultades de locomoción. En pleno siglo diez y nueve, vemos á los periódicos relatar los saltos verificados por la imagen de Nuestra Señora de Lourdes. Esta buena señora, la *Notre Dame* francesa, á veces se escapa á los bosques contiguos á su residencia ordinaria, la iglesia parroquial. El sacristán se ve obligado á correr tras la fugitiva, y llevarla otra vez á su casa en más de una ocasión (1). Después de esto empieza una serie de «milagros», curando, profetizando, haciendo caer cartas de lo alto, y qué sé yo cuantas cosas más. Estos «milagros» son implícitamente admitidos por millones y millones de católicos-romanos, pertenecientes muchos de éstos á las clases más inteligentes é ilustradas. ¿A qué viene entonces no creer en testimonios precisamente del mismo carácter, dados, con motivo de ciertos fenómenos contemporáneos de la misma especie, por los más acreditados y considerados historiadores, como Tito Livio, por ejemplo? «Juno, ¿tendrás á bien abandonar los muros de Veii, y cambiar esta residencia por la de Roma?», pregunta á la diosa un soldado romano después de la conquista de aquella ciudad. Juno accede á ello, y, moviendo su cabeza en señal de asentimiento, la estatua contesta: «Sí, quiero». Además, al trasladar dicha estatua, parece que instantáneamente *«perdió su inmenso peso»*, añade el historiador, y más bien parecía que la imagen les siguiese (2).

Con la mayor candidez y con una fé que raya en lo sublime, des Mousseaux se lanza resueltamente en peligrosas comparaciones, y presenta cierto número de ejemplos de *milagros* de aquella especie, tanto cristianos como «paganos». Hace una lista de tales estatuas andantes de santos y Nuestras Señoras, que han perdido su peso, y se han movido como podía hacerlo una persona viviente; y ofrece pruebas irrecusables de lo mismo, sacadas de autores clásicos que describen tales *milagros* (3). El referido escritor no tiene más que un solo pensamiento y un deseo ansioso y avasallador: quiere probar á sus lectores que la magia realmente existe, y que el Cristianismo la ha rendido á sus pies. No es que los milagros de este último sean más numerosos, más extraordinarios ó más significativos que los de los paganos. Nada de eso;

(1) Léanse algunos de los periódicos del verano y otoño de 1876.

(2) *Tito-Livio*, v. déc. I.—*Val. Max.*, I, cap. VII.

(3) Véanse *Les Hauts Phénomènes de la Magie; La Magie au XIXme. Siecle; Dieu et les Dieux*, etc.

y cuidado, que des Mousseaux es un fiel historiador en lo referente á los hechos y á las pruebas. Pero lo que no tiene precio son sus argumentos y reflexiones: una clase de milagros son producidos por Dios, la otra por el Diablo; hace descender á la Divinidad, y, colocándola frente á frente de Satán, permite que el archienemigo se bata con el Creador en dilatadas luchas. Por lo demás, no dice ni una sola palabra de prueba sólida y evidente para demostrar la diferencia substancial que hay entre ambas clases de prodigios.

¿Queremos averiguar la razón por que des Mousseaux ve en unos milagros la mano de Dios, y en los otros los cuernos y pezuñas del Diablo? He aquí la contestación: «La santa Iglesia católica apostólica romana declara que los milagros obrados por sus fieles hijos son producidos por la voluntad de Dios, y todos los demás son obra de los espíritus del Infierno». Muy bien, pero ¿en qué se funda? Tenemos á la vista un catálogo interminable de santos escritores; de santos que durante toda su vida lucharon con los seres infernales; y de padres cuya palabra y autoridad son aceptadas como la «palabra de Dios» por la misma Iglesia. «Vuestros ídolos, vuestras imágenes consagradas son la habitación de *demonios*», exclama san Cipriano. «Si, estos espíritus son los que inspiran á vuestros sacerdotes, animan las entrañas de vuestras víctimas, gobiernan el vuelo de las aves, y, mezclando continuamente lo verdadero con lo falso, pronuncian oráculos y..... obran prodigios, siendo su objeto arrastraros invenciblemente á su adoración» (1).

El fanatismo en religión, el fanatismo en ciencia ó el fanatismo en cualquier otra cuestión degenera en manía, y no puede más que cegar nuestros sentidos. Siempre será inútil discutir con un fanático. Y aquí no podemos menos de admirar una vez más el profundo conocimiento de la naturaleza humana que ha inspirado á Mr. Sergeant Cox las siguientes palabras, pronunciadas en el mismo discurso á que antes hemos aludido: «No hay un error más fatal que el creer que la verdad prevalecerá por su propia fuerza, y que basta sólo con que se la vea para ser admitida. Verdaderamente, el deseo por la verdad real existe en muy pocas inteligencias, y la capacidad para discernirla existe todavía en muchas menos. Cuando los hombres dicen que van en busca de la verdad, quieren decir que tratan de encontrar una prueba evidente que apoye alguna preocupación ó idea preconcebida. Sus creencias están amoldadas á sus deseos. Ellos lo ven todo, y más que todo, aquello que parece estar de acuerdo con lo que ellos desean. Están tan ciegos como topos respecto de cualquier cosa que esté en oposición con su modo de pensar. Los hombres de ciencia no están más exentos de este defecto general que las demás personas».

Sabemos que, desde las épocas más remotas, ha existido una cien-

(1) *De Idol. Vanit.*, lib. I, p. 452.

cia misteriosa y temible, conocida con el nombre de *theopœa*. Esta ciencia enseñaba el arte de dotar de una vida temporal y de inteligencia á los diversos símbolos de los dioses. Las imágenes y los bloques de materia inerte se animaban por efecto de la voluntad poderosa del hierofante. El fuego robado por Prometeo había durante la lucha caído á la tierra; abarcaba las regiones inferiores del cielo, y se fijó en las oleadas del éter universal como el poderoso *Akása* de los ritos indios. Lo respiramos é impregnamos de él nuestro sistema orgánico, á cada bocanada de aire puro. Nuestro organismo está saturado de él desde el instante de nuestro nacimiento. Pero se convierte en potencial únicamente bajo el influjo de la VOLUNTAD y del ESPÍRITU.

Abandonado á sí mismo, este principio vital obedece ciegamente á las leyes de la naturaleza; y, según las circunstancias, produce la salud y una exuberancia de *vida*, ó causa la *muerte* y la disolución. Pero, dirigido por la voluntad del adepto, se vuelve obediente; sus corrientes restablecen el equilibrio en los cuerpos orgánicos, llenan el espacio, y producen milagros físicos y psicológicos, perfectamente conocidos de los mesmerizadores. Infundido en la materia inorgánica ó inerte, origina una apariencia de vida, y por lo tanto, de movimiento. Si á aquella vida le falta una inteligencia individual, una personalidad, entonces el operador puede enviarle su *scinlecca*, su propio espíritu astral, para animarla; ó bien hacer uso de su poder sobre la región de los espíritus de la naturaleza para obligar á uno de ellos á *infundir* su entidad en el mármol, en la madera ó en el metal; ó puede también ser auxiliado por espíritus humanos. Pero estos últimos—excepto la clase viciosa y ligada á la tierra (1)—no podrán infundir su esencia en estos objetos inanimados. Dejan á las especies inferiores producir la semejanza de vida y animación, y únicamente envían su influencia al través de las esferas interventoras, á manera de un rayo de luz divina, cuando el pretendido «milagro» es reclamado para un buen fin. La condición necesaria—y esto es una ley en la naturaleza espiritual—es la pureza del motivo, pureza de la atmósfera magnética circundante, pureza personal del operador. Así es que un «milagro» pagano puede ser mucho más santo que uno cristiano.

¿Quién de los que han presenciado los fenómenos ejecutados por

(1) Estos, después de su muerte corpórea, incapaces de elevarse más alto, ligados á las regiones terrestres, se complacen en la sociedad de aquella clase de elementales que por razón de su afinidad con el vicio les atrae con más fuerza. Se identifican de tal modo con dichos elementales, que muy pronto pierden la noción de su propia identidad, y se convierten en una parte de estos seres, cuyo auxilio necesitan para comunicarse con los mortales. Pero así como los espíritus de la naturaleza no son *inmortales*, así también los elementarios humanos que han perdido su divino guía—el espíritu—no pueden seguir existiendo sino mientras la esencia de los elementos que componen sus cuerpos astrales los mantiene reunidos.

los fakires de la India Meridional puede dudar de la existencia de la *theopæa* en los antiguos tiempos? Un escéptico inveterado, á pesar de su afán de atribuir todos estos fenómenos á tretas de juglares, se ve obligado á dar su testimonio en cuanto á los hechos; hechos que, por otra parte, pueden ser presenciados todos los días, si uno lo desea. «No me atrevo—dice hablando de Chibh-Chondor, un fakir de Jaffna-patnam—á describir todos los ejercicios que hizo.

»Hay cosas que uno no se *atreve* á contar, aun después de haberlas presenciado, por miedo de que le acusen de haber estado bajo la influencia de una alucinación inexplicable. Y sin embargo, diez y hasta veinte veces he visto y vuelto á ver al fakir obtener los mismos resultados sobre la materia inerte... No era más que un juego de chiquillos para nuestro *encantador* hacer que la luz de una bujía que había sido colocada, por orden suya, en uno de los más apartados rincones de la estancia, palidciese y se extinguiese á voluntad; hacer mover los muebles y hasta el mismo sofá en el cual estábamos sentados, abrir y cerrar las puertas repetidas veces, y todo esto sin moverse de la esterilla sobre la cual estaba sentado en el suelo.

»Quizás se dirá que he visto mal. Es posible, pero añadiré que centenares y millares de personas han visto y ven lo que yo, y otras cosas todavía más asombrosas; pero ¿hay una siquiera de estas personas que haya descubierto el secreto, ó que haya podido reproducir estos fenómenos? Y nunca me cansaré de repetir que todo esto no pasa en ningún escenario provisto de todos los artificios mecánicos necesarios para el operador. No, es un mendigo desnudo y acurrucado en el suelo el que juega así con vuestra inteligencia, con vuestros sentidos y con todo aquello que hemos convenido en calificar de leyes inmutables de la naturaleza, pero que él, según parece, altera á su antojo.

»Cambia el fakir el curso de dichas leyes? No, lo que hace es ponerlas en acción empleando fuerzas que aún no conocemos, dicen los creyentes. Sea como fuere, yo mismo me he encontrado veinte veces en semejantes sesiones, en compañía de los hombres más distinguidos de la India inglesa, profesores, médicos, oficiales, y ninguno de ellos ha podido menos de sintetizar sus impresiones al abandonar la estancia, diciendo que aquello es terrorífico para la humana inteligencia. Cada vez que he visto repetido por un fakir el experimento de sumir las serpientes en un estado cataléptico, durante el cual estos animales presentan la misma rigidez que una rama seca, mis pensamientos se han dirigido á la fábula bíblica (?) que atribuye á Moisés y á los sacerdotes de Faraón un poder parecido» (1).

Indudablemente, la carne de hombre, de animal ó de ave puede

(1) L. Jacolliot: *Voyage au Pays des Péries*.

ser tan fácilmente dotada del magnético principio vital como la mesa inerte del médium moderno. O ambas maravillas son posibles y verdaderas, ó ambas deben caer por tierra juntamente con los milagros de los tiempos apostólicos y los de la Iglesia papal. En cuanto á las pruebas fehacientes de que disponemos en favor de tales posibilidades, podríamos citar libros bastantes para llenar toda una biblioteca. Si el papa Sixto V ha citado un formidable ejército de espíritus relacionados con varios talismanes, ¿su amenaza de excomunión para todos aquellos que practicaban aquel arte no era acaso lanzada sólo porque hubiera querido que el conocimiento de este secreto permaneciese confinado dentro del recinto de la Iglesia? ¿Cómo podría ver con buenos ojos que sus *divinos* milagros fuesen estudiados y reproducidos con éxito por cualquier hombre dotado de perseverancia, de un enérgico poder magnético positivo y de una voluntad inflexible? Algunos recientes sucesos acaecidos en Lourdes (suponiendo, como es natural, que han sido fielmente contados) prueban que el secreto no se ha perdido del todo; y si no hay allí algún poderoso mago mesmerizador oculto debajo del sobrepelliz y de la sotana, en este caso la imagen de Nuestra Señora es movida por las mismas fuerzas que mueven las mesas magnetizadas en las sesiones espiritistas; y la naturaleza de estas «inteligencias», sea que pertenezcan á las «clases de espíritus humanos, espíritus elementarios humanos ó espíritus elementales, depende de varias condiciones. Para uno que sepa algo de mesmerismo, y esté enterado al mismo tiempo del espíritu caritativo de la Iglesia católica romana, no debe ser muy difícil comprender que las incesantes maldiciones de los sacerdotes y monjes, así como los severos anatemas tan profusamente lanzados por Pío IX —que á su vez es un poderoso mesmerizador, teniendo fama de *gettatore* (mal ojo),—han acumulado legiones de elementarios y de elementales á las órdenes de los desencarnados Torquemadas. Estos son los «ángeles» que hacen de las suyas con la imagen de la Reina de los Cielos. Cualquiera que acepte el «milagro», y piense de un modo distinto, blasfema.

Si bien, al parecer, hemos presentado ya pruebas suficientes de que la moderna ciencia tiene muy poca ó ninguna razón para enorgullecerse bajo el punto de vista de la originalidad, no obstante, antes de terminar esto tomo queremos aducir unas pocas más, con el objeto de desvanecer toda duda acerca de esta cuestión, y para ello sólo tenemos que recapitular, del modo más breve posible, las diversas pretensiones á nuevas filosofías y descubrimientos, cuyo anuncio ha hecho abrir tanto los ojos al mundo durante estos dos últimos siglos. Ya hemos indicado los descubrimientos en las artes, ciencias y filosofía de los antiguos egipcios, griegos, caldeos y asirios; vamos ahora á citar algo de un autor que ha pasado largos años en la India estu-

diando su filosofía. En la famosa y reciente obra *Christna et le Christ*, encontramos la siguiente tabla sinóptica.

»*Filosofía*.—Los antiguos hindos crearon desde su fundamento los dos sistemas de espiritualismo y materialismo, de filosofía metafísica y de filosofía positiva. La primera enseñada por la escuela Vedantina, cuyo fundador fué Vyasa; la segunda enseñada por la escuela Sankya, cuyo fundador fué Kapila.

»*Astronomía*.—Ellos establecieron el calendario, inventaron el zodiaco, calcularon la precisión de los equinoccios, descubrieron las leyes generales de los movimientos, observaron y pronosticaron los eclipses.

»*Matemáticas*.—Ellos inventaron el sistema decimal, el álgebra y los cálculos diferencial, integral é infinitesimal. También descubrieron la geometría y la trigonometría, y, en estas dos ciencias, enunciaron y demostraron teoremas *que no fueron descubiertos en Europa sino hasta los siglos décimo séptimo y décimo octavo*. De hecho fueron los Brahmanes los primeros que dedujeron el área del triángulo por medio del cálculo de sus tres lados, y calcularon la relación de la circunferencia al diámetro. Además debemos atribuirles el cuadrado de la hipotenusa y la tabla tan impropriamente llamada Pitagórica, la cual encontramos grabada en el *gôparama* de la mayor parte de las grandes pagodas.

»*Física*.—Ellos establecieron el principio, que aún subsiste hoy día, de que el universo es un todo armónico sujeto á leyes que pueden ser determinadas por la observación y la experimentación. Descubrieron la hidrostática; y la famosa proposición de que todo cuerpo sumergido en el agua pierde una parte de su peso igual al volumen del agua que desaloja, no es más que un préstamo hecho por los Brahmanes á Arquímedes, el famoso arquitecto griego. Los físicos de las pagodas calcularon la velocidad de la luz, y fijaron de una manera positiva las leyes que ésta sigue en su reflexión. Y finalmente, está fuera de duda, á juzgar por los cálculos de Surya-Sidhanta, que ellos conocieron y calcularon la fuerza del vapor.

»*Química*.—Conocieron la composición del agua, y formularon para los gases la famosa ley, *que nosotros conocemos sólo desde ayer, de que los volúmenes de los gases están en razón inversa de las presiones que sufren*. Sabían el modo de preparar los ácidos sulfúrico, nítrico y clorhídrico; los óxidos de cobre, hierro, plomo, estaño y zinc; los sulfuros de hierro, cobre, mercurio, antimonio y arsénico; los sulfatos de zinc y de hierro; los carbonatos de hierro, plomo y sosa; el nitrato de plata y la pólvora.

»*Medicina*.—Sus conocimientos eran de todo punto asombrosos. En Tcharaka y en Sousruta, los dos príncipes de la medicina india, se halla expuesto el sistema que Hipócrates se apropió más tarde. Sousruta formula admirablemente los principios de la medicina preventiva ó hi-

giene, á la cual coloca muy por encima de la medicina curativa, que con demasiada frecuencia es, según él, empírica. ¿Estamos hoy día más adelantados? No carece de interés el notar que los médicos árabes, que gozaban de una merecida celebridad durante la edad media—Averroes entre otros,—hablaban continuamente de los médicos hindos, considerándolos además como iniciadores de los griegos y de ellos mismos.

»*Farmacología*.—Conocían ellos todos los simples, sus propiedades y usos, y en este punto no han cesado todavía de dar lecciones á Europa. Hace poco tiempo que hemos recibido de ellos el tratamiento del asma por medio del estramonio.

»*Cirugía*.—En esta ciencia no son ellos menos notables. Ejecutaron la operación de la piedra; con admirable éxito operan las cataratas y la extracción del feto, estando descritos por Tcharaka los casos anormales ó peligrosos con una extraordinaria precisión científica.

»*Gramática*.—A ellos se debe la más maravillosa de todas las lenguas del mundo, el Sánscrito, que ha dado origen á la mayor parte de los idiomas orientales y á los de los países Indo-Europeos.

»*Poesía*.—Han cultivado todos los estilos y se han mostrado en todos ellos maestros consumados. Sakuntala, Avrita, la Phædra India, Saranga y mil otros dramas, no son aventajados por ninguna de las obras de Sófocles, de Eurípides, de Corneille ni de Shakespeare. Su poesía descriptiva jamás ha sido igualada. Es preciso leer, en el *Megadatta*, 'Los lamentos de un Desterrado', el cual suplica á una nube pasajera que lleve sus recuerdos á su cabaña, á sus parientes y amigos, á quienes ya no verá más, para formarse una idea del esplendor que dicho estilo había alcanzado en la India. Sus fábulas han sido copiadas por todos los pueblos antiguos y modernos, que ni siquiera se han tomado el trabajo de dar alguna variedad al asunto de estos pequeños dramas.

»*Música*.—Inventaron la gama con sus intervalos de tonos y semitonos, mucho antes que Guido de Arezzo. He aquí la escala india:

Sa—Ri—Ga—Ma—Pa—Da—Ni—Sa

»*Arquitectura*.—Según parece, han agotado todo cuanto el genio del hombre es capaz de concebir. Cimborios de un atrevimiento imponderable; cúpulas cónicas; minaretes con adornos de mármol; torres góticas; hemiciclos griegos; estilo policromo: todos los géneros, todas las épocas se ven allí, indicando el origen y la fecha de las distintas colonias, que, al emigrar, llevaban consigo los recuerdos de su arte nacional».

Tales fueron los resultados obtenidos por esta antigua é imponente civilización Brahmánica. ¿Qué tenemos nosotros por presentar que pueda compararse con esto? Al lado de tales majestuosas obras y descubrimientos del pasado, ¿qué podemos exhibir que parezca tan gran-

dioso y tan sublime que baste á justificar nuestras pretensiones de superioridad sobre una ascendencia ignorante? Al lado de los descubridores de la geometría y del álgebra, de los constructores del humano discurso, de los padres de la filosofía, de los primeros expositores de la religión, de los adeptos en las ciencias psicológicas y físicas, ¡cuán raquíticos parecen hasta los más grandes de nuestros biólogos y teólogos! Que nos citen cualquier descubrimiento moderno, y nos atreveremos á decir que no es necesario buscar mucho en la historia de la India para encontrar registrado el prototipo del mismo. Nuestra ciencia está en la mitad de su periodo de transición, y todas nuestras ideas están ocupadas en el proceso de reajustarse á las teorías de la correlación de fuerzas, de la selección natural, de la polaridad atómica y de la evolución. Y aquí, para escarnio de nuestro amor propio, de nuestras adquisiciones y de nuestra desesperación, podemos leer lo que Manú decía, quizás 10.000 años antes del nacimiento de Cristo:

•El primer germen de vida fué desarrollado por el agua y el calor». (*Manú*, libro I, sloka 8).

•El agua asciende hacia el cielo en forma de vapor; del sol desciende como lluvia; de la lluvia nacen las plantas; y de las plantas, los animales» (libro III, sloka 76).

«Cada sér adquiere las cualidades de aquel que inmediatamente le precede, de suerte que cuanto más un sér toma del átomo primitivo de su serie, tantas más perfecciones y cualidades tiene» (libro I, sloka 20).

•El hombre recorrerá todo el universo, ascendiendo gradualmente y pasando por las rocas, plantas, gusanos, insectos, peces, serpientes, tortugas, animales salvajes, ganado y animales superiores Tal es el *grado inferior*». (Idem).

•Estas son las transformaciones declaradas, desde la planta hasta Brahmá, que deben tener lugar en este mundo». (Idem).

«El griego—dice Jacolliot—es sencillamente el sánscrito. Fidias y Praxíteles han estudiado en Asia las obras maestras de Daonthia, Ramana y Aryavosta. Platón desaparece ante Dgeminy y Veda-Vyasa, á quienes copia literalmente. Aristóteles queda eclipsado por el *Purva-Mimansa* y el *Uttara-Mimansa*, en los cuales se encuentran todos los sistemas de filosofía de que nos hemos ahora ocupado al tratar desde el espiritualismo de Sócrates y su escuela, el escepticismo de Pirrón, Montaigne y Kant, *hasta el positivismo de Littré*».

Aquellos que duden de la exactitud de esta última afirmación harán bien en leer la siguiente frase copiada textualmente del *Uttara-Mimansa*, ó *Vedanta*, de Vyasa, que vivió en una época que la cronología Brahmánica fija en 10.400 años antes de nuestra era:

«Nosotros podemos únicamente estudiar los fenómenos, comprobarlos y considerarlos como relativamente ciertos, pero no habiendo en todo el universo, ni por la percepción ni por la inducción, ni por los sen-

tidos, ni por el razonamiento, nada capaz de demostrar la existencia de una Causa Suprema que en un momento dado haya podido dar origen al universo, la Ciencia no debe discutir ni la posibilidad ni la imposibilidad de esta Causa Suprema».

Así, de un modo gradual pero seguro, la antigüedad será vindicada por completo. La verdad será cuidadosamente despojada de la exageración; muchas cosas que ahora son consideradas como ficciones se probará que son hechos, así como los «hechos y leyes» de la ciencia moderna se verá que pertenecen al limbo de los mitos trasnochados. Cuando, algunos siglos antes de nuestra era, el hindo Brahmaheupto afirmaba que la esfera estrellada permanecía inmóvil, y que el salir y ocultarse diariamente las estrellas confirma el movimiento de la tierra sobre su eje; y cuando Aristarco de Samos, nacido 267 años antes de Cristo, y el filósofo pitagórico Nicetas de Siracusa sostenían estas mismas ideas, ¿qué crédito obtuvieron sus teorías hasta los días de Copérnico y Galileo? Y el sistema de estos dos príncipes de la ciencia (sistema que ha revolucionado al mundo entero) ¿cuánto tiempo se le dejará permanecer como un todo completo é inalterable? ¿No tenemos acaso en estos precisos momentos, en Alemania, un sabio ilustrado, el profesor Shoëpfer, que en las conferencias públicas que ha dado en Berlín trata de demostrar: 1.º que la tierra está inmóvil; 2.º que el sol es solamente un poco mayor de lo que parece; y 3.º que Tycho-Brahe estaba perfectamente en lo cierto y Galileo enteramente equivocado? (1) ¿Y cuál era la teoría de Tycho-Brahe? Que la tierra permanece inmóvil en el centro del universo, y que en torno de la misma y alrededor de su centro gira la totalidad de la bóveda celeste cada veinte y cuatro horas; y finalmente, que el sol y la luna, además de este movimiento, marchan en líneas curvas peculiares á dichos astros, al paso que Mercurio y los restantes planetas describen una epicycloide.

No tenemos ciertamente intención de perder tiempo ni de llenar más páginas, ya para combatir, ya para apoyar esta nueva teoría, que tiene un parecido algo sospechoso con las viejas teorías de Aristóteles y hasta con las del venerable Bede. Dejaremos á la ilustrada falange de los académicos modernos que «laven su ropa sucia entre ellos mismos», usando una frase del gran Napoleón. Pero, sin embargo, queremos aprovecharnos de esta excelente oportunidad que dicha defección nos proporciona, para pedir una vez más á la ciencia su diploma ó patente de infalibilidad. ¡Ah!, ¿son estos, pues, los resultados de su tan cacareado progreso?

Hace muy poco, casi dírlamos ayer, que, contando con la fuerza de algunos hechos observados por nosotros mismos, y confirmados por el

(1) *Las últimas deducciones de la ciencia; La Tierra inmóvil*. Séptima edición.—Discurso pronunciado en Berlín por el doctor Shoëpfer, y cuyo objeto es demostrar que nuestro globo no gira sobre su eje ni alrededor del sol.

testimonio de una multitud de testigos, nos aventuramos tímidamente á afirmar que las mesas, los médiums y los fakires indios eran algunas veces levitados. Y cuando añadimos que, si tal fenómeno ocurriese una vez siquiera en un siglo «sin una causa mecánica visible, dicho levantamiento sería en tal caso la manifestación de una ley natural que ignoran todavía nuestros hombres de ciencia», se nos calificó de «iconoclastas», y fuimos acusados además por los periódicos de que ignorábamos la ley de la gravitación. Iconoclastas ó no, jamás se nos ha ocurrido acusar á la ciencia de negar la rotación de la tierra sobre su eje, ó su revolución alrededor del sol. Habíamos creído que aquellas dos lámparas, por lo menos, se habrían mantenido en buen estado y encendidas en el faro de la Academia hasta la consumación de los siglos. Pero ¡ay! á lo mejor viene un profesor de Berlín, y da al traste con nuestras últimas esperanzas de que, por lo menos, en algún punto la ciencia demostraría ser exacta. El ciclo está verdaderamente en su punto más bajo, y una nueva era empieza. La tierra todavía permanece quieta, y Josué queda vindicado!

En los días de la antigüedad—en 1876,—el mundo creía en la fuerza centrífuga, y la teoría Newtoniana, que explica el aplanamiento de los polos por el movimiento rotatorio de la tierra sobre su eje, era ortodoxa. Fundándose en esta hipótesis, se creía que la mayor porción de la masa globular gravitaba hacia el Ecuador, y que á su vez la fuerza centrífuga, actuando sobre la masa con todo su poder, obligaba á esta masa á concentrarse en el Ecuador. Así es que los crédulos sabios tenían por cosa cierta la rotación de la tierra sobre su eje, porque, si de otra manera fuese, no hubiera existido ninguna fuerza centrífuga, y sin esta fuerza no podría existir la menor gravitación hacia las latitudes ecuatoriales. Esta ha sido una de las pruebas corrientes de la rotación de la tierra, y esta deducción, juntamente con varias otras, es la que el referido profesor de Berlín declara que «rechaza en común con muchos otros sabios».

«¿No es ridículo, señores,—termina diciendo—que nosotros, confiados en lo que nos enseñaron en la escuela, hayamos aceptado la rotación de la tierra sobre su eje como un hecho plenamente demostrado, cuando nada absolutamente hay que lo pruebe, ni *puede* ser demostrado? ¿No hay para admirarse de que los sabios de todo el mundo civilizado, empezando por Copérnico y Kepler, hayan comenzado por aceptar tal movimiento de nuestro planeta, y que tres siglos y medio después se estén buscando las pruebas de lo mismo? Pero ¡ay! por más que busquemos, nada encontramos; lo cual era ya de esperar. Todo, todo es en vano!»

Y así, de golpe y porrazo, pierde el mundo su rotación, y el universo se ve privado de sus guardianes y protectores, las fuerzas centrífuga y centrípeta! Es más: el éter mismo, arrebatado del espacio,

no es más que una «mentira», un mito nacido de la mala costumbre de usar palabras huecas; el sol es pretendiente á unas dimensiones á que nunca ha tenido derecho; las estrellas son puntos centelleantes, y «fueron tan expresamente dispuestas á considerable distancia las unas de las otras por el Creador del Universo, probablemente con la intención de que ellas pudiesen iluminar simultáneamente los vastos espacios que existen á la faz de nuestro globo», dice el doctor Shoëpfer.

¿Y es cierto que tres siglos y medio no han sido suficientes á los hombres de la ciencia exacta para construir una teoría que ni un solo profesor universitario se atreviese á desafiar? Si la astronomía, la única ciencia edificada sobre los diamantinos cimientos de las matemáticas, aquella que todas las otras ciencias consideran tan infalible é inatacable como la verdad misma, puede ser tan irreverentemente acusada de falsas pretensiones, ¿qué es lo que hemos ganado con rebajar á Platón en provecho de los Babinets? ¿Cómo se atreven, pues, á burlarse del más humilde de los observadores que, siendo á la par inteligente y sincero, puede decir que ha presenciado un fenómeno medianímico ó mágico? ¿Y cómo osan ellos precisar «los límites de la investigación filosófica», que no es permitido traspasar? Y con todo, estos irascibles partidarios de la hipótesis siguen todavía acusando de ignorantes y supersticiosos á estas gigantescas inteligencias del pasado, que manejaban las fuerzas naturales á manera de Titanes constructores de mundos, y elevaban á la humanidad á una altura en la que llegaba á convertirse en aliada de los dioses. ¡Extraño destino el de un siglo que se vanagloria de haber elevado la ciencia exacta á la *cumbre de la fama*, y que ahora le invitan á volver atrás y aprender de nuevo su A, B, C!

Recapitulando las declaraciones contenidas en esta obra, si empezamos por las épocas arcaicas y desconocidas del Hermético Pimander, y concluimos en 1876, nos encontramos con que ha existido siempre durante todos estos siglos una creencia universal en la magia. Hemos presentado las ideas del Trismegisto, en su diálogo con Asclepio; y sin mencionar las mil y una pruebas del predominio de esta creencia en los primeros siglos del Cristianismo, para conseguir nuestro objeto no hay más que recoger citas de un autor antiguo y de otro moderno. El primero será el gran filósofo Porfirio, el cual, algunos miles de años después de la época de Hermes, hace notar, con respecto al escepticismo imperante en su siglo, lo siguiente: «No tenemos que maravillarnos al notar que las masas vulgares (*oi polloi*) no ven en las imágenes otra cosa que un pedazo de piedra ó de madera. Lo mismo sucede generalmente con todos aquellos que, ignorando las letras, no encuentran en los *stylæ*, cubiertos de inscripciones, más que piedra, y en los libros escritos sólo ven el tejido del papyrus». Y 1.500 años después, vemos á Mr. Sergeant Cox, al exponer el caso de la vergonzosa querrela entablada contra un médium, precisamente por un tan

ciego materialista, expresando sus ideas de este modo: «Que el médium sea culpable ó que no lo sea... lo cierto es que el proceso ha producido el inesperado efecto de llamar la atención de todo el público hacia el hecho de que se *ha asegurado* la existencia de los fenómenos, y que un gran número de investigadores competentes *han declarado ser verdaderos*, de cuya realidad, cualquiera persona puede, si gusta, cerciorarse por sí misma por inspección directa, barriendo de este modo, y para siempre, *las tristes y denigrantes doctrinas de los materialistas*».

Es más: de acuerdo con Porfirio y otros teurgistas, que han afirmado las distintas naturalezas de los «espíritus» que se manifiestan, y el espíritu personal ó voluntad del hombre, añade Mr. Sergeant Cox, sin dar á lo que dice más importancia que á la de una opinión personal: «Verdaderamente, hay diferencias de opiniones... y quizá siempre las habrá, tocante á los orígenes del poder que se manifiesta en estos fenómenos; pero, tanto si son efecto de la fuerza psíquica de los concurrentes... como si tales agentes son los espíritus de los muertos, según otros dicen, ó espíritus elementales (cualesquiera que sean), como asegura una tercera fracción, por lo menos está bien establecido el hecho siguiente: que el hombre no es completamente material, que el mecanismo del hombre es movido y dirigido por algo no material, esto es, alguna organización no molecular que no solamente está dotada de inteligencia, sino que *además puede ejercer una fuerza sobre la materia*, aquel algo al cual, á falta de un nombre mejor, hemos denominado alma. Estas buenas nuevas han llegado, gracias á este proceso, á millares y á decenas de millares de personas, cuya felicidad en esta vida y cuyas esperanzas en la futura habían sido destruidas por los materialistas, que con tanta insistencia habían predicado que el alma era sólo una superstición, el hombre un simple autómatas, la mente una mera secreción, siendo esta existencia puramente animal, y la futura... lo desconocido».

«Únicamente la verdad—dice Pimander—es eterna é inmutable; la *verdad* es el mayor de todos los bienes; pero la verdad no existe ni puede existir sobre la tierra; es posible que alguna vez Dios conceda á unos pocos hombres, además de la facultad de comprender las cosas divinas, la de entender debidamente la verdad; pero nada hay verdadero en la tierra, porque todo contiene materia, y todo está revestido de una forma corpórea sujeta á cambios, á alteraciones, á la corrupción y á nuevas combinaciones. El hombre no es *la* verdad, porque únicamente aquello que ha tomado su esencia de sí mismo, y permanece lo mismo é inmutable, es verdadero. ¿Cómo puede ser verdadero aquello que cambia de un modo tal que al fin no puede reconocerse? La verdad, por lo tanto, es sólo aquello que es inmaterial y no está encerrado en una envoltura corpórea, aquello que no tiene color ni forma, que está exento de cambio y de alteración, *aquello que es*

ETERNO. Todo cuanto muere es una mentira; la tierra no es más que disolución y generación; cada generación procede de una disolución; las cosas de la tierra no son otra cosa que *apariencias* é imitaciones de la verdad; son lo que la pintura es á la realidad. Las cosas de la tierra no son la VERDAD..... La muerte, para algunas personas, es un mal, puesto que las hiere con un profundo terror. Esto es ignorancia... La muerte es la destrucción del cuerpo; el sér que mora en él *no muere*..... El cuerpo material pierde su forma, que se desintegra en el transcurso del tiempo; los sentidos que lo animaban vuelven á su origen y recobran sus funciones, pero van perdiendo gradualmente sus pasiones y deseos, y el *espíritu* asciende á los cielos para convertirse en una HARMONÍA. En la primera zona deja tras de sí la facultad de crecer y de decrecer; en la segunda, el poder de hacer mal y los fraudes de la ociosidad; en la tercera, las decepciones y la concupiscencia; en la cuarta, la ambición insaciable; en la quinta, la soberbia, la audacia y la temeridad; en la sexta, todo anhelo por las adquisiciones fraudulentas; y en la séptima, *la falta de veracidad*. El espíritu, así purificado por el efecto que en él producen las celestiales armonías, vuelve otra vez á su primitivo estado, fortalecido con un mérito y un poder que ha adquirido por sí mismo, y que le pertenecen legítimamente; y sólo entonces empieza á vivir con aquellos que cantan eternamente las alabanzas del PADRE. Desde entonces, reside entre los poderes, y como á tal ha llegado á la bienaventuranza del conocimiento. Se ha convertido en un DIOS!..... No, las cosas de la tierra no son la verdad».

Después de haber consagrado su vida por completo al estudio de los documentos de la antigua sabiduría egipcia, tanto Champollion-Figeac, como Champollion, su hermano menor, han declarado públicamente, á pesar de los muchos juicios preconcebidos que han aventurado ciertos críticos superficiales é ignorantes, que los *Libros de Hermes* «contienen verdaderamente una masa de tradiciones egipcias que son constantemente corroboradas por los documentos más auténticos y por los monumentos del Egipto que tienen una antigüedad más venerable» (1).

Al terminar su voluminoso sumario de las doctrinas psicológicas de los egipcios, de las sublimes enseñanzas de los sagrados libros Herméticos y de los adelantos de los sacerdotes iniciados en la filosofía metafísica y práctica, Champollion-Figeac pregunta—como podía muy bien hacerlo, en vista de la entonces asequible evidencia:—«¿ha existido jamás en el mundo otra asociación ó casta de hombres que les hayan podido igualar en reputación, poder, sabiduría y capacidad, en el mismo grado para el bien como para el mal? No, *¡nunca!* Y esta casta fué posteriormente *maldecida* y estigmatizada únicamente por aquellos

(1) Champollion-Figeac: *Egipte*, p. 143.

que, obedeciendo á no sé qué clase de influencias modernas, la han considerado como enemiga de los hombres y... de la ciencia» (1).

Cuando Champollion escribía estas palabras, el sánscrito era, podemos decir, una lengua casi desconocida para la ciencia. Por consiguiente, era muy difícil trazar un paralelo entre los méritos respectivos de los Brahmanes y de los filósofos egipcios. Desde entonces, sea como fuere, se ha descubierto que exactamente las mismas ideas, expresadas en un lenguaje casi idéntico, se pueden leer en la literatura Búdhdica y Brahmánica. Esta misma filosofía de la no-realidad de las cosas mundanas y de la ilusión de los sentidos—cuya substancia ha sido plagiada por completo en nuestros mismos días por los metafísicos alemanes—forma la base de las filosofías de Kapila y de Vyasa, y pueden verse en la exposición de las *Cuatro Verdades* de Gautama Buddha los dogmas cardinales de su doctrina. La expresión de Pimander, «él se ha convertido en un dios», existe resumida en la sola palabra *Nirvana*, que nuestros sabios orientalistas consideran muy erróneamente como sinónima de *aniquilación* (!)

Esta opinión de los dos eminentes egiptólogos tiene un grandísimo valor para nosotros, aunque no sea más que como una respuesta á nuestros adversarios. Los hermanos Champollión fueron los primeros en Europa que tomaron de la mano al estudiante de arqueología, y, conduciéndole á las silenciosas criptas del pasado, probaron que la civilización no empezó con nuestras generaciones; porque, «aunque los orígenes del antiguo Egipto son desconocidos, se le ha encontrado en los más distantes períodos al alcance de la investigación histórica, con sus grandes leyes, sus costumbres establecidas, sus ciudades, sus reyes y dioses»; y, alejándonos aún más, mucho más, de estas mismas épocas, encontramos ruinas pertenecientes á otros más remotos y más elevados períodos de civilización. «En Tebas, diversos fragmentos de edificios arruinados nos permiten reconocer restos de construcciones todavía anteriores, cuyos materiales han servido para la erección de los mismos edificios que han existido durante treinta y seis siglos!» (2). «Todo cuanto nos refieren Herodoto y los sacerdotes egipcios resulta ser exacto, y ha sido corroborado por los sabios modernos», añade Champollión (3).

De dónde derivó la civilización de los Egipcios lo veremos en el tomo II, y con respecto á esto se hará notar que nuestras deducciones, aunque fundadas en las tradiciones de la Doctrina Secreta, corren paralelamente con las de algunas de las autoridades más respetadas. Existe un párrafo en una obra india muy conocida que bien se puede traer á colación á propósito de lo que nos ocupa.

(1) Champollion-Figeac: *Egipte*, p. 119.

(2) *Idem*, p. 2.

(3) *Idem*, p. 11.

•Bajo el reinado de Viswamitra, primer rey de la dinastía de Soma-Vanga, á consecuencia de una batalla que duró cinco días, Manú-Vina, heredero de los antiguos reyes, viéndose abandonado por los Brahmanes, emigró con todos sus compañeros, atravesando el Arya y los países de Barria, hasta llegar á las orillas de Masra» (*Historia de la India*, por Collouca-Batta). Es indudable que este Manú-Vina y Menes, el primer rey egipcio, son idénticos.

Arya es Irán (Persia); Barria es Arabia, y Masra era el nombre del Cairo, el cual hasta hoy día es llamado *Masr*, Musr y Misro. La historia fenicia hace mención de Maser como uno de los antecesores de Hermes.

Y ahora nos despediremos de la taumatofobia y de sus defensores, y consideraremos á la taumatomanía bajo sus diversos aspectos. En el tomo II nos proponemos pasar revista á los «milagros» del paganismo, y pesar las pruebas que hay en su favor en la misma balanza con la teología cristiana. Existe un conflicto no ya inminente, sino iniciado ya entre la ciencia y la teología, por una parte, y el espíritu y su venerable ciencia, la magia, por otra. Algunas de las posibilidades de este último han sido ya expuestas, pero mucho más es lo que falta. El pequeño y despreciable mundo del cual se disputan un gesto de aprobación los sabios y magistrados, los sacerdotes y cristianos, ha empezado su última cruzada, sentenciando en el mismo año á dos inocentes, el uno en Francia y el otro en Londres, con escarnio de la ley y de la justicia. Como el apóstol de la circuncisión, están siempre dispuestos á negar tres veces á un amigo impopular, por temor del ostracismo de parte de sus propios compañeros. Los psicománticos y los psicóforos pronto chocarán necesariamente en un fiero conflicto. A la ansiedad que mostraban los primeros por ver sus fenómenos investigados y corroborados por autoridades científicas, ha sucedido una glacial indiferencia. Como resultado natural de tanta preocupación y mala fé de que se ha dado muestra, su respeto hacia los hombres de ciencia se va perdiendo rápidamente, y los epítetos que se han lanzado mutuamente por una y otra parte han acabado por estar refidos con la cortesía. Cuál de ellos tiene razón y cuál no la tiene, pronto el tiempo lo demostrará, y las generaciones futuras lo comprenderán. Por lo menos puede profetizarse con toda seguridad que la *Ultima Thule* (1) de los misterios de Dios, y la clave para descifrarlos, deben buscarse en otra parte que en el torbellino de las moléculas de Avogadro.

Las personas que juzgan superficialmente, ó las que por razón de su natural impaciencia quisieran mirar al sol deslumbrador antes de que sus ojos estén bien preparados para resistir la luz de una lámpara, propenden á quejarse de la exasperante obscuridad de lenguaje que

(1) Expresión latina equivalente á último ó extremo límite. (N. del Tr.)

caracteriza las obras de los antiguos Herméticos y de sus sucesores; y declaran que sus tratados filosóficos sobre magia son incomprensibles. Con la primera clase de personas no vale la pena de perder el tiempo; en cuanto á las otras, les rogaremos que moderen su ansiedad, recordándoles aquellas sentencias de Espagnet: «La verdad permanece oculta en la obscuridad», y «nunca escriben los filósofos más falsamente que cuando lo hacen de un modo claro, ni más verdaderamente que cuando lo hacen de un modo obscuro». Además, existe una tercera clase de personas á quienes sería hacer demasiado favor el decir que juzgan poco ni mucho el asunto. Ellos sencillamente acusan *ex cathedra*. A los antiguos los tratan como locos soñadores, y, sin ser más que físicos y positivistas taumatófobos, pretenden generalmente el monopolio de la sabiduría espiritual!

Escogeremos á Ireneo Filalecto para contestar á esta última clase de personas. «En el mundo, nuestros escritos harán el efecto de un cuchillo cuidadosamente afilado; á unos les servirá para hacer esculturas primorosas, mas para otros sólo servirá para cortarse los dedos; sin embargo, no se nos debe censurar, puesto que advertimos seriamente, á todos cuantos intentaren este trabajo, que emprenden la obra más elevada de filosofía en la naturaleza; y á pesar de que escribimos en inglés, nuestra materia será tan difícil como si fuera en griego para algunos que, no obstante, se figurarán que nos comprenden muy bien, cuando interpretan pésimamente nuestras ideas; porque ¿puede imaginarse que ellos, que son locos en la naturaleza, sean sabios en los libros, que son testimonios concernientes á la naturaleza?»

A las pocas inteligencias elevadas que interrogan á la naturaleza en lugar de prescribir leyes para su dirección; que no limitan sus posibilidades á tenor de las imperfecciones de sus propios poderes, y que no creen únicamente porque no saben, queremos recordarles aquella sentencia de Narada, el antiguo filósofo indio:

«No pronuncies jamás estas palabras: Yo no sé esto, luego es falso».

«Hay que estudiar para saber, saber para comprender, y comprender para juzgar».

ÍNDICE DEL TOMO I

CIENCIA

Páginas

HELENA PETROWNA BLAVATSKY.

PREFACIO. 7

Ante el velo.—Dogmáticas afirmaciones de la Ciencia y de la Teología modernas.
—La Filosofía Platónica ofrece sólo el justo medio.—Examen de los antiguos sistemas filosóficos.—Un manuscrito siríaco acerca de Simón el Mago.
—Glosario de las palabras empleadas en este libro. 19

EL VELO DE ISIS

CAPÍTULO I.—*Cosas viejas con nombres nuevos.*—La Kábala oriental.—Antiguas tradiciones confirmadas por la investigación moderna.—El progreso de la humanidad marcado por ciclos.—Antigua ciencia críptica.—Valor inapreciable de los Vedas.—Mutilaciones de los libros sagrados indios en sus traducciones.—La Magia considerada siempre como una ciencia divina.—Descubrimientos de sus adeptos, é hipótesis de sus modernos detractores.—Anhelos del hombre por la inmortalidad. 61

CAPÍTULO II.—*Fenómenos y Fuerzas.*—El servilismo de la sociedad.—Preocupaciones é hipocresía de los hombres de ciencia.—Los fenómenos psíquicos les acosan.—Artes perdidas.—La voluntad humana, la fuerza de las fuerzas.—Superficiales generalizaciones de los *sabios* franceses.—Fenómenos medianímicos á que son atribuidos.—Su relación con el crimen. 103

CAPÍTULO III.—*Ciegos conduciendo á ciegos.*—Derivación de Huxley del *Orohippus*.—Compte, su sistema y discípulos.—Los materialistas de Londres.—Trajes prestados.—Emanación del universo objetivo, del subjetivo. 141

CAPÍTULO IV.—*Teorías acerca de los Fenómenos Psíquicos.*—Teoría de Gasparin.—Teoría de Thury.—Teoría de des Mousseaux, de Mirville.—Teoría de Babinet.—Teoría de Houdin.—Teoría de MM. de Royer y Jobart de Lamballe.—Los gemelos «cerebración inconsciente» y «ventriloquismo inconsciente».—Teoría de Crookes.—Teoría de Faraday.—Teoría de Chevreuil.—La comisión Mendeleyef de 1876.—Ceguera de alma. 171

CAPÍTULO V.—*El Eter ó Luz Astral.*—Una fuerza primera, y sólo muchas correlaciones.—Tyndall por poco verifica un gran descubrimiento.—La imposibilidad del milagro.—Naturaleza de la substancia primordial.—Interpretación de ciertos antiguos mitos.—Experimentos de los Fakires.—La Evolución en la alegoría india. 201

CAPÍTULO VI.—*Fenómenos Psico-físicos.*—Lo que debemos á Paracelso.—Mesmerismo, su nacimiento, recepción y potencia.—«Psicometría».—Tiempo, Espacio, Eternidad.—Transferencia de energía del universo visible al invisible.—Los experimentos de Crookes y la teoría de Cox. 243

CAPÍTULO VII.—*Los Elementos, Elementales y Elementarios.*—Atracción y repulsión universal en todos los reinos de la naturaleza.—Los fenómenos psíquicos dependen de las condiciones físicas que les rodean.—Observaciones en Siam.—La música en los desórdenes nerviosos.—El «alma del mundo» y sus potencialidades.—Curación por contacto, «curadores».—«Diakka» y demonios perversos de Porfirio.—La lámpara inextinguible.—Ignorancia moderna de la fuerza vital.—Antigüedad de la teoría de la correlación de fuerzas.—Universalidad de la creencia en la Magia 293

CAPÍTULO VIII. — <i>Algunos Misterios de la Naturaleza.</i> —¿Afectan los planetas á los destinos humanos?—Párrafo muy curioso de Hérmes.—Agitación incitante de la materia.—Profecía de Nostradamus cumplida.—Simpatías entre los planetas y las plantas.—Conocimientos indios acerca de las propiedades de los colores.—«Coincidencia», la panacea de la ciencia moderna.—La Luna y las mareas.—Epidemia mental y desórdenes morales.—Los Dioses de los Pantheones eran sólo fuerzas naturales.—Pruebas de los poderes mágicos de Pitágoras.—Las razas invisibles del espacio etéreo.—Las «cuatro verdades» del Buddhismo.	349
CAPÍTULO IX. — <i>Fenómenos Cíclicos.</i> —Significado de la expresión «trajes de piel».—Selección natural y sus resultados.—El «Círculo de necesidad» egipcio.—Razas Pre-Adamitas.—Descenso del Espíritu á la materia.—La naturaleza triunfa del hombre.—Las criaturas más inferiores en la escala de los seres.—Los elementales descritos específicamente.—Proclo acerca de los seres del aire.—Varios nombres de los elementales.—Opiniones de Swedenborg acerca del alma de los muertos.—Almas humanas ligadas á la tierra.—Médiums impuros y sus «guias».—La Psicometría en auxilio de las investigaciones científicas.	397
CAPÍTULO X. — <i>El hombre Interior y Exterior.</i> —El padre Felix acusa á los sabios.—El Incognoscible.—Peligro en las evocaciones para los ignorantes.—Lares y Lemures.—Secretos de los Templos indios.—Reencarnación.—Brujería y Brujos.—El éxtasis del sagrado Soma.—Vulnerabilidad de ciertas «sombras».—Experimento de Clearco con un niño dormido.—La autora testigo de una competencia de Magia en la India.—Caso de Cevennes.	449
CAPÍTULO XI. — <i>Mavavillas Psicológicas y Físicas.</i> —Inulnerabilidad adquirida por el hombre.—Proyección de la fuerza de la voluntad.—Insensibilidad al veneno de serpiente.—Serpientes encantadas con la música.—Fenómenos teratológicos discutidos.—Confesión de lo inexplorado del dominio psicológico.—Desesperación y pena de Berceul.	497
CAPÍTULO XII. — <i>El «Abismo Infranqueable».</i> —Confesiones de ignorancia de los hombres de ciencia.—El Panteón del Nihilismo.—Triple composición del fuego.—Instinto y Razón definidos.—Filosofía de los Indos Jainas.—Falsedades deliberadas de Lemprière.—El alma astral del hombre no es inmortal.—La reencarnación de Buddha.—Pinturas mágicas del sol y de la luna en el Thibet.—Vampirismo, sus fenómenos explicados.—Habilidades bengalesas	541
CAPÍTULO XIII. — <i>Realidades é Ilusiones.</i> Lo racional de los talismanes.—Misterios no explicados.—Experimento mágico en Bengala.—Hechos sorprendentes de Chibh-Chondor.—El juego Indio de subirse por la cinta es una ilusión.—Resurrección de fakires enterrados.—Límites de la animación suspendida.—La mediumnidad está en oposición completa con el adeptado.—¿Qué son «los espíritus materializados?»—El <i>Shudála Mádán</i> .—Filosofía de la levitación.—El Elixir y el alkahest.	591
CAPÍTULO XIV. — <i>Sabiduría Egipcia.</i> —Origen de los Egipcios.—Sus asombrosas construcciones.—El antiguo país de los Faraones.—Antigüedad de los monumentos del Nilo.—Artes de guerra y paz.—Mitos y ruinas Mexicanos.—Analogías con los Egipcios.—Moisés, sacerdote de Osiris.—Lecciones dadas por las ruinas de Siam.—La Tau Egipcia en Palenque.	651
CAPÍTULO XV. — <i>La India, cuna de la Raza.</i> —Adquisición de la Doctrina secreta.—Dos reliquias debidas á un sabio Pali.—Celoso exclusivismo de los Indos. Lydia María Child en el Simbolismo Fállico.—Edad de los Vedas y Manú.—Tradiciones de las razas Ante-Diluvianas.—Atlántida y sus pueblos.—Reliquias peruanas.—El desierto de Gobi y sus secretos.—Leyendas Thibetanas y Chinas.—El mago ayuda, no contraria á la naturaleza.—Filosofía. Religión, Artes y Ciencias transmitidas por la madre India á la posteridad.	715